HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTROS DÍAS

MODESTO LAFUENTE

TOMO I

PARTE I. PARTE II (Libro I)

[DESDE LOS ORÍGENES HASTA EL SIGLO XI]

Editado por Javier Martínez

1850-51

ÍNDICE

PARTE SEGUNDA. EDAD MEDIA

LIBRO I.

APÉNDICES

PRÓLOGO

«En este tiempo de pasiones políticas, en que es tan difícil, cuando se siente alguna actividad de espíritu, «no participar de la agitación general, creo haber hallado un medio de reposo en el estudio serio de la historia.»

Son tan adecuadas a mi situación estas palabras con que el erudito Agustín Thierry encabeza su primera carta sobre la historia de Francia, que si no las hubiera hallado escritas hubiera tenido yo que inventarlas para mí. El ilustre autor de la *Historia de la Conquista de Inglaterra por los Normandos* me ahorró este trabajo.

En efecto, la política es la pasión dominante del siglo. Hijo y heredero de otro siglo filosófico, la filosofía y la política han puesto en tela de discusión cuáles deben ser los principios fundamentales de la gobernación de los hombres.

Las pasiones han convertido la discusión en lucha sangrienta, cuyo término no se ve todavía. Se han dado grandes pasos hacia la verdadera civilización, pero he visto con dolor que el siglo de la filosofía política lleva en su seno gran parte de la levadura de los siglos de la fuerza.

Acababa de reproducirse en España esa lucha de ideas en que se había empeñado desde principio del siglo, y yo participé de la general agitación. Me sentí estrecho en la tranquila morada en que vivía consagrado a la enseñanza de la juventud, y me lancé a la vida procelosa del escritor político. No tenía que vacilar en la elección de bandera; me alisté en la que representaba los principios que había inculcado ya en las aulas a mis jóvenes alumnos. Adopté el estilo que me pareció más adecuado y más eficaz para corregir los errores o los abusos de los hombres, y tomé un seudónimo que suponía una profesión y estado a que no pertenecía, y que una ley acababa de abolir. Engaño inocente en que cayeron muchos.

Muchas veces en el largo trascurso de años que dediqué a estas tareas, tuve que pasar por las dos grandes pruebas a que se suele someter los escritores políticos en épocas de turbaciones y de corrupción, las persecuciones y los halagos. Soporté con serenidad las primeras, y deseché con desdén los segundos. Quizá en esto último llevé el santo amor de la independencia hasta el extremo de una adusta altivez. Debo discurrir que esta cualidad, hija del temperamento, y acaso la sana intención y buen deseo del escritor que se trasluciera o revelara en sus páginas, sería la que moviera a los pueblos de España a dispensarme aquellas lisonjeras e inmerecidas manifestaciones, ni buscadas, ni esperadas, ni desagradecidas, de que es buen librar el verlas pasar sin desvanecimiento.

Perdónese a quien va a consagrar a su patria nuevos e ímprobos trabajos, el disimulable goce de poder consignar no haber recogido por toda remuneración de las tareas pasadas, sino las amarguras y las satisfacciones morales que produce la severa censura ejercida a conciencia, y en que se ha prohibido la entrada a la lisonja. La mayor de aquellas satisfacciones es haber salvado el piélago de las ambiciones en que tantos han naufragado, y haber atravesado por entre la espesa lluvia de mercedes que pródigos dispensadores han derramado desde el cielo del poder, con la fortuna de no haberse dejado humedecer con una sola gota de ese rocío tentador. No han sido ciertamente la abnegación y el desinterés ni el carácter distintivo ni las virtudes comunes de la época.

Voy a entrar en una nueva senda literaria, y reconozco por una de las primeras y más indispensables condiciones para marchar dignamente por ella, el desapasionamiento y la imparcialidad. Veinte volúmenes podrán, acaso, dar algún testimonio de no haberme sido del todo extrañas estas virtudes. ¿Pero quién puede estar seguro de ser siempre y del todo desapasionado, cuando se juzga a los contemporáneos, cuando se desempeña el triple papel de testigo, de actor y de censor simultáneamente? Bien podré, sin embargo, reclamar el derecho de presunción favorable al disponerme a juzgar los hechos y los hombres de épocas apartadas, que se examinan a la sola luz de los documentos, y en que es infinitamente más fácil despojarse de su individualidad y mantener fuera de juego las pasiones propias. Por lo menos díctamelo así mi propia conciencia.

Emprendí las tareas a que me he referido con fe religiosa y con fe política: de ambas llevaba gran dosis. Tengo la fortuna de conservar íntegra la primera. Hubiera vacilado la segunda al

presenciar tantos desmanes, tantas miserias en los hombres, si la historia no hubiera acudido a fortalecerla, recordándome a cada paso, por un largo encadenamiento de hechos, que hay un poder más alto que dirige y encamina la marcha de las sociedades, sin que le embaracen los entorpecimientos de la flaqueza o de la perversidad humana. Titubeaba mi fe en los hombres, pero crecía mi fe en la Providencia.

Creo que nunca son más provechosas y más necesarias a los pueblos las enseñanzas históricas que cuando los conmueven e inquietan los turbulentos debates y las luchas políticas que preludian o acompañan los cambios y regeneraciones sociales. Los que dirigen los negocios públicos pueden descubrir en los hechos pasados las causas de las necesidades presentes, y por el estudio de los efectos de lo que hicieron y de lo que dejaron de hacer sus antepasados, aprender a mejorar lo existente, con energía, pero sin precipitación, con reflexión, pero sin timidez. Nunca más que en tales ocasiones necesita el pensamiento público de meditar sobre la marcha constante de la humanidad, para no desesperar por los males que experimenta, descubriendo en la ley providencial e infalible que rige sus destinos, los secretos y los consuelos de menos azaroso porvenir. Los obcecados, si alguna vez siquiera abren los ojos para leer, tienen que convencerse de su temeridad en resistir el desarrollo de la razón humana, cuyas conquistas, viniendo preparadas y como empujadas de antemano, podrán los decretos, las batallas y las revoluciones entorpecer algún tiempo, pero no evitar. No conozco nada, fuera de la religión, que disponga tanto a los hombres a la tolerancia política como la lectura histórica, ni que enseñe tanto a evaluar las mejoras que puede recibir un pueblo por sus elementos sociales y por los grados de su cultura, estableciendo un medio conveniente entre el sistema de inmovilidad o de retroceso, que intentan los desconocedores del progreso humano, y la precipitación imprudente a que se dejan arrastrar los fogosos. Me penetré, más de lo que estaba, de la utilidad de la historia, y medité si me sería dado contribuir en este terreno al bien de mis compatricios. Parecióme el más interesante estudio el de la historia nacional. Dejé de tomar parte en los apasionados debates de los vivos, y me dediqué a estudiar los ejemplos de los muertos.

Mas para que la historia haga efectivo el título de maestra de los hombres con que la definió Cicerón, para que sus lecciones puedan ser provechosas a la humanidad en el sentido indicado, necesita salir de la esfera de una vasta colección de hechos, a que, si no juzgo mal, ha estado reducida hasta ahora entre nosotros. Menester es entrar en el examen de sus causas, descubrir el enlace de los acontecimientos, revelar por medio de ellos hasta lo posible los grandes fines de la Providencia, las relaciones entre Dios y sus criaturas, la conexión de la vida social de cada pueblo con la vida universal de la humanidad, la trabazón y correspondencia entre las ideas y los hechos, entre lo moral y lo material, presentarla, en fin, como la palabra sucesiva con que Dios está perpetuamente hablando a los hombres. Necesítase que la historia sea filosófica, y no una compilación de sucesos que pasaron más o menos cerca de nosotros. ¿Tenemos en España una historia que llene estas condiciones?

Cuando yo me hacia a mí mismo esta pregunta, vino a mis manos la obra de un historiador extranjero, en cuyo prefacio, después de citar las historias de Francia, Inglaterra e Italia, escritas con critica y a la altura del espíritu filosófico moderno, leí estas palabras: «En cuanto a España, desgraciadamente no hay ningún nombre español que citar, y sólo algunos antiguos escritores han dejado obras históricas notables... La España carece aún de una historia nacional: el genio histórico no se ha desarrollado todavía en ese grande y desventurado pueblo, que marcha con tantas angustias hacia su regeneración.»

Confieso que estas palabras, eco de las que pronuncian cada día los críticos extranjeros, acabaron de avivar en mí el sentimiento del amor patrio, y de resolverme a ensayar si podría yo llenar, siquiera en parte, este lamentable vacío de nuestra literatura. Preguntábame como no lo habrían intentado otros ingenios y superiores talentos, de que por fortuna no carece, antes bien abunda hoy la España; pero miré en derredor, y los hallé casi a todos engolfados en los debates y cuestiones, y hasta en las rencillas de la política palpitante.

Voy dando cuenta de las causas que pusieron la pluma histórica en mi mano. Hiciéronlo así Herodoto y Tito Livio, que lo necesitaban menos. Séame permitido imitar en esto a aquellas dos lumbreras de la historia, ya que en lo demás no pueda hacer sino admirarlos y envidiarlos.

Poseemos ciertamente en España muchas crónicas, muchos anales, abundancia de compilaciones, multitud de tablas cronológicas y genealógicas, de reyes, de príncipes y de familias ilustres. Las que gozan del nombre de historia son en lo general arsenales de noticias con más o menos arte y orden ensartadas, en que se dan puntuales y minuciosas descripciones, salpicadas tal vez con alguna máxima religiosa, o con tal cual advertimiento moral que los mismos sucesos sugieren al paso: detenidas y circunstanciadas relaciones de guerras, de paces, de alianzas, de negociaciones y tratados, de batallas y combates, de triunfos y derrotas, de marchas y contramarchas de ejércitos, de arengas y razonamientos de caudillos, hecho todo con tal individualidad, que el autor parece haber marchado con la pluma en la mano detrás de cada guerrero, y recibido la misión de trasmitir los mas mínimos incidentes de cada encuentro, al modo que los taquígrafos de los tiempos modernos consignan y trasmiten, no sólo las razones, sino hasta las palabras de cada orador de nuestras asambleas.

Mas a vuelta de tan minuciosos relatos, búscase en vano la influencia social que cada acontecimiento ejerció en la suerte del país, las modificaciones que produjo en el estado como cuerpo político, cómo y por qué medios se fue formando la nación española, las causas y antecedentes que prepararon cada invasión, lo que quedó o desapareció de los diversos pueblos que la dominaron, lo que ocasionó sus períodos de engrandecimiento y de decadencia, las mudanzas y alteraciones que ha sufrido en su religión, en sus costumbres, en su legislación, en su literatura, en su administración, en su industria y en su comercio: su historia en fin moral y filosófica. Hay hacinados materiales infinitos, pero el edificio está por construir.

En cuanto a los primitivos tiempos de España, no es maravilla que no tuviésemos historia; y gracias si debemos a algunos sabios de Grecia y Roma tal cual noticia del carácter y costumbres de los antiguos pobladores, y será siempre una necesidad, como ha sido una fortuna, el poder brujulear las páginas geográficas de Estrabón. Provincia de Roma después la España, hubo que recoger de los historiadores romanos lo que de ella quisieron decir; y los que más se extendieron, Tito Livio, Floro y Apiano, limitáronse a referir empresas militares, batallas, conquistas y fundaciones de colonias; muy poco dijeron del gobierno político de los pueblos. No escribian la historia de España.

Pasado el primer aturdimiento y la universal turbación ocasionada por la inundación de los bárbaros, la España se preparaba a figurar como nación aparte, y comenzó a tener escritores propios. Pero hubiera sido una injusticia pretender de aquellos hombres un trabajo histórico acabado. Eran obispos o monjes, que, o desde el pie de los altares a que estaban encadenados, o desde el severo retiro de un claustro, se semejaban, como dice un escritor erudito, a los obreros que sepultados en el fondo de las minas envían a la tierra las riquezas de que ellos no han de gozar. Riquezas históricas eran éstas, pero no podían ser historias, como no pueden ser metales puros y elaborados los primeros materiales que se extraen de las entrañas de la tierra. Sin embargo, ¿qué hubiéramos podido saber de aquellos tiempos tenebrosos, sin los esfuerzos y apreciables trabajos de Idacio y Pablo Orosio, del Monje de Viclara, de los prelados Julián e Ildefonso de Toledo, de Isidoro de Sevilla, de ese portento de ingenio y de sabiduría que asombró al mundo de entonces, y admira y respeta todavía el mundo de ahora?

Otro tanto tenia que acontecer cuando la irrupción sarracena volvió a reducir lo poco que pudo salvarse de la España cristiana al estado de infancia de las sociedades. En los primeros siglos de ese esfuerzo gigantesco a que damos el nombre de reconquista, otros obispos y otros monjes, los que tenían la fortuna de vivir en algún rincón un tanto apartado del estruendo de la pelea, anotaban en breves y descarnadas crónicas los sucesos de más bulto con la rapidez y el desaliño que la rudeza y la inseguridad de los tiempos permitía. Y esto no en España sólo, sino en naciones no oprimidas como la nuestra por un enemigo extraño y poderoso. Las crónicas de Fredegario, de Moissac, y de Saint Gall, los anales Petavianos, los Fuldenses y los de Metz, no revelan menos la estrechez de la

época que nuestros Anales Toledanos, Compostelanos o Complutenses, y que las crónicas de los monjes de Albelda o de Silos. Algunos de estos escritos se reducen a tablas cronológicas de nacimientos y defunciones de los reyes, con la fecha de tal cual suceso notable, formando a veces un cortísimo número de páginas, que ocupan menos lugar que las notas que hoy el viajero menos curioso suele hacer con el lápiz en su cartera. La posteridad sin embargo ha tenido mucho que agradecer a aquellos anotadores de hechos, y serán siempre de un precio inestimable los trabajos de los obispos Isidoro de Beja, testigo de la gran catástrofe, de Sebastián de Salamanca, de Sampiro de Astorga, de Pelayo de Oviedo, de Lucas de Tuy, y del arzobispo don Rodrigo de Toledo.

A medida que se ensanchaba el territorio conquistado a las armas musulmanas, se desarrollaba también el genio y aún la forma histórica; y a los áridos cronicones y descarnados anales de los siglos VI hasta el XIII, reemplazaron en los XIII, XIV y XV otros anales y otras crónicas mas extensas y nutridas. Desde el autor de la historia del Cid en verso hasta Hernando del Pulgar, que floreció en la época de los Reyes Católicos, se dieron grandes pasos. Los príncipes mismos se honraban con el titulo y ocupación de cronistas.

Multiplicáronse, como era natural, los escritos de este género desde que con la unión de Aragón y Castilla pudo decirse que la España era una nación. Viose en aquel y en el siguiente siglo ir surgiendo una serie de hombres doctos, que consagrados a ilustrar y ordenar la historia produjeron obras, si bien no exentas de preocupaciones y de errores, pero tampoco escasas de mérito y de dotes muy recomendables. No las cito, por lo mismo que es grande ya el catálogo. Contribuyeron a este desarrollo de la afición a los trabajos históricos las plazas de cronistas y de historiógrafos, ya particulares de provincias, ciudades o príncipes, ya generales del reino: feliz creación de los soberanos de aquella época, que es de lamentar haya caído en desuso. Aquellos diligentes y laboriosos investigadores desenterraron multitud de documentos útiles, que yacían cubiertos de polvo en los archivos municipales y en los sótanos de los monasterios. Débeles la historia no ser todavía un caos tenebroso e insondable.

Morales, Zurita y Garivay puede decirse que la crearon, abriendo un nuevo camino y enseñando a tratarla con dignidad y con decoro. Morales, por lo mismo que tenia ya otro criterio, no debió haber figurado como continuador de la bella colección de fábulas y cuentos que con el título de crónica había ordenado y publicado Florián de Ocampo. Debió haber deshecho la obra de éste, y levantádola él de nuevo. Garivay, escudriñador sin crítica, es todavía consultado con utilidad. No puede pronunciarse sin respeto el nombre del juicioso Jerónimo de Zurita. Este insigne historiógrafo de Felipe II, acudió a las verdaderas fuentes de la historia, a los archivos, y basó su obra sobre documentos originales. Mas ni los Anales de Zurita son una historia general de España, ni aunque lo fueran, llenarían las condiciones que hoy de la historia se exigen. Narrador minucioso y exacto, pero árido y seco en la forma, falto de elegancia como de filosofía, es un buen repertorio de los sucesos de la época que comprende, tan insoportable para ser leído por recreo, como indispensable a todo el que se ocupe de escribir historia.

Hacíase sentir ya demasiado la falta de una historia general de España. La nación que de tantos desmembrados reinos había logrado convertirse en una sola y vasta monarquía, la nación que dominaba en la mitad de Europa, y se había hecho señora de un nuevo mundo, no había tenido un ingenio, que penetrando atrevidamente en el confuso laberinto de los abundantes materiales que andaban diseminados, los reuniera y ordenara, y redujera a un cuerpo de historia, en que pudieran aprender los españoles por qué serie y encadenamiento de vicisitudes había pasado su patria para llegar a ser lo que entonces era.

Esta tarea tan importante como difícil, fue la que emprendió el padre Mariana.

He llegado a la primera historia general que se escribió en España, y con desconsuelo hay que decirlo, la única que poseemos.

Después como antes de la obra del sabio jesuíta, se han escrito historias particulares de reinos o reinados, de provincias, de ciudades, de príncipes, de dinastías, de órdenes religiosas, de instituciones y de familias, memorias, sinopsis, compendios, ilustraciones, adiciones y anotaciones.

Débense a algunos institutos religiosos trabajos importantísimos. Hemos tenido nuestros monjes de San Mauro: nuestros Montfaucon, nuestros Bouquet y nuestros Calmet, han sido el venerable y eruditísimo agustino Flórez, y los ilustrados continuadores de la *España Sagrada*. Las Memorias de la Academia de la Historia contienen discursos llenos de erudición, y elucubraciones importantes de épocas oscuras y de cuestionados puntos históricos. Son infinitas las obras de más o menos mérito, que se deben a la laboriosidad de hombres aislados; y cada día ven la luz pública colecciones de documentos que se van exhumando de los archivos, también con más o menos criterio ordenados. Materiales inmensos; ningún edificio concluido.

La *Sinopsis histórica* del presbítero Ferreras es una narración desnuda de todos los atavíos de la historia. Este laborioso y apreciable escritor, por ser demasiado cronologista, se hizo un seco ensartador de hechos sin ilación ni trabazón alguna, cuya lectura sólo puede soportar el que tenga precisión de hacer sobre ella un estudio comparativo. Pecó Masdeu por el extremo opuesto en su *Historia Crítica.* Disertador difuso más que historiador razonado, dejóse llevar del afán de lucir su genio critico, su indisputable erudición, y su dicción generalmente fácil, armoniosa y correcta; y su obra, más que a historia de España, se semeja a una abundante colección de discursos académicos enderezados a refutar tradiciones recibidas u opiniones generalizadas, y sabido es hasta qué punto se dejó arrastrar del amor a las novedades y de la pasión de la singularidad. Sus veinte volúmenes no llegan a la mitad de los que hubieran debido ser según las dimensiones de su plan. El deán Ortiz, por el contrario, redujo su historia a tan cortas proporciones, que él mismo la llamó *Compendio histórico cronológico;* eslabón intermedio entre las historias generales y los compendios. No es ciertamente la crítica filosófica lo que resalta en ella. El docto canónigo Sabau y Blanco, presentándose como modesto ilustrador de Mariana, tejió bajo el humilde titulo de *Tablas Cronológicas,* una nueva narracion de hechos, desde los tiempos más remotos hasta la muerte de Carlos III. Ingirió, digámoslo así, una historia en otra, como quien reconoce la necesidad de reemplazar la antigua, y no tiene resolución para formar una nueva; y por timidez o por otras causas, no acierta a ponerse a la altura de su siglo, acaso con elementos para ello.

Sensible es en verdad que habiendo tenido España en los siglos XVI y XVII, historiadores que podían competir con los mejores que entonces poseían los demás pueblos de Europa; un Zurita, a quien llamaron algunos el Tácito español; un Mariana, a quien se comparaba a Tito Livio; un Mendoza, que se propuso competir con Salustio; un Solis, a quien podemos llamar el Curcio español, quedára después tan rezagada en punto a literatura histórica respecto a aquellos mismos países. Y es que precisamente empezaron a decaer en España las letras cuando en el resto de Europa comenzó a florecer la filosofía, y siguió nuestro país, como en la marcha política ha solido acontecerle, un movimiento inverso al de las demás naciones.

En el siglo presente es cuando algunos celosos e ilustrados ingenios españoles han procurado levantar de su postración este ramo de nuestra literatura, y alcanzado honroso nombre y merecida fama con historias particulares de reinos o provincias, de dominaciones o de reyes, de instituciones religiosas o políticas, de los códigos de nuestra legislación, y de otras materias y asuntos interesantes y propios para aclarar nuestra historia. Hanlo desempeñado ya con otro criterio y otra filosofía que la que pudieron alcanzar los escritores de los precedentes siglos. Capmany, Llorente, Marina, Toreno , y otros aún más modernos, cuyos luminosos escritos tendré muchas ocasiones de citar en mi obra, han hecho servicios eminentes a la historia nacional. Materiales y auxilios son de gran precio; pero es lástima que tan esclarecidos varones no hubieran acometido la empresa de dotar a su patria de una historia general.

Más cuidadosos o más arrojados los extranjeros, parece haberse propuesto o enmendar la incuria o suplir la irresolución de los ingenios nacionales que pudieran haberlo hecho con éxito. En obsequio a la imparcialidad debo decir que en algunas de sus obras he hallado erudición vasta, sensatez en sus juicios, no escasa copia de datos, método en la ordenación, y más conocimiento de las cosas de España que el que por lo general han mostrado otros extranjeros que de ella han escrito, no pocos en verdad con asombrosa y culpable ligereza. Merecen en mi dictamen no ser

comprendidos en el número de estos últimos, antes con mas razón ser incluidos entre los primeros, los historiadores generales de España Dunham, Romey, Roseew Saint-Hilaire, y los particulares Robertson, William Prescott, Weis, William Coxe, todos adornados de preclaras dotes y de mérito distinguido, aunque no igual. Así de éstos como de nuestros autores nacionales he adoptado y tomado en ocasiones varias o palabras o pensamientos, cuando he creído que no podrían expresarse mejor, como me separo de ellos o los impugno en los puntos en que me han parecido inexactos, o en los juicios a que no me ha sido posible conformar los míos.

Resultando de este rapidísimo examen ser la obra del P. Mariana la única historia general española que poseemos, resta sólo, para justificar mi ardua empresa, inquirir si aquella llena las condiciones que los progresos literarios, el gusto de la época y las nuevas necesidades intelectuales reclaman hoy en las obras de este género.

No puede negarsele al sabio jesuíta ni la gloria de haber sido el primer historiador general español, ni el mérito de haber recopilado, ordenado y reducido a un cuerpo de historia los infinitos materiales que andaban dispersos, ni la honra de haber borrado la nota de descuido que entonces nuestra nación padecía. Hizo en efecto Mariana con los cronistas e historiadores que le precedieron algo semejante a lo que había hecho Tilo Livio con los antiguos analistas romanos, reducir a forma histórica lo que en ellos halló escrito; llevando tan adelante la imitación de su modelo, que le siguió hasta en lo de hacerse inventor de bellas arengas, dando una enojosa uniformidad a las prolijas oraciones que pone en boca de los caudillos de todos los tiempos, y sacrificando así la verdad y hasta la verosimilitud histórica al empeño de lucir la gallardía de lenguaje.

Poseía en verdad Mariana locución castiza y pura, sencillez, limpieza y dignidad en el decir; y no le faltaba ni erudición, ni talento claro, ni ideas nobles, ni discreción y rectitud de juicio. Creo además que hizo todo lo que se podía hacer en su tiempo, y sospecho que si hubiera vivido en el presente siglo, hubiera podido componer una historia capaz de satisfacer sus exigencias. Acaso hizo sin intentarlo más de lo que se había propuesto, a juzgar por lo que él mismo dijo a su amigo Lupercio de Argensola: «Yo nunca pretendí hacer una historia de España, ni examinar todos los particulares, que fuera nunca acabar, sino poner en estilo lo que otros tenían juntado como materiales de la fábrica que pensaba levantar.»

Pero Mariana no podía eximirse de participar de las ideas dominantes de su siglo. Achaque del tiempo será ciertamente, más que culpa suya, el haber admitido, fuese por credulidad propia o por timidez y respeto a aquellas mismas ideas, tantas fábulas y consejas, tantos errores vulgares y tradiciones absurdas, algunas de tal naturaleza, que él mismo se vio obligado a hacer aquella célebre confesión: *plura transcribo quam credo.* Y no hizo poco si dejó traslucir a veces su perplejidad en dar o no asenso a los cuentos que refiere como acreditados entre el vulgo, o hablillas y patrañas que él decía. Aún así deslizáronsele en gran número, que han ido recibiendo una especie de sanción popular, por lo mismo de hallarse por tan grave autor consignadas. Lo que pudo no ser defecto en aquel tiempo, fuera un anacronismo contra las leyes del progreso intelectual pretender mantenerlo en el siglo XIX.

Hiciérase más excusable esta falta supliéndola en mucho la discreción del lector moderno, que no en todos puede suponerse, si la compensara por otra parte una apreciación filosófica de las causas de los acontecimientos y de su influjo en los progresos, declinación y alteraciones de los diferentes estados de España, de las formas y modificaciones de su sistema político, y de los pasos y trámites que fue llevando esta fraccionada monarquía hasta su unidad. Pero desgraciadamente no es en la historia de Mariana donde puede adquirirse este conocimiento, como oportunamente lo hizo notar el juicioso Capmany en su *Teatro Histórico-Crítico de la Elocuencia española*, y muchos después de él.

Hay un período en la Historia de España, el más largo, y sin duda el más fecundo en hechos brillantes y gloriosos para nuestra nación, en que evidentemente peca de manca y deja un lastimoso vacío la obra de que me ocupo. Hablo del período de la dominación de los árabes. Mariana estampó lo que halló escrito en los cronistas españoles, escaso por lo comín y diminuto, y no pocas veces

apasionado o erróneo. No alcanzó la *Biblioteca arábico-hispana Escurialensis* del célebre orientalista Casiri: no pudo conocer la *Historia de la dominación de los Árabes* de Conde, ni menos la reciente y muy posterior de *Al-Mahari,* que debemos al erudito Gayangos. Viendo siempre a aquellos dominadores por el solo prisma de la religión, después de desfigurar lastimosamente sus nombres que es lo menos, no les ahorra nunca el epíteto de *bárbaros,* aún en la época en que el imperio muslímico español era el emporio del saber y el centro de donde se derramaba por el mundo la luz de las ciencias y de las artes, precisamente entonces que no estábamos nosotros para hacer alarde en punto a conocimientos humanos. Así se fueron arraigando en las masas del pueblo español las ideas equivocadas que aún se tienen respecto a la cultura y civilización de aquellos nuestros conquistadores.

Aparte de estos capitales defectos, y considerada la más popular de nuestras historias por el lado solo de la ordenación, del método y de la claridad, bien necesita de una comprensión raramente feliz, de una intuición especial y de una retentiva privilegiada el que pueda decir con verdad y con la mano puesta sobre el corazón, que ha aprendido con sola la lectura del Mariana el orden y enlace de los sucesos y la marcha de la civilización y de la organización política y social de España.

Pienso sobre todo que una historia que no ha podido alcanzar sino a los primeros años del siglo XVI, y que por consecuencia deja en claro los últimos tres siglos, cabalmente los que pueden interesarnos más, exige ya ser reemplazada: y que si ha de haber unidad en el pensamiento y en el colorido, no basta reparar la fábrica antigua e irle agregando piezas modernas, como hasta ahora se ha practicado. Menester es edificar de nuevo, sin dejar por eso de respetar lo antiguo, tan digno de veneracion. Y éste es ya, si no he estudiado mal la opinión, el sentimiento y la conciencia pública. Pero *hoc opus, hic labor.*

Reconozco toda la dificultad de la empresa. ¿Y quién hay que no la reconozca? Requiérese aliento vigoroso y mucho amor patrio. No me ha faltado éste: el otro es el que ha estado muchas veces a punto de desfallecer. Y no porque me parezca exceder la obra a la capacidad del espíritu humano, como decía hablando a la Academia de la Historia en 31 de octubre de 1817 uno de los hombres más doctos que ha tenido esta ilustre corporación. Ni por que opine como el eruditísimo Chateaubriand cuando dice en el Prólogo a sus *Estudios históricos,* «que tenemos hoy muchos hombres que saben escribir cincuenta páginas, y algunos un tomo, no muy abultado, con singular talento; pero que hay muy pocos capaces de componer y coordinar una obra seguida, de abrazar un sistema y de sostenerlo con arte e interés durante el curso de muchos volúmenes» añadiendo, «que el folleto y el artículo de periódico parecen el termómetro que señala la medida y el límite de nuestro espíritu.» Yo creo por el contrario, que aquí mismo en nuestra España sobran ingenios capaces de dar cumplida cima y llevar a feliz termino esta misma obra; lo que ha estado para desalentarme muchas veces es precisamente el paralelo entre la capacidad de éstos y la pequeñez mía. Ellos necesitarían sólo de resolución, y yo necesito de arrojo: pero ellos no se resuelven, y es fuerza arrostrar la temeridad. Si en estas cosas non *est satis voluisse*, también es imposible que carezcan de todo merecimiento la intención, el ahinco y la laboriosidad. Abramos la senda. Otros marcharán por ella con más gloria; pero algo reflejará en el primero que trabajó por desembarazarla.

«La historia de España no está en los libros (he oído decir más de una vez en algunas reuniones de literatos), está en los archivos públicos y privados, está en pergaminos escritos en lenguas y caracteres hoy casi indescifrables; está en documentos que yacen entre el polvo de oscuros rincones, o en lápidas que cubren todavía la tierra.» Aguardad a que se desentierren y descifren lodos esos documentos, útiles unos, de ignorada y problemática importancia otros; esperad a la elucidación o eventual o imposible de todos los puntos dudosos; no escribáis hasta que se pronuncie el *«ya no hay mas»* en materia de documentos o de descubrimientos históricos; y pasaréis vosotros, y vuestros hijos, y muchas generaciones sin ver mejorar la historia patria. Mariana lo dijo ya: esta tarea *fuera no acabar nunca.* Enriquecedla con lo descubierto y conocido, escudriñad lo posible, mejorad lo existente, ensanchad el edificio, dadle más elegancia, o más brillo, o más regularidad, y haréis un beneficio a los hombres. Detrás de vosotros vendrá otro que mejorará

vuestra obra, y otro más adelante perfeccionará la de aquel. Jamás se hizo de una vez la historia de un pueblo. ¿Y cuál es el que puede decir que la tiene acabada y perfecta?

El insigne Ambrosio de Morales era menos exigente que estos optimistas de la historia. «Puede haber (dice en su «Prólogo a la *Cronica general de España)* muchas causas «y muy justas, por las cuales alguno se empeñe en escribirla, y quiera a costa de su trabajo y su fatiga aprovechar en común a muchos con su escritura. Mas entre todas, dos causas hay principales y dignas para mover a que uno escriba la historia que antes de él otros han escrito, no teniendo por acabado lo que por muchos está ya hecho. Es la una, pensar de sí el que escribe de nuevo que podrá dar mas certidumbre en las cosas, que la tuvieron los que antes las han contado: y la otra, que ya que en la verdad de la historia no pueda sobrepujar a los pasados, vencerlos ha a lo menos en decir más hermosamente las cosas, dándoles mayor gusto y dulzura, con la que les puede poner el buen estilo. Cualquiera de estas dos causas es bastante para escrebir una historia, pues ambas a dos cosas son necesarias en ella.»

Participo de la opinion del docto cronista, si bien a las causas que señala pudieran añadirse algunas mas.

He hecho para la investigación y adquisición de documentos las diligencias que caben en los esfuerzos del individuo aislado. Me he dirigido a las academias y corporaciones literarias; he solicitado el auxilio de los hombres de letras, e hice un llamamiento a todos los amantes de las glorias nacionales y de la verdad histórica que poseyesen documentos, escrituras o monumentos que pudieran contribuir a ilustrar nuestros anales. A algunos he sido deudor de interesantes manuscritos y noticias útiles. Me complazco en pagarles este tributo de gratitud. Otros han tenido por conveniente guardar un sistema de reserva y de incomunicabilidad, que no todos interpretarán del mismo modo, y al que fuera de celebrar les quedará la patria reconocida. Probablemente estos mismos serán los primeros a pregonar que la historia no sale tan enriquecida como pudiera; «pues poseen ellos *un documento precioso e ignorado*, de que no se hace en ella mérito.»

He visitado y examinado nuestros archivos, y principalmente los generales de las antiguas coronas de Aragón y de Castilla, establecidos el uno en Barcelona y el otro en Simancas, con las molestias, dificultades y dispendios que en nuestro país experimenta todavía el particular que tiene la vocación de consagrarse a estas ímprobas y enojosas ocupaciones, abandonado a sus recursos propios. He recogido de aquellos abundantísimos y ricos depósitos de nuestras glorias cuantas noticias y materiales me ha sido posible. Mentiría si dijera que lo había escudriñado todo: el que se lo propusiera, necesitaría dedicar a esto solo una vida mas larga que la que comunmente se concede a los hombres. Aún así, podré rectificar varios errores históricos admitidos por mis predecesores.

Con estos títulos me presento al público: él los apreciará en lo que valgan.

Diré algo acerca del plan y sistema que me propongo seguir.

«Desde la invención de la imprenta hasta nuestros días, dice el ilustre Thierry, tres escuelas históricas han florecido sucesivamente; la escuela popular de la edad media, la escuela clásica o italiana, y la escuela filosófica cuyos jefes gozan hoy una reputación europea. Como hace doscientos años se deseaba para la Francia los Guicciardini y los Dávila, se le desea en este momento los Robertson y los Hume. ¿Es cierto que los libros de estos autores presenten el tipo real y definitivo de la historia? ¿Es cierto que el modelo a que la han reducido nos satisfaga a nosotros tan completamente como satisfacía a nuestros antepasados el plan de los historiadores de la antigüedad? No lo creo; creo, por el contrario, que esta forma enteramente filosófica tiene los mismos defectos que la forma absolutamente literaria del penúltimo siglo.»

Estoy de acuerdo con esta última observación. La historia descriptiva, en que no ha tenido competidor Mr. de Barante, y la historia puramente filosófica, al frente de cuya escuela marcha el ilustre Hegel, la una desatendiendo a la especie por ocuparse del individuo, la otra haciendo olvidar al individuo por ocuparse toda de la especie, tienen inconvenientes igualmente graves. Pienso que el lector desea que se le den a conocer ambas cosas, y el acierto estaría en maridar en lo posible ambos sistemas.

Como no me propongo escribir para los doctos, que podrían ellos mismos iluminarme con sus juicios, sino para aquellos que o necesitan de guía o no tienen tiempo para meditar sobre los hechos y deducir las consecuencias de los principios, tengo por insuficiente la historia que se limita al simple relato de los sucesos, desechando toda fórmula histórica y abandonando a la inteligencia del lector las inducciones y aplicaciones. Aún supuesta la más imparcial y exacta pintura de las acciones buenas o malas de los hombres, ¿bastaría esto para llenar los altos fines morales de la historia? Frialdad culpable parecería esta imparcialidad cuando se trata de pintar el vicio o la virtud, y así podría conducir al escepticismo en asuntos de religión, como al indiferentismo político en negocios que tocan al amor de la patria. ¡Triste y desconsoladora imparcialidad la de un Suetonio contando fríamente las torpezas del lecho imperial! Déjese, pues, al historiador, o indignarse contra los crímenes, o gozarse de ensalzar las acciones virtuosas, comparar, discurrir y hacer notar las consecuencias de unas y otros en mal o en bien de los estados.

En vista, pues, de que ninguno de los sistemas que gozan más boga satisface cumplidamente ni carece de inconvenientes y defectos, considerada la ineficacia de los preceptos y reglas que tantos autores han dado desde Luciano basta Mably, desde D'Alembert y Voltaire hasta Mr. de Bonald, bien puedo sin vacilar seguir el consejo del elocuente autor de los *Estudios Históricos* cuando dice: «Si bien es útil tener principios fijos al tomar la pluma, es una cuestión ociosa preguntar cómo debe escribirse la historia: cada historiador la escribe según su propio genio... todos los modos son buenos con tal que sean verdaderos... Escriba, pues, cada cual como ve y como siente...»

Usando de esta justificada libertad, el orden que he adoptado es referir primero y deducir después; estudiar los hechos, y ver si los resultados de la experiencia confirman los principios y si estos explican aquellos. Como mi objeto es dar a la historia la mayor claridad posible, e imprimir en la memoria de los lectores del modo más permanente así el conocimiento de los sucesos como el de su influjo en las modificaciones políticas del país, no he querido interponer largas distancias entre la relación y las reflexiones, ni tampoco interpolarlas tan de cerca qué hagan la narración truncada y falta de unidad, distrayendo continuamente la atención del lector, y haciéndole perder el hilo de la acción. Así creo conciliar las ventajas de ambas escuelas, y obviar el inconveniente que Thierry nota en este método, suponiendo que se desprecia la narración por reservar el vigor para los comentarios, «y que cuando el comentario llega no ilustra nada; porque el lector no le liga a la narración de que el escritor le ha separado.» Así sería, si los resultados morales o políticos se separaran tanto de los hechos que el lector no pudiera ligarlos sin poner en tortura su memoria, o sin obligarle a hacer una nueva lectura de los sucesos. Mas es precisamente lo que me he propuesto evitar. Mucho desearía haberlo logrado. Tengo aún por más embarazoso y fatigante ingerir en el relato histórico observaciones que a las veces tienen que ser prolijas, tales como el examen más o menos analítico de un código de nuestra legislación, el de la influencia del espíritu religioso en la organización política y civil del pueblo, y otros cuadros que exigen detenidas consideraciones. Estas piden un lugar aparte. Por lo menos colocado yo en el lugar del lector, agradecería encontrarlas separadas. No es posible medir a todos por la regla propia, pero hay que seguir la que parece más natural.

En cuanto al principio que impulsa la marcha de la humanidad, no puedo conformarme con la escuela fatalista que considera todas las catástrofes como necesarias, que desvanece toda esperanza y que seca todo consuelo, aunque marchen al frente de esa escuela hombres tan ilustrados como Thiers y Mignet. Acojo gustoso la ley de la Providencia con Vico, y coloco todo los pueblos bajo la guía y el mando de Dios con Bossuet. Explicaré más este principio en el discurso preliminar.

He citado a Bossuet, y debo rectificar una idea que ha hecho formar de la historia este sabio escritor. «En la historia (dice) es donde los reyes, degradados por la mano de la muerte, comparecen sin corte y sin séquito a sufrir el juicio de todos los siglos.» Desde entonces se ha repetido cien veces que la historia es el espejo en que los reyes ven la imagen de sus defectos. No, no es esto sólo la historia. No han sido solos los reyes los opresores de la humanidad. También han solido serlo a su vez los pueblos cuando han ejercido la soberanía absoluta: también lo han sido otras clases de la sociedad: todas han tenido aduladores, y todos deben comparecer en las páginas de la historia a

sufrir ese juicio imparcial y severo, porque sus lecciones se dirigen a todos, y la historia condenará siempre el fanatismo, la iniquidad, la ambición, el despotismo, la licencia, las guerras injustas, ya las promueva un monarca orgulloso, ya las suscite una multitud ciega y desenfrenada, ya las fomenten los magistrados electivos de una república en nombre del pueblo. Tácito fue un acusador inexorable de los monarcas: todas las clases deben encontrar en la historia quien acuse sus excesos.

Los períodos de tiempo en que puede dividirse la historia son por lo regular tan imperfectos como las divisiones que solemos hacer del espacio, porque todo se encadena en uno y otro por gradaciones insensibles. La historia de España ofrece sin embargo períodos naturales en las invasiones que cuenta. Pero hay uno entre ellos, el de la dominación sarracena, que pienso nadie ha clasificado con exactitud y con propiedad, ni es tampoco fácil hacerlo. Desígnase comunmente con el nombre de *España árabe,* y no lo es desde que reemplazó al imperio de los árabes el de la raza africana y mora. Tampoco es la *España musulmana,* ni la *España bajo la dominación de los sarracenos,* desde que las armas cristianas se hicieron dueñas de la mayor parte del territorio español para no volverle a perder. Ni puede decirse la *España cristiana* desde la época en que se declaró la victoria y la superioridad en favor de los defensores de la cruz, porque cristiana ha sido la España antes y después de la reconquista. En la dificultad de comprender bajo una misma denominación ese largo y complicado período, he hecho de él tres divisiones, sirviéndome de pauta aquellos acontecimientos notables que alteraron sustancial y ostensiblemente la situación de los reinos, y de base las vicisitudes esenciales de la corona de Castilla en que vinieron a fundirse las demás.

Por desgracia la cronología de nuestra historia está todavía muy lejos de haber alcanzado un grado de certidumbre tal, que baste a poder fijar de un modo inconcuso la fecha precisa de cada suceso, notándose frecuentemente tal divergencia entre los mismos autores coetáneos, que es a veces de difícil y acaso imposible logro apurar dónde está la verdad, y más cuando faltan documentos auténticos que disipen toda duda. En tales casos me acomodo a lo que asientan los escritores que pasan por de más autoridad. Reconociendo la utilidad de estas investigaciones, otros son a quienes corresponde ocuparse de intento en hacerlas, y no deben servir de embarazo al historiador general. «Esas discusiones prolijas, dice el erudito Cesar Cantú, para comprobar una fecha, un lugar, un nombre, y esa erudición laboriosa... que nos dispensa de meditar al enriquecernos con las ideas ajenas, no se hicieron para el historiador que aspira a revivir en los corazones más que en las bibliotecas.»

Refiero las batallas y hechos de armas con la posible rapidez, y sólo me detengo algún tanto en aquellas que por especiales circunstancias y notables accidentes, o por su grande interés, o por el cambio que produjeran en la suerte del país, merecen conservarse en la memoria de los hombres. Harto sensible es para un historiador el tropezar con siglos enteros en que los hombres apenas se ocupaban de otra cosa que de pelear. Lectores y autores tienen que sufrir esta monotonía desconsoladora, si no han de pasarse en claro largos períodos.

Si en todas las historias son esenciales requisitos el método y la claridad, necesítase particular estudio para evitar la confusion en la de España, acaso la más complicada de cuantas se conocen, señaladamente en las épocas en que estuvo fraccionada en tantos reinos o estados independientes, regido cada cual por leyes propias y distintas, y en que eran tan frecuentes las guerras, las alianzas, los tratados, los enlaces de dinastías, que hacen sobremanera difícil la división sin faltar a la unidad, y la unidad sin caer en la confusión. Procuro, pues, referir con la separación posible las cosas de Aragón y las de Castilla, las de Navarra, Portugal o Cataluña, y las que tenían lugar en los países dominados por los árabes; aparte de los casos en que los sucesos de unos y otros estados corrían tan unidos que hacen indispensable la simultaneidad en la narración. En cuanto a la claridad, siempre he preferido a la vanidad que se disfraza bajo la brillantez de las formas, la sencillez que Horacio recomienda tanto, aconsejando a los autores que escriban no sólo de manera que puedan hacerse entender, sino que no puedan menos de ser entendidos. La historia no es tampoco un discurso académico.

Siento haber de advertir que una historia general no puede comprender todos los hechos que constituyen las glorias de cada determinada población, ni todos los descubrimientos que la arqueología hace en cada comarca especial. No haría esta advertencia, que podría ofender al buen sentido de unos y parecer excusada a otros, si no tuviera algunos antecedentes para creerla necesaria.

Como español, y amante de las glorias de mi patria, permítaseme, cuando pueda sin faltar a la austera verdad histórica, hablar con complacencia en las ocasiones que encuentre virtudes o grandezas españolas que elogiar. La imparcialidad no prohibe los sentimientos del corazón; y excusable será este justo desahogo en quien tantas veces ha pasado por la amargura de ver su patria por extranjeras plumas vulnerada. ¿Quién podrá negarme esta compensación?

No quiero molestar con más advertencias. Sea la última de todas, que en la imposibilidad de hacer una obra tan perfecta y acabada como desearía, el ojo escudriñador de la critica podrá fácilmente encontrar en ella, no ya sólo los defectos inherentes a esta clase de obras, sino otros en que todo el esmero y diligencia del autor no le hayan eximido de incurrir. Lejos de temer los juicios críticos, los agradeceré cuando la buena fe los dicte, y conduzcan o a enmendar errores, o a esclarecer hechos, o a encaminar por mejor sendero al historiador. Y si un Salustio, con haber merecido que Séneca le apellidara *honor de la historia,* y que Marcial le concediera el primer lugar entre los historiadores, hubo de tolerar que Aulo Gelio le reprendiera muchas palabras, y que Asinio Pollion escribiera un libro entero contra su historia; si un Tito Livio no pudo librarse de la censura de Tácito, que le notó de duro y seco en las expresiones; si el mismo Tácito tan alabado de todos, tampoco pudo evitar que Tertuliano le llamara en su Apologético *hablador de falsedades;* si en nuestra misma España no faltó a Mariana un Mantuano que se cebara encarnizadamente en su obra; si ha acontecido otro tanto a todos los historiadores, y yo mismo me he creído autorizado para juzgar a los que me han precedido en esta espinosa carrera, ¿cómo he de pretender eximirme de comparecer y someterme a ese juicio a que se sujetan todos los públicos escritores?

Dichoso yo si al través de las dificultades inmensas de ejecución, de las imperfecciones anexas a la naturaleza de la obra y a las facultades intelectuales del escritor, y de los fallos inexorables de la crítica, logro hacer un trabajo menos imperfecto que los de la misma índole que poseemos, y ser de esta manera útil al país en que he nacido y a cuyo servicio he consagrado toda mi vida. Con esto sólo me daría por altamente satisfecho, y mis esfuerzos y vigilias serían sobradamente recompensados.

DISCURSO PRELIMINAR
I

La humanidad vive, la sociedad marcha, los pueblos sufren cambios y vicisitudes, los individuos obran. ¿Quién los impulsa? ¿Es la fatalidad? ¿Hemos de suponer la sociedad humana abandonada al acaso, o regida sólo por leyes físicas y necesarias, por las fuerzas ciegas de la naturaleza, sin guía, sin objeto, sin un fin noble y digno de tan gran creación? Esto, sobre arrancar al hombre toda idea consoladora, sobre secar la fuente de toda noble aspiración, sobre esterilizar hasta la virtud mas fundamental de nuestra existencia, la esperanza, equivaldría a suprimir todo principio de moralidad y de justicia, de bien y de mal, de premio y de castigo, seria hacer de la sociedad una máquina movida por resortes materiales y ocultos. Referiríamos impasibles los hechos, y nos dispensaríamos del sentimiento y de la reflexión. Veríamos morir sin amor y sin lágrimas al inocente, y contaríamos sin indignación los crímenes del malvado: mejor dicho, no habría ni criminales ni inocentes; unos y otros habrían sido arrastrados por las leyes inexorables de su respectivo destino, no habrían tenido libertad. Desechemos el sombrío sistema del fatalismo; concedamos mas dignidad al hombre, y más altos fines al gran pensamiento de la creación.

Por fortuna hay otro principio más alto, más noble, mas consolador, a que recurrir para explicar la marcha general de las sociedades, la Providencia, que algunos no pudiendo comprenderla han confundido con el fatalismo. Aún suponiendo que los libros santos no nos hubieran revelado esa Providencia que guía al universo en su majestuosa marcha por las inmensidades del tiempo y del espacio, nada mejor que la historia pudiera hacerla adivinar, enseñándonos a reconocerla por ese encadenamiento de sucesos con que el género humano va marchando hacia el fin a que ha sido destinado por el que le dio el primer impulso y le conduce en su carrera. Dado que el orden providencial fuera tan inexplicable como el fatalismo, le preferiríamos siquiera fuese solamente por los consuelos que derrama en el corazón del hombre la santidad de sus fines. El que trazó sus órbitas a los planetas, no podía haber dejado a la humanidad entregada a un impulso ciego.

Creemos, pues, con Vico, en la dirección y el orden providencial, y admitimos además con Bossuet, según en el prólogo apuntamos, la progresiva tendencia de la humanidad hacia su perfeccionamiento; y que este compuesto admirable de pueblos y de naciones diferentes, de familias y de individuos, va haciendo su carrera por el espacio inmenso de los siglos, aunque a las veces parezca hacer alto, a las veces parezca retroceder, hasta cumplir el término de la vida: es una pirámide cuya base toca en la tierra, y cuya cúspide se remonta a los cielos.

He aquí los dos grandes y luminosos fanales que nos han guiado en nuestra historia. De esta escala de Jacob procuramos servirnos para subir de los hechos a la explicacíón del principio, y para descender alternativamente a la comprobación del gran principio por la aplicación de los sucesos.

En esta marcha majestuosa, los individuos mueren y se renuevan como las plantas; las familias desaparecen para renovarse también; las sociedades se trasforman, y de las ruinas de una sociedad que ha perecido nace y se levanta otra sociedad nueva. Pasan esos eslabones de la cadena del tiempo que llamamos siglos: y al través de estas desapariciones, de estas muertes, y de estas mudanzas, una sola cosa permanece en pie, que marchando por encima de todas las generaciones y de todas las edades, camina constantemente hacia su perfección.

Esta es la gran familia humana. «Todos los hombres, dijo ya Pascal, durante el curso de tantos siglos pueden ser considerados como un mismo hombre que subsiste siempre, y que siempre está aprendiendo.» Gigante inmortal que camina dejando tras sí las huellas de lo pasado, con un pie en lo presente, y levantando el otro hacia lo futuro. Esta es la humanidad, y la vida de la humanidad es su historia.

Como en todo compuesto, así en este gigantesco conjunto cada parte que le compone tiene una función propia que desempeñar. Cada individuo, cada familia, cada pueblo, cada nación, cada sociedad ha recibido su especial misión, como cada edad, cada siglo, cada generación tiene su

índole, su carácter, su fisonomía, todo en relación a la vida universal de la humanidad. ¿Cómo concurre cada una de estas partes a la vida y a la perfección de la gran sociedad humana? No es fácil ciertamente penetrar todas las armonías secretas del universo. Entre muchas relaciones que se comprenden, escápanse otras infinitas a la sagacidad del entendimiento humano. A veces un acontecimiento grande, ruidoso, universal, revela a las naciones que a él han cooperado el objeto y fin de su marcha anterior, hasta entonces de ellas mismas desconocido. No extrañamos que esto fuese ignorado de los antiguos, porque faltaban los lecciones prácticas de los grandes ejemplos; pero hoy la humanidad ha vivido ya mucho, ha salido de su menor edad, ha visto y sufrido muchas trasformaciones, y ha podido apercibirse de su destino, y aprender en lo conocido las conexiones secretas de lo que le resta por conocer. Pongamos un ejemplo.

Una generación antigua, dividida en grupos de naciones, avanzaba hacia un fin que conocía solo el que guiaba secretamente el movimiento, al modo que las legiones de un gran ejército concurren a un punto dado por caminos y direcciones diferentes para encontrarse reunidas en un mismo día, sin que nadie penetre el objeto sino el general en jefe que ha dispuesto aquella combinación de evoluciones. Ocurrió la proclamación del cristianismo en las naciones del mundo y la gran catástrofe de la caída del imperio romano. Y entonces pudieron conocer los pueblos de la antigüedad que todos habían contribuido sin saberlo a aquella grande obra de la regeneración humana. Entonces pudo penetrar el filósofo que no en vano la Providencia había colocado la cabeza de aquel imperio en el centro del Mediterráneo, que no en vano había dotado al pueblo-rey de aquel espíritu incansable de conquista; porque era necesario un poder, que poniendo en comunicación todos los territorios, todas las naciones mediterráneas, conquistador primero y civilizador después, difundiera por todas aquellas regiones un mismo lenguaje, una misma religión, un mismo derecho. Necesario era que se desplomara aquel grande imperio al soplo del cristianismo; necesario era que la Italia, las Galias, la España, el África, la Grecia, el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Judea, que después de estar sometidos el judaísmo y el politeísmo a una sola voluntad, presenciaron aquella general trasformación, para que el mundo antiguo se convenciera de que llevaba en sí el secreto defecto de un principio insuficiente para sostener la vida, y de que si el género humano había de seguir marchando hacia su perfección necesitaba ya de otra religión, de otra civilización, de otra vida.

Tenemos, pues, fe en el dogma de la vida universal del mundo, que se alimenta de la vida de todos los pueblos, de todas las regiones, de todas las castas, y de todas las edades. Que cuando la vida humana ha gastado su alimento en unos climas, pasa a rejuvenecerse en otros donde halla savia abundante. Que cada edad que pasa, cada trasformación social que sucede, va dejando algo con que enriquecer la humanidad, que marcha adornada con los presentes de todas. Levántase a veces un genio exterminador, y el mundo presencia el espectáculo de un pueblo que sucumbe a sus golpes destructores; pero de esta catástrofe viene a resultar, o la libertad de otros pueblos, o el descubrimiento de una verdad fecundante, o la conquista de una idea que aprovecha a la masa común del género humano. A veces una creencia que parece contar con escaso número de seguidores, triunfa de grandes masas y de poderes formidables. Y es que cuando suena la hora de la oportunidad, la Providencia pone la fuerza a la orden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas. A veces pueblos, sociedades, formas, suelen desaparecer a los sentidos externos; y es que la vida social ha alcanzado bajo nuevas formas y en nuevas alianzas el siguiente período de su desarrollo, y nuevas generaciones van a funcionar con mas robusta vida en el mismo teatro en que otras perecieron.

Creemos pues también en la progresiva perfectibilidad de la sociedad- humana, y en el enlace y sucesión hereditaria de las edades y de las formas que engendran los acontecimientos, todos coherentes, ninguno aislado, aún en las ocasiones que parece ocultarse su conexión. Para nosotros es una gran verdad el célebre dicho de Leibnitz: «Lo presente, producto de lo pasado, engendra a su vez lo futuro.»

Líbrenos Dios de acoger la desconsoladora idea del continuo deterioro de nuestra especie, que

formuló Horacio diciendo: «La edad de nuestros padres, peor que la de nuestros abuelos, nos produjo a nosotros, peores que nuestros padres, y que daremos pronto el ser a una raza más depravada que nosotros.»

Aetas parentum, pejor avis, tullit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiorem.

Idea que descubre la imperfección de la filosofia pagana. Nosotros repetimos con un filósofo cristiano: «Es la misión de los siglos modernos adelantar y luchar, y si la palabra de Dios no es engañosa, irá desarrollándose y realizándose cada vez más la ley del amor y de la justicia; y como en ella consiste asimismo él perfeccionamiento del orden moral, será infalible el progreso, porque habrá venido a ser la ley natural de la humanidad.»

Tan lejos estamos de creer en el empeoramiento sucesivo de la raza humana, que no veríamos con complacencia volver los tiempos del mismo Horacio. Con todos los males que sentimos, con todas las miserias que lamentamos, no cambiaríamos la edad presente por las que la precedieren, salvos cortos y parciales períodos de pasajera felicidad, que habrán sido el estado excepcional de un pueblo, no la condición normal del mundo. Aunque una historia universal lo probaría mejor, la de España lo acreditará cumplidamente.

Si no temiéramos hacer de este discurso una disertación filosófico-moral, expondríamos cómo entendemos nosotros la conciliación del libre albedrío con la presciencia, y cómo se conserva la libertad moral del hombre en medio de las leyes generales e inmutables que rigen el universo bajo la culta acción de la Providencia. Pero no es ocasión de probar; nos contentamos con exponer nuestros principios, nuestro dogma histórico. Y anticipadas estas ideas, que hemos creído oportuno indicar para que se conozca el punto de vista bajo el cual consideramos la historia, creemos llegado el caso de circunscribirnos a la particular de España, objeto de nuestros trabajos, y de echar una ojeada general sobre cada una de sus épocas, para ver cómo se fue formando en lo material y en lo político esto que hoy constituye la monarquía española.

II.

Si la estructura de este compuesto sistemático de territorios que nombramos Europa revela el grandioso plan del Criador para la gran ley de la unidad en la variedad; si esas divisiones geográficas parecen hechas y concertadas para que dentro de cada una de ellas pueda encontrar cada sociedad las condiciones necesarias para una existencia propia; si aún suponiendo la Europa ocupada por un solo pueblo habríamos de ver tendencias irresistibles a la partición de esta gran república en grupos distintos, que aspiraran a formar cada cual una nacionalidad aparte; ¿quién no descubre en la situación geográfica de España la particular misión que está llamada a cumplir en el desarrollo del magnífico programa de la vida del mundo? Cuartel el más occidental de Europa, encerrado por la naturaleza entre los Pirineos y los mares, divididas sus comarcas por profundos ríos y montañas elevadísimas, como delineadas y colocadas por la mano misma del grande artífice, parece fabricado su territorio para encerrar en sí otras tantas sociedades, otros tantos pueblos, otras tantas pequeñas naciones, que sin embargo han de amalgamarse en una sola y común nacionalidad que corresponda a los grandes límites que geográficamente le separan del resto de las otras grandes localidades europeas. La historia confirmará los fines de esta física organización.

Así desde que los primeros pobladores se derraman por las varias zonas de su territorio, al paso que se van asentando en sus diferentes comarcas, la variedad del clima y de las producciones de cada suelo, la dificultad que el terreno presenta para mantener relaciones entre las familias que se segregan, los hace ir contrayendo hábitos y ocupaciones diferentes. Intereses locales diversos, muchas veces encontrados, aflojan los vínculos sociales entre la familia común, al tiempo que ligan y estrechan los de los moradores de cada localidad. Grupos primero, tribus después, pueblos y naciones más adelante, llegan a guerrear entre sí, o por la necesidad de ensancharse, o por

incompatibilidad de intereses, o por rivalidades que siempre se suscitan entre vecinos pueblos, tratándose como extraños, y olvidándose al parecer de su común origen. Pero en medio de esta diversidad de tendencias y de genios, se conserva siempre un fondo de carácter común, que se mantiene inalterable al través de los siglos, que no bastan a extinguir ni guerras intestinas ni dominaciones extrañas, y que anuncia habrá de ser el lazo que unirá un día los habitantes del suelo español en una sola y gran familia, gobernada por un solo cetro, bajo una sola religión y un sola fe. Y cuando con el, trascurso de los tiempos se cumple este destino providencial del pueblo español, entonces conservando la España su fisonomía especial, se desarrolla su vida en orden inverso. Antes, al través del fraccionamiento y de la variedad manteníase vivo un fondo de carácter que recordaba la identidad del antiguo origen y hacía presagiar la unidad futura; después, en medio de la unidad conservan los pueblos sus especiales y primitivos hábitos, y con el recuerdo de lo que fueron, las tendencias al aislamiento pasado. Antes la unidad en la variedad, después la variedad en la unidad. Pueblo siempre uno y múltiple, como su estructura geográfica, y cuya particular organización hace sobremanera complicada su historia, y no parecida a la de otra nación alguna.

Y a pesar de tener tan en relieve designados sus naturales límites, jamás pueblo alguno sufrió tantas invasiones. El Oriente, el Norte y el Mediodía, la Europa y el África, todos se conjuran sucesivamente contra él. Pero tampoco ninguno ha opuesto una resistencia tan perseverante y tenaz a la conquista. A fuerza de tenacidad y de paciencia acaba por gastarlos a todos, y por vivir mas que ellos.

El valor, primera virtud de los españoles, la tendencia al aislamiento, el instinto conservador y el apego a lo pasado, la confianza en su Dios y el amor a su religión, la constancia en los desastres y el sufrimiento en los infortunios, la bravura, la indisciplina, hija del orgullo y de la alta estima de sí mismo, esa especie de soberbia, que sin dejar de aprovechar alguna vez a la independencia colectiva, le perjudica comúnmente por arrastrar demasiado a la independencia individual, germen fecundo de acciones heroicas y temerarias, que así produce abundancia de intrépidos guerreros, como ocasiona la escasez de hábiles y entendidos generales, la sobriedad y la templanza, que conducen al desapego del trabajo, todas estas cualidades que se conservan siempre, hacen de la España un pueblo singular que no puede ser juzgado por analogía. Escritores muy ilustrados han incurrido en errores graves y hecho de ella inexactos juicios, no imaginando que pudiera haber un pueblo cuyas condiciones de existencia fuesen casi siempre diferentes, muchas veces contrarias a las del resto de Europa.

¿Qué mas? Como si la Providencia hubiera querido hacer resaltar del modo mas visible el destino especial de esta península, colocó al lado del pueblo más vivo y más impaciente, el más bien hallado con sus antiguos hábitos; al lado del más descontentadizo y dado a las novedades, el menos agitado por los cuidados del porvenir; de la nación más activa y más voluble, la menos aficionada a crearse nuevas y facticias necesidades: como si estuviesen destinados los dos vecinos pueblos, Francia y España, a contrabalancear la impetuosa fogosidad del uno con la fría calma del otro, o a alentar el instinto estacionario de éste con el afán innovador de aquel. ¡Cuántas veces ha influido en bien de la vida universal de la humanidad este carácter compensador de los dos pueblos mas occidentales de Europa!

Y no obstante, cuando este país, habitualmente inactivo, rompe su natural moderación, y rebosando vida y robustez se desborda con un arranque de impetuosidad desusada, entonces domina y sujeta otros pueblos sin que baste nada a resistirle, descubre y conquista mundos, aterra, admira, civiliza a su vez, para volver a encerrarse en sus antiguos límites, como los ríos que vuelven a su cauce después de haber fecundado en su desbordamiento dilatadas campiñas.

Mas el apego a lo pasado no impide a la España seguir, aunque lentamente, su marcha hacia la perfectibilidad; y cumpliendo con esta ley impuesta por la Providencia, va recogiendo de cada dominación y de cada época una herencia provechosa, aunque individualmente imperfecta, que se conserva en su idioma, en su religión, en su legislación y en sus costumbres. Veremos a este pueblo hacerse semi-latino, semi-godo, semi-árabe, templándose su rústica y genial independencia

primitiva con la lengua, las leyes y las libertades comunales de los romanos, con las tradiciones monárquicas y el derecho canónico de los godos, con las escuelas y la poesía de los árabes. Verémosle entrar en la lucha de los poderes sociales que en la edad media pugnan por dominar en la organización de los pueblos. Veremos combatir en él las simpatías de origen con las antipatías de localidad; las inmunidades democráticas con los derechos señoriales, la teocracia y la influencia religiosa con la feudalidad y la monarquía. Verémosle sacudir el yugo extranjero, y hacerse esclavo de un rey propio; conquistar la unidad material, y perder las libertades civiles; ondear triunfante el estandarte combatido de la fe, y dejar al fanatismo erigirse un trono. Verémosle más adelante aprender en sus propias calamidades y dar un paso avanzado en la carrera de la perfección social; amalgamar y fundir elementos y poderes que se habían creído incompatibles, la intervención popular con la monarquía, la unidad de la fe con la tolerancia religiosa, la pureza del cristianismo con las libertades políticas y civiles; darse, en fin, una organización en que entran a participar todas las pretensiones racionales y todos los derechos justos. Veremos refundirse en un símbolo político así los rasgos característicos de su fisonomía nativa como las adquisiciones heredadas de cada dominación, o ganadas con el progreso de cada edad. Organización ventajosa relativamente a lo pasado, pero imperfecta todavía respecto a lo futuro, y al destino que debe estar reservado a los grandes pueblos según las leyes infalibles del que los dirige y guía.

¿Cómo ha ido pasando la España por todas estas modificaciones? ¿Cómo ha ido llegando el pueblo español al estado en que hoy a nuestros ojos se presenta? ¿Cómo se ha ido desarrollando su vida propia y su vida relativa? Echemos una ojeada general por su historia: examinemos rápidamente cada una de sus épocas.

III.

El Asia, cuna y semillero de la raza humana, surte de pobladores a Europa. Tribus viajeras, que a semejanza del sol caminan de Oriente a Occidente, vienen también a asentarse en este suelo que tomó después el nombre de España. Los primeros moradores de que las imperfectas y oscuras historias de los mas apartados tiempos nos dan noticia, son los Íberos.

Pero otra raza de hombres viene a turbar a los Íberos en la pacífica posesión de la península. Los Celtas, *hombres de los bosques*, no tardan en chocar con los Íberos, *hombres del río*. Mas, o demasiado iguales en fuerzas para poderse arrojar los unos a los otros, o conocedores en medio de su estado incivil de sus comunes intereses, acaban por aliarse y formar un solo pueblo bajo el nombre de Celtíberos. Acaso prevalezca el carácter ibérico sobre el celta, y le imprima su civilización relativa. Y aunque las dos primitivas razas conserven algunos rasgos distintivos de su carácter, sus cualidades comunes, tales como nos las pinta Estrabón en el monumento que arroja más luz sobre aquellos tiempos ante-históricos, son el valor y la agilidad, el rudo desprecio de la vida, la sobriedad, el amor a la independencia, el odio al extranjero, la repugnancia a la unidad, el desdén por las alianzas, la tendencia al aislamiento y al individualismo, y a no confiar sino en sus propias fuerzas.

Los íberos y los celtas son los creadores del fondo del carácter español. ¿Quién no ve revelarse este mismo genio en todas las épocas, desde Sagunto hasta Zaragoza, desde Aníbal hasta Napoleón? ¡Pueblo singular! En cualquier tiempo que el historiador le estudie encuentra en él el carácter primitivo, creado allá en los tiempos que se escapan a su cronología histórica.

Menester era, no obstante, que la civilización de otros pueblos mas adelantados viniera a suavizar algún tanto la ruda energía de aquellos primeros pobladores. La Biblia había elogiado el oro de Tharsis, y creíase que los Campos Elíseos de Homero eran las riberas del Betis. Alicientes eran estos que no podían dejar de excitar la codicia de los especuladores fenicios, los más acreditados navegantes de su tiempo, y pronto se vio a los bajeles tirios aportar a las playas meridionales de España. El litoral de la Bética se abre sin dificultad a aquellos mercaderes inofensivos, que parece no vienen a hostilizar el país, sino a erigir un templo a Hércules, y a

cambiar artefactos desconocidos por un oro cuyo precio tampoco conocen los naturales. Ellos avanzan, establecen factorías de comercio, explotan minas, trasportan las riquezas a Tiro, y dejan a los íberos algunas mercancías y las primeras semillas de una civilización.

Resonaba ya en Grecia la fama de las riquezas de nuestra península, y a su vez los griegos de Rodas, los de Zante y los focenses, acuden a este suelo afortunado; fundan a Rosas, Sagunto, Denia y Ampurias, y enseñan a los españoles el culto de Diana y el alfabeto de Cadmo, aprendido de los fenicios y modificado por ellos. Tampoco oponen los naturales gran resistencia a los nuevos colonizadores, porque hasta ahora sólo han experimentado los dos más suaves sistemas de civilización, el del comercio y el de las letras.

Pero no tardan los fenicios en inspirar recelos a los indígenas, que apercibidos de su credulidad, y viendo de mal ojo la arrogancia de aquellos, y el ascendiente que les permite tomar su excesiva opulencia, comienzan a dar las primeras muestras de su humor independiente y altivo, y no dejan gozar de reposo a los colonos de Cádiz, guerreándolos y hostigándolos sin piedad. Los gaditanos en su apuro acuden en demanda de auxilio a sus hermanos de Cartago, colonia también de Tiro e hija suya emancipada, que habiendo asesinado a su madre por heredarla, no es extraño que se propusiera matar también a su hermana de Cádiz fingiéndose su protectora.

El ataque de los españoles a los fenicios es la primera protesta seria de su independencia; la venida de los cartagineses, el primer anuncio de las rudas pruebas que los aguardan; y la expulsión de los fenicios por sus hermanos de Cartago, el primer ejemplo que en España se ofrece de cómo los auxiliadores invocados suelen trocarse en dominadores y enemigos. En nuestra historia veremos cuán fácilmente olvidan los hombres estos aleccionamientos.

En efecto, apenas sientan los cartagineses su planta en España, estos mercaderes y guerreros sin corazón, atacan igualmente a fenicios, a griegos y a indígenas. A beneficio de la antigüedad y superioridad de sus armas subyugan el litoral, brecha siempre abierta a la invasión; pero no penetran en el inmenso laberinto de la España central sin tener que sufrir serios choques y obstinada resistencia de parte de un pueblo rudo, pero libre. La lucha dura siglos enteros, y Cartago conquista pero no domina.

Difirióse la conquista de España mientras la república entretenía sus ejércitos en las guerras de Sicilia y de África. Pero el león de Numidia, que no ha cesado de atisbar su presa en España, no esperaba sino una ocasión oportuna para lanzarse sobre ella. Preséntase esta ocasión después de la primera guerra púnica, y Cartago, que medita resarcirse en España de sus pérdidas de Sicilia, desemboca en ella sus mayores ejércitos y sus mejores generales. El genio de la conquista se encontró con el genio de la resistencia, y a Aníbal, el mayor guerrero del siglo, respondió Sagunto, la ciudad más heroica del mundo. De las ruinas humeantes de Sagunto salió una voz que avisó a las generaciones futuras de cuánto era capaz el heroísmo español. Trascurridos millares de años, el eco de otra ciudad de España, y con ella todo el pueblo, respondió a la voz de Sagunto, mostrando que al cabo de veinte siglos no había sido olvidado su alto ejemplo.

Roma aparece a su vez en nuestro suelo. Pero no viene a socorrer a Sagunto su aliada. Se le ha pasado el tiempo en meditarlo, y es tarde. Viene a distraer a sus rivales los cartagineses, que amenazaban acabar con el poder romano en el corazón mismo de la república, y desde entonces queda señalada, y como de mutuo y tácito acuerdo elegida esta región para teatro sangriento en que las dos mas poderosas y eternamente enemigas repúblicas se han de disputar el imperio del mundo. Tratábase de decidir en esta lucha si la esclavitud del género humano saldría del senado de Cartago o del de Roma. Los españoles, en vez de aliarse entre sí para lanzar de su suelo a unos y a otros invasores, se hacen alternativamente auxiliares de los dos rivales contendientes, y se fabrican ellos mismos su propia esclavitud. Es el genio íbero, es la repugnancia a la unidad y la tendencia al aislamiento el que les hace forjarse sus cadenas. Hombres individualmente indomables, se harán esclavos por no unirse. Los veremos tenaces en conservar sus virtudes como sus defectos. Las mismas causas, los mismos vicios de carácter y de organización traerán en tiempos posteriores la ruina de España, o la pondrán al borde de su pérdida.

Decídese después de largas luchas en los campos españoles que el cetro del mundo pertenecerá a Roma. La cuestión no la resuelven ni la superioridad de las armas romanas sobre las cartaginesas, ni la de los talentos de Escipión sobre los de Aníbal. Resuélvenla los españoles mismos, que más simpáticos hacia los romanos, porque han tenido el artificio de presentarse más nobles y generosos hacia ellos, se identifican más con su causa, y les prestan mayor y más eficaz auxilio. Roma triunfa, y los cartagineses son expulsados de España. Quedaron aquí las cenizas de Amílcar y de Asdrúbal, y muchos testimonios de la fe púnica. Por lo demás, ni una institución política, ni un pensamiento filantrópico, ni una idea humanitaria. Pasó su fugitiva dominación como aquellos meteoros que destruyen sin fecundar.

Escipión victorioso, pasa a Roma a dar gracias a Júpiter Capitolino. Escipión se creyó dueño de España con la expulsión de los cartagineses, y no había hecho sino vencer a Cartago en España. Lisonjeábase de haber añadido una provincia mas al imperio, y se equivocó en doscientos años. Ni Escipión ni el senado pudieron imaginarse entonces que habían de pasar dos siglos antes de poder llamar a España provincia de Roma.

Ciertamente si todos los romanos hubieran sido Escipiones, si todos se hubieran conducido como el generoso vencedor de Cartagena, nada más fácil a Roma amiga que haberse convertido en Roma señora. Mas cuando los españoles se vieron tratados, no como aliados o amigos, sino como pueblo conquistado; cuando se vieron sometidos a una serie de avaros procónsules y de pretores codiciosos, explotadores procaces de sus riquezas, con un sistema regularizado de exacciones y de rapiñas en mas ancha escala que las habían ejercido los cartagineses, entonces se apercibieron de su decepción, resucitó el innato y fiero humor independiente de los indígenas, y dio principio la guerra de resistencia, cadena perpetua de sumisiones y de rebeliones siempre renacientes, que comenzó por los ilergetes y acabó dos siglos después por los cántabros y astures, y que costó arroyos de sangre a los españoles y ríos de sangre a los romanos.

¡Cosa singular! Aquellos españoles que enseñaron al mundo de cuánto era capaz el genio de la independencia, ayudado del valor y de la perseverancia, no pudieron aprender ellos mismos la más sencilla de todas las máximas, la fuerza que da la unión. O tan desconocido, o tan opuesto era a su genio este principio de que un estado moderno ha hecho su símbolo nacional.

Viriato, ese tipo de guerreros sin escuela de que tan fecundo ha sido siempre el suelo español, que de pastores o bandidos llegan a hacerse prácticos y consumados generales; Viriato derrota cuantos pretores o cónsules y cuantas legiones envía Roma contra él. Pero los españoles, en vez de agruparse en derredor de la bandera de tan intrépido jefe, permanecen divididos, y Viriato pelea aislado con sus bandas. Aún así desbarata ejércitos, y hace balancear el poder de la república, que en su altivez no se avergüenza de pedirle la paz; y no sabemos donde hubiera llegado, si la traición romana no hubiera clavado el puñal asesino en el corazón del generoso guerrero lusitano. ¿Qué fuera si le hubiera ayudado el resto de los españoles?

Numancia, la inmortal Numancia, que probó con su ejemplo lo que nadie hubiera creído, a saber, que cabía en lo posible exceder en heroísmo y en gloria a Sagunto; Numancia, terror y vergüenza de la república, vencedora de cuatro ejércitos con un puñado de valientes, Numancia, cuando se ve apurada, aunque no combatida, por el formidable ejército de Escipión, demanda socorro a sus vecinos; sus mandatarios le imploran de pueblo en pueblo, pero en vez de auxilio eficaz encuentran sólo una compasión estéril, y Numancia se defiende sola y entregada a sus propias y escasas fuerzas. Así con todo, el mundo duda por algún tiempo cuál de las dos será la vencedora y cuál la vencida, si Roma o Numancia, si la señora del orbe o la pobre ciudad de la Celtiberia. ¿Qué hubiera sido pues de Roma y de los romanos, si los jamás confederados españoles hubieran unido sus fuerzas, aisladamente formidables, en torno del guerrero o de la ciudad, de Viriato o de Numancia?

Pero si los españoles, entonces medio inciviles, no aprendieron en dos siglos de costosa prueba a emplear el medio de la unión que hubiera podido darles el triunfo, aún es más de maravillar que la civilizada Roma no empleara a su vez otro medio de conquista más suave, más

pronto y más seguro que el de las armas, y mas económico de sangre y de esfuerzos, el de ganar los corazones de los españoles con la generosidad.

Aníbal había fingido amarlos, y fue la causa de que a pesar del sacrificio de Sagunto le siguieran aquellos españoles que le dieron los triunfos de Trasimeno y Cannas. Los Escipiones hallaron auxiliares donde quiera que supieron buscar amigos, y ganando primero los corazones de los españoles, ganaban después batallas a los cartagineses. Más tarde Sertorio, proscrito romano, busca un asilo en España, estudia el carácter de este pueblo, tan indomable por el rigor como fácil de ganar por la dulzura, le encuentra agriado por las injusticias de Roma, le acaricia, halaga el orgullo nacional, se muestra justo y benéfico, y captándose el afecto de los naturales, acuden estos en masa en derredor de un hombre, que en el hecho de ser generoso y justo ha dejado de ser para ellos extranjero. El proscrito de Sila se encuentra al poco tiempo en actitud de desafiarla república, y a punto de emancipar la España o de hacer de ella una segunda Roma. Y si no se completó su obra, fue porque Sertorio tuvo la virtud y el defecto de no acabar de hacerse español y no querer dejar de ser romano. A pesar de esto, Sertorio perece víctima de la negra traición de un general, romano como él, y los soldados españoles llevan su fidelidad al jefe extranjero hasta el punto de darse la muerte por no sobrevivirle.

Tal había sido constantemente su conducta. Y sin embargo de estos ejemplos, Roma siempre ciega, no aprendió nunca a ser generosa, como España, siempre crédula y siempre fraccionada, no aprendió nunca ni a desconfiar ni a unirse. Ni Roma ni España aprendieron lo que les convenía, y estuvieron 200 años destrozándose sin conocerse.

Venció por último el número al valor, y se decidió en los campos ibéricos que Roma quedaba señora de España y del mundo. Restaba saber a cuál de los jefes que representaban las parcialidades o bandos que dentro de la misma república se disputaban el cetro de la universal dominación, le quedaría ésta adjudicada. También tuvo España el triste privilegio de ser el teatro escogido para el desenlace de este drama largo y sangriento. Los españoles, incorregiblemente sordos a la voz de la unidad, fáciles en apasionarse de los grandes genios, y fieles siempre a los que una vez juraban devoción o alianza, en vez de limitarse a presenciar con ojo pasivo e indiferente, o a celebrar en un caso con maliciosa y perdonable sonrisa cómo agotaban entre sí sus fuerzas los dos ambiciosos rivales, cometieron la última imprudencia, la de pelear, ya en favor de César, ya en el de los Pompeyos, acabando así de forjarse los hierros de su esclavitud, que esto y no otra cosa podían esperar cualquiera que fuese el que ciñera el laurel de la victoria.

En los campos de Munda se pronunció el fallo que declaró al vencedor de Farsalia dueño de España y del orbe. En aquel vasto cementerio de cadáveres romanos quedó sepultada la independencia española. César redondea su conquista apoderándose de unas pocas ciudades todavía rebeldes, y dando por terminado el papel de conquistador, comienza el de político, regularizando una administración en la Península, de cuya pureza, sin embargo, no dejó consignado el mejor ejemplo personal. Sin duda aquel mismo Hércules de Cádiz, que antes había visto a César obligar al ávido Varrón a devolver los tesoros que había robado de su templo, no debió ver con satisfacción a aquel mismo César despojarle de ellos a su vez. Pero hacíanle falta para ganar la venalidad del pueblo romano, y comprar a peso de oro los votos de los comicios.

Debieron lisonjear mucho al vencedor los nombres de *Julia* o de *Cesárea* con que se apresuraron a apellidarse muchas poblaciones españolas, engalanándolos con algunas de las virtudes del conquistador.

Antes de salir de España quiso César plantar con su mano en la elegante Córdoba el famoso plátano que inmortalizó la graciosa musa del español Marcial: plátano que había de simbolizar la civilización romana, hasta que sobre sus secas raíces creciera, tiempo andando, en los mismos jardines de Córdoba la esbelta palma de Oriente, plantada por el califa poeta Abderrahman, emblema de otra civilización que reemplazaba a la romana; viniendo a ser aquella ciudad favorecida el centro de dos civilizaciones, representadas en dos árboles, plantados por las manos del genio del Mediodía y del genio del Oriente.

Parecía que no faltaba ya nada a Roma para ser señora absoluta de España; y así hubiera acontecido en todo otro país en que estuviera menos arraigado el amor a la independencia. Pero hablase este refugiado y conservábase en las montañas, último baluarte de las libertades de los pueblos, como las cuevas suelen ser el postrer asilo de la religión perseguida. Era ya Roma dueña del mundo, y solamente no lo era todavía de algunos rincones de España habitados por rudos montañeses, en cuyas humildes cabañas no había logrado penetrar ni el genio de la conquista ni el genio de la civilización. Los cántabros y los astures se atrevieron todavía a desafiar ellos solos, pocos, pobres e incivilizados, el poderío inmenso de la justamente enorgullecida Roma. Parece que la soberbia romana hubiera debido mirar con desdeñosa indiferencia la temeraria protesta de aquellas pobres gentes, como los últimos impotentes esfuerzos de un moribundo. Y sin embargo, fue menester que el mismo Augusto descendiera del solio que el mundo acababa de erigirle, para venir en persona a combatir a un puñado de montaraces. En esta desigual campaña pudo recoger un triunfo que no era posible disputarle, pero triunfo sin gloria; la gloria fue para los vencidos, que solo lo fueron o recibiendo la muerte o dándosela con propia mano.

Ya Augusto había cerrado solemnemente el templo de Jano, signo de dar por pacificado el mundo y todavía de los riscos de Asturias, de allí donde en siglos posteriores había de revivir el fuego de la independencia, salió el último reto de la libertad contra la opresión. Augusto pudo avergonzarse de haberse anticipado a cerrar el templo del dios de las dos caras. Otra lucha todavía mas desigual, y por lo tanto menos gloriosa para las armas romanas, acaba de decidir el triunfo definitivo. Los cántabros y astures, oprimidos por el número de sus enemigos, o buscan una muerte desesperada en las lanzas romanas, o se la dan con sus propios aceros: en los valles y en los montes se reproducen las escenas de Sagunto y de Numancia: las madres degüellan a sus propios hijos para que no sobrevivan a la esclavitud, y sólo así logran las águilas romanas penetrar en las montuosas regiones de la Península.

«La España (ha dicho el más importante de los historiadores romanos), la primera provincia del imperio en ser invadida, fue la última en ser subyugada.» No somos nosotros, ha sido el primer historiador romano el que ha hecho la mas cumplida apología del genio indomable de los hijos de nuestro suelo.

IV.

Reducida España a simple provincia de Roma, con dioses, lengua, leyes y costumbres romanas, cesa o se interrumpe por siglos enteros la que podemos llamar su historia activa y propia, y comienza su historia política, si bien refundida en su mayor parte en la del antiguo mundo europeo.

Tocóle a Octavio Augusto llenar una de las mas bellas misiones que pueden caber a un mortal, la de pacificar el mundo que César había conquistado; y España bajo la paz octaviana recibe la unidad y la civilización a cambio de la independencia perdida. Bajo su benéfica administración descansa España de sus largas guerras, y recibiendo un trato y unas mejoras a que no estaba acostumbrada, no es maravilla que levante templos y altares al primer señor del mundo a quien la lisonja humana había divinizado. Cierto que serian más hijas del cálculo que del sentimiento las virtudes que le merecieron la apoteosis, y que invocó a las musas para que cubrieran con laureles el cetro con que avasallaba al mundo. Pero los tiempos y los hombres vinieron a enseñar que le faltaba mucho a Augusto para ser el peor de los tiranos.

España vencida ganó en civilización lo que perdió en independencia. Recibió artes y letras, lenguaje, culto y leyes tutelares; vio su suelo cubierto de obras magníficas de utilidad y de belleza, de puentes, de acueductos, de grandes vías de comunicación abiertas por entre las barreras de sus montañas, y fue adquiriendo para sus naturales, ya derechos de ciudadanía, ya participación en las altas dignidades del imperio. Sufrió una catástrofe, y entró en el número de los pueblos civilizados. Trascurridos siglos, volverá a perder su unidad, y no volverá a recobrar su independencia y su

integridad material sin el sacrificio de la libertad civil; hasta que con el tiempo logre amalgamar estos grandes bienes de los pueblos: que así lentamente y por extraños caminos van marchando las naciones en la larga carrera de su mejoramiento social.

En el cuadro siguiente veremos a España llorando a Augusto bajo Tiberio, y llegando a sentir a Tiberio bajo el perverso Calígula y los demás monstruos que deshonraron el trono imperial. Ella es la que liberta al mundo de la feroz tiranía de Nerón, siendo después mal correspondida por Galba. Vespasiano la dota de los derechos de ciudad latina. Tito la hace gozar de las dulzuras que derrama sobre el género humano, Trajano la enriquece de soberbios monumentos, es feliz bajo los Antoninos, agóbianla los Domicianos y los Decios, y participa de la común suerte de las provincias del imperio, según que en el trono imperial se sienta la virtud o el vicio, el lujo o la modestia, la magnificencia o la codicia, la dulzura filosófica o la tiranía brutal, o el desenfreno personificado y el desencadenamiento de todos los crímenes.

Aún en los siglos en que fue España una provincia del imperio tiene su historia propia y sus glorias especiales. Consultemos la misma historia romana, escrita por nuestros propios dominadores. «El primer cónsul extranjero que hubo en Roma (nos dice) fue un español. El primer extranjero que recibió los honores del triunfo, español también. El primer emperador extranjero, español igualmente.» ¡Dichoso suelo, que tuvo el privilegio de recoger las primicias de la participación que la señora del orbe se vio obligada a dar en las altas dignidades del imperio a otros que no fuesen romanos!

Ni fue solo un emperador el que España suministró a Roma. Trajano el Magnífico, Adriano el Ilustre, Teodosio el Grande fueron españoles. Marco Aurelio el Filósofo, era un vástago de familia española. Diríase que España se había propuesto abochornar a Roma, dándole emperadores virtuosos e ilustres a cambio de los pretores rapaces y de los gobernadores avaros que ella durante la conquista le había regalado.

Con no menor generosidad le pagó su ilustración literaria. No creería Roma que la semilla de esta educación había de caer en un suelo tan agradecido, que antes de trascurrir cincuenta años le había de volver España una literatura, y que a los Virgilios y Horacios del tiempo de Augusto había de responderle con los Lucanos y los Sénecas del tiempo de Nerón, ni menos que la literatura española habría de imprimir a la romana el sello de su gusto nativo y de trasmitirle hasta sus defectos: influencia que no tuvo la dicha de ejercer otra provincia alguna del imperio.

Debió no obstante España a su dominadora una institución, con la cual parece haberla querido consolar de la libertad que le había arrancado; institución destinada a aclimatarse en este suelo, y a ser el germen y el principio restaurador, no ya de su libertad primitiva, sino de otra libertad más culta y más regularizada. Veremosla plantarse, desarrollarse, crecer, ocultarse a veces, resucitar después, y bajo una forma u otra, o vencer o protestar perpetuamente contra todo lo que tienda a destruirla. Aún conservan el nombre de municipios esas pequeñas repúblicas comunales que más adelante se crearon en España, aunque modificadas en su organización y en sus funciones.

Pero la civilización romana era demasiado imperfecta para que pudiera llenar los altos fines de la creación. Era la civilización de la guerra, de la conquista y de la servidumbre, y el mundo necesitaba ya otra civilización mas pura, mas suave y mas humanitaria. Sus dioses eran tan depravados como sus señores, y la humanidad no podía consolarse con un Olimpo de divinidades inmorales, y con un gobierno de hombres que se decretaban a sí mismos la apoteosis, que divinizaban los crímenes, y hacían dar culto a las bestias. La antigua sociedad iba cumpliendo el plazo que le estaba marcado, porque su corazón estaba tan gangrenado como los ídolos, y tenia que morir. Era menester un grande acaecimiento que cambiara la faz del mundo y regenerara la gran familia humana. Esta obra estaba prevista: sonó la hora del cumplimiento de las profecías, y nació el cristianismo.

Y vino el cristianismo al tiempo que debía venir, como todas las grandes revoluciones preparadas por Dios. Vino a dar la unidad al mundo, cuando la unidad se iba a disolver. Vino a reformar por la caridad una sociedad que la espada había formado y que la espada destruía. Vino a

predicar la abnegación cuando la doctrina sensual del epicureísmo amenazaba acabar de corromper a los hombres, si algo les faltaba. Vino a inculcar el sacrificio incruento del espíritu cuando los sangrientos holocaustos humanos servían de placentero espectáculo a los hombres y a las matronas, y de alegre y sabroso recreo a las delicadas doncellas. Vino a enseñar que los esclavos que se arrojaban a pelear con las fieras y a servirles de pasto eran iguales a los emperadores ante la presencia de Dios. ¡Doctrina sublime!

Humilde al nacer el cristianismo, y lento en propagarse, como todo lo que está destinado a una duración larga y segura, va poco a poco minando sordamente el viejo y carcomido edificio de la gentilidad; poco a poco va subiendo desde la choza hasta el trono; desde la red del pescador hasta la púrpura imperial. Pero todavía después de haber enarbolado Constantino sobre el trono de los Césares el lábaro de la fe, los cargos públicos se conservaban en manos paganas, el senado era pagano, y los decrépitos ídolos tenían la jactancia de estar en mayoría y de creerse inmortales. Todavía en las márgenes del Duero recibían Diana y Pasiphae la ofrenda de una vaca blanca inmolada en celebridad *de la superstición cristiana extinguida*. Hombres y dioses se pagaba o de estas ceremonias pueriles, mientras el cristianismo que daban por extinguido se iba infiltrando suavemente en los corazones y ganándolos al nuevo culto.

La nueva religión encomienda su triunfo a la tolerancia y a la caridad: la vieja religión apela para sostenerse a las fieras y a los patíbulos. Constantino, emperador cristiano, ordena que no se inquiete a nadie, que cada cual siga la religión que más guste, y que paganos e infieles sean igualmente considerados: los emperadores y procónsules paganos gritan: «Cristianos, a las hogueras; cristianos a los leones.» ¡Qué contraste! Pero las llamas que consumen el cuerpo de una doncella inocente, encienden la fe en el corazón de sus compañeras, y ganan al cristianismo multitud de vírgenes. La cuchilla del verdugo cercena el cuello de una víctima, y los hombres de valor, al observar que la fe cristiana inspira el heroísmo, proclaman que ellos también quieren ser héroes, y antes se cansan los brazos de los sacrificadores que falte quien se ofrezca al sacrificio. Otros se refugian a las catacumbas: el cristianismo no se compone sólo de mártires y de héroes; admite también en su seno a los pobres de espíritu.

El martirio no podía retraer de hacerse cristianos a los españoles, siendo los descendientes de aquellos antiguos celtíberos tan despreciadores de la vida. Así fue, que además de los campeones de la nueva fe que de cada ciudad fueron brotando aisladamente en esta lucha generosa, sólo Zaragoza bajo la frenética tiranía de Daciano añadió tantos héroes al catálogo de los mártires, que por no poderse contar se llamaron los innumerables. Esta ciudad, que dio innumerables mártires a la religión, había de dar, siglos andando, innumerables mártires a la patria.

Acude luego la filosofía en apoyo del nuevo dogma, y la voz robusta y elocuente de los Ciprianos y las Tertulianos disipa las mas brillantes utopías de los agudos ingenios del paganismo, los Sócrates y los Platones; y derraman la verdadera luz sobre el enigma de la vida, hasta entonces ni descifrado ni comprendido. El politeísmo recibe con esto un golpe mortal, de que ya no alcanzarán a levantarle las doctrinas de la vieja escuela. Juliano, emperador filósofo y apóstata astuto, se propuso eclipsar las glorias de Constantino, y tuvo que resignarse a ser ejemplo y testimonio de que la idolatría había acabado virtualmente. «¡Venciste, oh Galileo!» exclamó: emitió una blasfemia, y blasfemando proclamó una verdad.

Descuella en esta época sobre todas las figuras de su tiempo un personaje bello y colosal. Sabio, virtuoso, activo y elocuente, tan enemigo del paganismo como de la herejía (que la herejía vino luego a luchar con la fe ortodoxa para depurarla en el crisol de la controversia), difunde la luz de su ciencia en los concilios, preside con dignidad esas asambleas católicas, combate con vigor la herejía arriaría, escapa de la amenazante cuchilla de los verdugos de Diocleciano, expone con valor a Constancio la doctrina de la separación de los poderes temporales y espirituales, que el emperador oye con escándalo, y el mundo escucha por primera vez con sorpresa. A la edad de cien años cruza dos veces de una a otra extremidad el imperio, defendiendo siempre la causa del cristianismo. Este venerable y gigantesco personaje era un español, era Osio, obispo de Córdoba. La España

suministrando emperadores ilustres a Roma: la España suministrando prelados insignes a la naciente iglesia.

Pero el politeísmo, minado ya por la doctrina de la unidad, no había de acabar de caer hasta que fuese derribado por la fuerza. El paganismo y el imperio, los desacreditados dioses y los corrompidos señores debían caer con estrépito y simultáneamente: engrandecidos por la fuerza, a la fuerza habían de sucumbir. ¿Mas dónde está, y de dónde ha de venir esa fuerza que ha de derrocar el coloso? La Providencia, hemos dicho en el principio de este discurso, cuando suena la hora de la oportunidad dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

Para eso han estado escalonadas siglos ha desde el Tanais hasta el Danubio, amenazando al imperio, ese enjambre de tribus y de poblaciones bárbaras, lanzadas y como escupidas por el Asia hacia el Norte de Europa. Las más inmediatas constituyen como una barrera entre la barbarie y la civilización. Son los godos, vanguardia de otras razas mas salvajes todavía, que empujados por ellas se derraman como torrente devastador por las provincias romanas. Pelean, son rechazados, vuelven a guerrear y vencen. Cuando el emperador Valente quiso atreverse a combatirlos, expió su anterior debilidad siendo quemado por ellos dentro de una choza miserable. El imperio bambolea, y antes se desplomara, si el español Teodosio, último destello de las antiguas virtudes romanas, y glorioso paréntesis entre la corrupción pasada y la degradación futura, no detuviera con mano fuerte su ruina, que sin embargo no puede hacer sino aplazar. Porque los destinos de Roma se iban cumpliendo, y era llegado el período en que tenia que decidirse la lucha entre la sociedad antigua y la sociedad nueva. Llegan a encontrarse de frente Honorio y Alarico, un emperador débil y un rey bárbaro: el romano degenerado no tiene valor para soportar la mirada varonil del hijo del septentrión. El sucesor de los Césares huye cobardemente a Ravena, y deja abandonada la ciudad eterna a las hordas del desierto. Alarico humilla a la señora del mundo antes de destruirla, y Roma para pagar el precio en que un godo ha tasado las vidas de sus habitantes, despoja los templos de sus dioses y reduce a moneda la estatua de oro del *Valor*. Digna expiación de Roma pagana y de Roma afeminada. Ella misma saquea sus dioses, y el valor es inútil donde no ha quedado ya más que molicie.

No contento todavía el bárbaro, entra a saco la ciudad del Capitolio, y la depredadora del universo es entregada a su vez a un pillaje general.

La ciudad de los Césares ha sucumbido, se acabaron sus héroes, y sus divinidades han sido hechas pedazos. El genio de la barbarie se enseñorea de la que fue centro de una civilización de bacanales y de asiáticos deleites. ¿Quién ha guiado al instrumento de la destrucción? El mismo Alarico lo reveló sin saberlo. «Siento dentro de mí, decía el godo, una voz secreta que me grita: marcha y ve a destruir a Roma.» Era la voz de la Providencia: Alarico la sentía, pero el bárbaro no sabia su nombre.

¿Y qué significa la conducta de Alarico con los cristianos de Roma? Él saquea, mata, derriba los ídolos, pero respeta los templos cristianos, perdona a los que buscan en ellos un asilo, e interrumpe el saqueo para llevar en procesión las reliquias de un mártir. Es que Alarico y sus hordas traen una misión más alta que la de destruir. Es el genio del cristianismo que se anuncia como el futuro dominador del mundo, y que ha de asentar su trono allí mismo donde le tuvo la proscripta dominación pagana. Por eso estuvieron los godos tantos años en contacto con el imperio; porque era menester que cuando destruyeran lo que estaban llamados a conquistar, vinieran ya ellos conquistados por la idea religiosa. Por eso la Providencia había dispuesto que los primeros invasores de la Europa meridional y occidental fueran los godos, los menos bárbaros de aquellas tribus salvajes, y los más dispuestos a recibir un principio civilizador. Ya se columbran las ideas que regirán al mundo en los tiempos venideros. Ellos traen además el sentimiento de la libertad individual, desconocido en las antiguas sociedades, y que será el elemento principal de progreso en las sociedades que van a nacer.

Pero antes tiene que pasar la humanidad por dolorosas calamidades. Es el período más terrible por que ha tenido que atravesar el género humano, porque también es la mudanza más grande que

ha sufrido. El individuo padecerá mucho en estos días desgraciados, pero la humanidad progresará. Multitud de otras tribus bárbaras se lanzan como bandadas de buitres buscando presas que devorar, las unas por las regiones orientales, por las occidentales las otras del moribundo imperio romano. Suevos, alanos, vándalos, francos, borgoñones, hérulos, sarmatas, y tantas otras razas de larga y difícil nomenclatura, se desparraman desde el Vístula y el Danubio hasta el Tajo y el Betis, llevando delante de sí la devastación y el exterminio; y romanos, bárbaros y semibárbaros se revuelven en larga y confusa guerra, en la Alemania, la Italia, las Galias, la España y hasta el África. A pesar de lo que se había difundido ya el cristianismo, el mundo llegó a sospechar si Dios habría retirado de él la mano de su providencia. Entonces se dejó oír desde las regiones de África la elocuente y vigorosa voz de un padre de la iglesia, del obispo de Hipona, exhortando a la humanidad a que no desfalleciera en tanta angustia, y enseñando a los hombres que Dios había querido castigar el mundo antes de regenerarle, y que tendrían un término sus dolores.

Ciertamente si la cólera divina hubiera tenido decretada más venganza, ningún instrumento hubiera podido elegir mejor para acabar de afligir la humanidad que el fiero jefe de los hunos, Atila, la mas ruda figura histórica que han conocido los siglos. Mas cuando el feroz Atila se desprendió de los sombríos bosques de la Germania para venir a inundar con sus innumerables y salvajes hordas la tierra ya harto ensangrentada por sus predecesores, entonces se oyó en Occidente una voz estruendosa, que proclamó: *«no mas bárbaros ya.»* Y aliándose como providencialmente romanos, godos, francos, los restos del mundo civilizado y las nuevas razas en que se había inoculado la fe, salen al encuentro al mas formidable de todos los bárbaros, y en los campos de Chalons se traba la batalla más horrible y más famosa de que dan noticia los anales del mundo. Atila es derrotado, la sangre de los hunos hace salir de su cauce los ríos; el león del desierto se retira a su cueva, a cuya entrada desahoga en espantosos rugidos su rabia impotente: la barbarie ha sido rechazada; los bosques germánicos cesan de arrojar salvajes, y si algunos se desgajan todavía, son ya repelidos por los mismos pueblos asentados en territorio romano; y la humanidad recibió un consuelo vislumbrando que la civilización se habia salvado en aquella tremenda lid.

Durante esta angustiosa lucha de pueblos y de generaciones, el decrépito imperio romano, mutilado, atacado en su corazón y herido de muerte en su cabeza, va arrastrando una agonía prolongada. Despréndese cada día algún girón de la vieja y gastada púrpura imperial. En Oriente se conserva un fantasma de poder, y el Occidente se asemeja a un cadáver palpitante. Odoacro reina al fin en Italia, y Roma concluye su misión. El imperio que comenzó por un hombre a quien el mérito hizo apellidar con el nombre divino de Augusto, termina en Occidente con otro hombre a quien por irrisión y sarcasmo se aplicó el de Augústulo. Este miserable ni siquiera tuvo la triste gloria de ser llamado el último romano: este título se le había arrebatado Aecio, postrer destello del antiguo valor de Roma.

Con toda esta ignominia acabó el imperio más poderoso que ha conocido el orbe.

V.

Casi al mismo tiempo que Alarico saqueaba a Roma, al principio del siglo V. de la era cristiana, franqueaban los Pirineos tres razas de bárbaros, cuya planta salvaje llevaba tras sí la devastación, el incendio y la muerte. Eran los Suevos, los Vándalos y los Alanos. Viene a completar el cuadro desolador una hambre horrorosa y una peste mortífera. Faltan campos donde sepultar tantos cadáveres; el pueblo sabe con horror que una madre ha devorado uno tras otro sus cuatro hijos, y apedrea aquella mujer sin entrañas. La voz dolorosa de España resonó en toda Europa, y la iglesia consignó sus lamentos en sus melancólicas letanías.

¿Serán estos los pueblos destinados a heredar esta rica y fértil provincia? No: ni España lo merece, ni Dios lo permite. Unos y otros serán arrojados por otro pueblo menos indigno que ellos de ocupar este suelo privilegiado, los Visigodos.

Esta misión comienza a llenarla Ataúlfo, que por lo menos había tenido el mérito de no

recoger para sí en el saqueo de Roma otro botín que a la bella Placidia, para convertirla de esclava en esposa. Prosiguela Walia con mas fortuna, aunque a nombre todavía del imbécil emperador romano que se hacia la ilusión de dominar en España. Eurico es el que se atreve a emancipar abiertamente la España del expirante poder romano, y a conquistarla para sí. La España deja de ser romana y se hace goda, y Eurico aparece como un gigante que sentado sobre el Pirineo abarca con sus brazos la España entera y la Galia meridional. Es el mayor estado de Occidente que se ha formado sobre las ruinas del imperio.

Alarico II es víctima de la deslealtad de Clodoveo, rey de los Francos, que le sonríe y halaga en un festín para quitarle alevosamente la vida en el campo de batalla. Pierden los godos en los campos de Poitiers una gran parte de la Galia gótica, y aunque conservan la Septimania, el asiento de la monarquía goda se fijará ya en la península española. Aquí es donde ha de tener su centro, su fuerza, su porvenir, su declinación y su caída. En los tiempos de Alarico II, un siglo después de Alarico I, es cuando se ve formadas las tres grandes naciones neo-latinas, Italia, España y Francia, fundadas por las tres grandes razas septentrionales, Ostrogodos, Visigodos y Francos, que se arrogaron la mas pingüe herencia del desmoronado imperio.

Pasa la monarquía godo-hispana después de Alarico II por alternativas y vicisitudes de decadencia y engrandecimiento; agítanla rebeliones intestinas, y la inquietan invasiones y guerras extrañas. Por dentro los indóciles vascos, cántabros y astures, de indomable genio, y los suevos de Galicia, reino injerto que aparece y desaparece, muere y resucita misteriosamente por periodos. Por el litoral, los griegos bizantinos, pegadizos huéspedes y vecinos incómodos, que servían para alentar banderías y conspiraciones y entretener las fuerzas del reino. Por el Pirineo oriental la raza franca, rival envidiosa de los visigodos, que hacia servir las diferencias religiosas para trabajarlos y enflaquecerlos, y les iba arrancando a pedazos las posesiones góticas de las Galias. Hasta Suintila ninguno pudo llamarse rey de toda España sin contradicción.

¿Cómo tan pronto se apoderaron los bárbaros del Norte de esta nación belicosa que por tantos siglos resistió a la más ilustrada y mas poderosa república del mundo? ¿Es que había degenerado el genio indomable de los antiguos celtíberos? Algo había. Pueblo ya la España de artistas, de agricultores, de literatos y de clérigos, infectado de la inercia y la molicie de la corrompida civilización romana, no era fácil que resistiera al rudo empuje y a la salvaje energía del pueblo soldado, endurecido con el ejercicio de la guerra, y que contaba tantos guerreros como individuos. ¿Ni qué interés tenían ya los españoles en seguir viviendo bajo la coyunda de los gobernadores romanos? ¿No les sobraban motivos para mirar a los nuevos conquistadores como mensajeros de su libertad? Salviano lo dijo bien: «el común sentimiento de los españoles es que vale más la jurisdicción de los godos que la de los magistrados imperiales. ¡Ojalá (dicen) nos sea permitido vivir bajo las leyes de estos bárbaros!..» Lección grande, que enseña a los pueblos dominadores hasta dónde puede llevar a los pueblos oprimidos la exasperación. Explícase esto aún por las causas naturales, y sin recurrir al espíritu superior que guiaba los acontecimientos por en medio de aquel caos de devastación y de sangre.

Pero la España bajo la dominación de los bárbaros no se hace bárbara. Al contrario, los bárbaros son los que se civilizan en ella. Demasiado incultos los godos para continuar la misión de Roma, pero los más aptos de todos los septentrionales para recibir la cultura, van cediendo al ascendiente de la civilización romano-hispana, y los conquistadores materiales del suelo español acaban por ser moral mente conquistados por los españoles.

La fusión se hace lenta y gradualmente. Al principio los dos pueblos, conquistado y conquistador, viven civilmente separados, aunque sometidos a un solo cetro. Una legislación rige para los godos, y otra para los romano-hispanos. Ni aún siquiera en el hogar doméstico pueden unirse las dos razas, porque la ley prohibe los matrimonios entre godos y españoles. Pero el convencimiento va haciendo desaparecer paso a paso esta situación anómala. La fuerza de la unidad material va obligando a la legislación a marchar hacia la unidad política. El más severo de los monarcas godos Leovigildo, salta por encima de la prohibición legal, y se une en matrimonio con

una española. El ejemplo práctico del trono protesta ya contra lo absurdo y lo irrealizable del derecho; y Chindasvinto y Recesvinto acaban de uniformar la legislación para los dos pueblos, y autorizan solemnemente los matrimonios mixtos. Desaparecen las razas, y la nación es ya una ante la ley, en la familia y en el foro.

Igual fusión se había obrado ya en el principio religioso. Porque la unidad ante la ley humana hubiera sido demasiado imperfecta sin la unidad ante la ley divina.

Precisamente el cristianismo había de ser la base de la regeneración de la nueva sociedad, y no era posible que esta prosperara sin la unidad en la fe. Arrianos los godos y católicos en su mayor parte los españoles, la herejía en el trono y la ortodoxia en el pueblo, no podía haber unión ni concordia mientras las creencias no se amalgamaran y fundieran.¿Y porqué eran arríanos los godos?

Ni ellos mismos lo sabían. Cuando se derramaron por las provincias imperiales y se pusieron en contacto con la sociedad romana, el emperador Valente, que era arriano, les envió misioneros que les predicaran el arrianismo. Dispuestos los godos en su rudeza semisalvaje a recibir una doctrina religiosa que aventajaba evidentemente a la suya (si tal nombre se puede dar al grosero culto que de sus bosques traían), incapaces de percibir esas divergencias al parecer impalpables que el espíritu de discusión establece o encuentra en los sistemas religiosos, queriendo hacerse cristianos adoptaron la fórmula arriana, y se hallaron herejes sin apercibirse deque lo eran. Con la misma docilidad se hubieran hecho católicos.

Y sin embargo esta diferencia en el dogma trajo a los godos consecuencias inmensas y males sin cuento. Eurico, arriano, persigue a los obispos católicos, y se enajena las simpatías del clero español. Conquistador glorioso y dominador terrible, no logra dominar en los espíritus. Su hijo Alarico pierde la Galia meridional por ser arriano. Porque Clodoveo, ese Moisés de los francos, en quien Roma presentía ya al fundador de aquella monarquía que se había de aplicar el título de *hija mayor de la Iglesia*, les dice a sus soldados: «No puedo tolerar en paciencia que esos herejes estén poseyendo la mayor parte de la Galia; vamos contra ellos con la ayuda de Dios y del glorioso San Martín, y sometamos su país a nuestro poder.» Y los descontentos obispos de España ayudan al monarca extranjero y católico contra el monarca propio y arriano. Amalarico quiere obligar a su esposa Clotilde a que se haga arriana como él; ella lo resiste, el rey la maltrata, y la princesa católica envía a sus hermanos los reyes francos un lienzo ensangrentado para que vean cómo la trata el arriano, lo que trae a los godos una funesta guerra por parte del rey Childeberto de París. La herejía arriana les produce guerras exteriores, sublevaciones intestinas, y excisiones graves en el palacio y hasta en el lecho real. Y los obcecados godos no acaban de conocer que la herejía es la gangrena que corroe el reino y el solio.

Faltó poco para que el príncipe Hermenegildo hubiera hecho triunfar el estandarte de la fe ortodoxa en la nación godo-hispana. Pero la política del monarca ahogó los sentimientos del padre, y el severo Leovigildo cerró los oídos a la voz de la religión y el corazón a la voz de la piedad. El rigor paternal le despojó de las insignias reales, y la cuchilla del verdugo le dio la corona del martirio. La Iglesia ha santificado a Hermenegildo. Lástima que el príncipe católico hubiera tenido que levantar la espada del pueblo contra el monarca, y que el mártir se hubiera visto en el caso de ser un hijo rebelde. ¡Coincidencia singular! Siglos después, Hermenegildo es canonizado a instancias de otro monarca español, Felipe II, padre de un hijo rebelde también, y cuyo fin se pareció en lo desastroso al del príncipe godo. Pasan más siglos, y otro monarca español, Fernando VII, notado de impaciente por suceder a su padre, quiso perpetuar la memoria del príncipe godo, instituyendo una orden militar con la advocación de San Hermenegildo.

Pero decretado estaba que la enseña del catolicismo se había de plantar en el trono de los sucesores de Ataúlfo, y que el imperio gótico español había de tener su Constantino como el romano. Las gradas del solio se habían teñido con la sangre de un mártir ilustre, y de las mismas gradas había de bajar la reparación. La muerte de Leovigildo arrastra tras sí la de la secta arriana. Recaredo sube al trono. «Declaro, exclama ante una asamblea de obispos, declaro que quiero ser admitido en el seno de la Iglesia católica. Y exhorto a los prelados arríanos aquí presentes, así como

a los grandes del reino que asisten a esta asamblea, a que sigan e imiten mi ejemplo.» Todos se adhieren. La revolución religiosa se ha consumado. La España es católica. El imperio godo-hispano es uno en la religión, como lo había de ser en las leyes, ante Dios y ante los hombres. Si los monarcas españoles se decoran hoy con el título de Majestades Católicas, la historia nos enseña su origen, y nos lleva a buscarle en Recaredo.

También tuvo el arrianismo su Juliano como el politeísmo. También Viterico tuvo impulsos de querer volver a entronizar el desechado culto, y también alcanzó como Juliano un triste desengaño de su impopularidad y de su impotencia, Atrájose la reprobación unánime del pueblo, y se anticipó una muerte trágica. La fe ortodoxa había conquistado el trono español para no ser derrocada jamás.

Legislación y fe, espíritu legislativo y espíritu religioso; he aquí los dos principios, las dos bases de la nueva civilización. ¿Quién había de pensar que aquellos rústicos habitantes del Tanais y del Danubio, que tan agrestes y fieros se presentaban , habían de ser sabios legisladores? Y sin embargo, fueronlo casi todos los monarcas godos de España desde Eurico hasta Egica. Eurico aspira a borrar con la gloria de legislador la mancha de asesino con que había subido al trono. Alarico, desgraciado en la guerra, se hace inmortal con su *Breviario*. El grande y severo Leovigildo, Chindasvinto el cruel, Recesvinto el dulce, Wamba el glorioso, Ervigio el menguado, el pusilánime Egica, especie de obispo lego y coronado, todos ponen su piedra en el gran edificio de la legislación. Aunque el estado decayera, la ley civil se perfeccionaba, y no pocas veces el derecho caminaba por la vía opuesta del poder. Así se fue elaborando el famoso *Código de los Visigodos*, monumento perdurable de aquella nación, y la más preciosa página que en aquellos siglos adornó la historia del linaje humano. ¿Qué hay que añadir a estas palabras del *Fuero Juzgo*: «Doneas faciendo derecho el rey, debe aver nomne de rey, et faciendo torto, pierde nomne de rey. Onde los antiguos dicen tal proverbio: Rey serás si fecieres derecho, et si non fecieres derecho, non serás rey. *Rex eris si «recte facis, si autem non facis non eris*.» Si los textos legislativos son medallas de las vidas de los pueblos, el código godo debe revelarnos el triunfo pacienzudo y seguro de un pueblo desarmado contra otro armado que le subyuga por la fuerza. En tal conflicto nada más natural que la apelación a la ley. *Lex*, dicen los oprimidos a los opresores, *lex est æmula divinitatis, antistes religionis, etc*. Y si los opresores preguntan: ¿quién puede vencer a los enemigos? los oprimidos responden: *¿Quid triumphe de hostibus? Lex.* Si vemos un día en Aragón colocar al *Justicia* como un interventor del rey; si vemos en Castilla el poder de los *Jueces* superior al de los Condes; si vemos la palabra *Fuero* suscitar tantas insurrecciones y protestas en la vida de España, si vemos al *Feudalismo* echar menos raíces en este suelo que en las demás regiones de Europa; acaso hallemos la semilla de todo esto en el código de los visigodos. Él atravesó con gloria la edad media, y si la dominación goda no hubiera hecho más legado a la posteridad que el *Fuero Juzgo*, éste sólo bastaría para probar la herencia de las edades y la sabia ley de la progresiva perfectibilidad social.

¡Cuán bella teoría de gobierno es la monarquía electiva! «Que los hombres elijan al más digno de entre ellos para que los dirija y gobierne.» El principio es seductor, y parece el más natural y el más justo. Mas si las pasiones de los hombres hacen o no provechosa a las sociedades su aplicación práctica, viene a enseñarlo escrito con letras de sangre esa galería trágica de reyes godos que por el puñal escalaron las gradas del trono y por el puñal las descendieron. Estremece recorrer el catálogo de los regicidios. Corta es la nómina de los que alcanzaron por término de su carrera una muerte natural y tranquila. Y no sabemos si incluir en este número a los que acababan tristemente sus días bajo la bóveda de un claustro, forzados a vestir el tosco sayal del monje, precedido de la ignominiosa decalvación. Fuente de personales ambiciones la forma electiva, reproducíanse a la muerte de cada monarca, que ellas mismas solían precipitar los bandos, las alteraciones, la agitación, los crímenes; y la conspiración era la que no moría nunca. A la muerte de Atanagildo, cinco años trascurrieron antes que los nobles pudieran ponerse de acuerdo para la elección de sucesor. Tan inconciliables eran las aspiraciones.

Cierto que a este sistema fue debida la felicísima elección de Wamba, en que no sabemos que admirar más, si la unanimidad con que los electores se fijaron en el hombre virtuoso, o la

abnegación y la virtud del elegido. ¿Pero cuántos de estos ejemplos cuenta la corona gótica? El mismo Wamba viene a ser víctima del sistema de electividad, arma terrible, que curaba alguna vez, pero que las más hería y mataba. Wamba se duerme rey y despierta monje. Un conde pérfido que ambicionaba el trono le propina un brevaje soporífero y aprovechando la insensibilidad del sueño le corta la larga caballera, símbolo de la majestad, y el tonsurado tiene que cambiar el manto regio por el hábito monacal, con arreglo a la ley. El concilio duodécimo de Toledo, después de un discurso humilde de Ervigio, reconoce al usurpador alevoso y pronuncia anatema contra todos los que no se sometan al nuevo monarca, y aún establece un canon contra la misma superchería que a él le había valido la corona, prohibiendo imponer el hábito de penitencia a persona alguna contra su voluntad. Otro tanto había practicado el séptimo concilio de Toledo con Chindasvinto, que había cortado el cabello al joven Tulga, y arrancádole el cetro. Los reyes castigaban de muerte el solo pensamiento de cometer el crimen que ellos habían perpetrado, y los concilios excomulgaban a los conspiradores contra aquellos mismos que debían el trono a una conspiración. ¡Extraña jurisprudencia civil y canónica! Condenar y anatematizar los delitos futuros, sancionando los mismos delitos ya consumados!

La forma electiva dela monarquía hacia humillarse la corona gótica ante el poder teocrático, ante el ascendiente que tomaba el sacerdocio a la sombra del formidable derecho de elección, y de la mayoría que representaba siempre en los concilios, asambleas semi-religiosas, semi-políticas, a que venían a subordinarse todos los poderes del estado. ¡Desgraciado el monarca que se enajenara el favor del clero, y afortunado el que contara con su influjo, siquiera le mendigara con humillación! Sucederíale al primero lo que a Suintila cuando tentó a destruir el principio electivo; el segundo podía estar seguro de su proclamación, aunque fuese un usurpador como Sisenando. Si se quiere tener un ejemplo de lo que era la majestad del solio ante el poder de la teocracia, no hay sino representarse a Sisenando ante el cuarto concilio de Toledo, con la rodilla doblada en tierra, inclinada la frente y corriendo las lágrimas por sus ojos; y a los obispos, pagándose de la actitud suplicante del monarca, fulminar anatema contra todos los que atentaran a la vida o a la corona del rey por ellos proclamado.

Así la vieja espada gótica iba a ocultarse bajo los capisayos episcopales, y el antiguo instinto guerrero de la raza indo-germánica desapareció bajo la influencia sacerdotal. De algunos monarcas pudo dudarse si eran reyes u obispos coronados. La conversión de Recaredo hizo un bien inmenso a la religión, pero decidió sin intentarlo la lucha entre la mitra y la corona. Llevando a los concilios los negocios temporales, vino a ponerse el cetro bajo la tutela del cayado. No previó aquel monarca que ni todos sus sucesores habían de tener una autoridad tan legítima a incontestable como la suya, ni todos los prelados habían de ser tan circunspectos como los del tercer concilio de Toledo. Pudo entonces aconsejarlo así la política, porque ciertamente la virtud y el saber se habían refugiado en aquellos tiempos a la iglesia, sin la cual no se hubiera acaso salvado la monarquía; y los Leandros e Isidoros de Sevilla, los Ildefonsos y Julianes de Toledo, y los Braulios de Zaragoza eran astros que hubieran brillado bien aún en épocas más adelantadas en civilización. Pero era difícil que la influencia sacerdotal no fuera convirtiendo el elemento político en fuente inagotable de inmunidades, y hasta de usurpaciones. La inmunidad había de resentir también con el tiempo la pureza de la disciplina.

¿Se ha definido bien la naturaleza y carácter de aquellas asambleas que dieron tan singular fisonomía al gobierno de la nación gótica? Algunos escritores ilustrados han visto en los concilios de Toledo unas verdaderas asambleas nacionales. Nosotros creemos que no era la iglesia la que entraba a hacer parte de la nación, sino que la nación era absorbida en la asamblea de la iglesia. Eranlo casi todo el clero y el rey, poco los nobles, el pueblo nada: y la fórmula *omni populo assentiente* podría significar aquiescencia o beneplácito; no aprobación deliberativa. Ellas, no obstante, encerraban el germen de otras asambleas más populares que con el tiempo les habían de suceder.

Revelábase ya también bajo el imperio de los godos el genio naciente de la Inquisición, cuyo

férreo brazo había de pesar tan duramente sobre España. Contaba ya siglos de existencia el cristianismo; y la religión, tan pura y tan suave en los primeros tiempos, habíala ido convirtiendo el fanatismo de príncipes y clérigos en intolerante y dura. Iglesia y trono, concilios y reyes, se mostraban perseguidores inexorables de esa raza desventurada, marcada con el sello de la venganza divina, siempre engañada, pero creyente siempre, inflexible y tenaz, propia para fatigar con su ciega inquebrantable constancia los gobiernos de los pueblos en que toman asiento. Sólo un celo fanático puede explicar la conducta de un Sisebuto, llorando la sangre de los enemigos que se veía obligado a derramar en la guerra, rescatando con su propio dinero los cautivos que hacían sus soldados, y decretando al propio tiempo el exterminio de la raza judaica. «Porque, gracias a la ardiente fe del monarca, decían los padres del sexto concilio de Toledo, que no deja vivir en su reino un solo hombre que no sea católico, nadie podrá subir al trono sin pronunciar el juramento de no tolerar el judaísmo, y el que falte a él será maldito, y servirán de alimento al fuego eterno él y todos sus cómplices.» Así la desesperación convirtió en vengadores terribles a los que el fanatismo se empeñaba en hacer víctimas. Si más adelante vemos a los judíos de España concertarse con los sarracenos de África para vengar la opresión de los godos, no lo extrañemos: lo propio habían hecho antes los españoles, acogiendo a los godos por no sufrir la tiranía de los romanos. Lo hemos dicho otra vez: los pueblos rigurosamente vejados, están siempre dispuestos a cambiar de señores. Harto lo lamentaban ya los más ilustres y sabios prelados católicos.

Es un error atribuir la caída del reino godo a los vicios y demasías de Witiza y a los excesos y debilidad de Rodrigo. Hartas causas venían preparadas de atrás para ir llevando la monarquía goda a una declinación prematura. Y no era acaso la menor entre ellas la de no poder subir al trono el que no descendiera de la noble sangre goda: condición que impedía unirse en los corazones godos e indígenas, vencedores y vencidos.

Tal vez no fue Witiza ni tan irreligioso, ni tan tirano, ni tan libertino como nos le pintó la historia de su tiempo, ni tan ilustre y tan gran reformador político y moral de las leyes y las costumbres como algunos sabios críticos posteriormente nos le han dibujado. Es lo cierto, que bajo este personaje de cuestionada reputación se desarrollaron con mas violencia las parcialidades, y que él bajó del trono lanzado por un partido ofendido e irritado, que aclamó y ensalzó a Rodrigo, destinado a desplomarse con la monarquía, que de años atrás venia arrastrando una existencia vacilante.

Porque los bandos intestinos capitaneados por la facción y la familia de un monarca destronado conspiraban contra los parciales y sostenedores del monarca reinante, que había sido conspirador a su vez; porque las costumbres andaban relajadas y sueltas, y la molicie tenia enervados los brazos que hubieran necesitado esgrimir con vigor las armas; porque los hijos del Dnieper y del Danubio habían perdido la energía y los instintos severos que los habían hecho conquistadores y vencedores; porque el trono se hallaba desprestigiado con las humillaciones, vivas y exacervadas las rivalidades, y el descontento y la discordia despedazaban el estado; en tal situación no era posible que el pueblo godo pudiera resistir la impetuosa invasión de otro pueblo vigoroso y fuerte. Y este pueblo y esta invasión no habían de faltar, porque nunca falta la intervención providencial, cuando una sociedad exige ser disuelta o regenerada. Así el robusto imperio de Occidente, iniciado por el aventurero Alarico, comenzado en España por Ataúlfo, proseguido por Wallia, convertido en estado bajo Teodoredo, redondeado en la Península por Eurico, esplendente bajo Leovigildo, hecho católico por Recaredo, completado por Suintila, conservado enérgicamente por Chindasvinto, restaurado por Wamba, degenerado y flaco bajo Egica y Witiza, vino a desmoronarse en un día bajo el desventurado Rodrigo.

VI.

Tocó ser instrumentos de esta misión a los hijos del Profeta.

Esta vez es el Oriente el que viene a intimar al Norte que su dominación ha concluido, como antes el Norte había sido llamado a derrocar el imperio del Mediodía. Es la raza semítica que aspira a reemplazar a la raza jafética y a la raza indo-germánica. Entonces como ahora todo estaba providencialmente preparado para una gran revolución. Entonces Roma degenerada y muelle pudo oír el confuso murmullo de aquel enjambre de bárbaros, que apostados a los confines septentrionales de su imperio no esperaban sino la voz de «avancen», para lanzarse sobre él. Ahora los godos pudieron oír el sordo ruido de las formidables masas de guerreros árabes que desde las playas africanas esperaban la voz de «adelante» para cruzar el piélago y arrojarse sobre España. Un río había tenido a los godos separados del imperio romano; un estrecho de mar tenia ahora a los árabes separados del reino godo. Detenidos por las olas, pero aguijados del deseo de plantar el estandarte del Profeta en el mundo de Occidente; el miserable estado de la monarquía gótica les brindaba ocasión oportuna; la venganza y la traición les tendieron su mano, y guiados por ella surcaron el estrecho los hijos de la Arabia y los del Magreb en la primavera del año 11 del octavo siglo de la era cristiana. El sol del 30 de abril alumbró el desembarco de los nuevos huéspedes en Algeciras y al pie de la gran roca de Gibraltar, que todavía conservan poco variados los nombres que los invasores les pusieron, como si su primer paso quisiera anunciar ya la intrusión de su lengua en la del país que venían a conquistar.

No vienen estos, como los septentrionales, ganados al cristianismo. Al contrario, vienen a imponer otra religión, otro culto y otra moral. No traen por símbolo la cruz, sino la cimitarra. Su culto es el de Mahoma, su dogma el fatalismo, su moral la del deleite, su principio político y religioso el despotismo temporal y espiritual, su pensamiento acabar con toda la civilización que no sea la del Corán.

Pronto se encuentran cristianos y musulmanes; porque Rodrigo ha acudido a defender su reino de aquellas gentes extrañas, que al decir de Teodomiro no se sabe si son venidas del cielo o de la tierra. Pronto se cruzan las armas, y se empeña un terrible y desesperado combate... ¿Qué significa ese quejido de dolor que ha resonado en toda España? Es que el monarca y la monarquía goda han quedado a un tiempo ahogados en las ensangrentadas aguas del Guadalete. No la España sola, el mundo entero oyó absorto que los guerreros del Corán habían vencido a los soldados del Evangelio. Pereció el grande imperio gótico de Occidente bajo los golpes de la cimitarra de Tarik, siglo y medio después de haber muerto el de Italia al filo de la espada de Belisario. Porque apenas merece ya el nombre de resistencia la que algunas ciudades oponen a los vencedores, los cuales pasean orgullosos los estandartes del Profeta por todo el ámbito de la Península, y no tardan en ondear sobre la cúpula de la gran basílica de Toledo.

Ya no se vuelve a hablar de reino gótico; ya no hay godo-hispanos, ni hispano-romanos; la conquista ha borrado estas distinciones, que una fusión nunca completa había conservado por más de dos siglos.

Árabes y moros se derraman por todas las comarcas de la Península y la inundan como un río sin cauce. La nación ha desaparecido: ella resucitará.

Habíase detenido la inundación ante una cordillera de escarpadas rocas, a cuya espalda se escondía un pobre rincón de España, que los invasores, o no conocieron, o acaso al aspecto de su pobreza le menospreciaron. No había sin duda entre los sarracenos uno solo que supiera ni la geografía de lo presente, ni la historia de lo pasado. No hubo quien les dijera: «Mirad que detrás de esas breñas, y dentro de las estrechas gargantas y hondos valles que a vuestros ojos encubren, se esconde un pequeño pueblo que se atrevió a desafiar el poder de Roma cuando Roma era ya la señora del mundo: mirad que ese pequeño pueblo de montañeses no ha cesado de protestar por cerca de tres siglos contra la dominación de unos extranjeros que profesaban su misma fe, y que protestarán con mas energía contra otros extranjeros que vienen a quitarles su patria y a imponerles una nueva fe y una nueva religión.»

«Dios había querido, dice la crónica, conservar aquellos pocos fieles, para que la antorcha del cristianismo no se apagara de todo punto en España.» Y así fue. Mantuviéronse allí sin ser

hostilizados los bravos astures y los que de otras provincias acudieron a refugiarse al abrigo de sus riscos, el tiempo suficiente para recobrarse del primer aturdimiento, y concebir el temerario plan de resistir a las huestes agarenas en ninguna parte vencidas, y de fundar allí una nacionalidad. Ofrécese a guiarlos en tan arrojada empresa un hombre de acción y de consejo, jefe atrevido y prudente, que nunca desesperó de la causa de su religión y de su patria. Poco importa que Pelayo fuese un noble godo, hijo de un duque de Cantabria y deudo de los monarcas destronados, como afirman las crónicas cristianas, o que fuese Pelayo el Romano, *Belay el Rumi*, como le apellidan las historias árabes; puesto que ya no había diferencia entre godos y romano-hispanos, y todos eran cristianos y españoles, porque la patria y la fe los habían congregado allí.

Cuando el rumor de la reunión de aquellas pobres gentes llegó a oídos del valí El-Horr, y cuando Alkhaman de orden suya penetró con una hueste sarracena por entre las quebradas y desfiladeros de Asturias, Pelayo y su pequeño pueblo se recogen a hacerse fuertes en la concavidad de una roca, en la cueva de Covadonga, ignorada del mundo entonces, y conocida y célebre en el mundo después. ¿Quién podía creer que aquella cueva encerrara una religión, un sacerdocio, un trono, un rey, un pueblo y una monarquía? ¿Quién podía creer que el pueblo cobijado en aquella cueva como un niño desvalido, habría un día de abarcar dos mundos como un gigante fabuloso? ¿Ni que aquella monarquía que se albergaba tan humilde con Pelayo en Covadonga se habia de levantar tan soberbia con Isabel en Granada?

Los árabes dan principio al ataque contra aquella rústica ciudadela, y se realiza el combate más maravilloso que se lee en las páginas de la humanidad. Que si los dardos agarenos no se volvían de rebote contra los mismos que los lanzaban, si las montañas y las rocas no se desplomaban contra ellos, y el terreno no se hundía bajo sus pies, si no se realizaron todos estos milagros que los escritores cristianos consignan, realizóse un prodigio que los musulmanes no han podido desmentir, el de haber aniquilado un puñado de rústicos y mal disciplinados montañeses al numeroso, organizado y nunca vencido ejército musulmán. O el favor de Dios y la protección providencial no se manifiestan nunca visiblemente en favor de una causa y de un pueblo, o no pudo ser más evidente su intervención en favor de aquella pequeña grey de fervorosos cristianos, resto dela monarquía católica pasada, y principio de la monarquía católica futura.

En efecto, la fe es la que ha alentado a esos pocos españoles a emprender esa generosa cruzada contra los sectarios del Islam, que se inicia en Covadonga. Ella es la que va a enlazar la sociedad destruida con la sociedad que comienza a nacer. Así se enlazan las edades y los principios. La conversión de Constantino a la fe cristiana fue el eslabón que unió la vieja sociedad romana con las nuevas sociedades formadas de las razas septentrionales. La conversión de Recaredo al catolicismo fue el lazo que había de unir la España gótica con la España independiente. El espíritu religioso será el que la guíe en la lucha tenaz y sangrienta que ha inaugurado. La religión y las leyes fueron, ya lo dijimos, las dos herencias que la dominación goda legó a la posteridad, y estos dos legados son los que van a sostener los españoles en esta nueva regeneración social. Tan pronto como tengan donde celebrar asambleas religiosas, pedirán que se gobierne su iglesia *juxta Gothorum antiqua concilia*; y tan luego como recobren un principio de patria, clamarán por regirse *secundum legem Ghotorum*. Así la España irá recogiendo de cada dominación y de cada edad los principios que han de ir perfeccionando su organización; y no parece sino que la Providencia estuvo deteniendo la invasión de los árabes, hasta que estuviera acabado el *Fuero de los Jueces*, y permitió que la invadieran a poco de haberse concluido, como sino hubiera querido privarla de su existencia pasada hasta dotarla del principio de su vitalidad futura.

Importa poco que a Pelayo le dieran o no el título de Rey antes o después de su famosa victoria. La posteridad se le ha adjudicado, y el mundo se le ha reconocido, puesto que ya no se interrumpió la sucesión de los que después de él fueron siendo reyes de Asturias, de León, de Castilla, de España y de los dos mundos.

Aquella congregación de militares, labradores, pastores, sacerdotes y artesanos, fue atreviéndose a descender de las empinadas sierras, y a ocupar poco a poco los valles y los llanos,

donde se ejercitan en las armas, apacientan ganados, desmontan terrenos, cortan maderas de los bosques, y edifican primero templos y después casas; porque para aquellos piadosos montañeses primero es construir moradas para Dios que viviendas para los hombres. De todas partes confluyen cristianos a aquel asilo de la independencia, y llevando cada cual una industria, un oficio o una espada, aumentan y fortalecen la población, fundan una pequeña capital correspondiente a la pequeñez del reino, y se preparan a mayores empresas.

No era mediado aún el octavo siglo, cuando sintiéndose estrechos en tan reducidos límites, y considerándose bastante fuertes para no necesitar de sus rústicos atrincheramientos, salieron a desafiar a los árabes en los campos y pueblos por ellos dominados. El hacha de Carlos Martel hace cejar a los musulmanes por la parte de la Aquitania Gótica que habían invadido, amenazando al corazón de la Francia, y difundiendo el espanto por toda Europa, y Alfonso el Católico de Asturias emprende una serie de gloriosas excursiones, llevando el terror y la devastación delante de su espada, a tal punto que los mismos sarracenos le nombraban Alfonso el Temido y el Matador de gentes. Las armas cristianas recorren la Galicia y la Lusitania, los campos Góticos, la Cantabria y la Vasconia hasta los Pirineos occidentales. Sin embargo, estas conquistas no pueden tener el carácter de permanentes. Harto hace Alfonso I. en enseñar a los infieles que no es solo al amparo de los riscos donde saben vencer los cristianos, en poner en contacto a los fieles de uno y otro extremo del norte de la Península, y en señalar a sus sucesores el camino de la restauración.

La destrucción ha sido grande, y la nacionalidad tiene que irse reconstruyendo lentamente: el árbol que retoña al pie de la centenaria encina arrancada por el furioso vendaval en un día de borrasca, no puede crecer de repente. Pasa, pues, medio siglo y cinco reinados oscuros desde las brillantes y pasajeras correrías de Alfonso el Católico, hasta las adquisiciones permanentes de Alfonso el Casto, el cual llega a medirse con Carlomagno, la figura más gigantesca de aquellos tiempos, y pacta ya formales treguas con el emir de Córdoba, como de poder a poder.

Llega el siglo nono, y otro tercer Alfonso, llamado con justicia el Grande, lleva sus huestes hasta más allá del Guadiana, y hace brillar las armas cristianas ante los muros de Toledo. El jefe del imperio musulmán se humilla a solicitar de él una paz solemne, y el tercer Alfonso designa ya a sus hijos la ciudad de León como residencia futura de los monarcas cristianos.

A la voz de Asturias respondió pronto el eco de Navarra, y el pendón de la fe que se enarboló en las cumbres de los Pirineos occidentales no tardó en tremolar también en el Pirineo Oriental. Pero faltaba al pueblo cristiano un centro de unidad de acción. Cada comarca gustaba de pelear aisladamente y de cuenta propia; sujetábanse tal cual vez unos a otros de mal grado, y los reyes de Asturias no podían recabar de los cántabros y vascos sino una dependencia o nominal o forzada. Era el genio ibero que había revivido con las mismas virtudes y con los mismos vicios, con el mismo amor a la independencia, y con las mismas rivalidades de localidad.

Por fortuna no andaban los conquistadores más acordes y avenidos. A la unidad momentánea de impulsión, que los hizo irresistibles como invasores, sucedieron luego las antipatías de raza y los odios de tribu que ya dejaron implantados los primeros jefes de la conquista. Además de las diferencias entre árabes, sirios y egipcios, los mismos árabes, especie de aristócratas privilegiados, se dividían en varias categorías, según que sus razas se aproximaban más en origen a la del Profeta, o que conservaban mas puras las tradiciones del Islam. Y todos tenían contra sí a los africanos berberiscos, conquistados antes por ellos, sus aliados forzosos después, más groseros y menos creyentes, que no desaprovechaban ocasión de vengar con ruda animosidad su mal tolerada dependencia. La distancia que separaba la Península del gobierno central favorecía el desarrollo de sus discordias, pues tenían tiempo para devorarse entre sí los musulmanes de España, antes que la acción del gobierno superior, debilitada con la larga escala que tenia que recorrer, pudiese aplicar el oportuno remedio.

La angustia misma de su situación les sugirió el pensamiento de fundar en España un imperio independiente del de Damasco. Pronto las playas de Andalucía resuenan con un grito de regocijo y con una aclamación de entusiasmo. Era que saludaban al joven Abderrahman ben Merwan ben

Moawiah, de la ilustre estirpe de los Beny-Omeyas de la Arabia, único vástago de su esclarecida familia que había librado milagrosamente su garganta de la tajante cuchilla de los Abbasidas. Este tierno prófugo, cuya juventud era un tejido de azares dramáticos y de episodios novelescos, fue el escogido por las tribus árabes y sirias para ocupar el trono del futuro califato español, y venia desde el fondo del desierto a tomar posesión del solio.

Funda, pues, Abderrahman el imperio de los Ommiadas, la dinastía mas brillante que ocupó jamás los tronos del mundo: y la raza árabe, noble, ardiente y generosa como sus corceles, se sobrepone a la raza berberisca, inquieta, turbulenta y pérfida como los númidas sus antepasados.

Realiéntase y se vigoriza con esto el imperio muslímico español, pero no por eso desmaya el denuedo ni se entibia la fe de los cristianos. Antes bien principia más propiamente ahora esa grande epopeya de dos pueblos caballerescos, que se odian por religión y que rivalizan en arrojo en la pelea. Lucha sublime, en que se ve el ardor y la sangre de la Arabia en pugna incesante como el estoicismo cristiano de los hijos de Occidente: escenas africanas mezcladas con las tiernas emociones del cristianismo: mahometanos que se arrojan a la muerte con la confianza de alcanzar el paraíso, y cristianos que pelean alentados con la esperanza de ganar el cielo: ejércitos que se contemplan protegidos por la sombra del pendón de Ismael, y combatientes a quienes amparan los brazos de una cruz: la superstición mezclada en unos y otros con la fe, y unos y otros apellidándose infieles y descreídos: la Europa y el mundo, el cielo y la tierra esperando el desenlace de esta grande Iliada, que aguarda todavía un Homero cristiano que la cante dignamente. El tiempo dirá quién mostró ser más poderoso, si el Alá de los islamitas o el Dios de los cristianos, si Mahoma o Jesucristo, si el Corán o el Evangelio, si la cimitarra o la cruz.

Verdaderamente al contemplar el gran desarrollo, el engrandecimiento y poderío que alcanzó el imperio mahometano de España bajo la dominación de los Ommiadas, de aquellos esclarecidos Califas que ocuparon el trono de Córdoba desde mitad del octavo hasta entrado el undécimo siglo; de aquellos príncipes filósofos y guerreros, estirpe privilegiada, de que apenas salió algún vástago que no mereciera un lugar distinguido en la galería de los grandes jefes de los imperios: al ver las huestes agarenas franquear los Pirineos, invadir la Aquitania franca, tomar a Narbona, incendiar los arrabales de Marsella, hacer al África una dependencia de España y dominar a uno y a otro lado del Mediterráneo: al ver a los Césares de Bizancio y a los emperadores de Alemania, los Teófilos y los Otones, enviar embajadas solemnes, con demandas de auxilio o proposiciones de alianza y amistad, a los Abderrahmanes de Córdoba: al ver aquellas masa innumerable de guerreros que a la voz del *alghied* o guerra santa se congregaban, reunidos los estandartes de España con los de África (gran depósito de reserva y retaguardia invulnerable del imperio), para atacar a los pobres cristianos que ocupaban unos retazos de esta península, allende el Ebro o del otro lado del Duero, parece inverosímil, ya que no imposible, que los soldados del cristianismo se atrevieran a medir sus fuerzas con tan gigantesco y formidable poder.

Y sin embargo hiciéronlo así. Y el éxito fue mostrando que no hay triunfo imposible cuando la causa es justa, ni empresa temeraria cuando se acomete con arrojo, se sostiene con perseverancia y se prosigue con fe. A los Abderrahman, a los Alhakem y a los Hixem, oponían los cristianos los Ramiros, los Ordoños y los Alfonsos; Almudhafar se encontraba con un Fernán González; y si los sarracenos contaban con un Almanzor, *el Victorioso*, no les faltaba a los cristianos un *Cid Campeador*.

En todos los extremos de la Península resonaba un mismo grito de independencia: en cada territorio se organizaba un pequeño estado que servia de antemural al torrente de la dominación. Los reyes de León sostienen como buenos el honor de las armas cristianas. En Castilla se constituye un condado, que después ha de ser reino, destinado a soportar el peso de la contienda. Las fronteras de Castilla y de León, mil veces ganadas y perdidas por árabes y españoles, sirven por cerca de dos siglos de baluarte a la cristiandad. En Navarra los Garcías y los Sanchos dilatan prodigiosamente los límites de aquel pequeño reino, de origen oscuro y cuestionado. En los Pirineos orientales, sobre el cimiento de la Marca Gótica, fundada por Carlomagno y Luis el Pío, se erige el condado de

Barcelona, que franco primero, español después, y cristiano siempre, ocupado sucesivamente por los Wifredos, los Borreles, los Berengueres y los Ramones, forma otro dique en que va a romperse el oleaje de las algaradas muslímicas: dique que se ensancha hasta incorporarse con Aragón, cuyo estado ven nacer los Ommiadas antes de la disolución de su imperio.

A la segunda mitad del siglo X, bajo Abderrahman III y Alhakem II, llega el Califato a un grado asombroso de grandeza y de esplendor. El primero es el reinado de la conquista y de la magnificencia; el segundo es el imperio de las letras y de la cultura. Abderrahman III, el Magnífico, el primero que toma el título de Califa a imitación de los de Damasco, el Imán, el Emir Almumenin, acaba con todas las sediciones intestinas, gana a Toledo, último atrincheramiento de los rebeldes, destruye en África los califatos de Fez y de Cairwan, y teniendo con una mano sujeta el África, y ejerciendo con otra un protectorado discrecional sobre todos los estados cristianos de España, ve desde el fantástico palacio de Zahara, mansión de maravillas, de voluptuosidad y de deleites, postrarse a sus pies embajadores de los Césares de Oriente y de los emperadores del norte de Europa, venir a solicitar su amistad los representantes de los soberanos de Francia, de Borgoña y de Hungría, acogerse a su patronato y apoyo el conde de Barcelona y el rey García de Navarra, a Sancho el Gordo de León ir a buscar a Córdoba los recursos de la medicina y la tutela del califa, a Ordoño IV el Malo pedir un rincón del vasto imperio musulmán en que acabar triste y oscuramente sus días: aliados, en fin, cuya flaqueza le garantiza su fidelidad o protegidos que le debían su corona y le retribuían una dependencia y sumisión moral. Alhakem II, amparador de las letras y protector de los doctos, sustituye las bibliotecas a los campos de batalla, los cantos poéticos al ruido de los atabales, los certámenes literarios a los combates sangrientos, y las academias a los triunfos del alfanje; lleva a las musas a habitar a su alcázar, y sus graciosas esclavas Rhedya, Aischa y Maryem, recuerdan las Safos, las Aspasias y las Corinas de los bellos tiempos de Grecia. Era el uno el César, y el otro el Augusto del imperio musulmán. Desgraciada estrella tenia que lucir a los cristianos.

Eclípsase ésta casi totalmente con Almanzor, el grande, el guerrero, el victorioso; genio privilegiado y conjunto admirable de tacto político, de talentos literarios y de intrepidez bélica; que en veinte y cinco años gana cincuenta batallas a los cristianos, cayendo sobre ellos como un meteoro abrasador de incierto rumbo, y reduciendo su reino casia los estrechos confines del tiempo de Pelayo. Las campanas de la catedral de Compostela son trasportadas a Córdoba en hombros de cautivos cristianos para servir de lámparas en las naves de la grande aljama, y hasta las reliquias de los santos y los huesos de los mártires, conducidos por monarcas fugitivos, van a buscar un altar seguro en las cuevas y rocas inaccesibles de Asturias.

No hay al parecer medio humano que pueda salvar la causa de la independencia y la causa del cristianismo. Pero le habrá: porque no es la civilización de Mahoma la que está llamada a alumbrar la humanidad, ni el astro que ha de guiarla en su carrera. Caerá el coloso, porque la Providencia vendrá otra vez en ayuda de este pobre pueblo, que por lo menos ha tenido el mérito de no desconfiar nunca de la justicia y de no desmayar jamás en la fe.

La común necesidad y peligro inspira a los príncipes cristianos el pensamiento, aunque harto tardío, de la unión; y deponiendo rivalidades y discordias, se determinan a arriesgar en una batalla y a jugar en un día sus comunes destinos, los destinos de ambos pueblos, los destinos de la cristiandad. Los ejércitos se avistan, se encuentran en los campos de Calat-Añazor (*la cuesta de las Aguilas*), y se traba la terrible pelea... O las *ataqueviras* de los soldados de Mahoma no han llegado a Alá, o Alá ha sido impotente ante el Dios de los cristianos, y Almanzor el Victorioso ha dejado de ser el Invencible. Almanzor deja de existir y es enterrado en Medinaceli, en la caja de polvo que había ido recogiendo del que sacaba en sus vestidos en cada batalla. Aquel polvo cubría veinte y cinco años de gloria suya y un día de gloria para los cristianos. El desastre de Guadalete ha sido vengado en Calatañazor. Ahora como entonces se oye un quejido de dolor en toda España; pero ahora es la España musulmana la que se lamenta. La España cristiana hace resonar las bóvedas de sus templos con el himno sagrado que la iglesia destina a dar gracias a Dios por las prosperidades de la cristiandad.

Con razón se vistió de luto el pueblo musulmán, porque la muerte de Almanzor era la muerte del imperio. Su desprestigiado califa Hixem, soberano sin autoridad y niño de por vida, esclavo en su alcázar y rodeado de muchachos y de jóvenes y mujerzuelas, sirve ya sólo de miserable juguete a los que se disputan la herencia de un trono, ni vacante en realidad, ni en realidad ocupado; pregonanle muerto o le proclaman vivo o resucitado, le enseñan o le esconden al pueblo a manera de maniquí, según conviene a las miras de un pretendiente astuto o de un eunuco de palacio. El trono de Córdoba se hace presa del más atrevido usurpador, como el de Roma en tiempo del Bajo Imperio. Se desencadena el odio de tribus, y se devoran entre sí disputándose con horroroso encarnizamiento los despojos del Califato que se desmorona. Desaparece la noble raza de los Beny-Omeyas, y sobre las ruinas del poco ha tan soberbio imperio, se levantan tantos reyezuelos como son los walies y las ciudades musulmanas.

Entretanto los monarcas cristianos se contentan con ser solicitados por los competidores al trono musulmán, con inclinar la balanza al lado donde arrojan su espada, y con hacer reyes a los mismos que pudieran hacer vasallos. Sin embargo se restaura la basílica de Compostela ; León se reconstruye; los desmantelados muros de Zamora se reedifican. AlfonsoV de León puede celebrar ya un concilio en la resucitada ciudad. Los Berengueres de Cataluña dominan desde Rosas hasta la embocadura del Ebro. Aragón se constituye. Sancho el Mayor de Navarra dilata prodigiosamente su diminuto estado. Padre de reyes y repartidor de reinos, hace a Fernando primer rey de Castilla. Fernando se ciñe las dos coronas de Castilla y de León, y somete a tributo a los emires independientes de Toledo, Zaragoza, Badajoz y Sevilla. Por último, Alfonso VI., rey de Castilla, de León y de Galicia, se apodera del primero y más inexpugnable baluarte de la España sarracena, de la inmortal Toledo. La antigua corte de la España gótica vuelve a ser la capital de la España cristiana. Es el 25 de mayo de 1085.

VII.

El imperio ommiada ha caído. Se ha desplomado desde la cumbre del poder, casi sin declinación, casi sin gradación intermedia entre su mayor grandeza y su total ruina. ¿Cómo descendió desde la cúspide al abismo? El prodigio de su engrandecimiento explica el de su caída. Las relevantes cualidades y especiales talentos de sus califas lo habían hecho todo. La grandeza moral del pueblo no existía; estaba toda en e1 jefe del estado. El peso del edificio cargaba sobre la cabeza. Faltó el jefe, y con él se desplomó el imperio como una estatua sin pedestal.

No era esto solo. Vivían inextinguibles las antipatías de casta y de tribu, de origen, de costumbres, de inclinaciones y de creencias. Las eternas rebeliones de los Hafsun y de los Caleb; trasmitidas de generación en generación, probaban que la raza feroz de los hijos del Atlas ni transigía ni perdonaba jamás a la raza más culta de los hijos del Yemen. El África había enviado hombres a los soberanos de Córdoba, mientras meditaba cómo enviarles señores. Y tan pronto como halló ocasión, esa raza indómita, que tuvo el privilegio de conservar los instintos salvajes en medio de un pueblo civilizado, destruyó con su propia mano los brillantes mármoles de los palacios de Córdoba, holló con su ruda planta los elegantes jardines de Zahara, e hizo hogueras de la biblioteca de Merwan, adquirida a precio de oro. Vándalos del Mediodía, hicieron con Córdoba lo que con Roma ejecutaron los bárbaros del Norte. Acababan los árabes y comenzaban los moros.

Mahoma cometió un olvido imperdonable al fabricar la constitución del imperio. No hizo una ley de sucesión al trono. Y los califas, abrogándose la facultad de elegir sucesor de entre sus hijos o deudos, sin atender ni a la primogenitura ni aún a la estricta legitimidad, prefiriendo a veces un nieto a los hijos, o un postrer nacido a los hermanos primogénitos, pocas veces dejaron de ver ensangrentadas las gradas del trono por los miembros postergados de aquellas familias que la poligamia hacia tan numerosas, y las guerras comenzaban por domésticas y concluían por civiles. Los godos y los cristianos de los primeros tiempos de la restauración sufrieron por la misma falta iguales inquietudes. ¡Cuánto tardaron los hombres en conocer las ventajas de esa institución, menos

bella pero menos fatal, de la sucesión hereditaria!

¿Qué representaba el pueblo musulmán al lado del pueblo cristiano? El uno el triple despotismo de un hombre, a la vez monarca, pontífice y jefe superior de los ejércitos. La nación no existía; era una congregación de esclavos, en que todos lo eran menos el señor de todos. Aparte del fanatismo religioso, ¿qué aliciente tenían para ellos las fatigas de una eterna campaña?

Sabían que desde Mahoma hasta la consumación del imperio, su condición, inmutable como la ley, no había de variar nunca; esclavos siempre; ni una franquicia que adquirir, ni una institución que ganar, ¡Ay de ellos si se atrevían a quejarse de que el botín de sus triunfos sirviera para las prodigalidades de un califa, que desde el artesonado salón de su suntuoso alcázar le repartía entre las poetisas que le adormecían con el arrullo de sus versos o de sus cantos, o de que distribuyera la sustancia del pueblo entre las esclavas que le enloquecían con estudiados placeres, o de que las rentas anuales de una provincia fueran el precio del collar que destinaba a la garganta de una odalisca de ojos negros! Las cabezas de los que tal murmuraran rodarían por el suelo, cualquiera que fuese su número, y no faltarían poetas que ensalzaran a las nubes las virtudes y aún la piedad del soberano.

Los cristianos representaban el triple entusiasmo de la religión, de la patria y de la libertad civil. Pues al paso que peleaban por la fe, luchaban por rescatar su nacionalidad, y ganando la sociedad ganaba también el individuo y conquistaba franquicias y derechos. Este triple entusiasmo, en oposición a la triple esclavitud de los musulmanes, necesariamente había de infundir más vigor en aquellos. Los viejos cronistas han hecho mal en recurrir al milagro para explicar cada triunfo de los cristianos.

Si disuelto el imperio ommiada no acabaron de expulsar las razas mahometanas, culpa fue del heredado espíritu de individualismo y de sus incorregibles rivalidades de localidad. Las envidias se recrudecieron después del triunfo de Calatañazor, y los reinados de Sancho y García de Navarra, de Ramiro de Aragón, de Fernando, Sancho, Alonso y García de Castilla, León y Galicia, todos parientes o hermanos, presentan un triste cuadro de enconos y rencores fraternales, en que parece haberse desatado completamente los vínculos de patria y borrado del todo los afectos de la sangre. Los hermanos se arrojan mutuamente de sus tronos, y los hijos de un mismo padre se clavan las lanzas en los campos de batalla. Ni a las hermanas escudaba la flaqueza de su sexo, y viose a Urraca y Elvira inquietadas por un hermano en los dos rincones que su padre les adjudicara para que les sirviesen de pacífico retiro. Y como si fuese necesario poner el cebo más cerca de la ambición y de la envidia, los padres, al morir, partían el reino en tantos pequeños estados como eran sus hijos. Fernando de Castilla no escarmentó en los desastres del error de su padre: cayó en el mismo y a igual falta correspondieron iguales calamidades. Merced a estas funestas particiones, se encontró la España cristiana, reducida y pobre como era todavía, dividida en seis estados independientes. Por fortuna era harto mayor el fraccionamiento de la España mahometana y el mayor desconcierto de la una era la salvación de la otra.

Aunque supongamos hija de la necesidad y obra de la política aquella desdeñosa tolerancia que en los dos primeros siglos de lucha usaron los conquistadores con los conquistados, permitiendo a los cristianos el libre ejercicio de su religión y de su culto los mismos que venían a imponerles otro culto y otra religión, no por eso deja de ser admirable aquel prudente contenimiento tan desusado de los pueblos conquistadores. Y seria un espectáculo singular ver en las grandes poblaciones alternar el escapulario del monje cristiano con el turbante del musulmán, y al tiempo que el sonido de la campana convocaba a los fieles al sacrificio de la misa o a oír la predicación del sacerdote de Cristo, la voz de los muecines estar llamando a los hijos del Profeta desde lo alto de un alminar a rezar su azala en la mezquita o a oír el sermón a su alchatib.

Mas tan extraña tolerancia cambió al fin en cruda persecución. San Eulogio, el campeón impertérrito de la fe, nos ha dejado consignadas en sus preciosas páginas las glorias de los mártires de Córdoba. ¿Sería acaso que él mismo, y otros celosos apologistas, como Álvaro, Cipriano, y Sansón, provocaran al martirio como el único medio de atajar la propensión que en los mozárabes

de aquel tiempo se notaba a dejarse arrastrar del ascendiente de la civilización de los árabes, y a fundirse en la población musulmana por el idioma, por las costumbres, por los trajes, por la literatura, y hasta por los matrimonios? Si tal fue su intento , lográronle cumplidamente, porque la sangre de los mártires abrió de nuevo un abismo entre los dos cultos y entre los dos pueblos, que por otra parte rivalizaban en espíritu y en celo religioso.

Si en Córdoba se levantaba una soberbia aljama o mezquita, más grandiosa que todas las de Occidente y rival en suntuosidad con la gran Zckia de Damasco, lugar santo de peregrinación para los musulmanes como la Meca, en Compostela se erigía una gran basílica, se descubría el sepulcro del santo apóstol Santiago, y los piadosos cristianos acudían allí en peregrinación como a Jerusalén o a Roma. Si cada emir y cada califa enriquecía o agrandaba el gran templo, o construía nuevas mezquitas y las dotaba con gruesas sumas de dinares de oro, cada obispo y cada monarca cristiano dotaba con esplendidez una iglesia, o levantaba una catedral o fundaba un monasterio. Si el alghied publicado desde el almimbar o púlpito alentaba a los soldados del Profeta a emprender con vigor una campaña, los soldados de Cristo entraban con ardor en el combate invocando al santo patrono Santiago, a quien veían en los aires caballero en un soberbio corcel y armado de reluciente espada, bajar a ayudarlos en la pelea y a derribar millares de infieles bajo los pies de su caballo; o bien era San Millán, que se aparecía entre-nubes con vistoso traje y armado de todas armas, o bien San Jorge en caballo blanco y con cruz roja; visiones saludables que les valieron más de un triunfo. Y si la verdad histórica no admite el milagro de Clavijo bajo el primer Ramiro, sólo aquella fe les pudo proporcionar otra victoria en el mismo lugar bajo el primer Ordoño.

Encontrábanse en las batallas los alfakíes y alchatibes musulmanes con los sacerdotes y obispos cristianos, unos y otros llevando sobre la vestidura sagrada el armamento del guerrero. En Valdejunquera dieron muerte los cristianos a dos doctores del Islam, y los muslimes hicieron prisioneros a dos obispos cristianos. Cuando el conde Armengol de Urgel llegó con sus catalanes cerca de Córdoba, para auxiliar al árabe Muhammad contra el berberisco Suleiman, tres prelados le acompañaban en esta singular cruzada, y todos tres sucumbieron con su jefe peleando como soldados. Si el pueblo ve después sin sorpresa en el siglo XV al arzobispo de Toledo capitanear los escuadrones rebeldes del príncipe Alfonso contra las huestes de Enrique IV de Castilla; si en el siglo XVI el más eminente cardenal de España no tuvo por ajeno de su estado ordenar el asalto de Orán con la espada del guerrero ceñida sobre el sayal del franciscano; si más adelante se vio sin maravilla una legión de clérigos comandados por un obispo defender las libertades de Castilla en los campos de batalla contra los ejércitos imperiales del gran Carlos V; si en el siglo XIX hemos visto a los ministros del altar blandir la lanza y acaudillar guerreros contra las legiones de un invasor extraño, y hasta en nuestras contiendas civiles cambiar la vestidura sacerdotal por la armadura bélica, fuerza es reconocer lo que encarnó en esta clase la costumbre adquirida en aquellos tiempos de celo religioso.

Los pueblos que así competían en devoción no podían competir lo mismo en civilización y en cultura. Los árabes con su natural viveza se habían lanzado a la conquista de las letras con el mismo ardor que a la conquista de las armas, y el pueblo muslímico español era un hijo emancipado de aquella Arabia que heredó las riquezas literarias de Egipto, de Grecia, de Roma y de la India. Los califas de Occidente se propusieron que la corte de Córdoba no cediera en brillo intelectual a la de Bagdad, la ciudad de los ochocientos médicos, y dela universidad de los seis mil alumnos. Abderrahman III supo fomentar los diversos ramos del saber humano tanto como Alraschid, y Alhakem II no sería acaso inferior a Almamun, el más espléndido y el más sabio de los Abbassidas. Los cuatrocientos mil volúmenes de la biblioteca Merwan son un testimonio del asombroso impulso que dieron a la literatura los soberanos Ommiadas. Llevaban tras sí aquellos califas aún en las expediciones militares gran séquito de médicos, astrónomos, filósofos, historiógrafos y poetas, y do quiera que el jefe del imperio se moviese era como un planeta que se divisaba de lejos por el brillo que le rodeaba o por el rastro de luz que iba dejando. Examinaremos no obstante en nuestra obra aquella cultura intelectual, y veremos si tenia tanta parte de gusto, de raciocinio y de solidez, como

de artificio, de atrevimiento y de imaginación. Y veremos también el , influjo que ejerciera aquella literatura y aquel idioma en la literatura y en el idioma español.

De todos modos no podía el pueblo cristiano-español nivelarse en este punto al hispano-arábigo, reducido como quedó aquel con la invasión a la infancia social. Y antes era para él ganar comarcas que crear colegios, primero era existir que filosofar, y la espada era más necesaria que la pluma. Así con todo, desde Alfonso el Casto que señaló ya en el siglo IX el cimiento de que había de arrancar la nueva organización del pueblo hispano-cristiano, hasta el XI que marcó una era de mejoramiento material y moral, no dejó de hacer los adelantos relativos que su condición y la vida activa de la campaña le permitían.

¿Y qué fue de aquella exquisita y refinada cultura oriental que tanto lustre dio al imperio Ommiada? Sostenida como él por los califas, se desplomó con su material grandeza. Oscurecerán su brillo póstumo las dominaciones pasajeras de los Almorávides y de los Almohades. En Granada se dejará ver un resplandor que desaparecerá al aproximarse la radiante cruz de los cristianos, y el África volverá a recoger los restos fugitivos de un pueblo que fue culto, y que no hará ya sino vegetar en la barbarie allá en los desiertos de donde había salido. Así se cumplirá aquella profecía que la indignación arrancó a un cierto Takeddin cuando dijo: «Dios castigará en la segunda vida a Almamun, porque ha convertido hacia las ciencias profanas la piedad de los musulmanes.» No sabía este celoso ismaelita que no era la piedad del Corán y la civilización de la esclavitud la llamada a alumbrar el género humano.

En cambio conquistaba él pueblo cristiano preciosas adquisiciones políticas y ganaba inapreciables derechos civiles. Gloria eterna será de España el haber precedido a las grandes naciones de Europa en la posesión de esos pequeños códigos populares que dieron a las corporaciones comunales, a los vecinos, artesanos y cultivadores, un influjo y un poder que no habían tenido en la antigua sociedad germánica, ni le tenían aún en los estados europeos de ella nacidos. Aparecen pues los *Fueros* de León y de Castilla, los *Usages* de Cataluña, y las cartas municipales: la iglesia restablece sus concilios, y el elemento popular entra a hacer parte de los poderes del Estado, merecida recompensa que los príncipes otorgan a los pobladores de una ciudad fronteriza. de continuo combatida por el enemigo y defendida siempre con vigor, o mercedes hechas por servicios heroicos prestados por los pueblos al trono y al país. A la libertad individual de los godos suceden las libertades comunales y las franquicias civiles, y la España al paso que reconquista va marchando también hacia su reorganización.

A pesar del fervor religioso que daba impulso y vida al movimiento de la restauración, la corte romana no había extendido a la española el influjo y la omnipotencia que ejercía en los estados cristianos de allende el Pirineo. La nación proveía a su gobierno y sus necesidades, y la iglesia celebraba sus concilios convocados por el monarca, de la misma manera que lo había hecho la iglesia gótica. Por primera vez después de diez siglos, se pone un reino de España bajo la dependencia inmediata de la corte pontificia. Un rey de Aragón hace su reino tributario de Roma, y otro monarca aragonés, amenazado con los rayos espirituales del Vaticano, se ve obligado a hacer penitencia pública, y a restituir a la iglesia los bienes que llevado de un celo religioso había tomado para subvenir a los gastos de la cruzada contra los sarracenos. Más tarde deja penetrar Alfonso VI en la iglesia y reino de Castilla la doctrina de la soberanía universal de los papas, tan arrogantemente sostenida por Gregorio VII, el gran invasor de los poderes temporales. El campo escogido para esta primera tentativa fue el reemplazo del breviario gótico o mozárabe, tan querido de los españoles, por la liturgia romana. En vano clamó el pueblo porque se le conservara un ritual, que miraba como el símbolo de sus glorias. El clamor popular, el juicio de Dios, y la prueba del fuego, que se pronuncian en favor del rito Toledano, se estrellaron contra la obstinación del monarca, que resuelto a complacer al pontífice, decretó la abolición del breviario mozárabe y la adopción del romano. El pueblo, entre indignado y lloroso, exclamó: *Allá van leyes de quieren reyes*. Y la frase adquirió desde entonces en España una celebridad proverbial. Las vicisitudes que desde esta primera victoria del poder papal sobre los reyes y las libertades de la iglesia de Castilla

experimentó en lo de adelante, según las ideas de cada siglo y el humor de cada monarca, forman una parte muy esencial de la historia de nuestro pueblo.

Bajo la influencia de una reina francesa y a la sombra de un primado de Toledo, también francés, y monje de Cluny como Gregorio VII., hace al propio tiempo su irrupción en Castilla la milicia Cluniacense, que al poco tiempo invade las mejores sillas episcopales de la iglesia española. Y bajo el mismo influjo dos condes franceses, soldados aventureros que vienen a buscar fortuna a España, obtienen la mano de dos princesas españolas, y se hacen troncos de dos familias de reyes, de Portugal y de Castilla.

VIII.

Era destino de España tener que luchar y combatir siglos y siglos; con extrañas gentes antes de alcanzar su independencia, con sus propios hijos antes de lograr la unidad.

Cuando derrocado el imperio Ommiada y conquistada Toledo, parecía no restar a las armas cristianas sino volar de triunfo en triunfo, viene otra irrupción de bárbaros mahometanos, los africanos Almorávides, numerosos como las arenas del mar que han atravesado. Terribles fueron sus primeros ímpetus. En Zalaca hacen rodar las cabezas de cien mil guerreros cristianos, y en Uclés perece la flor de la nobleza castellana, y pierde Alfonso su tierno hijo Sancho, único heredero varón del trono de Castilla, luz de sus ojos y solaz de su vejez, como él le llamaba. No sucumbió, pero alejóse por indefinidos tiempos el triunfo de la independencia española.

Y cuando parecía que el enlace de Urraca de Castilla con Alfonso de Aragón habría de ser el lazo que uniera ambas coronas y el preludio de una próxima unidad nacional, frústranse todas las esperanzas y fallan todos los cálculos de la prudencia humana. El genio impetuoso y áspero del aragonés, y las facilidades y distracciones poco disimuladas de la reina de Castilla, convierten el consorcio en manantial inagotable de discordias y agitaciones, de guerras y disturbios, de tragedias y calamidades sin cuento, en Castilla y Aragón, en Galicia y Portugal, entre esposo y esposa, entre madre e hijo, entre princesas hermanas, entre prelados y nobles, entre vasallos y soldados, de todos los reinos, de todos los bandos y parcialidades: laberinto intrincado de bastardas pasiones, y episodio funesto que borraríamos de buen grado de las páginas históricas de nuestra patria. Matrimonio fatal, que difirió por más de otros trescientos años la obra apetecida de la unidad española; hasta que otra reina de Castilla y otro rey de Aragón, más virtuosos y más simpáticos, y unidos en más feliz consorcio, enlazaran indisolublemente las dos diademas. ¡Pero han de trascurrir trescientos años todavía!

Por ventura ese mismo monarca aragonés, grande agitador de la Castilla, revuelve luego sus armas contra los infieles, y dase tal prisa a batallar que con razón se le aplica el sobrenombre de *Batallador*. Conquista a Zaragoza de los Almorávides, la hace capital del reino, y ensancha el Aragón hasta los términos que hoy tiene. Veníanle estrechos al hazañoso aragonés los límites de la Península, y con igual arrogancia salva las Alpujarras y saluda las costas del otro continente, que franquea los Pirineos y toma a Bayona. La batalla de Fraga privó a España de este robusto brazo.

Una solemne fiesta religiosa se celebraba en la catedral de León poco antes de mediar el siglo XII. Un personaje, que llevaba en sus hombros una rica vestidura primorosamente trabajada, era couducido al altar mayor entre el rey de Navarra y el prelado de la diócesis. Colocábase en sus manos un cetro; en su cabeza una corona imperial de oro puro guarnecida de piedras preciosas. Entonábase el *Te Deum*, y las bóvedas del soberbio santuario resonaron al grito de: *¡Viva el emperador Alfonso!* España tenia ya un emperador y este emperador era el hijo de Urraca, Alfonso VII, que sin ser más que rey de Castilla se encontraba una especie de rey de reyes y jefe de príncipes y soberanos. Rendíanle vasallaje los emires de las principales ciudades musulmanas: el rey monje de Aragón se había puesto bajo su dependencia: el de Navarra le daba por su mano la investidura imperial: reconocíanle su primacía los condes de Barcelona, de Portugal, de Tolosa, de Provenza y de Gascuña, y el imperio castellano se extendía desde el Tajo hasta el Ródano, y desde

Lisboa hasta Burdeos. ¡Admirable engrandecimiento, que no era de esperar tras el turbulento y aciago reinado de Urraca! «¡Por Dios vivo, exclamó el rey Luis el Joven de Francia, cuando vino a visitar a Toledo, que no he visto jamas una corte tan brillante, y que sin duda no existe igual en el universo!» Aún rebajando la parte hiperbólica con que acaso el esposo de Constanza quisiera lisonjear a su suegro Alfonso, dedúcese todavía la brillantez que había alcanzado la corte de Castilla, tan modesta no hacía muchos años.

Verifícanse a poco importantes cambios en la España cristiana. La unión de Aragón y Cataluña bajo un solo cetro hecha en sazón oportuna por medio de un acertado matrimonio, convierte los dos estados en un vasto y poderoso reino, que veremos irse saliendo fuera de sí mismo, difundirse por Europa, dominar en el Mediterráneo, dar reyes a Nápoles y Sicilia, agregar coronas a coronas, y traer a España la mitad de Italia.

En cambio Portugal se emancipa de Castilla y se erige en reino independiente. Desde entonces aquel reino, especie de jirón violentamente rasgado del manto real de España, florón arrancado de la corona de Castilla, enmienda hecha por los hombres a las leyes naturales de la geografía, o sirve de embarazo para la grande obra de la unidad, o de manzana de discordia disputada con éxito vario hasta los tiempos de los Felipes de Austria, acá ya en los siglos XVI y XVII.

Aún sufre mayores trasformaciones la España sarracena. El África era en aquellos siglos para España lo que en otros tiempos había sido la Germania para el imperio romano: semillero inagotable de razas, de tribus y de pueblos, dispuestos a invadirla sucesivamente, siendo aquí como allí los que venían detrás los más agrestes y feroces. Allí eran godos, suevos, vándalos, francos y hunos: aquí eran árabes, sirios, egipcios, Ommiadas, Almorávides y Almohades. Todos habían venido ya menos estos últimos, los discípulos y sectarios de *El Mahedy*, nuevo profeta que se anunciaba como apóstol y gran reformador de los musulmanes degenerados y corrompidos. Los Almorávides atacaron aquellos cismáticos del dogma muslímico, pero más afortunados o más fogosos los unitarios o Almohades, les toman sucesivamente a Tremecén, Fez, Salé, Tánger, Ceuta y Marruecos, que hacen la capital del imperio. La consecuencia inmediata de cada nueva dominación que se levantaba en la Mauritania era la invasión de la península española; y Abdelmumen, jefe de los Almohades, sigue en el siglo XII el ejemplo y el camino de Yusuf, jefe de los Almorávides en el XI. Los Almohades arrojan de España a los Almorávides, como estos habían arrojado a los Beni-Omeyas, y Abdelmumen se posesiona del vasto imperio de Yusuf, aunque cercenado por los cristianos. Estos no tienen ya que pelear con árabes, sino con moros de pura raza africana.

Mientras Almorávides y Almohades se revolvían en mortíferas guerras, los Castros y los Laras, los Alfonsos de Castilla, León y Portugal se destrozaban en sangrientas discordias. Ni cristianos ni moros acometían empresa de importancia. Ocupábanse los correligionarios en devorarse entre sí.

Un rey de Castilla emprende una atrevida incursión por tierras musulmanas. Llega a Algeciras, y desde allí envía un arrogante reto al emperador almohade de Marruecos. *«Puesto que no puedes venir contra mí,* le dice, *ni enviar tus gentes, enviame barcos, que yo pasaré con mis cristianos donde tú estás y pelearé contigo en tu misma tierra.»* Reto imprudente y fatal, que costó a los españoles la memorable derrota de Alarcos, sólo comparable al desastre que ciento doce años antes habían sufrido en Zalaca.

Afortunadamente un largo armisticio siguió a la catástrofe de Alarcos, y no fue menor suerte que los monarcas cristianos aprovecharan esta tregua feliz para arreglar sus querellas y prepararse a una guerra nacional.

La voz del pontífice se hace oír en toda la cristiandad a principios del siglo XIII. exhortando a los príncipes y a los pueblos a que ayuden a la gran cruzada, no ya contra los turcos de la Palestina, sino contra los moros de España. Procesiones, rogativas y ayunos públicos anuncian en Roma que el mundo se halla en vísperas de presenciar un gran suceso, que habrá de interesar a todo el orbe cristiano. Este suceso había de acontecer en España, donde se ventilaba la causa de la cristiandad más que en la Tierra Santa. En Roma se paseaba el *Lignum Crucis*, y en Toledo se congregaban

cinco reyes españoles, mientras el nieto de Abdelmumen cruzaba el estrecho de Gibraltar con cuatrocientos cincuenta mil guerreros mahometanos, el más formidable ejército que jamás el África había lanzado contra Europa. Avanzan los infieles, y los cristianos avanzan también. Se avistan unos y otros, y se da el famoso combate de las Navas de Tolosa, la más grandiosa lid que desde Atila habían visto los hombres. Cuatro días doraron los rayos del sol abrasador de julio las altas cumbres de Sierra Morena, antes que el mundo pudiera saber quién había salido vencedor, si el estandarte de Cristo o el pendón del Islam. El resultado glorioso le pregona y canta la iglesia española en la fiesta religiosa y nacional que en conmemoración de aquel día feliz celebra todavía bajo la advocación de el *Triunfo de la Santa Cruz.*

Como en los campos de Chalons se había decidido la causa de la civilización contra la barbarie, así en las Navas de Tolosa se decidió virtualmente la causa del cristianismo contra el Corán. Doscientos mil combatientes del septentrión quedaron en los campos Calaláunicos; doscientos mil guerreros del Mediodía sucumbieron en los campos de las Navas. El soberbio jefe de los unos había sido rechazado a los bosques de la Germania; el altivo jefe de los Almohades se retiró a devorar su desesperación en el serrallo de Marruecos. Ambas causas triunfaron con la misma sangrienta solemnidad.

Desde la terrible rota de la Navas quedó el imperio almohade en el mismo desconcierto, en la misma anarquía y flaqueza que había quedado el imperio ommiada desde el revés de Calatañazor. Los cristianos avanzarán ya siempre, y nunca retrocederán Ya no hay equilibrio; la balanza se ha inclinado.

A poco tiempo se sientan casi simultáneamente en los tronos de Aragón y de Castilla, en el uno un conquistador, en el otro un conquistador y un santo: si dramático ha sido el nacimiento del aragonés, también ha sido dramático el ensalzamiento del castellano. Jaime I ciñe las dos coronas de Aragón y Cataluña; Fernando III vuelve a unir en sus sienes las de Castilla y León para no separarse ya jamás. El esforzado aragonés aventa los moros por Oriente, el brioso castellano los estrecha y acorrala por Mediodía. El Conquistador se apodera de las Baleares, último refugio de los Almorávides, y toma a Valencia, la ciudad del Cid. El rey Santo, se posesiona de Córdoba la corte de los Califas, y planta el pendón castellano en la Giralda de Sevilla, la ciudad que había reemplazado y excedía ya a Córdoba en población y en opulencia. Trescientos mil mahometanos de todas edades y sexos salieron, llevando consigo sus riquezas mobiliarias, a buscar un triste asilo en África, o en los Algarves o en Granada. Millares de moros eran también arrancados de sus hogares, y huían de Valencia lanzados por un edicto del Conquistador, a refugiarse entre sus hermanos de Granada, cuyos muros apenas bastan a contener los dispersos que de las provincias limítrofes se apiñan en su recinto como en un postrer lugar de refugio. Mediaba entonces el siglo XIII.

El reino granadino, especie de retoño que brota del destruido tronco del imperio árabe-africano, es el último residuo y la última forma de la dominación mahometana en nuestro suelo.

Aún queda Granada rebosando de habitadores, que bien necesita ser prodigiosamente feraz su campiña para proveer al mantenimiento de tanta muchedumbre Aún queda su soberbia Alhambra, deliciosa mansión de reyes, donde tremola todavía y se ostenta con orgullo la enseña del Profeta. Y se ostentará por espacio de más de dos siglos. ¿Cómo tan largo tiempo se sostiene ese pequeño reino, reducido al estrecho recinto de una sola provincia de España, contra príncipes tan poderosos como eran ya los de Aragón y de Castilla?

Mucho hace la benéfica y sabia administración de Ben-Alamar, y la paz en que le deja vivir San Fernando hasta su muerte, como aliado suyo que había sido y auxiliador en sus empresas. Es que también mientras la población muslímica se concentraba y se fortalecía en Granada, los sucesores de Jaime y de Fernando, como si se olvidaran de que aún había moros en territorio español, se gastan en empresas exteriores, mezclados y enredados en los negocios generales de Europa. Halagan al de Aragón las adquisiciones de Sicilia, que le traen largas luchas con Roma y con la Francia. Preocupaban al castellano sus pretensiones a la corona imperial de Alemania, y faltó poco para que España pagara a caro precio las distracciones de sus príncipes, cuando ausentes de

sus estados se ligó el rey moro de Granada con los Beni-Merines que reinaban en Magreb. Castilla después de San Fernando hubiera necesitado otro rey conquistador, y tuvo un rey sabio. Pensó en hacer leyes más que en acabar de expulsar a los moros, y se difirió por dos siglos la reconquista.

Vuelven también las discordias intestinas a retrasar más esta obra laboriosa y lenta. Desde Alfonso el Sabio hasta el Justiciero, no hay mas que eternas conjuras o minoridades turbulentas, gran calamidad de los estados y desolación de los imperios, plaga fatal con que más que otra nación alguna ha sido castigada la España. Ya era un hijo que se alzaba en armas para arrancar la corona de las sienes de su padre, y que a su vez probaba la pena del talión sufriendo las propias amarguras de sus deudos, tíos o hermanos. Ya eran los envalentonados nobles de Castilla, los Haros, los Laras o los infantes de la Cerda, los que traían en agitación dolorosa el estado, pasándose así años y reinados en sangrientas turbaciones, sin que entretanto la guerra contra los moros suministrara a la historia hechos gloriosos que recordar, si por muchos no valiera el rasgo insigne de patriotismo heroico, de abnegación sublime y de noble grandeza castellana, con que inmortalizó el sitio de Tarifa Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno.

Así trascurre un siglo, hasta que al mediar el XIV vuelve a resucitar delante de Algeciras el antiguo brío castellano con el undécimo Alfonso, el último de esos Alfonsos, nombre de glorias para España, donde dejaron perdurable memoria de preclaros hechos, y que fueron como los Césares y los Abderrahmanes de la restauración. Unido va al nombre de Alfonso XI el glorioso recuerdo de la memorable victoria de el Salado, donde como en las Navas parece deber reconocerse una protección superior, pues no pudiera de otro modo haber llegado el número de cadáveres musulmanes a la prodigiosa cifra a que le hacen subir todas las crónicas. Reservada estaba al undécimo Alfonso de Castilla una honra póstuma que dudamos haya alcanzado otro príncipe alguno de la tierra. Sus mismos enemigos vistieron luto al saber su muerte; y cuando el ejército cristiano conducía sus restos mortales a Sevilla, las tropas del rey moro de Granada que le habían combatido en el campamento abrieron respetuosamente sus filas para hacer paso al fúnebre convoy.

Pero Granada entretanto se mantiene, y aquel resto de dominación musulmana se niega a desprenderse del suelo español, a semejanza de aquellos mariscos que viven y crecen encerrados en la estrechez de una concha, en tal manera a la roca adheridos, que ni el furor de los vientos, ni el azote de las olas son poderosos a despegarlos. Su fortuna le depara otro soberano tan sabio y prudente como Ben-Alamar, y a su benéfica sombra florece el diminuto y exiguo reino. La ciudad de las manufacturas y de los bellos jardines se hace el emporio del comercio y el centro de la cultura y del placer. El tráfico mercantil atrae a los negociantes de lejanas regiones; las fiestas y los torneos la hacen el punto de reunión de los mas apuestos caballeros de las vecinas naciones, musulmanes y cristianos. Pero no tardará la ciudad poética en experimentar también los estragos de la discordia civil, y las lanzas que ahora en alegres justas se ejercitan se clavarán luego en los pechos fraternales con desapiadado y bárbaro furor.

En Castilla sucede ya esto otra vez. La sangre riega sus campos y colorea sus ciudades. Apenas hay familia noble o persona ilustre que no la vierta peleando en favor del monarca legítimo o del hermano bastardo. La que no se derrama en los combates la hace saltar el puñal, o asestado por la mano de un príncipe que le maneja en lugar de cetro, o por la de sus terribles maceros, o por la de sus consejeros mas íntimos y allegados: y la que el puñal perdona va a salpicar las tablas del patíbulo, erigido y aparejado a todas horas por un soberano irascible, impetuoso y arrebatado, a las veces justiciero, cruel y sanguinario siempre. La suya propia tiñe las manos fraternales, y el hermano que le arranca la vida se ciñe su corona.

Los pueblos, fatigados de tanta tragedia, se felicitan al pronto de haber cambiado las crueldades del monarca legítimo por las larguezas del bastardo dadivoso. Pronto conocieron cuán poco habían ganado con el ensalzamiento de la nueva dinastía. En poco mas de un siglo que ocupó el trono de Castilla la línea varonil de la familia de los Trastamaras, viose a aquellos príncipes ir degenerando desde la energía hasta el apocamiento, y desde la audacia hasta la pusilanimidad. El prestigio de la majestad desciende hasta el menosprecio y el vilipendio, y la arrogancia de la

nobleza sube hasta la insolencia y el desacato. La licencia invade el hogar doméstico, la corte se convierte en lupanar, y el regio tálamo se mancillaba de impureza, o por lo menos se cuestionaba de público la legitimidad de la sucesión. La justicia y la fe pública gemían bajo la violación y el escarnio. La opulencia de los grandes o el boato de un valido insultaban la miseria del pueblo y escarnecían las escaseces del que aún conservaba el nombre de soberano. Mientras los nobles devoraban tesoros en opíparos banquetes, Enrique III, encontraba exhausto su palacio y sus arcas, y su despensero no hallaba quien quisiera fiarle. Juan II procuraba olvidar entre los placeres de las musas las calamidades del reino, y se entretenía con la *Querella de amor*, o con los versos del *Laberinto*, teniendo siempre sobre la mesa las poesías de sus cortesanos al lado del libro de las oraciones. Este príncipe tuvo la candidez de confesar en el lecho mortuorio, que hubiera valido más para fraile del Abrojo que para rey de Castilla. Los bienes de la corona se disipaban en personales placeres, o se dispendiaban en mercedes prodigadas para granjearse la adhesión de un partido que sostuviera el vacilante trono.

No había sido mucho mas feliz Aragón con la dinastía de Trastamara, que también fue llamada a ocupar el trono de aquel reino. Allí otro Juan II, monarca duro y padre desamorado, traía desasosegada y en combustión la monarquía. Desheredaba a un hijo, digno por sus prendas de más amor y de mejor fortuna, y los catalanes irritados contra el desnaturalizado monarca, llamaban a su suelo extranjeras tropas y brindaban con la corona de Cataluña a cualquier príncipe extraño que quisiera aceptarla, antes que obedecer al monarca aragonés. En Navarra la misma fermentación de partidos, la misma hoguera de discordias, el encarnizamiento no menor.

¿Qué servia que aquejaran ya al pequeño reino granadino iguales o parecidas turbaciones que a los estados cristianos? Si allí se derribaban alternativamente los Al-Hayzari, los Al-Zaqui, los Ben-Ismahil y los Abul-Hacen, aquí se destrozaban entre sí los Enriques, los Juanes, los Alfonsos y los Carlos. Si un caudillo moro invocaba el apoyo de un monarca cristiano para derrocar a un rey de Granada, otro pariente de aquel se aprovechaba del desconcierto y las miserias del reino castellano para destronar a su vez al usurpador y negar el tributo al monarca de Castilla. Así el reducido reino de Granada se mantenía en medio de las convulsiones por la impotencia de los reyes y del pueblo cristiano para arrojar a los infieles de aquel estrecho rincón, afrenta ya y escándalo de España.

La degradación del trono, la impureza de la privanza, la insolencia de los grandes, la relajación del clero, el estrago de la moral pública, el encono de los bandos y el desbordamiento de las pasiones, llegan al más alto punto en el reinado del cuarto Enrique de Castilla. Los castillos de los grandes se convierten en cuevas de ladrones; los indefensos pasajeros son robados en los caminos, y el fruto de las rapiñas se vende impunemente en las plazas públicas de las ciudades; un arzobispo es arrojado de su silla en un tumulto popular por atentar contra el honor de una recién desposada, y otro arzobispo capitanea una tropa de rebeldes para derribar al monarca y sentar a su hermano en el solio. En el campo de Ávila se hace un burlesco y extravagante simulacro de destronamiento: ignominioso espectáculo y ceremonia cómica, en que un prelado turbulento y altivo, a la cabeza de unos nobles ambiciosos y soberbios se entretienen en despojar de las insignias reales la estatua de su soberano, y en arrojar al suelo, entre los gritos de la multitud, cetro, diadema , manto y espada, y en poner el pie sobre la imagen misma del que había tenido la imprudente debilidad de colmarlos de mercedes.

Había llegado, pues, esta nación a uno de los casos y situaciones extremas, en que no queda a los imperios sino la alternativa entre una nueva dominación extraña, o la disolución interior del cuerpo social. A no ser que se levante uno de aquellos genios privilegiados que tienen la fuerza y el don de resucitar un estado cadavérico, y de1 infundirle nueva vitalidad y sensatez: uno de esos genios extraordinarios. que contadas veces en el trascurso de los tiempos son enviados de lo alto a la humanidad. Vendrá este genio vivificador, porque lo merece una perseverancia de cerca de ochocientos años puesta a tan rudas y dolorosas pruebas.

IX.

A medida que el territorio se ensancha, que la asociación crece , que el estado se forma, tiene más necesidad de constituirse en el orden moral; los derechos, los deberes, las relaciones mutuas entre las diferentes clases del cuerpo social necesitan fijarse. Esto es lo que ha ido haciendo la España en los cuatro siglos que hemos bosquejado.

El orden de suceder en la corona, electivo primero, semi-electivo después, se hace hereditario. Gran paso dado en los elementos constitutivos de las sociedades civiles.

Aquellos primeros albores de libertad política que dejamos apuntados en el décimo siglo, se difunden en el undécimo. Las franquicias comunales se multiplican y ensanchan, el conquistador de Toledo dilata las cartas y los derechos de los municipios.

La nobleza, creada y adquirida por la conquista, aquella orgullosa y potente aristocracia que formaba ya una parte integrante de la monarquía, reclamaba leyes que aquietaran entre sí a los turbulentos señores, y consignaran su respectiva condición para con el soberano y para con los vasallos. Establecese con este objeto en el siglo XII el fuero de los Fijos-dalgo y Ricos-homes. De este modo se ve Castilla constituida bajo una organización especial; semi-monárquica, semi-feudal, semi-democrática: dividida en municipalidades, repúblicas parciales y aisladas con fueros y magistrados propios; en señoríos, especie de pequeñas monarquías, con su código, su jurisdicción y sus vasallos; y al frente de todas estas repúblicas y monarquías un jefe común detestado, cuya autoridad mengua con las concesiones que para el sostenimiento del poder real necesita hacer a los otros dos grandes poderes, por mucho que discurra para dominarlos y para neutralizar, ya las aspiraciones de la altiva nobleza, ya las pretensiones de la invasora democracia.

Corre con los tiempos la lucha de influencia entre los comunes y los nobles, entre la grandeza y el trono, entre la corona y el brazo popular. La historia de la legislación revela esta incesante lucha política. A principios del siglo XIII un monarca se propone revisar y corregir los fueros y privilegios de los fijos-dalgo para confirmar lo que fuere *bueno a pro del pueblo*; pero *por las muchas priesas que ovo fincó el pleito en este estado*. Los conocedores de los tiempos no han podido dejar de entrever en aquellas priesas la índole de las dificultades con que hubo de tropezar el soberano. Cuando más adelante su nieto el rey Sabio, queriendo uniformar la legislación castellana, publicó el Fuero Real, no pudieron sufrir los fieros hidalgos de Castilla la lesión que se hacía a sus antiguos privilegios. Se conjuran y amotinan contra la majestad, se arman, se acuartelan, se pertrechan, tratan y ventilan su causa con el soberano como de poder a poder, y al cabo de diez y siete años de pugna, el débil monarca accede a la abolición del Fuero Real, y manda que los nobles sean otra vez juzgados por el Fuero Viejo, *ansi como solien*.

Condenado parecía estar aquel buen rey a gastar su sabiduría y su vida en hacer leyes que no había de ver planteadas. Forma el célebre código de las Partidas, y apercibidos los pueblos de que en él se quiere borrar la memoria de los fueros de población y de conquista, resisten su admisión, y no obtiene subsistencia ni valimiento hasta cerca de un siglo después bajo Alfonso el onceno, y eso dando un lugar preferente a los fueros municipales. Tan celosos eran los castellanos, y tan apegados a su antigua y privilegiada jurisprudencia.

Tuvieron los últimos Alfonsos el mérito de haber sido casi todos legisladores y guerreros insignes; y no sabemos cómo las complicadas guerras en que anduvo de continuo envuelto y enredado Pedro de Castilla le dejaron vagar para hacer su famosa recopilación, con que ganó no pequeño título de gloria para todos los hombres, y más para los que quisieran apellidarle sólo el Justiciero, y borrar el sobrenombre tradicional de Cruel.

La historia política de la edad media de España se encuentra como compendiada y simbolizada en sus códigos. El *Fuero Juzgo*, el primero en antigüedad, representa la monarquía teocrática, fundada por los godos, y es como el anillo que une la sociedad antigua que pereció con la sociedad nueva que de ella ha renacido. Los *Fueros municipales* son la carta democrática de la España que conquista su libertad, y el emblema de las franquicias ganadas por un pueblo que recobra su independencia a costa de esfuerzos y sacrificios. En el *Fuero Viejo de Castilla* se

consignan los privilegios señoriales de la nobleza castellana, y es la sanción legal de sus derechos. Las *Partidas* son el trasunto de la monarquía que se reorganiza, que toma del derecho romano y del derecho canónico sus tradiciones monárquicas, y en que las libertades comunales entran sólo como aliadas forzosas, y los privilegios nobiliarios como una inevitable transacción. El clero recobra sus inmunidades con las Partidas, y Roma ve legalmente sancionado en un código de leyes el principio de una supremacía que por muchos siglos no había podido hacer prevalecer en España.

Honra es de esta nación que en una época en que la Europa gemía aún bajo el poder absoluto de los reyes, tuviera ella ya un sistema de gobierno con condiciones que hoy mismo agradecerían pueblos muy avanzados en la carrera de la civilización. En aquel estado de fermentación social aparecen las Cortes españolas. Allí también luchan esos cuatro poderes. Desde que entra en ellas el elemento popular, fuerte con la independencia que le dan sus inmunidades, prepondera muchas veces en las asambleas nacionales de Castilla. Pierde en ocasiones de su influencia, y cede ante las sistemáticas usurpaciones de la corona, o ante las invasiones de las clases privilegiadas. Sufre modificaciones la elección, y se altera el número de las ciudades con voto. Pero siempre el brazo popular se presenta como un adalid firme y como un sostenedor intrépido de las libertades públicas. Interviene y vigila en la manera de recaudar e invertir las rentas y subsidios, y a las veces se abroga hasta las atribuciones ejecutivas de la administración, a las veces se extiende hasta el arreglo de los gastos de la casa real. En 1258 se atreve a decir al rey que disminuya los de su mesa y trajes, y que *reduzca a más regulares términos su apetito*. El indispensable reconocimiento de las Cortes para la validez del derecho a la corona; los nombramientos de las regencias y la determinación de sus facultades; la concesión o denegación de los impuestos; la libertad en la elección de diputados; la exclusión de los empleados a sueldo del rey ; las instrucciones que se daban a los representantes; las garantías y restricciones con que se los ligaba para que no pudieran abusar de su misión; la arrogancia del lenguaje que estos usaban; las concesiones que arrancaban a los soberanos, prueban la extensión que hasta la última mitad del siglo XV había adquirido su poder, y lo sostenida que estaba en aquellos tiempos la representación nacional por la pública opinión.

Cataluña, Aragón y Valencia, esas tres hermanas que viviendo bajo una misma corona constituían como tres estados hanseáticos regidos por leyes e instituciones propias, se organizan también sobre la base de la libertad, y cada cual tiene su representación y celebra sus Cortes, parecidas en parte a las de Castilla, pero harto diferentes para dar a ese triple reino la fisonomía especial que le distingue, y cuyos rasgos no ha alcanzado a borrar la uniformidad de legislación de los tiempos posteriores.

Especie de república marítima, Cataluña ostenta al frente del poder real sus municipalidades democráticas, su consejo de Ciento y sus poderosos consellers. El humor vidrioso y levantisco de aquellos naturales no sufre con paciencia ni aún el amago de opresión, antes bien traduce a imperdonable ofensa la menor contradicción de parte de la majestad. Este carácter marcial, independiente y fiero, sobrevivió a la edad media, y los cambios y novedades de los tiempos y el trascurso de los siglos han podido modificarle, pero no extinguirle.

Valencia desde la conquista entra a participar de las libertades de Aragón, cuya constitución es todavía la admiración de los hombres políticos. Ningún soberano de Europa estuvo reducido a más limitada autoridad que lo estuvieron por mucho tiempo los monarcas aragoneses. Estrechábanla las universidades o comunes, y desafiábanla frecuentemente los ricos-hombres de natura, a pesar del atrevido ensanche que le diera el segundo Pedro, y del equilibrio diestramente intentado por Jaime el Conquistador. Menor en número su nobleza que la de Castilla, pero por lo mismo más unida y compacta, a ambas las calificó donosamente Fernando el Católico cuando dijo, que era tan difícil unir la nobleza castellana como desunir la aragonesa. Asombrosa conquista fue la del Privilegio de la Unión, a cuya voz nobles y ciudadanos se levantaban osados e imponentes a vengar la más leve ofensa del monarca o la más ligera violación que se intentara contra sus fueros. La memorable batalla de Épila, en que fue derrotado el ejército de la Unión, señaló «el último caso en que fue lícito a los súbditos tomar las armas contra el soberano por causa de libertad.» El puñal del monarca

victorioso al rasgar el Privilegio le hirió su propia mano, y la sangre del rey manchó el famoso pergamino. Hale quedado el sobrenombre de *el del Puñal*. Y a pesar de tan rudo golpe las libertades de Aragón no perecieron, el mismo soberano ratificó los antiguos fueros del reino, acompañando la confirmación con saludables concesiones, y las Cortes aragonesas continuaron legislando con admirable independencia y celo por el mantenimiento de la libertad.

La pluma de un escritor de aquel reino y de nuestros días se ha empleado en rectificar la tradición de muchos siglos acerca de la famosa fórmula de juramento de los antiguos reyes de Aragón. Auténtica o adulterada la fórmula, ningún príncipe se sentó en el trono aragonés que no jurara guardar los fueros y libertades del reino. Y la original institución del *Justicia*, magistrado interpuesto entre el trono y el pueblo, y como el guardián y protector del último contra las invasiones o las arbitrariedades de los reyes, testifica hasta qué punto quiso perfeccionar la máquina de su organización política aquel pueblo arrogante y desconfiado.

Y a vueltas de tan extremada solicitud y celo, jamás pueblo alguno mostró una moderación, una sensatez y una cordura comparables a la de aquel reino cuando vacó sin sucesión cierta la corona. Los pretendientes se agitan, las parcialidades se revuelven, el mejor derecho de cada uno arroja ambigüedad e incertidumbre, la elección se somete al gran jurado nacional, el parlamento pronuncia, el triple reino acata y venera su fallo, y la nación entera trasmite respetuosa la herencia de los Berengueres, de los Jaimes y de los Pedros a un infante de Castilla. El compromiso de Caspe es una de las páginas más honrosas de la historia de aquel magnánimo pueblo.

El. feudalismo que domina en Europa en la edad media penetra en Cataluña y Aragón. El origen del primero de estos estados y la proximidad y contacto de ambos con la Francia, feudalmente organizada, los hace partícipes de esa institución de los pueblos germánicos. En León y Castilla hay más señoríos y menos feudo, y a pesar de las behetrías es la región de Europa en que arraiga menos esta planta septentrional.

Si Aragón protesta contra las concesiones humillantes hechas por sus primitivos monarcas al poder pontificio, no por eso se liberta de sufrir los rayos del Vaticano, y la excomunión y el entredicho afligen mas de una vez en este tiempo a los soberanos y al reino, como a los de Portugal y Castilla. En unos y otros países crecen y se desarrollan multitud de pequeñas repúblicas eclesiásticas que viven al lado de las repúblicas civiles. Los papas se sirven de las órdenes religiosas como de una milicia espiritual, obediente, dócil y disciplinada, para acrecentar su influjo, mientras ellas a su sombra alcanzan inmunidades y franquicias personales y colectivas, con independencia del episcopado, cuya jurisdicción absorbe la tiara. Con las exenciones y con las riquezas que acumula se hace el clero un poder formidable en el estado. Allí confluyen las dádivas de los príncipes, las liberalidades de los devotos, las herencias de los finados, y hasta los territorios conquistados a los infieles se adjudican a los institutos religiosos a titulo de donación. Una mitra poseía más rentas y más vasallos que algunos monarcas, y la abadesa de un monasterio ejercía señorío y jurisdicción en catorce villas principales y en mas de cincuenta pueblos. La opulencia y la inmunidad engendran el estrago y la relajación, y cuando después los monarcas menudean las pragmáticas y cédulas contra el concubinato público de los clérigos, e intentan la reforma de las degeneradas órdenes religiosas, se estrella su celo contra el inveterado desorden, y tropiezan con dificultades insuperables.

Toda Europa fue más o menos caballeresca durante la edad media. Ningún país, sin embargo, tuvo tantos motivos para serlo como España. Juntóse aquí la galantería innata de los hijos de este suelo con el respeto a la mujer y el sentimiento de la dignidad personal heredada de los godos. La afición de los germanos a dirimir las querellas por medio del reto, y a apelar a la jurisprudencia brutal de la espada, asocióse con la pasión de los españoles al combate personal y a las empresas hazañosas de que tantas pruebas dieron ya en la guerra con los romanos. El genio de estos dos pueblos se encontró de frente con la exaltación oriental de los árabes; y el sentimiento religioso sostenido por una lucha tenaz, y las frecuentes ocasiones que la vecindad misma proporcionaba a los contendientes para los encuentros personales, y el palenque siempre abierto para los ejercicios

bélicos, ya se cruzaran en ellos las lanzas por odio, ya se mezclaran por recreo, todo cooperaba a desarrollar el espíritu caballeresco en un pueblo para quien eran tres virtudes el valor, la cortesía y la generosidad, que si había de recobrar su independencia necesitaba de muchos caballeros como Pelayo y el Cid. Sí el enlace de la devoción con la guerra hizo desplegar en Europa la caballería con las Cruzadas, España que sostenía dentro de sí misma una cruzada perpetua, y que ya antes de aquel gran movimiento religioso veneraba como al mejor caballero al santo apóstol Santiago, hubiera tenido de todos modos su caballería individual y su caballería colectiva. Los árabes mismos le habían enseñado la conveniencia de esa institución semi-sagrada, semi-guerrera, que con el nombre de órdenes militares se estableció para defender las fronteras cristianas de los ataques de los infieles.

Pasó, pues, la caballería en España por sus tres períodos y fases, de heroica y guerrera, de devota y galante, y de extravagante y quijotesca, que este nombre le quedó desde que llevada a la exageración y al ridículo hubo de ser contenida por la cáustica sátira de Cervantes. El *Paso honroso* de Suero de Quiñones, con sus setecientos encuentros y sus ciento setenta lanzas rotas antes de declararse la empresa por bien hecha y acabada, es un buen tipo de caballería amorosa, y Suero y Mendo dos excelentes paladines. Confesamos no obstante hallar yo mucho de extravagante y pueril en este mismo paso de armas. Ni hay que confundir la caballería de la realidad con la caballería ideal y fantástica de las leyendas y de los romances, ni siempre resaltaba la virtud y la generosidad en los combates; y la lucha que sostuvieron aquellos dos nobles aragoneses que se obligaron con juramento a no desistir de ella en toda su vida y a no oír los que quisieran reconciliarlos aunque fuese el mismo rey, nos prueba cuanta parte solía tener en ellos la ira y el encono.

Vese también en este tiempo formarse una lengua y una literatura nacional. Desde el sencillo y vigoroso *poema del Cid* hasta las limadas y flexibles estrofas de Juan de Mena y la artificiosa composición de la *Celestina*, se va pasando gradualmente como del crepúsculo al día claro. Las *Partidas* y las *Crónicas* manifiestan los adelantos de la prosa y el progreso y fijación de la lengua, y el tránsito de los romances populares y las aventuras cantadas al lenguaje serio de la política y de la historia. Algunos monarcas protegieron decididamente las letras y las cultivaban ellos mismos. Alfonso el Sabio dividía el tiempo entre los cantares, la astronomía, las leyes y la guerra. Y la afición y protección de Juan II a la culta literatura hizo su reinado, tan desdichado y funesto bajo el aspecto político, recomendable y glorioso bajo el intelectual.

Ni el espíritu mercantil de los catalanes ni el genio marcial de los aragoneses, impidió que se asentaran en su suelo las alegres musas, y que se cultivara con esmero la gaya ciencia, no cediendo en mérito y en dulzura sus trovadores a los celebrados cantores provenzales. Barcelona poseía grandes almacenes de comercio como Génova y Pisa, y academias florales como Tolosa. La actividad y el movimiento de sus talleres contrastaban con sus justas literarias y sus certámenes poéticos: extraña simultaneidad, que nos pareciera inverosímil si no vivieran los armoniosos versos de Ausias March, el Petrarca de los provenzales, y las novelas caballerescas de Martorell, el Boccacio lemosín, y si no lo certificaran las producciones en prosa y verso que nos legaron los mismos monarcas y príncipes, los Alfonsos, los Pedros, los Jaimes y los Carlos de Viana. Es consolador mirar a Oriente y ver el consistorio literario de Barcelona dotado de fondos por sus reyes, que presidian sus justas y distribuían por su mano los premios poéticos, y mirar luego a mediodía y ver la municipalidad de Sevilla recompensar con cien doblas de oro al poeta que había cantado las glorias de su ciudad natal, y ofrecer igual suma cada año para otra composición de la misma especie.

Hemos apuntado estas ligeras observaciones para indicar cómo iba España en estos siglos viviendo su vida política, religiosa e intelectual. Volvamos a la historia.

X.

A pesar de todo este progreso legislativo y literario, a pesar también de las instituciones y de las libertades políticas, y del espíritu caballeresco, hallábase España en los últimos tiempo del reinado de Enrique IV de Castilla en uno de aquellos períodos de abatimiento, de pobreza, de inmoralidad, de desquiciamiento y de anarquía, que inspiran melancólicos presagios sobre la suerte futura de una nación e infunde recelos de que se repita una de aquellas grandes catástrofes que en circunstancias análogas suelen sobrevenir a los estados. ¿Había de permitir la Providencia que por premio de mas de siete siglos de terrible lucha y de esfuerzos heroicos por conquistar su independencia y defender su fe, hubiera de caer de nuevo esta nación tan maravillosamente trabajada y sufrida en poder de extrañas gentes?

No: bastaba ya de calamidades y de pruebas; bastaba ya de infortunios. Cuando más inminente parecía su disolución, por una extraña combinación de eventualidades viene a ocupar el trono de Castilla una tierna princesa, hija de un rey débil, y hermana del más impotente y apocado monarca. Esta tierna princesa es la magnánima Isabel.

La escena cambia: la decoración se trasforma: y vamos a asistir al magnífico espectáculo de un pueblo que resucita, que nace a nueva vida, que se levanta, que se organiza, que crece, que adquiere proporciones colosales, que deja pequeños a todos los pueblos del mundo, todo bajo el genio benéfico y tutelar de una mujer.

Inspiración o talento, inclinación o cálculo político, entre la multitud de príncipes y personajes que aspiran con empeño a obtener su mano, Isabel se fija irrevocablemente en el infante de Aragón, en quien por un concurso de no menos extrañas combinaciones recae la herencia de aquel reino. Enlázanse los príncipes y las coronas; la concordia conyugal trae la concordia política; es un doble consorcio de monarcas y de monarquías; y aunque todavía sean Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, el que les suceda no será ya rey de Aragón ni rey de Castilla, sino *rey de España*: palabra apetecida, que no habíamos podido pronunciar en tantos centenares de años como hemos históricamente recorrido. Comienza la unidad.

Gran príncipe el monarca aragonés, sin dejar de serlo lo parece menos al lado de la reina de Castilla. Asociados en la gobernación de los reinos como en la vida doméstica, sus firmas van unidas como sus voluntades; *«Tanto monta»* es la empresa de sus banderas. Son dos planetas que iluminan a un tiempo el horizonte español, pero el mayor brillo del uno modera sin eclipsarle la luz del otro. La magnanimidad y la virtud, la devoción y el espíritu caballeresco de la reina descuellan sobre la política fría y calculada, reservada y astuta del rey. Los altos pensamientos, las inspiraciones elevadas vienen de la reina. El rey es grande, la reina eminente. Tendrá España príncipes que igualen o excedan a Fernando; vendrá su nieto rodeado de gloria y asombrando al mundo: pasarán generaciones, dinastías y siglos, antes que aparezca otra Isabel.

La anarquía social, la licencia y el estrago de costumbres, triste herencia de una sucesión de reinados o corrompidos o flojos, desaparecen como por encanto. Isabel se consagra a esta nueva tarea, primera necesidad en un reino, con la energía de un reformador resuelto y alentado, con la prudencia de un consumado político. Sin consideración a clases ni alcurnias enfrena y castiga a los bandoleros humildes y a los bandidos aristócratas; y los baluartes de la expoliación y de la tiranía, y las guaridas de los altos criminales son arrasadas por los cimientos. A poco tiempo la seguridad pública se afianza, se marcha sin temor por los caminos, los ciudadanos de las poblaciones se entregan sin temor a sus ocupaciones tranquilas, el orden público se restablece, los tribunales administran justicia. Es la reina la que los preside, la que oye las quejas de sus súbditos, la que repara los agravios. Los antiguos tuvieron necesidad de fingir una Astrea y una Temis que bajaran del cielo a hacer justicia a los hombres, e inventaron la edad de oro. España tuvo una reina que hizo realidad la fábula.

Isabel encuentra una nobleza valiente, pero licenciosa; guerrera, pero relajada; poderosa, pero turbulenta y díscola. Primero la humilla para robustecer la majestad; después la moralizará instruyéndola.

Ya no se levantan nuevos castillos: ya no se ponen las armas reales en los escudos de los grandes: las mercedes inmerecidas, otorgadas por príncipes débiles y pródigos, son revocadas, y sus pingües rentas vuelven a acrecer las rentas de la corona, que se aumentan en tres cuartas partes. La arrogante grandeza enmudece ante la imponente energía de la majestad, y el trono de Castilla recobra su perdido poder y su empañado brillo, porque se he sentado sobre él la mujer fuerte.

Honrando los talentos, las letras y la magistratura, y elevando a los cargos públicos a los hombres de mérito aunque sean del pueblo, enseña a los magnates que hay profesiones nobles que no son la milicia, virtudes sociales que no son el valor militar, y que la cuna dorada ha dejado de ser un título de monopolio para los honores, las influencias y la participación del poder. Los grandes comprenden que necesitan ya saber para influir, y que el prestigio se les escapa si no descienden de los artesonados salones de los viejos castillos góticos a las modestas aulas de los colegios a disputar los laureles literarios a los que antes miraban con superioridad desdeñosa. Aquellos orgullosos magnates que enamorados de la espada habían menospreciado las letras, van después a enseñarlas con gloria en las universidades, y obligan a decir a Jovio en el Elogio de Lebrija, «que no era tenido por noble el que mostraba aversión a las letras y a los estudios.» Ha hecho pues Isabel de una nobleza feroz una nobleza culta; ha ennoblecido la nobleza.

Esos opulentos y altivos grandes-maestres, señores de castillos y de pueblos, de encomiendas y de beneficios, de lanzas y de vasallos, que tantas veces han desafiado y puesto en conflicto la autoridad real con su caballería sagrada, ya no conmoverán más el solio, ni se turbará más la paz del reino en cada vacante de estas altas dignidades, porque ya no hay más grandes-maestres de las órdenes militares que los monarcas mismos.

Hay revoluciones sociales que nos inducen a creer que no siempre las épocas producen los reformadores, ni siempre los cambios de condición que sufre un pueblo han venido preparados por las leyes, las costumbres y las ideas. Por lo menos nos es fuerza reconocer que a las veces, siquiera sean muy contadas, un genio extraordinario puede bastar con escasos elementos a trasformar una sociedad en el sentido que menos parece determinar las ideas y las costumbres que encuentra dominando en el estado. Y esto es lo que aconteció en España.

Cuando más avocado se podía creer el país a una disolución social, aparece un genio, que sin deber a su primera educación sino la formación de su espíritu a una piedad acendrada, y a la escuela del mundo la reflexión sobre los infortunios que nacen del desorden y de la inmoralidad, acomete la empresa de hacer de un cuerpo cadavérico un cuerpo robusto y brioso, de una nación desconcertada una nación compacta y vigorosa, de un pueblo corrompido un pueblo moralizado, y lleva su obra a próspero término y feliz remate. Este personaje, con una actividad prodigiosa, con una perseverancia que causa maravilla, y con una universalidad que hace cierto lo inverosímil, purga el suelo de malhechores, organiza tribunales y los preside, administra justicia y manda hacer cuerpos de leyes, derriba las fortalezas de los poderosos y va a buscar los talentos a los retiros, da ejemplos diarios de virtud y expide cédulas y provisiones para la reforma de las costumbres, enseña con actos propios de piedad y manda con severas pragmáticas, asiste a los templos y recorre los campos de batalla, ora de rodillas ante el altar y revista los campamentos sobre un soberbio corcel, socorre a las vírgenes del claustro y provisiona los ejércitos, erige santuarios y toma plazas de guerra a los enemigos, fomenta las escuelas y organiza la milicia, contiene la relajación del clero y hace cejar la corte pontificia en su sistema de invasión y de usurpaciones, restablece la buena disciplina en la iglesia española y hace respetar a la tiara los derechos de la corona y las regalías del trono, celebra y preside cortes y también celebra y preside torneos, vigila la educación del pueblo, y cuida de la educación de los príncipes, se ejercita en labores de manos bajo el techo doméstico, y atiende al gobierno de dos mundos, y a diferencia del rey de las tablas astronómicas, no desatiende a la tierra por mirar al cielo, sino que atiende simultáneamente al negocio del cielo y a los negocios de la tierra.

Así brillaban bajo su benéfica protección jurisconsultos como Montalvo, prelados como Mendoza, Talavera y Cisneros, capitanes como Aguilar, Gonzalo y el marqués de Cádiz, literatos

como Oliva, Pulgar y Vergara.

Las letras humanas adquieren un prodigioso desarrollo en este reinado feliz. Llega su fama a remotos climas, y desde el fondo de la Holanda deja oír el sabio Erasmo los acentos de admiración y de elogio que le arranca el vuelo y progreso de la literatura española. La ilustración se hace extensiva al bello sexo: una dama va a explicar los clásicos en Salamanca, y otra dama sustituye a su padre en la cátedra de retórica de Alcalá. El movimiento literario se extiende desde el romance morisco y la leyenda caballeresca hasta los estudios graves de las aulas universitarias. Echanse los primeros cimientos del teatro español, que habrá de servir de modelo al mundo en los siglos que van a entrar. Fortuna es también de los esclarecidos reyes católicos que venga la invención de la imprenta en su siglo en ayuda de sus esfuerzos, a dar una vida permanente a los progresos de la razón y a centuplicar los medios de propagación de los conocimientos humanos. Merced al prodigioso invento, en el mismo año que se conquista el último baluarte de los moros, se da a la luz pública la primera gramática de la lengua castellana. A poco tiempo asombra la España al mundo con la edición de la Poliglota, la empresa tipográfica más gigantesca del siglo.

Todo renace bajo el influjo tutelar de los reyes católicos: letras, artes, comercio, leyes, virtud , religiosidad , gobierno. Es el siglo de oro de España.

Una negra nube aparece no obstante en el horizonte español, que viene a sombrear este halagüeño cuadro. En el reinado de la piedad se levanta un tribunal de sangre. ¡Triste condición humana! Un príncipe ilustre, y una princesa la más esclarecida y la más bondadosa que ha ocupado el trono de Castilla, son los que legan a la posteridad la institución más funesta, la más tenebrosa, la más opresiva de la dignidad y del pensamiento del hombre, y la más contraria al espíritu y al genio del cristianismo. Se establece la Inquisición, y comienzan los horribles autos de fe. Los hombres, hechos a imagen y semejanza de Dios, son abrasados, derretidos en hogueras, porque no creen lo que creen otros hombres. Es la creación humana de que se ha hecho más pronto, más duradero y más espantoso abuso. Los monarcas españoles que se sucedan, se servirán grandemente de este instrumento de tiranía que encontrarán erigido, y el fanatismo retrasará la civilización por largas edades. Apresurémonos a hacer la Inquisición obra del siglo, producto de las ideas que había dejado una lucha religiosa de ochocientos años, hechura de las inspiraciones y consejos de los directores espirituales de la conciencia de Isabel, a quienes ella miraba como varones los más prudentes y santos, de la piedad misma y del celo religioso de la reina. El siglo dominó en esto a aquel genio, que en lo demás había logrado dominar al siglo. Quiso, sin duda, hacer una institución benéfica bajo el conveniente pensamiento de establecer la unidad religiosa, y levantó contra su intención un tribunal de exterminio. Es imposible armonizar los sentimientos piadosos de la magnánima Isabel con las monstruosidades de Torquemada. ¿Era que reconocido el error le faltarían ya o fortaleza o medios para contener los brazos de aquellos freidores de carne humana?

Pero apartemos la vista de tan sombrío cuadro, y llevémosla a la pintoresca y magnífica vega de Granada. Frente a esta ciudad, abrigo formidable de los últimos restos del viejo imperio mahometano, se ostenta otra ciudad moderna, obra maravillosa de rapidez, para cuya construcción se han convertido los guerreros cristianos en artesanos y fabricadores. Esta ciudad-campamento es Santa Fe. Allí están Isabel y Fernando al frente de su ejército. Un día aparecen cortesanos y soldados vestidos de gala. General alborozo se nota en los reales de los cristianos. Despléganse los pendones. Retumba en la vega el estampido de tres cañonazos disparados desde la Alhambra. Se levanta el campamento, y se encamina hacia los muros de la soberbia ciudad. ¿Es que sonó la última hora para el pueblo infiel?

Un personaje moro, seguido de cincuenta caballeros musulmanes, se dirige con semblante mustio hacia el Geníl. Al llegar a la presencia de otro personaje cristiano, hace ademán de apearse de su palafrén, e inclinando su abatido rostro: *«Tuyos somos*, le dice, *rey poderoso y ensalzado: estas son, señor, las llaves de este paraíso; recibe esta ciudad, que tal es la voluntad de Dios.»* Era el desgraciado Boabdil, el último rey moro de Granada, que entregaba las llaves dela Alhambra al victorioso Fernando con arreglo a la capitulación. Pronto reflejaron los rayos del sol en la luciente

cruz de plata que los reyes católicos llevaban consigo a los campamentos, símbolo del cristianismo victorioso del Corán, y el pendón de Castilla ondeó luego en una de las torres de aquel alcázar donde tantos siglos tremolara el estandarte del Profeta. Era el 2 de enero de 1492.

Llegó a su desenlace el drama heroico de ochocientos años, la Iliada de ocho siglos. La soberbia Ilion de los musulmanes está en poder de los cristianos. Consumóse el doble triunfo de la fe y de la independencia de España. Los orgullosos hijos de Mahoma, vencedores en Guadalete, se han retirado llorosos, vencidos para siempre en el Genil. Las dos pobres monarquías que nacieron en los riscos de Asturias y en las rocas de Jaca son ya un solo y poderoso imperio que se extiende desde el Pirineo hasta los dos mares: y a esta grande obra de religión, de independencia y de unidad, han cooperado Dios, la naturaleza y los hombres.

Aún esperaba otra mayor remuneración a la perseverancia española. El premio ha sido tardío, pero será abundoso.

Había un mundo que nadie conocía, y un hombre que si no le había adivinado tal como era, llevaba en su cabeza el proyecto y en su corazón la esperanza de descubrir nuevas regiones del otro lado del Atlántico. Era el mas grande pensamiento que jamás había concebido ingenio humano. Por lo mismo los príncipes y soberanos de Europa le habían desechado como una bella quimera, y tratado al atrevido proyectista como un visionario merecedor solo de compasión. Solo hay una potestad en la tierra que se atreva a prohijar el proyecto de Colón. Es la reina Isabel de Castilla. Colón merecía descubrir un mundo, y encontró una Isabel que le protegiera: Isabel merecía el mundo que se iba a descubrir, y vino un Colón a brindarla con él. Merecíanse mutuamente la grandeza del pensador y la grandeza de la majestad, y el cielo puso en contacto estas dos grandezas de la tierra.

Atónito se quedó el mundo antiguo cuando supo que aquel temerario navegante que desde un pequeño puerto de España había tenido la audacia de lanzarse en una miserable flotilla a desconocidos mares, en busca de continentes desconocidos también; que aquel visionario despreciado de las coronas, convertido ya en cosmógrafo insigne, había regresado a España y ofrecido a los pies de su real protectora testimonios irrecusables de un nuevo mundo descubierto. Ya no quedó duda de que el *Nuevo Mundo* existía, y la fama de Colón voló por el *Mundo Antiguo*, que admiró y envidió la gloria del descubridor, y admiró y envidió la gloria de España, a quien aquel mundo pertenecía, y admiró y envidió la gloria de Isabel, a quien se debía la realización del maravilloso proyecto.

Encontróse, pues, España la mayor potencia del orbe, a pesar de la famosa línea de división que un papa hizo tirar de polo a polo *por la plenitud de la potestad apostólica*, para señalar a los españoles la parte que les correspondía poseer en aquellos remotos climas.

El globo se ha agrandado; el comercio y la marina se extenderán por la inmensidad de un Océano sin riberas; los metales del Nuevo Mundo harán una revolución en la hacienda, en la propiedad, en las manufacturas, en el espíritu mercantil de las naciones, y las cruzadas para la conversión de idólatras reemplazarán a las cruzadas contra los mahometanos.

No se cansaba la fortuna de halagar en este tiempo a los españoles: y como si fuese poco haberlos libertado del yugo musulmán y haberles dado un nuevo mundo, les abre otro vasto campo de glorias en el centro de la Europa civilizada. Después de haber peleado ochocientos años dentro de su propio territorio, salen a gastar sus instintos guerreros en tierras extrañas. Los unos van a llevar su civilización a pueblos incultos del otro lado del Océano, los otros van a recibir otra civilización mas culta del otro lado del Mediterráneo, venciendo y conquistando en ambos hemisferios. Porque mientras el sol de Occidente alumbra sus conquistas en la India, el sol de Oriente ilumina sus triunfos en Italia. Allá se agregan imperios inmensos a la corona de Castilla; acá las pretensiones de Carlos VIII y de LuisXII de Francia sobre la posesión de las Sicilias son atajadas por la espada de Fernando el Católico, que asegura para sí la dominación de aquellos países, que tan fértiles como son, no producen tantos laureles como ganan los tercios y los capitanes españoles. Sandricourt, Lafayette, Bayardo, la flor de los caballeros de Francia, son eclipsados por

Antonio de Leyva, Pedro Navarro y García de Paredes. El duque de Nemours, el último descendiente de Clodoveo, recibe la muerte en Ceriñola por mano de Gonzalo de Córdoba, el solo entre tantos guerreros como han producido los siglos que goza el privilegio de ser conocido en todo el mundo con el renombre de *el Gran Capitán*; merecida distinción, y digna honra del vencedor de Garillano. Si más adelante otros capitanes pasean la bandera victoriosa de Castilla por los dominios de África y de Europa al frente de la invencible infantería española, esos capitanes se habrán formado bajo los pendones y en la escuela del Gran Gonzalo.

Mucho, y con sobrada justicia, lloraron los españoles la muerte de su adorada reina la magnánima y virtuosa Isabel, que vino a enlutar sus corazones en estos momentos de interior prosperidad y de exterior grandeza. Pero fue Isabel un astro, que a semejanza del sol siguió todavía difundiendo las emanaciones de su luz después de haberse ocultado.

La protectora de Cristóbal Colón y de Gonzalo de Córdoba había sabido sacar de la soledad y del retiro y colocado en alto puesto a otro varón eminente, dechado de virtud y prodigio de talento, que no era ni navegante ni soldado, sino un religioso que vestía el tosco sayal de San Francisco. Este esclarecido genio, que llegó a gobernar la monarquía desde la silla primada de España, concibe la osada empresa de plantar el pendón del cristianismo en las ciudades musulmanas de la costa berberisca e incorporarlas a los dominios españoles. Y lo que es más, lo ejecuta a sus expensas y dirige por sí mismo la atrevida expedición. Sucumbe la opulenta Orán. Brilla la cruz en sus adarves, y ondea en sus almenas el estandarte de Castilla. Y las victoriosas tropas españolas presencian el extraño espectáculo de un franciscano, que rodeado de guerreros y de frailes, con la espada ceñida sobre la humilde túnica, se adelanta a recibir las llaves de la poco ha orgullosa y ahora rendida ciudad morisca. Era el insigne cardenal Cisneros, honor de la religión, lustre de las letras, gloria de las armas y sostén de la monarquía.

Continúa su obra el brioso Pedro Navarro, el compañero de Gonzalo en Italia, y el que ha dirigido el ataque de Orán, y hace ciudades españolas a Bujía, Argel, Túnez, Tremecén y Trípoli. Solo se detiene ante la catástrofe de los Gelves.

Navarra, único fragmento del territorio español que había permanecido independiente y segregado, pasa a formar parte de la gran monarquía. Fernando el Católico la ha conquistado. Importante adquisición para un imperio, que abarca ya posesiones inmensas en las tres partes del globo.

Pero estaba decretado que esta pingüe herencia había de ser patrimonio de una familia extraña. La Providencia lo quiso así, y lo preparó por medios que nos será permitido sentir, ya que no nos sea permitido objetar. Adoradores respetuosos de sus altos juicios y de sus decretos inescrutables, encaminados siempre al magnífico plan de la armonía del universo, lícito nos será lamentar como hombres que en las combinaciones de esta universal armonía tocara a la España en el periodo de su mayor grandeza ser regida por un príncipe nacido y educado en extrañas y apartadas tierras.

Contra todos los cálculos probables de sucesión habían subido Isabel y Fernando a sus respectivos tronos; contra todos los cálculos probables de sucesión bajan prematuramente sus hijos al sepulcro, y sólo les sobrevive para heredarlos una princesa casada con un extranjero, desjuiciada además, y cuyas enajenaciones mentales la incapacitan para la gobernación del reino. Desciende también su esposo a la tumba apenas gusta las dulces amarguras del reinar; y cuando la trabajosa restauración de ocho siglos se ha consumado, cuando España ha recobrado su ansiada independencia, cuando el fraccionamiento ha desaparecido ante la obra de la unidad, cuando una administración sabia, prudente y económica ha curado los dolores y dilapidaciones de calamitosos tiempos, cuando ha extendido su poderío del otro lado de ambos mares, cuando posee imperios por provincias en ambos hemisferios, entonces la herencia a costa de años y de heroísmo ganada y acumulada por los Alfonsos, los Ramiros, los Garcías, los Fernandos, los Berengueres y los Jaimes, todos españoles desde Pelayo de Asturias hasta Fernando de Aragón, pasa íntegra a manos de Carlos V de Austria. Nueva era social.

XI.

El reinado de los reyes católicos, todo español y el más glorioso que ha tenido España, es la transición de la edad media que se disuelve a la edad moderna que se inaugura. Carlos V encuentra ya iniciado el nuevo poder militar de los ejércitos permanentes, y el nuevo poder político de la diplomacia.

Confesamos que el reinado de Carlos V nos admira pero no nos entusiasma. Porque nos admiran los grandes hombres y los grandes hechos, nos entusiasman sólo los que hacen grandes bienes al género humano. Apreciamos demasiado la felicidad verdadera de los hombres para que nos dejemos fascinar por el ostentoso aparato de las magníficas expediciones y por el brillo aparente de las conquistas. Querríamos más gobernadores prudentes que revolvedores del mundo. Las empresas gigantescas llevan siempre algo maravilloso que seduce. Es muy fácil dejarse deslumbrar por las grandes maniobras.

Pudieron justificar las circunstancias en que entonces la nación se encontraba el afán del Cardenal regente por abrir y desembarazar a Carlos el camino del trono, y por hacerle proclamar. El pueblo le miraba mas receloso, y no se apresuraba tanto. ¿Quién fue más previsor, el instinto popular, o el talento del gran político? El regente arzobispo con el fin de abatir una nobleza soberbia, quiso entregar a Carlos una autoridad real robusta, y deseando hacer un monarca respetado, preparó sin quererlo un señor absoluto. *«Estos son mis poderes»*, les dijo a los nobles mostrándoles los cañones y arcabuces que preparados tenia; y Carlos fue proclamado. La expresión fue conceptuosa y enérgica; pero el príncipe en cuyo obsequio se pronunció había de saber aprovecharse bien de aquella especie de sanción del *última ratio regum*. El mismo Cardenal Cisneros fue el primero que recibió por premio de su celo monárquico y de su adhesión personal aquella fría y desdeñosa caria de Carlos, que o le ocasionó o le aceleró la muerte. Desengaño amargo, y ejemplo insigne de ingratitud. Poco tiempo después reemplazaba al venerable y sabio prelado español en la silla primada un extranjero ignorante e imberbe: escándalo grande para un pueblo religioso.

Disgustaba además a los españoles un príncipe que ni había nacido en su suelo, ni hablaba su lengua, ni menos conocía sus costumbres, y que tanta impaciencia había mostrado por titularse rey de España viviendo todavía su madre, la legítima reina de Castilla, a quien no obstante el lamentable estado de su juicio conservaban grande afición y cariño los castellanos. Veíanle venir rodeado de flamencos, y el recuerdo de los tesoros devorados por la comitiva parásita que ya con su padre había invadido la España, y de la audacia y la rapacidad que aquellos habían desplegado, no era en verdad para que auguraran bien ni se mostraran devotos del príncipe flamenco.

No tarda el disgusto en trocarse en exasperación, y el descontento en convertirse en rebelión formal. Elegido Carlos emperador de Alemania, dispónese a salir de España para tomar posesión de la corona de Carlomagno. Pide un subsidio exorbitante, y convoca las Cortes de Castilla para un punto desusado y extremo de la Península. La demanda, el objeto, la forma, todo desazona a los castellanos, y apenas el sucesor de Maximiliano abandona las playas españolas, se agitan las ciudades, se ensaña el furor popular contra los procuradores que votaron el impuesto, y se alzan en armas las comunidades de Castilla, no contra Carlos sino contra la violación de sus fueros y en vindicación de sus antiguas libertades. El levantamiento, más en justicia fundado y con más valor sostenido, que dirigido con circunspección y ordenado con acierto, sucumbe ante las armas imperiales auxiliadas de la nobleza, a quien los comuneros no han sabido atraer. Perecen, pues, las libertades públicas de Castilla en los campos de Villalar, y Padilla y los principales caudillos de las comunidades expían su ardor patriótico en un cadalso. Inútil, aunque heroicamente, intenta sostenerlas en Toledo una mujer animosa, enamorada a un tiempo de un esposo que acababa de perder y de una libertad que acababa de sucumbir. Fue la última protesta armada de la libertad contra la opresión. Desde entonces las Cortes quedan reducidas a una mera fórmula, y no serán ya

llamadas sino a votar los impuestos. El emperador publicó un edicto perdonando a los insurgentes, pero pasaban de doscientos los exceptuados. No era fácil castigar de muerte a casi todos los habitantes de la Castilla entera. Con tales auspicios se inauguró en España el primer soberano de la casa de Austria.

Desde que Carlos se aleja de la Península, la historia del emperador oscurece y eclipsa la historia del rey. En vano es que declare en una carta patente que el anteponer en los despachos el título de Emperador de Alemania al de rey de España no parará perjuicio a esta corona. Los actos pregonan casi siempre al emperador; y el nombre de Carlos V con que entonces y ahora ha sido universalmente apellidado, siendo el I de España, está revelando todavía que no era lo español lo que predominaba en la majestad imperial.

No tardó en demostrar el nieto de Isabel y de Maximiliano, que si por la herencia de la primera era el mayor potentado del orbe, y por la del segundo se encontraba el mayor monarca de Europa, la grandeza de sus pensamientos correspondía a la magnitud de sus dominios. La idea de tener un rey, en cuyos estados no se ponía jamás el sol, era demasiado brillante para que dejara de ir halagando a los españoles. Veíanle desplegar talentos militares y políticos; veíanle acometer empresas gigantescas y rematarlas con felicidad; veíanle representar el primer papel en el mundo; veíanle triunfar casi a un tiempo en Méjico y en Italia, vencer a Motezuma y hacer prisionero a Francisco I; y que los capitanes y soldados españoles recogían a su sombra larga cosecha de lauros. Y ofuscados por el brillo de las adquisiciones y de las hazañas, iban olvidando poco a poco la pérdida de sus libertades; la emigración de sus tesoros y de sus hijos, con cuya sangre se compraban aquellos lauros. Llegaba a España el ruido de las victorias, pero no llegaban los lamentos de las víctimas. No se reparaba que los brazos que iban a manejar la espada en remotas tierras se robaban a la agricultura y a las artes: que allá iban a ganar reinos que no habían de poder conservarse, o a imponer la esclavitud a otros pueblos, o a decidir cuestiones de amor propio entre príncipes rivales, mientras aquí se paralizaba la industria interior y se agotaba la sangre de los hombres y la sangre del pueblo. Las Cortes permanecían mudas, y sólo hablaban los partes de las batallas. Así España se acostumbraba a entregarse a un hombre. Al fin éste le daba glorias. Cuando pasada una generación le falten las glorias, continuará atada a la voluntad de un hombre por más de una generación.

Imposible es por lo demás dejar de reconocer la grandeza de quien supo elevarse y descollar sobre los eminentes príncipes que encontró ya al frente de los demás estados de Europa; un Francisco I de Francia, un Enrique VIII de Inglaterra, un Solimán II de Turquía, un pontífice como León X, cada uno de los cuales hubiera bastado por sí solo para dar nombre a un siglo. Época de soberanos insignes y de capitanes que merecían ser soberanos; y sin embargo nunca se oscurece ni anubla el nombre del rey emperador.

Carlos V y Francisco I; he aquí las dos figuras de mas bulto en esta galería de personajes famosos. Rivales de por vida, sus codiciosas pretensiones trajeron desasosegado el mundo, y costaron muchas miserias a la humanidad. «Si Dios hubiera querido, dice un elocuente escritor, que estos dos monarcas se uniesen, la tierra hubiera temblado bajo sus pies.» Nosotros creemos que tembló de todos modos. Lo que hizo su mutua envidia fue que ninguno de los dos pudiera encadenarla. Carlos con más vastos dominios, pero más desparramados y no bien sujetos; Francisco con estados más cortos,-pero más concentrados, venciéronse alternativamente sin poder destruirse. Pero el emperador humilló más veces al rey, y el vencedor de Marignan cayó prisionero en Pavía, y viose más de una vez forzado en los campos de batalla a jurar el cumplimiento de tratados ominosos impuestos en la prisión.

Francisco apenas tuvo que sostener sino las guerras con el emperador, y pudo muchas veces descansar. Carlos guerreaba en Francia, en Italia, en Alemania, en Flandes, en África y en Turquía, y no descansó nunca. Viajero infatigable, no había para él distancias de estado a estado, y se hallaba en todas partes. El emperador alemán del siglo XVI anticipóse en el sistema de actividad al emperador francés del siglo XIX; y pareciéndosele en la magnitud de las empresas y en la energía de las resoluciones, aunque con más desigual fortuna en los azares de la guerra, excedióle en la

espontaneidad del retiro cuando conoció que su estrella se eclipsaba.

Necesitando ambos de alianzas, era en esto Carlos más político y más mañoso que Francisco: escrupuloso ninguno. Francisco quiso ser un caballero de la edad media, y el siglo le enseñó que aquellos tiempos hablan pasado. Carlos representaba ya al monarca de los tiempos modernos, y poseía la política de gabinete. Descubríase en las miras del emperador, justas o injustas, otra grandeza, otra elevación que en las del monarca francés. Francisco hubiera podido contentarse con dominar en los estados cuyos derechos reclamaba: Carlos, si no abrigó el pensamiento de la monarquía universal, aspiró por lo menos a la unidad religiosa. El emperador sin la oposición del monarca francés hubiera podido dominar la Europa, y aún así lo hubiera hecho acaso, si la casa de Austria no se hubiera dividido en dos ramas: el monarca francés aún sin la oposición del emperador probablemente no hubiera tenido la audacia de intentarlo. Cuando Francisco escribió las memorables palabras: «*Todo se ha perdido menos el honor»,* parece que añadió, aunque entonces no se dijo: *«y la vida que se ha salvado».* Y cuando libre de la prisión de Madrid pisó de nuevo el territorio francés, saltó y corrió como un muchacho exclamando: *«ya soy otra vez rey de Francia.»* Carlos recibió por lo menos con apariencias de fría serenidad y circunspección la noticia de la victoria de Pavía, como aquel a quien ni sorprenden ni alteran los triunfos.

El caballero francés, galante y guerrero, llamó a su corte a las mujeres, y entregándose a favoritas y cortesanas descontentaba a sus generales, que pasaban al servicio de su cauteloso rival, que sabia atraerse el afecto de propios y extraños. Así abandonó a Francisco el condestable de Borbón, único traidor, dicen, que han tenido los Borbones en su dinastía: así el almirante Doria, aquel famoso genovés que ayudando a establecer el despotismo en otras naciones supo dar la libertad a su patria. Ambos hicieron servicios eminentes al emperador, a quien permanecieron fieles ¡cosa extraña! hasta los tránsfugas que se le habían adherido haciendo traición a su patria y a su rey.

Las guerras entre Carlos V, Francisco I y Enrique VIII vinieron, a vueltas de sus muchas calamidades, a hacer un bien a la Europa, porque multiplicaron y difundieran las ideas confundiendo los pueblos, y produjeron la necesidad del sistema de equilibrio entre los grandes estados, que tanto influjo había de ejercer en el derecho de gentes de las naciones modernas.

Pero faltó poco para que estas luchas entre príncipes cristianos proporcionaran al turco apoderarse de Italia. Carlos V combatiendo a Solimán y a Barbarroja, impidió a la media luna enseñorearse de Nápoles, y a las hordas de un pirata acabar de despojar el Vaticano. Oprimiendo la Italia, tuvo por lo menos el mérito de salvar la Europa, aunque a costa de los tesoros de sus reinos y de la sangre de sus súbditos.

En este período brillante y sombrío de la historia de la humanidad viéronse muchos héroes y muchos malvados, grandes proezas y grandes perfidias, alianzas anómalas, rompimientos injustificables, y deslealtades diarias, y Maquiavelo pudo quedar satisfecho de ver los progresos de su política. A pesar de la repetición de escándalos, todavía el mundo no pudo dejar de escandalizarse en ocasiones solemnes. El gran protector del catolicismo retenía prisionero al jefe de la iglesia, y mandaba hacer rogativas públicas por la libertad del pontífice. El rey cristianísimo se confederaba con los reformistas y se aliaba con los mahometanos contra el jefe de la cristiandad y contra el campeón de la unidad católica. Roma era saqueada por un ejército católico mandado por un traidor político, cuyos soldados llevaron la rapiña y la profanación hasta un punto que hizo tener por moderados y prudentes a los bárbaros de Alarico. Y un rey de Inglaterra, el primero que escribió un libro de denuestos contra Lutero y la reforma, se apartaba él y apartaba a su reino de la obediencia al romano pontífice, y traía un nuevo cisma a la cristiandad por los amores impúdicos de una mujer.

La reforma religiosa fue un acaecimiento más trascendental en esta época que las revoluciones políticas. Lutero adquirió una celebridad e importancia que no merecía ni por sus talentos ni por sus virtudes , pues carecía de estas y no eran eminentes aquellos. Faltó prudencia a la corte de Roma, y la opinión de muchos pueblos y de muchos hombres no había necesitado sino de una voz atrevida que la formulara. De otro modo no hubiera podido el fraile de Witemberg

conmover los estados alemanes, y él mismo debió asombrarse de haber llegado a asustar al mundo católico. Carlos V se propuso hacer frente al predicador y a sus doctrinas. Impulsábanle a ello sus ideas religiosas y le iba la conservación de sus dominios. El francés y el turco le distraían y embarazaban, y los papas no le ayudaron bien. Por otra parte, ni bastante condescendiente con los reformadores para atraerlos por la dulzura, ni bastante riguroso para dominarlos por la fuerza, hubo de entablar con ellos aquella serie de negociaciones pesadas que abarcan desde la dieta de Worms hasta el concilio de Trento. Al decreto de Spira contra la reforma respondía la protesta de los cinco grandes príncipes y de las catorce ciudades del imperio que los señaló con el nombre de *protestantes*. Al de la confesión de Augsburgo respondía la liga de Smalkalda; y con el famoso *Interim* de Ratisbona no satisfizo el emperador ni a protestantes ni a católicos. La reforma le gastó más fuerzas que las guerras, y la espada de un príncipe luterano fue la que le dio el más funesto golpe. La cuestión religiosa llenó la Europa de sangre y la dejó para mucho tiempo dividida en dos grandes fracciones, protestante y católica. España se preservó del contagio. Hízolo con las armas Carlos V, y con las hogueras los inquisidores. España se aisló del movimiento europeo.

No hay duda que la reforma imprimió una nueva fisonomía a la sociedad moderna que se creaba. Los protestantes la han mirado como una feliz insurrección de la inteligencia contra el poder absoluto en el orden espiritual, como una poderosa tentativa de emancipación del espíritu humano, y la hacen como la madre de las libertades políticas. Los católicos niegan que el protestantismo haya emancipado los pueblos, atribúyenle haber dividido los hombres sin mejorar la sociedad, y esperan que la doctrina de Lutero con todas las variaciones que descubrió Bossuet y que después se han añadido, sucumbirá como el error de Arrio y como el catecismo de Mahoma. Si no nos equivocamos, en nuestra misma edad se notan síntomas de ir marchando este problema hacia su resolución, El catolicismo gana prosélitos: los protestantes de hoy no son lo que antes fueron, y creemos que la unidad católica se realizará.

Contra el fraile alemán se levantó entonces un caballero español. Al enemigo audaz del pontificado se opuso un papista decidido y animoso. Presentóse Ignacio de Loyola a combatir a Martín Lutero, y contra la reforma del fraile de San Agustín estableció la compañía de Jesús, milicia destinada a pelear a favor de la Santa Sede, obligándose a ello con el voto de obediencia, lo cual valió a los jesuitas de parte de los protestantes el nombre de genízaros del papa. Comenzó la reacción religiosa, y la gran cuestión de concilio de Trento preocupó a los pontífices que se fueron sucediendo, y sobrevivió a Carlos V, el cual ofreció el fenómeno de ser más conciliador que los papas mismos.

Afortunadamente, y por la vez primera, no fue ahora España el campo en que se ventilaron las grandes cuestiones religiosas, políticas y militares que cubrieron de sangre y luto la Europa. Sufrieron mucho Francia , Alemania y Hungría , pero la víctima sacrificada a las ambiciones de todos fue la desgraciada Italia. Teatro nunca vacante de sangrientas lides, saqueabala el turco por la costa , mientras en el interior la devastaba la soldadesca cristiana, franceses, flamencos, alemanes y españoles, gentes de diversas religiones y distintas lenguas, que hormigueaban allí como nubes de langostas talándola a quien mas podía, todos licenciosos, católicos y protestantes. No pensaría aquel bello país que había de tener que sufrir una invasión de pueblos civilizados que le recordara los horrores de la irrupción vándala.

Vengamos a los últimos momentos del gran Carlos V., el protagonista de aquel vastísimo drama de luchas, de batallas , de alianzas, de negociaciones y de tratados, en que no hubo estado grande ni pequeño que se librara de tomar parte, y que fue como la fermentación por que pasó la sociedad humana para entrar, en un nuevo período de su vida.

Aquel hombre infatigable, que en cuarenta años de imperio había estado nueve veces en Alemania, seis en España, cuatro en Francia, siete en Italia, diez en los Países-Bajos, dos en Inglaterra, otras dos en África, que había atravesado once veces los mares, y que, nuevo Atlante, sostenía sobre sus hombros el peso de dos mundos, sintiéndose debilitado de cuerpo y de espíritu, y no pudiendo ya inspeccionar personalmente sus inmensos dominios, determina retirarse a acabar

tranquilamente sus días en el silencio y soledad de un claustro, en esta misma España, principio y fundamento de su colosal poder: trasfiere a su hijo Felipe las coronas de Flandes y de España con todos sus territorios del antiguo y del nuevo mundo, y el agitador de África y Europa, aquel a cuya presencia temblaban los reyes y se estremecían los reinos, se abisma espontáneamente, y pasa desde el solio más alevado de la tierra a sepultarse en la humilde celda de un solitario monasterio.

Seguirémosle en nuestra obra hasta sus últimos momentos, hasta su muerte ejemplarmente cristiana y religiosa; y guiados por la luz de auténticos e irrecusables documentos, rectificaremos los errores e inexactitudes que acerca de la vida de Carlos V en Yuste han consignado casi todos los historiadores que nos han precedido, y daremos a conocer con verdad los pensamientos que preocupaban al grande hombre en su retiro.

En 1556 era rey de España Felipe II.

XII.

Aún desmembrada la corona imperial que heredó de Carlos V su hermano Fernando, quedada todavía Felipe II el soberano más poderoso de Europa, y su matrimonio con María de Inglaterra le daba además gran mano en aquel reino.

Entre el padre y el hijo absorben casi todo el siglo XVI., pero le imprimen distinta fisonomía, porque no se asemejan en índole y en carácter. Así, dotados ambos de talento claro y de perspicacia suma, abrigando en mucha parte los mismos designios, constituyéndose uno y otro en representantes del catolicismo y de la unidad religiosa, difieren grandemente en la política y en los medios. Flamenco y educado en Flandes el uno, había desagradado a los españoles porque no hablaba su idioma; español y criado en España el otro, había disgustado a los flamencos porque no conocía su lengua. Carlos flamenco, tenía la vivacidad española; Felipe español, tenía la fría calma de un flamenco. Parecía que habían equivocado la patria. Carlos era expansívo y cosmopolita; Felipe sombrío y político de gabinete. Aquél, infatigable en el ejercicio del cuerpo, había querido gobernar el mundo hallándose en todas partes; éste, incansable en el manejo de la pluma, aspiró a regir la Europa desde el rincón de un monasterio. Aquel dictaba leyes a cada país en su propio territorio; éste se las imponía desde su bufete. El padre hacía temblar un estado con su presencia; el hijo le intimidaba con un decreto. El padre paseaba las tierras y los mares personalmente; al hijo le bastaba tener un mapa sobre su mesa. Carlos asistía a todas las asambleas de Europa; Felipe daba instrucciones a sus embajadores, era el jefe de los diplomáticos, y sabía más que ellos.

¿Era Felipe II el demonio del Mediodía, como le nombraban entonces los extranjeros, o era el rey santo, el hombre religioso, el que libertó la iglesia de la herejía, y salvó de la anarquía los estados? ¿Fue el representante del fanatismo y de la tiranía, el hombre de las hogueras y el verdugo de los pueblos, o fue el gran político que comprendió su siglo, y dio a España engrandecimiento y gloria? Personaje tan ensalzado como deprimido, cada cual lo ha colmado de elogios o de invectivas, según sus ideas o sus pasiones. Observamos en ciertos escritores nacionales, empeño en unos, tendencia en otros a rehabilitar su memoria. Nosotros hemos procurado estudiar el genio del hombre y los designios del monarca, en el interior de su familia y palacio y en la dirección de los negocios públicos. Hemos visto sus decretos originales: ha pasado por nuestras manos su correspondencia diplomática, y hemos leído sus disposiciones en letra de su puño. Hemos tenido ocasión de examinar muchos de sus escritos, de sus propios borradores, allí donde al cabo de trescientos años parece verse todavía la cabeza que concebía, el corazón que dictaba, y la mano que se apoyó sobre aquel mismo papel; allí donde las líneas puestas a un margen para sustituir a otras que se tachaban, revelan el pensamiento primitivo y el pensamiento nuevo que le reemplazó. Después de todo esto podemos decir sin género alguno de apasionamiento que admiramos las grandes cualidades de aquel monarca y reconocemos y amamos algunas virtudes que le adornaron; pero sentimos no sernos posible amarle tanto como le admiramos.

Por nuestra parte hemos creído descubrir en Felipe II. las prendas de un gran político; pero

también las cualidades de un gran déspota. Sombrío y pensativo, suspicaz y mañoso, dotado de gran penetración para el conocimiento de los hombres y de prodigiosa memoria para retener los nombres y no olvidar los hechos, incansable en el trabajo y expedito para el despacho de los negocios, tan atento a los asuntos de grave interés como cuidadoso de los mas menudos accidentes, firme en sus convicciones, perseverante en sus propósitos y no escrupuloso en los medios de ejecución, indiferente a los placeres que disipan la atención y libre de las pasiones que distraen el ánimo, frío a la compasión, desdeñoso a la lisonja e inaccesible a la sorpresa, dueño siempre y señor de sí mismo para poder dominar a los demás, cauteloso como un jesuita, reservado como un confesor y taciturno como un cartujo, este hombre no podía ser dominado por nadie y tenia que dominar a todos; tenia que ser un rey absoluto.

El hombre por cuyas manos pasaban todos los negocios de Estado en una época en que sus relaciones se extendían por las regiones de ambos mundos; que lo leía todo y lo decretaba todo por su mano, o lo anotaba y corregía de su puño; el que sabía las intrigas y manejos de las cortes extranjeras antes que le informaran de ellas sus embajadores acreditados; el que cuando un embajador le designaba las influencias de un gabinete y el lado flaco de cada príncipe, recibía al propio tiempo informaciones confidenciales de la conducta y de las relaciones y tratos de este mismo embajador; el que sabía las circunstancias y los medios de cada uno de los jefes de la insurrección de Flandes, las propiedades de cada aspirante a la corona de Francia, la índole de cada pretendiente a la mano de la reina de Inglaterra , el carácter de cada cardenal y las opiniones de los que influían con el papa o habían de asistir al concilio; el que conocía de antemano el mérito y conducta de cada uno de los que se presentaban a pedir un empleo; el que sin asistir a los consejos sabia cuanto en ellos pasaba, y no asistía con el fin de que su presencia no impidiera a cada cual manifestar libremente sus pasiones; el que sabía dividir para reinar y fomentar los partidos para neutralizar mejor las influencias; este hombre no hubiera podido reinar sin gobernar solo, porque se sentía con genio, con propensión y con capacidad para ello.

Así las cortes que el padre había reducido a simple fórmula las redujo el hijo a peor condición que la nulidad, y las libertades que Carlos extinguió en Villalar con Padilla acabó de ahogarlas Felipe en Aragón con Lanuza.

Uniendo al ardor del religioso la frialdad del calculista, cuidando de no separar nunca el mejor servicio de Dios del mayor engrandecimiento de sus reinos, y de que el fanatismo no obstara al acrecimiento o conservación del poder, quiso extinguir la herejía que agitaba la Europa ayudando a los católicos contra los reformados y herejes, pero esperando vencer con los unos para reinar sobre todos; imponerles primero la creencia religiosa para someterlos después a la autoridad política, Hízose el defensor nato de la iglesia romana y empezó ganándose al papa con blandura; pero si el papa se oponía a sus planes políticos tratabale con dureza y se gozaba de los atrevimientos que con el jefe de la Iglesia se tomaban sus embajadores. Perseguía a los enemigos de la plenitud de la potestad pontificia, pero no le asustaban las excomuniones. Veneraba a los frailes y se rodeaba de ellos, pero si atentaban a su poder los mandaba ahorcar.

Si no hubiera hallado la Inquisición, la hubiera inventado él: pero se le había anticipado en más de medio siglo. La halló establecida y la hizo su brazo derecho, mas nunca consintió en que se erigiese en cabeza. Gustábale servirse de los inquisidores, pero dominándolos.

No reparaba en reducir a prisión al mismo que había sido el más activo instrumento de su tiranía en Flandes, como tampoco dificultaba en sacarle del calabozo cuando le convenía para hacer la conquista de Portugal: entonces volvía a confiar el mando del ejército al duque de Alba. Llevaba a un hombre inteligente y laborioso a los altos puestos de presidente del consejo de Castilla y de Italia, de inquisidor mayor y cardenal, pero en el apogeo del favor le intimaba la caída de su gracia, aunque el pesar le acabara la vida. Así murió Espinosa. Y don Juan de Austria,, el, hijo ilegítimo de Carlos y el heredero legítimo de su grandeza y de sus glorias, la más noble, la más bella y la más elevada figura de su tiempo, el vencedor de los moriscos en las Alpujarras y de los turcos en Lepanto, gana victorias y países para su hermano, pero no puede ganar para sí un quilate de cariño

en su corazón. Felipe II no consentía verse eclipsado por nadie, ni en poder, ni en gloria, ni en laboriosidad siquiera.

No era impasible, pero lo parecía en las ocasiones en que es mas difícil reprimir los sentimientos y las afecciones humanas. Cuando el de Alba le participó la ejecución de los ilustres condes de Horn y de Egmont, contestóle diciendo: *«puesto que ha sido indispensable el castigo, no hay sino encomendarlos a Dios.»* Y como implorase su piedad hacia la virtuosa viuda de Egmont y sus once hijos, que quedaban en la más espantosa miseria y desamparo, *«sobre esto,* le dijo, *ya proveeré y os avisaré de ello.»* No le corría prisa hacer el bien que le pedía con urgencia el hombre que pasaba por el mas duro de su tiempo, y el de Alba debió conocer que había otro en cuyo cotejo podía pasar por blando de corazón. La noticia del desastre de la Invencible armada no le demudó el rostro, y se limitó a decir que había enviado la escuadra a luchar con los hombres y no con los elementos. Y la del glorioso triunfo de Lepanto no hizo asomar a los reales labios una ligera sonrisa. La recibió rezando, calló y continuó su oración. Hasla que ésta fue acabada no mandó entonar el *Te Deum*: nadie sabia por qué.

Todos sus actos llevaban el sello del misterio y de la tenebrosidad. Montigny.el príncipe de Orange, Escobedo, Antonio Pérez y el príncipe Carlos, son arcanos que se traslucen hoy, pero que no se revelan. ¿Serán perpetuamente enigmas algunos de ellos? ¿Lo será la prisión misteriosa del príncipe, objeto de tantas curiosas investigaciones, inclusas las nuestras? Poseemos la copia de un codicilo en que mandó fuesen quemados sin ser leídos los papeles tocantes a negocios terminados, y especialmente de difuntos. ¿Será improbable que se hallaran entre ellos los que han buscado con tanto afán biógrafos, críticos e historiadores? Sea lo que quiera, creemos que hubiera podido ser Felipe el mejor inquisidor y el mejor jesuíta, como el más diestro embajador y el más astuto ministro. Era rey, y lo reunía todo.

Mas donde ha quedado perpetuamente esculpido su genio es en esa colosal maravilla que se levanta majestuosa y severa al pie de una cadena de cenicientas montañas que parece hundirse como los despojos de un mundo calcinado. Todo en el Escorial respira grandeza, y todo en él inspira austeridad y devoción. Diríase que era la fortaleza en que había querido encastillarse una edad para pasar el invierno de las revoluciones que el viento norte presagiaba. «¿Como había de traspasar, dice un filósofo, una sola idea del mundo moderno aquellos muros de granito de aspecto egipcio, aquellos castillejos, aquellos claustros, aquellas bastillas y aquellos palacios circundados de celdas?» Dedicóle a San Lorenzo en conmemoración del dia en que se ganó la famosa batalla de San Quintín, y quiso que el edificio representáis la forma de las parrillas en que fue quemado el santo: singularidad que ha dado ocasión a algunos para buscar analogías entre aquella especie de martirio y las hogueras tantas veces encendidas en el reinado del fundador. Hízole a un tiempo para vivienda de monjes y para alcázar de reyes: y la cámara regia al lado de la celda prioral, la corona junto a la cogulla, y el trono de España bajo el mismo techo que la regla de San Jerónimo, representan el gusto del monarca y el espíritu de la época.

Pero el reinado de Felipe fue todo español. A diferencia del de Carlos V, ni en su consejo ni en su corte predominaban extranjeros. Si Carlos V hubiera subyugado la Europa, la hubiera hecho alemana: si la hubiera dominado Felipe II, la hubiera hecho española. Aún sin haberla vencido, la superioridad de su política y la superioridad de nuestra literatura, difundieron por Europa la lengua, las costumbres y las modas de España, y el gusto español preponderaba en los salones diplomáticos, en los teatros, en los libros y en los trajes. París mismo se asemejaba a Madrid, y tomaba de los españoles hasta las extravagancias que les había de devolver después; porque un siglo antes que Luis XIV pudiera llamar a Madrid *la corte francesa de España*, había llamado Felipe II a la corte de Francia *mi bella ciudad de París*.

Los españoles, avezados ya a las largas expediciones militares en que recogían gloriosos triunfos, sinceramente religiosos como su rey, y acostumbrados por más de siete siglos a mirar a los enemigos de su culto como enemigos también de su independencia, servían gustosamente de instrumentos a las empresas de su monarca, y fueron, como en tiempo del emperador, a pelear en

Francia, en Inglaterra, en Flandes, en Italia, en Portugal y en los mares, contra moros, contra turcos, contra herejes y contra cristianos-católicos, y la política española intervino en todos los negocios de Europa. Ganáronse muchos laureles para recoger después muchas espinas.

La política de Felipe con los Países-Bajos produjo una lucha sangrienta que convirtió aquellas florecientes provincias en un vasto campo de carnicería, y consumió a España su dinero y sus hombres. Para. España fue una fatalidad, y para Flandes una providencial expiación. Medio siglo hacia que había venido aquí un príncipe flamenco, cuyos primeros pasos fueron extraer nuestras riquezas, dar a flamencos los mas altos puestos del estado y ahogar nuestras libertades. Al cabo de cincuenta años un monarca español, hijo de aquel, trata a Flandes como a país de conquista, confiere los primeros cargos a españoles, y prueba a establecer allí la Inquisición española. Los flamencos se irritan y se levantan, como aquí se irritaron y levantaron los castellanos. Allí se firmó el *Compromiso de Breda*, como aquí se formó la *Junta de Ávila*. Allí perecieron en un patíbulo los condes de Horn y de Egmont, como aquí habían perecido Padilla y Bravo. En Castilla fue incendiada Medina, y allí fueron profanadas y saqueadas mas de cuatrocientas iglesias en Flandes y Bravante. La expiación fue terrible, pero no nos regocijamos de ella. Porque después de infinitos desastres y de infinitos horrores ejecutados por españoles y por orangistas, y después de gastados generales y tesoros, el resultado fue constituirse la república libre de las Provincias Unidas allí donde Felipe quiso establecer un imprudente despotismo, y producir una guerra larga y desastrosa que había de terminar por la pérdida de aquellos ricos países.

El afán y los esfuerzos de treinta y ocho años por dominar en Francia y colocar en aquel trono a la infanta su hija, costó muchos millares de hombres y treinta millones de ducados, para venir a someterse al célebre tratado de Vervins en que reconoció a Enrique IV y se obligó a restituirle todas sus conquistas. Sacamos de allí los triunfos de San Quintín y de Gravelinas, y el placer de haber guarnecido algún tiempo a París tropas españolas.

Mientras Felipe suscitaba enemigos a Isabel de Inglaterra y protegía a María Estuardo de Escocia, el Drake depredaba las colonias españolas de América, y los piratas ingleses apresaban nuestros buques y se llevaban las flotas de oro. El desastre de la Invencible armada fue una pérdida irreparable para España, que dejó desde entonces de ser la señora de los mares. Subió de punto el poder marítimo de la Gran Bretaña, y una vez se atrevieron los ingleses a penetrar en Cádiz, y se llevaron hasta las campanas de las iglesias y las rejas de las casas. Juró Felipe vengar el ultraje, pero otra vez dispersó la armada española una tempestad. Data de aquel tiempo, la decadencia de nuestra marina.

No fue más feliz en el proyecto de enseñorear el Báltico y de extender su influencia a los estados escandinavos. Frustráronse sus costosos intentos por la repentina conversión de Juan de Suecia en sentido inverso a la de Enrique IV de Francia.

La mayor gloria militar que alcanzaron las armas españolas en aquel tiempo, fue la memorable victoria de Lepanto, que celebró con trasportes de júbilo toda la cristiandad, y el más rudo golpe que pudo darse al poder entonces inmenso de la media-luna. Pero diose tiempo a los turcos para rehacerse, y al año siguiente pudo el sultán hacer salir del puerto de Constantinopla una nueva escuadra de doscientos cincuenta navíos. Al cabo vinieron a ajustarse treguas con el turco; mezquino resultado, que ni correspondió a los esfuerzos que costara a la nación, ni a los triunfos que había sabido alcanzar el ilustre bastardo de Carlos V.

Con la conquista de Portugal se realizó por primera vez la completa unidad de la Península ibérica; y así como Suintila fue el primer soberano godo que pudo llamarse sin contradicción rey de la España entera, así Felipe II. fue el primer soberano de la edad moderna que pudo llamarse con verdad rey de toda España, pues no había ya una sola pulgada de territorio desde Gibraltar a los Pirineos que no fuese del dominio del monarca español, y por primera vez al cabo de cerca de nueve siglos recobró España los límites naturales que le señalaba su geografía. Agregáronsele las inmensas y riquísimas colonias que los portugueses poseían en África, en América y en las Indias. ¡Cuán poco habían de durar aquellas importantes adquisiciones! En vez de un gobierno prudente,

conciliador y benéfico, que hiciera olvidar a los portugueses su humillación e identificarse gustosos a la gran familia española, la dura política de Felipe ofende su nacional orgullo, mantiene vivo el sentimiento de su independencia, y espiando la primera ocasión de sacudir el yugo español, España verá con dolor desprenderse otra vez ese rico florón de su corona antes de extinguirse la dinastía austríaca.

Llegó, pues, la España en el reinado de Felipe II al apogeo de su material grandeza. Era un imperio que se derramaba por todo el globo. En medio de muchos reveses y de muchas empresas malogradas, se habían ganado glorias militares sin cuento. El nombre español era un nombre universal. ¿Podrían conservarse a tal altura el nombre y el imperio? Tales adquisiciones, tantas expediciones y guerras no se habían hecho sin imponer a la nación sacrificios inmensos, sacrificios insoportables. Habíanse consumido los tesoros del reino y los tesoros del Nuevo Mundo por el loco empeño de conservar países apartados, que sobre constituir un gravísimo y perpetuo censo para España, fuera demencia prometerse jamás de ellos una incorporación sincera y provechosa. El temerario afán de Felipe de someter la Europa a su conciencia y a su cetro, nos atrajo su enemistad sin lograr ningún fruto: y mientras en el interior el fatídico fuego de las hogueras del Santo Oficio ahogaba la vida política de la nación, y se malograban los muchos elementos de prosperidad que habían sembrado los reyes Católicos, en el exterior se gastaba su vitalidad material en el intento de sujetar pueblos que no nos habían de servir y que habíamos de perder. Dejó, pues, Felipe II a sus sucesores una España gigante, pero gigante extenuado y por muchos lados vulnerable, y aquel aparente engrandecimiento encerraba el germen de la decadencia que apuntaba, y preparó cerca de dos siglos de calamidades y humillaciones. Volvamos la vista a otro cuadro más halagüeño.

Felizmente este mismo siglo de batallas y de sacrificios humanos es el siglo de las artes, es el siglo de oro de la literatura española, de que había sido preludio el reinado de los reyes católicos. Las guerras de Carlos V han puesto a los ingenios españoles en relaciones íntimas y frecuente trato con los que ya brillaban en la culta Italia. Aquellos palacios que decoraban las obras maestras de Leonardo Vinci, de Miguel Ángel, de Rafael, de Ticiano y de Corregio, los estudios y talleres de aquellos insignes artistas, son otros tantos tesoros de que se aprovechan los pintores, arquitectos y escultores de España para formar su gusto, enriquecerse de conocimientos traerlos después a su patria, y fundar más adelante escuelas propias, que comienzan por serlo de imitación y acaban por producir una vigorosa originalidad. Dos veces en el trascurso de los tiempos ha prestado también esa bella Italia a los genios españoles modelos literarios que imitar y escuelas en que aprender: la Italia de Augusto, y la Italia de León X, el Augusto sagrado del siglo XVI. Y ambas veces la España se ha emancipado pronto de su maestra, creándose una literatura nacional, independiente y propia, que había de trasmitir luego a otros pueblos.

La poesía lírica y la dramática, la ligera sátira y la grave epopeya, la novela y la historia, el género didáctico, el místico y el festivo, todos los géneros, todos los estilos y todas las formas literarias tuvieron en el siglo XVI, dignos intérpretes que al cabo de trescientos años sirven todavía de modelos. Muchas lumbreras derramaron la luz de las letras por el horizonte español. Es el siglo de Garcilaso, de Rueda, de Ercilla, de Herrera, de los Luises de Granada y de León, de Mendoza, de Zurita, de Arias Montano, de Santa Teresa, de Lope de Vega, de Mariana y de Cervantes. Y tal impulso recibe la literatura española en los reinados de Carlos V y de Felipe II, que la veremos avanzar todavía majestuosa y rica por los reinados de los siguientes Felipes, conducida por Rioja y Calderón de la Barca, sirviendo de tipo a las demás naciones, hasta que comenzando a caer en manos del culteranismo con Góngora y Quevedo, degenerando de corrupción en corrupción, llegue a una anticipada decadencia y a una prematura decrepitud como la monarquía.

Incomprensible parece este desarrollo intelectual en un pueblo comprimido por la Inquisición y en medio del ruido de las armas y del estruendo de la pelea. Pero el Santo Oficio ejercía sus rigores sobre los libros de teología, de filosofía o de derecho, que pudieran atacar o lastimar las doctrinas del más puro catolicismo, tal como entonces los inquisidores y el monarca le entendían. Inexorable en estas materias, pocos hombres distinguidos por su saber pudieron librarse de las

persecuciones de aquel terrible tribunal. En cambio la poesía, terreno neutral y ajeno por su índole a las cuestiones teológicas y filosóficas, podía tomar todo el vuelo que quisiera, y monarcas e inquisidores eran indulgentísimos para las licencias de la imaginación, excepto en lo que tocara a asuntos religiosos. Complacíales por el contrario que los poetas se entretuvieran en cantar los amores tiernos de los pastores y los dulce desdenes de las esquivas zagalas. No pudiendo España producir filósofos, se indemnizó en producir abundancia de poetas. El Parnaso era el campo más libre, y refugiándose a él las inteligencias independientes de los españoles, hicieron la poesía una especie de soberana de la literatura.

Ni es menos sorprendente que tantos ingenios cultivaran las letras en medio de la agitación de las batallas, enemigas al parecer de los sentimientos tiernos y de los estudios tranquilos. Parecía que del choque de las lanzas y de los escudos salían chispas de inspiración para aquellos ingenios guerreros. Es admirable el número de soldados escritores que en el siglo XVI y aún antes de él produjo la España. El cronista Pérez de Guzmán se encontró como soldado en el combate de la Higuera: Lope de Ayala es hecho prisionero en las batallas de Nájera y de Aljubarrota, y escribe los sucesos en que ha tomado parte: Jorge Manrique manda expediciones militares, combate en Calatrava y en el sitio de Vélez, y hace tiernas elegías: Bernal Díaz del Castillo acompaña a Cortés a Méjico, se encuentra en ciento diez y nueve batallas, y el soldado batallador escribe la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*: Boscán pelea por su país, y aclimata en la poesía castellana los endecasílabos italianos: Hurtado de Mendoza, general y embajador de Carlos V hace versos y novelas picarescas, y escribe con docta pluma la historia de la última guerra de Granada: Garcilaso acompaña como militar a Carlos V en sus principales expediciones, se encuentra en la defensa de Viena, en la toma de la Goleta y de Túnez, y el dulce cantor de Salicio y Nemoroso muere de una herida que recibe al asaltar una plaza: Lope de Vega lleva el arcabuz y sirve como soldado en la Invencible armada, y escribe tantas comedias que nadie las ha podido contar todavía: Ercilla combate a los indios bravos en Arauco, y combatiendo escribe la *Araucana*: Cervantes se distingue como guerrero en la batalla de Lepanto, y el mutilado en la guerra y el cautivo de Argel escribe comedias y novelas originales, y asombra el mundo con su *Quijote*. No se podía decir aquí aquello de: *musæ silent inter arma*; pues en este país singular las musas cantaban dulcemente entre el ronco estampido del cañón y el áspero crujir de las espadas y rodelas.

La historia literaria de España en aquellos siglos represéntanos los tres períodos de un largo día. El crepúsculo matinal que vimos apuntando en los siglos XI y XII va siempre derramando más luz hasta el XV, para alumbrar en pleno día en el XVI y entrar en el crepúsculo de declinación en el XVII. Diéranos mayor pena el ver llegar la tarde de este día, si no supiésemos que las letras como el sol vuelven después de haberse marchado a alumbrar otros hemisferios, y que si desaparecen de nuestro horizonte para ir a comunicar su luz a otras regiones de Europa, volverán a iluminarle a fines del siglo XVIII para bañarle en el XIX con un nuevo resplandor, de que sentimos no participar de lleno, pero que esperamos alcanzará el siglo, que ha de vivir más que nosotros. Así las naciones y las sociedades se comunican recíprocamente sus luces, y así es necesario para el progreso perfectivo de la vida universal de la humanidad, uno de nuestros principios históricos.

XIII.

A la independiente actividad de Felipe II sucede la sumisa indolencia de Felipe III, y el hombre a quien no había podido dominar nadie es reemplazado por un hijo que ni piensa, ni obra, ni gobierna sino por la voluntad de un favorito, a cuya firma ha dado el rey igual autoridad que a la suya propia. El privado es el árbitro de los empleos públicos, el repartidor de las fortunas, y su fausto eclipsa, oscurece el del monarca. A ejemplo del duque de Lerma, la nobleza abatida en los anteriores reinados abandona sus antiguos castillos y acude a ostentar sus galas en la corte. Palacios suntuosos, gran tren de carrozas, muchedumbre de mayordomos, capellanes, palafreneros, pajes y entretenidos, todo boato les parecía poco a aquellos nuevos ricos-hombres, que hacían venir tapices

de Bruselas, linos de Holanda, telas de Florencia, gorros de Lombardía, capas de Inglaterra y calzado de Alemania. Dejábanse arrastrar del mismo impulso las clases medias, y a todos alcanzaba el contagio. ¿Correspondía la prosperidad del Estado al brillo de la corte?

Abrumados de impuestos los labradores, dejaban el cultivo y emigraban a la aventura, allá donde creían poder proporcionarse algún medio de vivir; provincias enteras se convertían en áridos yermos, y el viajero andaba muchas leguas sin encontrar una casa habitada ni un campo labrado. «Si este mal continúa, le decían al rey las Cortes de Madrid, pronto faltarán paisanos que labren los campos, pilotos que dirijan las naves... es imposible que dure el reino un siglo si no se pone un remedio eficaz.»—«Las casas se desploman, le decía el Consejo a su vez, y nadie las reconstruye; las aldeas quedan abandonadas, los campos incultos....»

El Consejo proponía remedios. Que se moderen los tributos; que se revoquen las mercedes y donaciones; que los grandes se vuelvan a sus estados y empleen a los cultivadores y jornaleros; que se limite el número de religiosos de ambos sexos; que se refrene el lujo y se ponga tasa a los trajes; que comience el soberano dando ejemplo por el arreglo de su casa, «pues el número de criados, le decía, y las raciones que consumen son dos terceras partes más que en tiempo de vuestro augusto padre el Sr. Don Felipe II, cosa que merece que V M. lo considere con reflexión y haga conciencia de ello.» Los remedios quedaron escritos.

No había rentas, pero había lujo: los labradores perecían, pero los grandes comían en vajilla de oro: moría la industria, pero se erigían monasterios: las aldeas se despoblaban, pero los conventos rebosaban de habitadores.

Y no por eso se renunciaba al sistema de guerra exterior de los anteriores reinados. Nuestros ejércitos eran enviados como antes a pelear en todos los países de Europa, y nuestros marinos cruzaban todos los mares. Los arranques eran los mismos, pero las fuerzas no podían corresponder a los ánimos. Imponíanse al gigante enflaquecido los mismos esfuerzos que en los días de su virilidad y robustez. ¿Dónde estaban los recursos para alimentar a los soldados que batallaban? Las flotas de la India llegaban con dificultad, y dábase gracias de ver arribar algún galeón que no hubieran apresado los corsarios ingleses u holandeses. Las que llegaban estaban anticipadamente empeñadas, e invertíanse en sostener el fausto de la corte. Un general salia por fiador del gobierno, y empeñando sus alhajas particulares lograba que los comerciantes de Cádiz le prestaran algunas sumas para ir manteniendo sus tropas. Subíanse los impuestos, pero era pedir jugo a un tronco seco y aridecido. El cuerpo social perecía de extenuación, y le desangraban para darle vitalidad. Quísose convertir en moneda la plata de los templos, pero se opuso el clero, y faltole fuerza al gobierno para hacerse obedecer. Se recurrió a la alteración de la moneda, y doblándose el valor del vellón se dobló el precio de las mercancías. Se inundó el reino de moneda de cobre adulterada, y desapareció la plata y el oro. Tal era la ciencia de gobierno del duque de Lerma.

La irreflexiva expedición a Irlanda costó una derrota y un bochorno. Y de la muerte de Isabel de Inglaterra, astuta y decidida protectora de los enemigos de la España y del catolicismo, no se sacó más partido que un tratado de paz, que algunos años antes hubiera parecido vergonzoso, y que entonces se celebró en Madrid con regocijo.

Flandes continuaba siendo cementerio de hombres y sima de tesoros. La toma de Ostende fue gloriosa, pero costó cerca de tres años de sitio y cincuenta mil soldados. Entretanto el de Nassau nos tomó otras plazas. La famosa tregua de doce años empezó a poner de manifiesto a los ojos de Europa la flaqueza y decadencia de España.

Pudo no obstante esta misma situación haber redundado en bien de la monarquía, si esta hubiera estado dirigida por más hábiles manos. En paz con Inglaterra y Holanda, garantida la de Francia por el doble matrimonio de los príncipes y princesas de ambas naciones, pudo el gobierno español, con un desahogo que no había disfrutado en cerca de un siglo, dedicarse a restañar las profundas heridas que en el corazón del país habían abierto las dilapidaciones de dentro y los dispendios de fuera. Pero estos fueron los momentos que escogió el monarca, aconsejado por dos arzobispos, para descargar sobre él un golpe fatal. Expidióse el edicto para la expulsión de los

moriscos, y la población proscripta se llevó tras sí el comercio, la agricultura y las artes. El consejo del beato Juan de Ribera pudo ser muy piadoso y muy justo, pero despobló la nación y la dejó arruinada.

Contrastaba grandemente la guerra de armas en Italia con la guerra de intrigas en la corte. Allá se disputaba el ducado de Saboya; aquí el favoritismo del monarca. Allá Carlos Manuel despedía al embajador de España e invadía el Milanesado; aquí el de Uceda suplantaba a su mismo padre el de Lerma en el favor del débil príncipe. Allá mediaba Luis XIII para ajustar un tratado en Pavía; aquí intervenía el padre Aliaga, confesor del rey, en los manejos de las privanzas palaciegas. Allá se formaban alianzas de príncipes italianos contra España y conjuraciones de españoles contra Venecia; aquí se fraguaban planes y se empleaban artificios para dominar en palacio. Allá se ganaba para España la Valtelina que había de envolverla en nuevas complicaciones; aquí se ganaba el valimiento del monarca, que poseído por Don Rodrigo Calderón había de llevarle con el tiempo, como a otro Don Álvaro de Luna, de las gradas del trono a los escalones del cadalso. Habían vuelto los tiempos de Juan II y de Enrique IV.

Y prosiguieron todavía. Porque a la privanza infausta de Lerma y Uceda con Felipe III. sustituyó la no menos funesta de Olivares con Felipe IV.

Más embaidor que político el Conde-Duque, alucinó al pueblo y fascinó al rey. El pueblo creyó en las ofertas de un bello programa, y se dejó engañar como un enfermo desesperado que acoge las palabras de un curandero. El rey era un niño, y se enamoró de un ministro que le hacia apellidar el *Grande* mucho antes de poder serlo. Cuando el pueblo reconoció su error, no pudiendo poner remedio se limitó a murmurar, que era lo único para que le habían dejado fuerzas los reinados anteriores: y el monarca que hubiera podido remediarlo no lo conocía.

Felipe IV y la política de su privado trajeron a España males que aún lamenta, y compromisos de que no ha acabado de salir al cabo de dos siglos. Empeñados en engrandecer la casa de Austria, arruinaron la España. En la famosa guerra del imperio, llamada de los treinta años, no cesó Felipe de prodigar hombres y tesoros al emperador. Iban nuestros soldados a vencer en Praga, para ser vencidos después en Estremoz y Villaviciosa. Triunfaban a quinientas leguas de distancia para dar a Fernando de Austria la corona de Bohemia, y cuando tuvieron que pelear dentro de España eran ya un ejército debilitado que dejaba perder el Portugal. Arrojaban del imperio al Elector Palatino y dominaban el Rhin, para no poder defender mas adelante las fronteras de Francia y tener que ceder el Rosellón. Luchaban con su acostumbrada bravura allá en Alsacia, en la Suabia y la Baviera, contra el rhingrave Otón, contra el landgrave de Hesse y contra el terrible Gustavo de Suecia; eran degollados en Oppenheim, triunfaban en Lutzen, perecían helados en los Alpes y ganaban laureles en Norlinga: sufrían reveses y alcanzaban triunfos en lejanas tierras y por ajenas causas; y cuando hubo necesidad de defender el reino, invadido por los vecinos o alterado por los naturales, faltaron ya fuerzas para ello: habíase gastado la vida en climas y en empresas extrañas.

La guerra con Holanda, emprendida de nuevo al expirar la tregua de los doce años, hubiera podido justificarse si hubiera podido sostenerse. Pero a pesar del arrojo de nuestros soldados, que allí, como en todas partes, vencían y triunfaban, pero no dominaban; a pesar de los talentos militares de Espínola, de la protección del emperador, y de los refuerzos sacados de Alemania para atender a aquellos países, hubo de resignarse Felipe IV a reconocer definitivamente la independencia de la República, y a cederle las conquistas hechas en América y en la India. Triste resultado de ochenta años de lucha, tan dispendiosa en hombres como en dinero. La tregua de doce años había sido el indicio de nuestra debilidad; el tratado de Westfalia lo fue de nuestra impotencia.

Cierto que fue una fatalidad el que se hubiera levantado contra España un genio tan activo, tan político y tan sagaz como el ministro de Luis XIII. No pudiendo sufrir el cardenal de Richelieu ni el engrandecimiento amenazador de la casa de Austria ni la arrogancia del gobierno español, dedicado a alentar a los que ya eran enemigos y a suscitar otros nuevos a los gabinetes de Madrid y de Viena, la política y las armas francesas encendieron la guerra donde estaba apagada, y aviváronla donde estaba ya encendida, y en tan general conflagración no era posible que dejara de sufrir la España

grandes catástrofes. La nación que tenia sus guerreros desparramados por toda Europa y por todos los mares vio su propio territorio invadido por ejércitos extraños. Los franceses se atrevieron a penetrar en Guipúzcoa y en Cataluña. No tenía Richelieu mejor auxiliar que la política del Conde-Duque. Parecía obrar de concierto.

Creciendo con los reveses del reino la altanería del valido, apuraba a un tiempo los recursos y la paciencia del pueblo. Estalló con explosión la mina del despecho en la provincia menos sufrida, en la más celosa de sus fueros, y también la más ofendida y hostigada. La insurrección de Cataluña con sus terribles bandas de segadores, con sus horribles matanzas y sus venganzas sangrientas, fue un feliz acontecimiento para Richelieu y los franceses, y la imprudente política de Olivares convirtió en guerra larga y formal lo que hubiera podido ser un arranque momentáneo de enojo. Reprodujéronse las escenas de los tiempos de Juan II de Aragón, y aún fueron mas adelante, porque Luis XIII, nombrado conde de Barcelona, pudo llamarse algún tiempo rey de Francia y de Cataluña. Esta provincia volvió a ser española, pero el Rosellón y la Cerdaña allá se quedaron para no más volver.

Todo era desastres. Portugal oprimido y vejado, se levanta también, encuentra ocasión de sacudir la dependencia de Castilla, y la dominadora del orbe es impotente a evitar la desmembración de una provincia suya. ¿Qué importa que no se reconozca todavía de derecho su independencia? La monarquía portuguesa renace con Juan IV con todas las condiciones de estabilidad. Emancípanse también sus colonias, y entre portugueses y holandeses nos hicieron perder medio mundo. Todos lo sabían menos el monarca español. Cuando Olivares le dijo que el duque de Braganza había hecho la locura de coronarse rey de Portugal, lo cual era una fortuna, porque así sus bienes volverían al fisco, *«pues disponerlo así,»* le contestó Felipe; y continuó divirtiéndose.

Sicilia y Nápoles imitan también el ejemplo de Cataluña, y se sublevan contra la tiranía de los virreyes. En Palermo se erige un calderero en jefe del tumulto, y el gobernador se esconde en el sótano de un convento para evitar el furor de la muchedumbre amotinada que incendiaba las casas de los agentes del gobierno español. En Nápoles se proclamaba la república a la voz de un pescador; el duque de Arcos abraza primero a Masaniello en el balcón de su palacio para significar al pueblo que accede a todas sus peticiones; pero después el conde de Oñate hace degollar hasta a los hijos de los que habían tomado parte en la insurrección. Tampoco falta alli la intervención de la Francia. Las revueltas se sosiegan y se restablece el orden; pero los sucesos mostraban cuán impopular y cuán flaca era la dominación de los virreyes en aquellos países.

No cambió la suerte de España ni mejoró su fortuna con la muerte de Richelieu y con la de Luis XIII. A Richelieu sucede Mazzarini, cardenal como él y hechura suya, menos enérgico y violento, pero más disimulado y astuto. Continuador de su política, sostiene la monarquía durante la regencia de la reina madre. Luis XIV comienza a anunciarse fatal para España desde la cuna con la victoria de Rocroy. Las guerras de la Fronda en Francia infunden aliento a los españoles; Turena y Condé ayudan con sus venganzas de rivalidad el ascendiente que a favor de las revueltas iba recobrando la España, pero todo lo deshace la mañosa política de Mazzarini. Cuando Felipe IV solicitó el auxilio del gran protector de Inglaterra, ya Mazzarini se-le había anticipado, y prefiriendo Cromwell la amistad de la Francia, se declara Inglaterra contra España, y coopera activamente a su ruina. La derrota de Dunes pone a Felipe IV. en el caso de suscribir a la paz. Estipúlase el célebre tratado de los Pirineos. Conciértase en él e| matrimonio de Luis XIV con la infanta María Teresa de España, y se ceden a Francia la Cerdaña y el Rosellón con muchas plazas fuertes de Flandes y de los Países Bajos. Triunfó la diestra política de Mazzarini sobre la del negociador por España. En una pequeña isla del Bidasoa se determinaron los destinos futuros de nuestra nación. El tratado de la isla de los Faisanes contenía el germen de un cambio de dinastía. Aquellas capitulaciones matrimoniales habían de hacer de una España austríaca una España borbónica; y sin embargo, tal era el estado de las cosas que se aplaudió como una fortuna el tratado de los Pirineos.

Richelieu y Olivares representan la elevación de Francia sobre el abatimiento de España.

Aquel personifica la creación de la monarquía absoluta francesa sobre la muerte de la vieja monarquía aristocrática: éste simboliza la decadencia de la monarquía conquistadora de España, que había reemplazado a la monarquía popular, y dado entrada a la monarquía de los grandes, de los favoritos, de los confesores y de las mujeres. Richelieu abrió el camino a Luis el Grande, y Olivares le preparó a Carlos el Imbécil. Felipe IV con toda su indolencia tenia todavía elementos para haber sido más que Luis XIII si en lugar de un Gaspar de Guzmán hubiera contado con un Richelieu: y Luis XIII no era ni tan grande ni tan intrépido que sin un Richelieu no se hubiera quedado en menos de lo que fue Felipe IV.

Tres grandes transiciones políticas se verifican en esta época. La Inglaterra pasa a la libertad después de sus guerras parlamentarias, últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa. La Francia corrió al despotismo de Luis XIV después de las guerras de la Fronda, últimos esfuerzos de la independencia francesa. España entra en una impotencia miserable después de la guerra universal del cuarto Felipe, últimos alientos de su antiguo colosal poder. Inglaterra libre y Francia absoluta se levantan sobre la España impotente que las dominó antes.

La adulación había aplicado el sobrenombre de Grande a un monarca que merecía sólo el de piadoso y benigno. Cuando se vio que lo iba perdiendo todo, la lisonja halló un medio ingenioso de conservarle el dictado dándole por divisa un pozo con estas palabras: *cuanto más le quitan más grande es*. Queriendo adularle, le hicieron un epigrama.

Apesadumbróle mucho la pérdida de Portugal y le aceleró la muerte. *«Quiera Dios,* le dijo al tiempo de morir a su hijo Carlos, *que seas mas afortunado que yo.»* Pero Dios no lo quiso así, y el hijo fue mucho más desdichado que el padre.

Faltan términos con que expresar el abatimiento a que vino la monarquía en el reinado de Carlos II. Todo se conjuraba contra ella. Un rey de cuatro años, flaco de espíritu y enfermizo de cuerpo, una madre regente caprichosa y terca, toda austriaca y nada española, entregada a la dirección de un confesor alemán y jesuita, inquisidor general y ministro orgulloso; con un reino extenuado y un enemigo tan poderoso y hábil como Luis XIV., ¿qué suerte podía esperar esta desventurada monarquía? Luis XIV apareció como el terrible vengador de Francisco I y vino en ocasión en que no hubiera necesitado ser un héroe para invadir nuestras apartadas posesiones de Italia y Flandes, cuando Portugal había tenido la audacia de venir a provocarnos dentro de nuestro propio territorio: y la nación que se vio forzada a reconocer formalmente la independencia de Portugal, no es maravilla que perdiera en tres meses la mayor parte de la Flandes, y que viera al monarca francés hacer en quince días la conquista del Franco Condado. Un ejército del vecino reino ocupaba parte de Cataluña; y Mesina se levantaba al grito de: *¡Viva la Francia!* Los tratados de Aquisgrán y de Nimega iban sumiendo a España en el abismo de la nulidad.

Habían cambiado los papeles de Europa, y la dominación universal con que a principios del siglo XVI había amenazado Carlos V.y la España, venia a fines del XVII de parte de Luis XIV y la Francia. La Europa se llenó otra vez de pavor y asombro. Mas a pesar de la coalición de Augsburgo para atajar las invasiones incesantes de la Francia, encubiertas bajo el insidioso nombre de pacificación, y para conservar la integridad del imperio tal como la garantizaban los tratados de Wetsfalia , Nimega y Ratisbona, España no logró reconquistar las provincias perdidas en la guerra que se siguió, y hubo de sufrir nuevas invasiones, no obstante tener que luchar la Francia a un tiempo con Inglaterra, Holanda, Suecia, Saboya y el Imperio. Fuese rompiendo la liga, y a España alcanzaron sus mas fatales consecuencias.

No acostumbrado Luis XIV a la idea de ver la Europa conjurada contra un hombre solo, procuraba mañosamente desarmarla con capciosas paces y con tratados artificiosos, cuya supuesta infracción le diera pretexto para nuevas declaraciones de guerra. El hombre que aparecía generoso, bombardeaba después de un tratado de paz a Oudenarde, Génova, Alicante, Barcelona y Bruselas. Si en la paz de Riswich se prestó a restituir a España las conquistas hechas después de la de Nimega, hízolo por contentar a los españoles para que se dejaran imponer un rey de su familia. Con la alegría de la paz olvidáronse las potencias del gran principio que las hiciera aliarse; olvido feliz

para Luis XIV y que todos los esfuerzos del Austria no alcanzaron a subsanar después.

Mientras la monarquía se desmoronaba, la corte era un hervidero perenne de miserables intrigas palaciegas. El rey, la reina madre, Nithard, Valenzuela y don Juan de Austria, daban abundante pasto a la murmuración y a la maledicencia pública; y el pueblo que presenciaba las miserias de la corte en medio de la ruina de la monarquía, parecía encontrar un desahogo a sus males en las sátiras, libelos y pasquines con que diariamente se le entretenía, denunciándole flaquezas que no ignoraba, mas viéndolas representadas bajo formas picantes y festivas, mostraba alegrarse de que le hicieran reír, a trueque de no llorar.

Aborreciendo a los sucesivos favoritos de la reina viuda, fijaba su cariño en don Juan de Austria, que aparecia como el único capaz de dar vida al desfalleciente reino; y cuando se acercó a las puertas de Madrid, hubiérale tal vez aclamado rey sin reparar en que fuese hijo de una cómica, si él hubiera tenido más audacia y más altos pensamientos; pero contentóse con un destierro para el confesor y con un virreinato para sí. Cuando después fue primer ministro, no correspondió el acierto del gobernador a la fama del guerrero. Don Juan perdió su popularidad, y murió desopinado después de una administración tempestuosa. Como si los nombres hubiesen sido necesarios para hacer más palpable la decadencia de España de los primeros a los últimos príncipes austriacos, vino este don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV a recordar con dolor las glorias del otro don Juan de Austria, hijo bastardo de Carlos I.

¡Cuánto había degenerado esta familia de reyes! El biznieto de Felipe II, de aquel monarca que había gobernado el mundo por sí solo, viose alternativamente dominado por una madre, por un hermano, por dos esposas, por confesores, por camareras intrigantes y por magnates codiciosos. El que de niño había tenido que ser llevado hasta los cinco años en brazos de una aya, no pudo de rey marchar nunca sin andadores.

A la desmembración que de sus posesiones sufría por fuera agregábase dentro la penuria de la hacienda, que nunca a tan desdichada estrechez llegara. Era un mal heredado, que había venido agravándose con las generaciones. Sucedíanse ministerios, discurríanse arbitrios, creábanse juntas magnas, imaginábanse expedientes, útiles algunos, injustos muchos, absurdos otros, ridículos y extravagantes los más, eficaz ninguno. Pusiéronse en venta los títulos de Castilla y las grandezas de España, y viose a un simple curial sin mas categoría que la de paje, y al hijo de un maestro de obras y otros sujetos de la clase más ínfima del pueblo, a los unos grandes de España, a los otros títulos de Castilla. Concibióse la idea de entregar al clero la administración pública y de confiar la dirección de la hacienda, guerra y marina a los cabildos de Toledo. Sevilla y Málaga. El ejército de tierra apenas llegaría a veinte mil hombres mal disciplinados y casi desnudos, la marina a trece galeras de mal servicio, y la población del reino a menos de seis millones de habitantes. Veíase languidecer, extinguirse a un tiempo la nación y la dinastía reinante.

Sin esperanzas ni de sucesión ni de salud el monarca; litígase entre potencias extrañas la sucesión española, y por dos veces se reparten entre sí nuestro territorio como hacienda sin dueño. Mostróse Luis XIV en estos tratados de partición el negociador más activo y el político más astuto y mañero, pero también el menos fiel y el menos sincero aliado. En la misma corte de España bullían y se agitaban el partido francés y el partido austriaco, que prevalecian alternativamente según las influencias que accidentalmente dominaban. El desgraciado monarca, hipocondríaco y enfermo, asediado y hostigado por todos, tímido, vacilante, irresoluto y zozobroso entre instigaciones y consejos, opuestas pretensiones, personales afectos y escrúpulos de conciencia, estrechado por embajadores, grandes, inquisidores, confesores, consejeros y ministros, no acertaba a resolverse a nombrar sucesor. La Europa entera pendía de sus labios, y Carlos no pronunciaba. Representósele hechizado; muchos creyeron en el maleficio; él lo creyó también, y su confesor le exorcizaba con la fe más cándida y mas pura. Consultábase a los teólogos, a los juristas, al pontífice; apelábase a las respuestas de las mujeres endemoniadas; y todos, hasta los malos espíritus intervenían en el negocio de la sucesión a la corona de Castilla, menos las Cortes del reino, con las cuales no se contaba.

Firmó por último Carlos en el lecho de muerte el documento que fijaba la disputada sucesión.

Falleció a poco tiempo el atribulado monarca. Abrióse con toda solemnidad el codicilo. La política de Luis XIV había triunfado. El elegido era su nieto el duque de Anjou. Felipe V de Borbón era el rey de España. La dinastía austriaca había concluido.

Esta dinastía como la antigua de los Trastamaras, había pasado en dos siglos, como aquella, de la actividad más vigorosa a la nulidad más completa. Aún fue mayor la degeneración de Carlos I a Carlos II, que de Enrique II a Enrique IV. No carece ni de exactitud ni de genio la pintura que de esta degradación hace un ilustre escritor contempóraneo. «Carlos V (dice) había sido general y rey: Felipe II fue solo rey: Felipe III, y Felipe IV no supieron ser reyes; y Carlos II ni siquiera fue un hombre.»

Obstinada la dinastía austriaca en dominar la Europa, despobló la España, sacrificó sus hijos, agotó sus tesoros y ahogó sus libertades políticas.

Quiso abatir la Francia e imponerle un rey de su dinastía, y sufrió la ley providencial de la expiación, siendo ella misma la que llamó a un príncipe francés a ocupar el trono de España. Y a tal extremo de desolación había venido nuestro pueblo, que hubieron los españoles de mirar como un bien el ser regidos por un príncipe extranjero, uno de los últimos recursos de los pueblos agobiados por los infortunios. Era el año 1700.

Si los reyes católicos hubieran resucitado, ¡cuántas lágrimas de amargura hubieran vertido sobre esta pobre España que dejaron tan floreciente y con tantos elementos de prosperidad! Si es que podían reconocer en la España de fines del siglo XVII la misma España que ellos legaron en principios del siglo XVI!

XIV.

«Desde este instante ya no hay Pirineos.» La Europa alarmada recogió estas palabras fatídicas con que el gran Luis XIV apostrofó al nuevo monarca español al salir para España *con el superior beneplácito de su abuelo*. En siglo y medio no las ha olvidado, y en nuestros días ha tenido ocasiones de recordarlas.

El tratado de los Pirineos produjo el testamento de Carlos II. Había en aquel una cláusula que se procuró hacer desaparecer en éste. ¿Se invalidaba la renuncia de María Teresa al trono de España estipulada en las capitulaciones matrimoniales de los Pirineos, con la condición de que no se reuniesen en una misma persona las coronas de Francia y España puesta en el testamento de Carlos? ¿Cuál de las dos dinastías alegaba mejor derecho a la sucesión española, la rama austriaca o la rama borbónica? ¿Cuál era más conveniente a España? La cuestión de derecho y la cuestión de conveniencia las resolvieron la voluntad del rey y la voluntad de los españoles. Había además para Europa la cuestión de forma. La política capciosa de Luis XIV había desabrido al Austria y burlado a las potencias signatarias de los tratados de partición. La guerra, pues, era inevitable. Pero tenemos la convicción de que cualquiera que hubiese sido el fallo de este gran litigio, se hubiera apelado de él al terrible tribunal de las campañas, que es donde por desgracia se fallan siempre en última instancia las querellas de los príncipes y los pleitos de las naciones.

Cuando estalló la guerra, halló a Luis XIV esperándola con arma al brazo, y cuando las primeras águilas imperiales penetraron en las posesiones españolas de Italia, encontraron al gallo francés despierto y vigilante y preparado a la pelea.

Francia y España luchan ahora solas contra la Europa confederada. Nuestra península se ve invadida por Oriente y Occidente. Las escuadras anglo-holandesas cruzan nuestros mares, cañonean nuestras plazas y destruyen nuestros escasos bajeles. Valencia, Aragón y Cataluña se levantaron contra Felipe V y proclaman al archiduque Carlos de Austria. Estamos en plena guerra de sucesión.

España y Austria se encuentran guerreando entre sí, en expiación de sus faltas respectivas. Austria, que causó la ruina de España envolviéndola en temerarias y costosas guerras exteriores, recoge ahora el fruto de su funesto sistema teniendo que lidiar con esos mismos españoles que han excluido su fatídica dinastía y defienden con las armas a un príncipe de la familia más enemiga del

imperio. España paga el error de haberse enflaquecido por robustecer la casa de Austria, y de haber antepuesto a su felicidad doméstica el brillo de las conquistas exteriores. Un Carlos archiduque de Austria, rey de España, y emperador de Alemania después, fue el que movió aquel desbordamiento de la España. Otro Carlos archiduque de Austria, que también ha de ser emperador de Alemania, es el que trae ahora sus legiones a pelear dentro del territorio español en reclamación de un trono de que ha sido excluido. Al cabo de dos siglos (¡tan lentas son las grandes lecciones de la historia, porque tan lento es el desarrollo de la vida de los pueblos!) Carlos VI de Alemania se ve reducido al papel de pretendiente desairado al trono español, por consecuencia de la política iniciada por Carlos V de Alemania.

Parece imposible que en el estado de abandono, de desnudez y de miseria en que había dejado Carlos II el ejército, las plazas y el erario, pudieran los castellanos solos desenvolverse de tan cruda guerra, teniendo que combatir a un tiempo en Levante y en Poniente, contra ingleses, holandeses, portugueses y alemanes, y lo que es más, contra catalanes, aragoneses y valencianos, distraídas las fuerzas de su única aliada la Francia, en el Rhin, en Italia y en los Países-Bajos. Y sin embargo los triunfos de Almansa y de Villaviciosa hicieron ver a la Europa conjurada cómo sabían sostener los castellanos con las armas al monarca a quien una vez juraran fidelidad. Ayudáronlos Berwich y Vandome. Cien banderas cogidas a los aliados en Almansa fueron a adornar las bóvedas del templo de Nuestra Señora de Atocha. Felipe V y los castellanos vencían: peor estrella alumbraba a Luis XIV y la Francia. España se rejuvenecía con su joven rey: Francia declinaba con su viejo monarca, a quien faltaban a un tiempo el vigor y la fortuna. Era una casa fallida que se iba sosteniendo, aunque mal, con el antiguo crédito.

Los tratados de Utrech pusieron término a la sangrienta guerra de sucesión, y aseguraron en el trono de España la dinastía de los Borbones, renunciando Felipe V.sus derechos eventuales a la corona de Francia, y haciéndolo a su vez los príncipes franceses de los que pudieran tener al trono español, de modo que nunca pudieran unirse ambas coronas. Solo no se adhieren a los tratados Austria y Cataluña. Austria no cede un punto de sus pretensiones, y Cataluña prefiere erigirse en república a reconocer la autoridad de Felipe de Borbón: arranque de energía, que no fue sino un testimonio más del genio impetuoso de los naturales de aquel suelo, pero que costó a Cataluña la pérdida de sus amadas libertades, como ya le había costado a Valencia y Aragón.

No se compró la paz de Utrech sin costosos sacrificios. Inglaterra no quiso soltar sus presas de Gibraltar y Menorca; y cediendo España la Sicilia, Nápoles y Cerdeña, fue borrada del catálogo de las potencias de primer orden. La Gran Bretaña se propuso mantener el equilibrio europeo agrandando las naciones pequeñas, y diose Sicilia a la casa de Saboya con derechos a la corona de España en el caso de extinguirse la línea de Felipe V. Hiciéronse otros repartimientos que alteraron la faz de Europa.

Con el advenimiento del nieto de Luis XIV al trono español supúsose desde luego que el gabinete de Madrid giraría dentro de la órbita que le designara el de Versalles. Mirábase al de España como un satélite del gran planeta, y entonces no era una calumnia, era una verdad y una consecuencia. El monarca francés surtía de confesores al rey de España, de camareras a la reina, y de administradores a la nación. Los embajadores franceses obraban como ministros españoles, y los ministros españoles eran como embajadores franceses. Felipe sin embargo se identificó pronto con su patria adoptiva; juró muchas veces vivir y morir con sus amados españoles, y lo cumplió. Cuando Luis XIV, acobardado por los reveses, le propuso firmar con las potencias aliadas un tratado ominoso a España y a sus derechos, dirigía a su abuelo estas enérgicas y sentidas palabras: *«Ya que Dios ciñó mis sienes con la corona de España, la conservaré y defenderé mientras me quede en las venas una gota de sangre: es un deber que me imponen mi conciencia, mi honor, y el amor que a mis súbditos profeso... Con la vida solamente me separaré de España, y sin comparación preferiré morir disputando el terreno palmo a palmo al frente de mis tropas a tomar un partido que empañe el lustre de nuestra casa...»*

Aquí Felipe no es ya el príncipe francés, sino el monarca español. No es ya el joven tímido e inexperto que inclina humilde la frente a los mandamientos de un abuelo preceptuoso, sino un rey celoso de la honra de su reino y de su trono, que da lecciones de enérgica entereza a un anciano a quien abandona el vigor asustado por los contratiempos. Felipe V se atrevió a decir: *«Aún habrá Pirineos»*. Y los hubo. Por eso no le faltó nunca el cariño del pueblo castellano; y este admirable concierto entre el pueblo y el monarca fue el que produjo aquellos recíprocos esfuerzos que salvaron la monarquía, aunque con pérdidas dolorosas.

Y sin embargo este príncipe que tan español se había hecho y que tanto debía a los castellanos, se acuerda una vez de que es francés, y altera la antigua ley de sucesión a la corona de Castilla. El que debía su trono a una mujer, priva a las hembras del derecho de suceder en el trono, y establece a disgusto de la nación la ley Sálica poco modificada. Innovación fatal, que al cabo de ciento y veinte años había de ser invocada por un descendiente suyo para pretender suplantar a la reina legítima, y que aunque revocada por otro monarca y por las Cortes del reino no ha podido esta nación libertarse de sufrir las calamidades y estragos de una guerra civil.

La corte de Luis XIV emancipó al rey y al gobierno español de la tutela del de Versalles; y las segundas nupcias a que pasó Felipe V con la princesa de Parma trajeron en derredor del trono otras influencias que dieron diversa dirección a los negocios y distinto rumbo a la política.

Viva se mantenía la animadversión entre Austria y España, y aún las potencias signatarias de los tratados de Utrech habían quedado al pronto tranquilas, pero ninguna contenta. Pronto se ve la Europa hondamente agitada y de nuevo revuelta a impulsos de un genio turbulento, que enmaraña a todas las naciones , que halaga con la Sicilia al duque regente de Francia y fragua conspiraciones en París para desposeerle de la regencia; que promete a Inglaterra y le busca enemigos en Escocia; que entretiene y engaña a Holanda, que auxilia a Venecia contra el turco, que suscita en todas partes enemigos al imperio, que convida a Ragotzy a posesionarse de la Transilvania y a inquietar la Hungría, que proyecta con Rusia y Suecia una expedición contra la Gran Bretaña, que lucha con Francia en el país vasco y en Cataluña, con Inglaterra, Holanda y el imperio en el Mediterráneo, que promueve alianzas y tratados, que atreviéndose a rasgar las estipulaciones de Utrech, reclama para España las posesiones allí cedidas, que reconquista a Sicilia y Cerdeña, que levanta formidables ejércitos de tierra y hace respetar otra vez el pabellón español en los mares, que reanima el genio de España y le restituye un puesto importante en el sistema político de Europa.

Este gran revolvedor del mundo, que de tal suerte intimida a las potencias europeas con su asombroso talento y sus gigantescos planes, que las más poderosas se ven obligadas a conjurarse contra su persona y a exigir a Felipe V su separación como preliminar de la paz, es un clérigo italiano, es el hijo de un pobre hortelano de Plasencia, que ha sido él mismo campanero de una iglesia de aquella ciudad de Italia, que por su propio mérito se ha ido encumbrando hasta elevarse al alto puesto de primer ministro de Felipe V de España, y de consejero y confidente de la reina Isabel de Farnesio, que ha alcanzando el capelo de cardenal engañando al papa como engañaba a los demás soberanos: es el abate Julio Alberoni. Felipe V. accede a hacer salir de España a Alberoni; se estipulan los tratados, y España y Europa parece quedar otra vez tranquilas.

Desde las segundas nupcias de Felipe, uno de los monarcas en cuyo ánimo han ejercido más dominio sus mujeres, un pensamiento invariable, una idea fija descuella en la marcha de su gobierno y constituye por más de treinta años el blanco de su política. Este pensamiento se revela en todas las negociaciones diplomáticas, se trasluce en las alianzas y en los rompimientos, se descubre en los tratados de Londres, de Viena, de Sevilla y de Fontainebleau, predomina en los congresos de Cambray y de Soissons, es el alma de la política traviesa del fecundo Alberoni, subsiste durante la larga privanza del buen Grimaldo, dicta los atrevidos proyectos del presuntuoso y fantasmagórico Riperdá, sirve de norte a los planes del habil Patiño, guía al honradísimo Campillo en su prudente y corta administración; él es el que inspira a Felipe la renuncia de San Ildefonso, el que le decide a volver a empuñar el cetro abdicado, el que trasciende en los dictámenes del consejo de Castilla y de las juntas de teólogos, el que concierta y deshace enlaces de príncipes, el que promueve las guerras

y los acomodamientos, el que alienta las arriesgadas empresas de los hijos de los reyes, las comprometidas operaciones militares del prudente Montemar y del intrépido Gages, el que absorbe los tesoros, el que preocupa los ánimos en los palacios y en las campañas, el que conmueve muchas veces la Europa y trae en constante inquietud y desasosiego a España. A este afán, que gasta toda la vitalidad de Isabel de Farnesio, y a cuyas sugestiones no puede resistir el débil e hipocondríaco Felipe, se encaminan todos los cuidados, todos los pactos, todas las empresas, y ante él se oscurecen y eclipsan todos los demás propósitos y fines. Este pensamiento de una madre solícita, incansable y ciega de amor a sus hijos, es el de recobrar las posesiones españolas de la península italiana para colocar en ellas como soberanos a los hijos del segundo tálamo de Felipe, y a impulsos de este anhelo se han perturbado muchas veces España y Europa, y el amor delirante de una madre ha influido grandemente en el cambio de condición de las naciones europeas.

Asombro universal causó cuando se supo que se había firmado la paz con el imperio. Montes de oro costó a España esta negociación, mas nada le importaba a la reina con tal que redundara en la mejor colocación de sus hijos. Manejóla secretamente el ministro Riperdá, famoso aventurero holandés (que siempre, y entonces más, ha parecido España la tierra de promisión de especuladores advenedizos), que de embajador de Holanda se trasformó en ministro español , que de protestante se hizo católico, y de católico se convirtió en musulmán: gran arbitrista, que después de haber hecho instrumentos de su ambición primeramente a Lutero y luego a Jesucristo, quiso por último servirse de Mahoma, y concluyó su carrera de aventuras en Tetuán, hecho bajá y apóstol de una nueva secta mahometana.

Isabel de Farnesio, a vueltas de mil negociaciones y dificultades, ve al fin a su hijo Carlos, el que algún día ha de ser rey de España, posesionarse de los ducados de Parma y de Plasencia. Tres años después, los vencedores de Almansa triunfan de los austriacos en Bitonto, la bandera de Castilla tremola otra vez en aquellas antiguas posesiones españolas, el príncipe Carlos es proclamado con entusiasmo rey de Ñapoles y de Sicilia, y el orgullo español y el amor de madre se ven a un tiempo halagados. Las naciones se cansan de tan costosas lides, y se ajusta el tratado definitivo de la paz.

Poco tiempo se saborearon sus dulzuras. Vaca el trono imperial de Alemania, y a instigación de Isabel se presenta el rey católico entre los muchos competidores al imperio. Otra vez se desenvainan las espadas de todas las naciones al grito de guerra. La solícita madre ve una ocasión para que su segundo hijo Felipe pueda conquistarse también a favor de la turbacion general alguna soberanía en su querido país de Italia, perpetuo tema de sus dorados sueños. Nuevas y sangrientas complicaciones. Guerras en Italia. Funesto comportamiento de Inglaterra para con los dos príncipes españoles. Fatal derrota de Campo Santo: terrible sorpresa de Velletri. Felipe en Lombardía; triunfal entrada en Milán. Paz entre el emperador y Francisco II. Desavenencias entre las dos ramas de la familia de Borbón, y torcida conducta del gabinete de Luis XV. Isabel de Farnesio se conforma con el pequeño patrimonio de Parma y Plasencia para su hijo Felipe.

Hubo en el largo reinado del primer Borbón un brevísimo paréntesis, que pareció insignificante, y sin embargo encerraba profundos e importantes arcanos: el de su solemne abdicación en su hijo Luis, y el reinado de este joven príncipe que pasó como las flores que nacen y mueren en un día, y que apenas legó a la historia sino un nombre más que intercalar en la cronología de nuestros reyes. ¿Será cierto que nunca devoraron a Felipe V más ambiciosos proyectos que cuando rezaba como un monje desengañado del mundo en el coro de Sau Ildefonso, o cuando para distraer su misantropía cazaba en los bosques de Balsain? ¿Lo será que pareciendo querer imitar en su retiro de la Granja a Carlos V de Alemania en Yuste, se semejó mas a Alfonso IV de León en Sahagún? Lo que no tiene duda es que salió como éste del solitario lugar tan luego como murió su hijo para volver a empuñar el abdicado cetro, y manejarle todavía por espacio de otros veinte y dos años.

Aquel palacio de San Ildefonso, con su colegiata, sus bellos jardines, sus elegantes y soberbias fuentes, cuyos surtidores de agua representan los arroyos de oro que en ellas se

invirtieron, esa obra famosa de Felipe V, nuevo Versalles construido al pie de un escarpado monte, prueba la magnificencia de los primeros reyes de la dinastía de Borbón, si bien no muy compatible con los ahorros del erario. El adusto monasterio del Escorial revela la época severa de Felipe II: los amenos jardines de la Granja simbolizan la época fastuosa y elegante de Luis XIV. En siete leguas de distancia se recorren dos dinastías y cerca de dos siglos, y toda la travesía es ingrata y pobre como los reinados que los dividen.

Mas si se coteja el mísero estado en que el último monarca de la casa de Austria dejó la hacienda, el ejército, la marina, el comercio y la industria española, con el que se registra en el reinado del primer Borbón, España debió felicitarse por el cambio de dinastía. Aquellos veinte mil hombres desorganizados y medio desnudos de los últimos tiempos de Carlos II, aparecen multiplicados como por encanto, ostentando Felipe V a los ojos de la Europa admirada al terminar la guerra de sucesión un ejército de ciento veinte batallones y de ciento tres escuadrones disciplinados y aguerridos. Aquella docena de casi inservibles galeras que dejara el postrer monarca austriaco, preséntase en los mares bajo el primer Borbón trasformada en respetable escuadra de mas de veinte navíos de guerra con trescientos cuarenta buques de trasporte y treinta mil hombres de desembarco. La industria y el comercio, casi exánimes en los últimos reinados, reciben el impulso que los escasos conocimientos de aquel tiempo en estos ramos permitían. Y aunque las medidas para su fomento solían ser menos acertadas que patrióticas, publicábanse ya escritos luminosos, y al través de los errores de la ciencia y delos obstáculos de las preocupaciones, vislumbrábase ya el sistema de las franquicias, y se levantaban muchas fábricas. El francés Orri hubiera necesitado mas tiempo del que le permitieron las intrigas palaciegas para desenmarañar el caos de la hacienda: el creador de los intendentes no pudo hacer sino incoar algunas reformas, y no dejó de corresponder a la fama que traía de entendido rentista. Riperdá, a vueltas de sus jactanciosas utopías, suministró ideas económicas que fueron útiles después. Era un loco que no carecía de conocimientos. El honrado español Campillo dio un golpe oportuno para libertar al pueblo de la plaga de los arrendadores asentistas de que Orri había querido emanciparle ya. Trabajábase en regularizar la administración, pero faltó energía para alterar el funesto sistema de impuestos. Las guerras consumieron inmensos capitales, y la nación se encontró con una deuda de cerca de cincuenta millones de duros.

Educado Felipe V en los principios de la escuela política de Luis XIV, poco podía esperarse en favor de las antiguas instituciones populares de Castilla.

Las rebeliones de Valencia, Aragón y Cataluña sirviéronle para acabar de extinguir las de aquel antiguo reino. El pueblo castellano, avezado como estaba por espacio de largas dominaciones a la ilimitada autoridad de los príncipes, no se inquietaba por la idea de recobrar la libertad civil, y sólo vivían sus recuerdos en ilustradas individualidades. El Santo Oficio continuaba fulminando sus sangrientos fallos con toda la actividad de los tiempos de su juventud. Algo no obstante se había adelantado. Felipe V no honraba con su real presencia los autos de fe, ni los tomaba por recreo como Carlos II.

Un hombre hubo ya en este tiempo, de vasta capacidad, de asombrosa erudición, de sólida virtud y de incontrastable fortaleza de ánimo, que quiso libertar la autoridad real del vasallaje de la Inquisición, volver al trono y a la potestad civil las atribuciones que el tribunal de la fe les tenia usurpadas, emancipar la corona de la dependencia de la tiara pontificia en los negocios temporales, y devolver sus antiguas libertades a la iglesia española. Hubiera tal vez aquel hombre insigne recabado de Felipe V tan grandes reformas, si con la venida a España de Isabel de Farnesio y la caída de la princesa de los Ursinos no se hubiera encumbrado en derredor del trono el partido italiano. Tomóle éste por blanco de sus iras, y cúpole a Macanaz la suerte que por lo común está reservada al apostolado de las ideas, el martirio de la persecución. Amábale el rey, pero supeditado por inquisidores y jesuítas le desterrraba del reino: seguía queriéndole en el extranjero, y le mantenía proscripto; le nombraba representante en el congreso de Cambray, y no se atrevía a abrirle las puertas de la patria. Entretanto encomendados a otras manos los asuntos de Roma, negociábase

la púrpura cardenalicia, y se admitía al nuncio a trueque de conseguir el capelo, y le prometía el capelo a condición de que se admitiera al nuncio: contrato entre partes en que la doctrina canónica no hallaba ocasión de intervenir. Así se hizo el ajuste de 1717, y a parecido precio se obtuvo el concordato de 1737, si bien en este comenzaron ya a triunfar las ideas de Macanaz: hasta que en el de 1753 sancionó ya la Santa Sede el patronato universal de la corona de España.

En el autor del *Memorial de los cincuenta y cinco párrafos*, y de los *Auxilios para gobernar bien una monarquía católica*, vemos el representante del primer albor con que se anunciaba la regeneración política de España. El entendimiento de Macanaz marchaba delante de su siglo. Muchas de sus máximas religiosas y políticas hablan de ser puestas en ejecución por los sabios ministros del gran Carlos III, y algunas eran tan avanzadas que muchos pueblos de los que más progreso han alcanzado en la carrera de la civilización aún no han podido verlas planteadas en el siglo XIX. En las desapasionadas páginas de nuestra obra hallará por lo menos la justicia que le fue denegada en su tiempo: diminuta compensación que por nuestra parta podemos dar al magistrado incorruptible, al sabio publicista, al hombre de la expatriación y de los calabozos.

Suelen no caminar al mismo paso el desarrollo de la ciencia política y el de otros ramos de los conocimientos humanos. Felipe II, que dejaba cantar a los poetas tan libremente como quisieran, no permitía la circulación de una sola idea que tendiese a menoscabar la plenitud de la potestad real. Luis XIV empuñaba con una mano el cetro del absolutismo, y con otra erigía academias científicas de que plagaba el suelo de la Francia: con una levantaba el catafalco de las libertades francesas, y con otra encendía mil lumbreras de gloria. Así mientras su nieto en España permitía a un inquisidor que prohibiera los escritos políticos de Macanaz, creaba por otra parte bibliotecas, academias y universidades a ejemplo de su abuelo. Nacieron entonces la de la Lengua y la de la Historia, la Biblioteca Real, el Seminario de Nobles y el colegio de San Telmo. La revolución literaria iba preparando sin que él mismo lo sintiese la revolución política. Feijoo abrió una herida mortal a las preocupaciones populares, citándolas ante el tribunal del espíritu analítico, de la razón y de la filosofía. A pesar de la cautela con que se vedó a sí mismo el examen de las materias políticas y religiosas, todavía fue delatado al Santo Oficio. Pero el sabio benedictino tuvo la suerte de alcanzar el reinado de Fernando VI, cuyos ministros le pusieron a cubierto de toda persecución. El proceso del P. Froilán Díaz había marcado la transición del reinado de Carlos II al de Felipe V: el proceso del P. Feijoo divide y marca perfectamente el tránsito del reinado de Felipe V al de Fernando VI.

Por primera vez después de tantos siglos de eternas luchas subió al trono español un príncipe, que mirando las guerras como el más cruel azote de la humanidad proclamó el sistema de paz a toda costa. La de Aquisgrán vino en 1749 a colmar los deseos del bondadoso Fernando VI. Desde este momento se encastilla en una prudente y estricta neutralidad, y deja que peleen cuanto quieran las demás naciones. Francia e Inglaterra, rivales antipáticas que se acechan para abatirse, rompen de nuevo las hostilidades, y cada cual solicita para sí con ahinco la amistad y el apoyo de España. Fatíganse en vano ministros y embajadores por inclinar el fiel de aquella balanza a un lado o a otro. Ayuda a Francia el imperio, ponese la Prusia de parte de Inglaterra, España permanece neutral. Brindan los franceses a Fernando con Menorca, los ingleses le hacen la ofrenda de Gibraltar; tentadores eran los ofrecimientos, pero se estrellan contra la imperturbable impasibilidad del rey, lo mismo que la actividad diplomática. Igual lucha sustentaban dos ilustres miembros del gabinete español, predilecto del rey el uno, preferido de la reina el otro, queriendo el uno inclinarle a la alianza francesa, el otro a la amistad británica. Pero deshaciendo Carvajal la trama que Ensenada urdía, especie de tela penelópica tejida y destejida en el taller de la diplomacia , iba manteniendo Fernando la nave de la neutralidad entre contrarios vientos sin dejarla irse a fondo, y la paz era más honrosa cuanto la nación se veía por dos estados poderosos acariciada. Situación nueva para España, y seria difícil encontrar otra análoga retrocediendo siglos.

Así mientras las vecinas naciones sufrían los estragos horribles de la guerra, aquí a la sombra saludable del árbol de la paz, plantado por un monarca benéfico, prosperaban la industria, el comercio y la agricultura, desarrollábanse las letras y las artes, tomaba nuevo vuelo nuestra marina,

y ¡cosa desoída en largos siglos! se encontraban sumas considerables en las arcas del tesoro.

El próspero y pacífico reinado de Fernando VI, acusación elocuente de los seis reinados tumultuosos que le precedieron, nos ratificaría, si de ello necesitáramos, en que no es la gloria de las conquistas ni los triunfos estruendosos de las armas lo que labra el edificio de la felicidad de los pueblos.

Tras larga y penosa agonía, y cerniéndose en torno al lecho mortuorio del misántropo monarca intrigas sin cuento, fallece el virtuoso Fernando, dejando su esterilidad abierto el camino del trono, su prudencia el camino de la prosperidad a su hermano Carlos, el rey de las Dos Sicilias, que arreglada la sucesión de aquellos reinos viene a tomar posesión de su nueva herencia. Ñapoles llora su despedida y España entona cantos de júbilo a su arribo. Sus gloriosos antecedentes auguran días de bonanza para su país natal.

XV.

No puede pronunciarse sin un sentimiento de amor respetuoso el nombre de Carlos III. A él viene asociada la idea de la regeneración española.

Si el talento de Carlos no rayó en el más alto punto de la escala de las inteligencias, tuvo por lo menos razón clara, sano juicio, intención recta, desinterés loable, ciego amor a la justicia, solicitud paternal, religiosidad indestructible, firmeza y perseverancia en las resoluciones. Si le hubiera faltado grandeza propia, diérasela y no pequeña el tacto con que supo rodearse de hombres eminentes, y el tino de haber encomendado a los varones más esclarecidos y a las más altas capacidades de su tiempo, y puesto en las más hábiles manos, la administración y el gobierno de la monarquía.

Inaugura su entrada en España restituyendo fueros y condonando deudas. Reconocióse luego al genio benéfico de Nápoles que venia a fecundar su suelo patrio.

Duélenos por lo tanto verle abandonar en la política exterior desde los primeros tiempos de su reinado el prudente sistema de neutralidad en que su hermano había sabido parapetarse. Los afectos de la sangre conducen a Carlos a ajustar con la Francia el famoso *Pacto de familia*, con que quedó ligada la suerte de España a la del vecino reino. Soberbio y atrevido reto que hizo una sola familia de príncipes a todos los poderes de la tierra en circunstancias las mas comprometidas.

La política de Choiseul, el negociador de la Francia , especie de ministro universal de Luis XV, envuelve a Grimaldi, negociador por España, en el *Pacto de familia*, como Mazzarini había sabido atraer a don Luis de Haro al ajuste de la *Paz de los Pirineos*, los dos tratados que han ligado más las dos ramas de los Borbones. Carlos IV y Luis XVI, Fernando VII y Luis XVIII, nos recordarán a Carlos III y Luis XV, como estos hacen remontar nuestra memoria a Felipe IV, y Luis XIV.

Pronto comenzó España a probar las aguas amargas que brotaron de aquella fuente de discordias secretamente abierta en París. La guerra con la Gran Bretaña era consecuencia natural del Pacto de familia. Las dos preciosas joyas de nuestras colonias de Oriente y Occidente, Manila y la Habana, caen en poder de los ingleses, y no sin sacrificio se logra recobrarlas dos años después por la paz de París.

Si pudiéramos establecer una línea divisoria entre el hombre y el monarca, aplaudiríamos los sentimientos que dictaron aquel concierto de familia como negocio del corazón. Pero en las potestades que rigen los pueblos, antes son los deberes de la soberanía que los afectos de deudo: y aquellos mismos sentimientos que merecían una bella página en la biografía de un príncipe pueden formar una de las hojas más tristes de su historia política. Creemos no obstante que hubo de parte de Carlos III. algo mas que los vínculos de cognación. No tenía olvidado este monarca que la Inglaterra había sido la que años antes, siendo rey de Nápoles, le impuso con aire de ruda y despótica amenaza aquella neutralidad mortificante que le forzó a reprimir los naturales afectos de la fraternidad prohibiéndole acudir en ayuda de su hermano Felipe. Veía Carlos además con

amargura y enojo ondear el pabellón británico en territorio español, y Gibraltar y Menorca en poder de los ingleses eran dos espinas que le punzaban como español y como rey. Concedamos, pues, algo al justo resentimiento, algo también al honor nacional lastimado, y el Pacto de familia aparecerá, sin eximirle de lo impolítico, un tanto excusable al menos, y no por un solo motivo dictado.

Insurrecciónanse las colonias inglesas de América contra la metrópoli, y Carlos, como vengador de agravios recibidos de Inglaterra y como cumplidor del Pacto de familia, fomenta en unión con Francia una insurrección que si al pronto enflaquecía a su rival había de ser con el tiempo funesta a España. La emancipación de los anglo-americanos, tan útil a la especie humana en general, no podía serlo a la nación que tenía en aquella parte del mundo inmensas posesiones que perder. Hubo un español que vaticinó con maravillosa exactitud todo lo que después había de sobrevenir, y lo que es más, lo expuso a su monarca con desembarazo y lealtad. *«Llegará un día*, decía el insigne conde de Aranda en su Memoria, *en que esta república federal que ha nacido Pigmea crezca y se torne gigante, y aún coloso terrible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias, y solo pensará en su engrandecimiento... El primer paso de esta potencia, cuando haya logrado engrandecerse, será apoderarse de las Floridas a fin de dominar el golfo de Méjico... Estos temores son muy fundados, señor, y deben realizarse dentro de breves años, si no presenciamos antes otras conmociones mas funestas en nuestras Américas...»* Proponíale seguidamente un plan de emancipación, con condiciones igualmente ventajosas a la metrópoli y a las colonias.

Por desgracia el monarca, casi siempre deferente a los consejos de los hombres ilustrados, no escuchó esta vez el patriótico pensamiento del antiguo presidente de Castilla, y los resultados justificaron por desdicha la sagaz previsión del embajador. El mismo Carlos III. alcanzó algunos chispazos del fuego de la independencia que había comenzado a prender en nuestras colonias. Cuarenta años después lloraba España la pérdida de sus ricas Indias. Hoy nos parece un acontecimiento feliz cada vez que los representantes de alguno de aquellos nuevos estados, antes posesiones nuestras, vienen a convidársenos por amigos. Tal vez alguna de aquellas recientes repúblicas, no muy afortunadas en la obra laboriosa de su organización, amenazadas por el gigante del Nuevo Mundo, tal vez la España misma también haya vuelto en alguna ocasión sus ojos hacia algo semejante al pensamiento salvador del gran conde de Aranda. Pero los tiempos pasan y no tornan.

Las guerras sostenidas con la Gran Bretaña en los mares de ambos mundos, proporcionaron a España hacer alarde de una fuerza naval imponente que le daba consideración en América y Europa. Triunfos gloriosos alcanzaron nuestras escuadras, señaladamente en las Indias Occidentales. Aún en el antiguo continente, donde fueron menos afortunadas, hicieron muchas veces vacilar el poder marítimo de la que blasonaba de ser la soberana y la señora absoluta de los mares. Pero sufrimos también lamentables reveses. El desastre del cabo de San Vicente fue un golpe mortal para la marina española. El pabellón nacional fue sin embargo digna y maravillosamente sostenido, y los ingleses hicieron justicia al heroísmo de nuestros soldados. Todavía el contratiempo del cabo de San Vicente fue vengado en lo alto de las Azores, y Cádiz vio entrar en triunfo una de las más ricas presas de que hacen mención las historias.

Una expedición feliz devuelve a la corona de España la isla de Menorca, desmembrada de ella por espacio de setenta y cuatro años. No hubo igual suerte con Gibraltar, cuya recuperación era el afán del pundonoroso monarca, el objeto a que consagraba esfuerzos, sacrificios y gastos sin cuento, el bello ideal de sus esperanzas y de sus ilusiones. *«Gibraltar es un objeto,* decía Floridablanca, *por el cual el rey mi amo rompería el Pacto de familia, o cualquier otro compromiso que tuviese con Francia.»* Pero a su vez decía lord Stormont, *«que si España le ponía ante los ojos el mapa de sus estados para que buscase un equivalente a Gibraltar, fijando tres semanas para la decisión, no podría en tan largo plazo hallar entre todas las posesiones del rey de España nada que bastase a compensar la cesión de aquella plaza.»* Así los manejos diplomáticos fueron tan inútiles como los bloqueos, y las diestras maniobras navales de Crillon tan ineficaces como las famosas

baterías flotantes con que Mr. D'Arson entretuvo las esperanzas de los españoles y la curiosidad de Europa. Los ingleses defendieron su presa contra los disparos de los cañones con la misma tenacidad que contra las proposiciones y tratos de los gabinetes, y Carlos III hubo de resignarse a firmar la paz de 1783 con el desconsuelo de dejar en poder de la Gran Bretaña aquella fortaleza formidable. Sinceramente desearíamos no ver en esa enorme y disputada roca sino un castillo inglés enclavado en suelo español, y que no nos inspirara ideas y recuerdos de la fe británica.

La política exterior de Carlos y de su primer ministro lleva en los últimos años un sello de circunspección, de firmeza y de aplomo que sorprenden y admiran a Europa. Valióle esto una de las honras más distinguidas que pueden caber a un soberano, la de haber sido elegido por las naciones para árbitro mediador en las graves contiendas que las traían desasosegadas y envueltas en funestas lides.

El ánimo fatigado con la perspectiva de tantos cuadros sombríos como hemos tenido que bosquejar hasta ahora, siente un gustoso descanso al volver la vista al que presenta el gobierno interior de este gran príncipe. Vese a la España cobrar una animada existencia después de un largo marasmo, y entrar en el movimiento progresivo de la humanidad que parecía paralizado en ella. Se ve a los entendimientos ir sacudiendo las trabas de su esclavitud, y las doctrinas humanitarias erigirse en principio de gobierno. Era la preparación más conveniente para los cambios políticos y sociales que hubieran de sobrevenir. Era el anuncio de una época de regeneración, o mas bien el principio de ella, iniciado con prudente mesura, como si el espíritu reformador que se desarrollaba se propusiera realizar su obra sin las violentas conmociones que habían señalado este tránsito en Inglaterra, y sin los terribles sacudimientos que amenazaban ya a Francia.

No se proclamó la libre emisión del pensamiento, pero se le libertó del poder censorio de la corte de Roma y de la Inquisición, que se le habían exclusivamente arrogado. Prohibióse la censura de las obras sin escuchar previamente al autor y oír la interpretación que daba a sus palabras. Los breves de Roma en que se condenara algún libro no eran admitidos ya sin el consentimiento de la potestad civil. Estableciéronse garantías contra las arbitrariedades de la Inquisición, y muchas disposiciones emanadas de la autoridad real anunciaban a aquel tribunal terrible que no tardaría en caducar su omnipotente imperio. Hubiera caído derrumbado aquel baluarte del fanatismo al cumplirse los tres siglos de su existencia, si el prudente Carlos no hubiera creído más conveniente y más político irle demoliendo por grados que desplomarle con súbita y estrepitosa explosión. Cuando el ministro Roda le aconsejaba la supresión del Santo Oficio, *«no me atrevo,* le contestó el juicioso monarca, *a arrostrar la resistencia de una parte del clero y del pueblo, que todavía no está bastante ilustrada para consentir en esta supresión.»* Palabras que descubren la posición respectiva del monarca y del pueblo; y que revelan que no era Carlos III un ejecutor obsecuente de los dictámenes de sus ministros, sino que tomaba resoluciones y tenia ideas propias. Contentóse con allanar obstáculos y dejar al tiempo y a circunstancias mas favorables la total destrucción del sangriento tribunal. No hizo poco en hacerle perder su ferocidad primitiva, en cercenar su poder y poner coto a sus vejaciones. Escasísimos fueron ya los autos de fe, y sin el antiguo formidable aparato: cesaron de encenderse las hogueras y la humanidad le quedó agradecida.

Las doctrinas sobre, las regalías de la corona en la gran cuestión sobre los límites de las dos potestades, el sacerdocio y el imperio, defendidas en el reinado de Felipe IV por los ilustrados Chumacero y Pimentel, difundidas en el de Felipe V por Macanaz, el grande apóstol de los *regalistas*, ya más desarrolladas en el de Fernando VI, se desenvuelven completamente y fructifican en el de Carlos III. La corte romana ceja en sus antiguas pretensiones ante la enérgica actitud del monarca español y de sus hombres de estado, y la autoridad real recobra el ensanche, y la potestad civil recupera gran parte del terreno que había venido perdiendo desde la edad media. El proceso contra el obispo de Cuenca acreditó que el soberano en este punto no toleraba oposición.

Había estado apegado el jesuitismo al confesonario y a la cámara regia, representado en tiempo de Fernando VI por el P. Rábago, celoso procurador del engrandecimiento de su orden en ambos mundos. Pero la existencia de una milicia papal era casi incompatible con el reinado de los

regalistas; y creemos que sin la carta del P. Ricci, y aunque en el motín contra Esquilache no se hubiera gritado: *¡vivan los jesuítas!* los jesuítas hubieran sido del mismo modo expulsados, como lo habían sido ya en Portugal y en Francia. Lo que hizo el motín fue aglomerar causas y acelerar el golpe. La expulsión se ejecutó de un modo análogo a las máximas jesuíticas, con misterioso sigilo como obraban ellos. Los defensores del poder absoluto de la tiara cayeron a impulsos de un rasgo de poder absoluto de la corona. Fue pues la expulsión de los jesuítas un gran golpe de Estado. No tuvieron mejor suerte los hijos de Loyola en Nápoles y Parma. Todos los Borbones se pusieron de acuerdo para la abolición de la orden, y no descansó Carlos III hasta conseguir la bula de extinción, que otorgó Clemente XIV. No olvidemos que Carlos III era un monarca profundamente religioso.

La desamortización eclesiástica y civil, ese gran principio que en la cartilla económica moderna goza los honores de axioma, tuvo muchos propagadores, pero no encontró ejecutores todavía. El Consejo de Castilla quiso aún conservar la mano muerta, pero era una mano que quedaba herida y manca. Desde que apareció el tratado de *Regalía de Amortización* de Campomanes, y desde las peticiones fiscales de los Consejos de Castilla y Hacienda, que tanto esforzó después en sus luminosos escritos el ilustrado autor del *Informe sobre la Ley Agraria*, el clero y los mayorazguistas pudieron comprender que si la cuestión no se había resuelto en la práctica quedaba resuelta en los entendimientos, como pudieron comprender las clases privilegiadas la brecha que se les abría con la introducción del elemento popular en las municipalidades, representado por los diputados y personeros del común en contraposición a las regidurías perpetuas, y con el golpe dado al monopolio de la enseñanza, de la magistratura y de las dignidades eclesiásticas, con la reforma de los colegios mayores. Los hombres de Carlos III, entregando al espíritu de examen materias y cuestiones de interés público que se habían mirado como intangibles, o al menos como invulnerables, hicieron una revolución en las ideas, y dejaron por lo menos indicadas las reformas que no pudieron realizar, alumbrando a los gobiernos futuros y enseñándoles el camino que habían de seguir.

Bastaría la feliz creación de las *Sociedades económicas de Amigos del país* para hacer la apología de un reinado. Aquellas asambleas nos parecían un fenómeno en un gobierno absoluto, si en pos de ellas no vinieran las *Escuelas patrióticas gratuitas* a advertirnos que aquel gobierno absoluto era al propio tiempo un gobierno paternal. Clero, grandeza, propiedad, comercio, capacidad, todo se apresuró a concurrir al sostenimiento y brillo de aquellas asociaciones humanitarias, pacíficas, inofensivas, laboratorios continuos de mejoras saludables y de adelantos provechosos para la agricultura, la industria, el comercio y las artes, para la educación pública, para el establecimiento y organización de asilos de beneficencia, y donde se esclarecían hasta cuestiones científicas y puntos importantes de derecho público. Hasta las damas, que jamás se hablan reunido sino en los claustros o en las cofradías, fueron llamadas a formar parte de estas benéficas corporaciones. Allí eran enseñadas por distinguidas maestras las delicadas labores de la aguja, al propio tiempo que hombres laboriosos y entendidos daban lecciones sobre los rudos trabajos del arado, y mientras las unas enseñaban a bordar, los otros enseñaban a roturar terrenos. La real orden comunicada por Floridablanca para la admisión de señoras en la Sociedad de Madrid es de un género tiernamente sublime.

No alcanzaron todos los esfuerzos de los hombres de Carlos III, aunque lo intentaron con ahínco, a reformar la enseñanza universitaria. Apegadas las universidades al rancio escolasticismo y a las sutilezas de la filosofía peripatética y de una metafísica ininteligible, regidas por frailes, que constituían la mayoría de los claustros de doctores, resistieron tenazmente las reformas que se trataba de introducir. El informe de la de Salamanca, la primera en categoría y en crédito, escandalizó al fiscal del Consejo de Castilla. ¿Qué podía esperarse cuando ejercia en ella una especie de dictadura el P. Rivera, que llamaba enciclopedistas a Heineccio y a Muratori? Y sin embargo, infatigable el monarca en procurar el fomento y propagación de las luces como los intereses materiales, halló medios de lograrlo promoviendo fuera del recinto de las universidades el estudio de las ciencias naturales y exactas: y el creador del Banco de san Carlos creó también los

colegios de Artillería y de Marina; el colonizador de Sierra Morena estableció el Jardín Botánico y el gabinete de Historia Natural; y el fundador de la Compañía de Filipinas fundó escuelas especiales de física y de matemáticas hasta en las colonias de América, donde se formaron aquellos hombres insignes que después admiró el sabio Humboldt.

Era llegado el caso de que Francia nos devolviera también el fulgor literario que España en otros tiempos le había prestado, y regresó a su turno con e| nuevo brillo que había debido comunicarle otra civilización mas avanzada. La intimidad con el vecino reino que bajo el aspecto político había hecho tan funesta el Pacto de la familia fue de gran provecho bajo el punto de vista literario. Resucitaba el siglo XVI sin la tétrica fisonomía que le imprimió el genio sombrío de Felipe II, y humanizado y ataviado con las conquistas de la razón.

Ciencias, administración, legislación, educación pública, todo recibe mejoras importantes. Las investigaciones históricas a que se habían dedicado ya con fruto en el reinado de Fernando VI los PP. Burriel y Sarmiento, el infatigable Flórez, y los eruditos Mayans y Bayer, continúan siendo objeto de los desvelos de los Mohedano, de los Lampillas, de los Capmani, de los Masdeu, de los Risco y los Casirr, y de otros esclarecidos talentos en el reinado del tercer Borbón. Y si en muchas de sus obras no resplandece gran luz filosófica ni refleja el más exquisito juicio crítico, menester es no olvidar que aquellos ilustres sabios escribían a la vista de la recelosa y asustadiza Inquisición, que aunque amansada ya, todavía condenaba a Olavide, y acusaba de herejes a los que habían aconsejado la expulsión de los jesuitas. La poesía y la elocuencia subyugadas de largo tiempo a la tiranía de una insulsa hinchazón y de un depravado culteranismo, cuando no se abandonaban a una vulgaridad rastrera, resucitaban con las galas de una decorosa libertad y de una sencillez elegante. Moratín reformaba el teatro español, y Meléndez restauraba la poesía castellana, mientras los sabios prelados Climent y Tavira restituian a la oratoria del púlpito la conveniente dignidad.

Siguiendo las artes el movimiento de las letras, la Europa entera admiraba el fecundo pincel de Mengs, el restaurador de la moderna pintura, y el pintor filósofo que decía el erudito Azara. Maella honraba a su digno maestro, y Goya se hacia célebre por aquella graciosa originalidad que no ha podido ser imitada después. El buril de Selma embellecía la magnífica edición del *Quijote* de Ibarra, honra del arte tipográfico. Y de los adelantos de la arquitectura y escultura certifican los magníficos y elegantes monumentos que en prodigioso número por todo el ámbito de la península a nuestra vista se ofrecen, y que si el gusto y estilo no los revelara bastante como obras de aquel feliz reinado, avisáraselo al menos entendido el *Carolo III, regnante*, que en casi todos se lee.

Hubiera sido Carlos III el Luis XIV de España, si los días de su reinado hubieran sido tan largos como los del monarca francés: pero faltóle tiempo para hacer tanto como al soberano de la Francia le permitió su longevidad prodigiosa. En cambio fue mucho menos déspota. Luis XIV erigió el absolutismo: Carlos III le encontró establecido y le humanizó. Semejósele mucho como rey, y lo aventajó en virtudes como hombre. Carlos III no introdujo en la corte el fausto oriental como Luis XIV ni menos permitió los desórdenes y escándalos de Luis XV. No se vieron aquí ni las Lavalliere ni las Maintenon del primero, ni las Pompadour y las Dubarry del segundo. Isabel la Católica y Carlos III hubieran hecho una de las mejores parejas de reyes de la tierra. Pero los separaron tres siglos, para que los tiempos se repartieran la benéfica influencia de sus genios. Aquella dejó establecida una institución que creyó necesaria para la unidad religiosa: éste halló la unidad religiosa asegurada, y quebrantó un poder que dañaba a la tolerancia y al desarrollo de las luces, que era ya la necesidad de las naciones católicas modernas. Así va marchando la sociedad humana hacia su perfección.

Muéstranse como apenados algunos políticos impacientes, por que en medio de la revolución de ideas y del espíritu reformador que se desenvolvió en el reinado que nos ocupa, no hubieran ni el monarca ni sus ilustrados ministros tentado restablecer las antiguas libertades españolas bajo una forma acomodada a las necesidades y adelantos de la moderna civilización. Mas tal vez en nada mostraron tanta cordura aquellos hombres de estado como en no haber anticipado esta novedad. No era culpa suya que el pueblo avezado de largos siglos al despotismo y a la Inquisición, hubiera ido

perdiendo el amor a la libertad civil. ¿Podemos estar ciertos de que no hubiera sido arriesgado otorgar instituciones políticas a quien ni mostraba desearlas, ni las hubiera recibido con gusto, ni menos con agradecimiento? ¿No se podrá decir del monarca y de los reformadores de su época aquello de: *sui eos non cognoverunt*? No olvidemos tampoco que no eran ni la religiosidad ni el respeto al principio monárquico los síntomas con que se anunciaba la revolución francesa, y que la religión y el trono eran los dos dogmas venerados, los dos ídolos de los españoles. Bastaron las reformas que ejecutaron y las que intentaron para que el clero y las clases privilegiadas, muy poderosas en España y muy influyentes todavía, tildaran y acusaran a los consejeros de Carlos de enciclopedistas y afectos a la filosofía francesa del siglo XVIII que amenazaba invadir y trastornar el mundo. Y a fe que de no serlo procuraron dar pruebas en los últimos años de aquel monarca, cuando asustados por el estruendo de la tempestad política que rugía ya en el vecino reino, cejaron ante los peligros de la crisis, que el clero y la Inquisición no se descuidaban tampoco en encarecer y abultar. El mismo Floridablanca se convirtió en desconfiado, y retiró la mano franca y liberal con que hasta entonces alentara al espíritu de reforma; hizo más, intentó reprimirle.

No sabemos sin embargo cómo se hubiera desenvuelto Carlos III de los compromisos en que habría tenido que verse si le hubiera alcanzado la explosión que muy luego estalló del otro lado del Pirineo. Fortuna fue para aquel monarca, y fatalidad para España, el haber muerto en vísperas de aquel grande incendio.

Sucedióle su hijo Carlos IV. a fines de 1788.

XVI.

El año siguiente al advenimiento de Carlos IV, al trono español estalla en Francia el volcán revolucionario, cuyo sacudimiento conmovió toda la Europa e hizo estremecer todos los solios. La rapidez de los primeros pasos de la revolución anunciaba que en breve se iban a ensayar todas las formas, a recorrerse toda la escala de las trasformaciones sociales. Y así fue.

Jamás en tan corto espacio de tiempo anduvo una sociedad tan largo camino. La impaciencia de marchar exigía a cada año el desarrollo y la vitalidad de un siglo, y parecía que los tiempos se compendiaban a la voz de los hombres. Hallóse medio de acortar la distanciado tiempos antes que la distancia de lugar, y la revolución francesa precedió a la invención del vapor. La Europa armada gritaba *¡atrás!* y la Francia, armada también, contestaba *¡adelante!* Las ideas sin embargo avanzaban más dentro de la Francia que los ejércitos fuera. Estados generales, asamblea constituyente, asamblea legislativa, convención, república, directorio, consulado, imperio... monarquía, democracia, despotismo militar... A los pocos años de un regicidio nacional, se entronizaba a un déspota: habíase hecho perecer en un cadalso a un rey virtuoso y débil, y se aclamaba a un tirano heroico. Cuando Napoleón establecía repúblicas en Europa, en Francia iban retrocediendo las ideas republicanas. Las ideas y las conquistas marchaban al revés. Del suplicio del rey a la proclamación del emperador mediaron once años. Al cabo de otros once años la Francia vuelve a gritar *¡viva el rey!* El nuevo rey era otro Borbón. Gran retroceso. Pero el movimiento galbánico no ha cesado. Pasan otros quince años, y las ideas que habían retrocedido vuelven a avanzar. La antigua dinastía es de nuevo expulsada, y se proclama a un Orleans rey constitucional. Antes de otros diez y ocho años la monarquía constitucional va a acompañar en la proscripción a la vieja monarquía y al imperio. La Francia es otra vez republicana. ¿Volverá otro imperio y otra monarquía? ¿Se acabarán de fijar las ideas sobre el mejor gobierno de los pueblos? ¿Estará la humanidad condenada a girar perpetuamente en derredor de un círculo?

Gira, si; pero es describiendo círculos concéntricos, cuya circunferencia se va agrandando sin cesar, y de cada círculo que describe va recogiendo la humanidad algún principio provechoso que queda siempre. Así con las alianzas de lo antiguo que vive y de lo nuevo que nace va modificando su existencia. Costosas, son las trasformaciones. Si los pueblos y las generaciones que las promueven meditaran los estragos que acompañan a las grandes revoluciones, retrocederían

espantados. Mas por una disposición providencial la embriaguez del entusiasmo no deja lugar al frío razonamiento y predispone a recibir con gusto el martirio: también el furor de la venganza perturba la razón: son las dos fuentes de las grandes virtudes y de los grandes crímenes que en ella se desarrollan. Fecunda en unos y en otras fue la de 1789. Acaso ninguna ha producido tantos héroes y tantos monstruos. La lección fue dura. ¿Supieron aprovecharla los reyes y los pueblos? Ha sido menester otra revolución a mediados de este siglo para enseñarles más. ¿Han aprendido los hombres de ahora más que los de entonces? ¿Ha ganado algo la humanidad? Comparemos.

La revolución de 1789 fue agresora y conquistadora; la de 1848 proclamó el respeto a la independencia de los pueblos. Entonces la Europa opuso muros de acero a las ideas democráticas; ahora la Europa siguió el impulso de la nación iniciadora. En la revolución del siglo pasado eran llevados los hombres a carretadas a la guillotina; la cuchilla era el primer poder del estado: en la del presente siglo se aclamó el principio de la abolición de la pena de muerte por delitos políticos. En 1793 manchó la frente de la Francia la sangre con que tiñó el cadalso uno de los monarcas que menos lo merecía: en 1848 hubo muchas revoluciones y la sangre de varios príncipes corrió en los campos de batalla, ni una gota de sangre real en el afrentoso patíbulo. La Francia del siglo pasado abolió el culto católico, y divinizó la razón humana: se quitó a Dios de los altares y se dio incienso a una prostituta: en la Francia del presente siglo los mas extremados reformadores se han visto precisados a invocar el cristianismo, y el sacerdocio católico ha sido buscado para rociar con el agua santa el árbol de la libertad. Entonces un soldado arrancó violentamente de su silla al jefe visible de la Iglesia, y el gran guerrero puso su mano profana sobre el gran sacerdote; aquel hombre se llamaba Napoleón: ahora otro Napoleón, deudo de aquel, y como él jefe de la Francia, envió las legiones republicanas a reponer en su silla a otro pontífice, Pío también como el abofeteado en Fontainebleau, y cometiendo una injusticia política y una inconsecuencia, ha hecho una reparación religiosa. La Europa lo ha murmurado; ha parecido un contrasentido. Tal vez la Francia misma lo hizo de mal grado. No murmure la Europa; no era la voluntad de la Francia la que obraba; era el impulso secreto de la Providencia que le había impuesto una expiación, y al cual ella obedecía de mal humor sin saberlo. También Alarico iba de mala gana a Roma y obedecía a la voz secreta que se lo mandaba. Distinto era entonces el fin; La Providencia la misma.

Excesos abominables se han cometido en aquella y en esta revolución. Lamentamos unos y otros. ¿Cuando dejará de intervenir el mortífero acero en las cuestiones de política fundamental? ¿Cuándo serán los cambios sociales resultado solo de la discusión pacífica y razonada? Los pocos síntomas que de ello vemos nos indican que aún tiene que vivir mucho la humanidad hasta tocar este estado de perfección. ¿Por qué entretanto ha de estar condenada a comprar su mejoramiento a precio de tan costosas pruebas? Lo sentimos, pero no nos atrevemos ni a acusar a la Providencia ni a responder a Dios. Solo sabemos que es así, por que nos lo enseña la historia de todos los siglos. Consuélanos en parte observar que la humanidad no deja de ir progresando siempre, aunque a veces parece retroceder.

Insensiblemente hemos ido abarcando en estas reflexiones sucesos que no son todavía de nuestro dominio histórico. Séanos dispensado, siquiera por si nos faltase después tiempo y ocasión de hacerlas. Reanudemos el hilo de nuestro bosquejo historial.

Cuando estalló la revolución de 1789, alarmáronse todas las potencias europeas, y se formaron aquellas coaliciones y comenzaron aquellas guerras que tantos triunfos proporcionaron a las armas de Francia, y tantos progresos dieron al movimiento revolucionario. Por que los hombres de la revolución, exigentes y descontentadizos de suyo, exacerbados con la oposición de dentro y con la resistencia de fuera, pasaban del entusiasmo al delirio, y del vigor y la energía al arrebato y al frenesí, y no había ni concesiones que los contentaran ni fuerza que los contuviera. España se hallaba en una posición excepcional. Era Carlos IV pariente de Luis XVI, vivía el *Pacto de familia*, y no estaba entonces el pueblo español ni en sazón ni en deseo de adoptar los principios que se proclamaban en el vecino reino. El mismo Floridablanca, ministro que Carlos III había dejado como en herencia a su hijo, temía que invadieran la Península las máximas que del otro lado del Pirineo se

ostentaban triunfantes. Y sin embargo todo lo que el monarca y el gobierno español se atrevieron a hacer en favor del atribulado Luis XVI, fueron ardientes votos, tímidas reclamaciones y gestiones ineficaces, alguna de las cuales les valió una repulsa bochornosa de parte de la Convención.

Sólo después del suplicio de aquel infortunado monarca se resolvió el gabinete de Madrid a declarar la guerra a la república contra el dictamen del viejo y experimentado conde de Aranda, a quien costó ceder el puesto ministerial a un joven que había opinado por la guerra. Este joven, que pasó del cuartel de Guardias de Corps, casi con botas y espuelas, al primer ministerio de España en una de las más difíciles situaciones en que pudiera verse nación alguna, obtenía ya un favor ilimitado del rey y de la reina. Opinó don Manuel de Godoy por la guerra, y la guerra se hizo. Alegróse la Europa, por que se añadía un guarismo mas al número de las potencias enemigas de la Francia. España dio el primer paso en la carrera azarosa de los compromisos.

Felices al principio nuestras armas, les vuelve su espalda la fortuna en Tolón, donde por primera vez se da a conocer el genio de aquel Bonaparte que muy poco después había de asombrar al mundo. Los ejércitos republicanos nos toman nuestras plazas fronterizas, y amenazan abrirse camino hasta Madrid. Asustado Godoy de su obra, ajusta la paz de Basilea, que nos costó la cesión de la parte española de Santo Domingo. El provocador de la guerra es condecorado con el título de *Príncipe de la Paz*. Sigue el famoso tratado de San Ildefonso. Alianza ofensiva y defensiva entre la monarquía española y la república francesa. Guerra con la Gran Bretaña que nos cuesta la derrota de nuestra escuadra en el fatal Cabo de San Vicente, y la cesión de la Trinidad en la paz de Amiens. La guerra y la paz con Francia, y la guerra y la paz con Inglaterra, nos iban saliendo igualmente caras.

La paz de Amiens fue un pasajero respiro. Encendida de nuevo la lucha entre Francia e Inglaterra, España sigue atándose al carro de la república, y otro tratado de San Ildefonso nos empeña en otra nueva carrera de desastres y de compromisos. Francia aliada, nos costaba un subsidio de seis millones mensuales: Inglaterra enemiga, destrozaba la marina española, que mas por culpa de Francia que de España, dio su postrer aliento en el desventurado combate de Trafalgar, sin que le valiera ni la inteligencia ni el heroico comportamiento de nuestros marinos. Perdimos quince navíos de línea; y como quien busca un consuelo, recordamos siempre que allí pereció el famoso almirante inglés Nelson. Pero la Francia no por eso renunció a seguir cobrando los millones estipulados. Era una acreedora sin entrañas. La catástrofe de 1805 fue una consecuencia del primer error de 1793.

En este tiempo la situación de la Francia había cambiado. Aquella nación que no había podido soportar el cetro de un monarca se sometió a la espada de un soldado. La libertad la había anegado en sangre, y buscó un hombre que atajara la sangre, aunque ahogara la libertad. Desde el 18 brumario no se vio brillar en el horizonte de la república sino el fulgor delas bayonetas. Enmudeció la tribuna, y solo se escuchó ya la voz del guerrero, a cuya voz se formó un cuerpo de treinta millones de hombres, que obedecían a un redoble de tambores. Aunque nombrado solamente Bonaparte primer cónsul, nadie dejaba de entrever por debajo del manto consular la corona imperial con que había de ceñir sus sienes. Contenta la Francia con ver al cónsul obrar como emperador, no tardó en darle el título y la investidura. De otro modo se la hubiera dado él mismo y la Francia hubiera callado. Napoleón emperador, sin dejar de ser general, se pone al frente de los ejércitos franceses, la Francia militar le sigue entusiasmada, y marchando de victoria en victoria, derrota ejércitos, deshace coaliciones, humilla monarcas, derriba solios, crea nuevos reinos, como antes había creado repúblicas, y distribuyo los tronos que su omnipotente voluntad va declarando vacantes. En el de Nápoles, donde se sentaba un Borbón, coloca a su hermano José. ¿Pensará en darle un ascenso? ¿Respetará el trono español este repartidor de coronas?

España no obstante continúa aliada del imperio, como lo fue de la convención, del directorio y del consulado. Pero el príncipe de la Paz, a cuyas manos se hallaban confiados los destinos de nuestra patria, recela del emperador, medita cooperar a la destrucción del coloso aliándose con las potencias que guerreaban ya contra él, y publica una proclama apellidando a las armas a los

españoles, sin nombrar en ella ningún enemigo. En hora fatal apareció el documento. Napoleón triunfaba en Jena de la cuarta coalición, y Berlín le abría sus puertas. Napoleón y el príncipe de la Paz conocen a un tiempo la imprudencia dé la declaración. Godoy procura enmendar el yerro felicitando a Bonaparte por sus triunfos: Bonaparte se sonríe, decreta en su ánimo la ocupación de España, y sigue fingiéndose aliado. Y para fingirlo mejor, pide un auxilio de tropas españolas. ¿Quién se atrevía negarselas? Una escogida división española fue trasportada a Dinamarca a las órdenes del emperador.

Triunfan las águilas francesas de las águilas rusas en Friedland, y se firma la famosa paz deTilsit. Es el punto culminante de la fortuna de Napoleón. Ya queda desembarazado en el Norte para atender al Mediodía. A Inglaterra piensa destruirla con el bloqueo continental, monstruosa concepción, que se tuviera por delirio pueril, si no hubiera sido el pensamiento de un grande hombre, con el cual, sin embargo, acabó de aturdir la Europa, y puso en conflicto la tierra y los mares. A España, ¿quién podría pensarlo? no se atrevió el vencedor universal a acometerla de frente. Medita la empresa de Portugal, y hace a España tomar parte en ella como aliada del imperio. Ajustase el célebre tratado de Fontenebleau, por el que se partía el Portugal en tres trozos, como tantas veces se ha partido la Polonia, de los cuales uno se adjudicaba a Godoy con el título de príncipe soberano de los Algarbes. El *Pacto de familia* parecía apretado con estrechos nudos, no ya entre dos Borbones, sino entre un Borbón y un Bonaparte. Con gusto lo hacia Carlos IV. ¿No se destinaba un nuevo principado para su querido príncipe, y no le daba Napoleón a él mismo el título pomposo de Emperador de las Américas? En su virtud las armas imperiales penetran en Castilla, las de Castilla en Portugal, allí unas y otras. Jamás bajó tan engañosa capa embozó un gran conquistador sus pensamientos. Eran los nuevos cartagineses que se fingían hermanos para salir señores. Por lo menos tuvo España el privilegio que no había tenido nación alguna, el de que el gran Napoleón creyera necesario engañarla para sorprenderla.

Cuando Napoleón discurría con Talleyrand cómo apropiarse el trono de los Borbones de España de manera que no diese el mayor de los escándalos a Europa, vienen las lastimosas escenas del Escorial en ayuda de sus designios. En el mismo palacio en que se representó el drama de Felipe II y el príncipe Carlos, se reproduce en la ocasión mas crítica otro parecido entre Carlos IV y el príncipe Fernando; con la diferencia que si hubo ahora mas benignidad, hubo también menos misterio, y reveláronse a la nación flaquezas que deploraba, y a Napoleón discordias que servían grandemente a sus desleales proyectos. ¿Es cierto que se había inspirado a Fernando el pensamiento de representar el papel de San Hermenegildo cerca de su padre? ¿O era solo su objeto y el de sus instigadores derribar al favorito? Lo cierto es que se vio un monarca denunciando a la faz de España y de Europa al príncipe heredero, al padre y a la madre echando públicamente la ignominia del crimen sobre la frente del hijo, y al hijo implorando humildemente el perdón de sus padres: al soberano de España haciendo el emperador francés confidente de sus amarguras y como pidiéndole alivio y consejo, y al príncipe heredero solicitando de Napoleón a espaldas de su padre la protección imperial y la mano de una princesa de su familia, las dos cosas que necesitaba para ser feliz. Tampoco necesitaba mas el emperador para acelerar sus planes, aprovechando las debilidades del padre y del hijo.

Hallábanse a principios de 1808 en poder de los franceses y por traición ocupadas las principales plazas de guerra, y Murat sobre Madrid. Y todavía ¡admirable candidez! el rey, el príncipe, el privado, la corte, el pueblo, todos ignoraban el objeto de aquel formidable aparato de fuerza. Doce millones de hombres fluctuaban entre el temor y la esperanza. No cabía en el corazón de la hidalga nación española sospechar de un hombre tan grande como Napoleón una grande alevosía. A dos cosas estaba dispuesta; a imputar al valido Godoy los males que sobrevinieran y las miserias que presenciaba; a esperar del príncipe Fernando los remedios que deseaba y las reparaciones que apetecía. Aborrecía a aquel tanto como amaba a éste. Así en el *motín de Aranjuez* Godoy fue el blanco de las iras del pueblo, Fernando el de sus aclamaciones. Cayó el valido, y abdicó Carlos IV por salvarle; que Carlos IV y María Luisa amaban más al amigo que al trono.

Fernando es proclamado rey de España.

Dos palabras de ese personaje en cuyas manos estuvieron los destinos de la patria durante todo el reinado de Carlos IV.

Nadie ignoraba el origen del rápido encumbramiento de Godoy y de su valimiento ilimitado. La reina no había cuidado de acreditarse de circunspecta. Movía a lástima la bondad del rey.

Cuando Godoy firmó el segundo tratado de San Ildefonso en 1796, titulábase ya en él príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor del soto de Roma y del estado de Albalá, grande de España de primera clase... caballero de la insigne orden del Toisón de oro, gran cruz de Carlos III (la que este monarca había creado para premiar *la virtud y el mérito*...) primer secretario de Estado y del despacho, secretario de la Reina, superintendente general de correos y caminos, protector de la Real Academia de Nobles Artes... capitán general de los reales ejércitos, inspector y sargento mayor del real cuerpo de guardias de Corps... y otros muchos títulos menos importantes que hemos omitido. A poco tiempo se casó con una sobrina del rey. Después fue generalísimo y gran almirante con tratamiento de Alteza. Faltábale una corona, y no anduvo lejos de ceñírsela, que a tal equivalía la partija que se le adjudicaba en la distribución de Portugal. Fue el valimiento más monstruoso de los tiempos modernos, y acaso en duración no tenga ejemplar en los antiguos. Por lo menos tuvo la singularidad de ser indisoluble el afecto entre los reyes y el privado, de avivarse en la desgracia cuando se veían destronados los unos y perseguido el otro, y de deshacer solo la muerte el vínculo de toda la vida.

Al paso que el favorito acumulaba riquezas inmensas y honores desusados, crecía el odio del pueblo hacia él, que siempre la odiosidad popular carga más sobre la flaqueza del que acepta y recibe inmerecidos dones que sobre la fragilidad de quien los dispensa y otorga, acaso por la costumbre de considerar al dispensador abroquelado en la inviolabilidad de la ley, y al aceptante escudado sólo con el favor, y por consecuencia mas vulnerable. Ello es que marchaban a la par el amor de los monarcas y el enojo del pueblo. Era Godoy como una medalla que representaba el bien y el mal, y a la cual los reyes miraban siempre por el anverso, el pueblo por el reverso siempre.

Pero aparte de lo odioso del encumbramiento, de la opulencia y de la privanza, ¿era el príncipe de la Paz el causador de todas las calamidades públicas? ¿Era como hombre de Estado tan de corazón avieso, tan de intención torcida, de tan profunda ignorancia como le pregonaba entonces el pueblo y le ha dibujado después la historia? ¿Se ha considerado para calificar sus transacciones diplomáticas la índole y calidad de los negociadores con quienes las había? ¿Pudieron el clero, la Inquisición y las órdenes religiosas, cuya reformación había comenzado y amenazaba llevar a más lejano término, contribuir a acrecentar el desabrimiento hacia el privado haciéndole extensivo al ministro? ¿Será cierto que soñó en un cambio de dinastía? Este hombre, a quien la fortuna se mostró locamente risueña por espacio de veinte años para darle después cuarenta de ostracismo, en quien las plumas de los historiadores se han clavado como dardos que se arrojan a un cuerpo que se asaetea sin pecar, ha hablado a su vez en propia vindicación. Y aunque para nosotros las oraciones *pro domo sua* no justifiquen ni los desvanecimientos del hombre ni las faltas del gobernante, no dejan sus *Memorias* de derramar luz sobre muchos de los dramas de aquel tiempo, o con tupido velo cubiertos, o sólo por un lado hasta ahora presentados. Los juzgaremos en nuestra obra con el desapasionamiento de quien los mira solo por el prisma de la severidad histórica.

Pocos monarcas habrán sido saludados por sus pueblos con más entusiasmo que lo fue Fernando VII. El día de su entrada en Madrid después de la abdicación de Aranjuez, el regocijo público no tenia límites. Era la embriaguez del gozo. Aquellas lágrimas de júbilo iban a convertirse pronto en lágrimas de sangre.

Comienza una larga cadena de reales miserias y de traiciones imperiales. Ruboriza leer las cartas de Carlos, de María Luisa y de la reina de Etruria al gran duque de Berg, intercediendo por el *pobre Príncipe de la Paz*. Lastiman el alma las de Carlos y Fernando a Napoleón. Son dos litigantes que le buscan humildes por árbitro de su pleito. El árbitro no pronuncia. La España angustiada y congojosa después de los primeros trasportes de alegría espera que salga una palabra de los labios

del emperador para saber a quién piensa dar el derecho de reinar, si al padre o al hijo. Napoleón en Bayona se asemejaba a esas serpientes que atraen con su hálito a los inocentes pajaritos para devorarlos. Reyes, príncipes, favorito, todos van donde el emperador los llama. Allí los dioses menores de España se prosternan ante el Júpiter del Olimpo europeo. A una palabra suya el hijo devuelve humildemente al padre lo que antes el padre había cedido con poca voluntad al hijo, y ambos se desprenden del cetro de dos mundos para ponerle a los pies del señor de los reyes. Pero Napoleón es tan generoso que renuncia para sí el trono de España, y en uso de su omnipotencia le trasfiere a su hermano José, el rey de las Dos Sicilias. Le da el ascenso que había meditado en la carrera de los tronos de su invención. Abochornan las escenas de Bayona, y cuesta trabajo concebir tanta perfidia en uno, tanta debilidad y tanta degradación en otros.

Por fortuna el pueblo tuvo mas. firmeza y mas dignidad que sus príncipes. Y esta nación, sin reyes, sin hacienda, sin marina, casi sin ejército, pues toda la herencia de Carlos III. se había ido disipando, se levanta imponente a proveerse a sí misma, a sacudir la coyunda que alevosamente se intentaba ponerle. Apuróse su paciencia; y resucitó el antiguo genio íbero con sus impetuosos arranques. Diose el primer grito en Madrid el 2 de mayo, uno de los días mas infaustos y mas felices que cuentan los fastos españoles. Al ruido de aquel primer sacudimiento despertó el viejo león de Castilla , de muchos años aletargado, y su rugido resonó en todo el ámbito de la Península, y a su eco fueron respondiendo una tras otra todas las provincias de la monarquía.

Dios permite a los hombres obcecarse para perderse, cuando traspasan su misión sobre la tierra, y no había trazado su dedo la geografía del continente europeo para que todas sus regiones obedecieran a un hombre solo.

Vínole bien al pueblo español el ser acometido con felonía, porque sólo así pudo revivir con todo su rudo desenfado su independiente altivez. Si la empresa hubiera sido conducida con más cordura por parte de Napoleón, tal vez hubiera sido coronada con otro éxito. Pero fue conveniente recibir un grande ultraje para que fuese terrible el escarmiento, y que el gran político cometiera el mayor de sus yerros al tratar de sojuzgar la España, para que se estrellara en esta tierra excepcional, de antiguo destinada a gastar la vitalidad de los grandes conquistadores.

Jamás pueblo alguno se alzó en su propia defensa ni más unánime ni más imponente. Si alguna vez ha sido exacta la frase de que una nación se levanta como un solo hombre, lo fue en esta insurrección gloriosa. Un solo sentimiento movía como agente eléctrico todos los corazones. El movimiento, anárquico al nacer, se regulariza luego. Juntas locales de gobierno; junta central. Es la nación que se gobierna a sí misma; es el reinado de la nación. Se improvisan ejércitos; se organizan. Es la nación que se defiende; es la nación que se sacude. La lucha está abierta. Inglaterra, esa adversaria antigua de la España, cuya enemistad nos había sido tan funesta en los mares, se convierte en aliada íntima, y viene a luchar también en nuestro suelo, porque le conviene tomar parte en toda pelea que tenga por objeto derrocar al coloso de la Francia. Portugal se alienta, y se levanta también. En cambio Napoleón hace trasportar a la Península el grande ejército de Alemania, desguarneciendo aquellos países. Vienen gentes de todas regiones. Hasta a los valientes polacos los trae a sellar con su sangre su renombrado ardor bélico bajo el cielo puro de Castilla. Extraño trasiego de naciones. Los ejércitos de las tres cuartas partes de la Europa concurren a combatir a un pueblo pobre, pero heroico.

No se descorazonan los españoles en lid tan desigual. De las grandes ciudades, de las aldeas, de las cabañas, de los campos, de las escuelas y de los talleres, sale espontáneamente la juventud a engrosar las filas de los defensores de la patria: y cambiando el arado, el escoplo o el libro de texto, por la carabina, el fusil o la espada, corren voluntarios a la pelea, o individualmente, o en grupos, o en cuerpos ya regimentados. Los sacerdotes predicaban la guerra en el púlpito, y empuñaban después el acero con propia mano; se desnudan de la estola, y embridan el caballo de batalla, y acaudillan cuerpos armados, como en los siglos de la guerra con los musulmanes. Hasta las piedras parecía convertirse en combatientes, como de otros tiempos fingió la fábula.

La Europa atenta supo con admiración que los triunfadores de Jena habían rendido sus

espadas en Bailén, y que las legiones del vencedor habían dejado de ser invencibles en batalla campal. Los sitios de Zaragoza y Gerona anunciaron a los nuevos romanos que se hallaban en la tierra de Sagunto y de Numancia. Los nombres de aquellas dos heroicas poblaciones, tiempos y años andando, han sido invocados como tipos de heroísmo en cualquier región del globo en que se ha querido excitar el ardor bélico y el entusiasmo patrio con memorias de alto ejemplo. Mientras tales lecciones daban las tropas regladas y los moradores de las ciudades, plagábanse los campos de guerrilleros, de esos soldados sin escuela, modernos Viriatos, de que tan fecundo dijimos ya en otra parte que ha sido siempre el suelo español: los cuales con rápidas y atrevidas maniobras, ingeniosas revueltas e inesperados ataques, diezmaban pequeños cuerpos enemigos, o embarazaban el paso a gruesas columnas, o sorprendían convoyes, y con mil géneros de menudas hostilidades desesperaban a los famosos generales del imperio, que no hallaban medio de librarse de tan importunos acometedores, ni de evitar los descalabros y desperfectos que con tan singular estrategia les ocasionaban. ¡Desgraciado y sin ventura entretanto el francés que por cualquier incidente se encontrara, en poblado o en desierto, aislado y separado de su columna! ¡Cuántos sacrificó así el furor popular! El paisanaje , que en su ruda lógica no veía en el soldado francés sino al guerrero de la nación enemiga, lejos de inquietarle la idea de que perpetrarse un acto de bárbara inhumanidad, persuadíase de que ejecutaba una acción meritoria a los ojos de la patria, y aún a los ojos de Dios. Era el fanatismo religioso unido al sentimiento de la nacionalidad; y a un pueblo que obra a impulso de estas dos ideas no hay armas que le venzan ni ejércitos que basten a domeñarle.

Viose Napoleón precisado a venir en persona a reanimar la guerra y a dar aliento a los suyos; y sin dificultad grande, que no podían oponerla unas débiles tapias, se posesiona de la capital, donde queda su hermano José haciendo funciones de rey de España. No importa. También el archiduque Carlos de Austria en los tiempos del primer Felipe de Borbón se hizo aclamar rey de España en Madrid. Pero Madrid deja de ser la capital de la monarquía española desde el momento que la ocupa un usurpador, y no es sino un pueblo más de que se ha apoderado el enemigo. La capital de los españoles está allí donde se encuentra su legítimo gobierno. Fuerza es no obstante confesar que la presencia y los triunfos del emperador llegaron a poner a España en situación harto apurada y angustiosa.

De repente esta situación se trueca y cambia. El emperador retrocede de improviso del corazón de la Vieja Castilla, donde se había internado. Corre, avanza, vuela, quiere devorar las distancias, desaparece. Sigue en pos de él el grande ejército. ¿Dónde va? ¿Quién le llama? ¿Qué le impulsa? A los pocos días de hallarse en Astorga penetraba dentro de los muros de Viena. Con razón había escogido por empresa e l águila quien la igualaba en rapidez.

Era que la voz de la Junta Central de España había resonado en apartadas regiones, y el Austria oyendo su llamamiento había vuelto a declarar la guerra a Napoleón. Otra vez vence allí. Cada jornada suya señala un triunfo. Pero España ha enseñado al mundo a resistir; su ejemplo ha sido contagioso; y Napoleón, que derrota ejércitos, encuentra por primera vez una resistencia fatigosa en las masas del pueblo alemán que han aprendido de los españoles a insurreccionarse, y las condiciones de la paz de Viena fueron ya menos duras que las de los tratados anteriores. Napoleón se desvanecía allá con sus nuevas glorias, mientras acá las iban marchitando sus ejércitos enflaquecidos y menguados.

En medio del incesante afán de la pelea y del ruido y estruendo de los combates, España ofrecía a los ojos del mundo otro espectáculo no menos grandioso y sublime, de distinta índole y naturaleza. Los hombres ilustrados del país , aprovechando el gran movimiento popular para regenerar políticamente la España, habían acordado dotarla de instituciones análogas a los progresos de la civilización y a las ideas del siglo. Y cuando en Francia habían pasado los sangrientos ensayos de la revolución, entonces se erigió en este extremo de Europa y en su punta mas occidental una tribuna, la única en todo el continente, en que hombres esclarecidos y vigorosos levantaban arrogantes su voz, y labraban el edificio de la libertad española. Era un cuadro magnífico y grandioso el de las Cortes de Cádiz, deliberando impávidas bajo el estruendo del cañón

y al fulgor de las bombas enemigas. Allí, encerrados los representantes de dos mundos en una isla azotada por las olas de dos mares y circundada de mortíferas baterías, libertaban de sus trabas el pensamiento, proclamaban la libertad de la imprenta, abolían la Inquisición, y elaboraban el código político que había de ser la ley fundamental de la monarquía: aquella Constitución que tantas vicisitudes estaba destinada a sufrir en el corto espacio de un cuarto de siglo, y que refundida después había de dar nacimiento a la que recientemente ha regido y a la que de presente rige el estado. Obra de legislación no exenta ni de imperfecciones ni de dificultades de aplicación, pero libro venerable como símbolo glorioso de desinteresado y heroico patriotismo, como la primera bandera de libertad que se enarboló en la España moderna.

Durante esta guerra nacional, Fernando continuaba siendo objeto de amor idolátrico para los españoles. Por él no había ni padecimientos que arredraran, ni sacrificios que dolieran, ni tesoros ni sangre que se economizara. A pesar de sus renuncias bochornosas, la Central, la regencia, las Cortes, todos obraban a nombre del rey, todos deliberaban como poderes delegados del rey. El pueblo le conservaba la majestad de que él se había desposeído; la nación le guardaba la corona de que él se había desnudado. Disculpábale débil en Bayona, y absolvíale cautivo en Valencey. Era un rey que se desprendía de su reino, y un reino que no quería desprenderse de su rey. Fernando VII. era rey de España y de las Indias a pesar suyo. Él felicitaba a Napoleón por sus triunfos, y el pueblo se ofrecía en holocausto por él. Él importunaba al emperador con el tema perpetuo de que le otorgara una princesa de su imperial familia para esposa, y la nación se afanaba por entregarle al regreso de su cautividad un reino grande, íntegro, regido por leyes más justas, y por instituciones más sabias que las que él había dejado.

Ni todas fueron derrotas para el enemigo en estos seis años de porfiada lucha, ni todos fueron triunfos para las armas españolas. Viose, por el contrario, más de una vez la España a punto de ser ahogada bajo el peso de aquellas infinitas masas de guerreros de casi todas las naciones europeas, de aquellas cohortes innumerables, conducida por los más expertos generales del imperio, que del otro lado del Pirineo de tiempo en tiempo desembocaban, en reemplazo de las que iban quedando sepultadas en este suelo, y que parecía brotar de un fondo inagotable como las olas del grande Océano. Pero jamás desmayó el denuedo español. Ni el número de los enemigos le imponía, ni le desalentaban los reveses, ni los peligros le arredraban, ni nada en ningún momento le hizo desfallecer. Crecía con los infortunios el esfuerzo, con los contratiempos la audacia, con los conflictos la fortaleza, la intrepidez con los apuros, con las contrariedades el valor. *«No importa»,* decía a todo. Y se entregaba a arranques impetuosos, se multiplicaban las acciones heroicas, menudeaban las hazañas, y la victoria se iba declarando por la causa de la justicia y por los animosos de corazón. Era el genio indomable de la resistencia, que venía heredado de los antiguos celtíberos; era aquella perseverancia infatigable, que desesperó a los romanos, que acabó con los sarracenos, y de la cual no sufría la altivez española que triunfaran los franceses. Hallóse pues Napoleón con los descendientes de los que habían peleado con Aníbal, con César y con Almanzor; y el vencedor de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de Friedland, se encontró con los hijos de los que habían vencido en Covadonga, en Calatañazor, en las Navas de Tolosa y ante los muros de Granada.

De caída iba ya en España el poder de Napoleón, cuando a la extremidad opuesta en Europa se oyó resonar otro grito de guerra. Era el eco de España que respondía también en Rusia. Allá acude el mayor capitán que han producido los siglos modernos, al frente del mas formidable ejército que han visto los siglos modernos también. Austria, Prusia, Dinamarca, Nápoles, la Italia entera, le han suministrado contingentes, y ha hecho una siega en la juventud de la Francia. Allá van las viejas bandas del imperio, que ha hecho salir otra vez de Castilla para trasplantarlas desde el abrasado clima del mediodía a las heladas regiones del septentrión. Cuatro veces en tres años han atravesado la Francia esos veteranos imperiales, cruzando los Alpes o franqueando los Pirineos, teniendo que acudir alternativamente del Tajo al Rhin y del Rhin al Tajo, allí donde una necesidad más imperiosa los llamaba. En su lugar tiernos reclutas, arrancados prematuramente a los brazos de sus madres,

vienen a entretener a los cañones y bayonetas de España y a servirles de cebo, mientras él da cima a la gigantesca empresa que le llama al otro extremo del continente.

La Europa central avanza armada hacia el Norte a la voz de un hombre solo. Napoleón penetra con asombro del mundo hasta el corazón del imperio moscovita Dios permitió que el gigante que se lisonjeaba de abarcar a un tiempo con sus brazos las dos más opuestas naciones del continente europeo, cometiera al querer conquistarlas los dos más graves yerros de su vida... Medio millón de hombres quedó sepultado bajo las nieves de Rusia; medio millón de hombres halló su sepulcro bajo la luciente bóveda del cielo español. Allí lo hicieron los elementos; aquí lo hicieron los hombres. Allí el hielo del clima; aquí el ardor de los corazones. Los rusos buscaron por aliado el invierno, y esperaron a que el cielo se declarara contra el hombre de la tierra; los españoles pelearon cuerpo a cuerpo con los soldados de Bonaparte, y los vencieron en buena lid.

En la mañana en que se dio la famosa batalla de Mojaisk, en que jugaron ochocientas piezas de artillería, recibió Napoleón noticias de España, y la dio por perdida. Y cuando después del desastre de Moscú se coligó contra él toda la Europa; cuando los ejércitos de la confederación amenazaban a su vez invadir la Francia; cuando todavía los restos de las columnas imperiales disputaban a los aliados el paso del Rhin, ya las tropas anglo-españolas habían franqueado el Bidasoa y perseguían a los franceses dentro de su propio territorio. Salvóse pues la España antes que la Europa. Cúpole la gloria de la iniciativa en la caída del gran coloso. Fue la primera en vencer a Napoleón.

Faltábale rescatar al real prisionero de Valencey, a su amado, a su idolatrado Fernando. Napoleón al eclipsarse su estrella se decide a reconocer a Fernando rey de España. Celebra primeramente con él un tratado de paz y amistad, y declara luego rey libre al que hacia seis años era príncipe cautivo. Fernando el *Deseado* pisa al fin el territorio español.

Gran regocijo para España, que vuelve a ver su ídolo, que tiene ya en su seno al objeto de sus sacrificios y de sus votos. Resuenan por todas partes cantos de júbilo. Las Cortes acuerdan erigir a orillas del Fluviá un monumento que señale a la posteridad el día fausto en que volvió Fernando a los brazos de sus leales españoles. Una comisión de diputados sale a felicitarle al camino a nombre de la representación nacional. El rey esquiva recibirla. ¿Qué significa este desdeñoso desaire? Nótase irse formando un negro nublado en el horizonte de esta nación ebria de gozo. ¿De qué proceden y qué auguran estos síntomas fatídicos en la ocasión en que todos los corazones debieran rebosar de entusiasmo?

Pronto se aclara el misterio. Numerosas prisiones se están ejecutando en la capital de la monarquía. Llénanse las cárceles públicas: muchos desgraciados van a poblar hediondos y fétidos calabozos. ¿Quiénes son estos desventurados? ¿Son criminales a quienes no puede alcanzar la real clemencia ni aún en días de expansión y de olvido? ¿Son por ventura los que hayan tenido la desgracia de ser traidores a la causa nacional? No: son ilustres miembros de la regencia, son los ministros constitucionales, son los más esclarecidos diputados de las Cortes, son los más distinguidos hombres de letras, son la flor y la gloria de España. ¿Quién ha ordenado la prisión de estos varones eminentes, que tanto se han afanado por entregar a su rey una nación grande, respetada, independiente y libre? Es Fernando VII rey absoluto de España, que tal se ha declarado a sí mismo. Publícase el famoso y tristemente célebre Manifiesto de 4 de mayo. Aquellas Cortes y aquella Constitución que los soberanos de Rusia, Suecia y Prusia, habían reconocido solemnemente por legítimas, las declara el rey de España *nulas y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo.*

EN 3 de mayo de 1814 hace Fernando su entrada pública en Madrid por en medio de arcos de triunfo. La parte fanática del pueblo le victorea con frenesí; sollozos y lágrimas vertían las familias de hombres ilustres que gemían en calabozos.

«Aborrezco y detesto el despotismo, había dicho Fernando en aquel Manifiesto célebre: *ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufre ya, ni en España fueron déspotas jamás sus reyes, ni sus buenas leyes y constitución lo han autorizado.»* Tras estas bellas palabras empeñaba la

suya de gobernar con Cortes legítimamente congregadas, conforme a los antiguos y buenos usos del reino. Pero añadió a la ingratitud el engaño: y el que aborrecía y detestaba el despotismo, hizo enarbolar de nuevo el negro pendón inquisitorial abatido en Cádiz, y lanzó a los más ilustrados españoles a los presidios y a las áridas rocas de África. Tal fue el fruto que recogió la España de su gigantesco esfuerzo.

XVII.

Triunfante la monarquía absoluta, pero difundidas las ideas de libertad; perseguidos, pero no desalentados los constitucionales; empeñada y no cumplida una real palabra; llorando unos la destrucción de lo pasado, y satisfechos otros con lo presente; empobrecida la nación con las profusiones antiguas y con los recientes dispendios de una guerra de seis años; apurado el público tesoro, y encomendada la administración a manos inhábiles; insurreccionadas las colonias de América, y privada de sus recursos la Metrópoli; disgustados muchos, exasperados algunos, contentos pocos, pásanse otros seis años del reinado de Fernando en sofocar conspiraciones y reprimir tentativas de los adictos al régimen constitucional.

Apeteciendo estos un cambio en la organización del estado, volvían naturalmente sus ojos al código de 1812, única bandera de su libertad que entonces se conocía. No se pensaba en sus imperfecciones, ni en si era el más acomodado y aplicable a la situación de España; y dado que se pensara en ello, olvidáronlo todo en gracia de simbolizar una época de glorias y de patriotismo mal correspondido. Este código era el que se invocaba siempre. Contestaba el monarca con cadalsos y con calabozos. Allí fueron a terminar una tras otra todas las tentativas.

Una insurrección militar proclamó otra vez aquella misma constitución, allá cerca de Cádiz, donde había nacido. Esta vez no pudo reprimirse el movimiento. Las ideas habían cundido, y las grandes poblaciones se levantaron en apoyo de la revolución militar. La capital de la monarquía siguió el mismo impulso, y Fernando juró aquella misma constitución que seis años antes había tan rudamente anatematizado. Hasta qué punto marcharan acordes en este juramento el corazón y los labios, la letra y el espíritu, la real conciencia y la real palabra, el juicio público lo caló pronto, y los sucesos lo mostraron después más claro.

Breve y efímero, agitado y proceloso fue este segundo período de gobierno constitucional. Todo conspiraba contra su afianzamiento. Las Cortes agriaron al clero y la nobleza, lastimando sus intereses y añejos privilegios con la ley sobre vinculaciones y la venta de los bienes monacales. El partido vencedor, embriagado con el gozo de haber pasado de los calabozos a las sillas del poder, de la roca Tarpeya al Capitolio, no supo contener el entusiasmo dentro de sus justos límites, y muchos se entregaron a ruidosas demostraciones y alharacas, y se propasaban a desacatos y desmanes que provocaban las iras de los vencidos, ofendían altos poderes, y predisponían a la venganza. Por su parte los realistas, o llevados del fanatismo, o instigados por las clases privilegiadas, comenzaron pronto a inquietar las provincias promoviendo la guerra civil, primero en pequeñas partidas armadas, en gruesas masas después, y conspirando siempre daban ocasión a medidas violentas por parte del gobierno y de las autoridades, o a demostraciones más violentas aún por la del partido dominante. Las exageraciones de las sociedades patrióticas alarmaban a los tímidos y desabrían más a los descontentos. Las sociedades secretas introducían el cisma entre los mismos amigos de la libertad. El gobierno estaba muchas veces en desacuerdo con las Cortes, a veces lo estaba con el trono mismo, y faltaba un poder moderador entre la corona y el. elemento popular. Todo conspiraba; y acaso no era el menor de los conspiradores el rey mismo, que si no lo fue desde el instante de jurar la Constitución, por lo menos no le cogían de sorpresa ni las maquinaciones de dentro ni los designios de fuera.

No podía la Santa Alianza, en su vivísimo celo por el principio de la omnipotencia monárquica, consentir en España el triunfo de una revolución que se habían apresurado a imitar Nápoles, el Piamonte y Portugal; y aunque la anarquía interior no hubiera dado tanto pretexto a la

intervención de las grandes potencias, creemos que de todos modos se hubiera resuelto en el congreso de Verona apagar un fuego que miraban como peligroso. ¿Se habría desarrugado el ceño de aquellos soberanos si el gobierno constitucional de España se hubiese prestado a las modificaciones que le proponían? ¿Se hubiera parado el rudo golpe si la contestación del gabinete español a las notas de los aliados hubiera sido menos altiva o menos adusta? La fogosidad de los ministros españoles no consintió esta prueba, y cien mil bayonetas vinieron a responder al arrogante reto.

Sucumbió, pues, por segunda vez la libertad en España en los mismos sitios que las dos veces le sirvieran de cuna. Pero en 1814 había bastado a ahogarla un simple decreto del rey: en 1823, fue necesario el auxilio de los cien mil nietos de San Luis. ¡Destino poco feliz, y misión nada envidiable la de la Francia! Las armas de Napoleón habían venido a arrebatar a España su independencia; las armas de Luis XVIII vinieron a arrancarle su libertad. Conducíanse del mismo modo con ella el poder de la revolución y el poder de la legitimidad. Las águilas y las lises le eran igualmente funestas.

No aplaudiremos nosotros los descomedimientos e irreverencias que en la fogosidad de las pasiones se permitieron algunos para con la majestad; pero tampoco hallamos modo de justificar o la inconsecuencia o la doblez del monarca en los últimos episodios de este drama de tres años. El prisionero de Cádiz no desmintió al prisionero de Valencey. Su proclama de 1.° de agosto en la ciudad española rebosaba el más encendido liberalismo, como los escritos de su pluma en la ciudad francesa le revelaban el bonapartista más apasionado. El 30 de setiembre ofrecía a los constitucionales todas las garantías apetecibles: el 1.° de octubre se proclamó otra vez rey absoluto, y anuló de una plumada todos los actos del gobierno que expiraba y todas las promesas reales. El decreto del Puerto de Santa María anunció que Fernando VII era el mismo hombre del decreto de Valencia, y el 4 de mayo de 181 4 se reprodujo en 1,° de octubre de 1823 con augurios aún más siniestros.

Porque la reacción se ostentó implacable y espantosa. Había más resentimientos que vengar, y la gente fanática se mostró tan brutalmente rabiosa en sus venganzas, que Angulema y su ejército hubieron de avergonzarse de haber sido los instrumentos de una contrarrevolución tan bárbaramente desbordada. El mismo príncipe generalísimo quiso templar aquel furor salvaje dando por sí algunas garantías contra la arbitrariedad y los atropellos; pero clamaron contra tan humano pensamiento las nuevas autoridades españolas, y so pretexto de que usurpaba la soberanía del rey ahogaron la única voz de compasión y de filantropía que se atrevía a levantarse en favor de los oprimidos. El iracundo fanatismo del 23 se sublevaba hasta contra la caridad extraña. Atestáronse los calabozos de presos ilustres, y se dio abundante tarea a los verdugos. Declaróse una guerra de exterminio contra la raza liberal, como contra una raza maldita. La expiación alcanzaba a lodo lo más espigado de la sociedad. El más feliz era el que lograba ganar una frontera o entregarse a la aventura a los mares. Parecía que la humanidad había retrocedido veinte siglos.

Faltó al complemento de tan negro cuadro el restablecimiento de la Inquisición, por última vez abolida en el gobierno de los tres años. Solicitábalo con instancia el partido apostólico: pedíanlo con ardiente fanatismo autoridades y corporaciones, pero merced a la Santa Alianza misma, merced principalmente a la Francia que declaró explícitamente no consentirlo, nunca el monarca se prestó a ello. Hubo no obstante dos prelados tan locamente fanáticos que tuvieron la audacia de restablecer el Santo Oficio en sus diócesis por propia autoridad. En Valencia llegó a ejecutarse un auto de fe. El gobierno no le había autorizado, pero no lo castigó. A falta de inquisición religiosa se discurrió una inquisición política, y se inventó el sistema de las purificaciones, y se crearon comisiones militares, especie de inquisidores con galones y entorchados. Sometióse a purificación hasta a las mujeres que tenían opción a pensiones; los cómicos necesitaban purificarse para poder ejercer su profesión, y los lidiadores de toros tenían que acreditar plenamente no estar infectados de la lepra del liberalismo si habían de ser habilitados para el ejercicio público del arte. En los registros secretos de la policía se hallaba anotada una miserable mujer septuagenaria, hija y esposa de labradores, que no sabía leer ni

escribir y que había sido calificada con la nota de: «mujer de mucha influencia por su fortuna; adicta al sistema constitucional; masona, y patriota exaltada sin comparación.» No ha muchos años se conservaba archivado este singular proceso. Y en la Gaceta de Madrid de 30 de octubre de 1824 se publicaba la sentencia siguiente:

«Francisco de la Torre, de estado casado, de edad de cincuenta y cinco años, natural de Córdoba y vecino de esta corte, de oficio zapatero, Justo Damián, Joaquín del Canto, María de la Soledad Mancera, Dolores de la Torre, Ramón Fernández, Antonio Fernández, Francisco Susanaga, Roque Miarar (prófugo), Juan de la Torre y María del Carmen de la Torre: resultando estos procesados hallarse confesos y convictos del delito de tener en su casa colgado a la vista el retrato del rebelde Riego, y conservado el *nefando folleto* de la Constitución: vista la causa en 24 de setiembre último, ha sido condenado el Francisco a llevar pendiente del cuello el retrato hasta la plazuela de la Cebada de esta corte, para que presencie la quema pública del mismo retrato por mano del verdugo, y que además sufra la pena de diez años de presidio con retención: que la María Soledad Mancera, su mujer, en consideración a su sexo y a la culpa que resulta contra ella en la conservación del retrato del mismo Riego, y a la irreligiosidad que usó con una estampa de la Virgen nuestra Señora, sufra asimismo la de diez años de galera...» ¿Qué falta hacia la inquisición religiosa donde la inquisición política se encargaba de resucitar los autos de fe, con sus procesiones, sus quemas en estampa y sus sanbenitos?

Ocurrían por este tiempo del otro lado de los mares sucesos de alta importancia, no más prósperos, aunque de índole bien diferente. Nuestras colonias de América llevaban a cabo su emancipación de la metrópoli, y España perdía un mundo entero al mismo tiempo que su libertad: ésta para volver un día a recobrarla; aquel para no volver a poseerle.

Aún no contentaba el despotismo reaccionario que siguió a la restauración del 23 al partido llamado apostólico, que no perdonaba a Fernando el crimen de no haber restablecido la Inquisición; desazonábale el que hubiera intentado modificar la organización de los voluntarios realistas, y no pudo sufrir una sombra de amnistía que el monarca se vio obligado a dar a los liberales. Comenzó, pues, el partido ultraabsolutista a conspirar contra el rey absoluto, encubiertamente primero, y a las claras después. A su vez los emigrados liberales, con más patriotismo que elementos, y con más ardor que prudencia, se lanzaban a tentativas temerarias y a arrojadas empresas para restablecer el gobierno constitucional. Prematuros planes, y como tales malogrados, que no producían otro fruto que dejar manchadas las playas y fronteras del reino con la sangre de aquellos acalorados patriotas, empeorar la suerte, ya harto desventurada, de sus amigos políticos, y hacer más osado y frenético al partido realista exagerado.

Con más elementos contaba éste cuando promovió la insurrección de Cataluña, que se presentó imponente, terrible y audaz, como que la dirigía el *Ángel exterminador*, advocación la más adecuada al sistema de exterminio que constituía la base de la sociedad secreta que se engalanaba con aquel título. El clero predicaba en público de real orden contra la insurrección con patente tibieza; de secreto, aunque no con gran rebozo, atizaba fogosamente el furor de las bandas de la fe. Invocábanse ya abiertamente dos nombres que no eran ni Fernando ni absolutismo. Estos nombres eran Inquisición y Carlos. En aquel tribunal y en este príncipe veían ellos la encarnación viva de su partido.

La presencia del monarca en el teatro de la rebelión desconcertó a los rebeldes, y apagó un fuego que amenazaba devorar el trono. Los jefes de los insurrectos, después de admitidos a besar la real mano, eran llevados al patíbulo cuando menos lo esperaban. Los proclamadores de la Inquisición sucumbían inquisitorialmente. Solo se sabía el número de víctimas por el número de cañonazos y por las veces que se veía ondear un pendón negro sobre el torreón de una ciudadela. Lo demás lo sabia el conde de España, especie de Torquemada militar del siglo XIX.

Tampoco desistían de sus tentativas los emigrados liberales. Todos eran tenaces, y todos pagaban cara su impaciencia. Las playas de Málaga y las crestas del Pirineo volvieron a enrojecerse con la sangre de ilustres víctimas. Torrijos fue el más compadecido de los mártires por que fue el

más impíamente engañado. Poco menos lo fue Mina, y poco le faltó para que las simpatías francesas de la revolución de julio le llevaran a un fin tan trágico como el de su generoso compañero.

Así procuraba Fernando, como observa un escritor contemporáneo, sostener entre opuestos partidos una balanza sangrienta, en cuyos platos echaba cabezas para equilibrarla el conde de España. Conspiradores de ambos bandos eran ejecutados con una impasibilidad igualmente fría. En el hecho de atentar contra su poder dábale lo mismo que vistieran el gorro frigio o el bonete teocrático; y lo mismo eran sacrificados Riego, el Empecinado, Manzanares y Torrijos, que Bessieres, Busols, Ballester, y el *Padre Puñal.* Propia conducta de quien tenía en el ministerio a Zea y Calomarde para que mutuamente se espiaran, de quien oponía a los Erro, los Eguía y los Aymerich, furiosos atizadores del despotismo, los Ofalia, los Ballesteros y los Zambrano, o moderados o tolerantes con los reformadores, que encargaba a Ugarte y Larrazabal que los vigilaran a todos cuidadosamente, y que sonriendo alternativamente a unos y a otros, se escudaba con todos y no obedecía a ninguno.

Es un período horrible de nuestra historia el de estos veinte años. Pero el movimiento progresivo de la razón humana tenia que salir victorioso de esta lucha sangrienta, y la Providencia lo dispuso así por una serie de combinaciones inesperadas, de aquellas que suele poner en juego cuando determina cambiar la condición de un pueblo.

La obra de la regeneración española que los hombres habían por tantos años contrariado y detenido, encomendósela a la belleza de una mujer y a la inocencia de una niña. El monarca a quien no habían conmovido las terribles escenas de tantas revoluciones, y a quien los sacrificios de tantos millares de hombres no habían ablandado, no pudo resistir a los encantos de una esposa cariñosa y tierna, que vino a reanimar su existencia achacosa, y a halagar con la esperanza de la paternidad a quien en los días de su robustez y juventud no había podido lograr fruto de sucesión de otras tres princesas con quienes sucesivamente había compartido el tálamo y el trono. Gran inquietud y zozobra causó este cuarto consorcio al partido apostólico, que contaba con la seguridad de ver pronto colocada la coronado Castilla en el hermano mayor del rey por falta de sucesión directa: gran manantial de esperanzas para el partido liberal, que instintivamente las cifraba todas en la joven princesa de Nápoles, y que se aumentaron y avivaron al saber que ofrecía síntomas de próxima maternidad.

El doble amor de esposo y de padre hizo a Fernando prever el caso del nacimiento de una princesa, y queriendo dejarle allanado el camino del trono, dio fuerza y sanción de ley a la pragmática-sanción de Carlos IV, que entonces era todavía un secreto, y al acuerdo de las Cortes de 1789, que derogaba el auto acordado de Felipe V, relativo a la sucesión de la corona. Cuando nació la princesa Isabel, encontró ya garantidos por la ley sus derechos al trono. El nacimiento de otra princesa a poco mas de un año, acabó de aumentar el desconcierto y la desesperación del partido que ya se denominaba carlista , y que a pesar de todo ni reconocía el derecho ni cejaba en sus designios. Agraváronse los males del rey. La enfermedad tomó un carácter alarmante que hacía desesperar de su vida. Estos fueron los momentos que escogieron los hombres que blasonaban de religiosos para arrancar al moribundo monarca la resolución que apetecían.

En una alcoba del palacio de la Granja se iban a resolver los destinos futuros de una gran nación. Iba a decidirse la lucha entre el progreso de la razón humana y el retroceso de las ideas, entre la civilización y el fanatismo, entre la legitimidad y la usurpación, entre la inocencia y la hipocresía. Ciérnense y se agitan en torno al lecho del dolor en que yacía Fernando intrigas y amaños semejantes a los que rodearon el lecho mortuorio de Carlos II. Desigual era la lucha, interesante y patético el drama, tierna y horrible a un tiempo la escena. De una parte hombres osados, avezados a los manejos, ayudados de un extranjero audaz y de los directores de la conciencia de un monarca moribundo, cuyas facultades mentales turbaban ya las sombras de la muerte; de otra una esposa atribulada, fatigada por las vigilias, madre afligida y tierna, traspasado su corazón con el doble dardo de un esposo que va a fallecer y de dos inocentes hijas amenazadas

de orfandad. Aquellos aterrando al augusto enfermo con las penas de otra vida, intimidando a la desolada madre con siniestras predicciones sobre ella y sobre sus hijas, si no se apresuraban a revocar el acta que las llamaba al trono: el rey no pensando sino en morir con conciencia tranquila, la reina no queriendo acibarar los últimos momentos de su esposo... ¿qué habían de hacer? Cristina consiente, Fernando traza con mano incierta y temblorosa sobre el documento que le presentan unos caracteres casi ilegibles que significan su asentimiento El triunfo del bando carlista parece consumado. Sobreviene al monarca un letargo profundo y parece haber dejado de existir, y Carlos recibe las felicitaciones y plácemes de los palaciegos.

Pero la Providencia da un nuevo y sorprendente giro al interesante drama que parecía terminado. El rey vivía... el que tantas veces había burlado a los partidos políticos en vida, los engañó con la muerte. Aún da lugar a que otra princesa de ánimo varonil y resuelto acuda de larga distancia con la velocidad del rayo a realentar los abatidos espíritus de los regios esposos. A la aparición de este personaje, que parece revestido de un poder mágico e irresistible, tiemblan los más atrevidos conspiradores; las palabras enérgicas que salen de su boca los humillan y anonadan. El testamento arrancado por sorpresa al moribundo monarca es rasgado en menudas piezas por las manos de una mujer. Un tanto repuesto el soberano de sus dolencias y de su asombro, trasmite el cetro de la monarquía a su tierna esposa para que la rija hasta el total restablecimiento de su salud. Desde este momento la escena cambia. Cristina abre con una mano las puertas de la patria a los liberales proscriptos, y con otro rompe los cerrojos con que los enemigos de las luces tenían cerrados los templos del saber.

Fernando recobrado de su enfermedad lo bastante para poder manejar el cetro, vuelve a empuñarle otra vez, y ratifica el acta de 1830. La tierna Isabel es jurada solemnemente princesa de Asturias y heredera del trono por las Cortes de la nación. Carlos protesta. Muere Fernando VII en 1833... Isabel es aclamada y reconocida como reina legítima de España. Comienza aquí una nueva era para la nación.

XVIII.

Cuando al leve soplo de una brisa suave se ve caer derrumbado el arbol añoso y robusto, que parecía desafiar las tormentas y los huracanes, preciso es reconocer la intervención de un poder superior que da a los agentes secundarios una fuerza de acción desusada y que de las leyes naturales no se pudiera esperar. «Dios, hemos dicho en el principio de este discurso, cuando suena la hora de la oportunidad, pone la fuerza a la orden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.»

Todo lo había ido preparando por caminos en que tal vez los hombres de entonces no repararon bastante. Él fue sin duda el que cuando la existencia del monarca parecía mas marchita le dotó de una sucesión que le había negado en los días de su mayor virilidad. Él quien permitió que el que tantas veces se había retractado en vida, en contra siempre de los hombres de unos principios, se retractara una vez en favor de ellos *in articulo mortis*, subsanando así en la muerte, si posible fuera, las contradicciones de la vida. No es esto solo.

Hallábanse de un lado todos los elementos de fuerza, del otro solo debilidad. De un lado la influencia y el poder, de muchos años ejercidos por hombres prácticos y sagaces, que contaban con un príncipe en edad sobradamente madura para poder manejar el cetro con propia mano, y dispuesto a realizar su reaccionario sistema: del otro dos princesas hermanas, y dos niñas inocentes; la flaqueza de la edad, y la flaqueza del sexo. De un lado el apoyo de medio millón de bayonetas; del otro el arrimo presunto de un partido debilitado por los infortunios, diezmado por los patíbulos, no muy numeroso entonces de suyo, y diseminado por extraños climas. Y con todo esto dejáronse arrebatar al poder de entre las manos los poderosos y armados de los desarmados y débiles. Y el árbol añoso y robusto, que parecía desafiar las tormentas y los huracanes, cayó derrumbado al suave soplo de una brisa ligera.

Al fallecimiento de Fernando, declaráronse abiertamente los partidarios del príncipe Carlos contra los derechos de la hija del monarca, y estalló la guerra civil. La de 1833 venia a ser una continuación de la de 1827. Aquellos innumerables voluntarios realistas, que cuando eran todopoderosos se habían dejado desarmar, en unas partes con escasa resistencia, en otras como flacas mujeres, fueron a engrosar las filas de la rebelión. Lo que no hicieron cuando eran cuerpos organizados, intentáronlo cuando eran sólo individuos. Necesarios eran estos errores inconcebibles para que los que entonces eran todavía pocos triunfaran tiempo andando de los muchos. Agrupáronse a su vez los liberales en torno a la cuna de la hija de Fernando y en derredor de la bandera enarbolada ya por la viuda del rey. Cristina reclamó su auxilio y no podían negársele. Necesitábanse mutuamente, y hablaban en favor de esta unión la gratitud, el deber, la hidalguía y la conveniencia. Era la causa de dos reinas, inocente y tierna la una, bella y joven la otra. Era además la causa de las luces, de la civilización y de la libertad. Los enemigos de ellas habían abierto el combate, y la lucha fue aceptada.

Comprimido por dos sangrientas reacciones el gran principio de libertad que desde 1810 había ido sobreviviendo a las persecuciones y los infortunios, pugnaba por dilatarse. La resistencia se anunciaba terrible. Era por lo tanto insostenible en tal situación el sistema de inmovilidad y de *statu quo* que intentó plantear un ministro poco conocedor de la ley natural del movimiento y de la resistencia. Quiso por medio de un Manifiesto célebre tranquilizar a los dos partidos, y descontentó y desazonó a todos. Procuró disfrazar el absolutismo bajo formas menos odiosas, y dándole un nombre mas bello que exacto; pero aún así se le reconoció, y fueron repudiados el autor y el sistema.

Reemplazóle otro ministro con el *Estatuto Real*, término medio entre la libertad y el absolutismo, concepción indefinible entre la ficción y la realidad, y que pareció un parto raquítico a los amigos de las reformas, y una nueva quimera en el estado en que ya los ánimos se encontraban. Proponiéndose su autor huir de las reminiscencias de la Constitución francesa de 1791 que se advertían en el código de Cádiz, cayó en el extremo opuesto, como si hubiera tomado por modelo la carta otorgada de la restauración, rasgada en las jornadas de julio. Sin cesar combatido el Estatuto desde su nacimiento, arrastró dos años de procelosa existencia, y cayó a impulsos de una revolución movida por los mas fogosos liberales. Por tercera vez se aclamó la Constitución de 1812.

Brusca y desacatada fue la manera como se obtuvo el asentimiento de la reina regente: deplorables los excesos que en aquellos días de agitación se cometieron: digna de toda alabanza la sensatez con que se procedió a la revisión y modificación de aquel código político en cumplimiento de una condición impuesta. Desempeñaron esta delicada misión las Cortes constituyentes con más aplomo del que pudiera esperarse en época tan revuelta y enmarañada. Alzóse la Constitución de 1837 como una bandera de concordia en derredor de la cual habían de agruparse las diferentes fracciones de los amigos del gobierno representativo. Mucho menos monárquica que el Estatuto, pero mucho menos democrática que la del año 12, consignábase en ella el principio de las dos cámaras, y dejando regular ensanche al elemento popular, se robustecia al mismo tiempo el poder de la corona. Fue entonces saludada con demostraciones de universal beneplácito, y nadie en aquellos momentos, por suspicaz que fuese, calculaba ni presumía, ni sospechaba siquiera, que hubiera de alcanzar tan solo ocho años de vida, al cabo de los cuales había de elaborarse otra Constitución que reemplazara aquella, variando unos y conservando otros de sus principios fundamentales.

La guerra civil había ido tomando colosales proporciones, y mientras la revolución política gastaba con rapidez constituciones y ministerios, la rebelión carlista con no menor rapidez consumía los recursos del estado y gastaba los generales de más reputación y prestigio. Un militar de inteligencia y de genio, que por un desabrimiento personal había pasado de las filas de la reina a las del príncipe pretendiente, había organizado y reducido a pie de ejército las que en un principio habían sido masas irregulares y bandas indisciplinadas. La muerte de este genio extraordinario fue una gran pérdida para los insurrectos. Pero el impulso estaba dado, y era ya tal su pujanza que en

más de una ocasión obtuvieron ventajas sobre gruesos cuerpos del ejército nacional mandados por generales que pasaban por expertos y bravos. Mas no solía marchar en armonía la bravura y el acierto en los planes de compaña.

El tratado de la cuádruple alianza fue más aparatoso que eficaz. La diplomacia pudo fácilmente eludir compromisos, interpretando del modo que más le convenía las palabras de un texto que se prestaba maravillosamente a todas las versiones. Contentáronse las potencias signatarias con permitir que viniesen unas cortas legiones auxiliares a sueldo de España. Cuando se invocó su intervención, no se creyeron obligadas a tanto, y se recibió un desaire. Se pedía socorro, y contestaban con simpatías. En la asamblea de una de las naciones aliadas se pronunció un *jamás* que apesadumbró a muchos, pero que se convirtió en honra de España cuando se vio la lucha llevada a feliz remate sin extrañas intervenciones. Cargos de deslealtad o por lo menos de doblez, hacía a algunas de ellas la prensa diaria, y no sabemos hasta qué punto las podrá absolver de ellos la historia.

Algo humanizó el tratado Eliot una guerra que había comenzado con ruda ferocidad, no dándose cuartel los contendientes. Pero duró poco la templanza. Encrudeciéronse otra vez los partidos, y hombres de instintos dañinos, dueños accidentalmente de la fuerza, prevaliéndose de la turbacion de los tiempos, se abandonaban a actos de bárbara fiereza al abrigo de la impunidad. Estremecen todavía los recuerdos de tantos sacrificios horrorosos, y parécenos resonar aún en nuestros oídos los ayes de tantas víctimas inmoladas por aquellos modernos vándalos, afrenta de la humanidad y del siglo, y deshonor de la causa que los contaba por defensores. Ni por eso disculpamos las demasías y crueldades, y las represalias imprudentes ejercidas a su vez por algunos de los que peleaban por la causa de la libertad y del trono legítimo. La civilización condena y la humanidad repugna tales monstruosidades, cualquiera que sea el que las ejecute u ordene. Y si algo puede, a fuer de españoles, ya que no consolarnos, atenuar por lo menos la pena de tan ingratos recuerdos, es la consideración de que en el corto período de convulsión política que posteriormente ha agitado la Europa, hemos visto a las naciones mas civilizadas ser teatro de mas execrables y repugnantes crímenes y en mayor número de los que mancharon el suelo español en siete años de mortífera y encarnizada pelea.

Naturalmente habían de abundar más los desmanes y excesos de parte de los rebeldes, en cuyas filas si bien militaban muchos hombres probos a fuer de generosos defensores de una causa que sus ideas y sus convicciones les representaban como la mas justa, se alistaba además y se recogía, como en un receptáculo siempre abierto, toda la gente aviesa, que o mal hallada con la sujeción inherente al ejercicio de un arte mecánico o de una profesión lentamente lucrativa, o temerosa de los fallos de los tribunales, o viciada con la vagancia, o desesperada por la miseria, buscaba rápidos medros a favor del desorden y de la vida aventurera (tendencia que por desgracia ha distinguido siempre y parece innata a los hijos de nuestro suelo), y se arrimaba a una causa a cuya sombra tan fácil era cometer a mansalva despojos a que antes se daba otro nombre, y cuyos perpetradores se disfrazaban con dictados políticos, menos mal sonantes que los que en otro caso hubieran merecido.

Daba también a veces ocasión al descontento y alas a la insurrección, ya la falta de un buen orden administrativo, llaga que parece incurable en España, ya algunas medidas o impremeditadas o incompetentes de gobierno, que sin crear nuevos intereses lastimaban derechos antiguos, y sin captarse adictos engendraban desafectos. Repetíanse las sublevaciones militares y las conmociones populares, provocadas unas, sin apariencia de justificación otras. A veces una insubordinación militar inutilizaba o contrariaba una providencia saludable del gobierno; a veces por el contrario, la conducta de los gobernantes excitaba, o por lo menos suministraba pretexto al levantamiento de una o más ciudades, y se distraía la fuerza pública destinada a las operaciones de la guerra para emplearla en sofocar la sublevación desguarneciendo una línea de defensa. A veces mientras un general ganaba un importante triunfo sobre el enemigo, otro general se ponía a la cabeza de un motín; o mientras los milicianos nacionales defendían heroicamente sus hogares y sus vidas y daban

ejemplos sublimes de bizarría y resolución en las poblaciones y en los campos, los jefes de los ejércitos se entretenían en promover un cambio de gabinete, o empleábanse los representantes del pueblo en debatir personales y fútiles altercados.

Alentaban igualmente a los enemigos de la libertad las escisiones y desacuerdos que muy pronto comenzaron a dividir a los hombres de la comunión liberal, que empezando por desconvenirse en cuestiones abstractas de política o en los medios de realizar las reformas, concluían por hostilizarse con encono, y parecía emplearse mas en destruirse a sí mismos que en inutilizar los esfuerzos del enemigo común. Época de pasiones, como todas aquellas en que para regenerarse una sociedad pasa por un período de fermentación.

Por fortuna para los liberales, bullían iguales o parecidas discordias en el campo y en la corte carlista. La presencia del príncipe pretendiente en las provincias del Norte, núcleo y foco principal de la rebelión, si bien había alentado al pronto las masas, fáciles de fanatizar, sobre haberlas servido de no poco embarazo y estorbo, teniendo que distraer fuerzas y recursos para atender a los gastos y a la protección de una corte ambulante y nómada, había llevado tras sí un manantial perenne de rivalidades y de intrigas entre sus adeptos, sirviendo además para poner en evidencia su nulidad a los ojos de los mas ilustrados de los suyos. Veían estos de mal ojo a su rey circundado siempre y supeditado por hombres fanáticos y por influencias monacales, y murmurábanle de ser él mismo más cortado para monje que para monarca. Así se fueron formando en aquella pequeña corte dos partidos que se miraban primero con desconfianza y desapego, después con ojeriza, y que trabajaban mutuamente por desconceptuarse, suplantarse y destruirse. A la cabeza del primero estaba el mismo príncipe, y componíanle los ultra-realistas, inquisitoriales y antiguos apostólicos: formaban el segundo los realistas más templados y menos fanáticos, los que hasta cierto punto transigían con las nuevas ideas, los más propensos a la tolerancia.

A pesar de todo, la insurrección llegó a tomar un vuelo imponente; cundió por todas las provincias de la monarquía; dominaba en algunas; amenazó una vez y puso en alarma a la misma capital del reino; y no fueron pocos los que en más de una ocasión concibieron serios temores y pusieron en tela de duda el éxito final de la contienda.

Pero la causa de la inocencia y de la civilización que milagrosamente se había salvado en el alcázar de los reyes, no estaba destinada a sucumbir en los campos de batalla. Las ideas habían derramado ya demasiada luz para que la ilustración pudiera ser vencida por las sombras del fanatismo.

Viose declinar la causa carlista desde que se frustró la temeraria tentativa sobre Madrid. La superioridad que iban tomando las armas constitucionales hizo desarrollarse mas los gérmenes de división que pululaban en los campamentos y en derredor de la diminuta corte de Oñate. Conocieron los menos obcecados la inutilidad de sus esfuerzos por sostener una lucha, larga en duración, costosa en sacrificios, estéril en resultados, y de cuyo término no tenían motivos para augurar favorablemente, y se formó un partido de jefes con tendencia a la paz y con disposiciones de aceptar una transacción. Penetraban estas ideas en las masas y cundían en los pueblos. Participaba de ellas el que mandaba en jefe el ejército realista.

Las discordias crecen, los partidos se enconan, la escisión estalla. Las sangrientas ejecuciones de Estella abren un abismo entre el desacordado príncipe y el osado caudillo de sus tropas, y entre los parciales de uno y otro. La pobreza de espíritu y las debilidades y contradicciones del príncipe con el audaz ejecutor de aquella tragedia terrible, acaban de desconsiderarle con los suyos. Triunfa el caudillo del ejército realista, y desde este momento le es fácil entenderse con el general en jefe de los ejércitos constitucionales. Las negociaciones se activan; la idea de paz gana prosélitos en las filas de uno y otro campo; celébrense pláticas; entáblanse tratos; ventílanse condiciones; se repiten las entrevistas; se ajusta el convenio; y el patético drama de la guerra civil termina con un desenlace tierno, noble y sublime en los campos de Vergara. Eran sólo españoles los que se encontraban allí, españoles que se habían combatido enemigos y se abrazaban hermanos. Aquel abrazo afirmaba a una reina inocente y tierna en el trono de sus mayores que por espacio de seis años le había sido

encarnizadamente disputado, y decidía el triunfo de la civilización y de la libertad. Voces de júbilo y cantos de regocijo resonaron en todo el ámbito de la monarquía.

A poco tiempo cruzaba el Pretendiente la frontera del vecino reino, a devorar su amargura en el lugar que al gobierno de la Francia le plugo señalarle.

Inútil fue la pertinacia con que los mas tenaces defensores del carlismo intentaron prolongar todavía la guerra en algunas comarcas de la Península. El más feroz de sus caudillos viose igualmente forzado a buscar su salvación con el resto de sus terribles bandas del otro lado de la frontera española. En 1840 no quedaba en el territorio de la Península un solo carlista armado.

Ni han sido más felices las tentativas posteriormente ensayadas por algunos genios incorregibles para resucitar la causa que había muerto en los campos de Vergara.

Terminada la guerra civil, avivóse más la guerra política y de opiniones entre las diversas fracciones del partido vencedor. Que en las épocas de regeneración parece que el espíritu humano no acierta a vivir en el reposo, y busca, si no los tiene, incentivos que le agiten, y nuevas luchas en que gastar el exceso y sobreexcitación de su vitalidad. Una cuestión de la ley municipal llevó la desavenencia del campo tranquilo de la discusión al terreno peligroso de la fuerza. En 1840 un movimiento popular imponente se proporcionó en favor de los hombres de más avanzadas ideas en materia de reformas, y en contra de los que en aquella sazón tenían el poder. Mantúvose del lado de estos últimos la Gobernadora del reino; declaróse por aquellos el general Espartero que mandaba los ejércitos, y echando su espada en la balanza acabó por darles el triunfo. Creyóse la reina madre en el deber de renunciar la regencia antes que ceder a la general sublevación, y dejando la guarda de sus augustas hijas confiada al patriotismo de los españoles, abandonó las playas de la Península y se ausentó del reino.

Las Cortes encomendaron la regencia vacante al afortunado general que había tenido la suerte de terminar la guerra civil, y a quien rodeaba entonces ancha aureola de prestigio. Confióse la tutela de las augustas huérfanas a un ilustre veterano de la libertad.

Lejos estuvo de ser tranquila la regencia del duque de la Victoria. Una conjuración militar se fraguó para derrocar al regente. Estalló, fue vencida y corrió en los cadalsos sangre ilustre. Adversarios y amigos lloraron la de un general bizarro cuya lanza había sido el terror de las huestes carlistas. La revolución devora sus propios hijos. Dos años más adelante se formó contra el gobierno del regente una coalición en que entraron hombres de diferentes y aún opuestos partidos, de buena fe unos, con ulteriores y encubiertos designios otros. Fueseles adhiriendo el ejército, que en su mayor parte abandonó al regente Espartero, como tres años antes había abandonado a la Gobernadora Cristina, y Espartero a su vez tuvo que ausentarse de España como la madre de la reina. Los sacudimientos políticos no perdonan ni a los hombres eminentes salidos del pueblo ni a los vástagos y padres de reyes.

Vencedora la coalición, menor de edad la reina, la regencia de nuevo vacante, y no sosegada todavía la España, el gobierno provisional y las Cortes por él convocadas acordaron anticipar la mayoría dela reina, remedio muchas veces ya usado por la nación, para obviar conflictos en los casos de minoridades turbulentas.

Aunque el ministerio aclamado por la coalición antes y después del triunfo había salido de las filas de los hombres del progreso, desavenidos que fueron los coalicionistas pasó el poder a manos de los que se nombraban conservadores, ya por arte y maña de los unos, ya por incomprensible inercia y flojedad de los otros. Obra suya fue la reforma del código de 1837, o más bien la nueva Constitución de 1845. Resolvióse también el importantísimo punto del matrimonio de S. M.. realizándose en un día la doble boda de la reina doña Isabel II. y de la princesa su augusta hermana, no sin protesta y disgustos del gabinete de la Gran Bretaña, causa y raíz de algunas malas inteligencias que después entre los gobiernos de ambas naciones sobrevinieron.

Ha sido el alma de la situación creada en 1843, con breves intervalos, el general Narváez, duque de Valencia, hombre de nervio y de acción, y uno de los que contribuyeron mas al triunfo del movimiento coalicionista de aquel año. Deben en gran parte los que desde entonces han regido los

destinos de España a su actividad y su fortuna el haber sofocado o vencido los sacudimientos y perturbaciones de diversas índoles y tendencias que desde aquella época han acontecido en varios períodos y puntos de la Península, no sin que haya vuelto a correr sangre española en los campos, en las calles y en los patíbulos: deplorable fatalidad de las revueltas y agitaciones políticas.

XIX

Hemos apuntado con cuanta rapidez nos ha sido posible los hechos principales que han ido trayendo la España a la situación en que hoy se encuentra, cuidando de citar en lo perteneciente a las últimas épocas tan solamente aquellos sucesos consumados que ningún partido político puede negar, que nadie puede borrar ya de las tablas de los fastos españoles. En el tiempo en que estos sucesos se verificaban, nosotros, cumpliendo con un deber que a fuer de españoles amantes de nuestra patria nos habíamos impuesto, emitíamos diariamente nuestro juicio y los calificábamos según nuestro leal y humilde saber en escritos de bien diversa índole que el presente. Por espacio de mas de diez años levantamos nuestra débil voz en defensa y vindicación de la ley, de la moralidad y de la justicia, no siempre acaso sin fruto, siempre animados de la mejor fe, jamás faltando a nuestra conciencia, aún en aquello en que tal vez pudiéramos como hombres equivocarnos más.

Hoy como historiadores tenemos deberes muy distintos que cumplir. Actos y sucesos que entraban bien en el dominio del periódico no pueden entrar todavía en el de la historia, si ha de presidir a esta la crítica desapasionada y la mas estricta imparcialidad. Las consecuencias y resultados de los grandes acontecimientos políticos tardan en desarrollarse y en dar sus frutos saludables o nocivos, y no son las primeras impresiones las que deben servir de norma al fallo severo del historiador. ¡Cuántos acaecimientos de la historia antigua debieron parecer calamidades a los que entonces los presenciaban, y sólo más tarde se vio que no habían sido sino en provecho de la humanidad!

Hay verdades y principios que tenemos por fundamentales y eternos. Pero las modificaciones de las formas no pueden ser históricamente juzgadas sin riesgo de equivocarse en su apreciación, hasta que sufren la prueba decisiva del tiempo. Por eso, así como ni debemos ni podemos juzgar del espíritu de un siglo o de una época remota por las ideas que dominan en el presente, seria igualmente aventurado calificar lo de hoy como lo mas conveniente para mañana, cuando el tiempo y las combinaciones políticas han hecho tantas veces fallidos los cálculos humanos.

Por eso en nuestra obra, donde tenemos que ser más extensos y más explícitos como narradores y como analizadores, llegaremos hasta donde prudentemente creamos que puede extenderse la jurisdicción, el deber y la libertad del historiador, sin que consideraciones humanas, ni antojos propios, ni halagos ajenos, ni tentaciones de ningún linaje nos muevan a traspasar ni una línea los límites que nos habremos de prescribir.

Podemos, sí, anticipar sin inconveniente que en este último período de regeneración política, único que nos ha cogido en edad de poder aplicar nuestro humilde criterio a los hechos que hemos presenciado, hemos visto sucederse alternativamente en el poder hombres eminentes e ilustres, y también hombres oscuros de todos los partidos. Todos en nuestro entender, a vueltas de algunas reformas útiles y de algunas providencias beneficiosas, han cometido errores más o menos excusables, que han hecho más laboriosa y más imperfecta la obra de la regeneración. Nos contentaramos con que hubieran sido sólo errores de entendimiento. Hemos visto nacer ambiciones, desarrollarse pasiones bastardas; hemos presenciado faltas de justicia, inobservancias e infracciones de ley. Gobernantes, legisladores, pueblos, clases, individuos, ¿quién podrá decir que no tiene algo de que acusarse? No nos toca fallar quiénes hayan pecado mas. Deploramos los males, pero no nos han sorprendido. Habíamos leído ya bastante en la historia de la humanidad, sabíamos demasiado lo que en todos los pueblos y en todas las edades ha acontecido en períodos de agitación y de turbulencias políticas, para que pretendiéramos que los hombres de nuestra época, que nosotros mismos pudiéramos tener el privilegio de obrar ni pensar libres y exentos de las pasiones que en

circunstancias análogas se desenvuelven siempre y son el patrimonio triste de la humanidad.

Estamos por lo tanto muy lejos de halagarnos con la idea lisonjera de que la sociedad y la época en que vivimos hayan alcanzado una condición tan ventajosa como la que nuestro natural deseo nos hace apetecer. Muchos y graves males tenemos que lamentar todavía. Lentos y penosos son los mejoramientos sociales, porque es larga también la vida de los pueblos. Mucho le falta todavía a la gran familia humana para llegará ese posible perfeccionamiento a que debe tenerla destinada el que la dirige y guía; mucho también a España, como parte de este todo social. Pero aliéntenos la confianza de que mejorará su condición. Cabalmente vivimos en un siglo en que la razón ha hecho grandes conquistas, y la razón humana no retrocede. Sufrirá combates y oscilaciones, contrariedades y vicisitudes: este es su destino; pero seguirá su marcha progresiva; este es su destino también. Si creemos que no hemos adelantado, volvamos la vista atrás, ojeemos la historia, meditemos las grandes catástrofes por que ha pasado la humanidad, y nos consolaremos.

Natural es que nos afecte mucho mas la impresión de los males que vemos, que palpamos y que sentimos, que los recuerdos de otros mayores que les tocó sufrir a las generaciones que nos precedieron. Nos asusta el más ligero temblor de la casa en que nos albergamos, y leemos sin perturbación y sin susto los estragos de los terremotos en lejanas edades, y las devastaciones de apartados pueblos. Nos estremeceríamos con que retemblara ligeramente el pavimento de nuestro gabinete, y si pisáramos la tierra que cubre las ruinas de Pompeya, recordaríamos con una emoción melancólica cómo fue sumida una gran ciudad, pero no nos perturbaría el recuerdo.

Miremos, pues, a lo pasado para no afligimos tanto por lo presente, y por la contemplación de lo pasado y de lo presente aprendamos a esperar en lo futuro, sin dejar por eso de aplicar nuestros esfuerzos individuales para mejorar lo que existe. Ni juzguemos tampoco por un breve período de cortos años de la fisonomía social y de la índole de una época o de un siglo.

A los que demasiado impresionados por los males presentes juzguen que la razón no ha hecho adquisiciones en este mismo siglo, les contestaremos solamente, que siendo nosotros profundamente religiosos, siendo también tolerantes en política, por convicción, por temperamento y por moralidad, estando basada nuestra obra sobre los principios eternos de religión, de moral y de justicia, hace veinte años no hubiéramos podido publicar esta historia.

PARTE PRIMERA.
LIBRO I.
ESPAÑA PRIMITIVA
CAPÍTULO I.
PRIMEROS POBLADORES.

Situación geográfica de España.—Producciones y riqueza de su suelo.—Razas primitivas que la poblaron.—Íberos.—Celtas.—Celtíberos.—Respectiva posición de estas tribus.—Subdivisiones.—Su estado social.—Sus costumbres.

Si alguna comarca o porción del globo parece hecha o designada por el grande autor de la naturaleza para ser habitada por un pueblo reunido en cuerpo de nación, esta comarca, este país es la España.

Separada del continente europeo por una inmensa y formidable cadena de montañas, circuida en las dos terceras partes de su perímetro por las aguas del Océano y del Mediterráneo, diríase que el Supremo Hacedor había querido dibujar con su dedo omnipotente sus naturales límites, y que defendiéndola de Europa con el antemural de los montes Pirineos, del resto del mundo con los dos mares, se había propuesto que pudiera ser la mansión o morada de un pueblo aislado y uniforme, ni inquietador de los otros, ni por los otros inquietado.

¿Por qué serie de causas, por qué conjunto de extraños acontecimientos, trasformaciones y vicisitudes, esta parte del globo de tan demarcados términos y lindes, presenta en su historia el cuadro confuso de tantos pueblos y naciones, de tan distintos idiomas, de tan diversa y variada fisonomía en sus costumbres? ¿Cómo tan invadida ha sido siempre, y mas que otra nación alguna, por extrañas gentes? Explica en gran parte lo primero su propia topografía: el curso de la historia demostrará lo segundo: ella irá descifrando este al parecer incomprensible fenómeno, este destino excepcional del pueblo español.

Las extensas cordilleras que la cruzan, corriendo en irregulares y tortuosas direcciones, y extendiéndose y desparramándose por todo el ámbito de la Península como las arterias de un gran cuerpo, formando profundas sinuosidades, estrechas gargantas y desfiladeros, risueños y fértiles valles, anchas y dilatadas planicies, sirven como de frontera a otras tantas comarcas independientes. Dejemos a los geógrafos la descripción de todas estas ramificaciones, que asemejándose en su marcha y vicisitudes a la vida del hombre, nacen, crecen, se ostentan a las veces robustas y soberbias; a las veces abatidas y flacas, yendo a morir en el profundo lecho de unos u otros mares. Contentémonos con no olvidar esta constitución física de España, porque ella será una de las claves para explicar la diferencia de caracteres que se observa en el pueblo español, y la facilidad con que pudieron formarse dentro de su territorio distintos e independientes reinos.

Numerosas corrientes de agua se desprenden del seno de estas vastas montañas, formando las grandes vías fluviales que atraviesan y fertilizan nuestro suelo.

Así mientras las altas sierras producen en abundancia maderas de construcción y canteras de jaspes, mármoles y alabastros, en los pingües pastos de sus valles y cañadas se apacientan ganados de todas especies, que dan al hombre sustento y vestido; las llanuras y riberas le suministran con prodigalidad todo género de cereales, variedad de exquisitos vinos y de sabrosas frutas, y los mares de sus costas le surten abundosamente de pescados. Las minas de ricos metales con tal profusión derramó la Providencia en este suelo, que tomaríamos por fábulas o por brillantes hipérboles las noticias que de ellas nos dejaron los antiguos geógrafos e historiadores, si de ser verdad y no ficción no viéramos todavía en nuestros tiempos tantos y tan irrecusables testimonios. «En ningún país del mundo, decía ya Estrabón[1], se ha encontrado el oro, la plata, el cobre y el hierro, ni en tanta abundancia ni de tan excelente calidad como en España.» Hablannos todos los autores de aquellos

1 Libro III, cap. I.

apartados tiempos de montañas de plata (*Argentaríus mons*), de ríos que arrastraban arenas de oro; y el mismo Estrabón llama repetidas veces al Tajo *Tagus aurifer, auratus Tagus, Tagus opulentísimus.*

No siendo de nuestro propósito enumerar todas las producciones de este suelo privilegiado, en que parece concentrarse todos los climas y todas las temperaturas, diremos solamente que sobre proveer con largueza a todas las necesidades de la vida, suministra además al hombre cuanto racionalmente pudiera apetecer para su comodidad y regalo. De modo, que si algún estado o imperio pudiera subsistir con sus propios y naturales recursos convenientemente explotados, este estado o imperio seria la España.

Por lo mismo no es maravilla que desde la más remota antigüedad atrajera el concurso de extraños pueblos, y que cuantos de él iban teniendo noticia anhelaran fijar su planta y asentarse en esta región tan singularmente favorecida.

¿Quienes fueron los primeros que a ella arribaron? ¿quiénes los primitivos pobladores de España?

Oscuro por demás y entre densas nieblas envuelto se presenta por lo común el origen y primer período de la historia de casi todos los pueblos. Ocasiónalo el temerario afán y pueril orgullo de querer remontar su antigüedad a la época más apartada posible, comúnmente a la de la trasmigración de las gentes después del diluvio, y a falta de otro origen que poder atribuirse suelen llamarse hijos de la tierra. Al empeño de realzar esto que algunos llaman glorias de antigüedad, ha sido muchas veces lastimosamente sacrificada la verdad histórica, supliendo la falta de datos con invenciones ingeniosas, con fabulosas tradiciones, o con caprichosas y sutiles etimologías, especie de adivinación fantástica, en que por palabras aisladas y sonidos semejantes se pretende deducir y legitimar las derivaciones que se buscan y están en la mente o en el intento y conveniencia del escritor. Al propósito de dar a un país o a una población la preeminencia de antigüedad se han tejido esas cronologías caprichosas de príncipes o personajes que jamás existieron, y cuyos hechos sin embargo no falta quien refiera con tal puntualidad, como si hubiera conocido a los primeros y hubiese sido testigo presencial de los segundos. Ficciones halagüeñas, con que no ha debido ser difícil sorprender la credulidad pública en épocas poco alumbradas todavía, y que fácilmente trasmitidas de generación en generación han ido recibiendo una especie de sanción tradicional, hasta que la antorcha de la sana crítica las hace desaparecer.

Tal vez nuestra España ha sido una de las naciones que por más tiempo han probado los efectos de este sistema que las luces y el buen sentido han condenado ya. No fueron sólo los historiadores griegos y latinos los que desfiguraron nuestra historia con bellas ficciones mitológicas, porque así les convenía en su tiempo para mantener entretenidos los espíritus con las ideas de lo extraño y de lo maravilloso: nuestros historiadores mas antiguos, o con buena fe adoptaron ciegamente lo que en aquellos hallaron escrito, o con menos sinceridad ellos mismos inventaron crónicas que más adelante se averiguó ser apócrifas y supuestas, en que ya se hacía a Noé venir a España y fundar en ella poblaciones, ya se traía a ella la mitad de los dioses del Olimpo, ya se daba el catálogo y cronología de más de treinta reyes fabulosos que decían haberse sucedido en el gobierno de España, y cuyos hechos, guerras, leyes y vicisitudes minuciosamente se referían.

Aún después de evidenciada la falsedad de las crónicas de Auberto, de Juliano, de Dextro, y del nuevo Beroso de Fr. Annio de Viterbo, sobre que fundó la suya el buen Florián de Ocampo, todavía el mismo padre Mariana, historiador por otra parte tan sensato, juicioso y erudito, no atreviéndose a desechar abiertamente aquellas fábulas, aunque parecía reconocerlas o sospecharlas de tales, dedicó no pocos capítulos de su historia a darnos razón de una serie de imaginados reyes, entre los cuales cuenta como verdaderos los Geriones, Híspalo, Hespero, Atlas, Sículo, Gargoris, y Abides, y refiere las hazañas de Osíris, de Baco, de Hércules, de Ulises, de los Argonautas, y de otros héroes y divinidades; si bien aparece tal la vacilación e incertidumbre que trabajaba su ánimo, que lo que en una página sienta formalmente como cosa *cierta y averiguada*, en otra afirma haberlo puesto siempre *en cuento de hablillas y consejas*[2] con lo que introduce en el espíritu del lector no

2 «El primero que podemos contar entre los reyes de España... es Gerión.» Mariana, Lib. I. cap. VIII.—«Por cierta

poca perplejidad, confusión y embarazo.

Confesamos ingenuamente que después de haber consultado, con el interés de quién busca de buena fe la verdad, cuantos autores antiguos hemos podido haber que supiésemos haber tratado las cosas de España, después de haber evacuado muchas citas con gran escrupulosidad y consumo de tiempo, no nos ha sido posible encontrar segura brújula y norte cierto por donde guiarnos en las oscuras investigaciones acerca de los pobladores primitivos de nuestra nación: antes bien hemos tenido momentos de turbarse nuestra imaginación cuando la hemos engolfado en este laberinto de dudas sin salida razonable, tropezando siempre, o con relaciones que llevan marcado el sello de la fábula, o por noticias que por confesión de los mismos autores se asientan en livianos y flacos fundamentos. Con la fe más ardiente desearíamos que hubiese quien hallara datos más sólidos, luces más claras y salida más segura de este intrincado dédalo.

Un pasaje del historiador de los judíos Josefo ha dado lugar a que algunos de nuestros historiadores hayan afirmado como cosa segura que Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé, fue el primer hombre que vino a España, «y la gobernó con imperio templado y justo.» Apoyados otros en un capitulo del Génesis, en que se nombra a Tharsis, hijo de Javan y nieto de Jafet, entre los que salieron a poblar las islas de las naciones después de la confusión de las lenguas en la torre de Babel, le hacen el primer poblador de España y el que dio su nombre a la isla Tharseya, y de aquí el origen y principio de la nación española. Bien querríamos, pero no nos es posible tener por bastante sólidos los fundamentos de una y otra opinión para asentar ni la una ni la otra como ciertas[3].

Viniendo a las razas de que más averiguadamente consta que poblaran la España en los tiempos que se esconden a las investigaciones históricas, aparecen los primeros y más antiguos los Íberos, procedentes, según los datos más probables, de las tribus indo-escitas, raza nómada, compuesta de pastores y guerreros, que de la India escítica vinieron derramándose por Europa hasta su extremidad occidental. El erudito Vaudoncourt, siguiendo las sabias investigaciones de Bayer, Schlozer y Adelung sobre el origen de los pueblos de Europa, hace a los íberos los aborígenes de España[4]. Suponen muchos que la lengua que hablaban estos pueblos fuese la misma que hoy conservan y hablan todavía los vascos o euskaros; y no es de extrañar que habiendo sido estos los que más resistieron la dominación romana y donde se hizo menos sensible su influjo, pudiera conservarse en ellos el idioma que primitivamente hablaron los españoles. Afirman no obstante otros eruditos y respetables autores haber sido el primitivo idioma de la población ibera el hebreo-fenicio, o un dialecto del hebreo, del cual pretenden demostrar haber quedado a la lengua española una tercera parte de sus voces[5]. Mucho desearíamos que acabara de resolverse esta cuestión entre

---

cosa se tiene haber Híspalo reinado en España después de los Geriones.» Lib. I. cap. IX.—«Se puede recibir como cosa verdadera, que Sículo, hijo de Atlante, después que su padre partió de España... le sucedió en todos sus reinos.» Cap. IX.—«Todo esto y los nombres destos reyes, tales quales ellos se sean, ni se debían pasar en silencio... ni tampoco era justo aprobar lo que siempre hemos puesto en cuento de hablillas y consejas.» Cap. XI.

3 El pasaje de Josefo dice solamente: *Thobelus Thobelis sedem dedit qui nostra ætate Iberi vocantur.* Antiq. Judaic. lib. I. cap. VI.

En primer lugar el historiador judío escribió más de dos mil años después del suceso, en segundo lugar no expresa el fundamento de su aserción; en tercer lugar noasegura que Thobel o Túbal viniera a España, sino que señaló su asiento a los thobelinos o íberos; en cuarto lugar es de suponer que se refería a los íberos asiáticos, situados al pie del Cáucaso, no a los íberos españoles. Creemos pues que está muy lejos de ser fundamento bastante para sentar como cierta la venida de Tubal a España.

Respecto a Tharsis, he aquí lo que dicen solamente los vers. 4 y 5 del cap. X. del Génesis: *Filii autem Javan; Elisa et Tharsis, Cetthim et Dodanim. Ab his divisa sunt insulæ gentium in regionibus suis, unusquisque secundum linguam suam et familias suas in nationibus suis.*

No hay duda que podrían algunos descendientes de Jafet, de Túbal o de Tharsis venir a poblar algunos puntos de nuestra península, pero ni prueban los textos que vinieran ellos mismos, ni pueden hacerse sobre ello sino conjeturas más o menos probables.

4 Llámase aborígenes a los primeros moradores de un país, o sea indígenas, para distinguirlos de los alienígenas, o que han inmigrado después-

5 Cortés, *Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua*. Tom. II., pág. 49.—García Blanco, *Gramática hebrea*, t. III.,- pág. 79 ysig.

los filólogos.

Incontestable parece también la existencia posterior de los celtas, que vinieron a disputar a los íberos la posesión de la Península. Mucho tiempo se ha cuestionado, y creemos que tampoco esta cuestión se ha resuelto todavía, sobre si existieron los Celtas en España antes que en la Galia y emigraron de aquí allá, como pretenden entre los nuestros Masdeu y Flórez, fundados en un testimonio de Herodoto, o si invadieron la Península por las gargantas de los Pirineos, viniendo de la Galia, como nos inclinamos a creer con Humboldt, por la marcha de Este a Oeste que llevaban todas las grandes emigraciones de los pueblos primitivos. De todos modos esta nueva raza, belicosa, bárbara, y semi-nómada también, se mezcló con los íberos, llegando a dividirse entre sí el país y a formar una nación bajo el nombre de celtíberos; bien fuese sin guerrear y por medio de pacíficas alianzas y matrimonios, como indica Estrabón, bien después de largas luchas, como lo atestigua Diodoro de Sicilia, y era más natural que acaeciese entre gentes que habitaban de largo tiempo un país, y otras que le invadían para posesionarse de él de nuevo. En una de estas guerras debió ser cuando algunas tribus iberas arrojadas de sus territorios, emigraron a su vez y se derramaron por los pueblos de Italia con los nombres de ligurios y sicanios, llevando allí su idioma y sus costumbres.

Poblada la Península por estas dos grandes razas, al paso que se iban extendiendo fraccionábanse en tribus más o menos numerosas, llegando a subdividirse en términos que cada comarca componía una pequeña nación o tribu independiente, a que las ayudaba la material organización del territorio, desconociendo por otra parte en su estado incivil la utilidad y hasta el arte de hacer alianzas y de gobernarse con unidad.

De su distribución y de sus costumbres sólo tenemos las noticias que nos han suministrado los escritores griegos y romanos, únicos pueblos civilizados cuyos escritos hayan llegado a nosotros. Pero conviene no olvidar que las relaciones de estos escritores se refiere a la España tal como la encontraron los romanos cuando la invadieron sus armas, y que entonces había sufrido ya la Península las dominaciones, aunque parciales, de tres pueblos cultos. Pero las revoluciones intestinas que entre sí habrían tenido las primitivas razas no pudieron serles conocidas sino cuando más por imperfectas tradiciones. De suponer es no obstante, como en el principio de nuestro discurso dijimos, que al paso que fueran asentándose en las diversas comarcas y zonas irían contrayendo hábitos, ocupaciones, vínculos diferentes, y que los intereses de localidad y de tribu ocasionarían choques y guerras entre los moradores de los vecinos territorios: sucesos de la infancia de las sociedades, más fáciles de adivinar que de encontrar quien los trasmita. Sin embargo, como los fenicios, los griegos y los cartagineses solo habían estado en inmediato contacto con los habitantes de las costas, de las riberas de los grandes ríos y de las llanuras o comarcas abiertas, las costumbres que nos describen de los moradores del interior y de las regiones montuosas, conócese que habían sufrido muy poca alteración, pues presentan toda la rudeza y ferocidad propias de los pueblos nacientes.

La población céltica, diseminada por toda la costa septentrional y occidental de la Península, dividíase en cinco grandes y poderosas tribus, los cántabros, los vascones, los astures, los galaicos y los lusitanos, que ocupaban los países que hoy poco más o menos comprenden las provincias Vascongadas y Navarra, las Asturias, Galicia y Lusitania o Portugal, si bien no es tan exacta la correspondencia de los antiguos y de los modernos límites, que los astures y los galaicos, por ejemplo, no se extendiesen entonces por una buena parte del reino de León y de Castilla la Vieja, los lusitanos por las Extremaduras y Castilla, los vascones por Aragón, y los cántabros por la actual provincia de Santander. Subdividíanse además estas tribus en multitud de pequeñas poblaciones o grupos, tanto, que al decir de Estrabón, eran quince las que componían la nación galaica, y sobre cincuenta las fracciones en que se compartían los lusitanos.

Ocupaba la raza ibera el Mediodía y el Oriente de España, dividida también en porción de tribus, de las cuales eran las principales, los turdetanos, que se extendían por la costa de la Bética o Andalucía hasta una parte de la Lusitania; los bástulos, que habitaban al Este del estrecho, en lo que hoy es Ronda y el condado de Niebla; los beturios, que poblaban las cercanías de Sierra Morena; los

bastetanos, en la costa de Murcia hasta el Segura; los contestanos, desde Cartagena hasta el Júcar y parte de los reinos de Murcia y de Valencia; los edetanos, que ocupaban también parte de Valencia y de Aragón hasta confinar con la Celtiberia; los ilercavones, que se asentaban entre el Oduba y el Ebro; y desde el Ebro hasta el mar y los Pirineos los cosetanos, ausetanos, indigetes, iacetanos, ceretanos e ilergetes: por último los gymnesios, o habitantes de las Baleares; casi todos subdivididos también en pequeñas tribus como los celtas.

Habitaba el centro de la Península la raza mixta de los celtíberos: sus principales tribus, según Estrabón, eran los arevacos, los más poderosos de todos, al Sur del Duero; los carpetanos, en la comarca de Toledo, por donde corre el Tajo; los vacceos, por la parte donde está hoy Palencia; los oretanos, en lo que riega el alto Guadiana: siendo los límites dé ía Celtiberia, por el Norte las sierras de Urbión y de Oca, por el Sur el Orospeda, por el Este las sierras de Segura y de Alcaraz, habiendo variado mucho por Occidente, hasta llegar en una época cerca de las costas del Mediterráneo.

No hemos fijado los límites precisos de cada uno de estos pueblos, por la frecuencia con que debieron variar, y porque sería de desear también mayor conocimiento del que respecto a las alteraciones de cada época pudieron tener los antiguos geógrafos. Ni hemos mencionado todas y cada una de las subdivisiones de tribus, ya por la escasa importancia histórica que algunas tienen, y ya también porque muchas de ellas omitieron los mismos escritores griegos y romanos so pretexto de la repugnancia que dicen les causaba lo poco armonioso, si ya no lo ridículo de sus nombres[6]. Estrabón da por excusa de su silencio la difícil y semi-bárbara pronunciación que tenían[7]. Plinio no menciona sino las que eran fáciles de pronunciar en latín[8]. Y a Marcial le sirvió de tema la rusticidad de sus nombres para sus punzantes epigramas[9].

Groseras y rústicas tenían que ser las costumbres de estos primitivos pueblos. Expresaremos algunos de sus rasgos característicos, tales como nos han sido trasmitidos por los mas antiguos historiadores.

Distinguíanse los habitantes de las montañas por su ruda y agreste ferocidad. Estrabón pondera en términos acaso demasiado enérgicos la fiereza de los cántabros. Intrépidos y belicosos, de genio indomable y ánimo levantado, contentos y bien hallados entre la fragosidad de sus bosques, en guerra siempre con otras gentes por sostener su independencia, negábanse estos montañeses a toda transacción y aún a toda comunicación con los demás pueblos. Su furor marcial llenó de terror a cuantos intentaron su conquista.

Servíanse de una especie de escudos llamados *peltas*, y de armas ligeras como el venablo, la honda y la espada, propias de gente que necesitaba de agilidad para sus asaltos y correrías de montaña. Los jinetes tenían sus caballos acostumbrados a trepar por sierras y colinas; y al modo de los astures, no menos guerreros que ellos, solían montar dos jinetes en un mismo caballo, para poder combatir, cuando el caso lo requiriese, a pie el uno y a caballo el otro. Hacíaseles insoportable la vida sin el arreo de las armas, y cuando la falta de vigor los inutilizaba para la guerra, preferían la muerte a una vejez que tenían por desdorosa, y la buscaban precipitándose de lo alto de una roca[10]. Pródigos y despreciadores de la vida, si se veían amenazados de esclavitud, apelaban al suicidio; y si les faltaban armas, recurrían a un tósigo de que iban siempre provistos, y

---

6 Sin perjuicio de explicar en el texto, según que de ello se va ofreciendo ocasión, la correspondencia de los nombres antiguos de las comarcas y poblaciones con los modernos y actuales, damos por apéndice al final de este primer volumen una tabla o catálogo alfabético de los más importantes y que tenemos por más averiguados, con expresión de la provincia actual a que pertenece cada región o pueblo de los que allí se nombran. Los que acaso no expliquemos en el discurso de la obra, los podrá fácilmente encontrar allí el lector, a no ser que, o sean poblaciones que hayan dejado de existir, o se ignore todavía o sea muy dudosa su correspondencia.

7 Estrabón, lib. III. cap. IV.

8 *Latiali sermone dictu facilia*. Plin.

9 *¿Rides nomina? rideas licebit*. Epigr. lib. IV. épist.55.

10 *Cum pigra incanuit ætas*
inbelles jamdudum annos prævertere saxo:
nec vitam sine Marte pati
Sil. Ital. I. III.

que decían mataba sin dolor.

Viéronse en la guerra cantábrica rasgos de heroísmo salvaje, que eclipsan las rudas virtudes bélicas de los espartanos. Madres que clavaban el acero en los pechos de sus hijos para no verlos en poder del enemigo: padres y hermanos, que hallándose prisioneros mandaban al hermano o al hijo que los matase para no ser esclavos; hijos que lo ejecutaban, y soldados que clavados en una cruz cantaban alegres himnos en honor de sus dioses.

Ni por eso eran desconocidos los afectos del corazón a aquellas rústicas gentes. Los vínculos de la amistad los llevaban a tal extremo, que en consagrándose a un jefe o caudillo, de tal manera ligaban y compartían con él su buena o mala fortuna por toda la vida, que no se vio un solo ejemplar de que, muerto él, rehusaran morir todos, ni quisiera nadie sobrevivirle[11]. Admirable fidelidad, por lo mismo que caía en tan groseros corazones.

Refiérese de una de estas tribus que hacía su bebida favorita de sangre de caballo[12], a estilo de los sármatas y de los masagetas: y afírmase también que para limpiarse los dientes y encías usaban de un repugnante líquido, cuyo nombre dejamos al poeta Cátulo expresar en idioma latino[13]. Las mujeres labraban los campos; y por más extraña que nos parezca la costumbre de hacer las recién paridas acostarse a sus maridos y asistirles con mucho cuidado y esmero, así nos lo atestiguan los escritores romanos, y no es éste solo el pueblo de que se refiere tan extravagante singularidad.

Ágiles y astutos los lusitanos, diestros en armar asechanzas y en descubrir las que a ellos les ponían, hacían sus evoluciones militares con admirable orden y facilidad. Usaban pequeños escudos cóncavos atados con correas sin asas ni hebillas, puñal o machete, casco con penacho y cota de armas de lino. Algunos se servían de lanzas con los botes de cobre. Combatían a pie o a caballo, a la ligera o armados de todas armas: la guerra era su estado casi habitual; valientes, pero inconstantes de suyo.

Sobrios y frugales sobre manera como todos los habitantes de las montañas, sustentábanse las dos terceras partes del año con pan de bellotas; bebían una especie de sidra o cerveza; el poco vino que producía el país le consumían en los festines de familia. En estos banquetes se sentaban en poyos por orden de edad y de dignidad, y después danzaban al son de una flauta o trompeta. Dormían en el suelo sobre haces de yerba, cubiertos la mayor parte con túnicas negras o sacos oscuros. Las mujeres gastaban trajes rústicamente bordados. Los de tierra adentro traficaban entre sí por medio de cambios, si bien a veces empleaban por moneda pequeñas laminitas de plata que cortaban a medida que las necesitaban para pagar los objetos comprados.

Exponian los enfermos en los caminos públicos, al modo que lo practicaban los egipcios antiguamente, por si algún transeúnte conocía por propia experiencia la enfermedad y el remedio. Apasionados de los sacrificios, que ofrecían a una especie de divinidad guerrera, servíanse de las entrañas de los cautivos para sus adivinaciones, y desde el momento que la víctima recibía el golpe fatal sacaban los primeros augurios del modo o postura en que caía. Cortaban la mano derecha a los prisioneros de guerra, y los consagraban a sus dioses. Tenían también sus hecatombes, a semejanza de aquellas de que hablaba Píndaro cuando dijo: «*inmolad cien víctimas de cada especie de animales.*» El suplicio de los reos de muerte era la lapidación, y sacaban a los parricidas fuera de las fronteras, o por lo menos de las poblaciones para aplicarles la pena.

De las tribus galaicas que moraban cerca del Duero dícese, que no hacían sino una comida diaria muy sencilla y frugal, que se bañaban en agua fría, y que se frotaban dos veces al día el cuerpo con aceite, al modo de los lacedemonios.

Atribuyese a los astures haber sido los primeros entre aquellas naciones bárbaras en dedicarse a la explotación de minas y al rebusco del oro, hasta el punto de llamarlos Silio Itálico *avaros*

11 *Neque adhuc hominum memoría repertur esse quisquam, qui eo interfecto cujus se amicitiæ devovisset, mori recusaret*. Cæsar, libro III. capítulo 22.

12 *Et latum equino sanguine Concanum*. Horat. lib. III. od. IV.

13 *Quod quisque minxit, hoc sibi solet mane*
dentem et russam deficare gingivam.

astures, y Lucano *pálidos escudriñadores del oro* [14]: si bien solían tropezarse con los galaicos sus vecinos, ocupados en la propia operación en las sierras aledañas de ambos países. Dícese que era frecuente en Galicia al labrar la tierra enredarse el arado en gruesos pedazos de oro, y que había en sus fronteras un bosque sagrado al cual era prohibido aplicar el hierro: «solamente, añade Justino, cuando el rayo hendía la tierra, se permitía recoger el oro puesto así al descubierto como un presente de la divinidad.»[15]

Aparte de alguna ocupación propia de alguna de las mencionadas tribus, entiéndese que en lo general los cántabros, vascones, galaicos, lusitanos y astures, asemejábanse mucho en las costumbres y manera de vivir.

Dominando, a lo que parece, entre los celtíberos la raza celta sobre la ibera, tenían mucho de común con las tribus de que hemos hecho mérito, pero diferenciábanse ya en costumbres y en genio. También los celtíberos, como los cimbrios y como los cántabros, cifraban su gloria en perecer en los combates, y consideraban como afrentoso morir de enfermedad. También adoraban un dios sin nombre, al cual festejaban en las noches de los plenilunios bailando en familia a las puertas de sus casas. Pero esto no impide el que dieran culto a *Elman*, a *Endovellico*, y a otras divinidades, según atestiguan las inscripciones, bien indígenas, o bien originarias de la Fenicia, como conjetura Depping[16]. Natural es la idea de un culto religioso aún en los pueblos más bárbaros; y lo que Estrabón dice de los galaicos, que no se les conocía religión alguna, suponemos significará que no se sabía adorasen ningún dios de la teogonía pagana.

El traje celtibero era una ropilla negra u oscura, hecha de la lana de sus ganados, a que estaba unida una capucha o capuchón, que le dio el nombre de *sagum cucullatum*, con la cual se cubrían la cabeza cuando no llevaban el casquete, adornado con plumas o garzotas. Al cuello solían rodearse un collar; y una especie de pantalón ajustado completaba su sencillo uniforme. En las guerras usaban espadas de dos filos, venablos y lanzas con botes de hierro, que endurecían dejándole enmohecer en la tierra. Gastaban también un puñal rayado, y se alaba su habilidad en el arte de forjar las armas. Presentábanse ya a pelear a campo raso: interpolaban la infantería con la caballería, la cual en los terrenos ásperos y escabrosos echaba pie a tierra, y se batía con la misma ventaja que la tropa ligera de infantería. El *cuneus*, u orden de batalla triangular de los celtíberos, se hizo temible entre los guerreros de la antigüedad. Las mujeres se empleaban también en ejercicios varoniles, y ayudaban a los hombres en la guerra.

De entre las tribus celtiberas la que conservó por mas tiempo los hábitos de la vida nómada fue la de los vacceos. *Late vagantes* los llama Silio Itálico. Pastores, agricultores y guerreros a un mismo tiempo, veíanse precisados para pelear a dejar guardados sus cereales en silos, especie de hórreos o graneros subterráneos, donde se conservaban bien los granos por largo tiempo[17]. Aún subsisten muchos en los pueblos de la Vieja Castilla, y la curiosidad ha movido muchas veces al autor de esta historia a bajar a estos silos y a examinarlos. Distribuíanse los vacceos las tierras que habían de cultivar cada año, y se repartían su producto, considerando el suelo como una propiedad común: el que ocultara alguna parte de estos frutos era castigado con la última pena[18].

Había entre los carpetanos una tribu que vivía en cavernas aisladas. Moraba en una colína al Norte del Tajo.

Mucho menos toscos eran los que habitaban entre la costa oriental y los Pirineos. Los barcos representados en las medallas encontradas en los campos de Tortosa prueban que los moradores de la costa se daban ya al tráfico marítimo, y no es inverosímil o que estuvieran ya mezclados con los pelasgos y tirrenios, o que al menos mantuviesen tratos y relaciones con los etruscos de la opuesta

14 *Astur avarus*
visceribus laceræ telluris, etc. Sil. Ital. I. 1. v. 234.
Astur scrutator pallidus aurí. Lucan. t. IV. v. 298.

15 *Delectum aurum , velut Dei munus, colligere permittitur.* Just. lib. XLIV.

16 Tom. I. p. 212.

17 Por cincuenta años el trigo, y por ciento el mijo, según Varrón , de quien lo tomó Plinio, lib. XVIII, c. 30.

18 Diod. Sic. lib. V.

costa de Italia. Valerosos y tenaces en defender su libertad nos pintan a los edetanos e ilergetes. El sol y la luna eran los principales dioses que adoraban aquellos pueblos.

Iban los de las Baleares a la pelea, o enteramente desnudos, llevando en la mano un pequeño broquel y un venablo quemado por la punta, o cubiertas sus carnes con pieles de carnero a manera de zaleas, que nombraban *sisyrnas*. Ponderada fue siempre su habilidad y destreza en el manejo de la honda, y al decir de Lucio Floro, las madres no daban a sus hijos más sustento que aquel que puesto en el hito acertaban ellos a tocar con la piedra lanzada con la honda[19]. Diodoro hablando de las tres hondas de distintos tamaños que parece acostumbraban a llevar aquellos insulares, dice que una la llevaban ceñida a la cabeza, otra al rededor de la cintura y otra en la mano[20].

Distinta era ya la cultura de los íberos que poblaban la costa meridional de la Península. Establecidos de inmemorial tiempo en el templado litoral del Mediterráneo, o en las amenas márgenes del Betis o del Guadiana, es de creer que la belleza de aquel cielo, la dulzura del clima y la feracidad de aquel suelo privilegiado, habrían modificado su originaria rusticidad y hecho que gustasen más de la vida sedentaria y quieta, y que fuesen menos turbulentos y guerreadores que los pueblos del interior y de las montañas; sin que por eso hubiesen perdido del todo sus rudos instintos, ni dejaran de resistir con vigor y energía a los pueblos invasores. Los monumentos religiosos que dicen haberse hallado sobre el Promontorio Cuneo testifica la rudeza de los cinesios, pues según Estrabón y Artemidoro, reducíanse a tres o cuatro piedras sobrepuestas, y conforme a una tradición conservada de padres a hijos, cada vez que los navegantes abordaban a aquel lugar mudaban las piedras y las cambiaban de posición, contentándose con dirigir algunas preces a aquella especie de altar movible y de obelisco rústico[21]. También según Valerio Maximo[22], inmolaban, como los cántabros, a los ancianos imposibilitados de llevar las armas.

En tal estado debieron encontrarlos los fenicios a su arribo. Mas habiendo sido las costas meridional y oriental de la Península las que primero recibieron la influencia de los tres pueblos civilizados que diremos después, natural es que cuando los conocieron los romanos hallaran ya en aquellos pueblos otra cultura y otras costumbres más blandas y suaves. Estrabón y Polibio hablan en términos magníficos y pomposos de la civilización de los turdetanos. Supone que hacía nada menos que seis mil años que poseían leyes escritas en verso. Por esta cuenta se remontaba la civilización turdetana a tiempos muy anteriores a la creación del mundo según la Escritura. Mas de la confusión y embarazo en que esta especie pudiera ponernos, sácannos con facilidad Diodoro de Sicilia, Varrón, Plutarco, Lactancio, Suidas y otros no menos graves autores, enseñándonos la costumbre de muchos pueblos antiguos, de contar, no por años solares, sino por años de estaciones o meses: en cuyo caso siendo verosímil que ellos contasen por estaciones de a tres meses, coincidirían los primeros rayos de civilización que recibieron los turdetanos con el arribo de los primeros colonizadores.

De todos modos, no es en el estado civil de los habitantes de las costas de Mediodía y Levante donde hemos de buscar el tipo de las costumbres de los primitivos pobladores de España, sino en los que ocupaban el Norte, el Occidente y el centro de la Península, en los que no habían sido modificados con el influjo de las colonias.

Los rasgos comunes y característicos de estos pueblos eran la rusticidad, la sobriedad, el valor, el desprecio de la vida[23], el amor de la independencia, la tendencia al aislamiento, y por consecuencia la falta de unidad. Separados y como aislados del continente europeo, y más todavía de las demás partes del mundo, parecían destinados a pasar una vida ignorada y una existencia oscura. Veamos ahora cómo fueron entrando a participar del movimiento social del mundo antiguo, no olvidando el fondo de carácter creado por las primitivas razas, que veremos ir sobreviviendo,

---

19 *Cibum puer a matre non accipit nisi quem, ipsa monstrante, porcussit.* Flor.lib.III., cap.8.
20 Diodor. lib. V. cap. 48.
21 Estrab. Lib. III., c. 4.
22 Lib XIII, v. 474.
23 *Prodiga gens animce et properare facillima mortem*. Tit. Liv. 1. XVIII.

bien que con algunas modificaciones, a los siglos, a las dominaciones y a las conquistas[24].

24 Son más sabidos los nombres antiguos de España que conocido y cierto el origen y segura la etimología de cada uno. El de *Iberia*, aún concedido que aparezca dado por primera vez en el Periplo de Scilax de Caryanda, como 500 años antes de Jesucristo, y bien sea derivado del río *Iber* o *Iberus*, bien como pretende Astarloa, de las palabras vascas *ibaya eroa*, río espumoso, parece el de más natural aplicación al país en que habitaban los *íberos*. El de *Spania*, dado, según la opinión común, por los fenicios, creemos que se derivara de la palabra *span*, que significa escondido, por estar esta comarca como escondida y oculta para ellos a una extremidad del mundo. Parécenos la significacion de conejo, a que se presta también la palabra *span*, fundamento demasiado pueril para poner nombre a toda una región, por más conejos que en ella se encontraran, y por más que las medallas de Adriano representen una mujer sentada, con un conejo a sus pies, que dicen ser emblema de la España. De *Spania* hicieron los latinos *Hispania*, y los españoles *España.* Llamáronla también los griegos *Hesperia*, país de Occidente, por la situación geográfica que ocupa con relación a la Grecia. El nombre fenicio es el que ha prevalecido con poca alteración. El de *Iberia* se usa todavía en estilo poético. Volúmenes enteros se han escrito sobre estos nombres, sin que tan largas disertaciones hayan producido sino conjeturas, pudiéndose reducir las más probables a las que en estas breves lineas hemos expuesto.

CAPÍTULO II.
FENICIOS, GRIEGOS, CARTAGINESES.

Primeras colonias fenicias.—Cádiz.—Templo de Hércules. — Derrámanse por la Península.—Depósitos y establecimientos de comercio.—Riquezas que extraían de España.—Colonias griegas.—Rosas.—Ampurias.—Denia.—Sagunto.—Atacan los españoles a los fenicios.—Piden estos socorro a Cartago.—Vienen los cartagineses y se establecen en la costa.—Expulsan ellos mismos a los fenicios de Cádiz.— Guerras exterioros de los cartagineses.—Cerdeña.—Córcega.—Las Baleares.—Sicilia.—Españoles auxiliares de Cartago.—Pérdida de Sicilia.—Guerra de los mercenarios.—Resuelven la conquista de España.

Aparecen los fenicios las primeras gentes civilizadas que arribaron a España y fundaron en ella poblaciones.

Estos descendientes de Canaan, cuya tierra habían cubierto de ciudades ricas y populosas, las cuales habían elevado a un grado admirable de esplendor y de prosperidad por medio de la navegación y del comercio, en que eran singularmente entendidos y aventajados, sostenían mucho tiempo hacia relaciones mercantiles en Egipto, en el Asia Menor, en las costas del Mediterráneo y de la Europa Oriental. Verosímil es que estos intrépidos navegantes en algunas de sus excursiones marítimas hubieran avistado las costas de España, y aún arribado a ellas, o con deliberado intento como exploradores, o arrojados por algún azar, y que el aspecto de tan bello clima y de tan fértil suelo inspirara a su genio mercantil el pensamiento de extender a él sus relaciones comerciales. Sea lo que quiera de las expediciones que pudieran hacer y la tradición oriental les atribuye antes de la época que vamos a señalar, creemos que la fundación de sus primeros establecimientos en el litoral de nuestra península no puede remontarse mas allá de los quince siglos antes de la era cristiana[25].

Coincide este acontecimiento con la época en que arrojados los fenicios al interior de sus tierras por las armas de Josué, que las había invadido para dar a la posteridad de Abraham la posesión de la tierra prometida por Dios, el acrecimiento excesivo de la población que se había replegado a las grandes ciudades, especialmente a Sidón y a Tiro, les hizo pensar en salir a establecer colonias donde antes se habían presentado solo como simples traficantes. En esta dispersión abordaron muchos de ellos a las costas africanas[26] y a las del Sur de la Península española que acaso conocían ya, y estableciéndose primero en la isla Eritya o Erítrea, que se cree sea la de Santi-Petri, hoy en gran parte cubierta por las olas, trasladáronse luego y fundaron a Cádiz con el nombre de Gadir[27], comenzando por erigir un templo a Hércules, su divinidad favorita, cuyo culto llevaban consigo a todas partes, colocando en él dos columnas de bronce de ocho codos de altas[28].

---

25 Pueden verse las sabias investigaciones de Heeren sobre la historia y carácter de las colonizaciones fenicias en su obra: *Ideen über die Politik*, etc.

26 La inscripcion fenicia que Procopio, historiador de la guerra de los vándalos, encontró en Tánger, parece no dejar duda acerca del arribo de los fenicios a aquella parte de la costa de África en la época a que nos referimos. «*Aqui* (decía) *llegamos nosotros huyendo del ladrón Josué, hijo de Nave.*» Procop. lib. II. cap. X.

27 Lugar ceñido o cercado.

28 Acaso se han confundido muchas veces en la historia estas columnas con las otras columnas de Hércules, nombre que se dio a los dos montes Calpe y Abila, que constituyen los dos puntos extremos de África y Europa, y que entonces se creían los postreros términos de la tierra habitable. Puede ser muy bien que estos dos cabos o promontorios, por entre los cuales se comunican hoy los dos mares y forman el estrecho, estuviesen antes unidos por una lengua de tierra que contenía sus olas y les servia de dique, cuya separación pusieron los poetas entre las grandes hazañas y trabajos de Hércules, y los naturalistas suponen haber sido causada por alguna sacudida o revolución física del globo. Dejemos a la poesía y a la geología disputarse cómo se hizo la conjunción de los dos mares. Mucho menos nos engolfaremos en las interminables cuestiones acerca de los Hércules que vinieron o pudieron venir a España, y de los hechos más o menos maravillosos que se atribuyeron a cada uno; si fue el nombre particular de una divinidad fenicia, o fue un nombre simbólico de la fuerza y de la inteligencia con que se designaba a los héroes que se señalaban por estas virtudes y por sus altos hechos y prodigiosas hazañas; si hubo sólo un Hércules bajo distintos nombres, o hubo los tres que cuenta Diodoro, o se elevó su cifra a los cuarenta y tres que distingue Varrón, o pasó mucho más allá de este guarismo. Sabemos sólo de cierto que el culto de Hércules fue trasmitido por los fenicios a los griegos, y de estos pasó a los romanos, los cuales confundieron todos los Hércules

Una vez asentados en Cádiz, situación grandemente favorable para el comercio, fueron extendiendo sus colonias por el litoral de la Bética, y por todo el país habitado por los turdetanos, fundando ciudades y estableciendo factorías en la costa y a las márgenes de los grandes ríos, y en general en los puntos mas acomodados para el tráfico. Pertenecen a las primeras fundaciones Málaga, Sevilla, Córdoba, Martos, Adra, y otros varios pueblos de Andalucía, de los cuales unos subsisten aún, otros con el tiempo han desaparecido. Fuéronse luego derramando por el interior; que no podían ser indiferentes a los oídos de aquellos comerciantes las noticias que recibían de las riquezas que el país encerraba, y de que les llevaban preciosas muestras los naturales. Cebo era este a que no podía resistir la codicia de aquellos hombres, por otra parte de genio naturalmente emprendedor, y así determinaron entrarse tierra adentro, estableciendo de paso, según su costumbre, almacenes y depósitos en correspondencia con los de las costas, donde acudían los bajeles de Tiro a hacer sus cargamentos. Grandes debieron ser las riquezas que extrajeron de España, puesto que en aquel tiempo fue cuando adquirió la ciudad de Tiro aquella prosperidad y engrandecimiento mercantil que la hizo tan famosa. Y suponiendo que Aristóteles hablara más como poeta que como filósofo al decir que los fenicios construían de oro y plata todos los utensilios, anclas, herramientas y vasijas de sus naves, y que hasta lo cargaban como lastre, todavía rebajando la parte hiperbólica a que pudo dejarse arrastrar o en su entusiasmo o en su admiración el sesudo filósofo, infiérese que era prodigiosa la cantidad de oro y plata que aquellos asiáticos exportaban a cambio de sus mercancías; que tan desconocido o tan desestimado era entonces de los naturales de España el valor de estos preciosos metales.

Ni se contentaron los fenicios con derramarse por la Península como enjambres industriales, ni con explorar el Océano discurriendo por la costa occidental de España, sino que se atrevieron a avanzar en sus excursiones hasta las regiones septentrionales de Europa, llegando hasta las islas Cassitéridas, según todas las probabilidades las Sorlingas de Inglaterra, de donde traían abundancia de estaño.

Esencialmente comerciantes los fenicios, y por lo tanto más amantes de la paz que de la guerra, supónese que se presentaron ante los indígenas menos como conquistadores que como traficantes, y que para captarse el asentimiento y buena voluntad de aquellas gentes, a fin de que no se opusieran a que asentasen en su suelo, debieron emplear menos fuerza que política y astucia, cuidando de mostrarse inofensivos y dispuestos a entablar con ellos o amistades o alianzas. No consta por lo menos que los indígenas opusieran resistencia abierta a la admisión de estos primeros huéspedes, que sin duda acertaron a deslumbrarlos con los productos y artefactos, dijes y bagatelas muchos de ellos, que de su país les trajeron y les daban a cambio y trueque de otras mas positivas riquezas, no conociendo entonces aquellos hombres rústicos y groseros el valor respectivo de aquellos y de estas. Tal fue en posteriores tiempos la conducta de estos mismos españoles, ya civilizados, con los habitantes del Nuevo Mundo.

Fueron pues los fenicios los primeros civilizadores de España, cuyo nombre lograron imponer a todo el país, sembrando en ella las ideas del comercio, de la navegación y de las artes, con cuyo trato y ejemplo comenzaron a modificar su rudeza nativa los antiguos íberos, y a adquirir una civilización, aunque muy imperfecta todavía[29].

Los fenicios habían civilizado también la Grecia y establecido en ella colonias. Habían comunicado a los griegos sus artes y sus letras, y héchfísolos comerciantes y navegadores como ellos. Entre los griegos insulares distinguíanse los de Rodas por sus largas expediciones marítimas: y mientras la Grecia europea colonizaba la Calabria y la Sicilia, los griegos asiáticos comenzaron a

---

bajo un mismo nombre y tipo; y que la España se halló de muy antiguo mezclada en todas las fábulas de la mitología fenicia, griega y romana, que acabaron de confundir y embrollar la ya escasa y harto oscura historia de aquellos apartados tiempos.

Aún lo relativo a las expediciones y primeros establecimientos de los fenicios en España anda envuelto en mil diferentes y a las veces contradictorias versiones, de las cuales hemos adoptado la que nos parece más verosímil, y aún más justificada.

29 Estrabón, lib. III. Diod. Sic. lib. V. y VII. Pomp. Mel. *De Situ Orbis*. Ruf. Avien. *Oræ Ma ritima*, y muchos otros.

venir a España como competidores ya de sus antiguos maestros los fenicios. Vinieron, pues, los rodios, como unos novecientos años antes de la era cristiana, y fundaron en la costa de Cataluña la ciudad de Rodas, hoy Rosas, entre Gerona y los Pirineos. Indica Estrabón haber poblado también los Rodios las islas Gimnesias o Baleares, y así parece inferirse del nombre de Ophiusa, dado a la isla de Ibiza, que es también el nombre antiguo de Rodas.

Poco tiempo después los focenses, navegando por los mismos mares, arribaron a las costas del país de los edetanos (en el reino de Valencia). Y según Herodoto, un bajel de Samos, en el octavo siglo antes de J. C, fue el primero que empujado por el viento pasó el estrecho y llegó a Tartesso, donde los samios, contentos por el buen despacho que lograron dar a sus mercancías, consagraron la décima parte de su producto a la diosa Juno. Háblase con esta ocasión del viejo Argantonio, que dicen reinaba en aquella sazón sobre los tartesios, y los colmó de riquezas, aunque no logró determinarlos a que se estableciesen en el país: primer vestigio histórico que encontramos sobre el gobierno de los indígenas en aquellas épocas remotas. La noticia de este resultado estimuló a otros griegos asiáticos a venir a tentar fortuna a nuestras costas, y contribuyó al gran movimiento de navegación y al tráfico lucrativo que se entabló entre aquellos insulares y las costas ibero-hispanas.

Tenian los focenses su principal y más rica colonia en Marsella, sobre la costa de la Galia Meridional. Su espíritu comercial los animó a establecer algunos depósitos hacia los Pirineos, y fundaron a Ampurias bajo el expresivo nombre de *Emporion o mercado*. O menos políticos los griegos que los fenicios, o menos sufridos y más fieros los indigetes que habitaban aquel país por los turdetanos de la Bética, no dejaron a los focenses apoderarse impunemente de su territorio, y sólo después de porfiadas guerras vinieron los dos pueblos a concluir un singular tratado, por el que los naturales cedían a los extranjeros una parte de su ciudad, pero con la expresa condición de que una gruesa muralla había de tener separada la porción correspondiente a cada uno. Lo más admirable es que los dos pueblos observaran religiosamente tan extravagante pacto sin mezclarse ni oprimirse, gobernándose cada cual con absoluta y mutua independencia, al decir de Estrabón y Tito Livio. Y cuando los focenses se sintieron estrechos en tan reducido espacio, fieles al convenio, antes que atacar a los indigetes prefirieron hacer sentir su humor belicoso a los rodios, griegos como ellos, apoderándose de Rodas, tres siglos antes fundada. Siguieron costeando la Cataluña, y extendieron sus excursiones a lo que hoy es reino de Valencia, donde con menos oposición de los naturales pudieron establecer algunas colonias y erigir el famoso templo de Diana, en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Denia.

No lejos de allí y en la misma costa fundaron los griegos de Zante la ciudad de Sagunto, hoy Murviedro, que tan célebre había de ser en la historia[30].

Así los griegos en su sistema de colonización de la Península siguieron una marcha y orden inverso al de los fenicios. Aquellos procedieron de Oriente a Mediodía y Occidente, estos de Mediodía y Occidente a Oriente. Parecía haberse convenido en compartirse la explotación del Mediterráneo. Mas aunque no sabemos que ocurriesen choques o colisiones entre estos dos pueblos rivales, conócese que los fenicios tuvieron cuidado de preservar la posesión de la Bética del dominio de los nuevos colonizadores, reservándosela exclusivamente para sí.

Civilizadores también los griegos, difundieron entre los íberos el culto de sus dioses, y principalmente el de Diana, enseñáronles algunas artes, e introdujeron el alfabeto fenicio recibido de Cadmo y modificado y añadido por ellos, que se hizo la base del alfabeto celtíbero, como el fenicio lo había sido del turdetano. Prevaleció en toda España el método de escribir de izquierda a derecha, al revés de los fenicios.

La colonia fenicia de Cádiz era la más antigua y la que había prosperado más. Su engrandecimiento y su opulencia llegaron a ser mirados con envidia y con celos por los naturales: acaso los gaditanos, desvanecidos con su poder olvidaron la benévola acogida que a los indígenas habían debido, y dejaron de tratarlos con la política y la dulzura que en el principio habían

30 Evidentemente incurrió en grave error el P. Mariana al hacer la venida de los griegos a España anterior a la de los fenicios. Cap. desde el XII al XV. del lib. I.

necesitado usar; tal vez o la codicia o el orgullo de su superioridad los arrastró a actos que ofendieran o irritaran el ánimo levantado y firme de los españoles. Lo primero lo dice expresamente el historiador Justino[31], lo segundo lo indican otros autores, y está en el orden natural y común de las cosas humanas. Ello es que enojados y sentidos los turdetanos movieron guerra a los de Cádiz, con intento al parecer y resolución de arrojarlos de su suelo; e hiciéronlo con tal ímpetu y bravura, que puestos en aprieto los fenicios y desesperanzados de poder resistir a los continuados ataques y batidas de la raza indígena, ocurriòles en tal congoja volver los ojos a Cartago, ciudad de la costa de África, y colonia también de Tiro como ellos, y demandar a los cartagineses su protección y amparo, confiados en que acordándose de su común origen no los desampararían en tan apurado trance. Hiciéronles pues solemne y formal llamamiento. En mal hora lo hicieron, como muy pronto lo habremos de ver[32].

Era Cartago, como hemos dicho, una colonia fenicia como Cádiz. Pero Cartago era ya una ciudad rica y populosa, metrópoli de la república de su nombre, la primera república conquistadora y mercantil de que hace mención la historia. Habíase emancipado de Tiro, y héchose cabeza de una confederación de colonias militares extendidas por la costa de África. Comerciantes los cartagineses como todos los fenicios, distinguíanse de los de España por su ardor guerrero, por una inquietud belicosa que los conducía, no sólo a sostener por las armas sus establecimientos, sino a atacar sin piedad a cuantos a su engrandecimiento se opusieran. Su poderío marítimo era inmenso, y entendían el sistema de colonización mejor que ningún pueblo de la antigüedad.

Tiempo hacía que envidiaban la prosperidad de los fenicios españoles: tenían puestos los puntos sobre España, y deseaban ocasión y pretexto de fijar su planta en este país de todos apetecido. Así el senado cartaginés accedió de buen grado a dar a los de Cádiz el socorro que pedían, y aparejada una flota vinieron a combatir a la Península. Pelearon pues con los naturales en favor de los fenicios, y empleando alternativamente la fuerza y el halago, venciendo unas veces, procurando otras darse a partido con los españoles, cuyo brío en más de una ocasión experimentaron, lograron al fin ocupar algunos puntos de las playas de la Bética.

Miras no menos avanzadas ni más generosas traían respeto a los fenicios en cuyo auxilio acudieran. Llevados del pensamiento, propio solo de corazones desleales, de expulsar de la Península aquellos mismos a quienes debían el pisar la tierra de España, a aquellos mismos hermanos que los habían invocado por auxiliadores, sin tener en cuenta ni los vínculos del antiguo parentesco, ni los lazos de la reciente amistad, acometieron su principal ciudad y atacaron a Cádiz con el interés y empeño de quienes parecía mirar su conquista como la base del futuro señorío de toda España, que ya entonces sin duda entraba en sus proyectos y designios. Debieron no obstante encontrar no poca resistencia en la metrópoli de las colonias hispano-fenicias, y hubo de costarles algunos meses de asedio, puesto que para derribar sus muros tuvieron que emplear una de las más formidables máquinas de batir que conocieron los antiguos, el ariete, por primera vez mencionado en la historia[33]. Mas al fin tomaron a Cádiz, y desposesionaron y lanzaron a los fenicios de la más rica ciudad y del más fuerte atrincheramiento que en España tenían, y que ya no trataron de recobrar. Con esto acabó su dominación en la Península ibérica. ¡Felonía insigne de parte de los cartagineses, de que más adelante habían de dar aquellos africanos más de un ejemplo! Sucedió esto a los 252 años de la fundación de Roma, y 501 antes de J. C.

Dueños los cartagineses de Cádiz, fueles ya fácil extenderse por el risueño litoral de la Bética. Su sistema era ir asegurando militarmente las posesiones que adquirían, fortificándolas y poniendo en ellas guarniciones. Hubieran acaso emprendido entonces la conquista del país, si las guerras en

31 Lib. XLIV. capitulo 5. *Invidentibus novæ urbis finitimís Hispaniæ populis.*

32 Es lo único que con alguna certeza hemos podido sacar de las oscuras y confusas noticias que nos suministran las historias acerca de esta tentativa de los españoles para expulsar a sus primeros huéspedes. Sobre la época en que esto acaeciese reina también no poca oscuridad. Justino indica haber sucedido en el reinado del hijo de Argantonio que antes hemos citado; y la primera venida de los cartagineses a España puede fijarse con probabilidad hacia el siglo sexto antes de nuestra era.

33 Vitrub. 1. N., c. 19.

que por otras partes andaban envueltos no les hubieran movido a diferir este pensamiento para ocasión más oportuna. Antes calculando que la amistad y alianza de los españoles podría servirles de gran provecho y ayuda para las empresas en que la república andaba por otras regiones empeñada, estrecharon con ellos relaciones y tratos y fingiéronse amigos, hasta el punto de conseguir de los incautos y crédulos españoles que les facilitasen riquezas y soldados.

Habíanse dedicado los cartagineses a dilatar su imperio y dominación por el Mediterráneo, donde tenían los griegos numerosas y ricas colonias, y por lo tanto veían estos con recelo y de mal ojo el afán con que los de Cartago pretendían el señorío de aquellos mares, y temían la rivalidad de un pueblo conocido ya por su poder y por su crueldad fría y calculada. Desde 550 hasta 480 antes de J. C. aparecen posesionados de Cerdeña; y aliándose con los tirrenios arrojan también de Córcega a los griegos focenses, obligándolos a refugiarse entre sus hermanos de Marsella; y revolviendo después contra los mismos tirrenios sus aliados, cuyos progresos marítimos veían con envidia, los atacan a su vez y les toman todas sus posesiones insulares del Mediterráneo. Aparecen también sometidas a su dominio las islas Gymnesias o Baleares, no sin que les costara ser alguna vez rechazados a pedradas por sus célebres honderos[34].

Entonces fue cuando las colonias griegas de España comenzaron a temer la peligrosa rivalidad de los cartagineses, y se dispusieron a aliarse con los romanos, que ya en aquel tiempo se mostraban poderosos, y ya se habían encontrado en los mares con los cartagineses. Debemos al griego Polibio el conocimiento del más antiguo tratado que la historia menciona entre los dos pueblos[35]. Sin embargo ni en esta estipulación ni en otra que se celebró después se menciona a España. Acaso entraba en la recelosa y reservada política de los cartagineses no llamar sobre ella la atención de los romanos.

En el año 480, famoso por la expedición de Jerjes, hallaron buena ocasión los de Cartago para abatir el poderío marítimo de los griegos, valiéndose de la alianza de aquel poderoso rey para ingerirse de su cuenta en Sicilia, de donde tuvo principio aquella larga serie de guerras sicilianas, de que a nosotros no nos toca sino apuntar la parte que en ellas cupo a los españoles. Durante aquellas sangrientas luchas no cesaron los cartagineses de levantar gente en las provincias de España, prestándose los españoles con increíble generosidad a servirles de auxiliares. Así vemos en 413 a Aníbal Gisgon venir a España en busca de socorros para acometer a los siracusanos. En 411 ser los españoles los primeros en dar el asalto a Selinonte como auxiliares. En 396 acudir un considerable ejército español para reparar sus pérdidas de Sicilia[36]. Así más adelante los vemos en el sitio de Agrigento dar la victoria a los cartagineses, cuando ya los llevaban en derrota las tropas del tirano Dionisio. Así todavía después hallamos a un senador de Cartago recurriendo de nuevo a España en demanda de socorros con que poder indemnizarse de los desastres de Sicilia. ¡Triste suerte la de España, estar sacrificando a sus hijos en lejanas tierras en favor de fingidos aliados, a quienes daban triunfos, para que vinieran después a imponerles el yugo de su tiranía!

En aquella misma Sicilia estalló en 264 una lucha de que había de depender más tarde la

---

34 Herodot. lib. I. Estrabón, I. III., Diod. Sic. I. V.

35 La letra del tratado traducida del latin bárbaro, decía así: «Entre los romanos y sus aliados y entre los cartagineses y los suyos habrá alianza bajo las siguientes condiciones: que los romanos ni sus aliados del Latium no navegarán más allá del gran Promontorio, a no ser que a ello se vean obligados por sus enemigos o arrojados por las tempestades: que en este último caso no les será permitido comprar ni tomar nada, sino lo precisamente necesario para avituallar sus naves o para el culto de los dioses, y que no podrán permanecer mas de cinco días: que los que vayan a comerciar no podrán concluir negociación alguna sino en presencia de un pregonero y un notario: que todo cuanto se venda delante de estos testigos se considerará bajo la seguridad de la fe pública, ya se verifique en el mercado de África, ya en el de Cerdeña: que si algunos romanos arriban a la parte de la Sicilia que se halla sometida a Cartago, gozarán de los mismos derechos que los cartagineses: que estos por su parte no inquietarán de modo alguno a los anciotas, los ardeanos, los laurentinos, los circeyanos, loa terracinenses ni otro alguno de los pueblos latinos que obedezcan a los romanos: que si hay algunos que no estén bajo la dominación romana, los cartagineses no combatirán sus ciudades: que si toman alguna, la entregarán a los romanos sin restriccion: que no construirán fortalezas en el país de los latinos, y que si entran armados en una plaza, no pasarán en ella la noche.» Polib. lib. III.

36 Diod. Sicul. lib II.

suerte de España. Hallábase entonces aquella isla dividida entre los cartagineses, los siracusanos y los mamertinos. Apurados estos por Gerón, rey de Siracusa, iban a entregarle su última ciudad, cuando receloso Aníbal, general entonces de los cartagineses, del creciente poder de Gerón, envió tropas a Mesina. Colocados así los mamertinos entre dos enemigos poderosos, en su conflicto, como campanios que eran, pidieron auxilio a Roma. Tal fue el origen de la *primera guerra púnica*, que duró 24 años, y que después de mucha sangre vertida, costó a los cartagineses tesoros inmensos y la pérdida de Sicilia y Cerdeña, de donde tuvieron que salir ajustada una paz bajo durísimas condiciones.

Dos propósitos formaron entonces los cartagineses: el de indemnizarse en España de las pérdidas y desastres de Sicilia, y el de buscar en esta región un nuevo campo en que vengarse de los romanos sus vencedores. Lo primero lo exigía la necesidad, lo segundo el orgullo humillado de la república. Resolvióse pues la conquista de España.

Pero antes tuvieron los cartagineses que dar cima a otra guerra que se suscitó en su propio país, la guerra de los mercenarios. Debemos decir dos palabras de lo que fue esta guerra horrible. Ella nos dará idea del carácter de los que vinieron en seguida a dominar nuestro suelo.

Ajustada con Roma la paz de Sicilia, Cartago trató de licenciar las tropas mercenarias, que le eran ya gravosas. Amotináronse estas reclamando sus sueldos atrasados. Aquellas feroces bandas, procedentes de diferentes pueblos, que se expresaban en multitud de idiomas, excitaron y arrastraron tras sí a las ciudades africanas, irritadas entonces por el exceso de los tributos. Juntáronse pues a los veinte mil estipendiarios setenta mil africanos, y Cartago se vio asediada por este ejército formidable de rebeldes. Encomendó el senado su salvación a Amílcar Barca, que se había distinguido en las guerras de Sicilia. Amílcar soborna con dinero a los númidas, y priva a los rebeldes del auxilio de la caballería; pero irritados estos, aprisionan a Giscon que había ido a tratar con ellos, y mutilándole y desjarretándole, lo mismo que a otros setecientos cartagineses, los precipitan en el fondo de un abismo. Amílcar por vía de represalias, arroja a las fieras todos sus prisioneros, y cercando a los rebeldes los reduce al extremo de devorarse de hambre unos a otros. En tan apurado trance acuden los jefes a Amílcar en solicitud de paz. Amílcar la otorga a condición de que le entreguen en rehenes las diez personas que él escogiera. Convenido que hubieron aquellos, «*pues bien*, les dijo Amílcar, *esas diez personas sois vosotros*:» y apoderándose de ellos los hace crucificar. Privados los rebeldes de sus caudillos, fueron degollados hasta cuarenta mil. Otros sirvieron de diversión a los habitantes de Cartago, que en sus espectáculos gozaban con la muerte horrorosa que les hacían sufrir. Así terminó la famosa y horrible guerra llamada *de los mercenarios*[37].

Concluida la cual, y en el año 238 antes de nuestra era, acordó el senado enviar a aquel mismo Amílcar Barca a la conquista de España, donde hasta entonces se habían limitado los cartagineses a fundar colonias en el litoral, y a servirse de las alianzas con los pueblos o tribus comarcanas para reclutar auxiliares y enviarlos a la expedición de Sicilia.

37 Polib. Lib I.

CAPÍTULO III.
AMÍLCAR, ASDRÚBAL, ANÍBAL.
De 238 antes de J. C. a 219.

Conquistas de Amílcar.—Fundación de Barcelona.—Guerras con los indígenas.—Triunfos del cartaginés.—Es derrotado-—Su muerte.— Sucédele Asdrúbal.—Su conducta en España.—Funda a Cartagena.—Es asesinado por un esclavo.—Aníbal.—Retrato moral de este famoso guerrero.—Subyuga a los olcadas, arevacos, carpetanos y vacceos.—Amenaza ,a Sagunto.—Pretexto de la guerra.—Embajada delos saguntinos a Roma.—Su resultado.—Conducta del senado cartaginés.—Guerra saguntina.—Heroicidad asombrosa de los saguntinos.—Combates.—Destrucción de la ciudad.—Ultimo ejemplo de heroísmo.—Inexcusable proceder de Roma.

Era llegado para los cartagineses el momento de emprender seriamente y a las claras la conquista de España. Roma los había privado de una Sicilia, y necesitaban oponer una España a Roma.

Rápidas y activas fueron las primeras operaciones de Amílcar. En el primer año recorrió la Bética por las partes de Málaga, Córdoba y Sevilla, imponiendo tributos a nombre de Cartago. Al siguiente dirigió sus armas a la costa oriental, y sujetó a los bastetanos y contestanos, pueblos hoy de las provincias de Almería, Murcia y Valencia. Enviáronle los saguntinos una embajada, o recordándole o haciéndole saber que eran aliados de los romanos. No faltarían al cartaginés deseos de acometer a Sagunto, por la misma razón que ella exponía para ser respetada: mas no pareciéndole todavía tiempo y sazón para inquietar a las colonias griegas aliadas de Roma, disimuló por entonces, y prosiguió hacia el Ebro, donde se detuvo a celebrar con fiestas y regocijos las bodas de su hija Himilce con Asdrúbal su deudo.

Importábale principalmente a Amílcar la ocupación del litoral para sostener el comercio marítimo de que era tan cuidadosa Cartago. Hasta entonces había seguido la política de no atacar a los que a él no le hostilizaban. Conveníale mostrarse dispuesto a hacer alianzas, y no desechaba las que se le ofrecían.

Desde el Ebro prosiguió con su gente hacia los Pirineos, y en la región de los lacetanos echó los cimientos de Barcelona, que el fundador llamó Barcino, nombre patronímico de su linaje.

Llevaba ya el pensamiento de hacer la guerra a Italia tan luego como acabara de sujetar la España[38], y por lo mismo procuró desde aquellos puntos ganarse a fuerza de oro y de dádivas las voluntades de los galos, cuya amistad conocía de cuanto provecho podría serle para cuando llegara aquel caso. Mas de todos estos pensamientos vino a distraerle la noticia de que los tartesios y los célticos del Cuneo se habían levantado con propósito de defender su independencia amenazada. Capitaneábalos Istolacio, varón principal entre ellos. Acudió Amílcar, los derrotó, devastó sus campos y condenó a Istolacio al suplicio de cruz. Entróse luego por las tierras de los lusitanos y de los vetones, donde en lugar de aliados encontró también cincuenta mil combatientes que le esperaban mandados por Indortes. No fue menos feliz el cartaginés en esta segunda campaña que en la primera. Más fogosos aquellos españoles que hábiles y diestros para resistir a tropas disciplinadas, fueron igualmente arrollados. Asustó ya no obstante a Amílcar la energía feroz de aquellos bárbaros. Grande debió ser el número de prisioneros, cuando se cuenta que dio libertad a diez mil, acaso por atraer aquellas gentes ostentándose generoso, acaso también por desconfiar de ellos. Indortes, que había podido huir, cayó después en poder de los cartagineses, que le hicieron sufrir muerte de cruz como a Istolacio. Primeras y desgraciadas tentativas de independencia.

Triunfante Amílcar, revolvió otra vez sobre la costa oriental, donde había hecho construir una fortaleza, que por estar sobre una roca blanquecina se llamó Acra-Leuka, donde hoy está Peñíscola. Allí tenia sus arsenales y almacenes, sus elefantes y municiones. Desde allí se comunicaba libremente con Cartago, y mantenía en respeto las colonias marsellesas de los griegos, aliadas de Roma. Allí crecia el joven Aníbal, su hijo, a quien había traido consigo de edad de nueve años. Pronto iba a encontrar Amílcar resistencia mas vigorosa que la que había hallado hasta entonces.

---

38 *Cum in Italiam bellum inferre meditaretur.* Coruel. Nep.

Bloqueaba el cartaginés una ciudad nombrada *Hélice* o *Velice*, la antigua *Bellia*, que creemos con fundamento fuese Belchite[39]. Llamaron los beliones en su socorro a otros celtíberos, que a su llamamiento acudieron a darles ayuda. Uno de sus caudillos o régulos, nombrado Orison, fingióse amigo y auxiliar de Amílcar, y pasó a su campo con un cuerpo de tropas, pero con la intención y designio de volverse contra él cuando viese ocasión y oportunidad. Notable y extraña fue la estratagema de que los españoles entonces se valieron. Delante de las filas colocaron gran número de carros tirados por bravos novillos, a cuyas astas ataron haces embreados de paja o leña. Encendiéronlos al comenzar la refriega, y furiosamente embravecidos los novillos con el fuego, metiéronse por las filas de los cartagineses que enfrente tenían, causando horrible espanto a los elefantes y caballos y desordenándolo todo. Cargan entonces los confederados sobre el enemigo, y aprovechando Orison el momento oportuno únese a los celtíberos y hace en los cartagineses horrible matanza y estrago. El mismo Amílcar pereció, según unos ahogado con su caballo al atravesar un río, según otros peleando con los beliones[40]. Los restos del ejército cartaginés se refugiaron a Acra-Leuka.

Así pereció Amílcar, después de haber empleado cerca de nueve años en la conquista de España. Gran capitán era Amílcar, y su muerte causó no poca pesadumbre a los soldados, que reunidos en Acra-Leuka nombraron por sucesor suyo a Asdrúbal, su yerno. No hubo la misma conformidad de pareceres en el senado cartaginés, dividido como estaba entre las dos celosas y rivales familias de los Hannon y los Barca. Prevaleció al fin después de acalorados debates el partido de estos últimos, como en todas las deliberaciones acaecía, y Asdrúbal quedó nombrado gobernador de España.

Deseoso Asdrúbal de vengar la muerte de su suegro y de castigar la traición de Orisson, entróse por las tierras de Hélice llevándolo todo a sangre y fuego, y tomó varias ciudades. Creese que Orisson cayó en su poder, y que el cartaginés logró satisfacer su venganza: la historia no vuelve a hablar de aquel caudillo. Pero bien fuese que la resistencia de los pueblos del interior obligara a Asdrúbal a ajustar tratos de paz, bien que entrara en su sistema granjearse con la afabilidad y la política a sus moradores, diose a entablar con ellos alianzas, y mas que de adquirir cuidó de asegurar las posesiones cartaginesas.

Quiso erigir enfrente de África una nueva Cartago, una Cartago española, que fuese la cabeza y asiento del gobierno en estas provincias, y fundó a Cartagena, plaza importante de guerra, y puerto cómodo para el comercio con la metrópoli.

Temiendo entonces las colonias griegas del Mediterráneo la peligrosa vecindad de tan poderoso enemigo, solicitaron la protección de Roma, que viendo ya con celos los progresos de la república cartaginesa en España, oyó fácilmente sus votos, y envió una embajada a Cartago para obtener un tratado que diese seguridad a los pueblos que bajo su alianza vivían. Estipulóse pues un concierto entre Cartago y Roma por el que se fijaba el Ebro por término y límite a las conquistas cartaginesas en España, y obligábanse además los cartagineses a respetar y mantener inviolables la libertad y territorio de Sagunto y demás ciudades griegas.

Comprometido así Asdrúbal por todos lados con recientes capitulaciones, no intentó nuevas conquistas sobre los indígenas. No sabemos hasta qué punto hubiera respetado aquel convenio si hubiera alcanzado más larga vida. Abreviósela el esclavo de un noble celtibero, que en venganza de la muerte que el cartaginés había dado a su señor, al cual unos nombran Tago y otros opinan fuese el mismo Orisson, dio de puñaladas a Asdrúbal al mismo pie de los altares en que se hallaba sacrificando. Duró cerca de ocho años el gobierno de Asdrúbal en España.

---

39 El historiador Romey supone que fuese lllici, hoy Elche, equivocando a Illici con Hélice.

40 No con los vetones, como sienta Cornelio Nepote, que escribió beteones y betones por beliones.

Un historiador extranjero se admira de que los españoles condenen por desleal la fingida alianza y la conducta de Orisson con unas gentes para quienes, todos los medios de conquista eran buenos. Los españoles reprobamos siempre las traiciones, de donde quiera que vengan, sin que desconozcamos que no era muy digno de ser tratado con lealtad el que tan alevosamente se había apoderado en África de los jefes de los mercenarios y tan cruelmente los sacrificó.

Muerto Asdrúbal, el ejército y el senado anduvieron acordes en nombrar sucesor a su hijo Aníbal, que contaba entonces sobre veinte y seis años de edad, a quien su padre había hecho jurar de niño sobre los altares de los dioses odio eterno e implacable a Roma.

Educado entre el ruido de las armas, endurecido su cuerpo en el ejercicio de la guerra de España, su maestra en el arte militar, como la llama Floro, codicioso de gloria, de ánimo arrogante y esforzado, tan sereno en los peligros, como audaz en los combates, tan enérgico como prudente y tan avisado como brioso, reconocido por el mejor jinete y por el mejor peón de todo el ejército, tan hábil para formar el plan de una expedición como activo para ejecutarle, tan dispuesto a saber obedecer como apto para saber mandar, tan paciente y sufrido para el frío y el calor como sobrio y templado en el comer y en el beber, modesto en el vestir y acostumbrado a dormir sobre el duro suelo, el primero siempre en el ataque y el último en la retirada, con aventajada y sobresaliente disposición para las cosas más inconexas, no pudiera la república haber encomendado a manos más hábiles y dignas la suerte de las armas y el engrandecimiento de sus conquistas: que la crueldad de que se le acusa, la deslealtad y la perfidia, la falta de temor a los dioses y de respeto a la religión y a la santidad del juramento, no debían servir de reparo y escrúpulo al senado cartaginés, con tal que en pro de la república los empleara[41].

Necesitaba Aníbal un vasto campo en que desplegar sus grandes dotes de guerrero. Odiaba a Roma, y deseaba abatir su orgullo. Había en Cartago una facción rival de su familia, y conveníale acallarla con hechos brillantes. Sin embargo, como la grande empresa que contra Italia meditaba exigía prudencia y preparación, antes de medir sus fuerzas con Roma quiso mostrarse señor de España, y a este fin y al de ejercitar sus tropas e imponer u obediencia o respeto a los naturales, llevó primeramente sus armas contra los olcadas, que habitaban a las márgenes del Tajo, y los subyugó fácilmente. Internóse en otra segunda expedición en las tierras de los carpetanos y de los vacceos, taló sus pingües campos, rindió varias ciudades, y llegó hasta Elmantica o Salamanca, cuyos habitantes obligó a huir con sus mujeres y sus hijos a las vecinas sierras, de donde luego los permitió volver bajo palabra de que servirían a los cartagineses con lealtad. De vuelta de esta expedición pasó a la capital de los arévacos, que tomó también. Mas cuando cargado de despojos regresaba de todas estas excursiones a Cartagena, atreviéronse a acometerle a las orillas del Tajo los olcadas y carpetanos en bastante número reunidos, y aún le desordenaron la retaguardia y rescataron gran parte del botín. Triunfo que pagaron caro al siguiente día, en que Aníbal les hizo ver bien a su costa cuán superiores eran las tropas disciplinadas y aguerridas a una multitud falta de organización, por briosa que fuese, que lo era en verdad; y en las páginas de Polibio quedaron consignados elogios grandes del valor y arrojo que en aquella ocasión mostraron los españoles.

Pero estas pequeñas conquistas no eran sino los preludios de la gigantesca empresa que en su ánimo traía, la de medir sus armas con los romanos, y atacar a Roma en el corazón mismo de la Italia. Faltábale un pretexto, y le tomó de las diferencias en que sobre límites de territorio andaban tiempo hacía envueltos los de Sagunto con sus vecinos los turboletas[42]. No era Aníbal hombre de quien se pudiera esperar que respetara las obligaciones del asiento con que las dos repúblicas se habían comprometido respecto de Sagunto; de presumir es que le hubiera quebrantado de todos modos, pero cuadrábale bien encontrar algo con que poder cohonestar la guerra, y declarándose en favor de los de Turba escribió al senado pintando a los saguntinos como injustos inquietadores de sus vecinos y como infractores del tratado, o acaso más bien como instigados secretamente por Roma, interesada en turbar la paz de sus aliados, pidiéndole al propio tiempo autorización para vengar la injuria de Sagunto. Otorgósela el senado, y aprestóse el ambicioso general a la campaña.

Viéndose amenazados los saguntinos, enviaron legados a Roma, exponiendo la congoja en que por su alianza se hallaban, y reclamando su auxilio. Contentóse el senado romano con expedir una embajada a Aníbal recordándole el respeto que debía a una colonia aliada suya y requiriéndole

---

41 Tito Livio nos dejó el retrato moral de Aníbal en el lib. XXI. c. 4, de donde lo hemos tomado.

42 No los turdetanos, como escribió por equivocacion Tito Livio, a quien siguió en el mismo error Mariana. Los turdetanos estaban demasiado distantes para haber entre ellos y los saguntinos cuestiones sobre lindes de territorio.

de paz. Mas antes de tener efecto esta resolución, súpose en Roma que ya Aníbal se hallaba ante los muros de Sagunto, con un ejército que Tito Livio hace subir a ciento cincuenta mil hombres, provisto de todo género de máquinas e ingenios de guerra. Con esta nueva apresuróse Roma a enviar diputados al campamento de Aníbal para que protestaran contra tan inicua agresión, y si continuaba las hostilidades reclamasen al senado cartaginés su persona como infractor de los tratados. Aníbal entretanto atacaba con el ardor y fogosidad de un joven guerrero, y los saguntinos se defendian con valor y denuedo prodigioso. Cuando llegó la embajada, dio a los legados una respuesta o evasiva o dilatoria, y los envió a que expusieran su agravio ante el senado, de quien no obtuvieron más favorable acogida.

Continuando Aníbal el asedio, hacía jugar contra los muros de Sagunto todas las máquinas de batir. No sólo contestaban los sitiados con armas arrojadizas, sino que hacían salidas vigorosas que solían costar mucha gente y mucha sangre a los cartagineses. Un día quiso Aníbal hacer alarde de confianza, y acercándose imprudentemente al muro, asestáronle un dardo, que clavándosele en la parte anterior del muslo le hizo caer en tierra. Por algunos días, mientras el general se curaba de su herida, se suspendió la lid, pero no las obras de ataque. Aprovechando esta ocasión los saguntinos despacharon segunda embajada a Roma apretando por el envío de pronto socorro, porque era urgente su necesidad. Otra vez se contentó el senado romano con enviar legados a Aníbal, que en su mal humor ni siquiera se dignó recibirlos, limitándose a hacerles entender que no era prudente para ellos acercarse al campamento, ni ocasión para él de atender a embajadas: con lo que hubieron de reembarcarse para Cartago a exponer de nuevo al senado su querella.

Eran los momentos en que, restablecido el general africano de su herida, había vuelto con más furor al ataque, jurando no darse reposo ni descanso hasta ser dueño de la ciudad. Los arietes y las catapultas iban derribando las torres y las cortinas del muro, mas cuando los cartagineses creían poder penetrar en la ciudad por las anchas brechas abiertas, hallaban a los saguntinos parapetados en los escombros, u oponiéndoles sus pechos sobre las mismas murallas, o echando mano a la terrible arma llamada *falárica*, hacían estrago grande en los sitiadores y solían rechazarlos y reducirlos a su campamento.

Debatíase en tanto en el senado cartaginés la reclamación de los enviados del de Roma. No faltaron senadores que hablaran enérgicamente contra la conducta de Aníbal y del senado mismo. «*Antes de ahora os he advertido muchas veces*, decía Hannon, *y os he suplicado por los dioses, que no pusieseis al frente de los ejércitos ningún pariente de Amílcar, porque ni los manes ni los hijos de este hombre pueden jamas estar quietos: y no debéis contar con la observancia de los tratados y de las alianzas mientras viva algún descendiente o heredero del nombre de los Barcas. Habéis no obstante enviado al ejército de España un general joven, ansioso de mandar, y que conoce muy bien que el medio más seguro de conseguirlo, después de terminada una guerra, es derramar las semillas de otra para vivir siempre entre el hierro y las legiones, con lo que habéis encendido un fuego que en breve os ha de abrasar. Vuestros ejércitos están en torno de Sagunto, de donde los arrojan los pactos y convenciones que habéis hecho, y no se pasarán muchos días sin que vengan las legiones romanas a sitiar a Cartago, guiadas y protegidas por los mismos dioses, con cuyo auxilio se vengarán de la fe burlada del primer tratado en que fundáis vuestra confianza... La ruina de Cartago* (decía después), *y ojalá sea yo un falso profeta, caerá sobre nuestras cabezas, y la guerra que hemos emprendido y comenzado con los saguntinos tendremos que acabarla con los romanos.*»[43]

Pero la voz de Hannon se ahogó como siempre entre la mayoría del partido de los Barcas, y el senado dio por toda respuesta que las cosas habían llegado a aquel extremo, no por culpa de Aníbal, sino de los saguntinos. Con lo que el general cartaginés continuó obrando, más robustecido de autoridad, si alguna le faltaba, y con aquella fuerza indomable de voluntad en que nadie excedió a aquel insigne africano.

Un reposo momentáneo habían gozado los de Sagunto, mientras Aníbal hubo de acudir a

43 Tit. Liv. Lib XXI., c. 3

sosegar a los oretanos y carpetanos, que se habían alterado y tomado las armas por el rigor que los cartagineses empleaban para levantar gente en aquellas tierras. Pero tardó poco en sujetarlos, y volvió a dirigir el sitio en persona. Hizo arrimar a la muralla una gran torre de madera, que excedía en altura a los más elevados muros de la ciudad. Llovian desde ella sobre los sitiados dardos y venablos y todo género de proyectiles. A los continuados golpes de los arietes, de las catapultas y ballestas caían con estrépito desplomados los muros, sin que por eso los bravos saguntinos desmayaran, ya levantando nuevas torres, ya retirándose al centro de la ciudad, que iba quedando reducida a estrechísimo recinto, y defendiéndose heróicamente parapetados en los escombros de las murallas y de sus casas mismas. Acosábalos ya tanto el hambre como el hierro enemigo. Tan congojosa extremidad movió los corazones de dos hombres generosos, cuyos nombres celebramos nos haya conservado la historia, Alcon y Alorco, saguntino el primero, español el segundo que servia en las filas de Aníbal, los cuales sin conocimiento de los sitiados y obedeciendo sólo a su buen deseo, entablaron tratados de paz con los cartagineses. Mas las condiciones que estos exigían eran tan duras y pareciéronles a los saguntinos tan humillantes, que cuando les fueron noticiadas llenáronse de santa indignación y enojo. Entonces fue cuando formaron la resolución heroica de perecer antes que sucumbir y de darse a sí mismos la muerte antes que sufrir la esclavitud. Diéronse a recoger cuanto oro y plata, y cuantas alhajas y prendas de valor en sus casas tenían, y prepararon en la plaza pública una inmensa hoguera.

Pero antes, según Apiano nos refiere, quisieron hacer el último esfuerzo de la desesperación en la única noche que ya les quedaba, intentando una salida vigorosa. Noche fue aquella de horrible carnicería y espanto, en que sitiadores y sitiados empaparon la tierra abundantemente con su sangre. No pudieron vencer los saguntinos, porque era ya imposible que venciesen, y recurrieron a la hoguera. Arrojáronse muchos a las llamas, que consumían alhajas y héroes a un tiempo. Imitábanlos sus mujeres, y algunas hundían antes los puñales en los pechos de sus hijos. Cuando entraron los cartagineses los sorprendieron en esta sangrienta tarea. Horror y espanto debió causar su obra a los vencedores, a los dominadores de cadáveres, de ruinas y de escombros.

Así pereció Sagunto[44], después de ocho meses de asedio (534 de Roma, 219 antes de J. C.). Primer ejemplo de aquella fiereza indomable que tantas veces habrá de distinguir al pueblo español, (que por españoles contamos ya a los saguntinos, aunque griegos de origen, después de más de cuatro siglos que vivían en nuestro suelo, como nadie ha dudado llamar africanos a los cartagineses, por más que fuesen una colonia de Tiro), y glorioso aunque triste monumento de la fidelidad que supieron guardar a los romanos[45]. Fidelidad inmerecida, y borrón eterno para Roma, que tan mal correspondió a tanta constancia y lealtad. Con razón murmuraban los romanos mismos la lentitud y apatía de un senado que malgastaba en embajadas y discursos el tiempo que hubiera debido emplear en enviar socorros. *Dum Romæ consulitur, Saguntum espugnatur*, se decía en Roma, y el dicho se hizo proverbial.

Ocupa hoy el lugar de la heroica y famosa Sagunto la ciudad de Murviedro en la provincia de Valencia, donde todavía se conservan restos y vestigios preciosos de su antigua grandeza; la historia conservará perpetuamente la memoria de su heroísmo.

44 Polibio, Appiano, Livio, Plutarco, Floro y otros.
45 *Fidei erga romanos magnum quidem sed triste monumentum.* Flor. Epit. lib. II.

CAPÍTULO IV.
ANÍBAL EN ITALIA: LOS ESCIPIONES EN ESPAÑA.
De 219 antes de J. C. a 211

Declaracion de guerra entre Roma y Cartago.—Prodigiosa marcha de Aníbal.—Los Pirineos.—Los Alpes.—Sorpresa de Roma.—Combates y triunfos de Aníbal.—En el Tesino.—En Trebia.—En Trasimeno.—En Cannas.—Susto y terror de Roma.—Aníbal en Capua. —Venida de Cneo Escipión a España.—Bate al cartaginés Hannon y le derrota.—Venida del cónsul romano Publio Escipión, hermano de Cneo.—Casi todos los pueblos de España se declaran por los romanos.—Los Escipiones se apoderan de Sagunto.—Angustiosa situación de los cartagineses.—Se recobran y vencen en dos grandes batallas.—Masinisa.—Mueren los dos Escipiones —Congoja de los romanos.—Arrojo y heroicidad de Lucio Marcio. —Hace cambiar de nuevo la suerte de las armas.—Claudio Nerón en España.

Hondo disgusto y emoción profunda causó en Roma la noticia de la destrucción de Sagunto, que llegó al mismo tiempo que sus embajadores regresaban de Cartago. Figurábanse ya ver al intrépido africano franqueando los Alpes, y aún se le representaban a las puertas de la soberbia ciudad. Conocieron entonces de cuánto era capaz el joven capitán cartaginés. Lo que al senado inspiró terror, produjo indignación en los ciudadanos: acusábanle estos de haber sacrificado por su indolencia y flojedad una ciudad aliada y de haber comprometido el buen nombre de la república: difícilmente podía el senado justificarse de estos cargos. Era ya la guerra una necesidad; la guerra estaba en el sentimiento público, y pueblo y senado unánimemente la resolvieron.

Todavía sin embargo envió Roma nueva embajada al senado cartaginés para preguntar si la destrucción de Sagunto había sido obra de Aníbal solo, o si había obrado con acuerdo y de mandato de la república. Extraña insistencia, que sólo puede comprenderse por el estudio y conato de Roma en hacer más y más patente a los ojos del mundo la justicia y fundamento de la guerra que iba a emprender. La respuesta no fue ni mas explícita ni mas satisfactoria que las anteriores. Entonces uno de los cinco enviados romanos, y a lo que parece el principal entre ellos, Quinto Fabio Máximo, plegando la halda de su toga y extendiendo el brazo, «*Senadores*, les dijo, *aquí os traigo la paz y la guerra; escoged.—Elige tú mismo*, le respondieron a una voz.—*Pues bien, elijo la guerra*, contestó soltando el manto.—*La aceptamos*, exclamaron todos.» La segunda guerra púnica entre Roma y Cartago quedó declarada.

Vinieron entonces a España aquellos mismos embajadores romanos al propósito de negociar alianzas con los naturales del país, y remontando por la ribera del Ebro, fácilmente se granjearon la amistad de los bargusios, pueblos cercanos a los ilergetes, que disgustados de la dominación cartaginesa deseaban cambiar y mejorar de fortuna. Otras pequeñas poblaciones y tribus de las márgenes del Ebro abrazaron a ejemplo de los de Bargusia el partido de Roma. No así los volcios, que con desdeñosa mofa: «*Id*, les dijeron, *id a buscar aliados allá donde la suerte de los saguntinos sea ignorada. Las ruinas de aquella desgraciada ciudad son para todos los pueblos de España una lección saludable, que les enseña lo que se puede fiar del senado y del pueblo romano.*»[46] Dura y áspera respuesta, pero harto bien merecida, y en bocas rústicas admirable. Iguales o parecidas contestaciones recibieron de otros pueblos de España. Disgustados de este desabrimiento los senadores, dejaron la Península, y partiéronse a la Galia Narbonense donde en vano solicitaron también de aquellas gentes la declaración de negar a Aníbal el paso por sus tierras, si por acaso, como temían, se dirigiese por allí a Italia. Limitáronse los galos prudentemente a guardar neutralidad, sin dejar por eso de aparejarse en armas, y estar preparados para lo que acontecer pudiese; con lo que más y más desazonados aquellos negociadores tuvieron por bien regresar a Roma por Marsella.

Aníbal, retirado a cuarteles de invierno en Cartagena después de la toma de Sagunto, había concedido licencias temporales a sus tropas, con la orden de que se hallasen de nuevo reunidas en aquella ciudad en la primavera inmediata. Admirable organización de los ejércitos de aquel tiempo, en que siendo el servicio de las armas un contrato voluntario entre los soldados y los jefes, la

46 Polib. lib. III.

religión del juramento era la que mantenía la disciplina. Aprovechó él mismo aquel descanso para ir a dar gracias a los dioses en el templo de Hércules de Cádiz, y ofrecerles nuevos sacrificios y votos para que le asistiesen propicios en la grande empresa que meditaba.

Hecho esto y llegada la primavera, reunidas otra vez en Cartagena sus tropas, enviados a África sobre quince mil españoles para que guarnecieran a Cartago, y traídos de allí casi otros tantos africanos para la defensa de España que encomendó a su hermano Asdrúbal, dejándole además cincuenta galeras que poder oponer a las fuerzas marítimas de los romanos, recogidos los rehenes de las ciudades confederadas en el castillo de Sagunto que confió al cartaginés Bostar, púsose en marcha a la cabeza de noventa mil peones, doce mil caballos y cuarenta elefantes. Franquea el Ebro con aquel formidable ejército compuesto de soldados de diferentes naciones: sujeta de paso a los ilergetes, a los bargusios, a los ausetanos y lacetanos: deja al cargo de Hannon la defensa de los países situados entre el Ebro y los Pirineos con un cuerpo de once mil hombres, entrega a Andúbal, rico español con quien había hecho amistad, los bagajes del ejército, y metióse por las asperezas de aquellos montes. Supo allí que tres mil carpetanos, disgustados de verse llevar a tierras tan lejanas, habían abandonado sus banderas, y lejos de mostrar desazón por ello, licenció espontáneamente a otros siete mil españoles que conoció le seguían de mal grado, con cuyo ardid hizo entender que había licenciado también a los primeros. Singular y astuta táctica la de aquel caudillo. Pasa pues los Pirineos, sujeta o tranquiliza los galos de la vertiente septentrional, y campa a orillas del Ródano.

Verifica luego el paso de este río, y se dispone a salvar los Alpes cubiertos de nieve (octubre de 218 a. de J. C.). Empresa espantosa, y hasta entonces sin ejemplo. Pero ni las nieves le acobardan, ni las inmensas rocas le asustan, ni le arredran los precipicios, ni le detienen las emboscadas que a cada paso le arman aquellos montañeses. De todo triunfa y todo lo arrolla, y todos le siguen; porque el dios de su patria (ha dicho) se le ha aparecido en sueños y le ha prometido la victoria, y trazádole las roscas de una serpiente el sendero que debe seguir. Remonta la cumbre de los Alpes, y enseña con alegría a los soldados las fértiles llanuras del Po, y les señala el punto donde debe hallarse Roma. Desciende aquellos terribles desfiladeros, entra en el país de los taurinos, y baja hacia el Po. Es la marcha más atrevida de que nos da noticia la historia militar de la antigüedad. Aníbal no la había hecho impunemente: del grande ejército que había sacado de Cartagena sólo le quedaban veinte mil infantes y seis mil caballos[47]. Pero eran soldados a prueba ya de fatigas y de intemperies, que lejos además de su patria necesitaban vencer o morir: fiaban en la experiencia y el valor de su general; éste contaba también con las buenas disposiciones de los galos en su favor; y por último Aníbal estaba en Italia, y veía cumplidos sus sueños dorados.

Roma no había podido imaginar ni tanta audacia ni tanta rapidez. Creíale todavía en España. Asombrado se quedó el cónsul Escipión cuando supo que los cartagineses habían atravesado el Ródano. El primer pensamiento de Roma al declarar la guerra había sido mandar un ejército a España al mando de Publio Escipión, otro a África y Sicilia al de Sempronio, y otro a la Galia Cisalpina al del pretor Manlio. Mas informado Escipión de la marcha de Aníbal, y no habiéndole alcanzado ya en el Ródano, retrocedió a defender la Italia, y dividiendo su ejército y enviando la mayor parte de él a España al mando de su hermano Cneo Escipión, pasó a esperar a Aníbal al pie de los Alpes. Encontráronse en el Tesino. Diose un combate, en que quedaron derrotados los romanos y herido Escipión, que hubo de abrigarse en los muros de Plasencia.

Llamaron los romanos a Sempronio, que en Sicilia acababa de causar grandes descalabros a los cartagineses. No tardó en hallarse Sempronio a presencia de Aníbal a las márgenes del Trebia. Con la arrogancia del vencedor presentó Sempronio la batalla. Pronto hubo de arrepentirse de su imprudencia. Desbaratóle Aníbal con pérdida de treinta mil combatientes. Tan señalado desastre produjo un terror pánico en los romanos, y movió una sublevación general en la Galia Cisalpina. No vacilaron ya los galos en ponerse de lado de los cartagineses, y hallóse Aníbal otra vez a la cabeza de noventa mil guerreros.

---

47 Polib. ibid.

Dirígese después hacia Arecio por el camino menos frecuentado. Vuelve a encontrar a los romanos; atrae al cónsul Flaminio (no menos presuntuoso que su predecesor) a una posición desventajosa; fuérzale a aceptar la batalla, y un nuevo ejército romano es derrotado a orillas del lago Trasimeno (año 217).

La noticia de este tercer desastre difunde el espanto en Roma. Creció el terror cuando el pretor Pomponio dijo a la asamblea del pueblo: «*Romanos, hemos sido vencidos en un gran combate.*» Acudieron entonces al remedio usado en los trances apretados y extremos, y fue nombrado dictador Quinto Fabio Máximo, llamado luego el *escudo de Roma*. Nombró éste por general de la caballería a Quinto Rufo Minucio. Fueron consultados los libros de las Sibilas, y se votó una primavera sagrada. Era Fabio un general en todo diferente de Sempronio y Flaminio. Astuto, prudente y circunspecto, sin perder de vista a Aníbal manteníase siempre a una conveniente distancia: nunca éste le pudo obligar a combatir. Murmurábanle las tropas y le llamaban el *contemporizador*, el pedagogo de Aníbal. Sólo el cartaginés sabia apreciar en su verdadero valor aquel sistema militar. Logró una vez Fabio estrechar a Aníbal cerca de Casilino en la Campania. Pero el sagaz africano, recordando la estratagema que en otra ocasión habían empleado con su padre los celtíberos, soltó en dirección de los romanos dos mil bueyes con sarmientos encendidos sobre las astas, y a favor del desorden que esparcieron en las filas enemigas logró salvar el desfiladero.

Gran descontento causó en Roma esta noticia. Diose a Minucio iguales poderes que a Fabio: atacó aquel con sus tropas a Aníbal: cercóle éste por todas partes, y le escarmentó: el temerario Minucio hubiera perecido sin la llegada de Fabio. Sin embargo dimitió su dictadura. Los cónsules que le sucedieron adoptaron el mismo sistema de contemporizacion, hasta rayar ya en negligencia. Pero cansado el pueblo de tantas dilaciones, y persuadido de que los nobles prolongaban con deliberada intención la guerra, quiso tener un cónsul verdaderamente plebeyo, y nombró a Varrón[48], que blasonaba de que le bastaba un día para ver al enemigo y vencerle. Fuele asociado el patricio Paulo Emilio, amigo y discípulo de Fabio Máximo. Tan presuntuoso Varrón como Sempronio y como Flaminio, y más confiado que ellos, acampó cerca de Aníbal a las márgenes del Aufido, cerca de Cannas. Sordo a los consejos de su colega, empeñóse en combatir a todo trance. Por desgracia de Roma tocábale aquel día el mando a Varrón (que era costumbre alternar en él diariamente los cónsules), y desplegó arrogantemente delante de su tienda el manto de púrpura, señal de la batalla. Regocijóse grandemente Aníbal y la aceptó.

Dejemos a los historiadores romanos la sentida descripción de la memorable batalla de Cannas, que inmortalizó a Aníbal, que le señaló al mundo como el mejor capitán de los tiempos antiguos, y que llenó de luto y de estupor a Roma. Diez y seis legiones, que componían ochenta mil infantes y siete mil caballos, habían presentado los romanos al combate. Acrecía sus filas la flor de los caballeros romanos. Menos de la mitad eran en aquella sazón los de Aníbal. Peleaban con él los galos con sus largas espadas, los españoles con sus cortos y aguzados sables, los terribles honderos mallorquines y la feroz caballería númida. Cebáronse unos y otros en la matanza y cansáronse sus brazos de acuchillar enemigos. Mas de cincuenta mil romanos quedaron tendidos en la arena; prisioneros de diez a doce mil. Acribillado de heridas cayó el valeroso Paulo Emilio, que exhaló su grande alma enviando a decir a Roma que cuidara de su propia defensa. Perecieron multitud de senadores, de tribunos, de generales y de caballeros. Tres modios y medio de anillos arrancados a los cadáveres fueron derramados en el vestíbulo del senado de Cartago (216).

Vistió Roma de luto. La abandonó la Italia Meridional y ofreció su alianza a Aníbal: hicieron otro tanto el Abruzzo, la Lucania y varios otros paises. Aníbal marchó adelante, y enarboló la bandera de Cartago en una colina desde donde se divisaba la ciudad eterna. Roma temblaba, y temblaba con razón, porque rugía demasiado cerca el terrible león númida. Pero alejóse Aníbal, y fue a establecer sus cuarteles de invierno en Capua. Entonces fue cuando le dijo Maharbal aquellas célebres palabras que tanto después se han repetido: *«Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovecharte de la victoria.»* No discutiremos nosotros si obró o no prudentemente en no acometer

48 Era Terencio Varrón hijo de un carnicero.

a Roma. Dejémosle gozar las delicias de Capua, que tanta celebridad adquirieron en la historia y que tan fatales fueron a su estrella, y veamos lo que en España durante su famosa expedición acaecía.

Muy diverso rumbo llevaban y con mas próspero viento corrían las cosas en España para los romanos del que allá en Italia les soplaba. Arribado que hubo Cneo Escipión, el hermano de Publio, a Ampurias, primer pueblo español en que penetraron las águilas romanas, procuró atraer a sus banderas a los naturales, que descontentos de los cartagineses, sin gran dificultad aceptaron la alianza de un hombre que se presentaba, no como conquistador, sino como reparador del agravio hecho a los saguntinos. Tal era la política de Roma. Así dominó pronto toda la costa oriental desde los Pirineos hasta el Ebro (218). Pero necesitaba el romano adquirir el prestigio de vencedor y adornarse con la aureola del triunfo. Proporcionóselo Hannon, a quien vimos había encomendado Aníbal la defensa de esta parte de España, con una batalla en que sucumbieron cinco o seis mil cartagineses, quedando prisionero él mismo, y cayendo además en poder de los romanos los bagajes que Aníbal al pasar a las Galias dijimos había dejado confiados al español Andúbal. De buen agüero fue para los supersticiosos romanos el resultado del primer combate que se daba en España entre las armas de las dos repúblicas.

No fue más venturoso Asdrúbal en una expedición marítima que para vengar el desastre de Hannon emprendió la primavera siguiente. Cuarenta naves cartaginesas habían salido de Cartagena a las órdenes de Himilcón, mientras Asdrúbal con el ejército marchaba por tierra costeando en la propia dirección para proteger la escuadra. Súpolo Cneo, y partiendo de Tarragona con una armada de treinta y cinco velas, logró sorprender la de Cartago a las bocas del Ebro; apresó veinticinco naves, echó las otras a pique o las hizo varar en la costa, y enseñoreando aquellas aguas diose a correr con su victoriosa escuadra todo el litoral desde el Ebro hasta el cabo Martín, saqueando depósitos y talando los pueblos y campiñas de la costa, incendiando hasta los arrabales de Cartagena sin que Asdrúbal hubiese podido hacer mas que avistar la catástrofe con el desconsuelo de no poder repararla, y seguir por tierra con pies y con ojos los rastros de la armada romana y ser testigo de los estragos que iba haciendo, hasta que tuvo por prudente retirarse a Cádiz mientras el romano daba la vuelta por Ibiza a Tarragona. Así reparaba Cneo Escipión en España por tierra y por mar los reveses que en Italia sufría Roma en el Tesino, Trebia y Trasimeno (217).

Al que marcha en bonanza y navega con próspero viento apresúranse todos a convidársele amigos: al que la fortuna se le muestra hosca y ceñuda, abandónanle los mas amigos y le vuelven la espalda. Esto acontecía entonces en Italia y España. Allá naciones enteras antiguas aliadas de Roma se levantaban en favor de Aníbal victorioso: acá naciones enteras aliadas de Cartago ofrecían su alianza a Escipión triunfante: en Italia iba Roma en caimiento, y en España iba Cartago de caída. Mas de ciento y veinte pueblos españoles se confederaron con Cneo Escipión, principalmente celtíberos, gente poderosa y de brío, con cuyo auxilio pudo Cneo hacer una atrevida correría hasta Castulon, centro de la dominación cartaginesa.

Sólo los ilergetes, capitaneados por dos régulos, Indíbil y Mandomio, se atrevieron a tomar las armas contra los romanos y a entrarse tumultuariamente en sus tierras. A juzgar por los discursos que los historiadores ponen en boca de aquellos dos caudillos, fue el primer grito de independencia que se levantó en España contra el poder romano, y en general contra toda dominación extranjera, «*No os fieis*, decían, *de unos extranjeros que con pretexto de abatir el orgullo de los cartagineses vienen a quitaros vuestra libertad y a usurparos vuestros bienes. Así han venido antes los griegos, así los mismos cartagineses, prometiéndonos felicidad con dulces palabras, para levantarse después con el mando y poneros una vergonzosa servidumbre. ¿Qué necesitamos del auxilio de los romanos para sacudir el yugo de los cartagineses? Los que se han unido a ellos son traidores a su patria y a su libertad.*» No vemos que los historiadores españoles hayan reparado bastante en este primer grito de independencia, y sin embargo, si aquellos dos jefes hubieran sido más afortunados, si su voz hubiera encontrado eco entre sus compatricios, hubieran podido pasar por los primeros restauradores de España. Pero enclavado el país entre pueblos confederados de Roma, y auxiliados

estos por un cuerpo de tropas con que acudió Escipión, fácilmente dieron cuenta de los sublevados: y Asdrúbal que se había acercado a fomentar aquellas alteraciones sufrió dos grandes derrotas por los briosos celtíberos, que esparcieron el terror por el campo cartaginés[49].

Tanta importancia daba el senado romano a la guerra de España, que con admiración vemos cuidaba de atenderla con preferencia a la Italia misma, no obstante lo envalentonado y pujante que allí se ostentaba Aníbal. Envió, pues, a España treinta galeras con ocho mil hombres y gran provisión de vituallas, al mando de Publio, hermano de Cneo, el mismo que cuando se declaró la guerra había sido destinado a este país. Acordaron los dos hermanos hacer un movimiento sobre la desgraciada Sagunto. Sabian cuanto gusto daban en esto a los españoles, y la política de Roma era ganarles las voluntades. Un concierto entre Abelux o Abeluce, noble saguntino, y el gobernador del castillo, el cartaginés Bostar, les puso entre las manos los rehenes que en la fortaleza de Sagunto había dejado Aníbal, a condición deque habrían de entregarlos libres a sus familias. Cumpliéronlo así los Escipiones, y aquel rasgo de generosidad (que a lo menos por tal se tradujo en aquel tiempo, en que debían escasear mucho las acciones generosas) les captó a los romanos gran partido entre los españoles. Enturbióles la alegría de aquel suceso la noticia que recibieron de la funesta derrota de Cannas (216). Ellos, como fuese llegado el invierno, levantaron el campo de las cercanías de Sagunto, y se volvieron a invernar a Tarragona.

El senado cartaginés por su parte ordenó a Asdrúbal que pasase a Italia. Expuso el general los riesgos que con esta partida correría la España toda, si antes no se le enviaba un sucesor con fuerzas suficientes para contener a los españoles; y en ello tenia razón sobrada, puesto que acababan de darle no poco que hacer los tartesios, que incitados y capitaneados por Galbo se le habían rebelado y puéstole en mas de un apuro, aunque al fin lograra sosegarlos después[50]. En su virtud vino Himilcón, nombrado gobernador de España, con grueso ejército, y a Asdrúbal se le repitió la orden de pasar a Italia. Obedeció éste, aunque no de buen grado, y púsose en marcha la vuelta del Ebro. Importaba a los Escipiones estorbar a toda costa su proyecto, y saliendo a encontrarle halláronse de frente cerca de aquel río. Trabóse allí una reñidísima batalla, en que pelearon los romanos como si de ella dependiese la suerte de Roma, y aún el señorio del mundo. Abandonaron muchos españoles a Asdrúbal, y sirviéronle ya poco al cartaginés su pericia y sus personales esfuerzos. Veinticinco mil africanos quedaron en el campo: prisioneros diez mil. Recogióse Asdrúbal con cortas reliquias de su ejército a Cartagena. Casi todos los pueblos de España se arrimaron al partido de los romanos[51].

Ni Roma se cansaba de enviar auxilios, ni Cartago refuerzos. Roma, exhausta de recursos, hallaba en la generosidad de los ciudadanos con que subvenir a las necesidades del ejército de España, que eran muchas, y los Escipiones observaban la política de no disgustar con exacciones al país conquistado. Cartago volvió a enviar otras sesenta naves con doce mil infantes y mil quinientos caballos al mando de Magón, hermano también de Aníbal y de Asdrúbal. Aliéntanse con esto los cartagineses de España, pero no por eso los alumbra mejor estrella. Los tres generales reunidos se ponen sobre Illiturgo (Andújar), que les había hecho defección, y acudiendo los Escipiones hacen gran matanza en su gente, y les toman cuatro mil prisioneros[52]. Igual éxito alcanzaron otra vez que volvieron sobre Illiturgi. Pasa después el derrotado ejército cartaginés a acometer a Intibil o Incibile (entre Teruel y Tortosa), y recibe otro escarmiento: aquí murió Himilcón, capitán esforzado. No fueron mas afortunados en Bigerra, en Munda (sobre las bocas del Ebro), en Auringis (Jaén): en todas partos eran desbaratados los cartagineses, a pesar de haber venido Asdrúbal Gisgon en reemplazo de Himilcón. Lo peor era que en Italia se cansaba la fortuna de sonreír a Aníbal, y allí también se mostraban ya engreídas las águilas romanas. Solo les quedaba a los cartagineses el genio de Asdrúbal Barcino, que superior a todos los desastres es muchas veces vencido, pero jamás desmaya; se retira, pero no sucumbe.

49 Tit. Liv. lib. XXII.
50 Livio escribe carlesios por tartesios, lo que ha dado lugar a versiones y conjeturas que no nos parecen necesarias.
51 *Tunc vero omnes prope Hispaniæ populi ad romanos defecerunt.* Tit. Liv. lib. XXIII
52 Mas de tres mil infantes, dice Livio, y poco menos de mil caballos. Ibid. cap. 34.

Acordáronse entonces los Escipiones, no sin rubor, de la fidelísima Sagunto, que destruida por Aníbal y reedificada después, llevaba ya cinco años en poder de los cartagineses, y estaba siendo afrentoso padrón de la fe romana. Dirigiéronse a ella; obligaron a la guarnición a capitular, y sacándola del dominio cartaginés la restituyeron a los pocos vecinos que habían podido sobrevivir a la catástrofe primera (214). Revolviendo después sobre la capital de los turboletas, los causadores de su anterior ruina, la desmantelaron y arrasaron por los cimientos, vendiendo a sus habitantes en pública almoneda. Devuelta Sagunto a sus antiguos dueños, fue recobrando bajo los romanos su prosperidad; y a esta época deben atribuirse los magníficos restos que han quedado de esta ciudad de gloriosos recuerdos.

Todo parecía conspirar en este tiempo contra Cartago. Aníbal empezaba a ser vencido en Italia, como luego habremos de ver. En Cerdeña el ejército de Asdrúbal el Calvo era deshecho por Tito Manlio Torcuato. En África un príncipe númida nombrado Siphax, llevado de un particular resentimiento, volvía sus armas contra la república, y ofrecia su alianza a los romanos. ¿Cómo no sucumbió Cartago en situación tan azarosa? Veremos hasta qué punto es caprichosa y voluble la fortuna de las armas, y cuán poco hay que fiar en sus favores.

A la alianza de los romanos con Siphax, opusieron los cartagineses la de Gala, otro príncipe númida, a cuyo hijo, nombrado Masinisa, mancebo de grandes y aventajadas prendas, encomendaron hiciese la guerra a Siphax. Diose el joven africano tan buena maña en la ejecución, que bastáronle dos combates para destruir por completo a su contrario. Asdrúbal Gisgon le dio en premio por esposa a su hija Sofonisba. Lleno de gloria y de contento el intrépido Masinisa, pasó a España con siete mil infantes africanos y setecientos jinetes númidas, deseoso de dar ayuda a su suegro. Refuerzo fue este que realentó a los abatidos y tantas veces maltratados cartagineses. Y aprovechando la inacción de los Escipiones, que descansaban en Tarragona sobre los pasados laureles (falta en que suelen caer los mas afortunados guerreros), pusiéronse en marcha con intento de realizar el pensamiento en que tanto había insistido siempre el senado cartaginés, el de reforzar a Aníbal en Italia. Asdrúbal Barcino se dirigió al centro de España, dejando un cuerpo de ejército en la Bética, al mando de Magón su hermano y de Asdrúbal Gisgon, con Masinisa.

Dividiéronse también los dos Escipiones, al saber este movimiento, y aquello vino a ser la causa de su ruina. Cneo fue contra Asdrúbal Barcino, Publio contra Asdrúbal Gisgon y los otros. Encontró Cneo a Asdrúbal en Anitorgis (Alcañiz). Confiaba el romano en treinta mil celtíberos que acaudillaba, gente valerosa y fiera. Mas halló el astuto cartaginés medio de sobornarlos, y abandonaron las filas romanas, que con esta defección quedaron demasiado menguadas, y Cneo tuvo por prudente retirarse y evitar la pelea.

Peor suerte estaba sufriendo allá hacia Cástulo su hermano Publio. Acosábale sin dejarle momento de reposo la caballerla de Masinisa, aquella caballería númida que tanto estrago hizo siempre en las falanges romanas. Venia además contra él el español Indíbil con siete mil quinientos suessetanos[53]: vióse Publio por todas partes cerrado y acometido: sirvióle poco defenderse con bravura; un bote de lanza le atravesó el cuerpo y le derribó del caballo. Con la muerte de Publio se desordenaron sus huestes; la noche libertó a unos pocos del encarnizado furor de los vencedores. No desaprovecharon estos la victoria. Vuelan a incorporarse a Asdrúbal Barcino que seguia a Cneo. Eucuéntrase éste envuelto por tres ejércitos a 'a vez: levanta de noche sus reales y se retira; pero la caballería de Masinisa se destaca en su seguimiento: gana el romano una pequeña colina, donde improvisa una rústica trinchera hecha con los aparejos y tercios de las acémilas: tras este débil y flaco vallado se defiende con valor prodigioso; pero oprimido por el número perece con la mayor parte de su gente[54].

Así acabó aquel valiente romano (216), el primero que inauguró en España el futuro señorío

53 Créese que eran los de Sangüesa.

54 A cuatro millas de Tarragona se ve todavía un monumento ilustre que se dice ser el sepulcro de los Escipiones. La batalla de cierto no fue en aquel sitio: pero pudo ser muy bien y es harto verosimil que los romanos trasladaran allí sus cenizas, como asiento que era Tarragona de su gobierno.

de Roma. Así acabaron aquellos dos esclarecidos hermanos, cuyas campañas habían sido una cadena de gloriosos triunfos. Así quedaron en un momento desvanecidas las esperanzas que fundaba Roma en los talentos militares de los Escipiones. ¡Qué mudanza en el teatro de la guerra! Ayer apenas existía ejército cartaginés, y hoy apenas existe ejército romano; ayer las águilas romanas enseñoreaban el país, hoy las cortas reliquias de aquellas legiones no encuentran donde guarecerse. Los que van a refugiarse en Castulon encuentran cerradas las puertas de la ciudad: los que se guarecen en Illiturgis son de noche bárbaramente degollados: fueron otros a buscar amparo de la parte allá del Ebro.

Quedábale aún a Roma un genio militar en España; genio con que no contaría la república, porque se ocultaba bajo el modesto uniforme de simple centurión o capitán de compañía. Este genio era Lucio Marcio, hijo de Septimio Severo, caballero romano.

Marcio no se rindió al desaliento que en los rostros de los fugitivos se veía pintado, incluso Fonteyo, único jefe de alguna graduación que quedaba. Ocurrióles a los soldados nombrar general a quien tan osado y resuelto se mostraba. Pero al saber que Asdrúbal, franqueando el Ebro, se les venia encima, y tras él Magón que seguia sus huellas, turbóseles de nuevo el ánimo, y mustios unos, renegando y maldiciendo de su suerte otros, esperando todos una muerte que miraban como infalible, luchaba y trabajaba el improvisado general por infundirles aliento, sin que su voz apenas fuera escuchada. Entretanto el enemigo casi toca a sus reales. La vista de los estandartes cartagineses produce una trasformación mágica en los ánimos de aquellos desdichados; el miedo se trueca en desesperación, la desesperación en coraje, y aquel puñado de hombres a manera de leones embravecidos se arrojan sobre los cartagineses, que sorprendidos con tan impetuosa y brusca arremetida, vuelven vergonzosamente la espalda. Todos se maravillaron, los unos de ver huir, los otros de verse huyendo. Calculando luego Marcio que los enemigos no esperarían un segundo ataque, conociendo además que si daba lugar a que se les reuniese Magón no quedaba a los suyos manera de salvarse, concede algunas horas de reposo a sus fatigadas y escasas tropas, y en altas horas de la noche se entra a las calladas en el campo y reales de Asdrúbal, que descuidado y sin guardias ni centinelas dormía. Cansáronse de matanza sus soldados, y sin darse más vagar prosiguieron en busca de Magón, a quien hallaron igualmente desapercibido. Penetran con el mismo ímpetu en sus estancias: era ya de día: Magón y los suyos a la vista de los paveses y espadas de los romanos ensangrentadas con la matanza reciente, se llenan de estupor y se ponen en fuga: siguelos Marcio, los alcanza, y los romanos se cansan también de degollar: los capitanes cartagineses pudieron escapar a uña de caballo[55].

Salvó Marcio de un solo golpe las dos Penínsulas: la España venciendo a los cartagineses, la Italia impidiendo la marcha de Asdrúbal, que unido a Aníbal que todavía se hallaba pujante, hubiera podido poner a Roma en grande aprieto.

Pagóselo Roma con ingratitud. En la carta que Marcio dirigió al senado se daba el título de pro-pretor, que debía sólo a la aclamación de los soldados. Tomólo a mal la orgullosa aristocracia romana, y sin dejar de reconocer la importancia de sus grandes hechos ni de hacer justicia a sus altas prendas, anuláronle implícitamente nombrando pro-pretor de España a Claudio Nerón, que entonces hacia la guerra de Capua contra Aníbal. El generoso Marcio, no obstante ver tan mal recompensados sus eminentes servicios, llevó tan adelante su desprendimiento, que cuando llegó Nerón a España le entregó sin darse por sentido aquellas tropas que le habían aclamado su general, y se puso bajo sus órdenes sin otro pensamiento que el de continuar sirviendo a su patria en el puesto que le designaba. Así el que acababa de dar un ejemplo de admirable heroicidad, dio también un ejemplo de admirable patriotismo.

Poco tino mostró el senado romano en la elección de Claudio Nerón. Desembarcado que hubo en España con once mil infantes y mil caballos que de refuerzo trajo (211), fuese en busca de

55 Debió tener lugar este suceso cerca de Tortosa. En el campo cartaginés se encontró un escudo de plata de ciento treinta y ocho libras de peso con la imagen de Asdrúbal Barca o Barcino. Este monumento de las glorias de Marcio fue llevado a Roma y se colgó en el Capitolio. Llamóse Escudo Marcio. Tit. Liv. lib. XXXV. Valer. Max. lib. I

Asdrúbal, a quien halló entre Illiturgis y Mantisa en los bastetanos[56]. Faltóle poco para coger al cartaginés en el desfiladero de un bosque; pero reconociólo Asdrúbal a tiempo, y entreteniendo a Nerón so pretexto de negociaciones de paz, hizo una noche desfilar calladamente su ejército, dejando las hogueras encendidas en el campamento para mejor engañar al romano: él mismo después a presencia y vista de Nerón metió espuelas al caballo y se alejó en busca de los suyos. De modo que la única hazaña de Claudio Nerón durante su breve mando en España fue dejarse burlar de la astucia de un cartaginés. No merecía su nombramiento la pena de haber desairado a Marcio. Pronto fue otra vez llamado a Roma.

56 Mariana tos nombró ausetanos, indudablemente con error.

CAPÍTULO V.
ESCIPIÓN EL GRANDE.
Desde 211 antes de C. hasta 205

Es nombrado Publio Cornelio Escipión procónsul de España.—Desembarca en Tarragona.—Toma a Cartagena.—Generosidad de Escipión con los españoles.—Noble y galante conducta del romano con una joven española.—Acción de Bécula.—Gánala Escipión.—Logra Asdrúbal pasar a Italia.—Nuevos triunfos de los romanos en España.—Los cartagineses reducidos a Cádiz.—Enfermedad de Escipión—Propágase la falsa voz de su muerte, y se rebelan de nuevo Indíbil y Mandonio.—Sublévase una parte del ejército romano.—Somételos a todos Escipión.—Tratos con Masinisa para la entrega de Cádiz.— Conducta del gobernador Magón.—Los cartagineses son expulsados de España.

Tratábase en la asamblea del pueblo romano de nombrar un general que reemplazase a Claudio Nerón en España. Viose con sorpresa que nadie aspiraba a recibir este honor. La suerte desastrosa de los dos Escipiones y las noticias que Nerón les daba de la astuta falsía de los de Cartago hacían que se esquivara como peligroso el mando de las armas romanas en la península española. La república no sabia a quien enviar. Un joven de veinte y cuatro años se levanta, y con arrogante acento; «*Yo soy Escipión,* exclama: *pido que se me nombre procónsul: Quiero ser el vengador de mi familia y del nombre romano. Entre las tumbas de mi padre y de mi tío sabré ganar victorias. Tengo todo lo que se necesita para vencer.*» El joven Publio Cornelio Escipión fue nombrado procónsul.

Diez y nueve años tenia cuando su padre Publio fue herido en la batalla del Tesino peleando contra Aníbal, y ya entonces salvó la vida a su padre. Cuando las legiones derrotadas en Cannas se desbandaron por Italia, una de ellas nombró su jefe al joven Publio Cornelio. Duraba el pavor a los soldados, y no trataban sino de huir. Escipión se presentó en medio de los fugitivos con su espada desnuda: «*Juro aquí solemnemente*, les dijo, *que con esta espada atravesaré el corazón a todo el que pretenda tomar el camino de Roma. Juro por Júpiter no hacer jamás traición a la república. Tú, Cecilio, y vosotros todos los que os halláis aquí presentes, prestad el mismo juramento.*» Tan enérgico lenguaje usado por un joven, contuvo y realentó las tropas.

Especies misteriosas circulaban por el vulgo acerca de su nacimiento. Decían que nueve meses antes de venir al mundo se había visto un enorme dragón en casa de su madre. Veíasele subir diariamente al Capitolio, y él hacia creer que conversaba horas enteras con Júpiter. Teníasele por hombre recto. Aunque joven, concebía grandes pensamientos, y los ejecutaba con madurez. Respetaba o se reía de las leyes, de la religión y de los tratados, según cumplía más a su propósito. Era un digno rival de Aníbal.

Partió, pues, Publio Cornelio Escipión a España con diez mil infantes y mil caballos: se embarcó en Ostia y desembarcó en Tarragona.

Su primer pensamiento fue apoderarse de Cartagena, el principal baluarte de los cartagineses. Llegada la primavera, y aprovechando la ocasión en que los generales enemigos se hallaban lejos de la plaza, Magón cerca de Cádiz, Asdrúbal Gisgon a la boca del Guadiana, y el otro Asdrúbal en el país de los carpetanos, ordenó a Lelio que con la armada siguiese la costa, y él sin perderla de vista pasó el Ebro con veinticinco mil infantes y dos mil quinientos caballos. A los siete días la escuadra y el ejército se hallaban a la vista de Cartagena. Guarnecíanla solos mil hombres: creíasela por su gran fortaleza al abrigo de todo ataque. Después de intentados varios asaltos, rechazados con bizarría por los españoles que presidiaban la ciudad, fue avisado Escipión de que había un sitio que en las mareas bajas quedaba casi seco, y por el cual podía llegarse a pie hasta la muralla. Sirviólo la noticia para persuadir a sus soldados que Neptuno favorecía su empresa, y les dejaría atravesar el mar sin peligro. Así sucedió. Neptuno retiró las aguas a la hora que de costumbre tenia, y mientras Escipión daba el asalto por la parte del Norte, una compañía escogida atravesó el vado hasta tocar en el muro. Echáronse las escalas, y abriendo la puerta más cercana, pronto estuvo la plaza en poder de los romanos (210). Las crueles leyes de la guerra fueron al principio seguidas, y no cesó la matanza hasta haberse entregado la ciudadela, donde se había retirado el gobernador Magón. Lelio

entretanto se apoderó de la flota cartaginesa, quedando así los romanos dueños también y señores del mar.

Era Cartagena como la metrópoli de la España cartaginesa, el mejor puerto del Mediterráneo, la plaza más fortalecida, el emporio del comercio, el almacén y arsenal de las provisiones y de las armas, el depósito de los rehenes y el centro de las riquezas. Inmensas fueron las que allí recogió el vencedor. El oro y la plata se depositaron en manos del cuestor, especie de cajero de la república El resto del botín, hecha la competente valoración por los tribunos militares, se distribuyó según costumbre entre los soldados: ramo era éste que los romanos tenían perfectamente organizado: los soldados hacían juramento antes de entrar en campaña de no retirar nada del botín, y los romanos guardaban entonces sus juramentos.

Pasados los primeros excesos de la soldadesca, comenzó Escipión a mostrarse generoso. La ley hacía esclavos a los prisioneros: Escipión dio libertad a todos los españoles, y lo que es más, les restituyó todos sus bienes, aún a aquellos que aliados antes de Roma habían pasado a las filas contrarias. Otro acto de generosidad, más noble todavía, levantó mas alta la fama de las virtudes del insigne caudillo. Por una inveterada y horrible costumbre las prisioneras quedaban de derecho a merced del vencedor. Hallábanse entre ellas la esposa de Mandonio y las hijas de Indíbil, jóvenes y hermosas, dice Livio[57]. Escipión respetó la esposa y las hijas de sus enemigos. Esto fue poco todavía. Como el presente que más podía halagarle le presentaron los soldados una joven española notable por su rara y singular belleza. Era Escipión hombre de pasiones vivas y fogosas. Sabedor no obstante de que aquella joven se hallaba desposada con un príncipe celtibero llamado Allucio, hizo llamar a sus padres y a Allucio mismo, y entregósela con todo el oro que para su rescate habían traído. «*Recibidla de mis manos*, les dijo, *tan pura como si saliese de la casa paterna. No os pido en recompensa de este don sino vuestra amistad hacia el pueblo romano.*» Allucio supo corresponder al beneficio: sirvió a Roma e hizo grabar aquella memorable acción en un escudo de plata que regaló al valeroso romano[58]. Con semejante moderación granjeóse más partido Escipión en España que con multiplicadas victorias.

Lelio fue enviado a Roma con cartas para el senado anunciándole la toma de Cartagena. Como testimonio de la conquista llevó éste en sus naves al gobernador Magón con algunos consejeros y senadores cartagineses. Hecho esto, y dejada la suficiente guarnición en Cartagena, volvióse a invernar en Tarragona.

La política de Escipión le atrajo, como era de esperar, la amistad y afecto de los pueblos y de los caudillos españoles. Además de Edesco o Edecon, varón muy principal entre ellos, pusiéronse a su devoción aquellos dos famosos régulos Indíbil y Mandonio, que le debían la restitución de sus familias. Admitiólos Escipión a su gracia, sin tener en cuenta su anterior enemistad, ni la parte que uno de ellos tuvo en la derrota y en la muerte de su padre. A tal punto rayaba o la política o la magnanimidad del vencedor romano.

Todavía el infatigable Asdrúbal tentó vengar el infortunio de Cartagena, y salió de nuevo a campaña. Fuele Escipión al encuentro, llevando consigo a Lelio, que ya era vuelto de Roma, y al español Indíbil que le guiaba. Halló al cartaginés cerca de Bécula, no lejos de Castulon. Allí también vencieron las águilas romanas; allí también se vio la política de Escipión. Los prisioneros cartagineses fueron vendidos como esclavos; los españoles enviados libres y sin rescate. Entre los africanos destinados a la venta llamó su atención un joven númida, cuyo garbo y gentileza le distinguían de los demás esclavos. Supo que era sobrino de Masinisa, y nieto del rey Gala. Mandó Escipión que fuese tratado como un príncipe, y llamándole luego a su tienda y dándole un anillo de oro, un traje militar español y un caballo ricamente enjaezado, le envió con buena escolta de caballería a los reales de Masinisa. Galante generosidad que Masinisa no olvido jamás (209).

Habido consejo entre los generales cartagineses después de la derrota de Bécula, acordaron que Magón pasara a Mallorca a reclutar honderos, que Masinisa con la caballería ligera molestara

57 *Ætate et forma florentes.*
58 Liv. cap. 37.

los pueblos confederados de Roma, y que Asdrúbal Barcino, recogiendo cuanta gente pudiese en la Bética y en la Lusitania, realizara el antiguo y tantas veces frustrado proyecto de pasar a Italia en ayuda de Aníbal. Esta vez logró dar cima al designio en que con tanto ahínco se había empeñado el senado cartaginés, el cual supo con regocijo que Asdrúbal, siguiendo el mismo camino que diez años antes había llevado su hermano Aníbal, había salvado los Pirineos, la Galia y los Alpes, y se hallaba en Italia (208); para mal suyo, como habremos de ver en la breve noticia que daremos de aquella famosa campaña, una de las más memorables de la antigüedad.

En España quedaban ya las costas del Mediterráneo y la parte Oriental de la Bética bajo la dominación romana. Sin embargo, mientras Escipión en Tarragona se dedicaba a arreglar el gobierno de la provincia, vino de Cartago Hannon en reemplazo de Asdrúbal Barcino, acompañado de Magón, el que había ido en busca de honderos baleares[59]. Metiéronse juntos por la Celtiberia con intento de hacer levas de gentes; pero a estos los venció Silano, lugar-teniente de Escipión, cayendo en su poder el mismo Hannon recien venido (207). Lucio, hermano de Escipión, se encargó de rendir a Oringis (Jaén), que tomó por asalto, después de lo cual fue enviado a Roma, llevándose consigo al prisionero Hannon y a trescientos cautivos nobles, según costumbre de los romanos.

Dos solos generales cartagineses quedaban ya en España, Asdrúbal Gisgon y Magón, reducidos a las últimas partes de la Bética, donde era más antiguo su dominio. Allí fue a buscarlos el mismo Escipión, y empeñado un recio combate entre Córdoba y Sevilla, obligó a Asdrúbal a guarecerse en Cádiz con los desbaratados restos de su ejército, de noche y por fragosos cerros y ásperas veredas. Ya no quedaba a los cartagineses más que Cádiz y algunas ciudades vecinas. Mantúvose observándolas Silano (206).

Acercábase a su término la dominación cartaginesa en España. El mismo Masinisa resolvió abandonar el partido de Cartago, y después de concertar secretamente con Escipión y Silano la manera de ejecutar aquel pensamiento, volvióse a Cádiz para mejor disimular y encubrir el designio. Pudo mover al terrible númida a obrar de este modo el ver cuán de caída iban las cosas de su patria, y pudo también Escipión ganar con su política el ánimo de un príncipe que le había visto portarse tan generosamente con su propio sobrino[60].

Revolvia ya Escipión y traia en su cabeza la idea atrevida de apoderarse de la misma Cartago. Con este propósito partióse para África al intento de atraerse al viejo rey númida Siphax. Conseguido esto, regresó a Cartagena satisfecho de haber suscitado a los cartagineses un embarazo en su propio país.

A su vuelta se propuso castigar el agravio que las dos ciudades Illiturgo y Castulon habían hecho a los romanos. Encomendó a Marcío el escarmiento de Castulon; tomó sobre sí el de Illiturgo. Defendiéronse brava y heróicamente los de esta última ciudad viendo que no podían evitar el suplicio, pero tomáronla los romanos por asalto. Si horrible había sido el crimen y grande la deslealtad, grande y horrible fue también la expiación. Todos sus moradores sin distinción de sexo ni edad, hasta los niños de pecho fueron pasados a cuchillo; sus edificios incendiados; no quedó piedra sobre piedra; sembróse de sal el sitio en que habían estado las murallas. Negra mancha que echó Escipión a la fama de generoso y templado que antes tenía. Difícilmente los más moderados guerreros dejan de empañar el lustre de sus glorias con algún acto de inhumanidad y de fiereza. Parece llevarlo consigo el ejercicio de las armas y el hábito de derramar sangre. Castulon fue con menos dureza tratada, acaso porque había sido menos culpable[61].

Volvió Escipión a Cartagena, donde quiso dar un ejemplo de piedad filial honrando los manes de su padre y de su tío con magníficos funerales. Asistieron a estas fiestas fúnebres los principales jefes españoles, y aprovechó aquella reunión el romano para afianzar más su amistad y tomar mayor

59 Esta identidad de nombres, tantos Hannon, tantos Magón, y tantos Asdrúbal, como asimismo la pluralidad de Escipiones, pueden fácilmente producir confusion no poniendo cuidado en distinguirlos, y dan a estas guerras cierta monotonía que el historiador no puede remediar.

60 «Acordó, dice el gravísimo Mariana, de moverse al movimiento de la fortuna y bailar al son que ella le hacia.» Lib. II. c. 22.

61 App. de Bell. Hisp.—Tit. Liv. lib. XXVIII.

ascendiente sobre los indígenas[62].

Entretanto el intrépido Marcio iba subyugando el resto de las ciudades de la Bética. Sólo Astapa (cerca de donde hoy está Estepa), recelando le estuviese reservado un castigo semejante al de Illiturgo por haber muchas veces maltratado los pueblos aliados de Roma, resolvió antes que rendirse perecer a ejemplo de Sagunto, y así lo cumplió. Sitiada por Marcio, y después de haber hecho esfuerzos desesperados de valor, determinaron sus habitantes morir todos antes que rendirse. También como los de Sagunto levantaron en la plaza pública una inmensa pira, y reuniendo sus mujeres, sus hijos, y todos sus efectos y alhajas, dieron orden a cincuenta jóvenes de los más determinados y resueltos para que en el caso de penetrar en la ciudad las cohortes romanas degollaran sus familias y aplicaran fuego a la leña. Ellos salieron como los saguntinos a atacar los atrincheramientos romanos; dejólos Marcio avanzar hasta tenerlos completamente envueltos; ciegos ellos de ardor, no ven el peligro, y perecen clavados por las lanzas romanas. Dirígense luego los vencedores a la ciudad... cadáveres sólo y cenizas encontraron en ella. Lo que Sagunto había hecho por no someterse al yugo de Cartago lo repitió Astapa por no doblarse al yugo de Roma. Sólo en España se vieron estos ejemplos de rudo heroísmo. ¿Por qué Astapa ha sido menos ensalzada que Sagunto? ¿Será porque la ciudad fuese de menos importancia, o porque los historiadores han sido romanos y no cartagineses?

Reducidos estaban ya los cartagineses al solo recinto de Cádiz. No faltó quien de esta ciudad saliera secretamente a ofrecer a Escipión la entrega de la plaza. Pero descubierta o traslucida la trama por el gobernador Magón, redobló la vigilancia y las guardias, y arrestados los jefes de la conspiración determinó trasportarlos a Cartago en una flota a las órdenes de Adherbal. Esta flota fue en su mayor parte destruida por la escuadra de Lelio, que en las aguas de Algeciras la aguardaba. Salvóse no obstante Adherbal en su galera. Lelio y Marcio, desesperando de poder tomar por entonces una ciudad tan defendida y vigilada, volviéronse con la flota y el ejército a Cartagena.

Faltó poco todavía para que un inopinado incidente diera al traste con todo el poder romano en España. Acometió a Escipión una enfermedad grave, y se difundió la voz de que había muerto. Los dos hermanos españoles Indíbil y Mandonio, que se habían unido a los romanos, no tanto acaso por gratitud a Escipión, como con la esperanza de expulsar con su ayuda a los cartagineses, creyendo en la muerte del caudillo romano, mudaron otra vez de partido y levantáronse en armas de nuevo. Sobre unos ocho mil romanos que acampaban a las márgenes del Ebro, creyendo también muerto a su general, amotináronse so pretexto de faltarles las pagas, y deponiendo a sus jefes y nombrando en su lugar a simples soldados, encamináronse a Cartagena y llegaron hasta las orillas del Júcar. Pero Escipión no había muerto; hallábase por el contrario restablecido ya a aquella sazón; y con su consumada prudencia dejó avanzar los rebeldes, los esperó y los hizo envolver por todo su ejército: mas no queriendo destruirlos ni diezmarlos, temiendo también la vecindad de Indíbil y Mandonio, les habla, les persuade, les ofrece que les pagará de los tesoros mismos de los dos españoles, a quienes juntos van a batir, los reduce a la obediencia, y por satisfacer a la disciplina militar castiga un corto número de los sublevados.

Indíbil y Mandonio, noticiosos de esta novedad, repasan el Ebro en retirada. Escipión los persigue, los acosa, los bate y los destruye. Convencidos estos españoles de la imposibilidad de luchar contra el ascendiente de Escipión, imploran su clemencia, y disculpando su ligereza demandan humildemente perdón para ellos y para sus conciudadanos. El romano vuelve a mostrarse generoso, y después de reprenderles y afearles su perfidia, les otorga el perdón, y les deja sus armas

62 En estas fiestas se vio por primera vez en España (o por lo menos es el primer caso que hallamos consignado en la historia) dirimirse una cuestión de derecho por medio del duelo o combate personal. Dos ricos españoles, Corbis y Orsúa, o hermanos o primos, se disputaban el derecho al señorío de la ciudad de Iba, cuya situación hoy se ignora. Acordaron los dos contendientes terminar su querella por la vía de las armas en singular combate. Quiso el mismo Escipión intervenir en el negocio y reconciliarlos. Aceptó su mediación Corbis; no así Orsúa, que se obstinó en llevar adelante el duelo: cara le salió su obstinación, pues aceptado por Corbis v batidos los dos campeones pereció Orsúa en la demanda, quedando su victorioso rival dueño y señor de Iba. Antiguo ejemplo de los famosos juicios de Dios, tan comunes después en la edad media. Liv. lib. XXVIII.

y sus estados, condenándolos solo a una fuerte contribución para el pago de sus tropas. Si artera y fingida fue la sumisión, no fue menos política la indulgencia. Pero conveníale a Escipión dejar allí restablecida la paz, bien que fuese aparente, porque le urgía arrojar a los cartagineses de Cádiz.

Había vuelto de África Masinisa con un refuerzo de caballos númidas, como para socorrer a los suyos, pero ya hemos visto cuán inclinado estaba a hacer causa con los romanos. Escipión se había acercado también a Cádiz, y entonces fue cuando los dos caudillos celebraron la entrevista en que se pactó la amistad que había de durar toda la vida, y se concertó la entrega de la plaza.

Pero Magón mismo ya no pensaba en defenderla. E1 senado cartaginés había resuelto al fin abandonar la España, y con aquellas tropas tentar el último esfuerzo en Italia. Magón recibió orden de partir. Preparóse a ello arrebañando cuanto oro y plata pudo, así del tesoro como de los particulares, sin respetar los templos de los dioses, que despojó también. Embarcóse en seguida, dejando a Masinisa con sus númidas en Cádiz. Tomó rumbo hacia Cartagena, y acercóse a su antigua metrópoli por si podía sorprenderla, pero rechazado vigorosamente por la guarnición romana, dio la vuelta hacia Cádiz, cuyas puertas halló cerradas ya, y abolida la autoridad de Cartago. Abordó entonces con su flota al pequeño puerto de Ambis, desde donde envió diputados a la plaza quejándose de aquella novedad; y como manifestase deseos de hablar con los magistrados acudieron estos cándidamente donde Magón estaba, el cual tan luego como los tuvo en su poder los hizo azotar y dar muerte de cruz. Así se despidieron de España los últimos cartagineses. Con una felonía se habían apoderado de Cádiz, y con un acto de traición le hicieron la última despedida (205).

Hízose de allí Magón a la vela para las Baleares. Tentó un desembarco en Mallorca, pero los honderos mallorquines le recibieron con una lluvia de piedras, que mal de su grado le obligaron a retirarse. Mejor recibido en la menor de aquellas islas, o por lo menos sin hallar la misma resistencia, detúvose a invernar en un puerto que de su nombre se llamó Portus Magonis, después Puerto Mahon.

Quedaron, pues, los cartagineses expulsados de España, después de catorce años de porfiadas y sangrientas luchas, y al quinto de haberse encargado Escipión de la guerra y del gobierno de la Península[63]. Cádiz, la primera colonia fenicia, y la última ciudad cartaginesa, pasó a ser ciudad romana.

63 Liv.lib. XXVIII. cap. 48 y 19.

CAPÍTULO VI.
CAÍDA DE CARTAGO.

Campañas de Aníbal en Italia.—Constancia de los romanos.—Primer triunfo del cónsul Marcelo sobre Aníbal.—Llega Asdrúbal a Italia. —Es derrotado v muerto en el Metauro, y su cabeza arrojada al campamento de Aníbal —Sentidos lamentos y lúgubres vaticinios de éste.—Pasa Escipión de España a Roma.—Sus designios.—Oposición que encuentra en el senado.—Pasa a Sicilia y desde allí a África.— Pérfida estratagema que emplea para derrotar a Siphax. —Aníbal es llamado de Italia en socorro de Cartago.—Acude.—Entrevista de Aníbal y Escipión.—Famosa batalla de Zama.—Triunfa Escipión y sucumbe Cartago.

Aunque los sucesos que vamos a referir en este capítulo acontecieron fuera del territorio de nuestra Península, influyeron grandemente en los destinos de España. Trátase además de la suerte que cupo a dos de los más famosos capitanes de la antigüedad, que ambos habían inaugurado la carrera de sus glorias en los campos españoles. Trátase de dos guerreros insignes, que en nombre de las dos más poderosas y más enemigas repúblicas se disputaban el imperio del mundo. Trátase del final término que tuvieron las memorables luchas entre romanos y cartagineses: luchas sostenidas con soldados españoles, que peleaban fuera de su patria en contrarias filas, y que solian decidir el éxito de las batallas en provecho ajeno. Trátase, en fin, de la caída de una república que enseñoreó siglos enteros los mares, y estuvo a punto de sujetar la Italia y la España al dominio africano.

Dejamos a Aníbal invernando en Capua después del memorable triunfo de Cannas. Se ha hecho un cargo a aquel ilustre guerrero de no haber marchado derechamente sobre Roma, pero acaso en nada anduvo más prudente el africano que en no empeñarse en la conquista de la ciudad eterna. Tal vez se han exagerado también los daños que en la disciplina y en la moralidad de su ejército causaron las ponderadas delicias de Capua: puesto que se vio todavía a este mismo ejército, no muy numeroso, sostenerse por espacio de muchos años en país enemigo, pelear con vigor, mantener en respeto a Roma en medio de todo género de dificultades. Lo peor que tuvo Aníbal contra sí fue la constancia romana, aquella constancia heroica que desplegaron los romanos pasadas las impresiones del primer aturdimiento. Todos, hasta los esclavos, se alistaban voluntariamente en las banderas de la patria: todos los ciudadanos derramaban espontáneamente su dinero en las arcas públicas: las naciones vecinas le prodigaban recursos y soldados. De tal modo se recobró Roma del susto de Cannas, que cuando se puso en venta el terreno sobre que acampaba Aníbal, se presentaron tantos compradores como si la Italia se hallara limpia de enemigos; y cuando se trató del rescate de prisioneros, Roma contestó con arrogancia, que no le hacían falta soldados que se dejaban coger vivos, y tuvo la audacia de intimar a Aníbal que saliera aquella noche del territorio romano. Todo esto era propio de una república que cuando uno de sus cónsules volvía derrotado y vencido, le daba todavía las gracias por haber llenado su deber y no haber desconfiado de la salud de la patria.

Tuvieron los romanos la fortuna de apoderarse de Siracusa[64] de donde sacaron inmensas riquezas, y redujeron toda la Sicilia a simple provincia romana. Llamó entonces Roma al cónsul Marcelo, conquistador de Siracusa, para oponerle a Aníbal, el vencedor de Cannas. Avanzaron los romanos contra Capua, y Marcelo tuvo la gloria de ser el primer vencedor de Aníbal, el cual después de haber hecho prodigios de valor, hizo una maravillosa retirada hacia la Lucania.

Fue, pues, perdiendo Aníbal a Capua, Tarento, y la mayor parte de las plazas de la Apulia, donde luchó por espacio de tres años. No le quedaba ya más esperanza que el ejército que su hermano Asdrúbal capitaneaba en España. Ya hemos visto como los Escipiones frustraban con sus triunfos en España las tentativas de Asdrúbal para pasar a Italia en ayuda y socorro de su hermano.

Al fin, cuando Aníbal llevaba ya diez años combatiendo en Italia, logró Asdrúbal trasponer los

64 En 213. Entonces fue cuando el grande Arquimedes, absorto en sus meditaciones geométricas, sin apercibirse del tumulto de la soldadesca romana que incendiaba y saqueaba la ciudad tomada por asalto, fue muerto por un soldado. El cónsul Marcelo, que había dado orden expresa para que se respetara su casa, sintió vivamente su muerte, y queriendo repararla en lo posible, colmó a sus parientes de beneficios, y mandó erigirle una tumba en que se esculpió una esfera inscrita en un cilindro.

Pirineos y los Alpes (208), como en el capítulo anterior dejamos referido. Envió tras él el grande Escipión una gruesa armada, con dinero, municiones y víveres, y muchos miles de guerreros españoles. Españoles eran también los soldados en quienes más fiaban los cartagineses.

Contra Asdrúbal envió Roma al cónsul Livio Salinator al Norte, contra Aníbal al cónsul Claudio Nerón a la Lucania. Grande era la ansiedad del pueblo y del senado romano. Asdrúbal, digno hermano del mayor genio militar dela antigüedad, y a quien llama Diodoro el mas grande después de Aníbal, avanzaba hacia Ancona arrojando delante de sí al pretor Porcio, a la cabeza de cincuenta mil lusitanos y de algunos veteranos de la Galia. Reúnense a Livio los españoles que enviaba Escipión. Ambos temen los resultados de una batalla decisiva: porque si triunfa Asdrúbal, sucumbe Roma; si Asdrúbal es vencido, Cartago tiene que renunciar a Italia.

Entretanto Claudio Nerón, mas afortunado en Italia que lo había sido en España[65], había logrado un triunfo sobre Aníbal en la extremidad de la Lucania, cerca de Tarento. Allí le fueron enviados unos pliegos sorprendidos a un correo que a Aníbal había despachado su hermano Asdrúbal, en que le revelaba todos sus planes y pensamientos de campaña.

Admiremos aquí el patriotismo de los romanos de aquella era. Aquel mismo Nerón, que era enemigo mortal de Livio, olvidando sus particulares odios y atendiendo sólo al bien de la república, vuela en socorro de su colega con siete mil soldados escogidos. Vuela, decimos, porque separaban cien leguas los dos campos, y bastaron siete días a sus tropas para salvar tan enorme distancia. Tan a las calladas lo hicieron, que ni Aníbal advirtió al pronto su salida, ni Asdrúbal notó su llegada. Incorporados los dos cónsules, aquellos cónsules que tanto se aborrecian, púsose Nerón a las órdenes de Livio para combatir al enemigo común. Pensamiento atrevido el de Claudio Nerón, y abnegación admirable, que le dieron a un tiempo gran reputación de civismo y de capacidad.

Presentan al siguiente día la batalla. Sorprendido Asdrúbal de hallar a los cónsules reunidos, sospecha si su hermano habrá muerto, o recela por lo menos que haya sido derrotado. Bajo el influjo de estos tristes presentimientos, iguales a los que años antes había hecho él concebir en España a Cneo Escipión respecto de su hermano Publio, esquiva el combate y emprende de noche la retirada. A las pocas horas de marcha los guías le abandonan, y el ejército se fatiga en idas y venidas por las márgenes del Metauro, buscando un vado que le es imposible hallar. El retraso da lugar a la llegada de los cónsules, y Asdrúbal se ve forzado a aceptar la batalla. Rudo fue el choque entre las tropas escogidas de los romanos y la legión de España. Desbándansele a Asdrúbal los ligurios, pero nada basta a hacer cejar a los soldados españoles, que firmes en sus puestos prefieren morir a retroceder un solo palmo. Tanta bizarría no sirvió sino para inmortalizar el nombre español[66]. Sucumbieron al número, y fueron degollados como el mismo Asdrúbal, que no queriendo sobrevivir a la derrota buscó la muerte, vendiendo cara su vida, en las lanzas enemigas (207).

La batalla del Metauro fue para Roma lo que para Cartago había sido la de Cannas. Costó cincuenta mil hombres a los vencidos, veinte mil a los vencedores. Puede decirse que aquel día, en un rincón de Italia, se decidió que España seria una conquista de los romanos.

Empañó allí Nerón sus glorias con un hecho indigno de su nombre. Con bárbara inhumanidad hizo cortar la cabeza de Asdrúbal; y no contento con esto, mandó trasportarla a la otra extremidad de Italia y arrojarla en el campamento de Aníbal; de Aníbal, que mucho tiempo antes había honrado con magníficas exequias el cadáver del cónsul Sempronio. A su vista el general cartaginés, enternecido y consternado exclamó: *«¡Perdiendo a Asdrúbal he perdido yo toda mi felicidad y Cartago toda su esperanza!»*[67] Con razón temía, pues ya no pudo Aníbal hacer otra cosa que

65 Véase el final del cap. IV.

66 Tito Livio, el más interesado en acrecentar las glorias de las armas romanas, encarece y tributa mil elogios al valor de los españoles en ésta como en otras batallas.

67 Horacio en una de sus más bellas odas expresó la aflicción de Aníbal con estas sentidas palabras:

Cartagini jam non ego nuutios
mittam superbos: ¡occidit, occidit
spes omnis et fortuna nostri
nominis, Asdrubale interempto!

mantenerse a la defensiva, si bien todavía se sostuvo cuatro años en la Calabria contra todo el poder de Roma por la sola fuerza de su genio y del valor que supo inspirar a sus tropas.

Cuando Escipión acabó de expulsar de España a los cartagineses, pasó a Roma a dar gracias por sus triunfos a los dioses del Capitolio, con intención al propio tiempo de preparar sus ulteriores planes sobre Cartago. Por las leyes romanas ningún ciudadano podía gozar los honores del triunfo antes de haber obtenido el consulado. Pero no necesitaba su gloria de aquella vana solemnidad. Hizo su entrada precedido de los carros en que conducía el oro y la plata que había llevado de España, con muchos objetos preciosos, como muestra de la riqueza natural del país que acababa de conquistar. Vistió luego la túnica de candidato al consulado, y no tardó en ser proclamado cónsul por una mayoría no vista hasta entonces en la república. Era su gran pensamiento político llevar la guerra al África y destruir de una vez a Cartago. Acogió el pueblo con entusiasmo aquella grande idea; no así el senado, donde tenia muchos y envidiosos rivales, que se opusieron a aquel intento por los órganos de Fabio y de Catón. Pero al fin se adoptó el medio de darle la Sicilia con facultad de pasar a África, si circunstancias imperiosas así lo exigiesen. Escaso ejército le facilitó la república, pero todo lo suplió el ardor de los ciudadanos. A poco tiempo reunió Escipión en Sicilia un armamento formidable, con el cual desembarcó en África llenando de espanto a Cartago, que desde los tiempos de Régulo no se había visto amenazada por tan poderoso enemigo.

Contaba allí con la alianza de Masinisa y de Siphax: el primero no le faltó; pero el viejo rey númida le había hecho defección pasándose otra vez a los cartagineses. Escipión determinó castigar aquella deslealtad con una perfidia, que no porque el númida la mereciera dejó de ser indigna del romano. Mientras andaba en tratos con Siphax y le entretenía con negociaciones, invadió una noche de improviso su campamento, y poniendo fuego a las tiendas en que dormían los soldados, hizo perecer con el fuego y con la espada a cuarenta mil africanos. Quiso disfrazar la alevosía atribuyéndola a inspiración de los dioses, y ofreció sacrificios a Vulcano: pero quedaron la historia y la posteridad para condenarla.

De todos modos Cartago se vio en la precisión de llamar a su seno a Aníbal, que aunque debilitado, todavía permanecía en Italia teniendo en respeto a Roma. ¡Cuán sensible debía ser al cartaginés renunciar al bello país que había recorrido por espacio de diez y seis años, y en que había ganado tantas glorias! Pero reconocía la justicia con que le reclamaba su patria, y no vaciló en volar en su socorro, no sin devastarlo todo a su tránsito y sin ejecutar sangrientas violencias. Iba pues a pelear un Aníbal con otro Aníbal, un Escipión con otro Escipión: el genio de Cartago con el genio de Roma. Aníbal llega a África: los dos insignes guerreros se ven, se acercan entablan pláticas. Bajo el pabellón de una tienda de campaña se tratan los destinos del mundo. Resultó de la entrevista el convencimiento de que una de las dos repúblicas tenia que dejar de existir, y se encomendó de nuevo la decisión a la suerte de los armas.

Diose entonces la famosa batalla de Zama en que por fin el genio del grande Aníbal sucumbió ante el genio del grande Escipión, y Cartago quedó humillada. Escipión hizo el mayor elogio de su rival, diciendo muchas veces que envidiaba la capacidad del vencido.

Duras fueron las condiciones de paz que el vencedor impuso a Cartago. La república vencida renunciaba a sus posesiones de fuera de África; daba en rehenes cincuenta principales señores de la ciudad escogidos por Escipión; se obligaba a pagar a Roma diez mil talentos de plata en cincuenta plazos, y lo que era más sensible, entregaba sus naves; de quinientas a setecientas fueron quemadas delante de la ciudad, y Cartago pasó por la humillación y desconsuelo de ver arder aquellas naves con que no había sabido impedir el desembarco de Escipión: comprometíase Cartago a no emprender ninguna guerra sin el beneplácito de Roma, y a volver a Masinisa todo lo que habían poseído sus mayores y a darle cíen rehenes. A todo esto accedió aquella república que con su poder había asustado al mundo. Así sucumbió Cartago.

Escipión volvió a Roma henchido de gloria y de riquezas. Delante de su carro triunfal llevaba

«Ya no enviaré soberbios nuncios a Cartago: ¡se acabó, se acábó, muerto Asdrúbal, toda la esperanza, toda la fortuna de nuestro nombre!»

al rey Siphax cargado de cadenas, pero el viejo númida murió antes de entrar en la ciudad. Todos los honores de que podía Roma disponer se prodigaron al vencedor, que recibió el sobrenombre de *el Africano*. Fue nombrado nuevamente cónsul, y después censor. Celebráronse magníficas fiestas, y se decretó dar una yugada de tierra a los soldados por cada año que hablan hecho la guerra en África o en España[68].

68 Creemos que el lector no llevará a enojo que le informemos brevemente de la ulterior suerte que cupo a estos dos grandes hombres, Escipión y Aníbal, que ya no volveran a figurar mas en los asuntos de España. Su historia encierra grandes lecciones para la humanidad.

Hemos indicado en el texto que Escipión tenia en el senado muchos envidiosos de sus glorias: achaque de todos los grandes hombres. Estas envidias fueron dando su fruto. Después de los triunfos de España y África que acabamos de referir; después de haber contribuido a mantener a Filipo, rey de Macedonia, y a Prusias, rey de Bitinia, en la alianza de Roma; después de haberle sido debida la victoria que su hermano Lucio ganó en Magnesia contra Antíoco, rey de Siria; después de hecha con este rey una paz que aprobó el senado, a su regreso a Roma le esperaban ya acusaciones en lugar de honores. El austero, el duro Catón, su principal enemigo, le hizo llamar a la barra del pueblo, Compareció Escipión y dijo: «Romanos, hoy mismo hace años que gané en África una brillante víctoria contra el enemigo mas terrible de la república. Hoy soy llamado a responder a los cargos de un proceso. Desde aquí voy al Capitolio a dar las gracias a Júpiter de que me haya proporcionado tantas ocasiones de servir gloriosamente a mi patria. Seguidme, romanos, y acompañadme a pedir a los dioses que os den jefes que se me parezcan. Bien puedo usar este lenguaje, porque si es cierto que vuestras dístinciones se han anticipado a mis años, también lo es que mis servicios han ido delante de mis recompensas.» El pueblo se levantó y le siguió entusiasmado: los tribunos acusadores se quedaron solos.

En otra ocasión calumniaba el mismo Catón su conducta con el rey Antíoco, y en pleno senado le pedia cuentas de los gastos de las negociaciones. «Las cuentas, exclamó Escipión enseñando sus libros, aquí están: están corrientes y claras: pero no me haréis la injuria, ni os la haréis a vos mismo de exigirmelas.» El senado pasó a otro asunto.

Ni aún su valor estuvo exento de las insinuaciones pérfidas de sus enemigos. Decíanle que no sabia ser soldado. «Cierto, respondía Escipión, pero he sabido siempre ser capitán.»

Parece que para ponerse a salvo de los tiros de la envidia, hubo de retirarse a una modesta alquería, donde pasó el resto de su vida dedicado a los cuidados de la agricultura como otro Cincinato, y a los estudios de la literatura griega a que había tenido afición desde su más tierna edad. Grande debió ser la ingratitud de Roma cuando en un momento de despecho le obligó a exclamar: «Ingrata patria, no poseerás ni aún mis huesos: ingrata patria, ne ossa quidem mea habebis.» Era un castigo para Roma privarla de las cenizas de un grande hombre. Murió Escipión en el mismo año que Aníbal, el 572 de Roma.

No le estuvo reservada a Aníbal mejor suerte. Al principio siguió dominando en Cartago, llegó a la suprema magistratura, e introdujo algunos cambios en el gobierno de la ya pequeña y desarmada república. Pero no permitiéndole su genio dejar de suscitar enemigos a Roma, se concertó para ello con el rey Antíoco de Siria. Noticioso el senado romano, se quejó al cartaginés, y temiendo Aníbal ser entregado por sus propios compatricios, huyó secretamente a Siria, donde tomó una parta activa en la guerra de aquel rey con los romanos. Encontráronse Escipión y Aníbal en la corte de aquel príncipe. En una de sus entrevistas le preguntó Escipión: «¿Quien os parece el mayor de los generales que ha habido en el mundo?—Alejandro, respondió Aníbal.—¿Y después de Alejandro?—Pirro, rey de Epiro.—¿Y el tercero?—El tercero yo, respondió Aníbal con arrogancia.—¿Y qué diriais «si me hubiérais vencido?—Entonces, contestó Aníbal, me contaria yo el primero de todos.»

Como una de las condiciones de la paz con Antíoco fuese la entrega de Aníbal como promovedor de la guerra, tuvo que fugarse igualmente de Siria, y buscar un asilo en Bitinia, a cuyo rey prestó también importantes servicios contra los aliados de Roma. Hasta allí le persiguió el odio de los romanos, y temiendo por la seguridad de su persona intentó escaparse: pero el rey Prusias le tenia bien custodiado, y entonces aquel grande hombre, desesperando de poder librarse del hado cruel que le perseguía, tomó un tósigo que llevaba siempre consigo, y murió a la edad de sesenta años.

Tal fue el fin de aquellos dos ilustres rivales, de quienes dependieron los destinos de sus respectivas repúblicas, y que tanta influencia ejercieron en el de lodo el antiguo mundo.

CAPÍTULO VII.
FISONOMÍA DE LA ESPAÑA PRIMITIVA.

Causas que influyeron en las primeras conquistas de España, y en que los españoles perdieran su independencia y su libertad.—Vanos y tardíos esfuerzos de algunos españoles por defenderlas.— Diferente conducta de los fenicios, de los cartagineses y de los romanos para con los españoles.—Gobierno y organización política de cada uno de los pueblos invasores.—Cómo influyó cada cual en la civilización de España.

«Si los íberos, dijo ya Estrabón[69] hubieran reunido sus fuerzas para defender su libertad, ni los cartagineses, ni antes que ellos los tirios, ni los celtas llamados celtíberos hubieran podido subyugar, como lo hicieron, la mayor parte de España.»

El historiador geógrafo comprendió bien la causa del éxito que tuvieron las primeras invasiones de pueblos extraños en el territorio español. Le faltó esplanarla, y lo haremos nosotros.

Habitadas estas regiones por otras tantas tribus independientes cuantas eran las diferentes comarcas en que su misma estructura geográfica las divide; pueblos todavía groseros y rústicos, regidos por distintos régulos o caudillos, sin unidad entre sí y casi sin comunicaciones; propensos al aislamiento, aunque belicosos y bravos, ¿cómo habían de oponer una resistencia compacta a extranjeros más civilizados, más disciplinados y más astutos, aún dado que los indígenas en su ruda sencillez se hubieran podido apercibir de las ocultas miras de dominación de sus huéspedes?

No nos maravilla que los primeros colonizadores, los fenicios y los griegos asiáticos, lograran establecerse sin oposición en las costas meridional y oriental del suelo ibero. Presentáronse ellos como comerciantes pacíficos e inofensivos, sin aparato bélico, tratando a los indígenas con dulzura, y no era difícil ni sorprender su buena fe con la política y la astucia, ni atraerse la admiración y el respeto de gentes toscas e incultas con el pomposo aparato de sus ceremonias religiosas, con sus objetos de comercio, no sin arte y gusto construidos, y hasta con los adornos de sus naves estudiosamente engalanadas. Lo único que hubiera podido incomodarlos hubiera sido la extracción de sus riquezas, si hubieran conocido su valor. Enseñáronsele con el tiempo y con las transacciones mercantiles los mismos colonos, y cuando los naturales comprendieron el excesivo ascendiente que con aquellas se arrogaban, tuviéronlos ya por incómodos y peligrosos huéspedes, y comenzaron las primeras protestas de independencia, en la costa oriental con los indigetes contra los focenses de Marsella, en la meridional con los turdetanos contra los fenicios de Cádiz.

Los cartagineses en su primer período condujéronse también menos como conquistadores y guerreros, aunque lo eran ya por inclinación y por sistema, que como traficantes y explotadores. No les convenía alarmar a los españoles, ni intentar entonces su conquista, sino sacar recursos de España y monopolizar el comercio marítimo para atender a las guerras que por otras partes traían. Mostrábanse amigos, ofrecían y aceptaban alianzas, y de este modo lograron establecer colonias y factorías en el litoral de la Bética, a cuyos moradores había hecho menos indomables y agrestes el largo trato con los fenicios. De allí y de las tribus vecinas reclutaban soldados que trasportaban a Sicilia, a donde iban a dar triunfos a los mismos que después los habían de sojuzgar. La imaginación de aquellos hombres ignorantes no podía alcanzar tan avanzados y encubiertos designios.

Fue menester para que los comprendieran que viniera ya Amílcar desembozadamente como conquistador. Entonces comenzó también la resistencia. Istolacio, Indortes, Orisson; la historia nos ha conservado los nombres de estos tres caudillos, los primeros que se alzaron en armas contra la dominación extranjera capitaneando a los tartesios y célticos, a los lusitanos y beliones. Nos admira lo poco que nuestros historiadores parece haber reparado en este primer grito de independencia, del cual sin embargo arranca esa cadena de resistencias y de luchas contra las dominaciones extrañas que veremos irse prolongando por espacio de más de veinte siglos en este suelo perpetuamente de invasiones trabajado. Amílcar venció a los dos primeros, pero el primer general cartaginés

---

69 Lib. III

sucumbió en el tercer combate. Asdrúbal recurre a la política, contemporiza con los españoles y solicita su amistad. Aníbal, el mas atrevido general de aquellas edades, creyó que para dominar el interior de España no tenia sino llevar a pasear por él sus legiones, pero halló en los olcadas, en los carpetanos y en los vacceos, pueblos que no querían dejarse subyugar. Los venció, porque tenia que vencer a masas irregulares e informes, mas no dejó de experimentar rudas acometidas y más impetuosos que ordenados ataques de aquellas gentes.

Viene luego el suicidio de Sagunto, cuya memoria perdurable dispensa de todo comentario al historiador.

De suponer es que hubieran probado igual resistencia los romanos, a no haberse presentado como amigos de los españoles y como vengadores de agravios que habían recibido de otro pueblo. Admirablemente cuerda y política fue la conducta de los Escipiones. Los españoles juzgaron de la intención de Roma por el comportamiento de sus generales, y se hicieron sus aliados. Mas no faltó quien penetrara ya sus ulteriores planes de dominación, y tratara de atajarlos con energía, ¿Qué fueron, y qué se propusieron Indíbil y Mandonio? Las historias romanas, como escritas por los vencedores, parece los quieren representar por boca de Escipión como *«unos ladrones, y capitanes de ladrones, que no iban sino a destruir, quemar y saquear los pueblos vecinos»*[70]; pero olvidáronse de que nos habían dejado también escritas las arengas de aquellos dos infatigables caudillos de los ilérgetes y ausetanos, en que expresamente declaraban que se levantaban a sacudir el yugo de los romanos, *«que como los griegos y los cartagineses venían a quitarles su libertad y a imponerles con palabras dulces una servidumbre vergonzosa.»* Muy fácil es a los vencedores, y más cuando son los únicos que escriben, pintar como aventureros o como bandidos a los primeros que empuñan las armas para defender la independencia de su patria.

Pero por más avisados que queramos suponer a aquellos hombres, cuando pudieron sospechar, rudos como entonces eran, las encubiertas miras de sus huéspedes, era ya tarde; habíanlos dejado engrandecerse demasiado, los ejércitos romanos plagaban ya el país, se habían captado la alianza de otros españoles, y la voz de independencia tenia que ser ahogada como lo fue. Al aislamiento y a la falta de unidad que Estrabón señaló como la causa de haber perdido su libertad los íberos, podemos agregar nosotros la de su ruda sencillez, que no les permitió sospechar sino muy tarde los disfrazados designios de los pueblos invasores.

Merece ser notado el proceder tan diferente de las dos repúblicas que se disputaban el señorío de España. Los cartagineses eran siempre los primeros a mover la guerra. Importábales poco, si les convenía, tener que violar para ello los tratados. Jamás los romanos tomaban la iniciativa. Con el mismo pensamiento de dominación, pero con más profunda política, cuidaban siempre de no aparecer los infractores de los pactos o convenios; esperaban a que otros los quebrantaran, o los ponían en la necesidad de hacerlo, para aceptar después la guerra con todas las apariencias de justicia, o como defensa propia, o como reparadores de ofensas hechas a sus aliados. Sólo así se explica la insistencia en seguir enviando embajadas al senado cartaginés, y de seguir pidiendo explicaciones aún después de consumada la catástrofe de Sagunto: así se explica la calma con que veían el sacrificio de su heroica aliada.

Distinta fue también su conducta con los españoles durante la guerra. Los cartagineses imponian gravosos tributos a los pueblos conquistados y los agobiaban con exacciones. Empleaban a los naturales como esclavos en los rudos trabajos de las minas, ramo en que los fenicios les dejaron aún mucho que explotar, y que debió suministrarles riquezas sin cuento, a juzgar por la celebridad que adquirieron los famosos *pozos de Aníbal*, de uno de los cuales nombrado Bebelo extraían diariamente, si no hay exageración en los historiadores latinos, trescientas libras de plata acendrada y pura, y el producto de las minas de la Bética era de veinte mil dracmas cada día. Los romanos, cuando les faltaban vestuarios y víveres con que cubrir y alimentar sus tropas, no los tomaban del país, los pedían a Roma, por no disgustar a los pueblos que acababan de conquistar: y agotado el tesoro de la república, acudían los ciudadanos con donativos para subvenir a las

70 Tit. Liv. Lib. XXVIII., c. 16.

necesidades del ejército de España antes que sobrecargar de impuestos a los naturales.

En sus victorias sobre los españoles señalábanse los unos por su crueldad, por su generosidad los otros. Amílcar hace crucificar e Istolacio y a Indortes, jefes de los sublevados contra los cartagineses. Escipión perdona a Mandonio y a Indíbil, cabezas de una insurrección contra los romanos. Aníbal destruye a Sagunto para conquistarla, y fortifica después su arruinado castillo para tener en él aprisionados y en rehenes los principales españoles. Los Escipiones recobran a Sagunto y conquistan a Cartagena, y dan libertad a todos los españoles, aún a los mismos que contra ellos habían peleado, y les devuelven todos sus bienes. El único acto de crueldad de Escipión fue el castigo de Illiturgo, y éste fue impuesto por una deslealtad horrible. Más tarde habían de ser los romanos tan malos señores como los cartagineses, pero entretanto deslumbraban y seducían con su estudiado proceder. Así ganaron las voluntades de los indígenas, y con su ayuda lograran expulsar a los africanos.

¿Cómo a pesar de tan diferente trato militaron todavía tantos españoles en las banderas de Cartago? Era más antigua su dominación en la parte meridional de España; españoles y cartagineses habían combatido juntos en las guerras de Sicilia, y esto naturalmente habría engendrado más conformidad de hábitos y hasta de idioma entre los dos pueblos.

De todos modos, faltóles la unidad y el concierto, y malgastaron su bravura en pelear al mando de contrarios y extraños jefes, sin conocer que se labraban de este modo con sus propias manos las cadenas que los habían de aherrojar, cualquiera que fuese el vencedor.

¿Cuáles eran las condiciones de existencia de los primeros colonizadores de España? ¿Cuál su forma de gobierno? ¿Qué fue lo que comunicaron a los indígenas?

Escasas noticias nos han conservado los historiadores acerca de la organización política de los fenicios. Sábese sólo que sus colonias constituían una especie de república federativa, y que unidas a la metrópoli en una independencia más voluntaria que forzosa, todas sus ciudades se gobernaban por magistrados que ellas mismas nombraban[71]. Su idioma era un dialecto de la lengua semítica, la de la tribu de Canaan. Pueblo eminentemente religioso, al menos en lo exterior, llevaba a todas partes su culto y sus dioses. Atribúyeseles la invención de los caracteres alfabéticos y de la ciencia del cálculo. Poseían conocimientos en mecánica y en astronomía. Guiábanse en sus viajes marítimos por la observación de las estrellas. Su principal ocupación, la navegación y el comercio de cambio. Ignoramos si los españoles tomarían algo de su organización política, como tomaron su culto, su alfabeto y muchas de sus costumbres[72].

En las colonias de los griegos focenses prevalecía, como en la de Marsella, la forma aristocrática. Cien ciudadanos nobles componían el senado, su cargo era vitalicio.

De la constitución de Cartago nos dejó Aristóteles preciosas noticias. Presidian el senado y eran los jefes del gobierno dos *suffetos*[73], elegidos de entre todos los ciudadanos por su crédito y sus riquezas. La fortuna y las riquezas eran las que principalmente conducían a la alta magistratura. Por lo mismo que los cargos eran honoríficos, sólo los ricos podían aspirar a ellos. La aristocracia que dominó en el senado hasta las guerras púnicas no era tampoco una aristocracia de nobles, sino de *optimates* o ricos. A veces una sola familia poderosa monopolizaba en sí las primeras magistraturas del estado y dominaba en todas las votaciones. Esto sucedió primero con la familia de los Magones, después con la de los Barcas o Barcinos. Durante las guerras púnicas adquirió gran preponderancia el poder popular. Había un tribunal de *ciento*, que juzgaba a los suffetos, a los generales y a todos los magistrados. Este tribunal salvó a la república de toda tentativa de trastorno[74].

Cartago, guerrera y conquistadora, tenia todas sus colonias sujetas a la metrópoli, que era su cabeza y su corazón, y el centro de su vitalidad, donde confluían las riquezas de todas; consistían estas principalmente en la agricultura y el comercio, en los productos de las minas y en los derechos

71 Al decir de Heeren era un gobierno semejante al de las ciudades hanseáticas.

72 Silio Itálico asegura que existian en su tiempo en España muchas costumbres de origen fenicio, y se detiene a notar varias de ellas.

73 En griego *jueces*: especie de reyes, que ejercían atribuciones semejantes a las de los dos cónsules de Roma.

74 Aristot. *Política*.

de aduanas. Sus impuestos eran crecidos, y los exigían con inexorable rigor. Hasta las guerras y las conquistas era un objeto mercantil para aquellos especuladores. Los soldados eran pocos; servíanse de mercenarios reclutados en todas las naciones, y sabiendo lo que costaba cada soldado griego o campanio, galo o español, calculaban el fruto de una conquista por el coste de la campaña. Así no es extraño encontrarlos codiciosos, avaros y egoístas, sin generosidad, sin compasión y sin fe; que se cuidaran poco de la santidad de los juramentos y del fiel cumplimiento de los tratados, y que la *fe púnica* adquiriera aquella celebridad que se hizo proverbial[75]. Cuando hicieron la paz con Roma después de la derrota de Zama, sufrieron con resignación las condiciones más humillantes; mas vencido el primer plazo del tributo, los senadores lloraban al entregar su dinero, y Aníbal se echó a reír demostrando cuan despreciable era para él aquel senado de mercaderes.

Dedicada Cartago exclusivamente al comercio y a la guerra, no eran las letras las que prosperaban allí. Aunque se encuentra citada en los autores antiguos alguna otra obra púnica, puede decirse que la única que se ha conservado es el *Periplo de Hannon*, o sea la relación de la expedición marítima que de orden del senado hizo este marino desde España por la costa occidental de África como unos 500 años antes de J. C. en la primera estancia de los cartagineses en la Bética, cuyo libro se colgó en el templo de Saturno de Cartago[76].

Adoraban los cartagineses, además de los dioses fenicios y libios, algunas divinidades griegas o helénicas, cuyas estatuas colocaron en el templo de Dido o Elisa, a quien tributaban culto divino. Pero hasta en las ceremonias y solemnidades religiosas predominaba la fría crueldad de aquel pueblo. Ofrecían a Moloch o Saturno sacrificios humanos en épocas fijas; a veces eran víctimas ilustres e inocentes: en una ocasión viendo al enemigo cerca de sus muros, sacrificaron, para aplacar la cólera de los dioses, cien jóvenes escogidos entre las familias más distinguidas: y hallándose Aníbal en Italia, recibió la noticia de haber sido señalado su hijo para el sacrificio anual.

Por fortuna este pueblo desapareció sin dejar rastros de su existencia. En España no dejó ni una institución ni un monumento artístico: pasó su dominación como un pálido meteoro. Sólo edificaron castillos y plazas fuertes, y los españoles aprendieron de los cartagineses a guerrear con más arte.

Los fenicios y los griegos fueron los que ejercieron más influencia intelectual y moral en las costas meridional y oriental de la Península en que se asentaron, y cuyos moradores eran ya por la benignidad misma del clima menos fieros que los del resto de España, y recibían con menos esquivez las ideas y principios civilizadores de sus huéspedes. Pero no olvidemos que estas comarcas no constituían la España entera, y que aún conquistados estos países por las armas romanas, toda la parte occidental y septentrional de la Península se mantenía independiente y libre, y sus habitantes conservaban toda la fiereza primitiva, todas las costumbres rústicas y groseras que hemos descrito en el capítulo primero de este libro.

75 Heeren, sobro el comercio y la política de los cartagineses.

76 El sabio español conde de Campomanes, habiendo proyectado escribir la historia de la marina española, compuso, como para que le sirviese de introducción, una obra titulada: *Antigüedad marítima de la república de Cartago, con el Periplo de su general Hannon traducido del griego*. Precédela un *Prólogo y Discurso literarío* sobre dicho *Periplo*. A esta obra debió el ilustre Campomanes el honor de ser admitido académico en la clase de extrangeros en la real Academia de Inscripciones y Buenas letras de París.

LIBRO SEGUNDO
ESPAÑA BAJO LA REPÚBLICA ROMANA
CAPÍTULO I
LEVÁNTANSE LOS ESPAÑOLES CONTRA LA DOMINACIÓN ROMANA
Desde 204 antes de C. hasta 150

Cambio de conducta de los romanos para con los españoles.—Levántanse de nuevo Indíbil y Mandonio.—Su muerte.—Guerra nacional. —Catón el Censor en España.—Su crueldad en la guerra.—Destruye cuatrocientos pueblos. —División de la España en Citerior y Ulterior.—Reprodúcense las insurrecciones.—Idea que se tenia en Roma de España.—Sórdida avaricia de los pretores.—Sus violencias y exacciones.—Sempronio Graco.—Su probidad y desinterés.—Estafas de Furio Philon.—Es acusado al senado por sus latrocinios.—Partido español que se forma en el senado.—Primeras concesiones políticas que obtienen los españoles.—Colonias romanas en España.— Cartoya.— Córdoba.—Causas de la prolongacion de la guerra.—Apuros del pretor Fulvio—El cónsul Marcelo.—Escipión Emiliano.— Crueldades y alevosías de Lóculo y Galba.—Matanzas horribles.— Indignación de los españoles.

Lanzados de España los cartagineses, y campando ya solas y sin rivales las águilas romanas, parecía que los españoles tenían derecho a esperar de los que se decían sus amigos y aliados, aquel tratamiento generoso, benéfico y humanitario que los Escipiones habían inaugurado durante la guerra.

Pronto se disiparon tan halagüeñas esperanzas. Aquella a que los romanos daban el suave título de alianza, o el más dulce de amistad, fuese convirtiendo luego en dominación verdadera, y los españoles se fueron penetrando de que no habían prodigado su sangre sino para resolver la cuestión de cuál de las dos repúblicas había de ser la dominadora, de que no habían peleado sino para cambiar de señores , y de que para sacudir el nuevo yugo les seria preciso emprender nuevas lides.

Fueron los primeros a conocerlo y pregonarlo aquellos dos belicosos e inquietos príncipes Indíbil y Mandonio, a quienes antes hemos visto hacer armas alternativamente contra cartagineses y romanos, unos y otros igualmente aborrecidos, porque en unos y otros veían los usurpadores de su independencia. Aprovechando estos caudillos la ausencia de Escipión, único que había sabido mantenerlos en respeto, excitaron con enérgicos discursos a los ilergetes, ausetanos y otras vecinas tribus, a tomar las armas contra los dominadores romanos , persuadiéndoles que si se uniesen para ello les seria fácil arrojar a su vez del territorio español a los soldados de Roma, y recobrar sus antiguas libertades. Mas de treinta mil hombres respondieron a la excitación de Indíbil.

Pero los procónsules Léntulo y Accidino, que después de Escipión habían quedado con el gobierno de España, acudieron con todas sus fuerzas, y se hallaron pronto en presencia de los insurrectos en los campos sedetanos. Larga y mortífera fue la batalla: incierta estuvo mucho tiempo la victoria. Desgraciadamente una saeta vino a quitar la vida a Indíbil: el suceso desalentó a los españoles; al desaliento sucedió el desorden; al desorden la fuga, y el triunfo quedó por los romanos. Aún más desgraciada suerte cupo a Mandonio. Como condición de paz hicieron publicar los procónsules que habían de entregarles vivo aquel caudillo: el terror inspiró a los españoles la flaqueza de entregarle, y Mandonio recibió una muerte cruel y afrentosa para escarmiento de los demás rebeldes[77].

Mas el espíritu de independencia había comenzado a infiltrarse en los corazones españoles, y no era fácil ya sofocarle. Así al poco tiempo los hallamos otra vez insurreccionados, y teniendo que sufrir otra derrota de parte de Lucio Cornelio Cetego, que en reemplazo de Léntulo había venido.

De diferente manera parecía llevarse la dominación romana en el Mediodía que en el Oriente y centro de la Península. Cádiz logró del senado ser declarada ciudad franca, como aliada que era y no conquistada por los romanos, cuyo acto dio a estos gran crédito en toda la Bética (197). Mas disgustados los celtíberos, levantáronse más de una vez a ejemplo de los ilergetes y sedetanos,

77 Tit. Liv. lib. XXIX., c. 2.

quedando vencedores en una ocasión, y siendo vencidos en otra.

Antes eran dos naciones extrañas, grandes ambas, poderosas y guerreras, las que se disputaban el cetro del universo en los campos españoles. Ahora comienza la España sola, después de haber malogrado la flor de su juventud en auxilio de la que quedó triunfante, a defenderse con sus propios recursos contra el inmenso poder de la orgullosa Roma. Eran al principio insurrecciones parciales, ya por la falta de unidad y de plan entre los indígenas, ya porque no en todos los pueblos pesaba igualmente la tiranía romana: pero reproducíanse unas tras otras, y revivían, apenas sosegadas, como centellas de un fuego mal apagado. De tal manera que temerosa y asustada Roma del giro que iba tomando la guerra de España, determinó enviar a ella al cónsul Marco Porcio Catón, el Censor, con dos legiones y cinco mil caballos, dándole además dos pretores, uno para la España Citerior, y otro para la Ulterior. Así habían dividido los romanos la España, siendo el Ebro el límite divisorio de las dos provincias.

El hombre célebre por la austeridad de sus costumbres procuró moralizar la administración militar que tenia irritados a los naturales de España, y se mostró tan enemigo en la guerra como lo fue en la tribuna de la rapacidad que habían ejercido en la Península sus antecesores. Pero al lado de estas virtudes como administrador, desplegó como guerrero tal crueldad y violencia, que ningún romano usó de dureza tanta ni de tan desapiadado rigor para con los vencidos. Tomó a Rosas, y fue recibido como amigo en Ampurias (196). Derrotó cerca de Ilerda por medio de una hábil maniobra un cuerpo de celtíberos. Tuvo que socorrer al pretor Manlio, que se veía hostigado por los turdetanos; que ya había penetrado también el fuego de la insurrección en la Bética. Vencieron los romanos allí; pero fuele preciso al cónsul volver a sujetar a los iacetanos, ausetanos, bargusios y otros pueblos que de nuevo se habían sublevado, no pudiendo aunque lo intentó tomar de paso a Segoncia. Sujetó aquellas gentes, y vendió los moradores de algunas ciudades como esclavos, a otros los pasaba a cuchillo. Cuéntase que en trescientos días hizo demoler hasta cuatrocientas poblaciones. Parecía animado más bien del furor del exterminio que del espíritu de conquista. La dureza de su carácter formaba verdadero contraste con la dulzura, y generosidad de Escipión. Aquietáronse, aunque por muy poco tiempo, los españoles con tan rudos castigos, y el severo Catón pasó a Roma a gozar los honores del triunfo (195).

Aquietáronse por poco tiempo, decimos, puesto que al año siguiente hallamos a Publio Escipión, pretor de la Bética, teniendo que lidiar con los lusitanos que bruscamente habían invadido aquellas tierras; a Marco Fulvio, que lo era de la Tarraconense, teniendo que partir apresuradamente a sujetar a los carpetanos, que ligados ya con los celtíberos, vacceos y vettones, habían salido a campaña con ejército numeroso. Desgraciados eran por lo común estos primeros esfuerzos de unas gentes todavía indisciplinadas, teniendo que habérselas con las legiones aguerridas de los romanos. Pero ni estos dejaban de sufrir serios descalabros, ni sus triunfos eran tan decisivos que hicieran a los españoles desmayar en su empresa, ni tolerar la opresión en sosiego y reposo. No pasaba año sin que se reprodujeran las sublevaciones, a veces tan imponentes, que en 192 quedaron en un encuentro seis mil romanos muertos sobre el campo de batalla, salvándose el resto por la fuga. Mandábalos el pretor Emilio: los vencedores eran lusitanos. Mas tarde fueron batidos estos mismos, pero otro año siguiente concertados celtíberos y lusitanos rompieron simultáneamente los unos por la Tarraconense, los otros por la Bética, en fuerza ya tan respetable que hubieron los pretores de dejarles recorrer y talar los campos, limitándose a defender las ciudades y las plazas. Ibanse sucediendo ya alternativamente los triunfos y las derrotas. Alentaban a los españoles los sucesos prósperos, y los adversos no les hacían decaer de ánimo.

En esta larga serie de luchas siempre renacientes, cuyos pormenores fuera tan fatigoso como inútil narrar, dos grandes reveses sufrieron los infatigables celtíberos; el uno en 186 a las márgenes del Tajo cerca de Toledo, en que después de haber tenido arrolladas las filas romanas con su sistema particular de ataque nombrado *cuneus*[78], fueron al fin envueltos y vencidos, merced a los desesperados esfuerzos del pretor Cayo Calpurnio: el otro en 182, no lejos tampoco de Toledo, en

78 Véase el cap. I. del lib. I.

los campos de Ebura (Talavera de la Reina), en que dieron los romanos una de las más sangrientas batallas, y en que un ardid de Quinto Fulvio Flaco convirtió en favor de las armas romanas un combate que había estado mucho tiempo indeciso. Al decir de los historiadores romanos perdieron los españoles sobre treinta mil hombres en cada una de estas batallas.

Otros que no fuesen ellos se hubieran descorazonado con tan duros reveses; y los romanos, al conseguir tan señalados triunfos, se hubieran dado ya por dueños y señores del país, si este país no fuese el de la resistencia y la perseverancia. Los romanos vencían pero no subyugaban. De tan antiguo viene a los españoles no desfallecer por los infortunios y las adversidades. No faltó quien en el senado mismo de Roma describiera al vivo el carácter de este pueblo singular.

Abogaba Minucio en favor del pretor Fulvio, que pedia su relevo de España, y que se le permitiese volverá Roma con su ejército (180). Recomendaba Minucio y ensalzaba las victorias del pretor español. Levantóse entonces Sempronio Graco, a quien se trataba de enviar en su reemplazo y dijo: *«Al oír la relación que nos hacéis de las proezas de Fulvio, no debería haber ya un solo pueblo en España que no obedeciese a los romanos. Sin embargo yo sé a qué se reducen estas conquistas, que no pasan de las comarcas vecinas a nuestros campamentos: porque hasta ahora no hemos hecho en España otra cosa que acampar. Sus más apartadas regiones aborrecen la dominación y el nombre romano. Si accedéis a la demanda de Fulvio, yo deberé ir sin ejército a encargarme del gobierno de una provincia que fuerzas muy respetables apenas han alcanzado hasta ahora a enfrenar. ¿Podré yo, decidme, con un puñado de soldados que pueda alistar en España, reprimir la energía de aquellos bárbaros, que tantas veces han rechazado y puesto en vergonzosa fuga nuestras mejores y más veteranas legiones? Romanos, ¿lo creéis vosotros así? Quiero conceder que Fulvio haya sujetado toda la Celtiberia: ¿quién me asegura que los celtíberos se darán por sometidos? ¿Pensáis que se puede esperar paz y reposo de un pueblo acostumbrado a renacer incesantemente de sus ruinas, y a levantar de nuevo el estandarte de la insurrección tantas cuantas veces es vencido? Si nuestras legiones vuelven a Italia con Fulvio, como él lo pretende, sin duda para solemnizar su triunfo, juro ante vosotros todos que iré a España, pero iré a escoger un lugar en que pueda vivir tranquilo: no penséis que he de ser tan temerario o tan insensato que vaya con escasas tropas, flojas y sin experiencia, a acometer a un enemigo aguerrido y feroz. He dicho.»*

A pesar de todo otorgósele a Fulvio volver a Roma con los veteranos que llevaban diez y seis años de servicio, y diósele a Sempronio Graco un ejército de catorce mil hombres para que pasase a España. ¡Cuán pronto vinieron los sucesos en apoyo del discurso de este romano! Cuando Fulvio se encaminaba a hacer entrega del gobierno en manos de su sucesor, esperábanle los celtíberos, otra vez armados, en lo más fragoso de un bosque por donde tenia que pasar (entre Daroca y Molina), y poco faltó para que quedaran él y los suyos en poder de aquellos que suponía subyugados. Salvóle su serenidad.

Fue este Fulvio uno de los que se señalaron más en la guerra de España por su orgulloso genio y condición altiva, y de los que con sus violencias exasperaron más los pueblos y avivaron, en vez de apagar, sus odios a la dominación romana. Llegó a Roma cargado de riquezas. Depositó en el tesoro público ciento veinticuatro coronas de oro, treinta y una libras de oro en barras, y ciento setenta y tres mil monedas de plata de Osca[79]. Poco era esto para lo que había amontonado en su caja particular. De ello destinó una pequeña parte a recompensar a los veteranos que le habían seguido; dio espectáculos públicos por espacio de diez días, y erigió un magnífico templo a la Fortuna Ecuestre.

Esto era lo que hacían todos los pretores y procónsules de España, con excepciones rarísimas. Cneo Léntulo se había llevado mil quinientas quince libras de oro, veinte mil de plata, y treinta y cuatro mil quinientas monedas del mismo metal. Lucio Sterninio recogió quinientas mil libras de plata, y a su regreso a Roma le levantaron tres arcos triunfales. El severo Catón llevó al tesoro mil cuatrocientas libras de oro, veinticinco mil de plata en barras, y ciento veinte y tres mil en monedas de lo mismo. Hízose decretar los honores del triunfo.

79 Ciudad de los bastetanos. Era célebre por sus minas, y se acuñaba en ella moneda.

Era la España un campo de explotación para los sórdidos pretores y procónsules avaros. Venían aquí pobres, y sobrábanles dos años para volver opulentos. No bastaban las ricas minas de este suelo para apagar su insaciable sed de oro; no les bastaban las exacciones y tributos; en su codicia desenfrenada empleaban también la depredación y la rapiña como medios comunes. El senado romano en otro tiempo tan virtuoso y austero, en vez de castigar a los que así se entregaban a la rapacidad y al escándalo, solía premiarlos con ovaciones, y graduaba la gloria o el talento de cada pretor por las riquezas que llevaba. Los honores triunfales se compraban a peso de oro. Escipión Nasica, que correspondiendo a la gloria de su nombre, se había conducido con pureza y desinterés, pidió dinero a Roma para proseguir la guerra de España. *«¿Pues qué,* le respondió irónicamente el senado, *se han agotado ya las minas de ese país?»* De creer es que no habría sólo tolerancia de parte del senado, sino complicidad también y participación en la presa. De tal modo se adulteran las instituciones más venerables cuando se corrompen los hombres. Así eran tan codiciadas las pretorias de España, pero así se dificultaba también su conquista, porque no era posible que sufrieran los españoles tanta impudencia y tanta inmoralidad.

Sempronio Graco se dedicó a reparar en lo posible los desmanes de sus predecesores. Condújose como guerrero con prudencia y humanidad: ganó como gobernador reputación de desinteresado y probo. Ningún pretor había penetrado tan al Norte como él: su comportamiento predispuso a muchos pueblos a aceptar su amistad; entre ellos Numancia, ciudad considerable y capital de los pelendones. No lejos de ella estaba Illurcis, a la cual hizo agrandar y fortificar, y en ella estableció sus reales y la hizo el centro de sus operaciones[80]: llamóse desde entonces Gracchuris, hoy Agreda. Prorrogó el senado por un año más la pretura del padre. de los Gracos, que a favor de su sistema blando y suave para con los pueblos de España hizo esfuerzos para comunicarles y hacerles aceptar los principios e ideas de la vida civil de los romanos, e introducir en ellos una forma de gobierno y de administración semejante a la de Roma. Pero faltóle tiempo para que su ensayo pudiera producir fruto, y el buen nombre que sus gestiones comenzaban a restituir a la república borráronle otra vez sus sucesores, que volvieron al camino de las violencias y de los excesos.

Distinguióse entre ellos el que en 175 vino de pretor a la Tarraconense. Este hombre que a su incapacidad unía la avaricia más sórdida, excedió a todos sus antecesores en las exacciones, en las estafas y en los robos. Llamábase Publio Furio Philon. Una sublevación general de los pueblos fue la consecuencia de su desatentado proceder; sublevación que alarmó a Roma, y la obligó a enviar a Appio Claudio con el título de procónsul y el encargo de apagar un fuego que se mostraba tan amenazador. Claudio logró en efecto aquietar, al menos en apariencia, a los cien veces alterados celtíberos, vencidos muchas veces y sujetos nunca.

Tantas y tan continuas insurrecciones llegaron al fin a convencer a muchos romanos de que la causa no era precisamente el espíritu turbulento de estos pueblos, sino la conducta opresora y tiránica de los pretores. En la misma Roma llegó a formarse un partido generoso en favor de los españoles oprimidos. Escipión el Africano y Catón el Censor abogaron por ellos en el senado. No fueron inútiles los esfuerzos de tan enérgicos defensores. Aboliéronse las preturas, y se confió a un procónsul o propretor el mando supremo de la Península, que lo fue entonces Lucio Canuleyo. Los pretores que habían provocado la justa cólera de los pueblos fueron procesados: una diputación de las principales ciudades de España que mas habían sufrido pasó a Roma a pedir contra los acusados: ruidoso fue el proceso; públicos y notorios eran los crímenes; pero los pretores fueron absueltos: ¡tanto pudo todavía la intriga y el oro! Aquel Furio Philon, concusionario y ladron público, contra quien además se hicieron cargos tan graves que indignaron al senado, corrompido como ya estaba, no se atrevió a comparecer; por miedo, mas que por pudor acaso, se alejó espontáneamente donde pudiera gozar el fruto de sus rapiñas (171). Otro tanto hizo Matinio, pretor que había sido en la España Ulterior[81].

---

80 *Monumentum suorum operum Gracchurim oppidum in Hispania constituit*: dice Tit. Liv.

81 Tit. Liv. lib. XLIII., c. 2

Pero no fue inútil para España la publicidad de este proceso, ni infructuosos para ella los esfuerzos de los hombres honrados de la república. Además de la abolición de las preturas, se suprimió el derecho que tenían los magistrados romanos de obligar a los españoles a venderles la veintena de todo el trigo al precio que ellos les fijaban, que siempre era tan ínfimo como se puede imaginar, y cuyo monopolio era una de las fuentes de las riquezas de aquellos explotadores. Diose también a los indígenas el derecho de fijar por sí mismos las cuotas de los impuestos. Primeras concesiones que el valor heroico de los españoles arrancó a los romanos.

Otra embajada de bien extraña naturaleza llegó por aquel tiempo de España a Roma. Del trato de los soldados romanos con las mujeres españolas, cuyos matrimonios prohibía el derecho latino, habían resultado mas de cuatro mil nacimientos. Los hijos de aquellos connubios ilegítimos solicitaron de Roma que como a hijos de romanos se les concediese una ciudad y tierras que habitar bajo la protección de las leyes de la república. El senado acogió su demanda, y concedió a los que de ellos estuviesen manumitidos la ciudad de Carteya junto al estrecho de Gibraltar. Primera colonia romana que se fundó en territorio español, y que por la clase de sus habitadores se llamó Colonia de los Libertinos[82].

El camino se había abierto; y a los dos años, bajo el gobierno de Marco Claudio Marcelo, que había sucedido a Canuleyo, se estableció en Córdoba otra segunda colonia (169), que luego se llamó Patricia, o Colonia de los Patricios; porque embellecida con todo el refinamiento del lujo y de las artes, y circundada de casas de recreo, a que la naturaleza de su terreno y de su bello clima se prestaban maravillosamente, llegó a ser residencia de los mas nobles patricios romanos.

Pero aún estaba lejana la época en que los ricos y voluptuosos romanos pudieran prometerse vivir con reposo en el fecundo suelo español. Restablecidas para mal de todos a los cuatro años las odiosas preturas, renováronse también con más furor las sublevaciones y las guerras de parte de estos indomables habitantes. Era una cadena casi no interrumpida de porfiadas luchas, por ambas partes con varia fortuna sostenidas, cuadro monótono de horrores, de ferocidad, de desolación y ruina, en que se veía de un lado un pueblo belicoso y noble, que engañado muchas veces y siempre explotado, se esforzaba por recobrar su independencia perdida, y de otra parte un pueblo obstinado en subyugarle por la fuerza, y que no obstante su superior civilización aventajaba en barbarie y ferocidad a aquellos mismos que llamaba bárbaros. Muchos españoles perecían en esta heroica contienda: Roma compraba también con la sangre de sus guerreros el oro que sacaba de España. No fatigaremos nosotros al lector con las relaciones de tantas batallas como llenan las columnas de Livio, de Apiano, de Polibio, de Floro y de otros historiadores latinos. Muchas fueron lasque ensangrentaron los campos españoles, sin que ni los romanos lograran dominar más terreno que el que con sus plantas pisaban, ni los españoles aflojaran un punto en su tenaz resistencia.

Aunque el defecto capital de los indígenas en esta lucha de independencia era el aislamiento con que cada comarca o región por sí la sostenía, viose en el año 154 formarse una gran confederación entre las naciones mas enérgicas, resueltas y fogosas, celtíberos, vacceos, arévacos y lusitanos, cuya general conjuración asustó ya a Roma, y la obligó nombrar anticipadamente cónsules para el año entrante (costumbre solo usada en los lances apretados), y a enviar a Quinto Fulvio Nobilior con treinta mil hombres de las mejores tropas de la república, y con el gobierno de las dos provincias de España. Ni el cónsul ni su refuerzo intimidaron a los españoles. Esperaronle los celtíberos en una emboscada no lejos de Numancia, y acuchillaron las legiones consulares. El intrépido caudillo español, nombrado Carus, murió gloriosamente en la pelea (153). Habiendo llegado a poco tiempo trescientos caballos númidas y diez elefantes que desde África enviaba a Fulvio aquel Masinisa, aliado tan constante de los romanos, parecióle llegado el momento de tentar otro ataque, y fiado en el poder de sus elefantes se aproximó a Numancia, donde se habían retirado los españoles. Aquí también quedó derrotado el orgulloso cónsul: hasta los elefantes se volvieron contra él desordenando sus filas. Cuatro mil romanos y tres elefantes quedaron en el campo de

82 Liv. ibid. c. 3.

batalla[83].

No conociendo Fulvio el país, recorríalo aturdido, no encontrando en él sino enemigos: desertábanse los españoles que obligados seguían sus banderas; humillábale la resistencia que encontraba en las ciudades; la de Occilis, depósito de armas y municiones de los romanos, abrazó la causa de sus compatricios; agobiábanle el frío del invierno y la falta de provisiones; esperaba socorros y no venían. En tal situación redújose a guarecerse en los atrincheramientos que había levantado a algunas millas de Numancia, donde los españoles, conocedores del terreno y diestros en la guerra de montaña, no dejaban de molestarle continuamente.

Entretanto hacíase en la Lusitania una guerra mortífera. Sosteníala con fortuna varia el pretor Munmio: por uno y otro lado solía ser horrible la matanza: en un encuentro murieron diez mil romanos; en otro sucumbió el caudillo lusitano Cessaron con muchos españoles. No se daba vagar a la pelea.

Habiendo al año siguiente (152) reemplazado a Fulvio en el gobierno de la España Citerior el cónsul Marco Claudio Marcelo, recobró a Occilis, que creemos sea Medinaceli. Dirigióse luego a Nertóbriga (hoy Ricla), cuya ciudad envió diputados al cónsul para tratar de acomodamientos. Mas rotas las condiciones de la primera negociación, y no pudiéndose concertar sobre las que de una y otra parte se exigían para la segunda, concedióles el cónsul una tregua, durante la cual pudiesen acudir al senado romano. Expusieron allí el objeto de su misión los legados de España, pero merced a las declamaciones de Fulvio, que en su humillada altivez representó como perfidias los ardides de guerra que tan funestos le habían sido en este suelo, no alcanzaron otra contestación del senado sino que a su regreso a España se les haría conocer su voluntad por conducto del cónsul. Penetraron bien los españoles, aunque rústicos, lo que aquel lenguaje significaba, y tornáronse resueltos a proseguir la guerra[84]. No sabemos cómo ni por qué enmudecería en aquella ocasión el partido español del senado.

Alzóse bandera en Roma para reclutar legiones de los que voluntariamente quisiesen alistarse para la guerra de España. Nadie se presentó a inscribir su nombre. Repugnaba la juventud romana venir a pelear con los fieros celtíberos. Como sepulcro de romanos era mirada esta tierra, y los soldados de Fulvio que acababan de volver de ella no hacían sino aumentar el pavor que ya inspiraba, contando y pregonando las fatigas y privaciones, los sustos y trabajos, los muchos peligros y reveses y el ningún reposo que ellos aquí experimentado habían con gente tan indómita y tenaz como era la de España. El mismo cónsul Lóculo, nombrado para el gobierno de esta provincia, andaba desesperado de no encontrar tribunos que quisieran seguirle. Presentóse en esto el joven Escipión Emiliano, que correspondiendo al nombre glorioso de la ilustre familia que le había adoptado[85], pidió servir en la guerra de España en cualquier puesto que al senado le pluguiese señalarle. La inesperada resolución de este joven, parecida a la que en una ocasión semejante había tomado setenta años hacía su abuelo adoptivo, produjo un cambio súbito en los ánimos de aquella desalentada juventud, que con esto se apresuró a alistarse en la legión voluntaria.

Vino, pues, el cónsul Lúculo a la España Citerior, trayendo consigo como lugar teniente a Escipión Emiliano, y el gobierno de la Ulterior se encomendó en calidad de pretor a Sergio Galba. Llegaron estos en ocasión que Marcelo había hecho paz con los numantinos, a condición de que se separasen de los titios, belos y arévacos; y en que el pretor Atilio había destruido muchas ciudades

---

83 Cuéntase que habiendo soltado Fulvio los elefantes, se precipitaron bruscamente sobre las filas de los españoles. A la vista de aquellas enormes masas vivientes, espantáronse los celtíberos y diéronse a huir. Repusieronse luego, y habiendo un soldado acertado a herir con una piedra a uno de aquellos animales guerreros, revolvió furioso contra los romanos, siguieron los demás su ejemplo, y convertidos los elefantes de Masinisa de auxiliares en enemigos, desordenaron, atropellaron e hicieron correr las legiones romanas.

84 Appian. De Bell. Hisp.

85 Era hijo de Paulo Emilio y nieto adoptivo del grande Escipión. Estábale reservada la gloria de tomar y destruir a Cartago, por lo que recibió también como su abuelo el sobrenombre de *Africano*. ¡Destino singular de aquella ciudad famosa! Un Escipión la venció, y otro Escipión la borró de sobre la haz de la tierra, dejando sólo un titulo de gloria a los dos Escipiones.

de la Lusitania.

En la historia de los dos nuevos personajes vamos a ver hasta qué punto llegó la crueldad de los gobernadores romanos, y con cuánta razón y justicia se apuró el sufrimiento de los españoles.

Penetra Lúculo apresuradamente en la Carpetania, pasa el Tajo, y pone sitio a Cauca (hoy Coca, en la provincia de Segovia), ciudad que tenia fama de rica. Esto iba buscando Lúculo, que era hombre sin fortuna, y venia ávido de hacerla. Vencedores los cauceos en un encuentro, fueron en otro deshechos y obligados a aceptar la paz. Entregados los rehenes y socorros en ella estipulados, y admitida en la ciudad guarnición romana, descansaban los sencillos habitantes tranquilos y confiados, cuando a una señal dada se arrojan sobre ellos los soldados de Lúculo; y degüellan bárbaramente a aquellos descuidados e indefensos moradores, sin perdonar edad ni sexo, dando el codicioso cónsul la última mano al horroroso cuadro con un saqueo general que ordenó, desconfiando sin duda de poder saciar de otro modo la sed de riquezas que le abrasaba. Aterrados los pueblos vecinos con tamaña crueldad y alevosía, abandonaron sus hogares y retiráronse a las ásperas sierras con sus mujeres y sus hijos, entregando antes a las llamas todo lo que no pudieran llevar a sus rústicas guaridas. La fe romana podía muy bien disputar la primacía a la fe púnica[86].

Puesto después sobre Intercacia, y requeridos sus moradores para que bajo ciertas condiciones se rindiesen, *«no,* le respondieron con dignidad; *para admitir vuestras proposiciones, sería menester que no hubiera llegado a nuestra noticia la prueba de vuestra buena fe que acabáis de dar a los de Cauca.»* Largamente se prolongó el sitio de Intercacia, sin que ni ingenios ni asaltos fueron poderosos a rendirla; sitiados y sitiadores llegaron a verse en gran necesidad y penuria; y cuando ya el extremo del hambre forzó a los cercados a capitular, aviniéronse a hacerlo sólo bajo la fe de Escipión, teniendo que devorar el cónsul en silencio dos grandes mortificaciones; la una, la de no poder recoger el botín que codiciaba y con que acaso se había ya linsonjeado; y la otra, la del menosprecio en que su palabra era tenida, no fiándose de ella los pueblos, ni queriendo pactar con él, no obstante su investidura de jefe y de cónsul[87].

Allá iba el avaro Lúculo donde calculaba que había riquezas que adquirir. Dirigióse, estimulado de este aguijón, a Pallancia (hoy Palencia), y puso cerco a la ciudad. Pero los cántabros por una parte, la caballería palentina por otro, obligaron al cónsul a levantar apresuradamente el sitio, no sin molestar su retaguardia hasta el Duero. Lúculo, pobre y avariento, desesperado de no hallar donde satisfacer su codicia, fue asolando el país por donde pasaba, y del pillaje que sus tropas ejercían y a que las excitaba él mismo, se hacia aplicar a sí la parte más pingüe. Hizo execrable su nombre, y entre las maldiciones de los pueblos, prosiguió su correría hasta la Turdetania (151).

Con no menos mostruosa crueldad y con no menor perfidia se estaba conduciendo el pretor Galba en la región lusitana. Penetrado de que con el sistema hasta entonces empleado ni las insurrecciones se apagaban ni Roma adelantaba en su conquista, fingió haber comprendido la causa de tantas inquietudes, y mostróse conmovido de la suerte de los lusitanos. Díjoles que estaba pronto a remediar sus necesidades; que les daría tierras de cultivo, donde podrían vivir tranquila y holgadamente, dedicados a las labores de la agricultura: y hablóles con tal aire de sinceridad (que él tenia más de orador que de humano), que aquellas gentes tan sencillas como fieras dieron completa fe a sus buenas palabras. Mas apenas se habían establecido en los pagos y barriadas que les señaló para entregarse a las pacíficas faenas del campo, con inaudita alevosía cayó con su gente sobre los descuidados cultivadores, y ejecutó en ellos horrible y bárbara matanza. Los que no degolló vendió por esclavos. Salváronse pocos, pero los suficientes para pregonar la traición por el país y acabar de hacer execrable el nombre romano[88]. Las consecuencias las veremos después.

86 Appian. ibid.

87 Otro caso de combate personal se cuenta haber acaecido durante el asedio de Intercacia. Refiérese que un español principal, que se señalaba por su alta talla y corpulencia, se presentaba muchas veces delante del campo enemigo, provocando a duelo a los caballeros romanos. Nadie, dicen, aceptaba el reto. Decidióse entonces Escipión Emiliano a admitir el combate, y como fuese Escipión de corta estatura y hubiese vencido al español corpulento, dejó, añaden, grandemente maravillados a romanos y españoles.

88 App. De Bell. Hisp.

¿Podria creerse lo que luego pasó en Roma con estos dos monstruos, Lúculo y Galba? Fenecido el tiempo de su gobierno, pasaron a Roma estos dos detestables personajes, tan cargados de riquezas como lo iban de infamia. Lúculo tuvo la impudencia de erigir un templo a la Felicidad. Galba fue acusado ante el senado. El severo Catón, que aunque octogenario ya, conservaba toda su antigua rigidez, acusó también al malvado pretor[89]. Pero Galba era rico, y quedó absuelto. A tal grado de corrupción había venido el senado romano.

Sin embargo, nunca eran infructuosos estos procesos públicos para España. Aún había romanos virtuosos: y a los escándalos en esta acusación descubiertos, se debió la ley que acertó a arrancar el tribuno del pueblo Calpurnio Pisón, por la cual se daba a las ciudades sujetas o aliadas de Roma el derecho de denunciar los excesos de sus magistrados, y de reclamar ante el senado la devolución de las sumas que indebida y arbitrariamente les exigiesen. Ley justa y reparadora, que algún coto puso a la rapacidad de los avaros pretores.

Veamos las consecuencias que en España produjo la alevosa y sangrienta ejecución de Galba.

89 *Caton... acusator assiduus malorum, Galbam octogenarius accusavit.* Aurel. Vict. in Cat.

CAPÍTULO II.
VIRIATO.
Desde 150 antes de J. C. a 140.

Quién era Viriato.—Lo que le movió a salir a campaña.—Elígenle por jefe los lusitanos.—Burla al pretor Vetilio.—Primer ardid de guerra. —Derrota y muerte del pretor.—Otros triunfos de Viriato.—Condúcese ya con la prudencia de un consumado general.—Vence a otros dos pretores.—El cónsul Fabio Máximo Emiliano.—Vicisitudes de la guerra.—El cónsul Metelo.—El cónsul Serviliano.—Singular táctica de Viriato.—Ofrece la paz al cónsul cuando le tenia vencido.— Paz entre Roma y Viriato.—El cónsul Cepion.—Escandalosa violación del tratado, y renovación de la guerra.—Muere Viriato traidoramente asesinado.—Carácter y virtudes de este héroe.—Sométense los lusitanos.

Entre los pocos lusitanos que habían logrado escapar de la matanza villanamente ordenada por el pretor Galba, hallábase un hombre de complexión recia, de corazón grande, y de un alma tan elevada cuanto era su condición humilde, por que había sido pastor de oficio. Este hombre se llamaba Viriato.

Habíanse derramado por el país él y los demás que milagrosamente salvaron la vida, pregonando la infame traición de que habían sido víctimas tantos millares de compañeros suyos, y excitando a un levantamiento general para tomar venganza, no ya del pretor aleve, que pronto se marchó a Roma, sino de la aborrecida tiranía romana. Sus acentos hallaron eco en el país, y no tardaron en reunirse hasta diez mil lusitanos, poseídos todos del mismo espíritu de indignación, todos ansiosos de vengar tamaño ultraje. Nombraron jefe y caudillo suyo a aquel Viriato, sin duda por ser entre ellos conocidos ya su valor y su capacidad para grandes cosas. Pronto mostraron los sucesos que había recaído la elección de aquellas gentes en quien era digno de mandarlas.

Hizo Viriato una irrupción en la Turdetania hacia el estrecho de Cádiz, donde el pretor Vetilio, que había sucedido a Galba, le obligó a entretenerse por algún tiempo en lugares ásperos y fragosos. Como el hambre llegase a apretar ya a sus soldados, comenzaron algunos de ellos a mover pláticas de paz. Entendido que fue por Viriato, recordóles con energía la abominable conducta de Galba, la mala fe de los romanos que tantas veces habían experimentado, lo poco que había que fiar de sus palabras, y que entregarse a ellos era entregar las gargantas al cuchillo: que si querían seguirle y ejecutar lo que les mandara él sabría sacarlos del peligro a salvo y con la honra que a hombres tan esforzados correspondía. Reanimó a todos este discurso, sintiéronse inflamados de ardor hasta los más pusilánimes, y todos a una voz juraron ejecutar sus disposiciones. Satisfecho Viriato de tan buena resolución, púsolos en orden de batalla, previniéndoles que cuando le vieran montar a caballo, se desbandaran a un tiempo, y por diferentes caminos que les señaló fueran a reunírsele en Tríbola. Hiciéronlo así, y sorprendido el pretor con tan extraña maniobra no sabia qué hacer ni a qué resolverse. Últimamente determinó perseguir a Viriato y a los jinetes que le acompañaban, pero el astuto lusitano, fingiendo por un momento hacer rostro al enemigo para dar tiempo a que su infantería estuviese a salvo, de repente mandó picar espuelas y las picó él mismo, y partiendo al galope por desusadas sendas dejó de nuevo burlados a los romanos, que ni conocían el terreno ni por lo pesado de sus armas podían darles alcance[90].

Ganó Viriato con este primer ardid tanta fama con los suyos como enojo causó al pretor Vetílio: el cual, queriendo vengar la pesada burla, encaminóse con su ejército a Tríbola, donde supo se hallaba el lusitano. Salió éste a recibirle; hizo ademán de aceptar el combate; pero vuelve luego espaldas como quien huye temeroso, hasta atraer el ejército romano orillas de un bosque donde había dejado emboscada su gente. Entonces Viriato revuelve repentinamente contra el enemigo, la muchedumbre sale de la celada, cae como una nube sobre los romanos, que acosados por todas partes, sin poderse apenas mover en terreno estrecho y fangoso, se dejan degollar, hasta cuatro mil, entre ellos el mismo pretor, que yendo a buscar venganza encontró la muerte.

Seis mil hombres que habían quedado vivos se refugiaron a Tarteso. Desde allí el cuestor pidió auxilio a los titios y belos sus aliados. Acudieron de ellos cinco mil, pero salióles al camino

90 Appian. De Bell. Hisp. p. 490-

Viriato, y dio sobre ellos con tal ímpetu que ni uno solo quedó con vida; no hubo, dice Apiano[91], quien pudiera llevar al cuestor la noticia del desastre. Permaneció aquel en Tarteso esperando socorros de Roma (147).

Vino el pretor Plancio en ocasión que Viriato recorría la Carpetania. Allí le fue a buscar el nuevo pretor; halláronse frente a frente el español y el romano. La misma astucia que había empleado Viriato con Vetilio en Tríbola usó con Plancio en las orillas del Tajo: el éxito casi el mismo; cerca de otros cuatro mil romanos perecieron. Después de esto Viriato repasa el Tajo, y va a campar a un monte de olivos no lejos de Ebora[92], donde espera a los romanos. El pretor, escarmentado ya, llevó allí todo su ejército. Empeñóse un combate formal en la llanura: larga y brava fue la pelea; aquello tuvo ya todas las condiciones de una batalla. La victoria quedó también por los lusitanos. Viriato desplegó allí ya las dotes, no de un capitán de bandidos, como le llamaban en Roma, sino de un general experto, prudente y atrevido a la vez, que vencía en batallas campales. Ya Plancio no se atrevió a medir más con él sus fuerzas, y aunque era el medio del estío mantúvose encerrado en las ciudades amuralladas.

De los dos pretores que al año siguiente vinieron a España, Unimano y Nigidio, el primero halló pronto la muerte en las armas lusitanas en los campos de la que es hoy Ourique en Portugal; sus insignias pretoriales sirvieron de trofeo en los montes, junto con los estandartes romanos que en poder de Viriato cayeron. El segundo sufrió cerca de Viseo una derrota vergonzosa (146). Los triunfos de Viriato se iban contando por el número de pretores.

El primero que comenzó a quebrantar algo sus fuerzas fue Cayo Lelio, llamado en Roma el Prudente. Desplegando este romano su acreditada habilidad y experiencia, logró hacer cambiar la faz de la guerra, o por lo menos la sostuvo sin reveses, hasta que Roma, penetrada de que aquella lucha que en un principio llamaba *guerra de ladrones*, no era sino una guerra seria y formal, no poco comprometida y grave para la república, envió a España con extraordinarios refuerzos a Quinto Fabio Máximo Emiliano, que acababa de ser nombrado cónsul, hijo también de Paulo Emilo, y hermano de aquel Escipión Emiliano, que por este tiempo destruía a Cartago[93].

91 Appiano. De Bell. Hisp. página 490.

92 Mariana le nombra el monte de Venus.

93 Vamos a referir sucintamente la ruina y destrucción de Cartago, de esta célebre ciudad competidora de Roma, a los 732 años de su existencia.

Por un motivo más extraño que justo declaró Roma a Cartago una tercera guerra, que se llamó *tercera guerra púnica*, y que dio principio en el mismo año que la de Viriato en España (450). Aunque por expresa condición de un tratado solemne *la ciudad había de ser tratada con todo miramiento*, los cónsules romanos, con insigne mala fe, resolvieron la destrucción de la ciudad, alegando que *Civitas* no significaba las habitaciones, sino los habitantes. Indignados los cartagineses de tan pérfida superchería, adoptaron la resolución, desarmados como estaban, de no abandonar su patria y sus hogares. Todo se convirtió de repente en fábricas y talleres de armas. Elaborábanse cada día cien escudos, trescientas espadas, quinientas lanzas y mil dardos. Hasta las mujeres cortaban sus cabelleras para hacer de ellas cuerdas. Tres años se defendió todavía con el valor de la desesperación la ciudad de los Hannon, de los Asdrúbal y de los Aníbal. Otro Asdrúbal, el séptimo de este nombre, sostenía el sitio, pero la victoria, dice oportunamente un erudito historiador, parecía estar fatalmente ligada al nombre de Escipión en todas las guerras púnicas. Escipión Emiliano, el mismo que había venido a España a pelear contra Viriato, fue enviado a destruir la ciudad africana en el mismo año que su hermano Fabio Emiliano vino a nuestra Península contra el héroe de la Lusitania (446). Escipión tomó por asalto a Cartago, no sin defenderse sus moradores por espacio de seis días y seis noches de calle en calle y de casa en casa. Asdrúbal se echó a los pies del vencedor: su mujer con más heroicidad, por no caer prisionera del romano ni implorar su clemencia, se arrojó a las llamas con sus hijos. Diez y siete días estuvo ardiendo aquella inmensa ciudad, y las moradas de setecientos mil habitantes se convirtieron en cenizas y escombros. Escipión hizo pasar el arado en derredor de las antiguas murallas, pronunciando imprecaciones en nombre del senado y del pueblo romano contra los que quisieran habitar en el recinto en que había estado Cartago. Como su abuelo adoptivo, recibió éste también el sobrenombre de *Africano*, aquel por haberla vencido, este por haberla arruinado.

Dicese que Escipión derramó alguna lágrima sobre la ciudad destruida; y que a vista del estrago exclamó conmovido. «Llegara un día en que caerán los sagrados muros de Ilion, de Príamo y de toda su raza.» Y que preguntado por Polibio qué entendía por Ilion y por la raza de Priamo, respondió, sin nombrar a Roma, que meditaba cómo los estados más florecientes declinan y mueren según agrada al destino.

A pesar de las imprecaciones de Escipión, quince años después fue enviado Cayo Graco a establecer una colonia

Contaba Fabio con el ejército de Lelio, contaba con el suyo que de refresco venia. ¿Cómo podían resistir a tan imponentes fuerzas aquellas manadas de rústicos montañeses conducidas por un hombre también rústico, cualquiera que pudiese ser el valor de aquel capitán improvisado?

Con estos pensamientos, estableció el cónsul sus reales en Urso (hoy Osuna), y reuniendo allí los dos ejércitos, el de Lelio y el suyo, pasó a ofrecer sacrificios al templo de Hércules Gaditano. Pero mientras él se ocupaba en hacerse propicios a los dioses, Viriato daba buena cuenta de las tropas consulares, que mandadas por el lugar-teniente de Fabio habían hecho una salida contra los lusitanos, que ya en busca de sus enemigos se aproximaban (145). Con la noticia de aquel descalabro, apresuróse Fabio a incorporarse a su ejército. La confianza del cónsul había bajado grandemente de punto. En lugar de emprender pronto la campaña a que le provocaba Viriato, dejó trascurrir todo el año en preparativos; siguiendo el prudente sistema que el otro Fabio Máximo había seguido en Italia con Aníbal[94] como si por otro Aníbal tuviese a Viriato el Fabio Máximo Emiliano. Así dejó expirar el tiempo de su gobierno, pero no hallando el senado quien reuniese las cualidades necesarias para hacer la guerra en España, prorogó a Fabio los poderes.

A juzgar por los resultados, no fueron infructuosos los preparativos del cónsul, pues comenzando la nueva campaña venció a Viriato y le rechazó hasta Bécor (144), obligándole luego el pretor a retirarse hasta las cercanías de Evora. Pero nada bastó a desalentar al intrépido lusitano. No tardó en congregar nuevas tropas, y mientras el cónsul hacía cuarteles de invierno en Córdoba, Viriato excitaba a los arévacos, a los triccios, a los vacceos y a los celtíberos a una alianza y general confederación contra el común enemigo, exhortándolos a unirse en derredor de un solo estandarte nacional, habiendo sido de este modo Viriato el primero que indicó a sus compatriotas el pensamiento de una nacionalidad, y la idea de una patria común. Acudiéronle unos con gentes, otros con armas y dinero, y si su proyecto no llegó a realizarse, por lo menos no fue su voz desoída.

Después de algunos pretores, de quienes no nos han quedado hechos señalados, vino a España el cónsul Q. Cecilio Metelo, llamado el Macedónico, por haber subyugado la Macedonia (142). Andaban ya alterados los arévacos y celtíberos: Metelo los sujetó, tomando algunas ciudades, entre ellas Contrebia, no sin resistencia porfiada, y puso cerco a Nertóbriga. Cuéntase de aquel cónsul en el sitio de esta ciudad un acto generoso de aquellos que honran siempre al hombre, y que nosotros nos complacemos en aplaudir sin mirar si el que los ejecuta es amigo o enemigo. Jugaban ya los arietes contra la muralla: hallábanse dentro de la ciudad los hijos de un español que militaba en las filas romanas en clase de centurión: indignados los habitantes de la traición de su compatricio, colocaron a sus hijos en el lugar más peligroso del muro, donde deberían perecer los primeros. Informado el cónsul del caso, quiso más levantar el sitio que tomar la ciudad a costa de aquellos inocentes. Proceder tan generoso y humano le valió la amistad de muchos pueblos; que tal era la índole de los españoles[95].

Hacía entretanto la guerra contra Viriato en la Lusitania el pretor Quincio con fortuna varia. Sucedióle el cónsul Fabio Serviliano, hermano adoptivo de Fabio Máximo Emiliano. Con el numeroso ejército que él trajo y con un refuerzo de caballos y elefantes que le envió de África el rey Micipsa, hijo de Masinisa, acometió a Viriato, y le venció en el primer combate. Pero usando luego el lusitano de una de las sagaces maniobras de su táctica, revolvió sobre él con su acostumbrada rapidez e impetuosidad, mató tres mil consulares y forzó a Serviliano a abrigarse en Ituccia, ciudad

---

en el sitio en que había estado Cartago. En tiempo de Augusto fue reedificada la ciudad, y en el de Gordiano era otra vez tan populosa que competía con Alejandría; era la capital de la provincia de África. Allí escribió Tertuliano sus bellas apologías. Destruyéronla los sarracenos por última vez en el siglo VII de Cristo. Mario había ido a meditar su venganza sobre sus primeras ruinas, y San Luis fue a morir en sus nuevos escombros, reflexionando sobre el fin de las grandezas humanas. (*Hist. de Cartago*).

94 Cap. 1 del lib. I. de esta Historia.

95 Refieren este caso Valerio Máximo, Aurelio Víctor y Patérculo. Atribuyóse también al cónsul Metelo un dicho que adquirió gran celebridad. Como para ocultar a los enemigos sus pensamientos, traia y llevaba las tropas de un lado a otro como sin plan ni concierto, se atrevió a preguntarle un centurión qué era lo que con aquellos movimientos se proponía: *«Quemaría yo mi camisa*, respondió el cónsul, *si supiese que en mis secretos tenia parte.»*

de la Bética. No daba reposo Viriato a los enemigos: desde la aspereza de los bosques donde se escondía, desprendíase como un funesto meteoro, se desgajaba al modo de una exhalación, y tenia a los romanos en perpetua alarma y rebato, hasta que la falta de mantenimiento le obligaba a retirarse a su país natal, donde se reparaba y daba nuevo ánimo a los suyos. De una de estas ausencias se aprovechó el cónsul Serviliano para apoderarse de la Beturia y del país de los cinesios o cunéos, donde hizo cuarteles de invierno.

Conócese que los españoles, aunque al principio no habían sido sordos a la voz de unión, levantada por Viriato, no se habían agrupado en derredor de aquel heroico jefe como les hubiera convenido. Porque ni vemos unidad y acuerdo entre los españoles en las operaciones de esta guerra, ni a pesar de las pocas derrotas y de los muchos triunfos que Viriato alcanzara, observamos que engrosaran sus bandas lo que había sido de esperar, ni hacia mas que pelear brava pero aisladamente como en el principio de la campaña. El espíritu de localidad predominaba todavía en aquellos españoles, para quienes parecía ser la mas difícil de las obras la unión.

Mas ni por eso Viriato reposaba ni era posible a los romanos reposar con él. Apenas pasado el invierno, reapareció el infatigable lusitano, y tomó cuatro ciudades, Gemela, Escadia, Obólcola y Baccia (que acaso son Martos, Escua, Porcuna y Baeza). Manteníase por él Erisana[96]. Sitióla el cónsul Serviliano (141). Pero el astuto Viriato halló medio de introducirse en ella de noche y a las calladas, sin ser visto ni sentido. A la mañana siguiente hace una salida tan impetuosa como inesperada, se arroja sobre los sitiadores, los pone en precipitada fuga, los sigue, los acosa, logra encerrarlos en la estrecha garganta de una montaña, en un desfiladero sin salida. Fácil le era a Viriato acabar con todo el ejército consular; pero el magnánimo guerrero español quiso más pedir la paz al pueblo romano cuando era vencedor, que aceptarla cuando fuese vencido[97]. Entonces convidó con la paz a Serviliano. ¡Admirable contraste el de la generosidad del guerrero español con la matanza aleve del romano que le movió a emprender la guerra!

No era ocasión para que dejara de admitir el cónsul una paz que ciertamente en su apurada situación no esperaría. Concertóse pues que los romanos conservarían lo adquirido, obligándose solemnemente a no pasar adelante, y que habría paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato. Confirmado el convenio por el senado y el pueblo de Roma, esta paz debía ser sagrada para la república. Pero faltábale al nombre romano una mancha que acabara de hacerle abominable en España, y llegó este caso ignominioso para el pueblo-rey.

Confió el senado el gobierno de la España Ulterior a Quinto Servilio Cepion, hermano de Fabio. No podía haberse elegido un hombre ni más inepto como guerrero, ni más malvado como hombre. Este hombre ambicioso, pérfido y avaro, sin mirar que la letra del tratado estaba reciente todavía, que había sido pactado por su hermano mismo, y que había sido debido a la magnanimidad del vencedor, persuadió al senado la necesidad de romper de nuevo la guerra contra Viriato, so pretexto de que era indigna de la majestad del pueblo romano aquella paz. Decía verdad en esto, pero era una paz solemnemente aprobada; bien que el senado mismo se alegró acaso de encontrar un hombre tan desleal como Cepion; y accediendo a su propuesta, dio otro testimonio más de que la fe romana no rendia parias a la fe púnica, y de que Roma no marchaba por más noble senda que Cartago.

Descansaba Viriato confiado y tranquilo en una ciudad de lo interior de la Lusitania, cuando supo con sorpresa que Cepion, faltando a todos los derechos divinos y humanos, había renovado la guerra y se encaminaba a buscarle. Salió Viriato a recibirle con las escasas gentes que pudo reunir. No fue grande hazaña en el cónsul el obligarle a hacer una retirada; pero proporcionándose luego algunos socorros entre los celtíberos sus amigos, todavía acreditó a Cepion en un encuentro que era

96 No hemos podido averiguar la situación de esta ciudad antigua, como acontece con otras muchas. Debemos advertir aquí que muchas de las poblaciones de aquel tiempo que se mencionan en las historias latinas, no podían ser ciudades en el sentido y significacion que hoy tiene esta palabra. Reducianse por lo común muchas de ellas a una aglomeración de casas y chozas en que se albergaban aquellos moradores rústicos y sencillos que hemos descrito en nuestro libro primero.

97 *Pacem a populo romano maluit integer petere quam victus*: dice Aurelio Víctor.

el mismo Viriato, y con una de sus estratagemas le dejó tan burlado como en el principio de su campaña había dejado a Vetilio y a Plancio.

Entonces resolvió el cobarde cónsul deshacerse por medio de una traición del mismo a quien no podía vencer con las armas. Vínole bien que Viriato, acaso con el fin de libertar a su patria de los horrores y devastaciones que por todas partes Cepion cometía, le enviara tres embajadores recordándole el tratado concluido con su hermano. El perverso cónsul sobornó con dádivas y promesas a los tres legados, los cuales tuvieron la flaqueza, indigna también de pechos españoles, de comprometerse a dar muerte a su propio general. Volvieron los enviados al campo lusitano, y entrando en la tienda de Viriato a hora muy avanzada de la noche, en su mismo lecho donde le encontraron dormido le cosieron a puñaladas (140).

Así pereció el gran Viriato, uno de los capitanes mas ilustres que España ha producido: así pereció para baldón perpetuo de Roma el que por tantos años hizo frente a su poder y humilló tantas veces sus legiones. Los historiadores romanos no pudieron dejar de reconocer su mérito y sus virtudes.—«Viriato, dice Apiano, en medio de los bárbaros se distinguió por las virtudes de un general: no hubo una sola sedición entre sus tropas; nadie fue más equitativo que él en la distribución del botín.»—«Viriato, dice Floro, de cazador se hizo bandido, y de bandido general, y si la fortuna le hubiera ayudado, hubiera sido el Rómulo de España.» Sus mismos enemigos le hicieron justicia. Todos convienen en que era humano, afable, benéfico, generoso, fiel observador de los tratos: sencillo en el vestir, frugal en el comer, despreciador de las comodidades, del lujo y del regalo, su vida, su porte, su traje, eran los de un simple soldado de aquel tiempo: ni las adversidades le quebrantaban, ni las prosperidades le envanecían, ni el alto puesto al que se elevó le ensoberbeció nunca: los despojos de la guerra repartíalos entre sus compañeros de armas, sin reservar nada para sí, porque al revés de los cónsules y pretores, a quienes combatía, jamás pensó en enriquecerse. Cuéntase que el día que se celebraron sus bodas con la hija de un principal español, mientras los convidados se entregaban a los placeres del festín, él ni soltó la lanza ni tomó mas sustento que el ordinario, que se reducía a carne y pan; y que terminada la fiesta de familia, tomó a su esposa, la subió en su mismo caballo, y la condujo a los montes, donde ya sus secuaces le aguardaban.

En otro país que no fuera la España, apenas se comprendería que un hombre, desde el humilde oficio de pastor de ganados, y después soldado de montaña, llegara a hacerse, sin otra escuela ni instrucción que su genio y el ejercicio práctico de las armas, un general temible a la más poderosa de las repúblicas, hasta el punto de hacerla pactar como de poder a poder. La historia nos enseñará cuán fecundo ha sido siempre nuestro suelo en hombres que dejando la esteva o el cayado para empuñar la espada, han sabido hacerse con su valor y sus hazañas un renombre ilustre[98].

Cuando los asesinos de Viriato se atrevieron a reclamar el premio de su inicua acción, respondióles que Roma no acostumbraba a premiar a los soldados que asesinaban a su jefe. A Cepion le fue negado el triunfo: el senado adquirió el fácil mérito de desaprobar su conducta,

Sucedió a Viriato un hombre llamado Tántalo. Pero un héroe no es fácil de reemplazar. El nuevo caudillo capituló luego con los romanos: los lusitanos depusieron las armas, y el mismo Cepion les dio tierras que pudiesen cultivar tranquilamente: con lo que se dio por terminada aquella famosa guerra.

98 El historiador inglés Dunhan, compara a Viriato al famoso irlandés Wallace: pero ni este guerrero célebre del siglo XIII era de humilde prosapia como Viriato, ni le igualó en hazañas ni en virtudes. En España nos seria fácil encontrar copias más exactas de este personaje.

CAPÍTULO III
NUMANCIA.
Desde 140 antes de J. C. hasta 133.

Lo que preparó la guerra de Numancia.—Fuerzas de los numantinos.—Ejército del cónsul Pompeyo.—Primeras operaciones de sitio.—Se ve obligado a pedir la paz.—Inicuo rompimiento de esta, y testimonio de la fe romana.—El cónsul Popilio.—Es derrotado.—El cónsul Mancino.—Completa derrota que sufre.—Tratado de paz glorioso para Numancia, y vergonzoso para Roma.—Rómpele el senado.—Castigo bochornoso que sufre Mancino.—Generosa conducta de los de Numancia.—Apuros en que se ve el cónsul Lépido.—Terror que Numancia inspira a Roma.—Viene contra ella Escipión Africano.—Moraliza el ejército.—Esquiva entrar en batalla con los numantinos.—Sitia a Numancia con 60.000 hombres.—Linea de circunvalación.—Fortificaciones.—Arrojo de algunos numantinos.—Salen a pedir socorro y no le encuentran.—Angustiosa situación de Numancia.—Mensaje a Escipión.—Su respuesta.—Hambre y desesperación de los numantinos.—Ejemplo sin igual de heroísmo.—Numancia destruida

Desembarazados los romanos de la molesta guerra de Viriato, volvieron de nuevo sus miras sobre Numancia. Esta célebre ciudad celtibera, después de las guerras de Fulvio que dejamos referidas, había asentado paz con el cónsul Marcelo (152), por la cual respetaba Roma la independencia de Numancia, permitiendo también volver a sus casas a los segedanos a quienes había dado hospitalidad. Cuando el cónsul Metelo, durante las guerras con Viriato, sujetó los pueblos de la Celtiberia, Numancia fue también respetada como ciudad independiente y neutral, y los numantinos habíanse limitado a dar asilo a los celtíberos del partido de Viriato, como antes le habían dado a los de Segeda. Concluida la guerra lusitana, hízoles Quinto Pompeyo Rufo un cargo de esta conducta, exigiéndoles lo que llamaríamos hoy la extradición de los refugiados. Contestó Numancia que las leyes de la humanidad no le permitían entregar a los que en ella habían buscado un asilo, y que esperaba guardaría la fe de los tratados. Volvióle Pompeyo aquella jactanciosa y acostumbrada respuesta: *«Roma no trata con sus enemigos sino después de desarmados.»* Esta contestación fue la señal de guerra. El pretexto por parte de los romanos fue éste: el verdadero motivo era que los abochornaba la independencia que Numancia se había sabido conquistar.

Reunieron los numantinos sus fuerzas, que en todo subirian a 8.000 hombres, y nombraron general de este pequeño ejército a un ciudadano llamado Megara. Pompeyo acampó cerca de la ciudad con mas de 30.000 hombres, y se posesionó de las alturas vecinas (140).

Asentábase Numancia, ciudad de los pelendones, a poco más de una legua de la moderna Soria, y en el término que comprende al presente el pequeño pueblo de Garray, en un repecho de subida no muy agria, pero de dificultosa entrada en razón a los montes que la rodean por tres partes; sólo por un lado tenia una llanura que se extiende por las márgenes del Tera, que va a mezclar sus aguas con las del Duero. Dentro de sus débiles tapias había una especie de ciudadela donde en tiempo de guerra solía recogerse la gente armada, y donde solían guardar los ciudadanos sus alhajas y preseas.

Intentaba Pompeyo atraer a los numantinos a batalla campal; hizo mil tentativas para lograrlo; pero dirigidos aquellos por el prudente y esforzado Megara, adoptaron un sistema de defensa el más propio para mortificar al general de la república. De tiempo en tiempo hacían salidas y empeñaban combates parciales, de que siempre sacaban alguna ventaja; y cuando veían al ejército romano desplegar banderas y ponerse en movimiento, replegábanse dentro de las trincheras de la ciudad, a las cuales nunca se acercaban impunemente los romanos.

Fatigado Pompeyo de aquel sistema de guerra, suspendió el sitio y fue a ponerse sobre Termes[99], distante de Numancia nueve leguas. Tampoco Termes estuvo de parecer de dejarse subyugar; antes bien haciendo los termesinos una salida impetuosa, obligaron a Pompeyo a retirarse por ásperos y tortuosos senderos erizados de precipicios, por donde muchos soldados se despeñaron, teniendo el ejército que pasar la noche acampado y sobre las armas. Al día siguiente

99 La Termancia de Apiano.

volvió sobre la ciudad , pero no recogió del nuevo ataque más fruto que del anterior[100]. Dirigióse a Mania , que se le entregó matando los mismos manlieses la guarnición numantina: corrióse a la Edetania, donde deshizo algunas partidas de sublevados, y revolvió con todo su ejército sobre Numancia.

Quedaba Numancia sola; ¡sola para resistir a todo el poder romano! Habíala aislado Pompeyo incomunicándola con las pocas ciudades que pudieran ayudarla. Queriendo ahora apretar el sitio y reducir a los numantinos por hambre, discurrió hacer variar el curso del Duero, torciendo su curso para que no entraran por él bastimentos a los sitiados. Pero estos con sus espadas supieron hacer desistir brevemente de su obra a los que se ocupaban en tales trabajos. Llegóse en esto el invierno, y los soldados romanos, no acostumbrados a la cruda temperatura de aquel clima, sucumbían al rigor de las heladas y de las nieves. Noticioso por otra parte Pompeyo de haber sido nombrado el cónsul M. Popilio Lenas o Lenate para sucederle (139), antes de entregarle el gobierno resolvió hacer paces con los numantinos, acaso temeroso de que su sucesor alcanzara en esta guerra glorias a que él había aspirado en vano. Tropezamos aquí con otro testimonio de lo que era entonces *la fe romana*. Cuando llegó el cónsul Popilio, negó Pompeyo haber hecho aquellas paces, por lo menos con las condiciones que de público aparecían. Verdad era que el insidioso cónsul había tenido la cautela de no firmarlas so pretexto de hallarse entonces enfermo; y por más que los numantinos apelaban al testimonio de los principales jefes y caballeros del ejército romano, enturbióse de tal manera el negocio que hubo de remitirse su decisión al senado, el cual optó por la continuación de la guerra: que la flaqueza de los senadores igualaba la indignidad y bajeza de los cónsules.

Fue primeramente Popilio contra los lusones, a quienes no pudo vencer. Volvió al año siguiente sobre Numancia (138), y hubiérale valido más haber admitido la paz que halló establecida Pompeyo. En cumplimiento de las órdenes con que le estrechaban de Roma, intentó un asalto en la ciudad. Ya estaban puestas las escalas sobre el débil muro: ni una voz, ni un ruido se sentía en la población: profundo silencio reinaba en ella: parecía una ciudad deshabitada. Hízosele sospechoso a Popilio tanto silencio, y se retiró temiendo alguna estratagema. Temía con razón, porque saliendo repentinamente los numantinos a ayudarle en la retirada, arrollaron a los legionarios, y los pusieron en. desorden y en verdadera derrota[101].

Sucesos dramáticos va a ofrecer la historia de Numancia en los años siguientes. Decio Bruto había sido enviado a la España Ulterior, donde los lusitanos habían comenzado a alterarse de nuevo. Vino a la Citerior el cónsul Cayo Hostilio Mancino (137), hombre de imaginación tétrica, que turbada con funestos y fatídicos sueños, de todo auguraba desgracias y calamidades. Al tiempo de embarcarse para España creyó haber oído en el aire una voz que le decía: *Detente, Mancino, detente.* Las noticias que acerca de la fuerza de los numantinos traían de Roma sus soldados no eran menos siniestras Y con esto y con experimentar más de una vez la realidad de su bravura, no se atrevían ya a mirar a un numantino cara a cara. Encerrados permanecían en su campamento, hasta que a la voz de que los vacceos y cántabros venían en ayuda de los de Numancia, diose prisa el cónsul a levantar los reales, y a favor de las sombras de la noche se apartó de una ciudad donde creía no esperarle sino desventuras. Una casualidad descubrió su fuga.

Dos jóvenes numantinos amaban ardientemente a una misma doncella. No queriendo el padre desairar a ninguno de los dos mancebos , propúsoles que se internasen los dos en el campo romano, y aquel que primero tuviera valor para cortar la mano derecha a un enemigo y traérsela, obtendría la de su hija y se la daría en matrimonio. Salieron los dos enamorados jóvenes, y como hallasen con sorpresa suya el campamento romano desierto y solo, regresaron apesadumbrados como amantes, y gozosos como guerreros, a dar noticia de aquella impensada novedad. Tomaron entonces las armas con nuevo aliento los numantinos, y salieron en número de cuatro mil en busca de aquellos cobardes fugitivos.

Avanzaron hasta encontrarlos, y empujándolos de posición en posición redujéronlos a una

100 Muchos afirman haberla tomado en esta segunda acometida, pero no consta así de la relación de Apiano.
101 Frontin. Estratag.III.

estrechura, donde no les quedaba otra alternativa que entregarse o morir. Mancino pidió la paz. No faltaba generosidad a los de Numancia para otorgarla, a pesar de no haber recibido de Roma sino deslealtades y agravios. Así ahora imitando el ejemplo de Intercacia cuando no quiso fiarse del cónsul Lúculo ni entenderse para las capitulaciones sino con su lugarteniente Escipión[102], tampoco quisieron los numantinos ajustar tratos sin la intervención del cuestor Tiberio Graco, acordándose de la exactitud con que su padre había hecho ratificar otra paz en el senado. Vino en ello el cuestor, y concertóse que Numancia seria para siempre ciudad independiente y libre, y que el ejército romano entregaría a los numantinos todo el bagaje, máquinas de guerra, alhajas de oro y plata y demás objetos preciosos que poseía: único medio de salvar las vidas a más de veinte mil hombres que el hambre tenia reducidos al postrer apuro.

Pareció muy bien esta paz al consternado y desfallecido ejército; no así al senado, que comprendió todo el baldón que tan afrentoso tratado echaba sobre la república: y como los padres conscritos estaban lejos del peligro y no los alcanzaba la miseria, importábales poco que pereciesen veinte mil guerreros romanos con tal de que no se dijese que el pueblo más poderoso del mundo se humillaba a recibir la ley de un puñado de montañeses españoles. Rompióse, pues solemnemente el pacto como injurioso e indigno, sin que valieran al cuestor Graco sus esfuerzos porque se cumpliese lo tratado y por demostrar la necesidad crítica en que se había hecho. Cierto que la odiosidad del pueblo romano cayó toda sobre el desgraciado Mancino, a quien se condenó a ser entregado a los de Numancia desnudo y atado de pies y manos. Inútiles fueron también los buenos oficios de Graco para salvar al cónsul de tan vergonzoso castigo. El desventurado Mancino sufrió la afrenta de ser colocado en aquella actitud a las puertas de Numancia, donde permaneció todo un día desahuciado de sus conciudadanos y no admitido por los enemigos. Porque los generosos numantinos, no creyendo aquella suficiente satisfacción del rompimiento del tratado, ni queriendo vengarse en un inocente desarmado y desnudo, ultrajado por la altivez de su ingrata patria, rehusaron admitirle. Lo que ellos pedían era, o que lo pactado se cumpliese, o que se repusieran las cosas en el ser y estado que tenían cuando se hizo el ajuste, entregándoles los veinte mil hombres que tuvieron la generosidad de perdonar. La petición era a todas luces justa, pero se la hacían a Roma[103].

Llevaba ya Numancia vencidos tres cónsules en tres años y celebrados dos tratados de paz cuando vino Emilio Lépido en reemplazo de Mancino (137). Bajo el pretexto de que habían abastecido a los numantinos durante la guerra acometió este cónsul a los vacceos y puso sitio a Palencia. Ya los palentinos le habían forzado a levantarle, pero no contentos con esto hicieron sin ser sentidos una irrupción en su campo, y le mataron hasta seis mil hombres. Dos legados de Roma vinieron a intimarle que dejara a los vacceos y atendiera a Numancia. Pero Numancia vio pasar un consulado más, y Roma vio regresar de España otro cónsul sin haber ganado más mérito que la derrota de Palencia y las estafas de que fue públicamente acusado.

Reemplazóle Lucio Furio Filón (136), que no hizo otra cosa que ejecutar el castigo de Mancino, indisponer con él a sus propios soldados, contemplar a Numancia, y poder decir en Roma que habia visto una ciudad y no se había atrevido a acometerla.

Calpurnio Pisón, que vino después (135), tuvo a bien retirarse a invernar en la Carpetania, y fue testigo de cómo había ido relajándose la disciplina del ejército romano, si es que él mismo no contribuyó a acabar de corromperla con su codicia.

Roma, la soberbia Roma, llamaba ya a Numancia *el terror de la república*: los ciudadanos casi no osaban pronunciar su nombre. Abochornábala que una pequeña ciudad de la Celtiberia estuviera tantos años desafiando a la capital del mundo. Con indignación, más que con dolor veía cómo iban quedando enterradas aquí sus legiones, cómo se estrellaban aquí sus cónsules y sus generales. Ya no encontró otro que creyera fuese capaz de domar esta ciudad heroica que el que había destruido a Cartago. Por dos veces se confirió a Escipión Emiliano el consulado sin pretenderlo, una para que fuese a destruir a Cartago, otra para que viniese a destruir a Numancia, las

102 Cap. I. de este libro.
103 App. de Bell. Hisp. p. 514. Saint-Real, Hist. de este tratado. Tit. Liv. Epitom. Patterc. lib. II.

dos ciudades, como observó Cicerón, más enemigas de Roma. Pero la una había sido una población de setecientos mil habitantes, la otra apenas contaría ya en su recinto cuatro o seis mil defensores. Hemos visto cuán poco tiempo le bastó para borrar del mapa de los pueblos la primera; veremos si le fue tan fácil arruinar la segunda.

Trajo el Africano consigo cuatro mil voluntarios (134), de entre los cuales formó un cuerpo de quinientos hombres pertenecientes a familias distinguidas, especie de guardia de honor, que se nombró *la cohorte de los amigos*. Halló Escipión el ejército de España viciado en extremo y corrompido. Dedicóse el ilustre general a reformar la disciplina y a moralizarle. Desde luego arrojó del campo los chalanes, los vivanderos y las mujerzuelas; de éstas hasta dos mil. Suprimió las cómodas camas en que se habían acostumbrado a dormir y a comer, y las reemplazó con unos sacos, en que dormía él mismo para dar ejemplo. Hacia que cada soldado cargase con la provisión de trigo para quince o veinte días, y con siete gruesas estacas para levantar empalizadas y trincheras, y con este cargamento y su equipaje obligábalos a hacer marchas y contramarchas; ejercitábalos en cavar fosos y replenarlos, en levantar muros y destruirlos, endureciéndolos así en todo género de trabajo y de fatiga. *«Que se manchen de lodo,* decía*, ya que tanto temen mancharse de sangre*[104]*.»* Hallábase él presente a todos estos ejercicios, y no permitía la menor indulgencia ni guardaba la menor consideración. Y para ir fogueando sus tropas, quiso ensayarlas en más fáciles empresas (que todo lo creía necesario antes de comenzar la conquista de la indómita ciudad) haciendo algunas correrías por el país de los vacceos: Viéronse allí el mismo cónsul y el tribuno Rutilio Rufo (el que después escribió la historia de esta guerra) en más de un conflicto y en más de un riesgo de caer en las celadas que les armaban los palentinos y de ser cogidos por su intrépida caballería. En una de estas excursiones vio Escipión por sus mismos ojos las ruinas de Caucia destruida por la traición aleve de Lúculo, y movido a lástima ofreció a voz de pregón todo género de franquicias a los que quisiesen reedificarla y habitarla.

Pasada así la mayor parte del invierno, volvió a los alrededores de Numancia. Observando los numantinos que los romanos se corrían a forrajear hacia una pequeña aldea ceñida de peñascos, emboscáronse algunos detrás de aquellos naturales atrincheramientos. Hubieran perecido los forrajeadores que por aquellas partes andaban, si el hábil y previsor general no hubiera destacado allí hasta tres mil caballos, con lo que los numantinos tuvieron a cordura replegarse a la ciudad. Gran contento y maravilla causó a los soldados romanos esta retirada: como un prodigio se pregonó la nueva de haber visto una vez las espaldas a los numantinos[105].

Llegada, en fin, la primavera (133), formalizó Escipión el sitio de Numancia con un ejército de sesenta mil combatientes, disciplinados ya a su gusto. ¡Y todavía el poderoso romano esquivaba la batalla con que en su desesperado arrojo le provocaban muchas veces los numantinos! Nada bastaba a hacer variar de propósito al prudente capitán, que decidido a rendir a los sitiados por hambre hizo circunvalar la ciudad, comprendiendo en la línea la colina en que estaba situada. Fosos, vallados, palizadas, fortalezas y torres, no quedó obra de defensa que no se construyera; y para que por el río no les entraran provisiones a los cercados, atravesóse por todo su ancho una cadena de gruesas vigas erizadas de puntas de hierro, en tal forma que no sólo las barcas, pero ni los nadadores y buzos podían pasar sin evidente riesgo de clavarse en las aferradas puntas de las estacas. Saeteros y honderos guarnecían las torres, a más de las ballestas, catapultas, y otras máquinas e ingenios. Velaban los vigías de día y de noche, y al menor movimiento se avisaba el peligro por medio de señales convenidas y al punto se acudía al lugar amenazado.

Mucho, aunque en vano, trabajaron los numantinos por impedir estas obras, que de cierto no hubieran sido mayores las que hubiera podido emplear Aníbal para conquistar a la misma Roma. Penetráronse ya de que no les quedaba mas alternativa que la de perecer de hambre o morir matando, porque rendirse no era cosa que cupiera en el ánimo de aquellos hombres independientes y fieros. Hubo entre ellos uno de tan grande osadía y arrojo (Retógenes Caraunio nos dice Apiano

104 Flor. lib. II. Aurel. Vict. c. 58

105 App. pág. 524.

que se llamaba), que con cuatro de sus conciudadanos se atrevió a escalar las fortificaciones romanas, y degollando cuantos enemigos quisieron estorbarles el paso, franquearon la línea de circunvalación estos cinco valientes y dirigiéronse a pedir auxilios a sus vecinos los arevacos. Hízoles el bravo Retógenes una enérgica y animada pintura de la angustia en que se encontraba Numancia, recordándoles la infamia y deslealtad de los romanos, la destrucción de Caucia, el rompimiento de los tratados de Pompeyo y de Mancino, las crueldades de Lúculo, la esclavitud que aguardaba a todo el país si Numancia sucumbía, concluyendo por conjurarles que diesen ayuda y socorro a los numantinos, sus antiguos aliados. Y como algunos de ellos movidos de su discurso vertiesen lágrimas, *«no lágrimas,* les dijo, *brazos es lo que necesitamos y os venimos a pedir.»* Pero una sola ciudad, *Lutia*, fue la que se atrevió a arrostrar el enojo de los romanos, y la única que sin tener en cuenta las calamidades que podía atraerse sobre sí, no se contentó con un inútil lloro, sino que se aprestó a sacrificarse por su antigua amiga. Sacrificio fue por desgracia más loable que provechoso, porque avisado de ello Escipión oportunamente, púsose apresuradamente sobre la ciudad generosa, y haciendo que le fuesen entregados cuatrocientos jóvenes, con la crueldad que en aquel tiempo se usaba les hizo cortar a todos las manos. Con esto acabó toda esperanza para los infelices numantinos. A la madrugada siguiente estaba ya otra vez Escipión sobre Numancia.

Todavía los sitiados tentaron enviar un mensaje a Escipión. Admitido a la presencia del cónsul: *«¿Has visto alguna vez, oh Escipión, le dijo Aluro, el jefe de los legados, hombres tan bravos, tan resueltos, tan constantes como los numantinos? Pues bien, estos mismos hombres son los que vienen a confesarse vencidos en tu presencia ¿Qué mas honor para tí que la gloria de haberlos vencido? En cuanto a nosotros, no sobreviviríamos a nuestra desgracia si no miráramos que rendimos las armas a un capitán como tú. Hoy que la fortuna nos abandona, venimos a buscarte. Imponnos condiciones que podamos admitir con honor, pero no nos destruyas. Si rehusas la vida a los que te la pidan, sabrán morir combatiendo; si esquivas el combate, sabrán hundir en sus pechos sus propios aceros, antes que dejarse degollar por tus soldados. Ten corazón de hombre, Escipión, y que tu nombre no se afee con una mancha de sangre.»* A tan enérgico y razonado discurso contestó Escipión con helada frialdad, que no le era posible entrar en tratos, mientras no depusiesen las armas y se entregasen a discreción.

Acabó tan desdeñosa y bárbara respuesta de exasperar a los numantinos, que pesarosos ya y abochornados de haber dado aquel paso, buscando en quien desahogar su rabia hicieron víctimas de su desesperación a los enviados que habían tenido la desgracia de volver con tan fatal nueva. Cegábalos ya la cólera. Hombres y mujeres se resolvieron a vender caras sus vidas, y aunque extenuados ya por el hambre, vigorizados con la bebida fermentada que usaban para entrar en los combates, salen impetuosamente de la ciudad, llegan al pie de las fortificaciones romanas, y con frenéticos gritos excitan a los enemigos a pelear. ¿Pero qué podían ya unos pocos millares de hombres enflaquecidos contra un ejército entero, numeroso y descansado? Innumerables fuerzas acudieron a rechazar a aquellos heroicos espectros: muchos murieron matando: otros volvieron todavía a la ciudad. Pero las subsistencias estaban agotadas; nada tenían que comer; los muertos servían de sustento a los vivos, y los fuertes prolongaban algunos momentos a costa de los débiles una existencia congojosa; la desesperación ahogaba la voz de la humanidad, y aún así la muerte venia con mas lentitud de la que ellos podían sufrir. Para apresurarla recurrieron al tósigo, al incendio, a sus propias espadas, a todos los medios de morir; padres, hijos, esposas, o se degollaban mutuamente, o se arrojaban juntos a las hogueras: todo era allí sangre y horror, todo incendio y ruinas, todo agonía y lastimosa tragedia. ¡Cadáveres, fuego y cenizas, fue lo que halló Escipión en la ciudad! y aún tuvo la cruel flaqueza de mandar arrasar las pocas casas que el fuego no había acabado de consumir.

Tal fue el horrible y glorioso remate de aquel pueblo de héroes, de aquella ciudad indómita, que por tantos años fue el espanto de Roma, que por tantos años hizo temblar a la nación más poderosa de la tierra, que aniquiló tantos ejércitos, que humilló tantos cónsules, y que una vez pudo ser vencida, pero jamás subyugada. Sus hijos perdieron antes su vida que la libertad. Si España no

contara tantas glorias, bastaríale haber tenido una Numancia. Su memoria, dice oportunamente un escritor español, durará lo que las historias duraren. Cayó, dice otro erudito historiador extranjero, cayó la pequeña ciudad más gloriosamente que Cartago y que Corinto.

Parecía que la independencia de España estaba destinada a sucumbir a los talentos militares, para ella tan funestos, de la ilustre familia de los Escipiones. El destructor de Numancia añadió al título de Africano el de Numantino , y triunfó en Roma, donde no hubo una voz que le acusara de injusto y de cruel,

«Pienso que no habrá nadie, dice Rollin, el más admirador de los romanos, y principalmente de los Escipiones, que no compadezca la suerte deplorable de aquellos pueblos heroicos, cuyo solo delito parece haber sido el no haberse doblegado jamás a la dominación de una república ambiciosa que pretendía dar leyes al universo.» Floro dice expresamente «que nunca los romanos hicieron guerra más injusta que la de Numancia[106] No me parece fácil justificar la total ruina de esta ciudad. No me maravilla que Roma haya destruido a Cartago. Era una rival que se había hecho temible, y que podía serlo todavía si se la dejaba subsistir. Pero los numantinos no estaban en el caso de hacer temer a los romanos la ruina de su imperio.»

Cayó Numancia, y las pocas ciudades vecinas que esperaban con ansiedad saber el resultado de sus esfuerzos, se fueron sometiendo a las vencedoras águilas romanas[107].

Decio Bruto había sometido también a los galaicos, y recibido por ello los honores triunfales en Roma. Pero el fuego del patriotismo no se había extinguido todavía en España.

---

106 *Nullius belli causa injustior*: son las expresiones de Floro.

107 Todavía en el término de Garray, en que estuvo esta ciudad de gloriosa y eterna memoria, se encuentran diariamente ídolos, medallas, bustos, huesos humanos, instrumentos bélicos, monedas de oro, plata y cobre. En 1825 un jornalero, sacando piedra, halló un magnífico collar de plata de peso de 18 onzas, del cual se fabricó el copón que hoy sirvo en la parroquia para las santas formas. Y en 1844 se encontró todavía un idolillo de metal de un palmo de alto. Algún monumento debía estar recordando siempre a la posteridad en aquel sitio el heroísmo de nuestros mayores.

CAPÍTULO IV.
SERTORIO.
Desde 133 antes de J. C. hasta 73

Paz que siguió a la destrucción de Numancia.—Q. Cecilio Metelo conquista las Baleares.—Nuevas insurrecciones.—En la Lusitania.—En la Celtiberia.—Sus causas. Su fin.—Sertorio.—Quién era, y cómo vino a España.—Primera y desgraciada campaña de Sertorio.—Pasa a África.—Vuelve llamado por los lusitanos.—Su conducta con los indígenas.—Mutuo amor entre los españoles y el caudillo romano.—La cierva blanca de Sertorio.—Triunfos y progresos de este insigne romano.—Crea en España senado, universidad, ejército y gobierno a la romana.—Unesele por aclamación el ejército de Perpenna.—Viene contra él el Gran Pompeyo.—Vicisitudes de la guerra.—Victorias de Sertorio.—Desvanecimientos de Metelo. Ridículas farsas.—Apurada situación de Pompeyo y engrandecimiento de Sertorio.—Edicto de Metelo pregonando su cabeza.—Traición y alevosía de Perpenna.—Muere Sertorio asesinado.—Merecida muerte de Perpenna.—Heroica defensa de Calahorra.—Sométese la España a Pompeyo.

Destruida Numancia, quedó España por más de veinte años en paz: no la paz de la conformidad y de la resignación, ni menos la paz del contentamiento, sino aquella especie de inmovilidad en que queda un pueblo aterrado con ejemplos de altas venganzas. Continuaron los romanos teniéndola sometida a un gobierno militar, como país conquistado, si bien alteraron algo la forma dividiéndola en diez distritos bajo la inspección de otros tantos legados. Si bajo la opresión en que vivían los españoles se levantaban algunas bandas armadas y recorrían el país, tratábanlas como a partidas de salteadores y bandidos, y como a tales las califican los historiadores romanos, ¿Quién sabe si aquellos hombres obrarían a impulso de más nobles fines? ¿No habían llamado también a Viriato un bandido? Pero estas partidas fueron fácilmente exterminadas. El resto de España callaba y sufría.

El único suceso de importancia que de este tiempo nos han dejado consignado las historias, es la expedición del cónsul Q. Cecilio Metelo a las Baleares, cuya conquista le valió el sobrenombre de Baleárico. No sin resistencia se dejaron subyugar los célebres honderos mallorquines, pero una vez vencidos, aquellos rústicos isleños que hasta entonces había habitado en grutas campestres, fueron atraídos a la vida civil y sometidos a un gobierno regular. Palma y Pollencia se hicieron al poco tiempo ciudades romanas.

Aquella quietud en que habían quedado los españoles hubiera podido ser duradera, si los gobernadores romanos hubieran tratado con más consideración y miramiento a los vencidos. Pero volvieron al antiguo sistema de las exacciones, de las violencias y de las rapiñas, y los españoles que tampoco tenían sino amortiguados los antiguos instintos de la independencia, y la inveterada aversión a la coyunda romana, alzáronse de nuevo, siendo los primeros a renovar la lucha los fieros e indomables lusitanos (109). Quince años la sostuvieron contra los Pisones, los Galbas, los Escipiones, los Fulvios, los Silanos, y los Dolabellas, con varias alternativas y vicisitudes, hasta que agotados primero los hombres que el valor, fuele ya fácil a Licinio Craso enseñorear un país casi yermo ya de guerreros.

No se había sometido aún la Lusitania. cuando estalló nueva insurrección en la Celtiberia (99). El senado romano tuvo el mal tacto de encomendar su represión a Tito Didio Nepote, que vino a cometer los mismos desafueros, desmanes y felonías de que habían dejado tan triste memoria los Lúculos y los Galbas. No decimos esto por la astucia con que ganó la primera batalla sin haber vencido[108] ni porque destruyera la ciudad de Termes, siempre hostil a los romanos, y obligara a sus moradores a bajar a habitar en la llanura; ni por que rindiera a Colenda (hoy Cuéllar), después de siete meses de asedio. Comenzó sus demasías vendiendo como esclavos a los valerosos habitantes de Cuéllar, sin exceptuar las mujeres y los niños. Llamó después a los moradores de las vecinas comarcas, algunos de los cuales por su extremada pobreza dicen se habían dado a robar, ofreciendo

108 En el primer encuentro que tuvo con los celtíberos murió mucha gente de una y otra parte, pero la victoria había quedado indecisa. Llegó la noche, y Didio hizo retirar silenciosamente del campo los cadáveres romanos. Cuando al amanecer del día siguiente observaron los celtíberos que casi todos los muertos que yacían en el campo de batalla eran españoles, creyéronse vencidos y se le rindieron. Hasta aquí sólo hay un ardid de guerra. App. de Bell, Hisp.

repartirles el territorio de la ciudad vencida. Acudieron aquellas gentes bajo la fe de su palabra a cultivar las tierras que a cada uno habían tocado, y cuando los tuvo a su disposición los hizo degollar a todos bárbara y alevosamente[109]. ¡Así civilizaban ellos la España! ¡Y a los que se levantaban a vengar tamañas iniquidades los llamaban bandidos y salteadores! Esta perfidia no impidió que su ejecutor triunfase en Roma.

Ocurrió por entonces (98) un suceso que fue causa de que empezara a sonar en España el nombre del ilustre personaje con que hemos encabezado este capítulo, y que ejerció influjo grande en la condición social de la península española. Altamente incomodados los habitantes de Castulon con los excesos y desenfrenada licencia de la guarnición romana (que su mismo jefe no podía reprimir), determinaron, de acuerdo con los gerisenos, sus vecinos, vengar la insolencia de aquella soldadesca licenciosa. En una noche de invierno, cuando los soldados reposaban descansando de los excesos del día, cayeron sobre ellos los castulonenses, y ejecutaron no poca mortandad y estrago. Entre los que lograron salvarse huyendo de la ciudad lo fue el joven Q. Sertorio, que los mandaba en calidad de tribuno. Reunió Sertorio a los fugitivos, y con ellos revolvió arrojadamente sobre la ciudad, que sorprendida a su vez pagó con las vidas de muchos de sus hijos el atrevimiento de la noche. Sabedor de la complicidad de los gerisenos, dispúsose también a castigarlos, y disfrazando a sus soldados con los vestidos de los mismos habitantes de Castulon, encaminóse a la ciudad vecina, que tomándolos por sus amigos les franqueó sin dificultad las puertas. Una vez dueño de la población, la escarmentó con todo el rigor de las leyes de la guerra. Así aquel Sertorio, a quien después habremos de ver tan dulce, tan humano, tan amigo de los españoles, comenzó su carrera en España con dos sangrientas ejecuciones. ¡Tan familiarizados estaban entonces los romanos con la crueldad! Y en verdad que en aquella ocasión los españoles habían dado justo motivo a su resentimiento.

Desde España fue destinado este Sertorio a cuestor de la Galia Cisalpina, donde se hizo ya notable por su valor. En aquella campaña perdió un ojo, cuya circunstancia hizo decir a Plutarco; «Sertorio... tuerto como Aníbal. como Antígono y como Filipo, a ninguno de ellos fue inferior en claridad de entendimiento, pero lo fue a todos en fortuna, que le fue más adversa que a sus enemigos.»[110] En la famosa guerra civil que estalló en Roma entre Mario y Sila, guerra en que España se mantuvo neutral, limitándose a dar hospitalidad a los emigrados de uno y otro bando, Sertorio, ya por odio a la tiranía, ya por resentimiento hacia la facción de Sila que le había rehusado el consulado, se declaró por el partido de Mario, sin que por eso aprobara nunca sus sanguinarios excesos. Cuando Sila se hizo dueño de Roma, Sertorio fue comprendido en la proscripción de aquel tirano. Entonces se refugió a España, así por buscar en ella un asilo, como para suscitar aquí enemigos a Sila. Sertorio era sagaz, y conocía el secreto de ganarse el afecto de los españoles, secreto reducido a tratarlos bien y a ser generoso con ellos. Comenzó por ayudarlos a sacudir el yugo de los codiciosos pretores, y con esto se atrajo a varias ciudades de la Celtiberia, que olvidando el antiguo hecho de Castulon, le reconocieron por pretor de la provincia. Dedicóse a aliviarles los tributos, acuarteló las tropas para relevar a los pueblos de la incómoda y pesada carga de los alojamientos, y con otras semejantes medidas logró encender en los pechos españoles la misma llama que ardía en el suyo contra la tiranía de Sila; y habiéndosele agregado muchos romanos de los que había en España enemigos del dictador, juntó un ejército de nueve mil hombres con que se puso en actitud de hacer frente al dominador de Italia.

Noticioso de esto Sila, despachó contra él a Cayo Annio por las Galias con grande ejército. Sertorio por su parte envió a Livio Salinator con la mayor fuerza del suyo para que le interceptase el paso de las gargantas de los Pirineos. No se atrevió Annio a disputar a los soldados de Sertorio aquellos desfiladeros. En su lugar recurrió a la traición. Annio era digno lugarteniente de Sila. Logró ganar con dádivas a uno de los que militaban en las filas enemigas, el cual asesinó traidoramente a su jefe. Con esto sus tropas se desbandaron, pasándose unas a Annio y volviéndose

109 Id. p. 535.—Tit. Liv. Epist.—Eutrop. lib. IV.
110 Plut. Vit. Sertor.

otras a Sertorio, que no pudiendo sostenerse en España con el pequeño ejército a que quedaba reducido, determinó pasar a África. Siguióle Annio con una flota que sacó de Cartagena. Desde entonces se ve a Sertorio correr todos los azares de la suerte de un aventurero, ya apoderándose momentáneamente de Ibiza, ya dispersada por una borrasca su pequeña flotilla, ya meditando pasar a las islas Afortunadas, y ya volviendo a África, donde ganó algunos triunfos contra las tropas que allí enviaba Sila.

En tal situación recibe un mensaje de los lusitanos, convidándole a que viniera a ayudarlos a sacudir la tiranía romana. Con gusto accedió Sertorio a una solicitud que le proporcionaba ocasión y medios para combatir al tirano. Embarcóse pues con dos mil quinientos soldados y setecientos auxiliares de África, y burlando la vigilancia de los que en la costa bética intentaron impedir su desembarco, consiguió incorporarse con un cuerpo de cinco mil lusitanos que le esperaba (81). Más afortunado ahora que la vez primera en los diferentes encuentros que tuvo, hallóse al poco tiempo el proscripto de Sila dueño de una gran parte de la Bética, de la Lusitania y de la Celtiberia. Con siete mil hombres batió a cuatro generales romanos. Con estas hazañas y el amor que mostraba a los españoles, corrían estos gustosamente a alistarse en sus banderas. Veían en Sertorio un general de talento, de arrojo, de carácter amable, y aunque extranjero, protector de su libertad; porque él les repetía frecuentemente que no descansaría hasta librar la España de la opresión en que tan inmerecidamente gemía, que él mismo no tenía ya más patria que España, y que o la fortuna y los dioses le habían de ser muy adversos, o había de verla una nación grande, independiente y libre. Creíanle los españoles, porque estas palabras venían del hombre que cuando fue pretor les había rebajado los impuestos, y sobre todo porque las obras iban guardando consonancia con las promesas. Él organizó y equipó el ejército español a la romana, y supo lisonjear su orgullo dándoles hasta brillantes armaduras y lujoso vestuario. El botín lo distribuía íntegro entre los soldados no reservando nada para sí. Era un Viriato, que reunía además la política de la civilización romana.

Conociendo el influjo que lo maravilloso ejerce sobre los pueblos todavía rudos, tenía y llevaba siempre consigo una cierva blanca, a imitación de Numa y de la ninfa Egeria, y a ejemplo del mismo Mario y de la mujer siria que le acompañaba siempre. Persuadió Sertorío a los sencillos y supersticiosos españoles que por medio de la cierva se comunicaba con los dioses, y principalmente con Diana. Hízoles creer que la cierva le revelaba los secretos del porvenir, y cuando por sus espías sabia anticipadamente algún suceso favorable, aparecía la cierva coronada de flores, como fausto agüero de un acontecimiento próspero. Diestramente amaestrada, acercábasele entonces al oído, como para inspirarle la resolución que debería tomar. Miraban los españoles la misteriosa cierva con el más religioso respeto[111].

No podía el orgulloso Sila soportar en paciencia el engrandecimiento y prestigio que Sertorio iba tomando en España. Derrotados los generales que contra él había enviado, fue preciso que viniera el viejo Metelo Pío, acreditado por su prudencia, que se había hecho hasta proverbial. Pero Sertorio era más joven, era vigoroso y ágil; sus tropas, aunque inferiores en número, peleaban con el denuedo de quien defiende su libertad, tenían fe en su caudillo, y estaban acostumbradas a guerrear sin provisiones, sin tiendas y sin embarazos. Conocedor de todos los pasos y senderos, tanto como el más práctico cazador del país, sabia atraer al enemigo con sus tropas ligeras allí donde las pesadas legiones romanas no podían maniobrar libremente, o donde conocía que había de faltarles el agua o los víveres. Entonces caía de repente sobre ellas con sus españoles. Así fatigó al anciano Metelo, que no pudo resistir los efectos de tan sabia táctica. Puso Metelo sitio a Lacobriga, y cortó las aguas a los sitiados. Sertorio tuvo astucia para introducir en la ciudad hasta dos mil cueros llenos de agua, con otros bastimentos. Obligóle a levantar el sitio, y le derrotó en la retirada. No pudo Metelo hacer que progresara en España la causa del dictador.

La parte militar no era solo de lo que cuidaba Sertorio. Tan político como guerrero, quiso hacer de España una segunda Roma. Dividióla al efecto en dos grandes provincias o distritos; *Evora*, donde él tenía habitualmente su residencia, era la capital de la Lusitania: a *Osca* (hoy

111 Existen monedas del tiempo de Sertorio, en cuyo reverso se ve la figura de una cierva.

Huesca) hizo capital de la Celtiberia. En *Evora* estableció un senado compuesto de trescientos senadores, en general romanos emigrados[112] este senado ejercía la potestad suprema sobre ambas provincias, y tenía bajo su dependencia pretores, cuestores, tribunos, ediles y demás magistrados a estilo de Roma. Lo único que no tomó de su ciudad natal fue un título para sí: modestia, o política, es lo cierto que no quiso intitularse ni emperador, ni dictador, ni aceptar otro dictado que significase suprema magistratura. En Osca, o Huesca, creó una escuela superior, especie de universidad, donde se enseñaba la literatura griega y latina a los jóvenes de las principales familias españolas. Esta educación, que equivalía a un privilegio aristocrático, daba el nombre y derechos de ciudadanos romanos, y abría el camino a las magistraturas y a los cargos públicos. El mismo Sertorio solía asistir a los exámenes de esta escuela, y distribuir por sí mismo los premios de aplicación. Este instituto, al mismo tiempo que servia para ir civilizando a los españoles, servíale también para tener allí reunida y como en rehenes la juventud más distinguida de España. Sin embargo, ¿qué más hubiera podido hacer ningún español? ¿Y cómo no habían de amarle los españoles, sin mirar que fuese romano?

Vínole a Sertorio un refuerzo de donde menos lo podía esperar. Otro romano proscripto por Sila, Perpenna, que había vivido retirado en Cerdeña, encontróse por la muerte de Lépido al frente de veinte mil hombres. Seducido por los brillantes progresos que en España había alcanzado otro proscripto como él, vino también a la Península con la esperanza de atraerse un partido. Pero arrastrados sus soldados por la fama y el prestigio que gozaba Sertorio, pidieron a una voz reunirse a él. Perpenna tomó el único partido que le quedaba; ceder, y someterse mal de su grado a ser el segundo de Sertorio.

La muerte de Sila (79) libertó a Roma de su dura tiranía, y parecía deber esperarse que hubiera dejado también respirar a España. Pero entonces fue cuando el senado, identificado con la causa de aquel dictador, opuso a Sertorio un adversario formidable, el joven Pompeyo, «triunfador, dice Plutarco, antes de tener pelo de barba», y a quien Sila, que conocía bien su mérito, había decorado con el título de *Grande*.

De este modo se encontraban a un tiempo en España cuatro célebres generales romanos, dos de un bando, y dos de otro. Metelo y Perpenna eran capitanes experimentados, pero viejos: Sertorio y Pompeyo jóvenes fogosos y ardientes. Metelo y Pompeyo que defendían una misma causa, reunían sesenta mil hombres; Sertorio y Perpenua sobre setenta mil, comprendiendo ocho mil jinetes españoles, organizados a la romana por Sertorio, y en brillante estado.

Era Pompeyo arrogante y presuntuoso; había ofrecido que en pocos meses daría buena cuenta *de los restos de la facción de Mario*, que así se llamaba por desprecio al ejército de Sertorio. Tenían éste y Perpenna cercada a Laurona (*Liria* en la provincia de Valencia). Acudió Pompeyo y envió a decir con jactancia a los lauronenses, «que no tardarían en ver sitiados a sus sitiadores.» Súpolo Sertorio, y respondió: *«Yo enseñaré a ese aprendiz de Sila que un buen general mira más detrás de sí que hacia adelante.»* Y en efecto, cuando Pompeyo pensaba cercar al enemigo, encontróse él cercado por todas partes. La pérdida de diez mil hombres fue la primera lección que recibió la vanidad de Pompeyo, y la ciudad fue tomada e incendiada a su vista (76). Aún pudieron calentarle sus llamas. Metelo y Pompeyo se retiraron a las faldas de los Pirineos; Sertorio y Perpenna volvieron a la Lusitania (77).

Al año siguiente un cuerpo del ejército sertoriano mandado por Hirtuleyo, fue derrotado por Metelo en Itálica, muriendo el mismo Hirtuleyo con diez y ocho mil de los suyos, que fue horrorosa mortandad si los historiadores no la exageran. Entretanto Sertorio tomaba a Contrebia, una de las

112 «Ordenó, dice Mariana, un senado de los españoles principales.» Lib. III, cap. 12. En casi todos los escritores hemos hallado que aquel senado se compuso de romanos exclusivamente, y aún añaden que esto fue causa de que los españoles empezaran a disgustarse de Sertorio. Todo induce a creer que si algún español pudo ser admitido en aquella asamblea, la gran mayoría por lo menos debió ser de romanos, así por su mayor ilustración, como por ser sabido que Sertorio en el fondo de su corazón se conservó siempre romano, y que su defecto para España fue no haber querido renunciar nunca a ser ciudadano del Tíber.

más fuertes plazas romanas, en cuyo sitio se habla de haberse empleado el combustible aplicado a las minas para volar las murallas, cuyos efectos asustaron a los sitiados y los movieron a rendirse.[113]

Muchos fueron los encuentros, combates y batallas que se dieron entre los cuatro ejércitos, ya reunidos, ya separados, ora regidos por los principales generales, ora por sus lugartenientes, de que fuera enojoso e inútil contar todos los lances y pormenores. En una ocasión (75), en los momentos de ir a empeñarse una acción entre Sertorio y Pompeyo llególe a aquel un mensajero con la nueva de haber sufrido dos derrotas su aliado Perpenna. Conocia el mal efecto que en ocasión tan crítica habría de hacer aquella noticia en sus tropas, y para que nadie pudiera saberla más que él atravesó con su propia espada al desgraciado mensajero de aquella nueva fatal. Y como en medio de la lucha viera desordenarse y cejar su ala izquierda; «¿dónde están mis españoles?» gritó; «¿dónde están esos españoles que han jurado defenderme hasta la muerte? Id, id a vuestras casas, que para buscar la muerte basto yo solo.» Y picando los ijares a su caballo se precipitó temerariamente sobre las primeras filas enemigas. Realentaron aquellas palabras el valor de los fugitivos, y volviendo denodadamente a la pelea, se declaró el triunfo por los españoles, a tal punto que hubieran aniquilado el ejército enemigo, sin la casualidad feliz para Pompeyo de haberse aparecido Metelo y llevádole oportuno socorro. Entonces fue cuando Sertorio pronunció aquellas célebres, incisivas y arrogantes palabras: «sin la venida de esa *vieja* (por Metelo), ya hubiera yo enviado a Roma a ese *muchachuelo* (por Pompeyo) muy bien azotado.»

Durante esta batalla extraviósele su querida cierva, de lo cual dedujo (entiéndese que para sus soldados) que se la había arrebatado Diana, enojada por el poco ardor con que algunos se habían conducido en la refriega. Habiendo parecido después y saludádole con sus acostumbradas caricias, dijo que venia a comunicarle de parte de la diosa que se reconciliaba con los españoles y los favorecería siempre, con tal que ellos no volvieran a flaquear en los combates, como lo habían hecho por un momento el día anterior. Así sacaba partido el sagaz romano de la supersticiosa credulidad de los españoles.

En otro encuentro cerca de Segontia (Sigüenza), en que hubo choques sangrientos, y alternativas varias (que ya los reveses mismos habían enseñado a Pompeyo a vencer), hirió Sertorio con su propia lanza al viejo Metelo, a quien por fortuna suya pudieron salvar sus soldados cubriéndole con los escudos. Dio luego orden Sertorio a los suyos para que se diseminaran en pequeñas partidas y fueran a reunírsele en Calahorra. Era un ardid de guerra. Súpose que irían a sitiarle allí los dos generales enemigos, y conveníale entretenerlos mientras por otro lado reclutaban sus oficiales nuevas fuerzas. Así se verificó todo. Cuando le pareció oportuno, hizo una salida repentina de la ciudad, y dejó burlados a los sitiadores. Hízose el anciano Metelo la ilusión de que aquello era una retirada, atribuyólo a miedo de caer en sus manos, y loco de alegría se decretó a sí mismo los honores del triunfo.

Preciso era que al buen anciano se le hubiera debilitado algo la razón con la edad, porque habiendo pasado a invernar a Córdoba, hacía que los pueblos de la Bética le dieran título y trato de emperador; presentábase en público coronada la cabeza y ataviado con las vestiduras triunfales; coros de jóvenes y doncellas cantaban sus victorias mientras comía, y entonaban himnos de alabanza compuestos por los más hábiles poetas. Representábanse en su presencia dramas alegóricos que tenían por objeto celebrar sus hazañas. El humo de sus imaginarios triunfos llegó a desvanecerle hasta el punto que un día se hizo erigir un trono recamado de oro y plata en un magnífico salón cubierto de tapicería: sentóse en él el infatuado general, y mientras se quemaba incienso en honor del héroe, una Victoria bajaba del cielo y se dignaba asentar una corona sobre su cabeza con propia mano. No sabemos qué admirar más, si la fatuidad del que así se hacia divinizar, o la baja adulación de los que cooperaban a la ridícula apoteosis. No quiso tampoco privarse de la gloria de poner su nombre a algunas ciudades, y entre ellas debió contarse la llamada Cecilia Metellina, acaso la moderna Medellin.

113 Fragmento de Tito Livio, publicado por Giovenazzi y Brunks, y citado por Romey.

Mientras de este modo se hacia Metelo, con mengua y daño de su razón, tributar honores casi divinos, Sertorio reforzaba su ejército, le disciplinaba y ejercitaba, y poníale en estado de reparar sus pasadas quiebras. Adoptando entonces un sistema de guerra semejante al de Viriato, a que ya antes había mostrado afición, por todas partes aparecían escuadrones y partidas sertorianas, que cayendo rápidamente sobre el enemigo le cortaban los víveres, le atajaban los desfiladeros, le interceptaban los caminos, y le hostigaban sin tregua ni descanso. Pompeyo y Metelo.concertáronse para poner sitio a Palencia (75), ciudad que había dado siempre mucho que hacer a los romanos. Disponíanse ya a asaltarla cuando apareció Sertorio. Huyeron los enemigos, a quienes persiguió hasta los muros de Calahorra, donde les mató hasta tres mil. No les dejaba respirar, ni les daba tiempo para avituallarse; redújoles así a un estado de penuria insoportable a tropas regulares: aproximábase otro invierno, estación en que comúnmente nada se atrevían a emprender en España los romanos, y todas estas causas reunidas movieron a Metelo a retirarse a su predilecto país de la Bética; Pompeyo traspuso esta vez los Pirineos y no paró hasta la Galia Narbonense.

Desde allí escribió al senado aquella célebre carta en que le decía: «He consumido mi patrimonio y mi crédito: no me queda más recurso que vos; si no me socorréis, os lo prevengo, mal que me pese tendré que volver a Italia, y tras de mí irá todo el ejército, y detrás de nosotros la guerra española.»[114] Éste era aquel Pompeyo que había venido a España con ínfulas de acabar con Sertorio en contados meses. Hubiera podido entonces Sertorio cruzar la Galia y los Alpes como otro Aníbal, y más contando con las simpatías de muchos pueblos de Italia. Pero Sertorio no quería dejar de ser romano. Amaba a su patria, donde tenía una madre a quien idolatraba, y de cuyo extraordinario amor filial no hay historiador que no haya hecho especial mérito. Su deseo era regresar a Italia pacíficamente, y que el senado revocara el decreto que le tenía proscrito. Con esta condición proponía la paz, pero tuvo el dolor de ver rechazadas sus proposiciones.

Entretanto España se iba amoldando al gobierno y a las costumbres de aquella misma Roma que combatía: los españoles se llamaban ciudadanos romanos; Evora y Huesca eran ya ciudades ilustradas, que habían adoptado letras, artes, idioma y legislación romanas: el mismo Sertorio se vanagloriaba de haber hecho una Roma española, de haber trasladado Roma a España[115].

La fama de las proezas de Sertorio había llegado al Asia, y Mitridates, rey del Ponto, que buscaba en todas partes enemigos a Roma, al tiempo de renovar por tercera vez la guerra contra los romanos, despachó embajadores a Sertorio solicitando su alianza. Éstos, después de compararle a Pirro y Aníbal, le ofrecieron a nombre de su rey una suma de tres mil talentos y cuarenta galeras equipadas para combatir a los romanos en España, con tal que él le enviara un refuerzo de tropas al mando de uno de sus mejores oficiales. Pero Sertorio, fiel a la causa de su patria, contestó con dignidad, y aún con algo de altivez: «No acrecentaré yo nunca mi poder con detrimento de la república: decidle que guarde él la Bitinia y la Capadocia que los romanos no le disputan, pero en cuanto al Asia Menor no consentiré que tome una pulgada de tierra más de lo que se ha convenido en los tratados.» Cuando esta contestación le fue comunicada a Mitrídates, exclamó: *«Si tales condiciones nos impone hallándose proscrito, ¡qué seria si fuese dictador en Roma!»* Sin embargo, aceptó el tratado con aquella cláusula, y envió a Sertorio los tres mil talentos y las cuarenta galeras, que él fue a recibir a Denia, ganando a Valencia de paso (74).

Pero estos eran los últimos resplandores de la gloria de Sertorio. Aquel Metelo que por pequeñas o imaginadas victorias se había hecho incensar como una divinidad, determinó deshacerse por la traición de un enemigo a quien no obstante todas sus ilusiones no podía vencer. Pregonó entonces su cabeza, y púsola a precio, ofreciendo por su vida mil talentos de plata y veinte mil arpentas de tierra. Y como éste coincidiese con haber recibido Pompeyo refuerzos que el senado le enviaba en virtud de su enérgica reclamación, y con haberse empezado a notar deserción en las filas

114 Sallust. Hist. lib. III.

115 Pensamiento que expresó el gran Corneille en una de sus tragedias con aquel célebre verso que puso en boca de Sertorio:

Romme n'est plus dans Romme, elle est toute où je suis.

Roma no está ya en Roma, está donde estoy yo.

sertorianas de parte de los soldados romanos, que estaban viendo el instante en que se quedaban sin su jefe, mil negros presentimientos comenzaron a ennublecer y turbar la imaginación ya harta melancólica y sombría de Sertorio. Recelando de la lealtad de los romanos, su mismo recelo le hacia tratarlos con aspereza y severidad. Habiendo confiado la guarda de su persona exclusivamente a españoles, esta preferencia excitó en aquellos el resentimiento y la envidia, y poco a poco le iban abandonando. Entonces pudo conocer de parte de quién estaba la lealtad, y cuán injusta había sido la predilección con que antes había mirado a los romanos sobre los indígenas, pero era ya tarde.

Mortificado además con la perpetua ansiedad que le agitaba, obróse en su carácter un cambio completo. El negro humor que le dominaba hízole áspero, duro, caprichoso y cruel. Por simples y ligeras sospechas, castigaba con inexorable rigor las ciudades que le estaban sometidas. Aprovechándose de esta disposición sus tropas, vejaban los pueblos con todo género de violencias y extorsiones, pregonando que lo hacían de orden de su jefe. Y como el edicto de Metelo le hiciese ver en cada uno de los que le rodeaban un conspirador y un aspirante al premio de su muerte, a tal punto se extravió su razón, que hizo perecer en el suplicio una parte de los jóvenes nobles que se educaban en Huesca, vendiendo a otros como esclavos. Tan cruel desahogo de su exaltada bilis acabó de exacerbar los ánimos con gran satisfacción de los que trabajaban por hacerle odioso, y muchas ciudades se entregaron a Metelo y Pompeyo, que con tal motivo caminaban boyantes y victoriosos.

No eran, sin embargo, infundadas las zozobras del inquieto y desatentado general. La conjuración existía. El viejo Perpenna, que desde el principio se había resignado mal a ocupar un segundo puesto en el ejército, era el alma de la conspiración, en la cual había hecho entrar a muchos oficiales. «Para honor de España, dice un escritor extranjero, hay que confesar que ninguno de los conjurados era español; todos eran romanos.» El cobarde Perpenna discurrió ejecutar su abominable proyecto en un festín, pero era difícil hacer concurrir a él al melancólico y mal humorado Sertorio. Para conseguirlo fingió una carta en que uno de sus lugartenientes le noticiaba una victoria alcanzada sobre los enemigos, y díjole que para celebrarla se había dispuesto un banquete. Asistió, pues, Sertorio. Los convidados se entregaron de propósito a una inmoderada alegría. En medio de ella dejó caer Perpenna una copa de vino; era la señal convenida: el que se sentaba al lado de Sertorio, le atravesó con su espada: quiso el desgraciado incorporarse, pero sujetándole el asesino al respaldo del sillon, cosiéronle a puñaladas los demás conjurados. Desastroso y no merecido fín del hombre a quien los españoles llamaban el Aníbal romano, y que por espacio de ocho años había estado haciendo dudar si la España seria romana, o si Roma seria española (73).

Según Veleyo Patérculo, esta trágica y horrorosa escena se verificó en *Etosca*, hoy Aytona, a algunas millas de Lérida.

Si en los traidores pudiera tener cabida el pundonor, debió Perpenna haber muerto de remordimiento y de bochorno, cuando abierto que fue el testamento de Sertorio se vio que le tenía nombrado heredero y sucesor suyo. Tan horrible pareció a todos entonces la perfidia, que faltó poco para que fuese despedazado. Reservábale no obstante Pompeyo el castigo que merecía su detestable hazaña. Apenas se posesionó de su ambicionado puesto de general en jefe de las tropas, le atacó Pompeyo y le derrotó completamente. El cobarde Perpenna se había escondido entre unos matorrales: de allí le sacaron unos soldados: el traidor quiso evitar la muerte presentando a Pompeyo las cartas cogidas a Sertorio, en las cuales se cree resultaban comprometidos muchos personajes de Roma. Pompeyo con loable generosidad las hizo quemar sin leerlas, y mandó dar muerte al execrable traidor con algunos de sus cómplices. Uno de ellos, Aufidio, fue a África a arrastrar una vida infame y mísera, mil veces más desastrosa que la muerte.

En cuanto a los españoles, aquella guardia sertoriana de devotos que habían jurado no sobrevivir a su amado jefe, cumpliéronlo con su fidelidad acostumbrada, haciendo el sacrificio sublime, sin ejemplo en los anales de otros pueblos, de quitarse la vida unos a otros. Imposible es llevar a más alto punto la devoción y la fidelidad, el respeto a los juramentos, el desprecio dela vida,

y la austeridad y rigidez de costumbres. Tales eran los españoles de aquella edad. Así se ve confirmado lo que de ellos dijimos en el capítulo primero de esta obra.[116]

Fuéronse rindiendo a Pompeyo unas tras otras las ciudades de España, algunas no sin resistencia. Terrible fue todavía la de Calahorra. La pluma se resiste a dibujar el cuadro espantoso que ofreció esta ciudad en su obstinada defensa. El hambre que se padeció fue tal, que según Valerio Máximo se salaban los cadáveres para que pudiesen alimentar a los que aún sostenían el peso de las armas...[117] Apartemos la vista de las repugnantes escenas de aquella heroica barbarie. Pompeyo destruyó la ciudad, y degolló con crueldad menos heroica, pero no menos bárbara, el resto de sus infortunados habitantes. Con la destrucción de Calahorra, acabó de sometérsele la España.

Pompeyo y Metelo fueron a Roma a compartir los honores del triunfo. Así acabó la famosa guerra de Sertorio.

---

116 Citase, aunque dudan todavía algunos de su autenticidad, el siguiente epitafio que aquellos heroicos españoles dejaron escrito.

HIC MULTÆ QUÆ SE MANIBUS
Q. SERTORII TURMÆ, ET TERRÆ
MORALIUM OMNIUM PARENTI
DEVOVERE, DUM, EO SUBLATO,
SUPERESSE TÆDERET, ET FORTITER
PUGNANDO INVICEM CECIDERE,
MORTE AD PRÆSEMS OPTATA JACENT,
VALETE, POSTERI.

«En este sitio numerosas cohortes se sacrificaron a los manes de Q. Sertorio, y a la Tierra, madre de todos los hombres. Privados de su jefe, la vida se les hacía una carga pesada, y combatiendo unos con otros supieron darse la muerte, objeto de sus votos. Reciba la posteridad nuestro último adiós.»

117 Val. Max. lib. VII. Cap. 6.

CAPÍTULO V.
JULIO CÉSAR EN ESPAÑA.
Desde 73 antes de J. C. hasta. 48.

Primera venida de César a España.—Vuelve en calidad de pretor.—Carácter ambicioso de César.—Su crueldad con los habitantes del monte Herminio.—Va a La Coruña y a Cádiz.—Ley para corregir la usura en España.—Enormes riquezas que saca de la Península.—Vuelve a Roma y compra con ellas la dignidad consular.—Primer triumvirato romano.—Triunfos de César en las Galias.—Pasa el Rubicón, y va a Roma contra Pompeyo.—Se hace dictador.—Viene tercera vez a España.—Asombrosa campaña en que vence a Petreyo y Afranio.—Somete también a Varrón en la Bética. —Hace a todos los moradores de Cádiz ciudadanos romanos.—Vuelve a Roma, y se hace otra vez dictador.—Gobernadores de España.

Sosegada España después de la guerra de Sertorio, aunque no tranquilos los ánimos, sino reprimidos hombres y pueblos bajo la férrea autoridad de los pretores, ningún acontecimiento notable que la historia haya trasmitido ocurrió por algunos años sino la venida de Julio César (69), que hubiera pasado también desapercibida, puesto que era entonces un simple cuestor militar, si este personaje no hubiera estado destinado a desempeñar tan gran papel en España y en el mundo. En esta ocasión se dejó ya revelar su grande alma; no con hechos brillantes, sino con una que podríamos llamar heroica flaqueza.

Visitando los pueblos en ejercicio de su cargo llegó a Cádiz, y habiendo visto en el famoso templo de Hércules el busto de Alejandro el Grande, dicen que lloró contemplando que a la edad en que Alejandro había conquistado ya un mundo, él no había hecho nada memorable[118]. Sin embargo, no se había ocultado ya a la perspicacia de Sila ni la ambición ni los altos pensamientos de César, puesto que antes de esta época había dicho ya de él: «este joven llegará a ser otro Mario.» Nada hizo entonces en España digno de especial mención. Ansioso de buscar ocasiones en que ganar gloria, regresó a Italia, donde fue obteniendo diferentes magistraturas.

Nueve años después volvió a España ya en calidad de pretor (60). Ya entonces era conocido también su célebre dicho, cuando al pasar por una miserable aldea de los Alpes dijo a sus amigos: *«Más querría ser el primero en esta aldea que el segundo en Roma.»* A un hombre que venia poseído de tan elevadas y ambiciosas miras, no podía contentarle el estado de quietud en que encontró a España. Necesitaba, si no le había, discurrir un pretexto que le proporcionara medio y ocasión en que desarrollar la actividad de su genio y en que adquirir méritos para ir conquistando aquella soberanía, aquel primer puesto que tan anticipadamente ambicionaba. Diéronsele, a falta de otro, los habitantes del monte Herminio (sierra de la Estrella), de quienes supo que acuadrillados inquietaban las comarcas vecinas de aquella parte de la Lusitania, y a quienes excusado es decir que calificaba de bandidos y salteadores. Fuese, pues, contra ellos al frente de quince mil hombres, y so color de que sus casas eran unas guaridas perpetuas de ladrones, las hizo derruir obligándolos a abandonar la montaña y establecerse en las llanuras, degollando a los que rehusaban obedecer y persiguiendo a muerte a los fugitivos. Algunos de estos montañeses, hijos de los que tan temibles se habían hecho a Roma con Viriato y con Sertorio, lograron en su fuga ganar una de las pequeñas isletas de la costa de Galicia frente al puerto de Bayona, donde se creyeron seguros de las lanzas romanas. Pero habiendo observado César lo bajas que estaban las aguas por aquella parte, en balsas que al efecto mandó construir despachó un destacamento de sus tropas a la isla. Sobrevino luego la subida de la marea y se llevó las balsas. No les hicieron falta a los soldados romanos para volver; los herminienses los habían degollado a todos; uno sólo quedó con vida, Publio Sceva, que salvándose a nado pudo llevar a César la noticia del desastre. Irritado el pretor con tan humillante golpe, pidió una flotilla a Cádiz, y embarcándose en ella con bastante gente, acabó con todos aquellos infelices, que el hambre tenía ya flacos, extenuados y sin fuerzas para defenderse. Así comenzaban su carrera en España todos los generales romanos.

118 Sueton., in Vit. Cæsar.

Costeando desde allí César por el litoral de Galicia, arribó al puerto Brigantino (hoy La Coruña), cuyos habitantes, acostumbrados a navegar en botes o barcas de mimbres forradas con pieles, se sorprendieron grandemente a la vista de las naves romanas, con sus infladas velas, sus altos mástiles y sus adornadas proas, así como con las brillantes armaduras de los guerreros que en ellas iban: dejaron sin dificultad desembarcar los soldados, y sobrecogidos de una especie de estupor religioso, se sometieron a César.

Volvióse éste desde allí a Cádiz, sin emprender nnevas conquistas: ni el país le daba ocasión para ello, ni le interesaba entonces tanto conquistar como adquirir dinero. César ofreció en aquella sazón un ejemplo de cuánto es más fácil hacer leyes para reformar a otros que aplicarse la reforma a sí mismo. Dio una ley para refrenar la usura que en aquel tiempo ejercían los ricos con escándalo en España. Habíanse arrogado el derecho de despojar a los deudores de sus tierras, que ellos tampoco cuidaban de cultivar, con gran detrimento de la agricultura. César prohibió la expropiación forzosa por deudas, y limitó los derechos de los acreedores a las dos terceras partes de los productos de las fincas hasta la total extinción de los débitos. Con esto hizo un gran bien a las clases pobres. Pero hubiérale hecho mayor a toda España si él no se hubiera dado tanta prisa a amontonar riquezas. Cuando le fue conferido el gobierno de la Península, había estado él mismo detenido en Roma por las reclamaciones de sus acreedores, a quienes debía la enorme suma de ochocientos treinta talentos de oro (que equivalían a muchos millones de reales), sin poder partir hasta que el opulentísimo Craso hubo de salir por fiador suyo. Cuando volvió a Italia, es decir en menos de dos años de pretorado en España no solo llevó lo bastante para solventar sus deudas, sino que le quedó aún para ganar con larguezas gran número de amigos que le elevaran al consulado.

Obtuvo, pues, la dignidad consular (59), que prefirió a los honores del triunfo. Roma se hallaba dividida en dos bandos que capitaneaban Craso y Pompeyo. César supo ganarse la voluntad de ambos, y entre los tres se formó el primer triumvirato de que hace mención la historia romana. El senado elogió grandemente a César por haber dado fin a una rivalidad tan peligrosa para la república. Sólo Catón comprendió que Roma había perdido su libertad. En efecto los triumviros se hicieron dueños de la dirección de los negocios públicos, y Catón y Cicerón que se atrevieron a alzar su voz contra ellos, no hicieron sino exponerse a su venganza. César, para mejor asegurarse la amistad de Pompeyo, le dio en matrimonio su hija Julia. Todos tres habían estado en España: Pompeyo y César como generales: Craso, proscrito en tiempo de las guerras de Sila y Mario, había hallado en España una hospitalidad generosa, a que por cierto no había correspondido con gratitud.[119]

Trascurrido el año consular de César, y distribuido el mando de las provincias entre los triumviros, partió César para las Galias y la Iliria, cuyo gobierno le había tocado: Craso tomó el de Egipto, la Siria y la Macedonia; Pompeyo el de España. Los brillantes triunfos de César en las Galias le afirmaron más en su pensamiento de hacerse el soberano de la república. La muerte de Craso (57) disolvió el triumvirato, dejando ya solos frente a frente a César y Pompeyo. Amigos en la apariencia, pero rivales y enemigos en el fondo de su alma, el lazo de Julia, a quien ambos amaban tiernamente, el uno como padre, como esposo el otro, era el que los había mantenido exteriormente unidos. Murió Julia, y cesó ya entre ellos todo miramiento y consideración. Y como ambos aspiraban al mando supremo de la república, y ni Pompeyo sufría superior ni César sufría igual, pronto estalló la enemistad de un modo estruendoso y fatal para Roma, fatal también para

119 Había estado ocho meses oculto en una gruta, entre Ronda y Gibraltar, perteneciente al rico español Vivio Pacieco, el cual le prodigó allí toda clase de auxilios con la mayor solicitud y esmero. Cuando la suerte se volvió del lado de su partido, salió de la gruta, y con algunas tropas de su bando devastó el mismo país que le había servido de asilo. Málaga, que habia estado un poco remisa en satisfacer un pedido suyo, fue inexorablemente saqueada. Por estos medios se hizo Craso el más opulento de los romanos. Así no es extraño que pudiera dar un día a todo el pueblo romano aquel célebre banquete en que hizo distribuir a cada convidado todo el trigo que podría comer en tres meses. Cuando murió en la guerra contra los partos, un ciudadano romano hizo echar oro derretido en su boca para insultar su avaricia.

España, que tuvo la desgracia de ser elegida teatro de sus sangrientas contiendas, como luego vamos a ver.

Pompeyo se había quedado en Roma, rigiendo desde allí la España por medio de sus lugartenientes. Primero llegó a ser nombrado cónsul único: después influyendo para que se nombraran cónsules enemigos de César, logró un decreto del senado mandando a César que resignara el mando del ejército. Contestó César que obedecería a condición de que se obligara también a Pompevo a renunciar el mando del que en Roma había levantado contraviniendo a las leyes. El senado repitió la orden a César, intimándole que si no obedecía, seria declarado traidor a la patria. Comprometida y delicada era la situación de César: reflexiona, medita sobre ella y sobre los males de una guerra civil; pero dueño de las Galias, contando con un ejército aguerrido, victorioso y adicto a su persona, y con un partido numeroso que a fuerza de oro había ganado (que para esto le servía el oro de España y de las Galias), opta por la guerra: *«la suerte está echada»,* dice, y pasa el Rubicón.[120] Grande fue la consternación de Roma, Cicerón había preguntado a Pompeyo con qué fuerzas contaba para detener a César: *«Me basta,* respondió el presuntuoso romano, *sacudir con el pie la tierra para hacer que broten legiones.»* Al saberse la aproximación de César, le dijo Favonio: *«Ea, gran Pompeyo, da un golpe en la tierra, y haz que salgan las legiones prometidas.»* Mas loque hizo Pompeyo fue huir de Roma, olvidándose con la premura hasta de recoger el tesoro público, de que supo aprovecharse muy bien César. Retirado Pompeyo a Dirraquio, quedó César de dictador en Roma (49).

España va a ser el campo en que los dos grandes hombres se disputarán el imperio del universo. César encomienda a Marco Antonio la defensa de Italia, y él determina venir a España a combatir aquí a los generales de Pompeyo.

En todo el tiempo que había mediado desde su estancia como pretor, España había estado pacífica con la paz de los oprimidos. Sólo en el año 55 una gran muchedumbre de cántabros, llamados por sus hermanos y vecinos de las Galias, habían ido a darles socorro, conducidos por acreditados y valerosos jefes que habían hecho la guerra con Sertorio. Pero esta expedición había sido tan infortunada, que en ella ejecutaron los romanos una de aquellas carnicerías horribles con que hace estremecer la relación de las guerras de la antigüedad. Treinta y seis mil dicen que murieron[121].

Desde entonces volvió a quedar tranquila. Viene ahora César con formidable ejército, dividido en dos grandes cuerpos, uno al mando de Fabio, por los Pirineos, otro por la costa, regido por él en persona. Los dos generales de Pompeyo, Afranio y Petronio, debían interceptar el paso a Fabio, mientras Varrón desde Cádiz había de enviar una flota contra César. Pero Varrón faltó, y Fabio atravesó los Pirineos sin obstáculo, y César desembarcó en Ampurias y tomó la vuelta del Ebro. Fabio acampó en la confluencia del Segre y del Cinca. Los pompeyanos lo hicieron en una colina a trescientos pasos de Lérida. Después de algunos encuentros parciales llegó César con novecientos jinetes, y formó el proyecto de incomunicar al enemigo con la ciudad. Empeñóse con este motivo un recio combate, en que después de haber perecido muchos soldados de César, logró todavía su ejército rechazar a los de Pompeyo y empujarlos hasta cerca de Lérida. Pronto conocieron que habían avanzado más de lo que convenía. Una nueva fuerza de pompeyanos, la mayor parte españoles, cargó sobre ellos, y rompiendo sus filas recobró la posición disputada[122].

Sobremanera apurada llegó a ser la situación de César. Encerrado con su ejército entre dos ríos, el Cinca y el Segre, cuyas aguas acrecidas con las abundantes lluvias de la primavera,

---

120 Este paso del Rubicón adquirió tanta celebridad, porque había un decreto que declaraba enemigo de la patria al general que pasara con tropas armadas este pequeño riachuelo.

121 Cæsar, De Bell. Gall. lib. III.

122 «Los soldados de Afranio (que eran españoles en su mayoría), escribió después César, tenían una táctica singular: lanzábanse con impetuosidad sobro el enemigo, apoderábanse atrevidamente de una posición, y sin guardar filas combatían en pelotones. Si se veían obligados a ceder a fuerzas superiores, retirábanse sin bochorno, no creyendo que hubiese honor en resistir temerariamente. Los lusitanos y demás bárbaros los habían acostumbrado a este género de combate.» De Bell. Civ. lib. I.

arrastraron con violencia los puentes y le cortaron toda comunicación, perecía de hambre viendo llegar a la opuesta orilla los carros de vituallas y municiones que de la Galia le enviaban, sin poder aprovecharse de ellos, y con riesgo de que cayeran en poder del enemigo. En tan crítica situación, otro general de menos recursos que César, hubiera caído de ánimo. Mas él, haciendo construir apresuradamente unos ligeros botes, logró pasar el Segre con parte de sus tropas, por un sitio cuya vista encubrían a los enemigos las eminencias vecinas. Tomando luego posición en un cerro, que fortificó, pudo echar un puente, por el cual pasó con la caballería, carros y tropas auxiliares de las Galias. Entonces toma la ofensiva y pone en fuga a los enemigos. En tan feliz ocasión, llega la noticia de una victoria ganada por su escuadra sobre la de Pompeyo en las aguas de Marsella: difúndese la nueva por aquellas comarcas, y los lacetanos, ausetanos, cosetanos e ilercavones, que hasta entonces se habían mantenido neutrales, ofrecen a César su amistad, y le asisten con todo género de recursos. Otros pueblos del interior le envían igualmente diputados, manifestándole estar dispuestos a seguir sus banderas. Ya tenemos españoles militando en uno y otro partido: ¡lamentable ceguedad!

Con esto cambió completamente la situación de ambos ejércitos. Los generales de Pompeyo resolvieron llevar la guerra a la Celtiberia, donde contaban más parciales y esperaban poder sostenerse mejor: más para eso tenían que cruzar el Ebro. Advertido de ello César, hace que su caballería, vadeando el Segre, pique la retaguardia del enemigo: al día siguiente, la infantería pide atravesar el río a nado: César aparenta concedérselo como una gracia, como quien contemporiza con el ardor del soldado, y el ejército ejecuta esta difícil operación con el agua hasta el cuello, sin desgraciarse un solo hombre. Entonces persigue, molesta, acosa al enemigo por medio de hábiles combinaciones, de diestras maniobras y de evoluciones rápidas y sabiamente entendidas. Proponíase César economizar la sangre de sus soldados, y vencer sin empeñar batalla: su estrategia traía aturdidos a Afranio y Petreyo, que por todas partes se hallaban cortados; con fingidas retiradas los atraía a las posiciones que le convenían más; sería difícil seguirle en todos sus movimientos. Reducidos los pompeyanos a una situación casi desesperada, piden un armisticio y se les concede: peor para ellos; los soldados de uno y otro ejército se mezclan, fraternizan y se van dejando seducir de los cesarianos; nótalo Petreyo, y ejecuta crueles castigos en los débiles y arenga enérgicamente a los demás. Comprenden entonces ambos generales la necesidad de variar de plan, e intentan retroceder a Lérida: César los sigue, los envuelve y los hace detenerse a mitad de camino, donde pasan tres días faltos de agua y de víveres, y sin poder moverse ni atrás ni adelante; intentan forzar las líneas de César, pero extenuados de hambre y de sed, tienen que rendirse; piden capitulación, y se les concede bajo juramento de que regresarían a sus hogares para no volver a empuñar las armas contra César, y que los españoles se retirarían libremente a sus casas, las condiciones fueron aceptadas y cumplidas.

Así terminó la primera campaña de César contra los generales de Pompeyo, casi sin efusión de sangre. La habilidad que desplegó en ella realzó al más alto punto su fama de gran capitán.

Fuele aún más fácil la segunda. No quedaban ya en España más fuerzas pertenecientes a Pompeyo que las que mandaba Varrón en la Bética; en todo, sobre veinte y cinco mil hombres. Había hecho Varrón construir muchas naves en Cádiz y Sevilla, y preparóse a todo evento, trasladando a la casa del gobernador los tesoros del templo de Hércules Gaditano. No bastando esto a su codicia, exigió exorbitantes impuestos a las ciudades que sospechaba más adictas a César, con lo que se atrajo, como era natural, la animadversión de los pueblos. Suponiendo César muy fundadamente que con esto el espíritu público de aquellas provincias estaría muy inclinado a su favor, despachó al tribuno Casio para que invitara a las ciudades de la Bética a concurrir por medio de representantes a Córdoba, donde se hallaría él en determinado día. Hiciéronlo así la mayor parte de los pueblos, y César con seiscientos jinetes escogidos hizo su entrada en Córdoba, y recibió en audiencia, con aire ya de vencedor, a los magistrados de las ciudades.

Todavía intentó Varrón un golpe de mano sobre Córdoba; pero la ciudad, contenta con su nuevo huésped, le cerró las puertas. Revolvió sobre Carmona, y halló que la guarnición había sido

arrojada por los habitantes. Un cuerpo de cinco mil españoles le abandonó retirándose a Sevilla. Perdido estaba Varrón; ni la posibilidad de huir le quedaba; no tuvo otro remedio que enviar un legado a César, ofreciéndole la sumisión con la única legión que le quedaba: admitióla César a condición que hubiera de darle severa cuenta de su conducta.

Viose entonces en Córdoba una escena sublime, afrentosa para Varrón, honrosa para César, consoladora para los pueblos. Congregó César la asamblea de los representantes; mandó comparecer a Varrón, y allí públicamente a presencia de los diputados le pidió estrecha cuenta de las sumas que arbitrariamente había exigido. César prometió solemnemente que sería restituido todo a las ciudades despojadas, y dando gracias a los mandatarios por el buen espíritu que éstas en su favor habían manifestado, y ofreciéndoles su protección, despidióse de ellos dejándolos prendados de su generosidad y grandeza.

Desde allí pasó César a Cádiz, donde le esperaba igual acogida. Mandó devolver al templo de Hércules los tesoros extraídos por Varrón, y promulgó varios edictos de utilidad pública. Deseoso de corresponder al buen recibimiento de Cádiz, declaró a todos sus habitantes ciudadanos romanos, distinción en aquel tiempo muy envidiada. Así Cádiz, ciudad romana casi desde la expulsión de los cartagineses, acabó de romanizarse con este privilegio.[123]

Embarcóse seguidamente César para Italia en la misma flota construida por Varrón, dejando por gobernadores de España a Lépido y Casio. A su paso por las aguas de Marsella conquistó esta ciudad que se le mantenía enemiga, después de un sitio célebre que inmortalizó la patriótica musa de Lucano, y de regreso a Roma fue nombrado dictador.

123 Flor. lib. IV.—Dion. Cass. XL1.—Plut. in Vitt. Casar..—Oros. lib. VI.—Cæsar, De Bell. Civ. lib. II.

CAPÍTULO VI.
CÉSAR Y LOS POMPEYOS.
Desde 48 antes de J. C. hasta 44.

Avidez del pretor Casio Longino.—Sublevaciones que produce.—Su muerte.—Famosa batalla de Farsalia entre César y Pompeyo, y sus consecuencias.—Cuádruple triunfo de César en Roma.—Los hijos de Pompeyo mueven de nuevo la guerra en España.—Viene César por cuarta vez.—Célebre batalla y sitio de Munda, en que César triunfa definitivamente de los Pompeyos.—Horribles crueldades del vencedor.—Muerte de Cneo Pompeyo.—Entrada de César en Córdoba.— En Sevilla.—Queda dueño de España.—Exacciones de César.—Despoja el templo de Hércules.—Vuelve a Roma.—Es nombrado emperador y dictador perpetuo.—Le erigen altares.—Reforma la administración y las leyes.—Es asesinado.—Sexto Pompeyo se levanta de nuevo en la Celtiberia.—Transige el senado con él.—Fin de la guerra civil.

Tan encarnada estaba la codicia en los corazones de los romanos, que apenas volvió César la espalda, y no bien Casio Longino tomó posesión del gobierno de la Bética, olvidando la reciente lección que César había dado a Varrón en Córdoba, comenzó a ejercer con tanto escándalo exacciones, rapiñas y extorsiones de todo género, que ya no solo a los españoles, sino a los romanos mismos se hizo odioso y execrable. Unos y otros se conjuraron para deshacerse de él. Lucio Racilio, con pretexto de entregarle un memorial, le dio de puñaladas; pero no murió; y habiendo uno de los conjurados a fuerza de tormentos declarado sus cómplices, sólo algunos pudieron salvar la vida a costa de grandes sumas de dinero. Ni por eso varió Casio de conducta. Nuevos actos de rapacidad y de tiranía excitaron la indignación general. El pueblo y la guarnición de Córdoba se alzaron contra él. Las tropas que debían embarcarse para África a reforzar el ejército de César se revolucionaron igualmente y se dirigieron a Córdoba a unirse a los sublevados. Acampados fuera de la ciudad, declararon unánimemente no reconocer a Casio por pretor, y aclamaron a Marcelo, oficial de mérito distinguido.

Casio Longino por su parte pide socorros a Lépido, pretor de la Tarraconense, y a Boyud, rey de la Mauritania. Cuando llegó Lépido y se informó de la verdadera causa de la insurrección, como hombre que se estimaba en algo a sí mismo abandonó a Casio y se puso del lado de los cordobeses. Por un resto de consideración hacia su colega, le aconsejó que huyera si no quería perecer, y Casio hubo de seguir tan prudente consejo. En este tiempo expiró el término de su pretura, y no atreviéndose a ir a Roma por tierra, temeroso de atravesar unas provincias donde tan justo horror inspiraba su nombre, se embarcó en Málaga y siguió la costa hasta el Ebro. Una furiosa tempestad que se levantó a la boca de este río, hizo que se tragaran las olas al ávido pretor y al fruto de sus rapiñas. Desastroso fin, no sentido ni de romanos ni de españoles: la pérdida de aquellas riquezas fue lo único que sintieron.

Entretanto continuaba en otra parte la lucha entre César y Pompeyo, los dos antagonistas que se disputaban a costa de la humanidad el imperio del mundo. La famosa batalla de Farsalia que dio argumento y título al poeta Lucano para su epopeya, decidió la gran querella en favor de César. Derrotado en ella todo el ejército de Pompeyo, viose él mismo obligado a buscar su salvación en la fuga. Condújose César en aquella batalla memorable con generosidad no muy acostumbrada en los guerreros. Habiendo hallado en la tienda de Pompeyo el arca de su correspondencia, la mandó quemar toda sin leerla. No quiso saber quienes eran sus enemigos. En esto imitó lo que Pompeyo había hecho con las cartas de Sertorio. Todos los grandes hombres tienen algunas virtudes comunes. Dícese también, que al reconocer el campo de batalla se entristeció, y aún lloró a la vista de tantos cadáveres enemigos, y que solo se consoló diciendo: *«ellos lo han querido así»*.

Desgraciado fue el fin del Gran Pompeyo, como casi el de todos los guerreros insignes. Fugitivo de Farsalia, fue llevado por su mala estrella a Egipto, cuyo rey había sido su pupilo, y cuyo padre había recibido muchos beneficios de Pompeyo. Y sin embargo, aquel ingrato rey le hizo asesinar traidoramente por hacerse buen lugar para con César; el cual cuando llegó a Egipto y le fue presentada la cabeza de su rival, derramó también lágrimas, y reprobando la traición mandó hacer

solemnes exequias a los despojos mortales del que había sido su enemigo más terrible, pero también en otro tiempo su amigo, pariente y aliado.

Detuvieron a César en Egipto los afamados amores de Cleopatra, y cuando al cabo de ocho meses se desprendió de las delicias de Alejandría, de vuelta a Roma venció de paso a Farnacio, rey del Bósforo Cimerio, y a Deyotaro, rey de Armenia. Esta guerra fue la que contó a sus amigos con aquellas palabras que tan famosas se hicieron, y que los siglos no olvidarán: *veni, vidi, vici*: llegué, vi y vencí. Vuelto a Roma, fue nombrado tercera vez cónsul y tercera vez dictador. En esto estalló de nuevo la guerra de África. Movíanla los partidarios de Pompeyo, Escipión, Lavieno, Catón, y Juba, rey de la Mauritania. César fue y la terminó en seis meses: y declarando la Mauritania y la Numidia provincias romanas, y mandando reedificar a Cartago, volvióse a Italia. A pesar de tantas victorias, César no había tenido espacio todavía para recibir los honores triunfales. Entonces los recibió todos a un tiempo, y se prolongó su dictadura por diez años.

El mundo se hallaba ya como reposando de las sangrientas luchas que por tantos años le habían conmovido. España era el solo país que el genio fatal de la guerra no se había cansado aún de trabajar. Había sido la primera y tenía que ser la última en sufrir las calamidades de la contienda entre César y Pompeyo. Los hijos de éste, Cneo y Sexto, que habían heredado el genio belicoso de su padre, hicieron un llamamiento general a todos sus amigos de Europa, Asia y África, y resueltos a tentar un vigoroso esfuerzo contra el enemigo de su familia y de su nombre, vinieron ambos a España, Cneo con un ejército de tierra; con una armada Sexto su hermano. Comprendió César toda la importancia de esta nueva guerra, porque la pérdida de España le hubiera hecho todavía caer del solio de gloria que ocupaba ya.

Vino, pues, César por cuarta vez a España con su acostumbrada celeridad. A su arribo, las ciudades de la costa oriental se declararon a favor de su causa, como antes lo había hecho toda la España Citerior. Reunió apresuradamente sus tropas en Sagunto, y a marchas forzadas se puso sobre Obulco (Porcuna). La instantánea aparición de César desconcertó a los dos hermanos, que se hallaban, Sexto en Córdoba, Cneo sitiando a Ulia (Montemayor). La prodigiosa actividad del enemigo ni siquiera les había dado tiempo para aparejarse convenientemente a la defensa. Para colmo de su desgracia la flota de César mandada por Didio acababa de batir la de los Pompeyos en las aguas de Carteya.

Cruda y sanguinaria fue esta guerra, acaso más que ninguna otra de los romanos en España. Los sitios de Ategua y de Ucubi no ofrecerían sino un relato de horrores y de bárbaras venganzas que harían estremecer, ejecutadas principalmente por los jefes y soldados pompeyanos en los que se mostraban inclinados a César, de quien no habían querido los Pompeyos aceptar la batalla que les ofrecía en Ulia y en Córdoba. César se mostró más humano con los rendidos. En cambio en el sitio de Munda excedió a todos y se excedió a sí mismo en crueldad. ¡Triste y fatal profesión la de las armas, que no ha de haber con ellas gloria sin ir acompañada de lágrimas y sangre, si gloria verdadera es para el hombre la que a costa de la sangre y de las lágrimas de tantos millares de semejantes suyos adquiere!

Alzado el sitio de Ucubi, situóse el ejército de los Pompeyos hacia Aspavia, distante de allí cinco millas, pero rechazado pronto por las tropas de César y vivamente perseguido, después de alguna incertidumbre en su marcha, situóse en una llanura que se extendía a los alrededores de Munda[124]. Los dos ejércitos contaban con número casi igual de romanos y de españoles. Dos

124 Esta ciudad, célebre por haberse decidido en su campo la lucha en que César y Pompeyo se disputaban el imperio del mundo, se ha creído mucho tiempo que fuese la actual Monda, en la provincia y a seis leguas de Málaga, Así lo han creído y consignado, inducidos acaso por la semejanza de los nombres, Morales, Mariana, Ferreras y otros historiadores españoles, a quienes generalmente han seguido los escritores extranjeros. Ya el erudito Pérez Bayer demostró que las relaciones históricas de Floro, Hircio, Suetonio, Patérculo, Dion y otros autores latinos, referentes a la batalla de Munda, no podían aplicarse a la actual Monda: él creyó que correspondían mejor a Monturque. Pero el señor don Miguel Cortés, en su Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua, ha demostrado deber fijarse en Montilla, cuyo nombre pudo ser derivación corrompida de Munda illa. Prescindiendo de lo más o menos verosímil de esta derivación, lo que nos hace adherirnos a la opinión del señor Cortés es el ajustarse a la posición do

príncipes de la Mauritania iban también de auxiliares, el uno de Pompoyo, el otro de César. Pudiéramos llamar a esta guerra la guerra más civil de cuantas con este nombre se han conocido; puesto que en ella peleaban romanos con romanos, españoles con españoles, y africanos con africanos. Ambos ejércitos se temían: un sombrío presentimiento y una ansiedad inexplicable se advertían en los combatientes de uno y otro bando al prepararse a la pelea: los mismos jefes parecían penetrados de una melancolía profunda: todos iban a aventurar su gloria futura. La ventaja de la posición estaba por los pompeyanos, a quienes César provocaba a que descendieran de una pequeña eminencia que ocupaban. Los cesarianos tenían que cruzar un riachuelo que corría por terreno pantanoso. «El día, dice Hiccio, estaba tan brillante y tan sereno, que parecía que los dioses inmortales le habían hecho expresamente para una batalla»[125]. César fue el primero que atacó. Con imponderable encarnizamiento comenzó el combate: las voces y los gritos espantosos de los soldados acompañaban el crujir de las armas y delos escudos.

Por una singularidad especial de esta batalla cesó de repente la vocería de unos y otros, y sucedió el más profundo silencio, de tal manera que en una muchedumbre de cien mil combatientes oíase sólo el chocar de las lanzas y el ruido formidable de los aceros. Ni de una ni de otra parte se daban cuartel, ni de una parte ni de otra se perdía ni se ganaba un palmo de terreno. Las tropas de César fueron las primeras en dar señales de flaquear. César ardiendo en cólera se lanza en medio de sus soldados, los exhorta, les habla con la palabra y el ejemplo, y al ver que no alcanzaba a realentar su abatimiento, le asalta un instante la tentación de atravesarse con su espada. Condénenle algunos soldados; «Pues bien, les dice; seguidme;» y arrancando a uno de ello el escudo, *«Aquí quiero morir»,* exclama; y se lanza espada en mano delante de todos al enemigo. A vista de esta acción todos se enardecen, y la pelea se renueva con terrible furor. De repente el príncipe africano Boyud, suponiendo mal guardados los reales de Pompeyo, los acomete; obsérvalo Labieno, uno de los jefes pompeyanos, y vuelve con su caballería a defenderlos. Esta evolución dio a César la victoria. Creyendo que Labieno huía, entra el desorden en las filas de Pompeyo y comienzan a cejar: los cesarianos los persiguen, y al grito de victoria siembran el campo de cadáveres. Treinta mil fueron los muertos, con tres mil caballeros romanos. Jamás batalla alguna fue tan comprometida para César: él mismo confesó que en todas había peleado por la gloria, en esta por defender su vida, Cneo Pompeyo a duras penas pudo salvarse con ciento cincuenta caballos que le siguieron a Carteya; Sexto pudo refugiarse en Córdoba (46).

Como muchos de los fugitivos se hubiesen retirado a Munda, César corrió a bloquearla, decidido a acabar con los restos de aquel grande ejército. Allí fue donde desplegó César una fiereza y una barbarie que estremece. Los treinta mil cadáveres del campo de batalla, decapitados y atravesados con sus mismas lanzas, sirvieron para hacer una trinchera en derredor de la ciudad; las cabezas clavadas en las picas las enseñaban a los sitiados.... horroriza tanta ferocidad! Los sitiados después de una heroica resistencia, perecieron todos. Munda, yerma de defensores, pasó a poder del vencedor.

Cneo Pompeyo se dio a la vela desde Carteya en busca de asilo en alguna comarca apartada. César destacó en su seguimiento a Didio y Cesonio, que alcanzando la flotilla enemiga quemaron unas naves y destruyeron otras. Cneo, que iba herido, pudo tomar tierra y ocultarse en una gruta, donde descubierto por un soldado perdió la vida. Cesonio tuvo el odioso placer de presentar su cabeza a César, que no permitió se expusiera al público. Así pereció Cneo Pompeyo, que pocos días antes había hecho balancear el poder de César, y que estuvo a punto de ser dueño de España y de toda la república.

Sexto su hermano, previendo que no tardaría en ser atacado en Córdoba, salió de la ciudad so pretexto de tratar en persona con César, y se refugió al centro de la Celtiberia. El temor de Sexto era

Montilla mejor que a otra población alguna las circunstancias de territorio y de lugar, y las distancias respectivas de las demás poblaciones contiguas que anduvieron los romanos de uno y otro ejército antes de acampar en Munda, según los diferentes relatos de los historiadores latinos, las cuales todas convienen a Montilla. Había otra Munda más antigua en la Bastitania, que sonaba ya en las guerras de los Escipiones.

125 Hist. de Bell. Hispan.

bien fundado. No tardó César en ponerse sobre la ciudad: los partidarios de Pompeyo temblaron, y también temblaron con razón: porque no era ya César aquel hombre humanitario y generoso de antes, sino un César desapiadado y cruel. Cambió de carácter como Sertorio al acercase el término de su vida. Conociendo esto mismo un tal Escápula, resuelto a no caer vivo en manos del vencedor, dispuso un convite entre sus parientes y amigos al que asistió él lujosamente vestido y perfumado. Después de haber distribuido sus riquezas entre los comensales, y haciendo encender una hoguera, mandó a uno de sus criados que le atravesara el pecho, y a otro que le arrojara en las llamas. ¡Serenidad bárbara y fiera! Los criados le dieron el feroz placer que apetecía. Este hecho acrecentó la discordia que ya reinaba dentro de la ciudad: unos opinaban por entregarse a César, otros por defenderse hasta el último trance: a horribles escenas dieron lugar los desórdenes interiores. A favor de la confusión y llamado por sus partidarios entró César en la ciudad, dentro de la cual tuvo todavía que combatir: mató, degolló, incendió y saqueó; más de veinte mil ciudadanos se dice que perecieron en aquella población predilecta de César, donde él mismo poseía casas y jardines de recreo. Allí plantó por su mano el famoso plátano que celebró la musa hispano-romana de Marcial[126].

Dividida igualmente Sevilla en dos bandos, los unos llamaron a César, los otros a los lusitanos que se conservaban parciales de los Pompeyos. Primero lograron éstos una sorpresa sobre las tropas de César; después fueron a su vez acuchillados por la caballería cesariana, y el vencedor de Pompeyo tomó posesión de la ciudad. Grande importancia debió darse en Roma a la conquista de Sevilla cuando se celebró con fiestas públicas y se escribió en el calendario romano. Acaso se la quiso solemnizar como la última conquista de César en la península. Y éralo en rigor, porque Osuna y alguna otra ciudad de la Bética, que restaba fueron ya sometidos sin dificultad (45).

Ya tenemos a César dueño de todas las provincias de España que hasta entonces tomaron parte en nuestras lides. Apresuráronse las ciudades, no solo a reconocerle, sino también a honrarle. El espíritu de adulación y de lisonja de los degenerados romanos había ido contagiando a los españoles, y los pueblos fueron cambiando sus antiguos nombres por otros que expresaran algunas de las virtudes del vencedor. Nertóbriga tomó el de *Fama Julia*, Astigis el de *Claritas Julia*, Illiturgo se llamó *Forum Julium*, Ebora *Liberalitas Julia*, *Juliobriga* se llamó otra ciudad, otra *Colonia Cæsariana*, y así otras muchas, levantándole al propio tiempo estatuas y altares, o inscribiendo sus alabanzas en mármoles y bronces.

César por su parte recibía en Cartagena, a guisa de monarca, diputados de casi todas las provincias españolas, Su objeto ostensible en la reunión de esta especie de asamblea era tratar de dar al país un gobierno y una organización civil y política. Pero otro pensamiento le preocupaba además. César no se olvidaba de sí mismo. Recordando a los diputados los beneficios que había dispensado al país, reconvínoles por su ingratitud y falta de reconocimiento. Ya suponía que estas palabras no serian perdidas para su fortuna particular. Necesitaba afianzar con el oro la gloria y conquistas hechas con et acero, y bien sabia ya por experiencia cómo se ganaban los sufragios de los comicios en el venal pueblo romano. Los diputados españoles comprendieron las indicaciones de César, y para desvanecer su desfavorable juicio le colmaron de dones y de tributos. Recogíalos César, pero no le bastaban. Bajo diversos pretextos de utilidad pública impuso a los pueblos crecidas contribuciones, de las cuales no poco refluía en sus arcas privadas. Por último, incurriendo en la propia flaqueza que él había castigado en Varrón, recogió aquellos tesoros del templo de Hércules de Cádiz que años antes había hecho él restituir a otro. Así César terminaba su carrera en España del mismo modo que la había comenzado: por una parte con actos de crueldad, por otra dotando al país de algunas leyes útiles y sabias, y por otra acrecentando su fortuna y sacando de él riquezas inmensas. Sus beneficios fueron con largueza remunerados.

Al fin, dejando el gobierno de la España Citerior y de la Galia Narbonense a Lépido, y el de la Ulterior a Asinio Polión, que se dedicó a destruir las partidas de salteadores que de resultas de la

126 «Plátano amado de los dioses, dijo Marcial, no temas ni el fuego ni el hierro sacrilego. Tu duración y tu lozanía serán eternas, porque es la mano de César la que te ha plantado.» Lib. IX cap. 62.

guerra habían quedado, volvió César a Roma, donde le esperaban más lisonjas y adulaciones que en España.

Todo les parecía poco en Roma para honrar al vencedor de Munda. Hiciéronse públicos festejos, en que el pueblo se entregó a la más loca alegría. Permitiósele llevar siempre una corona de laurel, y asistir a las fiestas sentado en silla de oro. Se le hizo *Dictador perpetuo*, se le dio el nombre de *Imperator*, y el título de *Padre de la patria*. Erigiéronle una estatua con la inscripción: *A César semi-dios*, y la colocaron en el Capitolio frente a la de Júpiter. Decretáronsele honores divinos bajo el nombre de *Júpiter Julio*, y tuvo altares, templos y sacerdotes. El dictado de *Rey* era odioso para los romanos: no obstante, Marco Antonio por un refinamiento de adulación le presentó un día una diadema; rehusóla César, y el pueblo prorumpió en aplausos estrepitosos. César era entonces el ídolo de Roma, que seducida por sus hazañas, con el mismo entusiasmo con que antes había defendido su libertad se entregaba a la voluntad omnipotente de un hombre solo, cuyo primer siervo era el senado.

César, tan gran político como guerrero insigne, viendo consolidado su imperio, dedicóse a reformar la administración y las leyes. Cuéntase entre sus grandes reformas la famosa del Calendario, que entonces mereció la burla de Cicerón, y después las alabanzas de la posteridad. Aunque entre los títulos con que se le había condecorado se contaba el de Emperador, y en realidad obraba como tal, y puede considerársele como el verdadero fundador del imperio, dejó subsistir las formas republicanas, contento con ser dictador vitalicio.

Poco tiempo gozó de tanta autoridad y de tan desusados honores, pronto se formó contra él una conspiración, en que entraban unos por odio a la tiranía, otros por personales resentimientos: de estos era Cayo Casio, alma y autor de la conjuración; de los primeros Junio Bruto, escritor instruido, que había abrazado la doctrina de los estoicos, a quien César había colmado de mercedes y hasta solía llamarle su hijo. César recibió varios avisos de los planes que contra su vida se tramaban, pero no quiso creerlos. Lleno de confianza entró un día en el senado: viose al punto rodeado de asesinos, que cayendo sobre él lo cosieron a puñaladas. Como entre ellos viese a Bruto blandiendo el puñal sobre su cabeza *«¡Y tú también, hijo mío!»* exclamó; y cayó a los pies de la estatua de Pompeyo (44). Así pereció a los cincuenta y seis años de edad aquel hombre extraordinario, de quien se dice que había ganado quinientas batallas y tomado por asalto mil ciudades: gran orador, político profundo, y escritor distinguido[127].

Mientras esto pasaba en Roma, en España renacía el mal apagado fuego de la guerra civil que la presencia de César había contenido. Sexto Pompeyo a quien dejamos refugiado en la Celtiberia, comenzó a moverse de nuevo allá por la Lusitania, ayudado por dos príncipes africanos, que el África se mezclaba entonces frecuentemente en las cuestiones de España, y por muchos indígenas, que o bien por un resto de afición a los Pompeyos, o bien por el instinto de independencia propia de aquellas poblaciones, se agregaron a la nueva bandera. Habiendo acudido Polión a sofocar este alzamiento, derrotóle Pompeyo con pérdida de la mitad de sus tropas, y el ejército pompeyano quedó en actitud de recorrer libremente toda la España central desde la Lacetania hasta la Bética.

Llegaron estas nuevas a Roma cuando César acababa de caer bajo el puñal asesino. La situación era grave; privado el senado de aquel brazo poderoso, quiso atajar pronto el fuego nuevamente encendido en España, y dispuesto a transigir antes que exponerse otra vez a las eventualidades de una guerra, ofreció a Sexto Pompeyo el mando en jefe de toda la armada de la república a condición de que desistiera de la lucha emprendida. Aceptó Sexto con gusto la proposición, y licenciando su ejército partió para Italia a posesionarse de su nuevo cargo.

Así terminó la famosa guerra civil romano-hispana entra César y los Pompeyos, casi abierta todavía la tumba de César.

---

127 Suetonio y Plutarco en la vida de César.—Eutrop. Brev. rerum roman.—Dion Cassio, Floro,- Valeyo Patérculo, y otros.

CAPÍTULO VII. AUGUSTO. GUERRA CANTÁBRICA.

Desde 44 antes de J. C. hasta 19.

Segundo triumvirato romano.—Octavio triumviro.—Venga la muerte de César.—Sucesivamente se deshace de Lépido y de Marco Antonio.—Octavio emperador, cónsul, procónsul, tribuno perpetuo, gran pontífice, Augusto.—Sucesos de España.—Octavio la hace tributaria del imperio.—Era Española.—Nueva división de provincias.—Guerra cantábrica.—Viene Augusto en persona a combatir a los cántabros.—Bravura de éstos y su sistema de guerra.—Mortificación de Augusto.—Se retira a Tarragona.—Los cántabros sitiados en el monte Medulio.—Rasgos de ruda heroicidad.—Los astures.—Sitio y rendición de Lancia.—Augusto vuelve a Roma y cierra el templo de Jano.—Segunda guerra cantábrica.—Agripa.—Sumision de los cántabros.—España provincia del imperio.—Paz octaviana.

Después de la muerte de César, formóse en Roma el segundo triumvirato (43), compuesto de Marco Antonio, Lépido, y Octavio u Octaviano, sobrino de César, a quien éste había nombrado su heredero; joven de diez y nueve años, que había estado algún tiempo al lado de su tío en las guerras de España, y de quien nadie sospechaba entonces que pudiera ser el futuro gobernador del mundo. Repartiéronse entre sí estos triumviros las provincias al modo que lo habían hecho los primeros. Tocóles en esta distribución, a Lépido la España con la Galia Narbonense, a Antonio todas las demás Galias, y a Octavio la Italia, el África, la Sicilia y la Cerdeña.

El joven Octavio, con un talento superior para la intriga política, comenzó por ganarse a los partidarios de César divinizando a éste y colocando su estatua en el templo de *Venus genitrix* con una estrella sobre la cabeza. A su vez supo atraerse con oro y con fiestas a los republicanos mismos enemigos de César, a quienes asustaba la tiranía de Antonio. Primeramente combatió a Antonio con Decio Bruto y los amigos ardientes de la república; después, hecho cónsul antes de cumplir los veinte años, se constituyó a su turno vengador de los asesinos de César, y para resistir a los republicanos que seguían las banderas de Bruto y Casio, se confederó con Antonio y Lépido, que ya le necesitaban. Entonces fue cuando se formó el triumvirato, cuyo triunfo sobre la república se aseguró con la batalla de Filipos, en que Octavio hizo cortar la cabeza a Bruto, que como Casio se había dado la muerte, para arrojarla a los pies de la estatua de César, según había prometido. Esto decidió de la libertad romana. Siguióse la guerra civil de Perusa, que concluyó con el saqueo de la ciudad y con el sacrificio de trescientos senadores inmolados por Octavio sobre el altar de César. Al regreso de Antonio se hizo nueva partición, en que Octavio tomó para sí la España, dejando el África a Lépido (41). Sucesivamente y con diversos pretextos y en diferentes guerras que no son de nuestra historia, fue Octavio deshaciéndose de sus dos colegas: perdió a Lépido el auxilio que dio a Sexto Pompeyo; perdieron a Antonio los amores de Cleopatra. Octavio, vencedor de los triumviros y vencedor de los republicanos, consultó con sus amigos Agripa y Mecenas, si conservaría la república o se haría emperador. Agripa le aconsejó la conservación de la república para su gloria. Mecenas le aconsejó el imperio para su seguridad y para la felicidad del pueblo romano. Octavio optó por lo último, pero sin abolir repentinamente la república.

Fue, pues, Octavio César pasando por todas las magistraturas republicanas, y haciéndose respetable a los romanos con los nombres del emperador, cónsul, procónsul, tribuno perpetuo, censor, gran pontífice, príncipe del senado y padre de la patria. Al fin de su séptimo consulado, fue a declarar al senado que quería renunciar la potestad suprema; no se le admitió la abdicación, y el senado le saludó entonces con el nombre de *Augusto*, para significar un poder casi divino, nombre que conservó ya siempre: y el título de *Imperator* no fue ya solo una denominación honorífica, ni la expresión del mando de los ejércitos, sino la representación de la autoridad suprema. «De este modo, dice un escritor ilustre, el hombre más desprovisto de virtud guerrera obtuvo la supremacía en una época en que sólo se hacía fortuna con las armas. Cuatrocientos mil soldados le bastaron para tener a raya a ciento veinte millones de súbditos, y a cuatro millones de ciudadanos romanos, y para dar reposo al mundo, él que no había cesado de alterar la república. Acaso debió Octavio su fortuna a la circunstancia de temérsele poco. Un mancebo, o bien un niño, como le llamaba Cicerón,

no hacía sombra a los senadores, a quienes se mostraba sumiso, ni al pueblo, puesto que defendía sus derechos.»

Hasta este tiempo pocos sucesos notables habían ocurrido en España. Octavio, como César, honró la fidelidad española, creando para sí una guardia de tres mil españoles en Calagurris (Calahorra): que de este modo demostraban los mismos conquistadores de España el aprecio en que tenían la nativa lealtad de los hijos de este suelo. Por este tiempo se vio también por primera vez a un español, Cornelío Balbo, hechura de César, elevado a la dignidad consular, que ningún extranjero había obtenido todavía.

En las guerras del triumvirato había habido también algunos movimientos en España en favor del uno o del otro de los triumvíros; movimientos que fueron apagados por los gobernadores de Roma, y que sirvieron a éstos de pretexto para seguir explotando las riquezas del país, y para recibir en Roma honores triunfales poco merecidos. Mezcláronse también en estas revueltas los dos príncipes africanos que antes habían peleado el uno por César,y el otro por Pompeyo, declarándose ahora por Antonio el uno y por Octavio el otro. Bogud, el partidario de Antonio, fue derrotado en una sangrienta batalla, y arrojado do España, perdiendo además sus estados de África.

Bajo el imperio de Octavio sufre España una trasformación completa en su organización política y civil. Aquellas comarcas, provincias y pequeñas naciones, tan varias y distintas, tan independientes entre sí, tan faltas de unidad, van a constituir ya todas un solo cuerpo de nación, una sola provincia sujeta al régimen de un hombre solo. El nuevo dominador del mundo declara a toda España tributaria del imperio romano, pero al tiempo que la hace tributaria, le da la unidad que no había tenido nunca, sujetándola a un centro común y a unas mismas leyes (38); novedad importante, que constituyó como un nuevo punto de partida para España en su marcha al través de los siglos. Desde el año 38 antes de J. C. en que se verificó este acto solemne de incorporación, comenzó un sistema cronológico peculiar para España que se denominó *Era española*, o Era de Augusto, y desde cuya época siguió rigiendo como base de su cronología histórica, hasta que andando el tiempo se abolió para adoptar la cronología general de la era cristiana.[128]

Afectando Augusto querer gobernar con el senado, dividió con él la administración de las provincias, dejando a aquel con estudiada política las más sumisas y pacíficas, y reservando para sí las fronterizas o las más inquietas en que acampaban las legiones, quedando así, en todo caso, dueño de la fuerza y de las armas. En este concepto, hizo también de España dos provincias, una *senatorial* y otra *imperial*. Dio al senado la *Bética*, y se asignó a sí el resto de la Península, del cual hizo después una doble provincia con los nombres de *Lusitana* y *Tarraconense*, regidas por gobernadores o legados a la vez civiles y militares, En la distribución que hizo de todas las fuerzas del ejército, destinó a España sólo tres legiones de las veinte y cinco que había conservado para sí; prueba de la confianza que ya tenía en la sumisión de estas regiones, acaso por la tendencia que ellas mismas, halagadas por los beneficios de la administración de Octavio tan distinta de la de los tiranos pretores, manifestaban a adoptar las leyes, el régimen, los usos y costumbres romanas.

Pero aún existían en España pueblos, comarcas enteras que no habían recibido el yugo de Roma. Todavía los cántabros y astures se mantenían independientes y libres. Todavía aquellos fieros y rudos montañeses desde sus rústicas y ásperas guaridas, se atrevían a desafiar a los dominadores de España y del mundo. Siglos enteros hacía que España encerraba en su seno conquistadores extraños; ni cartagineses ni romanos habían penetrado todavía entre las breñas y sinuosos valles en que habitaban aquellas indomables gentes, que inaccesibles a las armas y a la civilización conservaban toda la rudeza de costumbres con que en otro lugar los hemos descrito[129]. Era ya Octavio Augusto señor del mundo, y creíalo todo pacíficamente sumiso a Roma y a su imperio, y todavía no lo estaban unos pocos habitantes de la península española. No podía Augusto sufrir que en un rincón de España hubiera quien no reconociese la autoridad del dominador del orbe.

128 Se contó por la era española en Cataluña hasta 1180, en Aragón hasta 1350, en Castilla hasta 1383. Para reducir la era española a la era cristiana no hay sino rebajar treinta y ocho años.

129 Cap. 4. del lib. I. de esta historia.

Algunas excursiones de los cántabros y astures hasta las vecinas comarcas de los autrigones, de los murbogas y de los vacceos, sujetas ya al imperio, debieron hacer conocer a los romanos la bravura y ferocidad de aquellos hombres agrestes, y aún darles alguna inquietud y cuidado. Ello es que el emperador romano no se desdeñó de venir en persona a dar impulso y vigor a aquella guerra que parecía no deber fijar siquiera la atención de quien tan acostumbrado estaba a ver sometérsele tantos y tan vastos reinos. Vino pues Augusto (26) al frente de un ejército, que dividió en dos cuerpos, de los cuales destinó uno al mando del pretor Carisio contra los astures, y con el otro marchó él contra los cántabros.

Estableció Augusto sus reales en Segisamo (Sasamón, entre Burgos y el Ebro), donde hizo todo lo posible por comprometer y obligar a los enemigos a venir a una batalla general. Tarea inútil para aquellos montañeses, a quienes agradaba más y era más ventajoso molestar a los romanos con repentinas irrupciones, bruscas acometidas y rápidas retiradas, sin que las pesadas legiones imperiales pudieran nunca darles alcance ni menos penetrar en sus rústicas guaridas. Apareciendo y desapareciendo súbitamente y con agilidad maravillosa, peleando en pequeños grupos y pelotones, teniendo a los imperiales en continua alerta y zozobra, y no dejándoles gozar momento de seguridad ni de reposo, traíanlos fatigados, inquietos y desesperados. En vano Augusto hizo que una armada concurriera a ayudar por la costa sus operaciones militares. Los cántabros se concentraban dentro de sus rocas, y desde allí repetían los asaltos, sin que hubiera medio de empeñarlos en más formal combate.

Cansado Augusto y mortificado con tan obstinada resistencia, habiendo caído además enfermo, retiróse al cabo de algunos meses a Tarragona, dejando a Cayo Antistio el mando del ejército y el cargo de aquella guerra. Más afortunado o más hábil Antistio, en ocasión que los cántabros habían necesitado bajar a la llanura, acaso en busca de mantenimientos, logró por medio de una simulada fuga atraerlos a sitio donde tuvieron que empeñar una acción general, en la cual quedaron victoriosas las armas romanas. Fue este primer desastre de los cántabros cerca de Vellica, no lejos de las fuentes del Ebro.[130] Trataron los fugitivos de ganar el monte Vindio, y hallando los romanos apostados ya en Aracillum (hoy Aradillos, a media legua de Reinosa), viéronse forzados a buscar un asilo en el monte Medulio; inexpugnable posición, si allí hubieran intentado atacarlos los romanos. Mas estos tuvieron por mejor y más seguro circunvalar la montaña, haciendo en derredor y en un circulo de quince millas un profundo foso, y construyendo en toda la línea gran número de torres, de la misma manera que si pusiesen sitio a una ciudad. Una vez que los cántabros allí encerrados no tentaron en un principio romperla línea enemiga, érales ya después imposible el escapar.

Viose entonces una de aquellas resoluciones de rudo heroísmo de que España había dado ya tantos ejemplos, y que siempre admiraban a los romanos. Aquellos hombres de ánimo indómito, prefiriendo la muerte a la esclavitud, diéroosela a sí mismos peleando entre sí, o tomando el tósigo o venenoso zumo que para tales casos siempre prevenido llevaban. Añaden algunos, que los romanos, aprovechando aquella confusión, cayeron sobre los heroicos y desesperados combatientes, lo cual es muy verosímil, y que los que vivos caían en sus manos eran crucificados, siendo tal el desprecio de la muerte y la bárbara serenidad de aquella gente independiente y fiera en el tormento que sucumbían en la cruz cantando himnos guerreros[131]. Así subyugaron por primera vez la Cantabria, si subyugar se puede llamar esto, las armas de Roma.

Publio Carisio se había dirigido con su ejército contra los astures. Afírmase por algunos que el mismo Augusto en persona mandaba otra vez la mitad de estas tropas. Un cuerpo de astures que se encaminaba a Galicia o Lusitania, fue alcanzado y detenido por Carisio, que después de un sangriento y sostenido combate que obligó al orgulloso romano a decir públicamente que le había

---

130 Dion Cass. Lib. LI y LIII.-Flor. Lib. IV.-Oros. Lib. VI.

131 Supónese ser de este tiempo un fragmento de canción bélica hallado por Humbold en Vizaya en los manuscritos de un tal Juan Ibáñez en 1590, visitando los archivos de aquella provincia. Copiale Rosseew-Saint-Hilaire en el Apéndice I. del tomo I. de su Historia de España.

maravillado la bravura de aquellos guerreros, y que por lo menos no era inferior a la de los soldados romanos, los forzó a retirarse a Lancia, ciudad situada sobre Sollanzo a nueve millas de donde hoy está León. Sitióles allí el mismo Augusto. La ciudad fue defendida con denuedo admirable, pero reducidos ya a tan pocos que era imposible prolongar más la defensa, hubieron de rendirse, siendo los más valientes de ellos vendidos como esclavos. Sucedió esto al empezar el nono consulado de Augusto[132].

Visitó luego Augusto los países conquistados, y deseando dejar asegurada en ellos la tranquilidad, hizo lo que había practicado César con los habitantes del monte Herminio, obligar a los moradores de las montañas a desamparar las fragosas breñas y bajar a los lugares descubiertos y llanos. A los soldados que habían cumplido el término de su empeño mandó distribuir campos y tierras, que era el fundamento de las colonias. Así se fundó *Emérita Augusta*, hoy Mérida, habiendo tenido el cargo de dirigir los trabajos de aquellos veteranos el mismo Carisio, como se ve en las monedas que se conservan de aquel tiempo, en que se hallan de un lado el nombre de Augusto y de otro los de Carisio y Emérita. Otras ciudades tomaron el sobrenombre de augustas, como *Cæsar-Augusta*, la antigua Salduba, y hoy Zaragoza; *Pax-Augusta*, hoy Badajoz; *Braccara-Augusta*, hoy Braga, y otras. Fundóse igualmente en aquel tiempo la ciudad de León con el nombre de *Legio septima gemina*, correspondiente al de las legiones que allí quedaron con el especial objeto de vigilar y en caso necesario reprimir a los bravos astures. Otros varios monumentos quedaron de Augusto en España. Cuéntase entre ellos el templo de *Janus-Augustus* en Écija; un bello puente sobre el Ebro; las *Turres Augusti*, elevadas en forma piramidal sobre el río Ulla en Galicia, y las *Aras Sextianas* en el cabo de Torres de Asturias, unas y otras erigidas por Sextio Apuleyo, uno de los .jefes romanos de la expedición cantábrica, y dedicadas a Augusto, como términos de las victorias que consiguió bajo sus auspicios.

Vuelto Augusto a Tarragona, recibió allí embajadores de la India Oriental y de la Escitia, que atraídos de la fama de su nombre venían a ofrecerle amistad. Y dejando a Lucio Emilio el mando del ejército de la Tarraconense, y el gobierno de esta provincia y de la Lusitania a Publio Carísio en concepto de legado augustal, partióse para Roma, donde cerró por cuarta vez el templo de Jano, suponiendo que España y el mundo quedaban en largo y completo reposo[133].

Grandemente equivocado fue este juicio respecto de España. Los cántabros y astures, conservando vivo el odio a los romanos, no pudiendo vivir sin libertad, irritados acaso también con las violencias de los conquistadores, y deseando vengar las injurias pasadas, dieron principio a otra lucha aún más brava y feroz que la primera. Emilio y Cansío que fueron a sujetarlos entraron devastando sus campos, incendiando sus rústicas viviendas, y cortando las manos a los prisioneros, según las bárbaras leyes de la guerra de la civilizada Roma. Aunque pareció quedar sujetos por entonces, fuele preciso todavía a Cayo Furio, sucesor de Emilio, guerrear otra vez con aquella gente, la sola en el mundo que traía entretenidas las legiones romanas, y las cuales por tanto no cabía en lo posible resistir. Furio los venció también, y redujo a esclavitud todos los prisioneros. Si imposible era a los cántabros y astures vencer, también la esclavitud les era insoportable. Así pasado algún tiempo, concertáronse entre sí aquellos mismos esclavos, mataron a sus señores y dueños, ganaron los montes y riscos, y no les fue difícil conmover todo el país y alzarlo en masa.

Infundía ya pavor a los romanos tan indómita gente. Arredrábalos la idea de tener que exterminar aquella raza tan feroz si habían de vencerla, y asombrábalos tanta obstinación y porfía, tanto desprecio de la vida. Pero no podía tampoco el señor del mundo dejar vivo y sin apagar aquel fuego, aquel foco perenne de rebelión, más temible en España que en otra parte alguna. Así hubo de enviar a sujetarlos a su mismo yerno M. Agripa, que envanecido por sus victorias contra los

132 Mariana y otros autores varían en la relación de algunas circunstancias de estas guerras, no sabemos con qué fundamento. Nosotros hemos seguido aquello en que hallamos convenir más las antiguas historias latinas, no muy explícitas y claras en lo relativo a estos acontecimientos.

133 Este templo, que se conservaba siempre abierto mientras Roma tenía pendiente alguna guerra, habíase cerrado solas tres veces en los siete siglos que Roma llevaba de existencia: la primera en tiempo de Numa, la segunda cuando terminó la guerra púnica, la tercera después que Octavio venció a Marco Antonio. La cuarta fue ésta.

germanos, gente también belicosa y fiera, creyó reducir con la misma facilidad a los cántabros y astures[134]. Pronto recibió el desengaño: tan impetuoso fue el primer arranque de aquellos españoles, tanto impuso a las nuevas legiones romanas el formidable aspecto de aquellos montañeses, que entrando el desaliento y la consternación en sus filas, hubo de sufrir la humillación de retirarse el vencedor de la Germania. Tuvo que tomarse tiempo para restablecer la disciplina de su ejército, para reanimar con castigos y con arengas el abatido valor de sus soldados. Notable fue la severidad que usó con la legión llamada Augusta, una de las que con más cobardía se habían conducido en el combate. Agripa la declaró indigna de llevar aquel nombre, y la disolvió toda entera. Este ruidoso y ejemplar castigo surtió su efecto, picando el pundonor de las demás legiones.

Cuando ya tuvo sus tropas mejor dispuestas, emprendió de nuevo la campaña, y habiendo tenido la suerte de sorprender a los cántabros en una llanura, empeñólos en una acción general en que quedó vencedor. No dejó con vida un solo hombre de los que cayeron en sus manos: destruyó todas sus viviendas de la montaña; hizo a los ancianos, mujeres y niños bajar a morar a los llanos, no sin que presenciara horribles escenas de madres que mataban a sus hijos, de hijos que daban la muerte a sus padres de orden de ellos mismos, no queriendo conservar la vida con la esclavitud. Agripa hizo ocupar militarmente todo el país[135].

Gran sensación y extraordinario contento causó en Roma la terminación de la guerra cantábrica (19). Con ella quedó sujeta toda España, con ella acabó de perder su libertad después de dos siglos de heroica e incesante lucha. «España, repetimos con Tito Livio, el primer país del continente que invadieron las armas romanas, fue el postrero que se sometió.» Desde Escipión hasta Agripa habían mediado doscientos años. Éste es el mayor elogio que puede hacerse del genio indomable de los hijos de esta región del mundo. España quedó reducida a provincia del imperio.

Siguióse una paz que se llamó proverbialmente paz Octaviana; aquella paz de que dijo Tácito: ubi solitudinem facium, pacem apellant.

134 Mariana hace venir ya a Agripa desde la primera guerra cantábrica, lo cual está en contradicción con todas las historias antiguas, que le suponen en aquel tiempo ocupado en otra parte.

135 Dion Cass. lib. LIV.—Paterc. lib. II.—Flor. lib. II.

CAPÍTULO VIII.
SITUACIÓN DE ESPAÑA DESDE LA EXPULSIÓN DE LOS CARTAGINESES HASTA SU COMPLETA SUMISIÓN AL IMPERIO ROMANO.

Examinase las causas de la guerra.—De su duración.—De su resultado.—Por parte de los romanos.—Por parte de los españoles.—Gobierno de España durante las guerras de la república.—Pretores.—Cuestores.—Lo que excitaba su avidez.—Influencia de las riquezas en Roma.—Venalidad. Desmoralización.—Escandaloso lujo de los patricios.—Miseria de la plebe.—Causas que prepararon el gobierno imperial.—Estado intelectual de España en este tiempo.—Respectiva civilización de los habitantes de las diferentes comarcas españolas.—Poetas cordobeses.—Influjo de Sertorio en la civilización de España.—Idem de Augusto.—Reflexiones.

La paz que después de tan largos siglos de luchas alcanzamos; la sumisión total de España a Roma, y el tránsito del gobierno republicano al imperial, todo ofrece al historiador ocasión oportuna para dar a sus lectores y darse a sí mismo un momento de descanso, que bien lo hemos unos y otros menester para reposar de las aflictivas y enojosas relaciones de guerras y batallas, de tantas escenas de dolor, de desolación y de sangre, sin que nos haya sido posible aliviar de ellas a nuestros lectores, por más que hayamos procurado aligerarlas; que tal es la naturaleza de estos periodos históricos en que la suerte de los pueblos depende solo de la suerte de las armas. Parecenos haber llegado a la cumbre de una altura, desde donde más tranquilos podemos contemplar la marcha de los mismos sucesos y examinar su influencia en la condición física y moral del país.

¿Quién provocó esta lucha secular? ¿Cómo tan dilatado espacio de tiempo se sostuvo? ¿Por qué se malograron los heroicos esfuerzos de los españoles? ¿Por qué fue tan lenta la conquista por parte de los romanos?

El pensamiento perpetuo de Roma era conquistar. Lo disimuló en España mientras tuvo en ella otros enemigos que combatir. Convínole entonces mostrarse generosa con los españoles, fingirse su aliada y amiga. Vencidos y expulsados los cartagineses, varió de todo punto la política de Roma. A la conducta en lo general noble y generosa de los Escipiones, bien fuese dictada por los sentimientos de su corazón, bien producto de un sistema político prudentemente calculado, reemplazaron las vejaciones, las crueldades y las estafas de los pretores, avarientos casi todos, traidores y aleves muchos, tiránicos y opresores los más. Si alguno se mostraba desinteresado como Catón, o humanitario y conciliador como Graco, divisábase apenas entre la turba de los Galbas y los Lóculos, de los Didios y los Crasos, que unían a la rapacidad el desenfreno, y a la crueldad la alevosía. Roma, que desde la expulsión de los cartagineses había arrojado la máscara como conquistadora, aprovechándose de tener sus legiones apoderadas de una gran parte de España, la arrojó también como explotadora, permitiendo y tolerando, ya que mandando no, el desastroso sistema de sus gobernadores militares, especie de soberanos y tiranuelos consentidos y casi autorizados.

Y casi autorizados; porque el senado y los cónsules si no aplaudían abiertamente las exacciones y las estafas de los prevaricadores, gustábales por lo menos ver como refluía en la ciudad el oro y la sustancia de este rico país, a cuya participación acaso no eran ajenos ellos mismos. La breve duración de aquellos cargos producía dos efectos, ambos fatales para España: la rapidez con que los pretores procuraban enriquecerse en el corto período de su magistratura, y la esperanza que todos tenían de que les tocara el turno de desempeñarla. Para mal de los españoles, Roma emprendió su conquista en la época en que iban desapareciendo las antiguas virtudes de la república, en la época en que los honores triunfales, los sufragios del pueblo y del senado, los más elevados cargos del ejército y de la administración, se obtenían y ganaban a precio de oro. De poco servia que algunos senadores preservados de la general desmoralización levantaran una voz amiga en favor de la desventurada España; que se formara en el senado un partido que se denominó español; que los Escipiones y los Catones pronunciaran enérgicos discursos pidiendo el castigo de los pretores avaros y criminales: su voz se ahogaba ante una mayoría corrompida o ganada con el mismo oro que constituía el motivo de la acusación, y los procesados pretores salían absueltos.

¿Qué valía que a costa de esfuerzos arrancara Pisón una ley autorizando a los pueblos de España para denunciar las depredaciones de los jefes militares, y pedir la debida responsabilidad e indemnización? ¿A qué, si este derecho había de ser ilusorio? Mas de una vez pasaron el mar y llegaron hasta el senado los lamentos de los pueblos oprimidos, expresados por embajadores enviados al efecto: pero la impunidad en que quedaban los acusados, la presencia siempre amenazante de las armas romanas en la Península, todo hacia que los españoles contemplaran inútil apelar al senado en demanda de justicia. El mismo Cicerón que presenciaba ya la caída de la república, Cicerón que pasaba por más circunspecto y más tímido que Catón, se atrevía a decir: «Difícil es expresar lo odiosos que nos hemos hecho a las naciones extranjeras por las arbitrariedades y la cupidez de los gobernadores que les hemos enviado.»[136] Lo que prueba cuán lejos estaba de haberse curado en tiempo del célebre orador tan mortífera llaga.

A cualquiera habría irritado proceder tan desconsiderado y abominable, cuanto más a los altivos españoles, cuyos ánimos se hallaban harto concitados ya con ver a los que antes se habían llamado sus auxiliares y amigos, trocarse en dominadores y señores. De aquí la resistencia, de aquí aquellas insurrecciones tantas veces sofocadas y siempre renacientes, a la manera, de aquellas plantas que tanto más se reproducen y multiplican, cuanto más la cuchilla del podador corta su tallo. No sabemos que pueda haber guerra más justa que la de un pueblo que se arma para defender su suelo, sus hogares, sus haciendas, sus vidas y su libertad, contra otro pueblo que intenta arrebatarle estos bienes sin más derecho que el de ser más fuerte y más poderoso.

Compréndense, a poco que a la luz de la reflexión se examinen, las causas de la prolongación de una lucha al parecer tan desigual, sostenida por dos pueblos, el uno afanoso de conquistar, el otro tenaz en resistir; entre una república poderosa, vasta , de muchos siglos ilustrada y sabiamente regida, y poblaciones rústicas y aisladas que aún no constituían nación: entre legiones disciplinadas y aguerridas, y soldados sin organización y sin táctica; entre capitanes ceñidos de laureles recogidos en otras guerras , y caudillos improvisados que dejaban sus grutas y sus riscos para salir a los campos de batalla.

Cegaban a Roma dos pasiones; el afán de la conquista, y la sed de dinero. Lo primero la hacía cruel, destructora, asoladora; era su bárbara máxima reducir un país conquistado a situación en que no pudiera rebelarse: «Roma no trata con sus enemigos hasta después que deponen las armas.» Por lo mismo no escrupulizaba en exterminar, cuando lo creía necesario, los moradores todos de una población o comarca, desde el decrépito anciano hasta el niño de pecho, y en yermarla de habitantes: *pacem appellant ubi solicitudinem faciunt.* Y ellos, los que se jactaban de haber nacido para dar la libertad a las naciones de la tierra la asolaban para esclavizarla. Catón, el austero, el probo Catón, hacía ostentación de haber derruido cuatrocientos pueblos en tres meses; y los sobrenombres de Africano, de Numantino y de Macedónico, significaban la ruina de otras tantas ciudades o naciones. Lo segundo hacía a Roma despiadada consigo misma. «Vengan arroyos de oro, y más que se viertan raudales de sangre.» Así sacrificaba sus hombres, y los hombres de todo el mundo. César, a quien pintan como el más humano de los guerreros de aquel tiempo, hacía murallas de los cadáveres, y calculan que había muerto en batalla ordenada un millón de hombres y hecho un millón de esclavos. Pero conquistaba pueblos para Roma, y a su vuelta de España ostentaba entre sus trofeos un carro de plata fabricado de la recogida en este país. César era divinizado, y la sangre que aquel carro hubiera costado a Roma, no se tomaba en cuenta. Galba asesinaba inicua y traidoramente a los lusitanos, y Roma lo disimulaba, sin advertir, o por lo menos sin escarmentar, si lo advertía, que aquella matanza producía la guerra de Viriato, que le costó tan cara. Así se prolongaba la conquista, porque se producían con la exasperación las causas de la resistencia.

Ya hemos indicado como otra de las causas de la lentitud en los progresos de las armas romanas la breve duración de las magistraturas militares; y por lo mismo que procuraban los pretores aprovecharla para acumular riquezas, solían emplear en esto tiempo y cálculos que

---

136 Difficile est dictu quantum in odio simus apud exteras nationes propter eorum, quos cum imperio missimus, injurias el libidines. Cic. pro Leg. Manil.

hubieran necesitado para combinar y activar las operaciones de campaña. Acaecía muchas veces que cuando un general empezaba a conocer el terreno era reemplazado por otro desconocedor del país, el cual a su vez tenía que ceder el puesto al que venia a sustituirle en ocasión que acababa de concebir un plan de ataque o que comenzaba a asediar una plaza. El pesado armamento de los soldados romanos, de aquellos guerreros, almacenes vivientes cargados de armas ofensivas y defensivas, de víveres y provisiones para dos o tres semanas, de estacas para formar trincheras, de instrumentos y útiles para abrir fosos y construir terraplenes, era un obstáculo para guerrear con gente tan ágil, tan desembarazada y frugal como era la española, para el sistema de asaltos, de correrías y de sorpresas que usaban y en que eran tan diestros y mañosos, compitiendo caballos y jinetes en agilidad y soltura, y para aquella guerra de emboscadas que era la desesperación de las tropas regulares. Agréguese a esto el temor de los romanos a los inviernos de España, durante los cuales suspendían frecuentemente las operaciones, en especial en los países próximos a las montañas, donde no podían sufrir el frío y rigidez de la estación.

Pero hubo otra causa que más poderosamente que todas las que hemos enunciado, aumentaba las dificultades de la conquista provocando la resistencia. Empeñáronse los romanos en fiarlo todo a la ley de la fuerza, nada al atractivo de la dulzura: en ser siempre conquistadores, nunca civilizadores; en hacer esclavos, no súbditos, mucho menos amigos; no en hacer a España una provincia tributaria de Roma, sino en explota ria como una mina siempre abierta a su voracidad. Desconocieron la índole y carácter de los indígenas, toscos pero altivos, rústicos pero nobles, sencillos pero pundonorosos y leales, fáciles en apasionarse de los grandes genios, en adherirse a los que los trataban con dulzura o con generosidad, prontos a sacrificarse por ellos, a morir por ellos, a no sobrevivir a los que una vez habían jurado devoción, pero indóciles, tenaces, indomables, tratándose de tiranizarlos y oprimirlos. No enseñaban nada los ejemplos a los romanos. Olvidaron lo que había sucedido con los Escipiones; no atendía Roma a lo que ganaba en España con el proceder desinteresado y noble de Sempronio Graco, y a lo que perdía con las vejaciones y latrocinios de Furio Philon: no veía que las monstruosidades y perfidias de Lúculo y Galba provocaban una guerra en la Lusitania, y que un rasgo de generosidad de Metelo en Nertobriga le captaba la amistad de las ciudades celtíberas; menester era que estuviese muy obcecada para no ver a los españoles seguir a porfía las banderas de Sertorio, siendo romano, porque les dispensaba beneficios, al propio tiempo que preferían entregarse a las llamas hombres y pueblos antes que sucumbir a otros romanos de quienes solo servidumbre aguardaban. Si Roma hubiera respetado los tratados, hubiera hecho muchos súbditos, y se hubiera ahorrado más de la mitad de su sangre, y muchas ignominias; los rompía con escándalo del honor y de las leyes, y con oprobio y baldón de la fe romana, y costábale ejércitos enteros para dominar sobre cadáveres, sobre yermos y sobre ruinas. Así duró la lucha dos siglos. No pretendemos hacer la apología de nuestros antepasados, ni inventamos cargos que hacer a nuestros dominadores. Reflexionamos sobre los hechos tomados de las historias romanas.

Perdió por su parte a los españoles, y fue causa de que se malograran tan heroicos esfuerzos y tan maravillosa constancia, la falta de concierto y de unidad. Tribus independientes y aisladas, jamás formaron un cuerpo compacto para resistir al enemigo común. Sobrábales de valor individual lo que les faltaba de acuerdo. Ni sabían apreciar las ventajas de las combinaciones, ni eran propensas a ellas. A veces reposaban los celtíberos mientras guerreaban los lusitanos, o se levantaban los vaccéos cuando los bastetanos acababan de ser sometidos, o estallaba la insurrección en la Lacetania cuando la Bética tributaba honores semi-divinos a un general romano; y cuando los cántabros y astures se alzaron en defensa de su libertad, ya estaba subyugada toda España menos ellos. Hubo un español que concibió el pensamiento de proclamar una patria común, y dirigió su voz y envió emisarios para ello a cuantos pueblos él conocía: tuvo al pronto algún resultado el llamamiento entre las tribus más vecinas, pero Viriato se vio reducido a pelear con solas sus bandas lusitanas, y Numancia a defenderse sola. Cuando Viriato llevó la guerra cerca de Cádiz olvidóse sin duda de que hacía ya cincuenta años que Cádiz había solicitado ser ciudad romana. Así divididos los españoles, no podían dejar de sucumbir más o menos tarde ante las inagotables legiones de la

perseverante y poderosa Roma. A pesar de todo, muchas veces hicieron vacilar el poder de la ciudad-reina, que hubo de humillarse a recibir condiciones de paz de una ciudad pobre, o de un hombre a quien había llamado bandido: y César no fue señor del *Mundo* hasta que ciñó el ensangrentado laurel de *Munda*.

No sabemos que la república estableciera en las comarcas españolas que iba conquistando otro gobierno que el de aquellos magistrados militares llamados pretores que solían ser cónsules que habían cumplido el tiempo de su encargo. A estos acompañaba comúnmente un cuestor para la recaudación de los impuestos, y era como una especie de intendente militar. La cuestura, según Cicerón, era el primer paso para la carrera de los honores, lo que, como veremos luego, equivalía a la carrera de las riquezas: por eso muchos antiguos cónsules no se desdeñaron de ejercer la cuestura. Siendo sus funciones recaudar los tributos, proveer de víveres y de dinero a la tropa, distribuir el botín, y dar cuenta de los productos de las exacciones al tesoro central de Roma, era un empleo de los más apetecidos, y entre el cuestor y el pretor solía haber muy estrecha amistad. Cuando el pretor o procónsul dejaba la provincia, le reemplazaba el cuestor interinamente en sus funciones. Era pues un gobierno militar en que las leyes de la metrópoli y los decretos del senado influían poco: pendía casi todo de la voluntad o del capricho y de las cualidades personales de cada pretor. No obstante, alguna representación debieron alcanzar las autoridades indígenas, desde que a fuerza de reclamaciones obtuvieron las ciudades el derecho, bien que casi nulo en la práctica, de acusar a sus depredadores, y más adelante el de fijar ellas mismas la cuota y calidad de los impuestos. Remedio este último, que vino a hacerse tan ineficaz como el primero, porque lo que no podían sacar los pretores por medio de contribuciones, sacábanlo a título de empréstitos y donativos como lo hicieron Lúculo y César.

Explícase la avidez de los pretores y su sed de riquezas por el estado moral a que había llegado la república. Habían pasado los tiempos de los Fabricios, de los Cincinatos y de los Camilos, aquellos tiempos de austeridad republicana, en que la pobreza era una virtud, y en que el laurel iba a honrar el arado[137]. Las riquezas eran ahora las que abrían el camino de los honores y de los empleos. Con oro se compraban los triunfos, con oro se ganaban las votaciones de las asambleas, el oro era el que hacia senadores, pretores, cónsules y generales. La miseria a que la aristocracia del dinero había ido reduciendo a la plebe romana, que en lo general vivía de una especie de limosna pública, o de alguna corta distribución de moneda que de tiempo en tiempo se le hacia después de algún triunfo o de las sobras que los ricos le arrojaban alguna vez por ostentación, se veía obligada a vender su voto, viniendo de esta manera a hacerse el sufragio un objeto de lucro y de tráfico inmoral. Por eso se daban tanta prisa los pretores a esquilmar las provincias, y así se hicieron en Roma aquellas fortunas desmesuradas que todavía nos escandalizan.

Se siente una admiración disgustosa al leer las descripciones de las espléndidas moradas, de los soberbios palacios, de las suntuosas casas de recreo, que dentro de Roma y en las campiñas se ostentaban, y en que pasaban los opulentos patricios una vida voluptuosa y de deleites, rodeados de todo cuanto podía halagar los sentidos: aquellas paredes de mármol, aquellas estatuas, aquellos baños, aquellos jardines y bosquecillos de plátanos, de mirtos y de laureles; aquel costosísimo menage, aquellos lechos de riquísimas maderas, cubiertos con planchas de plata, incrustados de oro, de marfil, de concha, de nácar y de perlas; cobertores nupciales que costaban millares de sextercios; mesas y triclinarios de maderas rarísimas sostenidas por delfines de plata maciza, como la de Cayo Graso, que valía un tesoro, o como la de Cicerón, que costó lo que equivaldría a cerca de un millón de nuestra moneda, platos de plata de doscientos marcos de peso como el que poseía Sila, tazas y vasos, candelabros y lamparas cinceladas de oro; aquellas bodegas como palacios en que se guardaban en trescientas mil ánforas los más exquisitos vinos de todas las partes del mundo; aquellos estanques en que se alimentaban peces con carne humana para hacerlos más sabrosos; aquellos opíparos banquetes, en que se hacían servir ostras del lago Lucrino, salmonetes del Adriático, sollos del Po, cabritos del Dalmacia, caza de Jonia y de Numidia, ciruelas de Egipto,

137 Gaudebat tellus vomere laureato. Plin.

dátiles de Siria, peras de Pompeya, aceitunas de Tarento, manzanas de Tibur, aves preciosas y raras llevadas de los bosques de las más apartadas provincias para un determinado festín; todo esto servido por multitud de esclavos, y alegrando el banquete músicos, cantantes y cómicos.

No nos detendremos a pintar los repugnantes placeres de otros géneros en que pasaban la vida aquellos opulentos y voluptuosos romanos. Las doctrinas sensuales de Epicuro se habían introducido no solo en las escuelas, sino en la práctica de la vida ordinaria, y abandonábanse a toda clase de goces y de placeres. Así vivía aquella aristocracia degenerada y corrompida[138].

Entre tantola plebe, la inmensa mayoría del pueblo romano yacía sumida en la indigencia, hacinada en miserables barrios y habitando hediondas viviendas, atenida a las limosnas públicas, o esperando en vergonzosa ociosidad las liberalidades de los patricios, a quienes baja y humildemente servían y adulaban, y a quienes vendían su voto o su puñal. Recogiendo Roma el oro, la plata, las producciones, los artefactos de todos los pueblos conquistados, descuidaba las artes, miraba como profesión innoble el comercio, encomendaba los trabajos de la agricultura a esclavos y a brazos serviles; y aquel pueblo sin artes, sin comercio y sin campos que labrar (que las propiedades estaban aglomeradas, concentradas en las manos de unos pocos patricios), no tenía más alternativa que la guerra o la miseria, y por eso también la guerra se perpetuaba. Queríanla los generales, porque era el medio de alcanzar riquezas, influencia y honores, y apeteciala el pueblo, porque algo le tocaba de los despojos de los vencidos. César decía, que para adquirir, aumentar y conservar el poder, solo se necesitaban dos cosas, dinero y soldados.

La respectiva situación de plebeyos y patricios había producido revoluciones y guerras civiles. Los Gracos se habían declarado por el pueblo. Su muerte fue un triunfo para la aristocracia. Mario y Sila habían defendido, el primero la democracia, la nobleza el segundo. Sila había realzado la aristocracia senatorial. Sertorio, Lépido y Catilina la combatieron. César se había hecho dictador con el apoyo del ejército y de la plebe. No pudieron sufrirlo los patricios y le asesinaron. El senado, compuesto de aristócratas, protegía a los asesinos de César. Octavio vengó a su tío, y en la batalla de Filipos dio el último golpe a aquella corrompida aristocracia. El pueblo y el ejército le aclamaron con gusto emperador, porque defendía sus derechos, y preferían el gobierno y aún el despotismo de un hombre solo encumbrado por ellos, al de muchos aristócratas orgullosos. Así la verdadera base del poder de Augusto, más que los títulos de dictador y de emperador, fue la autoridad tribunicia perpetua. Obra de los soldados y del pueblo su elevación, contentó al uno y a los otros con donativos y recompensas, distribuyéndoles tierras y dándoles pan y espectáculos, *panem et circenses*. Augusto supo consolidar su poder respetando las formas y dejando una sombra de autoridad al senado; y fue fortuna para Roma, al pasar de la república al imperio, haber caído en manos de un hombre que se dedicó a pacificar el mundo conquistado por César, a reformar las costumbres públicas y a promover la civilización y las letras.

Tal era el pueblo y el hombre a quien se sujetó toda España. El estado intelectual de los españoles hasta esta época era muy vario y distinto en sus diversas comarcas o provincias. Los cántabros y algunos otros pueblos del Norte conservaban toda su rudeza primitiva, su lengua y sus costumbres. Allí no había penetrado ni la civilización ni las armas romanas hasta el tiempo de Augusto. Era donde se mantenía en su pureza la raza indígena. En las demás regiones españolas, habíanse ido introduciendo y adoptando las costumbres, el idioma, el culto romano; en aquellas más en que la dominación o había sido o era más antigua, menos en aquellas en que la resistencia había sido mayor. De todos modos, es indudable que las divinidades de la teogonía romana vinieron a mezclarse con los dioses de los indígenas y con los que ya les habían comunicado antes los fenicios y los griegos; y Júpiter Capitolíno vino a alternar con la Diana Helénica y con el Hércules Tirio en las fiestas religiosas de los españoles.

138 Para formar idea de la des moralización, de la voluptuosidad y del libertinaje a que habían llegado los ricos patricios romanos, no hay sino leer las oraciones de Cicerón y las odas de Horacio. Sobre la suntuosidad de los palacios romanos y el lujo de su monage, pueden verse las obras de Mazois y de Gabriel Peignot,que han recogido curiosos pormenores y noticias circunstanciadas sobre esta materia. Hállanse confirmadas estas noticias por todas las historias romanas.

Sin embargo no debía ser ya tanta la rusticidad y la barbarie en los pueblos del Oriente y centro de la Península durante las guerras con la república romana, a juzgar por las muchas ciudades populosas de solo la Celtiberia que hallamos ya mencionadas en Estrabón, Tolomeo, Políbio, Tito Livio, Floro y Appiano. De que no les eran desconocidas algunas artes mecánicas dan testimonio así las telas y vestidos de los naturales, no sin inteligencia fabricados, como las armas e instrumentos de guerra, tan celebrados por su temple y por la perfección de su trabajo, entre las cuales sobresalían las renombradas espadas de las fábricas de Bilbilis, adoptadas por los romanos con preferencia a las suyas tan pronto como las conocieron. Las monedas celtiberas tenían ya una regularidad en su forma y una corrección en el dibujo de los caballos, bueyes y otros animales que representaban, que nos dan una idea más aventajada de la que podría esperarse de los adelantos a que en este género habían llegado. Si no cultivaban las letras, por lo menos no carecían de discreción sus discursos: en ellos se revelaba la actitud intelectual de aquellas gentes, las cuales ni dejaban de hablar con desembarazo a los generales y magistrados de la culta Roma, ni tenían dificultad en exponer sus querellas en pleno senado, y entrar en contestaciones y razonamientos con los padres conscriptos.

En la Bética fue donde debieron, antes que en otras provincias de España, empezar a cultivarse las letras. Cuando el cónsul Metelo regresó a Roma se llevó consigo multitud de poetas cordobeses, algunos de los cuales se hicieron célebres allí, y de ellos se ocupó Cicerón en una de sus más bellas oraciones[139]. Contábase entre ellos Cornelio Balbo de Cádiz, distinto del otro Balbo el triunfador. No es extraño, habiendo sido la Bética donde dejaron derramadas más semillas de civilización los fenicios, y donde menos obstinada resistencia hallaron los romanos. La Celtiberia y la Lusitania, y en general la España toda, fueron deudores a Sertorio de la participación que comenzaron a tener en la ilustración romana. La escuela de Huesca y el senado de Evora que estableció aquel ilustre romano, fueron las dos grandes bases por donde España entró en el movimiento intelectual del mundo civilizado. Desde entonces empezó a hacerse el latín la lengua vulgar de los españoles, y el gusto a las letras que nació con Sertorio no hizo sino desarrollarse con Augusto.

Cierto que Augusto acabó de someter la España al yugo de Roma. Pero fue un yugo mil veces más soportable que el que había sufrido bajo los tiránicos pretores. El hombre que dio reposo al mundo, el que le dio una unidad civil y política, el que sustituyó al principio de conquista el de civilización, y reemplazó el de la fuerza con el de la inteligencia, no podía menos de ejercer en España un influjo altamente benéfico. Desde los primeros años prohibió a los gobernadores de las provincias pedir ningún género de subsidio, como tenían de costumbre al expirar el término de su magistratura, y solo les permitió poder aceptar algún donativo que por vía de obsequio quisieran hacerles las ciudades agradecidas a sus servicios, y esto después de trascurridos setenta días de haber salido de las provincias. Dejó también a las ciudades libres que se administraran por sí mismas. Abrió escuelas públicas en las ciudades principales y las dotó de profesores ilustres. En ellas se fueron formando algunos de aquellos ingenios que después dieron lustre a la literatura romano-híspana.

Sufrió pues España bajo Augusto una completa trasformación social. Pero no olvidemos que si las guerras romanas trajeron a España la civilización que entonces se conocía, que si España dio por este camino un gran paso en la carrera del mejoramiento social, este mejoramiento y esta civilización los compró al caro precio de dos siglos de guerras, de sangre, de calamidades, de horrores, y de sacrificios y víctimas sin cuento. ¡Ley fatal de la humanidad, que cada paso hacia un bien respectivo ha de ir precedido de una serie de males y de una cadena de angustias y de dolores! ¡Y aún se ha de agradecer si tras un siglo y otro de tragedias se encuentra al fin un Augusto!

---

139 Etiam Cordubæ natis poetis pingue quiddam sonantibus atque peregrinum, tamen aures meas dedebat. Cicer. pro Arch. n. 26.

LIBRO TERCERO
ESPAÑA BAJO EL IMPERIO ROMANO.
CAPÍTULO I.
DESDE AUGUSTO HASTA TRAJANO.
Desde el año 19 antes de J. C. hasta el 98 después de J. C.

Cambio feliz en la situación de España.—Mejoras que debió a Augusto.—Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.—Muerte de Augusto.—Tiberio.—Comienza a reinar dulcemente y se convierte en horrible tirano.—Casos de bárbara ferocidad.—Acaba de arrebatar sus derechos al pueblo romano.—Excesos de sus gobernadores en España.—Son procesados.—Enemiga de Tiberio hacia los españoles. Sus venganzas.—Pasión y muerte del Salvador del Mundo bajo el reinado de Tiberio.—Calígula.—Instintos sanguinarios, crueldades, locuras y delirios de este emperador.—Claudio.—Su imbecilidad.—Suplicios y ejecuciones.—Españoles de este tiempo distinguidos en ciencias y letras.—Nerón.—Sus monstruosidades.—Incendio de Roma.—Conducta de Séneca.—Galba emperador.—Su ingratitud con España.— Otón.—Agrega a España una nueva provincia.—Vitelio.—Su repugnante glotonería.—Su muerte desastrosa.—Dulces reinados de Vespasiano y Tito.—Beneficios que hacen a España y amor que los profesan los españoles.—Destrucción del templo de Jerusalén.—Domiciano.—Su crueldad.—Persecución contra los cristianos.—Breve y benéfico reinado de Nerva.

Fuese que ejerciera Augusto la autoridad suprema en Roma bajo el nombre de emperador que conservaron sus sucesores, fuese el fundamento principal de su poder el tribunado perpetuo, fuese la reunión de las más altas magistraturas en su persona la que le hiciera árbitro y soberano del Estado; que el gobierno de Roma fuese una monarquía con formas republicanas, o que fuese una prolongada dictadura; que Augusto disfrazara con más o menos astucia y disimulo su poder ilimitado y absoluto conservando antiguos nombres, y que el pueblo y el senado comprendieran toda la mudanza que bajo cierta apariencia de respeto a los poderes existentes se había efectuado en el gobierno de la ciudad y de las provincias, y que se sometieran a él, los unos por seducción, los otros por creer el cambio provechoso, los otros por impotencia de resistir, es lo cierto que los vastos dominios romanos se sujetaron desde Augusto a la autoridad omnipotente de un solo hombre. Nueva era para Roma, que ya se rigió siempre con gobierno imperial.

Subyugada España y sujeta al imperio romano, acostumbrados como estaban los españoles a ver y sufrir el azote y la opresión de aquellos gobernadores rapaces y crueles, tuvieron a dicha el ser gobernados por un hombre, que si bien había dado el último golpe a su independencia y a su libertad material, mostrábase con ellos no solo dominador clemente, sino hasta protector generoso. Veíanle amparar a los pueblos contra las vejaciones y rapiñas de los pretores, declarar algunas ciudades exentas de tributos, fundar nuevas colonias, abrir vías de comunicación, establecer escuelas, y honrar los indígenas elevando a muchos de ellos a las más altas dignidades, y no es extraño que ellos, que eran duros y tenaces en vengar ultrajes y agravios, y extremados y ardientes en amar a los que les dispensaban favores, se apasionaran de Augusto hasta el punto de erigirle templos y altares. O no conocían, o importábales poco, aunque lo conocieran, que el proceder de Augusto no fuese hijo de la virtud sino de cálculo; que tuviera todas las flaquezas de la humanidad como hombre, si era generoso y humanitario como político; que fuera un usurpador de autoridad en Roma, si era reparador de injurias en España. Nunca los españoles fueron escasos ni en sentir ofensas ni en agradecer beneficios.

Levantaron los sevillanos un monumento a la emperatriz Livia, a quien se llamó *generatrix orbis*, madre de todos los pueblos. Los de Tarragona erigieron más adelante un templo y un altar a Augusto[140]. Sin aprobar la parte de adulación que entraba en la apoteosis, disculpamos el

140 Cuéntase que los tarraconenses enviaron una embajada a Augusto anunciándole que en aquel altar había nacido una palma, y que el emperador contestó con frialdad filosofica; «eso es prueba de que ofrecéis pocos sacrificios.» La anécdota y la expresión son más bellas que exactas, pues según Tácito, los tarraconenses no erigieron el templo a Augusto hasta el reinado de Tiberio. Ann. lib. I.

Refiere también Dion Casio, y apenas hay historiador que no lo haya reproducido, el caso ocurrido entre Augusto y un español nombrado Caracota o Corocota, capitán de una cuadrilla de bandoleros, con la cual recorría el país, y

entusiasmo. Mucho más había hecho Roma con César vencedor, y eso que se constituía en árbitro de la república. Al fin los españoles lo hacían en obsequio de quien los redimía de mayor servidumbre.

Viose, pues, a la sombra del gobierno protector inaugurado por Augusto, desarrollarse en España la agricultura, la industria y el comercio. De las costas del Mediterráneo partían continuamente bajeles españoles para llevar a Roma las producciones de este suelo, así naturales como manufacturadas. España surtía a la gran ciudad de aceites, de cereales, de carnes, de telas, y de aquellas exquisitas lanas, que en tanta estimación tenían y a tan subido precio pagaban los romanos, al decir de Estrabón[141]. Este mismo insigne geógrafo nos habla de los medios de comunicación que Augusto había hecho construir en España para facilitar los trasportes de los productos del interior a las embocaduras de los ríos.

Cuando Augusto se vio señor del mundo, queriendo saber cuantos hombres tenía sometidos a su autoridad, mandó hacer un empadronamiento general en todo el imperio. Hacíase esta operación en la Palestina como provincia tributaria de Roma. Entonces fue cuando al ir María, esposa de José, artesano de Galilea, a inscribir su nombre en Belén, nació en un humilde establo el que había de redimir al género humano, el salvador de los hombres. Jesucristo, hijo de Dios. Cumpliéronse, pues, en el reinado de Augusto César los tiempos anunciados por los profetas, y vino al mundo el gran regenerador de la humanidad, el que la había de colocar en el verdadero camino de la civilización, el que había de darle la verdadera libertad. Sin embargo, este acontecimiento, el mayor que han presenciado los siglos, pasaba en un apartado rincón de la Judea, sin que apenas se apercibieran por entonces los hombres de un suceso que había de cambiar la condición moral de universo. Augusto, que entre otros medios de inmortalizarse había discurrido el de dejar consignado su nombre en la cuenta de los tiempos, poniéndole a uno de los meses del calendario romano[142], ni siquiera imaginaba que existía en los dominios de su imperio el hombre cuyo nacimiento había de servir de base a una nueva cronología a que se habían de ajustar todos los cómputos en lo sucesivo[143].

Aunque no faltaron en los postreros años del reinado de Augusto alteraciones y guerras en diversas provincias del imperio, mantúvose España sosegada y en paz hasta su muerte, acaecida en Nola, ciudad de la Campania, a los setenta y tres años de su edad, y a los catorce de J. C. Dijose de

aún se atrevía a penetrar en poblaciones considerables. Augusto había pregonado su cabeza. Ésto y la viva persecución que sufría, inspiraron al famoso bandido la idea de presentarse en persona al emperador. Solicitó una audiencia. Otorgósela Augusto, y después de haber prometido que si le indultaba viviría honradamente el resto de su vida, concluyó reclamando para sí el premio ofrecido al que le presentara vivo o muerto, puesto que que se presentaba él mismo. Concedióselo todo Augusto, encantado de la singular franqueza del célebre salteador. Los antiguos historiadores latinos, y los modernos historiadores extranjeros se muestran maravillados del carácter, resolución y grandeza de ánimo de aquel hombre. A los españoles no nos sorprende, porque no son raros en nuestro país los ejemplos de esta índole en hombres que adoptan el género de vida que hacía Caracota. Dion. Cas. I. LVI.

141 Según Estrabón, las lanas de España eran las más apreciadas; se llegó a pagar un talento de oro por un carnero de raza española, y en Roma se daba el nombre de color spanus al color negro que distinguía a las lanas de España. Strab. lib. III. 1. c.

142 Se mudó el nombre de Séxtilis (llamado así basta entonces por corresponder al sexto mes del año romano), en el de Augustus (agosto), como antes se había mudado el de Quintilis en Julius (Julio), en honor de Julio César.

143 Mucho pudiera decirse sobre la variedad que hay entre los cronologistas en lo de ajustar el año del nacimiento de Cristo con el de los periodos y épocas de la creación del mundo, de la fundación de Roma, del reinado de Augusto, de la era vulgar, etc., variando respecto al primero desde el 4000 al 4005, en el segundo desde el 747 al 753 ó 54, en el tercero desde el 39 al 41, en el cuarto desde el 4 al 6, y lo mismo respecto a las Olimpiadas, al periodo Juliano, y así de los demás. Mas aunque los más hábiles cronologistas de los últimos siglos hayan casi unánimemente convenido en que la era de que nosotros nos servimos, desde que la adoptó Dionisio el Pequeño y con él la escuela latina, es cuatro años posterior al nacimiento del Salvador, de modo que en rigor el año 1850 debería contarse 1854, seguida ya universalmente la era vulgar, no es posible separarse de ella como dicen los autores del Arte de concordar las fechas, L'art de verifier les dates, y es la que como ellos seguimos nosotros. No obstante, para poder entender los autores que han seguido otro sistema cronológico y concertarlos entre sí y con los nuestros, pueden consultarse las extensas y curiosas noticias que sobre este importante asunto se encuentran en el prefacío y en la disertación sobre las fechas cronológicas de dicha obra L'art de verifier les dates, así como en la Clave Historial de Florez,pág. 16, y en el tomo IV. de su España Sagrada, pág. 494.

él que nunca hubiera debido nacer, o que nunca hubiera debido morir. Creeemos sin embargo que el mundo ganó algo con su vida, y perdió mucho con su muerte.

Sus sucesores parecían como escogidos para acreditar que si Augusto había sido usurpador y tirano era el menos perverso de los tiranos y usurpadores. Si es cierto que al designar por sucesor a Tiberio, tuvo el pensamiento de que la tiranía de éste hiciera resaltar la moderación suya, logrólo cumplidamente, pero la posteridad no le perdonaría el haber sacrificado la humanidad a un goce de criminal egoísmo.

Tiberio, el primero de los monstruos que deshonraron el trono imperial, tuvo la habilidad de engañar los primeros años al mundo que acababa de heredar. Afectando una modestia loable, fingió rehusar el imperio como una carga superior a las fuerzas de un hombre solo, y aunque concluyó por admitirle, fue aparentando hacerlo como con repugnancia y de mal grado. Mostraba gran deferencia y respeto a los cónsules y senadores; erigióse en reformador de las costumbres públicas; manifestábase enemigo de las delaciones, y negábase a castigar las sátiras que contra él se publicaban, diciendo que en un estado libre debían serlo también el pensamiento y la palabra. Creyéronse sinceras su moderación y su dulzura. Pero luego arrojó la máscara, y el hombre moderado y dulce apareció en toda su desnudez el déspota y el malvado. Horroriza leer en Tácito y en Suetonio el catálogo de asesinatos y de crímenes que en este doble concepto ejecutó, bien por sí, bien sirviéndose del senado como de un fácil instrumento, bien con ayuda de su privado y consejero, el infame Sejano. Su misma madre Libia, a quien debía el trono, no se eximió de probar su ingratitud; y su esposa Julia, la hija de Augusto, viose reducida a morir de hambre. Extraños y deudos, a todos alcanzaba su crueldad calculada y fría.

Había cierto legatario suyo usado la chanza de decir a un muerto: *Ve a decir a Augusto que aún no se ha ejecutado su última voluntad.* Súpolo Tiberio y mandó degollarle, diciéndole con impasibilidad horrible: *Así podrás llevar tú mismo a Augusto noticias más recientes y exactas.* Tal fue la ferocidad que desplegó, y tal lo que gozaba con los suplicios, que si alguno por sustraerse a ellos se daba a sí mismo la muerte, exclamaba: *ése se me ha escapado*; así sucedió con Carnudo. El sistema de delaciones que al principio había fingido aborrecer, fue después objeto de premios y recompensas, y le convirtió en medio ordinario de gobierno. Premiados los delatores, pululaban los espías; llovían cada día acusaciones; esclavos, ciudadanos, senadores, todos se daban prisa a denunciar a otros, como único medio de libertarse a si propios. Nadie se atrevía a hablar, pero el silencio mismo se representaba como sospechoso; no era lícito ni alegrarse ni entristecerse, porque la alegría era tomada como la esperanza de alteraciones que se fraguaban en el estado; la tristeza se traducía por descontento del emperador. Se suprimió hasta la libertad de pensar, se condenaba por supuestas intenciones, y se prohibía lamentar la suerte de las víctimas. ¡Desgraciado el que dijera una palabra en elogio de Augusto! Elogiar a Augusto era despreciar a Tiberio, y se castigaba como crimen de estado. Una expresión, un gesto, un signo bastaba para condenar a muerte un hombre.

Con pretexto de lamentar que el pueblo abandonara sus ocupaciones para asistir a los comicios, le arrancó el derecho de elegir sus magistrados y de sancionar las leyes, y trasmitió estas prerrogativas al senado, de quien disponía a su antojo, hasta el punto de disgustarle ya tanta humillación y tanta bajeza como veía en los senadores. Así acabó la intervención del pueblo en los negocios de la república, o por mejor decir, la república dejó de existir definitivamente. Había hecho Augusto una ley estableciendo penas contra los que ofendieran la majestad del pueblo romano. Tiberio aplicó esta ley a los que le ofendían a él, como representante del pueblo, y tomó de ella ocasión para consumar mil asesinatos legales. En verdad el pueblo moralmente no existía, y Tiberio fue el primero que se atrevió a decir sin rebozo: *el estado soy yo*: expresión que reproducida siglos adelante en boca de un esclarecido monarca, adquirió una celebridad histórica que aún dura en nuestros días. ¡Y sin embargo, humeaba el incienso en los altares de la corrompida y degenerada Roma en honor de Tiberio!

Natural era que los prefectos y delegados de las provincias fueran dignos mandatarios de tal emperador. Condujéronse como tales en la Península, Vivio Sereno y Lucio Pisón, el primero en la

Bética, en la Tarraconense el segundo. España demostró todavía, que aunque oprimida y sujeta, no toleraba ni las depredaciones ni el despotismo, y se insurreccionó en gran parte contra los dos prefectos. Los españoles, con más dignidad que los romanos, no depusieron las armas hasta que el senado decretó la separación de Vivio, y prometió hacerles justicia. Puede juzgarse cuáles y cuántas serian las demasías y excesos de aquel pretor, cuando el senado, tal como era ya entonces, oídas las querellas y acusaciones que le elevaron los de la Bética, no pudo dejar de desterrar a Vivio a una de las islas del mar Egeo. No era menos culpable Lucio Pisón, pero siendo provincia imperial la Tarraconense, no quiso Tiberio castigar al prevaricador, antes bien le mantuvo en su empleo. Semejante impunidad irritó de tal manera a un labrador de Termes, que haciéndose intérprete de la indignación de sus compatricios, acometió un día al prefecto, y le dio muerte por su mano. Preso aquel español, y puesto a tormento para que declarara sus cómplices, respondió con admirable firmeza que su único cómplice era la abominable conducta de Pisón. Cuando le llevaban al suplicio, se desasió de repente de sus conductores y se estrelló de propósito la cabeza contra una piedra.[144]

Aunque aislado el hecho de este vengador rústico, fue bastante para que deduciendo el emperador la antipatía con que se miraba en España a sus prefectos, hiciera sentir su tiranía y descargara el peso de su ira sobre las cabezas de los españoles más ilustres. Entre ellos fue víctima de su saña Sexto Mario, avecindado en Roma, hombre de gran fortuna, y en cuya hija, notable por su hermosura, había puesto Tiberio sus torpes y lascivos ojos, como quería poner su avara mano en la caja de las riquezas del padre. No viendo medio de lograr ni lo uno ni lo otro, hizo que se acusara al padre del delito de incesto con su hija. Nada más fácil al emperador que probar todo lo que se proponía. Ambos fueron arrojados de lo alto de la roca Tarpeya, y Tiberio se apoderó seguidamente de todo el oro de aquel desgraciado.[145]

Era menester que bajo el imperio de este tirano se cometiera el mayor desafuero, y la más negra ingratitud que ha manchado las páginas de la historia de la humanidad. Era menester que el que había venido a salvar a los hombres y a predicar una religión de caridad, fuera sacrificado por el que ejercía la autoridad en nombre de Tiberio en el pueblo escogido por Dios. En el año 19 del reinado de Tiberio se verificó el gran suceso de la muerte y pasión de nuestro redentor Jesucristo (33). «Del pie de la cruz en que fue clavado por la ingratitud y ceguedad de los hombres partieron doce nuevos legisladores, pobres, humildes y desnudos, a predicar por el mundo la doctrina de la salud, y a derramar por las naciones las semillas de la verdadera civilización que había de cambiar la faz del universo.»[146]

Cuatro años más tarde (37) acabó Tiberio la vida de desórdenes con que había escandalizado al mundo.

«¡Pluguiera a los dioses que el pueblo romano tuviera una sola cabeza para derribarla de un solo tajo!» Esto decía en una ocasión el sucesor de Tiberio, Cayo Calígula, llamado así de cierto calzado militar (*caliga*) que usaba. Bastaría esta brutal expresión para calcular la bárbara ferocidad del nuevo emperador romano. Propio era esto de quien cerraba los graneros públicos por el placer de ver al pueblo morir de hambre; de quien decía a la mujer que amaba: *Me parece muy hermosa tu cabeza, y sobre todo cuando pienso que a la más leve indicación mía la podría hacer rodar a mis pies.* Instintos tan sanguinarios y feroces solo pueden explicarse por el estado de desarreglo y de delirio en que debía encontrarse su cerebro; y si de estar desjuiciado no hubiera dado mil pruebas, con todo género de extravagancias, sobrara la ridícula insensatez de hacer para su caballo cuadras de mármol, pesebres de marfil, ronzales de perlas y mantas de púrpura; de darle a comer avena dorada, de ponerle a su mesa, de incorporarle en el colegio de sus sacerdotes, y de designarle para cónsul. ¡Y los envilecidos romanos obedecían a este loco! Un español llamado Emilio Régulo quiso librar la tierra de este monstruo imperial, pero descubierta la conspiración, fue Régulo condenado a

144 Tac. Ann. I. IV., c. 11.
145 Id. lib. VI.
146 Chateaub. Etud. Historiq.

muerte. Al fin la espada de Casio Chereás, tribuno de los pretorianos, ejecutó lo que aquel no había podido conseguir (41).

Pero al desjuiciado Calígula sucedió el imbécil Claudio su tío, el digno esposo de la célebre prostituta Mesalina, cuyas obscenidades y desarreglos no abochornaban a Roma que las presenciaba y ruborizan a la posteridad que las recuerda. Comprenderíamos que Roma hubiera sufrido la imbecilidad de Claudio, si hubiese sido una imbecilidad inofensiva; que hubiera tolerado el destierro de Séneca de parte de quien tenía pretensiones de pasar por sabio, cuando su misma madre para calificar a un hombre de necio solía decir: *Es bestia como mi hijo Claudio*; que se burlaran de él los tribunales a que tenía la manía de asistir; pero no se comprende que se sufriera a un imbécil que llevaba al suplicio a treinta y cinco senadores, a trescientos caballeros romanos, y a gran número de mujeres de las principales familias, y que por no tomarse el trabajo de pronunciar una sentencia indicaba con un gesto su voluntad de que un hombre fuera degollado. Y sin embargo a este hombre no solo le obedecía la ciudad del Capitolio, sino que se denunciaba y castigaba a los que ofendieran su *majestad*, habiendo llegado a ser en su tiempo el oficio de denunciador uno de los más lucrativos. Y lo que es más, seducidos los españoles por una ley de Claudio, en que se mandaba que los gobernadores de provincias hubieran de pasar un año en Roma antes de poder ser reelegidos, a fin de que los pueblos tuvieran tiempo para exponer las quejas a que hubieran dado lugar, por más que esta ley quedara sin ejecución como tantas otras, tuvieron la debilidad de levantarle estatuas; que así iba contagiando a España el espíritu servil y adulador de los romanos.

Por fortuna no era esto sólo lo que tomaban de sus dominadores. Las semillas literarias que Augusto había sembrado en España no habían caído en tierra estéril, y producían ya sus frutos. Florecían unos y comenzaban a distinguirse otros españoles como oradores, como filósofos, como poetas y como hombres científicos. Séneca, Sextilio Ena, Marco Porcio Latron, Moderato Columela, Pomponio Mela, Turanio Gracil, y otros españoles, de cuyos escritos nos ocuparemos más adelante, brillaban en Roma precisamente cuando las ciencias y la literatura latina habían venido a precipitada decadencia como las costumbres. Aunque algunos de ellos no dejaron de participar de la baja adulación que entonces parecía estar en boga, no por eso se libraron de la persecución de unos emperadores que tenían la insensata presunción de pasar por sabios, y no sufrían a los que lo eran más que ellos.

Murió Claudio (54), envenenado, a lo que se cree, por su segunda mujer Agripina, y le sucedió Nerón, cuyo nombre parece haber alcanzado el privilegio de servir para designar a los hombres tiranos y feroces. Comenzó no obstante a gobernar con dulzura como Tiberio, declarando que se proponía seguir las huellas del divino Augusto. Y las siguió en un principio. Al oírle decir cuando tuvo que firmar la primera sentencia de muerte: *Quisiera no saber escribir*, ¿quién no le tendría por clemente? Cuando al decretarle el senado estatuas de oro y plata dijo: *Que aguarden a que las merezca*, ¿quién no elogiaba su modestia? Eran entonces sus maestros Afranio Burro, jefe del pretorio, y el español Anneo Séneca, el filósofo, aquel en lo relativo al arte militar, y este en la moral y elocuencia. Había querido Agripina, madre de Nerón, aprovechándose de la corta edad de su hijo, gobernar a su arbitrio el imperio; Séneca cortó el pernicioso influjo de aquella mujer ambiciosa, de que murmuraba ya y se quejaba el pueblo[147]. ¿Por qué no empleó la misma energía con su augusto discípulo cuando le veía después despeñarse por la senda de los crímenes? Pero el moralista que encontró medio de evitar un incesto entre el imperial alumno y su impúdica madre, no le halló para impedir que el emperador expidiera sicarios para que matasen a aquella misma madre, y que les dijera: *Abrid aquel vientre que ha llevado a Nerón,* y que se recreara después en examinar su cadáver y en analizar sus formas: antes escribió al senado justificando en lo posible el bárbaro parricidio.

Había alcanzado a Séneca el contagio de la corrupción, y sus obras no iban en consonancia con sus escritos. Escribía contra la lisonja, y adulaba al hombre más perverso: declamaba contra la avaricia, y ejercía la usura; acriminaba el lujo, y poseía quinientas mesas de limonero con pies de

147 Dion Cas. lib. LXI.

marfil que valían una fortuna. Si no pudo apartar a Nerón del camino del crimen, fue por lo menos débil en no abandonarle cuando le vio encenagado en los vicios. Triste recompensa recibió el filósofo estóico del hombre a quien había lisonjeado. Cansado de él el emperador, le condenó a muerte, suponiéndole cómplice en la conjuración de Pisón; diole a escoger el género de muerte que más gustase: Séneca se abrió las venas, y acabó con la entereza del estoicismo una vida sobre la que pesaban flaquezas indisculpables. Aconteció otro tanto con el poeta Lucano, su sobrino, y con Junio Gallion, su hermano. Familia española tan desgraciada como ilustre.

Por estragadas que estuvieran las costumbres en la corrompida Roma, podría, si se quiere, mirarse sin indignación el desenfreno de las pasiones personales de los emperadores, en que sus mismos súbditos se apresuraban a imitarlos, así como ciertos caprichos pueriles, hijos, o de la estupidez o de la presunción. Pero el placer feroz que Nerón quiso darse de pegar fuego a la ciudad eterna, de ver cómo se abrasaban sus cuarteles, de gozar en el incendio, y de cantar al son de la citara la destrucción de Troya a la luz de las llamas, no era posible que dejara de indignar a los romanos por prostituidos que estuviesen.

De España partió el golpe que había de libertar al mundo de aquel odioso incendiario.

Hallábase de pretor en la Tarraconense Servio Sulpicio Galba, donde se había hecho querer de los naturales por la severidad con que castigaba a los que empleaban malos medios para enriquecerse: había mandado crucificar a un tutor que envenenó a su pupilo para apoderarse de su hacienda: a un administrador a quien se probó falta de pureza en el manejo de los caudales mandó cortarle las manos y clavarlas en la mesa: terrible rigidez, pero acaso necesaria en el estado a que había llegado la desmoralización. Antiguo consular, y anciano de más de setenta años, ni siquiera soñaba Galba en reemplazar a Nerón, cuando le fue propuesto por Julio Vindex, simple propretor de la Galia. Irresoluto se mostró Galba a pesar de verse proclamado por la tropa y el pueblo, y de habérsele adherido Othon que gobernaba la Lusitania. Un acontecimiento inesperado vino a alentar su timidez. Hallábase retirado en Clunia (Coruña del Conde), cuando supo que Nerón, objeto ya de la execración pública, insultado y maldecido por todos, perseguido por los soldados de la guardia pretoriana, había puesto término por su misma mano a su abominable existencia en una casa de recreo cerca de Roma[148]. Galba entonces partió a tomar posesión del imperio (68). La proclamación de Galba, dice Tácito, descubrió el peligroso secreto de que podía elegirse emperador fuera de Roma[149].

Galba hubiera pasado por el mejor emperador posible, si no hubiera llegado a serlo. Pero el emperador romano estuvo lejos de ser el gobernador de la Tarraconense. Rodeado de tres oscuros aduladores que el pueblo llamaba sus pedagogos, ejecutó crueldades que debieron el no parecer mayores a estar tan reciente la memoria de las de Nerón. España que tanto había contribuido a su elevación, fue tratada con ingratitud, gravada con exorbitantes impuestos, y condenados a muerte muchos de los que le habían servido de escala para subir al poder. Condújose lo mismo con los pretorianos que le allanaron el camino del trono. Cuando se le presentaron a reclamar la recompensa ofrecida, les contestó: *Yo elijo mis soldados, no los compro.* Palabras dignas de un emperador, si este emperador no fuese el mismo que había querido comprarlos. No faltó quien lo hiciera, ya que él les había enseñado que podían vendense. Creyéndose también Othon mal correspondido, aquel mismo Othon que siendo gobernador de la Lusitania puso a disposición de Galba sus tropas, y aún le regaló su rica vajilla para que la convirtiera en moneda, sedujo aquellos mismos soldados, y con ellos asesinó a Galba en la plaza pública. El septuagenario emperador alargó el cuello a los asesinos, diciéndoles: *Herid, si mi muerte es útil al pueblo romano.* No desarmaron estas palabras a los soldados, que se cuidaban poco de que su muerte fuese o no útil al pueblo. Imperó Galba siete meses.

148 Nerón había hecho abrir a su presencia el hoyo que le había de servir de sepulcro. Al oír el ruido de los pretorianos que iban en su busca, acarició la hoja de su puñal, recitó algunos versos de Homero, y clavósele diciendo *¡Qué artista va a perder el mundo!* Sabido es que entre otras flaquezas tenía Nerón la de creerse eminente en la poesía, en la música y en el arte de guiar un carro.

149 Evulgato imperii arcano principem alibi quam Romae fieri. Tac. Hist. I. IV.

Proclamado Othon emperador, pueblo y soldados, caballeros y senadores, fueron con humilde bajeza a besarle la mano, y a prodigarle títulos y honores. Othon tuvo presente que en España había comenzado su engrandecimiento y quiso engrandecerla también, agregando a la Bética las costas de África bajo el nombre de *Hispania Tingitana.*

Entretanto, habiendo aprendido los soldados que ellos eran los que hacían emperadores, quisieron los de Germania, a ejemplo de los de España, tener también su emperador, y nombraron a Vitelio. Othon se suicidó. Una noche se acostó diciendo: *Añadamos esta noche más a nuestra vida.* Colocó dos puñales debajo de la almohada, y a la mañana siguiente hallóse solo un cadáver en su lecho.

Vitelio solamente se hizo notable por su glotonería. Hasta repugnantes son las descripciones que se hacen de sus comidas y banquetes, y de los medios que empleaba para excitar su estragado apetito. Poco le duró también aquella vida de brutales deleites. A ejemplo de los ejércitos de España, de las Galias y de Germania, las legiones de Oriente habían proclamado a Vespasiano. Los parciales de uno y otro llegaron a pelear dentro de la misma Roma. Vitelio se escondió en un lugar inmundo de su propio palacio, acompañado de su cocinero y su panadero, dignos secuaces de tal emperador. Sacáronle de allí los soldados, y entretuviéronse en pasearle todo lo largo de la Via Sacra, con una soga al cuello, las manos atadas a la espalda, y desgarrados los vestidos, entre la gritería de la muchedumbre, que ya le arrojaba inmundicias, ya le llamaba a voces ebrio y glotón, a cuyos ultrajes respondía él: *A pesar de todo he sido emperador vuestro.* Quitáronle luego la vida, y después de pasear su cabeza clavada en una pica, arrojaron su cuerpo al Tíber (69). A tal degradación había venido en poco tiempo la dignidad imperial. Iban ya ocho emperadores, y los seis habían muerto desastrosamente: ¡Desgraciada Roma, y desgraciada España, que seguía su suerte!

Afortunadamente, tras de tantos vicios, tras de tanta corrupción y desorden, vino un período de reposo y de consuelo al mundo. Trájolo Flavio Vespasiano, el único que al revés de todos los que le habían precedido, se hizo mejor desde que ascendió al trono. Indiferente, y aún desafecto a los títulos pomposos, modesto y sencillo en sus costumbres, él mismo hablaba muchas veces de su humilde nacimiento; enemigo de derramar sangre humana, lloraba cada vez que se veía en la necesidad de pronunciar una sentencia de muerte. España se había pronunciado por su partido, y más agradecido que Galba, la remuneró concediendo a los españoles los derechos latinos. Reconocidas a esta honra muchas ciudades, tomaron el nombre de *Flavias*, como en otro tiempo habían tomado el de *Julias* o *Augustas*. De este número fueron *Flaviobriga, Aquæ Flaviæ, Iria Flavia, Flavium Brigantinum,* y otras muchas que pueden verse en nuestro catálogo. Debióle también España la construcción de varios caminos, puentes y monumentos públicos. Y no falta quien suponga obra suya una de las más maravillosas que en España se conservan, y que por la grandiosidad de sus proporciones y por las dificultades vencidas para su ejecución, excita el asombro de cuantos la visitan: hablamos del famoso acueducto de Segovia, que los más, aunque sin fundamento seguro en que apoyarse, atribuyen a Trajano[150].

Uno de los más bellos presentes que Vespasiano hizo a España, fue haber enviado en calidad de cuestor a esta provincia a Plinio el Mayor, que no solo desempeñó con celo sus funciones como procurador de la hacienda imperial, sino que hizo grandes mejoras en la Bética, visitó una gran parte de España, y estudiando a fondo sus diferentes climas y países, recogió en ellos abundantes materiales para su historia natural. Hizo además relaciones de amistad con los españoles más distinguidos, con los cuales siguió después correspondencia desde Roma, no perdiendo nunca su afición a España.

Realizóse en el reinado de Vespasiano una de las grandes profecías de los divinos libros, la destrucción del templo de Jerusalén y la dispersión de los judíos por todas las naciones de la tierra: terrible expiación impuesta a un crimen sin ejemplo. Su mismo hijo Tito, tan celebrado después por su piedad y dulzura, fue el que recibió la triste misión de destruir el templo y la ciudad y no dejar

150 Puede verse sobre esto la Disertacion histórica sobre el acueducto y otras antigüedades de Segovia, de Somorostro.

piedra sobre piedra. Fue este uno de aquellos grandes y terribles acaecimientos que forman época en los siglos, y que se imprimen indeleblemente en la historia del linaje humano. Millón y medio de israelitas perecieron en aquella célebre guerra; noventa y siete mil fueron hechos cautivos[151]. Tito no pudo reprimir el llanto, al contemplar el miserable estado de Jerusalén, atestada de cadáveres y convertida en ruinas. Los que quedaron con vida se diseminaron sobre toda la haz de la tierra, en cumplimiento de la terrible profecía. La Judea dejó de existir como nación, y España recogió en su seno una parte de aquellos fugitivos, que aunque perseguidos y anatematizados, habían no obstante de constituir una gran parte de su población por muchos siglos. Créese que se les señaló por primer asiento la ciudad de Mérida.

España conservó por mucho tiempo gratos recuerdos de Vespasiano[152]. Murió este emperador el año 79, dejando por sucesor a su hijo Tito, que aún aventajó a su padre en virtudes, y a quien los españoles llamaron las delicias del género humano.[153] Eralo realmente el hombre que profesaba la máxima de que nadie debía salir apesadumbrado de la presencia del príncipe; el que si se acordaba de noche de no haber dispensado algún beneficio desde la mañana, exclamaba pesaroso: *He perdido el día*; el que al aceptar el pontificado declaró que desde aquel momento se conservaría puro de toda efusión de sangre; el que no permitía que se denunciara a nadie por haber hablado mal de su persona; el que fulminó nota de infamia contra los jueces venales y contra los gobernadores concusionarios; el que prohibió a los caballeros hacer el papel de histriones y degradó a un senador por haber bailado; el que reprimió la licencia pública, e hizo todo lo posible por restablecer la decencia de las costumbres.

La corta duración de su reinado no dejó tiempo ni a España ni a la humanidad de probar todos los efectos de la justicia y de la bondad de este príncipe. Pero la paz que gozaba le permitía entregarse a la cultura de las letras y delas artes, y a las dulzuras de la vida social. Poco más de dos años disfrutó el mundo de la felicidad con que comenzaba a regalarle este benéfico príncipe (81).

Parece que la Providencia quiso mostrar a la especie humana que aún no merecía príncipes tan buenos, y la castigó enviándole un Domiciano, que más que de la familia Flavia y hermano de Tito, parecía de la raza de los Claudios y hermano de Nerón. Jamás hubo hermanos más desemejantes que Tito y Domiciano. No cedió Domiciano ni en crueldad, ni en desenfreno, ni en tiranía a ninguno de sus predecesores. Mataba por complacencia, y derramaba sangre por deleite. España volvió a sufrir las vejaciones y despojos de los gobernadores romanos: pero también tenía defensores celosos. Acusado un procónsul por sus rapiñas ante los tribunales, y llevada la causa a Roma,

151 Justo Lipsio enumera detalladamente los que murieron en cada punto.—Joseph. de Bell. Jud. lib. VI.

152 En el reinado de Carlos V., un paisano de las cercanías de Cañete la Real (el historiador Romey la nombra equivocadamente por dos veces Canta la Real,) descubrió una plancha de bronce con un curiosísimo rescripto de Vespasiano, que por lo interesante vamos a copiar traducido. Decía así: «César Vespasiano, Augusto, pontifica máximo, investido por la octava vez del poder tribunicio, de la autoridad imperial por la décima octava, cónsul ocho veces, saluda a los cuatuorviros y a los decuriones de Sabora. Vista la exposición que me habéis hecho de las dificultades y apuros que os agobian, os permito edificar la ciudad en la llanura bajo mi nombre, como lo deseáis. Mantengo los tributos que decís habéis recibido del emperador Augusto. Para todos los demás que queráis percibir de nuevo, tendréis que presentaros al procónsul: no quiero establecer nada en este género sin que sean oídos los interesados. He recibido vuestra petición el octavo día de las calendas de agosto. He des pachado vuestros diputados al tercero. Pasadlo bien.—Hecha grabar en bronce por la solicitud de los duumviros C. Cornelio Severo y M. Septimio Severo, por cuenta del peculio público.»

Se ve aquí al emperador respondiendo desde la altura de su trono a la reclamación de un pueblo do España, se ve la brevedad con que la despachó, dando en esto ejemplo de actividad a los príncipes: el respeto a los privilegios concedidos por Augusto: su benevolencia hacia los magistrados de Sabora en creerles sobre su dicho, quæ accepisse dicitis: que había en España ciudades stipendiatæ, esto es, que cobraban impuestos, y que una de ellas era Sabora: que para aumentar la cuota de estos tributos o exigir otros de nuevo, el emperador quería que se oyera antes al procónsul y a los interesados.

Extrañamos por lo mismo que el P. Mariana, al referirse a esta inscripción, se contenta con decir que no lo pareció ponerla, «ni en latín, porque no la entenderían todos, ni en romance, porque perdería mucho de su gracia. En nuestra historia latina, añade, la hallará quien gustare de estas antiguallas.»

153 Humani generis amor et desiderium eliam vivus: decía una inscripción conservada en Mérida.

abogaron en favor de los españoles Plinio el joven y Herennio Senecion, natural de la Bética, e hiciéronlo con tanto ardor y tales eran los excesos del acusado, que aún imperando un Domiciano, sufrió por sentencia del tribunal el secuestro de todos sus bienes.

Nerón había dado el primer edicto de persecución contra los cristianos; Domiciano dio el segundo. Confundía con los cristianos a los matemáticos y filósofos, y los desterró a todos de Roma.

Domiciano murió como morían los tiranos, y su muerte fue mirada como una felicidad para los pueblos (96). El senado decretó que su nombre fuera borrado de todos los monumentos públicos. Fue el último de los emperadores designados con el nombre de los doce Césares.

Sucedióle el anciano Nerva. ¡Lástima que su edad no le permitiera dar al mundo más años de felicidad y de justicia! Nerva abolió el crimen de lesa majestad aplicado a los emperadores por Tiberio, castigó a los delatores, dotó a España de magistrados sabios, embelleció a Córdoba con soberbios edificios, e hizo al morir el mayor beneficio que pudiera hacer a España, el de darle por emperador a un español, al insigne Trajano (98).

CAPÍTULO II.
DESDE TRAJANO HASTA MARCO AURELIO.
De 98 a 180 de J. C.

Un español es el primer emperador extranjero que ocupa el trono romano.—Cualidades de Trajano.—Sus defectos.—Sus grandes virtudes.—Sus triunfos militares.—Columna Trajana.—Erige en España magníficos monumentos.—Famoso puente de Alcántara.—Justicia que hace el senado a los españoles.—Adriano emperador, español también.—Vasta ilustración literaria, científica y artística de Adriano.—Sus vicios.—Visita personalmente todas las provincias del imperio.—Viene a España.—Asamblea en Tarragona.—Independencia de los diputados españoles.—Exterminio de los judíos.—Feliz reinado do Antonino Pío.—Marco Aurelio el Filósofo, oriundo de España.—Grandeza y bondad de este príncipe.—Primeras irrupciones de los bárbaros del Norte.—Punto culminante del imperio romano.

Roma, aquel centro de corrupción y de desorden que se llamaba la capital del mundo, no tenía ya emperadores que dar que no fuesen déspotas y corrompidos. Pero había una provincia que estaba siendo nuevo plantel de grandes hombres, y allí se encontró el más digno de ceñir la diadema imperial. Esta provincia era España.

El viejo Nerva, en cuya cabeza encanecida estaban amortiguadas todas las pasiones menos el amor de la patria, había adoptado por hijo a Trajano, natural de Itálica, y quiso hacer el mayor bien posible al imperio y a la humanidad, dejándole por sucesor suyo. Así España puede blasonar de haber sido la primera que dio a Roma un emperador extranjero. Pero aún sería escasa gloria, si este emperador no hubiese sido el que mereció el dictado de óptimo príncipe; que ninguno antes que él había obtenido. Verdad es que Trajano tenía ya en su favor, más que el testamento de Nerva, sus grandes y nobles cualidades para ejercer dignamente la soberanía imperial. No es que faltaran a Trajano flaquezas y vicios como hombre privado: afeábasele su pasión al vino y a las mujeres: pero la sombra de sus malos hábitos como particular desaparecía ante el brillo de sus virtudes como hombre público: bien era menester que fuesen muchas, y lo eran realmente.

Hallábase el español ilustre en Colonia cuando fue aclamado emperador (99). Partió a Roma, donde hizo su entrada pública como un padre en medio de sus hijos. Marchaba a pie, al modo que había marchado siempre en las guerras de la Germania, confundiéndose con los simples soldados como se confundía ahora entre la muchedumbre que se aglomeraba a saludarle y bendecirle. Así continuó siempre, sin que las lanzas de su guardia tuvieran que abrirle paso por entre las masas de un pueblo que le adoraba.

Trajano no necesitaba de estatuas; su presencia reemplazaba al mármol y al bronce; más aunque las mejores inscripciones para él eran las alabanzas que salían de las bocas de sus gobernados, gustábale ver inscrito su nombre en las paredes de todos los edificios, lo que le valió el apodo de *Parietario*; flaquezas de que no suelen librarse los más grandes hombres. Sus liberalidades proporcionaban el sustento a dos millones y medio de personas. Cuando algunos le tachaban de pródigo en sus larguezas, en las sumas que destinaba al socorro de los pobres y a la educación de sus hijos, daba por toda respuesta: *Quiero hacer lo que yo, si fuese un simple particular, querría que hiciese un emperador*. Dedicóse a curar los males del despotismo y las llagas de la anarquía. *Toma esa espada,* le dijo al prefecto del pretorio; *esgrímela en favor mío si cumplo con mi deber, en contra si a él faltase.* Propendiendo siempre en la administración de justicia a la indulgencia y a los sentimientos humanitarios, *Prefiero*, decía, *la impunidad de cien culpables a la condenación de un solo inocente.*

Menos instruido que generoso y enérgico[154], distinguióse su reinado por un carácter belicoso que había faltado a los de sus antecesores. Triunfó en la Dacia, subyugó la Asiría, combatió a los partos, venció varios reyes, llegaron sus ejércitos hasta la India, y para monumento perpetuo de sus

---

154 No sabemos de donde pudo sacar Mariana que Trajano fue discípulo de Plutarco, no hallándose noticia de ello en ningún autor antiguo. La carta del filósofo al emperador a que él se refiere, tiénes por apócrifa. De la escasa instrucción de Trajano da testimonio Juliano, y a ella atribuye el que se sirviera siempre de Sura para escribir sus cartas.

victorias se erigió en Roma la famosa *columna Trajana*, formando para ello una plaza magnífica en terreno que antes ocupaba una montaña de ciento cuarenta y cuatro pies: su inauguración se solemnizó con espectáculos que duraron ciento veinte y tres días, y en que murieron más de mil fieras. Llegó con él al apogeo de su grandeza el imperio romano.

El país natal de aquel grande hombre no podía menos de ser especialmente favorecido. España, que no había tomado parte en aquellas apartadas guerras, vio florecer las letras y las artes a la sombra de la paz y del gobierno paternal y protector de Trajano. Construyéronse caminos nuevos, reparáronse los antiguos, levantáronse edificios y monumentos soberbios, tales como la ostentosa columnata de Zalamea de la Serena, la grandiosa Torre den Barra en Cataluña, el Monte-Furado y la Torre de Hércules en Galicia, el circo de Itálica, y el magnifico y asombroso puente de Alcántara sobre el Tajo, no menos admirable que el que hizo construir sobre el Danubio.[155]

También experimentaron los españoles que la justicia reinaba en el imperio de Trajano. Cecilio, procónsul de la Bética, se había hecho odioso y criminal por su tiranía y sus depredaciones. Las ciudades llevaron su acusación al senado: sostuvo por segunda vez la causa española Plinio el Joven: elocuente y vigorosa fue su oración, los cargos graves, los capítulos de acusación plenamente probados. Cecilio, temeroso de la sentencia, prefirió el suicidio al castigo que le aguardaba: el senado mandó restituir a los pueblos todos los bienes que les habían sido arrebatados o injustamente confiscados; los cómplices del procónsul fueron condenados a largo destierro, y a la hija de éste dejaronsele sólo los bienes que su padre poseía antes de ir a España. Plinio en esta ocasión (104) dio una nueva y brillante prueba de sus simpatías hacia los españoles, y estos le cobraron nueva afición y cariño.

Sensible es que este príncipe, honor de España y del imperio, y que con tanta justicia mereció el renombre de padre de la patria, desmintiera su habitual dulzura con las persecuciones que ordenó contra los cristianos, cuyas doctrinas se iban propagando ya en aquel tiempo por el Occidente. Menester es no obstante advertir que la enemiga de algunos emperadores hacia los cristianos no nacía tanto en ciertas ocasiones de odio a sus creencias como de hacerles creer los pretores que eran peligrosos al estado, y de representárselos como miembros de asociaciones prohibidas por la ley.

---

155 Entre las muchas y suntuosas obras con que Trajano enriqueció y embelleció a España es una de las más sorprendentes (dado que el acueducto de Segovia no fuese obra suya también, como sospechan muchos) el puente de Alcántara que acabamos de citar. Puede verse su descripción en el tomo del Viaje de España de don Antonio Ponz correspondiente a Extremadura, en las notas de Sabau y Blanco a la historia de Mariana, tomo III, en el artículo Alcántara del Diccionario geográfico de Madoz, y en otros muchos lugares. Aquí se encuentran también las inscripciones, que antes habían copiado ya Florez en el tomo XIII de su España Sagrada, Morales en el lib. IX de sus Inscripciones, Masdeu en el tomo VIII de su Historia Critica, y muchos otros autores. Nosotros copiaremos solo traducida, por parecernos la más importante, la de la capilla o templo hoy de San Julián, que empieza Templum in rupe etc.

«Este templo fabricado sobre una roca del Tajo, está lleno de culto y veneración de los dioses y del César, y en él la grandeza de la materia vence al primor del arte. Por ventura dará cuidado a los pasajeros, que siempre gustan de cosas nuevas, saber por quién y con qué fin se ha hecho. Sepan pues, que Lacer, que acabó este puente de extraordinaria grandeza, hizo el templo para ofrecer el sacrificio a los dioses y tenerlos propicios y favorables. Lacer, que hizo el puente, dedicó también el templo, porque ofreciendo dones a los dioses se aplacan y alcanza a su favor. Lacer, insigne en el arte divino de la arquitectura, hizo este puente, que ha de durar por los siglos del mundo: el mismo Lacer hizo el templo en honra y reverencia de los dioses de Roma y del César. ¡Dichoso uno y otro motivo de este edificio sagrado! Cayo Julio Lacer hizo y dedicó este templo con el favor de Curio Lacon, natural de Idaña.»

Parece que no debe quedar duda de quién fue el arquitecto que dirigió el famoso puente: así como otras inscripciones expresan bien claramente haberse dedicado a Trajano.—Sobre las Antigüedades extremeñas puede consultarse la obra moderna que con este titulo ha publicado el anticuario don José Viu.

Acerca del acueducto de Segovia se hallan minuciosas y muy apreciables noticias en la historia de Colmenares, y en la obra antes citada de Somorostro.

La naturaleza de nuestra historia no nos permite detenernos en las descripciones de la parte monumental, ni podemos ni nos proponemos hacer otra cosa que mencionar o indicar las más notables, en cuanto es necesario, para dar idea del progreso o decadencia de España en este punto. Los que deseen noticias más circunstanciadas sobre esta materia, pueden consultar las obras arqueológicas y artísticas que de propósito la tratan.

Murió este gran príncipe en el año 117 de Cristo, después de un reinado de diez y nueve años y medio. Sus cenizas fueron depositadas debajo de la columna Trajana destinada a recordar sus triunfos a la posteridad. Dos siglos y medio después, cuando los romanos saludaban a un nuevo emperador, le deseaban que aventajara en felicidad a Augusto y *en virtudes a Trajano*.[156]

Otro español, Elio Adriano, deudo suyo, y oriundo de Itálica también, pasó a ocupar el trono imperial. A su entrada en Roma, honró la memoria de Trajano colocando su estatua sobre el carro triunfal. Era Adriano a la vez excelente artista y gran literato, aunque de mal gusto. Poseía conocimientos no comunes en matemáticas, en astrología, en cosmografía y medicina. Era orador y filósofo, gramático, arquitecto, músico, hábil pintor, y poeta griego y latino. Acompañaban a tanta ciencia virtudes muy recomendables; pero oscurecíanlas grandes vicios. Era generoso, amigo de hacer justicia, y gustábale premiar el mérito, pero tachábasele de inconstante y caprichoso, y sus versos destilaban una voluptuosidad indigna de un príncipe, y descubrían una impudencia vergonzosa. Sin faltarle disposición para la guerra, se mostró más inclinado a las artes de la paz, y en su tiempo comenzaron a cejar por primera vez las armas romanas y a retroceder los límites del imperio. Verdad es que como guerrero y como hombre de virtudes, se hubiera deslucido menos si no le hubiera tocado vivir entre un Trajano y un Antonino. Dícese que en el ejército marchaba a pie y con la cabeza desnuda, así por entre las nieves o escarchas de los Alpes como por las ardientes arenas de África: singularidad no inverosímil en quien se hacia notar así por los caprichos de artista como por las rarezas de filósofo.

Llevado de la idea de que un emperador debía a semejanza del sol hacerse presente en todos los países, visitó personalmente todas las provincias del imperio, en cuya excursión empleó once años (del 120 al 134). Siendo ya España una de las más importantes, y siendo además su patria, no podía dejar de comprenderla en su visita. Reedificó en Tarragona el templo de Augusto erigido por Tiberio. Hallándose en aquella ciudad, paseando un día solo por su jardín, se vio acometido por un hombre con una espada desnuda en la mano: el emperador, por medio de diestros movimientos pudo ir burlando los ataques del agresor hasta que acudió gente en su auxilio. Informado después de que aquel hombre no tenía su juicio cabal, se opuso a que se le castigara y mandó entregarle a los médicos (122).

Allí convocó una asamblea de los representantes de las principales ciudades españolas. Todos acudieron a excepción de los de Itálica, que despreciaron el edicto, no sabemos por qué. Justamente resentido Adriano, en el viaje triunfal que después hizo por las provincias españolas pagó a Itálica su desaire, negándose a visitarla por más instancias que para ello la hicieron. En la asamblea de Tarragona mostraron los diputados españoles una entereza y una independencia que pudiera servir de ejemplo para ulteriores tiempos. Aunque amante Adriano de la paz, necesitaba de numerosas legiones para guarnecer las vastas posesiones romanas, y pidió un nuevo contingente de hombres (123). Expusiéronle los diputados que no podían acceder a la demanda de un subsidio que privaría al país de la flor de su juventud. No le valieron al emperador sus dotes oratorias para convencer de la necesidad del impuesto: a pesar de su elocuencia, el subsidio fue denegado. Obsequiáronle no obstante con grandes festejos en Tarragona. Desde allí emprendió su viaje por las demás ciudades de la Península, las cuales se disputaban el honor de consagrarle medallas y de erigirle monumentos. En una inscripción hallada en Munda se le llama *Emperador, César, nieto del divino Nerva, Trajano, Augusto, Dácico, Máximo, Británico, Sumo Pontífice, por segunda vez investido del poder tribunicio y del consulado, Padre de la patria.* De la misma medalla se deduce que hizo gracias a la provincia de un millón novecientos mil sextercios que debía, y que restableció a su costa la calzada pública desde Munda a Cartima en una longitud de veinte mil pasos[157].

156 Eutrop. 1. VIII.

157 En algunas monedas de Adriano se ve en el anverso el busto del emperador, en el reverso una matrona con un ramo de oliva en la mano, un conejo a los pies, y la palabra Hispania. Que fue lo que dio ocasión a algunos para tomar el conejo por emblema de España y para hacer derivar el nombre de la nación de la palabra span, conejo. En otra parte hornos manifestado la puerilidad de esta derivación, a pesar de las monedas de Adriano.

No se contentaba Adriano con proteger las letras y las artes liberales. Ocupóse también de la reforma del derecho civil, y publicó el *Edicto perpetuo*, tan célebre en la historia en la jurisprudencia: hizo leyes contra la corrupción, y contra la barbarie con que se hacía el comercio de esclavos: prohibió los sacrificios humanos, y los establecimientos de baños comunes a los dos sexos, y realizó otras reformas saludables a la civilización y a la moral.

Consumóse bajo el imperio de Adriano la ruina nacional de los judíos. Cuando este emperador visitó la Judea, hizo reedificar la ciudad de Jerusalén, pero prohibiendo la entrada a los judíos, que sólo a fuerza de oro lograban el consuelo de ir a llorar sobre las ruinas de su patria. Habíalos ocupado el emperador en fabricar armas para sus tropas. Sirviéronse de ellas para insurreccionarse contra sus dominadores. Dirigíalos un tal Barcochebas que se decía el Mesías, y a quien proclamaban el astro de Jacob. Horrible fue la mortandad que ejecutaron aquellos furiosos hebreos. Cerca de quinientos mil griegos fueron degollados en Cirene, en Chipre y en Egipto. Con bárbara ferocidad aserraban los cuerpos de las víctimas, devoraban sus carnes y bebían su sangre[158]. Pero la espada romana se cebó a su vez en la sangre del ingrato pueblo hebreo (134). Sobre seiscientos mil israelitas recibieron la muerte: de los que quedaron vivos unos fueron vendidos en los mercados, otros pudieron huir, y algunos se refugiaron también a España acreciendo el número de los que ya existían desde el tiempo de Tito: prohibíaseles hasta volver el rostro para mirar a Jerusalén: centenares de poblaciones fueron arrasadas, y la Judea se convirtió en una soledad. La nueva ciudad se llamó Elia Capitolina, sobre el santo sepulcro fue colocado un ídolo de Júpiter, en el Calvario una Venus de mármol, y el pesebre en que había nacido Jesús fue profanado dedicándolo a Adonis[159].

Pero al tiempo que se extinguía totalmente la nación judaica, y que los dioses de la gentilidad se posesionaban de los lugares santificados por el verdadero Dios, el cristianismo iba progresando, las herejías comenzaban también a nacer, y la humanidad se hallaba en uno de aquellos períodos que anuncian va a obrarse una regeneración social.

La muerte de Adriano fue tan singular y caprichosa como había sido su vida. Retirado a su casa de recreo de Tívoli como Tiberio a la de Caprea, atacado de hidropesía, pero profesando la máxima de que un príncipe debe morir alegre, entregábase a todos los placeres y desórdenes sensuales que la anchurosa moral del paganismo permitía. Por último a consecuencia de sus excesos, dejó el mundo (138), no sin recitar al tiempo de morir unos chistosos versos de su composición que se han conservado por su rareza, así en la idea como en la estructura[160].

Había adoptado a Antonino, que le sucedió, y recibió el nombre de Pío, o el Piadoso, por el afecto que a su padre adoptivo mostró siempre. Fue Antonino uno de los mejores príncipes de que hace mención la historia. Religioso, justo, benéfico, fue el más amado de todos los emperadores, el más querido de sus pueblos, y nadie tampoco lo había merecido más que él. Cerca de veinte y tres años duró su pacífico reinado, y en este largo período no hay que decir de España sino que gozó de venturosa tranquilidad. Antonino dejó por sucesor a Marco Aurelio (161), oriundo también de familia española y pariente de Adriano[161].

«Dichosos los pueblos, se ha dicho siempre, cuyos reyes son filósofos y cuyos filósofos son reyes.» Esta dicha se realizó con Marco Aurelio, llamado con justicia el Filósofo. *«Vosotros no sabéis*, les decía a sus amigos cuando supo su elevación al imperio, *cuantas espinas crecen en las gradas de un trono.»* Y cuando dejó los jardines de su madre para ir a habitar el palacio de los

---

158 Dion. Cas. lib. LXIII.

159 En una letania que cantaban después los hebreos se decía: «Recordare, Domine, qualis fuerit Adrianus, crudelitatis consilia amplexus, consuluit idola se pervertencia, etc.» Juan de Lenth. De Judeorum pseudomessiis.

160 He aquí aquellos singulares versos:

Animula, vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quæ nunc abibis in loca.
Palidula, rígida, nudula,
Nec ut soles, dabis yocos.

Spartíano, vida de Adriano.

161 Su bisabuelo paterno era de Ucubi, ciudad de la Bética, no lejos de Itálica.

Césares, las lágrimas corrieron de sus ojos al compás de los unánimes trasportes de alegría a que se entregaba el pueblo. Uno de sus primeros actos fue asociarse al imperio a su hermano Lucio Vero. Por primera vez se vio con sorpresa en Roma a dos emperadores con igual ejercicio de poder. Pero la muerte de Lucio no tardó en dejarle solo en la silla imperial. Esto y las calamidades públicas que sobrevinieron hicieron que resplandecieran más sus virtudes. Los horrores del hambre acosaban al pueblo, y Marco Aurelio supo aliviarlos. Como su esposa Faustina se quejara de que hubiese gastado la mayor parte de sus bienes en socorrer a los menesterosos, *la riqueza de un príncipe,* le respondió, *es la felicidad pública.* Regularizó los impuestos, selló con la nota de infames a los calumniadores, y afirmó la autoridad vacilante del senado. El reinado de Marco Aurelio era el solo capaz de hacer que no se llorara el de Antonino Pío. El imperio gozaba de felicidad; el más desgraciado era el emperador, cuya vida acibaraban los desórdenes de su esposa, la impúdica Faustina.

En el año décimo de su reinado {171), los africanos de la Mauritania pasaron el estrecho, vinieron a devastar las provincias meridionales de la Península, y pusieron sitio a Singilis (Antequera la vieja); pero los gobernadores Vallio y Severo los obligaron a levantarle y los lanzaron de España, persiguiéndolos hasta las costas de Tánger.

Otras guerras más terribles turbaron la filosófica tranquilidad de Marco Aurelio. Las fronteras del imperio comenzaron a ser asaltadas por los pueblos bárbaros del Norte, como si fuesen la vanguardia de los que, tiempo andando, habían de concluir por derrocarle. En todas partes los arrolló, rechazándolos más allá del Danubio, que ya habían franqueado. Por consecuencia de aquellas victorias que le valieron el título de *Germánico*, devolvieron los bárbaros a Roma cien mil prisioneros; prueba grande de cuánto era ya su poderío. Aconteció en el curso de aquellas guerras un suceso que hizo gran ruido en el mundo. Hallábase Marco Aurelio allende el Danubio cercado por los marcomanos. La falta de agua tenía a su tropas, devoradas por la sed, en un estado de desesperación (174). De repente se oscurece el cielo, y a poco rato comienza a caer a torrentes la lluvia, que los soldados reciben con ansia poniendo sus cascos para recogerla. Cuando estaban entretenidos en esta ocupación consoladora, caen de improviso los bárbaros sobre ellos y ejecutan horrible matanza. Mas luego aquella misma nube descarga sobre los enemigos un diluvio de granizo, acompañado de truenos, que los llena de terror, y alentados a su vez los romanos, los vencen, los arrollan y los ahuyentan. Gentiles y cristianos todos tuvieron aquel suceso por milagroso. Lo que hace más a nuestro intento, fue que el emperador lo creyó así, y escribió al senado indicando, aunque muy circunspectamente, que debía aquella victoria a los cristianos, y es lo cierto que ordenó fuesen castigados los que profiriesen calumnias contra ellos[162]. Citámoslo como prueba de lo que ya entonces habían cundido las doctrinas del cristianismo.

Volvieron no obstante a mover después nuevas guerras las hordas salvajes del Norte, y Marco Aurelio murió antes de acabar de sujetar a los bárbaros (180). Con él perdió Roma el príncipe más cumplido y cabal que se había sentado en el trono de los Césares, y España lloró la pérdida del que le había dado otros diez y nueve años de paz y de ventura. Llegó el imperio romano con Marco Aurelio al punto culminante, de que no hará ya sino descender.

162 El hecho le atestiguan casi todos los historiadores, y Tertuliano en su Apología habla de la carta de Marco Aurelio como de una cosa conocida.

CAPÍTULO III.
DESDE MARCO AURELIO HASTA CONSTANTINO.
De 180 a 306 de J. C.

Comienza a sentirse la decadencia del imperio.—Cómodo.—Su depravación e iniquidades.—Abyección del senado.—Reinados de Pertinaz, Didio Juliano, Séptimo Severo, etc.—Monstruosidades de Eliogábalo.—Alejandro Severo sostiene por algún tiempo con dignidad el decadente imperio.—Otros emperadores u oscuros o malvados.—Guerras civiles.—Decio.—Primeras irrupciones de los bárbaros.—Godos, francos, escitas.—Trágica y afrentosa muerte de Valeriano.—Los treinta tiranos.—Frecuentes asesinatos de emperadores. —Interregno de ocho meses.—Tácito y Probo.—Sus virtudes.—Diocleciano.—División del imperio.—Cruda persecución contra los cristianos.—Constancio y Galerio.—Daciano.—Martirios en España.—Maximiano.—Constantino.

Hemos recorrido esta galería de ilustres príncipes, los Flavios y los Antoninos, que dieron a España, al imperio y al mundo cerca de un siglo de paz y de ventura, no interrumpida sino por el reinado de Domiciano, que fue como una mancha que cayó en medio de aquellas púrpuras imperiales. La firmeza de Vespasiano, la dulzura de Tito, la generosidad de Nerva, la grandeza de Trajano, la ilustración de Adriano, la piedad de Antonino y la filosofía de Marco Aurelio, hicieron de aquellos insignes varones otros tantos astros benéficos que resplandecieron y alumbraron al mundo romano, y bajo su influjo España dio grandes pasos en la carrera de las artes, de la política y de la civilización. Solo faltaron a estos buenos príncipes dos grandes pensamientos para acabar de ser buenos; el de haber abrazado la nueva religión, y el de restituir al pueblo los derechos que sus antecesores le habían quitado.

Tócanos ahora repasar con disgusto otro catálogo de emperadores, que como aquellos para dicha, estos para azote de la humanidad parece haber sido permitidos, por no atrevernos a decir enviados por la Providencia. Lo haremos rápidamente, ya porque no nos proponemos escribir la historia de los emperadores romanos sino en la parte que de ella pudo tocar a España, ya porque no es grato ni exponer ni contemplar un negro cuadro de horribles vicios, y ya porque por fortuna la España, colocada a alguna distancia de Roma, participaba menos que la capital del imperio del siniestro influjo de aquellos corrompidos seres que para afrenta de la humanidad conservaron el título de emperadores.

Imposible parece que un padre tan virtuoso como Marco Aurelio engendrara un monstruo como su hijo Cómodo; y no extrañamos que por respeto a las virtudes del padre supongan algunos historiadores que Cómodo no fue hijo del emperador filósofo, sino de la disoluta Faustina y de un gladiador, que, entre otros de la hez del pueblo, obtuvo sus favores. Los hombres no pueden imaginar vicio, ni crimen, ni torpeza, ni crueldad, ni corrupción de ningún género que no se hallase reunido en Cómodo. Sus acciones, sus gustos, menos eran ya de hombre corrompido, que de bestia salvaje. Tiberio, Nerón, Calígula, Vitelio y Domiciano, habían sido templadamente desenfrenados en comparación de Cómodo. «El cielo, dice un escritor ilustre, añadió la locura a sus crímenes a fin de no espantar demasiado a la tierra.» En efecto, el vender todos los cargos públicos, el quitar la vida a muchos senadores, patricios y familias consulares, el tener un serrallo de trescientas concubinas y otros tantos mancebos, podía atribuirse a avaricia, a tiranía y a voluptuosidad. Pero el dividir en dos pedazos a un hombre grueso por el bárbaro placer de ver derramarse por la tierra sus entrañas[163]; el mandar asesinar una noche en el teatro a todos los que a él habían asistido; el sacar los ojos o cortar los píes a los que tenían una fisonomía que le desagradara... esto ya no cabe en las medidas de la maldad y de la corrupción, sin recurrir a un extravío de la razón, a una verdadera locura. Sin embargo el pueblo consentía que se llamara a sí mismo el *Hércules Romano*; que Roma se titulara *Colonia Comodiana*, y hasta el senado inscribió a la puerta de la asamblea: *Casa de Cómodo*. Increíble parece tanta abyección. ¡Y aún reinó trece años este monstruo! Esto parece menos comprensible. Al fin tuvo que morir a manos de un atleta y con el veneno de una concubina (193). Apartemos ya la vista de tanta infamia y de tanta degradación. Sólo el cristianismo no fue

163 Hist. August. p. 128.

perseguido por este hombre bestial, gracias a Marcia, una de sus favoritas, que protegía a los cristianos[164].

La España vio pasar sin acaecimiento alguno notable el corto reinado de Pertinaz. Asesináronle los pretorianos porque quiso restablecer la disciplina; y se sacó el imperio a pública subasta. Presentáronse dos postores, y se adjudicó a Didio Juliano que ofreció mil doscientas cincuenta dracmas más que su competidor[165], entregándole ciento veinte millones de hombres como quien entrega una mercancía. Didio no pudo pagar la suma ofrecida, y a los sesenta y seis días fue asesinado (194). Cada legión quería ya nombrar su emperador. Tres fueron elegidos; el más fuerte se quedó con el imperio. Fue este Séptimo Severo. Para que se forme juicio de lo que era, sólo diremos que obligó al senado a colocar a Cómodo en la clase de los dioses. ¡A Cómodo! Y para que todo en él fuese completo se declaró el mayor perseguidor de los cristianos: aunque era la tercera persecución, puede decirse que para España fue la primera, así por haber sido la más rigurosa y cruel, como porque entonces era ya grande en España el número de los discípulos de la Cruz. En los reinados de Cómodo, de Pertinaz, de Juliano y de Severo se vio brillar la elocuencia de los primeros padres de la iglesia. Por lo demás España, apartada un tanto de los teatros de los desórdenes y sin mezclarse en ellos, seguía su marcha, sin sentir sino débilmente las grandes sacudidas del imperio.

Severo dejó por sucesores a sus dos hijos Caracalla y Geta: pero aunque hermanos, eran enemigos mortales, y Caracalla, deseando reinar solo, se deshizo de su hermano asesinándole en los brazos de su madre (211). Caracalla tuvo la necia presunción de querer imitar a Alejandro y Aquiles. Nos hemos propuesto no fatigar al lector con la pintura de los vicios de cada uno de estos seudo-emperadores. Murió asesinado por Macrino (248), que obtuvo el imperio, y no hizo nada sino mandar levantar altares al mismo a quien había asesinado. Los romanos, luego que morían los déspotas, los convertían en dioses: así gozaban de dos inmortalidades, la del odio público y la de la ley que le consagraba. Catorce meses reinó Macrino; hasta que el ejército que le había dado el imperio se le quitó con igual facilidad. Por un concurso extraordinario de circunstancias después de Macrino una intriga de mujeres elevó al imperio a un joven sirio, por sobrenombre Eliogábalo, o más exactamente Elagábalo o Elagabal, el cual fue muerto con su madre en un lugar inmundo[166], y arrojado su cuerpo al Tíber después de uno de los más execrables reinados. Su nombre fue borrado en España de todos los monumentos como una mancha que los deshonraba.

Permítansenos dos palabras sobre el reinado de Elagábalo siquiera por su singularidad. Era Elagábalo en Siria sacerdote del Sol, y entró en Roma con las mejillas y párpados pintados, vestido con tiara, collar, brazeletes, túnica de tela de oro, y rodeado de eunucos y bufones, de enanos y enanas bailando delante de una piedra triangular. Este sacerdote era el que iba a empuñar el sagrado escudo de Numa[167]. El joven imberbe tenía el capricho de vestirse de mujer, y de entretenerse en las labores de este sexo, y hacíase saludar con el título de señora y de emperatriz. Concedió asiento a su madre en el senado al lado de los cónsules, y creó otro senado de mujeres que deliberaran sobre los honores de la corte y sobre las hechuras de los vestidos. ¡Éste era el trono de los Césares, y el senado de los Escipiones y de los Brutos! El reinado de Elagábalo o Eliogábalo no fue el de la gastronomía, como una errada tradición vulgar ha hecho a muchos creer, sino el de la lascivia y la lubricidad, que llegó a un grado que el pudor no consiente expresar. Era preciso que todos los vicios pasaran por encima del solio romano antes que se sentara en él la religión de las verdaderas virtudes, para que se pudiera apreciar mejor.

Después de tanta imbecilidad, de tanta degradación, de tantas iniquidades y de tantos crímenes, la España y el imperio van a gozar de un respiro bajo el gobierno de un príncipe sabio, ilustrado, juicioso y protector (222). Al modo que tras largos días de procelosas borrascas y por entre nubes espesas y sombrías se deja ver momentáneamente un sol claro, que suele ser signo y

164 Herod. in Vit. Commod.
165 Dion. Hist. Rom. lib. LXIII.
166 Atque in latrina ad quam confugerat occisus. Hist. Aug. página 478.
167 Hist. Aug.

causa de arreciar más la tempestad, así apareció Alejandro Severo como un resplandor fugaz entre las negras tormentas que le habían precedido, y los huracanes que le habían de seguir. Ya la España participaba de la suerte desastrosa de la metrópoli: al peso de tanto emperador monstruoso iba también sucumbiendo: Alejandro Severo la reanima; la provee de gobernadores sabios y amantes del bien, y la hace entrar de nuevo en la senda de la prosperidad. En aquellos primeros tiempos el pueblo elegía sus sacerdotes y sus obispos: Severo quiso que se hiciera lo mismo con los gobernadores de las provincias: el emperador los proponía, proclamaba sus nombres, y dejaba al pueblo el derecho de aplaudir o vituperar la elección. Esta deferencia hacia el pueblo no podía dejar de lisonjear los instintos de libertad de los españoles, y agradecidos levantaron monumentos a quien con tanta consideración los trataba.

Por otra parte, el cristianismo iba penetrando, aunque de un modo como vergonzante, en el alcázar de los Césares. Alejandro Severo colocó ya en su capilla particular una imagen del Crucificado, entre las de Apolonio de Tiana, de Abraham y de Orfeo. Algo era. Al fin ya los cristianos no se veían obligados como hasta entonces a vivir en grutas y cuevas subterráneas por librarse de la vigilancia de magistrados perseguidores: ya podían vivir en público, porque el emperador gustaba de sus libros y de su moral; y Mamméa su madre, si no era ya cristiana, al menos inspiraba a su hijo sumo respeto hacia esta religión. Algunos pueblos la erigieron estatuas, entre ellos, la colonia Gemina Accitana. En cuanto a Alejandro, lo diremos todo con decir que tomó por tipo y regla de su conducta esta máxima que es el compendio de toda la moral: «No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti»: y que la hizo grabar en su palacio y en todos los edificios públicos. Reinó Severo trece años, al cabo de los cuales murió asesinado por Maximino.

Alejandro Severo fue como un puntal puesto a un edificio que se resquebrajaba por todas partes. Quitado el puntal, el viejo y combatido edificio comenzó a desmoronarse como tenía que suceder. Maximino ya no era romano, ni español, ni africano, ni sirio; era nacido en Tracia, de madre alana y de padre godo. Ya tenemos a un bárbaro sentado en el trono de los Césares, porque había entrado a servir de soldado en las legiones romanas (235). El mérito do Maximino era ser el hombre más alto y más fornido que se conocía, comer muchas libras de carne, y beber muchas azumbres de vino[168], arrastrar él solo un carro cargado, echar a rodar por el suelo quince o veinte luchadores, y otras semejantes proezas y virtudes. Los cristianos no podían dejar de ser perseguidos por un príncipe tan bárbaro: así hubo muchos mártires en España, y entre ellos se cita a San Máximo, que se cree ser el que los catalanes nombran San Magín. El manto imperial ya no era un manto de púrpura; era un harapo manchado y viejo que recogía un extranjero pobre y salvaje. Mientras Maximino estaba ocupado en batir a los germanos y a los sármatas, que todos querían dar ya emperador, el senado hacia rogativas públicas a los dioses porque no volviese a entrar en Roma. Pareció haberlos oído los dioses, porque Maximino quedó por allá asesinado con su hijo.

En África habían proclamado emperadores a los Gordianos, padre e hijo, descendientes de los Gracos y de Trajano. El viejo Gordiano rechaza llorando el manto imperial, pero se le visten a la fuerza, y saludan también Augusto a Gordiano el joven, que, amigo de las letras, lamentaba los males de su patria entre las mujeres y las musas. Muere el hijo, y el padre se ahoga con un cinturón por no sobrevivirle, y se desprende gustoso de las grandezas de un trono que repugnaba. El senado designa dos nuevos emperadores, Máximo Papiano y Balbino, bravo soldado el primero, y orador y poeta el segundo (240). Suscítase en Roma una guerra civil: hay asaltos, combates e incendios: un niño los apaga con su presencia, un tercer Gordiano, hijo y nieto de los otros. Este tercer Gordiano, aunque joven, sostiene el honor del imperio por cinco años. Pero Filipo abusa de su inexperiencia, le hace perder el prestigio, le malquista con los soldados, y últimamente le hace morir a manos de ellos (244).

No se sabe si Filipo fue cristiano o no. Sábese que fue árabe, y que había sido bandido. Ya era emperador cualquiera, y de cualquier país. Enredanse nuevas guerras, y apenas puede distinguirse a quienes se nombran emperadores. Suenan los nombres de Prisco, hermano de Filipo, de Jotapiano,

168 Al decir de Codro, comía este bárbaro cuarenta libras de carne, y bebía veinte y cuatro azumbres de vino.

de Marino, y de Decio. Este último sube al trono, y despliega tal crueldad contra los cristianos, que muchos, no pudiendo sufrir tantos suplicios, apostatan públicamente e inciensan los ídolos, otros firman una abjuración escrita de su creencia. A los primeros nombran *sacrificantes*, a los segundos *libelistas*.

La España no podía ser indiferente espectadora de acontecimientos que tan de cerca la tocaban. ¡Qué ocasión tan favorable la de tanta flaqueza y tanto desorden para haber podido reconquistar su independencia, si no se hubiera hecho tan romana! Sin duda el destino a que la llamaba la Providencia no se había cumplido. Ciertamente hay en la historia de las naciones misterios que no se pueden penetrar. España sigue todavía la suerte de Roma. Grandes acaecimientos, grandes trastornos se preparan (250).

A la manera que vemos muchas veces levantarse lejos de nosotros y en lo más apartado de nuestro horizonte pequeñas y dispersas nubes, que uniéndose y condensándose después, van ennegreciendo la atmósfera, y apenas llega a nuestros oídos el ruido del trueno que de lejos las anuncia; más luego las vemos acercarse impulsadas por el viento, los relámpagos crecen, el trueno retumba, y por último, la tempestad viene a descargar sobre nuestras cabezas, y los torrentes que de ella se desgajan inundan nuestros campos: así la España en los tiempos en que vamos a entrar, veía levantarse a lo lejos aquellas masas de bárbaros que a manera de nubes amenazaban el Norte del imperio; veíalas en lontananza unirse, engrosarse, avanzar como empujadas por el viento: más colocada España al extremo occidental del mundo romano, el ruido de aquellas guerras llegaba a ella como el sordo rugido de un trueno lejano. Y sin embargo aquellas nubes de godos, de hérulos, de vándalos, de sármatas, de escitas, de borgoñones, de hunos, de alanos y de otras mil razas y tribus, habían de venir a descargar sobre sus campos y a inundar su suelo. Preciso es conocer la marcha y progresos de aquellas masas de guerreros salvajes, que habían de derramarse por el Occidente, que habían de trastornar el imperio de los Césares, derribar el Capitolio y cambiar los destinos del mundo.

Los godos, empujados acaso por otros pueblos que detrás de ellos venían, se habían ido aproximando a las fronteras del imperio, que desde la conquista de la Dacia por Trajano, habían quedado abiertas y sin barrera que oponer a una invasión. Crispo, hermano de Filipo, les revela la debilidad del imperio, y los godos invaden primeramente la Mesia, y después la Tracia y la Macedonia (250). Decio se empeña con ellos en una lid desesperada, en que después de ver perecer a su hijo, encuentra también él mismo la muerte: y Galo, acaso vendido también a los godos como Prisco, es proclamado emperador, Galo celebra con los godos una paz vergonzosa, obligándose a pagarles un tributo anual, a condición de que respeten las tierras del imperio, condición que los bárbaros se cuidaron muy poco de cumplir. La peste asolaba aquellas provincias (252), y multitud de razas salvajes las invadían. Además de los godos, la Escitia y la Germania arrojaban masas innumerables de guerreros, los godos se derramaban por la Tracia y la Macedonia, los francos invadian las Galias por el Rhin, los escitas caían sobre el Ponto Euxino y avanzaban hasta Calcedonia, y Sapor, rey de los persas, ocupaba la Armenia, y se proponía arrojar a los romanos de toda el Asia. Y mientras los bárbaros sitiaban el imperio por todas partes, los aspirantes a la púrpura se hacían proclamar cada cual por su ejército, se combatían, o se asesinaban.

Tal estaba el imperio cuando Valeriano se ciñó la púrpura pasando por encima de los cadáveres de Galo y de Emiliano. El y su hijo Galieno, mozo afeminado y vicioso, auxiliados de Postumo, Claudio, Aureliano y Probo, que en el hecho d e ser caudillos del ejército, eran candidatos a la púrpura, vencieron a los godos, rechazaron de España a los franco-germanos, pero marchando después contra los persas, cayó Valeriano prisionero del rey Sapor (260). Todos los crímenes del imperio y todas las flaquezas del Capitolio se vieron castigadas en la persona de aquel desventurado emperador. Propúsose el Persa hacer a su imperial cautivo objeto de ludibrio y de afrenta. El bárbaro rey le hacia servirle de estribo para montar a caballo, apoyando orgullosamente su pie sobre la encorvada espalda del prisionero, revestido de la púrpura. Y porque un día le irritó, mandó desollarle vivo, y adobada su piel y teñida de encarnado, la rellenó de paja para que conservara la

forma humana, y la hizo colgar de la bóveda del templo principal de Persia, donde se conservó por espacio de muchos siglos[169]. ¡Barbarie inaudita! Cuando Galieno supo el desastroso fin de su padre, se contentó con decir: *«Ya sabia yo que mi padre era mortal.»* Y recogiendo la otra mitad de la vieja púrpura, como quien recoge la mortaja de un muerto, continuó impasible entre sus cortesanas y sus deleites. No sabemos cuál acabó de humillar más el imperio, si la muerte afrentosa del padre, o la conducta vergonzosa del hijo.

Entonces fue cuando se levantó simultáneamente un enjambre de tiranos, que unos fijan en treinta por asemejarlos a los de Grecia, otros en diez y nueve: entre ellos se distinguían las dos reinas Zenobia y Victoria. Esta última elevó al rango de Augusto en las Galias a Mario, que había sido armero, el cual llamaba a Galieno *lujuriosísima peste*. Mario pereció a manos de un soldado que había sido oficial de su taller: al atravesarle el cuerpo con la espada le dijo: *«Tú la fabricaste.»* Victoria, aquella Zenobia de las Galias, no se desalentó por esto, y nombró todavía emperador a Tétrico, que lo fue de las Galias y de España. Pero ¡cosa maravillosa! Aún producía Roma genios no comunes. Tal fue Claudio, que sucedió a Galieno: mereció y obtuvo el nombre de Gótico, por la brillante derrota que causó a los godos. Curiosas son las palabras con que él mismo la describe: «Hemos destruido trescientos mil godos, y echado a pique dos mil naves. Los ríos están cubiertos de escudos, y sus márgenes de anchas espadas y pequeñas lanzas. Las llanuras se ocultan bajo los montones de huesos blanquecinos: no hay camino que no esté tinto de sangre... hemos hecho tantas mujeres prisioneras, que no hay soldado que no pueda tener dos o tres esclavas.»[170] La fortuna ayudaba a Claudio por otra parte. Los tiranos se habían destruido unos a otros, no le quedaban sino Zenobia en Oriente y Tétrico en Occidente: ya se disponía a ir contra ellos cuando le sorprendió la muerte (270).

Hízolo por él su sucesor Aureliano, llamado *Espada-en-mano*, *Manus ad ferrum.* Dotado Aureliano de cualidades brillantes, de gran valor y de un golpe de vista pronto y certero, subyugó a los dacios, y venció a Zenobia y a Tétrico. El triunfo de Aureliano fue el más pomposo y brillante que se vio jamás: todos los pueblos figuraban en él: llevaba prisioneros godos, alanos, alemanes, vándalos, roxolanos, sármatas, suevos y francos; tras ellos iba Tétrico, que algún tiempo había dominado en España, vestido con la púrpura imperial; entre las reinas prisioneras distinguíase la famosa Zenobia, reina de Palmira, atadas las manos con una cadena de oro tan pesada, que los grandes de su corte, cautivos como ella, tenían que irla aliviando el peso; las perlas que cuajaban su vestido apenas la permitían andar [171]. Ostentábase Aureliano sentado en un carro triunfal arrastrado por cuatro ciervos. Así renovó todavía Aureliano las antiguas glorias de Roma. Era naturalmente severo: no permitía a los soldados tomar ni un pollo de los labradores, diciendo que los guerreros deben verter la sangre de los enemigos, no la de los pollos ni las lágrimas de los infelices ciudadanos[172]. Cuando se dirigía a Oriente a hacer la guerra a los persas, fue muerto por los oficiales de su armada. Los cristianos lo agradecieron, porque meditaba contra ellos una nueva persecución (285).

Sucedió entonces un fenómeno inexplicable. El mundo estuvo ocho meses sin dueño. El senado remitía al ejército el cargo de nombrar emperador; el ejército a su vez le remitía al senado: ni el uno quería usar de su derecho ni el otro de su fuerza. Cosa extraña: no sabemos si sería capricho o cansancio. Por fortuna, con las últimas victorias contra los bárbaros de fuera y contra los tiranos interiores, el imperio estaba tranquilo. Roma hubiera podido recobrar su libertad, y no lo hizo: parecía haberla ya olvidado. Por fin el senado proclamó emperador a Tácito, anciano de

---

169 Direpta est ci cutis... at in templo barbarorum deorum ad memoriam triumphi clarissimi ponerelur, Lactant. De morte persecut. cap. V.

170 Carta de Claudio a Broco, gobernador de la Iliria.

171 Cuando presentaron a Aureliano la ilustre prisionera de Palmira: «¿Conque has tenido atrevimiento, le dijo, para oponerte a un emperador romano?—Ignoraba, le contestó la cautiva rema, que hubiese todavía emperadores dignos de este nombre: a todos los consideraba como Galienos o Aureolos: pero me has vencido, Aureliano, y veo al fin un emperador.»

172 Hist. Aug. p. 222.

setenta y cinco años, y de la familia de Tácito el historiador filósofo. Este anciano pareció rejuvenecer un poco la corrompida decrepitud de la república, más cuando iba a colocarse a la cabeza del ejército para repeler una nueva invasión de los alanos, halló un fin desastroso. Su hermano Floriano, que le sucedió, reinó poco, y le mataron los soldados, por pasarse a las águilas de Probo, o más bien, los soldados asesinaban ya emperadores por costumbre (276).

Probo fue uno de los más grandes emperadores del tiempo de la decadencia. En otra época hubiera podido ser un Augusto. Tan rígido soldado, como hábil político y celoso administrador, defendió el imperio contra los enemigos, y las provincias contra los excesos de los soldados, los cuales veían en él un soldado más frugal y más disciplinado que ellos. No podían ser insensibles al ejemplo de un emperador, que sentado en tierra sobre la yerba en la cima de una montaña de la Armenia, comiendo legumbres en un puchero, con un sencillo vestido de lana teñida de púrpura, recibía a los embajadores del rey de Persia. La modestia de Probo era tan grande, que cuando sus soldados le aclamaban; *«Me matáis,* decía, *cuando me llamáis emperador.»* Cuando le murmuraban su pobreza, decía a su ejército: *«¿Queréis riquezas? Ahí tenéis el país de los persas. Creedme; de tantos tesoros como poseía la república romana, nada ha quedado; el mal viene de los que han enseñado a los príncipes a comprar la paz de los bárbaros. Nuestras rentas están agotadas, nuestras ciudades destruidas, nuestras provincias arruinadas. Un emperador que no conoce otros bienes que los del alma, no se avergüenza de confesar una honesta pobreza.»* Como guerrero, derrotó a los francos, a los borgoñones y a los vándalos que se habían apoderado de las Galias. Mató a cuatrocientos mil bárbaros, libertó y reedificó setenta ciudades, trasladó a la Gran Bretaña colonias de prisioneros, sometió una parte de la Alemania, levantó una muralla de doscientas millas desde el Rhin hasta el Danubio, y libre de las guerras extrañas sofocó las rebeliones interiores: como administrador, afianzada la paz, empleó sus ejércitos en labores de agricultura, y mandó plantar de nuevo viñas en España revocando el ridículo edicto de Domiciano. *«Si los dioses me conceden vida,* dijo en una ocasión, *pronto el imperio no necesitará de soldados.»* Las legiones recogieron esta expresión, y no aguardaron más que una ocasión para deshacerse de quien tal ánimo mostraba de disolverlas. Al día siguiente de haberle asesinado (282), le erigieron un sepulcro de mármol con esta inscripción: *«Aquí yace Probo, el mejor de los emperadores, el vencedor de los tiranos y de todas las naciones bárbaras.»* Esta inscripción era una verdad, y aún pudieron decir más de sus virtudes pacíficas[173].

Siguieron Caro, Carino y Numeriano. Carino, residió en España. De su estancia se hallaron monumentos en el mercado público de Sagunto, y muchas inscripciones han perpetuado su administración. Sucedió a estos Diocleciano, con el que empieza la era famosa de la iglesia conocida con el nombre de era de Diocleciano o era de los Mártires.

Aún estaba la España bajo la dominación de Carino cuando fue contra él Diocleciano: encontráronse sus ejércitos, pero los soldados de Carino ahorraron a Diocleciano el trabajo de vencerle, parecía ya como artículo de ordenanza para los soldados asesinar a sus jefes, o para dar la púrpura a otro, o para quitársela a los mismos que habían proclamado. Diocleciano no se reconoció bastante fuerte para sustentar solo el peso de tan vasto imperio y le compartió con Maximiano Hércules (285). Aún hizo más: nombró luego dos Césares, a saber, Constancio Cloro y Galerio, y dividió los dominios imperiales en cuatro grandes provincias. La España con la Bretaña y las Galias le fue encomendada a Constancio, que era el mejor de los tres. Tiénese no obstante en lo general una idea muy exagerada de la crueldad de Diocleciano, sin duda por la persecución general que en su reinado sufrió la iglesia. Pero Diocleciano, príncipe prudente y hábil, había dado antes de la persecución diez y ocho años de gloria al imperio; había sido gran administrador, y refrenó mucho el despotismo militar y la preponderancia de las legiones. El mismo edicto de persecución que con tanta sangre de mártires enrojeció la tierra le dio de muy mala gana; el delito de Diocleciano fue la flaqueza de haber cedido a las inicuas sugestiones de Galerio. El emperador quiso antes consultar a un consejo de magistrados, y este consejo opinó que los cristianos debían ser perseguidos.

173 Hist. Aug. Vit. Prob.-Zosim. lib. I.

Diocleciano, no tranquilo todavía, envió a consultar a Apolo de Mileto, y Apolo respondió que los justos esparcidos por la tierra le impedían decir la verdad; los arúspices declararon que estos justos eran los cristianos: resolvióse con esto su persecución, y se dio el famoso edicto de Nicomedia, obra de la maldad de Galerio y de la debilidad de Diocleciano[174].

Antes de este edicto, y en los reinados de Galo, Valeriano, Galieno, Claudio y los demás que le sucedieron, los decretos de persecución habían sido o parciales o contradictorios, y los gobernadores de las provincias, más bien que los emperadores eran los que empleaban, según su carácter, la tolerancia o el rigor con los cristianos. Ahora la persecución se hizo general; el decreto prevenía el exterminio; Galerio no se contentaba con menos; se empezó destruyendo las iglesias y entregando a las llamas los libros santos y las actas de los mártires que había habido, y siguieron los suplicios sin distinción de orden, clase ni edad: las cárceles rebosaban de víctimas; los caminos se veían cubiertos de montones de hombres mutilados; los garfios, el potro, la cruz y las bestias feroces despedazaban a niños y madres, o los arrojaban confundidos a las piras, o los precipitaban al fondo del mar a centenares, porque no había verdugos para tantas víctimas (300).

Muchos mártires hubo también en España, no por culpa del César, porque Constancio no los perseguía, y acaso en su interior los amaba, sino del gobernador Daciano, escogido de entre la aristocracia romana, la más enemiga de las novedades (que así llamaban la nueva religión), para dar cuenta de los cristianos desde los Pirineos hasta el Océano. Murieron obispos, centuriones, magistrados; y de este tiempo fueron los innumerables mártires de Zaragoza. Hubo también en España, fuerza es confesarlo, falta de constancia en muchos; bastantes abjuraron o por debilidad o por poco arraigados en la fe, y faltábale todavía mucho a la España para ser toda cristiana. La persecución duró en Occidente dos años largos, los últimos del reinado de Diocleciano: en Oriente la continuó Galerio por otros ocho años más. Galeno no se saciaba de sangre cristiana.

El impío e infame Galerio había logrado persuadir a Maximiano, padre de su mujer, a que abdicase la púrpura. Logró después lo mismo de Diocleciano, más ciertamente con amenazas que con la persuasión; y Diocleciano, tan generoso en partir con otros el imperio, obligado a bajar de él por el mismo a quien había elevado, se retiró a Salona su patria. Así quedaron por emperadores Galerio en Oriente, y Constancio en Occidente. Con la elevación de Constancio al imperio cesó en España la persecución de los cristianos (305), antes se entregó públicamente a su confianza; abriéronse las cárceles a todos, y entre ellos recobró la libertad Osio, obispo de Córdoba, que después se hizo tan justamente célebre. Constancio fue un excelente príncipe, dulce, justo y tolerante, y tan pobre, que cuando daba un festín tenía que pedir la plata prestada. Suidas le llama *Constancio el Pobre*. Su hijo Constantino, el que después había de dar tanto engrandecimiento y lustre a la iglesia, tenía entonces diez y ocho años, y habiéndose alistado antes en las banderas de Diocleciano, continuaba sirviendo en Oriente bajo los estandartes de Galerio. Reclamábale su padre, agobiado de enfermedades; pero el inicuo Galerio le retenía en su poder, hasta que una noche se salvó de sus lazos con la fuga. Para librarse Constantino de la persecución, iba en cada parada de postas cortando las piernas a los caballos de que se servia[175], y de este modo llegó a incorporarse con su padre, el cual murió luego en York; las legiones, haciendo el último ensayo de su poder, aclamaron a Constantino emperador, en nombre de las virtudes de su padre (306).

Muchas guerras tuvo que sostener todavía Constantino antes de sentarse tranquilo en el trono de Occidente, ya contra Maximiano, que arrepentido de su abdicación, quiso vestirse otra vez la púrpura, ya contra Galerio, ya contra Majencio y Licinio. Por este tiempo se celebró en España el concilio de Illiberis. La iglesia y el mundo van a recibir una trasformación bajo el imperio de Constantino.

---

174 Chateaubriand, en sus Mártires, ha hecho el retrato de las cualidades respectivas de los tres emperadores, Diocleciano, Galerio y Constantino, con mucha verdad histórica, y con la elegancia que distingue al ilustre escritor de nuestro siglo.

175 Zosim. lib. II.

CAPÍTULO IV.
EL CRISTIANISMO.

Pintura de las costumbres del imperio romano.—Corrupción y disolución moral.—En los emperadores: en el pueblo: en los hombres de letras.—Causas que la producían.—Politeísmo—Constitución orgánica del imperio. Tiranía: esclavitud: condición miserable y abyecta del pueblo.—Vicios de la legislación.—Derechos tiránicos de los padres.—Prostitución del matrimonio: facilidad de los divorcios, leyes sobre el celibatismo: esclavitud de las mujeres: falta de vínculos de familia: exposición de los hijos.—Escandaloso lujo y vida licenciosa de los ricos: egoísmo universal: estrago y desenfreno de costumbres.—Filosofía epicúrea: filosofía estoica.—Necesidad de una revolución social en el mundo.—La trae el cristianismo.—Filosofía cristiana.—El cristianismo considerado como principio moralizador y como principio civilizador.—Su doctrina: su nacimiento y progresos. —Costumbres de los primeros cristianos.—Persecuciones: martirios: edad heroica del cristianismo—Cómo fue ganando al pueblo.—Cómo a las clases elevadas de la sociedad.—Filósofos cristianos: apologistas.—El cristianismo en España.—Mártires españoles.—Zaragoza.— Osio. —Situacion religiosa del mundo al comenzar el cuarto siglo.

Estaba elaborándose lentamente en el imperio romano una revolución social, la mayor que han presenciado los siglos, y la mayor también que se verá hasta la consumación de los tiempos. Todos los sucesos que hasta ahora llevamos referidos carecen de importancia al lado del grande acontecimiento que se estaba preparando. La sociedad antigua iba a disolverse, el mundo iba a sufrir una trasformación física y moral, y la gran familia humana iba a ser regenerada en su religión, en su gobierno, en su legislación, en su moral y en sus costumbres. Los elementos existían ya, pero iban obrando paulatinamente como todo lo que está destinado a producir cambios y revoluciones que han de durar largas edades. Menester es que conozcamos las causas que fueron preparando esta gran metamorfosis social, para que podamos apreciar después debidamente sus efectos.

Por el imperfecto cuadro que hasta ahora hemos delineado se ha podido ver a qué grado de corrupción, de inmoralidad , de desenfreno habían llegado las costumbres en el imperio romano, y el imperio romano era entonces el mundo. Aunque la disolución y los vicios tenían ya gangrenada la sociedad romana en los últimos tiempos de la república, veíanse todavía algunos ejemplos, si no de virtudes morales, por lo menos de virtudes cívicas, de las virtudes propias de un resto de energía nacional, de un resto de amor a la libertad. Bruto y Casio fueron llamados los últimos romanos. La voz de Cicerón dejó de oírse, y no hubo quien la reemplazara, porque la elocuencia enmudece con la tiranía. Mientras la república estuvo ocupada en conquistar, la necesidad del heroísmo produjo todavía algunas virtudes: cuando los hombres dejaron de pensar en guerras, pensaron en deleites y en cortesanas. Cuando Augusto dio la paz al mundo avasallado, no pudo hacer sino llamar en su auxilio las musas para que encubrieran con sus laureles la tiranía y la relajación. Aunque de buena fe quisiera Augusto corregir las costumbres, era ya impotente para ello, porque el corazón de la sociedad estaba corrompido, y lo estaba por la misma organización social.

Así desde Augusto que aparentó querer contener la inmoralidad, corre después y se precipita desbocada y sin freno, ayudada de la tiranía desenmascarada, que era lo único que le había faltado. Desde entonces no se ve sino una depravación profunda en todos los miembros de la sociedad: el vicio y la impiedad, la ferocidad y la adulación, la crápula y la sensualidad, erigidas en sistema. Emperadores malvados disponian de un pueblo corrompido, y soldados licenciosos se daban emperadores tan desenfrenados como ellos. Plebe y soldados nombraban, aplaudían, divinizaban al que esperaban les hiciese más distribuciones de trigo o de dinero con que matar el hambre, y que les diese más espectáculos con que divertirse: cuando las distribuciones y los juegos se acababan, asesinaban a aquel y aclamaban a otro. Así el pueblo lloraba como una desgracia la muerte de Calígula, de Nerón, de Cómodo, de Caracalla y de Eliogábalo, porque habían sido los más pródigos para él. «El pueblo, dice elocuentemente un escritor español[176], el pueblo siempre mendigo y siempre seguro, decía al tirano: tenga yo dinero, y tú confisca: tenga yo trigo, y tú mata: tenga yo espectáculos, y tú harás cuanto te agrade: con que entre el pueblo y el mal príncipe había una tácita

176 Malgorza y Azanza, Discurso sobre el comercio de los romanos.

convención, mediante la cual el déspota daba el trigo y el pueblo los aplausos... Cuando los tiranos salían de sus palacios, y oían las salutaciones y agradecimientos del pueblo, imaginábanse que todo el imperio se hallaba en el más floreciente estado, y tenían las interesadas y compradas aclamaciones de la canalla bien alimentada por indicios de la pública felicidad.—¿Hacíase, dice en otra parte, una carnicería de los ricos? Pan al pueblo, y más que todos los ricos se matasen. ¿Subía un emperador a la escena, o descendía al palenque con los gladiadores? Pan al pueblo, y en el senado y en el circo resonaban aplausos al emperador comediante, citarista o cochero. ¿Volvía el príncipe de la guerra sin haber visto al enemigo, o después de haber hecho una paz vergonzosa? Pan y dinero al pueblo, y el príncipe quedaba hecho padre de la patria, y entraba victorioso en Roma entre las aclamaciones y bajo los arcos de triunfo. ¿Moría una cortesana, una vil prostituta, esposa del emperador y mujer de todos los hombres? Pan y dinero y aceite al pueblo, y la casta consorte del tálamo nupcial era hecha una diosa, se derramaban lágrimas sobre su tumba, y sus estatuas se adornaban de flores.»

Así los príncipes apresuraban la corrupción del pueblo, y el pueblo ayudaba a la corrupción de los príncipes.

¿Pero era sólo el pueblo ignorante y estúpido el que así adulaba a sus tiranos? ¿No hacían lo mismo los hombres de letras, los sabios y filósofos? Valerio Máximo dedica su obra al infame Tiberio, y en el prefacio se dirige a él diciéndole: *Á vos, a quien los dioses y los hombres de concierto han dado el gobierno del mundo; a vos de quien pende la salud de la patria, pues que vuestra divina sabiduría alienta con tanta bondad las virtudes que hacen el objeto de esta obra y castiga con severidad los vicios contrarios; a vos, César, es a quien invoco para el éxito de mi empresa.*— El mismo Séneca, el preceptor de Nerón, el que mejor escribía de moral y de virtud, pero que a favor de sus usuras había amontonado en cuatro años trescientos millones de sextercios[177]; el que por impedir a su depravado discípulo que fuese incestuoso le inclinaba a ser adúltero; el mismo Séneca, ¿no le decía a Nerón que *«podía vanagloriarse de un mérito que ningún otro emperador tenía, la inocencia; y que hacia olvidar los tiempos de Augusto»*?[178]

Jamás, ni en tiempo ni en parte alguna se vio la humanidad agobiada bajo el peso de tantos vicios y de tantos crímenes. Es un cuadro que asombra y espanta. ¿De dónde provenía tanto desorden? ¿Qué causas habían producido aquel refinamiento de disolución y de maldad? La religión y el culto, la organización política, el gobierno, las leyes, las doctrinas filosóficas, todo contribuía a fomentar la corrupción intelectual y moral del pueblo romano.

Los hombres del mundo antiguo, no habiendo alcanzado el conocimiento de la verdadera divinidad, se fabricaron dioses con las mismas pasiones y con los mismos defectos que ellos; y si al principio les tuvieron respeto, fueron perdiéndosele después. Había dioses para todas las virtudes, pero había también dioses para todos los vicios, y los hombros encontraban más fácil asemejárselos en estos que imitarlos en aquellas. *«Si Júpiter trasformándose en lluvia de oro,* decía Terencio en una de sus comedias[179], *seduce las mujeres, ¿por qué yo, siendo un miserable mortal, no he de poder hacer otro tanto?»* Y como si el politeísmo de Roma no fuera bastante, como si el catálogo de los dioses romanos necesitara ser aumentado para autorizar todos los crímenes, llevaron los de Egipto y Grecia para que los ayudaran a proteger y santificar los vicios. Si en el templo de la Venus de Babilonia se prostituían públicamente las mujeres, si en el de Corinto se consagraban más de mil meretrices a la madre de los amores, ¿por qué en Roma había de haber vestales? Nadie quería ya serlo, y no se encontraba quien mantuviera el fuego sagrado. Pero en cambio las madres llevaban a sus hijas a las fiestas Lupercales, asistían con ellas a las danzas impúdicas de Flora, y las acompañaban al teatro a ver representar con demasiada realidad los amores lascivos de Pasifae. En cambio las doncellas llevaban Priapos colgados al cuello, y las cortesanas ostentaban su desnudez en los combates de los gladiadores, y exigían que estos escogieran para morir las posturas más

177 Tacit. Ann. lib. XIII.
178 Sen. De Clementia.
179 Eun. Act. III.

lúbricas. Así se formaron aquellas Mesalinas, aquellas Lápidas, y aquellas Julias, cuyas obscenidades y cuyos delitos dejamos a los poetas de aquel tiempo que los celebren.

No eran solos el sensualismo y la lascivia los que contaban con protectores en el Olimpo, ni solos los altares de Venus, de Adonis y de Priapo los que tenían adoradores. A ningún vicio le faltaba su divinidad, inclusos el homicidio y el robo. Hasta la hipocresía era pedida a los dioses como una virtud. *«Hermosa Laverna,* decía Horacio[180], *enséñame el arte de engañar, y concédeme parecer justo y santo.»* Los templos de la Piedad, de la Castidad, de la Concordia, de la Virtud y del Honor, estaban u olvidados o desiertos; los votos y las ofrendas se colgaban en el de *Júpiter Prædator*, para que les fuese propicio en sus latrocinios. No estrañamos que Cicerón y los hombres ilustrados de su tiempo se burlaran ya públicamente de aquellas divinidades, avergonzados de lo absurdo del politeísmo, pero no encontraban un dios que pudiera estar libre de caer en aquel descrédito. No se halló, como veremos luego, otra cosa que oponer al desautorizado paganismo, que una filosofía ineficaz.

Si la idolatría favorecía la corrupción, no la fomentaba menos la organización política del estado. El imperio romano era un gigante que tenía abrazada la mitad del mundo con un círculo de hierro. Nunca se había extendido tan lejos la opresión de la familia humana, nunca se llevó tan adelante el desprecio de la humanidad, y nunca se vieron tantas miserias, egoísmo tan universal, relajación tan absoluta de los vínculos sociales. «El despotismo de los emperadores, dice un ilustre escritor, parece haber sido permitido para dar al mundo un ejemplo de los excesos a que la embriaguez del poder absoluto puede conducir a los hombres.» ¿Necesitaremos recordar la execrable depravación de ese catálogo de monstruos imperiales que tuvieron encadenado el mundo, que mataban a sus semejantes por recreo, que amaestraban a las fieras en el arte de devorar hombres, que gozaban en los espectáculos viendo la presteza con que los leones engullían esclavos, o prisioneros, o mujeres, o conspiradores denunciados, y que se saboreaban en las mesas con las lampreas cebadas en sus estanques con carne humana? Lo que parece sorprender más es que hubiera un pueblo tan sumiso que tolerara tan abominables monstruos y tan horribles monstruosidades. Pero armados ellos con la terrible ley que establecía el delito de lesa majestad, autorizando y premiando los delatores, provistos de numeroso espionaje a que se prestaba grandemente un pueblo de mucho tiempo atrás corrompido, ellos podían deshacerse fácilmente de todo ciudadano que pudiera hacerles sombra, o cuyos bienes codiciaran, y los especuladores y traficantes en delaciones les surtían abundantemente de víctimas, y a trueque de ganar un premio, importábales poco llevar familias enteras a los suplicios o ejecutar por sí mismos cuantos asesinatos les fuesen ordenados.

Por otra parte, ¿qué sentimiento de dignidad qué pensamientos nobles podía haber en la inmensa mayoría del pueblo romano, pobre, abyecta, deprimida, degradada por la ley, no habituada al trabajo, despojada de toda garantía social y acostumbrada a vivir de limosnas que a título de distribuciones le daban los príncipes, o a merced de un pequeño número de ricos a quienes tenía que adular y servir. Porque, ¿qué era el imperio romano? Una agregación de ciento veinte millones de pobres o de esclavos, al servicio de diez millares escasos de opulentos. Porque allí no existía esa clase intermedia, que es el alma de las sociedades, esa clase de libres cultivadores, y de talentos independientes, esa que hoy denominamos clase media, donde suelen residir la ilustración y la virtud. No había más que un número inmenso de miserables que se morían de hambre, al lado de unos pocos que nadaban en la opulencia y en el lujo, que gastaban en un banquete lo que hubiera bastado para alimentar en un mes una provincia entera[181] y cuyos criados se contaban por millares[182]. Plinio menciona un ciudadano, que después de lamentarse de las pérdidas que había sufrido durante las guerras civiles, dejó al morir cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil

180 Epist. XVI. I. I.

181 Lucio Vero, el colega de Marco Aurelio, gastó en una noche con solo doce convidados la enorme suma de seis millones de sextercios. Fue memorable aquella cena en los fastos de la gastronomía. Jul. Capit. in Vero, cap. V.

182 Familiarum numerum et nationes los llama Tácito. Annal. lib. XI.—Plinio dice que era necesario un nomenclator para conocerlos y llamarlos: y Ateneo, que había quien poseía quince o veinte, mil. Dignos. I. VI.

seiscientos pares de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de ganado, y sesenta millones de sextercios sin contar las tierras[183]. Patricios había que poseían más vasallos que súbditos algunos monarcas.

La esclavitud, base y vicio radical de las antiguas sociedades, estaba prescripta en Roma por las leyes. El imperio estaba poblado de esclavos, que no eran mirados como hombres. La ley los consideraba como *cosa*, como propiedad de sus señores ellos y sus hijos. La más ligera falta, el más leve descuido en el servicío doméstico, autorizaba al señor para arrojarle al vivero de los peces. podía matarle, o venderle, o echarle a las fieras, y los enfermos eran despedidos y abandonados como muebles inútiles. La más remota sospecha bastaba para entregarlos a la tortura; y la legislación prescribia los tormentos, las planchas de hierro candente, los garfios para despedazar las carnes, los potros en que se estiraban los miembros hasta desconyuntar los huesos. Un pueblo en que el homicidio se había convertido en espectáculo de placer, un pueblo a quien se divertía con juegos y fiestas que duraban ciento veinte y tres días, en cuyo espacio morían en la arena diez mil gladiadores, ¿podía tener sentimientos generosos y humanitarios?

Ejercíase una tiranía legal hasta en el hogar doméstico. Los derechos del padre sobre los hijos eran los derechos de un tirano, y las mujeres, esa preciosa mitad del género humano eran miradas por los romanos como esclavas. Pobres y ricos rehuían el matrimonio, los unos por la falta de medios con que sustentar la familia, los otros por preferencia a las caricias fácilmente compradas en un celibatismo licencioso. Hubo necesidad de establecer leyes penales contra los célibes, pero la unión a que muchos se sujetaron por no incurrir en las penas de la ley Pappia-Poppea vino a hacer del matrimonio una vergonzosa prostitución. Habiendo caído en desprecio, se facilitaron los divorcios, y llegó a hacerse legal el adulterio. Juvenal nos habla de una mujer que llevaba ocho maridos en cinco otoños, y San Jerónimo testifica haber visto en Roma a uno que enterraba a su vigésima prima esposa, la cual a su vez había tenido veinte y dos maridos. Júzguese cual debería ser la educación de los hijos: sirviéndoles de estorbo y de carga, o perecían antes de nacer, o los dejaban abandonados, exponiéndolos en la vía pública.

En ayuda de una religión y de una legislación que así autorizaban la tiranía y la esclavitud, y que así conducían a la disolución de costumbres, vino la filosofía de Epicuro, trasportado de Grecia, con sus doctrinas de egoísmo material, de goces y de placeres sensuales, a poner el sello del refinamiento al egoísmo y a la sensualidad romana. Abrazáronla emperadores y patricios, y entregáronse sin freno a todos los goces del lujo, de la lubricidad y de la crápula, llevando el fausto, la molicie y hasta la gula a un grado que nos cuesta hoy violencia creer aún atestiguándolo unánimemente todas las historias romanas, y que dejaba atrás el lujo y la delicadeza tan ponderada de Asia.

El oro, la plata, el marfil, la concha, el ébano y el cedro, eran las materias comunes del ajuar de sus palacios. Calígula hizo guarnecer de perlas las proas de las galeras de cedro en que costeó las deliciosas playas de la Campania. Con perlas adornaba Nerón los lechos de sus liviandades. Con perlas ataviaban las nobles y ricas matronas su cabeza, su cuello, su pecho, sus brazos, y hasta sus piernas. Lolia Paulina llevaba un aderezo que se valuaba en cuarenta millones de sextercios. La Arabia, la India, la Persia, el África, el Oriente, el Mediodía, el Norte, los mares, los golfos, las islas, los bosques y los campos de todas las regiones, no bastaban a surtir a los voluptuosos romanos de perfumes y aromas, de perlas, de piedras preciosas, de telas, de metales, y de maderas olorosas. Cada magnate sostenía una turba de perfumistas, bañistas, y otros ministros de la molicie y de la afeminación: las ricas matronas, además de la multitud de mujeres que en su tocador empleaban, hacían gala de no presentarse en público sin un cortejo numeroso de eunucos, de galanteadores y rufianes, y de otros viles servidores de la prostitución. De Nerón dice Plinio que hizo derramar en la pira de Popea tal copia de bálsamos exquisitos que toda la Arabia no podría producirla en un año. Y Adriano el filósofo, el que viajaba a pie y con la cabeza descubierta, regaló en una ocasión en honor

183 Citado por Cantú, Hist. Universal, Epoca VI. cap. V.

de su suegra y de Trajano a todo el pueblo de Roma una cantidad prodigiosa de aromas preciosos, e hizo correr los bálsamos y los ungüentos por el vestíbulo y graderías del teatro.

Nada hay sin embargo que represente el desarreglo, el estrago, la locura a que habían llevado sus goces los voluptuosos y corrompidos emperadores de Roma, como la descripción que hace Lampridio de la vida de Eliogábalo. «Alimentaba, dice, a los oficiales de su palacio con entrañas de barbo de mar. con sesos de faisanes y de tordos, con huevos de perdiz y cabezas de papagayos. Daba a sus perros hígados de ánades, a sus caballos uvas de Apemenes, a sus leones papagayos y faisanes. El comía carcañales de camello, crestas arrancadas a gallos vivos, lenguas de pavos reales y de ruiseñores, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras de una sustancia alterada por el rayo, habas guisadas con lindazos de ámbar, y arroz mezclado con perlas... Un día ofreció a sus parásitos el ave fénix, y a falta de ella mil libras de oro... Eliogábalo (dice el mismo historiador) nadaba en lagos y en albercas rociadas de bálsamos los más exquisitos, y hacía derramar el nardo a calderadas... Llevaba un vestido de seda bordado de perlas; nunca usaba dos veces el mismo calzado, ni la misma sortija ni la misma túnica: no conoció jamás dos veces una misma mujer. Los almohadones en que se acostaba llenábanse con una especie de vello de pluma de las alas de las perdices. A un carro de oro embutido de piedras preciosas (porque despreciaba los de plata y de marfil), uncía dos, tres, y cuatro mujeres hermosas con el seno descubierto, y hacía que le arrastrasen en su carroza. Algunas veces iba desnudo como su elegante tiro, y rodaba por debajo de los pórticos sembrados de lentejuelas de oro, como el sol conducido por las Horas.»[184] No sabemos cuál irrita más, si el refinado lujo o la estragada lujuria.

Tal depravación de costumbres trajo tras sí el escepticismo, y la filosofia escéptica hizo alianza con la sensualidad epicúrea. Era consiguiente la incredulidad, nacida en los pervertidos patricios de su misma relajación, en la plebe de la imitación y de la ignorancia. El populacho se entregaba simultáneamente a los vicios de la superstición y a los de la incredulidad. Los hombres ilustrados, los que al mismo tiempo eran almas fuertes y espíritus generosos, buscaron un asilo contra la corrupción en las doctrinas de otra filosofía, en el estoicismo, «noble consuelo, dice un erudito escritor, para las almas solitarias, pero estéril para la sociedad.»

En efecto, ¿a qué conducía el estoicismo? ¿A qué guiaba? Al desprecio de la vida, al suicidio. Si no podéis soportar tanta disolución, si os desesperan los males de la humanidad, les decía Séneca, suicidaos. La escuela estoica enseñaba a los individuos a desprenderse de la vida con fría insensibilidad, con la impasibilidad del fatalismo; pero no hallaba medio de corregir los males que sentía la humanidad sino destruyéndola. Sabían los estoicos morir y no sabían vivir. Elogiábase mucho la serenidad de aquel ciudadano, que condenado a muerte por Calígula, y como se hallase jugando a las damas cuando entró el centurión a anunciarle que era llegada la hora de morir, respondió: aguardad un poco, voy a contar los peones. ¿Y qué ganaba con esto la sociedad? ¿Mejoraban algo las costumbres con que hubiera algunos hombres a quienes no les importaba más vivir que morir? Hasta llegó a perder el mérito aquel valor, si valor en ello había, puesto que se practicaba ya por vanidad, añadiéndose así otra corrupción nueva en vez de corregir la corrupción antigua. Por otra parte aquella filosofía no descendía al vulgo, que no entendía la metafísica en que iba envuelta. Los emperadores que la practicaron, los Nervas, los Trajanos, los Adrianos y los Marco Aurelios, reunieron una mezcla de virtudes y de vicios que los hacia cometer o crueldades o extravíos; echaron de menos los grandes hombres y no pudieron formarlos.

Aquel estado del mundo era intolerable. Había una necesidad de creer, y nadie creía: había una necesidad de reformar las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de reformarlas. El politeísmo había recorrido todas sus faces, y se encontraba desacreditado: se recurría a las escuelas filosóficas, y las unas desmoralizaban más, y las otras eran ineficaces para contener la desmoralización. Necesitábase una revolución general en los espíritus y en los corazones. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se

184 Lamprid. Hist. Aug. in Vit. Hetiog.

encontraba? ¿De dónde había de venir? ¿Del cielo o de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente.

En un rincón de la Judea había nacido el que tenía la misión divina y sublime de regenerar el mundo. «De la humilde cabaña de Galilea, dice un elocuente escritor contemporáneo, salió la buena nueva pregonando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad, y de justicia... Desde ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano. Queda prescrita la inocencia, no sólo en las obras, sino también en el pensamiento emancipado. Hasta entonces el único medio de poderío y de gloria había sido la guerra, el único objeto de los héroes la conquista, se había declarado la servidumbre como un hecho necesario, natural, equitativo; y condenado el esclavo a todas las miserias, y además al embrutecimiento intelectual y moral, vivía sin existencia religiosa, sin afecciones, sin legitima descendencia. Ahora una nueva palabra, la caridad, hace menos pesadas las cadenas, mientras logra romperlas del todo: la paz universal es proclamada, y quedan extinguidos los privilegios de nacimiento y de conquista. Propende todo a inspirar horror a la efusión de sangre... Vese aparecer el modelo de una sociedad sobre la combinación de formas pacificas, de un poder espiritual en su esencia, opuesto a los excesos del poder armado; el modelo de una fraternidad de naciones, que en vez de aniquilarse unas a otras se comunican para perfeccionarse mutuamente. ¿Y quién ha obrado este prodigio? Un artesano de Galilea.»

Vino, pues, el cristianismo, y el mundo oyó por primera vez: *«no hay más que un solo Dios verdadero.»* Habían pasado cuatro mil años, sin que nadie hubiera dicho a los hombres: *«todos sois hermanos; haced bien a vuestros mismos enemigos»;* hasta que Cristo vino a enseñarles esta sencilla máxima que a todos se les había escapado. A los tiranos les dijo: *«todos los hombres son iguales ante Dios»:* y los rebajó hasta nivelarlos con los oprimidos. A los esclavos les dijo: *«todos los hombres son libres»;* y los elevó hasta igualarlos con los emperadores ante la presencia de Dios. A los epicúreos: *«los goces materiales no hacen la felicidad del hombre, porque hay en él algo más elevado y noble que la materia y el cuerpo»*: y a los estoicos: *«no os suicidéis, porque el disponer de vuestra vida le toca solo a Dios que os la ha dado, y porque hay otra vida más allá de este mundo»*: y les enseñó la inmortalidad del alma. Dijo a los pobres: *«bienaventurados los humildes»* y los consoló. Y a los ricos: «*la mayor de todas las virtudes es la caridad.»* Los sabios habían ignorado el medio de contener la corrupción universal, y Cristo se lo enseñó con la doctrina y el ejemplo. Santificó el matrimonio, y haciendo a la mujer compañera del hombre y no esclava, emancipó con esto solo a la mitad del género humano. No había salido doctrina semejante de las escuelas de Pitágoras ni de Epicuro, de Sócrates ni de Platón.

La revolución moral que necesitaba el mundo quedaba iniciada. Como religión, aventajaba el cristianismo a todas las religiones fundadas sobre el politeísmo: porque en vez de dioses cargados de flaquezas o de vicios humanos, enseñaba a adorar un solo Dios puro y sin mancilla. Como filosofía, era más digna, más elevada, más sublime que cuantas habían producido las academias, porque enseñaba la fraternidad universal: como sistema de gobierno, ninguno más aceptable, más noble, más liberal , que el que daba al hombre derechos que no había gozado nunca, el que arrancaba la humanidad de la dominación de la fuerza bruta, el que proscribía la tiranía, abolía la esclavitud, y proclamaba la libertad, la igualdad, la emancipación del pensamiento; el que decía a los súbditos: *«obedeced, pero sin servidumbre»:* y a los príncipes: *«gobernad, pero sin tiranía»* el que prescribía, en fin, dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

Los hombres escarnecieron al que se anunció como regenerador del mundo sin espadas y sin ejércitos, al que se presentó como moralizador y civilizador, y le hicieron sellar con su propia sangre su doctrina. Todo estaba previsto, o por mejor decir, todo estaba decretado, y el Hombre-Dios quiso dejar al mundo el ejemplo más sublime que ha podido concebirse de abnegación, de amor y de caridad. Fue el primer mártir de su culto. Él se había presentado humilde, y los que después de él se encargaron de propagar su legislación eran tan pobres y tan humildes como él. Hasta entonces todos los sistemas filosóficos, todas las creencias religiosas habían nacido en los

entendimientos de los Sabios, de allí se trasmitían a las inteligencias de segundo orden, y poco a poco se difundían por el pueblo. Este es el orden natural de las influencias. El cristianismo, al contrario, tuvo por primeros propagadores a artesanos pobres y de ingenios rudos: de allí subió a las escuelas, se difundió entre los sabios y filósofos, y había de remontarse hasta el trono de los Césares. O en el fondo de la doctrina, o en el modo de su propagación tenía que haber algo de sobrenatural. Habíalo en uno y en otro.

Sublime contraste formaban las costumbres de los primitivos cristianos con las que seguían practicando los hombres de la antigua sociedad. De parte de los paganos, disolución, inmoralidad , prostitución; de parte de los seguidores de Cristo, moralidad, pureza, inocencia. Mientras los mancebos idólatras acudían anualmente al sepulcro de Diocles, donde se coronaba al más lascivo, los cristianos proclamaban la virginidad como el estado más perfecto del hombre. Mientras aquellos pasaban la vida en la embriaguez de los deleites, en doradas viviendas, entre aromas y perfumes, en opíparos banquetes, donde tenían que discurrir como excitar su apetito ya embotado, estos recomendaban y practicaban la mortificación y la abstinencia, sus comidas eran frugales y reguladas por la necesidad, no por la gula, vestían modestamente, menospreciaban el lujo y el fausto, y no mantenían esclavos ni eunucos. Mientras los idólatras repudiaban diariamente sus mujeres, exponían sus hijos en los caminos o en las plazas públicas, y hacían de la ley del divorcio un comercio de prostitución, los cristianos predicaban la indisolubilidad del matrimonio, hacían de la fidelidad conyugal una de las primeras virtudes y una prenda segura de la felicidad doméstica, y mirando como un deber sagrado el sustento y educación de los hijos, estrechaban las relaciones de familia con lazos de amor. Mientras aquellos asistían con placer a las gemonias, o se recreaban con los sangrientos espectáculos del circo, y se saboreaban con los sacrificios humanos, estos visitaban a los presos en los calabozos, socorrían a los necesitados en sus humildes cabañas, asistían a la cabecera de los enfermos, y consolaban en el lecho del dolor a los moribundos. De un lado había un pueblo miserable y esclavo recogiendo las migajas do las mesas de los opulentos patricios, de otro familias que partían entre sí fraternalmente el pan de la caridad.

Semejantes prácticas eran una acusación, una censura elocuente de los vicios dominantes, y los que así obraban no podían menos de ser objeto de las iras de los disipados emperadores y de los prefectos libertinos. De aquí esa lista de edictos sanguinarios, esas persecuciones, esos refinados tormentos, esos suplicios atroces, esas diez batallas generosas que sostuvieron los cristianos desde Nerón hasta Diocleciano, inclusos los Antoninos, aquellos príncipes humanitarios que merecieron ser llamados las delicias de la tierra, pero que no se eximieron de ensangrentarse contra los que se negaban a quemar incienso en los altares de los dioses del imperio. No había medio para los cristianos de librarse de la persecución. Si se congregaban a la luz del día con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto, eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo del hacha del verdugo se retiraban a las catacumbas a comer el pan eucarístico, eran sociedades secretas que conspiraban contra el estado. ¿Afligía una guerra al imperio, o le desolaba una peste? La culpa tienen los cristianos, gritaba el populacho; y el emperador decretaba: cristianos a las hogueras. ¿Sobrevenía una sequía, un hambre, un incendio? La culpa tienen los cristianos, decía el emperador; y el pueblo gritaba: cristianos a los leones. Y los cadáveres de los cristianos palpitaban en los anfiteatros, sus entrañas desgarradas por tigres o por leones cubrían la arena del circo, y los que no eran derretidos en las llamas, eran despeñados de lo alto de una roca, o despedazados en ruedas de cuchillos, o arrojados a las aguas del Tíber.

¿Y quiénes eran esas almas heroicas que tan rudas pruebas sufrían sin desalíento, y así desafiaban a los verdugos a quién se fatigara primero, y a quién faltara más pronto, si las víctimas o los sacrificadores? ¿Eran guerreros avezados a los peligros y familiarizados con la muerte? ¿Eran temperamentos robustos, ejercitados con la fatiga y endurecidos con el trabajo? Eran muchas veces viejos encorvados con el peso de los años; eran pontífices y sacerdotes encanecidos a la sombra del santuario; eran a las veces tiernos niños que apenas se habían desprendido del regazo maternal; eran delicadas doncellas que no habían probado otras caricias que las de sus padres, y que caminaban al

suplicio como si caminaran al festín de las bodas; no por hastío de la vida como los estoicos, sino con la esperanza de otra vida mejor. ¿Quién infundía tanto aliento a gentes tan flacas? ¿Quién trasformaba a los débiles en fuertes? ¿Qué secreta inspiración los conducía al heroísmo?

El pueblo lo veía, lo contemplaba y lo admiraba; los hombres no querían ser menos héroes que las mujeres, y acababan por convertirse a aquella religión que parecía tener el privilegio de vigorizar las almas. El pueblo por otra parte oía por primera vez sonar en sus oídos una doctrina filosófica que comprendía, un principio social que estaba al alcance de su inteligencia, reflexionaba sobre él, y deducía cuánto iba a mejorar su condición en el caso de que prevaleciera. E1 pueblo, a quien ningún filósofo había enseñado todavía, ni él se había imaginado nunca que podía dejar de ser esclavo, oyó predicar una doctrina que condenaba la esclavitud en nombre de Dios[185], y se fue adhiriendo a ella, porque los más dispuestos a creer son siempre los más oprimidos. Los poderosos la rechazaban, porque les era violento renunciar a los goces materiales a que estaban tan apegados.

Poco a poco fue penetrando la nueva doctrina en las escuelas, y se hizo objeto de examen y de discusión entre los sabios. Compararon los filósofos a Sócrates con Jesús, y en el primero hallaron toda la grandeza de un hombre, en el segundo toda la grandeza humana y toda la grandeza divina. Cotejaron la filosofia del Evangelio con las de Aristóteles, de Platón y de Epicuro; pusieron el Dios de los cristianos al frente de todos los dioses del gentilismo, y resultó de la comparación que los sabios no solo se hicieron creyentes, sino que se convirtieron en apologistas del cristianismo. Aquella doctrina que al principio habían llamado por desprecio *stultitia, insipientia, insania*, era lo más sublime que había salido de la boca de los instructores y de los legisladores de la humanidad. Los filósofos vinieron entonces en apoyo de los apóstoles, los académicos continuaron la misión de los artesanos. Entonces salieron los elocuentes escritores apologéticos de Justino, de Tertuliano, de Clemente de Alejandría, de Cipriano, de Lactancio y de Orígenes, desafiando a toda la sabiduría pagana. *«Desgarraré el velo que cubre vuestros misterios,* les decía Clemente Alejandrino, versadísimo en la filosofía de Platón: *Cántanos, Homero, tu magnifico himno: Los Amorosos Hurtos De Marte Y Venus: pero no, enmudece; no es magnifico el canto que enseña la idolatría. Vuestros dioses, crueles e implacables con los hombres, oscurecen su espíritu...»*

Así se iba infiltrando el principio civilizador en las clases más elevadas de la sociedad romana; ya los magnates, los patricios, las matronas, no se desdeñaban de creer: el sentimiento religioso se había ido propagando de las aldeas a las ciudades, de las grutas a las academias, de las chozas a los palacios: ¿cuánto tardará en subir hasta el trono imperial? Ya Alejandro Severo se había atrevido a poner la imagen de Jesús entre las de Abraham y Apolonio. Marco Aurelio se había hecho semi-cristiano desde el prodigio de la Legión Fulminante; y de cristiano se murmuraba al emperador Filipo. Ya no solo se extendía la nueva fe por las provincias romanas, sino que había franqueado los límites y barreras del imperio; ya cundía por los pueblos bárbaros, y ganaba soldados donde no había llegado el vuelo de las águilas romanas: allá se propagaba hasta por regiones y lugares en que ni siquiera se sabía que existía Roma, y que había un senado, y un hombre que se llamaba emperador.

Siendo España una de las más importantes provincias del imperio, y teniendo tanta comunicación con la metrópoli, no pudo tardar en tener conocimiento de la doctrina que había venido a alumbrar al mundo. Una piadosa tradición, no interrumpida por espacio de diez y ocho siglos, hace a España el honor de haber tenido por primer mensajero de la fe cristiana al apóstol Santiago el Mayor, y de haberla predicado en persona en varias regiones de la Península: cumpliéndose así la profecía de que las palabras de los apóstoles llegarían hasta los confines de la tierra. El rayo, el hijo del trueno, como le llamaba su maestro divino, derrama el fulgor de la fe en las comarcas de Galicia, donde siete de sus más esclarecidos discípulos le ayudan a plantar la viña

185 «Los preceptos del cristianismo, dice Robertson, comunicaban tal dignidad a la naturaleza humana, que la arrancaron de la servidumbre deshonrosa en que se hallaba sumida. (Discurso sobre el estado del universo a la aparición del cristianismo).» Solo Gibbon se atreve a negar que fuese debido a la religión cristiana este admirable mejoramiento de la humanidad.

del Señor. Algunos de ellos le acompañan en su regreso a Jerusalén, a donde le llamaba la Providencia para coronar su celo. Allí recibe el martirio, y recogiendo sus discípulos el cadáver de su venerado maestro, se embarcan para Galicia, su patria, trayendo consigo el sagrado depósito. Dios permitió que el lugar en que se guardaron las cenizas del santo apóstol permaneciera ignorado, para que su prodigioso hallazgo diera, al cabo de ocho siglos, días de regocijo a la iglesia española y días de gloria al pueblo cristiano[186].

Con el propio objeto de difundir la doctrina del Evangelio en esta favorecida porción del globo, España tuvo también la gloria de ser luego visitada por el apóstol de las gentes, por el apóstol filósofo, San Pablo, que hasta en el palacio del mismo Nerón había logrado hacerse discípulos y ganar prosélitos. El elocuente apóstol dirige su rumbo hacia las regiones de la Península a que no había podido llegar la voz del hijo del Zebedeo, y derrama por las comarcas de Oriente el conocimiento de la doctrina civilizadora del cristianismo[187].

La sangre de los mártires empezó pronto a colorear este suelo en que tanto había de prevalecer y donde tanto había de fructificar la semilla de la fe. A pesar del influjo que en España ejercían los opulentos patricios, que atraídos de la belleza de su clima la habían hecho como una colonia de la aristocracia romana, no pasa el primer siglo sin que España vea algunos de sus hijos figurar gloriosamente en el martirologio cristiano. Eugenio de Toledo es colocado ya, desde la segunda persecución movida por Domiciano, en la nómina de los que vertieron una sangre generosa en obsequio del Crucificado. En el segundo siglo, imperando Marco Aurelio, y gobernando a León Tito Claudio Ático, se ofrecen Facundo y Primitivo en holocausto a la nueva fe, dejando con su valor y su constancia maravillados a sus perseguidores. Fructuoso de Tarragona, prelado de su iglesia, presenta el modelo del héroe cristiano, y con sus dos compañeros de martirio asombra y confunde al cruel ministro del despreciable Galieno[188]. Los atletas de la fe se multiplican en el tercer siglo, y las vidas de los santos, «ese gran árbol genealógico de la nobleza del cielo,» presentan ya en sus páginas un largo y auténtico catálogo de ilustres mártires españoles.

Mas cuando se vio aparecer en España huestes, legiones enteras de campeones de la fe de Cristo, fue en la horrible persecución de Diocleciano. Entonces, cuando más arreció la tempestad, cuando Daciano, el ministro más sanguinario y cruel que había tenido emperador alguno, levantó por todas partes cadalsos y multiplicó los suplicios, entonces fue cuando España acreditó que vivían en su suelo los descendientes de los que en Sagunto, en Astapa, en Numancia habían sabido sacrificarse arrojándose a las llamas por defender su libertad y sus hogares, y que los despreciadores de la muerte por sostener su independencia, lo eran también por sostener la fe una vez abrazada, cuando se intentaba arrancarles brutalmente la una o la otra. Hombres, mujeres y niños desafían

---

186 Véanse Flórez, España Sagrada, tom. III.—Morales, Cron. general.—Medina, Grandezas de España.—Masdeu, Esp. Roman, tom. VIII.—Niegan los extranjeros la venida del apóstol Santiago a España y su predicación en nuestra Península. ¿Podremos dejar de respetar las tradiciones sólo por que las nieguen los extranjeros? No nos detendremos ahora a refutar sus argumentos negativos: otros lo han hecho ya victoriosamente antes que nosotros. Sólo diremos en cuanto a las dificultades de tiempo, que desde el año 38 de nuestra era, en que suponemos la venida de Santiago, hasta el 42, en que acaeció su muerte en Jerusalén, tuvo tiempo de ejercer su apostolado en España y de volver a la Palestina.

187 También hay extranjeros, aunque no tantos, que nos quieren disputar la gloria de la venida y predicación del apóstol San Pablo. Pero de ella por fortuna tenemos clarísimos testimonios. Su intención de venir a España la manifestó él mismo bien explícitamente en la Epístola a los romanos. Cum in Hispaniam proficisci coepero, spero quod præteriens videam vos. Cap. XV. ver. 24. Per vos proficiscar in Hispaniam. Ibid. vers. 28. De haberlo realizado certifican, San Juan Crisóstomo en la homilía 13 sobre la Epístola a los de Corinto, y en la X sobre la segunda carta a Timoteo; San Jerónimo en el libro IV sobre Isaías, y en el cap. 8 sobre el profeta Amós; San Teodoreto en el Comentario sobro la Epístola a los Filipenses, y otros muchos de los primitivos santos padres. El año que San Pablo vino a España se cree haber sido el 60 de la era vulgar, y tienese por cierto que vino por mar, y desembarcó en Tarragona, donde acostumbraban a hacerlo los cónsules y pretores, proponiéndose predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como en la Occidental lo había hecho ya el apóstol Santiago. El ilustrado Sr. Cortés, dignidad de la iglesia metropolitana do Valencia, ha recogido los mejores testimonios sobre este asunto en un librito titulado: Compendio de la vida del apóstol San Pablo, impreso en Valencia en 1849.

188 Acta primorum martyrum, etc.

entonces con intrepidez el hacha del verdugo y la cuchilla del tirano. Toledo, Alcalá, Ávila, León, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Mérida, Córdoba, Sevilla, Valencia, Gerona, Lérida, Barcelona, Tarragona y otros cien pueblos y ciudades, cuentan entre sus blasones cada cual su hueste de mártires. Daciano medita sacrificar en masa la población cristiana de Zaragoza, y no pudieron contarse los mártires de Zaragoza, porque fueron *innumerables*. El poeta cristiano Prudencio la llamó *Patria sanctorum martyrum*[189]. La ciudad que había de suministrar muchedumbre de mártires a la patria, comenzó por proveer de mártires a la religión.

Mas no eran solamente mártires los que producía la naciente iglesia española. Varones y prelados eminentes en letras producía ya también. Y Osio, el venerable obispo de Córdoba, el enemigo terrible del paganismo y de la herejía, lumbrera de la cristiandad y presidente futuro de casi todos los concilios de su tiempo, comenzaba a asombrar con su erudición y con su fogosa elocuencia, no solo a España, sino al mundo entero.

Ni por eso negamos que hubiera en España defecciones y flaquezas lastimosas durante las persecuciones. ¿En qué pueblo del mundo no habrá espíritus débiles, ni qué nación podrá blasonar de que todos sus hijos sean héroes?

Lejos estaba también de ser el cristianismo la religión dominante ni en España, ni en las demás provincias del imperio romano en la época a que alcanza nuestro examen. Paganos eran todavía los emperadores; idólatra se mantenía el senado romano; las magistraturas civiles y militares se conservaban en manos de los seguidores del antiguo culto, y la mayoría de los pueblos adoraba todavía a los viejos ídolos, y se postraba antes los dioses de la gentilidad.

En tal estado se encontraba el mundo cuando subió al trono de los Césares Constantino, Prosigamos ahora nuestra historia.

189 Prudent. in Himn. Martyr, Caesar Aug.—Actas de los Mártires.—Depping., Hist. tom. II.—Tertuliano, contemporáneo de San Ireneo, en el escrito que presentó a Escápula, presidente de África, refiere como entonces se ejercía la persecución contra los cristianos da España por el presidente que se hallaba en León. Pero aún es mayor el testimonio que ofrece en el libro contra los judíos al c. 7, donde hablando de las regiones que habían abrazado la religión cristiana aplica el todo a la nación española. Maurorum multi fines: Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversae nationes.

CAPÍTULO V.
DESDE CONSTANTINO HASTA TEODOSIO.
De 306 de J. C. a 380.

Constantino.—Su conversión al cristianismo.—Cambio religioso y político en el mundo romano.—Edictos imperiales en favor de los cristianos y de su culto.—Su tolerancia con los paganos.—Herejía arriana.—Concilio general de Nicea.—Osio, obispo de Córdoba.—Estado de la Iglesia de España en este tiempo.—Decretos y cánones del concilio de Illiberis.—Reformas políticas de Constantino.—Fundación de Constantinopla.—Nueva aristocracia en el imperio romano.—Duques, condes, altezas, excelencias, etc.—Leyes humanitarias de Constantino.—Opuestos y encontrados juicios con que ha sido calificado este célebre emperador.—Nuestra opinión.—Muerte de Constantino.—Reinados de sus tres hijos Constantino, Constancio y Constante.—Juliano el Apóstata.—Reacción del paganismo.—Juicio crítico de Juliano.—Otros emperadores.—Valentiniano y Valente.—Irrupción de los godos en el imperio.—Trágica muerte de Valente.—Graciano.—Elevación de Teodosio.

¡Contraste singular! En el año 275 no hubo en el espacio de ocho meses quien ocupara el trono imperial. En el 306 reinan a un tiempo seis emperadores: Constantino, Maximiano y Majencio en Occidente; Galerio, Licinio y Maximino en Oriente; los unos con el título de Augustos, los otros con el de Césares; novedad introducida por Diocleciano. Todos irán desapareciendo para dejar solo al que estaba destinado a reformar la vetusta sociedad romana.

El viejo Maximiano, después de haber abdicado la púrpura (308), quiere recogerla nuevamente, conspira contra Constantino su yerno, pero cae prisionero en manos de éste, y Constantino hace morir a un anciano que a haber podido le hubiera muerto a él (340). Galerio, el enemigo implacable de los cristianos, el instigador de Diocleciano, el autor del edicto de exterminio, el inventor de nuevos tormentos, muere de una enfermedad repugnante y vergonzosa (311), que los cristianos no dejaron de atribuir a castigo del cielo. Si no lo fue, por lo menos lo merecían sobradamente sus crímenes.

Quedaban ya cuatro emperadores. Majencio traía escandalizado el Occidente con sus tiranías y con su liviandad desencadenada: sacrificaba a los senadores y les hacía cederle sus mujeres; dejaba a sus soldados matar, robar y violar a mansalva: jactábase de ser el único emperador verdadero, y aspiraba a derrotar a Constantino, a cuyo fin reunió un ejército de cerca de ochenta mil hombres. Preparóse a su vez Constantino a marchar a Italia para purgar la tierra de aquel malvado. Seguían a Constantino sólo cuarenta mil soldados. Al pasar los Alpes, meditando sobre la guerra que había emprendido, levantó los ojos al cielo, y vio una cruz resplandeciente en la cual estaba escrito con letras de fuego: IN HOC SIGNO VINCES: c*on esta enseña vencerás*. Por si dudaba de la significación de aquel prodigio, explicósela por la noche un sueño en que le fue revelado que con la cruz de los cristianos vencería a los enemigos, y que aquella debería ser la bandera de su ejército. Entonces Constantino hace poner en los estandartes la cruz con el monograma de Cristo, y el signo de la redención de los cristianos reemplaza en el *Labarum* a los atributos e imágenes de los dioses paganos. Baja Constantino los Alpes: encuéntranse los dos ejércitos en *Saxa rubra*, a nueve millas de Roma. La religión antigua y la nueva se ven, en presencia la una de la otra a orillas del Tíber y a vista del Capitolio. Los soldados de Júpiter Capitolino y los del Crucificado en Judea van a decidir cuál de los cultos ha de dominar en el mundo. La aparición de la cruz no había sido una visión engañosa. Realizóse el pronóstico de la misteriosa cifra. Las numerosas tropas de Majencio fueron hechas pedazos: el tirano fugitivo cae del puente Milvio y perece ahogado en el Tíber, y Constantino entra triunfante en Roma con universal regocijo del senado y del pueblo (312), que le saludaron *libertador de la Patria.*

Poco tiempo después de esta victoria que resolvió la revolución que había de hacerse en el mundo, Maximino, perseguidor todavía de los cristianos, habiendo roto con Licinio, muere vencido por éste (313), quedando así ya dueños del imperio Contantino y Licinio solos. Con diversos pretextos se encienden varias guerras entre estos dos emperadores: en todas va venciendo Constantino, hasta obligar a su rival a deponer la púrpura humillado a las plantas del vencedor

(323). Poco después murió ahogado Licinio, viniendo a quedar así Constantino dueño y señor único del imperio.

Ya ocupa solo el trono del mundo el emperador amigo de los cristianos. Ya la religión de Cristo cuenta con la protección de la púrpura imperial, antes enemiga y perseguidora. El principio civilizador de la humanidad ha subido desde la cabaña de Galilea hasta el trono de los Césares: se anunció bajo Augusto, y se entronizó con Constantino. Un santo alborozo se difunde por toda la cristiandad: las persecuciones han cesado; ya pueden los sacerdotes y los fieles salir de las sombras de las catacumbas a celebrar sus ritos a la luz del día en templos erigidos y dotados por el mismo emperador: la cruz se ostenta sobre los edificios públicos, y el *lábaro* ondea en los campamentos de los soldados. Los fieles se abrazan llenos de júbilo como náufragos que arriban a puerto de salvación después de una horrible tempestad.

No había necesitado Constantino de quedar solo en el imperio para favorecer a los cristianos, a cuyo sagrado signo debía su principal triunfo. Ya había expedido edictos protectores, y el papa Melquiades había comido a su mesa. Sin embargo, Constantino no abatió de repente los ídolos, ni prohibió el culto de los antiguos dioses, tan arraigado en las costumbres, tan sostenido por los intereses, y que profesaba aún la mayoría del imperio. Antes con una política hábil y prudente, y con una templanza que no es común en los innovadores, autorizó el culto público de la religión cristiana, pero tolerando a su lado el del paganismo. «Consiento, decía en un edicto que nos ha trasmitido Eusebio de Cesarea[190], que los que están imbuidos en los errores de la idolatría gocen del mismo reposo que los fieles. La justicia que se guardará con ellos, y la igualdad con que unos y otros serán tratados, contribuirán a atraerlos al buen camino. Que nadie inquiete a otro; que cada cual elija lo que le parezca mejor; que los que se niegan a obedeceros tengan templos consagrados a la mentira, pues quieren tenerlos; que nadie atormente a los que no participan de sus convicciones. Si alguno ha alcanzado la verdadera luz, sírvase de ella para iluminar a los demás; si no, que los deje tranquilos. Una cosa es combatir para alcanzar la corona de la inmortalidad, y otra usar de violencia para obligar a abrazar una religión.» A los que le pedían el exterminio de los gentiles respondía: «La religión quiere que se padezca por ella la muerte, no que se dé a nadie.».

En cambio mostraba su predilección hacia el nuevo culto, ya publicando edictos y leyes en favor de los cristianos, ya erigiendo y dotando templos, ya otorgando a las iglesias y sacerdotes inmunidades y privilegios que cercenaba a los magistrados civiles hasta que llegara el caso de derribar los ídolos; y si no hizo al papa Silvestre la donación de Roma y de Italia que apareció en el siglo VIII. inserta en las Decretales del español Isidoro Mercator[191] no por eso dejó de dotar con espléndidas rentas las iglesias de Roma, y de decorarlas con todo el lujo y magnificencia que era capaz de desplegar el que estaba siendo señor del mundo, al propio tiempo que proscribía las fiestas escandalosas y las luchas de los gladiadores. Harto explícitamente condenaba con esto la idolatría.

Mas luego que la iglesia se vio convertida de perseguida en dominadora, comenzó a verse trabajada más seriamente por las herejías, que muy desde el principio habían empezado a combatirla. Las herejías eran como las sectas filosóficas del cristianismo. Era menester que las hubiera para que la controversia y la discusión depuraran más la verdadera doctrina. En este sentido produjeron efectos saludables; porque ejercitaron el pensamiento manteniendo siempre despierta la inteligencia, y nada mejor probaba que el cristianismo ni aborrecía la luz ni esquivaba los debates de la discusión. Celoso se mostró también Constantino en ayudar a los prelados ortodoxos a extirpar las que entonces se propagaban por la iglesia de Occidente. En un concilio que hizo congregar en Arles fue condenada la de los donatistas. Pero la que llegó a turbar más profundamente no sólo la paz de la iglesia, sino también la tranquilidad del estado, fue la famosa herejía de Arrio, que negaba la consustancialidad de naturaleza del Hijo y del Padre, llamando a Cristo la primera de las

190 Vit. Constant.

191 Supónese en estas decretales que el emperador había cedido al papa Silvestre y a sus sucesores la soberanía do Roma y de las provincias de Occidente. De aquí las pretensiones de los papas al señorío temporal.

criaturas. Hacemos expresa mención de esta herejía, porque la veremos por siglos enteros ejercer una influencia poderosa, no ya sólo en la parte religiosa, sino también en la política de los estados.

Penetrado Constantino de lo peligroso de esta doctrina, y en vista de la rapidez con que se propagaba y del ardor sedicioso con que era sostenida, convocó un concilio general en Nicea de Bitinia, a que concurrieron trescientos diez y ocho obispos de todas las provincias del imperio: acaecimiento grande en la historia de la humanidad; tratábase nada menos que de discutir libremente en la asamblea más respetable que se había congregado jamás entre los hombres lo que éstos debían creer (325). Quiso también asistir el mismo emperador. La herejía de Arrio, condenada ya en otros concilios particulares es anatematizada también en esta solemne asamblea. En ella se compuso el símbolo de la fe, que por más de quince siglos repiten los cristianos en toda la superficie del globo.

Extrañamos ciertamente y sentimos que muchos historiadores extranjeros, al nombrar los prelados que más se distinguieron en este concilio por su sabiduría y su virtud, o no hagan mérito alguno o le hagan muy pasajeramente del ilustre y venerable español, Osio, obispo de Córdoba, a pesar de haber sido el que tuvo la honra de presidirle en nombre del papa y por orden del mismo Constantino, y de ser a quien se atribuye la redacción del símbolo de la fe. Omisión indisculpable, en que desearíamos no entrase la intención de oscurecer nuestras glorias; bien que no pueden eclipsarse fácilmente glorias que pregonó el mundo entero[192].

Otro tanto nos vemos precisados a decir de los que afirman que a principios del cuarto siglo sólo había un corto y escaso número de cristianos en España, y que sólo entonces comenzaron a dejarse ver obispos y pastores[193]. Si tantos testimonios auténticos no certificaran del gran número de fieles que había ya en España en el siglo III., si las actas de los mártires de aquel tiempo no estuvieran tan llenas de nombres españoles, y si no se hubieran hecho conocer ya en aquel siglo los nombres de tantos obispos, los unos como impugnadores de herejías, algunos, como Marcial y Basílides, en sentido menos favorable, acreditaríalo sobradamente el concilio de Iliberis, incontestablemente anterior al de Nicea, acaso también al advenimiento de Constantino, y tal vez celebrado en el año mismo de 300, según Tillemont y los monjes de San Mauro[194]. Diez y nueve obispos asistieron a esta célebre asamblea religiosa, y sin que estuviera ya muy difundida por España la doctrina de la fe, ni hubieran podido congregarse tantos dignos prelados, entre ellos el eruditísimo Osio, ni se hubieran hecho aquellos célebres cánones, aquellas disposiciones disciplinarias, en que se revela la fuerza que había adquirido ya el cristianismo en España a pesar de los obstáculos que una persecución ruda y reciente había opuesto a sus progresos[195].

---

192 Con razón fue llamado Osio el padre de los obispos y el presidente de los concilios. Este virtuoso y sabio prelado, fue el alma de todas las asambleas religiosas de aquel tiempo y una de las antorchas más luminosas que ha producido la España. Su contestación a las cartas amenazantes del emperador Constancio, en la cual sostiene la separación de las potestades eclesiástica y civil, es la obra maestra de la magnanimidad episcopal. Desterrado a Sirmich a la edad de cien años, se le presentó una fórmula arriana para que 1a suscribiese: para ello emplearon con el venerable anciano todo género de tormentos: y es objeto de la discusión de los críticos si realmente flaqueó y llegó a suscribirla, o si después de suscrita se arrepintió. San Atanasio le defiende de la calumnia de haber firmado su condenación: y la mayor parte de los autores sostienen que murió en la comunión católica.—San Hilario, San Epifanio, Sócrates, Sozomono, Aguirre, D. Nicolás Antonio, etc.

193 «En Espagne, ce ne fut qu'au commencement du quatrieme siécle qu'on vit s'elever quelques édifices pour la célébration du nouveau culte... ce n'est qu'alors que paraissent les évéques et les pasteurs... Tous les actes de l'authenticité desquels on ne saurait douter témoiguent du petit nombre de chrétiens que l'avénement de Constantin trouva en Espagne...» Charl. Romey, Hist. d'Espagn. Chap. X. Es más extraño esto en un escritor ilustrado, que comúnmente suele hacer justicia a las cosas de España, y que a renglon seguido conviene en que el concilio español de Illiberis fue por lo menos anterior al de Nicea, y que asistieron a él diez y nueve prelados, casi todos de la Bética. Si tan escaso era el número de los cristianos en España al advenimiento de Constantino, si no se había hablado antes de obispos ni de pastores, ¿cómo tan de repente pudieron celebrar un concilio nada menos que diez y nueve ilustres prelados de una sola provincia?

194 L'Art de verifier les dates.

195 Aguirre, Collectío máxima conciliorum Hispaniae.—Algunos cánones de este concilio merecen ser notados, por la idea que dan de la relación en que estaban en aquel tiempo el antiguo y el nuevo culto de España. Se prohibe a los

Grandes novedades políticas introdujo también Constantino en el gobierno del imperio. Roma iba a perder en importancia política lo que estaba llamada a ganar en importancia religiosa. La que había de ser ciudad de los pontífices y centro del mundo cristiano, iba dejando de ser poco a poco ciudad de los Césares y centro del mundo idólatra. Ya Diocleciano, residiendo fuera de Roma, la había acostumbrado a pasar sin la presencia del emperador, y dividiendo el imperio entre Augustos y Césares había roto la antigua unidad. Constantino va más adelante todavía en menoscabo de la grandeza romana. Constantino después de residir alternativamente en Roma, en Milán, en Treves, en Syrmium o en Tesalónica, determina fijar su residencia en Bizancio. Desde allí podía el emperador observar con un ojo a los bárbaros de la Germania, con otro a los persas, los dos enemigos más formidables del imperio. Desde allí podía extender sus dos brazos para recibir las riquezas de Oriente y de Occidente. Comienza pues a sentar allí los cimientos de una nueva capital (329). Los trabajos se emprenden y ejecutan con actividad maravillosa. Calles, plazas, palacios, pórticos, circos, termas, templos y basílicas se levantan como por encanto. Las estatuas de los héroes de Roma van a decorar los edificios públicos de la nueva ciudad, y todo el orbe es puesto en contribución para llevar allí sus más preciosos objetos artísticos. Establece un senado particular; créanse dignidades y magistraturas; allá concurren senadores, patricios, cortesanos, y tras ellos el pueblo de artesanos, y el pueblo de menesterosos, los unos a vivir de su industria, los otros de las liberalidades del emperador. En la nueva corte imperial se ostenta todo el fausto, todo el lujo de Oriente. Dedícase un templo suntuoso a la Sabiduría eterna, con el nombre de *Santa Sofía*. La nueva población, que al principio se ha nombrado como por modestia Nueva Roma, toma luego por adulación el nombre de *Constantinópolis*, o ciudad de Constantino (330). Aunque Roma no renunció a la supremacía imperial, revelábase ya que Constantinopla compartiría con ella la importancia de los sucesos del mundo. La voluptuosidad y la depravación se apoderaron pronto de aquella segunda ciudad del imperio.

Siguiendo Constantino un sistema semejante al de Diocleciano, dividió el imperio en cuatro grandes prefecturas. La de las Galias comprendía también las provincias de Bretaña y las siete de España[196]: el prefecto residía en la Galia: España era regida por un vicario, subordinado al prefecto, al cual iban las causas en apelación.

Constantino separó el servicio militar de la administración civil, y trasformó en funciones permanentes los cargos que hasta entonces habían sido pasajeros y a manera de comisiones. Creó dos maestros generales, uno para la infantería y otro para la caballería, a los cuales subordinó treinta y cinco comandantes militares con los títulos de *duces* y de *comites*, de que las naciones modernas han hecho *duques* y *condes*. Ostentando la vana pompa de un soberano asiático, quiso rodearse de una aristocracia fastuosa, y entonces aparecieron los orgullosos títulos de *serenísimo*, de *ilustrísimo*, de *venerable*, de *vuestra excelencia*, *vuestra eminencia*, *vuestra alteza magnífica*, y otros con que distinguía las diversas jerarquías de los oficiales del imperio, y de que los pueblos modernos se han

---

cristianos entrar en los templos de la idolatría, dar sus hijas en matrimonio a los gentiles, tener ídolos en sus propiedades, etc. Pero los duumviros cristianos deberán, durante el año de su magistratura, abstenerse de entrar en las iglesias, porque los deberes de su cargo los obligan a asistir al menos a alguna ceremonia pagana. Infiérese que las magistraturas municipales las ejercían paganos, si bien los cristianos iban teniendo ya ingreso en ellas. El concilio huía de romper abiertamente con las autoridades constituidas; no se oponía a que los cristianos que desempeñaban oficios de república observaran el culto gentílico a que les forzaban los deberes civiles de su cargo, pero no quería que mezclaran los dos cultos. Por el canon LX. se declaraba que no serian considerados como mártires los que fueran muertos en el acto de derribar un ídolo, porque el Evangelio no lo ordena, y los apóstoles no lo practicaban así. Conócese que los prelados del concilio querían evitar las temeridades a que un celo excesivo conducía a aquellos fogosos cristianos. Prohibíase la granjería a los obispos y sacerdotes, y se les prescribía la continencia. Dábanse otras muchas disposiciones pertenecientes a disciplina eclesiástica, y muy particularmente a la reforma de costumbres, y se establecían penas contra la usura, contra el homicidio, contra el adulterio, contra la bigamia, contra la prostitución etc. Se prohibió pintar imágenes sagradas en las paredes de los templos; acaso porque los infieles no acusaran a los cristianos de ser también idólatras, o porque en las persecuciones no estuvieran expuestas a la profanación.

196 Bética, Lusitania, Galicia, Tarraconense, Cartaginense, Tingitana y Baleares.

apoderado. Los oficiales de palacio tenían también sus títulos honoríficos, como el *comes domesticorum*, el *præfectus sacri cubiculi*, y otros infinitos. Las tropas se dividían en *palatinas* y *fronterizas*. Las primeras, estacionadas en la corte y en las grandes ciudades, se desmoralizaban y afeminaban con la ociosidad y excitaban además con sus privilegios los celos de las que en las fronteras tenían que luchar todos los días con los bárbaros. La admisión de éstos como auxiliares contribuyó también a la desmoralización del ejército, y todas estas causas producían el disgusto y horror de los romanos a la milicia, hasta el punto de mutilarse los dedos para huir del servicio militar. No sólo fueron admitidos godos y germanos en las legiones, sino también en los oficios palatinos, y hasta en las primeras dignidades, y las magistraturas se fueron envileciendo de día en día.

Hizo por otra parte Constantino multitud de leyes saludables. Restituyó al senado las prerrogativas de que le habían despojado sus antecesores; libertó al imperio de aquella milicia pretoriana que con tanta facilidad daba y quitaba coronas; castigó a los delatores que creyendo lisonjearle iban a denunciarle víctimas; condenó la bárbara costumbre de exponer los niños recién nacidos que sus padres no podían alimentar; dio edictos contra los parricidas, reprimió la insolente avidez de los grandes; protegió la manumisión de los esclavos, y dictó otras muchas medidas humanitarias que fuera prolijo enumerar. Pero al propio tiempo veíasele entregar a los leones del circo los prisioneros de la cuarta campaña germánica, condenar a muerte de una manera misteriosa a su mismo hijo Crispo, y ahogar en un baño a su mujer Fausta, la calumniadora de aquel, acusada ella a su vez de mantener relaciones vergonzosas con un criado de las caballerizas imperiales. Veíasele en el concilio de Nicea tener la modestia de permanecer en pie hasta que se sentaran los prelados, y por otra parte ostentar un lujo soberbio, impropio de un príncipe cristiano, yendo siempre cargado de oro y pedrería, y agravando para sostener aquel fausto con nuevas cargas a sus súbditos. Tal mezcla de virtudes y de vicios , y la circunstancia de haber sido un innovador religioso y político, ha sido causa de los juicios tan encontrados que de él ha hecho la historia.

Al decir de algunos, «supo combatir y vencer como César, gobernar como Augusto, trabajar por la felicidad del mundo como Tito y Trajano, y hacer servir a la gloria del verdadero Dios todo el poder que de él había recibido.»[197] Al decir de otros, «no supo ni reprimir sus pasiones, ni afianzar el imperio que había conquistado, ni tuvo un talento extraordinario, y afeó sus buenas cualidades con una ambición desmesurada, con un natural feroz, con su prodigalidad y sus voluptuosidades.»[198] Hay quien dice que «reinó diez años como buen príncipe, otros diez como un brigante, y los diez restantes como un pródigo.»[199] Otro, haciendo el paralelo de sus virtudes y de sus vicios, afirma que siguió la senda inversa de Augusto, y que acabó como Augusto había comenzado[200]. Y ha habido quien ha llevado su audacia hasta negarle la cristiandad[201].

Emítense juicios igualmente opuestos acerca de su muerte. A pesar de haber recibido el bautismo al fin de sus días, y de declarar al tiempo de morir que la única vida verdadera era aquella en que iba a entrar, no se libertó de que sospecharan algunos que había muerto en la herejía arriana, así por la confianza que a este heresiarca había llegado a dispensar, como por su amistad con Eusebio de Nicomedia, y el destierro de Atanasio a Alejandría. Pero el senado romano le colocó en el número de los dioses, y la iglesia griega le aclamó apóstol y santo.

Nosotros creemos que es imposible despojar a Constantino del mérito de haberse puesto a la cabeza de la revolución social más grande, más necesaria, y más provechosa que se ha verificado en el mundo , y que en este sentido la iglesia y la humanidad le estarán siempre agradecidas, y la posteridad no podrá menos de contar entre los más grandes monarcas de la tierra al que dejó encumbrada en el solio del mundo la religión que había nacido en un pesebre.

---

197 Ducreux, Historia del Cristianismo.
198 Viennet.
199 Víctor el Joven.
200 Gibbon.
201 Escaligero.

Murió pues Constantino en el año 337 de J. C. a los 31 de su reinado. El pueblo dio pruebas evidentes de su dolor, y su cuerpo fue sepultado junto a la tumba de su madre Santa Elena, la que tuvo la dicha de hallar el leño santo en que había sido crucificado el Redentor.

Constantino cometió el yerro de dejar dividido aquel mismo imperio por cuya unidad tanto en el principio había trabajado. El pueblo y el ejército, disgustados de esta división, hicieron una horrible matanza en la familia imperial, comprendiendo en ella a dos hermanos, un cuñado y cinco sobrinos del emperador difunto. Sólo se libraron de ella los dos sobrinos Galo y Juliano, y los tres hijos de Constantino en quienes quedó definitivamente compartido el imperio, a saber; Constantino, Constancio y Constante. Al primero de ellos le tocaron las Galias, la Bretaña y la España.

Habiendo estallado la guerra entre los dos hermanos Constantino y Constante, y perecido aquel en la lucha, quedó el segundo dueño de España y de las demás provincias que antes habían pertenecido a Constantino II. (340). Constante era cristiano y piadoso, y convocó el concilio general de Sardica, que presidió también nuestro Osio, obispo de Córdoba, y al que asistió igualmente el infatigable Atanasio (347), mientras los orientales disidentes, reunidos en Filipópolis, se vengaban en excomulgar a Osio, a Atanasio y al papa Julio. Pero Constante, al mismo tiempo inepto y vicioso, una tarde al volver de caza, su recreo favorito, se halló suplantado por Magnencio, que en un banquete se había hecho aclamar por los soldados emperador. Huyendo Constante hacia España, fue alcanzado por las tropas de Magnencio, que a la falda del Pirineo le quitaron la vida (350).

Mientras esto acontecía en Occidente, y mientras en Oriente sostenía Constancio la guerra con los persas, el ejército de Iliria aclamaba Augusto a Vetranion, general anciano, que ni siquiera sabia escribir, pero que declaró no aceptar la púrpura sino para vengarse del usurpador Magnencio, como lo realizó en la famosa batalla de Murza, donde le derrotó completamente. En Roma se había hecho aclamar emperador Nepociano. Así andaba revuelto el imperio. Al fin logró Constancio quedar dueño único de todo el imperio como su padre Constantino (355). Pero Constancio favorecía la causa de los arrianos, que dio ocasión a la celebración de tantos concilios, figurando honrosamente en casi todos nuestro Osio de Córdoba. Las revueltas de las Galias y las devastaciones de los francos y germanos movieron a Constancio a encomendar el cuidado de aquella guerra a Juliano, último descendiente de Constantino. Este hombre hábil y elocuente supo ganarse pronto la confianza del ejército, que acabó por aclamarle Augusto. Murió Constancio, y quedó Juliano señor del imperio (361).

Fue este Juliano el llamado *apóstata*, porque apostató de la fe cristiana en que había sido educado, y no solo volvió al culto de los antiguos dioses, sino que promovió una reacción en favor del politeísmo, cuyos oráculos no dejaban todavía de consultarse en mucha parte del imperio: También Juliano ha servido de original a retratos bien distintos, como suele acontecer a los príncipes reformadores. Los cristianos le han vituperado con razón en la parte que se refiere al restablecimiento de la idolatría y al afán de rejuvenecer las creencias paganas que Constantino había proscrito. Pero los cristianos que no veían en el emperador sino el *apóstata*, no al literato ni al filósofo, acumularon sobre su cabeza enormidades en masa. Los incrédulos, por el contrario, le han ensalzado en demasía, llamándole otro Marco Aurelio, y habiendo quien le haya apellidado el *segundo de los hombres*: estos no han querido ver en él sino un filósofo con quien congeniarían, pero no han visto en Juliano el cínico, el burlón, el petulante; y de fanático y supersticioso le califica el mismo Amíano Marcelino, siendo un historiador gentil[202].

Como enemigo de los Cristianos, tuvo Juliano dos épocas; una de tolerancia, en que quiso hacer el papel de un Constantino de los paganos, permitiendo la libertad de cultos, si bien favoreciendo el de los antiguos dioses como Constantino favorecía el de los cristianos: en una carta a Ecébola le decía: «He resuelto usar de dulzura y humanidad con todos los galileos (así llamaba él

202 Superstitiosus magis quam sacrorum legitimus observator. Amm. Marc. En el siglo pasado Voltaire le llamaba modelo de reyes, y Montesquieu el más digno de cuantos han mandado a hombres. La Bletterie, a pesar de ser gran parcial de Juliano, le lisonjeó menos. Los filósofos franceses del siglo pasado disimularon poco su incredulidad y menos su apasionamiento a la filosofia anti-cristiana. Muy de otro modo y con más tino le juzga el erudito Chateaubriand en sus Estudios históricos, Disc. II, part. II.

siempre a los cristianos), y no tolerar que en manera alguna se violente a ninguno para que concurra a nuestros templos, ni se los obligue con malos tratamientos a que hagan cosa alguna contraria a su modo de pensar»: ¿quién no ve aquí una imitación afectada de Constantino? Pero tuvo su época de intolerancia, en que hizo a los cristianos una persecución, más corta, pero no menos encarnizada que la de Diocleciano. Viéronse horrores que hacen estremecer; por una ley que publicó en 362, tuvo la pequeñez de prohibirles la facultad de enseñar la retórica y las bellas letras. Ciertamente, que cuando él subió al imperio, la sociedad religiosa ofrecía ya un espectáculo bien triste: la herejía de Arrio lo había invadido todo, y lo traía todo revuelto: los católicos celebraban concilios contra los arrianos, y los arrianos los celebraban contra los católicos; unos a otros se anatematizaban, y llegaban ya a no entenderse: los obispos se disputaban las sillas, y mutuamente se desterraban. Añadíase a esto los donatistas, novacianos, y eunomianos. No faltaba al desorden sino la rehabilitación del paganismo, y esto hizo Juliano: aún hizo más; por odio a los cristianos constituyóse en protector de los judíos, y quiso que se reedificase el templo de Jerusalén, lo cual le impidió llevar a cabo un terremoto acompañado de erupciones volcánicas, porque estaba profetizado que no se volvería a levantar y era menester que la profecía se cumpliera. El desorden religioso había llegado al más alto punto.

Por fortuna de la cristiandad el reinado de Juliano fue corto; no llegó a tres años; y el politeísmo murió con el mismo que había querido resucitarle contra el torrente del siglo. Juliano fue el último emperador pagano. No sabemos como un hombre de sus talentos emprendió detener en su curso la revolución ya inevitable de las ideas. Bien que era menester que el paganismo moribundo hiciera como los hombres un esfuerzo vigoroso antes de espirar. Muerto Juliano, el ejército a quien se había vuelto momentáneamente el derecho de elección, ofreció la púrpura al prefecto Salustio, que no la admitió, y en su lugar fue elegido Joviano, hijo de Vetranion (364): éste era cristiano, y como tal volvió la paz a la iglesia. También quiso dar la paz al imperio, pero la compró de los persas por medio de un tratado vergonzoso en que les cedió cinco provincias. Reinó sólo siete meses, y le sucedió Valentiniano, confesor de la fe en tiempo de Juliano. A poco de su elevación se asoció al imperio su hermano Valente, a quien dio todas las provincias orientales, quedándose él con las de Occidente. Desde entonces se dividieron para siempre el imperio Oriental y el Occidental: Valentiniano estableció su corte en Milán, y Valente en Constantinopla. Valente era un arriano furibundo, y en sus dominios se encrudeció la persecución contra los ortodoxos, inaugurándose con la muerte del venerable Atanasio, a quien Joviano antes había restituido a su silla.

Otra persecución de nuevo género se desplegó en el reinado de estos dos hermanos. La magia y la hechicería se habían propagado prodigiosamente en estos últimos tiempos en que el paganismo expirante había buscado todos los medios de herir las imaginaciones vulgares para sostenerse, y algo que sustituir a los milagros del cristianismo. Los dos emperadores atestaron las cárceles de súbditos acusados de ejercer encantamientos, y complacíanse en que los desgarraran las fieras: porque ambos eran tiranos y crueles, Valente por debilidad, Valentiniano por genio y por inclinación. *Matadle*: esta era la fórmula con que fallaba las causas. Increíble nos parecería, si no lo dijera un historiador contemporáneo[203], que Valentiniano hiciera dormir junto a su cama dos feroces osas llamadas *Inocente* y *Lentejuela de oro* (*Innoxia* y *Mica-Aurea*), las cuales alimentaba de carne humana. ¡Y éste era un cristiano!

Sin embargo, este hombre cruel a quien una sentencia de muerte por la más leve falta en su servicio personal no costaba nada, este hombre que ordenó en una ocasión a sus lictores le llevasen las cabezas de tres magistrados por provincia, este hombre de las dos fieras por compañeras de dormitorio, ¡cosa rara y singular! hizo leyes sabias y justas para el imperio. Dio a las ciudades defensores de oficio, estableció médicos gratuitos en Roma para la asistencia de los pobres, creó escuelas públicas a semejanza de las universidades modernas, puso límites al acrecentamiento de las riquezas de la iglesia y a la multiplicación de las órdenes monásticas, prohibió al clero aceptar legados testamentarios por el abuso que hacían de su oficio con los moribundos, castigó

203 Amm. Marcel. lib. XXVII. y XXIX.

severamente el adulterio, disminuyó los impuestos y refrenó los desórdenes y vejaciones de los agentes del fisco[204]. Las ideas civilizadoras del cristianismo luchaban en este hombre con la ferocidad de su carácter. Por algunas de sus leyes vemos también que el poder y la fortuna iba siendo un principio de corrupción en los cristianos.

Se acerca el tiempo de las grandes irrupciones de los bárbaros: se aproxima el gran suceso que apresuró la caída del antiguo mundo. Valentiniano tiene que combatir contra los alemanes que se arrojan sobre la Galia. Aparecen los borgoñones salidos de los vándalos, y como enemigos de los alemanes se alistan con Valentiniano y le ofrecen un ejército de ochenta mil hombres. Los sajones y los francos se presentan de nuevo en las costas de la Galia: los pictos y los scotos devastan la Gran Bretaña. Un general español se hace conocer en esta guerra, Teodosio, el padre del que había de ser emperador de Oriente. Teodosio liberta la Gran Bretaña, rechazando los bárbaros hasta el centro de la Caledonia. Los númidas y los mauritanos se revolucionan en África, y nombran un emperador. Acude Teodosio, y pone al príncipe moro en tal apuro, que le obliga a suicidarse. Teodosio liberta también el África. Por recompensa de sus servicios, el virtuoso español, el hábil general, el libertador de la Bretaña y del África es decapitado en Cartago, después de haber recibido el bautismo. Los cuados y los sármatas desolaban también la Iliria: Valentiniano corre al frente de las fuerzas de la Galia, y en una audiencia que daba a los diputados de los cuados reventó en un acceso de cólera que le rompió un vaso del corazón. Tal era la irascibilidad del compañero de gabinete de las dos osas. Fueron proclamados emperadores sus dos hijos Graciano y Valentiniano II. Éste era demasiado joven, y aunque en la repartición le tocó la Italia, la Iliria y el África, guardando para sí Graciano la Galia, la España y la Inglaterra, Graciano fue el que en realidad gobernó todo el Occidente.

Coincidió con la muerte de Valentiniano la gran invasión de los bárbaros. Los godos, que habían permanecido fieles a la familia de Constantino, y que se habían ido multiplicando en los bosques y sujetando en torno suyo otras poblaciones bárbaras, tenian a su cabeza al viejo Hermanrico, que con más de un siglo de edad iba todavía a los combates. El Danubio era la barrera que separaba el imperio salvaje del imperio civilizado. Los ostrogodos, o godos del Este, habían cedido su preeminencia a los visigodos, o godos del Oeste, cuando se aparecieron los hunos, que después de haber derrotado a los alanos se hallaron frente a frente con los godos. Las dos monarquías salvajes, escita y tártara, iban a chocar una con otra, cuando, murió Hermanrico asesinado por la familia de un jefe a cuya mujer había condenado a ser magullada por los cascos de los caballos.[205] Un corto número de ostrogodos se aventuró a combatir con aquellas hordas desconocidas, pero no pudiendo resistir a la caballería de los hunos y de los alanos, los ostrogodos se sometieron a sus vencedores. Los visigodos, retirados hacia el Danubio, pidieron permiso a Valente, por medio de su obispo Ulfila, para establecerse a la orilla derecha del río (375). Valente accedió a su petición, felicitándose de recibir en su imperio aquellas masas de bárbaros, semi-cristianos la mayor parte, y que le prometían hacerse arrianos y defenderle, pero a condición de que le entregasen sus hijos y sus armas. Convinieron los godos en ello. Valente mandó reunir una multitud de barcos, balsas y troncos de árboles para que los godos pasasen el Danubio, y los romanos se ocuparon día y noche en trasladar a su imperio los que habían de destruirle. Varias veces intentaron los romanos contar los que pasaban, y siempre tuvieron que desistir: no era fácil contar un millón de individuos[206]. Separáronse los hijos de los padres, y fueron aquellos distribuidos en varias provincias. Las armas no las dejaron. Con las riquezas que llevaban sobornaron los oficiales del emperador y así pudieron conservar sus aceros.

Había entrado en el trato que los romanos suministrarían víveres a los godos, pagándolos éstos. Pero no tardó la avidez de los generales romanos en agotarles todos los recursos; un pan les costaba un esclavo; y cuando no tuvieron esclavos que vender, daban sus propias mujeres. En esto

204 Códig. Theodos.
205 Jornand. De rebus Géticis, c. XIV.
206 Amm. Lib. XXXI.

los ostrogodos pasaron también el Danubio sin pedir permiso a nadie: a la voz de Fritigernes, jefe de los visigodos, fácilmente se aliaron los antiguos y los nuevos emigrados; y un día estando convidado Fritigernes a un festín por Lupicino, general de los romanos, estalló la rebelión en Marcianópolis: una riña entre algunos soldados romanos y otros de la guardia de los godos, hizo que las voces penetraran en la sala del banquete. Fritigernes y los suyos desnudan sus espadas, atraviesan la ciudad, y se dirigen al campamento donde la muchedumbre los recibe con aclamaciones. Lupicino marcha con sus legiones contra ellos; los godos hacen resonar aquel cuerno a cuyo ronco y triste sonido había de desplomarse el Capitolio[207]; empéñase el combate y los romanos quedan vencidos. Desde aquel momento aquellas masas de salvajes, primero fugitivos y suplicantes, luego aliados, y oprimidos después, se creen ya señores del imperio.

Con el orgullo de esta victoria marchan sobre Andrinópolis; saquean por segunda vez la Tracia; a esta novedad Valente parte a toda prisa desde Antioquía, y solicita socorro de su sobrino Graciano, emperador de Occidente; encuéntranse los dos ejércitos a ocho millas de Andrinópolis; el campo era llano; la infantería romana se ve envuelta por la numerosa caballería de los bárbaros; las legiones deshechas y confusas caen atropelladas bajo los innumerables sables de los godos: una flecha hiere al emperador al cerrar la noche, retíranle a una cabaña, acométenla los godos, y hallando alguna resistencia, préndenla fuego: el emperador con toda su regia pompa, perece entre las llamas[208]. Las dos terceras partes del ejército romano con sus principales caudillos quedaron en el campo. Horrorosa fue la carnicería. Los godos se presentaron en seguida sobre Andrinópolis, pero hallando más resistencia de la que habían pensado, extiéndense como una nube hasta las murallas de Constantinopla, dejando asolado y desierto el país por donde pasaba aquella muchedumbre. Allí se encuentran los bárbaros del Norte y del Mediodía. Los árabes que estaban al servicio de Valente, acometen a unos germanos, y los godos ven con horror a un sarraceno arrojarse sobre el cadáver de un godo que había matado, chupar la herida y beberse la sangre. Los bárbaros se asombraban de haber encontrado otros hombres más bárbaros que ellos (378).

En este tiempo Graciano, emperador de Occidente, enredado en la guerra que le habían movido los germanos y alemanes, sin poder enviar a su tío los socorros que le habían pedido, recibe la noticia del desastre de Andrinópolis y del asolamiento de la Tracia. Entonces busca un general que sea capaz de resistir a torrente tan impetuoso: solo uno había que pudiera desempeñar tan ardua misión, y este hombre no estaba en el ejército; estaba en España, retirado como otro Cincinato. Este general era Teodosio, el hijo de aquel Teodosio que tres años antes había sido decapitado en Cartago, desde cuya época el hijo se había desterrado voluntariamente a España, su patria, habiendo antes servido gloriosamente a las órdenes de su padre. Graciano llama a este ilustre y modesto español, y en presencia de las tropas le proclama emperador de Oriente, agregando a las antiguas provincias las dos grandes prefecturas de Dacia y Macedonia (379).

207 Auditisque triste sonantibus cornuis. Amm. ibid.
208 Cum regali pompa crematut est. Jornand. cap. XXVI.

CAPÍTULO VI.
TEODOSIO EL GRANDE.
De 380 a 395.

Teodosio es sacado do su retiro para ensalzarle al trono imperial.—Restablece el valor y la disciplina del ejército.—Incorpora en él a los godos.—Conserva la tranquilidad en Oriente.—Emperadores de Occidente, Máximo, Graciano, Valentiniano II. y Eugenio.—Queda Teodosio emperador único en Oriente y Occidente.—Lucha del cristianismo y la idolatría.—Herejías en España. Prisciliano. Concilio de Zaragoza.—Teodosio y San Ambrosio.—Penitencia pública del emperador.—Edicto contra el paganismo.—Triunfo del catolicismo en el senado.—Costumbres del clero español.—Famosa decretal del papa Siricio, en respuesta a una carta del obispo de Tarragona.—Santos Padres.—Leyes de Teodosio.—Su muerte.—División del imperio.

Con orgullo podrá citar siempre la España los tres emperadores que salieron de su seno, Trajano, Adriano y Teodosio. Españoles eran también los padres de este último, Teodosio y Termancia, así como su primera mujer Flacila. Hallábase Teodosio, según hemos visto, tranquilo en su retiro, como otro Cincinato, cultivando su patrimonio, y contento con su honesta medianía, cuando un emperador le busca para partir con él la púrpura imperial como el único hombre capaz por sus talentos y su firmeza de salvar el imperio de Oriente, a punto de ser presa de los bárbaros. De ello se lisonjeaban ya los godos. *«Por lo que a mí hace,* decía uno de sus jefes, *estoy cansado de matar, y lo que me admira es que un pueblo tan débil y que huye siempre delante de mí, se atreva todavía a disputarme la posesión de sus provincias y de sus tesoros.»* Pero llega Teodosio, y renovando los días de los Fabios y de los Escipiones, restablece la disciplina del menguado y desconcertado ejército, acostumbra a sus soldados a oír sin susto los gritos de los salvajes, los ejercita primero en la guerra de ardides y sorpresas, y cuando ya los considera suficientemente aguerridos, los presenta delante de los bárbaros, y por fruto de sus ensayos anteriores, recoge la victoria. Teodosio, guerrero y político, aprovecha las divisiones y rivalidades que existían entre ostrogodos y visigodos, entra en negociaciones con Atanarico, y le lleva a Constantinopla, donde le deslumbra con la grandeza de aquella ciudad imperial. Muere a poco Atanarico: Teodosio le manda hacer suntuosas honras, y atrae a su partido a los godos. Estos se comprometen a guardar los pasos del Danubio contra los demás pueblos, y Teodosio incorpora en las tropas imperiales más de cuarenta mil bárbaros.

Teodosio conserva así la tranquilidad del imperio de Oriente, pero ya quedan establecidos en el imperio los que habían de ser sus destructores; ya los godos y los hunos están al servicio de los príncipes que iban a exterminar (382). En palacio mismo admite a Estilicón, de la sangre de los godos. Ya el imperio, en la corte y en el ejército, iba siendo mitad bárbaro, mitad romano. Ahora obedecen a Teodosio; cuando falte Teodosio, serán ellos los señores y los obedecidos.

No gozaba la misma paz el Occidente. Máximo, soldado ambicioso, se había hecho proclamar emperador en la Gran Bretaña (383). Viene en seguida a la Galia, acomete a Graciano, príncipe indolente y flojo, dado a la caza, y entregado a una guardia de bárbaros, y le quita el imperio y la vida. Máximo se hace reconocer por galos y españoles, y marcha sobre Italia. Pero San Ambrosio, obispo de Milán, viene a proponerle el pacífico goce de los antiguos estados de Graciano, y que no se le disputaría el título de emperador de Occidente en unión con Valentiniano II., con tal que hiciese cesar la guerra. Máximo accede a las proposiciones de San Ambrosio, y Teodosio ratifica lo pactado. Máximo se asoció su hijo Víctor, y los tres emperadores reinaron por espacio de cuatro años en aparente armonía. Pero el ambicioso Máximo declara de repente la guerra a Valentiniano, marcha sobre Roma y se apodera de ella. Valentiniano se refugia a Tesalónica, implora el auxilio de Teodosio, que había tomado por esposa a Galla, su hermana. Teodosio toma las armas, vence a Máximo en la Panonia, le hace prisionero, y le manda decapitar en Aquilea (383). Restablece a Valentiniano en su trono, sin tomar nada para sí sino la gloria de haber derrocado al usurpador, y la de haber vengado a Graciano, a cuya generosidad debía la púrpura. Pero los hombros de Valentiniano eran incapaces de sostener el peso del imperio. Un franco llamado Arbogasto, hombre

de gran bizarría, que habiendo puesto su brazo al servicio de Teodosio, se había aprovechado de su privanza para trastornar el imperio de Occidente, tenía a Valentiniano como prisionero en su propio palacio, y era el que disponía de los empleos y oficios, así civiles como militares, confiriéndolos todos a los francos. Valentiniano quiso un día hacer un esfuerzo de dignidad con Arbogasto, y a poco amaneció el emperador ahogado en su propio lecho. Arbogasto no quiso para sí la púrpura; vistió con ella a un hombre llamado Eugenio, que era profesor de retórica (392). Teodosio resolvió vengar la muerte de Valentiniano. Arbogasto y Eugenio se prepararon también a resistirle con un ejército de francos y alemanes. Teodosio con su acostumbrada celeridad pasa los Alpes Julianos, cae sobre Italia, encuentra el ejército de Arbogasto y Eugenio, y se traba la pelea; ya no son los romanos los que combaten en Roma; son bárbaros contra bárbaros; los soldados de Eugenio son francos y alemanes, los de Teodosio son godos, mandados por sus príncipes indígenas, Gainas, Saul y Alarico. Recia es la pelea y porfiada, pero las armas de Teodosio quedan triunfantes; Eugenio es hecho prisionero, y presentado a Teodosio, que le hace decapitar a su presencia. Arbogasto, desesperado, dos días después de la derrota, se quita la vida hundiéndose en el pecho su tosco y pesado machete.

De esta suerte quedó Teodosio dueño único y absoluto de todo el imperio (394), que tuvo la gloria de conservar íntegro mientras vivió, sin que ni una sola provincia se dcsmembrara, teniendo siempre en respeto los bárbaros que le inundaban, y aún sirviéndose de ellos mismos para sostener el viejo edificio que iban a derribar: habilidad y destreza suma, que le mereció el sobrenombre de Grande con que ha pasado a la historia.

El reinado de Teodosio no fue solo notable por haber sabido, mantener vivo y entero un cuerpo que encontró semi-cadáver, teniendo dentro de sí mismo el germen de la muerte y de la disolución; lo fue más todavía por la influencia que ejerció en la revolución social, religiosa y política que se estaba obrando. Porque el viejo y caduco imperio sufría dos invasiones, una física y material que habían hecho los enjambres de bárbaros, otra moral y política que hacían las ideas religiosas. Teodosio con una mano sujetaba los bárbaros y constituía la unidad del imperio; con otra empuñaba la cruz, y persiguiendo el politeísmo y la herejía trabajaba por establecer la unidad de religión. Teodosio daba batallas y hacia códigos, destronaba emperadores y derribaba ídolos, protegía una religión de mansedumbre, y cometía actos de sangrienta crueldad, hacíase señor del mundo y se prosternaba a los pies de un sacerdote.

Examinemos la historia de su reinado bajo este punto de vista, más importante para la historia de España y del género humano, que las batallas y conquistas materiales. El cristianismo y el paganismo se disputaban el imperio del mundo por medio de las ideas, como la barbarie y la vieja civilización se le disputaban por medio de las armas. Estamos ya en un tiempo en que los obispos empezaban a tener más influencia y más importancia que los generales. Las disputas de religión ocupaban más que las acciones de guerra. Era la lucha del antiguo mundo con el mundo nuevo. El catolicismo tenía que pelear no sólo con los dioses del viejo Olimpo sino también con las nuevas herejías, y el arrianismo principalmente se hallaba extendido y pujante en una buena parte del imperio. Algunos emperadores habían sido ardientes arrianos. Teodosio era católico, y contra la costumbre de aquel tiempo de esperar a bautizarse al fin de la vida, costumbre que condenan San Jerónimo, San Agustín y otros, Teodosio se hizo bautizar por el obispo de Tesalónica durante la guerra contra los godos. En seguida dio un famoso edicto en favor de la religión católica, y terminada la guerra de los godos pasó a Constantinopla, que era como el foco y asiento del arrianismo, y ordenó a Demófilo, patriarca arriano de Constantinopla, o que reconociese el símbolo de Nicea, o que cediese Santa Sofía y las demás iglesias a los sacerdotes católicos (380). San Gregorio Nazianceno fue instalado en la silla por el mismo emperador en persona rodeado de sus guardias. La resistencia de los arrianos produjo la proscripción del arrianismo en todo el Oriente. Teodosio convocó un concilio general en Constantinopla, y en él se confirmó el dogma de la consustancialidad (382). No bastó el poder político para dejar a San Gregorio tranquilo en su silla, y cansado de luchas y de disgustos, de envidias y de intrigas, se retiró a su oscura soledad de

Capadocia[209]. Multitud de edictos imperiales ordenaban la ejecución de los decretos del concilio, y la confiscación y el destierro se empezaron a emplear contra los herejes inobedientes.

Mientras esto pasaba por parte de Teodosio, Máximo, aquel usurpador del imperio de Occidente, católico también, llevaba todavía más lejos el celo religioso. Diversas herejías habían cundido en España, entre ellas la de los priscilianistas, sostenida por Prisciliano, obispo de Ávila. Máximo hizo celebrar un sínodo de obispos que le juzgase a él y a sus cómplices, y Prisciliano, obispo, con dos sacerdotes y dos diáconos, un poeta y una viuda, sufrieron la pena capital[210]. Máximo fue el primer príncipe católico que derramó la sangre de sus súbditos por opiniones religiosas. San Ambrosio, obispo de Milán, y San Martín de Tours condenaron estas crueldades. San Ambrosio se negó a toda comunicación con Máximo.

Examinemos el carácter y conducta del venerable obispo de Milán. Prescindamos del dictado de Santo que luego mereció. Consideremos en él las ideas de libertad, de independencia, de humanidad y de tolerancia; mirémosle como un ciudadano, como un político, conforme a los principios de la nueva religión. Hemos visto su entereza con Máximo; el obispo católico no quiere comunicar con el emperador católico, porque Ambrosio condena en nombre de la religión la crueldad y la efusión de sangre. Veamos cómo se condujo con Teodosio.

Habían ocurrido desórdenes en Antioquía y en Tesalónica: en la primera ciudad habían destruido las estatuas de Teodosio, de su padre, y de toda su familia (387). En Tesalónica el pueblo había asesinado al comandante de la guarnición (390). Teodosio dio orden de exterminar la ciudad, y la revocó cuando ya se había ejecutado. La muchedumbre fue lanceada por las tropas; grande y horrible fue la carnicería. Ambrosio tuvo noticia de esta matanza en Milán, y retirándose a la campiña escribió al emperador: «No me atrevería a ofrecer el sacrificio si asistieseis a él. Lo que me prohibiría la sangre derramada de un solo inocente, ¿lo podré hacer con la de tantas víctimas?»[211] Hízole sensación a Teodosio esta carta: quiso entrar en la iglesia; salióle al encuentro en el vestíbulo un hombre que le detuvo diciéndole. «Has imitado a David en su crimen, imítale en la penitencia.»[212] Este hombre era Ambrosio. «Si Teodosio, le decía a Rufino, quiere trocar el imperio

---

209 No podemos resistir a copiar la tierna despedida que San Gregorio hizo a la ciudad de Constantinopla al dejar la silla patriarcal, como un modelo de sentimientos piadosos, y como una muestra de la elocuencia cristiana de aquel tiempo.

«Adiós, decía, aldea de Jebus, de que hemos hecho otra Jerusalén. Adiós, santas moradas, que abarcáis los diversos barrios de esta metrópoli, y sois como el lazo y el punto de reunión de ella. Adiós, apóstoles santos, colonia celeste, que me habéis servido de modelo en los combates. Adiós, cátedra pontifical, trono envidiado y lleno de peligros, consejo de los pontífices, ornado con las virtudes y con la edad de los sacerdotes. Adiós, vosotros todos ministros del Señor, que os acercáis a él en la santa mesa cuando baja entre nosotros. Adiós, delicia de los cristianos, coro de nazarenos, piadosas desposadas, castas vírgenes, mujeres modestas, asambleas de huérfanos y de viudas, pobres que levantáis vuestros ojos hacia Dios y hacia mi. Adiós, casas hospitalarias, amigas de Cristo, que me habéis socorrido en mi enfermedad. Adiós, barras de esta tribuna, tantas veces forzadas por los que se agolpaban a oír mis discursos... Adiós, ciudad soberana y amiga de Cristo... Adiós, Oriente y Occidente, por los cuales he peleado y fui oprimido. Pero adiós especialmente vosotros, ángeles custodios de esta iglesia, que protegisteis mi presencia y protegeréis mi destierro. Y tú, santa Trinidad, mi pensamiento y mi gloria, convence y conserva a mi pueblo; compréndate, a fin de que yo sepa que crece cada día en saber y en virtud.»

210 Prisciliano, nacido en Galicia, de familia noble y rica, hombre intrépido, facundo, erudito, se había empapado en las doctrinas de los gnósticos y maniqueos, que le enseñaron Elpidio, maestro de retórica, y Agape, señora no vulgar, y las difundió en la iglesia de España. Afectando humildad en el traje y en las palabras, se captaba cierto respeto, y consiguió que tomaran su defensa algunos obispos, entre los que sobresalieron Instancio y Salviano. La herejía tomó tal fuerza que fue ya necesario congregar el concilio de Zaragoza, en que se condenó a los obispos mencionados, a Prisciliano y Elpidio. Los prelados pervertidos se reunieron y nombraron a Prisciliano obispo de Ávila, pero encontró resistencia en el metropolitano y en los demás obispos. El emperador Graciano mandó despojarlos de sus iglesias, que les restituyó después por empeños del maestre de palacio Macedonio. Máximo los sujetó al concilio de Burdeos: Prisciliano apeló del juicio de los obispos al César, y fue llevado a Tréveris; San Martín de Tours medió para que no fuese condenado a muerte, más habiéndose ausentado el santo de la ciudad, se abrió nuevamente el proceso, y Prisciliano fue degollado.

211 Ambr. Epist. LI.

212 Paul, in Vit. Ambros.

en tiranía, yo moriré gustoso.» La voz del sacerdote era la voz del cristianismo que se levantaba a condenar la tiranía, cualquiera que fuese el que la ejerciera: era la voz de la humanidad, eran los principios del Evangelio, expresados por la boca de un hombre enérgico que sabía apreciar su dignidad, la dignidad de una religión que establece la igualdad entre los hombres, y que no conoce grandes ni pequeños para condenar los crímenes. Jamás en ninguna república pudo llegar a más alto punto la entereza y el heroísmo de un ciudadano en la condenación de la tiranía: y es que la religión la condenaba con él. ¡Sublimidad de la política del cristianismo! Teodosio hizo penitencia pública en la catedral de Milán, despojado de las insignias del poder supremo, y San Ambrosio le absolvió, obteniendo antes una ley para que se dejase siempre un término de treinta días entre la sentencia de muerte y su ejecución, para que no fuese obra de la cólera y del arrebato. A pesar de la magnanimidad de aquel acto, no falta quien opine que el sacerdocio pudo haber humillado menos la majestad.

Diose en el reinado de Teodosio el último combate entre la nueva y la antigua religión: la lid fue la más interesante de cuantas han presenciado los pueblos: los dioses del Capitolio se defendían contra la fe del Crucificado, el politeísmo contra la unidad: el espectáculo era interesante; tratábase de la caída de una religión y de una sociedad antiguas, y del establecimiento de una nueva religión y de una nueva sociedad: en esta solemne lucha tomaban parte todas las clases del estado, senadores, ministros, hombres de guerra, historiadores, filósofos, poetas, sacerdotes de uno y otro culto, oradores, todos lidiaban, disputándose palmo a palmo el terreno, los unos en defensa de antiguas y desacreditadas divinidades, los otros en la de un solo y verdadero Dios. La verdad iba a triunfar sobre la envejecida fábula. La idolatría había sido condenada ya por los pueblos, los ejércitos de los bárbaros hacían ya templos de sus tiendas, y las legiones romanas se burlaban de los antiguos dioses; cuando se derribó la estatua de Júpiter, los soldados arrancaban los rayos de oro que circundaban su cabeza, y les guardaban diciendo que con tales rayos deseaban ser heridos[213]. Teodosio proscribió ya solemnemente un culto que Constantino había empezado suavemente a abolir, y que Juliano no pudo sostener, porque estaba herido muerte. «Prohibimos, dice Teodosio, a nuestros súbditos, magistrados o ciudadanos, desde la primera hasta la última ciase, inmolar víctima alguna inocente en honor de un ídolo inanimado. Prohibimos los sacrificios de adivinación por las entrañas de las víctimas.» Pero ya no era necesario tanto: la luz había venido, y las tinieblas tenían que disiparse. No era menester el mandato, bastaba la discusión.

Curiosa fue la cuestión que Teodosio presentó al senado. «¿Qué Dios deben adorar los romanos, a Cristo o a Júpiter?»[214] Defendía la causa de Júpiter el prefecto Simmaco, grande orador: la de Cristo la sostenía San Ambrosio, orador no menos distinguido. La mayoría del senado condenó a Júpiter. El poeta cristiano Prudencio describe así la conversión de Roma: «Hubierais visto a los padres conscriptos, lumbreras brillantes del mundo, trasportados de alegría, a aquel senado de ancianos Catones, conmovidos al vestirse el manto de la piedad, más Cándido que la toga , y al deponer las insignias pontificales. A excepción de unos pocos que permanecieron en la roca Tarpeya, precipítanse todos a los templos puros de los nazarenos, y la estirpe de Evandro corre a las fuentes sagradas de los apóstoles.»[215] Cayeron, pues, los templos paganos bajo la fuerza intelectual de la idea religiosa que había penetrado en los entendimientos de los hombres, éste fue el grande acaecimiento del reinado de Teodosio. El imperio había de caer bien pronto envuelto en la púrpura de sus príncipes.

Entretanto en España luchaba también el viejo con el nuevo culto, costando trabajo a algunos desprenderse de los antiguos hábitos y preocupaciones; que siempre han sido los españoles tenaces en conservar sus costumbres. Pero la guerra más viva era la que se hacían entre sí herejes y católicos. Varios obispos se habían hecho priscilianistas; perseguíanlos y los denunciaban otros obispos, como Itacio e Idacio, con exaltado celo. Los sectarios de Prisciliano cada vez se mostraban

213 S. August. De Civitat. Dei, lib. V. Cap. XXVI.
214 Zosim. Hist. lib. IV.
215 Exultare patres videas, etc. Prudent. contra Symmacum.

más atrevidos y ardientes. No sirvió que fueran condenados en el concilio celebrado en Zaragoza (381): no sirvió que Graciano los echara de los templos y de las ciudades: no sirvió que Máximo convocara contra ellos otro concilio en Burdeos; no sirvió que Prisciliano con otros de sus secuaces sufriera la pena de muerte; el fuego de la herejía no se apagó, antes creció más su incendio; los cadáveres de Prisciliano y sus compañeros de suplicio fueron adorados como mártires, lo que produjo graves alteraciones entre los prelados. Máximo, viendo las discordias que ardían entre los obispos cristianos de España, pensó enviar a ella *tribunos pesquisidores*, con facultad de confiscar y aún de quitar la vida a los que fuesen tenidos por herejes; especie de tribunal inquisitorial, que merced a los esfuerzos de Martín, obispo de Tours, no llegó a establecerse en España. Pero estaba reservado al primer emperador que hizo derramar sangre por opiniones religiosas ser el primero también que concibió el ominoso pensamiento de un tribunal que andando el tiempo la había de verter a raudales.

El clero español había comenzado también a relajarse en sus costumbres. En el canon VI. del concilio de Zaragoza, se excomulgaba a los clérigos que pretendían hacerse monjes por vanidad, y por tener más licencia de hacer lo que quisiesen[216]. Himerio, obispo de Tarragona, viendo lo relajadas que andaban ya la disciplina eclesiástica y las costumbres de los cristianos, escribió una carta al pontífice Dámaso, consultándole sobre los desórdenes que se habían introducido en España. Muerto Dámaso, le respondió el papa Siricio su sucesor, de cuya carta, que es un célebre documento, son notables las prevenciones siguientes: «que nadie pueda casarse con la que está desposada ya con otro y ha recibido la bendición del sacerdote: que los monjes y monjas que sin atender a su voto y estado faltan a la castidad sacrílegamente viviendo como si estuviesen casados, sean excluídos de la comunión hasta el fin de la vida, y que entonces se les dé el viático de misericordia: que a los ministerios eclesiásticos sólo sean admitidos los de buena vida y costumbres, y los que sólo se hayan casado una vez: que con los clérigos no viva mujer alguna, sino las que permite el concilio Niceno.»[217] Así decía ya San Jerónimo: «Hay algunos que solicitan el sacerdocio o el diaconado para ver más libremente a las mujeres. Cuidan más principalmente de su vestido, de peinar la cabeza con mucho esmero y de perfumarse. Rizan los cabellos con el hierro: las sortijas brillan en sus dedos: andan de puntillas; de suerte que más os parecerán jóvenes recién casados que clérigos.»[218] Extiéndese el santo padre en otras descripciones de este género en prueba de la corrupción que se notaba ya en las costumbres de los sacerdotes. Había sin embargo un gran número que eran ejemplo de pureza y de virtud.

Tenía en aquel tiempo la doctrina ortodoxa para luchar con el politeísmo y con la herejía campeones ilustres, sabios elocuentes y vigorosos, obispos filósofos, prelados insignes en letras y en virtudes, apóstoles infatigables, que con la pluma, con la palabra y con el ejemplo, combatían enérgicamente los antiguos y los nuevos errores con que tuvo que lidiar el catolicismo, que desafiaban con valentía la persecución , que hablaban con independiente entereza a príncipes y gobernantes, y que ilustraban al mundo y derramaban por todo el orbe la fe y la civilización. Desde el obispo Atanasio de Alejandría, el varón incontrastable, modelo de perseverancia y de firmeza, hasta el prelado de Hipona Agustín, el inimitable autor de las *Confesiones* y de la *Ciudad de Dios*, hubo una serie y sucesión de varones virtuosos y de clarísimos ingenios que imprimieron a los espíritus un movimiento prodigioso por todo el mundo entonces conocido, y le iluminaron con sus brillantísimos discursos y sus eruditas discusiones, enseñándole la verdad y encaminándole hacia el bien. Tales fueron los Crisóstomos, los Gregorios de Nazianzo y de Niza, los Osios, los Basilios, los Ambrosios, los Jerónimos, y otros ilustres y eminentes sabios, que recibieron el honroso nombre de Padres de la Iglesia, y que podríamos llamar también los santos filósofos del cristianismo. A ellos se

216 Aguirre, Coleccion de Concil. Tom. II.
217 Esta decretal es la primera que se encuentra en las colecciones antiguas de la Iglesia latina, y la primera que los sabios reconocen por verdadera.
218 Fleury, Hist. eccl. Tom. 4, cap. XVIII.

debió en gran parte el triunfo de la doctrina civilizadora, y el descrédito en que fueron cayendo las antiguas creencias que habían tenido oscurecida la humanidad.

Volvamos ahora a Teodosio.

Le hemos visto como guerrero sostener el imperio sin dejar perder una sola provincia ni una sola pulgada de territorio, como favorecedor de la religión cristiana dejarse arrebatar muchas veces de su ardor hasta la violencia. Como legislador civil, dictó multitud de leyes, que le ganaron verdaderos títulos de gloria. Descúbrese en muchas de ellas un espíritu de sabiduría, de justicia y de humanidad, que merecen cumplida y especial recomendación. Puede servir de ejemplo la siguiente: «En cuanto a los que se hallan detenidos en las cárceles, ordenamos que no se omita medio para apresurar la libertad de los inocentes, y que no se cometa la injusticia de prolongar la detención de los culpables, que sería agravar su pena. A los carceleros y otros agentes de la justicia que se propasasen a violencias o extorsiones contra los presos, queremos que se les imponga las penas más severas. Los administradores de las casas de detención, que no presenten cada mes un estado exacto de los presos, con expresión de su edad, naturaleza de su delito y duración de la pena a que cada uno está condenado, quedan obligados a pagar a nuestro tesoro una multa de veinte libras de oro: y el juez que por negligencia condenase un proceso, pagará una multa de diez libras de oro sin remisión.» Admirable ley, que desearíamos ver cumplida después de mil quinientos años. Otras disposiciones no menos recomendables de este ilustre príncipe pueden verse en el *Código Teodosiano*.

A vueltas de los defectos que hemos hecho notar, amigos y enemigos solían hacer justicia a sus virtudes. Aún daba lugar su edad a concebir más venturosas esperanzas, cuando falleció en Milán el último emperador que había sabido dirigir con robusta mano el imperio (395). Lo peor fue que le dejó encomendado a sus dos tiernos e inexpertos hijos, Arcadio y Honorio, al primero como emperador de Oriente, como emperador de Occidente al segundo: separación que será ya definitiva[219].

219 Orosio, Zosimo, Idacio, Marcelino, San Ambrosio, Aurel., Víctor que acabó con él su historia, y otros.

CAPÍTULO VII.
LOS BÁRBAROS.
De 395 a 414.

Arcadio, emperador de Oriente, Honorio de Occidente.—Debilidad de estos dos príncipes.—Irrupción de bárbaros en el imperio.—Los godos. Alarico.—Sus primeras invasiones por Oriente.—Invado la Italia.—Es derrotado dos veces por Estilicón, ministro y general de Honorio.—Se retira.—Nueva irrupción de bárbaros. Vándalos, suevos, alanos, borgoñones, godos.—Gran derrota de los bárbaros en Florencia.—Emperadores intrusos en las Galias y en España. Guerras civiles.—Nueva aparición de Alarico en Italia.—Sitio de Roma.—Impuesto que exige a la ciudad. Humillación de los romanos.—Segundo asedio de Roma por Alarico. Obliga al senado a aceptar un emperador que él nombra.—Sitia Alarico a Roma tercera vez.—Entran los godos en la ciudad de los Césares.—Horroroso saqueo y destrucción de estatuas y de preciosos objetos artísticos.—Manda Alarico respetar los templos cristianos. Conduce en procesión los vasos sagrados.—Retirada de Alarico.—Su muerte.—Sucedele Ataúlfo.—Su matrimonio con Placidia, hermana del emperador romano.—Ruptura entre Ataúlfo y Honorio.—Invasión de los bárbaros en España. Vándalos, suevos, alanos. —Gran desolación en España.—Repártense las provincias.—Venida de Ataúlfo y de los godos.—Disolución moral del imperio romano.—Se inicia en España la dominación de los godos.

Un solo hombre había estado deteniendo la caída del imperio. Muerto este hombre, el viejo y minado edificio iba a venir a tierra, parte desmoronándose, parte desplomándose con estrépito.

Parece que la Providencia no quería dar a cada familia imperial sino un nombre ilustre, para que los grandes de la tierra no se envanecieran. Marco Aurelio, modelo de príncipes, dio al mundo un hijo, tipo de corrupción y de perversidad. Los hijos de Constantino estuvieron lejos de heredar la grandeza de su padre; y al gran Teodosio le suceden sus dos hijos Arcadio y Honorio, el primero pequeño, miserable y estúpido, el segundo desidioso, ligero y desatentado: Arcadio dominado por una mujer y por un eunuco, y Honorio entregado a un tutor de la raza alana, y contento con casarse sucesivamente con las dos hijas de Estilicón, que supo aprovecharse bien de la inercia y de la imbecilidad de su imperial yerno. Tales eran los dos soberanos del imperio en la ocasión en que más hubiera necesitado éste de manos robustas y vigorosas.

Los bárbaros habían estado contenidos por Teodosio como un torrente detenido en su marcha por un fuerte dique: roto el dique con la muerte de Teodosio, el torrente se desborda y precipita. El godo Alarico de la familia de los Baltos, que quiere decir osado y valiente, la más ilustre entre ellos después de la de los Amalos; Alarico, que había sido aliado de Teodosio, y elevado por él al empleo de maestre general de la milicia, con pretexto de verse mal recompensado por la corte de Arcadio, sale del territorio que ocupaba, y con sus masas de godos invade y devasta la Tracia, la Dacia, la Macedonia y la Tesalia (396). Pasa el desfiladero de las Termópilas y penetra en la Grecia. El país de los sabios y de las bellas ficciones ve hollados sus campos y sus ciudades por las plantas de los bárbaros, que siembran el espanto y la desolación desde el golfo Adriático hasta el mar Negro. Arcadio asombrado concede a Alarico la soberanía de la Iliria, y sus hordas le proclaman rey con el título de rey de los visigodos. De este modo se encuentra ya establecido un nuevo poder en el antiguo imperio.

Alarico, ya rey, medita otra expedición. Esta vez la nube va a descargar sobre el Occidente. El jefe de los visigodos endereza sus pasos a Italia (402), que se llena de terror al saber que ha traspuesto los Alpes Julianos. El ruido de la tempestad despertó a Honorio, que permanecía adormecido en el palacio de Milán. Su primer pensamiento fue huir, y hubiéralo hecho a no haberle detenido Estilicón, que se encargó de reunir por sí mismo un ejército para hacer frente ni formidable bárbaro. El tutor de Honorio encontró al ejército godo acampado en Polentia. Era la fiesta de la pascua, y aquellos godos, cristianos ya, rehusaban entrar en combate por respeto a la festividad[220]. No tuvo Estilicón el mismo miramiento, los atacó, y les causó una completa derrota (403). Cayeron en su poder la esposa y los hijos de Alarico, que al fin le fueron devueltos a condición de que saliera de Italia, recibiendo además una pensión del soberano del imperio. Todavía quiso Alarico sorprender a Verona, pero noticioso de ello Estilicón, cayó otra vez sobre él de improviso, y le

220 Claud. de Bell-Getic—Orosio, lib. VII. cap. 37.

derrotó de nuevo. Entonces Alarico con el resto de sus hordas se resolvió a salir de Italia. Ya un alano, Estilicón, era el único capaz de defender el imperio de Occidente contra otros bárbaros, que enseñaban a Italia la facilidad con que se franqueaban sus barreras.

Por más que Honorio pasara a Roma a hacer un vano alarde del triunfo en que ninguna participación había tenido, ya no se contempló seguro ni en Roma ni en Milán, y sin perjuicio de fortificar los muros de la ciudad del Capitolio tuvo por más prudente ir a cobijarse en Rávena.

Ni el temor había sido infundado, ni inútiles las precauciones. No habían pasado dos años cuando .de las riberas meridionales del Báltico se desgajaron precipitándose sobre Italia más de doscientos mil guerreros, vándalos, suevos, borgoñones, que reforzados por el camino con otras hordas de godos, de alanos, y de otras razas y tribus, mandados todos por Radagaso, cruzaron la Panonia y los Alpes, salvaron el Apenino, y talando las campiñas y las ciudades etruscas, pusieron sitio a Florencia (105). Allí acudió también el bravo Estilicón con treinta legiones, llevando igualmente en ellas muchos bárbaros auxiliares. La batalla que se dio fue terrible y sangrienta. Estilicón volvió a quedar victorioso: dícese que murieron hasta cien mil de los invasores: Radagaso fue hecho prisionero y decapitado: muchos de los que fueron vendidos como esclavos perecieron pronto, no acostumbrados a aquel clima (406).

Estilicón, que ya no cuidaba sino de preservar la Italia, deja a los suevos, los vándalos y los alanos descolgarse sobre las Galias, donde pelean con los francos, y devastan por espacio de tres años el país. La nube que España vio levantarse a lo lejos allá en el Norte en tiempo de Decio, va aproximándose a su horizonte, y ya se oye más de cerca el ruido del trueno.

Aprovechando el general desorden las legiones de la Gran Bretaña, nombran emperador a un tal Marco, pero le asesinan en seguida para reemplazarle con Graciano, quien a su vez sufre a los pocos meses la misma suerte, y es sustituido por un soldado llamado Constantino, que sin duda por una miserable imitación del gran príncipe de su nombre llamó también a su hijo Constante, y le decoró con el título de César (407). Pasa Constantino a las Galias, y se apodera de una gran parte de aquel territorio que Honorio no podía ya defender. Franquea Constante los Pirineos con objeto de hacer reconocer a su padre en la Península española. Alármase una parte del país: dos ilustres españoles hermanos, Didimio y Veriniano, de Palencia, de una familia ligada con la de Teodosio, toman las armas en defensa del soberano legítimo; pero batidos por Constante y hechos prisioneros, son conducidos a Arlés, donde Constantino tenía un simulacro de corte, y pagan allí con la vida su devoción a la familia imperial. Estos triunfos valieron a Constante el título de Augusto que compartió con su padre. En esto Geroncio, a quien aquel había dejado encomendado el gobierno de España, se subleva también contra Constantino, y con las tropas que tenía a sus órdenes y con el auxilio de los habitantes de los vecinos países, proclama emperador a un tal Máximo; nuevo desorden, y nueva guerra: así se jugaba ya con la púrpura.

Mientras tales contrariedades experimentaba el débil Honorio en Bretaña, en las Galias y en España, vuelve a aparecer en las fronteras de Italia el feroz Alarico al frente de nuevas bandas guerreras, tan imponente como si antes no hubiera sufrido revés alguno (408). Esta vez se presenta el bárbaro aparentando respetar a Honorio, y prometiendo marchar a las Galias contra Constantino, siempre que le den dinero y le cedan la soberanía de alguna provincia occidental. Estilicón, que traía en su mente proyectos sobre los estados de Arcadio, acoge ahora la amistad del rey godo, y arranca al senado el consentimiento de entregar a Alarico cuatro mil libras de oro y de encomendarle la defensa de las fronteras italianas. Este proceder de Estilicón le atrae el resentimiento de las legiones que así se veían postergadas, e irrita a algunos senadores que todavía conservaban un resto de energía y de amor patrio. Explota estas disposiciones un tal Olimpio, y a una señal suya las tropas romanas degüellan a todos los amigos de Estilicón: él se refugia a Rávena, se acoge a los altares, es arrancado del sagrado asilo, y con su hijo Eucherio es condenado a muerte, que sufre con la misma serenidad y valor que había mostrado en las batallas.

¿Quién puede detener ya a Alarico? Nadie. Las tropas auxiliares de Honorio que sólo servían en las filas romanas por afecto a Estilicón, se pasan a las del rey godo en número do treinta mil. Con

esto el bárbaro no vacila ya sobre el partido que ha de tomar. Ya no hay para él compromisos de amistad ni de alianza; habla a sus hordas de los ricos despojos que encierra la antigua capital del mundo; levanta su campo; marcha de ciudad en ciudad, y pronto coloca sus tiendas ante los muros de Roma. *«¿A dónde vas?»*—le había preguntado en el camino un ermitaño.—*«Dios lo sabe,* respondió Alarico: *siento dentro de mí una voz secreta que me dice: Anda, y ve a destruir a Roma.»* Cerca de setecientos años hacia que Roma no había visto acercarse a sus puertas ejércitos extranjeros. ¡Cuán otra era Roma cuando vio flotar las banderas de Cartago! ¿Quién resistirá ahora a este Aníbal del Septentrion? ¿Qué se han hecho los Fabios y los Escipiones?

Un riguroso asedio va reduciendo a la inmensa muchedumbre que se albergaba en la ciudad de Rómulo al extremo de apurar hasta los alimentos más repugnantes. Extenuadas del hambre se caían ya las gentes, y los cadáveres infestaban las calles y las plazas. De la ciudad que había enseñoreado todo el orbe, salen dos diputados a pedir la paz a un rey bárbaro. Todavía trataron de infundirle algún respeto diciéndole: *«Mira que aún hay en Roma inmensa muchedumbre de gente. —Mejor,* contestó el bárbaro, *cuanto más espesa nace la hierba mejor se corta.»* Y les pide todo el oro y toda la plata y cuantos objetos preciosos encierra la ciudad, y la libertad de todos los esclavos bárbaros.—*Entonces*, le preguntaron los diputados, *¿qué nos dejas?—La vida,* les contestó Alarico. Tasóles al fin la contribución que habían de aprontarle, reduciéndola a cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, otras tantas de pimienta, cuatro mil túnicas de seda y tres mil piezas de púrpura. No pudiendo los romanos completar el precio del rescate, acordaron despojar las imágenes de los templos, y fundieron las estatuas de oro de la *Virtud* y del *Valor*[221]. Así derriban ellos mismos sus ídolos: y en cuanto al *Valor* y la *Virtud*, ¿para qué querían los que no tenían ya ni virtud ni valor las imágenes que los representaban?

Retiróse por entonces satisfecho Alarico (409), cargado de oro, y engrosadas sus bandas con cuarenta mil bárbaros rescatados en Roma; y retiróse como aquel que tiene la generosidad de perdonar lo que está en su mano destruir. Pero no tardó en volver a humillar de nuevo a aquella en otro tiempo tan orgullosa ciudad. Irritado de que el impotente Honorio, siempre cobijado en Rávena, hubiera hecho jurar a los oficiales del imperio que no transigirían nunca, antes harían guerra implacable al godo, presentóse otra vez Alarico delante de Roma, y con una moderación que no era de esperar de un bárbaro poderoso y ofendido, contentóse con obligar al senado a reconocer por emperador a Atalo, prefecto de la ciudad. Puso el senado humildemente la desacreditada púrpura en los hombros de quien Alarico le designaba, y el nuevo Augusto correspondió al que le hacia emperador dándole el mando de los ejércitos de Occidente, y el de sus guardias a Ataúlfo, cuñado de Alarico, con el título de conde de los Domésticos.

¿Pero era el destino de Roma ser solamente humillada? ¿Qué era lo que le había dicho a Alarico aquella voz secreta a que no podía resistir? *«Anda y ve a destruir a Roma.»* Sonó, pues, la hora de cumplirse el destino de la ciudad eterna. Entretenido estaba el imbécil Honorio en Rávena en cuidar una gallina que llamaba Roma (¡apenas puede concebirse tanta degradación!), mientras la ciudad de Rómulo caía en poder de Alarico. El 24 de agosto del año 410 de Jesucristo, a los 1163 años de su fundación, los estandartes godos plantados en lo alto del Capitolio, anunciaron que la ciudad de los Césares había pasado a otro dueño, y que una nueva raza de hombres entraba en posesión del mundo antiguo. La depredadora del universo fue a su vez saqueada por aquellas turbas feroces, y la que se había jactado de subyugar el mundo entero, se vio entregada por espacio de diez y seis días, al furor de una soldadesca bárbara. Por la espada pereció la que por la espada se había engrandecido.

Parecía haberse escrito para ella aquellas palabras del profeta: «Esto ha dicho el Señor: ved un pueblo que vendrá de la tierra del Aquilon, y una gran nación se levantará de las extremidades de la tierra. Tomará sus flechas y su escudo: es cruel y no conoce la compasión; su voz resonará como el mar: montarán sus caballos, como guerrero que se apresta a la pelea, contra tí, hija de Sión. Hemos

---

221 Zosim. Lib. V.

oído su fama: nuestros brazos han desfallecido: la tribulación se ha apoderado de nosotros.»[222] Y bien podía decirse de Roma como de Jerusalén: «La señora de las naciones ha quedado viuda: la reina de las ciudades se ha hecho tributaria... sus enemigos se han levantado sobre su cabeza... porque el Señor ha hablado contra ella a causa de la multitud de sus iniquidades.»[223] «¿Quién hubiera pensado jamás, escribía San Jerónimo, que Roma, tan altamente ensalzada por sus victorias, había de perecer, y que después de haber sido la madre de los pueblos, había de ser su sepulcro?»[224]

Estatuas, vasos, mesas, sepulcros, ídolos, los objetos preciosos del culto, las obras maestras más insignes de las artes, todo caía hecho pedazos a los rudos golpes del hacha de los godos. Palacios suntuosos fueron presa del voraz incendio, muchos hombres fueron degollados, muchas doncellas y muchas matronas hechas esclavas, y los bárbaros destruían por placer los bellos jardines y las magníficas moradas de los opulentos y voluptuosos patricios. En aquellos días de universal devastación se presenta en Roma un espectáculo sorprendente. Desde el monte Quirinal hasta el Vaticano, se ve marchar una procesión solemne; los soldados que hasta entonces se han ocupado en el pillaje caminan ordenadamente en dos filas: entre ellas van sacerdotes cantando piadosos salmos: ¿qué significa, esa ceremonia semi-religiosa, semi-bélica? Es que conducen las reliquias de los mártires de Cristo, es que llevan los vasos sagrados de que se sirven en los altares los sacerdotes del Crucificado, que Alarico ha mandado respetar y custodiar: Alarico, que ha dado orden para que se respeten también los templos cristianos, y no se derrame la sangre de los que se han refugiado a ellos. Así los perseguidores del cristianismo deben su salvación a aquellos mismos lugares que ellos intentaban derribar, a aquella misma religión que tan crudamente perseguían. Es el cristianismo que viene a anunciar al mundo que ha concluido la idolatría, y que el culto de los dioses paganos ha terminado con el imperio de los Césares. Es la idea religiosa, que traían ya desde sus bosques los destructores providenciales de los disolutos emperadores y de las falsas divinidades. Es la sociedad cristiana que viene a reemplazar a la sociedad idólatra. Es el principio civilizador, que la espada de un bárbaro ayuda a triunfar, sin que él mismo lo conozca, de la resistencia que aún oponía a las doctrinas de los apóstoles y de las escuelas. Es la fuerza que viene a completar la obra de la idea. Porque la Providencia, dijimos en nuestro discurso preliminar, cuando suena la hora de la oportunidad, pone la fuerza a la orden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

Retiráronse los godos cargados de botín a la Italia Meridional. A los pocos días murió Alarico , como si hubiera concluido su misión sobre la tierra. Los godos proclamaron rey a Ataúlfo, cuñado del jefe que acababan de perder. Ataúlfo había concebido el pensamiento de fundar un imperio godo sobre las ruinas del romano; más comprendiendo luego que su pueblo no estaba aún preparado para recibir las instituciones y las leyes de un gobierno regular, parecióle que podría merecer mejor la gratitud del mundo haciendo al imperio romano recobrarse de su postración, contento con que esto se debiera a la influencia goda. Ofreció, pues, su amistad a Honorio, que no desdeñó admitirla a pesar del odio que había jurado a los godos. Encargóse entonces Ataúlfo de combatir a los que en las Galias tenían usurpado el poder romano, y se posesionó de Narbona, Tolosa, Burdeos, y todo el país que se extiende desde Marsella hasta el Océano (412).

Entre las damas que los godos habían hecho prisioneras en Roma, hallábase la bella Placidia, hermana de Honorio. Habíase prendado de ella Ataúlfo, y muchas veces la había pedido a su hermano por esposa. Como éste rehusase siempre su consentimiento, determinó el godo por sí mismo casarse con la que por derecho de guerra hubiera podido tratar como esclava. Celebráronse solemnemente los desposorios en Narbona. Ataúlfo se presentó en la ceremonia vestido a la romana, y Placidia con el traje y pompa de emperatriz. Cincuenta lindos mancebos vestidos de seda ofrecieron a la ilustre desposada otras tantas bandejas llenas de oro y pedrería.[225] Así un godo

222 Jerem. cap. VI.
223 Id. Lament. cap. 1.
224 Capitur urbs quae totum cepii orbem. Hierouim. ad Eustochium.
225 Idat.Chron.

venido de la Escitia se desposaba con la hija del gran Teodosio, llevándole en dote los despojos del imperio de su padre.

Destinado estaba este consorcio a ejercer grande influjo en la suerte del decadente imperio, y a no tenerle menor en la de nuestra España. Amaba también a Placidia Constancio, a la sazón ministro y consejero de Honorio, que aspirando a la mano de aquella princesa esperaba poder encumbrarse un día al trono. Hombre animoso y hábil, había tenido Constancio la fortuna de ir acabando con todos los usurpadores del imperio. Constantino y Constante en las Galias, Heráclio en África, Máximo y Geroncio en España, todos habían ido pereciendo, o en batalla, o suicidados, o sentenciados a muerte[226]. A Constantino había reemplazado en las Galias Jovino, que cayendo en manos de Ataúlfo fue decapitado también, y su cabeza enviada como un trofeo por el godo vencedor al emperador su cuñado (413). Así los dos rivales, el esposo y el amante de Placidia, proporcionaban triunfos al imbécil Honorio, o por lo menos le libertaban de sus competidores. Mas las victorias de Ataúlfo no hacían sino excitar más los celos de Constancio, quien provocó al emperador a que exigiera al rey godo la restitución de Placidia su hermana. Negóse a ello Ataúlfo, y rompió con el emperador y con el imperio. Era lo que Constancio deseaba. Habiendo tenido la precaución de aliarse con los otros bárbaros que procedían del Rhin, pudo Constancio dedicarse exclusivamente a hostilizar a Ataúlfo y sus godos. Entonces el sucesor de Alarico determina venir a España: traspone el Pirineo Oriental y toma posesión de Barcelona (414). ¿Cuál era el pensamiento de Ataúlfo, y cuál su objeto en venir a España? Veamos cuál era la situación de nuestra provincia cuando esto acaecía.

Entre las razas salvajes que en la grande irrupción del año 406 dijimos haber inundado el imperio romano, contábanse, según indicamos también, los vándalos, los alanos y los suevos, que precipitándose sobre las Galias las devastaron por espacio de tres años. Habían hecho estas tribus su principal asiento, si asiento hacían en alguna parte estos guerreros nómadas, en la Aquitania y la Narbonense. Viéndose casi al pie de los Pirineos, o bien que Geroncio los llamara de España, o bien que los empujara sólo su propia movilidad, o que los aguijara la codicia o el deseo de ver lo que se ocultaba detrás de aquella formidable barrera de elevados montes, franquearon los Pirineos (409), desgajándose como torrentes por las comarcas españolas en ocasión que en la España andaban revueltos en guerras los Máximos, los Constantes y los Geroncios, disputándose entre sí un retazo de la desgarrada púrpura romana. Coincidía este gran suceso con la entrada de Alarico en la capital del antiguo mundo romano. Cada uno de estos pueblos trashumantes traía su rey, o más bien su jefe militar. Gunderico se llamaba el de los vándalos, los más poderosos y fieros, a quienes acompañaban los silingos, tribu particular de su misma raza; Alacio era el de los Alanos, y Hermarico o Hermenerico el de los suevos.

Triste y horroroso espectáculo ofrecía entonces España. El genio de la devastación se apoderaba de ella. El incendio, la ruina, el pillaje, la muerte, era la huella que dejaba tras sí la destructora planta de los nuevos invasores. Campos, frutos, ciudades, almacenes, todo caía, o devorado por las llamas, o derruido por el hacha de aquellas hordas feroces. Veíanse las gentes morir transidas de hambre, sustentábanse algunos con carne humana, llegando el caso, al decir de algunos historiadores, de que una mujer se alimentara sucesivamente con la carne de sus cuatro hijos; barbarie horrible que la costó ser apedreada por el indignado pueblo[227]. Siguiéronse a los horrores del hambre los de la peste: porque los campos se hallaban cubiertos de insepultos cadáveres, que con su podredumbre infestaban la atmósfera, y a cuyo olor acudían manadas de voraces lobos y nubes de cuervos y de buitres, que los unos con sus aullidos, con sus roncos y tristes graznidos los otros, infundían nuevo espanto a los que presenciaban la calamidad. La cólera

226 De estos últimos fue Constantino, a quien no valió ordenarse de sacerdote para hacer sagrada su persona. También le fue envíado aquel Atalo a quien Alarico había nombrado emperador de Roma, como para mofarse de la grandeza romana. Con todos estos se divertía Honorio exponiéndolos al público. Incapaz de resistir por sí mismo a ninguno de ellos, gozábase de hacerlos objeto de escarnio después que se los daban rendidos. Así se hacía aquel emperador mentecato la ilusión de que era fuerte.

227 Idat. Chron.—Orosio, lib. VII.

divina parecía querer descargar entera sobre este desventurado pueblo. En este estado, hartos los bárbaros de carnicería y de rapiñas, acordaron repartirse entre sí la España, en cuya distribución tocó a los suevos la Galicia, a los alanos la Lusitania y la Tarraconense, la Bética a los vándalos, que le dieron el nombre de Vandalusia. Algunos pueblos de Galicia conservaron su independencia en las montañas[228]. Y no obstante la ferocidad de estas gentes, cuando ya se asentaron, casi se felicitaban los indígenas de verse sujetos a la dominación bárbara con preferencia a la sabia opresión de los magistrados romanos.

En tal situación aconteció la venida de Ataúlfo y de sus godos a España. Diferentes y aún opuestos juicios hacen los historiadores acerca del objeto que pudo impulsar al monarca visigodo a penetrar en la Península, y no es de extrañar que las historias de aquellos tiempos participen de la general confusión en que entonces andaba todo envuelto y turbado. Suponen unos que por anteriores conciertos con Honorio le había concedido éste, además de la posesión de la Narbonense, la parte oriental de España más próxima al Pirineo. Sospechan otros que sólo vino huyendo de las legiones imperiales de Constancio. Afirma Jordanes, cuyo testimonio no carece de importancia en lo relativo a las cosas de los godos, que Ataúlfo hizo ya cruda guerra a los vándalos de España. ¿Y no pudo decir Ataúlfo, a la manera de Alarico: *«siento dentro de mí una voz que me dice: anda y ve a lanzar de España a los bárbaros que la inundan, y funda en ella un imperio»?* Por lo menos los sucesos posteriores mostraron que esta era la misión providencial que habían recibido los godos. Mas si Ataúlfo había tenido este pensamiento, faltóle tiempo para la ejecución faltándole la vida. Quitósela en Barcelona el godo Sigerico, ansioso de reemplazarle en el mando, y con pretexto acaso de la flojedad con que Ataúlfo hacía la guerra a los romanos.

Todos los ímpetus que el nuevo rey había anunciado antes de serlo contra los imperiales, los descargó inhumana y bárbaramente contra la familia de Ataúlfo, ya degollando a los seis hijos que de su primera mujer había éste dejado, ya haciendo marchar a Placidia por espacio de doce millas delante de su caballo a pie y mezclada entre una turba de mujeres esclavas. Tan intempestiva fiereza debió irritar a los godos, que habiendo sin duda aprendido ya de los romanos la manera de quitar y poner reyes, asesinaron a los siete días al violento y arrebatado Sigerico, nombrado en su lugar a Walia.

Reservémonos referir en otro lugar los triunfos de Walia sobre los vándalos, la devolución de Placidia a Honorio, la concesión que este emperador hizo a los godos de las tierras de Aquitania, y el establecimiento de la corte goda en Tolosa. Limitámonos en este capítulo a apuntar los primeros pasos en España de los que habían de trasformar nuestra península de provincia romana en monarquía goda. Dejárnosla cuajada de ejércitos bárbaros, de masas de salvajes que se mueven y chocan entre sí disputándose la posesión de un suelo envidiado; a otros bárbaros menos salvajes y feroces que ellos pugnando por arrojar a los primeros invasores; el imperio romano de Occidente desmoronándose, saqueada por los godos la capital del que se había llamado pueblo-rey, un emperador imbécil dando leyes a súbditos que no tenía, y cuyos sucesores no hacían ya sino disputarse los harapos inservibles de una púrpura desgarrada; la dominación romana moralmente abolida en España, pero luchando todavía por sostener un poder ilusorio y fantástico, y fundiéndose y como amasándose una España nueva: período de fermentación, y mezcla de pueblos y de elementos extraños, de que habrá de resultar otro idioma, otros nombres, otras costumbres, otra forma de gobierno, otra sociedad. La España se está descomponiendo para renovarse.

Por eso, sin dar por definitivamente terminada la dominación romana, ni por formado todavía el imperio godo que la habrá de sustituir, pero no rigiendo ya la organización a que hasta ahora ha estado sujeta, parécenos que debemos dar cuenta del carácter de la situación política que termina, para que podamos después apreciar mejor el cambio material y moral que va a sufrir.

---

228 Idacio, Orosio, Salviano, Olimpiodoro.

CAPÍTULO VIII
ESTADO SOCIAL DE ESPAÑA BAJO EL IMPERIO ROMANO.

I. Diferentes divisiones que se hicieron de España.—Clases y categorías de las poblaciones.—Colonias, municipios, etc.—Derechos que cada una gozaba.—Gobierno. Administración. Sistema rentístico. Impuestos. Servicio militar. Estadística de población.—II. Riqueza territorial de España.—Artículos de que abastecía a Roma—Agricultura, industria, comercio.—Minería. Cómo beneficiaban y elaboraban las minas los romanos. Cómo estaban administradas.—Acuñación de moneda en España.—III. Artes y oficios.—Riqueza monumental.—Grandes vías militares.—IV. Cultura intelectual.—Literatura hispano-romana.—Los Sénecas: Lucano: Quintiliano: Silio Itálico: Floro: Marcial: Columela: Pomponio Mela: Trajano: Adriano.—Letras cristianas.—Escritos religiosos.—Osio: Juvenco: Gregorio de Illiberis: Prudencio: Prisciliano.—Prepárase España a recibir una modificación social.

I. Mejor que los hombres de la república comprendió Augusto la geografía de España, cuando a la desigual división de Tarraconense y Bética, o de España Citerior y Ulterior, sustituyó la división en tres grandes provincias, a saber: Tarraconense, Bética y Lusitania. La Bética, como provincia senatorial, era gobernada por un procónsul. La Tarraconense y Lusitania, como provincias imperiales, lo fueron por legados augustales. Cada una estaba dividida para la administración de justicia en varios distritos judiciales, llamados conventos jurídicos, semejantes a las audiencias modernas. La Tarraconense comprendía siete, a saber: Tarragona, Cartagena, César-Augusta, Clunia, Lucus, Asturica y Bracara: cuatro la Bética, Hispalis, Gades, Corduba y Astigis: y tres la Lusitania; Emérita, Pax-Julia y Scalabis. Cuando los emperadores cercenaron al senado la autoridad directiva de algunas provincias que le había dejado Augusto, los gobernadores de las de España solían llamarse presidentes.

Otón incorporó a la Bética la provincia de África nombrada Tingitania. Constantino separando la Tingitania de la Bética, y los gobiernos de Galicia y Cartagena de la Tarraconense, dejó a España dividida en seis provincias y diócesis, a las cuales Teodosio, o alguno de sus hijos añadieron las Baleares. Comprendía esta provincia las islas de su nombre; la Tingitania, cuya capital era Tingi (Tánger), cogía la parte de África en que están hoy los reinos de Fez y de Marruecos; los términos marítimos de la Lusitania eran las dos playas del Océano desde el Duero hasta el cabo de San Vicente, y desde aquí hasta el Guadiana: las bocas del Duero formaban su límite septentrional, y el oriental se extendía por las riberas del Guadiana hasta el Océano: Galicia confinaba con la Lusitania por el Duero, y con la Tarraconense por el término donde tocan las Asturias con Castilla la Vieja: formaban el límite septentrional de la Tarraconense las costas de Castilla y Vizcaya con la cordillera de los Pirineos, el oriental las de Cataluña y Valencia hasta más adelante de Peñíscola, y entrábase otra línea por Aragón hasta las fuentes del Ebro, donde se tocaban la Tarraconense, la Cartaginense y Galicia: la Cartaginense confinaba con la Bética por el Guadiana, con la Tarraconense por el Ebro, y por el Duero con la Lusitania. Comprendía la Bética las costas marítimas desde el riachuelo Almanzor hasta el Guadiana, y la línea que la dividía de la Cartaginense bajaba de Medellín por Sierra Morena, y por el Poniente de Baeza y Guadíx. Cuando Constantino dividió el mundo romano en cuatro grandes prefecturas o diócesis, estableció en España un vicario, subordinado al prefecto de las Galias, teniendo él a su vez bajo su autoridad inmediata otros tantos gobernadores cuantas eran las provincias. Habiendo Constantino separado la administración militar de la civil, el gobierno militar de las provincias le desempeñaban los comites o condes.

Al través de estas alteraciones en la organización territorial, subsistían siempre las diferentes clases y categorías en que estaban divididas las ciudades por razón de sus derechos políticos. Eran las primeras de todas en preeminencia las *colonias*, pobladas de ciudadanos y soldados romanos que gozaban de todos los derechos de la metrópoli, y eran considerados como vecinos de Roma ausentes. Dábanse las colonias a los veteranos beneméritos que habían cumplido con buenas notas el tiempo por que estaban obligados a servir. Dos diputados señalaban el terreno más a propósito para fundar una colonia, y el contorno de la futura ciudad se demarcaba arando un surco con una vaca y un buey uncidos, y guiados por un sacerdote: las medallas antiguas nos representan

comúnmente bajo este emblema el establecimiento de las colonias. Seguían los *municipios*, cuyos moradores se gobernaban por sus propias leyes, y sin gozar de todos los derechos de ciudadanos romanos tenían opción a las dignidades del imperio, y nombraban sus propios magistrados. Eran las terceras las *ciudades latinas*, pobladas por habitantes del Lacio. Sus moradores se igualaban a los ciudadanos de Roma, tan luego como eran investidos de alguna magistratura. Pertenecían a la cuarta clase las *ciudades libres (inmunes)*, que quedaban en posesión de sus leyes y de sus magistrados locales, y estaban exentas de las cargas que pesaban sobre el resto del imperio. Era éste un privilegio que se obtenía con mucha dificultad, y sólo por necesidad le otorgaban los romanos: así sólo le alcanzaron seis ciudades en España. Aún eran menos las *aliadas (confederatœ)*, que al principio vivieron en una verdadera independencia. Había además las *tributarias*, que eran sobre las que gravitaba el peso de la dispendiosa máquina de aquel estado, y las que alimentaban el lujo de la ciudad madre: y habíalas también *stipendiatœ*, pequeñas ciudades como agregadas a otras mayores.

De las ciudades que según Plinio había en España en el tiempo de las tres grandes divisiones, la Bética contaba ciento setenta y cinco; de ellas nueve colonias, ocho municipios, veinte y nueve latinas, seis libres, tres aliadas, y ciento veinte tributarias. La Tarraconense contenía ciento setenta y nueve: de ellas doce colonias, trece municipios, diez y ocho con leyes latinas, una aliada y ciento treinta y cinco tributarias, sin contar las Baleares. Contaba la Lusitania cuarenta y cinco, entre ellas cinco colonias, un municipio, tres latinas, y treinta y seis tributarias. Pero todas estas distinciones fueron desapareciendo. Otón comenzó por conceder a muchos españoles los mismos derechos que gozaban los ciudadanos de la metrópoli. Vespasiano extendió el derecho del Lacio a todas las provincias, y Antonino Pío concluyó por declarar ciudadanos romanos a todos los súbditos del imperio.

Al paso que todos los pueblos se iban identificando en derechos con la ciudad soberana, y que se confundían, por decirlo así, con la metrópoli, iba ganando en importancia el derecho municipal. Cada ciudad se iba acostumbrando a vivir con una especie de independencia, regida por sus leyes locales, viniendo a formar las ciudades como otras tantas pequeñas repúblicas, reemplazando así la vida municipal y de localidad a la vida política y de nación. Contenta la metrópoli con que le pagaran los impuestos, iba dejando a las ciudades gobernarse en lo demás por sí mismas, y cuanto más decaía el imperio, más se robustecía el poder municipal. Sólo en la exacción de tributos eran inexorables los magistrados romanos.

La administración interior de las ciudades de España se diferenciaba poco de las de Italia. Gobernábanse por una curia o consejo, compuesto de diez miembros con el título de decuriones, elegidos entre los principales ciudadanos. El cargo de decurión era gratuito, y la recaudación de los impuestos le hacía tan oneroso, que los ciudadanos le rehusaban cuanto podían, pero no lograban eximirse de el por gracia particular del emperador. Había también *duumviros* y *cuatuorviros*, encargados de los caminos públicos (*cuatuorviri viarum curandarum*): *ediles*, que cuidaban de la policía urbana, dirigían las ceremonias y fiestas públicas, e inspeccionaban los abastos: *curatores*, que atendían a la distribución de los granos depositados en los graneros públicos: *decemviri*, que administraban la justicia en primera instancia, y otra multitud de funcionarios subalternos que sería largo enumerar.

El sistema de impuestos sufrió varias alteraciones durante la dominación romana. A las exacciones arbitrarias del período de la conquista sucedió en tiempo de Augusto un sistema ordenado, pero complicado y destructor. Además de los tributos ordinarios y comunes a todas las provincias, tenía España sobre sí la carga de alimentar a la metrópoli, enviando a Roma la vigésima de sus granos al precio que el senado los tasaba: era una de las provincias *nutrices*. Considerábase esto, no como un tributo, sino como una subvención forzosa a título de necesidad. Gravitaba también sobre ella, en concepto ya de verdadera contribución, otra vigésima sobre las sucesiones. Modificada por Trajano, y duplicada por Caracalla, volvió luego a quedar en la veintena en que la había fijado Augusto. Pero no era lo excesivo de los impuestos lo que los españoles sentían más, sino el enjambre de empleados que con el título de *censitores*, de *inspectores*, de *arcarii*, de

exactores, etc., rodeaban a los encargados de la recaudación. Que no suelen ser los tributos en sí, por fuertes y subidos que sean, lo que más agobia a los pueblos y los exaspera, sino la manera como se exigen, recaudan y perciben, las violencias, extorsiones, injusticias y crueldades que se emplean en su cobranza. Diéronse en un principio las contribuciones en arriendo por contratas de compañías de monopolistas, que se llamaban *mancipes* o *publicani*. «Eran los publicanos una clase de ciudadanos que hacían profesión de enriquecerse con la miseria del pueblo, que por lograrlo más pronto estudiaban y empleaban todos los medios de la opresión y de la supercheria, y que tenían los oídos sordos y el corazón impenetrable a los lamentos y lágrimas de los infelices.»—«Los publicanos eran los árbitros de los impuestos, y podían aumentarlos según su capricho, siendo forzoso pagar cuanto sabía pretender el avaro publicano, sin ser permitido el pedir la razón de ello.»[229] Tales debían ser sus excesos, tales sus vejaciones, que el mismo Nerón se vio precisado a publicar unas ordenanzas para reprimirlos, mandando entre otras cosas que se estableciese en cada provincia un pretor para juzgar sus informales exacciones, lo cual llama Montesquieu *los bellos días de este emperador*[230]. Poco remediaron estos prefectos del pretorio. Facultados para aumentar los impuestos en circunstancias y necesidades extraordinarias, su avaricia inventaba fácilmente necesidades imprevistas, y lo que antes acumulaban los publicanos pasaba después a la caja privada de los pretores.

¿Y qué se adelantó, preguntamos nosotros, con esa nube de funcionarios asalariados que descargó posteriormente sobre los pueblos con achaque del censo o estadística, y de corregir los anteriores abusos de los publicanos? Lactancio lo demuestra con colores bien fuertes y sombríos. «La calamidad pública, dice, llegó a su más alto punto cuando descargando el azote del censo sobre todas las provincias y pueblos, se esparcieron los censores por todas partes, y lo trastornaron todo. No parecían sino invasores enemigos. Medían los campos por terrones, contaban las cepas de las viñas, anotaban los animales de toda especie, y empadronaban a los hombres. Para esta operación amontonaban nobles y plebeyos en lo interior de las poblaciones: las plazas públicas hormigueaban de familias reunidas como rebaños, porque cada cual llevaba allí sus hijos y sus esclavos. Por todas partes resonaban el tormento y el azote. Los hijos eran colgados para deponer contra sus padres, los esclavos más fieles puestos en el tormento para que acusasen a sus señores, y hasta las mujeres para que denunciasen a sus maridos. Por estos bárbaros medios se arrancaban al dolor de las víctimas, declaraciones de bienes que no poseían, y que sin embargo, se anotaban. No servían de excusa ni la edad ni la falta de salud. Los enfermos que no podían ir por su pie, eran llevados; a cada uno se le fijaba la edad, aumentando años a los niños y rebajando a los viejos. El caos, la tristeza y el luto reinaban por todas partes... A cada cabeza se imponía cierta suma, y de este modo se compraba la existencia a precio de oro... Entretanto los animales disminuían, morían los hombres, pero se pagaba también contribución por los muertos, a fin de que no se pudiese vivir ni morir sin pagar. No quedaban más que los mendigos, etc.»

Esta pintura, al parecer exagerada, la confirma Salviano[231]: siendo lo notable, que a medida que se aumentaban las exacciones de los pueblos, se ocupaban menos de ellos los emperadores. «Se enviaban más tropas a las fronteras para resistir a los bárbaros, y quedaban menos en el interior para mantener el orden... De este modo se hallaba el despotismo cada vez más exigente y más débil, obligado a tomar mucho e incapaz de proteger lo poco que quedaba.»[232]

Una de las contribuciones que se hacían más sensibles a los españoles, era la de la milicia. Consecuentes los romanos a su sistema de conquista, sacaban soldados de España para llevarlos a morir por Roma allá en la Tracia o en la Iliria, en la Armenia o en la Capadocia, mientras sus legiones venían aquí a tener sujeta la España, y a aclimatar en ella su lengua y sus costumbres. Del valor que en todas partes acreditaron los españoles, certifican las inscripciones que en honor suyo se

229 Azanza, sobre el comercio de Roma.
230 Esprit des Lois, tom. I. chap. XIX.
231 Citado por Chateaub. Estud. Histor.
232 Guizot, Hist. de la Civilizat.

han conservado en la Gran Bretaña, en las Galias, en Italia, en Egipto y en. África: y de lo numerosos y frecuentes que eran los subsidios de hombres que a esta provincia se exigían fue buena prueba la resistencia que encontró Adriano en los diputados de Tarragona para aprontarle el nuevo contingente que pedía, dando por causa la falta que se experimentaba ya de juventud[233].

Y eso que debía ser grande la población da España en aquel tiempo: pues si ya al terminar la república decía Cicerón: «No hemos superado ni en número a los españoles, ni a los galos en fuerza, ni en las artes a los griegos»[234], mucho debió crecer con la paz que siguió al establecimiento del imperio a pesar de las contribuciones de sangre. Así no nos parece de modo alguno exagerada la cifra de los que hacen subir la población hispano-romana a mas del duplo, y aún a dos tercios más de la que en el día tiene; lo cual está también de acuerdo, así con los censos romanos que se conocen, como con el gran número de ciudades que todos mencionan y cuentan.

II. No obstante lo gravoso de los impuestos que pesaban sobre España, no es posible dudar de la riqueza que encerraba esta región tan favorecida por el cielo. Hemos dicho ya que era una de las provincias *nutrices* o alimentadoras de Roma, como lo eran también Sicilia y África. Era una de las que más abastecían a la metrópoli de cereales; uno de sus graneros. Veníale bien a España, mercantilmente considerado, el desenfrenado lujo de Roma, la vida muelle de los príncipes, entre fiestas, meretrices, bailarines, eunucos y bufones, la locura con que el pueblo se entregaba a los espectáculos, el abandono en que tenían la agricultura, aquellas fértiles campiñas de Italia e incultas o malamente trabajadas por manos esclavas; porque reducida Roma a pueblo consumidor, obligada a tener siempre provistos los graneros públicos para satisfacer las hambres frecuentes que solían agobiar al pueblo, monstruo de cien bocas siempre abiertas para recibir el alimento que le enviaran los brazos de las provincias, todo proporcionaba ocasión a España para dar salida a los abundantes frutos de su suelo; y aunque no hubiera entrado en el interés de los emperadores proteger la agricultura en las provincias proveedoras, bastaba el interés de los indígenas para mirarla como una fuente de riqueza propia. El trigo y la cebada eran los cereales de que España surtía principalmente a Roma: del último, al decir de Plinio[235], se cogían dos cosechas anuales en muchas comarcas de la Celtiberia, y tan pródigo era el suelo, que no era raro el que diese ciento por uno. La espiga y el racimo que se ven en las monedas españolas de aquel tiempo, son los emblemas de los dos principales ramos de agricultura que se cultivaban.

Los romanos que en los seis primeros siglos no habían usado el vino, hiciéronle después objeto de lujo en las mesas y banquetes: muchos patricios hacían vanidad de ser grandes bebedores; los poetas cantaban sus virtudes, y M. Antonio escribió una apología de la embriaguez. Con esto se hizo uno de los ramos más productivos de comercio la introducción de vinos extranjeros, y los de España alternaban con los de Grecia y de Sicilia: el de Tarragona era preferido a los de Italia. Así, a pesar de los edictos de algunos emperadores mandando descepar las viñas, la plantación de la vid se había hecho común en la Península; todo el litoral del Mediodía y Oriente estaba plantado de viñedo, y su fruto iba a parar a las mesas de los opulones romanos.

Como se hubiese hecho tan común en Roma el uso de la púrpura, que lo que al principio sólo se empleó para adorno de los dioses, de los templos y de los pontífices, se fue extendiendo a la toga, a la pretexta, a la clámide, hasta a las colchas de las camas y a los vestidos de los soldados, era este ramo de lujo de gran recurso a España para dar salida a sus lanas, de cuya calidad y del aprecio en que se las tenía hemos dado cuenta en el curso de la historia. Ibiza sacaba gran producto del establecimiento de tintorería de púrpura que tenía; y en la Bética se utilizaban grandemente de la cochinilla, y muchos habitantes hallaban en la coscoja un medio para pagar sus tributos. En tiempo del emperador Vespasiano encareció la grana purpúrea en términos que se compraba casi al valor de

---

233 Véase el cap. II. de este libro.

234 Nec numero hispanos, nec robore gallos, nec artibus graecos superavimus.

235 Hist. Nat.

las perlas[236]. Ni eran menos apreciados los linos de la Tarraconense, y los de Asturias y Galicia. Pero el que llevaba la palma a los de todas las provincias del imperio era el de Sétabis (Játiva), del cual tomaron su nombre los pañuelos y servilletas setabinas, que por su extremada finura usaban solo los ricos. El poeta Cátulo las menciona en dos lugares[237] y Silio Itálico dice tambié hablando de estas telas: *Setabis et telas Arabum sprevisse suporta*[238].

Eran igualmente objetos de comercio y de lucro para los españoles, la cera, la miel, las frutas, los higos secos de Ibiza, el aceite, que tanto recomendaba el emperador Galieno, y de cuya preparación nos informa Columela, y multitud de otros artículos y producciones debidas a la privilegiada feracidad del territorio español, y de que hacían constante tráfico las costas del Mediodía y de Levante, saliendo frecuentemente para Roma barcos de Cádiz, de Málaga, de Cartagena, de Tarragona, de Barcelona y de otros pueblos del litoral.

Mirando los romanos el comercio y la industria como profesiones innobles[239], satisfechos con haber acumulado en Roma el oro y la plata de todas las provincias del imperio, dejando a los pueblos conquistados el comercio activo, y limitados ellos a sólo el pasivo, no advirtieron que teniendo que recibir las producciones y manufacturas de aquellos mismos pueblos conquistados, y no creando nada ellos, necesariamente habían de ir devolviéndoles a cambio de mercancías aquellos mismos metales de que con las armas los habían despojado. Era una riqueza facticia la de Roma; riqueza puramente metálica, que arrebatada en un día de victoria y de despojo a las provincias productoras, tenía que refluir lentamente a los mismos pueblos de donde había salido. *Opulentia*, había dicho Floro, *paritura mox egestatem.* Plinio da por seguro que salían cada año de Roma por lo menos cien millones de sextercios[240]. Sólo la prodigiosa abundancia de dinero que allí se había concentrado pudo hacer que no se sintiera de repente la falta; era una enfermedad lenta que iba royendo el estado, y cuyo estrago no se percibía sino cuando el mal llegó a hacerse demasiado grave. El primer Antonino tuvo ya que vender los adornos imperiales para subvenir a las urgentes atenciones del imperio. Marco Aurelio se vio obligado por dos veces a hacer almoneda de los vasos de oro, de las joyas y alhajas del palacio imperial. Alejandro Severo se vio precisado a vender su vajilla de oro, y a alterar en dos tercios la moneda. Cuando en el imperio de Maximiano hubo que fundir los metales preciosos de los templos y los monumentos de las antiguas victorias para convertirlos en dinero: cuando en el reinado de Galieno se advirtió que sólo circulaban monedas de cobre, porque la plata había desaparecido casi toda; cuando, en fin, entre todos los ciudadanos romanos no pudieron reunir el oro en que Alarico había tasado su rescate y tuvieron que apelar a fundir en el fuego las estatuas de las virtudes, entonces pudieron conocer los pródigos romanos cuán efímeras son las riquezas que no se fundan en el trabajo, en la industria y en la economía: *opulentia paritura egestatem.* Las riquezas de Roma habían vuelto a pasar a las provincias productoras.

Otro de los ramos de la riqueza de España eran las minas. Los romanos en los primeros tiempos de la conquista dejaron a los naturales el cuidado de beneficiarlas, seguros de que sus productos habían de ir a parar a sus manos. Los emperadores se reservaron la explotación de algunas minas, dando el resto en arriendo a compañías de publicanos, que las subarrendaban a los habitantes del país. Estaba prohibido emplear en los trabajos de una mina más de cinco mil operarios, que regularmente eran esclavos o criminales de la ínfima plebe: y pueblos había a quienes se les daban tierras de que vivir, a condición de que elaboraran las minas de plomo en beneficio del estado, de lo cual fueron nombrados *plumbarii*. Los romanos apenas tuvieron que hacer en el ramo de minería sino proseguir y perfeccionar las obras comenzadas por los fenicios y cartagineses. Abrían las galerías con mucha regularidad: hacían los pozos redondos; y los

236 Plin. Hist. Nat. lib. IX.

237 Nam sudaria Setaba ex Hiberis... Y en otra parte: Sudariumque Setabum, Catagraphon linum.

238 Sil. Ital. lib. III.

239 En prueba de como se miraban en Roma las profesiones industriales, citaremos sólo el hecho de haber condenado Augusto a muerte al senador Q. Ovinio, porque en Egipto había deshonrado su dignidad haciéndose director de ciertas manufacturas. Oros. Hist. lib. VI.

240 Hist. Natur.

barnizaban con un betún que hacía sus paredes tersas como las de un vaso de tierra cocida. Poníanles comúnmente el nombre de algún emperador o emperatriz, o de alguno de sus favoritos o amigos.

Siendo España la provincia del imperio más rica en metales, era también donde más moneda se acuñaba. Eran muchísimas las ciudades que tenían derecho y casas de fabricación. De aquí la abundancia de monedas que se encuentran a cada paso en las ruinas de las antiguas ciudades romanas de la Península, y la facilidad con que los aficionados a la numismática acrecen cada día sus privados monetarios. Y eso que este derecho duró sólo desde Augusto hasta Calígula, que despojó de él a las provincias, y le hizo privilegio exclusivo de Roma. Casi todos las monedas imperiales de España eran de cobre; las de plata pertenecían generalmente a familias ricas cuyo nombre llevaban. Era uno de los cargos de los ediles inspeccionar la fabricación de moneda, y en muchas de ellas se leen sus nombres y los de los *duumviros* monetarios. Es de notar que las monedas de este tiempo no tenían la perfección artística de las celtíberas, o sea de los tiempos anteriores a la conquista romana.

III. Lejos no obstante de ser extraños a los españoles los conocimientos artísticos, bien puede asegurarse que hubo en este tiempo muchos y excelentes artistas en España, principalmente marmolistas, lapidarios, fundidores, plateros y cinceladores, los cuales parece formaban gremios o corporaciones de obreros dirigidas por un presidente elegido entre los ciudadanos más ilustrados, según acredita más de una inscripción y más de un epitafio dedicados o a simples artistas o a los presidentes de sus asociaciones o colegios. No negaremos que a España, como a la misma Roma, le fueran importadas y trasmitidas las artes liberales por los insignes maestros de la culta Grecia, de cuyo país tomaron los romanos, (y fue la más rica adquisición de su conquista, y el más honroso trofeo para los griegos) las letras como las leyes, y las artes como las letras, y muy principalmente la arquitectura y la estatuaria. Mas tampoco puede negarse la aptitud que debieron hallar en los españoles para el ejercicio de algunas artes, pues ya antes de la conquista los hemos visto sobresalir en la fabricación de la moneda, en el temple y estructura de las armas, en el tejido de las telas, y otras manufacturas y oficios, según en otro lugar dejamos expresado. Ni cabe en lo posible que tantas obras artísticas como enriquecieron entonces el suelo español fueran exclusivamente debidas a artífices extraños, sin que tuvieran gran participación en ellas los naturales.

Porque no hay sino ver esa prodigiosa riqueza monumental que España conserva todavía, restos preciosos de la antigua grandeza hispano-romana, para calcular cuán maravilloso debía ser el número de obras artísticas que en aquel tiempo se levantaron en este suelo. Aparte de los museos, que aunque abundantes, deberían ser, fuera de los de Italia, los más ricos del mundo en antigüedades romanas, toda España es un museo disperso de apreciables objetos artísticos, y cada comarca una historia inagotable en que cada día se descubren nuevas páginas escritas en piedra o en metal: cada día la reja del arado del labriego y la piqueta del albañil se enredan en la estatua de un emperador, en la columna miliaria de una vía militar, en el privilegio de un municipio, en la urna cineraria de un cónsul, o en el mosaico de un suntuoso palacio imperial. Apenas pasa día en que no se descubran o las ruinas de un templo, o los restos de un circo o de un anfiteatro, o los fragmentos de un arco de triunfo, o la lápida de un panteón, o el ara en que ofrecían sacrificios a una divinidad. No pocas veces hemos visto con lástima desmenuzarla piedra de un sarcófago para rellenar los hoyos de un camino público, mutilar la imagen de un ídolo para empotrarla en el lienzo de un edificio privado, o enterrarla para que le sirviera de cimiento: hemos hallado en las tapias de las huertas inscripciones importantes arrancadas de un palacio de los Césares, y esculturas y bajos relieves de ágata o de granito en lugares que ni aún fuera decoroso nombrar. Por fortuna la creación de academias y corporaciones arqueológicas, de institutos de bellas artes y de museos provinciales, va poniendo remedio a los males que la indolencia o la ignorancia hacían lamentar, y enriqueciéndose diariamente estos establecimientos, la ilustración y laboriosidad de sus individuos contribuyen a hacer nuevas y útiles investigaciones.

Ni es de nuestro propósito, ni bastarían volúmenes enteros, si hubiéramos de dar cuenta de los infinitos vestigios de monumentos romanos que aún se conservan en nuestra Península. Sólo Tarragona, la ciudad española de los Césares, ostenta todavía tantas y tan venerables ruinas, que solas ellas bastarían para mostrar cuánta fue la opulencia, cuánta la magnificencia de las ciudades hispano-romanas del imperio. *Tarraco quanta fuit ipsa ruina docet*, dijo ya un escritor latino. Otro tanto podemos decir de Mérida, de uno de cuyos monumentos dijo el erudito Pérez Bayer: «Vi el famoso arco romano; ni en Roma, ni en parte alguna he visto cosa igual ni que se le parezca.» Las ruinas de Itálica, tan dignamente celebradas por la vigorosa musa de Rioja, son tan preciosas como no podían menos de ser los restos de la ciudad

Donde «nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
Pío, Felice, Triunfador Trajano,
ante quien muda se postró la tierra...»
Donde «de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas.»[241]

Hemos nombrado una sola ciudad de cada una de los tres grandes provincias, no por que en otras muchísimas dejen de existir monumentos igualmente magníficos, sino porque sus solos nombres formarían un largo catálogo, pasando ya de dos mil las poblaciones en que se sabe haberse descubierto más o menos preciosas antigüedades romanas; estando con tal abundancia y prodigalidad sembradas en el suelo español, que más de un labriego del siglo XIX. se sienta a descansar en la puerta de su humilde vivienda sobre alguna pilastra del antiguo palacio de un procónsul, y las pilas de las regaladas termas romanas sirven a veces de abrevadero al ganado del aldeano. Templos, anfiteatros, circos, palacios, puentes, acueductos, baños, naumaquias, estatuas, aras, mosaicos, columnas, capiteles, vasos, lápidas infinitas, mil otros objetos por todas partes diseminados están testificando el esplendor a que llegó la España romana, y por los despojos que subsisten se puede discurrir la grandeza de lo que fue[242].

Habían los romanos llegado a unir a Roma con todas las principales ciudades del mundo por medio de grandes ramales de caminos, que partiendo de la metrópoli y enlazándose entre sí, venían a convertir el vasto imperio en una sola y gran ciudad. *Fecisti patriam diversis gentibus unam*.[243] Nada ha igualado en solidez, belleza y magnificencia a estas grandes vías romanas, de que se conservan trozos que al cabo de cerca de veinte siglos admiran todavía y sorprenden por el mérito de su construcción. De las dos principales cadenas de comunicaciones que venían de Italia a España, la una arrancaba de la misma Roma por la puerta Aurelia, seguía por la Toscana a Génova, a Arlés por los Alpes Marítimos, a Narbona, Cartagena, Málaga y Cádiz; la otra partía de Milán, y atravesaba los Alpes Cotianos y la Galia Narbonense, continuaba por Gerona, Barcelona, Tarragona, Lérida, Zaragoza, Calahorra y León, y se prolongaba por Galicia y Lusitania hasta Mérida. Cruzaban además a España otras muchas magníficas calzadas, de las cuales concurrían nueve a Mérida, siete a Astorga, cuatro a Lisboa, cuatro a Braga, tres a Sevilla, y cuatro a Córdoba. Calcúlase en una longitud de cerca de tres mil leguas lo que los romanos tenían ramificado de calzadas. Muchas de ellas estaban cubiertas con una capa de argamasa en extremo consistente y dura; el camino que atravesaba por Salamanca lo estaba de una piedra blanquecina, que le dio el nombre de *Via argentea*. Señalábanse con mucha exactitud las distancias de una a otra ciudad en elegantes marcos llamados columnas milliarias, de que se encuentran muchas todavía. A veces se

241 Rioja, Ruinas de Itálica.

242 Además de las muchas obras que sobre sus antigüedades monumentales se habían publicado en España hasta el primer tercio del presente siglo, se están publicando todavía al tiempo que esto escribimos dos obras especiales, que no dudamos sean de gran utilidad para nuestra historia, la una titulada: Antigüedades extremeñas, por el señor Viu, la otra, Tarragona monumental, por los señores Albiñana y Bafarull.

243 Rutil. Galic.

inscribía en ellas el nombre del emperador que había hecho abrir el camino, o del magistrado que le había hecho reparar, y solían también recordar algún suceso contemporáneo. Los pueblos en que las legiones hacían sus estaciones o descansos, se hallan igualmente especificados con sus respectivas distancias en el *Itinerario de Antonino.* Además de las grandes vías mencionadas había otras de orden inferior para las comunicaciones particulares de los pueblos entre sí, las cuales recibían, según su clase, los nombres de *pretorianas*, *consulares*, *vecinales*, etc. La mayor parte de los grandes caminos se construyeron en los buenos tiempos del imperio[244].

IV. Los españoles, que en medio del estruendo de las armas y al través de las turbaciones de los tiempos durante la república habían mostrado ya su afición a las letras y su aptitud intelectual, acudiendo presurosa su juventud a la escuela fundada por Sertorio, ¿podían dejar de progresar en los conocimientos humanos desde que llegó la edad de Augusto llamada la edad de oro de la literatura romana? La paz en que dotó el país, la protección de Augusto y el ejemplo de Roma los convidaban al cultivo de las letras. La lengua indígena había ido cediendo su lugar a la latina: de las costas y de los países llanos, los más abiertos a la invasión, y que por consecuencia experimentaban más el influjo del trato y comunicación con los conquistadores, se iba retirando el lenguaje nativo a las montañas, acabando por refugiarse en esas comarcas que hoy llamamos Provincias Vascongadas, únicos puntos donde se ha conservado. Por más tenaces que los españoles fueran y por más apegados que estuviesen a su idioma primitivo, no era posible que resistiera éste a la influencia de la larga dominación romana, mucho más siendo el latín la lengua oficial, la lengua de la legislación que regia a España, la de las escuelas y de la poesía, a que tan temprano se dedicaron los españoles, y posteriormente hasta la lengua de la religión. Reemplazó, pues, el latín al idioma íbero y a los dialectos locales, sin perjuicio de que se conservara en el pueblo una especie de lenguaje intermedio o de latín corrompido y mezclado con voces de la lengua nativa, que acaso fuera el precursor del que con la mezcla de otras sucesivas había de constituir un día la lengua española.

Fue, pues, la literatura romana, obra ella misma de imitación (que así se van trasmitiendo los pueblos su civilización, y así se va enlazando la vida universal de la humanidad, contribuyendo todos a su vez a la grande obra del progreso social), aclimatándose en España, en términos que a aquellos primeros poetas cordobeses, cuyas palabras y estilo *pingüe quiddam atque peregrinum sonantia* parecía ofender el armonioso oído de Cicerón, sucedieron otros poetas, otros oradores y otros filósofos españoles que tuvieron la honra de fundar una escuela hispano-latina en la misma Roma, y de imprimir el sello de su gusto a la literatura romana.

No diremos que España pudiera presentar ni un Cicerón, ni un Tito Livio, ni un Virgilio, ni un Horacio, pero si que a poco de haber pasado la era de Augusto, y cuando Roma se arrastraba en el cieno de la sensualidad y de la corrupción, la única literatura que prevalecía en el imperio era la española, y lo mejor que entonces se escribía era obra de los ingenios españoles, aparte de alguna otra lumbrera, como Tácito, que aún solía aparecer en el turbado y nebuloso horizonte romano. Convendremos, si se quiere, en que la escuela española al volver a Roma bajo Nerón el impulso literario que de ella había recibido bajo Augusto, corrompiera el gusto de sus maestros como en venganza de la servidumbre en que España había sido tenida. Pero aún así, ¿fue indigna la literatura española de figurar al lado de la romana? Dejemos hablar a un erudito historiador extranjero, que con una imparcialidad no común en los escritores de su país cuando tratan de España, se explica de este modo acerca de las dos literaturas: «Se podrá disputar sobre su preeminencia; se podrá preferir la una a la otra; nada más natural: pero nadie podrá negar que sea un glorioso catálogo de oradores, de poetas y filósofos, aquel en que figuran los Sénecas, Lucano, Marcial, Quintiliano, Silio Itálico, Floro, Columela y Pomponio Mela, por no hablar sino de los más ilustres. Tales son los maestros de la literatura hispano-latina pagana; tales son también los primeros de entre los escritores de Roma

244 Berger escribió una obra exclusivamente sobre las grandes vías romanas, titulada: Histoire des grands chemins de l'Empire.

después de la edad en que escribían Virgilio y Horacio. Toda esta escuela tiene un carácter propio, y que no deja de tener relaciones con el genio literario español de las edades siguientes.»[245]

En efecto, aparte de los Baldos, del bibliotecario Higinio, del poeta Sextilio Enna, de los oradores Marco Porcio Latron, Junio Gallion, Marco Anneo Séneca, y otros que florecieron ya en el tiempo de Augusto, ¿quién no ve en Lucio Anneo Séneca, el filósofo, el moralista de la antigüedad pagana? ¿Quién no admira la fecundidad de su ingenio, la profundidad de sus pensamientos, la sublimidad de sus máximas, y aquella valentía de imaginación, aquel conocimiento del corazón humano, aquella alma ardiente y melancólica, aquella dignidad de sentimiento que respiran sus escritos del *Reposo*, de la *Providencia*, la *Vida feliz*, los *Consuelos a Helvia y a Marcia*, y otras muchas de sus obras? En vano ha intentado zaherirle La-Harpe en su Curso de Literatura, acaso en despique de lo mucho que Diderot gustaba de los escritos de Séneca, como observa el historiador antes citado. Schlegel le llama el verdadero fundador de un nuevo gusto amanerado y sentencioso[246]. Pero esto en nada disminuye su mérito como pensador. ¡Ojalá hubiera participado menos del estoicismo de su tiempo! Nuestro juicio y nuestra admiración al talento del filósofo español es tanto más imparcial cuanto más severamente hemos censurado sus flaquezas como hombre.

«Con Lucano, prosigue Schlegel, vemos a la poesía de los romanos volver a tomar la forma heroico-histórica, como si no hubiese podido olvidar su antiguo origen sepultado en el olvido.» El autor de la *Farsalia* era sobrino de Séneca, y murió como su tío víctima de la tiranía y de la insensatez de Nerón, que tenía el necio orgullo de pasar por el mejor poeta como por el mejor músico, y miraba como un rival a Lucano. Córdoba podrá gloriarse siempre de haber sido cuna de una familia tan ilustre como los Sénecas.

Así puede envanecerse Calahorra de haber producido un Quintiliano, el juicioso y profundo retórico, el honrado orador, *la gloria de la toga romana*, que decía Marcial, el primer profesor asalariado que hubo en Roma, y cuyas *Instituciones* serán consideradas siempre como un tesoro para los humanistas.

Viene el historiador poeta Silio Itálico, cuyo poema histórico es un manantial de instrucción sobre todos los lugares que fueron teatro de la segunda guerra púnica. Todos los amantes de la literatura visitaban su retiro por el gusto de conocer al antiguo cónsul hecho poeta fecundo y filósofo amable. El poeta Marcial se envanece de que Silio se dignara escuchar sus epigramas y concederle un lugar en su biblioteca. Floro, historiador español también, aunque vivió casi siempre en Roma, no se olvidó de realzar en su compendio histórico las glorias de su patria llamando a España *viribus armisque nobilis*.

Marcial, natural de Calatayud, puede decirse el creador de los epigramas, si bien desearíamos que no hubiese escrito tantos, pues es muy difícil hacer mil seiscientos epigramas buenos. Nadie sin embargo ha podido llevar más lejos la precisión, la finura y la agudeza que este género de composición exige. Lástima que al lado del genio se vea en los que tituló *Obscena* el grado de libertinaje y de inmoralidad a que había llegado la civilización del paganismo. Distinguióse Marcial por su amor tierno y ardiente a su país nativo: a él se retiró después de treinta y cinco años de vida tormentosa, y desde él escribía a su amigo Juvenal: «Mientras tú recorres inquieto y agitado las tumultuosas calles de Roma, yo descanso al fin en mi amada ciudad natal... duermo a mi gusto... al levantarme encuentro una buena lumbre, los cazadores me esperan, mientras el mayordomo distribuye el trabajo a los esclavos. He aquí cómo vivo, y cómo quiero vivir hasta el término de mis días.» Eran sus amigos Plinio el Joven, Quintiliano, Frontino, Juvenal, Silio Itálico y Valerio Flacco.

Mas no fueron solamente poetas, oradores y filósofos los que produjo la España durante el imperio. Honorato Columela, natural de Cádiz, fue el sabio agrónomo de la antigüedad, y mereció ser llamado el padre de la agricultura. Plinio, su contemporáneo, le cita muchas veces con elogio en su *Historia Natural*; y sus obras de *Re rustica* y de *Arboribus* revelan un hombre profundamente

245 Romey. Hist. d'Espagn. ch. XII.
246 Schlegel. Hist. de la literatura antigua y moderna. t.1. cap. 3.

entendido en estos ramos. Pomponio Mela, de Mellearia, pudo acaso no ser un insigne geógrafo, pero hay en su cosmografía concisión, variedad, estilo rápido y animado: algunos lugares especialmente favorecidos por la naturaleza están descritos con admirable talento.

Nos hemos ceñido en esta breve reseña a aquellos que adquirieron una celebridad en la literatura latina, y le imprimieron una nueva índole y carácter, sin que el objeto de nuestra obra nos permita detenernos ni a analizar con más extensión a éstos, ni a hacer un catálogo de los demás que en España cultivaron las letras con más o menos reputación, como Flavio Dextro, el amigo de San Jerónimo, Fexto Rufo Avieno, y otros, porque no hacemos una historia literaria. Basten estos apuntes para mostrar los progresos que había hecho la civilización en España en el período que comprende el presente libro.

¿Pero podríamos dejar de mencionar a los ilustres emperadores españoles Trajano y Adriano, ya como protectores de las letras, ya como literatos y doctos ellos mismos? «¿Que honores no dispensas (decía Plinio el Joven a Trajano) a los maestros de elocuencia? ¿Qué beneficios no haces a todo hombre docto y erudito? Por tí los estudios han recobrado la vida y vuelto a su patria, después de haberlos desterrado bárbaramente la crueldad de otros príncipes viciosos.» «Ya volvió los ojos (decía hablando de él Juvenal) a las musas afligidas, a los poetas insignes, a quienes la dura necesidad había obligado a servir en los baños públicos, a encender los hornos de Roma, y aún a tomar la trompeta del pregonero Ya no tenéis que humillaros, oh jóvenes cantores, a ocupaciones tan indignas de vuestro espíritu, pues el príncipe os mira con amor, y os estimula, y no espera sino que le deis ocasión para ejercitar con vosotros su conocida generosidad.» Grande, como César, imitóle también, aunque en mérito no le igualara, en escribir las guerras en que había tomado parte. Adriano, su sucesor, aquel hombre de tan asombrosa y universal erudición que apenas había ramo de literatura que le fuese extraño, el que introdujo la costumbre de premiar a los hombres de letras con pensiones vitalicias, ¿podría dejar de favorecer singularmente a los españoles estudiosos, siendo su patria la España?

Otro género de literatura comenzó a desarrollarse en nuestra Península con la introducción del cristianismo, y con el estudio que era consiguiente de las letras sagradas, de la filosofía religiosa que tanto influyó en el cambio del orden social. En este nuevo campo que se abrió a los entendimientos no faltaron tampoco a España varones distinguidos e ilustres, que con discursos y escritos luminosos contribuyeron a la propagación de la fe, y de ello son buena prueba los concilios que a principios y fines del siglo IV. se celebraron en Illiberis y en Zaragoza. Y si en España no hubo en aquel tiempo plumas tan fecundas y elocuentes como las de los Gregorios, de los Ambrosios, de los Ciprianos, de los Jerónimos y de los Agustines, nadie ha desconocido ni la instrucción científica, ni la fogosa elocuencia del venerable Osio de Córdoba, el presidente de los concilios; y su carta a Constancio sobre la separación de los poderes eclesiástico y civil, sobre ser una bella producción literaria, es una obra maestra como testimonio de magnanimidad episcopal. Aquilino Juvenco puso en versos hexámetros la vida de Jesucristo: San Gregorio de Illiberis compuso un libro titulado *De la Fe* contra los arrianos; Prudencio, de Zaragoza, fue el mejor y más elocuente de todos los poetas sagrados de la antigüedad; y se señalaban ya como hombres de letras los obispos Itacio e Idacio, autor este último de la crónica, así como el sacerdote de Tarragona, Orosio, autor de la otra historia. El mismo Prisciliano, el propagador de la herejía, era hombre que escribía con facilidad y con fuego; y las mismas controversias que suscitaba la herejía ejercitaban, como hemos indicado en otra parte, el pensamiento, y tenían despiertas las inteligencias, y en actividad continua los espíritus[247].

Tal era el estado político, administrativo, social e intelectual que España había alcanzado en el período del imperio romano desde Augusto hasta Honorio.

España con la conquista romana perdió su independencia, pero adquirió la unidad política que no tenía. Incorporada al imperio como una sola provincia, entra a participar de la civilización del

247 Puede verse el catálogo de los hombros doctos de España en este tiempo en la Biblioteca Vetus de D. Nicolás Antonio, y en el tomo VIII. de la Historia crítica de España, de Masdeu.

antiguo mundo, de la vida universal de la humanidad; pero participa también de la imperfección del elemento constitutivo de las antiguas sociedades, la religión y la filosofía pagana. Cuando otro principio civilizador, unido por una disposición providencial con el elemento bárbaro representante de la fuerza, disuelve la antigua sociedad humana para refundirla, España se prepara a entrar en un nuevo período de su vida, que será ya una vida más propia, más individual, como pueblo que empieza a emanciparse después de una larga tutela. Va a recibir una gran modificación en su existencia. Veamos cómo se fue realizando esta trasformación social.

LIBRO CUARTO.
DOMINACIÓN GODA[248]
CAPÍTULO I.
DESDE ATAÚLFO HASTA EURICO.
De 414 a 466.

Procedencia de las tribus bárbaras que se apoderaron de nuestro suelo.—De los alanos.—De los vándalos.—De los suevos.—De los godos.—Primeros reyes godos que vinieron a España—Ataúlfo.—Sigerico.—Walia.—Combate Walia a los vándalos y alanos, y los vence.—Cédele Honorio la Segunda Aquitania, y fija su corte en Tolosa.—Teodoredo.—Guerras entre los vándalos y los suevos de Galicia.— Correrías destructoras de los vándalos.—Trasmigran a África y fundan allí un reino.—Conquistas de los suevos de Galicia.—Rechiario, primer rey suevo cristiano.—Guerras de los godos con los romanos en la Galia.—Sitios de Arlés y Narbona.—Triunfo de Teodoredo.—Paz con Aecio.—Famosa irrupción de los hunos.—Atila.—Célebre batalla de los campos Cataláunicos.—Atila es vencido.—Muere Teodoredo en la batalla.—Proclamación de Torismundo.—Breve reinado de este godo.—Sucédelo Teodorico.—Derrota a los suevos de Galicia.—Saqueo de Braga y de Astorga.—Confusión y desorden en el imperio romano.—Extensión que adquiere el reino gótico en las Galios.—Muerte de Teodorico.

Cuando se derriba y desmorona un viejo edificio para reconstruirle sobre nuevos cimientos y darle nueva planta y forma, sin dejar de aprovechar los materiales útiles del que se destruye, mézclanse en el principio y se revuelven los antiguos y los nuevos elementos, hasta que la mano hábil del artífice va dando a cada uno la conveniente colocación y asentándolos en el lugar que a cada cual corresponde, según el plan que lleva ideado en su mente. Así al irse desmoronando el antiguo imperio romano mézclanse y se revuelven confundidos sus fragmentos con los nuevos materiales que han de entrar en la reconstrucción del edificio social. Los hemos visto, y aún los veremos más, unirse, separarse, descomponerse, luchar entre sí, sin que se sepa todavía, aunque algo se deje traslucir, cuál sea el elemento que ha de dominar sobre los otros; hasta que esa ley secreta y providencial que rige las sociedades y las lleva al través de las revueltas y de las convulsiones al fin a que están destinadas por el que gobierna el universo, vaya dando a cada cual la conveniente colocación con arreglo al plan que ha sido trazado por el grande artífice.

Multitud de tribus bárbaras han invadido el imperio y se han desparramado por sus regiones, y aún no ha acabado el Septentrión de brotar hordas salvajes. Algunas de ellas han franqueado la barrera de los Pirineos y lanzádose sobre España. Se han repartido entre sí sus provincias. España ni es ya romana, ni ha dejado todavía de serlo: ni es vándala, ni alana, ni sueva, ni goda. Cada uno de estos pueblos ocupa una parte de la Península. ¿Pero cuáles son sus respectivos límites? Ni los puede fijar el historiador, ni lo saben ellos mismos. Su índole es la movilidad; conquistan, saquean, y emigran a otra parte; su patria es el territorio que poseen. Pelean entre sí y con los antiguos poseedores, hacen alianzas y las deshacen, se ayudan y se hostilizan según se lo aconseja el interés del momento. Es un estado de fermentación social. Y la misma confusión que agita al mundo en lo

248 Comprendemos, como observará el lector, este periodo en la edad antigua. Ni se ha fijado bien ni es fácil determinar con exactitud el principio, el término, la duración precisa de la edad media. Algunos abarcan bajo esta denominación el espacio de cerca de diez siglos que medió entre la destrucción del imperio romano en Occidente hasta la destrucción del mismo en Oriente. Otros hacen comenzar la edad media en la época de la grande irrupción de las naciones germánicas, esto es, en 406. Otros la difieren hasta la ocupación de Roma por Odoacro. La misma variedad en cuanto a su terminación; fijándola unos en el descubrimiento del Nuevo Mundo, otros en la reforma de Lutero, otros en la toma de Constantinopla, etc. Suelen los franceses en sentido estricto contar su edad media desde el reinado de Carlomagno. En España creemos estar en un caso excepcional respecto a las demás naciones de Europa en este punto. Pues aunque aquí como en las demás partes iniciaron los hombres del Norte una edad nueva, su completa desaparición en el principio del siglo VIII. nos hace mirar aquel periodo como una época de transición, y la verdadera y rigurosa edad media comprende desde la irrupción de los árabes hasta su completa expulsión, o sea, si se quiere, hasta el fin del reinado de los Reyes Católicos y principio del de Carlos V. Por eso, y por no poder constituir la dominación de los godos, una edad aparte por sí solo, hemos creído deber incorporarla con más razón a la edad antigua que a la edad media. Permítasenos la frase que vamos a usar. La dominación goda fue para España al mismo tiempo el apéndice de la edad antigua, y el prólogo de la edad media.

material y físico, reina en los principios políticos y religiosos. Las naciones marchan lentamente hacia su fin al través de este caos; esta confusión ha de traer un orden nuevo al mundo, y de aquí ha de nacer, para España una monarquía propia que hasta ahora no ha tenido. Para apreciar debidamente la revolución que va a obrarse, menester es que digamos algo de la procedencia y carácter de los nuevos invasores.

Ya no se duda que el movimiento de emigración de esas grandes masas de hombres que inundaron el Norte de Europa para desde allí derramarse por Mediodía y Occidente, partió del Asia, cuna y semillero del género humano. Tiempo hacía que estas masas de tribus bárbaras, empujadas por otras que, sucesivamente iban emigrando del Asia superior, de la Escitia o Tartaria, vivían en las heladas regiones de la Escandinavia o Suecia, de la Dinamarca, de la Rusia y de la Germania, difundidas y como escalonadas desde la extremidad septentrional de Europa hasta las fronteras del imperio romano. La Providencia parecía haberlas colocado allí como queriendo tenerlas dispuestas para la misión que un día había de encomendarles. La superabundancia de población, unida a la esterilidad de aquellos helados y rigurosos climas, les hacia apetecer y buscar un sol más claro y un suelo más fecundo. Tribus nómadas y guerreras, obligaban a los pueblos vecinos a cederles su territorio, y los más fuertes lanzaban a los otros de las comarcas que ocupaban, o los forzaban a sometérseles; y los más inmediatos al imperio romano, ya empujados por los pueblos que tenían a su espalda, ya envidiosos de la fertilidad y dulzura del país meridional que delante tenían, se arrojaban a invadir las vecinas provincias del imperio. Las márgenes del Danubio eran como la línea divisoria entre la barbarie y la civilización. Rota una vez ésta, comenzó la pelea entre los hombres de la antigua sociedad destinada a perecer, y los hombres de la nueva sociedad destinada a reemplazarla, o por lo menos a refundirla.

Mientras los romanos conservaron un resto de su antiguo valor, mientras se pudo mantener en sus ejércitos la disciplina, y mientras estuvieron al frente del imperio hombres como Marco Aurelio, Constantino y Teodosio, los bárbaros, aunque repitieron las incursiones, aunque su vigor, su ferocidad y su paciencia los hacía a propósito para la guerra y los combates, no pudieron todavía fijarse definitivamente en las provincias romanas. Lo que hicieron los godos, primeros invasores y como vanguardia de los pueblos bárbaros, fue ir debilitando en lo material un imperio que la corrupción interior iba también moralmente corroyendo, al propio tiempo que ellos se dejaban ganar insensiblemente a la civilización, hasta el punto que había de convenir para la misión que estaban llamados a desempeñar. Mas cuando el imperio dejó de estar sostenido por manos vigorosas y robustas, cuando la molicie y relajación le tenían enervado, entonces, a fines del IV. y principios del V. siglo de la era cristiana, de todas las regiones del Norte casi simultáneamente, y como movidos por un misterioso impulso y por un agente secreto, cayeron sobre el antiguo mundo romano con impetuosidad irresistible aquellos enjambres numerosos de alanos, de suevos, de marcomanos, de hérulos, de hunos, de godos, de jépidos, de borgoñones, de vándalos, de alemanes, y de otra multitud de razas indo-escitas y germanas; que fue uno de los más grandes acaecimientos, acaso el mayor y más portentoso que se cuenta en los anales de la humanidad. De aquellos pueblos, mientras los godos al mando de Alarico saqueaban la capital del antiguo mundo, venían a España, después de haber devastado las Galias, los suevos, los vándalos y los alanos.

Los alanos, pueblo de raza escítica, habían habitado al principio entre el Ponto Euxino y el mar Caspio. Luego extendieron sus conquistas desde el Volga hasta el Tanais, y penetraron por un lado hasta la Siberia y por otro lado hasta Persia y la India. Invadido su país por los hunos, procedentes de las fronteras de la China, una parte de ellos se refugió a las montañas del Cáucaso, donde conservó su independencia y su nombre: otra parte avanzó hasta el Báltico, donde se asoció a las tribus septentrionales de Alemania, con los suevos, los vándalos y los borgoñones, contra los godos. Tan agrestes y feroces como amantes de la libertad, la guerra, el pillaje y la destrucción eran sus placeres. Todo el objeto de su culto un sable clavado en la tierra; su fuerza militar, como la de casi todos los pueblos tártaros, consistía en la caballería, y adornaban los caparazones de sus caballos con los cráneos de sus enemigos. Entre las hordas bárbaras que inundaron el mundo

civilizado, los alanos se mostraron de los más sanguinarios y crueles. Tal era la tribu que se había apoderado de la Lusitania.

Los vándalos, que se cree pertenecían a las razas puramente germánicas, habían habitado todo lo largo de la costa septentrional desde la embocadura del Vístula hasta el Elba. Habían hecho ya algunas invasiones en el imperio, y también habían peleado contra los godos. En la última irrupción venían de la Panonia. Su amor a la independencia era igual al de los demás salvajes. Depredadores por inclinación, la memoria de sus devastaciones quedó en las tradiciones humanas como la de los grandes cataclismos, y el nombre de vándalos ha sido proverbialmente aplicado a todos los destructores de monumentos y de bellas artes. Tocóle a esta raza llevar su planta destructora a la Bética.

Habían habitado los suevos cien cantones del interior de la Germania desde el Oder hasta el Danubio. Cada cantón contribuía anualmente con mil guerreros para defender los intereses de todas las tribus. Eran los más bravos y temidos de los germanos. Su placer era exterminar, aniquilar poblaciones, y formar en torno de sí grandes desiertos. Retazos de píeles groseramente curtidas cubrían algunas partes de su cuerpo, y sustentábanse de la caza, y de la carne y leche de los ganados. Toda su religión consistía en sacrificar cada año un hombre en medio de bárbaras ceremonias en un bosque que llamaban sagrado. Distinguíanse por su larga cabellera, que anudaban sobre la cabeza y recogían en una bolsa para entrar en batalla. Fueron de los que acompañaron a los vándalos y alanos en la invasión de las Galias y de España. Instaláronse éstos en Galicia.

Los godos, a quienes más nos importa conocer, eran, como los alanos, originarios de Asia, comprendidos bajo el nombre genérico de scytas o getas. En sus trasmigraciones habían pasado a la Escandinavia, que Jordanes supuso equivocadamente haber sido el país natal de los godos. Sin que se haya podido fijar todavía la época cierta de cada emigración antigua de las tribus góticas, hallábanse ya en los primeros siglos de la era cristiana dos pueblos de godos, el uno en las costas del Báltico, y el otro entre el Tanais y el Danubio, en los confines del Asia y Europa. Raza asiática en las costumbres, como los alanos y los hunos, germánica en la lengua como los suevos, los francos y los sajones, dividíase la nación en dos grandes tribus, y denomináronse por la diferente posición que ocupaban, los unos *ostrogodos* o godos orientales, los otros *visigodos* o godos occidentales (*Ost-Goths*, y *West-Goths*), separados por el Dnieper (*Borysthenes*).

Detuviéronse en sus incesantes correrías los que llegaron a las márgenes del Danubio, así por los abundantes pastos que allí encontraron para sus ganados, como por no serles ya fácil llevar sus excursiones a países en que dominaban las poderosas armas romanas. Allí hicieron alto largo tiempo, formando como la avanzada del grande ejército de los bárbaros. Pero engrandecidos ellos, y próximos a la civilización, no tardaron, como en su lugar hemos visto, en chocar con el mundo civilizado. Vencidos siempre al principio, no por eso desmayaban, ni dejaban de repetir sus incursiones. Y al tiempo que los visigodos con sus continuas acometidas iban debilitando el imperio romano, recibían a su vez en sus rudas imaginaciones las impresiones de la civilización. Poco a poco se iban endulzando sus costumbres con el ejemplo de lo que veían; el aspecto de las ciudades en que entraban les inspiraba admiración, respeto, deseo de imitación; las relaciones de los prisioneros mismos les hacían comparar las privaciones de su condición inculta y grosera con las comodidades y los goces de los pueblos cultos; iban penetrando en ellos las artes del mundo griego y romano, y hasta las ideas del cristianismo pasaron el Danubio, y fueron a enseñarles la excelencia y las ventajas de una religión y de unas costumbres tan distintas del culto grosero y de los hábitos feroces que ellos de los bosques traían. Así los visigodos, sin perder aún su primitivo vigor y energía, iban deponiendo un poco los instintos salvajes.

Llegó al fin el caso de verse como apretados, comprimidos y como empujados estos pueblos por otros más bárbaros y más feroces que detrás de ellos venían. Eran los hunos, raza la más salvaje de todas: los hunos de horrible aspecto y de deforme rostro, que saliendo del fondo de la Tartaria y de las orillas del mar Caspio, habían derramado sus innumerables hordas sobre el gran camino de las emigraciones asiáticas, y se encaminaban también hacia Occidente; encuentran los hunos a la

raza poderosa y libre de los alanos y la someten: el vasto imperio de los ostrogodos, presidido por el viejo Hermanrico (*Heere-Mann-reich*, rico en hombres de armas), no puede tampoco resistir al ímpetu de aquella nueva avenida, y lleno de terror acaba por someterse también con casi todos sus aliados a los feroces hunos, y por engrosar el torrente de la invasión en lugar de resistirle. Coincidió este acaecimiento con la época en que el imperio romano iba en visible decadencia, y entonces fue cuando se decidieron los visigodos a pasar por la vez postrera el Danubio, abandonando sus antiguas posesiones, y pidiendo en el imperio tierras que habitar. Entonces fue también cuando el obispo godo Ulfilas convirtió a sus compatriotas al arrianismo que profesaba el emperador Valente[249].

Desde esta época hasta su primera entrada en España hemos seguido paso a paso a los visigodos en sus relaciones con el imperio romano; principalmente con Honorio, bajo sus dos primeros reyes Alarico (*All reich*, todo rico) y Ataúlfo (*Atta*, padre; *Hülfe*, socorro). Dejamos también referido en el precedente libro[250], como Ataúlfo, a consecuencia de haberse desavenido con Honorio, invadió la España al frente de sus godos, y después de haber combatido en ella los vándalos, murió asesinado en Barcelona por Sigerico (*Siege reich*, rico en victorias), cuyo reino duró solo siete días, habiéndole asesinado a su vez los suyos.

Aún cuando Ataúlfo no pueda decirse con propiedad el primer rey godo de España, puesto que sólo dominaba una parte de la Tarraconense, él fue sin embargo el que concibió el pensamiento de arrojar de la Península española los razas bárbaras que la inundaban, probablemente con la intención de fundar en ella un imperio gótico, cuyo pensamiento fue constantemente proseguido por sus sucesores.

Proclamado Walia (*Wal*, baluarte) rey de los godos, supo con una política y una destreza no propias de un bárbaro, halagar primeramente el odio de sus gentes hacia los romanos, aparentando querer hacer a éstos la guerra. Mas como el general romano Constancio le propusiera la paz con la sola condición de que le devolviera a Placidia, a quien seguía amando siempre, y a quien Walia tenía el estéril honor de guardar en su poder, aceptólo el godo con la cláusula de que le suministrara el romano seiscientas mil medidas de trigo para mantener su ejército; cláusula que no podía menos de contentar a sus soldados, faltos como se hallaban de subsistencias, y talados como estaban los campos. Con esto tuvo la habilidad de persuadirles que no era a Roma a quien les convenía entonces combatir, sino a los suevos, vándalos y alanos de España. *«Roma es ya demasiado débil,* les decía, *y podemos darla por vencida. ¿Qué interés tenemos en conservar en nuestro poder a la hermana de Honorio? Volvámosle a Placidia, y llevemos nuestras armas contra los vándalos y suevos, que es más digno de nuestro valor, y cuando hayamos concluido con ellos, Roma se humillará a nuestros pies por sí misma.»* Acogieron los godos con entusiasmo las razones y la voluntad de su rey, y Walia los llevó a pelear con los vándalos de la Bética.

Breve y gloriosa fue esta primera campaña de Walia: los vándalos fueron vencidos y obligados a cruzar lo interior de la Península en busca de un asilo entre los suevos de Galicia, con quienes momentáneamente se confundieron. Walia intentó una expedición a África, pero una tempestad que dispersó su flota le obligó a renunciar a su proyecto. Lo mismo había intentado antes Alarico desde Italia, y otra tempestad había frustrado también sus intenciones. Parecía que era la voluntad de la Providencia que los godos no salieran de Europa, y que fundaran en Occidente un imperio gótico, precedido del exterminio de las otras razas bárbaras. Revolvió Walia entonces contra los alanos de la Lusitania: deshízolos igualmente, y sus restos fueron a incorporarse con los vándalos. Disponíase ya a acometer a los suevos, cuando supo que éstos, temiendo sin duda el empuje de las armas godas, habían reconocido la soberanía de Roma y héchose tributarios del imperio, y se detuvo Walia en la carrera de sus victorias por un resto de respeto a la majestad romana.

---

249 Jornand. De Reb. Geb.—Procop. De Bell. Vandal.—Amm. Marcell. Hist.—S. Isid. Hist. Goth.—Tacit. De mort. German.—Idat. Chron.—Aschbac, Geschichte der West Gothem.—Memor. de la Academia de la Hist. Tom. I.

250 Cap. VII.

Honorio, que celebraba los triunfos de los godos en España haciéndose la ilusión de que le pertenecían a él, recompensó a Walia, dándole la Segunda Aquitania, extendiéndose de este modo el imperio gótico desde Tolosa de Francia hasta el Océano, comprendiendo también la mitad del país entre el Garona y el Loire. Walia fijó su asiento y la corte del imperio gótico en Tolosa, donde murió hacia el año 420.

Sucedióle Teodoredo, que otros con San Agustín nombran Teodorico. Durante los primeros años de su reinado, los vándalos que se habían refugiado entre los suevos de Galicia, sublevándose contra los mismos que les habían dado hospitalidad, y les hicieron cruda guerra. Pero al fin rechazados con vigor, viéronse aquellos bárbaros precisados a volver a la provincia a que habían dado su nombre, donde tornaron a ejercer sus acostumbrados estragos, y extendiéndolos a las costas de Valencia, tomaron y saquearon a Cartagena, diéronse a piratear por aquellas costas y las de las Baleares, y como si se cansara pronto de todo ejercicio este pueblo movible y versátil, volvió otra vez a establecerse en Andalucía animado del mismo espíritu de destrucción, único que no le abandonaba nunca. Un acontecimiento inesperado vino a libertar las fértiles y desgraciadas comarcas de la Bética de aquella plaga asoladora.

En 424 había muerto Honorio, aquel emperador a quien cupo la triste suerte de ver la púrpura de los Césares hollada por la planta salvaje de los hijos de los bosques. Habíale sucedido en el trono imperial el niño Valentiniano III., hijo de su hermana Placidia, la viuda de Ataúlfo, la cual regía el imperio durante la menor edad de su hijo. Nombrado prefecto de África por la regente el conde Bonifacio, fue muy pronto relevado de aquel gobierno por instigación de Aecio, general y consejero íntimo de Placidia. Tomólo Bonifacio por desaire y afrenta, y a impulso del resentimiento resolvió vengarse de los cortesanos sus enemigos, a cuyo fin buscó el apoyo de los vándalos de Andalucía invitándolos a que pasaran a África, y ofreciéndoles las dos terceras partes de las posesiones romanas en aquellas regiones, reservando sólo para sí la tercera con tal que le dieran ayuda. Acogieron los vándalos la proposición, o por espíritu de movilidad, o halagados por el ofrecimiento, o deseosos de reposar de las inquietudes que sufrían en la Península, o por todas estas causas juntas. Dispusiéronse pues los vándalos a una nueva trasmigración, y con su rey Genserico a la cabeza, cargando con todo el fruto de sus saqueos, y reuniendo sus mujeres y sus hijos, dirigiéronse al estrecho de Gibraltar, donde se embarcaron en número de ochenta mil (428). Ahora iban los vándalos a África, llamados por un conde resentido, llevando el mismo derrotero que tres siglos después habían de traer los moros de África a España, invitados por otro conde resentido también. En el espacio de tres siglos se ven iguales sucesos producidos por las mismas pasiones. Poco tardó Bonifacio en arrepentirse de su obra; pero ya era tarde. Apoderáronse los vándalos de toda la Mauritania, pusieron sitio a Hipona, donde murió la gran lumbrera de la iglesia San Agustín, se posesionaron de Cartago a los 585 años de haber el joven Escipión destruido la ciudad de Aníbal, y fundaron en África un imperio que sólo la espada de Belisario había de poder más adelante destruir. Así iban los bárbaros del Norte entrando en posesión de todo el antiguo mundo.

Vínole bien a España, que así se vio libre de aquellas hordas feroces. Quedaban sólo los suevos (porque los alanos habían sido aniquilados), pueblo no menos feroz y belicoso que los vándalos, que viendo las provincias del Mediodía abandonadas por éstos quisieron conquistarlas para sí. Opusiéronse en vano así los romanos como los españoles mismos, tan fáciles en adherirse a los godos, que en medio de sus violencias trataban mejor a los indígenas, como enemigos de la dominación de los demás bárbaros. Victoriosos los suevos en una batalla que aquellos les presentaron cerca del Genil, ocuparon a Sevilla y Mérida, y en pocos años llegaron a reunir bajo sus dominios la Galicia, la Bética y la Lusitania, llevando más adelante sus conquistas hasta la Cartaginense, provincia que se había conservado romana, y que no fue restituida al imperio hasta el 443. Así se había ido extendiendo y al parecer consolidando el reino suevo bajo sus dos primeros reyes Hermerico y Rechila, si bien contra el torrente de las poblaciones españolas, que no cesaban de protestar contra esta dominación, y a disgusto del clero cristiano de Galicia, que en una ocasión

había enviado al obispo Idacio con la misión de solicitar de los romanos los ayudaran a sacudir el odioso y pesado yugo de aquellos feroces extranjeros.

Los suevos además se habían mantenido paganos. Pero una revolución religiosa se obró poco antes de mediar el siglo V. entre los suevos de Galicia. Habiendo muerto en Mérida el sanguinario y conquistador Rechila, su hijo Rechiario que le sucedió se convirtió a la religión cristiana. Pero el suevo ni dejó de ser bárbaro por ser cristiano, ni los pueblos experimentaron los efectos de su conversión al cristianismo. Habiéndose casado con una hija de Teodoredo, el rey de los godos, salió a recibir a su esposa hacia los confines de los vasco-navarros, cuyas comarcas taló y saqueó. Desde allí quiso pasar a ver a su suegro, y franqueando los Pirineos avanzó a Tolosa, donde dejó admirados a los mismos godos de su rudeza y barbarie. De vuelta devastó y pilló los países de Lérida y Zaragoza, regresando impunemente a sus estados, porque no había soldados romanos que defendieran las provincias que aún pertenecían nominalmente al imperio. Tal era este primer rey cristiano de los suevos.

¿Qué hacían entretanto los godos, que habían de ser los señores de España? Aunque los godos poseían la parte de la Tarraconense comprendida entre los Pirineos, el Llobregat y el Segre, sus dominios principales estaban en la Galia Meridional, donde ocupaban un territorio capaz de constituir un reino de regulares dimensiones. Hallaba no obstante su rey Teodoredo estrechos los límites de la Aquitania, y aprovechando las discordias que después de la muerte de Honorio traían más y más conmovido el ya harto trabajado y desfalleciente imperio, quiso recobrar todas las provincias de la Galia que Honorio había cedido primitivamente a Ataúlfo, y puso sitio a la fuerte ciudad de Arlés (426). Obligóle a levantarle y retirarse a Tolosa el general romano Aecio, gran sostén del maltratado edificio imperial en los momentos en que parecía deber desplomarse con estrépito. Gracias a él, todavía el genio del porvenir representado por el pueblo godo conservaba un resto de respeto al genio de lo pasado representado por la vieja corte imperial. Trascurrieron así algunos años mirándose de frente los dos pueblos, viviendo alternativamente ya en guerra, ya en paz, entre alianzas y rupturas, pero siempre ensanchando Teodoredo y como empujando los límites de su reino hacia el Loire y Ródano.

Mas adelante, como viese el godo a los rivales de la corte romana, Aecio y Bonifacio, destrozarse en sangrientas guerras allá en Italia, dejando ya a un lado todo miramiento y consideración púsose con su gente sobre Narbona (437). Acudió a combatirle Litorio, lugarteniente de Aecio, y uno de sus más ilustres oficiales, que simbolizaba la antigua Roma peleando todavía en nombre de los dioses del Capitolio. Orgulloso el general idólatra de haber rechazado a los godos y forzádolos a encerrarse otra vez en Tolosa, desdeñó admitir la paz que Teodoredo le proponía. Decidiéronse entonces los godos a correr los riesgos de una batalla. Diose el combate; grande estrago sufrieron en él los romanos: el pagano Litorio perdió allí la vida, en castigo, dicen las crónicas cristianas, de la ceguedad de su idolatría, añadiendo que los godos hicieron proezas con la ayuda de Dios y de su espada, en cuya expresión se revela ya el genio naciente de la edad media. Extendióse con esto el imperio gótico hasta el Ródano, y guarniciones visigodas ocupaban las ciudades abandonadas por los romanos, siendo gustosamente recibidas por los pueblos, cansados de la opresión romana (439). Viose forzada la corte imperial a solicitar la paz, que se negoció por mediación de Avito, profecto pretoriano de las Galias, suegro de Sidonio Apolinar, el obispo poeta, que con tanta viveza y exactitud supo pintar los complicados sucesos de esta época tan revuelta y procelosa.

Época de dolores y de angustias era ésta ciertamente: en todas partes lanzaba gemidos tristes la humanidad: todo era pelea, todo matanza y desolación, todo desorden, confusión y espanto, el mundo sufría una especie de movimiento convulsivo: no había reposo para la gran familia humana en parte alguna: en Oriente y en Occidente, *a solis ortu usque ad occasum*, se guerreaba sin cesar: no se conocían los límites de los pueblos; nada aseguraba los tratados; la fuerza era el derecho de los hombres; cada cual se asentaba donde podía, y lo que conquistaba aquello hacía suyo; la barbarie andaba mezclada con los restos del mundo civilizado, y los semi-bárbaros luchaban

alternativamente con todos. Los godos, semibárbaros y arrianos, pelean en España con los suevos, alanos y vándalos, bárbaros y gentiles; en la Galia con Aecio, general romano y católico, y con Litorio, general romano también , pero idólatra. Aecio, representante de la antigua cultura, lleva por auxiliares en su ejército a francos, borgoñones, hunos, y alanos, los más feroces y salvajes que habían brotado la Germania y la Escitia; Bonifacio, general romano también, llama en su auxilio a los vándalos; y Bonifacio y Aecio, romanos los dos, pelean entre sí, ambos con auxiliares bárbaros, y la larga lanza del uno se hunde en el corazón del otro: hombres, pueblos, sociedades, cultos, todo se confunde en sangrienta mezcla, y no había quietud en el universo. No nos maravilla que los más creyentes de aquel tiempo sospecharan si la Providencia había retirado su tutela a la humanidad. Pero tampoco fallaron hombres ilustrados que penetraron por entre la oscuridad de aquella descomposición, por entre la nube de aquel laberinto de males, los secretos designios de la ley providencial, y esperaron y proclamaron que tras aquellos sufrimientos y dolores alcanzaría la humanidad una condición más ventajosa, más digna de los altos fines de la creación que la que hasta entonces habían conocido los hombres.

Un grande acontecimiento viene a unir a los romanos, a los francos y a los godos, que hasta ahora han estado sosteniendo entre sí varias y muy vivas guerras en las Galias. Por fortuna, como hemos visto, se había ajustado una paz entre Aecio y Teodoredo, la cual les facilitó el concertarse para resistir aunados a un enemigo común formidable y poderoso que de nuevo amenazaba al Occidente. ¿Quién es, y de dónde viene ahora este terrible adversario?

Parecía que el Septentrión debería haber agotado ya sus hordas salvajes, habiendo inundado con ellas el mundo. Pero he aquí que un nuevo y más copioso torrente se desgaja de aquellas ásperas y frías regiones; he aquí que a la cabeza de nuevas y más formidables masas de guerreros agrestes y feroces se presenta el rey de los hunos, el jefe de la raza más bárbara y fiera, el *Azote de Dios*, Atila; que vencedor de los persas en Asia y de los bárbaros en Europa, teniendo sujetas a su imperio la Escitia y la Germania, y por vasallos a los gépidos y los ostrogodos, había asustado con sus hordas a Constantinopla y concedido al emperador Teodbsio II. reinar a costa de cederle la Iliria y de pagarle seis mil libras de oro y un tributo anual: Atila triunfador de los marcomanos, de los quados y de los suevos, y dueño de Hungría a que habían dado nombre los hunos; Atila desde el fondo de su ciudad cercada de bosques, dudaba a cuál de las dos partes del mundo extendería su brazo conquistador, si al Oriente o al Occidente, o si los abarcaría ambos ahogando entre sus brazos toda la Europa como el cuerpo de un gigante. Decidióse por el Occidente, y emprendió su camino para las Galias (451), al frente de quinientos mil guerreros según unos, de setecientos mil según otros[251]. Veamos lo que contribuyó a moverle a esta elección.

Teodoredo, rey de los godos, había casado una de sus hijas con Hunnerico, hijo del rey de los vándalos de África. Por una sospecha de envenenamiento, el bárbaro Hunnerico había hecho cortar la nariz y las orejas a su mujer, y enviádola así a su padre. Temeroso el vándalo de que este acto de inaudita y horrible barbarie había de excitar justo resentimiento y natural venganza de parte de los godos, incitó vivamente a Atila a que acometiera el Occidente, persuadiéndole que con su ayuda se haría fácilmente dueño de Italia, de las Galias, de España y de África, y que serían los señores del mundo. Resolvióse a ello Atila impelido también por otras causas, y no pudiendo ocultar el movimiento de sus innumerables hordas, quiso, aunque bárbaro, engañar con maña a unos y a otros, escribiendo al emperador Valentiniano que aquel aparato de gente y armas se dirigía solo contra los visigodos para acabar con ellos y restituir al imperio romano las provincias que le tenían usurpadas, y escribiendo por otra parte a los godos que aquel armamento se encaminaba a asegurarles la pacífica posesión de las tierras que habían conquistado a los romanos, sus comunes enemigos. Fortuna que ni unos ni otros le creyeron: antes concertáronse entre sí Teodoredo rey de los godos y Aecio general romano, y aún trajeron a su partido a Meroveo (*Mere-Wich*), primer rey de los francos y fundador de la monarquía merovingia en las Galias, y aunáronse y estrecháronse todos para hacer frente al impetuoso Atila. Este emprendió su movimiento desde la Panonia, atravesó la

251 Jornand. Hist. Goth.—Prisc. p. 64.

Germania, pasó el Rhin, y se entró por la que ahora es Lorena, deteniéndose a la orilla del Loire delante de Orleans, porque los godos y los romanos habían marchado apresuradamente a su encuentro, y habían llegado a aquella ciudad. Con esta noticia Atila se retiró a los famosos *Campos Cataláunicos*, cerca de Chalons-sur-Marne, cuya extensión era de cien leguas, de sesenta y dos su latitud, según el historiador Jordanes[252]: una colina que se elevaba insensiblemente cerraba la llanura.

Por la mañana ordenaron unos y otros generales sus ejércitos en batalla. Así los hunos como los aliados se dividieron en tres cuerpos. «Veíase reunida (dice Chateaubriand) una parte considerable del género humano, como si hubiera querido Dios pasar revista a los ministros de sus venganzas en el momento en que acababan de llenar su misión: iba a distribuirles la conquista, y a señalar los fundadores de los nuevos reinos. Estos pueblos, venidos de todos los extremos de la tierra, habíanse colocado bajo las dos banderas del mundo futuro y del mundo pasado, de Atila y de Aecio. Con los romanos marchaban los visigodos, los letos, los armoricanos, los galos, los bretones, los sajones, los borgoñones, los sármatas, los alanos, los ripuarios y los francos sujetos a Meroveo: con los hunos militaban otros francos y otros borgoñones, los rufianos, los hérulos, los turingios, ostrogodos y gépidos.» «Paganos, cristianos, idólatras (añade otro escritor), habían sido llamados a esta batalla inenarrable.»

Atila se mostraba como turbado: acaso no esperaba encontrar tantos enemigos. No se resolvió a entrar en acción hasta las tres de la tarde. Aún arengó a sus soldados diciendo: *«Despreciad esa turba de enemigos de diversas costumbres y lenguas, unidos por el miedo. Precipitaos sobre los alanos y los godos que hacen toda la fuerza de los romanos: el cuerpo no puede tenerse en pie cuando le arrancan los huesos. ¡Tened valor! ¡Mostrad vuestro acostumbrado arrojo! Nada puede el acero contra los valientes cuando no les ha llegado su destino. Esa despavorida muchedumbre no podrá mirar a los hunos cara a cara. Si el éxito no me engaña, estos son los campos en que nos han sido prometidas tantas victorias. Yo arrojaré el primer dardo al enemigo: el que se atreva a ir delante de Atila caerá muerto.»*[253]

La batalla fue la más sangrienta que vieron los siglos: mezclábanse los contendientes en masas de a cien mil: pronto aquellos dilatados campos se ocultaron bajo una inmensa capa de cadáveres; los vivos peleaban sobre los muertos. Los ancianos que vivían cuando el historiador de esta batalla era todavía joven, contábanle que habían visto un arroyuelo que pasaba por aquellos campos heroicos salirse de su cauce y convertirse en torrente acrecido con la sangre: que los heridos se arrastraban a apagar la sed al arroyo, y lo que bebían era la sangre que acababan de derramar. Añade el historiador de los godos, que los que vivían en aquel tiempo y no pudieron ver cosa tan grande, se perdieron un espectáculo maravilloso[254] pero maravillosamente horrible, pudo añadir. Ciento sesenta y dos mil muertos cubrieron la llanura, y hay quien los hace subir a doscientos mil: no sabemos adonde hubiera llegado la carnicería si no hubiera sobrevenido la noche. Pereció en la batalla el valeroso Teodoredo rey de los godos, buscando a Atila. Encontróse su cuerpo sepultado bajo un espeso montón de cadáveres. Pero Atila había sido vencido. El fiero caudillo de los hunos pasó la noche atrincherado detrás de sus carros, cantando al son de sus armas, al modo del león que ruge y amenaza en la entrada de la caverna a donde le han hecho retroceder los cazadores.[255]

Atila creyó llegado su fin, y esperaba ser atacado a la mañana siguiente. Pero el silencio de los campos le dio a entender que los enemigos habían renunciado a aniquilarle como hubieran podido y él temía. ¿Por qué los vencedores dejaron escapar tan bella ocasión de acabar con el coloso del Norte? Verdad es que ni ellos mismos supieron al pronto que había sido suya la victoria, hasta que la luz del nuevo día les enseñó que la mayor parte de los cadáveres que cubrían aquellos campos de muerte eran de los hunos. Pero otra causa influyó más en aquella extraña determinación. El activo

252 Jorn. cap. XXXVI.
253 Adunatas despicite dissonas gentes, etc. Jornand. ibid.
254 Cap. XL.
255 Strepens armis canebat, etc. Ib. ibid.

Aecio que había visto la heroica conducta de los godos en la batalla, sospechó que si se consumaba la destrucción de Atila tomarían demasiado ascendiente en el imperio, y a este espíritu de celosa rivalidad debió Atila su salvación. Los godos habían proclamado rey a Torismundo, hijo mayor de Teodoredo, y Aecio tomó de aquí pretexto para alejar al godo, persuadiéndole debía apresurarse a marchar a Tolosa para hacer confirmar su elección antes que alguno de sus hermanos se le anticipase. A Meroveo, jefe de los francos, le hizo también retirarse gratificándole largamente, y ésta era la causa del silencio de los campos que notó Atila, al cual de este modo hizo Aecio puente de plata para escaparse, como lo ejecutó volviéndose a la Panonia.

De corta duración fue el reinado de Torismundo. Avaro, cruel y revoltoso, hízose aborrecer del pueblo y de los suyos, y concertáronse para desembarazarse de él sus dos hermanos Teodorico y Frederico. Hiciéronle pues asesinar, y Teodorico (*Theod-rick*, poderoso sobre el pueblo) fue aclamado rey de los godos, enviando a Frederico a España, de acuerdo y a solicitud del emperador Valentiniano, a sujetar a los *bagaudas* que inquietaban los campos de Tarragona (453).

Recorramos ahora una serie de crímenes que rápidamente se sucedieron para acabar de precipitar el imperio romano por los romanos mismos. Valentiniano después de la muerte de su madre Placidia soltó los diques a todo género de pasiones torpes y violentas. Celoso de Aecio, asesinó al único que por largo tiempo había sustentado con su valor un imperio moribundo: el último romano pereció al filo de la espada del mismo emperador a quien había sostenido. Era la primera vez que la desenvainaba Valentiano. Este imbécil príncipe puso sus torpes ojos en una honesta y hermosa romana, mujer del rico senador Máximo; la llamó engañosamente a su palacio, y no pudo libertarse de su bárbara violencia: la infeliz murió de pesar: Máximo quiso vengarse del lascivo príncipe, y halló fácilmente quien le ayudara en sus proyectos: dos asesinos clavaron sus puñales en el pecho de Valentiniano en medio del día, y el pueblo celebró el asesinato. Máximo fue proclamado emperador en lugar del violador de su mujer. Pero Máximo se obstinó en casarse con Eudoxia, viuda de Valentiniano, contra la voluntad de ésta, que viéndose forzada a ello llamó en su socorro a Genserico, rey de los vándalos: ¡qué complicación de sucesos! El terrible instrumento de la venganza marcha sobre Roma. Máximo intenta escaparse, y el pueblo le hace pedazos. Genserico entra en Roma, y la ciudad eterna es entregada al saqueo por espacio de catorce días y catorce noches. Las estatuas y objetos artísticos que Alarico había perdonado, despedázalas los vándalos por recreo y por el instinto de destruir: lo único que recogen es la plata y el oro. Roma era ya un cadáver que Genserico acabó de despojar. Los bárbaros vuelven a embarcarse, y trasportan a Cartago las últimas riquezas de Roma, como algunos siglos antes había llevado Escipión a Roma los tesoros de Cartago. ¡Qué cambio de tiempos! Entre los tesoros se encontraron los adornos robados por los romanos al templo de Jerusalén. ¡Extraña mezcla de ruinas! todo va pasando a poder de los bárbaros.

Indignados los godos de la destrucción vandálica de Roma, se congregan en Arles para dar a los romanos un emperador. Sidonio Apolinar nos pinta esta asamblea electoral con las siguientes palabras: «Conforme a su antigua costumbre reúnense sus ancianos al salir el sol: bajo el hielo de la vejez conservan el fuego de la juventud. No es posible ver sin disgusto el lienzo que cubre sus descarnados cuerpos; y las pieles con que se visten apenas descienden más abajo de las rodillas. Usan botines de piel de caballo, que aseguran con un simple nudo en medio de la pierna, cuya parte superior permanece descubierta.» El resultado de la deliberación fue elevar al imperio a Avito, suegro de Sidonio Apolinar, que regía entonces las armas romanas en las Galias. Avito partió para Italia.

Los suevos de Galicia, siempre belicosos, siempre inquietos y siempre feroces, mandados por su caudillo Rechiario, invadieron otra vez la provincia de Cartagena. En vano Avito y Teodorico unidos le enviaron embajadores intimándole que respetara las provincias del imperio. Los embajadores fueron maltratados, y Rechiario acometió y saqueó la provincia de Tarragona. Nuevos embajadores, nueva intimación y nuevo desprecio. Fue ya preciso que Teodorico acudiera con un ejército de godos y romanos a castigar la insolencia del suevo. Pasa Teodorico los Pirineos,

Rechiario se retira, el godo le persigue, y viene a alcanzarle a cuatro leguas de Astorga, junto al río Órbigo, en una llanura llamada el Páramo (456). Empéñase allí la pelea, los suevos son derrotados con gran mortandad, y su jefe Rechiario se retira herido a las extremidades de Galicia. El godo avanza en su persecución; la ciudad de Braga abre las puertas a los godos acogiéndose a su piedad, no se quitó la vida a nadie, pero los principales suevos fueron hechos prisioneros, las casas saqueadas, los templos despojados, derribados los altares, y las iglesias convertidas en caballerizas: y eso que los godos eran los menos feroces de todos los bárbaros. Rechiario, enfermo de su herida, fue descubierto en su retiro, entregado a Teodorico, y condenado a muerte. Parecía, pues, destruido el imperio suevo en España por los godos. Teodorico salió de Braga, corrió la Lusitania, y se apoderó de Mérida, donde recibió la noticia de que Avito había sido desposeído del imperio en Roma por el famoso suevo Ricimer, lo que movió al rey godo a regresar a su capital de Tolosa, no sin dejar en España una parte de su ejército, que tomó por engaño a Astorga, la saqueó y pasó a cuchillo sus habitantes: hizo lo mismo en Palencia: acometió en seguida a Coyanza (hoy Valencia de Don Juan) sobre el río Esla, cuyo castillo no pudieron tomar, y de allí se retiraron a la Aquitania. Éste fue el principio del engrandecimiento de la dominación goda en la península. El pensamiento de Avito y Teodorico era ayudarse mutuamente a engrandecer el imperio godo y el romano: quizá lo lograran si Roma no estuviera ya destinada a perecer muy pronto.

En efecto, el suevo Ricimer, nieto de Walia, había destronado a Avito, y vestido con la raída púrpura imperial a Mayoriano; pero Mayoriano comenzó a dar sabias, justas y saludables leyes, y a reanimar la gloria romana, y no había sido la intención de Ricimer sentar en el trono un hombre de talento: promovió, pues, una sedición, y le forzó a abdicar: puso la rota diadema sobre la cabeza de Libro Severo, especie de autómata imperial, y por lo mismo muy del agrado de Ricimer. Mas luego convínole a éste deshacerse de Severo, le envenenó, y puso en su lugar a Anthemio, con cuya hija se casó. Indispúsose luego con su suegro, y trasladó la vieja púrpura de los hombros de éste a los de Olibrio, que se había casado con Placidia, hija de Valentiniano III. Roma por este tiempo fue saqueada tercera vez. Anthemio fue muerto: murió también Olibrio, y Ricimer mismo cayó en la tumba en que había precipitado a cinco emperadores hechos por su mano.

Entretanto la España participaba de la espantosa descomposición que trabajaba al mundo. Creemos deber aliviar a nuestros lectores de la relación minuciosa de unos sucesos nublosos, confusos y embrollados, en que figuran muchos caudillos y ningún héroe; sucesos que pueden interesar sólo por sus resultados, no por sus pormenores; hechos comunes, guerras parciales, nombres oscuros, correrías y saqueos. ¿Qué podemos decir de los suevos Maldras, Frumar, Remismundo, y otros cuyos nombres nos han trasmitido las crónicas de aquel tiempo? ¿Qué eran y qué hacían? Eran caudillos que peleaban entre sí, que saqueaban, que se sometían a los godos, que se hacían arrianos como ellos, que todos tomaban el título de rey, sin que esto significase más sino que iban al frente de cierto número de parciales que seguían sus banderas, que morían en batalla o asesinados, sin dejar a la historia otra cosa que un nombre que recogió un historiador. Los hérulos, que podemos llamar el pueblo corsario de los bárbaros, se acercaban con sus flotas a las costas de España, entraban en las poblaciones que hallaban desprevenidas, las saqueaban y volvían a embarcarse con los despojos. Teodorico, rey de los godos, enviaba sus generales y sus ejércitos a España, y sometiendo a los suevos, a unos por medio de tratos, y a otros por la vía de las armas, iba ensanchando sus dominios en la Península, al paso que estrechaba los de los suevos, que redujo a los términos de Galicia, quedando él dueño de la Bética y de casi toda España, a excepción de algunas ciudades que aún obedecían a los romanos. Teodorico extendió también sus posesiones de las Galias, dominando desde el Loire hasta los Pirineos, de manera que el imperio godo fue el que creció al través de tantas discordias, al compás que menguaba el de los suevos y el de los romanos. En cuanto a religión, el arrianismo era el que dominaba, y dominaba a costa de la opresión de los católicos, de la persecución de los obispos ortodoxos, y de la destrucción de los templos. Entre los prelados católicos a quienes alcanzó la persecución del arrianismo fue uno Idacio, autor de una de las crónicas de que hemos tomado una parte de la relación de estos sucesos.

Tan trabajosa y lentamente se iba fundando en España la monarquía goda. Verémosla crecer con Eurico, que sucedió a Teodorico su hermano, a quien quitó la vida en Tolosa a fines del año 466.[256]

256 Este Teodorico es el que nombran Teodorico II. los que llaman también Teodorico a Teodoredo su padre.

Acerca de las cualidades y costumbres de este rey godo, nos ha dejado Sidonio Apolinar noticias curiosas e interesantes. «La estatura de Teodorico, dice, es mediana, su cabeza redonda, su cabellera espesa y crespa se levanta desde la frente hasta la coronilla: espesas cejas coronan sus ojos, y cuando baja los párpados, sus largas cejas llegan casi hasta la mitad de las mejillas, sus orejas, según la costumbre de su nación, están cubiertas y como azotadas por los bucles de sus largos cabellos. Su nariz forma una graciosa curva. Crécele poblada barba bajo las sienes; pero todos los días la afeita debajo de la nariz y en las partes inferiores del rostro. Su cuello y su barba son regularmente gruesos, y su tez, de un blanco de leche, se colorea algunas veces de un sonrosado juvenil...

»En cuanto a su método de vida, Teodorico se levanta antes del día para asistir con poco séquito a las oraciones de sus capellanes, con el respeto y la asiduidad convenientes: pero se conoce fácilmente que es un tributo que paga más bien a la costumbre que a la convicción. El resto de la mañana le dedica a los cuidados del gobierno. El conde que lleva sus armas está de pie cerca de su silla. Hácense presentes algunas guardias vestidos de pieles, que permanecen a cierta distancia por no hacer ruido, y murmullan sordamente excluidos de las salas interiores y encerrados entre canceles. Entonces se da entrada a los embajadores extranjeros. Teodorico responde en pocas palabras a sus largos discursos.

»A las ocho se levanta y va a visitar sus tesoros o sus establos. Cuando sale de caza, se creería poco digno de la dignidad real llevar él mismo su arco; mas al presentarse la caza, tiende la mano por detrás, y un esclavo le alarga el arco, cuya cuerda no debe estar armada de antemano, porque se tendría por una molicie indigna del hombre: después armándola él mismo, os pide le indiquéis el punto en que ha de herir, y no bien se le indica, ya está acertado.

»Su mesa ordinaria es la de un simple particular: su más sabroso manjar es la conversación, seria y formal por lo común: el arte, no el precio, constituye el valor de lo que se le sirve: la copa circula pocas veces, y los convidados tienen derecho de quejarse de ello. Sólo el domingo, en sus banquetes de ceremonia, se encuentra la elegancia de la Grecia, la abundancia de la Galia, y la actividad de la Italia. Después de comer duerme muy poco o nada. Entonces se le lleva el tablero de los dados. En el juego invoca alegremente la fortuna o la espera con paciencia: si gana, calla, y si pierde se sonríe. Poco aficionado al desquite, gústale no obstante aparentar que no teme los azares. Suele deponer en el juego la reserva de rey, y excita a todo el mundo a la franqueza y a la familiaridad: le complace ver las emociones del que pierde, y necesita que se enfade el vencido para creer en su propio triunfo: muchas veces esta misma alegría, cuya causa es tan frívola, favorece a otros negocios más graves Yo mismo, cuando tengo algo que pedirle, me procuro una feliz derrota, y pierdo la partida para lograr mi pretensión.

»A las tres vuelve a cargar sobre él el peso de los negocios: reaparecen los pretendientes, y este impertinente cortejo se agita en derredor suyo hasta que la noche y la hora de la cena le hacen dispersarse. Algunas veces durante la comida se introducen farsantes y bufones; pero sus mordaces chistes deben respetar a los convidados. Nada de música ni de coros: los únicos aires que agradan al rey, son los que despiertan el valor bélico. Finalmente, cuando se retira a descansar, por todas partes hay centinelas armados a las puertas del palacio.

»Las guerras en que anduvo casi siempre envuelto este rey, no debieron dejarle disfrutar mucho tiempo de este sistema de vida.»

CAPÍTULO II.
DESDE EURICO HASTA LEOVIGILDO.
De 466 a 572.

Reinado de Eurico.—Sus conquistas en la Galia.—Id. en España.—Termina definitivamente la dominación romana en la Península.—Llega el imperio gótico al apogeo de su grandeza.—Sus límites de uno y otro lado de los Pirineos.—Concluye el imperio romano con Augústulo.—Reino ostrogodo en Italia.—Recopilación de leyes hecha por Eurico.—Su muerte.—Alarico II.—Código do Alarico o de Aniano.—Muere peleando con Clodoveo, rey de los francos.—Reinado de Amalarico.—Guerras con los francos.—Sus causas.—La princesa Clotilde.—Reinado de Teudis.—Invasión de los francos en España.—Célebre sitio de Zaragoza.—Tregua de veinte y cuatro horas.—Reinado de Teudiselo.—Id. de Agila.—Id. de Atanagildo.—Los griegos bizantinos en España.—Casamiento de las dos hijas de Atanagildo Brunequilda y Galsuinda, con dos reyes francos.—Suerte desgraciada de estas princesas.—Toledo, capital del reino godo-hispano.—Muerte de Atanagildo.—Interregno.—Elección de Liuva.—Id. de Leovigildo.

Grandes pasos van a dar los pueblos en el último tercio del siglo V. hacia el desenlace de la universal revolución. Los cimientos del nuevo edificio quedarán echados, y los materiales se irán distribuyendo para cada uno de los departamentos que se han de construir en esta grande obra de regeneración social.

Tan luego como Eurico (*Ewrich*, rico en leyes) fue ensalzado al trono de los godos (si trono podía llamarse todavía), sirviéndole de pedestal el cadáver de su hermano, concibió el pensamiento de hacer un reino gótico independiente en todo el territorio que Roma había poseído en la Galia y en España. El estado de disolución y de agonía en que se hallaba el imperio le brindaba ocasión favorable a sus fines, y tuvo además la precaución de negociar alianzas con Genserico, rey de los vándalos, con Remismundo que lo era delos suevos, y con Arvando, prefecto de las Galias y otros gobernadores romanos. Escasa por lo tanto fue la resistencia que halló Eurico en la Galia. Envió no obstante contra él Glicerio, que había sucedido a Olibrio en lo que todavía se llamaba imperio de Occidente, un ejército de ostrogodos mercenarios; pero éstos, que eran arrianos, en lugar de combatir, se unieron a los visigodos, que lo eran también. Siagrio, general romano, que le atacó con un cuerpo de auxiliares francos al mando de su rey Hilderico, sucesor de Meroveo, fue vencido y derrotado. Ecdicio era el único que con heroico valor se sostenía en la Auvernia; mas habiendo recibido orden de Julio Nepote, uno de esos fantamas coronados que pasaban como fuegos fatuos sobre el agonizante imperio de los Césares, para que cediera la provincia al godo, ya nada pudo impedir a Eurico hacerse dueño de toda la Galia. Tomó, pues, a Arlés, Marsella, Clermont, desde donde pasó a Burdeos a recibir las felicitaciones de los príncipes vecinos. He aquí cómo nos pinta Sidonio Apolinar a los príncipes o embajadores que a aquella corte concurrían: «Vemos allí, dice, al sajón de ojos azules... al viejo sicambro, que rapado después de la derrota deja crecer de nuevo su cabellera hacia el occipucio; al hérulo de mejillas verduscas como los golfos del Océano que habita; al borgoñón, alto de siete pies, que dobla la rodilla para pedir la paz, etc.»

No fue menos feliz Eurico en sus conquistas de España, adonde destacó dos cuerpos de ejército, uno de ellos mandado por él mismo en persona, según San Isidoro. En menos de tres años se hicieron los visigodos dueños y señores de toda España, si se exceptúa la pequeña parte que de antiguo habían dominado los suevos, y que les dejó Eurico como por merced en concepto de aliados; pero reducidos a las montañas dejaron los suevos por más de un siglo de figurar en la historia, como si hubieran desaparecido enteramente. Las adquisiciones de Eurico tenían ya el carácter de propias; ya no conquistaba para los romanos como sus antecesores, sino para sí mismo, y con él acabó de todo punto la dominación romana en la Península, siendo en rigor Eurico el primer rey godo independiente de España. Llegó con él el imperio visigodo al punto culminante de su extensión y engrandecimiento. Abarcaba de este lado de los Pirineos la España entera, excepto las montañas de Galicia, del otro lado toda la Galia desde el Ródano y el Loire hasta el Océano: todo el país desde el Duranzo, el mar y los Alpes Ligurios, era suyo. Fue la mayor monarquía que se fundó sobre las ruinas del imperio de Occidente.

Éste exhalaba entonces, por decirlo así, sus últimos alientos. La Italia estaba llena de razas bárbaras. Hacía de caudillo de las tropas romanas un tal Orestes, secretario que había sido de Atila: los soldados le ofrecieron el retazo de púrpura que aún quedaba; más no queriéndola para sí, púsola sobre los hombros de un hijo que tenía, llamado Rómulo Augusto, a quien su padre solía nombrar con el diminutivo de *Augústulo*: con este nombre ha seguido designándole la posteridad. Los bárbaros que estaban a sueldo del imperio, esciros, alanos, rugianos, hérulos y turingios, pidieron que se les entregara la tercera parte de las tierras de Italia. Resistiólo Orestes, y Odoacro, jefe de los hérulos, marchó contra él a la cabeza de los insurrectos peticionarios, hízole prisionero y le quitó la vida. Encontró luego a Augústulo en Ravena, le despojó de la púrpura, y desdeñándose de condenar a muerte al último emperador romano, se contentó con desterrarle, señalándole una pensión de seis mil monedas de oro. El senado declaró que el Capitolio abdicaba el imperio del mundo. Odoacro fue proclamado rey de Italia en 23 de agosto de 476. El imperio que había comenzado con un Augusto acabó con un Augústulo a los quinientos y siete años menos algunos días; el mil doscientos veinte y nueve de la fundación de Roma. Llevaba el imperio ochenta y un años de agonía desde la muerte del gran Teodosio. «Roma, observa oportunamente un escritor moderno[257] en un principio guarida de bandidos, después de doce siglos de nombradía y de poder, volvió al polvo de la nada de donde había salido. Pero no todo ha concluido para Roma, la ciudad eterna. Si su poder temporal ha pasado, hallará una rica compensación en la autoridad espiritual de sus obispos. Roma será siempre la capital del mundo cristiano: *Capitolii inmovile saxum*.»

Cuando Odoacro, ejerciendo una sombra de autoridad, confirmaba a Eurico en el derecho a la posesión de todas sus conquistas de este lado de los Alpes, confirmación de que Eurico no necesitaba, Zenón, otro remedo de emperador en Oriente, daba una especie de investidura del imperio de Occidente a Teodorico, rey de los ostrogodos, que vino a destronar a Odoacro y hacerse proclamar rey de Italia. De este modo quedaron establecidas sobre las ruinas del imperio romano de Occidente dos grandes monarquías godas, la de los ostrogodos conTeodorico en Italia, y de los visigodos con Eurico en las Galias y España.

Faltábale a Eurico una sola gloria que añadir a la de conquistador y guerrero, la de legislador: y ésta la ganó, establecido ya pacíficamente en Arlés, mandando recopilar en un código escrito las costumbres que regían a los godos, para lo cual se valió de los trabajos y conocimientos de su primer ministro León, uno de los más sabios jurisconsultos de su tiempo. Así subsanó en parte el fratricidio por cuyo medio había conquistado el poder real. Mas no fue esta sola la mancha que Eurico contrajo en su vida, tan gloriosa por otra parte. Eurico, arriano celoso, ejerció el rigor de la persecución contra los obispos católicos, con especialidad los de las Galias, y encarceló y desterró a muchos prelados y sacerdotes[258]. Murió Eurico tranquilamente en Arlés, en setiembre de 484 a los 19 años de su reinado.

Desde este punto, la cumbre del poder de los godos, le veremos comenzar a descender para irse circunscribiendo al lote que en la repartición del antiguo mundo le estaba designado. Faltóle a Alarico II., hijo y sucesor de Eurico, la energía y la grandeza de su padre. Habíase ido formando contiguo a la Galia gótica otro nuevo reino de gente aún más bárbara y ruda que los visigodos, el de los francos, de que a la sazón era jefe Clodoveo (*Chlod wig*, guerrero famoso), que sobre ver con envidia el engrandecimiento de la monarquía goda, miraba a los godos como indignos de poseer el rico territorio de las Galias, que no debía hallarse en poder de los herejes arrianos, preciándose como se preciaban los francos de ser el único pueblo germano que profesaba el catolicismo, y conservaba en toda su pureza la fe ortodoxa. Ostentábase Clodoveo tan fogoso cristiano, que cuando se hablaba de la pasión de Jesucristo solía decir: si yo hubiera estado allí con mis francos, yo hubiera sabido defenderle. Contaba, pues, Clodoveo con la afección de los obispos y clero católico de las mismas Galias, que no debían al arrianismo godo sino mal tratamiento y persecución.

257 Le Bas, al final de su historia.
258 Gregor. Turon, lib. I., cap. XXV.

Ya habían ocurrido algunos disturbios entre Clodoveo, y Alarico, en los cuales había dado el godo más de una prueba de su debilidad. Deseoso luego de conjurar una guerra que veía amenazarle, quiso tener una entrevista con Clodoveo, que se verificó en una isleta del Loire, término de los dos estados, cerca de Amboise. Allí se abrazaronlos dos príncipes, y en el regocijo de un festín no fue Clodoveo quien escaseó al rey godo las demostraciones de amistad. Pero tampoco era la lealtad la virtud de los francos. «Erales familiar, dice un historiador latino quebrantar la fe con la risa en los labios.»[259] Despidiéronse no obstante por entonces aparentemente amigos, y aprovechó Alarico aquel período de paz para dotar a su pueblo de nuevas leyes, haciendo recopilar las que de los códigos romanos, y muy especialmente del Teodosiano, pudieran ser aplicables a su nación. Formóse pues el código llamado *Breviario de Alarico* y también de *Aniano*, del nombre del ministro que le refrendó, y aprobado por una asamblea de obispos y de próceres fue mandado observar por los jueces y tribunales. En este cuerpo de legislación se ve ya la índole y tendencias de la raza goda a unirse con la romana, y que el rey godo no era tampoco un caudillo bárbaro.

Clodoveo entretanto se aprestaba a hacerle la guerra a pesar del abrazo de Amboise. *«No puedo sufrir,* decía a sus soldados, *que los arrianos estén siendo dueños de la más bella porción de la Galia.»* Tiempo hacia que Teodorico, rey de Italia, estaba interponiendo su mediación entre los dos príncipes, escribiendo alternativamente ya a uno ya a otro, a fin de evitar un rompimiento: inútiles fueron sus buenos oficios: Clodoveo puso en marcha su ejército y se dirigió con él hacia Poitiers. Fuele preciso a Alarico aceptar el combate. Encontráronse godos y francos en Vouilé, a tres leguas de aquella ciudad. Pero los soldados de Alarico no eran ya aquellos godos ardientes y aguerridos que habían dado a Eurico tantos triunfos; la paz de algunos años los había enflaquecido, y Alarico no se distinguía por un gran valor, siendo más a propósito para legislador que para guerrero. La pelea fue sangrienta, y Alarico pereció en ella, derribado de su caballo por la lanza misma, dicen, de Clodoveo; un franco acabó de matarle (507). La muerte de su jefe desalentó a los godos, cuyos principales capitanes se retiraron a España. Las consecuencias de esta derrota fueron desmembrarse de la corona gótica aquella parte importantísima de su imperio que habían sabido sostener sus antecesores por espacio de noventa y cinco años. Pero aún les quedaba la faja de la Septimania[260], que enlazaba las posesiones de uno y otro lado de los Pirineos. Principia no obstante el reino visigodo a concentrarse en España, donde estaba su porvenir.

Había dejado Alarico II. dos hijos; uno legítimo, pero de edad solo de cinco años, llamado Amalarico (*Amal-rik*), y otro bastardo, de edad de diez y nueve, llamado Gesalico. Temiendo los godos las consecuencias de una larga menoría alzaron rey al hijo bastardo. Pero Teodorico, rey de Italia, tomó sobre sí la defensa de los derechos de su nieto Amalarico, que Alarico su padre había casado con una hija del rey ostrogodo. Un formidable ejército enviado por él a las órdenes de Ibbas, uno de sus generales más ilustres, derrotó primero a los borgoñones y a los francos que sitiaban a Narbona: marchó seguidamente sobre Barcelona, donde se hallaba Gesalico, rindió la ciudad, y arrojó de ella al príncipe bastardo, que tuvo necesidad de acogerse a Trasimundo, rey de los vándalos de África. Teodorico gobernó el reino de España durante la menor edad de Amalarico, encomendando su educación a Teudis, ostrogodo de nacimiento. Algún tiempo después, habiendo facilitado el rey de los vándalos a Gesalico grandes sumas de dinero, pasó con ellas a las Galias, donde pudo reunir algunos parciales, con los cuales se dirigió en armas sobre Barcelona llevado del ansia de recuperar la corona: pero el ejército de Teodorico le salió al encuentro, alcanzóle a cuatro leguas de aquella ciudad, y le deshizo completamente; él huyó a uña de caballo a las Galias, pero alcanzando por una partida de caballería ostrogoda, halló la muerte en lugar de la corona que buscaba (511). Aseguróse con esto la sucesión de Amalarico, gobernando siempre Teodorico la España en su nombre. Este mismo año murió Clodoveo, el cual desde Alarico II. había seguido paseando sus armas triunfantes por las posesiones godas de las Galias, tomando sucesivamente sus

---

259 Franci, quibus familiare est ridendo fidem frangere. Flav. Vopisc. in Procul.

260 Vínole el nombre de Septimania de siete ciudades que Eurico había reunido bajo un gobierno en la Galia Meridional Euricus rex Victorium ducem super septem civitates praeposuit. Greg. Turon. lib. II.

ciudades, inclusa la misma Tolosa, corte y asiento real de los godos, donde se apoderó de tesoros inmensos, quedando de este modo casi toda la Galia gótica sujeta a los francos, y reducida la monarquía de los godos a España. Así se iban marcando los límites que había de tener cada uno de los reinos que se habían de fundar sobre los despojos del viejo imperio romano. Muerto Clodoveo, dividióse su imperio entre sus cuatro hijos, Thierry, Clodomiro, Childeberto y Clotario.

Continuaba Teudis haciendo como de regente de España, a nombre del rey Amalarico, y de Teodorico su abuelo y tutor. Teudis gobernaba con sabiduría, pero teniendo que acomodarse a las instrucciones de Teodorico, las rentas de España debían ser enviadas con regularidad todos los años a Italia con gran menoscabo de la riqueza y prosperidad del reino; y él había rehusado pasar a Italia a dar cuenta de su administración, alegando siempre diferentes causas y pretextos. Agregábase que Teudis se había casado con una rica española, la cual llevó al matrimonio un inmenso dote. Todo contribuyó a que Teodorico se recelara y cautelara de Teudis, el cual por su parte se rodeó de una guardia de dos mil hombres, levantados y mantenidos a su costa. Aumentábanse con esto cada vez más los recelos y temores de Teodorico; por lo que apresurándose a hacer declarar mayor de edad a su nieto, despojó de sus cargos a Teudis, y volvió éste a entrar en la vida privada (524).

Murió a poco tiempo el ostrogodo Teodorico (526), dejando los estados de Italia a Atalarico su nieto. A fin de evitar todo conflicto entre los dos jóvenes reyes de las dos ramas godas, se acordó demarcar los límites de ambos reinos, quedando agregado al de Italia todo lo comprendido desde la orilla izquierda del Ródano hasta los Alpes, inclusas Arlés y Marsella, al de España todo el resto de la Galia gótica. Así se determinaron los lindes de ambas monarquías, quedando en completa independencia la una de la otra.

Hallándose ya Amalarico en edad y estado de gobernar por sí el reino, pidió por esposa a Clotilde, hija de Clodoveo, y hermana de los cuatro reyes francos. Parecía que este enlace entre las dos dinastias poderosas de Occidente era el más a propósito para consolidar y hacer formidable uno y otro estado: sin embargo, no fue sino causa funesta de la ruina de Amalarico. El godo era arriano, Clotilde católica, y sólo le fue otorgada por su hermano bajo la seguridad de que no se la obligaría a dejar su religión. No lo cumplió así Amalarico; empeñábase en hacer arriana a Clotilde, resistíalo ella con entereza, constancia y decisión. Amalarico empleó primero la persuasión, las caricias y los halagos; viendo que estos medios no alcanzaban, recurrió a la dureza y a los malos tratamientos; quejóse de ello Clotilde a sus hermanos, enviando a Childeberto un pañuelo teñido de sangre en prueba de los ultrajes que de su marido recibía[261]. Tomó inmediatamente las armas Childeberto para vengar a su hermana, y a la cabeza de un ejército respetable se entró por los estados de Amalarico. Salió el godo a encontrarle con sus tropas: empeñóse el combate, y Amalarico fue derrotado, teniendo que refugiarse a la flota que estaba casi a la vista del campo de batalla. La codicia acabó de perderle; acordóse de que había dejado sus tesoros en Narbona, y volvió con el ansia y afán de recobrarlos. Los francos le sorprendieron, y en vez de los tesoros halló la muerte. Las alhajas quedaron en poder de Childeberto: contábanse entre ellas sesenta cálices y trece patenas de oro puro, las cuales distribuyó a las iglesias de Francia. Childeberto se dirigió a París con sus tropas victoriosas: Clotilde murió en el camino, y fue enterrada en la iglesia de Santa Genoveva, que entonces se llamaba de San Pedro y San Pablo, junto al sepulcro de su padre Clodoveo. Tanta era la influencia que tenían ya las diferencias religiosas en la suerte de los reinos (531).

Como Amalarico hubiese muerto sin sucesión, juntáronse los godos para la elección de rey, y fue aclamado por unanimidad el mismo Teudis que tan sabiamente los había gobernado en la menor edad de Amalarico (532). Al año siguiente, los francos, que acababan de destruir el reino de los borgoñones, quisieron expulsar a las visigodos de las posesiones que les quedaban en las Galias, pero fue infructuosa su tentativa.

Los reyes francos, con motivo o sin él, no dejaban de hostilizar a los godos de España en cuantas ocasiones podían. En 542 los dos hermanos Childeberto y Clotario, rey el primero en París y el segundo en Soissons, sin que se sepa la razón que a ello les moviera, pasaron los Pirineos al

261 Greg. Turon, lib. III.

frente de un numeroso ejército, tomaron a Pamplona, Calahorra y algunas otras ciudades, y se dirigieron a poner sitio a Zaragoza, después de haber devastado cuanto encontraban al paso. Ocurrió en el cerco de Zaragoza una de aquellas escenas que prueban el influjo que en aquella edad ejercía la religión. Los habitantes de Zaragoza carecían de todo socorro, y los francos apretaban el sitio. Los ciudadanos recurrieron entonces a la intercesión de San Vicente, uno de sus gloriosos mártires; y publicando un riguroso ayuno, vestidos los hombres con sacos y las mujeres de luto, sueltos los cabellos y cubiertas de ceniza las cabezas, salieron en procesión alrededor de la muralla llevando la túnica del santo, cantando unos y llorando otros. Llamó la atención de Childeberto tan nuevo y singular espectáculo, y habiéndose informado de su significación y objeto por un labrador de la ciudad que fue cogido, el rey franco envió a decir a los sitiados que en reverencia de su santo mártir determinaba levantar el asedio, y que les estimaría alguna preciosa reliquia del santo para llevarla consigo. Diole el clero agradecido la estola del mártir, con la que muy contento marchó el franco: en cuya memoria dicen erigió después un templo en París a San Vicente mártir, que hoy es el de San Germán.

Mas cuando los francos, levantando el sitio de Zaragoza, regresaban a las Galias, contentos con su reliquia, y acaso más contentos con las riquezas y el botín que de Pamplona y las demás ciudades habían recogido, hallaron un fuerte ejército godo, mandado por Teudiselo, posesionado de los desfiladeros y gargantas de los Pirineos. Childeberto, viendo de aquel modo cortada su retirada, negoció con el general godo el permiso de dejarle libre el paso mediante una gruesa suma de dinero. Dejóse llevar el godo de la codicia, y concedióles una tregua de veinte y cuatro horas, durante las cuales traspusieron las montañas los dos reyes francos con lo más escogido de su gente; mas como no tuviesen tiempo de pasar todas las tropas, cayó Teudiselo sobre las que quedaban y las pasó a cuchillo.[262]

Justiniano, emperador de Oriente, había acabado con el reino de los vándalos en África, por medio de la espada de Belisario, y posesionadose de Ceuta, que se supone había pertenecido a los godos. Temiendo Teudis la proximidad de los imperiales bizantinos, y sospechando que tuvieran intenciones de destruir el reino de los godos como habían destruido el de los vándalos, envió un ejército a recobrar a Ceuta. Sitiábanla los godos y habían empezado a dar algunos asaltos, cuando llegó el primer domingo, día en que los godos no acostumbraban a pelear; dejaron, pues, las armas, creyendo que los sitiados harían lo mismo: pero los imperiales, aunque católicos, menos escrupulosos en la guarda de las fiestas que los godos, cayeron de repente sobre éstos, y hallándolos desapercibidos, acuchilláronlos a todos sin que escapara uno solo, añaden las crónicas, que pudiera llevar a España la triste nueva del desastre. Poco tiempo después de esta derrota murió Teudis; atravesóle con la espada un loco, o al menos fingía estarlo; Teudis al morir encargó que no se castigara al asesino (548).

Muerto Teudis, los grandes del reino nombraron sucesor suyo a Teudiselo, el mismo general que había concedido la famosa tregua a Childeberto y Clotario.[263]

Poco tiempo disfrutó el nuevo rey de las delicias del trono: el desenfreno con que se entregó a otros deleites le acarreó pronto la pérdida de la corona y de la vida. Su pasión por las mujeres no tenía límites, ni reparaba en los medios de saciarla, ni respetaba las mujeres de los más principales del reino. Deseaban estos ocasión de vengar su infamia, y proporcionósela un banquete a que el mismo rey los convidó en Sevilla: en lo más animado del festín los conjurados apagaron las luces, y a favor de las tinieblas cosieron al rey a puñaladas. Llevaba poco más de año y medio de reinado (549).

262 Vit. S. Avit.,S. Isid. Hist. Goth.

263 San Gregorio de Tours nombra a esto rey Theodogilo, Jornandés le llama Theodigis, otros Theodisclo, y otros Theodigisilo. Es difícil fijar la correspondencia que deben tener en español los nombres de los godos. Todos han sido adulterados al pasar a otros idiomas; y aunque se conservaran con su propia ortografía, faltarían en las lenguas modernas sonidos para expresarlos en su original y primitiva pronunciacion. De aquí la infinita variedad con que se escriben y pronuncian en los diferentes países, y aún en una misma nación en diversas épocas.

Los mismos conjurados eligieron sin formalidad y sin esperar el consentimiento de otros principales godos a Agila, de no menos desarregladas costumbres que su antecesor. Por uno y otro motivo algunas ciudades se negaron a reconocerle; entre ellas Córdoba, ante cuyos muros yendo a atacarla perdió un hijo y quedaron derrotadas sus tropas. Aprovechóse de aquellas discordias Atanagildo, uno de los grandes, tan ambicioso como astuto, para granjearse un partido y aspirar a la corona. A este fin, parecióle muy conveniente aliarse con Justiniano, a quien halagó cediéndole todo el territorio de la costa de España comprendido entre Gibraltar y los confines de Valencia. Marcharon en seguida las fuerzas combinadas de Justiniano y Atanagildo contra Agila, venciéronle en batalla junto a Sevilla, y le forzaron a retirarse a Mérida, donde disgustados los suyos de las calamidades que por su causa sufría el país, y no menos incomodados con su altivo genio y relajadas costumbres, diéronle la misma muerte que a su antecesor, proclamando en seguida a Atanagildo (*Atahn-gild*). De esta suerte quedó Atanagildo en posesión pacifica del reino de los godos, fijando ya definitivamente en Toledo la corte que antes no se había establecido aún en determinado pueblo de España (554).

Luego que se vio tranquilo poseedor del trono, volvió sus armas contra los griegos bizantinos, resentido de que se hubieran apoderado de varias plazas fuertes que los constituían en vecindad demasiado peligrosa. Algunas recobró, pero aún subsistieron aquellos imperiales como apegados a las costas españolas, no sólo durante su reinado, sino aún muchos años después; que es siempre más fácil la entrada que la salida de los extranjeros que una vez son llamados a un país como auxiliares.

Parece no haber heredado Atanagildo el odio de sus antecesores a los francos de las Galias, o haber éstos más bien olvidado el que sus mayores tenían a los godos; puesto que se vio a los dos nietos de Clodoveo, Sigiberto, rey de Metz, y Chilperico, que lo era de Soissons, pedir sucesivamente en matrimonio a Atanagildo sus dos hijas Brunequilda y Galsuinda. Brunequilda, la menor de las dos, notable por su extraordinaria belleza, y a quien el poeta latino que cantó sus bodas comparaba a Venus, se hizo católica en poder del rey franco. Con mucha repugnancia había cedido Atanagildo al rey de Soissons su hija Galsuinda, y con menos voluntad todavía condescendió en ello su madre; porque Chilperico no tenía reputación de arreglado en su conducta, ni esperaban que diera ejemplo de fidelidad conyugal, virtud tan recomendable entre los godos. Lejos de eso, su palacio era una especie de lupanar, y a la cabeza de sus concubinas se hallaba la temible Fredegunda, cuyo nombre andaba en las bocas de todos. La hija de Atanagildo, a pesar de aquellos tristes presentimientos, salió de España acompañada de su madre, que no acertaba a separarse de ella, como si augurara los desastres que le habrían de suceder. Celebráronse las bodas en Tours. «Fue recibida, dice el historiador obispo de aquella ciudad, en el lecho de Chilperico con honor y con demostraciones de amor, porque llevaba consigo grandes tesoros: pero bien pronto la pasión de Fredegunda ocasionó entre ellos violentos disturbios.[264] Disturbios fueron estos a tal extremo llevados, que el bárbaro rey, por complacer a Fredregunda hizo ahogar en el lecho a la infeliz Galsuinda por mano de un esclavo, casándose después con la consejera del crimen, objeto de sus livianas pasiones. Jamás olvidó Brunequilda el cruel asesinato de su hermana, que también se había hecho católica como ella, y queriendo vengar el bárbaro delito, suscitáronse entre ella y Fredegunda luchas sangrientas, que produjeron nuevos atentados de parte de aquella mujer malvada, atentados y crímenes que tan funestamente célebres se hicieron en la historia de Francia.

Atanagildo murió en Toledo (567), después de un reinado apacible de trece años. Dícese que ocultamente era también católico[265]. La moderación con que había gobernado hizo su muerte muy sensible en toda España.

Tanto habían crecido las ambiciones desde que la corona gótica había vuelto a hacerse electiva después de la extinción de la familia de Teodoredo, que trascurrió un interregno de cinco años (que algunos pretenden rebajar a solos cinco meses), antes que los nobles pudieran ponerse de acuerdo para la elección de soberano. De inferir es la confusión y el desorden a que se vería

264 Gregor. Turon, lib. IV. cap. 28.
265 Gregor. Turon.

entregado el pueblo en este largo período. Al fin los grandes de la Galia gótica elevaron a Liuva (*Leuw*, león), que regía la Narbonense, hombre recto y de modestas miras, que desnudo de ambición y conocedor de las dificultades de reinar, no queriendo por otra parte abandonar el suelo que le viera nacer para trasladarse al centro del imperio, persuadió a los nobles a que le diesen por compañero a su hermano Leovigildo (*Lew-gild)*, joven ilustrado, enérgico y vigoroso. Hiciéronlo así los magnates, y contento Liuva con la pequeña porción de la Galia gótica para sí, cedió la España entera a Leovigildo. Aquel modesto, prudente y desinteresado príncipe murió a poco tiempo en la Galia (572), de donde nunca quiso salir, y quedó todo el imperio gótico encomendado a la firme y robusta mano de Leovigildo, uno de los más ilustres príncipes que se sentaron en el trono de los godos.

CAPÍTULO III.
LEOVIGILDO Y RECAREDO.
De 572 a 601.

Enfrena Leovigildo a los griegos imperiales, y les toma varias plazas.—Somete a Córdoba.—Sujeta a los cántabros sublevados.—Reaparece el reino suevo de Galicia.—El rey Miro que favorecía a los cántabros se ve obligado a pedirle la paz.—Da Leovigildo participación en el gobierno a sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo.—Matrimonio de Hermenegildo.—Disidencias religiosas en palacio.—Hermenegildo se hace católico.—Hace armas contra su padre. —Guerra entre el padre y el hijo.—Trágico fin y martirio de Hermenegildo.—Persecución contra los católicos.—Refunde Leovigildo el reino suevo en el visigodo.—Campañas en la Galia gótica.—Leovigildo como legislador.—Su muerte.—Recaredo.—Se convierte a la fe católica.—Conjuraciones de arrianos.—Son deshechas y castigadas.—Abjura solemnemente el arrianismo ante un concilio de Toledo.—Conversión de obispos arrianos.—La religión católica se declara religión del estado.—Triunfos de los godos en la Septimania.—Recaredo como legislador.—Principio de la fusión política y civil entre godos y españoles.—Muerte de Recaredo.—Sus virtudes.

Llegamos a uno de los períodos más interesantes de la dominación goda. No hay un solo individuo en la familia real que se ha sentado en el trono godo-hispano que no haga un papel importante en la historia, ni un solo personaje en este grupo que no excite grande interés. Va a representarse un drama histórico, cuyas consecuencias han llegado hasta nosotros, y alcanzarán a las generaciones que nos sucedan.

Uno de los primeros cuidados de Leovigildo fue tratar de desalojar de España aquellos griegos imperiales, que los españoles de entonces y muchos historiadores después llamaron romanos, tan imprudentemente traídos a la costa por Atanagildo, y donde ellos habían procurado consolidarse más de lo que sin duda había entrado en las intenciones de aquel rey, y más de lo que a la unidad de España convenía. Eran tanto más peligrosos para Leovigildo estos huéspedes, cuanto que siendo ellos católicos y siéndolo también los hispano-romanos, mirábanse unos y otros con la afición de correligionarios, y estaban siendo un foco al que acudían fácilmente los descontentos de la dominación goda o del arrianismo que representaba. Emprendió por lo tanto Leovigildo con ardor la guerra contra los imperiales, y aunque no pudo llevar a cabo la expulsión, porque para esto hubiera necesitado de una marina de que carecía, les fue no obstante tomando las plazas de Baza, de Málaga y de Assidonia (Medina Sidonia), no sin notable resistencia en esta última, y reduciéndolos a límites más estrechos. Córdoba, que desde su rebelión y triunfo sobre Agila rehusaba someterse al poder de los godos, y que acordándose de su grandeza romana se gobernaba municipalmente como en tiempo del imperio, fue también rendida a fuerza de armas por Leovigildo, que en esta ocasión comenzó a desplegar la dureza de su carácter, haciendo sentir su enojo con actos de excesiva crueldad no sólo a la ciudad rebelde sino a toda la comarca. La sangre corrió por la ciudad y por los campos, y llenas de terror se sujetaron todas las poblaciones de la Bética a las armas victoriosas del godo.

Diéronle los grandes del reino mil parabienes por estos triunfos, y apresurándose a mostrársele adictos, o por lo menos sumisos y respetuosos. Con esto y con el ejemplo de los males y desórdenes a que había dado ocasión la larga vacante del trono, fuele fácil a Leovigildo persuadir a los nobles de la conveniencia de dar participación en la soberanía y autoridad real a sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo. La proposición fue acogida con beneplácito por unos, y sin oposición por otros, y los dos hermanos fueron declarados príncipes de los godos y herederos de la corona. Con esto lograba Leovigildo poner freno a las ambiciones y al espíritu de insurrección, y hacer hereditario al trono en su familia.

Tuvo después de esto que volver sus armas contra los indóciles cántabros, que llevando de tan mala voluntad el dominio de los godos como habían llevado el de los romanos, andaban desasosegados y revueltos. Apoyábanlos los suevos de Galicia, que desde el reinado de Remismundo, más de un siglo hacía, permanecieron ignorados como sí no hubieran tenido existencia histórica; o bien por falta de escritores que después de Idacio trasmitieran sus hechos, o porque se hubieran ido confundiendo con los naturales; y solo vuelven a aparecer algunos años

antes del reinado de Leovigildo: pueblo misterioso, que parece haberse complacido en ocultarnos su historia. Rastréase no obstante haber seguido teniendo reyes propios, y que precedieron a los godos en la conversión al catolicismo, ya fuese el primero en abrazar la fe ortodoxa Cariarico, movido por los milagros de San Martín, obispo de Tours, y por las predicaciones de otro San Martín que vino en aquel tiempo de la Palestina a Galicia, según San Gregorio Turonense, ya fuese el primero a abjurar la secta arriana y profesar la doctrina católica Teodomiro, según San Isidoro de Sevilla, escritor contemporáneo y más inmediato al teatro de los sucesos. Tal vez existieron simultáneamente dos reyes, el uno en Braga, el otro en Lugo, las dos iglesias metropolitanas en que entonces se celebraban concilios[266].

El que favorecía la sublevación de los cántabros y leoneses llamábase Miro, sucesor de Teodomiro. El monarca godo marchó contra los cántabros, y logró sujetarlos, no sin tener que vencer graves dificultades, ya por el valor de aquella gente belicosa, ya por los naturales obstáculos de aquellas montuosas comarcas. Restituido a su dominio el país[267], disponíase Leovigildo a atacar a los suevos, cuando el rey Miro le propuso y pidió la paz, que el godo le concedió más como tregua que como paz duradera y estable (575). Pasó luego a sujetar a los habitantes del Orospeda, que por dos veces se habían también alterado, y los subyugó igualmente y redujo a la obediencia, haciéndoles sufrir las leyes del vencedor (577).

Otros cuidados llamaban ya la atención de Leovigildo, y vamos a presenciar las trágicas e interesantes escenas que ocurrieron en la familia real de España.

Habíase casado Leovigildo con Teodosia, hija de Severiano, gobernador bizantino de la provincia de Cartagena, de la cual había tenido mucho tiempo antes de ser elevado al trono los dos hijos Hermenegildo y Recaredo. Viudo de Teodosia, contrajo segundas nupcias con Gosuinda, que lo era de su antecesor Atanagildo. La primera había sido católica, la segunda era arriana furiosa. Sosegadas las turbulencias intestinas, hecha tregua con los suevos y reprimidos los imperiales, pensó el monarca visigodo en casar a su hijo mayor Hermenegildo con la princesa franca Ingunda, hija de Sigiberto, rey de Austrasia, y de Brunequilda. Celebráronse las bodas con gran solemnidad y no menor regocijo. Pronto la diferencia de creencias había de cambiar la alegría en luto. Fervorosa católica la joven princesa, arriana intolerante la madrastra del príncipe su esposo, intentó esta primeramente con fingidos halagos convertir a Ingunda a] arrianismo: convencida de la ineficacia de los medios suaves, apeló pronto a la violencia, a que la inclinaba más su índole y genio, llevando los malos .tratamientos a tal punto que, al decir de San Gregorio de Tours, en su frenética rabia le rasgaba los vestidos, la mesaba los cabellos y la arrastraba hasta hacerla verter sangre por las heridas. Tan bárbaro rigor no alcanzó a hacer vacilar la inquebrantada fe de la joven princesa; y Leovigildo, menos intolerante entonces que la reina, creyó prudente alejar a los dos esposos, cediendo a Hermenegildo una parte de sus estados, que fue la provincia de Andalucía. El príncipe godo, hijo de una reina católica, esposo de una princesa, católica también, y sobrino del ilustre prelado católico de Sevilla Leandro, preparado por la educación de la primera, edificado con el ejemplo de la segunda, y acabado de catequizar por los consejos y amonestaciones del tercero, convirtióse también a la fe católica, y recibió segunda vez el bautismo.

Gran contento infundió en los católicos de España aquella conversión, tanto como enojo causó a Leovigildo y a Gosuinda. Llamó el padre a la corte a su hijo, so pretexto de tratar con él negocios del estado. Hermenegildo, recelando acaso que el llamamiento envolviera otras intenciones, desobedece a su padre, que se prepara a marchar contra él. Las poblaciones católicas se levantan en favor del príncipe, y ofrécenle su apoyo los imperiales de la costa, y Miro, el rey de los suevos de Galicia. Era ya una conjuración formal a nombre de un principio religioso, en que entraban descendientes de la Escitia y de la Germania, y restos de los antiguos imperios de Oriente

266 La iglesia de Braga tenía por sufragáneas las de Coimbra, Porto, Lamego, Viseo, Idaña,y Dumio: la de Lugo que se hizo metropolitana también, pero que era como una vicaría de la de Braga, comprendía las de Ira-Flavia o Padron, Orense, Tuy, Mondoñedo y Astorga. Esta debía ser la circunscripcion del reino de los suevos en aquel tiempo. Florez, Esp. Sagr. tom. 15.

267 Et provintiam insuam revocat ditionem. Cron. de Viclara.

y Occidente, a cuya cabeza se hallaba un príncipe godo. La lucha comenzada en el palacio entre una reina y una princesa, va a proseguirse con las armas en el campo de batalla entre el padre y el hijo. Sevilla fue el teatro principal de esta sangrienta y lamentable querella, a la vez doméstica, civil y religiosa. Ejercitado y mañoso Leovigildo en el arte de sobornar, gana con dinero al jefe de los imperiales, a quien debió parecer mejor empuñar treinta mil sueldos que las armas con que había prometido auxiliar a Hermenegildo: el rey de los suevos que había acudido con gente en ayuda del príncipe godo se halla cortado, interceptado por el viejo monarca, imposibilitado de pelear, y forzado a pedir un acomodamiento; a poco tiempo le sorprendió la muerte[268]. Para apretar el cerco de Sevilla intentó Leovigildo torcer el curso del Guadalquivir y reedificar los muros de la antigua Itálica. Al cabo de dos años de asedio, convencido Hermenegildo de la imposibilidad de prolongar la resistencia huyó a Córdoba, donde tomó asilo en un templo. Sólo a instancias de su hermano Recaredo salió del lugar sagrado para arrojarse a los pies de su padre, cuya cólera esperaba desarmar, y así se lo había persuadido su hermano. Pero el severo Leovigildo, obrando más como monarca que como padre, y viendo en Hermenegildo menos al hijo humillado que al conspirador político y peligroso, le hace despojar de las insignias reales que llevaba, y cerrando el enojo la entrada a la piedad, le manda conducir a una prisión de Sevilla. Ni la dureza de la prisión, ni las privaciones, ni los halagos pudieron hacer que Hermenegildo renunciara a sus creencias religiosas. Desde allí, o si hemos de creer el testimonio de Juan de Viclara, desde Córdoba, fue desterrado a Valencia.

Las diminutas crónicas de aquel tiempo, sobre no hallarse muy contextes en el relato de algunas circunstancias de esta discordia fatal, tampoco arrojan demasiada luz para poder graduar con exacto nivel la parte de culpabilidad que cupo a cada uno de los ilustres actores de este drama funesto en conducirle al trágico desenlace que después tuvo. Mas todas nos representan al monarca y al príncipe, al padre y al hijo, obrando a impulso de la creencia religiosa y de la conveniencia política, y sacrificando a ellas, el respeto paternal el uno, la ternura filial el otro. Hermenegildo aparece por segunda vez aliado con los imperiales, protegido por el pueblo, en su mayor parte católico, y tal vez alentado por los reyes francos de las Galias, católicos también, y padres o parientes de Ingunda, haciendo armas contra el monarca. Nuevamente irritado Leovigildo, siempre impetuoso y duro, persigue a su hijo hasta hacerle prisionero, y le encierra en un calabozo de Tarragona. En vano trabaja Leovigildo por arrancar a su hijo una abjuración dela fe católica: Hermenegildo resiste a todas las sugestiones con la entereza de un héroe y con la firmeza y la imperturbabilidad de un mártir. Llegada la pascua, el padre le envía un obispo arriano para que reciba de su mano la comunión: el príncipe católico, perseverante en sus creencias, desoye las persuasiones del prelado hereje, y le despide con desabrimiento. El desairado obispo da cuenta al rey del resultado de su misión, y el arrebatado Leovigildo montando en cólera, expide la orden fatal: los satélites armados del enfurecido monarca penetran en la prisión de Hermenegildo: Sisberto su jefe descarga el golpe de su hacha sobre el cuello del ilustre prisionero, y la cabeza del príncipe católico cae rodando en cumplimiento de la orden del monarca arriano: el juez y el sentenciado, el verdugo y la víctima eran un padre y un hijo. La iglesia católica ha colocado a Hermenegildo en el catálogo de los santos mártires[269].

Tal fue el término lamentable y triste (585), que tuvieron las disidencias religiosas entre el monarca y el príncipe godos, después de cerca de seis años de alteraciones y de disturbios. La

---

268 Según el Viclarense, el rey Miro murió en el cerco de Sevilla; según San Gregorio de Tours, se volvió enfermo a Galicia, donde murió muy pronto.

269 Entre las muchas y contradictorias relaciones de estos lamentables sucesos que hemos examinado, nos hemos guiado principalmente para la nuestra por el cronista Juan de Viclara, escritor contemporáneo, el más inmediato al teatro de los acontecimientos, y a quien alcanzaron las persecuciones de Leovigildo, sin dejar de admitir de Gregorio de Tours, escritor contemporáneo también, pero que escribía más lejos del sitio en que los hechos acontecían, lo que no se opone a la relación del Viclarense, y que éste pudo omitir por el laconismo con que entonces se escribían las crónicas. Éste es tal, que San Isidoro nada dice de un hecho tan importante como la muerte de San Hermenegildo, y el de Viclara le dedica una sola línea en que dice: Hermenegildus in urbe Tarraconensi a Sisberto interficitur.

desgraciada princesa Ingunda, que se hallaba en poder de los imperiales, murió en África cuando era llevada a Coustantinopla con el hijo que de Hermenegildo había tenido. El huérfano príncipe llegó a su destino, y se educó y creció al lado del emperador griego Mauricio, hasta que su abuela Brunequilda solicitó vivamente su rescate y libertad.

En este intermedio Leovigildo había hecho celebrar en Toledo un concilio, en que aparentando querer concertar a los católicos con los arrianos se presentó una fórmula capciosa de bautizar que envolvía disimuladamente la misma herejía arriana. Algunos obispos católicos tuvieron la debilidad de suscribirla, con lo que menguó por entonces el partido de Hermenegildo. Mas esto no impidió al exaltado e intolerante monarca, que se había hecho mucho más iracundo con las contrariedades que su hijo y los católicos del reino le suscitaban, para que comenzara un sistema de cruda persecución contra los prelados y sacerdotes ortodoxos, ya desterrando a los más ilustres y virtuosos de entre ellos, entre los cuales lo fue a Barcelona el mismo Juan de Viclara, autor de la crónica, ya confiscándoles los bienes, ya llenando las cárceles de católicos, ya empleando los tormentos y los suplicios, y viose en el siglo VI. de la iglesia reproducir la herejía en España escenas semejantes a las que en el III. y IV. había ofrecido el paganismo. Fue el último desahogo de la herejía, sostenida por el trono y proscripta por el pueblo.

Por este tiempo acabó de desaparecer el reino de los suevos. El activo Leovigildo supo aprovechar la revolución que entre aquellas gentes estalló con motivo de la muerte de Miro. Habíale sucedido su hijo Eborico, joven de corta edad. Levantóse contra él un poderoso suevo llamado Andeca, y le arrebató el cetro. Habíale hecho cortar el cabello, ceremonia con que los hombres de la raza germánica inhabilitaban a los príncipes para reinar, y recluídole en un monasterio; casóse en seguida con su viuda para más asegurarse en el trono. Halló en esto Leovigildo especiosa ocasión y pretexto para acabar de aniquilar el imperio delos suevos, y pasando con su ejército a Galicia so color de castigar al usurpador Andeca, llevándolo todo a fuego y sangre, apoderóse fácilmente de Braga, residencia de Andeca, y usando con el intruso la propia conducta que él había tenido con Eborico, cortóle también el cabello, hízole ordenar de sacerdote, y le envió desterrado a Beja. Así acabó la monarquía de los suevos, quedando desde entonces sujeta al dominio de los godos a los ciento setenta y seis años de la primera invasión. La nación sueva quedó, pues, refundida en la monarquía visigoda.

Pero aún no han acabado las guerras para Leovigildo, cuya larga vida había de ser una cadena no interrumpida de graves acaecimientos, cada uno de los cuales había de valerle un triunfo. Los francos, siempre en acecho y siempre codiciosos de la Galia gótica, enemigos y rivales perpetuos de los godos, irritados además con la muerte de Hermenegildo su correligionario, pariente y aliado, resuelven despojar a los visigodos de sus bellas posesiones de la Galia. Gontran (*Gonth-hram*, fuerte en la batalla) de acuerdo con Childeberto (*Hilde-bert*, pasmoso en el combate), es el que toma a su cargo esta expedición, y la toma con ardor y coraje. «¿No es vergonzoso, les decía a sus tropas, que los abominables godos extiendan los limites de su imperio hasta las Galias?»[270] Y con todo el ejército de su reino dividido en dos cuerpos invade por ambos estremos la Septimania, llegando por la una parte a Nimes, por la otra a Carcasona. Esta última ciudad les abre las puertas, pero la brutalidad de los soldados francos subleva a los habitantes, que los arrojan denodadamente de su recinto, y colocan la cabeza del conde Terenciolo, jefe de los francos, clavada en una pica sobre la muralla.

Entretanto Leovigildo había dado orden a su hijo Recaredo para que pasase a las Galias a contener a los francos, que por la parte de Nimes habían hecho horribles destrozos: conducíanse como vándalos; la relación de sus atrocidades hecha por los mismos escritores de su nación hace estremecer. A la noticia de. la aproximación de Recaredo levantan el sitio de Nimes y se pronuncian en retirada; pero asolado antes por ellos mismos el país que tenían que atravesar, los más perecen de hambre y de miseria. Recaredo, aventados los enemigos a su sola presencia, avanza al territorio de los francos, penetra en él y toma varias fortalezas; Gontran desahoga su cólera reconviniendo a

270 Gregor.Turon. lib VIII., c. 30.

presencia de cuatro obispos a los generales vencidos, y atribuyendo los últimos desastres a su poca devoción por el culto de los santos. En esto llega el invierno, y Recaredo repasa los Pirineos y se vuelve a España dejando aseguradas de toda agresión las posesiones hispano-godas.

Leovigildo estaba siendo no menos afortunado por mar que por tierra. Mientras Recaredo se internaba victorioso en el país de los francos, una flota enviada por el rey Gontran había abordado a las costas de Galicia, con objeto de promover una insurrección en los suevos. Avisado Leovigildo oportunamente, prepara su armada, y los buques españoles destrozan los de los francos, pudiéndose salvar solo dos o tres para llevar a Gontran la nueva de la catástrofe[271].

Había negociado Leovigildo la boda de su hijo Recaredo con Ringunda, hija de Chilperico, que reinaba en París, especie de Nerón de los francos, y de la famosa Fredegunda. Vencidos ya algunos obstáculos, Leovigildo trató de traer a Ringunda a Toledo, y Chilperico hizo los convenientes preparativos para el viaje de su hija. Los conquistadores de la vieja Galia fundaban los dotes de sus hijas sobre los tributos que imponían a las propiedades y a las personas de sus súbditos, y Chilperico arrancó de sus casas a cuatro mil habitantes de París para que acompañasen en calidad de esclavos a la futura esposa de Recaredo: con esto y con cincuenta carros cargados de riquezas por el mismo medio arrancadas, púsose en camino el lujoso cortejo de la joven princesa. A poca distancia de París la brillante comitiva se ve asaltada por un cuerpo de caballería de otros francos: eran enviados por el rey Childeberto, tío de la novia, con encargo de protestar contra su matrimonio, y requerirla que se volviese a París. Median algunas explicaciones entre unos y otros, y la permiten al fin continuar su jornada, no sin llevarse cien caballos con frenos y caparazones de oro. Todos fueron azares en esta expedición nupcial. Grupos de paisanos armados de la Galia Meridional se oponían a su marcha. Llega en fin Ringunda a Tolosa: invade la ciudad el conde Desiderio, hijo natural de Clotario, y se apodera de todas las riquezas y de la persona misma de Ringunda: al propio tiempo llega la noticia de la muerte de su padre Chilperico: todo el mundo abandona a la prometida de Recaredo; su madre Fredegunda envía por ella; vuélvese Rigunda sola a París; Recaredo por su parte indispuesto con los francos renuncia a su mano, y queda deshecho este matrimonio. Recaredo casó después con la hija de uno de los principales godos de la Península llamada Bada.

Leovigildo, achacoso y anciano, fatigado ya también de tan largas luchas, queriendo dejar asegurada la paz del reino, entabló negociaciones de alianza con Gontran, rey de los francos. Mas todas sus gestiones se estrellaron en el carácter duro e inflexible de este monarca y en su inextinguible odio contra los godos. Irritado Leovigildo con tan obstinada repulsa, envía de nuevo a Recaredo a la Septimania. Pronto tuvo que volver el hijo a recoger los últimos suspiros del padre, cuyos achaques se habían agravado. Cuestiónase si Leovigildo algunos días antes de morir se convirtió a la fe católica, movido por las persuasiones de Leandro, metropolitano de Sevilla. Discrepan en esto los mismos cronistas, y es asunto sobre el que no pueden formarse sino conjeturas. Murió en Toledo a fines del año 586. Cuando llegó Recaredo a aquella ciudad le halló ya difunto.

Fue Leovigildo uno de los monarcas más grandes que tuvo el imperio godo. Guerrero de gran corazón, y astuto político, así supo vencer y sosegar todas las alteraciones intestinas, como refrenar y tener en respeto a los imperiales, restablecer la disciplina de su ejército, aniquilar la monarquía de los suevos y unirla a su corona, escarmentar a los francos y conquistarles plazas, y redondear y aún extender el imperio godo. Era diestro en el soborno, y mañoso en sembrar la discordia entre los enemigos. En la paz no desplegó menos actividad y energía que en la guerra. Como administrador asentó un sistema completo de hacienda: como legislador, modificó muchas de las disposiciones del código de Alarico, y le añadió leyes nuevas. Leovigildo creó instituciones que han durado hasta nuestros días; fue el primero que estableció el fisco real; el primero que adoptó las insignias que aún distinguen a los reyes de España, el trono, el manto, el cetro y la corona: el primero que se presentó

271 Naves quae de Galliis in Galleciam abierant ex jussu Leuvichilde regis vastatae sunt, res ablatoe, homines casi, nonnulli captivi... ex quibus pauci quodam modo scaphis erepti, patriae quae acta fuerunt nuntiaverunt. Greg. lib. VIII., c. 35.

en una asamblea pública revestido con estos atributos, y que sentado en un magnífico solio en su palacio de Toledo, recibía en audiencia los grandes, los obispos y el pueblo. Hasta aquí las voces de trono, de cetro y de corona, solo han podido usarse en sentido figurado: desde ahora ya son los verdaderos emblemas del poder real. Mas Leovigildo, por otra parte, era avaro, cruel, fanático por el arrianismo, y hemos visto hasta qué punto llevó su severidad con su hijo Hermenegildo.

Pero una revolución va a efectuarse en el imperio gótico. En todos tiempos, y aún más en aquellos en que el principio religioso es el elemento que principalmente influye en la política de los reyes y en la suerte de los pueblos, y en que las cuestiones de religión preocupan todos los ánimos y son las que producen las guerras y alteraciones, el acontecimiento más grande que puede sobrevenir es un cambio de creencias en los que rigen y gobiernan el estado. El que se preparaba en el reino hispano-gótico había de influir en la condición del pueblo español por largas generaciones y siglos, acaso hasta la consumación de ellos.

Muerto Leovigildo, fue reconocido, más bien que nombrado rey de los godos, su hijo Recaredo (*Reke*, venganza, *Rede*, palabra), que gozaba ya de gran reputación por su comportamiento en las campañas de la Septimania, volviendo así a restablecerse la sucesión dinástica como en tiempo de Teodoredo. La educación de Recaredo había sido, como la de su hermano Hermenegildo, propia para disponer su espíritu al conocimiento de la verdadera fe: las predicaciones del prelado más ilustre y más influyente de la iglesia española, Leandro de Sevilla su tío, el sostenedor infatigable de la lucha de su hermano, el que había convertido a éste y defendido su causa con tanta energía, habían labrado también en su ánimo, y si ya cuando príncipe no era Recaredo católico y acaso lo disimuló por no suscitar más contrariedades a su padre, por lo menos tan pronto como ciñó la diadema (586), disfrazó ya poco su tendencia al catolicismo. El suplicio de Sisberto, de aquel capitán de guardias que había tenido la honra poco envidiable de ser el ejecutor de la muerte de Hemenegildo, fuese o no Sisberto conspirador contra el nuevo monarca, mostró ya bien claramente que no era el arrianismo lo que Recaredo favorecía. Pero bastante ilustrado y discreto para conocer que el cambio de religión en un estado, por más dispuestos que parezca hallarse a él los pueblos, puede fácilmente producir alteraciones y disturbios, condújose con circunspección y prudencia, y diose tiempo para sondear antes la opinión del clero y de las poblaciones.

A los diez meses de reinado, cuando creyó ya estar seguro de que sería bien recibido en la nación el cambio que meditaba, anuncia pública y formalmente Recaredo que abraza la fe católica, tal como está contenida en el símbolo de Nicea, repone en sus iglesias a los obispos desterrados por Leovigildo, erige y dota monasterios, y sin valerse de la soberanía para mandar, emplea solo la exhortación con sus súbditos, españoles, godos y suevos, para que se conviertan como él al catolicismo[272].

Hiciéronlo así la mayor parte de los arrianos, pero algunos, más pertinaces, y principalmente aquellos prelados a quienes Leovigildo había colocado en las sillas de que expulsara a los obispos católicos y a quienes el nuevo monarca reponía, comenzaron a tramar contra él conjuraciones, así en España como en la Galia gótica. Aquí era Sunna, el obispo arriano de Mérida, que con los condes Segga y Víterico atentaban contra la vida del respetable Mausona, metropolitano católico de la misma silla desterrado por Leovigildo, y del duque Claudio, gobernador de Lusitania. Allá era el obispo arriano de Narbona Athaloco, a quien llamaban Arrio por su exaltación y fogosidad en sostener las doctrinas del heresiarca, y que en unión con otros dos condes ofrecía a Gontran la Septimania siempre que con sus tropas auxiliara la rebelión. Descubierta por el mismo Viterico la conjuración de Mérida, desterrado el obispo Sunna, y trasportado el conde Segga a Galicia después de haberle cortado las manos, otra conspiración se fraguó dentro del palacio mismo, que hubiera sido más peligrosa y temible si por fortuna no se hubiera frustrado también. Otro obispo arriano nombrado Uldila, de concierto con la reina Gosuinda, la viuda de los dos reyes Atanagildo y Leovigildo, de cuyo furor por el arrianismo tenía la familia real tan tristes pruebas, enderezaban sus

272 Ratione potius quam imperio converti ad catholicam fidem facit. Viclarens. Chron.

planes, ya no solo contra la doctrina ortodoxa, sino también contra la vida del monarca. Sabida por el rey esta conjura, el obispo salió desterrado de España, y la muerte que en aquella sazón sobrevino a Gosuinda ahorró a Recaredo el trabajo de discurrir el castigo que impondría a la viuda de su padre. ¿Nos maravillaremos de que a vista de tan repetidas conspiraciones se pusiera Recaredo en la necesidad de aparecer intolerante mandando recoger todos los escritos de los arrianos y entregarlos al fuego para que no quedara rastro escrito de aquella doctrina?

Y todavía no cesaron las conjuraciones. Al año siguiente un duque de provincia, llamado Argimundo, perteneciente al oficio palatino, conspiró simultáneamente contra la vida del rey y contra el trono de que pretendía apoderarse. Los cómplices de esta maquinación, también oportunamente descubierta, pagaron con la vida el atentado. Su jefe Argimundo, que aspiraba a ceñir la corona, sufrió la afrenta ignominiosa de ser paseado por las calles de Toledo, sentado sobre un jumento, con el cabello rapado y cortada la mano derecha, expuesto a la burla y escarnio de la plebe, después de lo cual se le condenó a muerte[273].

La novedad del cambio de religión en el monarca y en el pueblo era, demasiado importante para que Recaredo dejara de solemnizarla de la manera digna que tan gran negocio requería. Al efecto, convocado en Toledo un concilio general de todos los obispos de España (589), que era el tercero que se celebraba en aquella ciudad, congregados hasta el número de sesenta y dos prelados y cinco metropolitanos, entre los cuales se hallaba el esclarecido Leandro de Sevilla, alma y lumbrera de aquel concilio, presentóse el monarca ante la venerable asamblea; y renovando solemnemente el acta de abjuración del arrianismo, declaró en su nombre y en el de la reina Bada que abrazaba y profesaba la fe católica y el símbolo de Nicea, reconociendo la igualdad de las tres personas divinas. Exhorta seguidamente a los obispos arrianos y a los grandes que asistían al concilio a que sigan e imiten su ejemplo en obsequio a la unidad de la iglesia. Un prelado pregunta en su nombre si se adhieren a los sentimientos del monarca, y como por una inspiración providencial todos suscriben a la profesión de fe de Recaredo, el cual entrega por su mano a los obispos el *tomo regio*, que contenía los puntos relativos al buen orden y disciplina de la iglesia de que el concilio se había después de ocupar.

Así quedó la religión católica solemnemente proclamada la religión del estado en España. Así triunfó el principio religioso, el emblema de la civilización que se había anunciado en Judea, que había subido al trono de los Césares con Constantino, y que depurado de la herejía después de algunos siglos de controversia y de lucha, se asentó puro y sin mancilla en el trono español, esperamos que para no descender de él jamás. «Si los monarcas españoles, dijimos en nuestro discurso preliminar, se decoran hoy con el título de Majestades católicas, la historia nos enseña su origen y nos lleva a buscarle en Recaredo.» Celebróse tan fausto acontecimiento con demostraciones públicas de alegría en toda España, y Roma saltó de regocijo. Interesantes son las cartas que con tan feliz motivo dirigía el papa San Gregorio el Grande, ya al monarca español, ya al ilustre prelado de Sevilla San Leandro. «¿Qué diré en el juicio final, le decía a Recaredo, cuando me presente con las manos vacías, y vos vayáis seguido de rebaños de fieles cuyas almas habéis ganado a la fe con solo el imperio de la persuasión? Cargo terrible, que acusará la tibieza y ociosidad del gran pastor de los fieles, cuando se vean las santas fatigas de los reyes cristianos para la conversión de las almas.»[274] Y envióle con esta carta, en retorno de los presentes que de él había recibido, un fragmento de la verdadera cruz, algunos cabellos de San Juan Bautista, y dos llaves, la una tocada en el cuerpo del apóstol San Pedro, la otra en que habían entrado limaduras de las cadenas con que el santo había estado aprisionado.

Pero los negocios de la religión no habían estorbado a Recaredo atender a los de la guerra. Movíasela en la Galia gótica el implacable Gontran, único de los reyes francos que se había negado a toda proposición de alianza ni de paz con el monarca visigodo después de su conversión al catolicismo. Habiendo Recaredo pedido en matrimonio a Clodosuinda, hermana de Childeberto

273 Juan de Viclara, que termina su crónica con la relación de este suceso.
274 Greg. Mag. lib. VIII., ep. 128.

(con quien parece no llegó al fin a casarse), otorgábasele la mano de la princesa franca con tal que Gontran diera su consentimiento. «¿Cómo queréis, contestó el vengativo rey de Borgoña a los enviados de Recaredo, que yo fíe en vuestras promesas cuando mi sobrina Ingunda se vio en una prisión, y vuestra perfidia la hizo morir en un destierro mientras su marido caía bajo el hacha del verdugo? Andad, y decid a vuestro señor, que no recibiré de él embajada alguna. Dios me ordena veugar a Ingunda, y obedeceré a Dios.»[275] Así el obispo arriano de Narbona le encontró dispuesto a auxiliar la rebelión de la Septimania, y el conde Desiderio fue enviado por Gontran con un cuerpo de tropas para apoyar la sublevación del fogoso y ambicioso prelado. Derrotados los rebeldes por el ejército de Recaredo, esperaba el monarca visigodo que el obstinado Gontran se determinaría a aceptar la paz que otra vez le propuso: pero el odio inveterado de Gontran al soberano español pudo en su ánimo más que su conveniencia propia, y volvió a rechazarle con cólera y enojo. Antes haciendo un llamamiento general a todos los hombres de armas de su reino, resolvió en su soberbia despojar a Recaredo de la Septimania: sesenta mil hombres al mando de Boson penetraron en la bella provincia del dominio gótico. Contra tan formidable fuerza envió Recaredo al duque Claudio, gobernador de la Lusitania. Condújose el experimentado general español en esta campaña con tal destreza y valentía, que habiendo atraído al numeroso ejército franco a un estrecho y montuoso valle, donde tenía emboscado un escaso pero escogido cuerpo de godos, imposibilitadas las masas enemigas de revolverse y evolucionar en aquella estrechura, ejecutaron en ella los godos tan espantosa carnicería, que el triunfo de Claudio en aquella ocasión se cuenta por el mayor que habían alcanzado los godos desde la famosa batalla de los campos Cataláunicos. «Jamás, dice San Isidoro, dieron los godos en España batalla mayor ni aún semejante.»[276] Las crónicas cristianas suponen que los soldados de Claudio no pasaban de trescientos, y atribuyen a milagro tan señalada victoria. De todos modos fue portentoso el triunfo, y tan eficaz, que ni Gontran con todo su encono, ni los demás reyes francos, se atrevieron a inquietar a los godos en la posesión de la Septimania.

En cuanto a los griegos imperiales de la Bética, tuvo también Recaredo que combatirlos para reprimir sus incursiones. Pero queriendo respetar las posesiones que obtuviesen legítimamente en virtud del tratado entre Justiniano y Atanagildo, y habiendo éste perecido en el incendio de los archivos de Constantinopla, encargóse el papa Gregorio Magno de negociar con el emperador Mauricio otro tratado, por el que se inhibía a los bizantinos toda conquista en el interior de España, asegurándoles sus primitivas posesiones del litoral. Así quedaron todavía apegados a la costa de España aquellos extranjeros tan indiscretamente traídos.

Invirtió Recaredo los años siguientes de su reinado en promover la unidad nacional y la felicidad interior de su pueblo. Habiendo ya reunido a todos sus súbditos, godos, suevos, galos y romano-hispanos, bajo una fe, y establecido la unidad del principio religioso, quiso también igualarlos en los derechos civiles, sometiéndolos a todos a una misma legislación. Si no abolió el *Breviario de Alarico*, hizo por lo menos muchas leyes que mandó fuesen obligatorias indistintamente para los pueblos: echando de este modo los cimientos de la unidad política sobre la base de la unidad religiosa, que eran los dos principios de que había de partir la civilización moderna. Mostrando en todo su tendencia hacia las tradiciones del imperio, la lengua latina fue reemplazando en los actos públicos, en el servicio divino, y hasta en la vida privada a la lengua gótica; los empleos de la corte tomaron títulos latinos, y comenzando a fundirse en una sola las dos razas hasta entonces separadas por la religión y las leyes, fueron perdiendo también su tinte nativo las costumbres góticas. Llevando al extremo la imitación de los Césares de Oriente, tomo el título bizantino de Flavio, que adoptaron también sus sucesores, a estilo de los reyes ostrogodos y lombardos.

Fue Recaredo el primer rey godo que se hizo ungir con el óleo santo por la mano de los obispos en la iglesia metropolitana de Toledo. De su tiempo data la importancia de los célebres

275 Id. lib. IX.
276 Nulla unquam in Hispaniis Gothorum vel major vel similis extitit. Isidor. Hisp. Hist.- Goth.

concilios de aquella ciudad, y la influencia y preponderancia del clero, no ya solo en los negocios eclesiásticos, sino también en los políticos y de estado.

Murió este gran príncipe, cuando se hallaba consagrado a la revisión y reforma de las leyes eclesiásticas y civiles, en Toledo a los quince años de su glorioso reinado (febrero de 601). Príncipe verdaderamente grande, si la grandeza de un rey se ha de medir, como creemos, por los beneficios que dispensa a sus pueblos, y por las instituciones útiles con que los dota para su felicidad futura. «Era, dice San Isidoro, de un natural amable, pacifico y bondadoso, y tal el imperio de su dulzura sobre los corazones, que sus mismos enemigos no podían resistir al atractivo que los arrastraba hacia él. Liberal hasta el extremo, restituyó a sus propietarios todos los bienes que les había confiscado su padre. Sus riquezas eran de los pobres tanto como suyas; porque sabía que no había recibido el poder sino para hacer buen uso de él, y para merecer un fin dichoso por medio de las buenas obras.» «No se hallaría acaso, dice un escritor de nuestros días, en aquella época triste un reinado en que se vertiera menos sangre, en que se cometieran menos violencias, menos atentados a la fortuna pública o privada. Y sin embargo, continuas conjuraciones amenazaron la vida de este príncipe tan digno de ser amado. La nobleza, cuyo influjo disminuyó por favorecer el del clero, no le perdonó nunca, y la veremos pronto tomar venganza en su descendencia.»

CAPÍTULO IV.
ORGANIZACIÓN RELIGIOSA, POLÍTICA Y CIVIL DEL REINO GODO-HISPANO HASTA EL SIGLO VII.

I. Consideraciones sobre la trasformación social que obró en España la conquista de los godos.—Doble misión que éstos traían.—Cómo la llenaron.—Cómo y con qué elementos se fue realizando la fusión entre el pueblo vencedor y el pueblo vencido.—II. Organización religiosa.—Orden jerárquico del clero.—Metropolitanos, obispos, presbíteros, etc.—Primeros concilios.—Monjes y monjas.—Origen y diferencias de la vida monástica.—Sobre el matrimonio de los clérigos. Celibatismo. Leyes para reprimir y castigar la incontinencia.—Rentas eclesiásticas. Su distribución.—III. Organización política.—Monarquía electiva.—Atribuciones de la corona.—Magistrados de provincia.—Oficio palatino.—Gobierno municipal.—Diversas clases de siervos entre los godos.—IV. Organización militar.—Duques, condes, millenarios, etc.—Servicio militar.—Armas y trajes de los soldados godos.—V. Algunas costumbres del pueblo visigodo.

I. ¡Qué revolución tan grande ha sufrido España en el período que acabamos de bosquejar! Gobierno, religión, leyes, costumbres, todo ha variado. Lo maravilloso de esta trasformación es que unos pueblos designados con el nombre aterrador de bárbaros; que una horda cuya planta salvaje iba dejando tras sí la huella de la devastación y de la ruina; que unas tribus que iban arrasando la tierra como una lengua de fuego; que unas razas desprendidas de las regiones ásperas y frías del Norte a los suaves y abundosos climas del Mediodía y Occidente como manadas de lobos hambrientos en busca de presas que devorar; que unos hombres que en su marcha de destrucción mezclaban los despojos de las ciudades destruidas con los insepultos cadáveres amasados con su misma sangre como la uva de un horrible lagar[277]; que unas gentes que parecían ser el azote enviado por la Providencia para castigar la humanidad de un modo que resonara por los espacios de los siglos futuros, hayan sido los que fundieron y reorganizaron la sociedad humana, los que reedificaron sobre ruinas y lagos de sangre imperios que aún duran, los que fundaron en España una nación, los que declararon culto del Estado el mismo que hoy subsiste, los que dieron a los pueblos leyes que aún se veneran, los que celebraron asambleas religiosas que se admirarán y respetarán siempre, los mismos en fin que legaron a los reyes de España su título más glorioso, y de quienes la más alta nobleza española se envanece de hacer derivar su genealogía, y cuya sangre corre acaso todavía por las venas de los actuales españoles.

¿Cómo se obró esta revolución social? ¿Cómo con tales elementos se levantó un edificio, no perfecto y acabado, pero sí majestuoso y robusto, y aún de más vastas dimensiones que el que hoy existe? ¿Cómo tras una descomposición social tan espantosa y ruda pudo seguir la sociedad humana esa marcha hacia la perfectibilidad progresiva a que está destinada por el que rige sus destinos y la guía en la carrera de los tiempos? Acontecimientos son estos que no pueden dejar de ser considerados por el historiador, si se ha de buscar el enlace de lo pasado con lo presente y de lo presente con lo futuro.

Bien nos acordábamos de esto, cuando dijimos en nuestro discurso: «El mundo presencia a veces el espectáculo de un pueblo que sucumbe a los golpes destructores de un genio exterminador: pero de esta catástrofe viene a resultar, o la libertad de otros pueblos, o el descubrimiento de una verdad fecundante, o la conquista de una idea que aprovecha a la masa común del género humano... A veces, pueblos, sociedades, formas, todo desaparece a los sentidos externos; y es que la vida social ha alcanzado bajo nuevas formas y en nuevas alianzas el siguiente período de su desarrollo, y nuevas generaciones van a funcionar con más robusta vida en el mismo teatro en que otras perecieron.»

Considerando, según nuestros principios y nuestro dogma histórico, la vida universal de la humanidad y la vida propia de cada sociedad y de cada pueblo en relación con aquella, no podemos dejar de ver en las razas bárbaras que inundaron el antiguo mundo los instrumentos de la ejecución de dos grandes designios providenciales, el de libertar la humanidad de la tutela de un solo pueblo,

277 Velut in quodam horrendo torculari mixta... Hist. Gild.

de una sola ciudad que había civilizado el mundo, pero que le había corrompido también, y el de fundar nuevas y particulares sociedades sobre la base de otro principio civilizador más provechoso a la gran familia humana. A esta doble misión cooperaron los godos con los demás pueblos indo-germanos, y aún les tocó la primera y más principal parte en la ejecución. Pero los godos tenían otra doble misión propia y especial que cumplir, la de aniquilar a otros pueblos más bárbaros que ellos cuando éstos hubieran llenado ya la suya, y la de fundar dos reinos góticos en Mediodía y Occidente, en Italia y en España. Así lo realizan las dos grandes ramas del pueblo gótico, los ostrogodos en Italia, en España los visigodos. Examinemos cómo y con qué elementos ejecutaron su secreto designio los que a España vinieron, que es lo que a nosotros nos corresponde.

Los visigodos, los menos rudos y menos feroces de los pueblos septentrionales, y los más dispuestos a la vida social, según nos los pintan Tácito, Sidonio Apolinar, Salviano, Orosio, todos los escritores desde César hasta San Isidoro de Sevilla, habían estado mucho tiempo en contacto con el pueblo romano, habían mediado entre ellos y los imperiales muchos tratos y negociaciones, en sus excursiones militares habían visto los pueblos cultos de Grecia y de Italia, habían gozado las comodidades de las artes, conocido las ventajas de la cultura y de las leyes, sus jefes se gloriaban de amarlas y aún de imitarlas, y sobre todo habían dado entrada al principio civilizador del cristianismo desde los primeros reyes que conocemos, Atanarico, Fritigerno, Alarico, desde la predicación de Ulfilas. Así, cuando traspusieron los Alpes, sin poder decir que viniesen ya doctos, por lo menos traían notablemente modificada su rudeza primitiva, y manifiestamente se diferenciaban de los otros bárbaros. Alarico se condujo en Roma con más moderación de la que se hubiera podido esperar, y que no hubieran usado otros conquistadores. Ataúlfo se portó con su ilustre cautiva la hermana de Honorio con una templanza que no desmerece de la tan encomiada conducta de Escipión con la desposada de Alucio. Si el cónsul romano hubiera amado a la joven de Cartagena, como el rey godo amaba a la princesa romana y aquella hubiera estado libre como esta, no habría podido tratarla con más nobleza que haciéndola su esposa, como lo hizo Ataúlfo, guardándolo todas las consideraciones debidas a princesa imperial y a esposa de un rey. Ataúlfo además tuvo el pensamiento de sustituir al imperio de los Césares un imperio gótico. Conociendo luego la imposibilidad de realizarlo por la poca aptitud para ello de su pueblo, varió de designio, y se propuso ser el restaurador del imperio romano[278]. En uno y otro pensamiento se descubre ya el desarrollo de la inteligencia, se revelan ideas de civilización.

Sigerico, que mató a los hijos de Ataúlfo y maltrató inhumanamente a Placidia, fue asesinado por los suyos. El castigo fue rudo, pero no conocían otro y quisieron vengar la humanidad ultrajada. Lejos estuvieron también los godos de cometer en las Galias los robos y saqueos, las muertes atroces, las ejecuciones sangrientas, los suplicios horribles con que allí se señalaron los francos, aquella raza cabelluda que fundó la monarquía Merovingia en Francia. «La conquista de las provincias meridionales y orientales de la Galia, dice Agustín Thierry, por los visigodos y borgoñones, estuvo muy distante de ser tan violenta como la del Norte por los francos... A su entrada en la Galia se mostraron en lo general tolerantes (los visigodos)... Ellos unían a un espíritu de justicia más inteligencia y más gusto por la civilización.»

Fortuna de España fue, en medio de la general subversión, que le tocaran en suerte estos conquistadores. Así se vio prosperar el imperio godo-hispano más y con más rapidez que otro alguno de los que se levantaron sobre los escombros del antiguo imperio.

A los setenta años de haber sido invadida España habían cumplido los godos la primera parte de su misión, la de destruir o lanzar los otros bárbaros, y dan principio a la segunda, la de organizar un gobierno y un estado. En Eurico, en cuyo tiempo se pudo decir ya con verdad; «España tiene un rey godo», se ye la civilización ir venciendo a la barbarie. Eurico subió al poder por un fratricidio: aquí se ven aún los instintos del godo bárbaro; pero después rige el imperio con justicia, y da leyes escritas a su pueblo: éste es ya el godo civilizado.

278 Paul. Oros. lib. VII.

Por una coincidencia que parece providencial, al mismo tiempo que un rey godo acababa en España con los últimos restos de la dominación romana, salía desterrado de Roma el último de los Césares, como si se hubiera detenido el postrer suspiro del imperio de Occidente hasta que España pudiera decir: «aquí también acabó Roma.» Pero la corte del reino godo-hispano permanece aún en la Galia, hasta que dos reinados después traslada Amalarico su asiento a Sevilla, y aún tarda cuarenta y tres años en fijarse en Toledo para no mudarse de allí hasta que perezca la monarquía. Al ver a Leovigildo en el último tercio del siglo VI. en el soberbio salón de un palacio, sentado en un magnífico solio, con su corona brillante en la cabeza, su manto de púrpura sobre los hombros, dando audiencia a los obispos y próceres de la corte, y juzgando con arreglo a una legislación escrita, ¿quién hubiera sido capaz de reconocer a aquellos antiguos godos semi-salvajes, que nos pintaba Sidonio Apolinar reunidos en asamblea debajo de un árbol silvestre, cubiertos con pieles de animales aseguradas con simples correas, y dejando desnuda la mayor parte de su cuerpo? ¿Y cómo habían llegado a este grado de cultura?

La templanza de este clima, que llegó a suavizar hasta la rústica ferocidad de los suevos, no podía menos de influir en la índole menos ruda y feroz de los visigodos. Este pueblo, que había soltado, por decirlo así, la áspera corteza del desierto cuando vino a España, que se distinguía por su tendencia a la imitación de las costumbres romanas que halló establecidas en la Península, estaba destinado a irse fundiendo por las costumbres, por la religión y por las leyes, en el mismo pueblo que había conquistado por las armas. Esta fusión, de que había de resultar una sociedad ni continuación de la antigua, ni enteramente nueva (porque ni la humanidad nace más de una vez, ni se extingue nunca su vida), es uno de los acontecimientos que deben estudiar más el historiador y el filósofo, y en que nos parece haberse detenido poco los historiadores que nos han precedido. Veamos cómo se fue obrando esta fusión.

Traían los godos consigo el sentimiento de la dignidad personal, de la libertad individual, del horror a la esclavitud, de la frugalidad y la templanza, del respeto a la mujer, de la fidelidad conyugal, y de la compasión al desgraciado[279]. Estos sentimientos, tan conformes a la índole y preceptos del cristianismo, en que ya venían imbuidos, eran elementos que habían de servir de base a la sociedad que se reconstruía, en reemplazo de la esclavitud romana, del desenfreno y relajación de las costumbres antiguas, de la gastronomía y la molicie, del desprecio a los lazos del matrimonio y de la familia, de las cortesanas divinizadas, de los combates de hombres y de fieras, de los espectáculos sangrientos y de las hecatombes humanas. Pero en cambio traían también el respeto y la afición a la legislación de los romanos, y la religión que de ellos habían aprendido, dos principios que habían de entrar en la vida de la nueva sociedad como herencias de la sociedad antigua, y que habían de acabar por identificarlos con los pueblos conquistados. Mas esta fusión no podía ser repentina, necesitaba hacerse poco a poco y con el concurso lento de los años.

Eurico, gran conquistador y primer legislador, promulgaba leyes para solos los godos. Alarico II., guerrero desgraciado y legislador feliz, las hace para solos los galos y romano-hispanos. El primero reduce a leyes escritas las tradiciones y costumbres primitivas de los conquistadores con aplicación a su condición reciente: el segundo toma de los códigos romanos, gregoriano, hermogeniano y teodosiano, lo conveniente para el gobierno de los conquistados. Ambos legisladores obran ya, no como caudillos rústicos de hordas o tribus, sino como reyes de un pueblo que se ha convertido en nación. Pero hasta ahora ambos pueblos, godo y español, viven regidos cada cual por sus leyes, sus derechos y sus tribunales propios, aunque sujetos a un mismo monarca. Hasta los matrimonios estaban prohibidos entre godos e indígenas. Mas Leovigildo, el monarca poderoso que tomó de los romanos el esplendor de la corte y el brillo de los atributos de la majestad, había pasado ya por encima de la ley y casádose con una española: tendencia a la unión, que las leyes no podían ya contener. Recaredo, que se propuso uniformar los dos pueblos por la fe,

279 Salv. de Gubernat.—«Los godos, observando la fidelidad de los matrimonios con gran severidad, acostumbraron a tomar sus mujeres, no como señoras, ni para sus delicias, sino como compañeras del lecho y de las fatigas.»- Juan Magno, Hist. de los godos y de los suevos.

promulgó también leyes nuevas, que mandó ya fuesen indistintamente obligatorias a ambas naciones. La fusión ha comenzado a obrarse legalmente: de cómo llegó a su complemento hablaremos más adelante, pues ahora solo nos proponemos exponer el estado moral y político del imperio hasta la época a que hemos llegado en la narración histórica.

Otro de los elementos de fusión había de ser el principio religioso. Aún cuando de todas las sectas arrianas la de los godos era la que se aproximaba más al catolicismo, bastaba no obstante la diferencia en un punto dogmático para tener separados los dos pueblos, el dominante, infestado de la herejía, y el dominado, casi en su totalidad católico ortodoxo. Comenzó, pues, en la España gótica la misma lucha entre el arrianismo y catolicismo que habían sostenido en el antiguo imperio el cristianismo y la idolatría. No advertían los godos lo que su falsa creencia les perjudicaba, y si lo advertían, su obcecación les hacía no poner remedio. Los reyes francos, que eran católicos, les movían guerras en las Galias por arrianos, y los obispos católicos de la misma Galia gótica deseaban la dominación de los francos[280], los concitaban y daban la mano a los reyes extraños contra los monarcas propios. No fue otra la causa de haber perdido la Aquitania. Un rey godo (Amalarico), trae a su lecho conyugal una princesa franca; intenta convertirla al arrianismo, la oprime, la maltrata, y las violencias del arriano provocan la invasión de un ejército extranjero en España como vengador del catolicismo ultrajado; ejército que sólo las reliquias de un mártir logran ahuyentar. Las hijas de Atanagildo son dadas en matrimonio a dos príncipes francos, y ambas se hacen católicas. El catolicismo iba acercándose a las gradas del trono. Ya gana a los príncipes mismos asociados al imperio, y Hermenegildo le proclama abiertamente. Llevaba la misma marcha que el cristianismo en el imperio romano, subiendo del pueblo al trono: de Atanagildo se dijo ya que había profesado secretamente la fe católica, como del emperador Filipo se había dicho en Roma que de oculto era cristiano: era el instinto popular que o penetraba lo que sucedía o barruntaba lo que tenía que suceder: era el triunfo de la verdad que seguía la misma marcha en Roma que en España.

Decretado estaba que ni en Roma habían de ahogar las persecuciones de los emperadores gentiles el triunfo del cristianismo, ni en España había de sofocar la dureza de los reyes arrianos el triunfo de la fe católica, y que si Roma tuvo un Constantino, no había de carecer de él España. Subió al trono Recaredo, y con él acabó de triunfar la verdad del principio religioso. Los conquistadores cedieron a la civilización del pueblo conquistado, y se consumó entre los dos pueblos la fusión religiosa, precursora de la unidad política, que como hemos visto, apuntaba ya. Cuando Recaredo hizo su conversión solemne, la España católica no era ya una secta, no era un partido, era una nación popular que se absorbía la nación del trono.

Por lo demás, la iglesia católica, aún durante la dominación arriana, no había dejado de florecer progresivamente, merced a la libertad que le dejaba cierta tolerancia de parte de los dominadores, que solamente solían faltar a ella en ocasiones dadas, como en los tiempos de Eurico y Leovigildo, que veían al clero católico favorecer abiertamente, ya en la Galia, ya en España, a los que combatían el trono. Prelados insignes honraron el episcopado católico español desde Osio de Córdoba basta Leandro de Sevilla, dos astros que derramaron vivísima luz sobre el horizonte cristiano, en el cual veremos todavía ir apareciendo nuevas y brillantes lumbreras, que harán de la iglesia de España una de las más bellas porciones de la cristiandad. Hasta la época en que históricamente nos hallamos, casi todo el clero se componía de indígenas; habiéndose reservado la raza dominadora los principales empleos civiles y militares, la ciencia, la virtud y el talento de los naturales se habían refugiado a la iglesia, que de este modo vino a hacerse el centro del saber y de la cultura intelectual. Obispos godos había pocos, y estos en lo general arrianos: ocho solamente había en el concilio tercero de Toledo. Después de la conversión de Recaredo, y cuando la iglesia fue adquiriendo preponderancia, consideración, y hasta autoridad en las cosas de la gobernación del Estado, entonces ya la nobleza goda solía preferir el cayado del obispo a la espada del duque, y los nombres de forma gótica son más frecuentes en las suscripciones de los concilios. Mas esta novedad pertenece ya a un tiempo a que no hemos llegado aún en nuestra narración.

280 Cum eos omnes Galliarum episcopi desiderabili amore cupereni regnare, etc. Grego. Turon.- XXIII.

II. El orden jerárquico del clero se componía de metropolitanos[281], obispos sufragáneos, presbíteros, diáconos, subdiáconos, lectores, salmistas, exorcistas, acólitos y hostiarios, cuyas respectivas funciones casi las explican bastante sus nombres propios. A estos se añadieron en el siglo VI. los arciprestes, arcedianos y primicieros. Las diócesis metropolitanas correspondían a las cinco grandes provincias romanas. Mientras los greco-bizantinos ocuparon una parte de la Cartaginense, Toledo era la metrópoli de los godo-hispanos; creció su importancia desde que se fijó en ella el asiento de la corte gótica, importancia que había de ir en aumento, hasta ser, tiempo andando, como más adelante habremos de ver, la silla primada de España.

Sabido es que los obispos en los primeros siglos de la iglesia eran nombrados por el pueblo y el clero; las parroquias proponían después el candidato que habían elegido al concilio, que debía ratificar su elección y hacerla confirmar por el metropolitano. Las variaciones que desde el siglo VII. se introdujeron en la elección y nombramiento de estas altas dignidades eclesiásticas, las iremos viendo en los capítulos sucesivos; que por la misma razón de haber variado el gobierno eclesiástico, político y civil de los godos en muchos puntos esenciales desde el reinado de Recaredo, hemos hecho esta línea divisoria,para que sabida la organización del estado hasta esta época se comprendan mejor las alteraciones o modificaciones que sufriera después.

Las asambleas eclesiásticas a que se dio el nombre de concilios, eran ya de antiguo conocidas en nuestro suelo. Desde el concilio de Iliberi, contemporáneo del de Nicea, hasta el nacional de Toledo de 589, en que el inmortal Recaredo hizo su solemne profesión de fe, habíanse celebrado varios otros concilios, en Zaragoza, Tarragona, Barcelona, Lérida, Valencia, Braga y Toledo, ya para la condenación de alguna herejía, como la de los priscilianistas, ya para arreglar lo concerniente al gobierno y disciplina de la iglesia. En estas reuniones religiosas habíanse tratado sólo asuntos eclesiásticos. Recaredo fue el primero que con todo el ardor de un neófito, comenzó en el tercer concilio toledano a dar a estas asambleas conocimiento y decisión en negocios pertenecientes al gobierno temporal de los pueblos. Entre otras medidas de esta naturaleza que se acordaron en este concilio se mandó que los jueces seculares y los recaudadores de los tributos hubieran de presentarse ante el provincial que había de celebrarse cada año, para que los obispos residenciaran su conducta y vieran si habían gravado demasiado a los pueblos[282]. Una vez traspasados los límites de lo religioso, e introducida la potestad eclesiástica en los dominios de la legislación civil, atendido por otra parte el espíritu piadoso de la época y el influjo que naturalmente había de ejercer el clero, en quien se había concentrado la escasa ilustración de aquellos tiempos, y en el cual se hallaban los hombres de más ciencia y de más saber, pronto hemos de ver los sínodos convertidos en asambleas semi-religiosas, semi-políticas, al episcopado intervenir en los negocios de la corona, y la autoridad real mezclarse en las cosas pertenecientes al sacerdocio. El gobierno del imperio gótico tomará una nueva fisonomía, cuya conveniencia examinaremos a su tiempo.

Aunque no es de nuestro propósito hacer una exposición detenida de la disciplina de la iglesia goda, ni de las variaciones que sucesivamente fue teniendo, porque esto corresponde a las historias eclesiásticas, no nos es posible desentendernos de dar a conocer el principio y la índole de clases y de instituciones que llegaron a ejercer influjo grande en la condición social del país. Tal es, por ejemplo, la institución del monacato.

La vida monástica tuvo su cuna y origen en la vida eremítica. Los monjes, antes de ser cenobitas, fueron solitarios. Hombres o mujeres se consagraban en la soledad al servicio de Dios en la vida contemplativa. Ofrecíanle la virginidad como la ofrenda más grata. Antigua debía ser ya esta costumbre en España cuando en su primer concilio, el Iliberitano, hubo necesidad de imponer penas a las vírgenes consagradas a Dios que faltando a la promesa de guardar virginidad hacían una vida

281 No se conoció hasta más tarde la dignidad del arzobispado, y los que Mariana y otros autores nombran arzobispos, refiriéndose a este tiempo se entiende que eran los metropolitanos.

282 Concil. Tolet. III. c. 48.

licenciosa, negándoles la comunión hasta en el artículo de la muerte[283]. Sin duda penetrados los obispos del concilio de Zaragoza de 380 de la dificultad de conservar estado tan perfecto en la edad de las pasiones, dispusieron muy prudentemente que no se diera el velo a las vírgenes que se consagraban a Dios hasta la edad de cuarenta años[284]. En el mismo concilio se hace mención por primera vez de monjes, estableciendo penas contra los clérigos que por vanidad dejaban los oficios de su ministerio y se hacían monjes[285]. Y la necesidad de castigar el abuso supone ya antigüedad en la práctica o profesión. Pero estos monjes eran solitarios que vivían aisladamente en ermitas o lugares retirados. La vida cenobítica no debió conocerse hasta últimos del siglo V. o principios del VI. El concilio de Tarragona de 516 es el primero en que se habla de monasterios[286]. Mas eran todavía comunidades que se regían bajo la sola dirección de obispos o abades, sin reglas determinadas, y sujetas a los cánones provinciales. Es la segunda forma de la vida monástica. Hacia mediados del sexto siglo fue cuando se fundaron en España dos monasterios en que un número de monjes se juntaron a hacer vida común bajo una regla y una constitución particular y determinada. Fueron estos el de Dumio, cerca de Braga, fundado por San Martín, llamado por esto el Dumiense o Bracarense, y el monasterio servitano que fundó en el reino de Valencia el abad San Donato, que había venido de África con gran número de monjes disciplinados ya[287]. Esta tercera forma monástica fue la que prevaleció, y los monasterios so fueron multiplicando prodigiosamente por los medios y hasta el punto que en el discurso de la historia veremos. Todos sin embargo, estaban en aquel tiempo sujetos a la autoridad, jurisdicción y cuidado de los obispos.

Continuaban no obstante muchos haciendo la vida eremítica en lugares retirados, apartados de la comunicación de los hombres. Pero no debía ser muy ejemplar la conducta de estos anacoretas, ni inspirar gran confianza al clero secular y regular, cuando los concilios tuvieron precisión de mandar que pasasen a vivir en los monasterios los ermitaños que andaban diseminados por las soledades y desiertos de la Península, y San Isidoro se quejaba amargamente de unos hombres que no eran ni clérigos, ni monjes, ni legos, y que guardaban la exterioridad sólo, no la práctica de la religión.[288]

De la misma manera había diferentes especies de religiosas. Ya eran jóvenes doncellas, que sin salir de la casa paterna hacían voto de perpetua virginidad y recibían del obispo la bendición y el velo blanco, símbolo de la pureza. Ya eran viudas de un solo marido, que haciendo voto solemne escrito y firmado de su mano de guardar castidad el resto de su vida, tomaban el velo negro y el hábito religioso. Ya eran vírgenes o viudas que para huir de los peligros del mundo se encerraban de por vida de un claustro, o bien en un monasterio de mujeres solas, o bien en monasterios mixtos, en que habitaban religiosos de ambos sexos, pero en que sólo era común la iglesia. Estos monasterios, lo mismo que los de los monjes, estaban bajo la jurisdicción y vigilancia de los diocesanos, y los concilios castigaban con severas penas eclesiásticas las infracciones de los votos de castidad. La ley obligaba a las viudas de los obispos, de los presbíteros y de los diáconos, a tomar el hábito religioso.

Llenos están los concilios de los primeros siglos de la iglesia española de disposiciones acerca del matrimonio o de la continencia de los clérigos. Nada mejor que los decretos conciliares nos informa de la disciplina y de las costumbres del clero en esta importante materia.

El concilio Iliberitano (principios del siglo IV.), mandó a los obispos, presbíteros, diáconos, y a todos los clérigos que estuviesen de servicio, que se abstuviesen de su mujeres, so pena de ser

283 Virgines quae se Deo dica verunt, si pactum perdiderint virgininatis, atque eidem libidini servierint, placuit nec in finem sis dandam communionem. Quod si semel persuasoe, etc. Conc. Illiberit. c. 13.

284 Item lectum est non velandus esse virgines quae se Deo voverint, nisi quadraginta annorum probata aetate, quam sacerdos comprobaverit. Conc. Caesar Aug. c. 8.

285 Si quis de clericis propter luxum vanitatemque praesumptam, Id. c. 6.

286 Concil. Tarracon c. 11.

287 S. Isidor. de Eccles. offic. lib. II.—G. Gres, Turon, lib. I —S. Ildeph. de Vir. Illust.

288 Habentes signum religionis, non religionis officium, Hippocentauris símiles, neque equi, neque homines, mixtumque (ut- ait poeta) genus, prolisque biformis. Sanct. Isid. de Eccl. off. I. II.

privados del honor de la clericatura[289]. Prohibía conferir el subdiaconado a los que en su juventud habían cometido adulterio, y mandaba degradar a los que así hubiesen sido ordenados[290]. Permitía a los obispos y otros eclesiásticos tener en su compañía sus hermanas o vírgenes consagradas a Dios, pero de modo alguno mujeres extrañas[291].

Tres disposiciones dedicó a esta materia el concilio de Gerona de 517. Que los eclesiásticos, desde el obispo hasta el subdiácono, no habiten con sus mujeres, o en el caso de vivir con ellas tengan en su compañía uno de sus hermanos que pueda dar testimonio de su conducta. Que los clérigos célibes no tengan en su casa mujeres extrañas, sino sólo la madre o hermanas propias. Que no se eleve a la clericatura a los que han pecado con otra mujer, aunque se hayan casado con ella después de muerta su esposa[292].

Que los clérigos, dice el concilio de Lérida de 546 que tienen familiaridad con mujeres extrañas, sean privados de las funciones de su ministerio si no se abstienen después de una o dos amonestaciones[293].

En el concilio nacional de Toledo de 689, en los de Zaragoza y Huesca de fines del siglo VI., y en casi todos los de aquel tiempo, se decretan iguales o parecidas disposiciones para los obispos y clérigos relativamente a las mujeres propias y extrañas[294].

Mas ya en el Toledano segundo de 527, en tiempo de Amalarico, se exigió expresamente a los jóvenes el celibatismo como condición precisa para recibir el subdiaconado. «Que los niños, dijo aquel concilio, a quienes los padres destinan al estado eclesiástico (*oblati*), se eduquen en la casa de la iglesia a la vista del obispo[295], y que llegados a la edad de diez y ocho años se les pregunte a presencia del clero y del pueblo cuál es su intención; si prometen vivir en la continencia, se les promoverá al subdiaconado a los veinte años, y al diaconado a los veinte y cinco. A los que no estén dispuestos a guardar castidad, se los dejará en libertad, pero no se los admitirá a las órdenes sagradas.[296]

En los primeros tiempos, cuando las iglesias carecían aún de rentas, se permitía a los eclesiásticos dedicarse al comercio, con tal que no dejaran abandonadas sus iglesias. «Que los obispos, sacerdotes y diáconos, decía el concilio Iliberitano, no vayan a las ferias a comerciar abandonando sus iglesias; pero se les permite negociar en su provincia, y enviar sus hijos, amigos o criados a traficar fuera del país.»[297] Al principio del siglo VI., cuando las iglesias llegaron a tener rentas suficientes para el sostenimiento del culto y para la decente manutención del clero, prohibióse a los clérigos todo comercio y granjería; se castigaba severamente la usura, se les señalaban honorarios muy módicos por el ejercicio de su ministerio, y aún se mandaba expresamente que no exigieran retribución alguna, ni aún en concepto de gratificación o presente, por el bautismo de los niños, por la consagración de los templos, ni por otros actos y funciones de su instituto[298]. De los bienes y rentas de las iglesias se hacían tres partes, que se distribuían entre el obispo, el clero y las fábricas.[299] El obispo era el principal administrador de las rentas eclesiásticas,

---

289 Can. 33.
290 Can. 30.
291 Can. 27.
292 Conc Gerund. can. 6, 7 y8, apud Aguirre.
293 Can. 15.
294 Conc. III. de Toledo, c. 5.—Id. de 597, c. 1—De Huesca en 598, c. 2, etc.
295 Eran estas casas como unos seminarios en que se criaban y educaban, bajo la dirección de un doctor, los jóvenes que se dedicaban al servicio de la iglesia, y donde antes de ser admitidos a las órdenes sagradas eran instruidos en la teología y demás conocimientos necesarios para el desempeño de su ministerio. Había además cerca de cada catedral otra casa de eclesiásticos, con el nombre de cónclave canonical, de donde se derivó el titulo de canónigo, que vivían bajo una regla común y se empleaban en el ser vicio de la catedral. Esto dio origen a los cabildos.
296 Conc. Tolet. II. c. 1.
297 Can. 18.
298 Conc. Tarracon.—Id. Barcinon.—Id. Bracar.II.
299 Concil. de Braga de 563, can. 7.

pero no podía vender o enajenar los bienes sin aprobación de todo el clero, y leyes severas protejían al clero inferior contra toda tentativa de usurpación.

Basten estas observaciones para dar una idea de la organización y estado de la iglesia gótica y del clero español antes del siglo VII., por lo menos en aquello que pudo tener importancia e influjo en la historia civil de la nación. Las variaciones que después se introdujeron, y la posición relativa en que se fueron colocando desde esta época las dos potestades, espiritual y temporal, las iremos viendo en los capítulos siguientes.

III. Viniendo a la organización política del imperio gótico, hallamos lo primero una monarquía electiva. Caudillos militares más bien que monarcas los primeros reyes godos, como acontece comúnmente en la infancia de toda sociedad, y más en los pueblos esencialmente guerreros, la elección recaía en aquel que era tenido por más bravo y por más digno de mandar al pueblo-soldado. Las primeras elecciones, o se hacían por aclamación, o las hacían los jefes principales del ejército que arrastraban tras sí las masas guerreras, o el más osado y que contaba con más apoyo en el ejército asesinaba al jefe del pueblo y se hacia alzar sobre el pavés, y el atrevido regicida quedaba aclamado. Luego que el pueblo godo, engrandecido por la conquista y modificado por la civilización, pasó de la condición de horda o tribu a la de nación o estado, instintivamente fue dando a la monarquía el carácter de hereditaria. Sin ley que la declarara tal, reinan unos tras otros los príncipes de la familia de Teodoredo; vuelve la forma puramente electiva después de la muerte de Amalarico; asociando Leovigildo a sus dos hijos en el gobierno del Estado, y reconocidos por el pueblo como herederos de la corona, otra vez la monarquía, sin dejar de ser electiva, toma el carácter de dinástica. Desde Recaredo veremos fijarse la electividad sobre bases más sólidas; el clero tendrá una parte muy principal en ella: el principio hereditario, si no de primogenitura, por lo menos de familia, pugnará muchas veces por prevalecer: vencerá en otras el primitivo sistema de elección; y en esta lucha fatal, en esta falta de ley de sucesión que tantos males y trastornos había de acarrear al pueblo godo, a las veces no es ni la elección ni la herencia, sino la fuerza bruta la que predomina y pone la corona gótica en la cabeza más ambiciosa y más apta para la conspiración y la intriga, o el cetro en la mano que mejor haya blandido el puñal o manejado la espada.

Casi ilimitada y absoluta la monarquía goda en sus dos primeros períodos, desde Atanarico hasta Teodoredo, y desde Eurico hasta Recaredo, verémosla desde este príncipe, en el tiempo que formará su tercer período, modificada o restringida por influencias o poderes que hasta entonces no había conocido. No obstante, aún en aquellos primeros tiempos, si bien el rey era el jefe superior del ejército, el que concedía la nobleza, el que extendía su autoridad a todas las clases del Estado, estaba sujeto a las leyes del mismo modo que el pueblo en cuanto a la administración de la justicia, y no podía fallar sino con arreglo a ellas, salva la prerogativa de dispensar en algunos casos o mitigar el rigor de las leyes concediendo indultos, en lo cual obraba por su sola autoridad y en el lleno de la soberanía.

Las provincias y ciudades, que generalmente conservaron la misma división y los mismos nombres que habían tenido bajo la dominación romana, gobernábanse por *duques* y *condes*; aquellos regían una provincia entera, estos presidían el gobierno de una sola ciudad y estaban subordinados a los primeros. Sustituían, según algunos, a los duques en ausencias y enfermedades los *gardingos*[300], suplía al conde en sus funciones un *vicario*. Todos estos títulos eran de autoridad,

300 Se ha dado diferentes interpretaciones a esta dignidad de los gardingos. Según unos, los gardingos no eran sino como unos vicarios de los duques: esta opinión adopta Masdeu. Según otros eran ricos propietarios, que residían en la corte: a esta se adhiere Saint-Hilaire, y richos-homes los llama el traductor español del Fuero Juzgo. Al decir de otros, eran más bien proceres de la corte que propietarios territoriales: esto sos tiene el docto Grim. Y todos convienen en que solían asistir a los concilios, aunque no los suscribían, siguiendo en categoría a los duques y condes.

Vamos a aventurar una opinión nuestra, que extrañamos no haber hallado en ninguno. Las palabras germanas garde y ding, significan la primera cuerpo de tropas encargado del orden público, de la defensa del soberano, la segunda significa tribunal. ¿No podrían ser los gardingos jueces de la milicia, encargados de la justicia militar, o

no de nobleza. Dábase también el dictado de condes a los que estaban investidos con algún alto cargo en palacio. Tales eran el *comes patrimonii*, conde o como intendente del patrimonio; el *comes stabuli*, conde o jefe de las caballerizas; el *comes spathariorum*, o jefe de las guardias; el *comes notariorum*, *comes exercitus, comes thesaurorum, comes largitionis*, que eran como secretarios de Estado, de Guerra, de Hacienda y de Justicia; el *comes scantiarum*, o copero mayor; *comes cubiculi,* o camarero, etc. Llamábase el cuerpo de los nobles y altos funcionarios de palacio el *orden u oficio palatino*, y nombrábase *curia* la corte de los reyes, y *curiales, primates y próceres* los que la formaban[301]. Los pueblos y ciudades subalternas eran erigidas por un *proepositus* o *villicus*, magistrado a sueldo del rey como los demás gobernadores. Los *numerarios* eran los encargados de la percepción de los impuestos: nombrábanlos el obispo y el conde reunidos.

¿Había desaparecido con la conquista el régimen municipal de los romanos? No diremos que se conservara como en tiempo del imperio, pero en el Breviario de Alarico se ve citar a cada paso a los decemviros, a los defensores de la ciudad, a los *priores* o *senioris loci*, a los curiales y magistrados conservadores de la paz, en cuyas atribuciones parece entraba la administración de los bienes comunales[302]. Discúrrese que no habiendo los conquistadores cuidado mucho de los municipios, conservaron estos en gran parte su régimen interior. Desembarazado de la recaudación de los impuestos el cuerpo de los decuriones, entraban en él sin repugnancia los vecinos más notables, propietarios o comerciantes. El *defensor urbis* no obraba ya solo como delegado del conde, sino también como representante de la curia: y de este modo concentrando en sí los pueblos la vitalidad que les quedaba, preparaban el camino a los concejos posteriores.

Sentimos no participar en este punto de la opinión del ilustrado autor de la Historia de la Civilización de España, que supone haber desaparecido enteramente con la dominación goda el régimen decurional de los romanos; más no nos parecen en manera alguna convincentes las razones que Morón alega en favor de esta doctrina. Savigny, Masdeu, Sempere y Guarinos, Guizot y otros eruditos que trataron de propósito esta materia, defienden lo que nosotros hemos emitido; y el mismo Braulio, obispo de Zaragoza, autor del siglo VII., en la vida de San Martín de la Cogolla, hace mención de senadores y curiales de España en aquel tiempo.

A su invasión habían hecho los visigodos una repartición de las tierras conquistadas, tomado para sí las dos terceras partes, y dejando el resto a los vencidos[303]. En medio de las escasas noticias que se tienen acerca de su sistema de impuestos, parece cierto que las propiedades territoriales que tocaron en suerte a los conquistadores, aunque no estaban libres de tributo, estábanlo de ciertas gabelas que pesaban sobre las fincas de los indígenas.

Había también entre los godos, como en tiempo de los romanos, nobles y plebeyos, siervos y señores, patronos y libertos. Si bien los godos no abolieron absolutamente la esclavitud romana que hallaron establecida, modificaron por lo menos y mejoraron su condición. La esclavitud pasó a ser servidumbre, que relativamente fue un adelanto social. Distinguíanse cuatro clases de siervos; idóneos, viles, natos y mancipios. La diferencia en las dos primeras la constituía la mayor capacidad de los siervos, y el empleo o ministerio más o menos elevado a que el señor los destinaba. Llamábanse *nati* los hijos de padres siervos, y *facti* o *mancipii* los que siendo hijos de padres libres caían en servidumbre por alguna falta o delito. Del mismo modo había libertos idóneos, y libertos viles, libertos de la curia o corte, libertos de la iglesia y libertos privados. Las leyes determinaban

acaso como nuestros auditores de guerra? Cuando Paulo se rebeló contra Wamba, dice la historia que sedujo al duque Ranosindo y al gardingo Hildegiso que mandaban en la provincia do Tarragona, y que convinieron en que los dos reunirían sus tropas a las de Paulo. ¿No prueba esto que los gardingos ejercían también autoridad militar en las provincias? ¿Y esta autoridad no podía ser jurídica (garde-ding, tribunal de milicia) bajo el pie militar en que tenían su gobierno los godos?

301 Pautin. De Dignit. et ofiic regni ac domus regiae Gothor.

302 Edict. Theod. 17; leg. visigoth. V. 4, 19. Interp. Cod. Theod. IV. 4.

303 «El departimento que es fecho de las tierras et de los montes entre los godos et los romanos, en ninguna manera non debe seer quebrantado, pues que pudiere seer probado: nin los romanos (así llamaban ellos a los españoles) non deven tomar, nin deven demandar nada do las dos partes de los godos; nin los godos de la tercia parte de los romanos, si non quando los nos dieremos.» Fuero Juzgo, lib. X, tit. I. I. 8.

las respectivas condiciones de todas estas clases, las diferentes maneras de adquirir la libertad, y los derechos de los respectivos señores o patronos. De todos modos la ley cristiana de los godos hizo un bien inmenso con abolir el derecho que sobre la vida y el honor de los esclavos tenían los antiguos señores romanos; la ley gótica prohibía hasta la mutilación: y había siervos, tal como los bucelarios, cuya condición se asemejaba ya mucho a la de los sirvientes de las naciones modernas, puesto que servían por un salario y podían mudar de señores bajo ciertas estipulaciones y requisitos.

IV. Acercábase más la organización militar de los godos a los sistemas modernos que al de las antiguas legiones. Fundábase sobre la base decimal como el de la mayor parte de los pueblos de raza germana. Así después de los duques y condes que mandaban las tropas de la provincia, seguían los *tiufados* o *millenarios*, que regían un cuerpo de mil hombres; los *quincentenarios*, *centenarios* y *decanos* o *decuriones*. Pueblo esencialmente guerrero, había conservado en tiempo de paz la organización y clasificación de los tiempos de las conquistas, y no solamente correspondía la jerarquía nobiliaria a las graduaciones de la milicia, sino que a los jefes militares les estaba anexa jurisdicción, y nombre y atribuciones de jueces en tiempo de paz[304]. Todo hombre libre tenía el derecho y el deber de llevar armas y acudir a la guerra, a excepción de los niños, ancianos y enfermos. Todo el título II. del libro IX. del código visigodo versa sobre esta materia, como lo indican bastante los encabezamientos de sus leyes.—«Si aquellos que son sinescales de la hueste dexan tornar algún omne dela por precio, o fincar en su casa.—Si los que deben ordenar la hueste se toman para sus casas, o si dexan a otros tornar.—Si los que ordenan la hueste reciben algún precio por dexar algún omne fincar en su casa que non es enfermo.—De los que non son en la hueste en el día o en el tiempo establecido.—Qué deve ser guardado si guerras a en Espanna.» Mas siendo ya los godos propietarios, y no constando que percibiesen sueldo los que servian en la milicia, naturalmente habían de repugnar dejar sus casas y sus tierras para correr los riesgos y sufrir las fatigas de las campañas, y a esto debe atribuirse en gran parte el decaimiento a que vino después el espíritu marcial y el belicoso ardor de los visigodos; y el sistema penal establecido en el código contra los que intentaban eximirse del servicio, contra los desertores, y aún contra los cobardes, prueba cuánto había ido degenerando el genio guerrero de la raza de los Balthos.

Habían aprendido de los romanos a pelear en batalla campal y a sitiar plazas. Aunque tenían buena infantería, eran, al revés de los suevos, más temibles como jinetes que como peones. El casco, el arnés de cuero, la cota de fierro y el escudo eran sus armas defensivas, las ofensivas el dardo y la flecha, la pica, el puñal o cuchillo, y la larga y ancha espada de dos filos llamada *spathus*, de donde vino el nombre de *spatharius* y *comes spathariorum*. El traje militar se distinguía poco del de los demás ciudadanos; el soldado llevaba un sayo de lana o de piel, y el gran calzón forrado. Debe no obstante creerse que con el tiempo se iría modificando la manera de vestir.

V. Si los vándalos mismos, más groseros e inciviles que los godos, contrajeron gusto e inclinación por el lujo en los trajes, en los banquetes y en las diversiones, sin haber permanecido sino algunos años en la Bética, según nos informa de ello Procopio[305], no puede maravillarnos, antes está en el orden natural de las cosas, que los visigodos, más dados ya a la imitación de las costumbres romanas, se aficionaran, principalmente después de la conquista, a tomar de los vencidos el gusto, el lujo, las comodidades y las maneras de la vida culta y social. La esplendidez que rodeaba el trono y la corte de Leovigildo se trasmitía relativa y gradualmente a las demás clases del Estado; de aquí las leyes para poner coto a la magnificencia con que se celebraban los matrimonios entre particulares, las tasas en los dotes y regalos de boda, etc.

304 Quoniam negotiorum remedia multimodae diversitatis compendio gaudent, adeo dux comes, vicarius, pacis assertor, tinfadus, millenarius, quingentenarius, centenarius, decanus... omnes in quantum judicandi potestatem acceperint, judicis nomine censeantur ex lege. For. Jud. lib. II. Tit.1., 1. 25.

305 De Bell. Vandal, lib. IV.

Lo que no dejaban los godos era su larga cabellera; cortarla, renunciar a traer el cabello largo, era renunciar a su nación y hacerse romano, que ellos decían. Así la decalvación y la tonsura eran penas infamantes, y llevaban consigo la inhibición de ejercer cargos políticos y civiles: el monarca o príncipe decalvado o tonsurado no tenía ya otra carrera que la de la iglesia.

Como que tendremos que hablar más adelante, así del código de las leyes visigodas, en que mejor que en otra parte alguna están retratadas las costumbres que trajo y que fue adquiriendo este pueblo conquistador, como de las modificaciones que fue recibiendo el Estado en lo religioso, en lo civil y en lo político en el tercer período de la dominación visigoda, creemos suficientes las observaciones que llevamos hechas, así como las hemos creído necesarias para comprender y apreciar mejor las variaciones sucesivas en su organización.

Continuemos ahora la historia.

CAPÍTULO V.
DESDE RECAREDO HASTA WAMBA.
De 601 a 672.

Breve reinado de Liuva II.—Viterico.—Muere desastrosamente y se ensaña con su cadáver el furor popular.—Guudemaro.—Sisebuto.—Sujeta a los astures sublevados y vence a los imperiales.—Famoso odictode proscripción contra los judíos.—Cómo le juzgó San Isidoro. —Recaredo II.—Suintila.—Expulsa definitivamente a los imperiales del territorio español, y es el primer rey godo que domina en toda España.—Tiraniza al pueblo y es destronado.—Sisenando.—Se humilla ante el cuarto concilio de Toledo para legitimar su usurpación.—Importancia histórica de este concilio.—Leyes políticas que se hicieron en él.—Influencia grande de los obispos en los negocios de Estado.—Chintila.—Concilios quinto y sexto de Toledo.—Decretos para asegurar la inviolabilidad de los reyes.—Se prescriben las condiciones que han de tener los que ocupen el trono.—Juramento de no tolerar el judaísmo.—Tulga.—Enérgico y vigoroso reinado de Chindasvinto.—Séptimo concilio de Toledo.—Sus principales disposiciones.—Recesvinto.—Octavo concilio toledano.—Decretos sobre la elección de los reyes.—Complemento de la unidad política entre godos y españoles.

Pagaron los grandes un justo tributo de respeto a la memoria y virtudes de Recaredo, poniendo la corona gótica en las sienes de su hijo Liuva, joven de veinte años, que tomó el nombre de Liuva II. Pero ni el candor de sus costumbres ni la buena memoria de su padre bastaron para asegurarle en el trono. Aquel Viterico, (*Witt-rich*), que había conspirado en Mérida contra el obispo Mausona y el duque Claudio, el mismo que reveló la conspiración y que debía la vida a la generosidad de Recaredo, correspondió a la merced del padre destronando al hijo. Valióse del ejército que éste mismo le tenía confiado, y en lugar de combatir a los imperiales volvió las armas contra su propio monarca, y le quitó la vida después de haberle hecho cortar la mano derecha (603). El desgraciado Liuvia reinó menos de dos años[306]. El regicida ocupó el trono que su víctima dejaba vacante.

Otra vez se interrumpió la sucesión dinástica como en tiempo de Amalarico. Parece que el usurpador tuvo intentos de restablecer el arrianismo[307], pero la oposición que halló hubo de hacerle desistir, sin otro resultado que concitarse la odiosidad del clero y del pueblo. No más venturoso en el proyecto de casar a su hija Ermenberga con Teodorico, rey de Borgoña, el desaire bochornoso que le hizo el borgoñón devolviéndole su hija desde Francia sin admitirla en el lecho conyugal, pero quedándose con los tesoros que había llevado en dote, acabó de desconceptuarle con el pueblo, que atribuía a sus crímenes la afrenta de su hija. Descendió por último Viterico del trono por los mismos medios que le había escalado: sus propios oficiales le asesinaron en un banquete[308]: el furor popular se ensañó contra el matador del inocente Liuva, arrastrando su cadáver por las calles de Toledo, y sepultándole ignominiosamente fuera de los muros de la ciudad (610). Parecía haber vuelto con la muerte de Recaredo la dureza de los primeros tiempos del imperio gótico.

Recayóla elección en Gundemaro, (*Gund-mar*), hombre que gozaba de reputación, así para las cosas de la guerra como para las del gobierno. Acreditóse en aquellas sujetando a los vasco-navarros que habían vuelto a alterarse, y venciendo en una campaña a los imperiales, que no renunciaban a sus acostumbradas irrupciones en el territorio de los godos; y correspondió a la confianza de los católicos, de quienes era hechura, poniendo término a las diferencias que había entre algunos obispos de la Cartaginense sobre reconocer por metropolitano de la provincia al de Toledo. Al efecto congregó en esta ciudad (610) a todos los prelados de ambas provincias, y sometido el negocio a su deliberación, los de la Cartaginense, en número de quince, firmaron un acta en que reconocían al de Toledo por único metropolitano de la provincia, cuya acta sancionó el rey con su firma, y fue también aprobada por los demás metropolitanos de la iglesia gótica.

---

306 Supónese que Liuva era hijo natural de Recaredo. y así parece inferirse de las palabras de San Isidoro: ignobili quidem matre progenitus.

307 Luc. Tudens. Chron. Mund.

308 Quia gladio operatus fuetra, gladio periit. S. Isid. Hist. Gothor.

De corta duración fue el reinado de Gundemaro. Habiendo muerto en 612, le sucedió Sisebuto, uno de los monarcas más notables que se sentaron en el solio gótico. Por medio de sus generales Rechila y Suintila redujo a la obediencia a los astures y rucones, que como todos los montañeses del Norte soportaban tan de mal grado la dominación goda como habían soportado la romana. Revolvió después contra los greco-bizantinos, y en dos batallas derrotó al patricio Cesareo con gran mortandad de su gente, dejándole en la imposibilidad de oponerle un tercer ejército. Aquí fue donde se hizo admirar la piedad de Sisebuto y sus sentimientos humanitarios. Dolíale la sangre que se derramaba; a los heridos del ejército enemigo hacíalos asistir y curar con toda solicitud y esmero, a los prisioneros y cautivos rescatábalos con su dinero propio[309]. Admiraba a imperiales y godos una generosidad a que ni unos ni otros estaban acostumbrados.

Pero la paz que el jefe de los imperiales se vio forzado a pedir al monarca godo no se realizó sino a costa de una raza de hombres que parecía haberse mantenido extraños a todas las contiendas; a costa de la persecución de los judíos que desde el tiempo del emperador Vespasiano se habían refugiado en gran número en España, y de quienes no había vuelto a ocuparse la historia. He aquí como se verificó este importante acaecimiento, que parecía completamente ajeno a las cuestiones de territorio que con las armas se ventilaban.

Dominaba en Oriente el emperador Heraclio, a quien la astrología judiciaria había presagiado que el imperio sería destruido por una nación circuncisa y errante, enemiga de la fe cristiana. La aplicación del vaticinio al pueblo de Israel era ya una consecuencia natural, y Heraclio se dedicó a suscitar en todas partes persecuciones contra los judíos. Cuando Cesáreo y Sisebuto se hallaban arreglando las condiciones de la paz, fueronle éstas enviadas para su aprobación al emperador de Oriente. Prestóse Heraclio a ratificarlas, accediendo a que sus súbditos de España evacuaran todas las ciudades de la costa meridional, reduciéndose a unas pocas plazas de los Algarbes, con la sola condición de que Sisebuto expulsara de su reino a los judíos. No debía estar la cláusula en desacuerdo con las ideas religiosas del monarca visigodo, a juzgar por los edictos que luego expidió contra los miserables descendientes de la raza israelita (616). Pusolos en la alternativa de elegir en el término de un año entre confesar la religión cristiana y bautizarse, o ser decalvados, azotados, lanzados del reino y confiscados sus bienes.

«Onde todo judío, dice la ley del código visigodo, que fuere de los que se non babtizaron, o de «los que se non quieren babtizar, e non enviaren sus fijos e sus siervos a los sacerdotes que los babticen, e los padres o los fijos non quisieren el bautismo, e pasare un anno complido después que nos esta ley pusiemos, o fuere fallado fuera desta condición e deste pacto estable, reciba C. azotes, e esquílenle la cabeza, e échenlo de la tierra por siempre, e sea su buena en poder del rey. E si este judío e echado en este comedio non ficiere penitencia, el rey dé toda su buena (todos sus bienes) a quien quisiere.»[310]

Más de noventa mil recibieron el bautismo, al decir de algunos historiadores; bautismo que, como impuesto por la violencia, lejos de hacerlos buenos y verdaderos cristianos los convirtió en enemigos disimulados pero rencorosos de la religión y del príncipe que así los trataba, y que había de traer con el tiempo males bien deplorables a la nación. Muchísimos huyeron de España, más no hallaron mejor acogida en los dominios de los reyes francos. A instigación del mismo Heraclio el rey Dagoberto los hizo escoger entre la muerte y la abjuración de sus creencias. También de allí tuvieron que emigrar, y bien pudo llamarse esta la segunda dispersión de los judíos. Por estos medios se cumplía la sentencia fatal que sobre ellos desde la consumación de su gran crimen pesaba. Los que quedaron en nuestra península sufrieron todo género de violencias; no había humillación, no había mal tratamiento, no había amargura que no se les hiciera probar; y Sisebuto, aquel príncipe tan compasivo y humano que vertía lágrimas a la vista de la sangre que se derramaba en los combates, veía impasible las crueldades que con los judíos se cometían. ¡A tanto arrastra el excesivo celo religioso! La iglesia católica comenzó a hacerse intolerante. Harto lo lamentaban ya

309 Isid. Hispal. Hist. Gothor.—Fredeg. Chron.
310 Lib. XII. tit. III. 1.3.

los prelados más ilustres y más virtuosos de aquel tiempo, entre ellos el esclarecido San Isidoro de Sevilla, que en explícitos términos reprendía y desaprobaba la conducta de Sisebuto, en obligar por la violencia a los que hubiera hecho mejor en atraer por la persuasión y el razonamiento[311].

Este príncipe, a quien por otra parte los cronistas de su tiempo suponen bastante versado en las letras, y a quien algunos de ellos califica de sabio, murió de repente (621), según unos de una medicina en excesiva dosis administrada, según otros de envenenamiento, dejando la corona a su hijo Recaredo II. que sólo reinó tres o cuatro meses, sin que la historia nos haya trasmitido noticia ni circunstancia alguna notable ni de su vida ni de su muerte. Vese no obstante apuntar por tercera vez la tendencia a la sucesión hereditaria, que vuelve a desaparecer, sin fijarse nunca, ante el sistema electivo.

Producto de elección fue Suintila (*Swinthil*), a quien antes hemos nombrado como general de Sisebuto. Dos clases de enemigos interiores inquietaban en aquellos tiempos a los monarcas visigodos y les turbaban el sosiego: en el Norte los indóciles montañeses de la Cantabria y la Vasconia, en el Mediodía los griegos imperiales. Contra unos y otros marchó Suintila, y en una y otra expedición fue feliz. Envueltos por todas partes los sublevados vascones, rindieron las armas y se le sometieron. Reducidos ya por Sisebuto los imperiales a aquella lengua de tierra designada después con el nombre de los Algarbes, propúsose Suintila acabar de arrojarlos del territorio de España, y lo consiguió después de haberlos vencido en dos batallas sucesivas. Salieron, pues, definitivamente de los dominios españoles (624) aquellos incómodos huéspedes que ochenta años hacía vivían tenazmente apegados al litoral de la Península; y Suintila fue el primer rey godo que a los dos siglos de conquista reunió la España entera bajo la dominación de su cetro, sin que un solo rincón de ella dejara de obedecerle[312].

Envanecido con estos triunfos Suintila, y creyéndose sólidamente asegurado en el trono, pensó en hacerle hereditario en su familia, y asoció al imperio a su hijo Recimiro, dando también participación en el poder a su mujer Teodora y a su hermano Geila. Parece que en esta ocasión más que en las anteriores fue mirada por el pueblo esta tentativa como un ataque a la prerrogativa nacional del derecho de elección, y como una violación de sus leyes fundamentales. Fuese por esto, o porque realmente Suintila diera entrada con la prosperidad a los vicios y a la corrupción, es lo cierto que el hombre a quien antes San Isidoro había llamado el padre de los pobres, aparece en las historias avaro, sensual, inicuo y tirano, y como tal aborrecido del clero, de la nobleza y del pueblo. Formáronse conspiraciones, y la excesiva dureza de los castigos no hacía ya sino enconar más los ánimos y envenenar más los odios. Púsose a la cabeza de los descontentos Sisenando, noble y rico godo que gobernaba la Galia gótica, el cual conociendo la dificultad de destronar un rey a quien habían favorecido las victorias, buscó y obtuvo el apoyo de Dagoberto, rey de los francos, y con las tropas de la Septimania y un cuerpo de auxiliares extranjeros franqueó atrevidamente los Pirineos y se puso sobre Zaragoza. Acababa de entrar en la ciudad, cuando llegó delante de sus muros Suintila, que se había apresurado a salirle al encuentro. No hubo necesidad de dar la batalla que se preparaba para el día siguiente, porque el ejército mismo de Suintila proclamó a Sisenando, y el monarca hubo de buscar su salvación en la fuga, sin que por entonces se supiera más ni de él ni de su hija[313].

311 S. Isidor. ubi supra.

Con gusto vemos a nuestro historiador Mariana, al referirse a aquellos bautismos impuestos por la fuerza, añadir: «cosa ilícita y vedada entre cristianos, que a ninguno se haga fuerza para que lo sea contra su voluntad. Hist. de España, lib. VI. cap. 3.

312 Es curioso de notar que mientras en las crónicas españolas de aquel tiempo se daba impropiamente el nombre de romanos a aquella especie de colonia militar del imperio bizantino, en lo cual las han seguido imitando muchos de nuestros historiadores modernos, los godos a su vez designaban a los españoles con el nombre de romanos.

313 Ni Isidoro Pacense, ni Lucas de Tuy, ni Rodrigo de Toledo dicen nada del fin de Suintila. La apreciable crónica de San Isidoro concluyó a la mitad del reinado de este príncipe, y en la de San Benigno se lee solamente que «Sentilla, a quien oprimió Sisenando, murió.» Mas de la ley que el concilio IV. de Toledo hizo después contra la familia destronada se infiere que aún vivía entonces, y Suintila fue el primer rey godo en quién la pérdida de la vida no acompañara a la pérdida de la corona.

Aclamado Sisenando primeramente por el ejército, lo fue después en Toledo, sin que ni el clero ni la nobleza repararan en que se hubiera servido de auxilio extranjero para destronar a su rey (631).

Bien conocía el nuevo monarca que para afirmarse en el trono por aquellos medios conquistado necesitaba el apoyo del brazo eclesiástico, el más robusto poder del Estado desde el tiempo de Recaredo, y a cuyo influjo era su ensalzamiento en gran parte debido. Al efecto convocó en Toledo un concilio nacional que se reunió en diciembre de 633. Este cuarto concilio toledano es uno de los acontecimientos de más importancia histórica en España, y de los que más influencia ejercieron en la condición religiosa, política y moral de la nación, no solo en aquella época, sino en los tiempos ulteriores. Merece por lo mismo particular examen de parte del historiador.

Asistieron a este concilio sesenta y nueve obispos o por sí o representados por sus vicarios. Presidíale San Isidoro, que desde la muerte de San Leandro su hermano ocupaba la silla metropolitana de Sevilla; varón eminentísimo en ciencia y en virtudes, el hombre más sabio de su tiempo, astro refulgente de la iglesia hispano-goda, y cuya asombrosa erudición sagrada y profana causa todavía maravilla a los hombres ilustrados de los siglos modernos. Presentóse ante esta asamblea Sisenando en actitud humilde y suplicante, con la cabeza inclinada, la rodilla en tierra y las lágrimas en los ojos, y después de pedir a los padres que le encomendasen a Dios para que le fuese propicio, rogóles se ocuparan del arreglo y reforma de la disciplina eclesiástica y las costumbres; mas su principal y verdadero intento era lograr la confirmación de su autoridad y la condenación e inhabilitación de Suintila y su hijo, a cuyos partidarios aún temía. Vese ya la majestad humillada ante una asamblea religiosa, preludio y signo del ascendiente que ya tenía y del mayor que había de tener el poder episcopal.[314]

Las disposiciones del concilio correspondieron al propósito y a las esperanzas del monarca. Después de haberse ocupado en el arreglo de cosas pertenecientes al gobierno y disciplina de la iglesia, condenaron los obispos enérgicamente la conducta de Suintila, la de su mujer y su hermano, y declararon, en nombre del pueblo, a él y a sus hijos desposeídos del trono, inhábiles para ejercer cargos públicos, confiscados sus bienes, y sus personas puestas a discreción del nuevo rey. Y como asustados por el ejemplo de usurpación que acababan de presenciar, pero sin dejar de reconocer como soberano legítimo al usurpador, pasaron a establecer las más severas penas y censuras eclesiásticas contra todos los que en lo sucesivo atentaran por cualquier medio contra la vida o el poder de los reyes, anatematizando por tres veces y condenando a perpetua perdición y a los tormentos eternos en compañía de Judas Iscariote a todo el que faltara al juramento y fe prometida al *gloriosísimo* rey Sisenando y a los que en el trono de los godos le sucedieren[315].

Prescribieron luego, así al monarca que se hallaba presente como a los reyes futuros, las reglas y principios con que habían de gobernar el Estado, imponiéndoles la obligación de ser moderados y suaves con sus súbditos, y fulminando excomunión contra los que ejercieran potestad tiránica en los pueblos, «A ti, monarca que estás presente, y a todos los que vengan después de ti, os conjuramos con la conveniente humildad que rijáis con justicia y piedad los pueblos que Dios os confía, y que reinéis con humildad de corazón y con amor del bien... Y ninguno de vosotros pueda dar por sí solo sentencia en las causas criminales sino con los jueces públicos, para que a todos conste la justificación del castigo.» Mandaron igualmente que a la muerte del rey se juntaran los prelados y los grandes del reino para elegir pacíficamente el sucesor. Así una asamblea religiosa sancionaba leyes políticas sobre los negocios más arduos e importantes del Estado, y de este modo el que acababa de usurpar un poder que se trataba de garantir exaltaba a la iglesia sobre el mismo

314 «Coram omnibus nobis Dei sacerdotibus humo prostratus cum lacrymis et gemitibus pro se interveniendum Domino postulavit, etc.» Preámbulo del Fuero Juzgo.

315 Aguirre, Collect. Concil.Hisp.—Quicumque igitur a nobis vel totius Hispanix populis qualibet conjuratione vel studio sacramentum fidei sus, quod pro patriae gentisque gothorum statu vel conservatione regiae salutis pollicitus est, supervacua mente temeraverit... ab Ecclesia Catholica efficiatur extraneus. Quod iterum secundo replicamus dicontes... Hoc otiam tertio acelamamus dicentes. Quicumque etc.. ad extremum sít anathema... Et cum Juda Scariotis partem habeam supliciorum tan ipse quam et socii ejus.

trono, a trueque de asegurar su vacilante autoridad y ponerla al abrigo de las consecuencias de su propio ejemplo. A tan rápidos pasos crecía el influjo que Recaredo comenzó a dar al episcopado.

Hiciéronse en este concilio otras varias leyes sobre cosas pertenecientes a la autoridad civil. Reprodújose la disposición del tercero de Toledo sometiendo a los jueces y personas poderosas contra quienes hubiese alguna queja a la residencia del sínodo, y para obligar a la ejecución de este decreto se pedía al rey que enviara un oficial real. La persecución contra los judíos se templó algún tanto, revocando el anterior decreto que los obligaba por fuerza a recibir el bautismo, en cuya modificación tuvo gran parte San Isidoro; pero los ya bautizados hubieron de someterse a otro decreto no menos duro, el que mandaba les fuesen arrancados sus hijos para educarlos en la religión cristiana. A los casados con cristianas se los ponía en la alternativa o de convertirse o de separarse de sus mujeres, y declarábase a todos inhábiles para deponer en juicio contra los cristianos.

Versaron, no obstante, la mayor parto de los cánones sobre asuntos de disciplina eclesiástica. Se repitieron las penitencias contra los clérigos incontinentes, contra los que habitaban con mujeres extrañas, contra los que abandonaban los monasterios para casarse, y se obligó a los religiosos vagos que no eran ni clérigos ni monjes a que optaran definitivamente entre las dos profesiones y la observaran y cumplieran. Se mandó igualmente que los obispos separaran a los clérigos que se habían casado con viudas, o repudiadas o con mujeres públicas. Se eximió a los eclesiásticos de los cargos públicos, y se mandó encerrar en monasterios para hacer penitencia a los que tomaban las armas. Por último se ordenó también que todas las iglesias siguieran la misma liturgia, que más tarde se denominó mozárabe.

Tal fue el carácter de las disposiciones de esta célebre asamblea, en que sin perder la índole de religiosa, se marcó ya determinadamente la invasión de los concilios en los asuntos propios de la potestad civil, y la sumisión de los príncipes a la influencia del sacerdocio.

Murió Sisenando a los cinco años de reinado (636), y después de algunas contestaciones entre los grandes y obispos sobre la elección de sucesor fue proclamado Chintila. Siguiendo este monarca el ejemplo de su antecesor, convocó inmediatamente el quinto concilio de Toledo. Casi todos los cánones de este concilio tuvieron por principal objeto defender la autoridad y persona del príncipe contra toda violencia y contra toda tentativa de usurpación, y asegurar la libre elección del monarca. Reprodujéronse las disposiciones del precedente sobre esta materia, mandando que se leyeran en todos los concilios de España; púsose bajo la protección de la iglesia a los hijos del monarca reinante, y se prohibió maldecirlos o injuriarlos aún después de muertos.

No satisfecha la piedad religiosa de Chintila con este concilio, congregó otro en el año 638 en la misma ciudad, que fue el sexto de los de Toledo. Es de notar el vivo interés con que repetidamente insistían los obispos en proclamar la inviolabilidad de los reyes, y la docilidad con que los reyes accedían a las condiciones que les impusieran los obispos. Que se guarde el mayor respeto al rey Chintila y a toda su posteridad, decretaban los padres del concilio: que los servidores del rey gocen tranquilamente de las mercedes que les haya hecho; pero que las iglesias tengan también el dominio perpetuo de los bienes que han adquirido por la liberalidad de los monarcas y por la piedad de los fieles[316]. Declaróse en este concilio inhábiles para ceñirse la corona gótica a los tonsurados o decalvados, a los de origen servil (*nullius originan servilem trahens*), a los extranjeros, y a los que no descendieran del noble linaje de los godos, y no fueran de buenas y puras costumbres.[317]

Pertenece también a esta asamblea el célebre decreto por el que mandó que no se diese a nadie posesión del reino, sin que el elegido se comprometiera con juramento antes de ser reconocido y coronado, a no tolerar en el reino el judaísmo, a no permitir que viviera libremente en los dominios de los godos ninguno que no fuese cristiano, y el que faltara a este juramento sería excomulgado y

316 Can. 44,15, y 16.

317 «Quando el rey morre, nengún non debe tomar el regno, nen hacerse rey, nen nengun religioso, nen otro omne, nen servo, nen otro omne estrano, se non ye omne de linaje de los godos, et fillo dalgo, et noble, et digno de costumpres, et con el otorgamiento de los obispos, et de los godos mayores, et de todo el poblo.» Fuoro Juzgo: De la elección de los príncipes.

maldito, y serviría de alimento al fuego eterno él y todos sus cómplices[318]. Tan poco duró la templanza conque el cuarto concilio había querido suavizar el edicto de proscripción de Sisebuto, y tan pronto se renovó la dura persecución de aquella raza desventurada.

No se sabe que Chintila hiciera otra cosa que la reunión y confirmación de los decretos de estos dos concilios en los cuatro años de su reinado, reinado que según la expresión de un ilustre escritor, lo fue por los obispos y para los obispos. A su muerte (640) y a petición suya, los obispos agradecidos a la sumisión del padre elevaron a su hijo Tulga, joven amable y dulce, pero falto de energía por su índole y por su edad. Abusaban de su carácter y de su inexperiencia los funcionarios de las provincias para oprimir los pueblos; la administración pública empeoraba cada día; mirábase por otra parte su elección como una tendencia al principio hereditario; murmurábase del joven príncipe, y alzóse contra él una parte considerable del pueblo: concertáronse los grandes y resolvieron deponerle. Chindasvinto (*Kin-suvinth,* poderoso en hijos), viejo guerrero de noble raza, de carácter firme y enérgico a pesar de su avanzada edad, fue el designado para suceder al joven Tulga. Apoderóse de él, le tonsuró, le obligó a vestir el hábito monacal y le relegó a un monasterio (642). Chindasvinto quedó aclamado rey sin las formalidades que prescribían los concilios[319].

Parece haberse propuesto Chindasvinto en el primer período de su reinado reprimir el espíritu de conspiración, no ya con el apoyo de los obispos ni con el auxilio de las armas espirituales de la iglesia, sino con el rigor y la dureza de un viejo soldado. Como si él no hubiera conquistado el trono con la fuerza, o acaso teniendo presente esto mismo, buscó y castigó sin piedad a todos los que habían tomado parte en las maquinaciones de los reinados precedentes, y hacen subir a doscientos el número de nobles, a quinientos el de las personas de otras clases que condenó a muerte, siendo aún mayor el de los que tuvieron que refugiarse a África o a la Galia franca huyendo de su rigor. Es lo cierto que mientras él imperó nadie se atrevió a perturbar la paz del reino, el cual recobró bajo su enérgica dominación mucha parte del vigor que en los últimos años había ido perdiendo.

En medio de esta dureza militar, no carecía Chindasvinto ni de celo religioso, ni de amor a la justicia, ni de afición al fomento de las letras. Debiósele en este último concepto la idea, tanto más loable cuanto en aquellos tiempos más extraña, de enviar a Roma al obispo Tajón de Zaragoza con la comisión de buscar los libros morales de San Gregorio el Grande que se habían perdido, y que por un milagro, refieren las crónicas cristianas, le fueron descubiertos. Como amante de la justicia, quiso, a semejanza de Eurico, hacer olvidar el vicioso origen de su encumbramiento, haciendo nuevas y útiles leyes y mostrándose fiel observador de las que existían. Y como hombre religioso, fundó y dotó iglesias y monasterios, y convocó el séptimo concilio de Toledo (646).

Impúsose en este concilio pena de excomunión y confiscación a los traidores al rey y a la patria, con más la de degradación si fuesen clérigos; se mandó recluir en monasterios a los ermitaños vagabundos, que con su desarreglada conducta seguían escandalizando las gentes[320], y se ordenó que los obispos sufragáneos de la metropolitana de Toledo residiesen un mes en cada año en la capital, «para dar honor al rey y a la corte, y consuelo al mismo metropolitano.»

O por tener con quien compartir el peso del reino en una edad tan avanzada, o por el natural deseo de hacer la corona hereditaria en su familia, procuró y logró Chindasvinto con beneplácito y ayuda del clero, asociar en la gobernación del reino a su hijo Recesvinto (*Rek swinth*, fuerte en la venganza), que desde aquel momento (649) fue el verdadero rey, porque su anciano padre descargó en él todo el peso de los negocios del Estado. Tres años vivió todavía el viejo Chindasvinto, viendo a su hijo reinar en su nombre hasta que a los noventa de su edad murió de enfermedad en Toledo, sin que falte quien sospeche no haber sido su muerte natural, sino de yerbas, como acostumbran a decir nuestros historiadores: sospecha que quedaba casi siempre de todos los que no sufrían muerte

318 Conc. IV. Tolet. c. 4.

319 Otros refieren de diferente manera la elevación de Chindasvinto, aunque siempre resulta haber sido violenta, y suponen que el joven Tulga en los dos años de su reinado gobernó con justicia, con celo religioso, y con una prudencia que no era de esperar de sus cortos años. Hemos seguido la crónica de Fredegario.

320 Conc. Tolet VIII. d. 5.

más violenta, y que prueba por lo menos cuán raro era en los monarcas godos acabar tranquilamente sus días.

Menos pacifico el reinado de Recesvinto, viose turbado por algunos próceres descontentos, entre los cuales fue el más resuelto y atrevido un noble llamado Froya, que supo traer a su partido a los vascones de la Aquitania, y promover una sublevación de aquellas gentes enérgicas, belicosas y emprendedoras, tan indomables como sus hermanos los vascones de España, con quienes se correspondían y confederaban para sus excursiones. A la cabeza de estos hombres independientes y duros entró Froya en la Península, y llegó hasta Zaragoza. Allí fue detenido el torrente de la invasión por las tropas de Recesvinto. Los insurrectos fueron derrotados y Froya hecho prisionero. Pero el país protegía a los rebeldes, y ni los intimidaba el triunfo de las armas reales, ni desistían de sus proyectos de rebelión. Al fin, habiendo expuesto al rey sus quejas y el motivo de su descontento, que era principalmente el recargo de impuestos con que se los vejaba, con palabra que el rey les empeñó de repararles las injusticias y de usar con ellos de clemencia, se sometieron y volvieron a la obediencia. El rey cumplió su palabra. Mas fuele preciso para ello solicitar del concilio octavo de Toledo, que seguidamente convocó, que le relevara de la obligación del juramento que había hecho de no transigir con los rebeldes. El concilio declaró que aquel juramento no obligaba por ser contrario a la quietud y tranquilidad pública, y Recesvinto pudo cumplir su ofrecimiento de ser indulgente con los vencidos.

En los concilios es donde se retrata ya la marcha simultánea de la doble organización del Estado y de la iglesia goda, y cómo ésta se iba absorviendo a aquel. En el octavo toledano (652) se añaden nuevas reglas para la elección de los reyes, contrariando así más y más la tendencia al saludable principio hereditario. Establécese en él que en lo sucesivo los obispos y los grandes de palacio se reúnan a elegir sucesor al trono en el mismo lugar en que el monarca hubiese muerto, y que no se reconozca por válida la elección hecha en otra parte, o por pocos, o tumultuariamente por el pueblo[321]. Los desventurados judíos vuelven a ser víctimas de su tenacidad en la fe de sus mayores, y de la constancia de la iglesia católica en perseguirlos. Los cánones cuarto hasta el octavo nos dan triste idea del estado a que iban viniendo las costumbres del clero, así como consuela ver el incesante afán de los virtuosos prelados por corregirlas y moderarlas. Ordénase que los obispos depongan a los sacerdotes y demás ministros que vivían torpemente con mujeres extrañas, y que a éstas se las encierre en monasterios, y que sean tratados como apóstatas los clérigos que con pretexto de haberse ordenado por temor volvían a casarse y a la vida seglar. Vese en todo la mezcla de religioso y de político en que los concilios intervenían. Al propio tiempo que así se trataba de morigerar y disciplinar el clero, se declaraba que los hijos de los reyes solo pudieran heredar de los padres los bienes patrimoniales que estos tuvieran antes de haber ocupado el trono, y se obligaba a los electos a jurarlo así si habían de ser reconocidos.

La mayor gloria de Recesvinto fue haber acabado de obrar la fusión entre los dos pueblos, godo y romano-hispano, anulando solemnemente la ley que prohibía los matrimonios entre personas de las dos razas. «Establecemos por esta ley que ha de valer por siempre, que la mugier romana puede casar con omne godo, e la mugier goda puede casar con omne romano... E que el omne libre puede casar con la mugier libre cual que quier, que sea convenible por conseio, o por otorgamiento de sus parientes.»[322] Con esto, y con la confirmación solemne de la ley de Chindasvinto prohibiendo el uso del derecho romano y mandando se rigiesen indistintamente uno y otro pueblo por la legislación visigoda, acabaron de confundirse en un solo pueblo los que habían estado separados por las leyes: y la unidad política y civil completó la unidad de la fe.

Celebráronse en el reinado de Recesvinto algunos otros concilios que sólo trataron de asuntos eclesiásticos. Este monarca, a quien el pueblo español debió el gran beneficio de la unidad, murió en Gérticos, pequeña aldea a tres leguas de Valladolid, donde había ido con deseo de recobrar su quebrantada salud, en 672, a los veinte y tres años de su reinado, el más largo que se cuenta en los

---

321 Conc Tolet. VIII., c. 10.

322 Fuero Juzgo, lib. III., tit. I., 1. 2.

anales de los godos, y en que sola una vez se vio turbada la paz con la corta rebelión de Froya y los vascones.

CAPÍTULO VI.
WAMBA.
De 672 a 680.

Extrañas circunstancias que acompañaron la elección de Wamba.—Su repugnancia a aceptar la corona.—Alteraciones en la Vasconia.—Idem en la Galia gótica.—Famosa rebelión de Paulo.—Simulacro de coronación.—Sujeta Wamba a los vascones y a los tarraconenses.—Toma de Narbona.—Célebre ataque de Nimes.—Se posesiona de la ciudad, y hace prisionero a Paulo y a los principales rebeldes.—Solemnidad con que fueron juzgados.—Sentencia de muerte.—Indulgencia de Wamba.—Su entrada triunfal en Toledo.—Humillación afrentosa de Paulo y sus cómplices.—Notable ley de Wamba.—Flota sarracena en el Mediterráneo.—Es destruida por las naves godas.—Concilios celebrados en el reinado de Wamba.—Sus principales disposiciones.—Singular traza inventada por Ervigio para destronar a Wamba.—Vístenle el hábito de penitencia, y se retira gustoso a un claustro.—Ervigio es ungido rey.

Aconteció a la muerte de Recesvinto uno de aquellos sucesos extraordinarios y singulares, que no solo no habían tenido ejemplo en la historia del pueblo godo, sino que tal vez no le ha tenido en los anales del mundo. En una pequeña aldea de España se realizó un hecho noble, grandioso, sublime, que enseña a la humanidad a no desconfiar nunca de encontrar virtudes en los hombres.

Con arreglo al decreto del concilio octavo de Toledo, había que proceder a la elección de rey en el pequeño pueblo de Gérticos, por haber muerto allí el último monarca. De improviso y como por milagro cesan o enmudecen las ambiciones de aquellos turbulentos grandes que se despertaban o estallaban a cada fallecimiento de un rey y perturbaban el reino a cada elección; y todos los principales próceres, civiles, eclesiásticos y militares, fijan unánimemente sus miradas y dan como por inspiración su voto a un noble y anciano godo llamado Wamba, por sus virtudes señalado y conocido. Si justos y desnudos de ambición so mostraron en esta ocasión los electores, excedió a todos en abnegación y desinterés el electo. Rehusó Wamba el cetro que el voto unánime y general ponía en sus manos, exponiendo la debilidad de sus fuerzas para sobrellevar tan grave peso como el del vasto imperio godo. Ni las instancias y súplicas de los oficiales de la corte, ni la consideración del bien y la felicidad del Estado que delante le ponían, y que decían reclamar aquel sacrificio de su parte, nada bastaba a vencer su repugnancia, alegando siempre que no se creía capaz de remediar los males que la nación padecía: ruegos, reflexiones, razonamientos, todo era inútil: hasta que al ver tan obstinada resistencia, uno de los jefes militares de palacio se lanzó con la espada desnuda en medio de la reunión, y dirigiéndose con torbo ceño y amenazador continente a Wamba: *«Si te obstinas,* le dijo, *en rehusar la corona que te ofrecemos, ten entendido que ahora mismo y con este mismo acero haré rodar tu cabeza.»*[323] A tan enérgica insinuación cedió Wamba, no sin manifestar de nuevo el sacrificio que hacía en aceptar un puesto a que no le llamaba su inclinación. Una vez obtenido su consentimiento, púsose la corte en camino para Toledo, pues sólo allí y en su iglesia quiso ser consagrado.

A los diez y nueve días de la muerte de Recesvinto recibía Wamba el óleo santo de mano del metropolitano Quirico, en medio de las aclamaciones del pueblo.

Desde su elección hasta su muerte, todo es dramático en la vida de Wamba. En el acto de la consagración, dicen las Crónicas, vieron todos salir de la cabeza del ungido una abeja que voló hacia el cielo, lo cual se interpretó por signo y anuncio de la dicha que esperaba a la nación bajo el nuevo monarca[324]. La piadosa traducción de este suceso se acomodaba bien a las esperanzas que con justicia se fundaban en el desinterés, en la prudencia, en el valor, en la religiosidad y en la dulzura del sujeto en quien recaía.

Tuvo no obstante Wamba que comenzar por donde muchos de sus antecesores, a saber, por una expedición contra los vascones, que parecían haberse propuesto levantarse periódicamente al advenimiento de cada nuevo monarca. Llegaba yaWamba con buen golpe de gente cerca del país

323 Et minaci contra cum vultu, educto gladio, prospiciens dixit: «Nisi consensurum te nobis promittas, gladii hujus mucrone modo truncandum te scias.» Julian Tolet. Hist. Regis. Wambae.

324 Sebast. Salmant. Chronica I. c.

sublevado, cuando recibió aviso de haberse alzado también en la Galia Hilderico, conde de Nimes, en cuya ciudad había lanzado al obispo de su silla para poner otro de su parcialidad. Urgía no dejar que cundiera por toda la Septimania una insurrección que presentaba ya un carácter harto grave. Por lo tanto envió Wamba para reprimirla con un cuerpo de tropas escogidas a uno de sus jefes más experimentados y de más reputación, Paulo, griego de origen, según tiene buen cuidado de advertir el cronista obispo de Toledo. Tan luego como Paulo se vio lejos del rey, mandando una fuerza respetable, tentóle la ambición o despertósele la que ya antes tuviera, y no aspirando a nada menos que a reemplazar a Wamba en el trono, comenzó a preparar la ejecución de su pensamiento. Confiósele en Tarragona al duque de la provincia Ranosindo y al gardingo Hildigiso, a quien logró seducir. Levantaron allí tropas, aparentando hacerlo de parte del rey, y se dirigieron con ellas a Narbona, cuyo obispo, Argebaudo, o con noticia o con sospecha de los planes de aquellos jefes, se preparaba a cerrarles las puertas dela ciudad; pero anticipóse Paulo y se apoderó de la plaza.

Ejecutóse allí el simulacro de coronación que llevaban ideado. Reunidos los oficiales del ejército y los principales habitantes de la ciudad, les recordó Paulo en un estudiado discurso el disgusto con que Wamba había aceptado la corona, expúsoles que no podría el reino gozar de paz bajo un monarca sobrado de años y falto de energía, y que el mayor bien que podría hacerse al pueblo godo era encomendar el cetro a manos más vigorosas y firmes, exhortándolos a que buscaran un hombre digno de llevar la corona del imperio. Entonces el duque Ranosindo, que también llevaba bien estudiado su papel: *«¿Quién más digno,* exclamó, *de mandar a los visigodos que el que acaba de hablar con tanta firmeza y cordura?»* Oficiales y soldados aplaudieron la proposición, y Paulo quedó proclamado rey de los godos. Faltaba a la comedia la parte de exornación y de espectáculo. Ranosindo, al paso por Gerona, había tenido la previsión de arrancar de la cabeza de San Félix mártir una bella corona de oro, regalo de la piedad del católico Recaredo, y la corona del santo mártir fue colocada en las sienes del improvisado monarca con grande aplauso de la multitud. Pero la corona del mártir Felix había de ser corona de martirio para el rey Paulo. Entretanto concertáronse los rebeldes de Narbona con los de Nimes, y con algunos auxiliares francos y sajones que recibieron pusieron en movimiento toda la Septimania, de modo que el desvanecido Paulo figurábase ya no restarle otra cosa que preparar su marcha triunfal a Toledo, y hacerse aclamar solemnemente en la capital del reino godo. Muy de otra manera corrieron las cosas.

Ocupado estaba Wamba en reducir a los vascones cuando supo la traición de Paulo y la extraña escena de Narbona. Tratóse en consejo de generales el partido que se debería tomar: emitiéronse, como suele acontecer, opiniones diversas y encontradas: el rey optó por sujetar primero a los vascones y marchar después seguidamente sobre los rebeldes de la Galia. Así se ejecutó. Siete días bastaron a los godos para domar aquellos montañeses. Tal era la energía de Wamba, y tal el vigor que había sabido comunicar a sus soldados. Emprende luego su marcha hacia la Galia gótica: toma de paso a Barcelona y Gerona, y dividiendo su ejército en tres cuerpos, disponiendo que una flota concurriese por mar a los puertos de la Septimania para proteger a los ejércitos de tierra, se entra por las gargantas de los Pirineos, se apodera de los fuertes que los sublevados defendían en aquellas estrechuras, hace prisioneros a Ranosindo e Hildigiso, acampa dos días en el valle del Rosellón esperando a que se le reúnan todas las tropas, e incorporadas éstas avanza a Narbona. No había tenido Paulo valor para esperarle allí; después de muchas bravatas había creído más prudente retirarse a Nimes, dejando a Vitimiro, uno de sus parciales, la defensa de la ciudad. Acometiéronla los godos con una impetuosidad propia de su antiguo ardor bélico, incendiaron las puertas y penetraron en la plaza. Empeñóse en el centro de la ciudad un rudo combate, arrollábanlo todo los soldados de Wamba: tuvo Vitimiro que refugiarse en un templo; hasta allí fue perseguido: no le valió cobijarse detrás de un altar ni defenderse con su espada; derribóle un soldado con un grueso tablón que le descargó encima, y arrancado de allí con algunos de sus principales cómplices, sufrieron el castigo y la afrenta de ser apaleados. Rendida Narbona, opusiéronle escasa resistencia Agda, Magdalona y Beziers. Quedaba Nimes, el refugio de Paulo y de Hilderico, Allá envió Wamba

el grueso de sus tropas, quedándose él a cuatro o cinco leguas de la ciudad, por si los francos acudían en socorro de los rebeldes.

Comenzó el ataque del célebre sitio de Nimes en 31 de agosto (673). Al salir el sol hicieron los godos retumbar aquel cuerno de imponente sonido que anunciaba las batallas. El ataque fue vivo, vigoroso y porfiado: los sitiados se defendían con bravura; unos y otros peleaban con encarnizamiento: todo el día duró la refriega; a la caída de la tarde los godos fueron rechazados con pérdida; la noche puso fin a la lucha. Los sitiadores enviaron a pedir refuerzos a Wamba; diez mil hombres de refresco estaban ya bajo los muros de Nimes a la salida del sol del 1.° de setiembre. ¡Prodigiosa actividad! Al ver tan considerable y pronto refuerzo el jactancioso Paulo se turba, pero acudiendo al disimulo: *«Todos nuestros enemigos,* les dice a los suyos, *los tenemos delante: éste es todo el ejército de Wamba; una vez destruido, nada nos queda que vencer.»* A este tiempo el bronco sonido del cuerno da a los godos la señal del asalto, avanzan a los muros, provistos de todos los instrumentos de guerra: los sitiados acuden a la muralla y hacen jugar sus arcos y sus hondas; recíbenlos los sitiadores con una lluvia de dardos y de piedras. Así estuvieron unos y otros por espacio de cinco horas. A las once de la mañana los sitiados se ven oprimidos por los arqueros del ejército real y se retiran de los baluartes: los sitiadores minan los muros: incendian las puertas, abren brechas, y penetran furiosamente en la ciudad; derrámanse entonces acero en mano por todas las calles, amotínanse los de dentro proclamando traición, y todo es confusión, desolación y muerte en la plaza; millares de cadáveres cubren las calles de Nimes, y apenas pueden los vencedores poner el pie en parte que no tropiece con algún muerto o algún moribundo. La noche viene a echar un velo sobre aquel teatro de muerte y dar tregua al furor y al cansancio. Un silencio pavoroso reinaba en Nimes. Oíase sólo algunos gritos de los vencedores y algún llanto semiahogado de los infelices habitantes.

El desvanecido Paulo, insultado por el pueblo, tuvo que despojarse del manto real y demás insignias del trono, que había vestido desde la farsa de Narbona, y se encerró con sus más fogosos parciales en el anfiteatro romano, lugar fuerte que era entonces, y que aún constituye una de las glorias de Nimes. ¡Singular coincidencia, y sublime y providencial castigo de la ambición y del orgullo! El insensato Paulo se desnudó vergonzosamente de las vestiduras reales que en un arrebato de presuntuosidad se había acomodado a sí mismo, precisamente en el 1.° de setiembre, aniversario del día en que solemnemente había sido coronado Wamba cuyo trono quería usurpar.

Faltaba aún el desenlace patético de aquel drama que tan alegremente se había inaugurado para Paulo. Éste y los suyos penetrados de que no podían mantenerse mucho tiempo en aquel asilo, y noticiosos de que Wamba llegaría a la ciudad al día siguiente, acordaron que Argebaldo obispo de Narbona, a quien Paulo había llevado consigo, saliera al encuentro del rey a pedirle en nombre de todos el perdón y la vida. Todo desde el principio hasta el fin, fue dramático en este suceso. El prelado quiso prepararse celebrando una misa, a que asistieron y en que comulgaron todos los jefes de la rebelión vestidos de mortajas, como quienes contaban segura la muerte. Concluido el sacrificio, salió el obispo al encuentro del rey a caballo con su traje e insignias episcopales: el obispo al ver al monarca se apea, le saluda, y postrado en tierra pide perdón para sí y para todos. Wamba le hace levantar y ofrece amplio perdón para él. El prelado insiste en que sea completo para todos los culpables: entonces Wamba le repite con entereza: *«A ti no te toca imponer leyes: ¿aún te parece poco perdonarles las vidas? He ofrecido completo perdón para ti solo: en cuanto a los demás nada prometo.»*

El rey prosiguió su camino. Algunas horas después el bello sol del Mediodía y de una apacible mañana de setiembre hacia resplandecer en las calles de Nimes las limpias armaduras de los caballeros que escoltaban al rey Wamba en medio de las aclamaciones de una muchedumbre. Algunos oficiales principales se dirigen al anfiteatro en que se guarecía Paulo, habitación en otro tiempo de los tigres y leones que servían para los juegos del circo. Dos capitanes asieron a Paulo cada uno de un mechón de su larga cabellera gótica, y llevado así entre los caballos le presentan a Wamba: el miserable se prosterna delante del rey, y se desciñe el cinturón militar en señal de

rendimiento. Sucesivamente le fueron presentando los demás rebeldes: Wamba reconviene a todos, los manda poner en lugar seguro, y señala el día en que serán juzgados a presencia del ejército. Publícase de orden del rey un indulto general para los que habían tenido parte en la rebelión, francos, sajones, galos, españoles y godos, a excepción de los susodichos jefes. Ordena enterrar los muertos, curar los heridos, restituir a los habitantes lo que les había sido arrebatado, volver a los templos sus alhajas, entre las que se hallaba la corona de San Félix que por algunas semanas se había ceñido Paulo, y obsequia a los soldados vencedores con dinero de su caja particular.

Al tercer día se ofrece un espectáculo singular e imponente a los ojos de los habitantes de Nimes: aparece todo el ejército en orden de batalla: levántase en medio un tribunal, presidido por el rey, asistido de los generales y señores de su corte: allí hace comparecer a Paulo y sus compañeros: «Conjurote, le dice a Paulo, en el nombre de Dios omnipotente, que en esta asamblea de hermanos entres conmigo en juicio, y me digas si en algo te he ofendido, o si te he dado ocasión que te pudiera excitar a tomarlas armas contra mí, y a levantarte con intento de usurpar el reino.»[325] Paulo respondió humildemente que confesaba no haber recibido del rey Wamba sino beneficios, y que reconocía no tener su traición disculpa alguna. La misma pregunta hizo a todos, y de todos obtuvo igual respuesta. Entonces el monarca hizo leer el juramento de fidelidad que cada uno de ellos había prestado al rey Wamba; en seguida el otro juramento que habían hecho a Paulo de no dejar las armas hasta que Wamba fuera despojado del trono. El proceso estaba fallado por sí mismo. El tribunal leyó los cánones de los últimos concilios relativos a los atentados contra los reyes: los jueces pronunciaron sentencia de muerte contra Paulo y veinte y siete cómplices, entre los cuales figuraba el primero el obispo de Magalona, Gulmidio. Wamba entonces usó de la regia prerogativa que los concilios le concedían, conmutando la pena de muerte en la de tonsura y cárcel perpetua.

Detúvose algunos días en las Galias, los necesarios para restablecer las cosas en el estado normal que tenían antes de las últimas turbulencias; hecho lo cual, emprendió otra vez el camino de Toledo, llevando consigo los prisioneros rebeldes. Por todas partes iba recibiendo aclamaciones y aplausos. Una legua antes de llegar a la corte de los godos se dispuso una entrada triunfal, solemne y vistosa. Toda la comitiva se vistió de gala, y marchaba ordenadamente en dos filas. Los jefes de la rebelión iban en carretas, vestidos con trajes oscuros y humildes, los pies desnudos, una cuerda alrededor de la cintura, rapadas las cabezas, cejas y barbas. Distinguíase entre ellos Paulo con una corona de cuero negro ceñida a las sienes, signo irrisorio de la que había querido usurpar. Veíase en seguida al rey con su gran cortejo de oficiales y señores cubiertos de brillantes armaduras. Así atravesó las calles de Toledo entre las aclamaciones de un pueblo alborozado. Paulo y sus cómplices, entre los que había muchos eclesiásticos y algunos obispos, fueron conducidos a la prisión que les estalla destinada[326].

Concluida esta guerra, dedicóse Wamba a las cosas del gobierno del Estado. La población de Toledo había crecido desde que se había hecho corte y asiento de los reyes godos. Wamba la hizo ceñir de un segundo muro abarcando los nuevos arrabales: empleáronse en la construcción de esta muralla muchas piedras del antiguo circo romano. Hiciéronse o se repararon de su orden varias otras obras públicas en diferentes puntos del reino, y mostróse tan amigo de las artes en la paz como había sido activo y enérgico en la guerra. De inferir es que Wamba se hallaría resentido de algunos grandes y clérigos, que no le habrían ayudado en sus dos campañas, o al menos así lo hace sospechar la famosa ley que empieza: *«De his qui ad bellum non vadunt»*: que de su propia autoridad dio tan pronto como regresó a Toledo. En ella impone bajo las penas más severas, así a eclesiásticos como a seglares, de cualquier clase y jerarquía que sean, la obligación de tomar las armas y acudir de cien millas en contorno a cualquier punto en que haya o amenace un peligro para la patria[327].

---

325 Conjuro te per nomen omnipotentis Dei, ut in hoc conventu fratum meorum, etc. Julian. Tolet. Hist. Regis Wambae.

326 San Julian, Hist. de ta expedición del rey Wamba.

327 «E por ende establecemos en esta ley, que deste día adelante, quando que quier que los enemigos se levantaren contra nuestro regno tod omne de nuestro regno, si quier sea obispo, si quier clérigo, si quier conde, si quier duc, si quier ricombre, si quier infanzon, o qual que quier omne que sea en la comarca de los enemigos, o si fuera legado de

Faltábale al rey Wamba acreditar su poder y su pericia en la guerra de mar como lo había acreditado en la de tierra. La ocasión le vino a la mano. Habían los sarracenos por este tiempo conquistado una gran parte de África, y levantando en ella un nuevo y terrible poder, peligroso para España por su proximidad. Por primera vez en el reinado de Wamba, se vio una flota sarracena de doscientos setenta pequeños barcos cruzar el Mediterráneo, y amenazar y molestar las costas meridionales de España. No debía cogerle a Wamba desprevenido, puesto que inmediatamente le salió al encuentro con otra flota, en que embarcó buen número de gente de armas, y dándole alcance y empeñado un combate naval, echó a pique la mayor parte de los barcos enemigos, incendió otros y pudo apresar algunos[328]. Ni se supo ni con certeza ha podido averiguarse por culpa de quién se acercara a España aquella armada enemiga, y no carece de verosimilitud la sospecha de algunos autores que propenden a atribuírsela a Ervigio, que, como luego veremos, envidiaba la gloria de Wamba y maquinaba algún medio de arrebatarle la corona.

La gloria militar de este reinado, el último en que se vio revivir el antiguo espíritu guerrero de los godos, no impidió atender a las cosas de la iglesia, objeto que los godos no olvidaban ya nunca. Dos concilios se celebraron en tiempo de Wamba, en Toledo el uno, en Braga el otro, ambos en el mismo año de 675. Con extrañeza vemos en el primer canon del de Toledo prescribirse a los obispos que guarden en él la debida modestia, así en sus acciones como en sus palabras, que se produzcan con moderación, sin usar chanzas ni injurias, y que no haya ni confusión ni tumulto. Prívase en el tercero de su dignidad a los eclesiásticos que intervengan en juicios que puedan producir sentencia de muerte o mutilación de miembros. Insístese en el último en la celebración anual tantas veces mandada de los concilios provinciales. Ordénase en el primero del de Braga que en el sacrificio de la misa no se use de leche ni de racimos de uvas, sino sólo de pan y vino, mezclándose agua en el cáliz conforme a la antigua tradición. Prohíbese en el cuarto a los presbíteros tener en su compañía otra mujer que su madre. Mándase en el quinto que los obispos vayan a pie en las procesiones, y no llevados en silla por los diáconos; y se impone en el sexto excomunión y destierro a los obispos que manden azotar a los presbíteros, abades o diáconos súbditos suyos[329]. Las demás disposiciones de uno y otro concilio son de pura disciplina eclesiástica, y en el reinado militar de Wamba no vemos a estas asambleas religiosas ocuparse como en las anteriores en negocios civiles[330].

Vengamos al término de la carrera política de Wamba. Una intriga de mal linaje puso fin al glorioso reinado de este príncipe, que extraño y singular en su comienzo, lo fue todavía más en su término y remate. Había en la corte de Wamba un conde palatino llamado Ervigio (*Erwig*), descendiente de la familia de Chindasvinto. Gozaba de la confianza del rey, que conocía algunas de sus buenas prendas, pero no su ambición: tanto mejor para Ervigio, que mortificado de la envidia y atormentado del deseo de reinar, no fiando por otra parte el poder alcanzar el trono por elección, hallándose como se hallaba Teodofredo hermano de Recesvinto, a la cabeza de un partido poderoso,

---

la frontera acerca de ellos, o si llegar allí a ellos por aventura dotra tierra, todo que sea cerca de la frontera fasta C. millas daquel logar o se faz la lid, después que ge lo dixiere el rey o su omne, o pues que él o sabe por si en qual manera sequier, si man a mano non fuere presto con todo su poder para defender el regno, e si se quisiere escusar en alguna manera, e non quisiere ayudar a los otros mano á mano por amparar la tierra, si los enemigos ficieren algún danno, o cativaren algún omne de nuestro pueblo, e de nuestro regno, aquel que non quiso salir contra los enemigos por algún miedo, o por escusacion, o por enganno, e no quiso seer presto por amparar la tierra, si es obispo o clérigo, e non oviere onde faga enmienda del danno que ficieren los enemigos en la tierra, sea echado fora de la tierra, como mandare el príncipe. Y esta pena mandamos que ayan los obispos, e los sacerdotes, e lo diáconos, e los otros clérigos que non an dignidad... E de los otros legos establecemos, etc.» Traduc. del Fuero Juzgo, lib. IX., tit. II., I. 9.

328 Sebast. Salmaut. Chron. c. 3.—Luc. Tud. Chron. Mundi, I. c.

329 Aguirre,Collect.Conc. Hisp.

330 No hablamos de la famosa división de obispados atribuida a Wamba, en que creyeron muchos historiadores, y a que dedica Mariana un capítulo entero, seguido de otro en que explica la división de Constantino, no menos apócrifas la una que la otra, pues evidenciada su falsedad por las sabias investigaciones de hombres eruditos, no hay para qué detenernos en convencer de ello a nuestros lectores. El que desee ilustrarse más sobre esta materia, puede ver el tomo IV. de la España Sagrada de Flórez.

recurrió para asegurarse la corona a una traza que tuvo más de lo depravado que de lo ingenioso. dio a beber al rey un brevaje que le hizo caer por buen espacio de tiempo en profundo letargo. Llegó a desconfiarse ya de su vida, y Ervigio que estaba en el secreto como autor de él que era, se apresuró a hacerle tonsurar y vestirle el hábito de penitencia, como era costumbre en aquel siglo. Cuando Wamba se recobró y se halló sin cabello y con la túnica monacal, no quiso contrariar la ley del concilio que privaba del trono al que una vez hubiera sido decalvado y vestido el hábito de monje; y el que había aceptado la corona de rey como un sacrificio, la dejó sin violencia y con el mismo desprendimiento y desinterés con que la había tomado. Antes por evitar los males de una guerra civil que en el caso de empeñarse en conservarla veía ya inminente, se inmoló por segunda vez a la tranquilidad pública, y designando por sucesor al mismo Ervigio, descendió gustoso de un trono a que había subido con repugnancia, y se retiró a hacer la vida de monje en el monasterio de Pampliega (cerca de Burgos), donde vivió ejemplarmente por más de siete años. Ejemplo insigne de abnegación y de virtud, raro por desgracia en los anales de los monarcas y de los imperios.

A los ocho días de aquel suceso el ambicioso Ervio era ungido con el óleo santo por mano del metropolitano de Toledo (680).

CAPÍTULO VII.
DESDE ERVIGIO HASTA RODRIGO.
De 680 a 709.

Temores y remordimientos de Ervigio.—Se hace reconocer y confirmar en el duodécimo concilio de Toledo.—Revócanse en él algunas leyes de Wamba.—Preeminencia dada al metropolitano de Toledo.—Sínodo XIV. toledano.—Decretos de este concilio sobre materias políticas.—Trasmite Ervigio la corona a Egica, su yerno.—Décimo quinto concilio toledano.—Resuélvese en él una grave duda y escrúpulo del rey.—Disposiciones conciliares sobre las viudas de los reyes.—Conjuraciones contra Egica.—Durísimas leyes contra los judíos.—Asociación de Witiza en el reino.—Queda reinando solo por muerte de su padre.—Vicios, excesos y crímenes que le han atribuido las crónicas.—Diferentes y encontrados juicios sobre las cualidades y conducta de este príncipe.—Opinión del autor.—Término del reinado de Witiza, y elevación de Rodrigo.

No fue tan disimulada la supercherÍa empleada por Ervigio para escalar el trono, que algunos no la supieran y muchos no la sospecharan. Acometiéronle a él mismo remordimientos por un lado y temores por otro. Wamba no había muerto todavía, y Wamba era muy amado del pueblo, y Ervigio temía al pueblo y a Wamba. «Parecióle, pues, dice uno de nuestros historiadores, para asegurar sus cosas, tomar el camino que a otros reyes sus predecesores no salió mal, que fue cubrirse de la capa de la religión.»[331] En su consecuencia, al tercer mes de su consagración convocó un concilio en Toledo, que fue el duodécimo de aquella ciudad. Abierta la asamblea (681), presentóse en ello Ervigio en actitud humilde; y como quien va a solicitar el reconocimiento de un título que no había obtenido por caminos legales, exhibió tres documentos que parecía darle cierta apariencia de legitimidad. Era el primero un testimonio firmado por los grandes palatinos, en que certificaban como testigos de vista que Wamba en peligro de muerte había recibido la tonsura y el hábito penitencial. El segundo contenía el acta de abdicación del mismo Wamba, en que significaba su deseo de que le sucediera Ervigio; y el tercero una carta del propio Wamba al metropolitano Julian, recomendándole ungiese al nuevo rey con las formalidades de costumbre.

En su vista, los padres del concilio, que tantas leyes habían hecho sobre la forma de elección, declararon legítima la de Ervigio, so pena de excomunión a todos los que no le reconociesen y obedeciesen[332]. El canon segundo es simultáneamente la aprobación y la condición de un mismo delito. «Que los que han recibido la penitencia estando enfermos, aunque estén privados de sentido y no la hubiesen pedido antes, lleven siempre el hábito penitencial.» Esto era aprobar y reconocer el mismo medio empleado con Wamba por Ervigio. «Pero los presbíteros no la impongan sino a los que la pidan, y si alguno la da a los que están privados de conocimiento, quede excomulgado un año entero.» ¿Qué era esto sino reprobar para lo futuro el mismo delito que legitimaban después de consumado? Pero sin duda Wamba había disgustado a los próceres y obispos con su rigurosa ley sobre los que no iban a la guerra: *De his qui ad bellum non vadunt*, y el objeto era inutilizar a Wamba, a quien parece temían todavía en el retiro de su claustro. Así lo dieron a entender en el canon séptimo, anulando aquella ley, y reintegrando en su buena fama y opinión a los que aquella declaraba infames por no haber tomado las armas. Con esto acabó de extinguirse en el pueblo godo el espíritu y la energía militar que Wamba había logrado hacer revivir en su reinado. Confirmaron las leyes contra los judíos que había publicado Ervigio, y declararon contraria a los cánones la creación que Wamba había hecho de dos obispados, el uno en un pequeño lugar, el otro en un arrabal de Toledo. Establecióse en este concilio un canon notable e importante. Facultóse al metropolitano de Toledo, a fin de que las iglesias no estuvieran mucho tiempo vacantes, para consagrar los obispos de las que vacaran en ausencia del rey[333]. Así se iba dando a la iglesia de Toledo cierta preeminencia sobre las demás de España, y se echaban los cimientos de su futura primacía.

331 Mariana, lib. VI. cap. 17.
332 Conc. Tolet. XII. c. 1.
333 Id. can. 6.

Todo el afán de Ervigio era atrincherarse en los concilios, que de este modo vienen a concentrar en sí en esta época toda la historia religiosa, política y civil del imperio godo. Al tercer año de su reinado (683), aparece congregado el décimo tercio de Toledo, cuyas seis primeras disposiciones versan todas sobre materias políticas y civiles. Estos cánones son de grande importancia para la historia.

Por el primero se concede un indulto general a todos los cómplices en la sublevación de Paulo contra Wamba, restituyéndoles su nobleza, bienes y honores, ampliándola a los penados desde el tiempo de Chintila. En esto no hacia el concilio sino complacer a Ervigio. «Por cuanto así lo desea la clemencia del rey,» decían los padres.

En el segundo se ordena, que por cuanto los reyes, *sin justificación*, habían privado a algunos del honor de palatinos, y condenándolos a muerte y a infamia perpetua, ningún palatino ni obispo pueda ser privado de su honor y hacienda, ni puesto a cuestión de tormento, ni encarcelado, ni castigado a azotes, *sin que se conozca de su culpa en junta de prelados, grandes y gardingos*; y que si se hallase culpado se le castigue conforme a las leyes, y el que lo contrario hiciere sea excomulgado.

«Por cuanto se deben al erario público grandes tributos con que están oprimidos los pueblos, dice el canon tercero del concilio, se da por firme y valedera la condonación propuesta por el rey de todo lo que deben hasta el primer año de su reinado.»

Prohíbese en el cuarto a los príncipes, obispos, grandes u otros cualesquiera, hacer mal alguno en sus personas, bienes o dignidades, a la reina Liubigotona, sus hijos, yernos o nueras, pena de perpetua excomunión. Aquí se ve el cuidado del rey en poner al abrigo de todo evento a su familia.

El quinto es notable sobre todos. Dispónese en él, «que ninguno se case con la viuda del rey, ni trate torpemente con ella; y el que lo contrario hiciere, sea su nombre borrado del libro de la vida, aunque sea el rey: *sit nomen ejus abrasum et deletum de libro vitæ*.»

Prohibe el sexto conferir los cargos de la corte a siervos y libertos, *para que la sangre de la nobleza no se confunda con la de estas personas viles*.

Descúbrese en todo un monarca afanado por conservar un cetro que parecía escapársele de las manos, siempre con el pensamiento en el penitente real de Pampliega, siempre buscando en los concilios seguridades para sí y para su familia, y trabajando por oscurecer o hacer olvidar la memoria de Wamba. Vese las asambleas eclesiásticas concediendo indultos por delitos políticos, condonando contribuciones, estableciendo tribunales y cercenando en todos las prerrogativas de la corona.

Hasta ahora los concilios de España deliberaban como asambleas soberanas en materia de religión y de dogma. Mas al fin del año 683, apenas disuelto el concilio de que nos acabamos de ocupar, llegó a España un legado del pontífice León II. con cartas para el rey y para algunos obispos, y con la misión de que la iglesia española aprobase y recibiese las actas del sínodo general de Constantinopla, el VI. de los generales, en que se condenaba entre otros errores, la herejía de los monotelitas. No era fácil volver a reunir un sínodo nacional en tan rigorosa estación, y más cuando acababa otro de disolverse. Tomóse, pues, un término medio convocándole para el año siguiente (684); los que a él asistieron, casi todos de la provincia cartaginense, firmaron su adhesión al Constantinopolitano, enviándose además el acta a cada provincia, para que individualmente la suscribiera cada prelado. Así se iba reconociendo prácticamente en la iglesia de España la supremacía de la silla de Roma. Julián, metropolitano de Toledo, había compuesto un Apologético de la fe, que fue enviado a Roma en nombre del concilio. El papa Benito, que había sucedido a León en la cátedra de San Pedro, encontró en aquel documento palabras que no sonaron bien en sus oídos, lo cual produjo demandas y respuestas entre Roma y España.

Entretanto Ervigio, nunca tranquilo, siempre zozobroso, sospechando que el pueblo le aborrecía, y vislumbrando un porvenir sombrío para sus hijos, resolvióse a buscar un arrimo en la familia de su predecesor, casando a su hija Cixilona con un sobrino o pariente de Wamba llamado Egica. Prometióle asegurarle la trasmisión de la corona, exigiendo de él solamente el juramento de

que protegería siempre la familia de su esposa, y principalmente a su madre y sus hermanos. Sin otro hecho notable que la reparación del puente y murallas de Mérida, que se hizo en el reinado de Ervigio, cayó el receloso monarca gravemente enfermo en Toledo. El día antes de morir reunió a los obispos y grandes de palacio, y relevándolos del juramento de fidelidad, abdicó la corona en su yerno Egica, y recibió la tonsura y el hábito de penitencia que hacía su resolución irrevocable. Murió a los siete años de su reinado (687). «Su memoria y fama, dice un historiador, fue grande, aunque *ni agradable ni honrosa*.» No le sobrevivió mucho Wamba; lo necesario solamente para ver el fin de quien prematuramente le había arrebatado el cetro, y la elevación de su sobrino.

El primer paso del gobierno de Egica fue convocar un concilio, que fue el décimo quinto de Toledo (688), el cual puede decirse que no tuvo más objeto que resolver una grave duda y escrúpulo que traía al rey desasosegado. Era el caso que al desposarse con Cixilona, la hija de Ervigio, había hecho juramento de amparar en todo a la familia de su suegro, y cuando recibió la corona había jurado hacer justicia por igual a todos sus súbditos. No hubiera nada de contradictorio en estos dos juramentos, a no mediar la circunstancia de haber despojado Ervigio injustamente de sus bienes a muchos grandes y señores, cuyos bienes estaba disfrutando su familia. Los despojados lo reclamaban y el rey tenía que hacerles justicia en virtud del segundo juramento; más en este caso fallaba contra la familia de Ervigio, a quien había jurado amparar. ¿Cuál de los juramentos le obligaba más fuertemente? El concilio lo resolvió declarando: «que el primer juramento, el de proteger a la familia de su predecesor, no obligaba sino en cuanto no fuese contrario a la justicia que debía a todos sus súbditos.» Así consignó solemnemente el décimo quinto concilio Toledano el gran principio de que la justicia es el primer deber de los reyes, y que ante él deben callar los intereses privados de familia.

Prevalióse sin duda Egica de esta resolución para abatir y oprimir la familia de Ervigio, como en satisfacción y venganza de lo que Ervigio había hecho con Wamba su tío, castigando también a algunos de los grandes sobre quienes recaían sospechas de haber tenido parte en el artificio que le había servido para subir al trono.

Curioso es observar el espíritu y tendencia que dominaba en los concilios de la época en que nos hallamos. Habíase prohibido en el décimo tercio de Toledo a las viudas de los reyes contraer nuevo matrimonio, ni menos mantener torpes tratos. No pareció sin duda suficiente esta precaución, y en otro concilio celebrado en Zaragoza a 1.° de noviembre del año 691, se ordenó que las viudas de los reyes en lo sucesivo entraran en un convento de religiosas, donde se emplearan sólo en servir a Dios[334].

Una horrible conspiración se tramó contra Egica en el año quinto de su reinado. Tratábase nada menos que de quitar la vida al rey, a todos sus hijos, y aún a cinco de los principales palatinos. Dirigíala el mismo metropolitano de Toledo Sisberto, sucesor del piadoso y sabio Julian. Ignórase la causa de tan criminal conjuración. Supónese que llevaría por objeto colocar en el trono a alguno de los parientes o parciales del prelado. Egica lo supo, hizo asegurar a Sisberto, y remitió su juicio al fallo de un concilio que convocó para el año siguiente (693). El concilio decretó la deposición del conspirador metropolitano por el crimen *lesae Majestatis*, condenándole además a destierro perpetuo con privación de todos sus bienes, honores y dignidades. En aquel concilio fue donde se estableció por primera vez que en todas las iglesias de España se rogase diariamente en la misa por la vida y prosperidad del rey y de la real familia: costumbre o rito que dura en nuestros días con poca alteración en las palabras.

Parece que los judíos españoles, exasperados con tantas y tan duras leyes como se habían hecho contra ellos, ansiosos de sacudir la opresión en que gemían, trataron de ponerse de acuerdo con sus correligionarios de África, manteniendo con ellos secretos tratos e inteligencias, para intentar algún medio de salir de tanta opresión y esclavitud. Fuese esto cierto, lo cual no extrañaríamos en un pueblo de aquella manera vejado y proscripto, o fuese espíritu de animadversión e intolerancia del siglo, o lo que creemos más, todo junto, es lo cierto que el rey

334Canon 5 de este concilio.

Egica convocó otro concilio con objeto de castigar de nuevo aquella raza desafortunada (694). Recargáronse, pues, si posible era recargarlas, en este concilio las penas contra los judíos, siendo una de ellas la de declararlos a todos esclavos, y otra, la más dura de todas, la de arrancar a los padres sus hijos de uno y otro sexo en llegando a la edad de siete años, sin permitirles trato ni comunicación con ellos, y entregarlos a los fieles para educarlos en la religión cristiana[335].

Por más leyes que se habían hecho sobre la libre elección de los monarcas, no renunciaban éstos al afán de trasmitir la corona a sus hijos, y de él participó Egica, encomendando a su hijo Witiza desde muy joven los cargos más importantes del Estado, y obteniendo por fin compartir con él la autoridad real, de tal manera que en las monedas de su tiempo se ven grabados y asociados los dos nombres, ambos con el título de rey: *Egica Rex, Witiza Rex*, y con el lema *Concordia regni.* Diole, no obstante, con el fin sin duda de mantener esta concordia y de evitar disidencias y desabrimientos, el gobierno de todo el país de Galicia que había constituido el antiguo reino de los suevos, haciendo Witiza a la ciudad de Tay una especie de corte o residencia real, desde donde gobernaba por sí aquella porción de la monarquía. Cinco años reinaron juntos el padre y el hijo de los trece que duró el reinado del primero, al cabo de los cuales murió Egica (701), dejando ya en pronunciada decadencia la monarquía goda, y sin otra gloria que la que pudo caberle en haberse terminado en sus días el código de los visigodos; que en lo demás pudiera dudarse si Egica había obrado como obispo o como rey, o si era la iglesia o era la corona la que había gobernado el reino.[336]

Al llegar al importante reinado de Witiza sentimos la falta de documentos auténticos contemporáneos: hasta los concilios, que supliendo la escasez de historias de aquella época apartada y oscura, nos han servido de guía y suministrado una luz preciosa para seguir la marcha de la sociedad godo-hispana al través de los dos últimos siglos, nos abandonan también no habiendo llegado a nosotros las actas del que celebró el monarca que acababa de ocupar el solio gótico. El código de sus leyes se da igualmente por terminado, y sólo nos quedan algunas sucintas crónicas escritas después de la invasión sarracena y bajo la impresión de aquel triste suceso, que otros historiadores más modernos han amplificado según sus ideas y las de la época en que han escrito.

¿Serán ciertos todos los desórdenes, todos los excesos, todos los crímenes que se atribuyen a Witiza? ¿Merecería este rey los negros colores con que le pinta la historia? ¿Debería la España su perdición y el reino de los godos su ruina a la licencia, a la crueldad, al desenfreno y relajación de todo género de este monarca? Esto es lo que por siglos enteros se ha creído constantemente y sin contradicción en España: esto es lo que algunos eruditos modernos o niegan o hacen cuestionable ahora. La memoria de Witiza, sobre la que pesaba una especie de anatema histórico, encuentra al cabo de más de once siglos, si no panegiristas, al menos quien la defienda de muchas acusaciones. Y no porque se hayan descubierto documentos auténticos contemporáneos que alumbren convenientemente un período que empiezan a rodear nuevas y espesas nieblas, sino porque de distinta manera se juzga en épocas distintas unos mismos hombres y unos mismos hechos.

Convienen todos, aún los que con más negras tintas pintan el cuadro de los vicios de Witiza, en que este monarca no solamente gobernó bien la Galicia en los años que estuvo asociado a su padre en el reino, sino que en los primeros tiempos que rigió ya solo la monarquía goda, señaló su advenimiento al poder con leyes y medidas justas, humanitarias y benéficas. Tal fue el indulto general que concedió a todos los que por su padre habían sido encarcelados o desterrados, volviéndoles sus bienes y honores; llevando en esto su generosidad a tal punto, que para que no pudiese haber reclamación en ningún tiempo, hizo quemar los registros de los tributos atrasados: con que empezó a reinar con aplauso y aceptación general del pueblo. Así lo afirma en su crónica Isidoro Pacense, historiador el más inmediato a Witiza; y el más antiguo que se conoce, pues

335 Concil. XVII. Tolet.

336 Aún no ha podido fijarse, que sepamos, el año preciso de la muerte de Egica, discordando los autores desde el 699 basta el 702. Nosotros seguimos la que señalan Isidoro Pacense en su crónica, y Aguirre en su cronología de los reyes godos.

concluyó su crónica a mediados del VIII. siglo, y en ella hace grandes elogios de aquel rey[337]. Mariana atribuye estos primeros actos, no a virtud, sino a refinada hipocresía: Ferreras, más prudente o más cauto, huye de juzgar de las intenciones, porque los fondos del corazón humano, dice, solo Dios los puede penetrar, y siendo los hombres capaces de mudarse de la virtud al vicio, los vicios posteriores no prueban que sean hijas de ellos las acciones primeras.

Desde aquí comenzó Witiza, al decir de los historiadores, o a desenmascararse según unos, o a cambiar de inclinaciones según otros, dejándose precipitar en una sima de vicios y de crímenes, hasta el punto que Mariana empieza así la biografía de aquel rey: «El reinado de Witiza fue desbaratado y torpe de todas maneras, señalado principalmente en crueldad, impiedad y menosprecio de las leyes eclesiásticas.» Los primeros excesos que le atribuyen son haberse entregado a rienda suelta al vicio de la sensualidad, empezando a correr desbocado por el camino de la lujuria, a términos que no contento con mantener en su palacio gran número de concubinas, perdido todo empacho y respeto humano, todo miramiento y pudor, ni los padres contaban sus hijas ni los maridos sus esposas al abrigo de la lascivia del rey, que en su liviandad y desenfreno atropellábalo todo, sin reparar en que las esposas y doncellas fuesen de humildes o de nobles familias. «Para dar algún color y excusa a este desorden, añade Mariana, hizo otra mayor maldad: ordenó una ley en que concedió a todos hiciesen lo mismo, y en particular dio licencia a las personas eclesiásticas y consagradas a Dios para que se casasen. Ley abominable y fea, pero que a muchos y a los más dio gusto. Hacían de buena gana lo que les permitían, así por cumplir con sus apetitos como por agradar al rey.» Ésta dicen que fue la causa de que los grandes comenzaran a conspirar en secreto contra el licencioso monarca, tratando de sentar en el trono a alguno del linaje del rey Chindasvinto, del cual dice Mariana que vivían dos hijos hermanos de Recesvinto, a saber, Teodofredo y Favila, padre el primero de Rodrigo, y el segundo de Pelayo. Añade Mariana que noticioso Witiza de esta conspiración mató de un bastonazo a Favila; y aún algunos sospechan, dice, para gozar más libremente de su mujer a quien torpemente amaba[338]; que a Teodofredo, aunque retirado en su casa, le hizo sacar los ojos, y que Rodrigo y Pelayo no pudieron ser cogidos por Witiza, por haberse fugado: que perdiendo el rey la esperanza de enfrenar a los descontentos por buenos medios, para que éstos no tuvieran donde hacerse fuertes, mandó demoler casi todas las fortalezas y murallas de España, a excepción de las de Toledo, León y Astorga[339].

Otros capítulos de acusación y de crimen hacen los historiadores a Witiza. Uno de ellos haber dado licencia a los judíos para volver a España y morar en ella libremente. Otro haber hecho aprobar y confirmar en un concilio, que seria el XVIII. de Toledo, sus leyes a favor de la poligamia y el concubinato, y del matrimonio da los clérigos: tíos decretos de este concilio, dice Mariana, ni se ponen ni andan entre los demás concilios, ni era razón por ser del todo contrarios a las leyes y cánones eclesiásticos.» Y sobre todo, el gran crimen que acaba de poner el sello al proceso ruidoso de Witiza, fue haber negado la obediencia al papa Constantino que le envió un legado conminándole con que le privaría del reino si no se corregía en sus desórdenes y retractaba los decretos publicados contra los sagrados cánones, a lo que dicen respondió Witiza amenazando al papa que iría con un ejército sobre Roma. «Que fue, dice el citado Maríana a este propósito, quitar el freno del todo y la máscara, y el camino derecho para que todo se acabase y se destruyese el reino, hasta entonces de bienes colmado por obedecer a Roma, y de toda prosperidad y buena andanza.»[340]

---

337 Witiza florentissime regnum retemplat, atque onmis Hispania gaudio nimium freta alacriter laetatur, Isidor. Pac. c. XXX.

338 Mariana no calculó que habiendo muerto Chindasvinto en 652 a la edad de 90 años, aún suponiendo que hubiera tenido a Favila a los 60, debería contar éste cuando ocurrió el suceso que se supone más de 80 años, edad no muy a propósito para tener una mujer a quien Witiza amase torpemente. En cuanto a Teodofredo el arzobispo don Rodrigo le hace hijo de Recesvinto, no de Chindasvinto, y esto podía ser ya muy bien.

339 Esto está en manifiesta contradicción con lo que se sabe ocurrió en la invasión sarracena, puesto que los árabes hallaron muchas ciudades con sus murallas y muchas demolieron en castigo de su resistencia.

340 Pudo Witiza ser tan imprudente, y tan reprensible como se quiera su proceder para con el papa, pero no sabemos cómo pudiera deber el reino godo a la obediencia de Roma su prosperidad y buena andanza y los bienes de que hasta entonces había sido colmado, cuando el mismo Mariana que esto asegura nos ha dado cuenta de tantos y tan

Dicen que de los metropolitanos que hubo en Toledo en el reinado de Witiza, llamado el primero Gunderico, y el segundo Sinderedo, el uno no tuvo bastante valor para refrenar la desarreglada conducta del rey, y el otro fue de tan buena conformidad, que hasta consintió en que Oppas, metropolitano de Sevilla y hermano del rey, fuese trasladado a la silla de Toledo, viéndose así dos obispos simultáneamente en una misma ciudad contra los cánones y leyes eclesiásticas. Y que por último, dicen unos, no pudiendo los grandes tolerar tantas injurias y desafueros, hicieron parcialidad con Rodrigo, le alzaron rey en las partes de Andalucía, el cual ayudado de los imperiales romanos (que no sabemos cómo resucitaron aquí), se apoderó del trono, e hizo sacar los ojos a Witiza, como él lo había hecho con Teodofredo, padre de Rodrigo, no conviniendo los autores en si Witiza murió preso o desterrado, si de muerte natural o violenta, si en Córdoba o en Toledo: añadiendo otros que antes de esto había determinado Dios ver si con un amago de castigo se detenía el impetuoso torrente de las culpas de Witiza y el desenfreno y relajación del clero, y que al efecto permitió que los sarracenos con una armada numerosa , infestasen las costas de España y aún hiciesen en ellas algunos daños; pero que habiendo salido contra ella Theudemiro o Teodomiro, general de Witiza, y uno de los más principales entre los godos, la desbarató y deshizo haciendo retirar sus restos a África, cuya victoria dicen se debió a la piedad y cristiandad de Teodomiro.

Tal es en resumen el famoso proceso de culpas que la mayor parte de los historiadores españoles han formado al rey Witiza, y con que por espacio de muchos siglos ha aparecido ennegrecida su memoria, atribuyendo a su relajación y desenfreno, tanto como al de su sucesor Rodrigo, la pérdida de la monarquía goda, y haciéndole causa de que ésta cayese bajo el dominio y poder de los moros. Pero he aquí que después de tan larga y constante tradición en que tan horriblemente abominable se nos presenta el retrato de Witiza, y muy especialmente en la historia del P. Mariana, la más difundida por España, aparecen otros no menos respetables y sabios, que o nos pintan a Witiza como uno de los reyes mejores y más justos, o por lo menos descargan su retrato de la mayor y más oscura parte de las sombras que le ennegrecían y anublaban. En el último tercio del siglo XVIII. vinieron a disipar muchas de las nieblas que envolvían algunos puntos importantes de la historia de España los luminosos escritos del sabio español don Gregorio de Mayans y Ciscar. Pues bien, el celebérrimo y elegantísimo Mayans, como le llama Heicneccio, el Néstor de la literatura española, como le nombra el autor del *Nuevo viaje a España* en 1777 y 1778, ha hecho la vindicación y defensa del rey Witiza, pintándole como un monarca justo y benéfico[341]. El erudito Masdeu en su historia crítica de España[342], califica de fábulas, locuras y falsedades la mayor parte de los excesos que se atribuyen a Witiza. «Añaden a esto los modernos, dicen en una parte, un largo tejido de fábulas injuriosas, no sólo a la memoria de este príncipe, sino también al buen nombre de la iglesia española, y a los derechos y regalías de nuestros soberanos.» «Estas locuras que deshonran la mente humana, dice en otra parte, se hallan esparcidas ya de un modo ya de otro, etc.» «Toda esta narración, concluye, debe tenerse por fabulosa o a lo menos por incierta, pues su mayor antigüedad es del siglo XIII., y los testimonios con que se ha pretendido fortificarla más modernamente son los de Luitprando y otros semejantes.» Excusado es decir que los historiadores y críticos extranjeros de nuestro siglo convierten en actos plausibles, si hubieran existido, algunos de los que Mariana y otros autores aplican a Witiza como iniquidades, tales como la ley de libertad en favor de los judíos, y la entereza en rechazar la omnipotencia de Roma.

En vista de tan encontrados juicios y opuestos retratos, ¿cuál será el que nosotros podremos formar del rey Witiza? ¡Fatalidad es que cuanto más se aproxima alguna de las grandes revoluciones que cambiaron la faz del país, más se echa de ver la falta de documentos y de datos y escritos fehacientes! Desaparecieron las actas del concilio de Toledo, que pudieran esclarecer muchas dudas, acaso porque convino en tiempos posteriores hacerlas desaparecer. En la crónica

famosos concilios celebrados sin la intervención del pontífice, de tantos y tan virtuosos y sabios prelados elegidos y consagrados por el pueblo, el clero y los obispos españoles, cuando ha visto, en fin, regirse a sí misma por siglos enteros la iglesia hispano-goda.

341 Mayans, Defensa del rey Witiza.

342 Tom. X., p. 220 y sig.

misma de Isidoro de Beja está lejos de figurar Witiza como un príncipe tan desacertado, tan disoluto, tan licencioso, tan desbordado e impío como nos le retratan las crónicas posteriores. Al ver que el primero que nos le pintó con estos colores, fue el autor de la crónica Moissiacense, extranjero, y que escribió un siglo después de la muerte de aquel monarca; al ver que al paso que los escritores se iban alejando de la época de los sucesos, cada cual fue añadiendo un nuevo capítulo de acusación al catálogo de los crímenes de aquel príncipe, hasta llegar al padre Mariana que acabó de sombrear el cuadro en los términos que hemos visto, no podemos dejar de inclinarnos a sospechar que en este acrecimiento progresivo de desórdenes atribuidos al penúltimo monarca godo influyeran mucho las ideas de los tiempos y de los escritores, que al paso que crecía en España la preponderancia de Roma tenían más interés en exagerar los vicios de un príncipe que había rechazado acaso con violencia aquel influjo, y en achacar todos los males que sobre España vinieron a la desobediencia de Witiza al papa, a los decretos de aquel concilio que acaso una mano interesada hizo quemar, y a la permisión que suponen de casarse los eclesiásticos: todo lo cual afirma Mariana con la formalidad de quien lo sabe de seguro, y con el espíritu propio del hábito que vestía.

No nos atreveríamos nosotros, sin embargo, a ir tan adelante como el erudito Mayans en la defensa de Witiza: respetamos las razones de este sabio español, y sospechamos que aquel rey ha sido en mucho calumniado: pero respecto a su vida licenciosa, y al ejemplo que hizo cundir en sus súbditos eclesiásticos y seglares, hallámosla tan confirmada en todas las crónicas desde la Moissiacense, que por nuestra parte no intentaremos libertar su memoria de este cargo, mientras algún testimonio contemporáneo no aparezca que de esta nota pueda eximirle.

En cuanto al término del reinado de Witiza, lo que de la crónica de Isidoro Pacense se deduce es que fue lanzado del trono por una revolución que colocó en él a Rodrigo; revolución en que debieron tomar parte en favor de éste los españoles, que por no ser de origen godo llamaban todavía romanos, pues sólo en este sentido podemos tomar las palabras del historiador: «por consejo o a persuasión del senado romano; *hortante senatu romano*.»[343] Acaso Rodrigo como descendiente de Recesvinto, cuyas leyes habían establecido la igualdad de derechos para españoles y godos, tenía más partido entre los indígenas que Witiza, de familia que se había señalado por un exclusivismo en favor de los godos que no podía menos de agriar a los españoles. Poquísimos pormenores dan las historias sobre el destronamiento de Witiza y la elevación de Rodrigo: ni aún se sabe con certeza, como hemos apuntado, cómo y dónde fue la muerte del primero. Tal es la escasez o falta de datos de aquel tiempo. El cronicón Moissiacense dice que reinó siete años y tres meses; por cuya cuenta debió morir en febrero de 709.

---

343 Rodericus tumultuose regnum, hortante senatu romano invadit. Isid. Pac, c. XXXIV.

CAPÍTULO VIII.
RODRIGO, ÚLTIMO REY DE LOS GODOS.[344]
De 709 a 711.

Bandos y discordias que dividían el reino.—Los hijos de Witiza.—El metropolitano Oppas.—Causas que fueron preparando la ruina de la monarquía.—Desmoralización de los monarcas, del clero y del pueblo.—Discúrrese sobre la autenticidad de los amores de Rodrigo y la Cava.—Situación de los árabes en África.—Sus tentativas de invasión en la Península.—Instigaciones de los judíos.—Idem de los partidarios de Witiza.—El conde Julián.—Conducta de Muza.—Resuélvese la invasión y se realiza.—Primer choque entre el africano Tarik y el godo Teodomiro.—Preparativos de Rodrigo para la resistencia.—Memorable y funesta batalla de Guadalete.—Triunfo de los mahometanos.—Muerte de Rodrigo y destrucción del reino godo.—El llanto de España.

Tócanos referir en este capítulo uno de los acontecimientos más graves, una de las catástrofes más terribles, una de las más espantosas revoluciones, acaso la mayor que ha sufrido España, y con dificultad se leerá otra más grande más repentina y más completa en los anales de la humanidad. Porque caer derrumbada en un solo día una monarquía de tres siglos, verse de repente invadido un gran pueblo, vencido, subyugado por extrañas gentes, que hablaban otra lengua, que traían otra religión, que vestían otro traje, venir unos hombres desconocidos, de improvisto y sin anunciarse, casi sin preparación, apoderarse de un antiguo imperio, pelear un día para dominar ocho siglos, desaparecer como por encanto todo lo que existía, y sorprender la muerte a una nación casi tan de repente como puede sorprender a un individuo, es ciertamente un suceso prodigioso de los que rarísima vez acontecen en el trascurso de los siglos. ¿Cómo se verificó tan súbita mudanza? ¿Qué causas la prepararon y la condujeron al término y remate que tuvo?

Fatalidad es que cuanto más se aproxima un grande acontecimiento, cuanto más importante es un período histórico, más hayan de escasear los documentos auténticos contemporáneos, menos luces, más oscuridad, más incertidumbre y confusión haya de envolver y rodear la historia. No parece, dice un escritor de nuestro siglo, sino que en la turbación de aquella crisis fatal no había quien tuviese tiempo para anotar y trasmitir los pormenores de acaecimientos tan interesantes. Y así fue en verdad que no le tuvieron para escribir los hombres de aquel tiempo. Período por lo tanto tan fecundo para los poetas como tormentoso para el historiador, cuya misión es brujulear la realidad por entre el silencio o las escatimadas palabras de los unos, y por entre las abundantes fábulas y prolijas ficciones de los otros.

Es no obstante fuera de duda, que encumbrado Rodrigo (*Ruderich*), de la sangre real de Chindasvinto en brazos de un partido, y vencido y castigado Witiza, de la familia de Wamba, acaso con el mismo género de castigo que aquel había empleado con el padre del nuevo rey, quedó el reino godo miserablemente dividido en bandos y parcialidades, que le destrozaban y destruían,

344 No sabemos por qué nuestros historiadores comienzan a dar al último rey godo el título de honor Don, con que no han nombrado a ninguno de sus predecesores. Aplícanle ya, no solo a Don Rodrigo, sino también a don Oppas, a don Julián, Don Pelayo, etc., sin que podamos explicarnos la razón de esta novedad. Un historiador antiguo, Trelles, dice haberle sido dado este tratamiento a Pelayo por primera vez cuando reunió sus gentes para resistir a los sarracenos. Creemos no obstante que no tuvo uso en España por lo menos hasta el siglo X. El antenombre Dom, contracción de Dominus, comenzaron a usarle los papas por humildad, reservando a Dios el apelativo entero. De los papas pasó a los obispos, abades y otros dignatarios de la iglesia, de los cuales descendió a los monjes. En Francia le usaron los cartujos y benedictinos, y así son conocidas las obras de Dom Poirier, Dom Bouquet, Dom Calmet, etc. Afirman varios autores haber comenzado a plicarse en España el Don los judíos, de donde vino a hacerse en algún tiempo dictado de humillación y afrenta. Mas luego lo fue de nobleza y jerarquía, y aún se elevó a los santos y al mismo Jesucristo. Así hallamos en el poeta Gonzalo de Berceo:

En el nomne del Padre que fizo toda cosa,
et de Don Jesuchristo, fijo de la Gloriosa.

Y también se aplicó a las divinidades paganas, como se ve en el Arcipreste de Hita:

Señora Doña Venus, mijer de Don Amor,
Noble Dueña, omillome yo vuestro servidor.

De todos modos creemos haberse aplicado inoportunamente al rey Rodrigo, así como a los demás personajes que figuran en su época.

defendiendo unos al monarca reinante, trabajando otros y conspirando en favor de la familia del monarca destronado. Los jóvenes hijos de Witiza, Sisebuto y Ebas, y su tío el metropolitano de Sevilla, Oppas, hombre a lo que parece activo, revoltoso y enérgico, así como sus amigos y parciales, veían con enojo el cetro de la nación goda en manos de un enemigo de su linaje y partido; mirábanle como un usurpador, y aunque no podían alegar el derecho de herencia que las leyes godas no reconocían, punzábalos por una parte el deseo de vengar el agravio recibido, por otra el empeño de entronizar a alguno de los hijos de Witiza por los mismos medios de que a su vez se había valido el hijo de Teodofredo. Ardía la nación en discordias, hervían las ambiciones, y las maquinaciones y conjuras traían revuelto el reino e inquieto y desasosegado al rey. Ayudaba al desconcierto del Estado la inmoralidad que en los últimos reinados había cundido, y no era ciertamente el nuevo monarca el que la curaba con su prudencia ni la corregía con su ejemplo.

Habíanse en efecto depravado y corrompido en los últimos reinados las costumbres del pueblo hispano-godo, así por parte de los eclesiásticos como de los legos, hasta el punto que con harta evidencia lo demuestran los cánones de los postreros concilios. Los decretos sinodales aunque fuertes y severos, no bastaban a reprimir la incontinencia, el fausto y profusión en que el clero vivía; y de aquí puede colegirse cuales serían las costumbres de los seglares: tolerábase el concubinato público; y la fidelidad conyugal, tan respetada de los antiguos godos, era ya frecuentemente y sin recato quebrantada. El lujo, la sensualidad y los desarreglos de Witiza, su ejemplo y sus leyes, habían contribuido mucho a que corriera desbocado el pueblo hacia la desmoralización, y lejos de detenerle en tan funesta carrera Rodrigo, empujábale más con sus imprudencias, sus liviandades y sus desórdenes, vicios con que oscureció otras prendas que a la naturaleza debía, tales como su liberalidad, su firmeza, resolución y aún osadía de ánimo.

Cualidades eran estas que gradualmente habían ido perdiendo los godos apenas pasados los tiempos de Recaredo. Aquella energía militar que los había hecho tan terribles cuando era un pueblo conquistador, habíase ido enervando desde que la vieja espada gótica se había sometido al cayado episcopal, y sobre todo desde que se habían entregado a los goces y deleites de la vida muelle y delicada. Chindasvinto y Wamba habían logrado resucitar momentáneamente el vigor varonil de los antiguos visigodos, pero había vuelto a apagarse en los flacos reinados sucesivos, y nadie hubiera podido reconocer en los afeminados godos de Egica y Witiza a los belicosos y esforzados guerreros de Eurico y Leovigildo. Y un pueblo así viciado, estragado y dividido, compréndese cuán poco podría resistir el empuje de otro pueblo vigoroso y fuerte, en el caso de verse invadidos a su vez los que en otro tiempo habían sido invasores.

Contaban los parciales de la familia de Witiza y los descontentos de Rodrigo con el apoyo y protección del conde Julián, gobernador de Ceuta, plaza litoral de la Mauritania, que hacía tiempo, se cree que desde el reinado de Sisebuto, pertenecía a los godos españoles. Este personaje de funesta celebridad histórica, y a cuyo nombre va unido el recuerdo doloroso de la pérdida de España, tenía injurias personales que vengar del rey, y satisfacción de agravios propios que tomar. ¿Que clases de ofensas eran las que había recibido?

No habrá un solo español que ignore la célebre aventura de los amores de Rodrigo y la Cava. Acaso entre las tradiciones de los pueblos no habrá ninguna que haya tenido la boga y alcanzado la popularidad que esta.

Cuentan las crónicas, que entre las damas que en su corte tenía el rey Rodrigo, había una que se señalaba por su singular belleza, llamada Florinda, o la Cava[345], hija de aquel conde Julián. Tuvo Florinda la desgracia de parecer bien al rey, el cual (dicen), en ocasión que la linda joven se bañaba o salía del baño con varias sus amigas y compañeras, vio desde una ventana de su palacio más de lo que el recato y pudor de Florinda hubiera, si imaginase que había quien la mirara, consentido, y más de lo que era menester para inspirar no tanto amor como pasión a un monarca, cuya virtud no era

345 Cava en idioma árabe equiyale a mujer de mala vida, lo cual se aviene muy mal con la virtud que se supone en la bella Florinda. Asi los que la añadieron este sobrenombre, obraron o con demasiada malicia o con demasiada candidez. Lucas de Tuy dijo ya: Cava quam pro concubina utebatur.

ciertamente la continencia y la honestidad. Desde entonces no cesó el rey de perseguirla con amorosos requiebros. «Después que el rey (dice la *Crónica del rey don Rodrigo*), ovo descubierto su corazón a la Cava, no era día que no la requiriese una vez o dos, y ella se defendía con buena razón. Empó a la cima como el rey no pensaba tanto como en esto, un día en la siesta envió con un doncel por la Cava, y ella vino etc.» La crónica refiere con una minuciosidad, que nosotros no imitaremos, desde el principio hasta el fin de esta lucha amorosa, cuyo resultado fue, que viendo Rodrigo que por el camino de la seducción, de los ruegos y de las persuasiones no era posible vencer la virtud de Florinda, cumplió por la fuerza lo que por la voluntad no había podido recabar. Disimuló aquella su enojo, hasta que halló ocasión de informar a su padre de la deshonra que el rey la había hecho, con lo que encendido en cólera el conde Julián, juró vengar la afrenta de su hija y lavarla con la sangre del malvado forzador[346].

He aquí el famoso suceso que al decir de nuestros antiguos cronistas e historiadores desde el monje de Silos y el arzobispo don Rodrigo hasta Mariana y Ferreras, dio motivo al conde Julián y a los parientes de Witiza sus amigos para llamar a los árabes y moros de África y traerlos a España. Los críticos modernos por el contrario, desechan la anécdota por apócrifa y fabulosa. Conocemos los fundamentos y razones en que estos últimos apoyan su juicio, y creemos haber visto todo lo que se ha escrito, que es mucho, en pro y en contra de la autenticidad de este acaecimiento ruidoso. Es ciertamente notable que ni Isidoro Pacense, único escritor contemporáneo, y el que mejor informado debió hallarse del suceso que se supone ni otros posteriores cronistas españoles dijeran una sola palabra de aquellos amores funestos, y que no se hallen mencionados hasta el monje de Silos que escribió cuatro siglos después de aquella época, el cual parece lo tomó a su vez del árabe Ben Alcuthya, autor de escaso crédito entre los suyos, muy posterior también a los sucesos y a quien adicionó su discípulo Abulcacim Tarif Abentarique, conocido por lo fabulista, si es que no inventó su historia el español Miguel de Luna que nos la dio por traducción. Los autores árabes de Conde tampoco hablan de los amores de Rodrigo con la Cava; y Al Makari, traducido al inglés por Gayangos bajo el título de *History of the Mohammedan dinastyes*, los niega como fabulosos[347].

346 Mariana inserta íntegra la carta (bien distinta por cierto, y nada parecida a la de la crónica arábiga), que dirigió a su padre la desconsolada Florinda confiándole su cuita. Refiere en seguida nuestro historiador todos los pasos que con este motivo dio el ofendido conde. Tampoco omite la famosa aventura del palacio encantado de Toledo, en que se empeñó en penetrar el temerario Rodrigo, con lo de los lienzos pintados que halló en la misteriosa caja, representando figuras de moros, con un rótulo en latín que decía: Por esta gente será en breve destruida España. En la Crónica del rey don Rodrigo impresa en Valladolid en 1527, se ve un tosco grabado en madera, que representa el acto de abrir la torre o palacio encantado, en que se encerraban los destinos de España. Un hombre armado de enormes tenazas está descerrajando la puerta: a su lado se ve al rey con las vestiduras reales: a los pies de don Rodrigo un obispo arrodillado en actitud de disuadirle de su empresa: un noble godo, con las manos levantadas al cielo, expresa la admiración que le causa la temeridad del rey y los temores de su resultado: el continente del rey es fiero y denota resolución.

Estas bellas fábulas, tan propias del gusto de la edad media en que se inventaron, y que han ido conservando nuestros historiadores, creídas por unos y respetadas por otros, han dado argumento y materia abundante a los poetas nacionales y extranjeros, antiguos y modernos, para multitud de romances, odas, leyendas, dramas y novelas curiosas, de que podríamos citar no escaso número.

347 Lib. 1. cap. 1.

El autor de los Preliminares cronológicos para ilustrar la Historia de la España árabe ha reunido en un opúsculo (edición de la imprenta Real, 1797) casi todo lo que puede desearse para ilustrar este tan debatido punto histórico. Después de analizar y cotejar con escrupuloso y detenido examen crítico todas las crónicas árabes y españoles que han hablado o debido hablar de este suceso, concluye por negarle también y por desecharle como apócrifo. Pero en nuestro entender este hábil y entendido orientalista ha llevado su incredulidad demasiado lejos, pues niega igualmente la excitación de los parientes de Witiza y del conde Julián al emir africano, y aún intenta probar que ni medió la traición que se supone de parte del dicho conde Julián (en la cual, sin embargo, convienen las más respetables crónicas e historias árabes y cristianas), ni Ceuta pertenecía ya a los godos, ni Julián era el gobernador de aquella plaza, ni siquiera español, sino un Ilián, Julián, o Elia, que hacía más de treinta años se hallaba ya al servicio de Muza. Mas el ilustrado autor de los Preliminares (que sin duda fue el erudito Don Faustino Borbón) pudo en todo esto padecer error, como le padeció respecto a la época en que fue alzado por rey de los godos Rodrigo, cuyo error le hace tropezar con multitud de dificultades para poder combinar los hechos que precedieron a la invasión de los árabes.

Graves son en verdad estas razones en contra de una de las más popularizadas tradiciones españolas. Mas no negarán tampoco los más duros impugnadores de la tradición, que si la historia no la ha hecho evidente, la razón por lo menos la hace verosímil, y que lejos de repugnar al buen sentido como muchas que se mezclan en las historias de todos los pueblos, el hecho no habría estado en disonancia con la conducta y costumbres que la generalidad de los historiadores atribuye a Rodrigo. Nosotros por lo tanto no nos constituiremos ni en defensores ni en impugnadores de la autenticidad del hecho de la violación, puesto que con él y sin él nos sobran causas para explicar el suceso de la invasión de los árabes, y creemos que de todos modos, por las razones que vamos a exponer, se hubiera verificado.

Hallábanse los árabes después de haber paseado sus pendones victoriosos por la Persia, la Siria y el Egipto, en posesión de la Mauritania, subyugada por las armas del Profeta como aquellas otras regiones. Habíanse detenido sus estandartes ante las olas del mar que los separaba de España, pero no se había extinguido ni el ardor bélico, ni el entusiasmo de los triunfos, ni el afán de la conquista. El gobernador de África, Musa ben Noseir, desde las ventanas de su palacio de Tánger podía dirigir una mirada ambiciosa hacia las costas de la Península separadas por el Estrecho, y en sus silenciosas meditaciones acaso habría medido ya el tiempo y el espacio que necesitaría para franquear la barrera que había contenido su marcha victoriosa. «Un paso más, diría, y un nuevo mundo se abre a mis conquistas.» Ya en tiempo de Wamba habían hecho los hijos del desierto una tentativa seria sobre las playas españolas; tentativa que la energía de aquel monarca godo había logrado frustrar con la destrucción de la flota sarracena. No hubo de renunciar por esto el pueblo árabe, joven, robusto y guerrero como entonces era, a sus designios sobre España; mucho más cuando los moradores de Tánger y otros africanos no cesaban de ponderar a Muza la suave temperatura de España, la calidad y abundancia de sus plantas y frutos, su claro y sereno cielo, sus grandes y ricas ciudades. «Es, le decían, una tierra maravillosa, fértil y bella como la Siria, templada y dulce como el Yemen, abundante como la India en aromas y flores, parecida al Hegiaz en sus frutos, el Catay en la producción de metales preciosos, a Adena en la fertilidad de sus costas.»[348] ¿Qué faltaba a este cuadro tentador? Otras excitaciones todavía, y éstas vinieron.

Los judíos de España, duramente tratados desde el concilio cuarto de Toledo, vejados, oprimidos, esclavizados, proscritos desde el reinado de Sisebuto, habían muchos de ellos, según en su lugar dijimos, refugiádose en África huyendo de la persecución y del bautismo forzoso. Este pueblo, tan tenaz en sus rencores como en sus creencias, había ido aglomerando en su corazón gran depósito de odio contra los monarcas godos que tan despiadadamente le trataban. Aviesos e incorregibles ellos, y duros e intolerantes los concilios y los reyes, meditaban los judíos la ruina de sus opresores. En el reinado de Egica se averiguó que los de España se habían concertado con los de África para perder el reino[349], y nuevos rigores se emplearon contra la raza maldecida. Fuese por templar su enojo o por otras causas, Witiza había alzado el anatema que pesaba sobre los judíos, y dádoles, si no protección, por lo menos seguridades y consideraciones, cosa que había disgustado a muchos como contraria a los cánones y a las leyes. Destronado Witiza, y puesto el cetro en manos de Rodrigo, no esperaban sino nuevas calamidades y rigores. En tal situación, y viendo revuelto y desconcertado el reino, nada más natural, atendidos todos los precedentes, que los que ya en tiempo de Egica habían conspirado en África contra una dominación que aborrecían, instigaran de nuevo a los musulmanes y aún se ofrecieran a ayudarlos a derrocar el poder de los godos. La confianza que de ellos hicieron los sarracenos al tiempo de la conquista prueba que obraban ya de concierto los sectarios de Mahoma y los secuaces de la ley de Moisés.

A su vez los partidarios y parientes de la familia de Witiza, principalmente el obispo Oppas y el conde Julián, ansiosos los primeros de derrocar al que llamaban usurpador, ardiendo el último en ira y aguijado del deseo de hacer expiar a Rodrigo, o bien la afrenta y deshonor de su hija, o bien otra grave injuria que de él recibiese, instaron también a Muza a que invadiera la Península,

348 Conde, Dominación de los árabes en España, part. I. cap. 8.
349 Conc. Tolet. XVII.

pintándole la empresa corno fácil, atendida la inexperiencia del monarca, el disgusto con que le miraba el pueblo, el desconcierto de la nación, los bandos y las facciones que la dividían, y el abandono y relajación de la disciplina militar en que habían caído los godos. Tales instigaciones no podían dejar de halagar al emir africano, que acaso llegaba ya en su cabeza el pensamiento de la conquista. Pero tan prudente y sagaz como emprendedor y resuelto, quiso antes consultar con el califa Walid (Al Valyd) que ocupaba el trono de Damasco, el cual, entusiasmado con la idea y esperanza de que se cumpliese la predicción del Profeta que prometía a sus discípulos el Oriente y el Occidente, apresuróse a enviar a Muza amplios poderes, y éste se preparó a realizar la invasión.[350]

Circunspecto y cauto todavía el árabe, envió primero a Tarif, caudillo africano, con quinientos hombres (cien árabes y cuatrocientos berberiscos) en cuatro grandes barcas, a hacer un reconocimiento de exploración en la costa. Abordaron estas gentes a la opuesta orilla, desembarcaron en el sitio que del jefe de esta primera expedición se llamó Tarifa (año 91 de la hégira, julio de 710), recorrieron algunos pueblos del litoral, tomaron ganados e hicieron algunos cautivos, y con esto regresaron impunemente a Tánger a dar cuenta a Muza del feliz resultado de su expedición. Convencido con esto Muza de la exactitud de las noticias de Julián, y considerando el éxito de esta primera tentativa como un buen agüero y presagio de la prosperidad de sus armas, preparó otra segunda y más respetable expedición para la primavera siguiente. Todos querían ya pasar el estrecho y ver con sus ojos un país de que oían contar tantas maravillas. Encomendó el mando de esta segunda flota, en que iban ya doce mil berberiscos y algunos centenares de árabes, al intrépido africano Tarik ben Zeyad. Dicen que el mismo conde Julián los guiaba. Desembarcaron esta vez los sarracenos en una península cubierta de verde, que denominaron *Alghezirah Álhadrá* (isla verde, hoy Algeciras). Desde allí pasaron a atrincherarse en el monte Calpe, que desde entonces se llamó *Gebal Tarik* (monte de Tarik, ahora Gibraltar). Terminaba el mes de abril de 711. Tres siglos hacia que los godos habían invadido por la opuesta frontera esta misma España que ahora iban a perder.

Vigilaban ya la costa los cristianos alarmados con el ruido de la primera invasión; y Teodomiro (a quien los árabes nombraban Tadmir), jefe superior de Andalucía, con un cuerpo de mil doscientos a mil setecientos jinetes que pudo reunir, se presentó intrépido a atacar a los invasores. ¿Cómo con tan escasa gente podía detener el ímpetu de los africanos? Los cristianos se vieron envueltos y acuchillados, y entonces fue cuando Teodomiro escribió al rey aquella célebre carta: «Señor, aquí han llegado gentes enemigas de la parte de África, que por sus rostros y trajes no sé si parecen venidos del cielo o de la tierra: yo he resistido con todas mis fuerzas para impedir su entrada, pero me fue forzoso ceder a la muchedumbre y a la impetuosidad suya: ahora a mi pesar acampan en nuestra tierra: ruégoos, señor, pues tanto os cumple, que vengáis a socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar: venid vos, señor, en persona, que será lo mejor.»

Llenó la nueva de espanto a Rodrigo, que según Al Makari se hallaba ocupado en sujetar a los inquietos cántabros, y reuniendo a sus parciales, apresuróse a hacer levas de gente con ayuda de los condes y prelados, a los cuales se agregaron, a lo que se cree, los mismos hijos y parciales de Witiza con el metropolitano Oppas, fingiendo deponer sus rivalidades y querellas interiores para resistir a los invasores extranjeros. No puede suponerse en verdad que hubieran llevado los enemigos de Rodrigo su despecho y su perfidia a tal extremo, que fuera su ánimo causar la ruina y pérdida total de España (pérdida y ruina en que al cabo se vieron envueltos ellos mismos), y entregarla a los musulmanes. Creerían, y acaso lo concertaran así, que destronado Rodrigo, su principal objeto, habrían de contentarse aquellos o con un tributo o cuando más con la posesión de alguna parte del territorio español, como en tiempo de Atanagildo había acontecido con los griegos imperiales, buscados como éstos por auxiliares para destronar un rey. Consolémonos, mientras otra cosa no se pruebe, con fijar límites al encono y la traición, que también suelen tenerlos.

---

350 Conde, part. I., cap. 8.—Al Kathib, Hist.de Granada.—Roder. Tolelan. De Reb. Hisp. lib. III.

Entretanto los musulmanes difundían el terror por las tierras de Algeciras y Sidonia, llegando hasta las márgenes del Anas (*Al Uady Anas*, el río Anas); y noticioso Tarik de los preparativos de Rodrigo, había pedido también refuerzos a Muza, que le envió otros cinco mil jinetes africanos, a los cuales se incorporaron algunos judíos. Con este socorro, habiendo ya hecho quemar Tarik las naves para que no quedara a los suyos ni otra esperanza ni otra elección que la victoria o la muerte, salió denodadamente en busca del ejército cristiano, que en número de noventa a cien mil hombres mandados por el monarca en persona, pero gente la mayor parte allegadiza y mal armada, llenaba ya los campos de Andalucía. Incorporóseles Teodomiro con el resto de los suyos. Encontráronse ambos ejércitos a orillas del Guadalete, cerca de donde hoy está Jerez de la Frontera. Allí era donde iba a darse la batalla sangrienta que había de decidir del destino de la nación godo-hispana. Eran los últimos días de julio del año del Señor 711.

Godos y sarracenos, cristianos y musulmanes se miran de frente. La religión de Jesús se halla en presencia de la religión de Mahoma. ¿Por qué va a permitir Dios que el acero haya de decidir cual de las dos ha de triunfar en España? Inescrutables son sus juicios y podemos a las veces presumirlos, pero no penetrarlos. Los árabes, a quienes el Profeta había prometido la herencia de toda la tierra, marchaban al combate con el entusiasmo de una religión a que creían deber todos sus triunfos: los españoles iban a pelear en defensa de sus vidas, de su patria y de su fe. Los sarracenos eran muy inferiores en número: había cuatro cristianos para cada musulmán, dicen sus crónicas. Pero los godo-hispanos habían perdido su antiguo vigor con las dulzuras de una larga paz: los sarracenos estaban aguerridos con cien recientes campañas. El uno era un pueblo viejo y debilitado; el otro un pueblo vigoroso y joven. Los cristianos, vestidos de lorigas, y armados los unos de lanzas y espadas, los otros de ondas, hachas, mazas y guadañas cortantes, lo primero que habían podido haber a las manos: los musulmanes, con sus turbantes en la cabeza, su arco en la mano, su alfanje colgado al cuello, su lanza al costado, sus albornoces blancos, encarnados u oscuros, montados en alazanes ligeros como el viento: a la cabeza de los cristianos el rey Rodrigo, en su carro bélico, inscrustado de marfil, con corona en la cabeza y clámide de púrpura bordada de oro sobre los hombros.

Dio principio la pelea al despuntar el día: cristianos y sarracenos se arremetieron con igual brío y coraje: temblaba, dicen los historiadores árabes, bajo sus pies la tierra, y resonaba el aire con el estruendo de los atambores y añafiles, con el sonido de guerreras trompas y con el espantoso alarido de ambas huestes. Mantúvose igual la lid todo el día, hasta que la noche vino a poner tregua a tantos horrores. Recomenzó la lucha al rayar el alba del siguiente, «y el horno del combate permaneció encendido desde la aurora hasta la noche.» Al tercero comenzaban a flaquear los sarracenos. Tarik recorrió las filas a caballo, y arengó a los suyos diciendo: *«¡Oh muslimes, vencedores de Álmagreb! ¿a dónde vais? ¿dónde pensáis encontrar asilo? El mar está a vuestra espalda, y delante tenéis al enemigo: no hay remedio sino en vuestro valor y en la ayuda de Dios. ¡Guallah (por Dios)! Yo acometeré a su rey, y le quitaré la vida, o moriré a sus manos.»* Y arrimando el acicate a su caballo partió en busca de Rodrigo, siguiéndole ya reanimados los musulmanes. ¿Qué fue lo que les infundió tanto aliento cuando iban ya de caída? ¿Fue sólo la arenga de Tarik, o fue acaso la defección de los hijos de Witiza, del prelado Oppas y sus parciales, que vieron llegado el caso de consumar su traición y su venganza, y abandonaron a Rodrigo o se pasaron a los árabes? Muchas crónicas lo afirman, y así inducen a sospecharlo los antecedentes, aunque otras lo nieguen, y algunas de los árabes lo omitan. Con esto los africanos arremetieron a manera de torbellino las primeras filas cristianas: desordénanse estas con tan impetuosa acometida: Rodrigo, sin embargo no desmaya, antes crece su arrojo, y pelea con bravura: ¡inútil esfuerzo, aunque laudable! ¡En aquel momento se cumplía el destino fatal de España! El desventurado monarca perece en el calor de la pelea herido por la lanza misma de Tarik, y ahogado con su caballo en las aguas del Guadalete. Los escritores árabes añaden que su cabeza fue enviada a Muza como testimonio y trofeo de la victoria.[351]

---

351 Por no multiplicar notas y aglomerar citas, interrumpiendo y cortando a cada paso el hilo de la narración, no hemos

Privados los cristianos de su rey y caudillo, desordenáronse descorazonados y llenos de pavor. Los árabes y berberiscos hicieron entonces espantosa carnicería en los hispano-godos, cebáronse en ellos por mucho espacio, y murieron tantos, «que sólo Dios que los crió, dice un escritor arábigo, los podría contar.» La tierra quedó cubierta de cadáveres, y las aguas del río tintas de sangre noble. Por mucho tiempo se vieron en los campos los despojos, las rotas armaduras y los huesos blanquecinos de los godos.

¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado![352]

Fue esta última batalla memorable en viernes 31 de julio de 711, el 5 de la luna de Xawal del año 92 de la hégira. Acabó en las riberas del Guadalete la monarquía goda; desplomóse el trono de Ataúlfo, de Recaredo y de Wamba; perecieron su libertad y sus leyes: sopló el viento de África, y cayó derrumbado el imperio de tres siglos: el estandarte de Mahoma tremolará en los templos cristianos, y costará ocho siglos de lucha el abatirle. En todos los ámbitos de España resonó un quejido de dolor. Cinco siglos después de la catástrofe pintaba el rey Sabio *el Llanto de España* con los siguientes tiernos y elocuentes rasgos en el idioma de-su tiempo.

«Después que la batalla fue acabada, desventuradamente fueron muertos los unos e los otros.... E fincára toda la tierra vacía del pueblo, bañada de lágrimas, cumplida de apellido, huéspeda de los estraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda e asolada de los sus hijos, confondida de los bárbaros, desmedrada por llanto e por llaga, fallecida de fortaleza, flaca de fuerza, menguada de conorte, asolada de los suyos... España, que otro tiempo fue llagada por espada de los romanos, después que guareciera, e comenzára por melezina e bondad de los godos, estonces era quebrada, pues que eran muertos e aterrados quantos ella criára. Olvidados le son los sus cantares, el su lenguaje ya tornado es en ajeno, o en palabra extraña... España mezquina cató la su muerte; fue cuitada, que solamente non fincó aquí nenguno que la llantée: llámenla dolorida, e más muerta que viva. Suena la su voz así como en el otro siglo, e sale la palabra así como de so tierra; e diz con la gran cuita: Los omes que pasades por la carrera, parad mientes, e ved sy hai cuita nin dolor que semeje con el mi dolor. E llantos dolorosos e alaridos España lloró. Los sus ojos non se pueden conortar, porque ya non son. Las sus casas, e las sus moradas todas fincaron yermas e despobladas. La su honra, e la su prez tornada es en confusión, cá los fijos e los sus criados todos murieron a espada. Los nobles fijodalgos cayeron en captivo. Los

ido anotando la multitud de variantes que se observa en los autores sobre cada incidente y circunstancia de este memorable suceso. Además de lo que hemos indicado acerca de los célebres amores de Rodrigo y la Cava, hay quien pretende eximir de la culpa y nota de traición al obispo Oppas, y al mismo conde Julián. Cuéntase de diferentes maneras la embajada y consulta de Muza al califa Walid. Cuestiónase si fueron una o dos las expediciones exploratorias que precedieron a la invasión formal: siTarif y Tarik, o Tarek, fueron dos distintas o una misma persona. Se ha disputado mucho y variado no poco sobre el año de la invasión y sobre el mes en que se dio la famosa batalla: si duró sólo tres días o duró ocho: si acompañaban o no a Rodrigo los hijos de Witiza y el metropolitano Oppas, y si le abandonaron o no en el combate y se pasaron a los sarracenos. Niegan algunos que se presentara el rey en la batalla en lujoso carro y con todo aquel aparato de majestad. Hácenle unos morir alanceado por el mismo Tarik, otros ahogado con su caballo Orelia en las aguas del Guadalete, y aún no falta quien crea lo de haberse salvado y huido a la Lusitania, donde pasó el resto de sus días haciendo penitencia; a lo cual ha contribuido aquello del sepulcro hallado dos siglos más tarde en Viseo, con la inscripción: Hic requiescit Rudericus, ultimus Rex Gothorum. Conviniendo todos en el hecho principal, difieren lastimosamente en cada uno de sus antecedentes, circunstancias y pormenores. Nosotros hemos cotejado detenidamente las historias arábigas con las cristianas, y basado nuestra relación en lo que nos ha parecido más autorizado y también más verosímil: teniendo presentes entre las crónicas e historias cristianas las del continuador del Viclarense, de Isidoro de Beja, de Sebastián de Salamanca, del monje de Silos, de Rodrigo de Toledo, la general de Alfonso el Sabio, las de Morales, Mariana, Ferreras, Flórez, Mondéjar, Pellicer, Masdeu, con los anotadores e ilustradores de unos y otros; y entre las arábigas, los autores de Casiri, Conde, Gayangos y Lembke, creyéndonos dispensados de citar las discordancias que se notan en Ebn Hhayan, Ebn Kaldun, Abulfeda, Abu Abdalla, Abul Hasan, Ebn Khalkan, Ebn Al Khatib, etc., que prolijamente mencionan los historiadores extranjeros. En cuanto al año de la invasión y tiempo en que se dio la batalla, creemos que se marcha ya de acuerdo desde que se ha fijado bien la correspondencia y relación de los años de la hégira con los de la era cristiana.

352 Fr. Luis de León, Oda.

príncipes e los altos homes idos son en deshonra y en denuesto: los buenos combatientes perdiéronse en extremo, e los que antes estaban libres, entonces se tornaron en siervos... El que fue fuerte y corajoso murió en la batalla; el corredor e ligero de pies non guaresció a las saetas... ¿E quién daría a mí agua, con que toda mi cabeza fuese bañada, e mis ojos fuentes, que siempre manasen lágrimas, porque llorasen e plañesen la pérdida, e la muerte de los de España, e la mezquindad, e el terramiento de los godos? Aquí se remató la santidad e religión de los obispos e de los sacerdotes; aquí quedó e menguó el abonamiento de los clérigos que servian las igresias; aquí peresció el entendimiento, e el enseñamiento de las leyes de la santa fe, e los padres o los señores todos perescieron en uno... Toda la tierra astragaron los enemigos, é las casas hermaron, los homes mataron, las cibdades robaron e tomaron... Cuanto mal sufrió aquella Babilonia, que fue la primera e mayoral en todos los reinos del mundo, cuando fue destroida del rey Ciro e del rey Dario... e cuanto mal sufrió Roma, que era señora de todas las tierras, cuando la tomó e la destroyó Alarico, e después Ataúlfo, rey de los godos, e después Genserico, rey de los vándalos; o cuanto mal sufrió Jerusalén, que según la profecía de nuestro Señor Jesuchristo fue derribada e quemada, que non fincó piedra sobre piedra; e cuanto mal sufrió aquella nombre de Cartago, cuando la tomó e la quemó Scipion, cónsul de Roma; dos tanto mal, e más que aquesto sufrió la mezquina de España, desamparada, cá en ella se ayuntaron todas estas coitas, e tribulaciones...»[353]

Antes de proseguir la historia de la fatal conquista, hagamos aquí un descanso, y examinemos la condición del pueblo godo en lo religioso, en lo político y civil, y lo que legó a España para su vida futura cuando fue destruido.

353 Crónica de España, por don Alfonso el Sabio, pág. 202 y sig.

CAPÍTULO IX. ESTADO SOCIAL DEL REINO GODO-HISPANO EN SU ÚLTIMO PERÍODO.

I.—Mudanza en la organización política del Estado desde Recaredo.—Mezcla en las atribuciones de los poderes eclesiástico y civil.—Relaciones entre los concilios y los reyes.—Su influencia respectiva.—Sus inconvenientes y ventajas.—Índole y carácter de los concilios.—Si eran Cortes o asambleas nacionales.—Opiniones diversas sobre este punto.—Fíjase la verdadera naturaleza de estas congregaciones.—Independencia de la iglesia goda.—II. Examen histórico del Fuero Juzgo.—Sus diversas clases de leyes.—Juicio crítico sobre este célebre código.—Análisis de algunos de sus títulos y leyes.—Sistema judicial.—Id. penal.—Sobre la familia.—Sobre la agricultura.—Colonos.—Vinculaciones.—Feudos.—III. Literatura hispano-goda y su índole.—Historia.—Ciencias.—Poesía.—Extravagante idea de los godos sobre la medicina.—Ilustración del alto clero.—Prodigiosa erudición de San Isidoro.—Numeración de sus obras.—IV. Estado de las artes, industria y comercio de los godos.—Errada calificación de la arquitectura gótica.—Monedas.—V. Consideraciones generales sobre la civilización goda.—Si ganó o perdió la España con la dominación de los visigodos.

I. Expusimos en el capítulo cuarto de este libro la marcha de la nación godo-hispana y su organización religiosa, política, civil y militar hasta el reinado de Recaredo; y anunciamos allí que desde aquella época tomaría otro rumbo, otra fisonomía la constitución del imperio gótico. Así se realizó.

Desde que Recaredo, convertido al catolicismo, sometió al tercer concilio de Toledo la deliberación de asuntos pertenecientes al gobierno temporal, comenzó a variar la índole de la monarquía, comenzó también a variar el carácter de aquellas asambleas religiosas. El trono buscó su apoyo en el altar, y la iglesia se fortalecía con el apoyo del trono. Eran dos poderes que se necesitaban mutuamente, y mutuamente se auxiliaban. Los reyes fueron al propio tiempo los protegidos y los protectores de la iglesia, la iglesia era simultáneamente la protegida y la protectora de los reyes. En esta reciprocidad de intereses y de relaciones, era muy fácil, como así aconteció, que se confundieran las atribuciones del sacerdocio y del imperio, traspasando cada cual sus límites, y arrogándose, o si se quiere, prestándose sus facultades propias. En esta especie de traspaso mutuo, el poder real ganaba por un lado y perdía por otro; el poder episcopal ganaba siempre en influjo y adquiría una preponderancia progresiva.

Los monarcas se vieron en la necesidad de acogerse al amparo de los concilios por varias poderosas razones. Lo primero, porque en estas asambleas se hallaban concentrados el talento y el saber, y necesitaban de las luces de los obispos pura guiarse y dirigirse con acierto: lo segundo, porque en aquella época de espíritu religioso, y más desde que se estableció la nulidad de la fe, el influjo del sacerdocio era grande en el pueblo, y convenía a los monarcas contar con el apoyo y la alianza de una clase tan prepotente: lo tercero, porque expuesto asiduamente el trono a los embates de una nobleza ambiciosa y turbulenta, avezados los magnates a conspirar, por creerse cada cual con tanto derecho a ceñirse la corona como el monarca reinante, sólo el robusto brazo episcopal podía dar consistencia al solio una vez ocupado, y seguridad al que le ocupaba, por lo cual se trató de revestir su persona de un carácter sagrado ungiéndole con el óleo santo al tiempo de ceñirle la diadema. De buena gana daban los obispos arrimo y ayuda a los reyes a trueque de verlos solicitarla humillados y de tenerlos propicios: sin inconveniente la solicitaban los príncipes a trueque de contemplarse seguros. Sancionando los concilios la inviolabilidad de los monarcas una vez constituidos, sin ser demasiado escrupulosos en cuanto a la seguridad de su elevación; fulminando severas censuras eclesiásticas contra los atentadores a la persona y a la autoridad del rey, y excomulgando a los conspiradores, regularizando las bases de la elección, estableciendo formas y trámites, y prescribiendo las cualidades y condiciones que había de tener el elegido; señalando el tiempo y lugar en que la elección había de verificarse; decretando que el nombramiento se hubiera de hacer por los obispos y próceres, y exigiendo al rey en pleno concilio el juramento de guardar las leyes y la unidad de la fe católica, enfrenaban muchas ambiciones y prevenían muchos regicidios; evitaban los trastornos de las elecciones tumultuarias; templaban con la mansedumbre religiosa la

índole feroz y los rudos instintos que aún conservaran los godos; preparaban más y más la fusión sentándose juntos a discurrir tranquilamente vencedores y vencidos; fortalecían el poder real y consolidaban la monarquía, y al propio tiempo ganaban ellos ascendiente sobre el rey, sobre la nobleza y sobre el pueblo.

Los nobles que aspiraban a subir algún día al trono, necesitaban halagar a los obispos, que formaban un partido compacto, poderoso e ilustrado, y en cuyas manos venía a estar la elección. Así entraba en el interés mutuo de los prelados y los próceres el que la corona no se hiciese hereditaria, como hubieran deseado los reyes y el pueblo, y pasaban por todos los inconvenientes del sistema electivo. Sólo alguna vez permitían la asociación al imperio y la trasmisión de la corona del padre al hijo, mas nunca sin su consentimiento y sin estar seguros o de la devoción o de la docilidad del asociado o heredero. Los monarcas por su parte, una vez constituidos, necesitando de los concilios para sostenerse, prestábanse a deponer el juramento en sus manos, permitíanles deliberar y legislar en negocios temporales y políticos, o los sometían ellos mismos a su decisión, confirmaban y sancionaban sus determinaciones, fuesen sobre materias eclesiásticas o civiles, y autorizadas con la sanción real las definiciones sinodales, recibíalas el pueblo con la veneración y respeto debido a ambas potestades.

En esta conmixtión de poderes, el rey, convocando y confirmando los concilios, como protector de la iglesia, extendía la jurisdicción real a las cosas eclesiásticas, promulgando y haciendo ejecutar las providencias y reglamentos de disciplina; examinaba y fallaba en última apelación las causas entabladas ante los obispos y metropolitanos, y por último fue reasumiendo en sí la facultad de nombrar obispos y de trasladarlos de unas a otras sillas. El derecho de nombramiento que desde los primitivos tiempos de la iglesia habían ejercido el pueblo y el clero, fue pasando gradualmente al rey, primeramente por cesión de algunas iglesias, por convenio de todas después, ya enviándole en cada vacante la propuesta de las personas que contemplaban dignas de ocupar la silla episcopal, para que el rey eligiese entre ellas, ya por último encomendándole, por evitar las dilaciones de este modo, el nombramiento *in solidum,* que por fin se dio también, como hemos visto en la historia, en ausencia del monarca al metropolitano de Toledo.

Semejante organización, tales relaciones entre el sacerdocio y el imperio, entre el trono y la iglesia, entre los reyes y los obispos, si bien producían los saludables efectos que hemos enumerado, tenían por otra parte que influir funestamente en la vida futura de la monarquía, de aquel mismo trono y de aquella misma iglesia. Cierto que la influencia episcopal y la ilustración del alto clero templaban y suavizaban la antigua rudeza gótica; pero llevando al exceso aquel influjo, extinguíase al propio tiempo el vigor militar y la energía varonil del pueblo godo, que en un día de prueba como el que sobrevino había de echarse de menos y ocasionar la ruina del estado. Cierto que con las leyes sobre elección se prevenían conjuraciones y crímenes, pero se mantenía el sistema electivo. Fuente y raíz de ambiciones, y causa y principio de casi todos los males. Cierto que se fortalecía el poder del monarca reinante con las penas establecidas contra los atentadores a su vida o su trono; pero reconociendo y confirmando a los usurpadores, se confirmaba y reconocía la usurpación una vez consumada. Cierta que las leyes disciplinadas de la iglesia llevaban la robustez de la sanción real y el apoyo de las potestades civiles; pero compraba la corona su intervención en el derecho canónico a costa de otorgar inmunidades eclesiásticas que habían de acabar por relajar aquella misma disciplina. Cierto que a las mayores luces del clero se debieron muy sabias leyes y una mejor organización del Estado; pero llevando demasiado adelante su influjo y predominio, legislando en materias políticas; aprovechando su inmenso poder y la debilidad de algunos reyes, manteniendo vivo el sistema electoral para que solicitaran sus sufragios los aspirantes al trono, el juramento ante el concilio para tener sumisos a los monarcas, llegó muchas veces a humillar la majestad, sobrepúsose en ocasiones el cayado episcopal al cetro regio, pudo dudarse si eran los reyes o los obispos los soberanos del Estado; y si un Chindasvinto y un Wamba hacían esfuerzos por libertar la corona de la tutela de la iglesia y por establecer la antigua energía y virilidad gótica, un Sisenando, un Ervigio, un Egica, eran dóciles instrumentos de los concilios y obsecuentes guardadores de sus

secretos. Esta mixtura de poderes, esta prepotencia eclesiástica, con su mezcla de bien y de mal, fue al principio muy provechosa al Estado, lo fue a la religión, a la iglesia, al trono mismo: llevada al extremo, perjudicó al trono, a la nación, a la misma iglesia.

«¿Se ha definido bien, preguntábamos en nuestro discurso preliminar[354], la naturaleza y carácter de aquellas asambleas que tan singular fisonomía dieron al gobierno de la nación gótica?» La cuestión es importante, y su examen se ha hecho más necesario desde que un erudito publicista español calificó los concilios de los godos de verdaderos *Estados generales o Cortes de la nación*. El ilustrado autor de la *Teoría de las Cortes*, llevado de un celo laudable, y queriendo buscar en la más remota antigüedad posible, en la cuna de la monarquía española, el ejemplo y práctica del gobierno representativo en España, no dudó ver en los concilios nacionales de Toledo otros tantos congresos políticos con todas las condiciones de tales. «¿Quién no ve aquí, dice, toda la nación unida y legítimamente representada por las personas más insignes y por sus miembros principales, desplegando su energía y autoridad en orden a los asuntos del mayor interés y en que iba la prosperidad temporal de la república?» «Prueba evidente (dice en otra par te) de que estas juntas no eran eclesiásticas, sino puramente políticas y civiles, y unos verdaderos estados generales de la nación.»[355]

La opinión de este docto español, que no dejó de hallar eco en algunos historiadores extranjeros cuyas obras tenemos a la vista, fue ya impugnada con razones de buena crítica por otro no menos erudito jurisconsulto español[356], haciendo ver las inexactitudes en que su extremado celo hizo incurrir al ilustrado Marina, así en la calificación de aquellos concilios, como en la perfección que supone en la constitución y organización política del imperio visigodo. Menester es que fijemos bien la índole y carácter de aquellas célebres asambleas.

El primero de los diez y nueve concilios generales de la iglesia goda, en que se determinaron puntos de gobierno civil fue el tercero de Toledo. Allí no había sino obispos: el único representante del poder temporal era el rey, que no hizo sino convocar el sínodo y suscribir con la reina las decisiones canónicas: algunos grandes firmaron la profesión de fe: nadie deliberó sino la iglesia. El orden de celebrar los concilios prescrito en el cuarto de Toledo, que ya entendió en los negocios graves de derecho político nacional, da bien a conocer que no había variado en su esencia la índole de aquellas juntas[357]. Hasta el octavo de Toledo de 653 no tomaron parte los nobles seglares en las deliberaciones sinodales. ¿Mas quiénes y cuántos eran estos? ¿qué representaban? ¿qué categoría ocupaban en el sínodo? ¿en qué negocios decidían? Era un escaso número de duques y condes, de varones ilustres del oficio palatino, elegidos y nombrados por el rey, que no tenían voz ni voto en las materias eclesiásticas, que firmaban los últimos en las políticas y civiles.

«En nombre del Señor (decía el tomo regio), Flavio Recesvinto rey, a los reverendísimos padres residentes en este santo sínodo... Os encargo (decía a los obispos) que juzguéis todas las

354 Parráf. V., pág. 55

355 Marina, Teoría de las Cortes, tom. I., cap. 2.

356 Sempere y Guarinos, Hist. del Derecho, tom. I., cap. 43. Observaciones sobre los concilios toledanos.

357 Formula qualiter concilium fiat, sive ordo de celebrando concilio. Al amanecer abrían los ostiarios una sola puerta de la catedral, por la cual permitían entrar sólamente a los que habían de tomar parte en el sínodo. Primeramente se colocaban los metropolitanos, después los sufragáneos por el orden de antigüedad de su consagración. Sentados los obispos, se llamaba a los presbíteros, y luego a los diáconos necesarios para el servicio. Seguidamente entraban los señores de la corte que acompañaban al rey, y los que habían de hacer de secretarios de la asamblea. Cerrada la puerta y colocados todos en el orden que el canon cuarto señalaba, después de un rato de silencio, el arcediano decía en voz alta Oremus. Oraban todos de rodillas en voz baja, hasta que uno de los prelados más antiguos los interrumpia con una oración vocal, a que contestaban todos: Amen. El arcediano decía entonces; Surgite, fraires: levantóos. Sentados otra vez en su lugar respectivo, se leía la profesión de fe, símbolo del dogma católico, acordado en los cuatro primeros concilios ecuménicos. Cuando asistía el rey, dirigía a los prelados un corto discurso, y les entregaba una memoria, tomus regius, en que expresaba los asuntos en que pedía se ocupasen. El metropolitano presidente abría la discusión con otro discurso, en que los exhortaba a deliberar sin apasionamiento y con templanza y mesura. Nadie podía entrar ni salir hasta que se levantaba la sesión. Las puertas del templo permanecían cerradas durante los debates, los cuales versaban primeramente sobre los negocios eclesiásticos, y hasta que terminaban éstos no se deliberaba sobre los temporales o civiles.

quejas que se os presenten, con el rigor de la justicia, pero templado con la misericordia. En las leyes os doy mi consentimiento para que las ordenéis, corrigiendo las malas, omitiendo las superfluas y declarando los cánones oscuros o dudosos Y a vosotros, varones ilustres jefes del oficio palatino, distinguidos por vuestra nobleza, rectores de los pueblos por vuestra experiencia y equidad, mis fieles compañeros en el gobierno, por cuyas manos se administra la justicia... os encargo por la fe que he protestado a la venerable congregación de estos santos padres, que no os separéis de lo que ellos determinen, sabiendo que si cumplís estos mis deseos saludables agradaréis a Dios, y aprobando yo vuestros decretos cumpliré también la voluntad divina. Y hablando ahora con todos en común, tanto con los ministros del altar, como con los asistentes elegidos del aula regia, os prometo que cuanto determinéis y ejecutéis con mi consentimiento lo ratificaré con el favor de Dios, y lo sostendré con toda mi soberana voluntad.»[358]

¿Qué proporción guardaba el brazo secular con el eclesiástico? Asistieron al concilio VIII. de Toledo 17 palatinos y condes, y 52 obispos: 15 nobles, y 35 obispos al XII: hallábanse en el XIII 26 próceres, y 48 prelados: en el XV 16 nobles, y 77 clérigos; 16 grandes, y 61 obispos y 5 abades en el XVI, Así respectivamente en todos[359]. El clero deliberaba indistintamente en las materias religiosas y civiles: los legos en las últimas solamente.

Predominando así el elemento eclesiástico sobre el seglar, no era posible que se contrapesaran dos poderes, de los cuales el uno era casi omnipotente, el otro débil por su menor número, por su menor ilustración, por sus restricciones y por su deferencia al primero. No era el Estado quien daba entrada a la iglesia en sus determinaciones, era la iglesia a quien monarcas respetuosos y devotos iban encomendando los negocios del Estado. Ni el pueblo tenía representantes ni diputados, ni la nobleza que asistía representaba siquiera su misma clase, puesto que eran en su mayor parte empleados de palacio, nombrados por el rey para dar lustre a la reunión, nombre y ejecución a sus resoluciones. Si en algunas actas se supone el consentimiento del pueblo, expresado con la fórmula *omni populo assentiente*, no podía significar sino la aprobación de los fieles que presenciaran el acto de la confirmación y promulgación, y esto las pocas veces que pudieron tener entrada en el templo. ¿Cómo podían denominarse estas congregaciones ni estados generales ni Cortes del reino? En ellas, dijimos en nuestro discurso, el clero y el rey eran casi todo, poco los nobles, el pueblo nada.

No obstante, el carácter que les imprimía la convocatoria y la sanción real, el discurso del rey, el tomo o memoria en que el monarca indicaba los asuntos que habían de tratarse, la asistencia de una parte de la nobleza, esta concurrencia incontestable, aunque desigual, de los poderes, su intervención en los negocios religiosos y políticos, la coacción que en uno y otro fuero llevaban sus resoluciones como leyes de estado, a que tenía que someterse el pueblo y la corona misma, hace que no podamos menos de considerar estas asambleas como el principio, como el germen, como el embrión de una representación nacional. Cuando más adelante se deslinden las atribuciones propias de las dos potestades, cuando deje de ser necesario el gobierno teocrático para la vida de la nación, entonces nacerán las Cortes del reino, cuyo origen, o cuyo anuncio por lo menos reconoceremos en los concilios de la iglesia hispano-goda. Así van progresivamente marchando las sociedades hacia su más conveniente organización.

Admirable es sobre todo la independencia y la entereza de los obispos y concilios de la iglesia gótica. Convocados por el rey o por el metropolitano, congregábanse y deliberaban, nombrábanse obispos y se consagraban sin la intervención de los pontífices, que raras veces en este largo período ejercieron su influjo y tomaron parte en el gobierno de la iglesia y en la disciplina eclesiástica española. Cítanse solo contados casos de ejercicio de la jurisdicción y potestad pontificia, tales como el nombramiento que en 480 hizo el papa Simplicio en el obispo Zenón de Sevilla por vicario

358 Conc. VIII. Tolet.

359 Esta proporción consta con la cortísima diferencia de algún guarismo (que suele consistir en contar algunos como obispos a los que estaban representados por vicarios) de la Colección canónica española, de Aguirre, de Flórez, de Ulloa y otros.

y legado apostólico[360]; el del legado Juan enviado por San Gregorio el Grande para reponer al obispo Januario de Málaga[361]; alguna remisión de palio, y pocos otros ejemplares que ni constituían costumbre ni se miraba al parecer como de disciplina[362]. Reconociendo, como reconocía San Isidoro[363]. el supremo honor del episcopado en el sucesor de San Pedro y la superioridad de la jurisdicción pontificia sobre la iglesia universal, hubo, no obstante , vivas discusiones sobre puntos de doctrina entre algunos pontífices y prelados españoles, en que se vio hasta donde llegaba la entereza de los obispos de España, y de que dieron admirable ejemplo los insignes Leandro de Toledo y Braulio de Zaragoza[364]. Acudíase muchas veces en consulta al jefe de la iglesia como a fuente de sabiduría, y respetábase su dictamen, mas no así en solicitud de dispensas, en lo cual como en otros negocios del gobierno de la iglesia obraban los obispos españoles con una especie de soberanía[365]. Organizada así la iglesia gótica de España, bien puede asegurarse que era la más independiente de toda la cristiandad, así como ninguna nación entonces podía presentar un catálogo y sucesión de obispos tan sabios y doctos, tan virtuosos y desinteresados, tan versados en las ciencias divinas y humanas, como los de la iglesia española[366].

II. Pasando de la legislación canónica a la política y civil, nos es imposible dejar de admirar el progreso social que alcanzó el pueblo español bajo la dominación de unos hombres que habían venido semi-bárbaros y acabaron por ser ilustrados y cultos. Los visigodos de España presentan la singularidad de haberse dejado primeramente civilizar por el pueblo vencido, de haberse hecho después civilizadores del pueblo conquistado.

Ya hemos visto por la historia cómo desde el principio de la monarquía dos de los primeros reyes godos, Eurico y Alarico II., comenzaron a hacer compilaciones de leyes, para el gobierno del pueblo godo el uno, para el del hispano-romano el otro. De este mismo espíritu legislador fueron participando sus sucesores; la legislación se fue uniformando hasta hacerse una sola para los dos pueblos, así en lo religioso como en lo político, cuyo beneficio se debió principalmente a los ilustres monarcas Recaredo, Chindasvinto y Recesvinto. Los que sucedieron a estos en el trono continuaron haciendo leyes para el gobierno del Estado, casi hasta la ruina de la monarquía. De todas ellas vino a formarse la famosa colección de leyes visigodas conocida en latín con los nombres de *Codex Wisigothorum* y *Forum Judicum*, en español con los de *Fuero Juzgo* y *Libro de los Jueces*.

---

360 Florez, Esp. Sagr. tom. IV.

361 Greg. Mago. Epist. VII. ad Joannem defensorem.

362 Véase Flórez, España Sagrada; Villodas, Analisis de antigüedades eclesiásticas, y otros.

363 Carta y consulta de Eugenio II. de Toledo a Isidoro de Sevilla, y la respuesta de éste. San Isidor. Opera.

364 Juliani Líber Apologéticus, p. 77.—Felix Tolet. In Vita Juliani, p. 19.—Isid. Pacens. Chron.—Concil. Toletan. III. —S. Braulii. Epístolae, ep. XXI.

365 «En muchos siglos, dice Villodas, no estuvo en práctica en España acudir a Roma a solicitar dispensas. Éstas se concedían por los obispos o concilios acerca de las traslaciones, colación de beneficios, impedimentos de matrimonio, etc. El papa Siricio en su carta a Eumerio Tarraconense decretó que los casados dos veces o con viudas fuesen irregulares y depuestos del clero, y con todo dispensó en esto el concilio toledano primero, can. 3... El mismo papa en su carta a los obispos de España había prohibido bajo pena de deposición a todos los sacerdotes y diáconos usar de sus mujeres después de la ordenación, de modo que si lo hacían les estaba entredicha toda función eclesiástica. Sin embargo, los PP. del primer concilio de Toledo modificaron en parte la constitución de Siricio, y ordenaron en el primer canon que los sacerdotes y diáconos culpables de incontinencia no tuviesen otra pena que quedar privados de ascender a órdenes superiores... En una palabra, no ofrece la historia de aquellos siglos ejemplo alguno que acredite se acudiese a Roma por dispensas, sin embargo de la costumbre contraria de las demás iglesias extranjeras.» Antigüedades eclesiásticas, pág. 225.

«Como los godos, dice a este propósito el obispo Sandoval, entraron desde la niñez de la iglesia a ser señores de España, y los pontífices no tenían fuerzas, contentábanse con lo que les querían dar, y con lo demás pasaban y disimulaban... Y con esta buena fe los reyes y santos que aquí se hallaban hacían sus decretos y ordenanzas dichas.» Sand. Chron. de Alonso VII., cap. 63.

366 El mismo Gibbon, autor nada sospechoso en la materia, hace justicia a los prelados españoles. «Los obispos de España, dice, se respetaban a si mismos, y eran respetados por el pueblo... y la regular disciplina de la iglesia introdujo la paz, el orden y la estabilidad en el gobierno del Estado.»

Este célebre código, acaso el más célebre, el más importante, el más regular y completo de cuantos cuerpos de leyes se formaron después de la caída del imperio romano, merece una atención preferente de parte del historiador que aspira a señalar la marcha que han ido llevando la organización y la civilización de un pueblo, así por ser el libro en que refleja como en un espejo la fisonomía de la sociedad para que se hizo, como por encerrar en sí simultáneamente los restos heredados de la edad antigua, las modificaciones de una edad de transición, y el germen de la edad media de la nación española.

Después de haberse disputado largamente sobre la época en que se ordenó este memorable cuerpo de derecho, ya no se duda que debieron hacerse algunas recopilaciones de las leyes que se iban promulgando por diferentes reyes y concilios; pero que tal como en el día le conocemos no pudo ser coleccionado hasta los años del reinado común de Egica y Witiza, casi al agonizar la monarquía goda: no antes, puesto que se encuentran en él leyes de estos dos soberanos cuando regían asociadamente el reino; no después, porque no se hallan ya ni de Witiza solo ni de Rodrigo: y que la obra de la compilación fue probablemente llevada a cabo por el concilio XVI. de Toledo o por alguna comisión suya, a juzgar por el encargo que Egica hizo a los padres de aquel concilio[367].

Aunque esta edición se hiciera en el idioma latino tal cual ha llegado hasta nosotros, no puede suponerse que se redactaran al tiempo de su promulgación las leyes que le componen en la lengua del Latium. Publicabanse en latín las que se daban para el gobierno de los hispano-romanos, por ser el idioma que ellos hablaban: redactabanse las que eran hechas para los godos en el degenerado dialecto teutónico o germano con mezcla de latín que ellos hablarían: porque todas las leyes se dan para que las entiendan, conozcan y practiquen los individuos para quienes son hechas. Mas cuando la legislación fue ya una para entrambos pueblos, cuando estos se habían ya amalgamado y fundido por la religión, por el derecho, por los matrimonios, por el trato y las costumbres, el lenguaje y la palabra hubieron de confundirse también y ser uno mismo el de los indígenas y el de los godos, y en este debieron escribirse unas leyes cuya observancia obligaba a todo el pueblo. ¿Mas qué lenguaje, qué idioma era este? Ciertamente ni los godos del Tajo pudieron, ni quisieron acaso, conservar la palabra bárbara de los godos del Danubio, ni el pueblo hispano-romano podía hablar el culto latín de Cicerón y de Virgilio. Ambas lenguas tuvieron que alterarse y corromperse, y ambas tuvieron que mezclarse. Sin embargo, en esta composición tenía que prevalecer el elemento latino, aunque degenerado, así por ser más en número los hispano-romanos, como por exceder también a los godos en ilustración. En este idioma del pueblo, en que se supone entrarían también muchas de las voces que se hubieran conservado de la primitiva lengua de los indígenas, debieron escribirse y promulgarse las leyes godas, hasta que al ordenarlas y reducirlas a un código general fuesen vertidas al latín más culto, aunque degenerado ya y distante de su antigua pureza, de la iglesia y de los concilios. Así permaneció el Fuero de los Jueces, hasta que a mediados del siglo XIII. al darle Fernando III. por fuero a la ciudad de Córdoba que acababa de conquistar, mandó hacer la traducción del original latino al idioma español de aquel tiempo, tal como en el día en las colecciones de nuestros códigos se conserva, y de la cual hemos copiado algunas leyes o fragmentos en nuestra historia.

Encuéntranse en este cuerpo de derecho leyes de cuatro géneros o clases: 1.° unas que hacían los príncipes por su propia autoridad, o en unión con el oficio palatino, especie de consejo privado del rey; 2.° otras que se hacían en los concilios nacionales, y fueron después trasferidas al código, como en algunas de ellas se expresa; 3.° otras sin fecha, ni título ni nombre de autor, que son probablemente las que se tomaron de las antiguas y primitivas colecciones[368]; 4.° otras que llevan al principio una nota que dice *Antigua* o *Antiqua noviter emendata*, que se cree fueron tomadas de los

367 Cuantas noticias puedan apetecerse relativamente a la ordenación de este famoso código, así como a las opiniones que sobre ello habían emitido diferentes historiadores y jurisconsultos, se hallan en el erudito discurso del señor Lardizábal que precede a la edición española del Fuero Juzgo, hecha por la Academia en 1815, y en el del señor Pacheco que encabeza el primer tomo de los Códigos españoles concordados y anotados, edición de 1847.

368 «E aquellas leyes mandamos que valan, las quales entendemos que fueron fechas antiguamente por derecho.» Ley 5. tít. 1. - lib. II.

códigos romanos y revisadas por los últimos reyes[369]. Así se encuentran a un tiempo en el Fuero Juzgo leyes en que se descubre aún el espíritu heredado de la culta sociedad romana, leyes en que se conservan restos de la antigua rusticidad gótica, y leyes, y éstas son las más, en que se revela la índole teocrática del gobierno de los godos, y el influjo social que ejercieron aquellos sacerdotes legisladores.

A pesar de los defectos de estilo y de forma naturales y casi indispensables en la época de su redacción, apenas se hallará ya quien dude haber sido el Fuero Juzgo el código legislativo más ordenado, más completo, más moral y más filosófico de cuantos en aquella edad se formaron, y muy superior a todos los códigos llamados bárbaros, como era superior la sociedad hispano-goda a todas las que nacieron de los pueblos septentrionales. No sabemos como un hombre de la ilustración y criterio de Montesquieu pudo obcecarse hasta el punto de decir con una ligereza incomprensible: «Las leyes de los visigodos son pueriles, torpes e idiotas: no llenan su objeto; están cargadas de retórica y vacías de sentido, son frívolas en el fondo y gigantescas en la forma.»[370] Felizmente fue muy luego impugnado el acre e inmerecido aserto del autor del Espíritu de las leyes por otro crítico no menos erudito, que hablando del mismo código se expresa así: «El presidente de Montesquieu le ha tratado con una severidad excesiva. Ciertamente me disgusta su estilo, como me es odiosa la superstición que en él se halla; pero no temo decir que aquella jurisprudencia anuncia y descubre una sociedad más culta y más ilustrada que la de los borgoñones, y aún la de los lombardos.»[371]

Pero otro más reciente y no menos respetable publicista ha estado todavía más explícito y más justo. «Ábrase, dice Mr. Guizot, la ley de los visigodos, y se verá que no es una ley bárbara: evidentemente la hallaremos redactada por los filósofos de la época, es decir, por el clero; abundando en ideas generales, en verdaderas teorías, y en teorías plenamente extranjeras a la índole y costumbre de los bárbaros... En una palabra, la ley visigoda lleva y presenta en su conjunto un carácter erudito, sistemático, social. Descúbrese bien en ella el influjo del mismo clero que prevalecía en los concilios toledanos, y que influía tan poderosamente en el gobierno del país.»[372] «Aún con todos sus defectos, dice otro historiador extranjero, el código de los visigodos no deja de ser un monumento glorioso: por otra parte es el solo código de las épocas bárbaras en que se han proclamado altamente los grandes principios de moral. Ningún cuerpo de leyes de los siglos medios se ha aproximado tanto al objeto de la legislación, ninguno ha definido mejor y más noblemente la ley.»[373] Tales juicios en plumas extranjeras y tan autorizadas, valen ciertamente más que cuantos encomios pudiéramos hacer los españoles.

En el título preliminar que trata de la elección de los príncipes, aunque redactado mucha parte de él en forma doctrinal y de consejo, contra lo que hoy se acostumbra, se consignan las más excelentes máximas de política, de moral y de justicia; y la célebre fórmula: *Rey serás si federes derecho, et si non federes derecho non serás rey*, entra en él como principio de gobierno y de derecho público. Observamos, no obstante, que todas las precauciones que se tomaban eran ineficaces para prevenir el abuso de autoridad. Consignábase, es verdad, el principio electivo, exigíanse condiciones y cualidades en los pretendientes a la corona, obligábaselos después de nombrados a prestar juramento de guardar las leyes, sentábase el principio de que el monarca estaba tan sujeto a la ley como otro cualquier individuo del Estado, dábanseles saludables consejos y reglas de gobierno: *el que non facía derecho non era rey*: ¿pero cómo dejaba de ser rey el que non facía derecho, el que abusara de la autoridad, el que se convirtiera en déspota? ¿Quién le deponía, y dónde estaba la ley de responsabilidad? Olvidóseles esto a los godos en la constitución de la monarquía, o no lo alcanzaron. Una vez investidos los reyes de la potestad suprema, no se pensó sino en hacer respetable su autoridad, en asegurarla y defenderla: si en vez de derecho ejercían

369 Lardizábal, Discurso citado.

370 «Les lois des visigoths sont pueriles, gauches, idiotes: elles n'atteignent point le but; pleines de rhetorique et vides de sens, frivoles dans le fond et gigantesques dans la forme.» Espr. des Lois, lib. XXVIII. chap. 4.

371 Gibbon, Historia de la decadencia y destrucción del imperio romano.

372 Guizot, Curso de Historia de la civilización europea.

373 Romey, Hist. d'Espagne tom. II. chap. 18.

tiranía no quedaba otro medio para deponerlos que la revolución, como sucedió con Suintila, privado del reino *propter crudelissimam potestatem quam in populis exercuerat*.[374] De modo que queriendo hacer una monarquía templada por las leyes, no acertaron a hacer sino una monarquía absoluta, en la cual, sin embargo, se veía ya la coexistencia y la lucha de estos dos principios, que más adelante se habían de separar.

Comprende el Fuero Juzgo doce libros, divididos en títulos, y éstos en leyes a cuya cabeza va el nombre del rey que las había hecho. La división está imitada de los códigos romanos. Los cinco primeros libros están destinados a regularizar y fijar las relaciones civiles y privadas: los tres siguientes tratan de los delitos y de las penas: el nono de los crímenes contra el Estado; los dos siguientes contienen reglamentos relativos al orden público y al comercio; y el último está consagrado a la extinción del judaísmo y de la herejía. No nos toca analizar detenidamente este famoso código, tarea más propia del jurisconsulto que del historiador. Mas no nos despediremos de él sin hacer notar siquiera algunas particularidades que bosquejan bien el estado de aquella sociedad.

En los títulos de las leyes y del «facedor de la ley», se ve filosofía, razón, principios elevados de justicia. Establécese ya en el libro segundo la igualdad ante la ley, y la responsabilidad de los jueces; gran adelanto en el sistema jurídico. Lleno está el título de penas contra los jueces; «que fagan tuerto por ruego, o por ignorancia, o por miedo, y hasta por mandado del rey.» Pero se da poder a los obispos sobre los jueces que tuercen la justicia, prueba incontestable de la organización teocrática de aquel pueblo. Se ve ya también la teoría de los procuradores y abogados y de la prueba por testigos. Era admitido el tormento, pero esta bárbara costumbre, tan en uso en otros pueblos, era rarísima vez aplicada por los godos, y en los doce libros de su código sólo una ley autoriza la prueba del agua y del fuego, y esto con muchos requisitos y sólo para los delitos más graves. Los procedimientos eran breves y sencillos. Las dilaciones ocasionadas por el juez daban derecho a la parte demandante a la indemnización de los gastos y perjuicios que se le siguieran, como si el mismo juez hubiese perdido el pleito. La recomendación de un gran personaje bastaba para dar por fallado el pleito en contra de la parte por quien se interesaba. Si el rey tomaba empeño por alguna causa, por este mismo hecho la sentencia era nula. ¡Admirable modo de poner la administración de justicia al abrigo del soborno, del cohecho y de las influencias del poder!

Aplicábase rara vez la pena capital, y sólo por los delitos que se consideraban más enormes. La horrible de ceguera (sacar los ojos) solía reemplazar a la de muerte cuando el príncipe hacía la gracia de la vida. Usábase mucho y era propia de los godos la de decalvación, *turpiter decalvare*; *tresquilar en cruzes*, como traducen algunos, *desfollar toda la fronte muy laidamientre*, como se lee en el Fuero Juzgo castellano. Poco menos infamante, y en verdad no menos afrentosa que esta era la de poner el reo a la vergüenza, y aún hacerle pasear por las calles sobre un jumento, como lo mandó Recaredo con el duque Arcimundo. Cuando Wamba hizo al rebelde Paulo y sus cómplices entrar en Toledo descalzos y rapados, no hacía sino aplicarles la pena de vergüenza decretada por las leyes, ya que los había relevado de la de muerte y ceguera. Mas común castigo era el de los azotes, bien en público, bien delante del juez y de pocos testigos. La ley señalaba minuciosamente el número de azotes que correspondían a cada delito, y la cantidad pecuniaria con que podían redimirse. Las multas eran la pena más ordinaria y general. Las ofensas personales, el asesinato, las heridas, los golpes y contusiones, las injurias, todo estaba sujeto a una tarifa gradual: la edad, la fortuna, la clase, todas las circunstancias del ofendido y del ofensor se tomaban en cuenta para la escala de indemnización. Pero la ley eximia a los parientes del delincuente de toda participación en la infamia que seguía a la culpa. «Aquel solo sea penado que fizier el pecado, y el pecado muera con él: e sus fijos ni sus erederos sean tenudos por ende.»[375] Ley sabia, que proscribía toda trasmisión de infamia a las familias; y que enseñaba que en la sociedad cada cual debe ser hijo de sus obras.

374 Conc. IV. Toletan.
375 Lib. VI., tit. I., l. 8.

En nada acaso aventajó tanto la legislación visigoda a la romana como en lo relativo a la organización de la familia, como jurisprudencia basada en el cristianismo. Matrimonios, dotes, divorcios, derechos conyugales, patria potestad, tutelas, heredamientos, impedimentos matrimoniales, todo estaba regularizado y ordenado por las leyes. Si no supiéramos el aprecio con que miraban los godos la castidad y la fidelidad conyugal, nos lo demostraría la dureza de su sistema penal contra los delitos de adulterio, de incesto y otros análogos, y la severidad con que se prohibía a las viudas pasar a segundas nupcias hasta cumplido cierto plazo después de la muerte del primer marido. En éstas como en otras muchas leyes del código visigodo se ve la feliz alianza del cristianismo con las costumbres puras que habían traído los pueblos bárbaros, convirtiéndose así la barbarie misma por una singular y providencial combinación, en elemento de moralidad. La sola abolición de la monstruosa potestad paternal de las leyes romanas fue un progreso inmenso en el orden social.

La multitud de leyes destinadas a proteger la agricultura prueban la importancia que dieron los godos a la industria rural en sus dos ramos de cultivo y ganadería. Admirable es y curiosa además la minuciosidad con que se previenen todos los casos de daño o atentado contra la propiedad predial o pecuaria, y las penas que para cada caso se establecen. La extensión que tiene esta materia comparada con la relativa al comercio y las artes, manifiesta que el pueblo godo, según que fue perdiendo los instintos guerreros, se fue haciendo mucho más agricultor que comerciante ni artista[376]. De la distribución que hicieron de la propiedad hemos hablado ya en el capítulo cuarto. La condición de los colonos fue mucho más dulce bajo el dominio de los godos que lo había sido en el de los romanos. En la ley 20 del tít. IV. lib. V., hallamos ya el primer vestigio de vinculación que mencionan nuestras leyes. *«El ome que es solariego non puede vender la heredad por ninguna manera; e si alguno la comprare, debe perder el precio, e cuanto ende recibiere.»* También si se quiere encontraremos en el código visigodo algo que se aproxime y parezca al feudalismo, pero de modo alguno el verdadero feudo, tal como se conocía en Alemania y en otras naciones formadas de los pueblos del Norte. Había hombres libres y pobres que se ponían bajo la protección de un rico o de un noble, el cual proveía a sus necesidades y los amparaba a condición de que le siguieran a la guerra. Pero el cliente podía abandonar a su patrono y buscar otro, siempre que volviese al primero lo que de él hubiera recibido. Era, más que feudo, una clientela en que se conservaba un resto de la libertad germánica y de la independencia íbera. No había ni la servidumbre ni las jerarquías feudales que constituyeron el sistema feudatario de otros países. Practicábanse los dos sistemas más ventajosos del cultivo, la enfiteusis y el arriendo. Si hubo aquí un gérmen de feudalismo, por lo menos no llegó a desarrollarse[377].

De las leyes sobre el servicio de las armas, y de las que se hicieron contra los judíos, que llenan la última parte del código, hemos hablado ya en diferentes lugares de nuestra historia. Y si algo nos hemos detenido en la reseña de este memorable cuerpo legislativo, considerándole bajo el triple aspecto de lo eclesiástico, de lo político y de lo civil, es porque, como veremos en el curso de la historia, sirvió como de base y fundamento para la vida futura de España, y como de eslabón para unir la edad antigua con la edad media, y los concilios y las leyes fueron la más rica herencia que a su muerte dejó la España goda a la España de la restauración.

III. El desarrollo intelectual durante la monarquía goda no podía menos de participar de la índole y carácter del gobierno, y de la fisonomía severa y ascética de los hombres de aquella sociedad. No encontraremos en este período la bella y amena literatura de Grecia y Roma. No hallaremos ni ingeniosos dramas ni sublimes epopeyas, porque no había ni Homeros y Aristófanes, ni Virgilios y Plautos. Siendo la religión la base sobre que se organizaba la nueva sociedad, siendo los concilios y las leyes, como acabamos de ver, los elementos constitutivos del gobierno, siendo el

376 Pueden verse los títulos III. y IV. del libro VIII que llevan por epígrafe: «De los dannos de los árboles, e de los huertos, e de las mieses, e de las otras cosas.—Del danno que face el ganado, o de las otras animalias.»
377 Lib. V., tit. III.

clero el depositario de los conocimientos humanos en aquella época, la literatura tenía que ser circunspecta y grave como los hombres que a ella se dedicaban. La moral, la teología, la jurisprudencia, el derecho político, la filosofía, la historia, eran las ciencias en que empleaban su talento y su estudio. Cuando Chindasvinto envió al obispo Tajón a Roma, no le envió a buscar las obras poéticas de Horacio o de Lucano, sino las obras morales de San Gregorio el Grande, que comentó y amplificó después aquel ilustre prelado de Zaragoza. Casi todos los hombres de ciencia eran obispos o clérigos.

No faltó quien cultivara la historia desde el principio hasta el fin de la monarquía, desde Paulo Orosio que fue testigo de la trasformación de España de romana en gótica, hasta Isidoro de Beja, que presenció su trasformación de gótica en árabe. Orosio había tenido la gloria de conferenciar amistosamente con San Agustín en África y con San Jerónimo en Belén. Mas si la historia de Orosio no podía dejar de resentirse de la turbación y oscuridad de los tiempos, no podemos extrañar que fuesen aún más descarnadas e indigestas las del obispo Idacio y del abad Juan de Viclara, que sin embargo nos han sido tan útiles, y demos gracias de que hayan llegado hasta nosotros. El progreso que en este ramo llegó a alcanzarse lo muestra bien la *Historia de los vándalos, suevos y godos*, de Isidoro de Sevilla. Julian de Toledo escribió con extensión la de la expedición de Wamba contra Paulo; y no podemos menos de lamentar que se hubiese perdido la de la España bajo los godos, de Máximo. Utilísimas fueron también las vidas de los varones ilustres, así como otras obras que recogió y publicó a fines del siglo pasado el arzobispo Lorenzana de Toledo.[378]

Innecesario es decir que en una época en que tales concilios se celebraban como los de Toledo, Braga, Mérida, Tarragona y Zaragoza, habían de abundar los varones doctos en la Sagrada Escritura, y en las ciencias canónicas y teológicas, así como los escritores de filosofia moral, de ascética, de liturgia, y de toda clase de materias eclesiásticas. De ello fueron buen ejemplo Martín de Braga, Leandro e Isidoro de Sevilla, Ildefonso, Julián y Félix de Toledo, Braulio y Tajón de Zaragoza, Mausona de Mérida, Toribio y Dictinio de Astorga, y otros muchos que nos fuera fácil citar. Con las escuelas de jóvenes educandos para la iglesia, con el célebre colegio establecido por San Isidoro en Sevilla, en que estudió San Ildefonso por espacio de doce años, adelantáronse los prelados de la iglesia gótica nueve siglos a la institución de seminarios decretada por el concilio de Trento. Y aunque los estudios serios y graves fueron más cultivados por los hispano-godos que la poesía, tampoco faltaron algunos poetas de regular mérito, tales como Draconcio, que bajo el título de *Hexaemeron* cantó en versos heroicos los seis días de la creación; Orencio de Illiberis, que compuso un poema en exámetros sobre los deberes de los cristianos; Eugenio III. de Toledo, que empleó ya en sus poesías diversidad de metros, y mostró mucho ingenio, aunque poco gusto, y algunos otros. Consérvanse varios himnos sagrados de aquella época, que se acompañaban al órgano, según testimonio de San Isidoro.

Singulares, extravagantes y pobres eran las ideas que en aquel tiempo se tenían acerca de la medicina y de su práctica y ejercicio. Los médicos no podían sangrar ni medicinar a mujer libre o ingenua, como no fuese a presencia del padre, madre, hermano, hijo, abuelo o algún otro pariente[379]. Si la sangría enflaquecía al enfermo, el médico era condenado a ciento cincuenta sueldos de multa. Si el enfermo moría por consecuencia de una medicina mal aplicada, el médico era mirado como un asesino, y entregado a disposición de los parientes del difunto[380]. La recompensa no correspondía a la responsabilidad y a los riesgos de la profesión, y sólo se les pagaba después de hecha la cura y restablecido el enfermo. Había, sin embargo, una ley, por la que los médicos, fuera del caso de homicidio, no podían ser presos o encarcelados[381]; acaso por no privar entretanto a los enfermos de su asistencia. La medicina, como las ciencias naturales, que tanto desarrollo tomaron en tiempo de los árabes, habían hecho ciertamente bien escasos progresos en el de los godos.

---

378 Sanctorum Patrum ecclesiae Toletanae quae extant Opera, etc. Matriti, 1782.

379 «Ningún fisico non deve sangrar ni melecinar mujer libre, si non estuviere hy su padre, o su madre delantre, o sus fijos, o sus hermanos, o sus tíos, o otros sus parientes, fueras ende si la dolor la acoitare mucho...» Lib.XI. tít. I.

380 Ibid. 1. 6.

381 «Ningún omne non meta físico en cárcel, maguer que non seya conocido, fueras ende por omecillo.» Ibid. ley 8.

De intento nos hemos reservado hablar particularmente del genio portentoso de la España goda, del doctísimo varón que asombró con su erudición al mundo, que fue el luminar que alumbró aquellos siglos, y cuyos rayos han penetrado al través de las sucesiones de los tiempos hasta el presente. Hablamos del insigne San Isidoro de Sevilla, de quien se decía en aquel tiempo que el que hubiera estudiado a fondo sus obras podía jactarse de conocer todas las obras divinas y humanas. Expresión hiperbólica, pero fundada, puesto que el solo catálogo de sus obras da idea de la inmensidad de conocimientos que abarcaba aquel genio gigantesco, a quien el concilio octavo de Toledo de 653, llamó *doctor excelente, la gloria de la iglesia católica, el hombre más sabio que se hubiese conocido para iluminar los últimos siglos, y cuyo nombre no debe pronunciarse sino con mucho respeto*. Además de la *Crónica*, de la *Historia* y de las *Vidas de los varones ilustres* que antes hemos mencionado, escribió San Isidoro los *Comentarios sobre la Sagrada Escritura*, tres libros de *Sentencias* o de opiniones, dos libros de *Oficios eclesiásticos*, una regla para los monjes de la Bética, un libro *De la naturaleza de las cosas*, dos tratados de *Gramática* y de *Controversia*, diversos tratados de *Moral*, el libro de la *Vida y muerte de los santos de uno y otro Testamento*, la *Colección de antiguos cánones de la iglesia de España*, y sobre todo la admirable obra de la *Etimología*, sabia compilación en que reunió las nociones útiles de todo cuanto cuestionaba el mundo sabio en el siglo VII. Enciclopedia llama a esta obra un autor moderno. Y, en efecto, artes, ciencias, bellas letras, gramática, retórica, dialéctica, metafísica, política, geometría, aritmética, música, astronomía, física, historia natural, todo lo trata el sabio escritor en esta obra a la altura de los conocimientos a que en aquellos tiempos le era posible al hombre llegar. Hasta la arquitectura y la pintura, hasta la táctica militar, la náutica y el arte de construir buques, juegos, espectáculos, artes y oficios, los mares, la tierra, el cielo, todo está comprendido en aquel repertorio científico de conocimientos humanos. San Isidoro, pues, puede llamarse con razón el restaurador de las letras y de los estudios en España, y el sol que alumbró al período hispano-godo.

Aunque no estuviera muy generalizada la instrucción en la España goda, por lo menos no sucedía aquí lo que en Italia, donde se lamentaba a fines del siglo VII. el papa Agathon de no hallar persona de suficiente instrucción que enviar de nuncio a Constantinopla[382]: ni lo que en Francia, donde a fines del siglo VI. se daban los órdenes sagrados a personas que no sabían leer[383].

IV. Mas si de las letras pasamos a las bellas artes, no fueron ciertamente los visigodos de España los que en este ramo sobresalieron, como no sobresalieron tampoco en la industria fabril ni en el comercio. Eran demasiado teólogos para ser grandes fabricantes ni mercaderes. Habla, no obstante, por incidencia San Isidoro en sus *Etimologías* de algunas manufacturas de hilo, lana y seda, de vidrios de varios colores, y de artefactos de oro, plata y acero. Una ley del Fuero Juzgo demuestra que debía haber en España no pocos artistas y comerciantes extranjeros, puesto que les daba el derecho de ser juzgados por las leyes y jueces de su nación, en lo cual han querido algunos ver el principio o como la indicación de los consulados modernos[384]. Mas no estaban tan desprovistos los españoles de marina propia, principalmente desde el tiempo do Sisebuto, cuando se dirigió ya una expedición naval contra Narbona, y cuando Wamba logró derrotar con una armada española aquella flota sarracena de cerca de trescientos bajeles, siquiera les demos sólo el nombre de barcas, pero que suponían una fuerza naval no despreciable para aquellos tiempos.

Nada hay más común, ni tampoco más infundado que denominar arquitectura gótica a cierto género y estilo arquitectónico, que no se conoció hasta el siglo XIII. en España. Ni el sistema ojival que constituye el gusto gótico nació sino mucho después que los godos habían dejado de figurar en el mundo, ni los godos hicieron otra cosa en materia de arquitectura que acabar de corromper el gusto romano, harto degenerado ya en los últimos tiempos del imperio; por lo menos los visigodos de España, que los ostrogodos de Italia hicieron muchas y magníficas construcciones, en lo cual

382 Agath. Epistola ad Constantinum Pogonatum.
383 Concil. Narbon. Can. 11.
384 Fuero Juzgo, lib. XI., tit. III., ley 2.

llevaron grandísima ventaja a los nuestros. Nómbrase sólo tres ciudades fundadas en los tres siglos de dominación visigoda; Reccopolis y Victoriamus, erigidas por Leovigildo, y Oligitis por Suintila. Aunque construyeron los godos muchas iglesias, palacios y monasterios, se han conservado pocos monumentos propiamente góticos, y estos más sencillos que magníficos, de más fuerza que gracia, y de menos gusto que solidez. Subordinada la escultura a la arquitectura, no produjo el cincel gótico sino obras toscas y pesadas y adornos desmañados.[385]

Resiéntense sus monedas de este mal gusto y de esta imperfección artística, notándose en ellas al propio tiempo incorrección de dibujo y falla de solidez. Ordinariamente representan en su anverso la cabeza y nombre del rey, y en su reverso el de la ciudad en que se acuñaron. Los reyes que batieron moneda fueron diez y ocho desde Liuva hasta Rodrigo, y muchas las ciudades en que se acuñaba, principalmcnte las metrópolis de provincia. Desde Recaredo casi siempre la cabeza de los reyes lleva las insignias reales introducidas por Leovigildo. Los caracteres de sus exergos son muchas veces ilegibles o de difícil interpretación, y se da a los monarcas los dictados de *Inclitus, Justus, Pius,* etc. Algunas representan en el anverso una *Victoria* toscamente delineada. La mayor parte eran de oro, y de plata o plata sobredorada: batiéronse pocas de cobre, en razón a las infinitas de este metal que se conservaban de los romanos. Las más usuales eran la libra, el sueldo, la semisa, la tremisa, la siliqua y el denario.[386]

Las inscripciones lapidarias se escribían en latín; y faltas de mérito como obras artísticas, no merecen gran consideración sino en cuanto pueden servir para confirmar o rectificar las fechas de las épocas o sucesos de la historia: su ortografia no muy exacta ni esmerada, y muchas veces confusa.

V. Hemos bosquejado el cuadro de la situación de España bajo la dominación de los visigodos: hemos trazado su marcha sucesiva en lo material y en lo moral y político: hemos descrito su organización religiosa y civil: hemos mostrado las relaciones que se fueron estableciendo entre los diversos poderes del estado, el carácter y fisonomía de su constitución: hemos dado idea de su civilización en lo político, en lo literario, en lo artístico y en lo industrial. Nada más interesante para el filósofo, y en general para el lector que se propone sacar fruto de la lectura histórica, que conocer la situación en que se halla un pueblo cuando va a sufrir una trasformación social, que es el caso en que se encuentra la España en la época a que llegamos, invadida por otro pueblo extraño que la va a dominar y a mudar enteramente su condición. España va a entrar en un nuevo período de su vida.

Al despedirnos del pueblo godo, podríamos repetir con el autor del discurso que precede al Fuero Juzgo: «Fue una grande época, un período interesante... el que corrió desde el siglo V. hasta el VII... Fue una gran nación la que venció a los romanos, rechazó a los hunos, sojuzgó a los suevos, y se estableció desde el Garona hasta las columnas de Calpe. Fueron una gran iglesia y una gran literatura las que tuvieron a su frente a Ildefonso y a Eugenio, a Leandro y a Isidoro. Y fue más grande aún, que todos estos elementos que le dieran vida, el célebre código que nació en esa sociedad, que ordenó esa monarquía, que caracterizó esa época, que fue redactado por esos literatos y esos obispos. Cuando faltas y yerros por una parte, cuando la ley de la naturaleza por otra,

385 Sobre esto puede verse a Ponz, Viage de España, tom. I.

386 La libra de oro hacia 72 sueldos.
El sueldo de oro, 24 siliquas.
La semsa era la mitad del sueldo.
La tremisa, la tercera parte del sueldo.
La siliqua, la vigésima cuarta parte.
La libra de plata se componía de 20 sueldos de plata.
El sueldo de plata, de 40 denarios de cobre.

Equivócase Mariana haciendo derivar los ducados modernos del tiempo de los godos, y atribuyendo a los duques el derecho de batir moneda en las provincias de su mando. Sobre monedas de los godos pueden consultarse, Florez, Medallas; Velazquez, Conjeturas sobre las medallas de los godos; Masdeu, Coleccion preliminar de lápidas y medallas de los godos y árabes; Cantos Benitez, Escrutinio de monedas, donde se dan largas- y minuciosas noticias acerca de las de los godos.

acabaron con el pueblo y con sus monarcas, con los próceres y con los sacerdotes, con el poder y con la ciencia de aquella edad, el código se eximió justamente de ese universal destino, y duró y quedó vivo en medio de las épocas siguientes, que no sólo le acataron como monumento, sino que le observaron como regla y se humillaron ante su sabiduría.»

Nosotros, sin constituirnos en apologistas de los godos ni de su sistema de gobierno, cuyos defectos hemos apuntado, añadiremos, por último, que si hemos de juzgar de la civilización de un pueblo, no por el ostentoso aparato de los triunfos militares comprados a precio de sangre humana; no por el brillo exterior de pomposos espectáculos, que fascinan y corrompen a un tiempo; sino por su mayor moralidad, por el menor número de inútiles matanzas de hombres, por el mayor respeto a la humanidad, a la propiedad, a la libertad individual de sus semejantes, por la mayor suavidad de sus leyes y de sus castigos, por su mayor justicia y su mayor consideración a la dignidad del hombre, España debió grandes beneficios a un pueblo que modificó y alivió la dureza de la esclavitud, que abolió la bárbara costumbre de entregar los hombres a ser devorados por las fieras del circo, que hizo menos mortíferas las guerras, que economizó la pena de muerte, que consignó en sus leyes la libertad personal, y que le dio, en fin, una nacionalidad y un trono que no tenía. Bajo este concepto la civilización goda aventajó en mucho a la romana, como guiada aquella por el principio civilizador y humanitario del cristianismo. Así, al través de sus defectos de constitución, de las leyes bárbaras conservadas en su código, de los regicidios que mancharon el principio y el fin de su dominación y de otros males de que no pretendemos eximir aquel período de tres siglos, incomparablemente menos terrible para España que lo fue para los pueblos de Europa, la sociedad siguió su marcha progresiva, aunque lenta, hacia su mejoramiento social. Ahora retrocederá otra vez, para encontrarse más avanzada al cabo de centenares de años, que tal es y tan pausado y por tantas contrariedades interrumpido el desarrollo de la vida de la humanidad.

PARTE SEGUNDA. EDAD MEDIA.
LIBRO I.
CAPÍTULO I.
CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ARABES.
De 711 a 713.

La Arabia.—Su clima.—Vida, costumbres, religión de los primitivos árabes.—Nacimiento, educación y predicación de Mahoma.—El Corán.—La Meca; Medina; la Hégira.—Contrariedades y progresos del islamismo.—Muerte de Mahoma.—Sus discípulos y sucesores.—Abubekr.—Conquistas de los musulmanes.—La Siria, la Persia, el Egipto, el África.—Guerras con los berberiscos: son estos vencidos y se hacen mahometanos.—Muza, gobernador de África.—Pasan los árabes y moros a España.—Sucesos que siguieron a la batalla de Guadalete.—Venida de Muza.—Desavenencias entre Muza y Tarik.—Se posesionan de toda la península.—Teodomiro y Abdelaziz.—Capitulación de Orihuela.—Muza y Tarik son llamados por el califa a Damasco.—Castigo de Muza.—Conducta de los primeros conquistadores y carácter de la conquista.

¿De dónde procedían estos nuevos conquistadores que invadieron nuestra España, y por qué encadenamiento de sucesos han venido esas gentes a plantar los pendones de una nueva religión en las cúpulas de los templos cristianos españoles? ¿Qué causa los movió a dejar los campos del Yemen, y quién fue ese hombre o ese genio prodigioso a quien invocan por profeta?

Hay allá en el Asia una vasta península que circundan el mar Rojo y el Océano Índico, entre la Persia, la Etiopía, la Siria y el Egipto: país en que se reúnen, más aún que en España, todos los climas; donde hay comarcas en que la lluvia del cielo está empapando los campos seis meses del año seguidos, y otras en que por años enteros suple a la falta de lluvia un ligerísimo rocío: heladas eminencias, y planicies abrasadas por un sol de fuego: vastísimos desiertos e inmensos arenales sin agua y sin vegetación, donde se tiene por dichoso el viajero que al cabo de algunas jornadas encuentra una palma a cuya sombra se guarece de los ardientes rayos de aquel sol esterilizador; si antes no ha perecido ahogado en un remolino de arena, o caído en manos de alguna tribu de beduinos, únicos que de aquellos inmensurables yermos han podido hacer una patria movible; y también risueñas campiñas, fertilísimos valles, frondosos y amenos bosques, verdes y abundosos prados, regados por mil arroyos de cristalinas aguas, donde estuvo, dicen, el Eden, el paraíso terrenal criado por Dios para cuna del primer hombre. Este país tan diversamente variado es la Arabia, que Tolomeo y los antiguos geógrafos dividieron en Desierta, Pétrea y Feliz.

Preciábanse los árabes de descender de la tribu de Jectán, cuarto nieto de Sem, hijo de Noé, y también de Ismael, hijo de Abraham y de Agar, y de aquí los nombres de Agarenos y de Ismaelitas. Los habitantes del Yemen o Arabia Feliz, y de una parte del desierto, o labraban sus campos, o comerciaban con las Indias Orientales, la Persia, la Siria y la Abisinia. Pero los más hacían una vida nómada, vagando en grupos de familias con sus rebaños y plantando sus movibles tiendas allí donde encontraban agua y pastos para sus ganados. Teniendo que ser a un tiempo pastores y guerreros, ejercitábanse y se adiestraban desde jóvenes en el manejo de las armas y del caballo para defender su riqueza pecuaria. Especie de campeones rústicos, los fuertes hacían profesión de defender a los débiles, y montados en caballos ligeros como el viento protegían las familias y sostenían su agreste libertad y ruda independencia contra toda clase de enemigos. Así resistieron a los más poderosos reyes de Babilonia y de Asiria, del Egipto y de la Persia. Vencidos una vez por Alejandro, pronto bajo sus sucesores recobraron su independencia antigua. Aunque los romanos extendieron sus dominios hasta las regiones septentrionales de la Arabia, nunca fue esta una provincia de Roma. Defendida la Arabia Feliz por los abrasados arenales de la Desierta, cuando ejércitos. extranjeros amenazaban su libertad como en tiempo de Augusto, aquellas tribus errantes aparejaban sus camellos, recogían sus tiendas, cegaban los pozos, se internaban en el desierto, y los invasores, hallándose sin agua y sin víveres, tenían que retroceder si no habían de sucumbir ahogados entre nubes de menuda y ardiente arena y sofocados por la sed sin poder dar alcance a aquellos ligeros y fugitivos hijos del desierto.

Así se defendió por miles de años esta nación belicosa, protegida por los desiertos y los mares, y como aislada del resto del mundo. Pero divididas entre sí sus mismas tribus, no se libertaron de sostener sangrientas guerras intestinas, de que fue principal teatro la Arabia Central, y cuyas hazañas suministraron materia a multitud de poesías y cantos nacionales, a que tanto se presta el genio de Oriente.

En los tiempos de su ignorancia, como ellos los llamaban después, aquellas tribus acampadas en las llanuras adoraban los astros que les servían de guía en el desierto. Cada tribu daba culto a una constelación, y cada estrella y cada planeta era objeto de una veneración particular. Mas desde los primeros tiempos del cristianismo la religión cristiana había hecho también prosélitos en la Arabia. Cuando los herejes fueron desterrados del imperio de Oriente, refugiáronse muchos en aquella península, especialmente monofisitas y nestorianos. Acogiéronse allí igualmente después de la destrucción de Jerusalén muchos judíos, y el último rey de la raza homeirita se había convertido al judaísmo, lo cual le costó perder la corona y la vida en una batalla. Con esto y con distinguirse los árabes, en árabes primitivos, árabes de la pura raza de Jectán, y árabes mixtos o descendientes de la posteridad de Ismael, hallábase el país dividido en una confusa multitud de sectas y de cultos, cuando nació Mahoma en La Meca, ciudad de un cantón de la Arabia Feliz, hacia el año 670 de Jesucristo.

Pertenecía la Meca a la tribu de los Coraixitas, que se suponían descendientes en línea recta de Ismael, hijo de Abraham. Gobernábanse por una especie de magistrados nombrados por ellos mismos, que eran al propio tiempo los sacerdotes y guardianes del templo de la Kaaba, que decían construido por el mismo Abraham. A los dos años de su nacimiento quedó Mahoma huérfano de su padre Abdallah, el hombre más virtuoso de su tribu. A poco tiempo le siguió al sepulcro su esposa Amina, que dejó a Mahoma por toda herencia cinco camellos y una esclava etiópica. El huérfano fue confiado a una nodriza, hasta que le recogió su tío Abutaleb, que hizo con él veces de padre, y le dedicó al comercio, llevándole consigo a todos los mercados. Púsole después en clase de mancebo en casa de Jadiya, viuda de un opulento mercader, que prendada del ingenio, de la gracia, de la elocuencia y del noble continente del joven, le ofreció su fortuna y su mano. Tenía entonces Mahoma 23 años, y la que se hizo su esposa 40, y a pesar de la diferencia de edad no quiso Mahoma, dicen los arábes, en todo el tiempo que vivió con ella usar de la ley que le permitía tener otras mujeres. Dueño ya de una inmensa fortuna, prosiguió algunos años dedicado a la vida mercantil, corriendo las ferias de Bostra, de Damasco, y de otros pueblos aún más lejanos, al frente de sus criados y sus camellos.

No era ésta, sin embargo, la ocupación a que Mahoma se sentía llamado. Otros y más elevados eran sus pensamientos. Por espacio de quince años, al regreso de cada viaje, y después de reposar en los brazos de Jadiya, retirábase a una gruta del monte Ara a entregarse a sus silenciosas meditaciones. Allí fue donde se le apareció (al decir suyo) una noche el ángel Gabriel con un libro en la mano: *«Mahoma,* le dijo, *tú eres el apóstol de Dios, y yo soy Gabriel.»* Su libro estaba hecho: Mahoma comenzaba su misión: de allí salió proclamándose el *Profeta*, el *Enviado de Dios*. *«No hay más Dios que Dios,* decía, *y Mahoma es su Profeta.»* He aquí su gran principio. Daba a su nueva religión el nombre de *islamismo*, *consagración a Dios*. Proponíase acabar con la anarquía religiosa que reinaba en la Arabia, y principalmente con la idolatría, que había llegado al mayor grado de desconcierto. En solo el templo de la Kaaba se adoraba a más de trescientos ídolos, representados muchos de ellos en ridículas figuras de tigres, de perros, de culebras, de lagartos y de otros animales inmundos, a los cuales se sacrificaban hombres y niños, y bajo este concepto la religión de Mahoma que predicaba la unidad de Dios era un verdadero progreso.

Escaso fue no obstante el número de prosélitos que en los primeros años logró hacer Mahoma. Fueron estos su mujer Jadiya, Alí, a quien dio en matrimonio a Fátima su hija, Abubekr, con cuya hija se casó él cuando murió Jadiya, Omar, Zaid y algunos otros. Cuando ya contó con adeptos entusiastas que le ayudaran en la obra de su misión, comenzó a hacer lectura pública de su libro, *Corán*, o *Al-Corán*, que significa la lectura. Mas aunque tenía ya su libro acabado, ni le leía ni le

revelaba todo de una vez, sino por páginas sueltas y gradualmente según las escribía y entregaba el ángel Gabriel, recitando en las plazas públicas con aire y voz de hombre inspirado los versos más maravillosos de su Corán, los más a propósito para herir las ardientes imaginaciones orientales, aquellos en que prometía a los buenos y justos la posesión de un paraíso de delicias, de una mansión de deleites, embalsamada de suavísimos aromas y perfumes, donde descansarían en los purísimos senos de hermosísimas huríes que los embriagarían de placer. Pero al paso que con tan seductora doctrina halagaba la sensualidad de aquellas gentes y ganaba secuaces, excitaba más los celos de los Coraixitas, sacerdotes del templo de la Meca, que no podían consentir una predicación que daba al traste con su influjo y sus riquezas. Conjuráronse contra tan peligroso innovador, y pusiéronse de acuerdo para asesinarle una noche. Fue avisado de ello Mahoma, y burló a los conspiradores fugándose con su discípulo y amigo Abubekr, con el cual llegó felizmente a Yatreb, llamada desde entonces *Medinath-at-Nabi*, ciudad del Profeta, y después por excelencia Medina (la ciudad). Esta huida memorable fue la que sirvió de cómputo para la cronología de los árabes. Llámanla *Hégira* , que significa *huída*.[387]

Tenía entonces Mahoma 54 años, y era el décimo cuarto de su apostolado. Contaba en Medina con partidarios numerosos, y la antigua rivalidad entre Medina y la Meca favoreció los designios del gran reformador. Uniéronsele allí muchas familias principales, y los emires o jefes de las más poderosas tribus. La espada de Dios vino luego en ayuda del Profeta, como decían sus sectarios, y en pocos años logró señalados triunfos contra sus perseguidores los Coraixitas, contra los incrédulos, los idólatras y los judíos. Fuerte y poderoso, púsose a la cabeza de sus fieles , que le siguieron entusiasmados, y acometió la Meca; rindió a los Coraixitas, se apoderó de la ciudad , abatió los ídolos del templo, le purificó y consagró al verdadero culto que él decía. Mahoma fue proclamado sobre la colina de Al-Safah primer jefe y soberano pontífice de los islamitas. Rendida la Meca, todas las tribus de la Arabia se agruparon en derredor de sus estandartes, todas las kabilas se fueron inclinando ante el Corán, y la Persia y la Siria se veían amenazadas del proselitismo. Volvió Mahoma a Medina, y entonces fue cuando dispuso la famosa peregrinación a la Meca. Ochenta mil peregrinos le siguieron en aquella célebre expedición: él ejecutó escrupulosamente todas las ceremonias del Corán: dio siete vueltas alrededor del templo de Kaaba, besó el ángulo de la misteriosa piedra negra, inmoló sesenta y tres víctimas, tantas como eran los años de su edad, y se rasuró la cabeza: Khaled recogió sus cabellos, a los cuales atribuyó sus victorias posteriores. Hecho todo esto, regresó a Medina, y ya se disponía a llevar la guerra santa a la Siria y la Persia, cuando le arrebató la muerte hallándose en la casa de su amada Aiesha.[388]

387La Hégira comienza en el primer día de moharren, primer mes del año árabe, que corresponde al 46 de julio de 622 de J. C. Aunque la fuga de Mahoma se verificó el 8 de rabie primera de este año, y su llegada a Medina fue el 40 del mismo mes, los árabes comenzaron a contar su era desde el primer día del año en que tuvo lugar la huida, no del día mismo en que se realizó. Para buscar la relación entre los años árabes y los cristianos, hay que comparar los dos calendarios, comenzando a contar el primero de los árabes por el 16 de julio de 622 de Cristo, teniendo presente que el año arábigo no es solar como el cristiano, sino lunar de 354 días, 8 horas y minutos, y que la diferencia de diez u once días en un año, viene a ser considerable a la vuelta de un siglo, puesto que 91 años solares equivalen casi a 400 lunares. Éstas diferencias, no bien conocidas de nuestros antiguos cronistas, dieron ocasión a muchas equivocaciones cronológicas, que han ido desapareciendo desde que se fijaron con la posible exactitud las correspondencias. Hoy tenemos ya tablas bastante minuciosas y exactas

La huida de Mahoma de la Meca su patria, es una buena confirmación del proverbio del Evangelio: Nemo es propheta in patria sua: Nadie es profeta en su patria.

388Los árabes en su fanatismo religioso han llenado de relaciones maravillosas y hasta de anécdotas absurdas toda la vida de Mahoma. Según ellos, a su nacimiento se derramó por el horizonte un resplandor inusitado, el lago de Sawa se secó de repente, y el fuego sagrado do los persas, conservado mil años hacía, se apagó por sí mismo. Cuando Abraham e Israel edificaron el templo de la Meca, un ángel les llevó un jacinto blanco, que con el tiempo se petrificó: un día le tocó con su mano una mujer adúltera, y la piedra mudó de color y se hizo negra. Tocóle a Mahoma enterrar en el templo esta piedra misteriosa, signo de la nueva religión que iba a fundar. Las apariciones del ángel Gabriel fueron frecuentes: él fue quien le enseñó a leer y escribir, el que le infundió la ciencia y le nombró apóstol de Dios, el que le inspiró el Corán. Un día, durmiendo Mahoma en el monte Merva, el ángel Gabriel le despertó con un soplo. A su lado estaba el cuadrúpedo gris Elborak, cuyo galope era más vivo que el relámpago. El

¿Quién había de sospechar entonces que la naciente religión de Mahoma había de propagarse por la mitad del globo, y que había de venir no tardando a aclimatarse en la España cristiana por espacio de ocho siglos? Veamos como se verificó tan grande e impensado suceso.

Muerto Mahoma sin sucesión, fue nombrado jefe de los creyentes su discípulo Abubekr, el cual levantó el pendón de la guerra en Medina, dispuesto a propagar con las armas la fe del Profeta por todas las naciones. Los moradores de las ciudades y los pastores de las praderas del Yemen y del Hejiaz, todos acudieron entusiasmados, y viose en poco tiempo la ciudad de Medina inundada de una muchedumbre inmensa de voluntarios, desarmados, descalzos y medio desnudos, de flacos y denegridos rostros, pero llenos de fe y de entusiasmo, pidiendo lanzas y cimitarras con que seguir al Califa[389] y ayudarle en su santa empresa. Abubekr convirtió aquel entusiasmo en un verdadero vértigo o frenesí, prometiendo a aquellos hombres la posesión del paraíso en premio de la muerte que recibieran en el campo de batalla peleando por la santa causa de Dios y del Profeta.

«Habitaréis, les dijo, *oh creyentes, anchos y fresquísimos vergeles, plantados en un suelo de plata y perlas, y variados con colinas de ámbar y esmeralda. El trono del Altisimo cobija aquella mansión de delicias, en la cual seréis amigos de los ángeles y conversaréis con el Profeta mismo. El aire que allí se respira es una especie de bálsamo formado con el aroma del arrayán, del jazmín y del azahar, y con la esencia de otras flores. Frutas blancas y de jugo delicioso penden de los árboles, cuyas hojas y ramas son una labor de menuda filigrana. Las aguas murmuran entre márgenes de metal bruñido Allí está la tuba, o el árbol de la felicidad, que plantado en los jardines del Profeta, extiende una de sus ramas hacia la mansión de cada musulmán, cargado de sabrosas frutas que vienen a tocar los labios de los que las apetecen. Cada uno de los creyentes será dueño de alcázares de oro, y poseerá en ellos tiernas doncellas de ojos negros y rasgados y tez alabastrina: sus miradas más agradables que el iris, no se fijarán sino en vosotros: aquellas huríes nunca se marchitarán, y serán tales sus encantos, tan aromático su aliento y tan dulce el fuego de sus labios, que si Dios permitiera que apareciese la menos hermosa en la región de las estrellas durante la noche, su resplandor, más agradable que el de la aurora, inundaaría al mundo entero. El menor de los creyentes tendrá una morada aparte, con setenta y dos mujeres y ochenta mil servidores... Su oído será regalado con el canto de Israfil, que entre todas las criaturas de Dios es el que tiene la voz más dulce; y campanas de plata pendientes de los árboles, movidas por la suave brisa que saldrá del trono de Alá, entonarán con una melodía divina las alabanzas del Señor. La cimitarra es la llave del paraíso: una noche de centinela es más provechosa que la oración de dos meses: el que perezca en el campo de batalla será elevado al cielo en alas de los ángeles; la sangre que derramen sus venas se convertirá en púrpura, y el olor que exhalen sus heridas se difundirá como el del almizcle. Pero ¡ay del incrédulo que vacile, que no abrigue en su pecho la verdadera fe, y que desmaye por miedo a los peligros y a las fatigas! No hay palabras para deciros los*

ángel echó a volar, y Mahoma le siguió en la famosa yegua. Llegaron a .Jerusalén, donde Mahoma halló a Abraham, a Moisés y a Jesús; los saludó, los llamó sus hermanos, y oró con ellos. Desde allí se remontaron ambos viajeros a los cielos: setenta mil ángeles estaban entonando alabanzas a Dios, el cual ordenó a Mahoma las oraciones que había de hacer cada día; de cincuenta que le prescribió diarias, fue rebajando a ruegos de Mahoma hasta cinco, que son las que manda el Corán. Después de haber recibido las órdenes de Dios, volvió Mahoma a montar en su veloz yegua Elborak, y regresó a la tierra. Por este orden se contaban de él mil ridículas visiones y maravillas.

A pesar del entusiasmo que el impostor supo inspirar a sus adeptos, hubo ocasiones en que sus escándalos estuvieron a punto de hacerle perder toda su autoridad. La ley de su mismo Corán no permitía a los musulmanes tener más de cuatro mujeres. Mahoma, luego que murió su primera esposa Jadiya, pasando por encima de su propia ley, tuvo doce a un tiempo, y se jactaba de ello. Hizo más; llevó a su lecho a Zainab, estando casada con Zaid, lo cual produjo entre los árabes gravísimo escándalo. «Dios (decía) ha dado a los hombres dos cosas buenas, los perfumes y las mujeres.» A pesar de todo, tuvo astucia y maña para acallar todas las murmuraciones, y logró que la misma Zainab fuese reconocida y saludada por mujer legitima del Profeta. La mayor prueba del ascendiente y prestigio que Mahoma alcanzó sobre los árabes, fue haber conseguido hacerlos renunciar al uso del vino.

Cuando examinemos el Corán, juzgaremos del mérito de Mahoma como legislador, y como reformador religioso.

389Vicario.

martirios que sufrirá por los siglos de los siglos en las hogueras del infierno. Marchad a proclamar por el mundo: No hay Dios sino Dios, y Mahoma es su profeta.*»*[390]

¿Cómo con tan vivas y halagüeñas imágenes no habían de foguearse los ánimos ya exaltados de aquellos hijos del desierto y las vivas imaginaciones de aquellos fanáticos, ya de por sí propensas a dejarse arrastrar de lo maravilloso? ¿Qué no acometerían aquellos pobres y desnudos soldados de la fe a trueque de ganar el paraíso? ¿Qué peligros no arrostrarían, qué brechas no asaltarían, qué temor podría infundirles la muerte, cuando en pos de ella les esperaba una mansión de tantas delicias, una embriaguez de bienaventuranza?

Después de esto el califa dio el mando general de las tropas que habían de ir a conquistar la Siria a Yezid ben Abi Sofían: hizo una corta oración a Dios para que auxiliase a los suyos, y dirigiéndose a Yezid, escuchando todos con el más profundo silencio: *«Yezid,* le dijo en alta y sonora voz, *a tus cuidados confío la ejecución de esta santa guerra: a ti te encomiendo el mando y dirección de nuestro ejército: ni le tiranices ni le trates con dureza ni altivez: mira que todos son musulmanes: no olvides que te acompañan caudillos prudentes y bravos; consúltales cuando se ofrezca; no presumas demasiado de tu opinión, aprovecha sus consejos, y cuida de obrar siempre sin precipitación, sin temeridad, con reflexión y prudencia; sé justo con todos, porque el que no ama la equidad y la justicia, no prosperará.»*

En seguida, dirigiéndose a las tropas, les habló de esta suerte: *«Cuando encontréis a vuestros enemigos en las batallas, portaos como buenos musulmanes, y mostraos dignos descendientes de Ismael: en el orden y disposición de los ejércitos y en las lides, seguid vuestros estandartes, seguid a vuestros jefes y obedecedles. Jamás cedáis ni volváis la espalda al enemigo; acordaos que combatís por la causa de Dios; no os muevan otros viles deseos; así no temáis jamás arrojaros a la pelea, y no os asuste el número de vuestros adversarios. Si Dios os da la victoria, no abuséis de ella, ni tiñáis vuestras espadas con la sangre de los rendidos, de los niños, de las mujeres y de los débiles ancianos. En las invasiones y correrías por tierras enemigas, no destruyáis los árboles, ni cortéis las palmeras, ni abatáis los vergeles, ni asoléis sus campos ni sus casas; tomad de ellos y de sus ganados lo que os haga falta. No destruyáis nada sin necesidad, ocupad las ciudades y las fortalezas, y arrasad aquellas que puedan servir de asilo a vuestros enemigos. Tratad con piedad a los abatidos y humildes; Dios usará de la misma misericordia para con vosotros. Oprimid a los soberbios, a los rebeldes, y a los que sean traidores a vuestras condiciones y convenios. No empleéis ni doblez ni falsía en vuestros tratos con los enemigos, y sed siempre para con ellos fieles, leales y nobles; cumplid religiosamente vuestras palabras y vuestras promesas. No turbéis el reposo de los monjes y solitarios, y no destruyáis sus moradas; pero tratad con un rigor a muerte a los enemigos que con las armas en la mano resistan a las condiciones que nosotros les impongamos.»*[391]

Después de estas arengas, en que se revela el genio muslímico, y el carácter a la vez pontifical, militar y político de los califas, que desde la Meca y Medina dirigían las conquistas y los ejércitos, ordenó Abubekr que la mitad de sus tropas marchase a la Siria, y la otra mitad al mando de Khaled ben Walid hacia los confines de la Persia. ¿Quién será capaz de detener estos torrentes, que se creen impulsados por la mano de Dios, ni qué imperio podrá resistir al soplo del huracán del desierto? Las ciudades de la Siria se rinden a la impetuosidad de los ejércitos musulmanes: Bostra, Tadmor, Damasco, dan entrada a los sectarios y a los estandartes del Profeta. Si alguno recibe la muerte, su jefe le señala el camino del paraíso, y una sonrisa de anticipada felicidad acompaña su último suspiro. Khaled, el más intrépido de los jinetes árabes, llamado *la Espada de Dios*, lleva delante de sí el terror, y no encuentra quien resista el impulso de su brazo. La Persia sucumbe a la

390En el Corán se hallan éstas y otras descripciones de las bellezas y encantos del paraíso, tan propias para halagar el sensualismo oriental, especialmente en las suras o capitulos 18, 25, 28, 38 y 56.

391Conde, Historia de la Dominación de los árabes en España, part. I. cap. 3. A ser ciertas estas arengas, probarían verdaderamente una ilustración y un espíritu de humanidad y de templanza, que seria de desear en muchos caudillos militares de los pueblos civilizados y de los siglos modernos. Por lo menos descubren no poca política de parte de aquellos conquistadores.

energía religiosa de los hijos de Ismael. Abubekr muere, y le sucede Omar. Bajo Omar el torrente se dirige hacia el Egipto; la enseña muslímica tremola en los muros de Alejandría y de Menfis; los árabes del desierto reposan a la sombra de las pirámides. Pero estos soldados misioneros no pueden detenerse: un soplo que parece venir de Dios los empuja, los hace arrastrar tras sí a sus jefes más bien que ser regidos por ellos: el verdadero jefe que los manda es el fanatismo; es Dios, dicen ellos, el que da impulso a nuestros brazos, y el que afila el corte de nuestras espadas; es el Profeta el que nos lleva por la mano a la victoria; si morimos, gozaremos más pronto de Dios y del paraíso, hablaremos con el Profeta, y nos acariciarán las huríes que no envejecen nunca. ¿Quién puede vencer a un ejército que pelea con esta fe?

Del Egipto el torrente se desborda de nuevo. ¿Qué dique podrá oponerle el África, devastada por los vándalos, sometida por Belisario, y arruinada y empobrecida por la tiranía de los emperadores griegos? Desde las llanuras de Egipto hasta Ceuta y Tánger, desde el Nilo hasta el Atlántico, había una línea de poblaciones, poderosas y florecientes en otro tiempo, yermas y pobres ahora. Berenice, la ciudad de las Hespérides; Cirene, la antigua rival de Cartago; Cartago, la ciudad de Aníbal y de Escipión; Utica e Hipona, las ciudades de Catón y de San Agustín; todas las poblaciones de las dos Mauritanias, teatro sucesivo de las conquistas de los cartagineses, de los romanos, de los vándalos, de los godos y de los griegos, se someten a las armas de ese pueblo nuevo, poco antes o desconocido o despreciado. Solo los moros agrestes, aquellas hordas salvajes que, o bien aparentaban ganados en las llanuras siendo el azote de los aduares agrícolas, o bien vivían entre sierras y breñas disputando sus pieles a las fieras de los bosques, fueron los que opusieron a los árabes invasores una resistencia ruda y porfiada. Pero la política , la astucia y la perseverancia de los agarenos triunfaron al fin de todos los esfuerzos de los berberiscos. En medio del desierto y a unas treinta leguas de Cartago fundaron la ciudad de Cairwan, que unos suponen poblada por Okbah y otros por Merwam. El intrépido caudillo Okbah, después de haber penetrado por el desierto en que se levantaron más adelante Fez y Marruecos, cuéntase que detenido por la barrera del Océano, hizo entrar su caballo hasta el pecho en las aguas del mar, y exclamó: «¡Alá! ¡Oh Dios! Si la profundidad de estos mares no me contuviese, yo iría hasta el fin del mundo a predicar la unidad de tu santo nombre y las sagradas doctrinas del Islam!»

A principios del octavo siglo fue encargado Muza ben Nosseir, el futuro conquistador de España, de la reducción completa de Al-Magreb, o tierra de Occidente, que así llamaban entonces los árabes al África entera por su posición relativamente a la Arabia. Muza llenó cumplidamente su misión, y el undécimo califa de Damasco, Al Walid, le dio el título de walí con el gobierno supremo de toda el África Septentrional[392]. Muza logró con la persuasión y la dulzura mitigar la ruda fiereza de los moros; y las tribus mazamudas, zanhegas, ketamas, howaras y otras de las más antiguas y poderosas de aquellas comarcas, fueroa convirtiéndose al islamismo y abrazando la ley del Corán. Llegaron los árabes a persuadirlos de la identidad de su origen, y los moros se hicieron musulmanes como sus conquistadores, llegando a formar como un solo pueblo bajo el nombre común de sarracenos.[393]

En tal estado se hallaban las cosas en África en 711, cuando ocurrieron en España los sucesos que en el capítulo octavo de nuestro libro IV. dejamos referidos. Estaba demasiado inmediata la tempestad y soplaba el huracán demasiado cerca, para que pudiera libertarse de sufrir su azote nuestra península. Los desmanes de Rodrigo, las discordias de los hispano-godos, y la traición de

---

392 Los califas sucesores de Mahoma hasta la conquista de España fueron, Abubakr, Oman, Othman y Ali, que residieron en la Meca y Medina desde 632 hasta 660. Hacia el fin del reinado de Ali, Moaviah ben Abi Sofian, de la casa de Ommiyah, walí de Siria, con pretexto de vengar la muerte de Othman, le disputó el poder, y se siguió una guerra civil. A la muerte de Ali le sucedió su hijo Hassan en el Hejiaz , pero Moaviah tomó el titulo de califa de Damasco, y fue el origen de los Ommiadas que después habían de fundar un imperio en España. Siguiéronle Yezid I., Moaviah II., Merwan, Abdelmelek y Walid, sexto de los Ommiadas, en cuyo califato fue conquistada España.

393 Derivan algunos el nombre de sarracenos de Sara, una de las mujeres de Abraham, lo cual se opone a la genealogía que se dan ellos mismos. Otros de Sharac, que significa oriental, que puede ser más probable, y otros también de Sahara, gran desierto, que no deja de ser verosímil.

Julián, fueron sobrados incentivos para que Muza, jefe de un pueblo belicoso, ardiente , victorioso, lleno de entusiasmo y de fe, resolviera la conquista de España. De aquí la expedición de Tarik, y la tristemente famosa batalla de Guadalete que conocemos ya, y en la cual suspendimos nuestra narración, para dar mejor a conocer el pueblo que concluía y el pueblo que venía a reemplazarle.

La fama del vencedor de Guadalete corría por África de boca en boca. Picóle a Muza la envidia de las glorias de su lugarteniente, y temiendo que acabara de eclipsar la suya, resolvió él mismo pasará España. Por eso al comunicar al califa el triunfo del Guadalete calló el nombre del vencedor, como si quisiera atribuirse a sí mismo el mérito de tan venturosa jornada, y dio orden a Tarik para que suspendiera todo movimiento hasta que llegara él con refuerzos, a fin de que no se malograra lo que hasta entonces se había ganado. Comprendió el sagaz moro toda la significación de tan intempestivo mandato, mas no queriendo aparecer desobediente reunió consejo de oficiales, y les informó de la orden del walí, manifestando que se sometería a la deliberación que el consejo adoptase. Todos unánimemente opinaron por proseguir y acelerar la conquista, aprovechando el terror que se había apoderado de los godos, y no dando lugar a que pudieran reponerse de la sorpresa, y Tarik aparentó ceder a una deliberación que ya esperaba y que él mismo había buscado. Ordenó, pues, sus haces para la campaña; hizo alarde de sus huestes; nombró caudillos, otorgó premios, y arengó a sus soldados, recomendándoles, según costumbre de los musulmanes, que no ofendiesen a los pueblos y vecinos pacíficos y desarmados, que respetaran los ritos y costumbres de los vencidos, y que sólo hostilizasen a los enemigos armados.[394]

Con esto dividió su ejército en tres cuerpos: el primero bajo la dirección de Mugueiz *el Rumi* fue enviado a Córdoba; el segundo al mando de Zaide ben Kesadi recibió orden de marchar a Málaga; y el tercero guiado por él mismo partió al interior del reino por Jaén a Tolaitola, que así llamaban ellos la ciudad de Toledo.

Muza por su parte, resuelto a venir a España, organizó sus tropas, en número de diez mil caballos y ocho mil infantes, arregló las cosas de África, dejó en ella de gobernador a su hijo Abdelaziz, y trayendo consigo a otros dos hijos menores, Abdelola y Meruan, con algunos jóvenes coraixitas, y varios árabes ilustres, pasó el estrecho y desembarcó en Algeciras en la luna de Regeb del año 93 (712). Allí supo con indignación y despecho que Tarik, desobedeciendo sus órdenes, proseguía la conquista. Desde entonces concibió el proyecto de perderle tan pronto como hallase oportuna ocasión.

Entretanto la primera hueste de Tarik al mando de Zaide tomó a Écija, no sin resistencia; le impuso un tributo, encomendó la guarnición de la plaza a los judíos, dejando también algunos árabes; se posesionó después, sin dificultad, de Málaga y Elvira, armó también a los judíos, procuró inspirar confianza a los pueblos, y marchó a incorporarse en Jaén con la división de Tarik. El segundo cuerpo regido por Mugueiz *el Rumi* (el romano), acampó delante de Córdoba, e intimó la rendición bajo condiciones no muy duras. Los godos que defendían la ciudad negáronse a admitirlas. Entonces informado Mugueiz por un pastor de la poca gente de armas que la ciudad encerraba, y también de que el muro tenía un punto de fácil acceso por la parte del río, dispuso en una noche tempestuosa y de lluvia pasar el río a la cabeza de mil jinetes que llevaban a la grupa otros tantos peones. El pastor que les servia de guía los condujo sin ser sentidos al lugar flaco de la muralla. Las ramas de una enorme higuera que al pie de ella crecía sirvieron a un árabe para escalarla, y el turbante desplegado de Mugueiz sirvió a otros para subir a lo alto del muro. Cuando ya hubo sobre el adarve el número suficiente, degollaron los centinelas, abrieron la puerta inmediata, y entraron todos los sarracenos en la ciudad derramando en ella el terror con sus gritos y alaridos. El gobernador y unos cuatrocientos hombres se refugiaron en un templo bastante fortificado, donde se defendieron por algunos días obstinadamente, hasta que Mugueiz mandó aplicarle fuego, y perecieron todos, quedándole al templo el nombre de *iglesia de la Hoguera.* Dueño *el Rumi* de la plaza, tomó rehenes a su arbitrio, confió una parte de su guarnición a los

---

394Conde, Dominación, etc., part. I., cap. 11.—Ahmed Almakari, lib. IV., cap 1.—Al Kattib,y- Ben Hazil, en Casiri, tom. II.

israelitas, dejó el gobierno de la ciudad a los más principales de ella, y partió con su ejército a correr la comarca, llenando de asombro el país con su maravillosa actividad y rápidos movimientos.

Mientras Mugueiz se enseñoreaba de Córdoba, los dos ejércitos reunidos de Tarik y Zaide avanzaban hacia Toledo. Pronto estuvieron delante de la corte de los visigodos, porque la noticia del suceso de Guadalete, la fama del valor y ligereza de la caballería árabe, y hasta la vista de los turbantes muslímicos, todo había difundido el pavor en las poblaciones, los nobles y el clero huían despavoridos, las reliquias de los soldados godos andaban dispersas, y las familias abandonaban sus hogares a la aproximación de los invasores. Lo mismo había sucedido en Toledo. Aunque la posición de la ciudad la hacía a propósito para la defensa, fuese terror, flaqueza, falta de provisiones, escasez de guarnición, o todo junto, los toledanos pidieron capitulación. Tarik recibió a los parlamentarios con firmeza y bondad, y concertóse la rendición, a condición de entregar todas las armas y caballos que hubiese en la ciudad, que los que quisiesen abandonarla podrían hacerlo dejando todos sus bienes, que los que quedaran serían respetados en sus personas e intereses, sujetos solo a un moderado tributo, con el libre ejercicio y goce de su religión y de sus templos, mas sin poder edificar otros nuevos sin permiso del gobierno, ni hacer procesiones públicas, y por último que se regirían por sus propias leyes y jueces, pero que no impedirían ni castigarían a los que quisiesen hacerse musulmanes. Con estas condiciones se abrió a Tarik la ciudad de Toledo; eran casi las mismas que imponían a todas las ciudades.

El caudillo moro se hospedó en el suntuoso palacio de los monarcas visigodos, donde halló, dicen, muchos tesoros y preciosidades, entre ellos veinte y cinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas y raras, porque veinte y cinco, dicen estos autores, eran los reyes godos que había habido en España, y era costumbre que cada uno a su muerte dejara depositada una corona en que escribía su nombre, su edad y los años que había reinado[395]. Veamos lo que hacía entretanto Muza.

Determinado Muza a continuar la conquista de España por las partes en que no hubiera estado Tarik, tomó guías fieles (que dicen las historias arábigas que nunca le engañaron), y recorrió el condado de Niebla apoderándose de varias ciudades, y mientras algunos cuerpos de caballería berberisca discurrían por las vecinas comarcas, detúvose él delante de Sevilla, cuya ciudad capituló después de un mes de resistencia. Muza entró en ella triunfante, tomó rehenes, y encomendando la custodia de la ciudad al caudillo Isa ben Abdila, pasó a Lusitania, donde tampoco halló resistencia de consideración, y vino a acampar delante de Mérida. A la vista de esta ciudad dicen los historiadores árabes que se sorprendió el viejo musulmán de su grandiosidad y magnificencia y exclamó: *«¡Dichoso el que pudiera hacerse dueño de tan soberbia ciudad!»* Desde luego reconoció Muza la dificultad de reducirla, y confirmóle en ello la altiva respuesta que recibió a su primera intimación. Tanto que desesperanzado de rendirla con las fuerzas que acaudillaba, mandó a su hijo Abdelaziz que de África viniese en su ayuda con cuanta gente de armas allegar pudiera. Cada día se empeñaba un combate entre sitiadores y sitiados: los mejores oficiales árabes iban pereciendo: Muza discurrió lograr por medio de un ardid lo que por la fuerza veía serle imposible. Escondió de noche gran parte de su gente en una caverna. A la alborada de la mañana siguiente presentóse Muza como de costumbre a atacar la ciudad; los cristianos salieron a rechazarlos; los árabes fingieron retirarse dejándose perseguir hasta la celada, y creyendo los cristianos aquella huida obra de su bravura y esfuerzo, llegaron hasta más allá de la gruta, salieron entonces los emboscados, y se trabó una reñida y brava pelea que duró muchas horas; acometidos los cristianos de frente y de espalda, después de pelear valerosamente y vender caras sus vidas, fueron la mayor parte degollados. Pronto vengaron el ultraje, pues a pocos días, habiéndose apoderado los árabes de una de las torres de la

395Isidor. Pacens. Chron.—Roder. Tolet. De Reb. Hisp.—Conde, cap. 42.—Al Makari, lib. IV. En cuanto a haberse hallado en el palacio de Toledo algunas coronas, pudo muy bien suceder; pero no es tan verosímil que fuesen veinte y cinco, puesto que desde Leovigildo, primer rey godo de quien se sabe que usara corona, hasta Rodrigo, apenas pueden contarse diez y siete reyes.

ciudad , asaltáronla los españoles tan denodadamente , que ni uno solo de los musulmanes que la defendían quedó vivo. Llamaron desde entonces los árabes a aquella torre la torre de los Mártires.

Pero he aquí que a este tiempo llega el joven Abdelaziz de África con siete mil caballos y cinco mil ballesteros berberíes. Viendo los meridanos acrecentado el campo de los árabes con tan poderoso refuerzo, escasos ya de guarnición y de provisiones, determinaron pedir capitulación. El viejo walí recibió a los mensajeros en su tienda, y acordó con ellos las bases del convenio. Muza acostumbraba a teñir su blanca barba, lo que dio ocasión a que en el segundo recibimiento que hizo al siguiente día a los diputados de Mérida, se sorprendieran estos de hallarle como rejuvenecido. Duras fueron las condiciones que les impuso Muza: la entrega de todas las armas y caballos, de los bienes de los que se habían huido, de los que se retirasen de la ciudad, de los muertos en la celada, las alhajas y riquezas de los templos, la mitad de las iglesias para convertirlas en mezquitas, y por rehenes las más ilustres familias que se habían refugiado allí después de la batalla de Jerez, entre las cuales se hallaba la reina Egilona, viuda de Rodrigo. Muza hizo su entrada triunfal en Mérida el 11 de julio de 712, el día de Alfitra, o de la Pascua que termina el Ramadán.[396]

Tarik desde Toledo hizo una excursión por los pueblos de lo que hoy forma el territorio de las dos Castillas, de donde, noticioso de que Muza se encaminaba desde Mérida a la antigua corte de los godos, regresó a Toledo cargado de ricos despojos, entre ellos la célebre y preciosa mesa llamada de Salomón, guarnecida de jacintos y esmeraldas[397]. Desde allí salió a recibirle a Talavera (Medina Talbera); y conociendo las desfavorables disposiciones que para con él traería, llevó consigo algunas preciosas joyas que ofrecer a Muza, con las cuales esperaba templar su enojo. Tan luego como el vencedor de Guadalete vio al anciano walí, apeóse respetuosamente de su caballo. La entrevista fue fría y severa.—*«¿Por qué no has obedecido mis órdenes?,* le preguntó Muza con altivez.—*Porque así lo acordó el consejo de guerra*, le respondió Tarik, *a fin de no dar tiempo a los enemigos para reponerse de su primera derrota, y porque así creí servir mejor la causa del Islam.»* Y presentóle las alhajas que llevaba, y que el codicioso Muza aceptó. Pasaron luego juntos a Toledo. Allí en presencia de todos los caudillos preguntó Muza a Tarik dónde estaba la preciosa mesa verde de *Suleiman*. Presentósela el africano, pero falta de un pie, que de intento le había hecho quitar, ya veremos con qué singular previsión, diciendo no obstante que en tal estado había sido hallada. El término de estas conferencias fue la destitución de Tarik en nombre del califa, nombrando en su lugar a Mugueiz el Rumi, el cual tuvo la generosa valentía de constituirse en defensor del exonerado caudillo, pero sin poder evitar el que fuese reducido a prisión. Estas reyertas de los dos jefes dejaron hondas huellas de división entre las dos razas de árabes y africanos, como en el discurso de la historia habremos de ver.

En este tiempo, el joven Abdelaziz, que de orden de su padre había ido a Sevilla a sosegar un motín popular que contra la guarnición musulmana había estallado, pacificado que hubo la ciudad, salió hacia la costa del Mediterráneo, defendida por el cristiano Teodomiro (llamado por los árabes Tadmir), el mismo que había intentado rechazar la primera invasión de los árabes, y que después había hecho proezas en la batalla de Guadalete. Retirado allí con las reliquias del destrozado ejército godo, había sido proclamado rey de aquella tierra. Llevaba Abdelaziz a sus órdenes varios jóvenes entusiastas de las más nobles familias árabes, entre ellos Otman, Edris y Abulcacin. Noticioso Teodomiro de la aproximación de Abdelaziz, apostóse con su gente en los desfiladeros de Cazlona y Segura, con ánimo de hostilizar al enemigo desde aquellas asperezas, sin exponer sus mal pertrechados soldados al rudo empuje de los lanceros árabes. Pero Abdelaziz combinó tan diestramente sus movimientos, que obligó a los españoles a replegarse a la provincia de Murcia. Persiguiéronlos los escuadrones musulmanes hasta las áridas campiñas de Lorca, donde los lancearon y acuchillaron. Teodomiro se encerró con muy pocos en Orihuela, a cuyas puertas se

396Conde, cap. 13.—Lucas Tud. Chron.

397Don Rodrigo de Toledo se extiende en muchos pormenores acerca de esta famosa mesa: supo nese que fue hallada en Medinaceli, aunque no todos convienen en ello: otros creen que fue en la antigua Complutum. Dunhan lo califica de cuento árabe; el historiador inglés propende a hacer casi siempre la misma calificación de todo suceso que tenga algo de extraño o de dramático.

presentó en seguida Abdelaziz. Grande fue la sorpresa de este al ver las murallas coronadas de muchedumbre de guerreros. Preparábase no obstante a dar el asalto, cuando vio salir de la ciudad un gallardo mancebo, que dirigiéndose a él, solicitaba hablarle en nombre del caudillo godo. El árabe le admite en su tienda, y escucha con la mayor cortesanía las proposiciones de paz del caballero cristiano, y en esta célebre entrevista se ajusta un convenio original que nos ha conservado la historia, y que es uno de los documentos más curiosos de esta época. He aquí su contexto.

«En el nombre de Dios, clemente y misericordioso: rescripto de Abdelaziz, hijo de Muza para *Tadmir ben Gobdos* (Teodomiro hijo de los Godos): séale otorgada la paz, y sea para él una estipulación y un pacto de Dios y de su Profeta, a saber: que no se le hará guerra ni a él ni a los suyos: que no se le desposeerá ni alejará de su reino: que los fieles (así se nombraban a sí mismos los árabes), no matarán, ni cautivarán, ni separarán de los cristianos sus hijos ni sus mujeres, ni les harán violencia en lo que toca a su ley (su religión); que no serán incendiados sus templos; sin otras obligaciones de su parte que las aquí estipuladas. Entiéndase que Teodomiro ejercerá pacíficamente su poder en las siete ciudades siguientes: Auriola (Orihuela), Balentila (Valencia), Lecant (Alicante), Mula, Biscaret, Aspis y Lurcat (Lorca): que él no tomará las nuestras, ni auxiliará ni dará asilo a nuestros enemigos, ni nos ocultará sus proyectos: que él y los suyos pagarán un dinhar o aureo por cabeza cada año, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, cuatro de mosto, cuatro de vinagre, cuatro de miel y cuatro de aceite: los siervos o pecheros pagarán la mitad.—Fecho el 4 de redjeb del año 94 de la Hégira (abril de 713). Signaron el presente rescripto Otman ben Abi Abdah, Habib ben Abi Obeida, Edris ben Maicera, y Abulcacin el Mozeli.»

Concluido el tratado, y manifestando Abdelaziz deseos de conocer a Teodomiro, el caballero cristiano se descubrió al joven árabe; era él, el mismo Teodomiro en persona. Sorprendió a los árabes tan impensado descubrimiento, celebráronlo mucho, y diéronle un banquete, en que comieron los dos caudillos juntos como si hubieran sido amigos toda la vida. Al día siguiente entraron Abdelaziz y Otman en Orihuela con la gente más vistosamente ataviada, y preguntando a Teodomiro dónde estaban aquellos tantos guerreros que el día anterior coronaban los muros de la ciudad, tuvieron que admirar una nueva estratagema y ardid del caudillo cristiano. Aquellos soldados, pertrechados de cascos y lanzas, que habían visto sobre los muros, eran mujeres que Teodomiro había hecho vestir de guerreros; sus cabellos los habían dispuesto de manera que imitaran la larga barba de los godos. Aplaudieron los árabes la ingeniosa ocurrencia, riéronse de su mismo engaño, y todo contribuyó a que se entablara una especie de confraternidad entre Teodomiro y el hijo de Muza.[398]

Pacificada toda la tierra de Murcia y Valencia, Abdelaziz retrocedió a las comarcas de Sierra Segura, descendió a Baza, ocupó a Guadix y a Jaén, tomó a Granada (Garnathat), colonia judía y arrabal de la antigua Illiberis (Elvira), entró en Antequera, y prosiguió a Málaga, sin hallar resistencia, y dejando en las ciudades judíos y árabes de guarnición.

A este tiempo recibió Muza órdenes del Califa, preceptuándole devolver a Tarik el mando de las tropas que tan gloriosamente había conducido, diciéndole que no inutilizase una de las mejores espadas del Islam. Muza obedeció, aunque bien a pesar suyo, pero con gran contento de los muslimes. Fingió no obstante una reconciliación sincera, y concertóse que Tarik con sus tropas marchase al Oriente de España, mientras él con las suyas se dirigía a reducir las regiones del Norte. Tarik recorrió el Sur y el Este de Toledo, la Mancha, la Alcarria, Cuenca, y descendió a las vegas y campos del Ebro hasta Tortosa. Muza tomó hacia Salamanca y Astorga, que se le rindieron sin resistencia, y volviendo y remontando el curso del Duero, haciendo después una conversión hacia el Ebro, vino a incorporarse con el ejército de Tarik, que sitiaba ya a Zaragoza (Medina Saracusta). Obstinada resistencia había encontrado Tarik en Zaragoza, pero la llegada de Muza, coincidiendo con el apuro de víveres de la plaza, desalentó a los sitiados, y fue causa de que se propusiese su entrega bajo las condiciones ordinarias. Muza, valiéndose de la ocasión y dejándose llevar de la codicia, impuso a los habitantes de Zaragoza una contribución extraordinaria de guerra, para cuya

398Isid. Pac. Chron. 38.—Roder. Tolet. de Reb. Hisp.—Conde, cap. 15.

satisfacción tuvieron que vender sus alhajas y las joyas de los templos. Muza tomó en rehenes la más escogida juventud, y dejando el gobierno de la ciudad a Hanaxben Abdala, que luego edificó allí una suntuosa mezquita, prosiguió sometiendo el Aragón y Cataluña. Huesca, Lérida, Barcelona, Gerona, Ampurias, todas fueron reducidas a la obediencia del Islam. De allí volvió y enderezóse a Galicia por Astorga, entró en la Lusitania, y en todas partes fue recogiendo riquezas que no partía con nadie.

Tarik por el contrario, siguiendo otra ruta, y encaminándose por Tortosa a Murviedro, Valencia, Játiva y Denia hasta los límites del pequeño reino de Teodomiro, observaba también muy opuesto comportamiento. Trataba a los pueblos con dulzura, partía con sus soldados los despojos de la guerra, y con mucha escrupulosidad reservaba el quinto de todo el botín para el califa. Comunicaba a éste directamente sus operaciones sin entenderse con Muza. Éste por su parte no perdía ocasión de desacreditar a su rival para con el califa, ponderándole su espíritu de insubordinación y sus prodigalidades.

Estos enconos de parte de los dos conquistadores fueron causa de que el Califa de Damasco escribiera a ambos mandándolos comparecer a su presencia, dejando el gobierno de España encomendado a personas de confianza. Tarik obedeció al momento: Muza lo hizo con más repugnancia, mas al fin después de haber nombrado a su hijo Abdelaziz walí o gobernador en jefe de España, partió con los despojos de sus felices expediciones, con la famosa mesa verde, y con inmensa cantidad de oro y pedrería. Pasó el estrecho, atravesó el Magreb, primer teatro de sus campañas y de sus glorias. En su comitiva iban cuatrocientos jóvenes de las familias godas más ilustres, que tomó para que sirvieran de ostentación a su marcha triunfal, y con este aparato fue costeando el litoral de África. Tarik había llegado antes que él a Damasco, y expuesto ante el Califa sencillamente y con lealtad su conducta. Cuando llegó Muza, Walid se hallaba gravemente enfermo; Suleiman, su hermano, designado para sucederle, hizo comparecer a los dos rivales. La historia de esta entrevista es de un género enteramente oriental. Muza creyó adquirir gran mérito a los ojos del Califa presentándole la célebre mesa de oro y esmeraldas. *«Emir de los creyentes,* dijo entonces Tarik, *esa mesa soy yo quien la ha encontrado.—He sido yo,* replicó Muza, *este hombre es un impostor.—Preguntadle,* repuso Tarik, *qué se ha hecho el pie que falta a la mesa.—Estaba así cuando se encontró,* respondió Muza.—*Emir de los fieles,* exclamó Tarik, *ahora juzgarás de la veracidad de Muza.»* Y sacando el pie de la mesa que llevaba escondido, le presentó al Califa, el cual quedó convencido de que era Muza el verdadero calumniador. Y como ya deseaba tomar severa satisfacción de su conducta, le castigó teniéndole un día entero expuesto a un sol abrasador, haciéndole azotar y condenándole a una multa de cien mil mitcales, que Rasis y Ebn Kalkan hacen subir a doscientos mil. Así pagó el conquistador de África y de España la envidia y rencor con que había perseguido a Tarik.

Quedó, pues, sometida la España a las armas sarracenas. Rápida, breve, veloz fue la conquista. Lo que costó a los poderosos romanos siglos enteros de porfiada lucha, lo hicieron los árabes en menos de dos años. Diestros, políticos, activos, valerosos y entendidos capitanes eran los jefes de la conquista. El estupor se había apoderado de los españoles después del desastre de Guadalete, y no les dieron tiempo para recobrarse. El principio religioso, único que hubiera podido realentar los abatidos ánimos, tuvieron los conquistadores la política de aparentar por lo menos que le respetaban, dejando a los vencidos el libre ejercicio de su culto. Sin perjuicio de juzgar más adelante la conducta de estos primeros invasores, obsérvase desde luego que no fue ni tan ruda, ni tan cruel, ni tan bárbara como nos la pintaron nuestros antiguos cronistas, impresionados por las calamidades inherentes a tan brusca invasión, y como guiados por ellos la han representado después otros historiadores. A ser auténticas, como no se duda ya, las capitulaciones de Córdoba, de Toledo, de Mérida, de Orihuela, y aún la de Zaragoza, revélase en ellas más la política de un proselitismo religioso que el afán de exterminio, y algunas de sus condiciones fueron más humanitarias de lo que podía esperarse de un pueblo invasor que ocupaba por conquista un país donde hallaba diferente religión y distintos hábitos y costumbres: creemos que en este punto no puede compararse la

conducta de los árabes a la de los romanos y godos; si bien se comprende también que a nadie tanto como a los conquistadores convenía, pocos como eran, no exasperar a una nación grande y vasta, que aunque amilanada entonces, hubiera podido en un arranque de cólera serles terrible.[399]

Veamos cómo se condujeron los que sucedieron a Tarik y a Muza en el gobierno de España.[400]

399Después de leer las crónicas cristianas y árabes, nos quedamos sin saber con certeza qué fue del conde Julián, del obispo Oppas y de los demás parientes de Witiza, o causadores o cómplices de la pérdida de España. Los unos suponen al conde Julián alentando a Tarik en el consejo de oficiales a que se apresurara a apoderarse de Toledo, los otros le hacen servir de guía a Muza desde su desembarco y en casi toda la expedición: otros, y son los más, guardan profundo silencio. El Pacense dice que Muza condenó a muerte a varios nobles de Toledo por causa de Oppas que se había fugado de la ciudad: per Oppam... a Toleto fugam arripientem: lo cual probaría que los árabes no habían correspondido muy bien con los mismos que los invitaron o auxiliaron en la empresa de la conquista. De todos modos la suerte de la familia de Witiza ha quedado envuelta en bastante misterio.

400Fuera largo enumerar las inexactitudes que cometió Mariana, privado de muchos documentos posteriores, en los capítulos que destina a la narración de estos sucesos. Su mismo ilustrador, el docto Sabau y Blanco, nota ya bastantes; y al llegar al cap. 25 del libro VI. dice: «Los cronicones antiguos no hablan nada de lo que refiere Mariana en este capítulo, ni sabemos de dónde tomó estas noticias.» Hay errores evidentes de fechas, de nombres y de hechos.

CAPÍTULO II.
GOBIERNO DE LOS PRIMEROS EMIRES.
De 713 a 732.

Abdelaziz.—Regulariza la administración de España.—Su tolerancia con los cristianos.—Cásase con la reina viuda de Rodrigo.—Hácese sospechoso a los musulmanes.—Muere asesinado de orden del emir de África.—Breve y justo gobierno de Ayub.—Traslada el asiento del gobierno de Sevilla a Córdoba.—El Horr.—Primera invasión de los árabes en la Galia.—Toma de Narbona.—Es depuesto El Horr por sus exacciones.—Alzama.—Hace una estadística de España.—Es derrotado en Tolosa de Francia.—Prudente y equitativo gobierno de Ambiza.—Conquista toda la Septimania.—Otros emires de España. —Castigo de sus tiranías.—Abderrahman.—Rebelión de Munuza y su término. —Famosa batalla de Poitiers.—Carlos Martel.—Gran derrota del ejército sarraceno y muerte de Abderrahman.

Encargado Abdelaziz del gobierno de España, y habiendo fijado su asiento en Sevilla, dedicóse a regularizar la administración de las ciudades sometidas; nombró perceptores o recaudadores de los impuestos, que por regla general consistían en el quinto de las rentas, si bien le rebajó hasta el diezmo a algunas poblaciones y distritos; creó un consejo o diván, con el cual compartía la dirección de los negocios de España; estableció magistrados con el nombre de alcaides; dejó a los españoles sus jueces, sus obispos, sus sacerdotes, sus templos y sus ritos, de tal manera que los vencidos no eran tanto esclavos como tributarios de los vencedores. Indulgencia admirable, ni usada en las anteriores conquistas, ni esperada de tales conquistadores. Los que así quedaban y vivían denomináronse *Mostárabes* o *Mozárabes*, nombre ya de antes usado en otros países por el pueblo vencedor.

Habíase señalado ya Abdelaziz por su clemencia y su moderación para con los cristianos. Una circunstancia notable vino a hacer todavía más suave la suerte y condición de los vencidos bajo el gobierno del joven emir[401], a estrechar más las relaciones entre árabes e indígenas, si bien fue al propio tiempo la causa de su ruina y perdición.

Dijimos en el anterior capítulo, que entre los prisioneros hechos en Mérida se hallaba la reina Egilona, la viuda del desventurado Rodrigo. Era joven y bella, Abdelaziz lo era también, y prendóse apasionadamente de su ilustre y hermosa cautiva. El generoso hijo de Muza logró hacerse amar de la viuda del último monarca godo, y con sorpresa de musulmanes y cristianos los que comenzaron por amantes se convirtieron luego en esposos. Abdelaziz no exigió de Egilona que abrazase el islamismo, la permitió seguir siendo cristiana, y le dio el nombre árabe de Ommalisam, que quiere decir la de los lindos collares. Desde entonces por amor a su nueva esposa fueron en aumento las consideraciones del ya tolerante emir para con los cristianos, al paso que se hizo sospechoso a los fervorosos musulmanes, que murmuraban la mansedumbre con que trataba a los pueblos conquistados, tan opuesta al rigor que con ellos había empleado su padre. Suponíanle ya algunos traidor a la fe del islam, avanzando a decir que en secreto se había hecho idólatra, que así llamaban ellos a los cristianos[402]. Atribuíanlo todo al influjo de Egilona la infiel, mujer ambiciosa y de corazón altivo, y añadían que todas las mañanas colocaba en la cabeza de Abdelaziz una corona semejante a la que llevaba su primer marido Ruderik el romano, como para incitarle a que se alzara con el señorío de España[403]. Tales rumores fueron tomando consistencia, pasaron los mares y llegaron hasta el Califa Suleiman, sucesor de Walid, hombre orgulloso y sombrío, que irritado ya contra el padre de Abdelaziz, y temiendo el resentimiento de sus hijos, emires todos tres, los dos en África y el uno en España, acogió con avidez la acusación y resolvió deshacerse de todos. La orden de muerte para Abdelaziz la comunicó a los cinco principales caudillos de esta tierra. El primero

401 Dábase indistintamente a los gobernadores de España los títulos de emir y de walí, que equivalía a príncipe, dux, jefe o gobernador. El emirato de España era una dependencia o como vicariato del de África, que tenía su asiento en la moderna Cairwan, y éste a su vez dependía del califato de Damasco. Abdelaziz antes de venir a España había desempeñado el emirato de Cairwan.

402 Faustino Borbón, en sus Cartas para ilustrar la Historia de la España árabe, intenta probar con el testimonio de algunos autores árabes, que Abdelaziz había realmente abrazado el cristianismo.

403 Isid. Pacens. Cron. n. 42.

que la recibió fue Habib ben Obeidah el Fehri[404], el más fiel amigo y compañero de Abdelaziz. Grande fue la aflicción de Habib. *«¿Es posible,* exclamó, *que la envidia y el odio paguen de esta manera los más gloriosos servicios? Pero Dios es justo, y nos manda obedecer al Califa.»* Tal era el deber de un musulmán sumiso, y Habib se resignó.

Habitaba Abdelaziz una casa de recreo en las afueras de Sevilla; a su lado había hecho construir una mezquita donde se congregaba el pueblo a la oración. Resueltos los cinco jefes a ejecutar las órdenes del Califa, entraron una mañana en la mezquita, conducidos por Zeyad, cuando el desventurado y desprevenido Abdelaziz rezaba la oración del alba. Echáronse sobre él los conjurados, y aunque muchos amigos pugnaron todavía por defenderle, acribilláronle con sus lanzas (año 97 de la Hégira, 715 y 716 de J. C). Cortáronle la cabeza, y enterraron su cuerpo en el patio de la casa. La cabeza alcanforada la enviaron al Califa de Damasco. Tocóle a Habib ser el conductor del funesto presente. Cuéntase que habiendo llegado Muza al palacio del Califa al tiempo que este examinaba la cabeza de su víctima, tuvo la horrible crueldad de preguntarle: *«¿Conoces, Muza, esta cabeza ?—Sí,* contestó altivamente el anciano walí, *la reconozco: la maldición de Dios caiga sobre el asesino de mi hijo, que valía más que él.»* Y salió del palacio, y partió para Waltichora, su patria, donde a poco tiempo murió oprimido de pesar. Los hermanos de Abdelaziz sufrieron la misma suerte que él. Justo castigo, dicen los cronistas cristianos, con que Dios hizo expiar a Muza sus crueldades para con los fieles: indigna recompensa, dicen los escritores árabes, de los distinguidos servicios que había prestado al imperio tan noble familia[405].

Abdelaziz había gobernado la España con prudencia cerca de diez y ocho meses. En las inmediaciones de Antequera hay un valle que llaman todavía de Abdalaxiz, nombre sin duda conservado por los árabes en memoria de aquel desgraciado emir. Ignórase lo que fue de Egilona. Parece que la Providencia quiso cubrir con el velo de la oscuridad el término de los principales personajes godos de la última familia real. En cuanto a Teodomiro, al tiempo que la cabeza de Abdelaziz le fue enviada al Califa, despachó también emisarios para suplicar a Suleiman que respetara las estipulaciones hechas con el emir, y consiguió que el Califa las mandara observar.

No había nombrado el Califa sucesor a Abdelaziz. En su virtud reuniéronse en consejo los principales caudillos, y eligieron walí a Ayub ben Habib el Gahmi, primo hermano de Abdelaziz, guerrero experimentado y administrador entendido. Trasladó el nuevo emir el asiento del gobierno a Córdoba, como punto más central. Dividió la Península en cuatro grandes partes, con los nombres de Norte , Mediodía, Oriente y Occidente[406]. Visitó a Toledo y Zaragoza, oyó las quejas de los pueblos sobre las injusticias de los alcaides y gobernadores, destituyó a muchos, puso orden en la administración, y se captó el afecto de cristianos, judíos y musulmanes. Entre Toledo y Zaragoza, y sobre las ruinas de la antigua Bilbilis, erigió una fortaleza, que se llamó *Calat-Ayub*, castillo de Ayub[407]. Ibanse reparando en lo posible los desastres de la guerra, pero gozó poco tiempo España las ventajas de un gobierno reparador. Depúsole el Califa por ser pariente de Muza, y nombró en su lugar a Alhaur ben Abderrahman , llamado comúnmente El Horr, y Alahor en nuestras crónicas cristianas[408].

404Habib era el nombre personal: ben significa hijo; ben Obeidah hijo de Obeidah; el Fehri es el patronimico de la tribu. Este mismo orden siguen generalmente los árabes en todos los nombres. A veces citan los de muchos de sus abuelos, para lo cual no hacen sino añadir a cada uno de ellos el ben. Es como el filius de la Biblia, en que se observa también la misma costumbre.

405Tarik murió también, como Muza, en la oscuridad y en la desgracia. parecía destino de los conquistadores de España perecer ingratamente recompensados por sus pueblos. Aníbal y Escipión, Muza y Tarik, todos tuvieron un fin poco digno de sus gloriosos hechos.

406Al Guf, al Keblah, al Sharkyah, y al Garb. Conserva todavía este último nombre una de las provincias occidentales de la Península, en lo que es hoy Portugal.

407Fundóse allí después la ciudad que actualmente se nombra Calatayud.

408Debemos advertir, que en cuanto a los nombres árabes, así de personas como de pueblos, de empleos, dignidades, instituciones, etc., los escribiremos muchas veces con la ortografía o más usada de nuestros cronistas e historiadores, o más acomodada a la pronunciación castellana, sin que por eso dejemos muchas veces y respecto a los más importantes, de poner a su lado la tecnologia arábiga, según que la vemos usada por los más doctos

Violento y duro el nuevo emir, hizo pesar una opresión igualmente ruda sobre cristianos y musulmanes. Belicoso y emprendedor, fue el primero que se atrevió a llevar las armas sarracenas del otro lado de los Pirineos, o por lo menos el primero que al frente de una expedición formal franqueó la barrera oriental de aquellas montañas y penetró en la Galia Gótica, en aquella Septimania que había constituido una parte integrante del reino godo-hispano, y que después de la catástrofe había tenido que ponerse bajo la tutela de los duques de Aquitania. Habíase refugiado a ella gran número de cristianos de la Península. Difundió El Horr el espanto por aquellos ricos y semi-abandonados países. Narbona no pudo resistir al ímpetu de las huestes sarracenas, y la antigua capital de la Septimania gótica fue convertida en capital de la Septimania árabe. Por espacio de tres años recorrió, según algunos, por un lado hasta Nimes y el Ródano, por otro hasta el Garona, hasta que le obligó a regresar la noticia de una victoria de los cristianos del norte de la península sobre un ejército musulmán.

Debió ser el primer triunfo de los refugiados en Asturias, suceso de que daremos cuenta en lugar separado, así por merecerlo su importancia, como por no interrumpir la narración cronológica de lo que acontecía en todo el resto de España.

Las injustas exacciones de El Horr y sus violencias contra los alcaides y walíes que no se prestaban a cooperar a sus iniquidades, sobre todo contra los moros y berberiscos, levantaron contra él universal clamor, y movieron al califa Yezid a enviar en su reemplazo a Alsamah ben Melek, el Zama de nuestras crónicas (720), que se consagró a reparar los males causados por la avidez y la dureza de su predecesor. Hábil y entendido en administración Alzama, arregló los tributos, hizo una distribución por suerte de los bienes que habían quedado sin dueños, estudió las provincias, y fue el primero que hizo y envió al califa una estadística de la población del país y sus riquezas de todo género, con una descripción de sus ciudades, sus ríos, sus costas y sus puertos.

Guerrero también Alsamah como todo buen musulmán de aquel tiempo, no quiso ceder en gloria militar a ninguno de sus predecesores, y con numerosa hueste avanzó, no ya solo a la Septimania, sino a la Aquitania misma, centro de los vastos dominios del conde Eudon, y puso cerco a Tolosa. A punto de rendirse estaba ya la ciudad, cuando acudió Eudon con un ejército considerable. La muchedumbre de los enemigos era tanta, dice un historiador árabe, que el polvo que levantaba con sus pies oscurecía el cielo. Los dos ejércitos se acometieron con el ímpetu de dos torrentes que bajan de las cumbres: dudosa estuvo mucho tiempo la batalla: corría Alzama a todas partes como un bravo león; cuando levantaba su espada, fluía la sangre y destilaba por su brazo: pero la lanza de un cristiano le atravesó el cuerpo y le dio el martirio. Con esto desmayó la caballería árabe; el campo quedó sembrado de cadáveres, y los restos del desbaratado ejército se retiraron a Narbona, y nombraron su jefe y emir al valiente Abderrahman el Gafeki (724), cuya elección confirmó el emir superior de África.

No hizo poco Abderrahman en contener a los cristianos de la Galia, y en reprimir a los de la frontera oriental española, que alentados con el triunfo de sus correligionarios de Tolosa se habían removido y alterado. Perdióle a Abderrahman su excesiva liberalidad para con los soldados; repartíales todo el botín, sin exceptuar más que el quinto que la ley mandaba reservar para el califa: amábanle con esto las tropas, pero los jefes le representaron como corrompedor de las costumbres frugales y sencillas de los musulmanes, y bastó para que el emir de África le reemplazara con Ambiza ben Sehim, de su misma tribu y familia.

Casi todos los emires comenzaban por organizar la administración. Ambiza hizo una nueva y equitativa distribución de los terrenos baldíos entre los veteranos del ejército y los musulmanes pobres que acudían a establecerse en España. Recargaba o aliviaba el impuesto a las poblaciones, según era mayor su sumisión o su resistencia a recibir la ley del islam. Hacía constantemente justicia a todos, sin mirar que fuesen musulmanes o cristianos, y cuando visitaba las provincias

orientalistas. Así lo hemos hecho con muchos nombres romauos y góticos. Nos acomodamos también en esto a la práctica de Conde, y creemos que de otro modo no seria fácil a muchos lectores bailar la identidad de una gran porción de estos nombres con los que estarán acostumbrados a leer en nuestras antiguas historias.

llenábanle los pueblos de bendiciones. Propúsose después vengar el desastre de Tolosa, e invadió resueltamente la Galia gótica. Carcasona, Beziers, Agda, Magalona, Nimes, todas las ciudades de la Septimania, además de Narbona que pertenecía ya a los árabes, cayeron en su poder. Penetró hasta el Ródano y tomó a Lyon; avanzó a la Borgoña, y saqueó a Autum. La conducta de los conquistadores de la Galia era casi idéntica a la que habían observado en España. No imponían el islamismo; dejaban a los cristianos su culto, y el tributo a que los sujetaban era más o menos crecido según la mayor o menor resistencia de los pueblos conquistados. Murió no obstante allí Ambiza de resultas de heridas recibidas en un combate (725), designando antes de morir para sucederle a Hodeirah ben Abdallah, cuyo nombramiento no fue ratificado por el emir de África, el cual envió en su lugar a Yahia ben Salemah, hábil y bravo general, pero de un rigor inflexible[409].

Agriados por la severidad de Yahia los mismos jefes que habían influido en su nombramiento pidieron luego su destitución, y el emir de África condescendiendo a los caprichos de aquellos caudillos, les dio a Hodeifa ben Alhaus, hombre sin talento, que sólo pudo sostenerse algunos meses, y hubo de ser reemplazado por Othman ben Abu Neza, el Munuza de las crónicas cristianas, que a su vez fue pronto víctima de la inconstancia de aquellos turbulentos y descontentadizos jefes, y sustituido a los seis meses por Alhaitam ben Obeid.

Desacertada elección fue también la de Alhaitam. Su avaricia y sus tiranías con musulmanes y cristianos, sus tormentos, suplicios y confiscaciones le hicieron tan aborrecible, que informado el gobierno de Damasco de sus excesos, hubo de despachar a España a Mohamed ben Abdallah con la misión de averiguar lo que de cierto hubiese en los desmanes que se atribuían al emir, y de imponerle el conveniente castigo si resultase culpable. Poco trabajo le costó al enviado apurar la verdad: públicas eran sus vejaciones: el tirano fue preso; y despojado de sus insignias de jefe, con la cabeza desnuda y las manos atadas a la espalda, hízole pasear montado en un asno por las calles de Córdoba, teatro principal de sus maldades, embarcándole en seguida cargado de cadenas a África a disposición del emir (728). Así vigilaban los califas de Damasco por la suerte de su nueva dependencia de España, siempre que a tan larga distancia podían llegar las quejas de los oprimidos. Dos meses permaneció Mohamed en España gobernando con justicia y equidad, al cabo de los cuales partió dejando nombrado walí al guerrero Abderrahman, aquel mismo que por su excesiva liberalidad para con los soldados había sido antes depuesto. Recibido fue este nombramiento con general aplauso: solo los berberiscos vieron con enojo su elevación, porque como árabe que era, distinguía y apreciaba con preferencia a los de su raza. Munuza el africano, revoltoso y altivo, tramó pronto una traición contra el jefe de pura raza árabe.

Muchas injusticias reparó Abderrahman; afable y justo con cristianos y muslimes, depuso a los alcaides opresores, y los reemplazó con otros de conocida probidad; restituyó a los cristianos las iglesias que les habían quitado faltando a las estipulaciones, y destruyó las que por soborno y a precio de oro habían permitido levantar de nuevo algunos gobernadores. Empleó los dos años primeros en reconocer y visitar las provincias, y en restablecer el orden por todas partes. Pero lo que hizo célebre a Abderrahman fue su famosa expedición a la Galia, auuque de fatal resultado para él y para los árabes. Extraordinarios fueron los preparativos; tribus enteras de Arabia, de Siria, de Egipto y de África vinieron a España a alistarse bajo las banderas de Abderrahman para la guerra santa; pero antes de emprenderla, érale preciso al emir deshacerse de Munuza, que envidioso de sus glorias, de carácter inquieto y díscolo , pero belicoso y bravo, se había aliado con Eudon, duque de Aquitania, y casádose con su hija. Abderrahman conoció lo que podía temer de Munuza, que ambicionaba su puesto, si le daba lugar a encender una guerra civil entre los musulmanes, de concierto con su aliado. Despacha pues a un jefe sirio llamado Gedhi ben Zeyan, con orden expresa de buscar a Munuza y traérsele vivo o muerto. Gedhi en cumplimiento de su misión marcha al frente de un fuerte destacamento hacia la residencia de Munuza: apenas tuvo este tiempo para huir con su esposa Lampegia; Gedhi le persigue por los desfiladeros de las montañas: Munuza fatigado se detiene a reposar en un fresco y frondoso valle al pie de una fuente de agua viva que se desgajaba

409Isid. Pacens. Chron. 53.—Cron. de Moissac—Ahmed Al Makari.—Conde, cap. 22.

de una roca: el murmullo de las aguas y las caricias de su cautiva bienamada, como la llama el autor árabe, no le permiten oír el ruido de los pasos de su perseguidor: Munuza es sorprendido, Gedhi se apodera de Lampegia, Munuza cae a los golpes de las lanzas, córtanle la cabeza, y llevan ambos presentes a Abderrahman. Admirado quedó el emir de la hermosura de Lampegia; la cabeza de Munuza la envió al Califa según costumbre, exponiéndole las causas que le habían movido a esta rápida ejecución.

Desembarazado de este rival, Abderrahman se pone en marcha con su grande ejército, el mayor que se había visto jamas en España bajo los estandartes blancos de los Ommiadas. Dirígese por Pamplona y el Bidasoa a los Pirineos, franquea esta inmensa barrera, penetra por los fértiles valles de Bigorra y el Bearnés en los estados de Eudon, duque de Aquitania. El inmenso ejército se derrama como un torrente devastador; Burdeos intenta resistirle, pero es tomada y saqueada, el conde que la defendía cae prisionero, y tomándole por Eudon, los árabes le cortan la cabeza para enviarla a Damasco. Prosigue el ejército sarraceno su marcha terrorosa, pasa el Garona y el Dordoña, y encuentra al fin a Eudon con considerables fuerzas de cristianos: Abderrahman no duda un momento en arremeter a Eudon, y el ejército aquitanio queda destrozado. Los sarracenos victoriosos, cargados de botín, marchan sin otro obstáculo que el inmenso despojo, y se presentan delante de Poitiers: penetran en un arrabal y le incendian, pero el centro fortificado de la ciudad se prepara a resistirles. Abderrahman duda si atacar a Poitiers o marchar contra Tours, cuando vienen a anunciarle que numerosas huestes mandadas por Carlos, hijo de Pepino, duque soberano de los Franco-Austrasios, marchan a su encuentro unidas con las reliquias del destrozado ejército de Eudon.

Los francos y los árabes se encuentran en las vastas llanuras que se extienden entre Tours y Poitiers. Seis días maniobran los dos ejércitos en presencia uno de otro; al séptimo u octavo se empeña seriamente el combate; Abderrahman, confiado en su fortuna, acomete el primero impetuosamente con un cuerpo de caballería, la pelea se hace general, horrible la matanza por ambas partes, y pasa el día sin declararse la victoria. Reempréndese al siguiente día la batalla; Abderrahman arremete con rabioso brío, y rompe la espesa línea de los austrasios; los robustos soldados del Norte pelean cuerpo a cuerpo con los tostados árabes y africanos... un tumulto se levanta en las tiendas de los sarracenos: eran las tropas del duque de Aquitania que habían hecho una irrupción por aquel lado: los árabes, temiendo perder las riquezas de su botín, hacen un movimiento retrógado para defender su campo; este movimiento introduce la confusión; en vano Abderrahman intenta restablecer el orden; haciendo heroicos esfuerzos cae del caballo atravesado de infinitas lanzas; estaba anocheciendo, y las tinieblas vienen a economizar alguna sangre mahometana. Los árabes se retiran silenciosamente del campo del combate: al día siguiente los cristianos hallan las tiendas desiertas, los árabes habían ido en retirada hasta Narbona; el famoso Carlos, llamado después Martel, que quiere decir *martillo*[410], pone cerco a Narbona, pero los ismaelitas la defienden con valor, y le obligan a levantar el sitio con gran pérdida[411].

La derrota de Poitiers, acaecida en 732[412], puso término al engrandecimiento de los árabes en Occidente, y acaso les impidió hacerse los dominadores de toda Europa, que tal había sido el pensamiento de muchos de sus caudillos. Ella completó también el abatimiento de la casa real de Clodovéo, y fue el principio y cimiento del imperio Franco-Germano de Occidente, y la base sobre que Carlos Martel fundó la soberanía de la Galia para los herederos de Pepino de Herestall.

410«Por los terribles golpes que a manera de martillo descargó sobre los enemigos en esta batalla,» según la Crónica de Saint-Denis.

411Isid. Pac. Cron. n. 59.—Conde, Dominac. cap. 25.—Fredegario, Cron.—Anales de Aniano.—Fauriel, Hist. De la Gaule meridion.

412Conde la pone en 733: las crónicas francas todas en 732.

CAPÍTULO III.
PELAYO. COVADONGA. ALFONSO.
De 711 a 756.

Los cristianos en Asturias.—Pelayo.—Combate de Covadonga.—Triunfo glorioso.—formación de un reino cristiano en Asturias y principio de la independencia española.—Reinado de Pelayo.—Su muerte.—Idem de su hijo Favila.—Elevación de Alfonso I.—Estado de la España musulmana al advenimiento de Alfonso.—Sus guerras en la Galia con Carlos Martel.—Rebeliones y triunfos de los berberiscos en África.—Escisiones entre las razas muslímicas de España.—Atrevidas excursiones y gloriosas conquistas de Alfonso el Católico.—Terror de los árabes.—Nueva irrupción de africanos.—Designación de comarcas para el asiento de cada tribu.—Renuévanse con furor las guerras civiles entre las razas musulmanas.—Fraccionamiento de provincias.—Anárquica situación de la España sarracena.

¿Era toda la España sarracena? ¿Obedecía toda a la ley de Mahoma? ¿Era en todas partes el Dios de los cristianos tributario del Dios del Islam? ¿Habían desaparecido todos los restos de la sociedad goda? ¿Había muerto la España como nación? No: aún vivía, aunque desvalida y pobre, en un estrecho rincón de este poco ha tan vasto y poderoso reino, como un desgraciado a quien han asaltado su casa y robado su hacienda, dejando solo un triste y oscuro albergue, en que los salteadores con la algazara de recoger su presa no llegaron a reparar.

Desde la catástrofe del Guadalete y al paso que los invasores avanzaban por el interior de la Península, multitud de cristianos, sobrecogidos de pavor y temerosos de caer bajo el yugo de los conquistadores, buscaron su salvación y trataron de ganar un asilo en las asperezas de los montes y al abrigo de los riscos de las regiones septentrionales, llevándose consigo toda su riqueza mobiliaria, las alhajas de sus templos y los objetos más preciosos de su culto. Obispos, sacerdotes, monjes, labradores, artesanos y guerreros, hombres, mujeres y niños, huían despavoridos a las fragosidades de las sierras en busca de un valladar que los pusiera al amparo del devastador torrente. Los unos ganaron la Septimania, los otros se cobijaron entre las breñas y sinuosidades de la gran cadena de los Pirineos, de la Cantabria, de Galicia y de Asturias. Esta última comarca, situada a una extremidad de la Península, se hizo como el foco y principal receptáculo de los fugitivos. País cortado en todas direcciones por inaccesibles y escarpadas rocas, hondos valles, espesos bosques y estrechas gargantas y desfiladeros, una de las postreras regiones del mundo en que lograron penetrar las águilas romanas, no muy dócil al dominio de los godos, contra el cual apenas cesó de protestar por espacio de tres siglos, parecióles a aquellas asustadas gentes el más a propósito para guarecerse con menos probabilidad de ser hostilizados, y para atrincherarse y defenderse en el caso de ser acometidos. Diéronles benévola acogida los rústicos e independientes moradores de aquellas montañas: y allí vivían naturales y refugiados, si no contentos, resignados al menos con su estrechez y sus privaciones, prefiriéndolas al goce de sus haciendas a trueque de no verse sujetos a los enemigos de su patria y de su fe. La fe y la patria eran las que los habían congregado allí. En el corazón de aquellos riscos y entre un puñado de españoles y godos, restos de la monarquía hispano-goda confundidos ya en el infortunio bajo la sola denominación de españoles y cristianos, nació el pensamiento grande, glorioso, salvador, temerario entonces, de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el pendón de la fe, y a la santa voz de religión y de patria sacudir el yugo de las armas sarracenas.

Los mahometanos por su parte habíanse cuidado poco de la conquista de un país que sobre ser de difícil acceso debió parecerles miserable y pobre en cotejo de las fértiles y risueñas campiñas de Mediodía y Oriente de que acababan de posesionarse, mucho más no sospechando lo que se ocultaba dentro de aquellas montuosas guaridas. Parece, no obstante, que bajo el gobierno del cuarto walí Ayub llegaron algunos destacamentos enemigos a la parte llana de Asturias, y que hallándola desierta, por haberse retirado sus moradores a lo más fragoso de sus bosques y breñas, se apoderaron fácilmente de las aldeas y puertos de la costa. Dejaron por gobernador en Gegio o Gigio (hoy Gijón) a un jefe que nuestras crónicas nombran Munuza, y que fue sin duda el Othman ben Abu Neza de que hemos hablado en el anterior capítulo.

Faltábales a los cristianos allí guarecidos un caudillo de tan grandes prendas como se necesitaba para que los guiara en tan grande y atrevida empresa como la que habían meditado. La providencia les deparó un noble godo nombrado Pelayo, hijo de Favila, antiguo duque de Cantabria, y de la sangre real de Rodrigo. Había sido Pelayo conde de los espatarios o sea de la guardia del último monarca; había peleado heroicamente en la batalla de Guadalete, y la fama de sus proezas, y la gallardía de su persona, y la nobleza de su alcurnia, todo contribuyó a que los asturianos se agruparan en derredor suyo y le aclamaran unánimemente por jefe y capitán de aquella improvisada milicia religiosa, de aquella grey de fervorosos cristianos, más provistos de entusiasmo y de fe que de armas y materiales medios para la defensa. Pelayo aceptó, a fuer de hombre religioso y de varón esforzado y amante de su patria, el difícil y honroso cargo que se le confiaba, y diose principio a la obra derramándose aquellas gentes por las comarcas vecinas de Cangas de Onís, llamada entonces Cánicas.

Llegó la noticia del levantamiento de los astures a oídos del walí El Horr, a tiempo que éste se disponía a penetrar con sus huestes en la Galia Gótica, y no dando grande importancia al movimiento de Asturias, encargó a su lugarteniente Alkamah la empresa de sujetar los asturianos. Partió, pues, Alkamah con un cuerpo de ejército respetable, si bien es de sospechar que hayan exagerado su cifra los primeros cronistas españoles. A la aproximación de la hueste sarracena no creyendo Pelayo conveniente esperarle en Cangas, se retiró con todo el pueblo hacia el monte Auseba. Las mujeres, viejos y niños buscaron lo más fragoso de las breñas para cobijarse, mientras los hombres de armas se situaban en las alturas y colinas desde donde mejor pudieran ofender a los enemigos que se atrevieran a penetrar por aquellos desfiladeros.

A la extremidad de un estrecho y sombrío valle al oriente de Cangas, que torciendo un poco hacia occidente forma una cuenca limitada por tres cerros, se levanta una enorme roca de ciento veinte y ocho pies de elevación, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna o gruta, entonces como ahora llamada por los naturales la cueva de Covadonga. Allí se retiró Pelayo con cuantos soldados podían caber en aquel agreste recinto, colocando el resto de sus gentes en las alturas y bosques que cierran y estrechan el valle regado por el río Deva, y allí esperó con serenidad al enemigo, contando más con la protección del cielo que con sus fuerzas. Noticioso Alkamah de la retirada de Pelayo, orgulloso y confiado hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponían los refugiados en la cueva, quedando sus inmensos flancos expuestos a los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados. Entonces comenzó aquel ataque famoso, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres. Las flechas que los árabes arrojaban solían rebotar en la roca y herir de rechazo a los infieles, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo los que se hallaban apostados entre las breñas hacían rodar a lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles que aplastaban bajo su peso a los agarenos y les causaban horrible destrozo. Apoderóse el desaliento de los musulmanes, tanto como crecía el ánimo de los cristianos, a quienes vigorizaba la fe y alentaba la idea de que Dios peleaba por ellos.

Cuando Alkamah vio sucumbir a su compañero Suleiman, intentó ganar la falda del monte Auseba y ordenó la retirada. Embarazábanse unos a otros en aquellas angosturas. Levantóse en esto una tempestad que vino a aumentar el espanto y el terror en los que iban ya de vencida. El estampido de los truenos, cayo eco retumbaba con fragor por montes y riscos, la lluvia que se desgajaba a torrentes, las peñas y troncos que de todos lados sobre los árabes caían, el movedizo suelo que con la lluvia se aplastaba y hundía bajo los pies de los que habían logrado ganar alguna pendiente, y que caían resbalados por aquellos senderos sobre los que se rebullían confusos en el valle, y que perecían ahogados en las desbordadas aguas del Deva, todo contribuyó a hacer creer que hasta los montes se desplomaban sobre los soldados de Mahoma. Horrible fue la mortandad: hay quien afirma no haber quedado un solo musulmán que pudiera contar el desastre: de todos modos el triunfo cristiano fue glorioso y completo; por mucho tiempo cuando las crecientes del río descarnaban las faldas de las colinas, se descubrían los huesos y armaduras de los soldados

sarracenos. En medio de la vega de Cangas una capilla con la advocación de la Santa Cruz muestra todavía el sitio en que se atrevió ya Pelayo a atacar en campo raso a sus diezmados enemigos. Aconteció este famoso suceso en el año 99 de la Hégira, 718 de Jesucristo.[413]

Admiremos aquí los altos designios del que rige los pueblos y tiene en su mano los destinos de las naciones. El inmenso poder de aquellos godos, a cuyo pujante brazo no había podido resistir el coloso de Roma, de aquellos godos vencedores de cien pueblos, dominadores de España, de África y de la Galia, viose reducido a un puñado de montañeses guarecidos en un rincón de esta Península, dentro de una cueva, capitaneados por un caudillo, en cuyas venas corría mezclada y confundida la sangre goda y la sangre española. Y del corazón de aquella gruta había de salir un poder nuevo, que había de luchar con otro pueblo gigante, y había de ser el fundador de un estado

---

413Para la relación que acabamos de hacer del levantamiento de Asturias, de la proclamación de Pelayo y de la batalla de Covadonga, hemos recogido cuanto hemos hallado de más comprobado y verosímil en los escritores árabes y cristianos, desnudo de las exageraciones y fábulas, de las invenciones maravillosas y de las extravagantes aserciones con que algunos parece haberse propuesto embrollar este brillante periodo de nuestra historia, los unos llevados del fanatismo propio de su época, los otros arrastrados de una especie de pirronismo histórico. Así no extrañamos que el doctor Dunhan se viera embarazado hasta el punto de expresarse de la manera siguiente: «Hay tanta confusión, tanta contradicción, y a veces tal carencia de probabilidad en las oscuras autoridades relativas a este periodo, así árabes como cristianas, que es desesperada empresa la del que aspira a formar una narración algo racional y un tanto ordenada del reinado de Pelayo. Bien es verdad que cuando discrepan las autoridades,toca a la razón dar el fallo...» Esto es precisamente lo que nosotros hemos procurado hacer, con la diferencia que no tenemos por tan desesperada empresa como el historiador inglés, el entresacar de entre tan encontrados relatos lo más conforme a la autoridad, a la razón y a la tradición. Creemos que basta para ello un mediano criterio.

Convenimos en que se ha embrollado mucho este periodo, o por lo menos ha habido riesgo de que así sucediese, máxime desde que algunos críticos españoles conocidos por su prurito de sentar opiniones nuevas y peregrinas, pretendieron trastornar toda la cronología de estos sucesos, suponiendo no haber acontecido hasta el año 756, es decir, 38 años más tarde de lo universalmente admitido. Sustentó el primero esta aserción el erudito Pellicer, a quien un historiador moderno (Ortiz) llama el Hardouin de España, «por su ciega manía en decir cosas nuevas y sostener paradojas,» y a quien siguieron Mondéjar, Masdeu y Noguera, aquejados también del mismo furor de novedad. Sirviòles de principal apoyo y fundamento el silencio del Pacense, único cronista español contemporáneo, acerca de todo lo acaecido en Asturias. Ciertamente es notable y lastimoso el silencio que sobre tan importantes sucesos guarda el obispo cronista. Mas por fortuna, sobre no pasar de ser un argumento negativo, ha venido la publicación posterior de historias árabes que aquellos críticos no conocieron, a confirmar la cronología general recibida y que nosotros seguimos. ¿No pudiera además el Pacense haber escrito aparte los sucesos de Asturias, y haberse perdido su obra, como desgraciadamente sucedió con el Epítome de la Historia de los Arabes, de que el mismo Isidoro nos habla en el n. 65 de su Crónica?

Por otra parte, mientras Noguera niega el titulo de rey a Pelayo, Masdeu empieza su catálogo de reyes desde Teodomiro y Atanaildo o Atanagildo, tocándole a Pelavo ser el tercer rey de España. Nos parece aventurada la opinión primera, e infundada la segunda.

Masdeu sostiene que los árabes no llegaron nunca a Gijón, y que Munuza no era gobernador de Gegio, sino de Legio, León. La similitud del nombre y la circunstancia de pertenecer entonces León a las Asturias, podrían hacerlo verosimil. Pero sus esfuerzos para probar que fuese Legio y no Gegio han sido insuficientes para persuadirlo.

Más razón nos parece que tienen Pellicer y Masdeu para dar por fabulosa la ida del obispo Oppas a Asturias y su presencia en la batalla, cuanto más los largos razonamientos que dice Mariana pasaron entre el obispo y Pelayo, y que nos da íntegros y a la letra según su costumbre. Lo cual, dice un escritor de nuestro siglo, lleva un sello de falsedad tan evidente que avergüenza hablar de ello. Tampoco falta quien añada haberse hallado y muerto en el combate el conde Julián y los hijos de Witiza: lo que consignamos, porque se vea que no ha quedado nada por decir de aquella célebre familia.

En cuanto a la genealogía de Pelayo hay también variedad y confusión. La crónica Albeldense le hace hijo de Veremundo o Bermudo y sobrino de Rodrigo. Sebastián de Salamanca le supone hijo de Favila, duque de Cantabria. Duque de Álava llama a su padre la crónica de Oviedo.

El P. Mariana da un origen muy singular al gran suceso de Asturias. En la idea de que la incontinencia de un rey cristiano (Rodrigo) fue la causa de la pérdida de España, buscó el desquite en la incontinencia de un gobernador moro para encontrar la causa de su restauración. Al efecto supone que Munuza se enamoró ciegamente de una hermana de Pelayo, extraordinariamente hermosa, como era menester que fuese; y que no pudiendo lograrla en matrimonio, halló medio de enviar a Pelayo con una comisión a Córdoba para el caudillo Tarik, cuya ausencia aprovechó el moro para satisfacer su torpe deseo. Noticioso Pelayo a su vuelta e indignado de la afrenta y deshonra de su hermana, juró vengarse del atrevido y deshonesto moro, y de aquí la excitación a los asturianos a tomar las

que con el tiempo había de dominar dos mundos. Pelayo cobijado en la caverna de Covadonga, seméjasenos a la semilla desprendida de un árbol viejo cortado por el hacha del leñador, que encarcelada dentro del hueso ha de romperle, brotar, desarrollarse, crecer, fructificar y formar con el tiempo un árbol más lozano, robusto y vigoroso que el que le había engendrado, y cuyas ramas se han de extender por todo el universo.

Aunque el memorable triunfo de Covadonga se explique, como lo hemos visto, por sus causas naturales, preciso es no obstante reconocer en aquel conjunto de extraordinarias y portentosas circunstancias algo que parece evceder los límites de lo natural y humano. En pocas ocasiones ha podido ser más manifiesta para el hombre de creencias religiosas la protección del cielo. Por lo mismo no nos maravilla que los escritores de una edad de tanta fe lo dieran todo al milagro y a la mediación de la Virgen María, cuya imagen había llevado consigo Pelayo a la cueva. Las historias árabes refieren también el suceso con asombro, no disimulan haber sido horrible la matanza, y hacen justicia al valor y a la audacia de *Belay el Rumi* (Pelayo el Romano), como ellas le nombran[414]. El gobernador de Gegio, Munuza, sabedor de la derrota de los suyos y de la muerte de Alkamah, no se contempló seguro en Asturias, y retiróse hacia la España Oriental. Algunas crónicas cristianas afirman haber sido alcanzado y muerto en la vega de Ovalle por el héroe mismo de Covadonga; acaso pudo creerse así entonces: más este relato le contradicen los posteriores hechos

armas y todo lo demás que se siguió, y que el historiador exorna con circunstancias todas singulares, sin que podamos saber de donde tomó la fabula y sus decoraciones. El caso es que el Padre d'Orleans, el Abad de Vairac y la compilación de Paquis, tomaron ciegamente la fábula del historiador español, la cual ha podido ser muy buena para dar argumento a Moratín, padre, para su tragedia de Ormesinda. y a Jovellanos y Quintana para su Pelayo.

Excusado es decir que el P. Mariana acoge de lleno todos los milagros que se cuentan de la batalla de Covadonga.

Las crónicas antiguas hacen subir el ejército árabe que combatió en Asturias a una cifra que asombra. Sebastián de Salamanca sienta muy formalmente que murieron en la primera refriega ciento veinte y cuatro mil moros (caldeos llama él), y que los sesenta y tres mil restantes perecieron aplastados bajo aquella colina que se desgajó. De manera que según el cronista, a quien han seguido el monje de Silos y otros posteriores, hasta el canónigo Ortiz, historiador de nuestro siglo, el ejército moro se componía de ciento ochenta y siete mil hombres, que todos perecieron sin quedar uno solo que lo contara. Si así fue, bien hacen en recurrir a dos milagros visibles para explicar la derrota de Covadonga, pues de otro modo seria imposible. Don Rodrigo de Toledo sólo hace perecer veinte mil en la primera pelea, y después en la retirada una gran muchedumbre. A este sigue sin duda el P. Mariana. Un historiador árabe (Ebn Haiyan, in Ahmed),toma su exageración por otro estilo- Éste dice que el comandante de los infieles (Pelayo) se encerró en una cueva con trescientos hombres, los cuales todos perecieron de hambre y de fatiga, excepto treinta hombres y diez mujeres que sobrevivieron y se alimentaban de miel que las abejas habían dejado en las hendiduras de la roca. Por último, en el Moro Espóxito de nuestro ilustrado contemporáneo el duque de Rivas, se acaba de poner el sello a la exageración en el romance que supone cantado por un rústico como canción popular en la España antigua, y dice así.

El valeroso Pelayo
cercado está en Covadonga
por cuatrocientos mil moros
que en el zancarrón adoran.
Sólo cuarenta cristianos
tiene, y aún veinte le sobran.

Y concluye diciendo:

Cuatrocientas mil cabezas
de los perros de Mahoma
los valerosos cristianos
siegan, hienden y destrozan;
concediendo así la Virgen
al gran Pelayo victoria.

Pero no era en España solo donde de tal manera se ponderaban las pérdidas de los infieles. Las crónicas cristianas francesas hacían subir el número de árabes muertos en el sitio de Tolosa a la enorme cifra de trescientos setenta y cinco mil, y a otros tantos en la batalla de Poitiers, si bien acaso algunos las confundieron. Menester es disimular tales hipérboles a las gentes de aquel tiempo en su ansia de exterminar a los enemigos de su religión.

414Sabido es que los árabes llamaban romano a todo el que no fuese árabe, o acaso godo puro. También significaba el cristiano, el extranjero.

de Munuza que en el precedente capítulo dejamos referidos. Quedó no obstante con esto todo el territorio de Asturias comprendido entre los montes y el mar, libre de soldados sarracenos.

En el entusiasmo de la victoria, los asturianos apellidaron rey a Pelayo: principio de una nueva monarquía, de la monarquía española; porque la religión y el infortunio han identificado a godos y romano-hispanos, y no forman ya sino un solo pueblo; y Pelayo, godo y español, es el caudillo que une la antigua monarquía goda que acabó en Guadalete con la nueva monarquía española que comienza en Covadonga. A la salida de esta célebre cueva hay un campo llamado todavía de *Repelayo* (síncope sin duda de Rey Pelayo), donde es fama tradicional que se hizo la proclamación levantándole sobre el pavés; y nada más natural que este acto de recompensa de parte de aquellas gentes hacia el valeroso caudillo que las había conducido a la victoria, en el primer sitio en que pudo hacer alto el ejercito vencedor. A una legua junto al pueblo de Soto se halla el *Campo de la Jura*, donde hasta el siglo presente iban los jueces del concejo de Cangas a tomar posesión de la vara de la justicia. Respetables y tiernas prácticas tradicionales de los pueblos, que recuerdan con emoción la humilde y gloriosa cuna en que nació el legítimo principio de la autoridad.

O no conocieron los árabes toda la importancia de su desastre de Asturias, o entretenidos a la otra parte de los Pirineos en la empresa de posesionarse de la Septimania gótica, descuidaron reparar el contratiempo de Covadonga, o no tuvieron tropas que destinar a ello. Es lo cierto que una paz que parecía providencial proporcionó a Pelayo tiempo y quietud para poder dedicarse a la organización de su pequeño estado. La fama de su triunfo fue atrayendo a aquel primer asilo de la libertad a los cristianos de las vecinas comarcas, que abandonando sus hogares y haciendas acudían ansiosos de aspirar el aire de la independencia y de vivir entre aquellos esforzados montañeses, que tenían la misma fe y hablaban la misma lengua que ellos. A medida que la población iba creciendo, y que la seguridad infundía aliento a los moradores de las montañas, iban descendiendo de las breñas y bosques a los valles y a los llanos. La necesidad y la conveniencia les prescribía ocuparse en desmontar terrenos incultos, en laborear los campos, en apacentar sus ganados, en edificar templos y casas, en ensanchar el recinto de sus pequeñas aldeas, y en aplicar cada cual su industria para irlas fortaleciendo; entre ellas debió ser una de las que recibieron más agregaciones la corta villa de Cangas, destinada a ser la capital de aquel diminuto reino. Natural era también, aunque las crónicas no lo digan, que Pelayo se consagrara en aquel período de paz a ejercitar a sus soldados en el manejo de las armas, y a dar a su pueblo una organización a la vez militar y civil, como lo es siempre la de los pueblos nacientes que conquistan su existencia por la guerra y tienen que sostenerla con la espada. No nos hablan las historias de nuevas batallas que tuviera que dar Pelayo. No hostilizado por los enemigos, fue por su parte muy prudente en no aventurarse a excursiones que hubieran podido ser peligrosas, y contento con haber formado el núcleo de la nueva monarquía, dedicado a consolidarla y robustecerla, reinó diez y nueve años, al cabo de los cuales murió pacíficamente en Cangas (737 de J. €.). Los restos mortales del ilustre restaurador de la independencia española fueron sepultados en Santa Eulalia de Abamia (antes Velamia), a una legua de Covadonga, junto con los de su mujer Gaudiosa[415].

Mientras esto pasaba en Asturias, habían acontecido en los últimos años del reinado de Pelayo sucesos importantes en la España musulmana. La derrota de los sarracenos en Poitiers, acaecida en 732, había realentado a los cristianos de una y otra vertiente del Pirineo Occidental, que alzados en armas se dispusieron a resistir a los árabes al abrigo de sus montañas. En reemplazo del desgraciado Abderrahman muerto en la batalla de Poitiers, fue nombrado emir de España el anciano Abdelmelck ben Cotan, que bajo una cabellera emblanquecida por los años, conservaba el vigoroso corazón de un joven. Habiendo hallado sus tropas abatidas bajo el golpe del hacha de Carlos Martel, las reanimó diciendo: *«La guerra es la escala del paraíso: el enviado de Dios se gloriaba de ser el hijo de la espada, y reposaba en el campo de batalla a la sombra de los estandartes ganados al enemigo. Los triunfos, las derrotas y la muerte, todo está en manos del Todopoderoso, que exalta*

415Sebast. Salmant. n. 11.—El monje de Silos.—El arzobispo don Rodrigo.—La crónica general.—Los Árabes de Conde.—Ahmed Almakari y otros.

hoy a los que había humillado ayer.» Animados con esta arenga los guerreros árabes, dirigíanse con su anciano jefe a la Aquitania, ansiosos de vengar su anterior desastre y la sangre de Abderrahman; más al atravesar los desfiladeros de la Vasconia, encontraron a aquellos rudos montañeses preparados a atajarles el paso, y cayendo bruscamente sobre los musulmanes los obligaron a retroceder con gran pérdida y a replegarse sobre el Ebro. Segundo ejemplo que encontramos de resistencia de parte de los naturales de España a las armas sarracenas, todo en la cadena de los Pirineos (734). Costóle a Abdelmelek ser depuesto por el walí de África, a quien preguntaba ya el Califa en qué consistia que saliesen tan desgraciadas todas sus empresas contra los hombres de Afranc.[416]

El desastre de Abdelmelek infundió nuevo desaliento en las tribus de España, y el gobierno de Damasco nombró emir de esta tierra a Ocba ben Alhegag, cuya cimitarra se había distinguido en África en las guerras contra los berberiscos. Tenía también fama de justo y de severo, y a ella correspondieron bien sus actos de gobierno en España. Ocba se mostró inexorable con los dilapidadores y concusionarios; quitó las alcaidías a los caudillos acusados de avaros o crueles, y llenó las cárceles de malversadores y exactores injustos. El delito más grave para este emir en un funcionario del gobierno, era el que oprimiese a los pueblos por saciar su codicia. Ocba era en esto inflexible. Además de haber establecido cadíes o jueces para que administrasen rectamente justicia, ordenó que los walíes organizáran partidas de seguridad pública para la persecución de los ladrones y bandidos: llamábanse esta especie de celadores *kaxiefes* (descubridores); institución parecida a la que posteriormente han adoptado las naciones modernas, bajo denominaciones diferentes, como cuadrilleros, miqueletes o gendarmes, acomodando su nombre y organización a las circunstancias y a la índole de cada gobierno y país. Ocba deslindó las atribuciones de las autoridades, empadronó todos los vecinos de todas las poblaciones, e igualó los tributos sin distinción de orígenes ni de creencias. Creó escuelas y las dotó con las rentas públicas: mandó construir mezquitas y oratorios , y dispuso que hubiese en ellas predicadores y maestros que enseñasen la religión al pueblo. Era el emir irreprensible en su porte, amábanle los buenos y temíanle los malos. Examinó la conducta de Abdelmelek, y no hallándole delincuente, le nombró comandante de la caballería con destino a la frontera del Norte. El mismo Ocba se encaminaba hacia el Pirineo para invadir la Aquitania, cuando en Zaragoza recibió órdenes del walí de África, en que le mandaba que sin demora se pusiese en camino para aquella tierra, donde los turbulentos berberiscos de Magreb con nuevas rebeliones amenazaban seriamente la autoridad del Califa, y hacían necesaria la presencia de un caudillo cuyo alfanje había domado otras veces a los inquietos africanos. Obedeció Ocba, y regresando apresuradamente a Córdoba, pasó a África con un cuerpo escogido de caballería (737).

Coincidió este suceso con la muerte de Pelayo, a quien sucedió en el reino por consejo y determinación de los grandes su hijo Favila, que en un corto reinado de menos de dos años no hizo cosa digna de la historia, dice el cronista Salmantino[417], sino haber construido cerca de Cangas la iglesia de Santa Cruz que poco ha hemos mencionado. Era la caza la pasión favorita de este príncipe, y entregado a esta diversión pereció un día desgarrado por un oso que había tenido la imprudencia de irritar (739). Aunque Favila había dejado hijos, ninguno de ellos fue llamado a reinar, acaso por sus pocos años, y diose la soberanía al yerno de Pelayo, casado con su hija Ermesinda, llamado Alfonso, hijo de Pedro, duque también de Cantabria y de la noble sangre goda[418]. Era el nuevo príncipe hombre de ánimo esforzado, inclinado a la guerra, emprendedor y atrevido, y el más propio para mandar en aquella sazón al pueblo y gobernarle. Ardía ya Alfonso en deseos de acometer alguna empresa con los vencedores de Covadonga, y a este propósito comenzó por excitar el celo religioso y guerrero de aquellos moradores, exhortándolos a salir de sus estrechas

416Ebn Khaldun. apud Ahmed Almakari.—Isidor. Pacens.Chron.

417Propter paucitatem temporis nihil historiae dignum egit. Sebast. Salmant. Chron. n. 12.

418Afirma Mariana equivocadamente haber muerto Favila sin sucesión; y consiguiente a este yerro, que una inscripción de la iglesia de Santa Cruz desmiente expresamente, comete otro mayor y de más trascendencia, que es suponer que Alfonso fue nombrado rey, «según que estaba dispuesto en el testamento de don Pelayo.» Ni da nadie noticia de semejante testamento, ni la monarquía entonces era todavía hereditaria, sino electiva como en tiempo de los godos.

guaridas y a emprender la guerra de agresión contra los infieles, en lo cual no hacía sino seguir los instintos de su natural belicoso y fiero.

Brindábale oportuna ocasión el estado en que los musulmanes se hallaban del otro lado de los Pirineos. Allá en la Galia llevaba Carlos Martel más de ocho años gastándoles las fuerzas con su prodigiosa actividad. Disputábanse con furor sangriento la posesión de la Provenza y de la Septimania. Marsella, Arlés, Avignon, Nimes, Beziers, Narbona, todas las ciudades del Sur de la Galia de que se habían posesionado los sarracenos, perdidas y recobradas alternativamente por árabes y francos, eran teatro de las devastaciones del feroz Carlos, que en su furor de destruir pretendió hasta incendiar el maravilloso y colosal anfiteatro romano de Nimes. Guerra de exterminio era la que se hacía a los árabes por el Mediodía de la Francia. «Porque francos y sarracenos, dice con loable imparcialidad un historiador moderno de aquella nación, bárbaros del Norte y bárbaros del Mediodía, parecía competir en aquella época desastrosa en menosprecio de la especie humana; y aún en esta triste rivalidad los francos excedían en mucho a los árabes. Despiadados estos en el combate, pero tolerantes y humanos después de la victoria, tenían aliados y súbditos, mientras los francos no tenían sino enemigos, y nadie jamás aplicó tan duramente como ellos el *væ victis* de Roma.»[419] Así cuando la muerte sorprendió en741 al furibundo jefe de la raza Carlovingia, dominaba la Provenza, y tenía reducidos los árabes a Narbona y a la insegura posesión de algunas ciudades de la Septimania.

En África había conseguido Ocba sujetar a los inquietos berberiscos, derrotó muchas de sus taifas, y dispersó a los más rebeldes por el desierto. Pero el temor de nuevas insurrecciones le detuvo en África por espacio de cuatro años, y cuando regresó a España la encontró en el mayor desorden. Durante su ausencia, los walíes y los gobernadores subalternos, más ocupados en guerras y rivalidades de raza que en el gobierno de los pueblos y en el progreso del Islam, no habían pensado en empresa alguna del otro lado de las fronteras. La discordia reinaba en todas partes. Sólo Abdelmelek había hecho esfuerzos por sostener el honor de las armas muslímicas, y acudido a reprimir las inquietudes de las fronteras. Ocba le dio las gracias por su celo y sus servicios, mas habiendo enfermado el emir en Córdoba, sucumbió sin haber podido hacer otra cosa que dejar el gobierno de España en manos de Abdelmelek como el más digno.

Completemos el triste cuadro que para los musulmanes ofrecía el estado de su imperio en África y España, cuando Alfonso I. de Asturias se preparaba a hacer sus primeras excursiones.

Horribles guerras entre árabes y berberiscos habían vuelto a ensangrentar el suelo africano desde la salida de Ocba. Aquellas bárbaras, numerosas y turbulentas tribus berberiscas, catervas de salvajes de cetrinos rostros, ennegrecidos del sol, cubierta sólo su cintura con un delantal corto y grosero, siempre de mal grado sujetos, montados en ligerísimos caballos, perpetuamente rebeldes al yugo de los árabes, habíanse insurreccionado de nuevo, y vencido en dos mortíferas batallas las huestes árabes, egipcias y sirias, la una cerca de Tánger, en que veinte y cinco mil árabes con su jefe el anciano Koltum recibieran el martirio, la otra a las márgenes del Masfa, en que después de otra semejante y no menos espantosa carnicería, obligaron a un cuerpo de veinte mil sirios mandados por Baleg y Thaalaba a refugiarse en Ceuta, desde donde acosados por el hambre imploraron el socorro de sus hermanos de España. Negósele al principio el emir de Córdoba Abdelmelek; y a un piadoso musulmán, Zehiad ben Amru, que de su cuenta les envió barcos con provisiones, le hizo arrancar los ojos y ahorcarle entre un cerdo y un perro para ignominia y afrenta y ejemplar escarmiento de los que imitarle pensaran. Mas noticiosos los berberiscos de España de los triunfos de sus hermanos en la Mauritania, revolucionáronse también contra el emir, especialmente los de Galicia, y marcharon los unos sobre Toledo, los otros sobre Córdoba. Encerrado por ellos

419Saint-Hilaire, Hist. d'Espagn. lib. III-, c. 3. «El duque de Austrasia, dice también Romey, se mostraba más bárbaro con los cristianos que ninguno de los generales musulmanes que habían invadido el país. Así la memoria y el odio de la invasión de Carlos Martel han vivido más tiempo en la Septimania que la memoria y el odio de la ocupación sarracena.» Hist. d'Espagn. part. H., c. 4. «Aún pueden verse, dice Agustín Thierry hablando del famoso anfiteatro de Nimes, bajo las arcadas de sus inmensos corredores, todo lo largo de las bóvedas, las negras manchas trazadas por las llamas en los sillares que no pudieron ni destruir ni devorar.» Lettres sur l'Histoire de France.

Abdelmelek en esta última ciudad, llamó entonces él mismo a los sirios de Ceuta, y los hizo trasportar a condición de que habían de reembarcarse cuando él lo creyera oportuno. Baleg, en el apuro en que se hallaba, aceptó todas las condiciones.

Vinieron, pues, los veinte mil sirios a España en una desnudez espantosa. Vestidos y armados que fueron, unidos a los árabes andaluces pelearon con los berberiscos y los derrotaron, vengando el desastre de Masfa. Mas cuando Abdelmelek no tuvo necesidad de ellos y en cumplimiento del tratado quiso hacerlos reembarcar para África, negáronse a ello abiertamente, los auxiliares se convirtieron, como de común acontece, en enemigos, pusiéronse sobre Córdoba, apoderáronse de Abdelmelek, y no olvidando Baleg su primera negativa de socorro, sin respeto a la blanca cabellera del anciano emir, impúsole el castigo que él había ejecutado en Zehiad, hizole ahorcar entre un perro y un cerdo. Así los sirios se trocaron de miserables aventureros en señores de España, y aclamaron emir a su jefe Baleg (entre los años 742 y743). No sufrieron los árabes andaluces que unos extranjeros les pusieran así la ley, y se revolucionaron. También Thaalaba, segundo jefe de los sirios, se negó a reconocer la elección de Baleg. La más completa escisión y anarquía se declaró en los ejércitos musulmanes. Vino a aumentar la confusión y el desorden el walí de Narbona Abderrahman ben Alkamah, uno de los árabes más ilustres, que a la cabeza de un gran número de descontentos acudió desde la Septimania a medir sus fuerzas con Baleg. Encontráronse los walíes en los campos de Calatrava (Calat-Rahba), batiéronse cuerpo a cuerpo, la lanza de Abderrahman atravesó el cuerpo de Baleg, derrotó su hueste y fue apellidado *al Mansur* (el victorioso). Reunió Thaalaba los restos del ejército sirio, se apoderó de Mérida (743), pasó a Córdoba y se hizo proclamar emir. Tal era el estado de desconcierto del imperio muslímico en la Galia, en África y en España[420].

Por su parte los cristianos del Norte, gallegos, cántabros, vascones y euskaros, mal sujetos a la dominación sarracena, apoyados los unos en sus vecinos de Aquitania, alentados los otros con el ejemplo de los asturianos, y animados todos con las discordias en que se destrozaban las razas y bandos del pueblo muslímico, hacían esfuerzos o por defender o por rescatar su independencia, y aunque sin concierto todavía ni combinación, comenzaban a entenderse, porque los impulsaba un mismo pensamiento, los unía un mismo peligro, un mismo odio al extranjero, una misma fe.

Conoció Alfonso de Asturias todo el partido que de este concurso de circunstancias podía sacar, y resolvióse a levantar el pendón de la conquista y a ensanchar los reducidos límites de su reino, saliendo de los atrincheramientos rústicos a que estaba concretado. Compartió el mando de las tropas de la fe con su hermano Fruela, y con animoso corazón franqueó las montañas que dividen las Asturias de Galicia (742). O mal guarnecido, o abandonado entonces acaso este país por los sarracenos disidentes, Lugo vio con alegría ondear en su recinto el estandarte de los cristianos; Orense y Tuy recibieron con júbilo las bandas libertadoras de la fe; las ciudades de la Lusitania, Braga, Flavia, Viseo, Chaves, acogían con entusiasmo a sus hermanos de Asturias. Lástima grande que las crónicas no nos hayan relatado sino en conjunto la serie de las conquistas ejecutadas por el esforzado Alfonso, ni fijado con exactitud el orden de las excursiones, ni dado noticia cierta de las dificultades con que hubo de tener que luchar en su atrevida cruzada. Refiérennos en globo haber tomado, además de las expresadas ciudades, las de Ledesma, Salamanca, Zamora, Astorga, León, Simancas, Ávila, Segovia, Sepúlveda, Osma, Saldaña, Auca, Clunia y otras muchas de los territorios de Cantabria, Vizcaya, Álava, hasta el Bidasoa y los confines de Aragón, llevando sus armas victoriosas desde el Océano Occidental hasta los Pirineos, y desde el Cantábrico hasta las sierras de Guadarrama y últimos términos de los Campos Góticos que taló y yermó[421] recorriendo con sus triunfantes pendones una cuarta parte de la Península.

420Isid. Pacens. Chron. n. 63 y sig.—Conde, part. I., cap. 29 y sig.—Ben Alabar de Valencia, en Cassiri, tom. 2.

421Campos quos dicunt ghoticos usque ad flumen Dorium cremavit. Chron. Albeld. n. 52. Los Campos Góticos se extendian entre el Duero, el Esla, el Pisuerga y el Carrión. Hoy se llama este país Tierra de Campos, y pertenece a Castilla la Vieja.

Suponemos que haría en diferentes años estas rápidas y gloriosas excursiones, las cuales por otra parte no podían ser conquistas permanentes: antes bien la devastación y el incendio iban señalando las huellas de la marcha de Alfonso. Los campos eran talados, desmanteladas las poblaciones, las guarniciones sarracenas degolladas, los hijos y mujeres de los vencidos llevados como esclavos, los cristianos mismos recogidos para poblar con ellos las comarcas de Cantabria , Álava y Vizcaya, menos expuestas a la invasión de los musulmanes. Sólo conservó y fortificó las ciudades de las montañas limítrofes a sus antiguos estados, las que se prometía poder conservar. León y Astorga eran de este número. Un historiador arábigo describe así las expediciones de Alfonso: «Entonces vino Adefuns, el *terrible*, el *matador de hombres*, el *hijo de la espada*: tomó ciudades y castillos, y nadie osaba hacerle frente; mil y mil musulmanes sufrieron por él el martirio de la espada; quemaba casas y campiñas, y no había tratados con él.»[422] Aterraban a los árabes aquellos rudos montañeses, con sus largas cabelleras, sus groseras mallas de hierro, armados de hondas, del dardo ibero, del puñal cántabro, de horquillas de dos puntas, de aguzados chuzos y de cortas y cortantes guadañas, precipitándose de las sierras sobre los valles y campiñas.

En las poblaciones que conservaba, iba Alfonso restableciendo el culto católico, reponiendo obispos, restaurando o erigiendo templos y dotando iglesias, lo cual le valió el dictado de *Católico*, que siglos adelante había de aplicarse a otro rey de España para seguir siendo apelativo de honor de los monarcas españoles. Para defensa y seguridad de las fronteras, en las quebradas y en los lugares más enriscados de las breñas y montes iba también erigiendo fortalezas y castillos, *Castella*, de donde más adelante habían de tomar su nombre dos provincias de España. Así empleó Alfonso los 18 años de su reinado, de modo que a su muerte, acaecida en 756, el reino de Asturias se extendía , aunque inseguramente y sin solidez, por toda la ramificacion de los Pirineos desde Galicia y la Cantabria hasta la Vasconia. Murió Alfonso en Cangas, y sus restos mortales fueron sepultados en el monasterio de Santa María de Covadonga que él había fundado, donde fueron también trasladados los de Pelayo. Las crónicas cristianas cuentan los milagros que señalaron sus últimos momentos, y dicen que en su entierro se oyó a los ángeles cantar en armoniosos coros el salmo: *Ecce quomodo tollitur justus*.[423]

Grandemente había favorecido al éxito de las correrías militares de Alfonso el anárquico estado en que los musulmanes continuaban, no más lisonjero que el que anteriormente hemos descrito. Cierto que en África el emir Hantala había logrado vencer y sujetar, momentáneamente al menos, la raza indomable de los berberiscos. Pero la idea de descargar el suelo africano de esta gente feroz y desalmada trasplantándola a nuestra Península vino a aumentar los elementos de discordia que ya pululaban en ella. Quince mil magrebinos fueron trasportados a España al mando del emir Hussan ben Dirhar, llamado también Abulkatar. Llegaron estos africanos a dar vista a Córdoba a tiempo que Thaalaba iba a degollar en las afueras de esta ciudad mil prisioneros berberiscos. Preparábase una inmensa muchedumbre a presenciar el horrible suplicio de aquellos infelices, cuando entre nubes de polvo se divisaron banderolas y turbantes y el brillo de fulgentes armas. A la llegada de Abulkatar se suspendió la sangrienta ejecución; los que iban a ser sacrificados fueron puestos en libertad, ordenó Abulkatar la prisión de Thaalaba, y encadenado le envió a África a disposición del emir (744).

Deseoso Abulkatar de poner término a las escisiones en que se despedazaban las diversas razas de los musulmanes españoles, e informado de que una de las causas más fuertes de las discordias era la repartición de tierras, aspirando todos a poseer las fértiles campiñas de Andalucía, y principalmente los árabes y sirios que se creían con derecho de preferencia en la repartición, como lo eran en la jerarquía religiosa, quiso por un medio ingenioso cortar todas las disputas, acallar todas las pasiones y contentar todas las voluntades, haciendo una nueva y general distribución de territorios, señalando a cada tribu aquellas tierras o comarcas que más se asemejasen a su país natal, y cuyo suelo y clima les suscitase más dulces recuerdos de su patria. Así a los de la Palestina les

422El Lagbi, citado por Faustino Borbó, Cartas, p. 176.
423Sebast. Salmant. n. 15-Silense 26.-Chron. Ovet. p. 65.

señaló el país montuoso de Ronda, Algeciras y Medina Sidonia, que podían recordarles su Líbano y su Carmelo: los que habían pastoreado en las márgenes del Jordán estableciéronse en Archidona y Málaga , a orillas del Guadalhorce, que corre como el Jordán entre pintorescos valles: asentáronse los de Kinserina en tierra de Jaén; algunos persas se quedaron en Loja; los de Wacita en los alrededores de Cabra; los del Yemen y Egipto obtuvieron las comarcas de Sevilla, de Úbeda, Baza y Guadix; a otros egipcios les fue designada la tierra de Osonoba y Beja ; los de Damasco no hallaron país ni cielo que les representára mejor los jardines y vergeles que rodeaban la corte de sus Califas, que las márgenes del Genil y la vega de Garnathah y de Elvira , y adoptaron por nueva patria el país de Granada: a los árabes de Palmira les fueron señaladas las campiñas de Murcia y las comarcas orientales de Almería, que formaban la tierra de Tadmir. Por algún tiempo llamaron a Elvira Damasco, a Málaga Arden, a Jaén Kinserina, a Murcia Palmira, Palestina a Medina Sidonia, y así a las demás.[424]

Estas adjudicaciones no se hicieron sin perjuicio de los cristianos, saliendo entre ellos el más lastimado en sus intereses el godo Atanaildo, que por muerte de Teodorico obtenía el señorío de la tierra de Murcia. Impúsole Abulkatar fuertes tributos para el mantenimiento de los nuevos colonos, o creyéndose o suponiéndose desobligado el emir de guardar los convenios y estipulaciones ajustadas entre Teodomiro y Abdelaziz. Así fue desapareciendo aquel estado que el valor de Teodomiro había sabido conservar enclavado entre los dominios musulmanes, sin que de él vuelva a hacer mención la historia.[425]

Lo que se hizo para traer las tribus a una concordia vino a ser causa de disturbios mayores. Samail, joven sirio de ilustre cuna, pero de genio inquieto y díscolo, práctico en el ejercicio de las armas y astuto para tramar conspiraciones, alzó el estandarte de la rebelión so pretexto de que la tribu del Yemen, a que pertenecía Abulkatar, había sido la más favorecida en la distribución de los lotes. Adhiriósele Thueba ben Salemi, aunque yemenita, y juntos declararon una guerra cruel a Abulkatar y a las tribus de su partido. Nada puede dar mejor idea del extremado encono a que se dejaron llevar en esta guerra aquellas razas vengativas que la descripción que hace un historiador arábigo de las batallas que se dieron cerca de Córdoba. «Fue (dice) como un duelo caballeresco entre dos ejércitos de quince a veinte mil hombres cada uno... No hubo lanza que no se rompiera, y los caballos heridos y sofocados por el calor, ni obedecían ya al freno ni podían moverse: echaron los jinetes pie a tierra, y arremetiéronse espada en mano... la mayor parte rompieron también sus aceros, pero no por eso dejaban de combatir, los unos con el pedazo de alfanje que en la mano les quedaba, los otros hasta con puñados de arena y de guijo. Los que no hallaban con qué herirse se abrazaban cuerpo a cuerpo, se asían por la garganta, por los cabellos, luchando, haciéndose rodar por el polvo, sobre los cuerpos de los heridos, de los moribundos, de los muertos. Hacia el medio día la victoria estaba indecisa, faltaban ya a todos las fuerzas, cuando de repente vienen de Córdoba algunos centenares de hombres a mezclarse en la pelea. No eran guerreros, era un populacho tumultuoso de artesanos, de ganapanes, de carniceros, ávidos de sangre, armados de lanzas o de espadas, de hachas, de palos, de cuchillos o de piedras.... que en otra ocasión no hubieran excitado sino risa, pero que en la crisis en que la lucha se hallaba no tuvieron que hacer sino o prender o degollar...»[426]

Alzóse Thueba de resultas de esta batalla con el poder soberano de la Península: recompensó a Samail dándole el emirato independiente de Zaragoza y de la España Oriental, pero los walíes de Toledo y de Mérida se negaron a obedecer al usurpador. Así se fraccionaba ya en pedazos el imperio fundado por Muza y Tarik. La anarquía, el desorden y la inseguridad eran tales, que hasta los labradores y pastores tenían que defender con las armas sus propiedades y ganados. Era esto en ocasión que Alfonso de Asturias paseaba los estandartes cristianos desde la Lusitania hasta la Vasconia. Aprovechábase bien Alfonso del desconcierto de los musulmanes. En tan angustiosa

424Xerif Aledris. Geogr.— Ben Alabar, Cassiri, tom. 2.—Conde, cap. 33.—Al Kattib do Granada, part. 4.
425Según el Pacense, le exigió 27.000 sueldos. Chron. n. 39.
426Manuscrito árabe de la Biblioteca Real de Paris, citado por Fauriel, tom. III.

situación las diferentes razas de árabes, sirios, egipcios, persas, yemenitas y berberiscos, por un natural instinto de conservación acordaron dar una tregua a sus rivalidades y reunir todas las fuerzas del Islam bajo la autoridad única y central de un emir. Congregáronse los más nobles jeques en Córdoba en una especie de asamblea general de los estados musulmanes, y conviniendo en la necesidad de elegir un jefe bastante enérgico que administrara justicia por igual y los sacara a todos de aquel estado de anarquía, recayó la elección en Yussuf ben Abderrahman el Fehri, noble coraixita y caudillo acreditado, que había sabido mantenerse extraño a todos los partidos, siendo por esta razón recibido su nombramiento con aplauso y contentamiento universal (746).

Dedicóse Yussuf a escuchar y satisfacer las quejas de los pueblos; arregló la administración, reformó la estadística, destituyó a los malos gobernadores, consagró la tercera parte de las rentas de cada provincia a la construcción de mezquitas y a la reparación de puentes y caminos, y dividió la España muslímica en cinco grandes provincias o emiratos, cuyas capitales eran: Córdoba, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. De hecho el emir de España obraba ya con independencia del Califa de Damasco, o era por lo menos una dependencia casi nominal. De ello se valió el ambicioso Ahmer ben Amru, walí de Sevilla, para intrigar con el Califa contra Yussuf y Samail, a quienes aborrecía mortalmente. Descubrióse la intriga por una carta que le fue interceptada. Yussuf y Samail trataron de deshacerse de Ahmer y no pudieron lograrlo (753). Nuevas guerras civiles volvieron a ensangrentar los campos de la España musulmana, porque le fue fácil a Ahmer indisponer de nuevo a las siempre rivales y jamás bien unidas tribus. Pelearon, pues, otra vez encarnizadamente árabes, sirios, egipcios y mauritanos, y guerrearon entre sí los emires y walíes de Córdoba, Zaragoza y Toledo. Toda la España ardía en guerras civiles: todos sufrían: era un estado insoportable. Veremos como el mismo exceso del mal les inspiró el remedio.

CAPÍTULO IV.
LOS OMMIADAS DE CÓRDOBA.
De 756 a 774.

Revolución en Oriente.—Cambio de dinastía en el califato de Damasco.—Los Omeyas.—Los Abassidas.—Horrible exterminio de la familia destronada.—Aventuras del joven Abderrahman el BeniOmeya.—Acuérdase la fundación de un imperio independiente en España.—El proscripto Abderrahman es llamado de los desiertos de África para ocupar el trono muslímico español.—Su recibimiento en Andalucía.—Prosiguen las guerras civiles.—Yussuf y Samail.—Triunfos de Abderrahman.—Los hijos de Yussuf.—Marsilio.—Irrupciones de africanos.—Nuevos triunfos y nuevas contrariedades de Abderrahman.—Sitio de Toledo.—Guerra de las Alpujarras.—Espantosa noche en Sevilla.—Sosiégase la Andalucía.—Considerable fomento y desarrollo que dan a su marina los árabes de España.

«Loado seas, Señor Dios, dueño de los imperios, que das el señorío a quien quieres, y ensalzas a quien quieres, y humillas a quien quieres. En tu mano está el bien y el mal, y tú eres sobre todas las cosas poderoso.» Así exclama un autor arábigo al dar cuenta de la gran revolución y mudanza que sufrió el imperio muslímico, y que vamos a referir nosotros en el capitulo presente.

No era solamente en África y en España, no era solo en estos dos emiratos dependientes de Damasco donde ardía el horno de las guerras civiles, donde lo devoraba todo el fuego de la discordia. Acontecía otro tanto en Siria, en el centro del imperio, en la corte misma de los Califas. Por eso no podían ni reprimir con mano fuerte las revueltas de África y España, ni atender al buen gobierno de estas dependencias, ni evitar que se desgarraran en disensiones. Antes bien veían cómo se iban aflojando los lazos de estas provincias con el gobierno central, y cuando los walíes de las ciudades procedían a nombrar su emir de propia autoridad y sin consultar a Damasco, como sucedió con Yussuf en España, la situación vacilante y débil en que se encontraban los Califas los obligaba a ratificarlo, ya que no podían impedirlo.

Combatido y vacilante traían las contiendas civiles el trono imperial de Damasco, principalmente en los cuatro últimos reinados desde Walid ben Yezid hasta Meruán, todos de la ilustre familia de los Beni Omeyas, que había dado catorce Califas al imperio. Meruán veía la marcha que hacia la emancipación iban llevando las provincias más apartadas. Pero amenazábale todavía otro mayor peligro. La raza de los Abassidas (Beni-Alábas), descendientes de Abbas, tío de Mahoma, y abuelo de Alí, aquel a quien el Profeta había dado en matrimonio su hija Fátima, aspiraba a suplantar en el trono a los Ommiadas o descendientes de Abu Sofian. Uno de ellos, Abul-Abbas el Seffah, ayudado de su tío Abdallah, y del vazir Abu-Moslema, hombre feroz, tipo de los déspotas de Oriente, a quien no se había visto reír en su vida, y que se jactaba de haber muerto medio millón de hombres, levantó el negro pendón de los Abassidas contra el estandarte blanco de los Omeyas, en cuyos colores se significaba la irreconciliable enemistad de los dos bandos. Meruán llamó a todos los fieles a la defensa de la antigua dinastía imperial; pero emprendida la guerra, perdió Meruán el trono y la vida en una batalla a manos de Saheh, hermano de Abdallah. Abul-Abbas se sentó en el trono de Damasco. Gran revolución en el imperio muslímico de Oriente. Ella se hará sentir en España (749).

Horrible y bárbaro furor desplegaron los vencedores contra la familia del monarca destronado. Propusiéronse exterminar hasta el último vástago de la noble estirpe de los Omeyas. Todos los que podían ser habidos eran degollados. Noventa miembros de aquella ilustre raza habían hallado asilo cerca de Abdallah, tío del nuevo Califa; convidóles aquel a un festín en Damasco, como en demostración de querer poner un término a las discordias. Cuando los convidados aguardaban a los esclavos que habían de servirles a la mesa exquisitos manjares, entraron de tropel en el salón del banquete los verdugos de Abdallah, y arrojándose a una señal suya sobre los noventa caballeros, apaleáronlos hasta hacerlos caer exánimes. El feroz Abdallah hizo extender una alfombra sobre aquellos cuerpos expirantes, y sentado con los suyos sobre el sangriento lecho, tuvo el bárbaro placer de saborear las delicadas viandas oyendo los gemidos y sintiendo las palpitaciones de sus víctimas. Otro tío de Abul-Abbas hizo degollar a los Ommiadas de Bassorah, y arrojó sus cadáveres

a los campos para que los perros y los buitres les dieran sepultura. Falta serenidad y aliento para referir el refinamiento de los suplicios inventados para acabar con la familia y raza de los Omeyas[427].

Sólo un tierno vástago de aquella esclarecida estirpe, mancebo de veinte años, ausente de Damasco al tiempo de las ejecuciones, había logrado salvar su cuello de la tajante cuchilla de los Abassidas. «Bendito sea aquel Señor, vuelve a exclamar aquí el escritor arábigo, en cuyas manos están los imperios, que da los reinos, el poderío y la grandeza a quien quiere... Estaba escrito en la tabla reservada de los eternos decretos que a pesar de los Beni-Alabás, y de sus deseos de acabar con toda la familia de los Beni-Omeyas, todavía se había de conservar una fecunda rama de aquel insigne tronco, que se establecería en Occidente con floreciente estado.» Era este joven Abderrahman ben Moawiah, nieto de Hixem, décimo Califa de los Omeyas. Huyendo este joven príncipe de la furiosa persecución de los sacrificadores de su familia, refugióse a Egipto, donde anduvo errante de lugar en lugar, temeroso siempre de ser reconocido. Expiados allí sus pasos, tuvo que pasar al país de Barca, donde entre aquellas tribus salvajes halló una hospitalidad que le era negada en su patria. Allí el ilustre proscripto, criado en las delicias de la corte y del serrallo, hacía la vida agreste del beduino, manteniéndose de leche y de cebada medio cocida, y abrigándose en un humilde aduar, pero admirando a todos por su agilidad y destreza en el manejo de un caballo, por su conformidad en las privaciones, por el sufrimiento en las fatigas y por la serenidad en los peligros. Un día llegaron allí los emisarios del Califa con un grueso destacamento de caballería: *«¿Está por aquí,* preguntaron a los beduinos, *Abderrahman el Beni-Omeya?—Aquí ha venido,* respondieron, *un joven desconocido que acompaña a la tribu en sus cacerías: hacia aquel valle ha salido con otros jóvenes a la caza de los leones.»* Y les señalaron una lejana cañada. Dirigiéronse allí los satélites del Califa, y entretanto avisado Abderrahman pudo fugarse con seis animosos jóvenes del aduar que se brindaron a escoltarle.

Caminaron los siete viajeros cruzando montes y collados de arena, oyendo a su paso el rugido de los leones y el maullido de los tigres, y errando de desierto en desierto llegaron a Tahart, en la Mauritania, capital de la tribu de los zenetas, donde había nacido Tarik el conquistador de España[428]. La madre de Abderrahman era también originaria de aquella tribu. Allí encontró el joven príncipe su patria. Su desgracia, su amabilidad , su noble continente, interesó a los jeques de aquella rústica tribu, y todos le ofrecieron protección. Pero hasta en aquellas apartadas comarcas le perseguía el odio inextinguible del Califa[429].

Acontecía esto en ocasión que la guerra civil asolaba las más fértiles provincias de nuestra España, cuando Yussuf, Samail y Ben Amrú, y las razas partidarias de cada caudillo traían los pueblos fatigados con sus peleas, y los hacían víctimas de sus rivalidades y particulares enconos. El mismo exceso del mal, decíamos al terminar el anterior capítulo, les inspiró el remedio. Resueltos a oponer un dique al torrente de tantas calamidades, acordaron los ancianos y jeques de todas las tribus celebrar una junta en Córdoba , con objeto de arbitrar un medio de salir de tan angustioso y aflictivo estado. Congregáronse hasta ochenta venerables musulmanes con sus largas y blancas barbas, como por milagro escapados de la muerte en tantas guerras civiles[430]. Convinieron todos en la poca esperanza que había de poder salvar la España musulmana de los horrores de la anarquía, y en el ningún remedio que podían aguardar de la corte de Damasco, agitada como estaba ella misma y a tan larga distancia de la Península. Ayub el de Emeso propuso como único medio de salvación

427Abul Feda, Annal. moslem.—D'Herbelot, Bibliotec. Orient.—Conde, part. I., c. 39.—Al Makari, History of the mohamm. dinast—Roder. Tolet. Hist. Arab.

428Es también el país donde en nuestros días se estableció, según Defrance, el célebre Abdelkader. Pertenecía al Algarbe o Magreb del Mediodía.

429Conde, part. II., c. 4.

430Id. cap. 2. Es la segunda vez que vemos a los musulmanes de España reunirse en asamblea para elegir un jefe que los gobernara. Creemos por lo tanto que se equivocó el ilustrado Roseew-Saint Hilaire, cuando al hablar de la que antes celebraron los jeques de las tribus árabes y egipcias para nombrar a Yussuf dice:«Esta asamblea, única de este género de que hallamos vestigio en los historiadores árabes...» Histoir. D'Espagn. lib. III. C. 3.

elegir un jefe que los gobernara con independencia del imperio de Oriente , y ante el cual todos se inclinaran, pues ni ellos ni los pueblos debían ser por más tiempo juguetes de las miserables ambiciones de sus caudillos. ¿Pero dónde hallar un hombre que reuniera tan excelentes dotes como se necesitaban para salvar así la causa del Islam en España? Suspensos estaban todos, hasta que se levantó Wahib ben Zahir, diciendo: *«La elección de un príncipe no es dudosa: yo os propongo un joven descendiente de nuestros antepasados Califas, y del linaje mismo del Profeta. Proscripto y errante vaga ahora por los desiertos de África sin familia ni hogar: pero aunque perseguido y prófugo, es tal su superioridad y su mérito, que hasta los bárbaros le quieren y le veneran. De Abderrahman os hablo, el nieto del Califa Hixem ben Abdelmelek.»*

Aprobaron todos los jeques el pensamiento, y acordó la asamblea que Theman y Wahib pasasen en comisión a África a ofrecer en su nombre al fugitivo huérfano Beni-Omeya un trono independiente en la Península española. Partieron los emisarios, y los demás quedaron preparando los ánimos para el buen éxito de la importante resolución acordada en la asamblea.[431]

Mientras los comisionados desempeñaban su encargo cerca del príncipe sirio, a quien hallaron en un pobre aduar de la tribu de los zenetas, Yussuf, vencedor en Aragón del rebelde Amrú, después de haber tenido a éste, con su hijo y su sagaz secretario el Zohiri, encarcelados en Zaragoza, habíalos conducido a Toledo en camellos y con cadenas. Descansado que hubo algunos días en aquella ciudad, partía para Córdoba con los caudillos de Andalucía, cuando una tarde, reposando con su familia en un ameno y frondoso valle del camino, llegaron dos mensajeros anunciándole que los pueblos de tierra de Elvira estaban esperando con ansia la llegada de un príncipe Ommiada, a quien habían ofrecido el gobierno de España, y que era universal el levantamiento y entusiasmo por aquel príncipe. Indignado con esta nueva Yussuf, descargó su cólera y rabia sobre los infelices prisioneros, mandándolos despedazar en el acto. El emisario no le había engañado.

En aquellos momentos el príncipe Abderrahman con viento propicio verificaba su tránsito de las costas de Argel a las playas de Almuñécar. Agolpáronse los pueblos a recibir al ilustre vástago de los líeni-Omeyas, llamado del desierto para ocupar el trono de España (755). Acompañábanle sobre mil jinetes de la tribu africana que le había dado asilo. No bien puso sus plantas en tierra española el joven príncipe, la muchedumbre le victoreó con frenético entusiasmo: los jeques y caudillos de las tribus sirias y egipcias saludáronle con júbilo y rindiéronle homenaje. La gallarda presencia del joven, que entonces contaba veinte y cinco años, su talle esbelto y varonil, su dulce mirada y graciosa sonrisa, todo contribuía a aumentar la satisfacción y a realzar la idea que les habían hecho formar de la gentileza del deseado príncipe. Escoltado por sus fieles zenetas, y seguido de una inmensa comitiva, atravesó la Alpujarra y llegó a Elvira, incorporándosele en el camino voluntarios de todas las partes de Andalucía. Toda su marcha fue una verdadera ovación. Cuando llegó a Sevilla llevaba ya veinte mil hombres armados, y la ciudad le dispuso una entrada triunfal. Jamás príncipe alguno fue más sinceramente aclamado. *«Dios ensalce a Abderrahman ben Moawiah,»* era el grito que resonaba por todas partes.

Súpolo todo Yussuf el Fehri, y excusado es decir el enojo y desesperación que le causaría. Dio orden a su hijo para que defendiese la ciudad y comarca de Córdoba, mientras él y Samail allegaban gente en las demás partes, y ponían en movimiento las tribus amigas de Mérida, Toledo, Valencia y Murcia. Pero la suerte había abandonado a los caudillos que con sus rivalidades habían manchado de sangre el suelo de España, y puéstose del lado del que aparecía en ella como el iris de paz en medio de tantas tormentas, y que había de brillar después como un sol en despejado horizonte. El joven Abderrahman batió al hijo de Yusuf que le había salido al encuentro, y le obligó a encerrarse en Córdoba. Adelantábanse en tanto Yusuf y Samail con numerosas huestes, confiados en vencer fácilmente a un joven inexperto y bisoño. Pero Abderrahman, dejando en el cerco de Córdoba diez mil infantes, salió con otros tantos caballos al encuentro de los dos orgullosos caudillos: a pesar de la inferioridad y desproporción numérica, embistió Abderrahman con tal ímpetu, que no hubo filas que resistieran las lanzas de sus fogosos escuadrones: los dos ejércitos combinados quedaron

431Conde, cap.3.

deshechos. Yusuf no paró hasta la Lusitania; Samail con las reliquias de su gente se retiró hacia Murcia; el hijo de Yussuf salió con sus tropas desalentadas camino de Mérida, y Córdoba abrió sus puertas al vencedor.

De esta manera quedó en poder de Abderrahman la ciudad que había de ser asiento y silla de su imperio. Y aunque todavía para asegurar su naciente trono tuvo que luchar contra recios huracanes, quedó por decirlo así instalado el imperio árabe español, independiente de Asia y África, empezando la dinastía de los Califas árabes españoles con el último y único vástago de la familia de los Beni-Omeyas, que por tantos años había tenido el califato de Damasco.

Diose pocos días de reposo Abderrahman en Córdoba. Salió luego para Mérida con la mayor parte de su ejército. Las ciudades le abrían sus puertas como a un libertador, y los jeques se le presentaban a rendirle homenaje. Mas noticioso el hábil Yussuf de la escasa guarnición que en Córdoba había dejado, dirigióse rápidamente a esta ciudad por desusadas sendas, como práctico que era ya en el país, y apoderóse de ella por un atrevido golpe de mano. Avisado de ello Abderrahman , retrocedió con no menor precipitación, si bien Yussuf, no teniendo valor para esperarle en la ciudad, habíase corrido ya con su hueste, reunida otra vez a la de Samail, hacia tierra de Elvira. Allí los siguió el intrépido sirio, y acosándolos por entre los desfiladeros de la Alpujarra, dioles alcance en Almuñécar (*Hins Almunecab*, fortaleza de las lomas), teatro de las primeras glorias de Abderrahman. Empeñóse allí otra más brava y tenaz pelea, en que la fortuna favoreció segunda vez las armas del ilustre descendiente de los Califas. Retiráronse a Elvira los vencidos, y parapetáronse al abrigo de la villa de los Judíos (756). La poca gente que a Samail quedaba, el prestigio que veía ir ganando al joven Ommiada, la idea que este último golpe le había hecho formar de las altas prendas militares del ilustre emir, todo le movió a proponer a su compañero Yussuf el venir a una avenencia y transacción con el afortunado vencedor de Córdoba y de Almuñécar. Accedió a ello Yussuf aunque con repugnancia. Deseaba también Abderrahman poner término a tan sangrienta guerra, y estipuláronse los tratos. Mostróse en ellos Abderrahman tan generoso, que queriendo premiar a Samail por la parte que había tenido en la sumisión de Yussuf, le dejó el gobierno de la España Oriental. A Yussuf ofreció completo olvido de lo pasado , y éste por su parte hizo entrega de las fortalezas de Elvira y la Alpujarra. Tremoló pues el pendón blanco de los Ommiadas en todas las fortificaciones de las márgenes del Darro y del Genil, y los sometidos pasaron a tierra de Murcia, donde los hijos de Yussuf, más tenaces aún que su padre, no dejaron de conspirar y atizar de nuevo la guerra.

Terminada esta campaña, procedió el joven emir[432] a visitar algunas provincias y ciudades principales, entre ellas Mérida, donde entró con gran pompa a la cabeza de sus fieles y distinguidos zenetas. Paseó la ciudad a caballo entre las aclamaciones de una multitud encantada de su amabilidad, gentileza y gallardía: él por su parte tuvo todavía ocasión de admirar los magníficos restos de la famosa Emérita de Augusto: trató con su genial dulzura a musulmanes y cristianos, y recibió allí los enviados de las ciudades de Extremadura y Lusitania que iban a ofrecerle sus respetos. Recorrió después algunas comarcas de los Algarbes, y regresó apresuradamente a Córdoba, con motivo del estado crítico de la sultana Howara, que a los pocos días le dio felizmente un hijo. Entonces, contando ya más asegurado el trono (757), decidióse a hacer la capital del emirato asiento y corte del nuevo imperio. Las horas que los negocios del estado le dejaban libre, entreteníalas agradablemente en los bellos jardines de Córdoba que le recordaban con placer los de su amada Siria. Para que fuese más vivo el recuerdo, plantó con su mano aquella esbelta palma que tan célebre se hizo en los anales de la España musulmana. En otro lugar hemos observado la singular circunstancia de haber sido plantada la reina de las selvas orientales por la mano de un árabe ilustre en los mismos sitios en que ocho siglos antes había crecido el famoso plátano puesto

432Aunque el objeto había sido hacer de España un imperio muslímico independiente, los primeros soberanos Ommiadas de Córdoba sólo tomaron el modesto titulo de Emires: y aunque no usaron hasta más adelante el de Califas, comúnmente se los nombra en las historias arábigas y cristianas desde Abderrahman I. o Califas o reyes o emperadores. Nosotros, hecha está salvedad, emplearemos también cualquiera de estas denominaciones generalmente adoptadas.

por el más ilustre de los capitanes romanos. Los jardines de Córdoba eran testigos de estas grandes revoluciones de los tiempos; un mismo recinto veía sucederse una planta a otra planta, un héroe a otro héroe, y un imperio a otro imperio. Pero César era guerrero e historiador, y su plátano tuvo que celebrarle un poeta de España; Abderrahman era guerrero y poeta, y él mismo compuso a su palma aquella célebre y tierna balada que los árabes repetían de memoria, y que revela toda la dulzura de sentimientos del joven príncipe Ommiada:

Tú también, insigne palma,—eres aquí forastera;
De Algarbe las dulces auras—tu pompa halagan y besan:
En fecundo suelo arraigas,—y al cielo tu cima elevas,
Tristes lágrimas lloraras—si cual yo sentir pudieras;
Tú no sientes contratiempos,—como yo, de suerte aviesa:
A mi de pena y dolor—continuas lluvias me anegan:
Con mis lágrimas regué—las palmas que el Forat[433] riega;
Pero las palmas y el río—se olvidaron de mis penas,
Cuando mis infaustos hados—y de Alabas la fiereza
Me forzaron a dejar—del alma las dulces prendas.
A ti de mi patria amada—ningún recuerdo te queda:
Pero yo triste no puedo—dejar de llorar por ella[434].

A invitacion de Abderrahman vinieron a España muchos personajes ilustres de los que por adictos a la causa de los Beni-Omeyas andaban proscritos y errantes por Siria, Egipto y África, que fueron los troncos de otras tantas familias nobles en España. A todos los honró y distinguió el nuevo soberano, y a Moavia ben Salehi que de su orden había ido a ofrecer una nueva patria a aquellos desterrados ilustres, le nombró *Cadi de los Cadíes* o juez superior del nuevo imperio.

Poco tiempo gozó Abderrahman las dulzuras de sus pacíficos entretenimientos. El tenaz y nunca escarmentado Yussuf, faltando a los compromisos de Elvira, había alzado de nuevo banderas contra el emir, llamándole el *adaghel* (el aventurero, el intruso) , y proclamándose emir legítimo de España. Dio Abderrahman el encargo de perseguirle al walí de Sevilla Abdelmelek ben Omar, el famoso Marsilio de las crónicas cristianas y de los romances moriscos[435], que pronto recobró las plazas de que Yussuf se había apoderado. Alcanzándole después en los campos de Lorca, la hueste rebelde fue acuchillada, y el mismo Yussuf se encontró entre los cadáveres acribillado de heridas. Su cabeza fue enviada al emir, que la hizo clavar a una de las puertas de los muros de Córdoba. Así acabó el valeroso y tenaz Yussuf el Fehri (759). Su antiguo compañero Samail que gobernaba el oriente de España renunció el mando de su provincia y se retiró a vivir tranquilamente en su casa de Sigüenza.

¿Pero acabaron con esto las conspiraciones y las revueltas entre los dominadores musulmanes? Condenado estaba el buen Abderrahman a no gozar momento de descanso en el trono como no le había gozado en el destierro. Jamás imperio alguno había sido más espontáneamente ofrecido: ninguno había de ser a costa de más fatigas consolidado. Carácter era de aquellas gentes no renunciar nunca a los odios de tribu y de familia, trasmitirse el encono de generación en generación y no extinguirse nunca. Los hijos de Yussuf se encargaron de continuar la obra de su padre, y la bandera de la rebelión se alzaba alternativamente en la España Central y Meridional, o en todas partes a un tiempo. Ni porque el mayor de los tres, Abderrahman, fuera cogido y su cabeza enviada a adornar la muralla de Córdoba al lado de la de su padre; ni porque al segundo, Abul Amad, prisionero a su vez, le fuera generosamente perdonada la vida; ni porque el tercero, Cassim, vencido en Sevilla y Algeciras, hallara todavía indulgencia en el magnánimo corazón de

433El Eúfrates.

434Traducción de Conde. En este género de metro, el más usado en la poesía árabe, cada uno de los versos, divididos por dos hemistiquios, equivale a dos de los de nuestros romances.

435Contracción sin duda de Omaris filius, como llamarian los cristianos a Ben Ornar, y después por corrupción Marsilius y Marsilio. Es el célebre personaje mencionado en los romances de Carlomagno, en los cantos de Ariosto, y en la escena del retablo de Maese Pedro en el Quijote.

Abderrahman, que se contentaba con enviarle a una prisión de Toledo, nada bastaba a escarmentar aquella familia aviesa e incorregible; y escapados de una prisión o sacados de ella por sus parciales, volvían a hacer armas y a conmover el imperio, y costábale a Abderrahman el sujetarlos o largos cercos o sangrientas batallas. Llegó el emir a arrepentirse de su clemencia, y el mismo Samail, cuando retirado en su casa de Sigüenza acaso no se acordaba de conspirar, hízosele sospechoso, y arrancado de su retiro y llevado a Toledo, murió al poco tiempo en un calabozo (761).

Otras contrariedades y reveses sufría entretanto por otra parte el imperio muslímico español. Narbona, aquella célebre capital de la Septimania gótica y de la Septimania árabe, caía, al cabo de cuarenta años de dominación musulmana, en poder de Pepino, hijo de Carlos Martel, que llevaba siete años prosiguiendo activamente la obra de su padre. Después de un largo asedio sucumbió aquel postrer baluarte de los mahometanos en la Galia, y la guarnición sarracena pereció al filo de las espadas de los feroces y sanguinarios francos. Si de España había intentado algún caudillo ismaelita llevar socorros a sus hermanos de Narbona, había sido destrozado en el Pirineo de la España Oriental; que ya los cristianos de Cataluña se atrevían a ejemplo de los de Asturias, la Cantabria y la Vasconia, a caer sobre los infieles desde los desfiladeros de sus montañas.

Abderrahman estaba destinado a no reposar. Los Abassidas de Oriente, los mortales enemigos de su estirpe, no le tenían tampoco olvidado. Era imposible que vieran con indiferencia a un vástago de la raza proscripta fundar un imperio en Occidente. El Califa Almansur, sucesor de Abulabbas, que había trasladado la silla del imperio a Bagdad, envió a las costas de Andalucía con poderosa hueste al walí de Cairvan Alí ben Mogueitz, que comenzó a recorrer el país excitando la insurrección contra Abderrahman, el intruso, el usurpador, el maldecido, y proclamando al Abassida Almansur Califa de Oriente y de Occidente (763). Encendióse con esto en Toledo la llama de la rebelión mal apagada. Cada día se allegaban nuevos rebeldes en derredor del estandarte negro de los Abassidas. Pero no amilanó esta nueva tormenta al ilustre y valeroso Ommiada, cuyo destino era pelear y vencer, estar siempre venciendo, pero siempre e incesantemente peleando. Encontráronse ambas huestes entre Badajoz y Sevilla. Siete mil abassidas quedaron en el campo. Pereció Alí entre ellos: algunos grupos de fugitivos pudieron ganar la Serranía de Ronda. Al poco tiempo de esta batalla, una mañana amaneció en la plaza pública de Cairvan un trofeo sangriento. Sobre una columna o poste se veía clavada una cabeza humana junto con algunos truncados miembros. Encima había un rótulo que decía: *Así castiga Abderrahman ben Moavia ben Omeya a los temerarios como Ali ben Mogueitz, walí de Cairvan.* Eran la cabeza y miembros de Alí que el vencedor había hecho trasportar secretamente a la capital del emirato africano. Muy irritado debía estar Abderrahman para cometer un acto de tan ruda ferocidad, habiéndose hasta entonces distinguido tanto por lo humanitario y lo clemente. ¡Cuánto endurece la guerra los corazones más propensos a la piedad![436]

Lo peor fue que ni por eso terminaron las rebeliones. El viejo Hixem ben Adra, obstinado en sostener la doble causa de los Abassidas y de los Fehries, sorprendió a Sevilla, la saqueó, y corrió a encerrarse en Medina Sidonia, donde se habían reunido todos los caudillos facciosos. El célebre *Marsilio* fue sobre ellos, y de tal manera los apretó, que no les quedaba otra alternativa que capitular o romper la línea enemiga erizada de lanzas. Adoptaron este último partido, y en una noche tenebrosa hicieron una arremetida súbita por dos diferentes puertas de la ciudad, logrando muchos de ellos ganar los riscos de la Serranía de Ronda. Hixem, menos afortunado y más viejo, habiendo tenido la desgracia de que su caballo tropezase, cayó en poder del terrible Marsilio, el cual temiendo que la excesiva bondad de Abderrahman le hiciese todavía gracia de la vida, le cortó inmediatamente la cabeza y se la envió al emir en señal de la victoria según costumbre. Medina Sidonia abrió las puertas al vencedor Marsilio (765).

Pero el ilustre Ommiada, después de haber corrido por Egipto y África todos los azares, todas las vicisitudes de un proscrito, semejábase en España a un bajel lanzado en medio del Océano y

436Añaden que el Califa exclamó con este motivo: «Este hombre es el mismo Eblis (Satanás). ¡Loado sea Dios que ha puesto un mar entre él y yo!»

contra el cual el Dios de los mares parecía complacerse en conjurar todos los elementos y en levantar una tras otra cien deshechas borrascas. Así fue que los rebeldes escapados de Medina Sidonia, abrigados en las fragosidades y riscos de las ásperas sierras de Ronda y de la Alpujarra, no contentos con hacer desde aquellas breñas una guerra de pillaje, enviaron a África a invitar para que viniese a capitanearlos al joven Abdel-Gafir, walí de Mequinez (Meknasah), que se jactaba de descender de Fátima, la hija del Profeta, y cuyo pujante brazo, preclaro linaje, y brillantes virtudes ponderaban los rebeldes de España diciendo a los de Elvira: *«ahora vendrá un caballero de fuerte brazo, descendiente del Profeta, que derribará del trono al usurpador y al intruso.»* Halagó a Abdel-Gafir una invitación que no esperaba, y que lisonjeaba grandemente su genio y carácter aventurero, y reclutando porción de moros, dispúsose a venir a España. En vano Abderrahman quiso activar la guerra contra los fieros alpujarreños, en vano puso a pregón las cabezas de los caudillos rebeldes, en vano envió naves de guerra que protegiesen las costas de Málaga y Almería: el atrevido walí de Mequinez no por eso dejó de desembarcar junto a Almuñécar, y tremolando el negro pendón de los Abassidas, a que unió el verde de los Fatimitas, que era el suyo propio, e incorporado a los insolentes guerrilleros de aquellas sierras, comenzó por de pronto una campaña de depredación, aunque limitándose a algunas ligeras excursiones y sin osar internarse demasiado en la tierra llana.

Por entonces el walí de Elvira Ased El Schebani, cuya-larga permanencia en aquella ciudad le había dado ocasión de conocer el genio indomable y fiero de los montañeses de aquellas sierras, no considerando a Elvira susceptible por su posición de la conveniente defensa contra los ataques de los turbulentos alpujarreños, determinó fortificarse en lugar más oportuno, y comenzó a ceñir de sólidos muros y espesos torreones las inmediatas colinas de *Garnathah*, la ciudad de los Judíos, desde cuya altura podía dominar y explorar de un solo golpe de vista toda la comarca, abundante por otra parte de aguas y de víveres. Entonces fue cuando echó los cimientos del castillo que con el nombre de Alcazaba se conoce hoy todavía en Granada y forma parte de la ciudad[437]. Pero Ased no pudo ver concluida su obra, porque encargado por Abderrahman de perseguir los rebeldes del distrito, después de atacarlos briosamente a la cabeza de sus tropas y arrojarlos de sus posiciones, cayó mortalmente herido de una lanzada, y falleció luego en Elvira. Grandemente sintió el emir la muerte de su fiel Ased, y nombró en su lugar a un caballero sirio llamado Abdel-Salem ben Ibrahim, el cual tenía doce hijos que todos llevaban las armas en favor de Abderrahman. Ufanos los rebeldes de Sierra Elvira con la muerte del walí, y protegidos por nuevos moros venidos de África, reunidos todos bajo las órdenes de Abdel-Gafir, plagaron la Serranía de Ronda, y con continuos amagos y rebatos nocturnos trabajaban los distritos de Arcos y Osuna, si bien contenidos por la gente de Écija, de Sevilla y de Carmona, que los hacían replegar a sus montuosas guaridas (766).

Otros cuidados embargaban al propio tiempo a Abderrahman. Los rebeldes de Toledo, sitiados tres años hacía, estábanlo tan flojamente, que más bien que cerco parecía ser una tregua o convenio tácito entre sitiadores y sitiados de guardar cada cual sus posiciones sin hostilizarse. Tal estado de cosas no podía convenir a Abderrahman, y menos en las circunstancias en que se hallaba; y así encargó al activo Teman ben Alkama que partiese a estrechar el sitio y apresurar la rendición de la ciudad. La presencia de Teman cambió la inercia en movimiento y la apatía en actividad. Al ver sus enérgicas disposiciones, aterrorizados los de Toledo abrieron las puertas implorando la clemencia del vencedor, no sin haber dejado antes escapar a nado por la parte superior del río a Casim ben Yussuf, aquel hijo menor del famoso Fehri, tantas veces afortunado en deber a la fuga su salvación.

Entretanto Abdel-Gafir de Mequinez inquietaba desde sus montuosos abrigos a los alcaides de Écija, de Baena , de Sevilla, de Carmona, de Arcos y de Sidonia, y su osadía creció con el suceso siguiente. Los walíes de África, empeñados en arrojar de España a Abderrahman, y conceptuándole apurado con la guerra de Elvira y con la de los cristianos del Norte, enviaron a las costas de Cataluña una escuadra de diez buques con tropas aguerridas al mando del jefe abassida Abdalla ben Abih el Seklebi. La noticia de este desembarque inspiró serios temores a Abderrahman, que abandonando los alcázares y jardines de Córdoba, marchó apresuradamente en dirección del punto

437Conde, part. II. c. 18.—Mármol, Rebel. de los morisc. lib. I.

nuevamente amenazado. Mas antes de llegar a Valencia recibió aviso del walí de Tortosa de haber dispersado ya a los africanos y obligádolos a reembarcar con gran pérdida. En la refriega había muerto su jefe el Seklebi. Abderrahman aprovechó esta ocasión para visitar la parte oriental de su imperio que aún no había visto, y recorrió Tortosa, Barcelona, Tarragona, Huesca y Zaragoza, volviendo por Toledo y Calatrava a Córdoba, donde hizo una especie de entrada triunfal. Pero aquellas bandas dispersas de africanos habían logrado incorporarse con las de Abdel-Gafir, con cuyo inesperado refuerzo envalentonado el molesto caudillo, se atrevió a tentar fortuna en la tierra llana, invadiendo las comarcas de Antequera, Estepa y Archidona, y avanzando hacia Sevilla. Noticioso de esta aproximación salió a su encuentro el valeroso Marsilio (Abd-el-Melek ben Omar), y como enviase de descubierta un destacamento al mando de uno de sus hijos, joven tímido e inexperto, no avezado a los horrores de la guerra, sorprendido el mancebo y bruscamente atacado por la caballería de Abdel-Gafir, volvió bridas a su caballo y corrió a ampararse al lado de su padre. Marsilio indignado de verle huir tan cobardemente, no pudiendo reprimir la cólera; *«tú no eres mi hijo,* exclamó; *tú no eres un Meruán: muere, cobarde.»* Y enristrando ciegamente la lanza le derribó del caballo, llenando de terror a los circunstantes (768).

Sangrienta y brava fue la lucha que se emprendió al siguiente día. El grueso de la facción acudió a Sevilla en la confianza de que Ayud ben Salen les abriría las puertas de la ciudad. Abdel-Gafir ocupó a Alxarafe (hoy San Juan de Alfarache), donde esperó las tropas de Marsilio. Al penetrar en las calles este intrépido jefe, una lluvia de venablos y de saetas lanzadas desde las ventanas diezmó sus filas, sus mejores oficiales pagaron con la vida tan temerario arrojo, y el mismo Marsilio cayó gravemente herido. Entretanto en Sevilla ejecutábase otra no menos sangrienta tragedia. Ben Salen se había alzado abiertamente en favor de los rebeldes, ocupado el alcázar, y degollado su guarnición. Abdel-Gafir, triunfante en Alxarafe, recibió aviso de avanzar; sus feroces hordas entraron sin obstáculo y ya de noche en Sevilla: el palacio del walí fue brutalmente destrozado, robadas las casas de los opulentos vecinos, y entrados a saco los almacenes de víveres y armas. Infausta noche fue aquella. Cuando la desenfrenada soldadesca se hallaba entregada a los horrores del más atroz vandalismo, vino a completar la confusión del sombrío cuadro la entrada de la caballería de Marsilio, que capitaneada por sus lugartenientes, irritada con la derrota de la víspera, penetró por las calles de la ya horrorizada población. Las tinieblas de la noche, el estrépito de los caballos, el sonido de los instrumentos bélicos, los lamentos de los despojados vecinos, los gritos de los sorprendidos saqueadores, los ayes de los moribundos, y el crujir de las armas, todo formaba un conjunto de lúgubres y espantosas escenas, hasta que el resplandor del nuevo día vino a poner término al negro y sangriento cuadro. ÁbdelGafir con sus rebeldes se vio obligado a evacuar la ciudad y a retirarse a Cazalla , y los sevillanos respiraron, que harto lo habían menester[438].

Cansado Abderrahman de tan larga y fatigosa guerra, resolvió dirigir en persona las operaciones militares. Trabajo le costó al ministro Teman contener los fogosos ímpetus del emir, que a la cabeza de sus fieles zenetas quería lanzarse a castigar la audacia del pertinaz e importuno Abdel-Gafir, al menos hasta que llegase el refuerzo de tropas que se había pedido a Mérida. Llegaron al fin éstas, y Abderrahman puso en acción todos sus recursos materiales para una pronta y decisiva campaña. Combinó diestramente su plan, y cuando el rebelde Abdel-Gafir acababa de vadear el Guadalquivir por la parte de Lora para ganar sus antiguas guaridas de la sierra, un ataque simultáneo de los dos ejércitos combinados arrolló completamente a las tropas rebeldes en las alturas de Écija, y una hora de matanza puso término a la guerra de siete años que tenía fatigado el país. El turbulento y porfiado Abdel-Gafir pereció atravesado de un lanzazo dirigido por la vieja pero vigorosa mano del anciano Abdel-Salem, que le cortó la cabeza con su propio alfanje. Mas de cincuenta cabezas de caballeros africanos de la tribu de Mequinez fueron distribuidas en las poblaciones del país que había sido teatro de la guerra, y clavadas según costumbre en los muros de las ciudades sirvieron de sangriento trofeo en las plazas y edificios de Elvira, en la alcazaba de

---

438Conde, cap. 19.

Granada , en los torreones de Almuñécar, y en las almenas de otras poblaciones de Andalucía. El vencedor Abderrahman tomó enérgicas medidas para que no se reprodujese el fuego de la rebelión, y publicó un edicto de perdón para todos los que en un plazo dado depusiesen las armas y se acogiesen a su clemencia. Con lo que restituyó la paz a un país de tanto tiempo trabajado, y afirmó con ella su combatido trono (772).

Trasladóse el victorioso emir desde el campo da batalla de Écija a Sevilla con el fin de visitar y consolar al valiente y fiel Marsilio, que además de sufrir de sus heridas, se hallaba acongojado por la muerte que en un momento de ciego arrebato había dado a su hijo. Abderrahman creyó conveniente alejarle de un país que le suscitaba dolorosos recuerdos, y le nombró walí de Zaragoza y de toda la España Oriental. Los grandes sucesos que en aquella tierra se preparaban habían de ofrecer a Abdelmelek un teatro digno de sus prendas, y allí había de ganar aquella fama que hizo tan célebre el nombre de *Marsilio* en las crónicas de la edad media y en los romances de Carlomagno, de cuyos sucesos nos habremos luego de ocupar.

Sosegada la tierra de Andalucía con la derrota de Écija, gozó al fin Abderrahman de una paz de diez años. Por de pronto, para asegurar las costas de las continuas incursiones de los walíes de África, dedicóse a fomentar la marina, aumentando sus escuadras: nombró almirante *(emir-al-má)* al activo y fiel Teman ben Alkama, el cual en poco tiempo hizo construir numerosos buques de guerra sobre modelos que hizo venir de Constantinopla, de la mayor dimensión que entonces se conocía en las construcciones navales, y las aguas de Barcelona, Tarragona, Tortosa y Rosas, las de Almería y Cartagena, las de Algeciras, Huelva, Cádiz y Sevilla, se plagaron, al decir de los historiadores arábigos, de bien construidas naves, obra de la actividad de Teman, y los puertos de la Península se pusieron al abrigo de las incursiones africanas (774).

Dejemos por ahora a Abderrahman ocupado en plantear en sus estados una sencilla y sabia administración a beneficio de la paz, y veamos lo que entretanto hacían los cristianos de uno y otro lado del Pirineo.

CAPÍTULO V.
ASTURIAS. DESDE FRUELA HASTA ALFONSO EL CASTO.
De 757 a 791.

Reinado de Fruela I.—Rebélanse los vascones y los sujeta.—Medida sobre los matrimonios de los clérigos.—Consecuencias que produjo.—Rebelión en Galicia. La sofoca.—Funda a Oviedo.—Mata a su hermano, y él es asesinado después por los suyos.—Reinado de Aurelio.—Idem de Silo.—De Mauregato.—De Bermudo el Diácono.—Sube al trono de Asturias Alfonso II.

Había coincidido la fundación del imperio árabe de Occidente en Córdoba con la muerte del belicoso rey de Asturias Alfonso el Católico (756). ¡Cuán bella ocasión la de las revueltas que despedazaban a los musulmanes para haberse ido reponiendo los cristianos y haber dilatado o consolidado las adquisiciones de Alfonso, si los príncipes que le sucedieron hubieran seguido con firme planta la senda por él trazada y abierta, y si hubiera habido la debida concordia y acuerdo entre los defensores de una misma patria y de una misma fe! ¿Pero por qué deplorable fatalidad, desde los primeros pasos hacia la grande obra de la restauración, cuando era común el infortunio, idéntico el sentimiento religioso, las creencias las mismas, igual el amor a la independencia, la necesidad de la unión urgente y reconocida, el interés uno solo, y no distintos los deseos, ¿por qué deplorable fatalidad, decimos, comenzó a infiltrarse el germen funesto de la discordia, de la indisciplina y de la indocilidad entre los primeros restauradores de la monarquía hispano-cristiana?

Por base lo asentamos ya en otro lugar. «Era el genio ibero que revivía con las mismas virtudes y con los mismos vicios, con el mismo amor a la independencia y con las mismas rivalidades de localidad. Cada comarca gustaba de pelear aisladamente y de cuenta propia, y los reyes de Asturias no podían recabar de los cántabros y vascos sino una dependencia o nominal o forzada.»[439]

A Alfonso I. de Asturias había sucedido en el reino su hijo Fruela (757). No faltaban a este príncipe ni energía ni ardor guerrero: pero era de condición áspera y dura, y de genio irritable en demasía. Mas este carácter, que le condujo a ser fratricida, no impidió que fuera tenido por religioso, del modo que solía en aquellos tiempos entenderse por muchos la religiosidad, que era dar batallas a los infieles y fundar templos. De uno y otro certifican con su laconismo mortificante los cronistas de aquellos siglos. «Ganó victorias», nos dice secamente uno de ellos[440]. «Alcanzó muchos triunfos contra el enemigo de Córdoba», nos dice otro[441]. Si bien este último cita una de las batallas dadas por Fruela a los sarracenos en Pontumium de Galicia, en que afirma haber muerto cincuenta y cuatro mil infieles, entre ellos su caudillo Omar ben Abderrahman ben Hixem, nombre que no hallamos mencionado en ninguna historia árabe, las cuales guardan también profundo silencio acerca de esta batalla[442]. No lo extrañamos. Achaque solía ser de los escritores de uno y otro pueblo consignar sus respectivos triunfos, y omitir los reveses. Así, y como en compensación de este silencio, nos hablan las crónicas árabes de una expedición hecha por Abderrahman hacia los últimos años del reinado de Fruela a las fronteras de Galicia y montes Albaskenses, de la cual regresaron a Córdoba los musulmanes victoriosos, llevando consigo porción considerable de ganados y de cristianos cautivos, extendiéndose en descripciones de la vida rústica, de los trajes groseros y de las costumbres salvajes que habían observado en los cristianos del Norte de España[443]. Y acerca de esta expedición enmudecen nuestros cronistas. Tarea penosa para el historiador imparcial la de vislumbrar la verdad de los hechos por entre la escasa y escatimada luz que en época tan oscura

---

439Discurso, pág. 67.
440Albendens. Chron. n. 55.
441Salmant. n. 16.
442Solo Almakari hace alguna indicación sobre ella.
443Conde, cap. 18.

suministran los parciales apuntes de los escritores de uno y otro bando, secos y avaros de palabras los unos, pródigos de poesía los otros [444].

Una rebelión de los vascones contra la autoridad de Fruela en el tercer año de su reinado, demostró ya la tendencia de aquellas altivas gentes a emanciparse del gobierno de Asturias, a que sin duda los había sometido Alfonso el Católico, y a obrar aislada e independientemente de los demás pueblos cristianos. Y aunque Fruela logró reducirlos, estas sumisiones forzadas, que hubieran debido ser espontáneas alianzas, sobre distraer la atención y las fuerzas de los cristianos, que bien las habían menester todas para resistir al común enemigo, eran flojos y precarios lazos que habían de desatarse fácilmente en la primera ocasión o romperse. Las crónicas no nos explican las causas o motivos de aquel movimiento. ¿Pero hay necesidad de buscarlos en otra parte que en la índole misma y en la independiente arrogancia de los pueblos vascos, tan distintos de los demás pueblos de España en carácter, en lengua, en costumbres, siempre dados a gobernarse a sí mismos por caudillos propios y de libre elección? Prendóse allí Fruela de una noble y hermosa joven llamada Munia, la cual llevó consigo a Asturias, y haciéndola su esposa tuvo de ella un hijo que más adelante había de regir el reino y alcanzar glorioso renombre. Llamóse también Alfonso como su abuelo.

Enajenóse Fruela una gran parte del clero y del pueblo con una medida que acaso le inspiró su celo religioso. Tal fue la de prohibir los matrimonios de los sacerdotes, y aún obligar a los ya casados a separarse de sus mujeres: costumbre antigua en España y desde el tiempo de Witiza muy recibida y generalizada. Bien fuese que no le creyeran con derecho a hacer por su sola autoridad esta innovación en la disciplina canónica, bien que el clero y los pueblos mismos tuvieran interés en la conservación de aquella costumbre, «porque los hombres, dice a este propósito uno de nuestros historiadores, quieren que lo antiguo y usado vaya adelante, y la libertad de pecar es muy agradable a la muchedumbre»[445], atrájose con esto el desabrimiento de una gran parte del pueblo y de los sacerdotes. «Lo cual, dice hablando de esto mismo otro de nuestros analistas, agradó a todos los piadosos, aunque se exasperaron los más de los eclesiásticos.»[446] Con tanto disgusto se supone haber sido recibida esta medida, que a ella se atribuye la rebelión que en Galicia estalló contra Fruela, el cual desplegó para sofocarla toda la severidad de su irascible genio, devastando la provincia y castigando de muerte a todos los culpados.

De regreso de esta expedición edificó a Oviedo, destinada a ser más adelante el asiento y corte de los reyes de Asturias. Dos piadosos varones, el abad Fromistano y su sobrino el presbítero Máximo habían erigido un templo en honor de San Vicente mártir en un lugar cubierto de guájaras y arbustos, no lejos de la selva llamada por los romanos Lucus Asturum. Al rededor de este templo habíanse ido agrupando muchas fieles, que desbrozando las malezas de la colina hicieron allí sus viviendas, siendo la ermita el centro de la población, que a favor de un terreno fértil y de un clima suave iba atrayendo a los moradores de las montañas. Agradóle a Fruela aquel sitio, y mandó

444Para que se vea hasta qué punto están en desacuerdo las crónicas árabes y las cristianas respecto a los sucesos de esta época, baste decir que hacia el año en que éstas refieren la brillante victoria de Fruela en Pontumio, suponen aquellas haber impuesto Abderrahman un tributo a los cristianos de Galicia, cuya escritura copian en los términos siguientes: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el magnifico rey Abderrahman a los patriarcas, monjes, próceres y demás cristianos de España, a las gentes de Castela y a los que los siguieren de las regiones otorga paz y seguro, y promete en su ánima que este pacto será firme, y que deberán pagar diez mil onzas de oro, y diez mil libras de plata, y diez mil cabezas de buenos caballos, y otros tantos mulos, con mil lorigas y mil espadas, y otras tantas lanzas cada año por espacio de Cinco años. Escribióse en la ciudad de Córdoba día 3 de la luna safar del 448 (759).» Este documento tiene todos los visos de apócrifo. Ni entonces a Abderrahman se le nombraba rey, sino emir, ni al reino cristiano de Asturias le llamaban ellos Castela sino Galicia, ni hubiera sido posible a los cristianos pagar un tributo anual de diez mil caballos y diez mil mulos, ni tan inmensa suma de oro y plata, aunque se hubiera agotado toda la riqueza pecuaria y metálica del país, ni estaban tampoco en aquella sazón los árabes, envueltos como andaban en sus guerras civiles, para dar de una manera tan dura la ley a los cristianos de las montañas. No podemos convenir con el doctor Dunham, a quien la parece verosímil este tratado.

445Mariana, lib. VII. c. 6.

446Ferreras, Sinops. hist. tom. 4. pág. 85.

construir en él otro templo de mayores dimensiones bajo la advocación del Redentor. Fuéronse multiplicando las casas, y se dio a la nueva población el nombre de Ovetum, hoy Oviedo[447]. Así casi al mismo tiempo que el árabe Abderrahman embellecía con alcázares y jardines la corte del nuevo imperio musulmán, y pensaba levantar en Córdoba la gran mezquita consagrada al culto del Profeta, Fruela el cristiano levantaba en Asturias una basílica consagrada al culto del Salvador de los hombres.

Pero este celo religioso de Fruela no le impidió afear su nombre con la mancha de un fratricidio horrible. Su hermano Vimarano, que por su amabilidad y su dulzura se había hecho querer del pueblo y de los grandes, llegó sin duda a inspirar recelos y sospechas al irritable monarca, que dejándose llevar de su arrebatado genio le asesinó con su propia mano y dentro de su palacio mismo. Con este crimen acabó de exasperar a los grandes, a quienes antes se había hecho ya harto aborrecible, y conjurados contra él, hiciéronle sufrir, dice el cronista, la justa pena del talión, asesinándole a su vez en Cangas los mismos suyos[448]. Enterráronle en la iglesia de Oviedo que él había fundado (768). Reinó once años y algunos meses[449].

No pasó la corona a su hijo Alfonso, ya por su corta edad, «que no estaba aquel pequeño estado, dice el juicioso Flórez, para colocar corona y cetro donde faltaban cabeza y mano», ya por el odio que los grandes a su padre tenían. Cualquiera de las dos causas hubiera bastado, continuando como continuaba entonces siendo electiva la monarquía. Fue, pues, nombrado en su lugar su primo hermano Aurelio, hijo del otro Fruela hermano de Alfonso el Católico, su tío. Como una fatalidad puede contarse para el naciente reino cristiano el que le tocara un príncipe de quien sólo han podido decir los historiadores que «no hizo cosa en paz ni en guerra que sea digna de memoria.» Parece, no obstante, que se debió a su prudencia el haber podido reprimir una insurrección de los esclavos contra sus señores que sucedió en su tiempo. Discúrrese que aquellos esclavos serían los cautivos que Alfonso el Católico había recogido y llevado en sus expediciones por las tierras de los sarracenos. La paz en que Aurelio vivió con estos fue causa de que condescendiera en que algunas doncellas cristianas de linaje noble se casaran con musulmanes, lo que acaso dio origen a la famosa fábula, inventada cerca de cinco siglos después, del tributo de las cien doncellas[450], Falleció Aurelio de muerte natural en Cangas en 774, después de seis años de pacífico reinado.

También esta vez fue postergado el hijo de Fruela, y diose la soberanía del reino a un noble llamado Silo, por hallarse casado con Adosinda, hija de Alfonso I. Fijó Silo su residencia en Pravia, pequeña villa situada a la izquierda del Nalón después de su confluencia con el Narcea. Príncipe también oscuro, sólo se sabe de él que debió a la influencia de su madre la paz en que vivió con los árabes[451], sin que de esto nos hagan más revelaciones las crónicas, y que sujetó y redujo a la

447Risco, España Sagrada, tom. 37.

448Talionem juste accipient, a suis interfectas est. Salmant. Chron.l. c.

449Mariana atribuye a Fruela una hija llamada Jimena, «muy conocida, dice, por ser madre de Bernardo del Carpio y por su poca honestidad.» Mariana refiere más adelante muy extensamente los romancescos amores de Jimena y el conde de Saldaña, el nacimiento de Bernardo del Carpio y sus celebradas proezas. Convencidas ya de fabulosas las hazañas de este romancesco personaje, objeto de los cantos populares de los siglos XII y XIII en que se inventó, no hay para qué nos detengamos a refutar fábulas que los mismos ilustradores de Mariana desechan ya. Véanse las notas de Mondéjar a Mariana, edición de Valencia, 1787, y las de Sabau, edición de Madrid, 1818.

450Mariana, que con una ligereza extraña en su buen juicio acoge de lleno esta fábula, como la de Bernardo del Carpio y tantas otras, dice en tono aseverativo hablando de este rey: «pero la loa que por esta causa ganó (la de «haber sujetado los esclavos) la oscureció del todo y amancilló con un asiento muy feo que hizo con los moros, en que se obligó a darles cada un año cierto número de doncellas nobles como por parias.» Por fortuna la invención de este supuesto tributo, que otros atribuyen a otro posterior monarca, y que ningún cronista mencionó hasta el siglo XIII., está ya tan desautorizada, que no hay escritor de mediano criterio que no la tenga por ridícula conseja. Por lo mismo no necesitamos detenernos a vindicar ninguno de nuestros reyes de esta deshonrosa mancha que algunos ligeramente echaron sobre ellos. Otros se han encargado de hacerlo antes que nosotros, y lo que sentimos es tener que hacer mención todavía de tan desacreditadas tradiciones, y no lo haríamos a no hallarlas estampadas en la historia de España que más popularidad ha alcanzado entre nosotros. Véase sobre esto a Ambrosio de Morales, a Mondéjar, Flórez, Ferreras, Masdeu, y a todos los modernos, inclusos los extranjeros.

451Ob matris causam... pacem habuit, dice el Cronicón Albeldense.

obediencia a los gallegos que otra vez habían vuelto a sublevarse, batiéndolos en el monte Ciperio, hoy Cebrero. Viéndose sin sucesión, trajo a su lado, a persuasión de la reina Adosinda, y dio participación en el gobierno del palacio y del reino a su sobrino Alfonso, que desde la muerte de su padre se hallaba retirado en Galicia en el monasterio de Samos. Murió Silo en Pravia al año noveno de su reinado (783).

A la muerte de Silo la reina viuda Adosinda en unión con los grandes de palacio hizo proclamar rey a su sobrino Alfonso. Mas como todavía muchos nobles guardaran encono a la memoria de su padre Fruela, hacia quien parecía conservar un odio inextinguible, concertáronse para anular la elección de Adosinda y sus parciales y proclamaron a su vez a Mauregato. Era este Mauregato hijo bastardo del primer Alfonso, a quien había tenido de una esclava mora de aquellas que él en sus excursiones había llevado a Asturias. Hay quien añade que puesto Mauregato a la cabeza de los descontentos reclamó el auxilio del emir de Córdoba Abderrahman, el cual le acudió con un ejército musulmán para ayudarle a derribar del trono a su sobrino, y que a esto debió apoderarse del reino[452]. Sobre no estar justificado este llamamiento a los árabes, bastaba el recelo de los que habían tenido parte en la muerte de Fruela para que vieran de mal ojo el poder real en manos de su hijo, cuya venganza temían, y para que ayudaran con todas sus fuerzas a Mauregato a arrebatarle el cetro. Lográronlo al fin, y Alfonso se vio obligado a buscar un asilo en el país de Álava entre los parientes de su madre. De esta manera conquistó Mauregato el trono de Asturias que ocupó por seis años, sin que del bastardo príncipe hubiera quedado a la posteridad otra memoria que la de su nombre, a no haberle dado cierta celebridad las fábulas con que en tiempos posteriores exornaron algunos su reinado. En la historia religiosa de España se hace mención de la herejía que en aquel tiempo difundieron los dos obispos de Urgel y Toledo, Félix, y Elipando, cuya doctrina era una especie de nestorianismo disfrazado, contra la cual escribieron luego algunos monjes y otros obispos españoles, y fue anatematizada en los concilios de Narbona y Frankfort, celebrados por Carlomagno[453].

Todavía después de la muerte de Mauregato (789), fue por cuarta vez desairado y desatendido el poco afortunado Alfonso. Temerosos siempre los nobles (que ya comenzaban a recobrar aquella antigua influencia que habían ejercido en tiempo de los godos) de que siendo rey quisiera tomar satisfacción, no ya solo de la muerte de su padre, sino también de los repetidos desaires que en cada vacante le habían hecho, no hallando otra persona de sangre real en quien depositar el cetro, diéronsele a Veremundo o Bermudo, hermano de Aurelio, sin reparar en que fuese diácono, traspasando así por primera vez en este punto las leyes góticas que inhabilitaban para el ejercicio del poder real a los que hubiesen recibido la tonsura. Bermudo, aunque diácono, estaba casado con Nunila, de quien tuvo dos hijos, Ramiro y García; que el precepto del celibatismo impuesto por Fruela a los clérigos, o no alcanzaba a los diáconos, sino solo a los sacerdotes, o no había tenido la más rigorosa observancia. Era Bermudo hombre generoso y magnánimo, y más ilustrado de lo que la índole de aquellos tiempos comúnmente permitía. Por lo mismo, conociendo las altas prendas de aquel Alfonso tantas veces excluido, le llamó luego cerca de sí, y le confió el mando de las milicias cristianas, que era como predestinarle al trono, dando también de este modo ocasión a que conociéndole los grandes fueran deponiendo los recelos y prevenciones que contra él tenían. Y como nunca se hubiera olvidado de sus deberes de diácono, y pensara más, como dice la crónica, en

452A este es a quien han atribuido los más el vergonzoso tributo de las cien doncellas, a cuyo precio, dicen, compró el auxilio de Abderrahman. El buen Mariana, sin tener presente que en el c. 6 (lib. VIII.) había aplicado lo del infame tributo al rey Aurelio, no vaciló en aplicársele también en el cap. 7 a Mauregato, diciendo: «hizo recurso a los moros, pidiéndo les le auxiliasen, y alcanzólo con asentar de dalles cada un año por parias cincuenta doncellas nobles y otras tantas del pueblo.» Sobre lo cual le dice su anotador Sabau: «No consta por ningún documento auténtico, ni por ningún escritor de aquellos tiempos que este príncipe pidiese socorro a los moros, ni qué hiciese el concierto vergonzoso de darles las cien doncellas: y así debe reputarse por una fábula inventada para denigrar la fama de nuestros reyes, y recibida y propagada inconsideradamente por nuestros historiadores.» Por nuestra parte nada tenemosque añadir a lo que arriba dejamos dicho.

453Flórez, Esp. Sagrad. tom.V.

ganar el reino del cielo que en conservar el reino de la tierra, concluyó por resignar espontáneamente el cetro en manos de Alfonso, retirándose a cumplir con las obligaciones del orden sagrado de que se hallaba investido (791). Conocida ya por los grandes la condición apacible y las altas cualidades de aquel Alfonso que tanto habían repugnado y temido, determináronse a reconocerle por rey, posesionándose de esta manera del supremo poder un príncipe que tantas contrariedades había experimentado. Bermudo vivió todavía lo bastante para gozar en su retiro y en medio de su abnegación el placer de ver realizadas las esperanzas que de su sucesor había concebido , manteniendo con él las relaciones más afectuosas[454].

Falta hacía al pobre reino de Asturias, después de tantos monarcas o indolentes o flojos (pues apenas alguno desde Fruela había sacado la espada contra los sarracenos) un príncipe enérgico y vigoroso que le sacsra de aquel estado de vergonzosa apatía, e hiciera respetar otra vez a los infieles las armas cristianas como en tiempo dePelayo y de Alfonso el Católico. Mas por lo mismo que va a tomar nuevo aspecto la monarquía cristiana bajo el robusto brazo del segundo Alfonso, fuerza nos es hacer una pausa para dar cuenta de los importantes sucesos que en otros puntos de nuestra España habían durante estos reinados acaecido.

454Chron. Albeld. S7.—Sebast. Salmant 20 21—Flórez, tom. 37

CAPÍTULO VI.
RONCESVALLES. FIN DE ABDERRAHMAN I.
De 774 a 788.

Educación de los hijos de Abderrahman.—Defección del walí de Zaragoza Ibnalarabi.—Pide auxilio a Carlomagno contra el emir.—Venida de Carlomagno con grande ejército a España.—Llega a las murallas de Zaragoza.—Se retira.—Célebre derrota del ejército de Carlomagno en Roncesvalles.—Canto de guerra de los vascos.—Nuevos disturbios en Zaragoza.—Sométela el emir.—Alzan otra vez bandera de rebelión los hijos de Yussuf.—Notable fin que tuvieron.—Paz.— Da principio Abderrahman a la construcción de la gran mezquita de Córdoba.—Nombra sucesor a su hijo Hixem, y muere.

Dejamos a Abderrahman en Córdoba en 774, vencidas las facciones de los Abassidas y Fehríes, gozando, si no de paz, por lo menos de un respiro que desde su arribo a España no había podido obtener. Íbase afianzando el poder de los Ommiadas en el centro y Mediodía de España. Los hijos del emir desempeñaban ya cargos públicos importantes. El mayor, Suleiman, era walí de Toledo; el segundo, Abdallah, lo era de Mérida. El tercero, Hixem, el predilecto de su padre, el que destinaba para sucesor suyo, vivía en su compañía recibiendo la más esmerada educación, asistiendo a las asambleas de los cadíes de la aljama y al mexûar o consejo de estado, e instruyéndose en las artes y en las ciencias, de que hacían los árabes alta estima: añaden los escritores que él mismo leía en las academias elegantes versos en elogio de su padre.

Mas al tiempo que reinaba esta calma por la parte de Mediodía, nublábase el horizonte por Oriente, y preparábase por el Norte estruendosa tempestad. Las indóciles tribus berberiscas que tenían su principal asiento en la parte oriental y septentrional de la Península, las más apartadas del centro del imperio, en sus perpetuos odios de raza no cesaban de conspirar contra el emirato, alimentando siempre la esperanza de la emancipación. Ya un personaje llamado Hussein el Abdari, walí que había sido de Zaragoza, había fraguado en esta ciudad una conspiración, que el walí Abdelmelek, el bravo Marsilio, había acertado a conjurar, apoderándose bruscamente de Hussein y haciéndole decapitar instantáneamente, dejando con esto por entonces la ciudad consternada y tranquila. Mas estos no eran sino síntomas de otras más terribles borrascas. El germen del descontento minaba sordamente aquel país; silencio y misterio envuelven el período que siguió a aquel amago de revolución, y las crónicas no nos dicen ni lo que pasó después en Zaragoza, ni lo que fue del valeroso Marsilio, ni quién le reemplazó en el gobierno de la provincia. Sábese sólo que en 777 se hallaba de walí de Zaragoza Suleiman ben Alarabi, que lo había sido de Barcelona por Abderrahman y conducídose allí con la mayor fidelidad al emir. Pero el fiel servidor de Abderrahman en Barcelona dejó de serlo en Zaragoza. Acaso el verse al frente de una ciudad tan importante y en que dominaba el espíritu y abundaban los elementos de hostilidad hacia la familia de los Omeyas, le sugirió el pensamiento de alzarse en emir independiente de la España Oriental. Fuese este u otro semejante su designio, Zaragoza se hizo el centro y asilo de todos los enemigos y de todos los resentidos o descontentos del emir. Creyó no obstante Ben Alarabi (comúnmente Ibnalarabi), que necesitaba el apoyo de un aliado poderoso que le ayudase en sus planes contra el soberano de los muslimes de España. Corría entonces por Europa la fama de los grandes hechos de Carlomagno, y a él determinó acudir el ingrato walí. Trasladémonos por un momento a otro teatro para comprender mejor el interesante drama que se va a representar.

Después de los célebres triunfos de Carlos Martel sobre las armas sarracenas, su hijo Pepino el Breve había extendido su dominación desde este lado del Loire hasta las montañas de la Vasconia. A su muerte, acaecida en 768, los estados de Pepino se dividieron entre sus dos hijos Karl y Karloman; más habiendo ocurrido a los tres años (771) la muerte de Karloman, hallóse su hermano Karl, el llamado después Carlos el Grande y Carlomagno, dueño de toda la herencia de Pepino hasta los Pirineos. Tuvo Carlomagno en los primeros años siguientes ocupada toda su atención y empleadas todas sus fuerzas y toda su política en el Norte del otro lado de los Alpes y del Rhin, peleando alternativamente contra los sajones y contra los lombardos, y oponiendo un dique a

las últimas oleadas de las invasiones de los pueblos germanos. Habíanse los sajones sublevado de nuevo en 777; marchó contra ellos el rey franco y los deshizo, y después de haber implantado, como dice un escritor de aquella nación, con ayuda de los verdugos la obediencia y el cristianismo en el suelo rebelde de la Sajonia, los emplazó para que compareciesen en el *Campo-de-Mayo*[455] de Paderborn.

Hallábase pues Carlomagno presidiendo esta célebre dieta en el fondo de la Germania, cuando inopinadamente se presentaron en ella unos hombres cuyos trajes y armaduras revelaban ser musulmanes. ¿A qué iban y quiénes eran aquellos extranjeros que así interrumpían las altas cuestiones que se agitaban en la asamblea? Era Ben Alarabi el walí de Zaragoza, que con Cassim ben Yussuf[456] y algunos otros de sus compañeros iba a solicitar de Carlomagno el auxilio de sus armas contra el poderoso emir de Córdoba Abderrahman. No desechó el monarca franco una invitación que le proporcionaba propicia coyuntura, no sólo de asegurar la frontera de los Pirineos, sino también de ensanchar sus estados incorporando a ellos por lo menos algunas ciudades de España que el disidente musulmán le debió ofrecer[457], dado que más allá no fuesen sus pensamientos de conquistador. Preparóse pues para invadir la España en la primavera del año siguiente (778). Dejó aseguradas las fronteras de Sajonia, pasó el Loire, cruzó la Aquitania, juntó el mayor ejército que pudo, y dividiéndole en dos cuerpos ordenó que el uno franqueara los desfiladeros del Pirineo Oriental, mientras él a la cabeza del otro penetraba por las gargantas de los Bajos Pirineos.

Sin tropiezo avanzó el rey franco con todo el aparato y brillo de un conquistador poderoso por San Juan de Pie de Puerto y los estrechos pasos de Ibañeta hasta Pamplona, cuya ciudad, en poder entonces de los árabes, tampoco le opuso resistencia; y prosiguiendo por las poblaciones del Ebro, talando y devastando sus campos, se puso sobre Zaragoza. Gran confianza llevaba el monarca franco de entrar derecho y sin estorbo a tomar posesión de la ciudad. Grande por lo mismo debió ser su sorpresa al encontrar las puertas cerradas y sus habitantes preparados a defenderla. ¿Qué se habían hecho los ofrecimientos y compromisos de Ben Alarabi? ¿Es que se arrepintió de su obra al ver a Carlos presentarse, no como auxiliar, sino con el aire y ostentación de quien va a enseñorearse de un reino? ¿O fue que los musulmanes llevaron a mal el llamamiento de un príncipe cristiano y de un ejército extranjero, y se levantaron a rechazarle aún contra la voluntad de su mismo walí? Las crónicas no lo aclaran, y todo pudo ser. Es lo cierto que en vez de hallar amigos vio Carlos sublevarse contra sí todos los walíes y alcaides, todas las poblaciones de uno y otro margen del Ebro, y que temiendo el impetuoso arranque de tan formidables masas, tuvo a bien retirarse de delante de los muros de Zaragoza, con gran peso de oro, dicen algunos anales francos, pero con gran peso de bochorno también[458]. Determinado a regresar a la Galia por los mismos puntos por donde había entrado, volvió a Pamplona, hizo desmantelar sus muros, y prosiguiendo su marcha se internó en los desfiladeros de Roncesvalles, sin haber encontrado enemigos. Sólo en aquel valle funesto había de dejar sus ricas presas, la mitad de su ejército, y lo que es peor para un guerrero, su gloria.

Dividido en dos cuerpos marchaba por aquellas angosturas el grande ejército de Carlomagno a bastante espacio y distancia el uno del otro. Carlos a la cabeza del primero, «Carlos, dice el Astrónomo historiador, igual en valor a Aníbal y a Pompeyo, atravesó felizmente con la ayuda de Jesucristo las altas cimas de los Pirineos.» Iba en el segundo cuerpo la corte del monarca, los caballeros principales, los bagajes y los tesoros recogidos en toda la expedición. Hallóse éste

455Nombre quedaban los francos a las asambleas semi-religiosas, semi-militares de la Germania, por haber Pepino trasladado al mes de mayo los antiguos Campos de Marte. Más tarde se llamaron dietas, estados generales, cámaros, etc.

456Aquel tercer hijo de Yussuf el Fehri, que cuando el ejército de Abderrahman tomó a Toledo se había fugado de la ciudad salvándose a nado. (Cap. IV. de este libro).

457«Entonces el rey, dice su mismo secretario y cronista Eginhard, concibiendo a persuasión del mencionado sarraceno la esperanzade tomar algunas ciudades en España... Tunc rex persuasione pradicti sarraceni etc. Eginh. Annal.

458Annal. Metens.-Id. De Aniano.-Id de Eginhard. Ad an. 778.

sorprendido en medio del valle por los montañeses vascos, que apostados en las laderas y cumbres de Altabiscar y de Ibañeta, parapetados en las breñas y riscos, lanzáronse al grito de guerra y al resonar del cuerno salvaje sobre las huestes francas, que sin poderse revolver en la hondonada, y embarazándolas su misma muchedumbre, se veían aplastadas bajo los peñascos que de las crestas de los montes rodando con estrépito caían. Los lamentos y alaridos de los moribundos soldados de Carlomagno se confundían con la gritería de los guerreros vascones, y retumbando en las rocas y cañadas aumentaban el horror del sangriento cuadro. Allí quedó el ejército entero, allí todas las riquezas y bagajes; allí pereció Egghiard, prepósito de la mesa del rey, allí Anselmo, conde de palacio, allí el famoso Roland[459], prefecto de la Marca de Bretaña, allí, en fin, se sepultó la flor de la nobleza y de la caballería francesa, sin que Carlos pudiera volver por el honor de sus pendones ni tomar venganza de tan ruda agresión[460].

Tal fue la famosa batalla de Roncesvalles, como la refiere el mismo secretario y biógrafo de Carlomagno que iba en la expedición, desnuda de las ficciones con que después la embellecieron y desfiguraron los poetas y romanceros de la edad media de todos los países[461]. Por muchos siglos siguieron enseñando los descendientes de aquellos bravos montañeses la roca que Roldan, desesperado de verse vencido, tajó de medio a medio con su espada, sin que su famosa Durindaina ni se doblara ni se partiera; aún muestran los pastores la huella que dejaron estampada las herraduras del caballo de aquel paladín; aún se conservan en la Colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles, fundada por Sancho el Fuerte, grandes sepulcros de piedra con huesos humanos, astas de lanzas, bocinas, mazas y otros despojos que la tradición supone pertenecientes a aquella gran batalla.

Entre los cantos de guerra que han inmortalizado aquel famoso combate, es notable por su enérgica sencillez, por su aire de primitiva rudeza, por su espíritu de apasionado patriotismo, de agreste y fogosa independencia, el que se nos ha conservado con el nombre de *Altabizaren cantua*, que abajo ponemos en el antiguo idioma vasco, y de que damos aquí una imperfecta traducción.

«Un grito ha salido del centro de las montañas de los Eskaldunacs: y el Etcheco-Jaona (el caballero hacendado, el señor de casa solariega), de pie delante de su puerta, aplicó el oído y dijo: ¿qué es esto? Y el perro que dormía a los pies de su amo se levantó, y sus ladridos resonaron en todos los alrededores de Altabiscar.

»Un ruido retumba en el collado de Ibañeta; viénese aproximando por las rocas de derecha e izquierda: es el sordo murmullo de un ejército que avanza. Los nuestros le han respondido desde las cimas de las montañas; han tocado sus cuernos de buey, y el Etcheco-Jaona aguza sus flechas.

»¡Qué vienen! ¡qué vienen! ¡oh qué bosque de lanzas! ¡qué de banderas de diversos colores se ven ondear en medio! ¡cómo brillan sus armas! ¿Cuántos son? ¡Mozo, cuéntalos bien! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

»¡Veinte, y aún quedan millares de ellos! Sería tiempo perdido quererlos contar. ¡Unamos nuestros nervudos brazos; arranquemos de cuajo esas rocas; lancémoslas de lo alto de las montañas sobre sus cabezas: aplastémoslos, matémoslos!

»¿Y qué tenían que hacer en nuestras montañas estos hijos del Norte? ¿Por qué han venido a turbar nuestro reposo? Cuando Dios hizo las montañas, fue para que no las franquearan los hombres. Pero las rocas caen rodando, y aplastan las haces: la sangre corre a arroyos; las carnes palpitan. ¡Qué de huesos molidos! ¡qué mar de sangre!

459El Roldán de nuestros romances, Hrnodland.

460Eginh. Annal.—Id. Vit. Karol. Magn.—Conde, cap. 20.

461¿Quién no conoce la famosa crónica del arzobispo Turpín, las proezas de Roldan y de los Doce Pares de Francia, las hazañas de Bernardo del Carpio, y los mil romances, canciones y leyendas a que ha dado argumento aquella famosa batalla, incluso lo de:

Mala la hubistes, franceses,
en esa de Roncesvalles,

que el inmortal Cervantes llegó a poner como el romante más popular en boca de un labrador del Toboso?

»¡Huid, huid! los que todavía conserváis fuerzas y un caballo. Huye, rey Carlomagno, con tus plumas negras y tu capa encarnada. Tu sobrino, tu más valiente, tu querido Roldán yace tendido allá abajo. Su bravura no le ha servido de nada. Y ahora, Eskaldunacs, dejemos las rocas, bajemos aprisa lanzando flechas a los fugitivos.

»¡Huyen, huyen! ¿Qué se hizo aquel bosque de lanzas? ¿Dónde están las banderas de tantos colores que ondeaban en medio? Ya no despiden resplandores sus armas manchadas de sangre. ¿Cuántos son? Mozo, cuéntalos bien. Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

»¡Uno! ¡ni uno siquiera hay ya! Se acabaron. Etcheco-Jaona, ya puedes retirarte con tu perro, a abrazar tu esposa y tus hijos, a limpiar tus flechas, a encerrarlas con tu cuerno de buey, a acostarte después y dormir sobre ellas.

»Por la noche las águilas vendrán a comer esas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente.»[462]

El escarmiento de Roncesvalles aleccionó a Carlomagno y le enseñó a abstenerse de traspasar unas fronteras tan ostensiblemente por la naturaleza trazadas, así como le sirvió para procurar la mejor defensa de aquel natural baluarte por la parte que miraba a sus estados, encomendando su guarda a sus más fieles condes, abades y leudes, y poniendo la Aquitania bajo una vigorosa organización militar que la conservase al abrigo de una invasión por parte de los árabes o de los montañeses vascones.[463]

Después de la desastrosa retirada de Carlomagno, Zaragoza fue teatro de nuevas turbulencias entre los caudillos musulmanes enemigos de Abderrahman. Hussein ben Yahia, el Abassida, había hecho asesinar a Ibnalarabi, provocado una reacción contra los malos muslines, que habían llamado al rey de los cristianos *Karilah*, y proclamádose emir independiente de la España Oriental. Los partidarios de Ibnalarabi, incluso su hijo Issum, igualmente que los parciales del emir de Córdoba, habían tenido que refugiarse a los valles de los Pirineos y a la Septimania, huyendo de la común persecución de Hussein. La traición de Ibnalarabi y la invasión de Carlomagno habían conmovido menos a Abderrahman que la noticia de haberse enarbolado de nuevo en Zaragoza el aborrecido pendón de sus eternos enemigos los Abassidas, y desde luego acudió con gran golpe de gente contra la sublevada ciudad. Costó esta vez la rendición de Zaragoza dos años de obstinado sitio, al cabo de los cuales, cansado Hussein y agotados todos sus medios de defensa, se sometió a Abderrahman, dando al vencedor en rehenes sus hijos (780). El valeroso Ommiada, restablecida su autoridad en Zaragoza, pasó a Pamplona, que desmantelada de murallas dos años antes por Carlomagno, no pudo oponerle resistencia alguna; desde allí prosiguió a visitar el país vecino a Roncesvalles, teatro de las glorias de los montañeses vascones, pero sin atreverse a penetrar en aquellas terribles gargantas en que tan duro escarmiento había hallado un príncipe cristiano, no menos esclarecido y poderoso que él; después cruzando de nuevo el Aragón, y reducidos a la obediencia los walíes y alcaides de las ciudades y villas de aquellas inquietas comarcas, pasó a Gerona, Barcelona y Tortosa, y asegurada al parecer la tranquilidad en estas no menos turbulentas tribus, regresó a su residencia habitual de Córdoba, satisfecho de dejar sometidos a su dominación los valles del Ebro y las tribus y ciudades de las vertientes de los Pirineos.

462ALTABIZAREM CANTUA.

Oiubal aituia izauda
Escualdunen mendeüen artelic;
Eta etcheco-jauna, bere atiaren aitcinian chutic.(...)

Este bello canto de guerra en lengua éuskara, cuya tradición aún se conserva entre los habitantes de los Pirineos donde pasó la batalla de Roncesvalles a que alude, hállase en el Recueil de M. J. Michel, Chansons de Boland, appd. pag. 226, y en el Journal de l'Institut historique, tom. 1 pag. 176.—El Altabizar es una colina que domina el vallado de Roncesvalles.

463No es posible formar una idea medianamente exacta de estos sucesos por la historia de Mariana. En el cap. 11 del lib. VII. que titula; Cómo Carlomagno vino en España, altera fechas, refiere fábulas, supone hechos, ni probados ni verosímiles, añade dos o tres venidas de Carlomagno que no hubo, confunde épocas, y confunde también al lector, que debe mirar como no existente dicho capítulo.

Pero destinado estaba el ilustre fundador del imperio árabe de Occidente a pasar una vida desasosegada y zozobrosa. Veinte y cinco años se contaban desde su arribo a la Península, y apenas había podido gustar algunos momentos de reposo. Vencedor de cien rebeliones, tantas veces reproducidas como sofocadas, parecía que sus enemigos de dentro y fuera se habían propuesto proporcionarle ocasiones de ganar gloria, aunque a costa de inquietudes y peligros. Aún no había trascurrido un año de la sumisión de Zaragoza cuando se vio tremolar otra vez la bandera de la rebelión en el seno mismo de la Andalucía (781). El otro hijo de Yussuf el Fehri, aquel Abul Asúad, a quien en 763 dejamos recluido por orden de Abderrahman en un torreón de los muros de Córdoba, acababa de evadirse de la prisión, y era el que había alzado de nuevo el estandarte rebelde de los Fehries. Las circunstancias de su evasión merecen ser referidas.

Los primeros años de su cautiverio había sido custodiado con toda rigidez, porque el bando de los Fehríes era todavía fuerte y hacía necesaria toda precaución. Mas al paso que se disipaban los temores de nuevas revueltas por parte de aquella parcialidad indócil, había ido aflojando el rigor de los guardas y carceleros, y disminuyendo poco a poco su vigilancia y cuidado. No era, sin embargo, ésta tan escasa que hubiese podido Abul Asúad realizar su fuga en dos ocasiones que la intentó. Entonces apeló a un ardid, tan ingenioso como de paciencia grande y de ejecución difícil. Un día habiéndole sacado a que gozase de la luz del sol, fingió en aquel momento quedarse ciego, y lo fingió con tal propiedad y lo sostuvo con tal perseverancia que llegaron todos a persuadirse de ser una realidad su ceguera. Con este motivo fuéronsele ensanchando los límites de la prisión; permitíasele bajar a los aljibes, y a las salas bajas del baluarte que daban al río, y cuyas ventanas ofrecían fácil salida; dejábasele hasta dormir en aquellas piezas en las noches del estío. En este estado había tenido ocasión de comunicar su proyecto a algunos parciales de su familia que acudían a verle, y de concertar con ellos los medios de ejecución. Así fue que una tarde de verano aprovechando la hora y sazón de estarse bañando las gentes en el Guadalquivir y distraídos en otros negocios sus carceleros, se descolgó de repente por una de las ventanas bajas de la escalera de las cisternas, pasó a nado el río, y cuando se halló del otro lado tomó un disfraz y un caballo que sus amigos le tenían dispuesto, y se encaminó por sendas desusadas a Toledo, donde ya le esperaban también sus adictos, los cuales le proveyeron de todo lo necesario y le facilitaron medios para que pudiese sin peligro pasar a las montañas de Jaén, abrigo de todos los descontentos del emir y de todos los parciales del antiguo y pertinaz partido de los Fehríes.

Cuando el emir supo la evasión del creído ciego exclamó: *«Temo mucho que la fuga de este ciego nos haya de causar no poca inquietud y efusión de sangre.»* En efecto, ya entonces se hallaba Abul Asuad al frente de seis mil hombres posesionado de las sierras de Segura y de Cazorla, mientras su hermano Cassim, el fugado de Toledo, el compañero de Ibnalarabi, había reaparecido otra vez como por encanto en la Serranía de Ronda, y reclutaba gente para engrosar las bandas de Abul Asuad. ¡Admirable actividad y constancia la de los hijos de Yussuf, sólo comparable a la de su padre! Noticioso el emir de esta novedad partió de Córdoba a la cabeza de su caballería, y dio órdenes a diferentes walíes para que se le incorporasen con sus respectivas huestes. Encastillados los rebeldes en las breñas de Cazorla, sostuviéronse por espacio de tres años haciendo la guerra de montaña, la más a propósito para rendir de fatiga y sin resultados las tropas del emir. Impacientado ya éste y ardiendo en deseos de terminar de una vez lucha tan prolongada y fatigosa, hizo un llamamiento general a todas las tribus, y congregados todos los hombres útiles de guerra, dispuso una batida simultánea en las asperezas en que se abrigaban los rebeldes, resuelto a no dejar un enemigo a vida. Abul Asúad de resultas de este ojeo reconcentró su gente en Cazorla. Aconsejábanle allí unos que implorase la clemencia del emir, seguro de que sería acogido con benignidad, otros que aceptara la batalla y en lo más recio de ella se pasara al campo enemigo donde sería recibido con benevolencia. Desechó altivamente el Fehri una y otra proposición como innobles, y prefirió aventurar el todo por el todo en un combate. Y así fue que forzado a aceptar la pelea en los campos de Cazorla, sus indisciplinadas bandas, buenas para la guerra de montaña, de sorpresa y de rapiña, pero poco a propósito para una batalla campal, fueron pronto acuchilladas y

deshechas por los escuadrones regulares y aguerridos de Abderrahman. Muchos se ahogaron en las aguas del Guadalimar; otros se retiraron a sus casas; Hafila, uno de los bandidos más antiguos, huyó a sus conocidas montañas de Jaén; Cassim pudo retirarse a la Serranía de Ronda, y Abul Asúad escapó despavorido con unos pocos por Sierra Morena a Extremadura y el Algarbe. Más de cuatro mil hombres habían quedado en el campo (784).

Viose Abul Asúad acosado en tierra extraña pollos walíes de Beja, de Alcántara y de Badajoz: abandonáronle sus compañeros; y solo , errante noche y día por bosques y cuevas, como hambriento lobo, dice un autor arábigo, derrotado y miserable entró en Coria, donde estuvo oculto algún tiempo: precisado a volver a salir de allí, continuó errante de bosque en bosque, apagando su sed en los arroyos, y pidiendo limosna a los transeuntes: por fin, descalzo y andrajoso, desfigurado con los trabajos, entró en Alarcón, pueblo y fortaleza de Toledo, donde recibió la hospitalidad del desvalido, y a poco tiempo una muerte oscura puso fin a sus infortunios. Tal fue el lamentable fin del hijo mayor de aquel Yussuf, enemigo implacable de Abderrahman. Habíase fingido ciego en la prisión, y solo recobró la libertad y la vista para gozar de la libertad de las fieras del bosque y del espectáculo de su negra desventura.

Terminada esta guerra, pasó Abderrahman a visitar la Extremadura y Lusitania. Recorrió las ciudades de Mérida, Evora, Lisboa, Santaren, Coimbra, Porto y Braga, haciendo levantar en todas partes mezquitas y estableciendo escuelas públicas para la enseñanza del islamismo: volvió por Zamora, Astorga y Ávila, ciudades todas conquistadas antes por el rey cristiano de Asturias Alfonso I., y abandonadas sin duda después o poco defendidas, y pasó a Toledo, donde fue recibido por su hijo Abdallah con las mayores demostraciones de alegría (785). Allí supo que Cassim, el hijo menor de Yussuf, unido al indómito Hafila, restos ambos de la batida de Cazorla, hacían todavía los últimos desesperados esfuerzos por la parte de Murcia y Almería. Mientras Abdallah, hijo del célebre Marsilio, y heredero del valor y de la severidad de su padre, perseguía a Cassim ben Yussuf, Abderrahman visitaba los pueblos de las montañas de Jaén, teatro de la última guerra, cambiando con su presencia y porte el espíritu desfavorable que en ellos dominaba y disipando con su amabilidad las prevenciones que contra él tenían. Al llegar a Segura de la Sierra, exclamó: *«esta fortaleza, defendida por un buen alcaide y por algunos ballesteros fieles, seria inaccesible como el nido del águila en la empinada roca.»* Llevüronle allí la noticia importante de haber caído Cassim el Fehri en manos de Abdallah, hijo de Marsilio (Abdelmelek ben Omar). Invirtió algunos días el emir en recorrer las aldeas de la sierra, y luego bajó a Denia, donde le esperaba otra nueva no menos feliz. Abdallah había capturado también al terrible caudillo de los rebeldes Hafila, a quien había decapitado en el acto. Cuando Abderrahman llegó a Lorca, incorporósele el vencedor Abdallah, y juntos se encaminaron a Córdoba, donde entraron en medio de las más vivas aclamaciones y plácemes de los habitantes de la ciudad (786). Presentáronle allí al rebelde Cassim encadenado: el hijo de Yussuf imploró la clemencia del emir besando la tierra que pisaba el mismo a quien había hecho guerra obstinada y pertinaz. El ilustre emir puso término a la guerra de treinta años con un rasgo de magnanimidad que acabó de realzar su grandeza. No sólo mandó quitar las cadenas y grillos al cautivo Fehri, sino que le otorgó mercedes y le dio tierras en Sevilla para que pudiese vivir conforme a su antiguo rango y socorrer a sus parientes desvalidos. Cassim conmovido con tan generoso proceder ofreció solemnemente ser desde entonces el más fiel servidor y amigo de su magnánimo bienhechor.[464]

¡Cuán diferente estrella la de los dos hijos de Yussuf el Fehri! Abul Asúad, preso diez y ocho años en una torre, logra a costa de una fingida ceguera, ficción aún más incómoda que el mismo cautiverio, evadirse de la prisión, alza el pendón rebelde en el corazón de una montaña, es batido a ojeo como una fiera dañina, derrótanle en un combate, abandónanle los suyos, vaga por los bosques como una alimaña perseguida por el cazador, pide limosna a los transeúntes, apaga la sed en los torrentes del desierto, desfigúranle los trabajos de la vida salvaje, y escuálido y desnudo entra en una población donde muere como un mendigo en la oscuridad y en la miseria. Cassim, su hermano,

464Conde, part. II., cap. 23.

diez veces prisionero y otras tantas auxiliado para fugarse, fomentador de todas las rebeliones , conspirador incansable y eterno, aparecido do quiera que había enemigos armados del emir, en ciudades y en despoblados, en España y fuera de ella, en Mediodía y en Oriente, en riscos y llanos, es apresado al fin, y no sólo obtiene perdón e indulto de un vencedor de quien fuera tan mortal enemigo, sino también tierras de que poder vivir con la grandeza de un príncipe. Inútil seria buscar en lo humano las causas de estos contrastes que en todos los siglos, en todas las religiones y en todos los países, suele ofrecer la suerte de los hombres.

Llegamos por fin al término de la carrera de Abderrahman: treinta años llevaba de luchas el hijo de Moavia con pocas interrupciones, al cabo de los cuales, vencedor siempre, pero siempre molestado, logró todavía poder dedicar con quietud alguno aunque corto tiempo a afianzar el trono de los Ommiadas y a legársele en un estado brillante a sus sucesores. Dedicó, pues, Abderrahman este apetecido período de sosiego a embellecer a Córdoba con monumentos que testificarán a la posteridad su poder y grandeza. Ya la había adornado con alcázares, palacios y jardines; más queriendo dejar levantado en la capital del imperio un templo que igualara o excediera a los más magníficos y soberbios de Oriente, dio principio a la construcción de la grande aljama o mezquita mayor de Córdoba sobre el mismo plan de la de Damasco, en lo cual llevó acaso la idea religiosa y el pensamiento político de apartar más y más a los musulmanes españoles de la dependencia moral de Oriente en que los conservaba la veneración a la Meca, haciendo a Córdoba un nuevo centro de la religión muslímica. Para activar los trabajos y alentar a los operarios con su ejemplo, trabajaba Abderrahman por sí mismo una hora cada día; más a pesar de tanta actividad y de haber consumido en los gastos de la obra más de cien mil doblas de oro, Dios no le permitió ver concluido el grandioso monumento, en que, al decir de un moderno poeta, el ojo había de perderse en maravillas[465]. Reservada estaba esta satisfacción a su hijo Hixem[466]. Pero a Abderrahman corresponde la gloria del pensamiento y la honra de haber dotado con rentas perpetuas los hospitales y escuelas (madrissas) que levantó a la sombra de la grande aljama.

Ocupado estaba el ilustre Ommiada en estos trabajos, cuando sintiéndose próximo a descender al sepulcro convocó a los walíes de las seis provincias, y a los gobernadores de doce ciudades principales, con sus veinte y cuatro wazires, y teniéndolos reunidos en su alcázar, a presencia de su hahgib o primer ministro, del cadí de los cadíes, de los alkatibes, secretarios y consejeros de estado, declaró su voluntad de dejar a su hijo Hixem por walí alahdi, o sucesor del imperio; rogó a todos le reconociesen y jurasen por tal, e hiciéronlo así todos aquellos altos dignatarios, tomando la mano a Abderrahman, según costumbre, en señal de obediencia y respeto, y prometiendo fidelidad al futuro emir cuando su padre muriese. Era Hixem el predilecto de su padre, porque aventajaba a sus hermanos en bondad y en sabiduría, en prudencia y rectitud. Murmuróse que la sultana Howara, madre de Hixem, la más querida, y acaso la única esposa que tuvo el emir, no había dejado de influir en la elección. Mas aunque los dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah no podían reclamar legalmente derecho de preferencia a la soberanía, puesto que esta era electiva como lo era también en aquella época entre los cristianos, no pudieron sin secretos celos y sin un resentimiento que por entonces ahogaron, verse postergados a un hermano menor, cuyo mérito y virtudes presumían por lo menos igualar.

465Víctor Hugo.

466Abderrahman hizo la parte principal, desde el muro occidental hasta la undécima nave inclusive. Según el autor del Indicador Cordobés (edición de 1837), la actual catedral de Córdoba compendia en sí la historia de los cuatro grandes periodos de la España romana, gótica, arábiga y restaurada. En el sitio que hoy ocupa este grandioso templo estuvo el que los romanos dedicaron a Jano, que llamaron Augusto. De ello se hallaron dos inscripciones cuando se abrieron los cimientos para la fábrica de la capilla mayor, que están hoy colocadas en el arco llamado de las Bendiciones. En este mismo sitio, según la opinión más probable, estuvo en tiempo de los godos el templo de San Jorge, aquel fuerte donde se refugiaron los caballeros godos y cordobeses cuando la invasión de Mugueiz el Rumi, y que de la catástrofe en él ocurrida se llamó iglesia de los Mártires. Después fue la gran mezquita, y San Fernando la convirtió en catedral cristiana, cuyo destino conserva.

Despedida la asamblea, partió Abderrahman a Mérida, acompañándole Hixem, y quedando Abdallah en Córdoba: Suleiman volvió a su gobierno de Toledo. A los pocos meses adoleció Abderrahman en Mérida de una enfermedad, de la cual no tardó en sucumbir. Acaeció su muerte en el año de la Hégira 171, el 22 de la luna de Rebie segunda (30 de setiembre de 788). Tenía entonces poco más de cincuenta y nueve años, y dejaba once hijos y nueve hijas. Hizosele un entierro solemne y pomposo, acompañando su féretro toda la gente de la ciudad y de sus contornos, con señaladas muestras de sentimiento y pesadumbre[467]

Así terminó su agitada y gloriosa carrera el primero de los Ommiadas de España, Abderrahman ben Meruán, a cuyas aventajadas cualidades sus mayores enemigos no pudieron menos de hacer justicia. Almanzor, Califa de Bagdad, y por lo mismo natural enemigo de su nombre y familia, elogiaba su valor y sus talentos, y se felicitaba de que las guerras interiores de España le hubieran impedido ejecutar el atrevido pensamiento que tuvo, según Al Makkari, de llevar la guerra hasta el Oriente y de derrocar la poderosa dinastía de los Abassidas. Los escritores cristianos, a pesar de sus naturales antipatías, no pudieron dejar de reconocer sus virtudes. El Silense le llama el gran Rey de los moros[468], y el Arzobispo don Rodrigo dice que Abderrahman fue llamado *Adahid*, el Justo[469]. «Carlomagno, dice un escritor contemporáneo, la figura colosal que descuella en aquel siglo, queda rebajado en comparación de Abderrahman.»[470]

Aunque Abderrahman gobernó como jefe supremo e independiente, y aunque las historias cristianas y algunas árabes le nombran Rey, Califa (Vicario), o Miramamolín[471], consta por Al Makkari que nunca se dio a si mismo sino el modesto título de Emir. Los dictados de Miramamolín y de Califa no empezaron a darse a los Emires de Córdoba hasta el octavo de los Ommiadas de España Abderrahman III. o sea Abderrahman al Nasir.

El mismo año de la muerte de Abderrahman I. entró en África Edris ben Abdallah, que después de haber andado errante por aquellas regiones como en otro tiempo Abderrahman, se apoderó de Almagreb, quitándoselo a los califas de Oriente, y echó los cimientos del reino de Fez, que trasmitió en herencia a su hijo Edris ben Edris. De esta manera el África propiamente dicha, desde el Egipto hasta el Estrecho, se constituía independiente de los califas Abassidas, como treinta y ocho años antes se había constituido la España: circunstancia interesante para la inteligencia de los sucesos ulteriores de nuestra historia.

467Conde, cap. 24.
468Abderramen magnus rex Maurorum... Chron. n. 18.
469Hist. Arab. 48.
470Alcant., Hist. de Granada, tom. II.
471Corrupción de Emir-almumenin, emir o jefe de los creyentes.

CAPÍTULO VII.
HIXEM Y ALHAKEM EN CÓRDOBA; ALFONSO EL CASTO EN ASTURIAS.
De 788 a 802.

Solemne proclamación de Hixem I. en Córdoba.—Guerra que le movieron sus dos hermanos Suleiman y Abdallah.—Véncelos el emir.—Noble y generoso comportamiento de éste.—Rebeliones de los walíes de la frontera oriental.—Proclama Hixem la guerra santa.—Progresos de los musulmanes de uno y otro lado del Pirineo.—Termina Hixem la gran mezquita de Córdoba.—Su descripción.—Triunfo de Alfonso II. (el Casto) en Asturias.—Muerte de Hixem, y elevación de su hijo Alhakem I.—Dispútanle el trono sus dos tíos Suleiman y Abdallah.—Guerra civil. Su término.—Alfonso de Asturias hace una excursión hasta Lisboa.—Mensaje y presentes de Alfonso a Carlomagno en Aquisgrán.—Es destronado momentáneamente, recluido en un monasterio, y vuelto a aclamar.—Conquistas de los francos en el Oriente de España.—Célebre sitio de Barcelona por Ludovico Pío, rey de Aquitania.—Ríndenle la plaza los musulmanes.—Origen del condado de Barcelona.

Extraño se mantenía a todos estos sucesos el pequeño reino de Asturias, como oscurecido en su rincón bajo los inertes príncipes que mediaron del primero al segundo Alfonso, que todavía, como anunciamos en otro capítulo, tardará tres años en empuñar el cetro de la monarquía de Pelayo.

Con desusada pompa se celebraba en 788 en Mérida, terminados los funerales de Abderraman, la solemne proclamación de su hijo Hixem I. *«¡Que Dios ensalce y guarde a nuestro soberano Hixem, hijo de Abderrahman!»* era el grito que resonaba en todas partes, y rezábase por él la *chotba* u oración pública en todas las mezquitas de España. Ayudaba al entusiasmo con que era saludado Hixem su majestuosa presencia, su índole apacible, y la fama de religioso y justiciero que ya gozaba, designándole desde el principio con el doble dictado de *Al Adhil,* el justo, y de *Al Rahdi*, el benigno y afable.

Pero estas virtudes no bastaron a estorbar que sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah, walíes de Toledo y de Mérida, no pudiendo resistir a la envidia y enojo de verse postergados, le declararan abierta guerra, proclamándose independientes en Toledo, donde ambos se habían reunido. Al wazir de la ciudad, que se negó a coadyuvar a sus designios, encarceláronle y le cargaron de cadenas. Y como Hixem escribiese a su hermano Suleiman para que le diese cuenta de la causa o motivo de aquel maltratamiento, la respuesta del soberbio Suleiman fue hacer sacar de la prisión al desgraciado wazir y clavarle en un palo a presencia del portador de la carta, diciéndole a éste: *«vuelve y dí a tu señor lo que vale aquí su soberanía: que queremos ser independientes en nuestras pequeñas provincias, lo cual es una corta indemnización del desaire que se nos ha hecho.»* Justamente indignado Hixem de la desatentada osadía de sus hermanos , marchó a la cabeza de una hueste de veinte mil hombres sobre Toledo. Suleiman había salido a su encuentro con quince mil. Batiéronse los dos hermanos con el encarnizamiento de extraños enemigos. Derrotado el rebelde, pudo a favor de las tinieblas de la noche refugiarse a los montes, y el ejército vencedor prosiguió a poner cerco a la ciudad, defendida por Abdallah. El sitio apretaba, Suleiman no volvía, escaseaban los víveres, cundía en la ciudad el descontento, y Abdallah pidió permiso a los jefes del campo enemigo para pasar a conferenciar con el emir su hermano. Salió de Toledo de incógnito, presentóse a Hixem, el cual por uno de aquellos impulsos indeliberados, propios de las almas generosas, recibió a Abdallah con los brazos abiertos. Ante la elocuencia muda de la sangre no vio en su hermano al gobernador rebelde de Toledo, sino al hijo de Abderrahman como él. Concertóse, pues, la entrega de la plaza y el olvido de todo lo pasado, y juntos marcharon a Toledo, donde fue recibido Hixem con públicas demostraciones de alegría. Instaló en calidad de walí a un pariente del wazir tan inhumanamente sacrificado: dio a Abdallah para que pudiese vivir una casa de recreo situada en uno de los más amenos sitios de la campiña del Tajo, y regresó a Córdoba a preparar los medios de reducir a Suleiman, que tenaz en su rebelión, se había corrido de los montes de Toledo a los campos de Murcia, y reclutado gran número de descontentos.

Tampoco tardó en verse segunda vez humillada la soberbia de Suleiman. El joven hijo de Hixem, Alhakem, que hacía el primer ensayo de acaudillar algunas tropas, mandaba la vanguardia del ejército destinado a perseguir a su rebelde tío. En los campos de Lorca encontró la gente de éste, y con el ardimiento y la inconsideración de un joven que no ve los peligros la arremetió impetuoso, y tuvo la fortuna de arrollarla. Cuando llegó el ejército del emir no halló ya con quien pelear. Costóle al joven vencedor ser amonestado por su padre, para que otra vez no procediera con tanta precipitación, pues si bien es necesario el arrojo en las lides, no lo es menos la prudencia, por cuya falta caudillos muy bravos causaron muchas veces la ruina de sus reinos y la suya propia. Cuando Suleiman, que no había estado en la batalla, supo la derrota, *«¡maldición a mi suerte!»* exclamó, y sin decir más corrióse con algunos jinetes a tierra de Valencia, donde acosado por la caballería del emir escribió a su hermano solicitando le admitiese en su gracia con las mismas condiciones que a Abdallah. Hixem, siempre generoso, allanóse también a ello; si bien conociendo el carácter impetuoso y arrebatado de Suleiman, le propuso que se estableciese en Tánger u otra ciudad de Almagreb, donde con el valor de los bienes que tenía en España podría adquirir otras posesiones equivalentes. Accedió a todo Suleiman, y vendidas sus haciendas en sesenta mil mitcales de oro pasó a morar en Tánger. Así terminó (de 788 a 790) la guerra de los tres hermanos.[472]

Simultáneamente había estado ardiendo el fuego de la rebelión por las fronteras del Pirineo Oriental. Los inquietos berberiscos no se resignaban a la obediencia de los emires árabes. Ya era el walí de Tortosa Said ben Hussein que se negaba a reconocer a su sucesor, y se concertaba con sus vecinos los francos para sostener contra el soberano de Córdoba las plazas de Gerona, Ausona y Urgel; ya era el caudillo de la frontera Balhul, que unido a los walíes de Barcelona, Tarragona y Huesca, se apoderaba de Zaragoza , y se proclamaba independiente. Por fortuna de Hixem, el walí de Valencia, Abu Otman, enviado contra los rebeldes, fue tan enérgico y feliz en su expedición , que no tardó en informar al emir de sus triunfos de la manera auténtica que los musulmanes solían hacerlo, enviándole las cabezas de los caudillos vencidos. Como esto coincidiese con la sumisión de los dos hermanos, hiciéronse en Córdoba fiestas públicas. Hixem escribió de su puño una carta de gracias al bravo Abu Otman, y le dio el mando de la frontera de Afranc o del Frandjat (que así llamaban ellos a la frontera de Francia), prometiéndole le serían enviados refuerzos para recobrar las ciudades que en aquella tierra habían perdido los muslines.

Desembarazado Hixem de estas guerras, pensó en resucitar en los musulmanes españoles el fervor religioso de los buenos tiempos del Islam, y llevando el pendón del Profeta a los dominios cristianos emplear las fuerzas y la atención de todas las tribus en combatir a los enemigos de su fe, haciendo cesar por este medio el espíritu de sedición que trabajaba y enflaquecía el imperio. Al efecto hizo leer en todos los *minbhares* o púlpitos de las mezquitas la proclamación del *alghied* o guerra santa. Hizo un llamamiento general a todos los walíes y caudillos, a todos los creyentes, ofreciendo grandes premios a cuantos contribuyeran de algún modo a tan digna empresa. Respondieron a la invitacion del emir todos los buenos musulmanes, concurriendo los unos con sus personas, los otros suministrando armas o caballos, los demás con sus bienes, haciendo donativos y limosnas (791). Juntáronse así brevemente tres grandes cuerpos de ejército, que destinó el emir a Asturias y Galicia, a los montes *Albaskenses* (montañas vascas), y a las tierras de Afranc.

El primero, al mando del hadgib o primer ministro Abdel Wahid, fuerte de cerca de cuarenta mil hombres, corrió las comarcas de Ástorga y Lugo, talando y destruyendo el país, y cuando volvía cargado de ganados, despojos y cautivos, encontróse una parte de él en Burbia[473] con fuerzas del rey de Asturias Bermudo (Bomond que nombran los árabes). El resultado de esta pelea le traducen en su favor las historias musulmanas: distinta interpretación le dan los cronistas cristianos[474]. Era el último año del reinado de Bermudo, cuando ya Alfonso mandaba las armas de Asturias. El segundo ejército penetró por los montes de Vizcaya hasta la Vasconia. Pero la irrupción más notable de la

472Roder. Tolet. Hist. Arab. c. 48.—Conde, part. II. cap. 25 y 26.—Ben Alabar, in Cassiri.
473Junto a Villafranca del Bierzo, en la actual provincia de León.
474Conde, cap. 27.—Ahmed Almakari.—Albeld. Chron. n. 57.—Roder. Tolet. Hist. Arab: c. 21.

guerra santa fue la que hizo el tercer cuerpo a las órdenes de Abdalá ben Abdelmelek a la Septimania o Narbonense. Los momentos no podían ser más oportunos. Carlomagno se hallaba en el Norte defendiendo las fronteras de su reino contra los indóciles sajones: Luis el Bondadoso, su hijo (Ludovico Pío), rey de Aquitania, había tenido que acudir a Italia al socorro de su hermano Pepino, contra quien se habían sublevado los de Benevento. En tal ocasión, el ejército musulmán, después de tomar a Gerona, que estaba por los franco-aquitanios, y de degollar a sus habitantes, invadió la Septimania, incendió el grande arrabal de Narbona, treinta años hacía perdida por los sarracenos, hizo gran matanza en sus defensores, y cargado de botín dirigióse a Carcasona. En vano quiso hacer frente el duque Guillermo de Tolosa en las riberas del Orbieu a las vencedoras huestes agarenas: inútiles fueron las proezas personales del duque cristiano. El pendón mahometano quedó otra vez triunfante, y contentos los árabes con esta segunda victoria, regresaron de este lado de los Pirineos a poner en seguridad su inmenso botín (793). Córdoba celebró con regocijos públicos las nuevas de tan felices expediciones[475]. Del quinto de aquellos despojos tocaron al emir más de cuarenta y cinco mil mitcales o pesantes de oro.

«Con estos venturosos sucesos, dicen los historiadores árabes, era el rey Hixem muy temido de sus enemigos y muy amado de los pueblos; con su clemencia, liberalidad y condición dulce y humana, se granjeaba las voluntades de todos.» Príncipe, añaden, tan magnánimo, que de su particular tesoro pagaba los rescates de los prisioneros, y tomaba a su cargo y bajo su protección los hijos y mujeres de los que morían en la guerra santa. Tan celoso por la religión como caritativo con los pobres, destinó en su totalidad el quinto de los despojos que le había tocado a acabar la gran mezquita de Córdoba empezada por Abderrahman I., y en la cual, a ejemplo de su padre, también trabajaba él algún rato cada día. Dicen que empleó como obreros a todos los cautivos hechos en Narbona, lo que pudo dar ocasión a la tradición popular de haber hecho traer en hombros de cautivos los escombros de aquella ciudad para emplearlos en este edificio. Acabóse, pues, en tiempo de Hixem este grandioso templo, que describe así un historiador árabe. «Esta magnífica aljama de Córdoba aventajaba a todas las de Oriente; tenía seiscientos pies de larga y doscientos cincuenta de ancha; formada de treinta y ocho naves a lo ancho y diez y nueve a lo largo, mantenidas en mil noventa y tres columnas de mármol: se entraba a su alquibla[476] por diez y nueve puertas forradas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal cubierta de láminas de oro: tenía nueve puertas a Oriente y nueve a Occidente. Sobre la cúpula más alta había tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro: de noche para la oración se alumbraba con cuatro mil setecientas lámparas, que gastaban veinte y cuatro mil libras de aceite al año, y ciento veinte libras de alóe y ámbar para sus perfumes: el *atanor del mihrab*, o lámpara del oratorio secreto, era de oro, y de admirable estructura y grandeza.» Otro escritor arábigo, Abdelhalin de Granada, que tuvo la humorada de informarse hasta de las tejas que cubrían el edificio, dice que eran cuatrocientas sesenta y siete mil trescientas[477]. También se reedificó de orden de Hixem el famoso puente romano de Córdoba.

Reinaba desde 791 en Asturias Alfonso II. llamado el Casto[478]. En el tercer año de su reinado, y sexto del de Hixem en Córdoba (794), invadió las Asturias otro nuevo ejército sarraceno. Internáronse esta vez bastante los mahometanos en aquel suelo clásico de la restauración española, devastando campiñas y destruyendo iglesias. Alfonso reunió toda la gente de armas que pudo; el número era mucho menor que el de los enemigos, pero la presencia de su rey y el celo por su

475Hist. de Languedoc, tom. I.—Fauriel, Hist. de la Gaule, etc., tom. III.—Conde, cap. 27.—Rod. Tolet. Hist. Arab. c. 49.

476La parte destinada a la oración, que se hacía con el rostro vuelto hacia la Meca.

477Conde, part. II., cap. 28.—Ponz, Viaje de España.—Indicador Cordobés.

478Llamósele así, por ser fama que, «con deseo de vida más pura y santa por todo el tiempo de su vida no tocó a la reina Berta, su mujer» dice Mariana. Lo que se infiere del cotejo de las crónicas de Albelda, de Alfonso III., de Pelayo de Oviedo y de Lucas de Tuy, es que si estuvo desposado con Berta, no debió llegar a realizarse el consorcio, o esta señora, a quien suponen francesa, no vino a España. Por lo menos no se encuentra su nombre entre los confirmantes de los privilegios de aquel reinado, como acostumbraban a hacerlo las reinas en aquel tiempo.

religión les inspiraba un ardor irresistible. Alfonso supo con maña atraer a los enemigos a un lugar pantanoso llamado Lutos (Lodos), en que entraron confiadamente los musulmanes. Salieron entonces los cristianos que emboscados los esperaban, y embistiéronlos tan bravamente, que embarazados y confusos los moros en un terreno fangoso, y para ellos desconocido, sufrieron una horrible mortandad: las crónicas cristianas hacen subir el número de muertos a setenta mil[479]. Las historias arábigas confiesan que fue grande la matanza de los muslimes, que pereció en ella el caudillo Yussuf ben Bath, y que perdieron la presa y cautivos que traían. Esta fue la última expedición de los sarracenos a tierras cristianas durante el reinado de Hixem.

La santa guerra, feliz para él por la parte de Narbona, lo había sido bien poco por la de Asturias. Entreteníase como su padre en el cultivo de las hermosas huertas y jardines de Córdoba. Conociendo su afición, propusiéronle un día la adquisición de una heredad contigua sumamente feraz y amena: sabedor el emir de que deseaban adquirirla otros, abstúvose de comprarla por no perjudicarles[480].

Cuéntase que un astrólogo anunció a Hixem la proximidad de su muerte; y que en su virtud, sin apesadumbrarse por ello, dicen las crónicas, convocó una solemne asamblea de los principales dignatarios del imperio (ceremonia que desde su padre siguieron usando en iguales casos los emires), y en ella hizo reconocer por sucesor suyo a su hijo el joven Al-Hakem, al cual juraron todos los principales jeques obediencia y fidelidad. El vaticinio del astrólogo, si fue cierto, no tardó en cumplirse. En los primeros días de abril de 796 enfermó Hixem, y a los doce días, dicen los autores árabes, se fue a la misericordia de Alá. Refieren que poco antes de morir llamó a su hijo y le dio los siguientes consejos, que algunos equivocadamente han atribuido a su padre[481]. «Considera , hijo mio, que los reinos son de Dios que los da y los quita a quien quiere. Pues Dios por su bondad nos ha dado el poder que está en nuestras manos, démosle gracias por tanto beneficio, hagamos su santa voluntad, que no es otra que hacer bien a todos los hombres, y en especial a los que están encomendados a nuestra protección: haz justicia igual a pobres y a ricos, no consientas injusticias en tu reino, que es camino de perdición; sé benigno y clemente con todos los que dependan de ti, que todos son criaturas de Dios. Confía el gobierno de tus provincias y ciudades a varones buenos y experimentados; castiga sin compasión a los ministros que opriman tus pueblos: gobierna con dulzura y firmeza a tus tropas cuandola necesidad te obligue a poner las armas en sus manos; sean los defensores del estado, no sus devastadores; pero cuida de tenerlos pagados y de inspirarles confianza en tus promesas. No te canses de granjear la voluntad de tus pueblos, pues en su amor consiste la seguridad del estado, en el miedo el peligro, y en el odio su ruina cierta. Cuida de los labradores que cultivan la tierra y nos dan el necesario sustento: no permitas que les talen sus siembras y plantíos. En suma, haz de manera que tus pueblos te bendigan, y vivan contentos a la sombra de tu protección y bondad, que gocen tranquilos y seguros los placeres de la vida: en esto

---

479Sebast. Salmant. n. 24.—Algunos confunden esta entrada y derrota con la de 794.

480Con esta ocasión compuso los siguientes versos, que revelan no tanto ingenio como grandeza de ánimo.

Mano franca y liberal—es blasón de la nobleza,
El apañar intereses—las grandes almas desdeñan;
Floridos huertos admiro—como soledad amena,
El aura del campo anhelo,—no codicio las aldeas,
Todo lo que Dios me da—es para que a darlo vuelva:
En los tiempos de bonanza—infundo mi mano abierta
En el insondable mar—de grata beneficencia:
Y en tiempo de tempestad—y de detestable guerra
En el turbio mar de sangre—baño la robusta diestra:
Tomo la pluma o la espada,—como la ocasión requiera,
Dejando suertes y lunas,—y el contemplar las estrellas.

Conde, cap. 28.

481Viardot, Hist. des Arabes, etc. cap. 11.

consiste el buen gobierno, y si lo consigues, serás feliz, y alcanzarás fama del más glorioso príncipe del mundo.»[482]

«Al leer este fragmento, exclama un escritor de nuestros días, ¿no se cree tener a la vista una página de Fenelon?» Ciertamente, a ser auténtico, como lo parece, este discurso, holgaríamos de ver practicadas las máximas del príncipe musulmán por los mismos que rigen y gobiernan los pueblos cristianos. Dejó Hixem establecidas en Córdoba escuelas de lengua arábiga, y en su tiempo se comenzó a obligar a los cristianos mozárabes a no hablar ni escribir en su lengua latina.

Alfonso de Asturias había trasladado su corte y residencia real a Oviedo, la ciudad que había fundado su padre Fruela, y donde él había nacido. Consagrábase el tiempo que las irrupciones sarracenas se lo permitían a fomentar la prosperidad de su reino con el celo, piedad y prudencia que hicieron tan glorioso su largo reinado. Cinco años llevaba gobernando la monarquía de Asturias, cuando por muerte de Hixem fue proclamado emir de la España musulmana Alhakem, su hijo, cuya brillante educación, juventud, ingenio y cultura, hacían esperar a los muslimes que tendrían en él un digno sucesor de su abuelo y de su padre: y esperáronlo más al verle nombrar su hagib o primer ministro al ya ilustre en armas y letras Abdelkerim ben Abdelvabid, su bibliotecario y amigo desde la infancia. Pero la altivez e irascibilidad de su genio le condujeron a los excesos y extravagancias que nos irá diciendo la historia.

Borrascoso y turbulento comenzó el reinado del tercer Ommiada. Sus dos tíos Suleiman y Abdallah, en Tánger el uno, en las cercanías de Toledo el otro, de nuevo aguijados de la ambición de reinar, prepäráronse a disputar con las armas a su joven sobrino un trono de que aún se creían injustamente despojados, como hijos mayores de Abderrahman. Entendiéronse entre sí, y mientras Abdallah con ayuda del cadí de Toledo Obeida ben Amza (el Ambroz de las crónicas cristianas), hombre astuto y de intriga, organizaba secretamente la rebelión, Suleiman en África reclutaba a fuerza de oro la gente movediza y vagabunda del Magreb para traerla a España. Abdallah, después de haberse concertado con su hermano en Tánger, pasó resueltamente a solicitar el apoyo del más poderoso príncipe que entonces en Europa se conocía, de Carlomagno, que se hallaba a la sazón en su palacio de Aquisgrán (Aix-la-Chapelle). Allá se fue el atrevido árabe, como antes Ibnalarabi a Paderborn, a implorar la ayuda del gran jefe de la cristiandad contra el emir su inmediato pariente y correligionario. A tal punto la codicia del poder ahoga en los hombres la voz de la sangre y el sentimiento religioso. Lo que negociaron en su común interés el monarca franco y el rebelde Ommiada, indicáronlo pronto, si del todo no lo aclararon los sucesos[483].

Después de haber venido juntos hasta la Aquitania Abdallah y el rey franco Luis el Pío, y mientras el hijo de Carlomagno se disponía a invadir la España por el Pirineo Oriental, el tío del emir de Córdoba atravesaba todo el territorio que media hasta Toledo, donde ya su activo agente Ambroz (Aben Amza) le tenía ganadas algunas fortalezas de la provincia , alzado banderas por él, y apoderádose de las puertas y alcázar de Toledo por un atrevido golpe de mano (797). De todos los alcaides de la comarca ninguno había permanecido fiel al emir sino Amrfi el de Talavera.

Suleiman con su hueste aventurera de África desembarcaba en Valencia y se reunía a su hermano en Toledo, sin que alcanzara a impedirlo el emir por pronto que acudió con la caballería de Arcos, de Jerez, de Sidonia, de Córdoba y de Sevilla. Viéronse al instante los resultados de la entrevista de Aquisgrán, porque mientras Alhakem y su fiel Amrú sitiaban en Toledo a los dos hermanos rebeldes, el hijo de Carlomagno y rey de Aquitania Luis (Ludovico el Pío) por medio de sus leudes y caudillos recobraba a Narbona, batía a los comandantes musulmanes de la frontera Balhul y Abu Tahir, rendía otra vez a Gerona, se le entregaban Lérida, Huesca y Pamplona, y un moro nombrado Zaid escribía a Carlomagno ofreciéndole poner la plaza de Barcelona a su disposición.

En tal conflicto el joven Alhakem, con una resolución propia de su juventud, dejando encomendado a su fiel Amrú el sitio de Toledo, parte rápidamente con la caballería de su guardia a

---

482Conde, cap. 29.

483Eginhard, Annal.—Annal. Lauriss.—Conde, cap. 30.

apagar el incendio de la España Oriental. Llega a Zaragoza, hace un llamamiento a los buenos musulmanes, su presencia, sus modales , sus ardientes discursos reaniman las poblaciones del Ebro, y acuden en derredor de la legítima bandera. Con esto emprende vigorosamente la reconquista de las plazas perdidas, los franco-aquitanios huyen delante de sus armas, recobra a Huesca, Lérida y Gerona, entra en Barcelona, traspone el Pirineo, avanza a Narbona , destruye, degüella, cautiva niños y mujeres, le aclaman sus soldados *Almudhaffar* (vencedor afortunado), y dejando el cuidado de la frontera a su primer ministro Abdelkerim, y al walí Foteis ben Suleiman, regresa a Toledo fuerte y orgulloso con el resultado de tan feliz y rápida campaña. En vano en su ausencia se había engrosado el partido de sus rebeldes tíos: en vano se les habían adherido las ciudades de Valencia y Murcia: íbale a Albakem el trono y la vida en acabar con aquella rebelión: el sitio se activa; las aguerridas y triunfantes huestes del emir vencen en varios reencuentros a la gente allegadiza y baldía de Suleiman; témanles las fortalezas del país; Suleiman y Abdallah se ven forzados a pasar a tierras de Valencia y Murcia: el emir se mueve también, y establece su cuartel general en Gingilia (Chinchilla). A poco tiempo se le presenta en Chinchilla el intrépido y fiel Amru con la noticia de haber entrado en Toledo , de haber decapitado a Ámbroz, cuya cabeza le llevaba en testimonio según costumbre , y de haber dejado de gobernador de la ciudad a su hijo Yussuf (799).

Intentan entonces Suleiman y Abdallah penetrar en Andalucía y apoderarse de Córdoba por un golpe de mano. Pero el activo emir les sale al encuentro, y casi en el mismo sitio en que en vida de su padre había hecho el primer ensayo de su temeraria intrepidez contra aquel mismo Suleiman su tío, allí encontró ahora las huestes de los dos hermanos: allí correspondió otra vez al alto concepto que desde aquella primera ocasión había hecho formar de su arrojo; allí en lo más recio de la batalla vio caer a los pies de sus caballos al mayor de sus tíos, Suleiman, clavada una flecha en su cuello. Desordenáronse con este golpe las bandas rebeldes, y Ábdallah se retiró a Valencia a favor de la noche seguido de algunos. Cuando al emir le fue presentado el cadáver de su tío lloró sobre él, y mandó hacerle solemnes exequias a que asistió él mismo. Aunque Abdallah era muy querido en Valencia, tanto que le apellidaban *Al Balendi* (el Valenciano), no quiso prolongar por más tiempo los males de una guerra que sería ya inútil, y envió a Alhakem su sumisión, ofreciéndole pasar a vivir en África o donde le destinase. Admitió el emir la propuesta, concediéndole generosamente morar donde más gustase, asignándole mil mitcales de oro mensuales y cinco mil más al fin de cada año, pero exigiéndole en rehenes sus hijos como en garantía de la fe de su padre. Trató Alhakem a sus primos como príncipes, otorgándoles altos empleos en muestra de su confianza, y aún dio al mayor de ellos, Esfah, en matrimonio su hermana *Alkinza*[484]. Volvióse con esto Alhakem a Córdoba, donde fue recibido con grande alegría (800). De este modo acabó la segunda guerra de los dos hermanos Suleiman y Abdallah, en que se vieron tantos ejemplos de esa extraña mezcla de crueldad y de sentimientos nobles y humanitarios tan común en las gentes de la Arabia.

¿Había estado entretanto ocioso y quieto Alfonso de Asturias? Por el contrario, aprovechando las desavenencias de los musulmanes había hecho en 797 una atrevida excursión a la Lusitania, llevádola hasta las lejanas márgenes del Tajo, penetrado aunque momentáneamente en Lisboa, talado sus campiñas y traído ricos despojos. Hallándose Carlomagno en Aquisgrán, vio llegar unos personajes cristianos que mostraban ir de apartadas tierras, llevando consigo siete cautivos musulmanes con otros tantos caballos, lujosos arneses, y un magnífico pabellón árabe. Eran dos nobles españoles, Basilico y Froya, enviados y mensajeros de Alfonso el Casto de Asturias, que iban a ofrecer de parte de su rey al monarca franco aquellos preciosos dones, gloriosos trofeos de su feliz expedición a Lisboa, al propio tiempo que su alianza y amistad[485]. Quedó desde entonces Alfonso en relación íntima con el poderoso Carlos, que extendió igualmente a su hijo Luis de Aquitania. También a Tolosa, donde este príncipe celebraba una especie de asamblea para deliberar sobre el modo de hacer otra incursión en España, fueron mensajeros de Alfonso con presentes para aquel rey, siendo de este modo los tres monarcas el nervio de la liga cristiana de aquel tiempo.

484 Alkinza significa el tesoro.
485Eginhard, Annal.—Id. Fuldens.—Reginon, Cron. cit. por Flórez, tom. XI. p. 6.

Pero tan íntimas relaciones, tales y tan cumplidas muestras de amistad por parte de Alfonso a los príncipes francos hubieron de ser interpretados por algunos celosos próceres de Asturias como signos de dependencia, sumisión o vasallaje, y no pudiendo tolerar la idea del más remoto peligro de dependencia extranjera, formóse un partido bastante poderoso para derrocar a Alfonso del trono y encerrarle, bien que por muy corto tiempo, en el monasterio de Abelanica (802). Las sucintas crónicas de aquella era no nos dicen quién fuese aclamado en su lugar. Acaso ninguno: porque muy brevemente, en aquel mismo año , los vasallos leales de Alfonso, que eran los más, capitaneados por un godo llamado Theuda, le sacaron de la reclusión y le devolvieron la libertad y el trono de que injustamente le habían despojado. Fundado o no el cargo que a Alfonso le hacían, es lo cierto que desde aquella fecha no se volvió a hablar ni de presentes y regalos, ni de afectuosos escritos de parte del rey de Asturias y Galicia al señor emperador Carlomagno, como ya entonces se le llamaba[486]. Tampoco desde entonces volvió a ser inquietado Alfonso en la pacífica posesión de su cetro.

Por dichoso hubiera podido tenerse Alhakem con no contar más enemigos cristianos que los del Norte de España. Hubiera al menos podido reposar un tanto tranquilo en su soberbio alcázar y a la sombra de sus bellos jardines de Córdoba, después de terminada la guerra civil de sus dos tíos, si por el Nordeste de la Península no viera irse estrechando las fronteras de su imperio al empuje de las armas de otro formidable adversario. Ni Carlomagno ni su hijo Luis habían renunciado a sus proyectos sobre España. Uno y otro tenían honra que vindicar, pérdidas que resarcir, y ambición que satisfacer: y la asamblea de Tolosa que hemos mencionado, no había sido estéril; habíase acordado en ella una nueva invasión, y realizóse con la ayuda y cooperación que había ido a ofrecerles en Tolosa aquel jefe de frontera Balhul, uno de aquellos moros de quienes dice la crónica árabe, «que acostumbrados a ser independientes en sus gobiernos, se mantenían en ellos con artera y vil política, buscando la amistad y el favor de los cristianos para no obedecer a su señor ni servirle, y cuando ya no podían sufrir la opresión de los cristianos, fingían ser leales y buenos muslimes, y se acogían al rey, que por esta causa se había perdido aquella frontera.» Viene, pues, otra vez el ejército franco-aquitanio. Gana fácilmente los lugares fronterizos: Gerona, tres veces en un año tomada y perdida por musulmanes y cristianos: la antigua Ausona, tan floreciente en otro tiempo, y en aquella sazón casi deshabitada [487]; Caserras, situada sobre una alta roca; el fuerte de Cardona, en la pendiente de un desfiladero; Solsona, Manresa, Berga, Lérida, todas fueron cayendo sucesivamente en poder de los francos, que se dedicaron a fortificarlas, como quien pensaba hacer asiento en el país, que fue el núcleo de lo que había de llamarse luego Marca Hispana, y quedó por entonces encomendado al conde Borrell. El gobernador de Barcelona Zaid rehusó entregar la plaza, según había ofrecido. Tal era la fe de los moros. Quedó Barcelona para ser especial objeto de una gran cruzada por parte de los francos.

En el primer año del siglo IX. se celebraba en Tolosa una solemne asamblea, especie de Campo-de-Mayo, presidida por el rey Luis de Aquitania. Tratábase de formar una gran liga de todos los condes y leudes francos y aquitanios para la conquista de Barcelona. El duque Guillermo de Tolosa fue el orador más vehemente y el instigador más fogoso en favor de la expedición. Ardía en deseos de vengar el desastre del Orbieu. El discurso de aquel Guillermo, entonces duque y después santo, arrastró tras sí los votos de toda la asamblea. Francos, vascones, godos y aquitanios, de Tolosa, de la Guiena y de la Auvernia, provenzales y borgoñones enviados como auxiliares por Carlomagno, formaron el grande ejército expedicionario, que fue dividido en tres cuerpos. En el otoño de aquel año (801), una numerosa hueste cristiana derribaba los árboles de las cercanías de Barcelona, levantaba estacadas, construía torres de madera, armaba escalas, arrastraba piedras , manejaba arietes y todo género de máquinas de batir. Un moro, seguido de una muchedumbre de gente, paseaba por lo alto de los muros de Barcelona. Era Zaid, que alentaba a los musulmanes a

486 Albeld.Chron. l.c.-Astron. Vit. Hludovici Pii—Egin. Vit. Karol. Magn.

487 Estaba tan destruida que se le dio el nombre de Vicus (aldea) Ausonensis, de donde le que- dó el de Vic, Vique, y hoy Vich. Tomo ni. 12

que no desmayáran a la vista del ejército franco. Todos los asaltos de los sitiadores eran rudamente rechazados con no poca pérdida de la gente cristiana.

Los musulmanes esperaban que Alhakem les enviára socorros de Córdoba. Pero habíase apostado para impedirlo el duque Guillermo de Tolosa con el tercer cuerpo entre Tarragona y Lérida. Por otra parte, el moro Balhul, acaudillando los cristianos del Pirineo, aquellos rústicos y bravos montañeses avezados a todo género de privaciones y de fatigas, devastaba las campiñas y poblaciones árabes que hallaba descuidadas, y en una de sus atrevidas excursiones llegó a apoderarse de Tarragona, que hizo su plaza de armas. Singular fénomeno el de un caudillo musulmán haciendo guerra terrible a los de su misma creencia con guerrilleros cristianos. Un cuerpo de auxiliares andaluces mandado por Alhakem hubo de retroceder apenas llegó a Zaragoza, espantado del aparato bélico de los cristianos. Con eso pudo el duque Guillermo reunirse con su división a la de los sitiadores, y activáronse las operaciones del asedio, y jugaron con más vigor las máquinas de guerra. Insultábanse y se denostaban sitiados y sitiadores. *«¡Oh mal aconsejados francos!* gritaba un árabe de lo alto del muro; *¿a qué molestaros en batir nuestras murallas? Ningún ardid de guerra os podrá hacer dueños de la ciudad. Sustento no nos falta; tenemos carne, harina y miel, mientras vosotros pasáis hambre.»—«Escucha, orgulloso moro,* le contestó el duque Guillermo; *escucha palabras amargas que no te agradarán, pero que son ciertas. ¿Ves este caballo pío que monto? Pues bien, las carnes de este caballo serán despedazadas con mis dientes antes que mis tropas se alejen de tus murallas, y lo que hemos comenzado sabremos concluirlo.»*

Lo del moro había sido una arrogante jactancia. Hambre horrible llegaron a sufrir los sitiados: los viejos cueros de que estaban aforradas las puertas los arrancaban y los comían; otros preferían a las angustias del hambre precipitarse de lo alto de las murallas en busca de la muerte: todo menos rendirse: heroísmo digno de otra mejor causa y religión que la de Mahoma: excitaban ya la compasión como la admiración de los mismos cristianos. Créese que luego recibieron socorros por mar, porque el sitio continuó, y ellos en vez de rendirse se mostraron más firmes y animosas.

Aproximábase ya la cruda estación del invierno, y esperaban los muslimes que los rigores del frío obligarían a los cristianos a levantar el sitio y volver el camino de Aquitania. Por lo mismo fue mayor su confusión y sorpresa al ver desde las murallas los preparativos para la continuación del bloqueo, construir chozas, clavar estacas, colocar tablones, levantar, en fin, por todo el campo atrincheramientos y abrigos que indicaban intención resuelta de pasar allí el invierno. Mayor fue todavía el desánimo de los mahometanos al percibir un día en el campo enemigo del lado del Pirineo un movimiento y una agitación desusada. Era el rey Luis que acababa de llegar del Rosellón con su ejército de reserva, avisado de que era el momento y sazón de venir a recoger la gloria de un triunfo con que ya se atrevian a contar. El desaliento de los musulmanes de la ciudad fue grande entonces: hablábase ya públicamente de rendición: solo Zaid rechazaba esta idea con energía, y para reanimarlos les daba esperanzas de recibir pronto socorros de Córdoba. Poco tiempo logró mitigar la ansiedad del pueblo, porque los socorros no llegaban y Alhakem parecía tenerlos abandonados. Zaid veía crecer la alarma y los temores, y no hallaba ya medio de acallarlos. Asaltóle entonces el atrevido pensamiento de salir él mismo de la ciudad, ir a Córdoba, pedir auxilio al emir, y volver a la cabeza de las tropas auxiliares a libertar a Barcelona. Arrojado era el proyecto, pero ante ninguna dificultad retrocedía el intrépido y valeroso Zaid. Comunicóle a los demás jefes, nombró gobernador de la plaza durante su ausencia a su pariente Hamar, y se dispuso a ejecutar su designio a la noche siguiente. Encargó y recomendó mucho a sus compañeros que no desanimaran, que no se asustaran por nada, que tuvieran serenidad, pero que no provocaran al enemigo con salidas imprudentes, seguros de que no tardaría en venir en su socorro.

A estas instrucciones añadió otra muy notable, que prueba la previsión al mismo tiempo que el ardor generoso del bravo musulmán. *«Si por casualidad*, les dijo, *cayese en poder de los cristianos, lo cual no es un imposible, y quisieran sacar partido de mi cautiverio imponiéndome por condición para el rescate de mi vida el exhortaros a entregar la ciudad, no me escuchéis, no hagáis caso de mis palabras, manteneos firmes, sufridlo todo, hasta la misma muerte, como la*

sufriré yo, antes que rendiros con ignominia. Esto es lo que os dejo encargado.» ¿Cómo no había de inflamarse , por decaído que estuviese, el espíritu de los muslimes con tales palabras?

Llegó la noche; una noche tenebrosa de invierno. Zaid había observado un sitio del campo enemigo en que las tiendas y cabañas estaban menos espesas o a más distancia unas de otras. En aquella dirección salió Zaid a caballo por una puerta secreta: el animal parecía comprender el oculto designio de su dueño; en medio del silencio de la noche percibíanse apenas sus pisadas: así llegaron sin ser sentidos casi a las últimas chozas que ceñían el campamento: unos pasos más, y el atrevido musulmán se veía libre de peligros. Ya casi se lisonjeaba de estarlo cuando una desigualdad del camino hizo tropezar al caballo: el cuadrúpedo se levanta, relincha, espoléale el jinete, corren... poco les falta para salvar el campo... pero al relincho del corcel todos los centinelas se han puesto en movimiento, y Zaid encuentra embarazado el paso por un pelotón de soldados. En su vista retrocede camino de Barcelona: pero la alarma había cundido por todas partes; por todas encuentra soldados cristianos, que le acosan, le cercan, le hacen en fin prisionero, y le conducen a la tienda del rey. La alegría se derrama por el campamento cristiano; la noticia no tarda en llegar a los sitiados de Barcelona: compréndese el terrible efecto que causaría.

Sucedió todo lo que Zaid había previsto. Los francos quisieron valerse de su ilustre prisionero para que aconsejara a los suyos la entrega de la ciudad. Presentáronle, pues, ante los muros de Barcelona con un brazo ligado, el otro desnudo y suelto. Cuando Zaid llegó a sitio de poder hacerse oír de los suyos agolpados sobre las murallas, extendió hacia ellos el brazo que le quedaba libre, y comenzó a exhortarlos a voz en grito que abriesen las puertas de la ciudad; pero al mismo tiempo doblaba los dedos y hacía otras semejantes demostraciones, como para dar a entender que ejecutaran todo lo contrario de lo que con la voz les ordenaba. Reparó el duque Guillermo en aquel juego misterioso, sospechó de él, y no pudiendo reprimir su indignación dejóse arrebatar hasta el punto de descargar su puño sobre el rostro del astuto musulmán. Su seña, sin embargo, no había sido perdida: los jefes de la ciudad la comprendieron y continuaron defendiéndose con vigor. También los sitiadores redoblaron sus esfuerzos. Resolvióse el asalto general; no hubo máquina que no se empleara; eran tantas, dice la crónica, que faltaba sitio para colocarlas; abriéronse al fin algunas brechas, más al penetrar por ellas los cristianos, millares de flechas, piedras y dardos llovían sobre ellos. Los cristianos hacían no menor destrozo en los musulmanes.

Últimamente, agotados todos los medios de defensa, hostigados por todas partes, oprimidos por el número, su jefe en poder delos sitiadores, cedieron los árabes y se rindieron, más no sin obtener honrosas condiciones del vencedor, entre ellas la de salir de la ciudad ellos y sus familias con armas y bagajes, y la de poder retirarse libremente a la parte de territorio musulmán que les agradase escoger. Bajo este pacto abrieron las puertas y franquearon la entrada al ejército franco-aquitano. Solo entró aquel día una parte de él a tomar posesión de la ciudad. Hízolo el rey al siguiente con gran aparato, precedido de sacerdotes y clérigos cantando salmos y entonando himnos, y con este cortejo pasó a la iglesia de Santa Cruz a dar gracias a Dios por tan importante victoria.[488]

Poco tiempo permaneció en Barcelona el rey Luis. Dejando en ella en calidad de conde a Bera, noble godo, y uno de los capitanes que más se habían distinguido en el asedio, con fuerte guarnición de francos y españoles, regresó a Aquitania. Desde allí despachó al conde Bego a anunciar al emperador Carlomagno, su padre, los triunfos de sus armas, enviándole en testimonio de ello al ilustre y desgraciado prisionero Zaid con multitud de despojos de guerra. Bego encontró en Lyon un ejército que Carlomagno enviaba en auxilio de su hijo Luis, al mando de Carlos su hermano mayor, el cual, no siendo ya necesario, volvió incorporado con Bego cerca de su padre. Extraordinario júbilo causó al emperador la nueva de la conquista de Barcelona, y acaso, añade un

488 A las noticias de Eginhard, del Astrónomo autor de la vida de Ludovico Pío, del arzobispo Marca, de Conde, de la historia de Languedoc, etc. sobre estos sucesos, hemos añadido los interesantes y dramáticos pormenores que sólo se encuentran en la obra titulada Gesta Ludovici Pii de Ermoldius Nigellius, o Ermold-el-Negro, como le nombra Mr. Guizot.

historiador francés, le halagó un momento la idea de poder hacer de toda España una provincia del imperio de Occidente con que acababa de ser investido.[489] Cuéntase que Zaid fue mal recibido y no mejor tratado por el nuevo emperador, y que el mismo día de su presentación le condenó a destierro.

Tal fue el famoso sitio y toma de Barcelona por Ludovico Pío, hijo de Carlomagno y rey de Aquitania; uno de los más importantes acaecimientos de aquella época, por las consecuencias que estaba llamado a producir; verdadero fundamento de la Marca Gótica, y principio y base del condado de Barcelona, que tanta influencia y tanto peso había de tener en la solemne lucha entre el mahometismo y el cristianismo, entre la esclavitud y la libertad de España, que hacía cerca de un siglo se había inaugurado.

489 Carlomagno recibió la corona del imperio de Ocpidente de mano del papa León III. en Roma el año 800

CAPÍTULO VIII.
ALFONSO II. EN ASTURIAS: ALHAKEM I. EN CÓRDOBA.
De 802 A 843.

Recobra Alhakem una parte del territorio perdido en la España Oriental.—Noche horrible y trágica en Toledo. Espantoso espectáculo. Crueldad abominable del walí Amrú.—Sublevación en Mérida apagada. La bella Alkinza.—Conspiración en Córdoba contra el emir. Otra catástrofe sangrienta.—Carlomagno y su hijo Luis de Aquitania intentan en vano por tres veces distintas tomar a Tortosa.—Frústrase otra expedición de los francos contra Huesca.—Invasión de Ludovico Pío, rey de Aquitania, hasta Pamplona. Sus exquisitas precauciones al regresar por Roncesvalles.—Triunfos del rey Alfonso el Casto en Galicia sobre los árabes.—Famosos rescriptos de Carlomagno y Luis el Pío en favor de los españoles de la Marca Hispana.—Abdicación del emperador Carlomagno en su hijo Luis.—Alhakem proclama sucesor del imperio a su hijo Abderrahman.—Muerte de Carlomagno, y división de sus estados.—Horrorosas escenas en Córdoba. Suplicio de trescientos nobles musulmanes. Famosa destrucción del arrabal. Emigracion de veinte mil cordobeses.—Misantropía de Alhakem: sus demencias: su muerte.—Alfonso el Casto: funda y dota la catedral de Oviedo.—La cruz de los Ángeles.—Invención del sepulcro del apóstol Santiago.—Se erige en catedral el templo de Compostela.—Restablece Alfonso el orden gótico en su reino.—Últimos hechos de Alfonso el Casto: su muerte.

Dominaba Alfonso el Casto en el segundo año del siglo IX. además de las Asturias, el país de Galicia hasta el Miño, algunos pueblos de lo que después fue León y Castilla, la Cantabria y provincias vascas, debilitándose su acción en estas últimas hasta perderse en la Vasconia, que a veces se sometía a los sarracenos o se aliaba con ellos o con los francos, o se mantenían libres algunas de sus comarcas el tiempo que podían. Las ciudades de la Lusitania, poseídas por los árabes, pero expuestas a las irrupciones de los cristianos de Asturias, solían mudar frecuente aunque momentáneamente de dueño, según los varios sucesos de la guerra. Los musulmanes acababan de ver desmembrarse una buena parte de su imperio por una y otra vertiente del Pirineo Oriental, y la conquista de Barcelona aseguraba al hijo de Carlomagno el territorio español que con el nombre de Marca Hispana se extendía desde las fronteras de la Septimania hasta Tortosa y el Ebro, y constituía una parte integrante de la Marca Gótica.

No se comprende la causa de haber estado el emir Alhakem tan remiso en socorrer a los apurados defensores de Barcelona. Acaso no le pesaba ver comprometido a aquel Zaid que antes había cometido la imprudente ligereza de ofrecer la entrega de la plaza a Carlomagno. Es lo cierto que todo estaba terminado ya cuando el emir se movió con su ejército a Zaragoza. No fue, sin embargo, estéril esta expedición. Procedió primeramente a ocupar a Pamplona que no perdonaba ocasión de desprenderse del dominio musulmán, y descendiendo por las riberas del Ebro pasó a Huesca, cuyo walí Hassan era de aquellos que se ofrecían a musulmanes y a cristianos, y no guardaban fe ni a cristianos ni a musulmanes. Y habiendo restablecido allí su autoridad y acaso decapitado al walí (de quien por lo menos no volvió a saberse), dedicóse a exterminar al famoso guerrillero mahometano Balhul, que desde Tarragona, la antigua ciudad de los Escipiones y de los Césares, ahora guarida de un bandido musulmán, con sus bandas de cristianos, gente ruda y montaraz de los Pirineos, sorprendía las guarniciones muslímicas de las comarcas del Ebro, vejaba las poblaciones y devastaba los campos. Pudo el emir apoderarse fácilmente de Tarragona, que se hallaba desmantelada de muros, pero habiéndose corrido Balhul hacia Tortosa, allí le persiguió el emir, que después de darle muchos combates parciales logró al fin vencerle en formal batalla, no sin esfuerzo grande, que no menos de catorce horas se sostuvo peleando con impavidez el rebelde caudillo musulmán. Cayó por último vivo en manos del emir, que instantáneamente y en el acto le hizo decapitar (803). Con esto y con proveer a la seguridad de la frontera, sin intentar por entonces recobrar a Barcelona, regresó Alhakem por Tortosa, Valencia, Denia y el país de Tadmir a Córdoba, desde donde envió una embajada (804), con un séquito de quinientos caballeros andaluces, al joven Edris ben Edris que acababa de ser proclamado emir independiente del Magreb, ofreciéndole su amistad y alianza; que importaba mucho a los Ommiadas de Córdoba fomentar todo lo que fuese desmembrar el imperio de los Abassidas de Oriente.[490]

490 Este Edris ben Edris, segundo emir independiente de Africa, fue el que después en 807 (191 de la Hégira) edificó la

Una serie de horribles tragedias, tan espantosas que las tomáramos por ficciones de imaginaciones sombrías si no las viéramos por todas las historias árabes confirmadas, señalaron el resto del reinado del primer Alhakem.

Atónitos y helados de estupor se hallaron una mañana los moradores de Toledo al ofrecerse a sus ojos el sangriento espectáculo de cuatrocientas cabezas separadas de sus troncos y destilando sangre todavía. El espanto se mudó en indignación al saber que aquellas cabezas eran de otros tantos nobles toledanos. ¿Quién había sido el bárbaro autor de aquella horrorosa matanza, y cuál la causa del espantoso sacrificio?

Recordará el lector que cuando el walí Amrú rescató a Toledo del poder del rebelde Ambroz cuya cabeza llevó al emir hallándose en Chinchilla, había dejado por gobernador de la ciudad a su hijo Yussuf. Este inexperto y acalorado joven había con sus violencias y su imprudente conducta exasperado en tal manera a los toledanos, que llegó a producir un tumulto popular en que su alcázar, su guardia, su vida misma corrieron inminente riesgo. Interpusiéronse los jeques y principales vecinos, y lograron apaciguar la tumultuada muchedumbre. Mas sabiendo que el imprudente walí intentaba hacer un ejemplar escarmiento en los sublevados, y temiendo que provocara nuevos desórdenes y desafueros, apoderáronse ellos mismos del temerario Yussuf, y encerráronle en una fortaleza, enviando luego un mensaje al emir en que le participaban respetuosamente lo que se habían visto forzados a hacer para sosegar al irritado pueblo. Recibió el emir estas cartas cuando iba a Pamplona, enseñóselas a Amrú , el padre de Yussuf, y después de haber acordado sacar a Yussuf de Toledo, donde su presencia era peligrosa, y dádole la alcaidía de Tudela, Amrú, disimulando el agravio, se convidó u reemplazar a su hijo en el gobierno de Toledo, a lo cual accedió el emir.

Oculto llevaba ya Amrú un pensamiento de venganza contra los nobles toledanos que habían sabido enfrenar a su desacordado hijo. Meditaba una ocasión, y quiso que fuese estruendosa y solemne. Enviaba Alhakem a la España Oriental cinco mil caballos andaluces al mando de su hijo Abderrahman, joven de quince años. Al pasar la hueste cerca de Toledo salió Amrú a rogar al joven príncipe se dignara entrar en la ciudad y descansar algún día en su alcázar. Aceptó Abderrahman la invitación, y se hospedó en casa del walí, el cual para obsequiar al ilustre huesped dispuso para aquella noche un magnífico festín, a que convidó a todos los vecinos más distinguidos y notables de la ciudad. Acudieron estos a la hora señalada. Al paso que los convidados entraban confiadamente en el alcázar, apoderábanse de ellos los guardias de Amrú, conducíanlos a una pieza subterránea, y allí los iban degollando. El trágico término del festín le pregonaban a la mañana siguiente las cuatrocientas cabezas que el bárbaro Amrú hizo enseñar al pueblo para inspirarle terror. ¿Qué parte habían tenido en la horrenda matanza Alhakem y su hijo? Si el emir no la había ordenado o consentido, por lo menos así se divulgó por la ciudad, y gran parte del odio y de la animadversión pública cayó sobre él (805). En cuanto al joven Abderrahman, no se le creyó participante de la negra traición. A los tres días salió con su hueste en dirección de Zaragoza[491].

Amagaba casi al mismo tiempo en Mérida otra catástrofe, que acertó a evitar la resolución animosa de una mujer. Esfah, el primo y cuñado de Alhakem, que tenía el gobierno de aquella ciudad, había destituido a su wazir, el cual persuadió al emir de Córdoba que su destitución envolvía de parte de Esfah el proyecto de sustraerse a la autoridad del emirato y de proclamarse independiente. Creyólo Alhakem, y a su vez ordenó la separación de Esfah. Negóse éste a obedecerle diciendo: *«pues qué, ¿así se depone a un nieto de Abderrahman como a un hombre vulgar?»* La respuesta excitó la cólera de Alhakem, que partió al punto a Mérida, resuelto a hacer un ejemplar escarmiento en el soberbio walí. Guerra terrible amenazaba a Mérida sitiada por el ejército de Alhakemi desgracias y desórdenes se temían dentro de la población, cuando por una de las puertas de la ciudad se ve salir montada en un fogoso corcel una mujer árabe lujosamente vestida, que acompañada de dos solos esclavos atraviesa impávida el campo de los sitiadores, y se dirige y llega hasta el pabellón del emir. Era la bella y virtuosa Alkinza, hermana de Alhakem y

ciudad de- Fez, que vino a ser capital de un imperio.

491 Conde, cap. 32 y 33.

esposa de Esfah, que con varonil resolución había salido a interceder y con elocuente persuasiva pedía gracia al ofendido hermano en favor del desobediente marido. Dejóse vencer Alhakem a pesar de la acritud y aspereza de su genio, y se conjuró y desvaneció la tempestad. Juntos y en armonía entraron los dos hermanos en Mérida, y Esfah que no esperaba sino ser decapitado si caía en manos del emir, le tuvo hospedado en su casa y recibió de él la confirmación de su autoridad. Convirtióse en alegría y fiesta lo que se creyó que ocasionaría sólo llanto y luto, y Mérida bendecía a la noble y hermosa Alkinza (806).

Mas si la borrasca de Mérida se había conjurado por la mediación benéfica de una mujer, otra tan terrible como la de Toledo se preparaba en Córdoba, que ayudó a estallar el maléfico soplo de un hombre instigador. Una conspiración se había fraguado en la capital del imperio contra el aborrecido emir. Cassim, su primo, había fingido entrar en ella, y bajo la fe de conjurado le había sido confiada la lista de los conspiradores, que eran hasta trescientos caballeros de los principales de Córdoba. El desleal Cassim escribió reservadamente a su primo que se hallaba en Mérida, indicándole lo que pasaba y excitándole a que sin pérdida de tiempo se trasladase a Córdoba para castigar a los conjurados. Así lo ejecutó el colérico emir. Dos días antes que hubiera de estallar la conspiración, Cassim que estaba al corriente de todos sus planes y pasos entregó a su primo la fatal nómina, previniéndole que no se descuidase en hacer lo que convenía. «No se durmió el rey, añade la crónica, y por diligencia del *walilcodá*, o presidente del consejo, a la tercera vela de la noche vio *tendidas sobre sus alfombras las trescientas cabezas de los conjurados*, y mandó que amaneciesen puestas en garfios en la plaza, y escrito sobre ellas: *Por traidores enemigos de su rey.* Horrorizó al pueblo este atroz espectáculo, ignorando la mayor parte la causa de este escarmiento.»[492] ¡Así practicaba Alhakem los humanitarios consejos que su padre le había dado al tiempo de morir!

Después del viaje de Alhakem a las fronteras del Ebro, los vascones y pamploneses parece se habían desprendido de nuevo de la sumisión a los árabes uniéndose al rey de Aquitania, y en Galicia los caudillos muslimes habían concertado ya una tregua de tres años con los cristianos del rey Ánfús (Alfonso): que de esta manera se entablaban ya negociaciones entre el pueblo conquistado y el pueblo conquistador[493].

Donde más viva se mantenía la guerra, aunque en parciales choques y sin resultados sustanciales, era en el territorio que entre el Pirineo y el Ebro se conocía ya con el nombre de Marca Hispana, siendo ahora Barcelona el baluarte principal de los franco-aquitanios, como antes lo había sido de los árabes, y sirviendo a estos de apoyo la plaza de Tortosa, que como llave del Ebro y el punto más avanzado que les quedaba ya de aquella frontera se habían dedicado a abastecer en abundancia y a fortificar con esmero. Era también por lo mismo el punto en que tenía clavada su vista Carlomagno desde su palacio de Aquisgrán. Así en cumplimiento de sus órdenes, de que era su hijo Luis de Aquitania dócil ejecutor, salieron en 809 de Barcelona dos cuerpos de ejército a poner sitio a Tortosa, el uno a las inmediatas órdenes del mismo rey Luis, el otro a las de Borrell, marqués de Gothia, de Bera, conde de Barcelona, y de otros condes de la Marca de España. El primero recobró de paso a la desmantelada Tarragona, tomó algunas fortalezas, destruyó otras, incendió y saqueó las poblaciones del tránsito., y se puso sobre Tortosa. El segundo, después de una correría hasta el Guadalope cuyos romancescos pormenores e incidentes se complacen las crónicas francas en contar, logró al fin incorporarse con el primero ante los muros de aquella plaza, cuyo asedio emprendieron con vigor. Mas habiendo acudido desde Zaragoza el joven príncipe Abderrahman, junto con el walí de Valencia, dieron tan impetuosa acometida a los cristianos, que haciendo en ellos no poca matanza obligaron a los francos a tomar el camino de Barcelona con más precipitación de la que competia a soldados de Carlomagno, a tantos condes acreditados de guerreros y a un rey tantas veces victorioso cual era el hijo del emperador.

Ganó con esto no poca fama entre los suyos el joven Abderrahman, que apenas frisaba entonces en los 19 años. Mas en vez de recoger los frutos de su primera victoria, corrió a recoger

492 Conde, cap. 34.
493 Eginhard, ad ann. 806.-Conde, ubi supra.

aplausos en Córdoba, siendo nombrado en su lugar walí de Zaragoza el famoso Amrú, el verdugo de Toledo (809). El gobierno de Zaragoza era tentador para un musulmán del temple de Amrú. Distante del gobierno central, y comprendiendo bajo su dependencia porción de ciudades importantes de las fronteras de la Marca y de la Vasconia, comprendió Amrú el partido que de su nueva posición podía sacar, haciendo un doble papel con el emir su señor y con Carlomagno, el jefe de la cristiandad. Y como por muerte del conde franco Aureolo se apoderase bruscamente de las plazas de la Marca, por un lado escribía al emir poniendo a su disposición con la alegría de un celoso musulmán su nueva conquista, mientras por otro despachaba un mensaje a Carlomagno ofreciendo ponerse a su servicio: mensaje en que el emperador creyó de lleno, correspondiéndole con otro y enviándole legados para acordar la ejecución de lo prometido. Pero el astuto y falaz moro manejóse con tal maña, que los legados hubieron de volverse sin llevar otro resultado que buenas y muy atentas palabras y nuevas promesas.

De todos modos no desistía Carlomagno de su empresa sobre Tortosa. Además de la importancia de la plaza, el honor de las armas francas se hallaba empeñado en ello. Así al año siguiente (810), dispuso otra expedición, que encomendó, no ya a su hijo, a quien destinó a defender las costas de Aquitania de las depredaciones de los normandos, sino a Ingoberto, uno de los leudes de su mayor confianza. Otra vez partieron de Barcelona dos cuerpos de ejército. Singulares eran las precauciones conque marchaban. Caminaban solo de noche, muy en silencio y por desusadas veredas; ocultábanse de día en los bosques; ni llevaban tiendas, ni encendían fuego; pero iban provistos de unas barcas de cuatro piezas, que se armaban y desarmaban fácilmente, y podían ser trasportadas en acémilas, con las cuales atravesaron el Ebro. ¿De qué les sirvieron tan exquisitas precauciones? El walí de Tortosa Obeidalah los hizo retirarse de delante los muros de la plaza tan vergonzosamente como la vez primera. El leude Ingoberto no fue más afortunado que lo había sido el rey Luis, y las huestes del gran emperador cristiano volvieron a la Aquitania con gran prisa y no poco bochorno[494].

A pesar de tan mal éxito, y cuando menos el emperador Carlomagno podía esperarlo, recibió en Aquisgrán una diputación del emir Alhakem proponiéndole la paz; y es que el emir, fatigado de guerrear con los cristianos de Galicia, conocía lo difícil de sostener a un tiempo las dos luchas de Oriente y Occidente. Aceptóla Carlomagno; si bien una expedición marítima de los árabes a la isla de Córcega dependiente del imperio, sirvióle de pretexto para romperla antes de trascurrir un año. Y fijo en su idea favorita de tomar a Tortosa, un nuevo y más numeroso ejército que los dos anteriores, al mando otra vez de Luis el Pío, partió en dirección de la codiciada ciudad. Provisto esta tercera vez Ludovico de todo género de máquinas de batir, hízolas jugar contra la plaza por espacio de cuarenta días. Una sumisión, menos real que ilusoria, de parte del walí Obeidalah, que ofreció entregar las llaves de la ciudad, y que debió ser uno de tantos ardides que los sarracenos solían emplear en los casos apurados para entretener al enemigo, fue bastante para que el rey Luis regresara a Aquitania sin que de esta tercera expedición hubiera recogido fruto alguno que por positivo y duradero pudiera tenerse[495]. Tanto que, picado el emperador su padre del poco resultado de esta empresa, envió en el mismo año de 811, otro cuarto ejército a la Marca de España a las órdenes del conde Heriberto, que esta vez parecía dirigido menos contra Tortosa que contra Huesca y los demás puntos que antes había poseído Aureolo y de que se había apoderado después Amrú, a quien acaso iba a pedir cuenta de la falta de cumplimiento de su promesa y de su conducta ambigua y falaz.

Tampoco fue esta invasión más feliz que las tres primeras. Desgraciadas fueron estas tentativas de los francos, y ni Carlomagno, ni su hijo, ni sus leudes y condes ganaron en ellas gran reputación.

494 Anon. Astronom. Vit. Ludovici.—Eginhard. Annal.— Ermold. Nigell.—Fauriel. Hist. de la- Gaul. tom. 3.—Murphy.—Conde.

495 Sólo su biógrafo habla de la entrega de la ciudad: ningún otro historiador ni árabe ni franco confirma esta noticia, y los sucesos posteriores demuestran que Tortosa continuaba en poder de los árabes.

Ni fueron tampoco más afortunados en otra incursión que al año siguiente (812), hizo el rey de Aquitania a otra comarca de nuestra Península, tiempo hacía de los monarcas francos codiciada, la Vasconia española. Los vascones de la otra vertiente del Pirineo se habían alzado hostigados por las vejaciones que sufrían del gobierno de Aquitania. El rey Luis había marchado en persona contra ellos y sometídolos por la fuerza. Después de lo cual determinó venir a la Vasconia ullrapirenáica, que ya comenzaba entonces a llamarse Navarra. Conocía el espíritu indócil de estos habitantes, que en su independiente altivez, si en algunas ocasiones como en 806 se amoldaban a la alianza de los galo-francos para sacudirse de los sarracenos, nunca de buena voluntad toleraban el influjo de gente extraña, aunque fuesen cristianos como ellos, y solo la necesidad los hacía valerse alternativamente del apoyo de unos y otros, mientras de unos y otros hallaban oportunidad de descartarse. Venía Luis con objeto de afirmar aquí su autoridad, y entrando por San Juan de Pie-de-Puerto, llegó sin obstáculo a Pamplona por el mismo camino que treinta y cuatro años antes había traído su padre. Ni en la ciudad, ni en su comarca encontró resistencia, y arregló el gobierno del país al modo que en la Marca Hispana lo había hecho.

Sospechosa se le hizo ya por lo extraña al hijo del emperador aquella conformidad de los navarros, y habiendo determinado regresar a Aquitania por aquel mismo Roncesvalles de tan funesta memoria para Carlomagno, no lo hizo sin tomar precauciones para que no le aconteciese lo que a su padre. Y hubiérale sucedido sin previsión tan oportuna, porque ya le esperaban los montañeses dispuestos a repetir la famosa caza de Roncesvalles. Pero Luis hizo reconocer y ojear antes los montes y collados, y las cañadas y valles por donde tenía que pasar, y como hubiese caído en poder de los exploradores un navarro que tomaron por caudillo de aquellas gentes, hízole colgar de un árbol, y apoderándose en seguida de las mujeres y niños de algunas poblaciones de aquellos valles, mandó el rey colocarlos en medio de las filas de su ejército, y así atravesaron aquellos desfiladeros terribles hasta llegar a sitio en que no pudieran ya ser sorprendidos. Tan temibles se habían hecho los navarros y tan viva se conservaba en la memoria de los francos la derrota de 778[496].

Mientras de esta manera se libertaba Luis de Aquitania de las asechanzas de los navarros, el joven Abderrahman, hijo de Alhakem, que había vuelto a tomar el gobierno de la España Oriental, invadía la Marca Hispano-Franca, recobraba a Tarragona y Gerona, llevaba las armas muslímicas hasta la Narbonense, y volvía cargado de riquezas y cautivos: después de lo cual pasó e las fronteras de Galicia.

Fatigaba a Alhakem y apuraba su paciencia la guerra que por esta parte le hacían los cristianos; tanto que de vuelta a Córdoba en 811, encomendó su dirección a los dos más bravos generales del ejército musulmán, Abdalá y Abdelkerim. Alentados estos con algunos sucesos parciales, llevaron sus campamentos hasta el otro lado del Miño, internándose así imprudentemente en comarcas montañosas que no conocían bien. El resultado de esta imprudencia vino a serles fatal. Dejemos a sus historiadores que lo refieran ellos mismos. «Al año siguiente, dice la crónica arábiga (813), vencieron los cristianos al caudillo Abdalá ben Malehi en la frontera de Galicia, y sufrieron los muslimes cruel matanza, y el esforzado caudillo Abdalá murió peleando como bueno, y su caballería huyó en desorden, llevando el terror y el espanto a la hueste que acaudillaba Abdelkerim, y a pesar del valor de este caudillo huyeron desbaratados, y por huir se atropellaban, que muchos murieron ahogados en la corriente de un río, donde confusamente se arrojaban unos sobre otros: otros se acogían a los cercanos bosques y se subían sobre los árboles, y los ballesteros enemigos por juego y donaire los asaeteaban y burlaban de su triste suerte. Cuenta Iza ben Ahmed el Razi, que después de esta derrota estuvieron trece días ambas huestes a la vista sin osar los cristianos ni los

496 Eginhard. Annal.—Astron. Anon.—El cap. 11 del libro VII. que Mariana dedica a hablar de la venida de Carlomagno a España abunda, como hemos dicho, de inexactitudes históricas y cronológicas, con mezcla de no pocas fábulas. La invasión de Carlomagno en 778, y la batalla de Roncesvalles la supone en 842 o 44, y no habla de la de su hijo Luis el Bondadoso.

muslimes venir a batalla: pero que en una sangrienta escaramuza que se empeñó por ambas partes, fue herido de un bote de lanza Abdelkerim, y dos días después murió.»[497]

Nada podría expresar mejor esta solemne derrota delos musulmanes, que las palabras sencillas con que la cuenta el historiador de su nación, ni nada puede dar idea del pavor que se apoderó de ellos, como representarlos encaramándose a los árboles y escondiéndose entre sus ramas, y a los cristianos entreteniéndose en cazarlos como si fuesen aves de rapiña. Estas dos derrotas se verificaron en Naharon y a orillas del río Ancéo[498]. Debieron a resultas de esta victoria los cristianos posesionarse de todo el país desde el Miño hasta el Duero, pues cuando Abderrahman pasó de la frontera Oriental a la de Galicia, dice la crónica que arrojó a los cristianos de Zamora. Entonces fue cuando ajustó con ellos la tregua de tres años. El rey Alfonso el Casto de Asturias era el que guiaba los cristianos de Galicia.

Desde que los franco-aquitanios habían conquistado aquella parte de España que se llamó Marca Hispana, habían acudido a aquel país muchos cristianos del interior, huyendo del dominio sarraceno. Todos eran allí bien recibidos, porque hacían falta hombres para poblar y brazos para el cultivo de las tierras. En poco tiempo estos activos colonos hicieron prosperar la agricultura, pero excitada la envidia y la codicia de los condes, oprimiéronlos con impuestos exorbitantes, llegando hasta disputarles la propiedad de sus tierras y la posesión de las ciudades que ellos habían fundado. Quejáronse los maltratados colonos al emperador, el cual los escuchó favorablemente, y en su virtud expidió un *præceptum*, que ahora llamaríamos carta, edicto o pragmática, a los principales condes de la Gothia[499]. La tregua recientemente ajustada entre moros y francos dio ocasión a Luis el Pío para poner en ejecución la carta expedida poco antes por su padre en favor de la población española. El texto del célebre *Præceptum* de Carlomagno decía así, traducido del latín al español.

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Carlos, Serenísimo, Augusto, coronado por la mano de Dios, emperador grande, pacífico, gobernador del imperio romano, y por la misericordia de Dios rey de los francos y de los lombardos, a los condes Bera, Gausælino, Gisclaredo, Odilon, Ermengardo, Ademar, Laibulfo y Erlino.

»Sabed que los españoles cuyos nombres siguen, habitantes de los países que vosotros administráis, Martín, sacerdote, Juan, Quintila, Calapodio, Asínario, Egila, Esteban, Rebellis, Ofilo, Atila, Fredemiro, Amable, Cristiano, Elperico, Homodei, Jacinto, Esperandei, otro Estéban, Zoleiman, Marchatello, Teodaldo, Paraparius, Gomis, Castellano, Ardarico, Vasco, Vigiso, Viterico, Ranoido, Suniefredo, Amaucio, Cazorellas, Langobardo y Zate militares, Obdesindo, Valda, Roncariolo, Mauro, Pascales, Simplicio, Gabino y Salomón, sacerdote[500], han acudido a nos quejándose de las numerosas opresiones que sufrían de vosotros y de vuestros oficiales inferiores. Y nos han dicho, así como lo atestiguan los unos de los otros a nuestro fisco, que ciertos jefes del país los han arrojado de sus propiedades contra toda justicia, quitándoles el beneficio de nuestra investidura de que han gozado hace treinta años y más; representándonos que eran ellos los que en virtud de la licencia que les habíamos otorgado habían sacado estas tierras del estado de incultura. Dicen también que muchas ciudades que ellos mismos edificaron les han sido quitadas por vosotros, y que los sometéis a prestaciones injustas, que vuestros ujieres les exigen violentamente y a la fuerza. Por lo tanto, hemos dado orden a Juan, arzobispo[501] nuestro delegado, de presentarse a nuestro muy amado hijo, el rey Luis, para tratar con él de este negocio cuidadosa y minuciosamente. Le enviamos, pues, a fin de que llegando oportunamente y compareciendo

497 Conde cap. 35.

498 Sebast. Salmant. Chron. num. 48.

499 Del nombre de esta marca o territorio, Gothia, debió derivarse el de Cataluña, que recibió más adelante la parte española en él comprendida. Gothland, palabra teutónica que significa tierra- de Godos, se fue latinizando y convirtiendo en Gothlandia, Gothalania, Catalonia, y después Cataluña.

500 Entre estos nombres los hay, como advertirá el lector, de origen romano-hispano, como Cristiano, Homodei, etc., otros góticos, como Atila, Elperico, Viterico, etc., y otros también sarracenos, como Mauro, Zoleiman o Suleiman, Zate, que acaso seria Zaide, sin duda musulmanes conversos.

501 Era el arzobispo de Arlés.

vosotros por vuestra parte a su presencia, arregle cómo y de qué manera hayan de vivir los españoles. Hemos, no obstante, ordenado expedir estas cartas, y os las despachamos, para que ni vosotros ni vuestros oficiales subalternos impongáis por vosotros mismos censo alguno a los susodichos españoles, venidos a nos de España con confianza, propietarios ahora de yermos o baldíos que les habíamos dado a cultivar, y que se sabe han cultivado, ni permitáis que ellos mismos se impongan ninguno, sino que al contrario, mientras nos sean fieles a nos y a nuestros hijos, lo que han poseído durante treinta años lo posean tranquilos ellos y sus herederos, y vosotros se lo conservéis. Y todo lo que hayáis hecho vosotros y vuestros oficiales contra justicia, si les habéis tomado algo indebidamente, lo restituyáis al momento si queréis obtener el favor de Dios y el nuestro. Y para que deis más entera fe a este escrito, hemos ordenado que vaya sellado con nuestro anillo.

»Dado el IV. de las nonas de abril, en el año de gracia de Cristo, XII. de nuestro imperio, el XLIV. de nuestro reinado en Francia, y el XXXVIII. de nuestro reinado en Italia, en la V. indicción. Fecho felizmente en el palacio real de Aquisgrán, en el nombre de Dios. Amen.»[502]

Este rescripto o *præceptum* fue confirmado por dos cartas posteriores redactadas en el mismo espíritu, pero más explícitas todavía, sobre los derechos y deberes de los españoles refugiados. «Todos los que sustrayéndose a la dominación de los sarracenos, decía el emperador en la primera a sus condes, se pongan espontáneamente bajo nuestra potestad, queremos sepáis que los tomamos bajo nuestra particular protección, y que entendemos que conservan su libertad.» Seguidamente deslinda los derechos y obligaciones de dichos súbditos. Estos colonos estaban obligados como los demás hombres libres a tomar las armas al llamamiento de sus condes, a los cuales competía regularizar el servicio. Estábanlo también a proveer de raciones, alojamientos y bagajes a los enviados del emperador y a los de su hijo Lotario. Ninguna otra carga debía imponérseles. Debían comparecer ante su conde, cuando fuesen judicialmente llamados, así en las causas civiles como en las criminales. Los negocios de menor cuantía, las contestaciones o diferencias que se suscitaban entre ellos y aquellos a quienes cedían sus tierras como precio del trabajo podían juzgarlas entre sí, según su antigua costumbre[503]. Pero los delitos de los terratenientes quedaban sujetos a la jurisdicción de los condes. Los colonos perdían todo derecho de propiedad sobre las heredades que cultivaban en el caso de abandonarlas, y volvían a su primer dueño. En lo demás, los colonos estaban exentos de tributos, y dependían directamente del emperador. Pero podían, según costumbre franca, hacerse vasallos particulares de un conde, o feudatarios suyos, si les parecía más ventajoso. El original de este rescripto o constitución, como se nombra en latín[504], se depositó en los archivos del palacio real de Aquisgrán, y se sacaron para cada ciudad tres copias, una para el obispo, otra para el conde, y otra para los vecinos españoles, es decir, para el pueblo.

La tercera carta (de 10 de enero de 816) arregló al fin las relaciones de los españoles entre sí. Los que se habían hecho vasallos de un propietario y en cambio y remuneración habían recibido tierras de él, debían conservar su disfrute con las condiciones una vez pactadas; cuya disposición se hizo extensiva a todos los refugiados españoles que en lo sucesivo se establecieron en las Marcas. De esta ordenanza se depositaron siete copias en las ciudades de Narbona, Carcasona, Rosellón, Ampurias, Barcelona, Gerona y Beziers, en cuyos territorios formaban los españoles una considerable parte de la población y tenían más particularmente sus propiedades[505].

Por esta reseña vemos la particular constitución que regia a los españoles de estas Marcas. Súbditos del imperio por una parte, sujetos por otra en lo militar y judicial a los condes, pudiendo

---

502 Baluz. Capitul. Tom. II.

503 More suo, sicut hactenus fecisse noscuntur.

504 Cujus constitutionis in unaquaque civitate, etc.

505 Entiéndese que estos dos rescriptos fueron dados ya por Luis el Pío, que había sucedido a su padre en el imperio, como ahora vamos a ver. Romey ha ilustrado mucho con documentos y útiles investigaciones este periodo de la historia franco-hispana, y su relación, conforme en lo general con nuestras averiguaciones, nos ha parecido preferible a otra alguna.

hacerse vasallos inmediatos, o del rey, o de los condes, o de sus mismos compatriotas propietarios, vivían entre sí ligados con costumbres y leyes particulares.

Por una coincidencia singular dos acaecimientos importantes y parecidos se verificaron en la España árabe y en el imperio cristiano de Occidente durante la tregua de que hemos hablado entre cristianos y musulmanes. El emperador Carlomagno sintiendo sus fuerzas debilitadas por la edad, llamó cerca de sí a su hijo Luis, y ante una asamblea de obispos, abades, duques, condes y sus lugartenientes, reunidos en su palacio de Aquisgrán, pacífica y honestamente, dice la crónica, preguntó a todos si serían gustosos en que trasmitiese el título de emperador a su hijo Luis. A lo cual contestaron unánimemente que tal pensamiento debía ser inspirado por Dios. Con que quedó Luis rey de Aquitania, reconocido emperador de Occidente como lo había sido su padre.

Por el mismo tiempo, conociendo Alhakem que su hijo Abderrahman, aunque joven, pues sólo contaba sobre veinte y dos años, era ya la gloria del estado y el alma del gobierno, convocó a todos los walíes, vazires, alcaides y consejeros, y a presencia de todos, según costumbre, le declaró walí alahdi o futuro sucesor del imperio, jurándole en seguida los primeros sus primos Esfáh y Cassim, hijos de Abdallah, después el hagib o primer ministro, el cadí de los cadíes, continuando los demás walíes y funcionarios, siendo celebrado aquel día con grandes y solemnes regocijos.

Ocurrió al año siguiente (28 de enero de 814) la muerte del emperador Carlomagno en Aix-la-Chapelle (Aquisgrán), a los setenta y dos años de edad, el cuarenta y siete de su reinado como rey de los francos, el treinta y seis de la fundación del reino de Aquitania, y el catorce del imperio. La muerte de este ilustre personaje, que tanto y por tantos años había influido en los destinos de Europa, no podía menos de hacerse sentir en nuestra España, si bien al pronto su hijo y sucesor Luis alteró muy poco la antigua constitución del imperio. Mas en el año 817 hízose la famosa partición del imperio franco entre los tres nietos de Carlomagno, Lotario, Pepino y Luis. Lotario fue asociado al título y a la potestad del emperador: a Pepino le fue adjudicada la Aquitania propiamente dicha, la Vasconia, la Marca de Tolosa, el condado de Carcasona en la Septimania, el condado de Autun en Borgoña, Avalon y Nevers. La Marca de España y la Septimania fueron segregadas del antiguo reino aquitanio, y erigidas en ducado, cuya capital se hizo a Barcelona, bajo la dependencia directa del imperio de Luis y del mayor de sus hijos, reconocido heredero de la dignidad imperial, y admitido a llevar su título provisionalmente.

Parece que en 815 se había roto la paz entre árabes y francos, pero momentáneamente y sin grandes consecuencias; pues Abderrahman que había vuelto a tomar el gobierno de las fronteras orientales, la solicitó de nuevo del emperador Luis y fue prorrogada por otros tres años.

Nadie gozaba más de ella que Alhakem. Desprendido de todo cuidado del gobierno, encerrado en su alcázar de Córdoba, pasando la vida en sus jardines entre mujeres y esclavas, entregado de lleno a los placeres sensuales, sin miramiento a las prácticas religiosas de los buenos muslimes, no se acordaba de que era rey sino para exigir tributos, y para satisfacer, dice la crónica, cierta sed de sangre que parece tenía, pasándose pocos días sin dar o confirmar alguna sentencia de muerte. Atribuyesele haber introducido en España el uso de los eunucos, de los cuales tenía muchos dentro del alcázar. Había creado y le rodeaba una guardia de cinco mil hombres, los tres mil andaluces mozárabes, y los dos mil eslavos, a los cuales asignó sueldo fijo, imponiendo para ello un nuevo derecho de entrada sobre varias mercancías. Su vida muelle y licenciosa tenía disgustados a todos los buenos musulmanes, y su despotismo irritaba al pueblo.

Un día negáronse algunos a pagar el nuevo tributo, y atrepellaron a los recaudadores. Siguióse conmoción y alboroto en las puertas. Diez de los transgresores fueron presos. Alhakem halló ocasión de satisfacer sus instintos sanguinarios, y mandó empalar a los diez delincuentes a la orilla del río. Acudió a presenciar la ejecución gran muchedumbre de pueblo especialmente del arrabal de Mediodía, y como acaeciese que un soldado de la guardia hiriera por casualidad a un vecino, alborotóse la multitud, y cargó sobre él a pedradas: herido y ensangrentado se acogió a la guardia de la ciudad, pero la muchedumbre desenfrenada persiguió a los soldados hasta el mismo alcázar con gran gritería y con amenazas insolentes. Alhakem ardiendo en cólera, sin escuchar los templados

consejos de su hijo, del hagib, y de otros caudillos, salió de su alcázar, y puesto a la cabeza de sus mercenarios cargó bruscamente a la muchedumbre, que huyó al arrabal y se encerró en las casas. Muchos habían caído atravesados por las lanzas de los eslavos. Sobre unos trescientos que cayeron prisioneros fueron clavados vivos en estacas y colocados en hilera a lo largo del río desde el puente hasta las últimas almazaras o molinos de aceite. A tan bárbara ejecución siguió una orden para que fuese demolido el arrabal, y por espacio de tres días se permitió a la soldadesca cometer a mansalva todo género de desmanes, salvo la violación de las mujeres que se les prohibió. Al cuarto día mandó el emir quitar de los maderos a los infelices ajusticiados, y otorgó seguridad de la vida a los que habían podido escapar con ella, pero desterrándolos de Córdoba y su territorio. Abandonaron, pues, aquellos desventurados, no ya sus hogares, sino las cenizas de ellos, único que había quedado. Muchos anduvieron errantes por las aldeas de la comarca de Toledo, hasta que por compasión les abrieron las puertas de la ciudad. Mas de quince mil pasaron con sus familias a Berbería, de los cuales ocho mil se quedaron en Magreb, y los restantes continuaron su marcha hasta Egipto[506].

En más de veinte mil hombres útiles disminuyó Alhakem con tan rudo golpe la población de Córdoba. El grande arrabal quedó convertido en campo de siembra, y se prohibió edificar en él. Y el sanguinario emir, que en el principio de su reinado se apellidaba *Al Morthadi* (el Afable), fue después llamado *Al Rabdi* (el del Arrabal), y *Abul Assy* (el Padre del mal), de que los cristianos hicieron Abulaz.

Desde este tiempo pocos sucesos notables ocurrieron en el imperio, como no fuesen las ordinarias correrías a las fronteras de Galicia y de Afranc, en que Abderrahman logró algunos parciales triunfos, y las expediciones marítimas que entonces ocupaban a los árabes a las islas de Cerdeña, de Córcega y Baleares, donde se señalaban por sus devastaciones, pero que mostraban el desarrollo que desde Abderrahman I. había tomado la marina del pueblo musulmán.

Por empedernido y sanguinario que fuese el corazón de Alhakem, la matanza del arrabal de Córdoba había sido tan espantosamente terrible, que sus recuerdos le hicieron caer en una hipocondría febril que le consumía el cuerpo y le alteraba la razón. Paseábase solo y como espantado de sí mismo por los salones y azoteas del alcázar; en aquellos paseos solitarios representábasele la matanza, y parecíale ver y oír la gente que combatía, el ruido y chocar de las armas y los ayes de los moribundos. A deshora de la noche solía llamar a su palacio a los caudillos y jeques de las tribus, como para encomendarles la ejecución de algún gran proyecto, y cuando los tenía reunidos hacía cantar a sus esclavas o danzar delante de ellos sus bailarinas, y seguidamente los mandaba retirarse a sus casas. Cuéntanse de él muchos actos de verdadera demencia. A veces exhalaba su melancolía y sus impetuosos instintos en cantos poéticos de fogosa y vehemente expresión. Pero la fiebre le iba consumiendo; y al fin un jueves, cuatro días por andar de la luna dylhagia del año 206 de la Hégira (25 de mayo de 822) murió el cruel Ommiada, arrepentido de su crueldad, dicen sus crónicas, después de un reinado de veinte y seis años.

---

506 Digna es de saberse la suerte que corrieron los desgraciados proscritos del arrabal de Córdoba. A los que se quedaron en Magreb les concedió el emir Edris ben Edris un asilo en su nueva ciudad de Fez, y el barrio que se les dio a habitar se llamó el Cuartel de los Andaluces. Menos afortunados los que prosiguieron a Egipto, les negó el gobernador de Alejandría la entrada en la ciudad, pero cansados ya y desesperados de tantas contrariedades e infortunios penetraron a viva fuerza, y después de hacer gran mortandad se apoderaron de ella y de su gobierno. Habiendo luego acudido Abdalá ben Taher, walí de Egipto por el Califa abassida Almamun, capituló con los cordobeses, accediendo estos a dejar la ciudad mediante una suma considerable de oro, y a condición de dejarles libres los puertos de Egipto y de Siria hasta que eligiesen una isla en que establecerse. Salieron, pues, los desterrados andaluces de Alejandría, y armandose de naves con el dinero que habían recibido, corrieron como piratas el mar y las islas de Grecia, hasta que al fin se asentaron en Creta, que hallaron poco poblada, y cuyo clima y fertilidad les agradó. Gobernábalos Omar ben Xoaib, natural de las cercanías de Córdoba, a qeuien desde el principio habían nombrado su caudillo. La parte de la isla que eligieron para su morada fue donde hoy se levanta Candía. Poco a poco se hicieron dueños hasta de veinte y nueve ciudades, convirtieron en mezquitas los templos cristianos, y propagaron allí el mahometismo. Rwechazaron varias expediciones que contra ellos fueron enviadas, y así se mantuvieron por espacio de 138 años hasta el 961, en que fue vencido su gobernador Abdelaziz ben Omar, y conquistada Creta por Armetas, hijo del emperador griego Constantino. Hist. Del Bajo Imperio.-Conde, cap. 36.

Alfonso de Asturias que desde su advenimiento al trono había mostrado a los árabes que el cetro cristiano se hallaba en manos harto más hábiles y fuertes que las de sus cuatro antecesores; Alfonso que desde la victoria de Lutos había paseado dos veces el pendón de la fe hasta los muros de Lisboa[507]; Alfonso, que desde las montañas de Galicia había sabido hacer frente y frustrar todos los esfuerzos del imperio musulmán; que había con su denuedo y su constancia desesperado a Alhakem, al joven e intrépido Abderrahman, a sus mejores caudillos Abdallah y Abdelkerim; Alfonso II. que como guerrero había hecho revivir los tiempos de Pelayo y del primer Alfonso, y pactado ya con el emir de Córdoba como de poder a poder, dedicábase en los períodos de paz a fomentar la religión como príncipe cristiano, y a regularizar y mejorar el gobierno de su estado como rey. Oviedo se embellecía y agrandaba con nuevos edificios públicos, casas, palacios, baños, acueductos, ya de sólida y regular arquitectura. La iglesia del Salvador, fundada por su padre Fruela, se reedificaba y convertía en grandiosa basílica episcopal, con doce altares dedicados a los doce apóstoles. Asistían a su solemne consagración todos los obispos que el peligro y la fe tenían refugiados en Asturias, y un noble godo, Adulfo, fue e! primer prelado que tuvo la honra de ser designado y puesto por el piadoso monarca para regir la primera catedral de la restauración, a la cual dotó el magnánimo rey con nuevas rentas, hizo y confirmó donaciones, y otorgó y ratificó privilegios.[508]

El pequeño templo dedicado a San Miguel, enclavado entonces en el palacio como capilla doméstica, y que hoy subsiste con el nombre de Cámara Santa, donde se custodian las reliquias de la catedral; el monasterio de San Pelayo, las iglesias de San Tirso, de San Julián, de Santa María del rey Casto, son monumentos que viven todavía en la capital de Asturias y recuerdan la piedad del ilustre hijo de Fruela.

Deseoso el rey de adornar la basílica del Salvador con una rica ofrenda, había reunido gran cantidad de oro y joyas con intento de hacer labrar una preciosa cruz. Inquieto y apesadumbrado andaba por no hallar en sus estados artista bastante hábil para poder ejecutar tan piadosa obra, cuando repentinamente al salir un día de misa (dicen las crónicas y las leyendas), se le aparecieron dos desconocidos en traje de peregrinos que le habían adivinado su pensamiento y se ofrecieron a realizarle. Al instante los llevó Alfonso a un aposento retirado de su palacio. A poco tiempo, habiendo ido algunos palaciegos a examinar el estado en que los artífices llevaban su trabajo, sorprendiéronlos dos prodigios a un tiempo. Los peregrinos habían desaparecido: una cruz maravillosamente elaborada, suspendida en el aire, despedía vivos resplandores. Aquellos peregrinos eran dos ángeles, dijo el pueblo cristiano, y así se lo persuadió su fe; y la preciosa cruz

---

507 En 797 y 808.

508 Interesantes son las dos actas o escrituras de fundación y donación expedidas por Alfonso el Casto, ambas en 812, que originales se conservan en el archivo de- la catedral de Oviedo, y su libro de Testamentos, y cuya copia inserta el P. Risco en el tomo 37 de la España Sagrada. La primera empieza: Fons vitae: o lux, autor lúminis, etc. La segunda: In nomine santae et individua Trinitatis per infinita saeculorum saecula regnantis. Ego Rex Aldephonsus, indigne cognominatus Castus, etc. En la primera, después de dar a la iglesia el atrio, acueducto, casas, y otros edificios construidos en su circuito, y muchas alhajas para el culto y ornato del templo, le ofrece los llamados mancipios o clérigos sacricantores, a saber: «Nonnello, presbitero, Pedro Diácono, que adquirimos de Corbello y de Fafila, Secundario clérigo, Juan clérigo, Vicente clérigo, hijo de Crescente, Teodulfo y Nonnito clérigos, hijos de Rodrigo, Enneco clérigo, que compramos de Lauro Baca, etc.» Firman este testamento el rey, tres obispos, y varios abades y testigos. En la segunda, después de confirmar el testamento y donaciones de su padre Fruela, le ofrece toda la ciudad de Oviedo que él había circundado de muro: offero igitur, Domine... omnem Oveti urbem, quam muro circumdatam, te auxtliante, peregimus... montes, tierras, prados, aguas y molinos fuera de la ciudad, con muchos ornamentos de oro, plata y otros metales, telas de seda y lino para uso de los altares, etc. Confirman con el rey esta escritura cinco obispos y varios testigos.

¿Qué podían ser, pregunta un moderno historiador, esos sacerdotes, diáconos y clérigos que se compraban? No podían ser otra cosa, se responde a si mismo, siguiendo la conjetura plausible de otro crítico español, que hijos o nietos de esclavos mahometanos convertidos, que el rey manumitía y dedicaba al servicio de la iglesia. Las historias no lo declaran y no estamos lejos de pensar como estos autores.

Tardó la catedral de Oviedo treinta años en concluirse.

de Alfonso el Casto, revestida de planchas de oro y piedras preciosas, que hoy se venera todavía en la basílica de Oviedo, sigue llamándose la *Cruz de los Ángeles*[509].

Otro prodigio, que como milagroso refieren también los devotos cronistas de la edad media, señaló el reinado del segundo Alfonso. Cerca de ocho siglos hacía, dicen, que el cuerpo del apóstol Santiago había sido traído de la Palestina por sus discípulos, y depositado en un lugar cerca de Iria Flavia en Galicia. Pero las continuas guerras y trastornos de aquel país habían hecho olvidar el sitio en que el sagrado depósito se guardaba, hasta que se descubrió en tiempo de Alfonso el Casto. Cuentan las crónicas haber acaecido del modo siguiente. Varios sujetos de autoridad comunicaron a Teodomiro, obispo de Iria, haber visto diferentes noches en un bosque no distante de aquella ciudad resplandores extraños y luminarias maravillosas. Acudió en su virtud el piadoso obispo al lugar designado, y haciendo desbrozar el terreno y escavar en él, hallóse una pequeña capilla que contenía un sarcófago de mármol. No se dudó ya que era el sepulcro del santo Apóstol. Puso el prelado el feliz descubrimiento en noticia del rey Alfonso que se hallaba en Oviedo, e inmediatamente el monarca se trasladó al sagrado lugar con los nobles de su palacio , y mandó edificar un templo en el *Campo del Apóstol* (que desde entonces, acaso de *Campus Apostoli*, se denominó *Compostela*), y le asignó para su sostenimiento el territorio de tres millas en circunferencia. Posteriormente le hizo merced de una preciosa cruz de oro, copia, aunque en pequeño, de la de los Ángeles de Oviedo, y empleando la buena amistad en que estaba con Carlomagno, le rogó impetrase del papa León III. el permiso para trasferir la sede episcopal de Iria a la nueva iglesia de Compostela. Hízolo así el pontífice, que con este motivo escribió una carta a los españoles. Pronto se difundió por las naciones cristianas la noticia de la invención del santo sepulcro y de los milagros del Apóstol, y multitud de peregrinos acudían ya a mediados del siglo IX. a visitar el santuario de Compostela.[510]

Atento el monarca, no solo a los asuntos de interés religioso , sino también a los civiles y políticos de su reino, adicto a las costumbres y gobierno de los godos, que vivían en su memoria, restableció el orden gótico en su palacio, que organizó bajo el pie en que estaba el de Toledo antes de la conquista: promovió el estudio de los libros góticos, restauró y puso en observancia muchas de sus leyes, y llevó a la iglesia su antigua disciplina canónica[511] que fue un gran paso hacia la reorganización social del reino y pueblo cristiano.

Ni amenguaron por eso las dotes de guerrero que desde el principio había desplegado. En las expediciones que Abderrahman II., sucesor de su padre Alhakem en el imperio musulmán, hizo por sí o por sus caudillos a las fronteras de Galicia, encontráronle siempre los infieles apercibido y pronto a rechazarlos con vigor. Hacia los últimos años de su reinado un caudillo árabe, Mohammed ben Abdelgebir, que en Mérida se había insurreccionado contra el gobierno central de Córdoba, acosado por las victoriosas armas del emir, hubo de buscar un asilo en Galicia, que el rey Alfonso le otorgó con generosidad dándole un territorio cerca de Lugo, donde pudiesen vivir él y los suyos sin ser inquietados (833). Correspondió más adelante el pérfido musulmán con negra ingratitud a la generosa hospitalidad que había debido a Alfonso, y tan desleal al rey cristiano como antes lo había sido a su propio emir, alzóse con sus numerosos parciales y apoderóse por sorpresa del castillo de Santa Cristina, dos leguas distante de aquella ciudad (338). Voló el anciano Alfonso con la rapidez de un joven a castigar a sus ingratos huéspedes, y después de haber recobrado el castillo que les servía de refugio, los obligó a aceptar una batalla en que pereció el traidor Mohammed con casi todos sus secuaces[512]. Alfonso regresó victorioso a Oviedo por última vez.

---

509 El primero que mencionó como milagrosa la obra de esta cruz fue el Monje de Silos, a quien siguieron después Pelayo deOviedo y otros cronistas.

510 Chron. Irians.-Samp. Chron. Esp. Sagr. tom. 19. Apend.—Privil. de donac. de la catedral de Santiago.—Hist. Compostel.—Baluz. Colección de cartas de los papas.—Son muy varias las opiniones acerca del año de la invención del sagrado cuerpo. Morales y el marqués de Mondéjar suponen fuese en agosto de 835: Ferreras pretende haber acontecido en 808. Por la fecha del diploma del rey Casto, y más aún por la circunstancia de haber intervenido Carlomagno en este asunto, debió de todos modos suceder antes de 84 4.

511 Chron. Albeld. n. 58.

512 Id. ibid.—El cronista de Salamanca, tan propenso a exagerar el número de enemigos que morían en cada

Éste fue el postrer hecho de armas del rey Casto, sin que ocurrieran otros sucesos notables hasta su muerte, acaecida en 842, a los cincuenta y dos años de reinado, y los ochenta y dos de su edad. Sus restos mortales fueron depositados en el panteón de su iglesia de Santa María. Aún se conserva intacto el humilde sepulcro que encierra las cenizas de tan glorioso príncipe. Los monjes de los monasterios de San Vicente y San Pelayo iban diariamente en comunidad a orar sobre los restos del rey Casto, y aún conserva el cabildo catedral la costumbre de consagrarle anualmente un solemne aniversario. Su memoria vive en Asturias como la de uno de los más celosos restauradores de su nacionalidad.

encuentro, hace subir el de este combate a 50.000. Chron. n. 22.

CAPÍTULO IX.
LA ESPAÑA CRISTIANA EN EL PRIMER SIGLO DE LA RECONQUISTA.
De 718 a 842.

Marcha y desarrollo del reino cristiano de Asturias.—Cómo contribuyó a él cada monarca.—Bases sobre que se organizó el estado.—Tradiciones góticas.—Orden de sucesión al trono.—Navarra.—Conducta de los navarros con los musulmanes y con los francos.—Dos ejemplos de odio a la dominación extranjera en Navarra y en Asturias.—Marca Hispana.—Origen y carácter de la organización de este estado.

Ha pasado más de un siglo de lucha entre el pueblo invasor y el pueblo invadido. Reposemos un momento para contemplar cómo vivió en este tiempo cada una de las dos poblaciones.

¿Cuál era la vida social de ese pobre pueblo cristiano , que o se salvó de la inundación, o pugnaba por recobrar su existencia? ¿Cuál era su organización, sus leyes, sus instituciones, sus artes, sus ejércitos? Ejércitos, artes, instituciones, leyes, todo había perecido ahogado por las desbordadas aguas del torrente. Al abrigo de una roca, que era como el Ararat del nuevo diluvio, y entre riscos y breñas moraba un puñado de hombres, pobres náufragos, sin riquezas, sin ciudades, sin gobierno regularizado, que poseían por todo tesoro un corazón ardiente, los símbolos de su fe , y los recuerdos de una sociedad que había desaparecido. Unidos con el doble lazo de la religión y del infortunio, estrechados con el lenguaje elocuente y fraternizador de la fe y de la desgracia, la necesidad los obliga a cobijarse en una cueva. Decretado estaba que de aquella gruta había de salir un poder que dominara mundos que entonces no se conocían. También el cristianismo nació en una gruta de Belén para desde allí derramarse con el tiempo por toda la tierra, lentamente y a fuerza de siglos y de contrariedades como la monarquía española. Belén y Covadonga una gruta para el cristianismo naciente, otra gruta para el cristianismo perseguido: en ambas se ve una misma providencia. Todos los grandes acontecimientos suelen semejarse en la pequeñez de sus principios.

Veíanse precisados a pelear, y aquellos animosos montañeses, teniendo por ciudadela una gruta, rocas por castillos, peñascos por arietes, y troncos de robles por lanzas, vencen, arrollan, aniquilan a los vencedores de Siria, de Persia, de Egipto, de África y de Guadalete, y empieza a pregonarse por el mundo que el estandarte de Mahoma ha sido por primera vez abatido en un rincón de España. En los tiempos mitológicos se hubiera creído ver realizada la fábula de los Titanes: eran tiempos cristianos, y se llamó milagro la maravilla. El vencedor como caudillo supo ser prudente como rey, y Pelayo se limitó a guardar y conservar su pequeño estado. Ni el rey capitán ni el pueblo soldado podían hacer otra cosa que cultivar para vivir y organizarse para defenderse. Es la sociedad cristiana que renace como una planta nueva al pie de la añosa encina derribada por el huracán. En la grosera reorganización de la nueva sociedad entraban como principal elemento las tradiciones y recuerdos de la sociedad que había perecido. La razón nos enseña, aunque la historia no lo diga, cuán imperfecta tenía que ser la forma de su gobierno.

Tampoco la historia nos dice otra cosa de Favila, sucesor de Pelayo, sino que murió en una partida de caza. Una fiera le devoró, como si hubiera querido avisar a sus sucesores que más que de distraerse en ejercicios de montería era tiempo ya de emplear el venablo contra los enemigos exteriores.

Hízolo así Alfonso I., príncipe cual convenía entonces a los cristianos, guerrero y devoto. Como guerrero, sale a enseñar a los musulmanes que los soldados del cristianismo no tienen sólo fe viva en el corazón, sino también robustas diestras para manejar la espada: pasea el estandarte de la cruz de uno a otro confín de la Península; destruye, incendia, degüella y cautiva. Como devoto, restablece iglesias, repone obispos, y funda y dota monasterios. Muere, y el pueblo cree oír armonías celestiales sobre su tumba: son los ángeles, dice, que anuncian que las puertas de la gloria se abren para recibir a Alfonso el Católico.

Vese bajo el reinado de Fruela el orden y la marcha progresiva de la población cristiana. Un monje desbroza un terreno cubierto de jarales para construir una ermita. Los fieles de las montañas acuden a vivir allí donde se les ofrece pasto espiritual, y en derredor del pequeño templo edifican

viviendas, levantan albergues y roturan terrenos. Al lado de aquella iglesia erige el rey otro santuario mayor, aunque no muy suntuoso. Aquel humilde lugarcito era Oviedo, que otro rey hará corte y asiento de los monarcas de Asturias, y la ermita del monje se convertirá en basílica episcopal. De aldeas y ermitas hacen los reyes ciudades y catedrales; así protegen la población y el culto.

La inacción y la debilidad de los tres personajes sucesivos que tuvieron el título de reyes, presentan una laguna lamentable en la historia de las glorias cristianas. Las biografías de Aurelio y de Silo pudieran reducirse a que vivieron y murieron en paz: felicidad ni envidiable ni honrosa en tiempos en que tan necesaria era la acción. A Mauregato sólo pudieron darle celebridad dos circunstancias que nadie envidiaría tampoco, la de haber sido hijo natural de un rey y de una esclava, y la fábula del tributo de las cien doncellas. El corto reinado de Bermudo retrata las costumbres del pueblo cristiano de aquel tiempo. Los grandes no reparan en que sea diácono para investirle del poder real, y Bermudo, príncipe ilustrado, tampoco halla reparo en asentarse la corona real sobre la corona de la tonsura: ni el rey escrupuliza en unir en sí mismo el sacramento del matrimonio al del orden, ni el pueblo muestra escandalizarse de ello, a pesar de las leyes godas y de las prohibiciones de Fruela. Por último, el rey diácono y el clérigo padre de familias deja espontáneamente cetro y esposa para volver a la iglesia y al breviario, y coloca en el trono al segundo Alfonso su sobrino, a quien, sin dejar de convenirle el nombre de *Casto*, hubiérale cuadrado mejor el de *Contrariado*.

Aquel pequeño reino que en el siglo VIII. vimos nacer en el corazón de una roca con Pelayo, desarrollarse bajo el genio emprendedor del primer Alfonso, sostenerse, ya que no crecer, con Fruela, estacionarse o amenguar bajo otros cuatro reyes o débiles o tímidos, aparece en el siglo IX. vigoroso y fuerte, con los arranques de un joven lleno de robustez y de vida, ganoso de conquistas y de glorias. Aquella humilde corte, si título de corte podía dársele, que tenía un asiento incierto en Cangas, o en Pravia, se ha fijado en Oviedo; y Oviedo no es ya una agregación de modestas viviendas agrupadas en torno a la ermita de un monje; es una ciudad murada, y embellecida con palacios, con acueductos, con baños, con grandiosos templos, con un panteón destinado para sepulcro de los reyes. La ermita del monje se ha trasformado en iglesia catedral, erigida por un rey, consagrada por siete obispos, y regida por un prelado godo. En la cámara santa de este templo se ve una brillante cruz, cubierta con planchas de oro, engastadas en ella multitud de piedras preciosas, con infinitas labores de esmalte y filigrana ejecutadas con delicadeza exquisita. El pueblo la llama la Cruz de los Ángeles, porque, más lleno de fe que conocedor de las artes, no puede creer que tan preciosa labor haya podido salir de las manos de los hombres, y está persuadido de que los ángeles han sido los verdaderos artífices de aquella obra maravillosa[513]. En los cuatro brazos de esa cruz se leen otras tantas inscripciones latinas: la de la parte superior nos revela el nombre del ilustre y afortunado príncipe a quien debe engrandecimiento el reino, esplendor la nueva corte, la religión aquel templo y aquella cruz.

Susceptum placido maneat boc in honore Dei
Offert Adefonsus humilis servusChristi.

Es Alfonso II., el Casto, el religioso, el guerrero, el victorioso, el que ha consagrado a Dios esa preciosa ofrenda, fabricada de los despojos cogidos en Lisboa a los enemigos de la fe: porque Alfonso ha llevado las armas del cristianismo hasta las playas del Atlántico, y plantado su pendón en los muros de aquella ciudad. Su nombre suena ya con respeto del otro lado de los Pirineos, y el nuevo César de Occidente, el más poderoso príncipe de su tiempo, Carlomagno, que se decora con el título de protector de la iglesia y de jefe de la cristiandad, recibe embajadores del rey de Asturias,

513 Los que no creen que bajasen los ángeles a fabricar esta cruz, suponen que los dos mancebos o peregrinos que, según dijimos en el capitulo anterior, se habían aparecido al rey Alfonso y ofrecidosele a elaborarla, serían artistas árabes de Córdoba, que ya en aquel tiempo tenían fama de excelentes plateros, y se distinguían por el primor y delicadeza con que trabajaban esta clase de obras. Si así hubiera sido, no extrañamos que el monarca cuidara de no herir el celo religioso de su pueblo, que a no dudar se hubiera ofendido de que en un objeto que representaba el símbolo de su fe hubieran trabajado manos mahometanas.

que se presentan con ostentación en Aquisgrán y Tolosa de Francia. Los emires le proponen treguas, porque han probado el valor de sus armas en los campos de Lutos, de Lisboa, de Naharon y de Ancéo.

Tiene la fortuna de que se descubra en su tiempo el sepulcro del apóstol Santiago, y desplegando su piedad religiosa en Compostela como en Oviedo, funda en Galicia una basílica cristiana que con el tiempo competirá en fama y grandeza con la mezquita musulmana de Córdoba, y entusiasma de tal modo a clérigos y obispos, que piden acompañarle a las batallas con la cruz del apóstol y el escudo del soldado. Político y legislador, da un gran paso hacia la restauración de las leyes visigodas, restableciendo el orden gótico en la iglesia y en el palacio.

He aquí la nueva sociedad cristiana reorganizándose sobre la base de las tradiciones góticas. Lo anunciamos ya en otro lugar. «La religión y las leyes (dijimos) fueron las dos herencias que la dominación goda legó a la posteridad, y estos dos legados son los que van a sostener los españoles en su regeneración social. Tan pronto como tengan donde celebrar asambleas religiosas, pedirán que se gobierne su iglesia *juxta ghotorum antiqua concilia*, y tan luego como recobren un principio de patria, clamarán por regirse *secundum legem ghotorum.*»[514] Si las actas del primer concilio de la restauración que se cree celebrado en Oviedo bajo Alfonso el Casto no pudiesen acaso acreditarse evidentemente de auténticas[515], nadie por eso niega el espíritu y la tendencia que hacia estas asambleas religiosas ya en aquel tiempo se manifestaba.

Habíase observado ya desde el principio el sistema gótico en orden a las sucesiones al trono. Siguiendo tradicional y como instintivamente el principio electivo en lo personal, pero guardada siempre consideración a la familia, y conservando en ella el principio semi-hereditario, continuaba la intervención poderosa de los grandes y nobles como en tiempo de los godos. Apenas desde el primer Alfonso dejó alguno de ser proclamado por este sistema mixto. Pero el ejemplo más notable de esta libertad electoral lo fue Alfonso II. Siendo hijo único de Fruela, a la muerte de su padre le postergan los nobles so pretexto de su corta edad, y entregan el cetro en manos de Aurelio su tío. Muerto Aurelio, es desatendido otra vez Alfonso, y elevan a Silo, sin otro título que estar casado con Adosinda, hija de Alfonso I. Vaca de nuevo la corona, y antes que colocarla en las sienes del hijo de Fruela, y a pesar de la proclamación que en su favor logró la reina Adosinda, consienten en colocarla en la cabeza de un bastardo. Y como si aquellos próceres quisiesen hacer gala y ostentación de su libertad electiva, todavía a la muerte de Mauregato, no hallando vástago de estirpe real en el siglo, van a buscarle a la iglesia, y arrancan a un clérigo de las gradas del altar para hacerle subir las gradas del trono. Así se pasan cuatro reinados, postergado siempre el hijo único y legítimo de un rey, hasta que los arbitrarios grandes ceden a las nobles instigaciones de otro rey generoso, y le dan al fin el tan escatimado cetro.

Lo mismo que en tiempo de los godos, la pena mayor que a los reyes les ocurría imponer era la excomunión, abrogándose la majestad atribuciones del pontificado: «si alguno de mi propia estirpe y familia, o de otra extraña, decía Alfonso II. en sus cartas de dotación, quitare, defraudare, o con cualquier pretexto enajenar presumiere las cosas que os damos y concedemos, sea privado de la comunión de Cristo, sujeto a perpetuo anatema, y sufra con Datan y Abiron y con Judas traidor las penas eternas.»

Al otro extremo del Pirineo, los belicosos vascones pugnaban por rechazar todo yugo extraño y por recobrar y sostener su libertad dentro de sus propias montañas. Animados del mismo espíritu de religión y de independencia que los asturianos, alzábanse contra los musulmanes, pero ofendíales y esquivaban depender de otros hombres, aunque fuesen cristianos y españoles como ellos, mostrando la antigua tendencia al aislamiento y la repugnancia a la unidad heredadas de los pobladores primitivos. Si preferían su independencia turbulenta al gobierno de los reyes de Asturias,

514 Discurso preliminar, página 64.

515 Este concilio I. de Oviedo, que se halla en la colección de Aguirre y en los Apéndices al tomo 37 de la España Sagrada, es tratado de apócrifo por muchos críticos españoles. Sin embargo, el ilustrado P. Risco se esfuerza de nuevo por probar su autenticidad. Puede verse su disertación en e1 mencionado tomo desde la pág. 166 a la 194.

¿cómo habían de sufrir la dominación de los francos de Aquitania sus vecinos, siendo extranjeros, por más que fuesen también cristianos? Así es que si la necesidad los forzaba tal cual vez a aceptar la alianza o a tolerar el dominio de los monarcas francos para libertarse de los sarracenos, ni nunca aquella alianza fue sincera, ni nunca dejaban de romperla tan pronto como podían. En cambio se aliaban otras veces con los árabes para sacudirse de los francos. Y en esta alternada lucha, encajonados entre dos pueblos que aspiraban a dominarlos, no sabemos a cuál mostraban más antipatía, si al uno por ser mahometano, o al otro por ser extranjero.

Consignemos bien los dos grandes ejemplos de odio a la dominación extraña que dieron los españoles casi a un tiempo en dos puntos extremos de la Península, en Navarra y en Asturias. Cuando penetró Carlomagno con sus huestes hasta Pamplona y Zaragoza, por más que pareciera dirigirse contra los musulmanes como monarca cristiano, hubieron de comprender los vascones que traería miras de dominación sobre ellos, y mirando sólo a lo extranjero, y no atendiendo a lo cristiano, exclamaron: *«¿Qué vienen a hacer entre nosotros esos hijos del Norte? ¿No ha puesto Dios entre ellos y nosotros esas montañas para tenernos separados?»* Y las cañadas y desfiladeros de Roncesvalles fueron sepulcro de los soldados de Carlomagno; y hubiéranlo sido más adelante de los de su hijo Luis, a no haber empleado tantas precauciones para atravesar aquel valle de fatídicos recuerdos. Sospecharon los asturianos que las intimidades del segundo Alfonso con Carlomagno pudieran degenerar en sumisión y dependencia extraña y en menoscabo de su nacionalidad, y tomándolo o por motivo o por pretexto hicieron al casto rey perder temporalmente el trono. Justa o injusta la deposición, sirvióle de lección al destronado monarca, después de recobrado el cetro, para no dar más celos a su pueblo con una amistad que se hacía aparecer peligrosa, siquiera estuviese distante y ajena de su intención. Tales eran los españoles de los primeros tiempos de la reconquista.

Más afortunados los franco-aquitanios en el Oriente que en el Norte de España, acostumbrados como estaban de antiguos tiempos los españoles de aquella parte a mirar como compatricios, como súbditos de un mismo trono a sus vecinos de la Septimania Gótica, trajéronles más fácilmente a su alianza, y con su concurso expulsaron de allí a los árabes, y extendieron su dominación desde los Pirineos hasta el Ebro, aunque sujeta a los vaivenes y oscilaciones de la guerra. Fundan así la Marca Hispana, la Marca de Gothia, en que entraban la parte española y el Rosellón, el condado de Barcelona, que había de concentrar en sí los condados subalternos que ya existían, porque cuando Luis el Benigno dejó establecido por primer conde de Barcelona a Bera, éste lo era ya de Manresa y de Ausona. Naturalmente los que con mayores fuerzas y más poder concurrían a lanzar de aquella parte del suelo español y a libertar sus poblaciones del dominio musulmán, habían de imprimir al nuevo estado franco-hispano el sello de sus costumbres, de sus leyes, de su organización y de su nomenclatura. Los *Preceptos* de Carlomagno y de Luis el Pío, si bien generosos y protectores de los españoles, comunicaban a aquella Marca o estado todo el tinte galofranco de su origen. De aquí aquella fisonomía particular que había de seguir distinguiendo a los habitantes de aquella región, denominada después Cataluña, de la de las otras provincias de España, en carácter, en inclinaciones, en costumbres, en instituciones, y hasta en dialecto.

¿Pero se conformaban de buen grado los catalanes, sufrían de buena voluntad el gobierno y la superior dominación de los galo-francos de Aquitania? La historia nos dirá cuán pronto aquellos españoles, celosos de su independencia como todos, aprovecharon la primera ocasión que se les deparó para convertir la Marca Franco-hispana en estado español y en condado independiente, sin dejar por eso de conservar su legislación originaria.

Así bajo distintas bases y elementos nacían y se desarrollaban los tres primeros estados cristianos que del primero al segundo siglo de la invasión sarracena se formaron en la península española, con la suficiente independencia y aislamiento entre sí, para seguir por largo tiempo viviendo cada cual su vida propia, que es uno de los caracteres que constituyen el fondo y la fisonomía histórica de nuestra nación.

CAPÍTULO X.
LA ESPAÑA MUSULMANA EN EL PRIMER SIGLO DE SU DOMINACIÓN.

I. En qué consistía la religión de los musulmanes.—Examen del Corán: en lo dogmático, en lo político, en lo civil y en lo militar.—Nótanse sus principales preceptos y disposiciones.—Juicio crítico de este libro.—II. Conducta de los árabes con los cristianos de España.—Situación en que quedaron los mozárabes.—Comportamiento de los diferentes emires.—Iglesias, obispos y monjes en Córdoba.—Cómo se condujeron los conquistadores entre sí mismos en sus guerras civiles.—Inextinguibles odios de tribu: crueldades horrorosas: venganzas horribles.—Explicase el contraste de tan opuesta conducta.—Carácter de los árabes.—III. Gobierno de los árabes en España en este primer período.—Administración de justicia.—Idem económica.—Empleos militares.—Sistema de sucesión al trono.—IV. Varias costumbres de los árabes.

Conozcamos al pueblo que nos dominó, y con quien se ha emprendido una lucha que durará siglos. ¿Cuál era su religión, cuál su gobierno, cuáles sus costumbres, su conducta, sus relaciones con el pueblo conquistado?

I. ¿Qué religión traían esos hombres que tenían la presunción de llamarse a sí mismos los *creyentes* por excelencia, y de dar el nombre de *infieles* a los que no creían lo que ellos? ¿Qué doctrina es esa que tan rápidamente desde un ignorado rincón del desierto se ha difundido por las inmensas y dilatadas regiones de Asia y África, y aspira a extinguir el cristianismo en Europa, y a prevalecer sola en el mundo?

Todo el dogma, todos los preceptos de la religión mahometana están encerrados en un libro, que es para los musulmanes el libro de Dios, el libro precioso, que es no solo su Biblia, sino también su código civil, político y militar. Este libro es el Corán, que fue sacado del gran libro de los decretos divinos, y cayó del cielo hoja a hoja. Dios le dictó, dicen ellos, el ángel Gabriel le escribió, Mahoma le recibió y le comunicó a los hombres. El Corán está dividido en capítulos o *suras*, que en todos suman ciento catorce, y todos, a excepción del noveno, van encabezados con la fórmula que los musulmanes ponen a la cabeza de todos sus escritos: *En el nombre del Señor clemente y misericordioso.* El noveno comienza de este modo: *Este libro se halla distribuido con un orden juicioso, siendo obra del que posee la sabiduría y la ciencia.* La aserción no puede ser más falsa, y todo el libro la está desmintiendo. Respecto al orden, nada más común que encontrar al fin del Corán lo que evidentemente corresponde al principio, y los dos primeros versículos que Mahoma recibió de mano del ángel Gabriel son ahora el noventa y seis y el setenta y cuatro. Sin orden fueron publicados, y el celoso musulmán que después de Mahoma se dedicó a recoger las hojas sueltas del Corán y a recopilar en un libro lo que los discípulos del Profeta habían ido escribiendo en hojas de palmera, en piedras blancas, en pedazos de tela y de cuero, y hasta en huesos de animales, lo hizo sin orden de tiempo ni de materia. Y en cuanto a la sabiduría y la ciencia del autor, no la acreditan mucho la incoherencia de materias en un mismo capítulo, la vaguedad y confusión en las disposiciones legislativas y en los preceptos religiosos, las repeticiones, y hasta las contradicciones.

Como obra literaria, está muy lejos de corresponder su mérito al que han querido darle los devotos musulmanes y muchos de sus comentadores. Es cierto que se hallan en él algunos pasajes sublimes, otros también poéticos y bellos, y algunas descripciones majestuosas: mas para encontrarlas es menester a veces devorar largos y enojosos capítulos. Parécenos semejarse al país en que se escribió; que para hallar los vergeles del Yemen es necesario atravesar los abrasados arenales del Desierto. Necesítase perseverancia para leer todo el Corán. Si hay capítulos que parece revelar habilidad en el legislador para cautivar la admiración de las clases ignorantes y crédulas, no comprendemos cómo las gentes ilustradas podían admitir los absurdos milagros del viaje de Mahoma a Jerusalén, de su ascensión nocturna al cielo en la famosa yegua Borak, de la luna que se hendía a su voz, de la tela de araña que cubrió la boca de la caverna en que se escondió en su huida de la Meca a Medina, y otros de este género. ¿Y qué diremos de las revelaciones celestes para

cohonestar las faltas del Profeta a su misma ley, sus vicios y sus crímenes, los escándalos de su incontinencia, sus adulterios y divorcios, las liviandades y torpezas que se hallan sancionadas por Dios en este libro divino? ¿Cómo no conocían que en vez de un legislador que se acercase a la divinidad, tenían un legislador que hacía a la divinidad descender a autorizar su desenfrenada lujuria y sus obscenos placeres?

Pero érale necesario al lascivo apóstol encubrir sus flaquezas de hombre halagando por el mismo lado las imaginaciones ardientes y voluptuosas de los orientales, e inventó un paraíso en que los servidores de Dios habrían de hallar todo género de delicias y materiales placeres, y nada más propio para esto y más seductor que jardines esmaltados de arroyos, fuentes puras y cristalinas, sombrías alamedas, frutas deliciosas, manjares exquisitos, blandos lechos, aromas suaves, vírgenes hermosas y tiernas, adornadas de perlas y esmeraldas, inmarchitables huríes de ojos negros, siempre encantadoras y siempre enamoradas de los que tenían la dicha de morir por la fe del Profeta, de las cuales el más humilde de los creyentes había de tener para sus placeres por lo menos setenta y dos, cuya virginidad se estaría perpetuamente renovando. De modo que vino a hacer de la morada celeste un inmenso lupanar en que entraba todo lo que había podido inventar una imaginación lúbrica.

De esta suerte para los mahometanos los premios espirituales del cristianismo deberían ser ofertas áridas, sin aliciente, y en cierto modo incomprensibles. Mahoma, pues, discurrió una religión más acomodada por entonces a la grosería del mundo oriental. Así su código religioso, al través de su oscuridad, de sus incoherencias, contradicciones y absurdos, era un objeto de profunda veneración para los árabes, y al cual rendían un homenaje ciego. Prestábase juramento en los tribunales sobre el Corán. Nadie le tocaba sin hallarse legalmente purificado, sin besarle o llevarle a la frente con mucho respeto y devoción. Miraban como un deber estudiarle de memoria y recitar versos y capítulos enteros. Muchos califas, sultanes, príncipes y grandes señores hacían vanidad de saberle de punta a cabo y le recitaban cada cuarenta días. Otros poseían muchos ejemplares adornados y enriquecidos con oro y pedrería; y algunos mostraban su celo religioso copiándole muchas veces en la vida, y vendiendo los ejemplares a beneficio de los pobres. En su supersticiosa veneración hubo quien se tomara la tarea de contar las voces y letras que entraban en él, resultando setenta y siete mil seiscientas treinta y nueve de las primeras, y trescientas veinte y tres mil quince de las segundas. Se sabe hasta las veces que cada letra está repetida: propia paciencia de quienes la tuvieron para contar las tejas que cubrían la gran mezquita de Córdoba. Siendo, pues, el Corán el libro santo, el código de las leyes religiosas, políticas y civiles de los conquistadores de España, la bandera que se enarboló en contra del cristianismo, y a cuya sombra pelearon sus sectarios en nuestro suelo por espacio de ocho siglos, daremos una breve idea de sus principales dogmas y disposiciones.

El dogma fundamental del Corán es la unidad de Dios y la misión del Profeta. *No hay Dios sino Dios y Mahoma es su Profeta.* Su idea dominante fue la abolición de la idolatría que prevalecía entre los árabes, y para lo cual había sido él elegido por Dios, el encargado de purgar la tierra de los falsos ídolos y de restituir la religión a su primitiva pureza. Bajo este punto de vista y del reconocimiento de la gran verdad religiosa, la unidad de Dios, que forma también la base del cristianismo, y que acaso él aprendió de la comunicación con los cristianos y judíos, Mahoma dio un gran paso hacia la civilización en Oriente, puesto que era una especie de transacción y de término medio entre la idolatría y el cristianismo, y al cual probablemente se hubiera ya acercado si no hubiese prohibido absolutamente toda discusión sobre su doctrina. Mahoma admitió también ángeles buenos y malos, y genios a imitación de los persas. Estos genios son creados de fuego como los ángeles, pero de organización más grosera, puesto que comen, beben, propagan su especie, y están sujetos a la muerte. Consígnase en el Corán el principio de la inmortalidad del alma, el de la resurrección, y el de los premios y castigos en el paraíso y en el infierno. El paraíso hemos visto ya cómo lo describía: el infierno era igualmente material. «Los que no creen serán vestidos de fuego: se echará agua hirviendo sobre sus cabezas, con ella se disolverán su piel y sus entrañas, y serán

además apaleados con mazas de hierro.» El juicio final será anunciado por la trompeta de Israfil. Entre otras señales terribles el sol saldrá por el Occidente como al principio del mundo: el Antecristo derrocará reinos, y Cristo volviendo al mundo abrazará el islamismo. Después de contar las escenas horribles y espantosas que precederán al juicio final, dice que aparecerá Dios para hacer justicia a todos. Abraham, Noé y Jesucristo habrán declinado su oficio de intercesores, y reemplazará a todos Mahoma. Los hombres darán entonces cuenta de su vida en este mundo, y el ángel Gabriel sostendrá la balanza en que se han de pesar las acciones buenas y malas, balanza cuyos platos serán bastantes grandes para contener el cielo y la tierra y estar suspendidos el uno en el paraíso y el otro en el infierno.

Veneraban los musulmanes, además del Corán, la *Sunna* o tradición, que correspondía a la *Mischna* de los judíos. Eran doctrinas trasmitidas de viva voz por el Profeta y recogidas después por sus díscípulos. No faltaban sectas, cismas ni herejías entre los mahometanos, así sobre la Sunna como sobre el Corán mismo, a que daba ancho campo la oscuridad de muchos lugares de su código religioso y sus mismas contradicciones. No podemos nosotros detenernos a enumerar ni explicar sus divergencias religiosas. Baste decir que sus cuestiones sobre el dogma y las diversas escuelas que se crearon produjeron escisiones profundas entre ellos, y los envolvieron más de una vez en sangrientas guerras civiles.

Cuéntase que un día se apareció a Mahoma el ángel Gabriel en forma de un beduino y le preguntó: *¿En qué consiste el islamismo?* A que Mahoma contestó sin detenerse: *En creer que no hay más que un Dios, y que yo soy su Profeta , en la rigurosa observancia de las horas de oración, en dar limosnas, en ayunar el Ramadán, y en hacer, si se puede, la peregrinación a la Meca.*

Estas palabras encierran las principales obligaciones de los musulmanes. Prescribíase la peregrinación a la Meca al menos una vez en la vida a todo el que no estuviese imposibilitado de hacerla. El ayuno del mes de Ramadán era riguroso. No se podía tomar alimento desde la salida hasta la puesta del sol: cosa bien difícil de observar en otro país que no fuese la Arabia. «Se os permite comer y beber hasta el momento en que haya luz bastante para distinguir un hilo blanco de un hilo negro. *El olor de la boca del que ayuna es más grato a Dios que el almizcle*.» Prohibíase en todo tiempo el uso del vino y licores fermentados, la carne y sangre de puerco, y de todo animal que muriese ahogado, o de alguna caída, o herido por otro animal, o sacrificado a algún ídolo. Los árabes encontraron motivo o pretexto en el clima de España y en el ejercicio de la guerra para quebrantar la abstinencia del vino y de otras bebidas y manjares prohibidos , y los primeros a dar el ejemplo solían ser los Califas. Mahoma había imitado de los hebreos muchas de estas prácticas. Ordena también el Corán las abluciones, la santificacion del viernes, día en que Dios crió al hombre y en que Mahoma hizo su entrada en Medina, y prohibe los juegos de azar y las varas divinatorias.

Además de la *chotba* u oración pública por el Califa que todas las fiestas tenían que hacer los muslimes en las mezquitas principales, el Corán les prescribe cinco oraciones diarias; antes de salir el sol, al medio día, antes y después de ponerse, y a la primera vigilia de la noche; cada una tiene su denominación como al-Sohbi, la oración del alba, al-Dohar la de medio día, etc. El que presidía a una asamblea de creyentes consagrada para la oración, se llamaba *imán*, y el imán supremo era el sucesor de Mahoma. El *mufti*, intérprete de la ley, era el jefe de los *alfakíes* o doctores, *almokri* era el lector de la mezquita: *alhafit* el doctrinero, y el *muezzin* llamaba a la oración de lo alto del *minaret* o *alminar.* «La oración conduce al creyente hasta la mitad del camino del cielo, el ayuno le lleva hasta la puerta del Altísimo, la limosna le abre la entrada.»

No se aconseja sólo la limosna como acto de caridad, sino que se impone como obligación. «Haced limosnas de día, de noche, en público, en secreto. Socorred a vuestros hijos, a vuestros deudos, a los huérfanos, a los peregrinos: el bien que hagáis no quedará oculto para el Todopoderoso. Restituid a los huérfanos su patrimonio cuando lleguen a mayor edad, y no les deis malo por bueno; no devoréis sus haciendas, acreciendo con ellas la vuestra, porque esto es un gran pecado.» No dejan de abundar en el Corán preceptos semejantes de humanidad y de beneficencia, que sin duda fueron tomados del Antiguo y del Nuevo Testamento. Condénase el suicidio y el

asesinato, pero el legislador tuvo buen cuidado de no ser muy severo respecto a las pasiones a que su pueblo propendía más.

«El deseo de poseer a una mujer, sea o no manifiesto, no os hará delincuentes ante el Señor, pues sabe que no podéis prescindir de pensar en las mujeres. No os caséis más que con dos, tres o cuatro. Si no podéis mantenerlas decorosamente, tomad una sola y contentaos con esclavas.» En otra parte hemos observado ya cómo el legislador comerciante se dispensó a sí mismo de esta especie de limitación que puso a la poligamia, como quien había recibido de Dios el privilegio exclusivo de casarse con cuantas mujeres y de tomar cuantas concubinas quisiese, inclusa la que fuese ya mujer de otro. ¡ Y , sin embargo, este moralista logró fanatizar aquel pueblo! Permitíase el divorcio, pero con harta desigualdad de derechos entre los dos sexos, pues al marido le bastaba el motivo más leve, mientras la mujer tenía que alegar motivos poderosos y perdía además su dote. Todas las leyes eran desfavorables a las mujeres, y el legislador que tanto las amaba las hizo esclavas.

Siendo el Corán un código político y civil al propio tiempo que religioso, contiene las leyes sobre herencias, sobre contratos, sobre hurtos y homicidios, y en general sobre todos los negocios y transacciones de la vida. No nos detendremos a analizar esta legislación: haremos solo unas ligeras observaciones. Los hijos habidos de concubinas y esclavas son mirados en el Corán como legítimos para la sucesión en igualdad a los de las mujeres libres y legítimas: solo son declarados bastardos los hijos de mujeres públicas y de padre desconocido. El adulterio se castiga de muerte, pero ha de ser probado con cuatro testigos de vista. El testimonio de dos mujeres equivale al de un hombre. En las sucesiones los hijos reciben doble parte que las hijas. Impónese al delito de robo la amputación de la mano que le ha cometido. Se castiga de muerte el homicidio voluntario, pero se admite la composición pagando un tanto de indemnización a la familia del difunto. El Corán prescribe la pena del talión para los homicidios y las injurias personales. «iOh verdaderos creyentes! La ley del talión ha sido ordenada para el homicidio: el libre morirá por el libre, el esclavo por el esclavo, y la mujer por la mujer.» Obsérvase que la legislación civil del Corán es más completa que la criminal. La insuficiencia de ésta daba lugar a las modificaciones y decisiones de los tribunales, y dejó mucho a la prudencia y discreción de los jueces o cadíes, entre los cuales había uno superior que se nombraba el cadí de los cadíes, alta dignidad , ante la cual los mismos Califas estaban obligados a comparecer.

Pero las disposiciones y preceptos que más resaltan en el código sagrado de los musulmanes son las relativas a la guerra. No en vano se llama también al Corán *el libro de la Espada*. En todas sus partes se descubre la intención de Mahoma de inflamar el espíritu belicoso de los árabes, de halagar sus pasiones aventureras y sanguinarias haciendo del pueblo una especie de milicia sagrada dispuesta siempre a conquistar en nombre de la religión. «Combatid a los infieles hasta que no tengáis que temer y esté consolidado el culto.» Como predicación de guerra y de conquista, observa oportunamente un ilustrado escritor, jamás una trompeta más belicosa ha sonado para llamar al combate. Esta conversión del principio religioso en enseña militar es la que imprime una fisonomía nueva y original al sistema del legislador de la Arabia, y a cuya influencia debieron las armas sarracenas sus rápidos triunfos, el mahometismo su asombrosa propagación. En muchos pasajes del Corán se declara la guerra a los infieles como el servicio más agradable a los ojos de Dios, los que mueren peleando por la fe son verdaderos mártires, y se les abren inmediatamente las puertas del Paraiso. «La espada es la llave del cielo y del infierno; y una sola gota de sangre derramada en defensa de la fe o del territorio musulmán es más acepta a Dios que el ayuno de dos meses. ¡Oh creyentes! no digáis jamás de los que mueren en la pelea por la religión de Dios, que han muerto: ellos viven ; pero vosotros no entendéis esto... ¡Oh Profeta! Dios es tu apoyo, y los verdaderos creyentes que te siguen. Alentad los fieles a la guerra: si veinte de vosotros perseveran constantes, destruirán a doscientos; si ciento, ellos derrotarán a mil infieles. El soldado musulmán cuando va a la guerra no debe pensar ni en su padre, ni en su madre, ni en su esposa, ni en sus hijos; debe apartar todos estos recuerdos de su corazón, y pensar sólo en la guerra; porque si su espíritu desfallece, no

solo pecará contra la ley, sino que la sangre de todo el pueblo caerá sobre él, porque su cobardía será la causa de que se derrame la sangre del pueblo.» Cuando se llamaba a la guerra santa, todo buen musulmán en estado de llevar armas estaba obligado a acudir sin excusa ni pretexto.

El Corán determina cómo se ha de distribuir el botín que se coge al enemigo. «Sabed que siempre que ganeis algún despojo, la quinta parte pertenece a Dios y al Apóstol, y a sus parientes, y a los huérfanos, a los pobres y a los peregrinos.» Estas palabras han sido de diversas maneras interpretadas. Abu Hanifa cree que la porción destinada a Mahoma y sus parientes debió cesar desde la muerte del Profeta, y aplicarse a los peregrinos, huérfanos y pobres. Al Shaafei opina que la porción llamada de Dios debe destinarse al tesoro y servir para hacer mezquitas, fortalezas y otras obras públicas. Cada intérprete del Corán lo entiende a su modo.—Cuando los musulmanes declaraban la guerra a los *infieles*, les daban a elegir entre estas tres cosas: o abrazar el mahometismo, en cuyo caso cesaba la guerra: o pagar un tributo, quedando entonces en libertad de seguir profesando su religión: o decidir la contienda con la espada, en cuyo último caso los vencidos eran condenados a muerte, y sus hijos y mujeres hechos cautivos, si el príncipe no disponía de ellos de otro modo. Esto nos da la clave para juzgar la conducta de los árabes en España.

Hemos dado una ligera idea del Corán en su parte dogmática, política, civil y militar. Este libro ha sido ya juzgado por los filósofos y los historiadores. Reproduzcamos algunos de los juicios a que se conforma más el nuestro. «El Corán, dice uno de ellos, es la obra de un presuntuoso, que cree resolver de lleno las más elevadas cuestiones sin ocuparse de las dificultades, y que de este modo constituye un teísmo insípido y superficial Es estéril e incompleta la doctrina de su libro , y bien examinada no pasa de una compilación sacada de los evangelios apócrifos, preferidos en aquella parte de la Arabia a los auténticos, y de la Cábala más bien que del Pentateuco. No queda por consiguiente más que su mérito poético.» «Para libro bajado del cielo, dice otro, es una obra bastante imperfecta; para código redactado por mano de un hombre, su esfera de acción es demasiado limitada. Producto de un cerebro acalorado por los fuegos del desierto, a los hijos del desierto se dirige la ley de Mahoma, divinizando sus sensuales apetitos y sus inflamables cóleras. Quitad el desierto que le ha inspirado, y el Corán no se comprende.»

Añadiremos, por último, que si el legislador de la Meca se hubiera propuesto solamente componer un libro para hacer un pueblo guerrero, conquistador, enérgico y valiente, hubiera sin duda acertado, porque al fanatismo que supo inspirar debió sus rápidas conquistas y la obstinada y tenaz resistencia que los conquistadores de España opusieron al valor y a la perseverancia de los cristianos. Mas como código religioso y social, llevaba en si el principio de su muerte. Un fatalismo mortal pesaba sobre las acciones de los musulmanes. El despotismo no podía ser más absoluto. Sin jerarquías en el orden religioso como en el orden civil, todo está sujeto a la voluntad omnipotente de un hombre solo, a la vez monarca, pontífice, juez supremo y general de los ejércitos. Era un crimen variar la legislación, porque la legislación era dogma. Estaba prescrito el estacionamiento eterno. Todos los demás pueblos marchan con los tiempos, adquieren nuevas ideas, modifican con arreglo a ellas sus instituciones. El pueblo musulmán permanece inmóvil: su religión le prohibe moverse: tiene que envejecer , tiene que morir como era en su infancia. Esta era la religión que traían nuestros conquistadores. Recuérdese la débil pintura que del cristianismo hicimos en el tomo II. de nuestra obra: cotéjese con el islamismo que acabamos de bosquejar, y juzguese si sufren comparación, si la providencia podía permitir que de la religión pura del Crucificado en Jerusalén triunfára la moral lasciva del voluptuoso apóstol de la Arabia.[516]

II. La conducta de los conquistadores de España había sido en lo general conforme a las máximas y preceptos del Corán. La política se lo hubiera aconsejado, aún cuando el deber no se lo

516 Las leyes y disposiciones que hemos citado las hemos tomado del mismo Corán. Trad. de Sale.—Id. de Du Ryer.—Gagnier, vida de Hahoma, trad. de Abulfeda. No hemos visto algunas rectificaciones que Hammer hace a Sale y a Sacy en sus noticias sobre la religión musulmana.

hubiera impuesto: que era el pueblo español demasiado respetable, y ellos no muchos en número al principio para que les conviniese exasperarle. Pero política, o deber religioso, o todo junto, es lo cierto que a los cristianos que se les sometieron, que fueron los más, dejáronles el libre ejercicio de su religión y de sus ritos, y permitiéronles gobernarse por leyes y jueces propios, y conservar sus tierras y haciendas si bien afectas a un tributo, al tenor de las capitulaciones de Córdoba, de Toledo y demás ciudades sometidas. Así los sentidos lamentos, los quejidos elegíacos que con el nombre de *Llanto de España* copiamos en otro lugar de la Crónica del Rey Sabio[517], eran más bien la expresión del justo dolor de ver una patria subyugada y una falsa religión enseñoreándose en ella, que la pintura exacta de la situación y de los hechos: porque ni todos los templos fueron destruidos, ni todos los obispos y sacerdotes degollados, ni perecieron todos los fieles, ni todas las ciudades fueron arrasadas: antes quedaron ciudades y templos, y subsistieron fieles y sacerdotes, y monjes y prelados, si bien en una dependencia lastimosa y humillante.

¿Cuál fue la suerte que corrieron estos cristianos mozárabes que vivían mezclados con los hijos de Ismael? A pesar de lo que ordenaba el libro del Profeta, la condición de estos desgraciados estaba sujeta a la voluntad más o menos despótica y a los sentimientos más o menos generosos o crueles de cada emir, y también a los caprichos o a los arranques de intolerante celo del pueblo musulmán. Abdelaziz que los había considerado, bien por efecto de su condición blanda y apacible, o por agradar y complacer a su esposa Egilona la cristiana, infundió sospechas y dio celos a los ardientes ismaelitas, y le costó morir asesinado por los suyos. Ayub, que recorrió muchas provincias arreglando la administración, hizo justicia por igual, dicen las historias, a musulmanes y cristianos. El-Horr, cuyo carácter duro y guerrero contrastaba tanto con el de Ayub, si bien exigió rigurosamente a los mozárabes los tributos a que estaban sujetos, no se mostró menos implacable con los mismos muslimes. Ambiza distribuyó tierras entre los árabes sin perjudicar a los cristianos. Yahia, que reunía el esfuerzo y pericia militar a un carácter severo y justiciero, favoreció a los cristianos contra las violencias de los musulmanes, pero excitó el descontento de estos y fue causa de su deposición. Alhaitan, de genio duro, vengativo y cruel, irritado por las turbulencias de los alcaides, hizo pesar sobre los mahometanos un yugo de hierro, con el pretexto, verdadero o falso, de proteger a los cristianos contra sus vejaciones. Mohamed ben Abdallah hizo entregar a los mozárabes los templos que les pertenecían con arreglo a los pactos, mandando al propio tiempo arrasar los que las autoridades muslímicas habían permitido construir de nuevo, merced a las gruesas sumas que para otorgar su permiso arrancaban a los cristianos.

Pero las propias medidas y castigos que los emires más humanitarios y tolerantes se veían forzados a tomar e imponer contra las arbitrariedades y demasías, o de otros emires, o de los alcaides y walíes, relativamente a los pobres cristianos, ya en el ejercicio de su culto, ya en la posesión de sus bienes, ya en las exacciones de los tributos, prueban cuán angustiosa era la situación de los infelices mozárabes, pendientes de la voluntad de un emir despótico, o del fanatismo, de la codicia y de la rapacidad de un walí o de un alcaide subalterno.

Notablemente mejoró su condición cuando la España musulmana se emancipó del Califato de Damasco. El primer Ommiada, Abderrahman, no solo se mostró tolerante, sino que llevó su respeto y su justicia hasta crear en Córdoba un magistrado con el cargo y título de protector de los cristianos. Institución benéfica, en demasía tal vez, puesto que tanto halago y contemporización pudo ser causa de que se entibiara en algunos el fervor religioso, y de que otros llegaran a apostatar, como lo hacen creer los matrimonios que ya comenzaban a celebrarse entre cristianos y musulmanes, la guardia de tres mil mozárabes que creó para sí Alhakem I., y las sentidas quejas que emitieron luego los celosos escritores católicos Álvaro, Eulogio y Sansón. A favor, pues, de esta tolerancia interesada y política, había obispos que regentaban sus iglesias en Córdoba, en Málaga, en Baeza, en Guadix, en Elvira, en Écija, en Martos, y en otras poblaciones, principalmente de la España meridional y oriental: los sacerdotes se presentaban en público con el traje de su profesión, con su barba rapada y su ropa talar; los monjes vivían tranquilos en sus claustros; las vírgenes

517 Tom. II. lib. IV. cap. VIII. al final.

consagradas a Dios eran respetadas en sus modestos asilos, con arreglo al mandamiento del Profeta: «respetad a los monjes y solitarios.» En la misma corte del imperio, en Córdoba, había tres iglesias y tres monasterios: en la vecina sierra y a las márgenes del Guadalquivir se contaban hasta ocho monasterios y varias iglesias: y el pueblo a toque de campana concurría a los templos y asistía a los divinos oficios sin que nadie se atreviera a inquietarle[518].

¿Subsistirá este estado, no lisonjero, pero en alguna manera tolerable para el pueblo cristiano? Pronto soplará el vendaval de la persecución que vendrá a turbar su efímero y mal seguro reposo. Pronto sobrevendrá una era de martirios, y sangre preciosa de fervorosos cristianos enrojecerá las calles y los campos de Córdoba. Pronto vendrán, pero no anticipemos siquiera estos infaustos tiempos.

Digno es de notarse cuán diferente comportamiento observaban los sarracenos en su lucha con los cristianos españoles y en sus guerras domésticas, intestinas y civiles. Al lado de las capitulaciones benignas con aquellos, estremece la ferocidad aterradora que desplegaban con sus propios correligionarios. Como si fuesen los sencillos partes de una victoria, eran enviadas al emir las cabezas cortadas de los walíes rebeldes, y hacíanlas servir después o para trasmitirlas al Califa cuidadosamente alcanforadas en cajas lujosas como un delicioso presente, o para festonar con ellas las murallas de las ciudades. El primer Ommiada, aquel noble y generoso Abderrahman , que creaba una magistratura protectora de los cristianos, que erigía y dotaba escuelas y enseñaba a sus hijos a disputar en las academias literarias los premios del saber, que desahogaba su corazón en tiernas baladas y confiaba la ternura de sus sentimientos a las palmeras de sus jardines, tenía la cruel complacencia de hacer cortar la cabeza, pies y manos al cadáver de Alí Ben Mogheitz y de enviar a Cairwan sus mutilados miembros para exponerlos clavados en un madero en la plaza pública con un rótulo ignominioso. Apenas se concibe que el bondadoso, el humanitario Hixem, el que abrazaba llorando al hermano que acababa de disputarle el trono, el que daba a su hijo consejos y preceptos que honrarían al mejor de los príncipes, recibiera como deleitosa ofrenda las cabezas de los vencidos caudillos que le remitía el walí Otman. Que aquellos mismos hombres que no podían resistir a las tiernas caricias de una esclava, y a los halagos de una Redhya o de una Zahira, fueran los que ordenaban y presenciaban impasibles el acuchillamiento de un pueblo, los que degollaban en una sola noche a cuatrocientos nobles convidados a un banquete y saboreaban al día siguiente el bárbaro placer de enseñar al pueblo sus cabezas destilando sangre, los que guarnecían las márgenes del Guadalquivir con una hilera de trescientos jeques empalados.

Si como españoles y como cristianos consultáramos solo el interés de nuestra patria y de nuestra religión, parece que debiéramos celebrar estos terribles holocaustos, puesto que sacrificadores y víctimas todos eran musulmanes, y todo redundaba en descrédito de sus creencias y en enflaquecimiento de su poder. Pero hay en el hombre un sentimiento que no puede ahogar el interés de la patria, y que le hace mirar con lástima y horror tan trágicas escenas. Este sentimiento es el de la humanidad. Que a lo menos nos sirva la memoria de tales sacrificios para compadecer a aquellos pueblos que como el mahometano están sujetos a los caprichos de un solo hombre, que reasumiendo en sí todos los poderes y todas las soberanías, dispone a su antojo de las vidas de sus súbditos, sin que haya tribunal en lo humano que le impida reposar tranquilo sobre los mutilados troncos de sus víctimas: que tal era la índole y la organización del gobierno establecido por Mahoma.

¿Cómo se explica esta mezcla de ferocidad y de ternura, de generosidad y de fiereza de nuestros dominadores? El árabe, impetuoso y ardiente como su corcel, violento en sus pasiones y en sus arranques, es generoso, galante y agradecido, pero vehemente en sus odios, ciego en sus iras e implacable en sus venganzas. La venganza es para él un artículo de religión, se trasmite como una herencia, y se hace inextinguible. Además de ser por lo común en todas partes y en todos tiempos las guerras civiles más crueles y sangrientas que las que se sostienen contra pueblos extraños, éranlo mucho más entre los musulmanes de España, en que los odios y rivalidades de tribu, de raza y de

518 Isid.Pacens Eulogio, Sansón, Álvaro Cordobés.—Don Rodrigo, Morales, Flórez.

familia comenzaron a mostrarse profundos y rencorosos desde Muza y Tarik, para proseguir sañosos entre árabes y africanos, entre Abassidas y Omeyas, entre Fehríes y Moawias, como después habían de continuar entre Almorávides y Almohades, para perpetuarse por siglos hasta su mutua y común destrucción. Pudo contribuir a tan ruda ferocidad la necesidad en que se veían de reprimir con el escarmiento y el terror la tendencia de los walíes y gobernadores y de los caudillos de las tribus a la insubordinación, a la rebeldía y a la independencia, acompañadas las más veces de la traición y la perfidia. Es lo cierto que hasta el fanatismo religioso desaparecía ante el odio de razas, y que Yussuf, Ibnalarabi, Balhul y demás caudillos rebeldes, no escrupulizaban de invocar la ayuda de los príncipes cristianos, ni de acaudillar bandas y capitanear huestes de enemigos de su fe, a trueque de vengarse de sus propios emires, y estos por su parte tampoco dificultaban de hacer treguas y pactos con los monarcas católicos, reservando toda su ardiente ojeriza, toda la fogosidad de sus odiosos ímpetus para los díscolos muslimes, y unos y otros trataban con más saña a los enemigos de su estirpe o de su tribu que a los enemigos de Mahoma y del Corán. Ésta había de ser una de las causas más poderosas de su perdición. ¡Ojalá los cristianos hubieran sabido explotar más en su provecho estos elementos de disolución y de ruina!

III. Como del gobierno, de las leyes y de las costumbres de los conquistadores siempre se trasmite algo a los pueblos conquistados, cuando es larga y detenida su mansión en ellos, natural consecuencia de las relaciones sociales que entre los dos pueblos, por antipáticos que sean, se engendran siempre , y que vienen a reflejar y aún a formar parte de su fisonomía, de sus hábitos, de su vocabulario, y hasta de sus instituciones, no nos es posible desentendernos de hacer algunas observaciones sobre la índole y forma del gobierno y administración de los árabes en España.

Mientras la España muslímica estuvo sujeta a los califas de Damasco y a los walíes supremos de África, su gobierno no podía ser sino un reflejo del de Oriente, y participar de su misma organización y estructura. La necesidad obligó, no obstante, a los árabes españoles en más de una ocasión a apartarse de las formas legales y a proveerse a sí mismos de emir o jefe que los gobernara, sin orden del Califa y aún sin su consejo. Así aconteció con los nombramientos de Ayub y de Yussuf el Fehrí, hechos en una asamblea de jeques o sea de los principales y más ancianos personajes de cada tribu; y a una asamblea de este género se debió la elección de Abderrahman ben Moawiah, y la revolución que produjo el establecimiento del imperio muslímico español independiente del de Damasco, con trono, gobierno y dinastía propia. Que así en los extremos casos proveen todos los pueblos a su conservación, y los más avezados al despotismo practican como impulsados por una inspiración secreta e instintiva el ejercicio de una soberanía que teóricamente no conocen.

Desde entonces comenzaron a introducirse en el imperio y corte de Córdoba empleos y cargos que no se habían conocido en el Oriente. El *mexuar*, o consejo de estado, establecido por Abderrahman y al que consultaba en los casos arduos y negocios graves, ejerció atribuciones supremas durante las discordias civiles, y siendo como el plantel de donde se sacaban los altos funcionarios del estado, había de irse convirtiendo en una especie de institución aristocrática. Elegíase de entre sus miembros el *hagib* o primer ministro, al modo del gran visir de Oriente, cuyas facultades se extendían a todos los ramos de la administración. Seguían los *catibes* o secretarios. Un magistrado, que los romanos habrían nombrado censor, entendía en los delitos contra las costumbres públicas, y estaba investido de atribuciones terribles, y facultado hasta para imponer por sí la pena de muerte, dado que rara vez la decretaran e impusieran. Encomendada estaba la administración de la justicia a los *cadíes*, a quienes presidia el *cadí de los cadíes* o juez supremo, que residía en la capital; este era el que fallaba las causas en apelación, y su autoridad era tan respetada, que el mismo califa o emir tenía que comparecer ante él cuando era citado. Tenían bajo de sí los cadíes un funcionario subalterno llamado *alwacil* o alguacil, encargado de prender los delincuentes y de ejecutar las sentencias criminales.

Tan sencilla como era la administración de justicia, lo era también la económica. Además de la capitación impuesta a los cristianos, cuya cuota solía variar según las circunstancias y según la

condición y carácter de arbitrarios gobernadores, había dos clases de rentas del estado, el *azaque* y los derechos de aduana. El azaque consistia en la décima de los frutos de la agricultura, ganadería, minería y comercio. Destinábanse estas rentas al mantenimiento del califa y de sus funcionarios, a los gastos de guerra, a la construcción y reparación de obras públicas, a la dotación de escuelas y maestros, y al rescate de cautivos y alivio y socorro de los muslimes desvalidos o pobres. Los productos de aduanas se cree consistían también en ja décima de las mercancías importadas y exportadas. Percibíanse por un administrador, *almojarife*, nombre y empleo que se conservó durante algunos siglos entre los cristianos, como se conservó en la corona de Aragón y otros puntos el de almotacen, o fiel medidor, que entendía en todo lo relativo a pesos y medidas, calidad de los comestibles y policía urbana. Aplicábanse al fisco los bienes de los que morían sin herederos. Siendo tan sencillo el plan de los impuestos, no podía menos de ser igualmente sencilla y fácil la administración. El valor de las rentas subió al paso que se fue fomentando la agricultura y el comercio, y desde Abderrahman I. hasta Abderrahman III. hubo un aumento desde trescientos mil dinares, hasta cinco millones cuatrocientos ocho mil. Conócese la importancia que los árabes daban a la estadística, pues desde los primeros gobernadores o walíes, desde Alzama hasta que se declaró el reino independiente, hiciéronse ya varios censos y empadronamientos generales de España para la más conveniente distribución de los impuestos. El recaudador general residía en la corte, y tenía sus subalternos en las provincias.

Estas fueron cinco según la división hecha por Yussuf el Fehrí, a saber: Andalucía, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. Al frente de cada una de ellas había un *walí* o gobernador. Abderrahman hizo una nueva división territorial, quedando repartida en seis provincias, a saber: Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia. Narbona había dejado de pertenecer a los árabes, y Córdoba era la capital del reino. Había además otros doce *wazires* o gobernadores subalternos en doce de las más principales ciudades después de las referidas. En las demás ciudades y fortalezas tenían establecidos *alcaides*, nombre que se ha conservado también en España aplicado a diferentes empleos. Creáronse los walíes o comandantes de frontera para aquellas comarcas que estaban más expuestas a las invasiones o acometidas de los cristianos.

Es digno de reparo que el sistema de sucesión al trono entre los árabes fuese tan semejante al que regía entonces la sociedad cristiana. Mixto de electivo y hereditario, el califa designaba de entre sus hijos el que prefería para que le sucediese en el imperio, y atendiendo más, o a las cualidades personales del hijo, o al cariño y predilección del padre que al orden de progenitura, a veces le asociaba a sí y compartía con él la gobernación del estado, a veces solo cuando se sentía próximo a la muerte manifestaba su voluntad de que fuese reconocido *alhadi* o futuro sucesor del reino. Convocaba para esto a los altos funcionarios del estado, cadíes, walíes y wazires, y a los principales jeques de las tribus, y ante aquella asamblea de los más ilustres personajes muslimes nombraba al que tenía designado por futuro emir y pedía su reconocimiento. Otorgábansele ordinariamente sin réplica ni oposición los próceres musulmanes, y todos por su orden iban besando la mano al príncipe electo en señal de obediencia y fidelidad. A la muerte del califa se aclamaba solemnemente al príncipe jurado, se rezaba por él la *chothba* u oración pública en todas las aljamas o mezquitas del imperio, y esta ceremonia se repetía al fallecimiento de cada emir. Apenas esta libertad de preferencia de los padres dejó de producir en cada sucesión quejas, pretensiones, rebeliones y guerras de parte de los hijos o deudos que se creían injustamente postergados.

IV. Hemos indicado las principales leyes de la guerra prescritas en el Corán. Vistoso espectáculo debería ser el de un campamento árabe en España. Al fin de cada jornada y al acercarse la noche hacía alto la hueste, y desplegaba sus tiendas y pabellones que con los bagajes llevaban siempre consigo al uso de Oriente, conducidos en ligeros carros y acémilas, y en camellos, especie introducida por los árabes en nuestra península, como antes los cartagineses habían importado los elefantes de África, que tanto estupor causaron al pronto a los españoles, y tanta parte tuvieron en el éxito de algunas batallas. Largas hileras de estacas servían para tener sujetos los caballos y mulos:

los camellos acurrucados en grupos entreteníanse en rumiar: los guerreros se sentaban en derredor de las hogueras: las diversas formas y colores de los gorros y turbantes que distinguían a los berberiscos de los persas, a estos de los sirios, de los egipcios y de los árabes de todas razas, completaban la variada visualidad de aquel cuadro nocturno: que conservaron nuestros invasores por mucho tiempo en toda su originalidad y pureza, aunque los modificaron después sin perder nunca el tinte oriental, los trajes, colores y formas que diferenciaban a cada tribu, raza o nación. Allí al fulgor de las hogueras se contaban en su animada, pintoresca y expresiva lengua, sus antiguas hazañas o sus azares del día, y exornándolos con la poesía natural a sus fecundas imaginaciones, y ávidos de aventuras y de cuentos pasábanse hasta que el cansancio los rindiera, los unos relatando su historia, los otros escuchándola sin pestañar. Por la mañana plegábanse las tiendas, cargábanse los carros y los camellos, enfrenábanse los corceles, y se emprendía otra jornada. Los restos humeantes de las hogueras indicaban dónde había acampado el ejército musulmán.

Hábiles para la sorpresa, y propensos a la guerra de montaña, más semejantes en esto a los españoles que a los demás pueblos que les habían precedido en la conquista, fuesen cartagineses, romanos o godos, mil veces desde las fragosas y enmarañadas sierras de Ronda y de la Alpujarra, o desde las asperezas del Pirineo, fatigaron los rebeldes sarracenos a los emires de Córdoba, o tenían en jaque continuo a los cristianos con sus correrías y súbitas invasiones a que daban el nombre de algaras, y a que se prestaba así la ligereza de sus caballos como la agilidad y destreza de los jinetes. Pero topáronse en España con gente que no les cedía en inclinación, inteligencia y práctica de este linaje de guerra. Y por otra parte la preferencia que los árabes daban a la caballería fue en las batallas campales una de las desventajas que tuvieron para luchar con la infantería española, y una de las causas más frecuentes de sus derrotas y descalabros.

Su marina militar tan escasa en los primeros tiempos de la conquista, que Yussuf el Fehrí hubo de suprimir por innecesario el cargo de almirante o emir del mar, recibió desde el primer Abderrahman tal desarrollo y fomento que sus fuerzas navales no solo bastaban para poner la península al abrigo de las continuas irrupciones de los moros de África y de los francos de Aquitania, sino que derramándose sus naves por el Mediterráneo , las islas y las costas de España , de la Galia, y de Italia, no podían verse libres de las continuas agresiones de las flotas musulmanas, y los insulares de Córcega, de Cerdeña y de las Baleares se veían incesantemente acosados por atrevidos corsarios sarracenos que desde los puertos de España salían a devastar sus poblaciones marítimas y los obligaban a buscar un asilo en el corazón de las montañas.

Pero artistas y poetas los árabes, al propio tiempo que guerreros y piratas, los hemos visto batallar y fundar escuelas, degollar en las lides y disputar en los certámenes literarios, manejar el alfanje y pulsar la lira, incendiar ciudades enemigas y erigir aljamas suntuosas, piratear en los mares y cultivar jardines, saquear poblaciones cristianas y construir palacios, acueductos y baños, adornar con cráneos humanos los lienzos de las murallas y cantar baladas amorosas en los artesonados salones de sus alcázares.

Expresiva y animada la lengua de los árabes, casi todos sus nombres personales significan alguna cualidad moral o física. Los de las mujeres por lo común son tomados o de las gracias o de las virtudes o de bellos objetos del arte o de la naturaleza; como Redhiya, dulce o agradable; Nocima, graciosa; Kinza, tesoro; Maliba, bella; Sobeiha, aurora ; Zahira, florida ; Naziha, deliciosa; Ommalisam, la de los lindos collares; Amina, fiel; Zaida, dichosa; Lobna, blanca como la leche. De la misma manera los hombres gustaban de tomar un sobrenombre significativo, como Al-Sherif, el ilustre; Al-Admed, el deseado; Saddilz Allah, el testigo de Dios; Al-Radhi, el benigno; Al-Mudhaffar, el vencedor; Al-Mostayn-billah , el que implora el auxilio de Dios; Abder-el-Rahman, servidor del misericordioso; Obeid-Allah, humilde servidor de Dios, etc.

No usaban los árabes el nombre de familia; distinguíanse solo, como en otra parte hemos indicado ya, por el de su padre, que añadían al suyo con la palabra ben o ebn, de que hicieron muchas veces aven los europeos. Al nombre del padre solían agregar los de muchos de sus abuelos. «Entre nosotros, decía Numan, en uno de sus diálogos, no encontrarías a nadie que no pudiese

nombrar sus padres hasta la vigésima generación, sin omitir un grado.» A estos nombres añadían el de la tribu. Así tenían los nombres de los árabes aquella longitud tan propia para fatigar la memoria. El emir Yussuf de quien tantas veces llevamos hecha mención, se nombraba Yussuf ben Abderrahman ben Habib ben Abi Obeida ben Okba ben Nafte el Fehri. El Fehri era el patronímico de la tribu de Fehr, como el Gafequi, el Yemeni, los de las tribus de Gafek o del Yemen, y así de los demás.

Otras cualidades y costumbres de los árabes tendremos ocasión de ir observando en el curso de la historia. Prosigamos ahora nuestra interrumpida narración.

CAPÍTULO XI.
ABDERRAHMAN II. Y MOHAMMED I. EN CÓRDOBA: RAMIRO I. Y ORDOÑO I. EN OVIEDO.
De 822 a 866.

Excelentes prendas de Abderrahman II.—Rebelión y sumisión extraña de su tío Abdallah.—Condado de Barcelona: Bera: Bernhard.—Segunda derrota del ejército franco en Roncesvalles.—Curioso episodio de la vida de Abderrahman.—Célebres insurrecciones de Mérida y Toledo.—Revueltas en la Marca de Gothia.—Carlos el Calvo.—Ramiro I. de Asturias, el de la vara de la justicia.—Supuesta batalla de Clavijo atribuida a este príncipe.—Guerras en la Marca de Gothia. —Terrible persecución de los cristianos en Córdoba. Martirios. Causas que movieron esta persecución.—Muerte de Abderrahman II.— Continúa la persecución con su hijo Mohammed. San Eulogio: Álvaro: el abad Sansón. Concilios en Córdoba. Apostasías.—Reinado de Ordoño I. en Asturias.—Verdadera batalla de Clavijo.—Muza el renegado.—Rebelión famosa del bandido Hafsún.—Muerte de Ordoño I.

«Treinta y un años, tres meses y seis días, dice con su acostumbrada minuciosidad la crónica arábiga, cumplía el hijo de Alhakem el día mismo que fue enterrado su padre, e investido él de unos poderes que de hecho había ejercido ya en el imperio. Era, añade, Abderrahman II. hermoso de rostro, alto de cuerpo, esbelto de talle, color trigueño y bien dispuesta barba, que se teñía con alheña. Apellidábasele ya Almudhafar o vencedor feliz, por el valor con que había vencido y domado los rebeldes de las fronteras y los enemigos que habitaban los montes y sierras, gente rústica y feroz. Era, prosigue, tan intrépido y duro en la guerra como humano y benigno en la paz: Llamábasele el padre de los desvalidos y de los pobres: tenía además excelente ingenio y admirable erudición, y hacía elegantes versos. Gustábale la ostentación y la magnificencia, y aumentó su guardia con mil africanos, gente brillante y lucida.» Falta hacía a los árabes un príncipe de tan esclarecidas prendas para consolarse de las locuras de Alhakem (822).

Mas parecía ser estrella de la familia Ommiada que ninguno había de subir al trono sin tener que luchar con algún pretendiente de la misma familia. Por tercera vez se presentó en campaña aspirando a hacer valer sus pretensiones aquel Abdallah a quien dejamos en África, dos veces vencido por Alhakem, «y en quien la nieve de las canas, dice la crónica, no había apagado el fuego de su corazón.» Confiaba ahora en la ayuda de sus tres hijos, Cassim, Esfah y Obeidallah. Pero los hijos, o menos ambiciosos o menos confiados en sus fuerzas que el padre, lejos de prestarle ayuda y fomentar sus ilusiones, acudieron a persuadirle que se sometiera al legítimo emir, cuando éste, después de algunos combates, le tenía cercado en Valencia. La manera como se decidió Abdallah a hacer su sumisión retrata al vivo lo que era un verdadero creyente, un musulmán fanático de aquellos tiempos.

Tenía preparada una salida con toda su gente. Era un jueves, víspera del día festivo de los musulmanes. *«Compañeros,* les dijo, *mañana, si Dios quiere*[519] *haremos nuestra oración de jhuma, y con la bendición de Alá partiremos el sábado, y pelearemos si fuese su divina voluntad.»* El viernes, congregadas sus tropas delante de la mezquita de Bab Tadmir o puerta de Murcia, dirigióles otra breve arenga, y alzando después los ojos y las manos al cielo: *«¡Dios mio!* exclamó, *si tengo razón y es justa mi demanda, si mi derecho es mejor que el del nieto de mi padre, ayúdame y dame la victoria; más si su derecho al trono es más fundado que el de su tío, bendícele, Señor, y no permitas las desgracias y horrores de la guerra y discordia que hay entre nosotros: apoya su poder y estado, y ayúdale.»—«Así sea»,* contestaron a una voz el ejército y mucha parte del pueblo que se hallaba presente. En aquel momento, añade la crónica, sopló un viento frío y helado, extraño en aquel clima y estación, que ocasionó a Abdallah un accidente repentino y le dejó sin habla, de modo

519 La fórmula «si Dios quiere» que usa todavía en España comúnmente el pueblo, estaba expresamente prescrita para los mahometanos en el Corán. Dicese que tuvo el siguiente origen. Habiendo rogado algunos cristianos a Mahoma que les contase la historia de los siete durmientes, les respondió: «mañana os la contaré,» olvidándose de añadir, «si así lo quiere Dios.» Reprendiéronle el olvido, y de sus resultas dicen que le fue revelado por Dios este verso que se añadió al Corán: «Nunca digas: mañana yo haré tal cosa, sin añadir: si Dios quiere.» Los turcos siguen observando escrupulosamente esta máxima, y jamas ofrecen hacer cosa alguna, sin añadir: «Si Dios quiere.» *En seha Allah.*

que fue necesario concluir la oración sin él. A los pocos días desató Dios su lengua, y dijo Abdallah: «Dios ha declarado su voluntad, y no permita el Señor que yo intente cosa alguna contra ella.»

Al día siguiente un venerable anciano musulmán se apeaba a la entrada de la tienda de Abderrahman: un joven llevaba asida la brida y otro sostenía el estribo de su lujoso palafrén. Eran Abdallah y sus hijos que iban a hacer su sumisión al emir instituido por Dios para gobierno del pueblo musulmán. Abderrahman los recibió con los brazos abiertos, y generoso como su abuelo Hixem, concedió a Abdallah el gobierno y señorío de Tadmir, donde murió dos años después.

Desembarazado Abderrahman de esta guerra, iba a licenciar sus tropas, cuando recibió noticia de una irrupción que los condes de la Marca de España habían hecho en tierras musulmanas de este lado del Segre. Retuvo pues las licencias a sus soldados, y marchó precipitadamente sobre la Gothia llevando de vanguardia al caudillo Abdelkerim. Cerca de veinte años hacía (desde 801) que gobernaba la ciudad y condado de Barcelona el godo Bera, cuando fue acusado de traición por otro godo llamado Sunila ante el emperador franco Luis, el cual le hizo comparecer en Aquisgran. Negó Bera los cargos de infidelidad que se le hacían, y apeló a un juicio de Dios, pidiendo que, pues el acusado y el acusador ambos eran godos, se tuviese el duelo al uso de su nación, es decir, a caballo, al revés de los francos que en casos tales combatían a pie. Verificóse el combate, y vencido Bera, fue con arreglo a la ley de aquel tiempo declarado culpable y condenado a muerte: pero Luis conmutó esta pena en la de destierro a Ruan. Con tal motivo, el emperador nombró conde de Barcelona en reemplazo de Bera a Bernhard, hijo del conde Guillermo de Tolosa, que era el que gobernaba ya a Barcelona cuando se aproximó Abderrahman. Cuentan las historias arábigas que aquella importante ciudad cayó esta vez en poder del emir, así como Urgel y otras poblaciones de la Marca, obligando a los cristianos a refugiarse a las fortalezas de los riscos y a las angosturas de los montes, después de lo cual, dejando a los francos llenos de pavor, regresó a Córdoba. Dúdase no obstante que llegaran los árabes a posesionarse esta vez de Barcelona. Las crónicas cristianas no lo confirman, y la poca certeza que puede adquirirse de acontecimientos tan importantes como este prueba lo mucho que dejan que desear las crónicas de aquellos tiempos.

En la primavera del año siguiente viose llegar a Córdoba unos personajes griegos, llevando consigo muchos y hermosos caballos con preciosos y elegantes jaeces, cuales nunca en España se habían visto. Eran enviados del emperador bizantino Miguel el Tartamudo, que venían a ofrecer a Abderrahman aquel obsequio a nombre de su señor, y a solicitar su alianza contra el enemigo común de las dinastías de Bizancio y de Córdoba, Almamun, califa de Bagdad. Abderrahman los hospedó en su alcázar, y después de haberlos agasajado, los despidió «con muy buena respuesta», enviando en su compañía a Yahia ben Hakem, el Gazali, marino de gran mérito, también con caballos andaluces y espadas toledanas para el emperador.

Otra embajada, menos espléndida pero no menos interesante, recibió poco después Abderrahman. Los vasco-navarros, que miraban, como hemos dicho, con más antipatía a sus vecinos de raza germana, aunque cristianos, que a los mismos musulmanes, amenazados de otra invasión franca por los puertos de Roncesvalles y Roncal, iban a demandar auxilio a los árabes contra los enemigos traspirenáicos. De buena voluntad admitió Abderrahman la petición, como admitía la alianza de aquellos montañeses. El temor de estos no era infundado. Al fin del año 823, los condes Eblo y Aznar, lugartenientes del rey de Aquítania, habían tenido orden de franquear los Pirineos en dirección de la Vasconia. Sin obstáculo atravesaron aquellos valles, y sin dificultad llegaron también a Pamplona. Cumplido su objeto (que el historiador no declara), los condes y su ejército emprendieron su regreso a Aquitania por el mismo camino. Aquellos valles parecía estar destinados para cementerio de guerreros francos. Reprodújose la tragedia de Carlomagno al cabo de cerca de medio siglo, y las cóncavas montañas de Roncesvalles volvieron a resonar con los alaridos de los francos moribundos. Oigamos como lo refieren unos y otros autores.

«Los nuestros (dice el Astrónomo, en la Vida de Ludovico Pío), experimentaron de nuevo la perfidia acostumbrada del lugar, la astucia y el fraude innato de sus habitantes. Circuidos de todos lados por los naturales del país, las tropas fueron deshechas, y los mismos condes cayeron en manos

de los enemigos.» «Los walíes de la frontera (dicen las historias árabes) tuvieron este año sangrientas batallas con los cristianos de los montes de Afranc, y los vencieron con cruel matanza en los angostos valles de los montes de Albortah... y cautivaron sus caudillos, que vinieron con muchos despojos a Córdoba.» «A su retirada (dicen las historias de Navarra) acometieron los navarros a los franceses según su costumbre, y derrotaron todo el ejército, quedando la mayor parte con bagajes y banderas en el campo de batalla. Los condes fueron hechos prisioneros. Aznar, que era vascón, y tenía parientes y amigos entre los navarros, recobró la libertad, bajo juramento de no hacer la guerra contra Navarra: pero Eblo fue enviado con titulo de regalo a Abderrahman rey de Córdoba, cuya amistad y alianza necesitaban y solicitaban los navarros contra los franceses.»

Sufrieron, pues, los franco-aquitanios otra segunda derrota en Roncesvalles, que si acaso menos sangrienta que la primera, sirvióles de tan dura lección y escarmiento que no volvieron más a visitar aquellos funestos lugares. Del cotejo de las historias de las tres naciones infiérese que alguna parte del triunfo debió tocar a los sarracenos como auxiliares, si bien la gloria principal fue de los vascones, y así lo confiesa el mismo Astrónomo biógrafo, que ciertamente en esto no podrá ser tachado de parcial (824).

Como un agradable alivio a la fatigosa narración de tantas guerras se presenta aquí un corto episodio del reinado del segundo Abderrahman, que aprovechamos con gusto, porque al propio tiempo que nos informa de las ocupaciones pacíficas de los príncipes musulmanes, nos proporciona ir conociendo por los hechos el carácter galante y caballeresco de nuestros dominadores de Oriente. Oigamos a uno de sus historiadores. «En este tiempo (dice) mandó Abderrahman construir hermosas mezquitas en Córdoba, y en ellas puso fuentes de mármol y de varios jaspes, y trajo a la ciudad aguas dulces de los montes con encañados de plomo, y abrevaderos y grandes pilas para las caballerías. Edificó alcázares en las ciudades principales de España, reparó los caminos y construyó las ruzafas a orillas del río de Córdoba: dotó las madrisas o escuelas de muchas ciudades, y mantenía en la madrisa de la aljama de Córdoba trescientos niños huérfanos. Las horas que robaba a los negocios graves del estado, se entretenía con los sabios y buenos ingenios que había en su corte, que eran mucbos, y entre ellos estimaba y distinguía al célebre poeta Abdalá Aben Xamri, y Yahia ben Hakem, el Gazali, y como este sabio había estado entre los cristianos de Afranc, y en Grecia en sus embajadas, gustaba mucho de conversar con él y de informarse de las costumbres de los reyes infieles, y de los pueblos y ciudades que había visto. Había hecho hagib al walí de Sidonia Aben Gamri, y con este sabio caudillo solía jugar al *scahtrang* o ajedrez , que era uno de los más diestros jugadores que en aquel tiempo se celebraban, y competía con él Abderrahman a este juego con grandes apuestas de joyas muy preciosas. Era en extremo liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus esclavas, pagando sus gracias y sus más cortos obsequios con joyas inestimables.

«Cuenta Ibrahim el Catib y otros, que un día regaló a una niña esclava suya, muy linda y agraciada, un collar de oro, perlas y piedras preciosas, de valor de mil dinares, y como algunos wazires de su confianza que estaban presentes encareciesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya de las que ennoblecían el tesoro real y podían servir en un apuro o vicisitud de fortuna, Abderrahman les dijo: *Me parece que os deslumbra el brillo del collar y la estimación imaginaria que dan los hombres a la rareza de estas piedrezuelas y a la figura y lindeza de sus perlas: ¿pero qué tienen que ver con la hermosura y gracia de la humana perla que Dios ha criado? Su resplandor encanta los ojos de quien la mira, arrebata y desmaya los corazones: las más bellas perlas, los jacintos y esmeraldas más preciosas que ofrece la naturaleza en su especie, no deleitan así los ojos ni los oídos, no tocan el corazón ni recrean el ánimo; y así me parece que Dios ha puesto en mis manos estas cosas para que yo les dé su propio destino, y sirvan de adorno y gargantilla a esta graciosa muchacha.*»

Refiriendo después el rey a su poeta Abdalá ben Xamri la contienda que sobre el collar había tenido con los wazires, uno y otro dedicaron a la linda esclava versos igualmente conceptuosos. «Guallah, dijo el rey al poeta (continúa el historiador), que tus versos son más ingeniosos que los

míos», y mandó darle una *bidra* o bolsa de diez mil adharames que repartió entre sus amigos presentes.

¿Pero de dónde sacaba Abderrahman para tantas larguezas, para tantos dispendios y tan locas prodigalidades? De donde comúnmente lo sacan los príncipes, del pueblo. El que mucho daba, mucho tenía que pedir. Los impuestos se habían aumentado, el *azaque* o diezmo, limitado al principio a los frutos de la tierra y de los ganados, se había extendido a infinitos otros artículos. El pueblo murmuraba: cristianos , musulmanes y judíos, a todos desazonaba igualmente que a su costa estuviera el emir ganando fama de espléndido y dadivoso: el descontento era general: y en Mérida principalmente, ciudad populosa y considerable, se notaban muchas disposiciones a la revolución. No se ocultaba este estado de los ánimos al emperador Luis el Benigno, y calculando en su política la utilidad que podría sacar de esta situación de los ánimos, y poco escrupuloso en los medios, arrojó una tea incendiaria en el corazón de la España árabe, escribiendo a los meridanos y excitándolos a revolucionarse contra su emir[520].

Pero mientras Luis suscitaba enemigos interiores a Abderrahman, éste por su parte ganaba también auxiliares y aliados entre los súbditos del emperador, y una revolución estallaba en la Marca española. Un godo llamado Aizon, fugado del palacio del emperador, se puso en la Marca de Gothia a la cabeza de un partido numeroso que debería tener ya preparado, y se hizo pronto dueño de Ausona (Vich), destruyó a Rosas, y para robustecer más su partido despachó a un hermano suyo a Córdoba a solicitar socorros de Abderrahman, el cual le facilitó de buen grado un ejército, cuyo mando confirió a Obeidala, el hermano de Esfah y de Cassim. Con esta noticia Vil-Mund, hijo de Bera, el antiguo gobernador de Barcelona desterrado a Ruan, no quiso desaprovechar la coyuntura de vengarse de los enemigos de su padre, y se incorporó a los sublevados de Aizon (826).

Todo esto fue noticiado a Luis en ocasión de hallarse en la dieta de Seltz, del otro lado del Rhin, sin que al pronto tomara otra medida que pedir parecer a su consejo. Pero mientras el consejo daba su dictamen, los rebeldes y los árabes reunidos avanzaban por la Cerdaña, encerraban al conde Bernhard en las plazas fuertes de Barcelona y Gerona, y talaban y destruían campiñas y fortalezas, y engrosaban sus filas con los montañeses descontentos de los francos. Al fin un respetable ejército imperial se dirigió a la Marca al mando del joven hijo del emperador. Pepino rey de Aquitania, y de los condes Hugo y Matfried. Pero este grande ejército no halló ocasión de medir sus armas con las huestes del rebelde Aizon y del árabe Abu Merúan, que reunidas recorrieron los campos de Barcelona y Gerona, y sin que nadie las hostilizara se volvieron a pequeñas marchas a Zaragoza. Afrentosa fue esta campaña para los leudes francos, a quienes la asamblea celebrada el año siguiente en Aquisgrán castigó con la privación de sus empleos. «Pequeña pena, añade un

520 He aquí las frases más notables de este extraño documento imperial.

«En el nombre del Señor Dios y de nuestro Salvador Jesucristo, Luis, por ordenación de la divina Providencia emperador augusto, a todos los primados, y a todo el pueblo de Mérida, salud en el Señor.—Hemos sido informados de vuestra tribulación y de las vejaciones que sufrís de parte de vuestro rey Abderrahman, cuya avaricia os trae oprimidos. Lo mismo hacía su padre Abolaz (Alhakem), el cual os sobrecargaba de impuestos que no debíais pagar, convirtiendo así a los amigos en enemigos, a los servidores leales en rebeldes Pero sabemos que vosotros, como hombres de corazón, habéis rechazado siempre con vigor las injusticias de vuestros inicuos reyes, y resistido valerosamente a su codicia y avidez. Por tanto nos complacemos en dirigiros esta carta para consolaros y exhortaros a perseverar en defender vuestra libertad contra los ataques de vuestro tirano monarca, y a resistir con fortaleza, como hasta aquí habéis sabido hacerlo, a su dureza y crueldad. Y como este mismo rey es tan adversario y enemigo nuestro como vuestro, os proponemos combatir de concierto contra él. Nuestra intención es en el próximo estío con la ayuda de Dios Todopoderoso, enviar un ejército a nuestra Marca, y tenerle allí a vuestra disposición. Si Abderrahman y sus tropas hacen la tentativa de marchar contra vosotros, nuestro ejército lo impedirá atrayéndolos a si, y nada podrán contra vosotros sus fuerzas. Os aseguramos además, que si queréis separaros de Abderrahman y veniros a nosotros, os volveremos vuestra antigua libertad integra y plena y os mantendremos libres de todo tributo. Vosotros mismos elegiréis la ley bajo la cual queráis vivir, y nosotros no os trataremos sino como amigos y asociados, honrosamente confederados para la defensa de nuestro imperio. Os deseamos salud en nuestro Señor.»—Eginhard, in Vit. Ludov.—El español Ferreras en su sinopsis histórica de España, tom. IV. pag. 170 habla de esta carta como dirigida a los de Zaragoza, no a los de Mérida, y en aquella ciudad supone equivocadamente el alboroto de que hablaremos después.

historiador francés, para el crimen de no haber peleado en unas circunstancias en que parecía prescribirlo las leyes militares de todos los países y de todos los tiempos.»

Hablábase entretanto de una grande expedición que Abderrahman preparaba contra la Aquitania, y en otra segunda asamblea de Aquisgrán se decidió que marchase un fuerte ejército a los Pirineos bajo la conducta de los hijos del emperador, Lotario y Pepino. Ya los dos príncipes se hallaban en Lyon dispuestos a emprender su marcha, y las tropas de Abderrahman iban a salir para las fronteras de Afranc, cuando un impensado incidente vino a llamar la atención hacia otra parte y a dar otro giro a los negocios.[521]

Las imprudentes prodigalidades de Abderrahman tenían, como dijimos, irritado al pueblo musulmán, los tributos eran excesivos, el rigor de los recaudadores del diezmo acabó de encender el ya preparado combustible, y la revolución que amenazaba en Mérida había estallado. Figuraba a su cabeza Mohammed Abdelgebir, antiguo vazzir de Alhakem, destituido por Abderrahman. El pueblo amotinado acometió las casas de los vazzires, las saqueó, y degolló algunos de ellos: el walí pudo salvarse huyendo de la ciudad. Mohammed y otros jefes de la sedición repartieron armas, vestuarios y dinero a la plebe, sin distinción de creencias, y se prepararon a sostener su tumultuario gobierno. Esto fue lo que detuvo la salida de Abderrahman a las fronteras de Aquitania. Con la mayor presteza dispuso que pasasen las tropas de Algarbe y de Toledo, mandadas por el walí Abdelrúf, a sofocar la rebelión. Mérida no estaba para ser tomada fácilmente. Mas de cuarenta mil hombres armados recorrían sus calles. A falta de provisiones para tanta gente, pagábanlo las casas de los mercaderes y los ricos, de cuyos almacenes se apoderaban como de legítimo botín: achaque ordinario en las revueltas populares. En tan crítica situación los buenos muslimes, dice la crónica, los hombres juiciosos y acomodados, entablaron inteligencias con Abdelrúf, y conviniéronse en entregarle la ciudad. Así sucedió. Dada una noche por los de dentro la señal convenida, abriéronse las puertas , y entraron sin dificultad las tropas. Grande fue la sorpresa de los sublevados: todos corrían inciertos; muchos dejaban las armas aturdidos; la caballería del emir recorría las calles persiguiendo la chusma; como unos setecientos del pueblo fueron acuchillados; los caudillos de la rebelión se salvaron en la confusión y entre el tropel de los fugitivos; muchos huyeron a los campos, y Mohammed se refugió a Galicia. Sosegó Abdelrúf los ánimos de los vecinos pacíficos, avisó al emir del allanamiento de la ciudad, y a los pocos días un indulto general de Abderrahman acabó de disipar el temor del castigo que a muchos inquietaba (828).

No bien sosegado el alboroto de Mérida, otro no menos imponente y grave estalló en Toledo. Movióle Hixem el Atiki, rico joven de la ciudad, por solo el deseo de vengarse del vazzir Aben Mafot ben Ibrahim. Había Hixem derramado mucho dinero entre la gente pobre, y ganado los berberiscos de la guardia del alcázar. Con esto penetraron en él los tumultuados, apoderáronse de los ministros, arrastráronlo por las calles, «y toda la ciudad (dice un escritor árabe, gran reprobador de estas revueltas) se alegró de ver arrastrados por la plebe los ministros de su opresión.» Fortuna del walí fue hallarse en aquella sazón en el campo: avisado de la insurrección se retiró a Calat-Rahba (Calatrava), y comunicó la novedad al emir. Inmediatamente salió su hijo Omeya con parte de la caballería de su guardia y orden de reunirse al walí para castigar los rebeldes de Toledo. Pero Hixem con gran actividad repartió armas, distribuyó banderas, y viéndose al frente de una muchedumbre resuelta y armada, se atrevió a salir con la gente más osada y escogida a buscar las huestes del emir. Algunos ventajosos encuentros con las tropas de Omeya y de Aben Mafot, dieron gran confianza y orgullo al joven Hixem. Fue ya preciso que Abdelrúf pasara desde Mérida con todas las fuerzas disponibles.

Aún así trascurrieron tres años sin que los tres generales de Abderrahman lograran ventaja de consideración sobre los rebeldes de Toledo: hasta que en 832 pudo Omeya hacerlos caer en una celada, orillas del Alberche, causándoles gran matanza y obligando a los que quedaron con vida a refugiarse en la ciudad. Todavía al abrigo de sus fortificaciones hallaron recursos para persistir en la rebelión: y no se rindió todavía Toledo.

521 Eginhard, Vit. Ludov.—Astron., Anon.—Annal. Fuld.—Conde, part. II. cap. 39.

En tal estado reprodújose otra vez la revolución de Mérida. Ausente Abdelrúf y poco guarnecida la ciudad, introdújose en ella el mismo Mohammed, jefe del anterior motín, con todos los bandidos y malhechores que había estado capitaneando en tierras de Alisbona (Lisboa). Saqueó de nuevo los almacenes, armó y vistió la gente menuda , y se repitieron los excesos pasados. Esta vez acudió el mismo Abderrahman con toda la caballería de su guardia. Hecho alarde de sus huestes en Ain Coboxi (la fuente de los carneros), contáronse cuarenta mil hombres y ciento veinte banderas. Circuida Mérida de antiguos muros romanos, había sido flanqueada de torres después de la conquista. Hizo Abderrahman minar algunas de ellas; anchas brechas le facilitaban poder entrar en la plaza; pero queriendo evitar la efusión de sangre y dar a conocer sus humanitarias disposiciones a los meridanos, hizo arrojar dentro de la ciudad flechas con papeles escritos, en que ofrecía general perdón a los que se le entregasen, exceptuando sólo a los jefes de la sublevación, que señalaba con sus nombres. Algunos de estos billetes fueron a parar a manos de los exceptuados. Pero era imposible ya toda defensa, y Mohammed y sus cómplices huyeron, entregándose la ciudad a merced y discreción del emir.

Magnánima y generosamente se condujo Abderrahman. Disculpándosele los principales meridanos de no haber podido prender a los caudillos rebeldes, cuentan que les dijo: «Doy gracias a Dios de que en este día de complacencia me haya librado del disgusto de hacerlos degollar: tal vez Dios abrirá los ojos de sus entendimientos y volverán de su locura; y si no lo hacen, Dios me dará poder para estorbar que perturben la tranquilidad de mis pueblos.» Dignos y nobles sentimientos que representan a Abderrahman II. como heredero de las virtudes de su abuelo, y como el reverso de la barbarie y crueldad de su padre. En los pocos días que permaneció en Mérida, hizo reparar las fortificaciones destruidas, empleando en estas obras a los pobres de la ciudad.

Continuaba entretanto el sitio de Toledo. Al fin, después de seis años de una resistencia porfiada, estrechados y reducidos a lo alto de la ciudad, y acosados del hambre, tuvieron que rendirse. Hixem cayó herido en manos de Abdelrúf, que le hizo cortar instantáneamente la cabeza, y colgarla de un garfio sobre la puerta de Bab-Sagra[522]. El generoso Abderrahman mandó publicar luego un indulto general para todos los ciudadanos. Nombró a Aben Mafbt vazzir de su consejo de estado, y a Abdelrúf walí de la ciudad. Dedicóse éste a reparar los maltratados muros, estableció una buena policía en la ciudad, y separó los cuarteles por medio de puertas para mayor seguridad de los vecinos (838). Así terminaron las dos famosas rebeliones de Mérida y de Toledo.[523]

Pudo ya Abderrahman atender a la Marca Gótica, cuya situación no podía ser más propicia para el progreso de las armas agarenas. Intrigas y discordias domésticas traían agitado el imperio franco-germano, y Bernhard, el conde de Barcelona, mezclado en ellas de lleno, había corrido diferentes vicisitudes. Sus intimidades con la segunda mujer del emperador Luis, llamada Judith, fueron causa de que el pueblo atribuyera a ellas el nacimiento de un hijo (en 823), el que después había de ser emperador y rey bajo el nombre de Carlos el Calvo. A pesar de estos rumores, constituido Luis en padrino y protector decidido de Bernhard, le llamó en 829 a su palacio, y le nombró su camarero, conservándole el gobierno de la Gothia, que comprendía la Septimania y condado de Barcelona. Mal recibido el conde por los otros hijos del emperador, huyó en 830 del palacio imperial por sustraerse a su encono. Quedóle por único asilo la ciudad de Barcelona. Nuevas acusaciones le obligaron a comparecer en 832 ante la corte del imperio, y aunque se

522 «Ahora se llama Bisagra, dice Conde, depravada la voz arábiga Bab, puerta, y la latina Sacra, que fue su nombre antiguo.» Hay dos puertas en Toledo con el nombre de Visagra, la una antigua, tapiada ya, y la otra nueva, que es la principal de la ciudad, así por su construcción, como por serla que da salida al camino de Madrid. Algunos quieren derivar el nombre de Visagra del Via sacra de los romanos, pero construida la puerta nueva por los árabes no es de creer que estos adoptaran un nombre latino. Acaso ellos la nombráran Bab-Sahra, Puerta del Campo, y los cristianos corromperían después la pronunciación.

523 Conde, del cap. 41 al 44, part. II.—Aquel Mohammed Aldelgebir, cabeza y jefe de los dos motines de Mérida. es el mismo de quien dijimos en el cap. IX. haberse acogido a la benignidad de Alfonso de Asturias, el Casto, el mismo a quien este monarca dio tierras cerca de Lugo, el que después le correspondió con tanta ingratitud y perfidia.—Los meridanos no vieron resultado alguno de la famosa carta del emperador franco: los auxilios, ni los dio, ni estaba muy en disposición de darlos.

juramentó en descargo, fue destituido del condado de Barcelona, que se confirió a Berenguer, hijo del conde Hunrico. Mas habiendo muerto éste en 836, Bernhard, que había recobrado gran ascendiente y favor en la corte de Luis, fue segunda vez nombrado conde de Barcelona y de la Septimania, con más amplios poderes que antes.

Hallábanse así las cosas en 838, cuando el diestro Abderrahman, desembarazado de revueltas intestinas y alentado con las que trabajaban los dominios francos, ordenó al walí de Zaragoza que allegando las banderas de la España Oriental corriese las tierras de la Marca. Enfermo y casi moribundo el emperador Luis, disputándose sus hijos la herencia del imperio como una presa, bullendo en la misma Gothia las facciones y los partidos, pudieron Obeidalah, Ábdelkerin y Muza hacer por espacio de dos años devastadoras incursiones por aquellas tierras con grande espanto de los cristianos de la Gothia. No se limitaron a esto las atrevidas hostilidades de los sarracenos. Viose salir de Tarragona una expedición marítima, que unida a otras naves sarracenas de Yebisar y Mayoricas (Ibiza y Mallorca), se dirigió a las cosías de la Provenza, y llegó a saquear la comarca y arrabales de Marsella , retirándose con no escasas riquezas y gran número de cautivos.

Al paso que el imperio de Carlomagno se debilitaba, crecía en importancia el hispano-sarraceno. Otra vez vinieron a Córdoba legados de Constantinopla enviados por el emperador Teófilo, a solicitar los auxilios de Abderrahman contra el Califa abassida de Oriente Almoatesim. Recibiólos el emir honoríficamente y los despidió con regalos, ofreciendo al emperador que le ayudaría tan pronto como las guerras que entonces le ocupaban se lo permitiesen. Falleció en esto en Alemania el emperador Luis el Benigno (840), y a su muerte sufrió el imperio franco-germano una nueva recomposición, que había de envolverle en mayores turbulencias, y había de influir grandemente en los sucesos futuros de España[524]. Por el contrario el pequeño reino de Asturias habíase ido afirmando y engrandeciendo bajo la robusta mano del segundo Alfonso, cuyos postreros hechos dejamos en otro lugar referidos.

Muerto sin sucesión en 842 Alfonso el Casto, el sobrio, el pío, el inmaculado, como le nombra el cronista de Salamanca, los grandes y prelados del reino, de acuerdo en esto con los deseos del último monarca, nombraron para sucederle a Ramiro, hijo de Bermudo el Diácono. Mas como se hallase a la sazón en Bardulia (Castilla), donde había ido a tomar por esposa la hija de un noble castellano, aprovechóse en su ausencia un conde palatino llamado Nepociano, pariente de Alfonso, para hacerse aclamar rey de Oviedo por sus parciales. Informado de ello Ramiro, encaminóse derechamente a Galicia, donde sin duda contaba con más partidarios que en Asturias, y reuniendo en Lugo una numerosa hueste partió resueltamente en busca de su rival, a quien miraba como a un usurpador. Encontráronse los dos competidores cerca del río Narcea. Batido Nepociano, y abandonado de los suyos, huyó hacia Pravia y Cornellana, pero alcanzado por dos condes de la parcialidad de Ramiro, fue entregado a éste, el cual le hizo sacar los ojos y le condenó a reclusión perpetua en un monasterio. Así subió al trono de Asturias el hijo de Bermudo el Diácono[525].

Conócese que el pequeño reino asturiano comenzaba también a ser codiciado y combatido de pretendientes como el imperio árabe. Otros dos nobles, Aldroito, conde del palacio como Nepociano, y Piniolo, uno de los próceres de Asturias, conspiraron más adelante unos tras otro contra el monarca legítimo. Ambos fueron desgraciados en sus tentativas, y Aldroito sufrió la

524 Algún tiempo antes de morir había hecho Luis el Benigno dos partes iguales de sus estados, dejando a su hijo mayor Lotario la parte que quisiera elegir para sí. Lotario tomó la primera, que comprendía la Francia Oriental, el reino de Italia, algunos condados de Borgoña, el reino de Austrasia, y la Germania, a excepción de la Baviera, que dejaba a Luis su tercer hijo. La segunda abarcaba el reino de Neustria, la Aquitania, siete condados de Borgoña, la Provenza y la Septimania con sus Marcas. Este extenso reino fue dado por la voluntad expresa del emperador a Carlos el Calvo, el mismo que hemos dicho pasaba en el concepto público por hijo adulterino de la emperatriz Judith y del conde Beruhard, pero tiernamente amado no obstante esto por Luis. El Languedoc y una parte de Cataluña subsistían bajo el dominio del joven Carlos. Los hijos de Pepino, rey de Aquitania, quedaban excluidos de la sucesión de los estados de su padre en esta nueva partición del grande imperio de Carlomagno, lo cual fue más adelante un manantial de turbulencias y discordias en la Galia Meridional y países contiguos.

525 Sólo el monje de Albelda da lugar a Nepociano en el catálogo de los reyes de Asturias. Nadie le ha seguido, como tampoco a Pellicer y Mondéjar en las genealogias que tejen de los dos Bermudos que suponen.

horrible pena de ceguera, prescrita en las resucitadas leyes godas, y Piniolo fue condenado a muerte con sus siete hijos: ¡severidad terrible la del nuevo monarca! Bien que Ramiro era inexorable y duro en el castigo de toda clase de delitos. A los ladrones hacíales también sacar los ojos, con lo que purgó de salteadores sus estados, y a los agoreros y magos los hacía quemar vivos: ¡espantosa crudeza la de aquellos tiempos! Este rigor hizo que los cronistas de aquella edad le llamaran el de la vara de la justicia.

Una tentativa de invasión de gente extraña, desconocida hasta entonces en nuestra península, vino a poner a prueba la actividad y el valor bélico de Ramiro. Los Normandos (*North-menn*, hombres del Norte), esos piratas emprendedores y audaces, especie de retaguardia de los bárbaros del septentrión, que desde el fondo del Jutland y del mar Báltico, desde Dinamarca y Noruega habían salido a fines del siglo VIII. como a reclamar para sí una parte de los despojos del mundo, lanzándose atrevidamente a los mares en frágiles barcos sin más equipaje que sus armas, para arrojarse sobre las costas occidentales de Europa, saquearlas y volver a engolfarse cargados de botín en las olas del Océano: esos aventureros impertérritos, ejército regimentado de piratas a las órdenes de un jefe, que caían de improviso sobre las poblaciones de las costas, o se remontaban con asombrosa rapidez por las embocaduras de los ríos, para devastar tierras, degollar habitantes, hacer cautivos, y derramar sangre humana sin perdonar sexo ni edad: esos terribles facciosos de los mares que tan funestamente se habían hecho conocer en la Inglaterra y en la Galia, aparecen por primera vez en la costa de Asturias con gran número de naves en el principio del reinado de Ramiro. Hacen su primera tentativa de desembarco en Gijón (843): pero ante las fortificaciones de la ciudad , y ante la actitud enérgica de los asturianos, desisten de la empresa, pasan adelante y van a desembarcar en el puerto Brigantino (Coruña).

Ramiro no se ha descuidado; un ejército cristiano cae intrépidamente sobre aquellos salteadores; muchos murieron; varias de sus naves fueron incendiadas y viéronse forzados a abandonar aquellas costas fatales, y a tentar mejor fortuna en las de Lusitania y Andalucía. Allá van escarmentados por Ramiro el cristiano, a inquietar las poblaciones musulmanas, remontando el Guadalquivir hasta Sevilla, a continuar su obra de saqueo y de pillaje, a pelear con las huestes de Abderrahman, hasta que son obligados a retroceder por los Algarbes, donde repiten los mismos estragos, y por último acometidos por los guerreros de Mérida, de Santarén y de Coimbra reunidos, desaparecen de aquellos mares (844). Honra fue del monarca de Asturias haber sabido guardar sus pequeños dominios de aquellos terribles invasores que habían logrado fijar su destructora planta en grandes y poderosos estados[526].

Con la misma intrepidez peleó Ramiro con los árabes, venciéndolos en dos batallas[527]: sin que otra cosa añadan las antiguas crónicas. Por lo mismo, y por no apoyarse en fundamento alguno racional histórico, ha rechazado ya la sana crítica la famosa victoria de Clavijo que historiadores posteriores atribuyeron a este príncipe, y que ha constituido por siglos enteros una de las más generalizadas y populares tradiciones españolas.[528]

---

526 Salmantic. Chron.—Id. Silens.—Conde, cap. 44.—Ann. Bertin.—Des Boches, Hist. de Dinam.

527 Adversus sarracenos bis proeliavit et victor extitit. Seb. Salm. Chron.

528 He aquí en sustancia lo que cuenta de esta batalla el arzobispo don Rodrigo, verdadero autor de la leyenda. Indignado el rey Ramiro de que Abderrahman de Córdoba le hubiera reclamado el tributo de las cien doncellas, a que suponen hallarse sujeto Mauregato, convocó en León a los prelados y abades, a los próceres y varones ilustres del reino, y con su consejo declaró la guerra a Abderrahman. Marchó el ejército cristiano contra los moros, dirigiéndose a la Rioja. Hallándose hacia Albelda, junto a Logroño, se vieron acometidos los cristianos por un ejército numerosísimo de moros, no sólo de España, sino de Marruecos y de otros países de África. La batalla fue desgraciadísima para los nuestros, los cuales se retiraron a llorar su infortunio al vecino cerro de Clavijo. A pesar de la derrota y la tristeza el rey se durmió, y entonces se le apareció en sueños el apóstol Santiago, el cual le habló amistosamente y le alentó a que volviera al día siguiente a la pelea, seguro de que quedaría vencedor, pues él mismo combatiría a la cabeza del ejército cristiano. Atónito el rey, comunicó esta aparición al amanecer a los grandes y prelados y al ejército mismo, y todos locos de alegría no ansiaban ya sino el momento de entrar en combate bajo la dirección de tan ilustre capitán. Recibieron antes los Santos Sacramentos; llegó la hora de la lid, y exclamando: ¡Santiago! ¡Santiago! Cierra España (costumbre que quedó desde entonces al entrar en las batallas), comenzó la

No menos piadoso y devoto Ramiro que sus predecesores, erigió cerca de Oviedo varios templos, que aún subsisten hoy, notables ya no solo por su admirable solidez, sino también por cierta regular proporción y belleza de arquitectura, que todavía merece los elogios de los distinguidos artistas que visitan aquellos célebres lugares, y que justifica las alabanzas que se leen en el cronista Salmantino. Es notable entre aquellos el que con la advocación de Santa María edificó a la falda del monte llamado Naranco, a menos de media legua de Oviedo. Sin otros hechos importantes que las crónicas hayan consignado, terminó el honroso reinado del primer Ramiro en 850. Sus restos mortales fueron sepultados en el panteón de los reyes erigido por Alfonso el Casto, y su muerte no alteró la especie de armisticio tácito que había entonces entre los sarracenos y los cristianos de Galicia.

No era por el Norte, sino por el Oriente de España, por donde ardía entonces vivamente la guerra. Los hijos de Pepino, resentidos de la exclusión a que se los había condenado en la partición del imperio, se conjuraron en la Septimania contra Carlos el Calvo, y ayudábalos secretamente Bernhard, el conde de Barcelona, con la mira ulterior de hacerse independiente. Pronto y muy caramente pagó su deslealtad el que pasaba por su hijo. Carlos el Calvo en una asamblea de Tolosa a que le mandó comparecer le hizo condenar a la pena de muerte, que dicen ejecutó por su propia mano, y añaden que, poniendo el pie sobre su cadáver, *«¡maldito seas,* exclamó, *que has mancillado el lecho de mi padre y tu señor! »* Cuyas palabras prueban que Carlos no desconocía su

---

pelea, y con el socorro visible del Apóstol, que se apareció en los aires caballero en un blanco corcel y vestido él mismo de blanco, con espada en mano, fue tal el estrago que hicieron en los infieles, que quedaron en el campo más de sesenta mil moros, sin contar los que acuchillaron persiguiéndolos hasta Calahorra.

Mariana, que acogió sin examen ni crítica todo lo que halló en don Rodrigo, añadió por su cuenta no pocas circunstancias a la batalla, entre las cuales no podían faltar las arengas de costumbre.

Ni el monje de Albelda, ni el de Silos, ni Sebastián de Salamanca, ni ninguno de los antiguos cronistas dicen una sola palabra de un suceso que, a ser cierto, no le hubieran omitido en verdad. El primero que le mencionó fue el citado arzobispo que escribió cuatro siglos después.

Sobre esto se fundó, o acaso fue él mismo el fundamento de la fábula, el célebre privilegio o diploma de don Ramiro, llamado del Voto de Santiago, por el que se supone haber hecho la nación española voto general y perpetuo de pagar anualmente a la iglesia de Santiago cierta medida de los primeros y mejores frutos de la tierra, y de aplicar al Santo Apóstol una parte de todo el botín que se cogiese en las expediciones contra los moros, contándole como el primer soldado de caballería del ejército cristiano, cuya percepción continuó realizándose hasta tiempos muy recientes. La falsedad de este pretendido documento ha sido también evidenciada por muchos sabios y críticos españoles de los tres últimos siglos, entre los cuales podemos citar al maestro José Pérez, Dissertationes eclesiasticae, tit. Diploma celeberrimum de Voto, al canónigo de Lugo don Joaquin Antonio del Camino, en su Disertación impresa en el tom. IV. de las Memorias de la Real Academia de la Historia, al duque de Arcos, en su Memorial a Carlos III. Don Lázaro González de Acebedo en otro Memorial al duque del Infantado; Ortiz, Discurso Histórico-legal sobre el pretendido diploma del Voto de Santiago: y pueden verse también, Flórez, España Sagrada, tom. XIX., Ferreras, Sinopsis , tom. IV. Masdeu. Historia Critica, tom. XII. Sabau, en las notas a Mariana, lib. VII. cap. 13, y las razones que se expusieron en las Cortes de Cádiz de 1812, en que se abolió el tributo conocido con el nombre de Voto de Santiago; Diario de las Sesiones: Toreno, Revolución de España, lib. XXI.

Las razones que principalmente demuestran lo apócrifo del diploma, son, el lenguaje en que está escrito, impropio de un rey cristiano; suponerse la corte del reino en León, donde aún no residían los monarcas; la firma de un arzobispo, cuyo titulo no se conocía todavía en España; mencionarse un arzobispo de Cantabria que no se conoció nunca, y estar fechado el año 834, ocho años antes que comenzara a reinar Ramiro, lo cual obligó a Mariana a decir con una naturalidad recomendable: «Puédese sospechar que en el copiar del privilegio se quedó un diez en el tintero: el original, añade, no parece.»

Sin embargo, no podemos tolerar la severidad con que suelen tratarnos los críticos extranjeros porque en nuestra historia se hayan mezclado invenciones como la de la batalla de Clavijo, como si no fuese común achaque de las historias de todos los países. Y para que se vea la injusticia con que en esto proceden, el mismo historiador Pedro de Marca, arzobispo de París, que de tan absurda califica esta aparición del apóstol Santiago en Clavijo, refiere como cosa muy cierta que en una batalla que dieron los franceses a los normandos en 980, se apareció delante del ejército el mártir San Severo, en traje de capitán, montado también sobre un caballo blanco, matando y arrojando a los enemigos, en memoria de cuyo milagro el duque de Gascuña, Guillermo Sánchez, fundó el monasterio de San Severo en la ciudad del mismo nombre, por voto que de ello hizo. Así los mismos que tan acremente nos censuran por nuestras tradiciones populares, las imitan o las copian acaso más absurdas.

orígen y que cometía a sabiendas un parricidio[529]. Seguidamente nombró conde de Barcelona al godo Aledran, pariente de Berenguer. Propúsose Guillermo, hijo de Bernhard, vengar la muerte de su padre, atacó a Aledran, se declaró en favor del hijo de Pepino contra Carlos el Calvo, e invocó el auxilio de Abderrahman de Córdoba. Al propio tiempo levantábanse los vascones con su conde Aznar contra el rey Pepino de Aquitania; de forma que, de una y otra vertiente de los Pirineos hormigueaban las facciones en términos que no es extraño que San Eulogio de Córdoba dijera en una de sus cartas, que no había podido pasar a Francia por las bandas armadas que infestaban aquellos países. Cruzábanse las conspiraciones y se hacían y deshacían con admirable facilidad las alianzas más extrañas. Los árabes coligados con Guillermo en 846, hacían paces con Carlos el Calvo en 847, pero Guillermo, peleando solo y por su cuenta, se apoderó en 848 de Barcelona y de Ampurias, y al año siguiente logró hacer prisionero a Aledran. Poco le duró el contento. En 850 fue a su vez vencido por los partidarios de Aledran, que repusieron a éste en el condado de Barcelona.

Las vicisitudes se sucedían rápidamente. En este mismo año vuelven a romperse las paces entre Carlos el Calvo y Abderrahman II., y dos ejércitos musulmanes pasan el Ebro. El uno de ellos pone sitio a Barcelona, y declarándose los judíos por los islamitas, les abren las puertas de la ciudad, mientras una flota sarracena devastaba de nuevo las costas de la Provenza. No se empeñó Abderrahman en conservar a Barcelona, contentóse con desmantelarla, y con perseguir a los enemigos hasta las tierras de los francos. Si no pereció Aledran en aquella invasión, por lo menos no volvió a saberse de él, y en 852 hallamos establecido como conde de Barcelona a Udalrico.

Todo iba entonces prósperamente para los musulmanes. El emperador Teofilo de Constantinopla, enviaba a Abderrahman nuevos embajadores, solicitando con urgencia su alianza y su ayuda. La marina musulmana recorría las costas de la Galia Meridional y de la Toscana, enseñoreaba el Mediterráneo, y llenaba de terror a la Europa entera: y otros sarracenos, no declaran bien las historias si de España o de África, se atrevían a avanzar hasta las puertas de la capital del mundo cristiano, devastaban los arrabales de Roma, y saqueaban las iglesias de San Pedro y San Pablo, situadas extramuros sobre el camino de Ostia: gran conflicto, y sobresalto grande para la cristiandad.

Días amargos y de ruda prueba estaban pasando ya los cristianos de Córdoba. La tormenta de la persecución que anunciamos antes, descargaba ya con furia sobre aquellos fieles que hasta entonces habían logrado gozar de cierta libertad y reposo, y a la era de tolerancia había sucedido una era de martirio. ¿Qué había motivado este cambio? ¿No tenía fama de humanitario y generoso el segundo Abderrahman? Teníala, y los historiadores árabes cuentan el siguiente rasgo de su corazón benéfico.

Había afligido en 846 a las provincias meridionales una sequía espantosa: faltaron las cosechas, se abrasaron las viñas y los árboles frutales; no quedó yerba verde en el campo; agotáronse los pozos y los abrevaderos; los ganados escuálidos morían de inanición; las risueñas campiñas se convirtieron en soledades horribles, sin vivientes que las atravesaran; muchas familias pobres emigraron a África huyendo del hambre; la miseria hacía estragos horribles, y para completar este cuadro desconsolador un viento solano que sopló de Sahara envió una plaga de langosta que acabó de consumir las pocas subsistencias que quedaran. Abderrahman entonces apareció como un ángel de consuelo; suspendió la guerra santa y abrió las arcas del tesoro; distribuyó limosnas a los pobres, perdonó las contribuciones a los ricos, empleó los jornaleros en obras públicas, hizo por primera vez empedrar la ciudad, y de esta manera continuó curando los males del pueblo, hasta que Dios, dicen sus crónicas, se apiadó de los muslimes, y el rocío del cielo bajó a refrescar los campos. Esta conducta de Abderrahman hizo que los mismos que antes le murmuraban le amaran y llenaran de bendiciones.

¿Cómo este mismo Abderrahman, tan humano en Mérida y en Córdoba, persiguió después tan crudamente a los cristianos? Examinemos las causas de este sangriento episodio.

529 Annal. Fuld.—Hist. gener. de Languedoc, tomo I.

A pesar de la tolerancia del gobierno musulmán, y a pesar de haber adoptado mucha parte de los mozárabes el turbante, el albornoz y el calzón ancho de los muslimes, conservábanse vehementes antipatías entre los individuos de las dos religiones, en cada una de las cuales había fanáticos que creían contaminarse con sólo tocar los unos la ropa de los otros. Entre ciertas clases del pueblo es difícil, si no imposible, que haya la suficiente prudencia para disimular estos odios y animosidades, y que no las dejen estallar en actos positivos de reciproca hostilidad; y esto era lo que acontecía, sin que bastara a evitarlo el celo y vigilancia así de los cadíes árabes como de los condes cristianos. Los alfaquíes, o doctores de la ley, y algunos musulmanes exagerados, cuando oían tocar la campana que llamaba a los cristianos a los divinos oficios, tapábanse los oídos, y hacían otras demostraciones semejantes, prorumpiendo a veces en exclamaciones ofensivas, y a veces también poníanse a orar por la conversión de los que ellos llamaban infieles. Los cristianos, por su parte, cuando oían al muezzin desde el minaret o torre de la mezquita llamar a la oración a los muslimes, hacían iguales imprecaciones y poníanse a gritar: *«Salva nos, Domine, ab audito malo, el nunc, et in æternum.»* Con esto exasperábanse unos y otros, y a la provocación y a los denuestos seguíanse las riñas, las violencias y los choques.

La ley hacía esta lucha muy desventajosa por parte de los cristianos. Aunque gozaban de la libertad del culto, las palabras del Profeta daban mil ocasiones y pretextos para que fuesen molestados y perseguidos. El cristiano que pisaba una mezquita, o había de abrazar la fe de Mahoma, o era mutilado de pies y manos. El que una vez llegaba a pronunciar estas palabras de su símbolo: *«No hay Dios sino Dios y Mahoma es su Profeta»*, aunque fuese sólo por juego o en estado de embriaguez, ya era tenido por musulmán y no era libre de profesar otro culto. El que tenía comercio con mujer musulmana, entendíase que abrazaba su religión. El hijo de mahometana y de cristiano o vice-versa, el *mulado* o *muzlita*[530], era reputado por mahometano también; porque el Profeta había dicho muy astutamente que tenía que seguir aquella de las dos religiones del padre o de la madre que fuese la mejor, y la mejor era natural que fuese la suya. El cristiano que de hecho o de palabra injuriaba a Mahoma o a su religión, no tenía otra alternativa que el mahometismo o la muerte.

Con esto comenzó una serie de persecuciones y de martirios a que ayudaba por una parte al celo religioso, a las veces indiscreto y exagerado, de algunos cristianos, y por otra las ardientes excitaciones de los monjes y sacerdotes, que o alentaban a los demás o se presentaban ellos mismos a buscar la muerte. El monje Isaac bajó espontáneamente de su monasterio, y comenzó a predicar el cristianismo en la plaza y calles de Córdoba, y aún a provocar al cadí o juez de los musulmanes: el cadí le hizo prender, y de orden de Abderrahman le dio el martirio que buscaba. El presbítero Eulogio, varón muy versado en las letras divinas y humanas, exhortaba incesantemente con sus palabras y sus cartas a despreciar la muerte, a persistir en la fe de Cristo y a injuriar la religión de Mahoma. Así lo hizo con las vírgenes Flora y María que se hallaban en la cárcel, con cuya ocasión escribió un libro titulado: *«Enseñanza para el martirio.»* Multitud de sacerdotes, de vírgenes, de todas las clases y estados del pueblo fueron martirizados en este sangriento período, sufriendo todos la muerte con una heroicidad que recordaba la de los primeros tiempos de la iglesia. Con la insensibilidad que ostentaban los sacrificados crecía el furor de los verdugos, y con las medidas rigurosas de los musulmanes se fogueaban más los cristianos, y se multiplicaba el número de las víctimas voluntarias.

Viose con este motivo un fenómeno singular en la historia de los pueblos; el de un concilio de obispos católicos congregado de orden de un califa musulmán. Convencido Abderrahman de que cada suplicio de un mártir no producía sino provocar la espontaneidad de los martirios, convocó en 852 un concilio nacional de obispos mozárabes en Córdoba, presidido por el metropolitano de

530 Estos mulados (de donde vino nuestra voz mulato), muzlitas, mozlemitas o mauludines, eran los hijos o nietos de musulmanes no puros, sino que habían sido cristianos renegados, o hijos de cristiana y musulmán, o de mahometana y cristiano. Como elnúmero de españoles era infinitamente mayor que el de las familias árabes, y se fueron haciendo matrimonios mixtos, al cabo de algunas generaciones eran ya más los mulados que los árabes puros: de aquí las rivalidades de familias y muchas de las guerras de que hemos dado cuenta,

Sevilla, Recafredo. El objeto de esta asamblea era ver de acordar un medio de poner coto a los martirios voluntarios, y los obispos, o por debilidad o por convencimiento, declararon no deber ser considerados como mártires los que buscaban o provocaban el martirio, lo cual dio ocasión al fogoso Eulogio para escribir con nuevo fervor contra esta doctrina, calificándola de debilidad deplorable. No cesó por esto ni la audacia de los fieles ni el rigor de los mahometanos: siguióse una dispersión de mozárabes, y el mismo obispo de Córdoba, Saúl, se vio preso en una cárcel por el metropolitano de Sevilla[531].

Cumplióse en esto el plazo de los días de Abderrahman II. Dicen nuestras crónicas, que asomándose una tarde a las ventanas de su alcázar, y viendo algunos cuerpos de mártires colgados de maderos orilla del río, los mandó quemar, y que ejecutado esto, le acometió un accidente de que falleció aquella misma noche (setiembre de 852; último de la luna de Safar de 238). Todos los pueblos lloraron su muerte como la de un padre, dicen las historias musulmanas. Había reinado treinta y un años, tres meses y seis días. Dejó muchas hijas y cuarenta y cinco hijos varones: el que le sucedió en el imperio se llamaba Mohammed.

No se templó, antes arreció más con Mohammed I. la borrasca de la persecución contra los cristianos. El nuevo emir comenzó por lanzar de su palacio a los que servían en él, y por destruir sus templos. Entre los muchos mártires de esta segunda campaña, lo fue el ilustrado y fervoroso Eulogio, que acababa de ser nombrado metropolitano de Toledo. La causa ostensible fue haber ocultado en su casa a Leocricia, que siendo hija de padres mahometanos había abrazado el cristianismo, y buscado un asilo en casa de Eulogio. Ambos fueron decapitados: los cristianos rescataron los cuerpos de estos santos mártires y los depositaron en sus templos.

La imparcialidad histórica nos obliga a consignar lo mismo los lunares que las glorias de las actas del cristianismo. No todo fue pureza, virtud y perseverancia en esta época de tribulación y de prueba. Algunos cristianos tuvieron la flaqueza de apostatar, lo cual no nos admira, porque el heroísmo no puede ser una virtud común a todos los hombres, y esto es precisamente lo que constituye su mérito. Lo peor fue que vino a los cristianos andaluces otra persecución de quien menos lo podían esperar, de algunos obispos cristianos. Hostigesio, prelado de Málaga, y Samuel de Elvira, no contentos con haber convertido sus casas, de asilos modestos de la virtud que debían ser, en lupanares inmundos; no satisfechos con propalar herejías acerca de la naturaleza de Cristo conforme a lo que de ella enseñaban los mahometanos; y no teniendo por bastante apropiarse las limosnas y oblaciones de los fieles y malversar los bienes del clero, excitaron a Mohammed a que exigiese nuevos tributos personales a los cristianos, haciendo para ello un empadronamiento general escrupuloso, convidándose ellos a hacer uno minucioso y exacto de los de sus diócesis. Servando, conde de los cristianos, en quien éstos deberían creer encontrar consuelo y apoyo, había pedido permiso a Mohammed para exigirles cien mil sueldos; hacía desenterrar a los mártires, y formaba causas a los fieles por haberles dado sepultura. En tan apurado y extraño conflicto, un nuevo atleta se presenta a sostener la buena causa de los oprimidos cristianos, el abad Sansón, varón respetado por su piedad y por su literatura.

Pero el disidente Hostigesio negocia con Mohammed la convocación y reunión de un concilio de los obispos de la comarca para que en él sea juzgado Sansón, y para que se obligue a todos los prelados católicos a que hagan la matrícula de sus súbditos a fin de exigirles nuevos y crecidos impuestos. Extraña singularidad la de este lamentable episodio de la historia cristiana. Un obispo disidente, inmoral, avaro, manchado de herejía, instiga a un califa de Mahoma a celebrar un concilio de obispos cristianos para condenar al más celoso defensor de la pureza de la fe. Este concilio se celebra en Córdoba con asistencia del prelado de esta ciudad, de los de Cabra, Écija, Almería , Elche y Medina Sidonia. Sansón se previene con una profesión de fe que sustenta con valor en sus discusiones con Hostigesio, pero las furibundas amenazas, ya que no las razones de este prelado, logran intimidar a los débiles ancianos que componían el sínodo, y la doctrina y proposiciones de Sansón son declaradas perniciosas, cuya sentencia hacen circular Hostigesio y

531 Eulog. Memorial. Sanctor.—Id. Liber apologet.—Álvar. Iudicul. Luminos.

Servando por todas las iglesias de Andalucía. Sansón, por su parte, demuestra la nulidad de la sentencia como arrancada por la violencia y el dolo. Provocada nueva declaración, algunos obispos se retractan de la primera, y entre ellos Valencio de Córdoba, que para manifestar el aprecio que le merecía la doctrina de Sansón le hizo abad de la iglesia de San Zoilo[532]. Esto acabó de irritar al partido de Hostigesio y Servando, que acudiendo entonces a la calumnia y a la intriga, y aprovechando la predisposición de Mohammed, consiguen que el abad Sansón sea depuesto y desterrado a Martos, donde compuso la interesante defensa de su doctrina con el título de *Apologético*, acalorando con esto más y más los ánimos. Siguiéronse mutuas profanaciones e insultos de cristianos y musulmanes en sus respectivos templos, hasta que la tormenta fue con la acción misma del tiempo calmando, o más bien la atención de los muslimes se distrajo hacia los campos de batalla, donde cristianos, muzlitas y moros rebeldes combatían con las armas el poder central del imperio árabe-hispano.

Tal fue este episodio tan glorioso como sangriento de la iglesia mozárabe española, que podremos llamar la era de los martirios, y que produjo, además de una multitud de hechos heroicos mezclados con otros de lamentable recuerdo, un catálogo de santos con que se aumentó el martirologio de España, y los luminosos escritos de San Eulogio, de Pablo Álvaro y del abad Sansón, que han llegado hasta nuestros días, y sin los cuales nos veríamos privados de las noticias de este período de lucha religiosa, tanto más gloriosa cuanto era con más desiguales armas sostenida[533].

Había sucedido en 850 a Ramiro de Asturias su hijo Ordoño, primero de este nombre, que tuvo que inaugurar su reinado con una expedición contra los vascones de Álava que se habían sublevado, sospéchase que en connivencia con los musulmanes, y a los cuales logró sujetar y tener sumisos. Pero el hecho más brillante de las armas del nuevo monarca de Oviedo fue la famosa victoria que en la Rioja alcanzó sobre un ejército mahometano mandado por Muza ben Zeyad. Antes de referir este célebre triunfo de Ordoño, necesitamos dar cuenta de quién era este Muza que tan famoso se hizo en la historia española del siglo IX.

Muza era godo de orígen, y había nacido cristiano. Por ambición había renegado de su fe, y abrazado el islamismo con toda su familia. En poco tiempo había hecho una brillante carrera en tiempo de Abderrahman, y esto mismo acaso le tentó a rebelarse a su vez contra los árabes: con ardides tanto como por fuerza se había ido apoderando de Zaragoza, de Tudela, de Huesca y de Toledo: el gobierno de esta última ciudad y comarca le dio a su hijo Lupo (el Lobia de los árabes), y cerca de Logroño levantó una nueva ciudad que nombró Albayda (Albelda entre los cristianos), y que hizo como la capital de sus estados. Los vascones, o por temor a un vecino tan poderoso, o por huir de sujetarse al reino de Asturias, hicieron alianza con Muza, y García su príncipe llegó a tomar por esposa una hija del doblemente rebelde caudillo. Alentado éste con sus prosperidades, y noticioso del miserable estado en que los dominios de Carlos el Calvo se hallaban, acometió la Gothia, franqueó los Pirineos, y sólo a precio de oro pudo el nieto de Carlomagno comprar una paz bochornosa. Entretanto Lupo su hijo se mantenía en Toledo y el rey de Asturias fomentaba y protegía su rebelión, y aunque las huestes de Mohammed lograron un señalado triunfo sobre las tropas rebeldes de Lupo y las auxiliares cristianas, matando gran número de unas y otras, la ciudad

532 El titulo de Abad que se da a Sansón no lo era de dignidad monástica, sino de gobierno parroquial, como en nuestros días se llaman abades los curas propios de las iglesias en Galicia y Portugal.

533´A principios del siglo XVI., con ocasión de limpiarse un pozo distante media legua de Trasierra, se halló la famosa campana del abad Sansón, así llamada por haber sido donación de este virtuoso y erudito presbítero a la iglesia de San Sebastián, en 878, notable por la circunstancia de creerse la campana más antigua que se conserva en España. Tiene cerca de un pie de alto y otro tanto de diámetro, con asa para tocarla, y una inscripción que expresa el año de la oferta. Había sido llevada al monasterio de Valparaíso cerca de Córdoba, y en la última supresión de las órdenes religiosas fue entregada por la comisión de arbitrios de amortización a la de ciencias y artes, que la colocó en el colegio de humanidades de la Asunción, donde se conserva.—Ramírez y las Casas-Deza, Antigüed. de Córdoba.—Los preciosos escritos de San Eulogio, de Pablo Álvaro y de Sansón, que tan interesantes noticias nos han trasmitido acerca de este importante perodo de la historia cristiano-musulmana, se hallan en los tomos X. y XI. de la España Sagrada de Flórez.

no pudo ser tomada: dejó el emir encomendado el sitio a su hijo Almondhir, el cual no tardó en ser batido por Muza. Envanecido este con tantas victorias se hacía llamar el tercer rey de España, y quiso tratar con el emir como de igual a igual. Y en efecto, llegó a dominar Muza en una tercera parte de la Península. Pero estas mismas pretensiones hicieron que los cristianos, en vez de mirarle como aliado, le miraran ya como enemigo.

Desavenidos estaban cuando se encontraron en la Rioja. Ordoño fue el que tomó la ofensiva: un cuerpo de tropas destacó sobre Albelda, y al frente de otro marchó él mismo contra Muza. Diose el combate en el monte Laturce, cerca de Clavijo: la victoria se declaró por los soldados de Ordoño; diez mil sarracenos quedaron en el campo; entre los muertos se halló el yerno y amigo de Muza, García de Navarra; el mismo Muza, herido tres veces por la lanza de Ordoño, pudo todavía salvarse en un caballo que le prestaron, y se fue a buscar un asilo entre sus hijos Ismail y Fortun, walí de Zaragoza el uno, de Tudela el otro: los ricos dones que había recibido de Carlos el Calvo quedaron en poder de Ordoño. El monarca cristiano marchó sin pérdida de tiempo sobre Albelda; y habiéndola tomado después de siete días de asedio la hizo arrasar por los cimientos; la guarnición muslímica fue pasada a cuchillo, y las mujeres y los hijos hechos esclavos. De tal manera consternó este doble triunfo de los cristianos al hijo de Muza Lupo, el gobernador de Toledo, que pareció faltarle tiempo para solicitar la amistad de Ordoño y ofrecerse para siempre a su servicio. Así humilló el valeroso rey de Asturias el desmedido orgullo de Muza el renegado, librando al mismo tiempo al emir de Córdoba de su más importuno y temible enemigo[534].

Alentóse con esto Mohammed.y consagróse a acabar a toda costa con la rebelión de los hijos de Muza. Años hacía que Lupo se mantenía en Toledo sitiado por Almondhir, sin que le arredrara el haber visto enviar setecientas cabezas de los suyos cogidos en Talavera para adornar, según costumbre, las almenas de Córdoba. Fue, pues, Mohammed a activar y estrechar el sitio. Cansados los labradores y vecinos pacíficos de Toledo de los males de la guerra y de ver cada año destruir sus mieses, sus huertas y sus casas de campo, ofrecieron al emir que le entregarían la ciudad y aún las cabezas de los jefes rebeldes si les otorgaba perdón. Prometióselo así Mohammed,y abriéronsele las puertas de Toledo aún antes del plazo designado: algunos caudillos fueron puestos a su disposición; otros pudieron huir disfrazados, entre ellos el mismo Lupo, que fue a refugiarse a la corte de Ordoño el cristiano (859), de quien continuó siendo aliado y amigo. Así acabó por entonces la famosa rebelión de Muza el renegado, del que tuvo la presunción de titularse el tercer rey de España. Ocupóse Mohammed en arreglar las cosas del gobierno de Toledo[535].

Cúpole a Ordoño otra gloria semejante a la que había alcanzado su padre Ramiro. Los normandos, esos aventureros de los mares, ni nunca quietos, ni nunca escarmentados (los *Magioges* de los árabes), vinieron a intentar un nuevo desembarco en Galicia (860). Sesenta naves traían ahora. Rechazó de allí esta segunda vez el conde Pedro aquellos formidables marinos, que se vieron forzados a bordear como antes el litoral de Lusitania y Andalucía en busca siempre de presas que arrebatar: arrasaron aldeas, atalayas y caseríos desde Málaga a Gibraltar, saquearon en Algeciras la mezquita de las Banderas, y acosados por las tropas de Mohammed pasaron a las playas de África, recorrieron la costa de la Galia, las Baleares, el Ródano, los mares de Sicilia y de Grecia, haciendo en todas partes los mismos estragos, dejando tras sí una huella de devastación y de sangre, hasta que desaparecieron en el Océano para entrar otra vez en la Escandinavia con los despojos que habían podido recoger de todos los países.

Ordoño, que no olvidaba sus naturales y más inmediatos enemigos, los árabes, llevó sus armas a las márgenes del Duero, venció al walí de la frontera Zeid ben Cassim, y tomó varias poblaciones, entro ellas Salamanca y Coria, que no se esforzó en conservar, contentándose con destruir sus murallas y llevar cautivos al centro de su reino. Así no creemos que para recobrarlas hubiera necesitado Almondhir el Ommiada llevar tan grande ejército como luego llevó, y cuyo aparato de

534 Seb.Salmant.Chron. n.26.—Ésta fue la verdadera batalla de Clavijo, y es de sospechar que fuese la que por error se atribuyó a Ramiro.

535 Conde, part. II. cap. 48.

fuerza podía solo justificar el respeto que ya les imponía el nombre de Ordoño. Desde el Duero llevó Almondhir sus huestes hacia el Nordeste de la Península, franqueó el Ebro, penetró por Álava en la alta Navarra y montes de Afranc, taló las campiñas de Pamplona, ocupó algunas fortalezas de su comarca, y cautivó, dice un autor árabe, a un cristiano muy esforzado y principal llamado Fortún[536], que llevó consigo a Córdoba, donde vivió veinte años, al cabo de los cuales fue restituido a su patria. Esta expedición tuvo sin duda por objeto castigar a los que habían sido aliados del rebelde Muza.

A poco tiempo de esto (en 863) llevaron al emir de Córdoba sus *forénicos* o correos de a caballo nuevas que le pusieron en grande cuidado y alarma. Los cristianos de Afranc y los de Galicia habían invadido simultáneamente y por opuestos puntos las tierras de su imperio. Ordoño había entrado en la Lusitania, corrido la comarca de Lisboa, incendiado a Cintra, saqueado los pueblos abiertos y cogido multitud de ganados y cautivos. La fama abultaba los estragos, y Mohammed creyó llegado el caso de hacer publicar la guerra santa en todos los alminbares. Juntáronse todas las banderas y Mohammed penetró con sus huestes en Galicia hasta Santiago. Mas cuando él llegó, ya los cristianos se habían recogido y atrincherado en sus impenetrables riscos: con que tuvo por prudente regresar por Salamanca y Zamora hacia Toledo.

En las fronteras de Afranc un hombre oscuro daba principio a una guerra que había de ser dura y porfiada. Este hombre era Hafsún, originario de aquellas tribus berberiscas que en el principio de la conquista se establecieron en los altos valles y sierras más ásperas del Pirineo. Aunque nacido en Andalucía, era oriundo de la proscrita raza de los judíos. Sus principios fueron oscuros y humildes. Vivía del trabajo de sus manos en Ronda, pero descontento de su suerte pasó a Torgiela (Trujillo) a buscar fortuna, y no hallando recursos para vivir se hizo salteador de caminos, llegando por su valor a ser jefe de bandoleros, y a adquirir no escasa celebridad en aquella vida aventurera y agitada. Hafsún y su cuadrilla se hicieron dueños de una fortaleza llamada Calat-Yabaster. Por último, arrojado del país, se trasladó a las fronteras de Afranc, y se apoderó del fuerte de Rotah-el-Yehud (Roda de los Judíos), situado en un lugar inexpugnable por su elevación y aspereza sobre peñascos cercados del río Isabana.

No sólo fue bien recibido allí Hafsún por los judíos berberiscos, sino que viendo los cristianos de Aínsa, Benabarre y Benasque la fortuna de sus primeras algaras, confederáronse con él para hacer la guerra a los mahometanos; y precipitándose como los torrentes que se desgajan de aquellos riscos, cayeron sobre Barbastro, Huesca y Fraga, levantando los pueblos contra el emir. El walí de Zaragoza, resentido de haber sido nombrado otro gobernador de la ciudad, si no favoreció a los rebeldes, a lo menos no se opuso a sus progresos y correrías. El walí de Lérida Abdelmelik tomó abiertamente partido en favor de Hafsún, y le entregó la ciudad. Lo mismo hicieron los alcaides de otras poblaciones y fortalezas. De modo que el menestral de Ronda, el jefe de bandidos de Trujillo, se vio en poco tiempo dueño de una parte considerable de la España Oriental y de gran número de ciudades y castillos, con lo que más y más envalentonado recorrió las riberas del Ebro y fértiles campiñas de Alcañiz, engrosando sus filas con todos los descontentos, fuesen cristianos, judíos o musulmanes.

Sobresaltado Mohammed con tan seria insurrección, y no pudiendo desatender las fronteras del Duero, continuamente invadidas e inquietadas por los cristianos de Ordoño, trató primeramente y antes de emprender operaciones contra el rebelde Hafsún de asegurarse al menos la neutralidad del imperio franco, a cuyo efecto envió a Carlos el Calvo embajadores con ricos presentes y con proposiciones de paz y amistad. Carlos, a quien hallamos siempre dispuesto y poco escrupuloso en firmar paces y alianzas con todo género de enemigos, no desechó tampoco la propuesta del emir, y despachó a su vez a Córdoba mensajeros encargados de acordar las bases de la pacificación, los

536 Este Fortun pudo ser muy bien el hijo de Muza, gobernador de Tudela: más al decir de algunas historias navarras era Fortuño, hijo del García Íñigo o Íñiguez, muerto en Albelda, y añaden que con él fue llevada a Córdoba su hermana Íñiga, y que el haber recobrado su libertad al cabo de los veinte años fue debido al casamiento de Iñiga con Abdallah, hijo segundo do Mohammed.

cuales, desempeñada su misión, volvieron llevando consigo en testimonio de las buenas disposiciones de Mohammed, camellos cargados con pabellones de guerra, ropas y telas de diferentes clases, y artículos de perfumería, que el nieto de Carlomagno recibió gustoso en Compiegne. Después de lo cual juntó Mohammed el más numeroso ejército que pudo, haciendo concurrir a todos los hombres de armas de Andalucía, Valencia y Murcia, resuelto a dar un golpe de mano decisivo al rebelde Hafsún. Su hijo Almondhir quedó encargado de la frontera de Galicia con las tropas de Mérida y de Lusitania, y él con su nieto Zeid ben Cassim marchó hacia el Ebro con toda la gente.

Temeroso Hafsún de no poder competir con fuerzas tan considerables, recurrió a la astucia, o mejor dicho, a la falsía y al engaño, pero engaño mañosamente urdido para hombre de tan humilde extracción. Escribió, pues, al emir haciéndole mil protestas, al parecer ingenuas, de obediencia y sumisión, y jurando por cielos y tierra, que todo cuanto hacía era un artificio para engañar a los enemigos del Islam; que a su tiempo volvería las armas contra los cristianos y malos muslimes; que le diese al menos el gobierno de Huesca o de Barbastro, y vería cómo oportunamente y de improviso daba a los enemigos el golpe que tenía pensado. Cayó completamente Mohammed en el lazo, creyó las palabras arteras del rebelde, ofrecióle para cuando diese cima a sus planes no solo el gobierno de Huesca sino el de Zaragoza, envió una parte del ejército, como innecesario ya, a las fronteras de Galicia a reforzar el de Almondhir, encomendó a su nieto Zeid ben Cassim la expedición proyectada de acuerdo con Hafsún, y él regresó camino de Córdoba.

Incorporáronse las tropas de Zeid con las de Hafsún en los campos de Alcañiz: con las demostraciones más afectuosas acamparon llenas de confianza junto a los que creían sinceros aliados. Mas cuando se hallaban entregadas al reposo de la noche, los soldados de Hafsún se echaron traidoramente sobre los de Zeid, y degollaron alevosamente a los más, incluso el mismo Zeid ben Cassim, que murió peleando valerosamente antes de cumplir diez y ocho años. El emir, todos los caudillos de su guardia, todos los walíes de Andalucía, juraron vengar acción tan aleve; Mohammed lo escribió a su hijo Almondhir, el cual recibió los despachos de su padre en tierras de Álava, e inmediatamente hizo leer su contenido a todo el ejército. La indignación fue general; caudillos y soldados, todos pedían ser llevados sobre la marcha a castigar la negra perfidia de Hafsun. De Córdoba y Sevilla se ofrecieron muchos voluntarios a tomar parte en aquella guerra de justa venganza.

Partió, pues, Almondhir con su ejército de sirios y árabes, ardiendo todos en cólera. Los rebeldes habían vuelto a atrincherarse en los montes y en la fortaleza de Roda, que era, dice un autor musulmán, el nido del pérfido Hafsún. Allí salió a rechazarlos el intrépido Abdelmelik, el walí de Lérida que se había incorporado a Hafsún. A pesar de las ventajas que le daba la posición, los andaluces pelearon con tal coraje, que sus espadas se saciaron de sangre enemiga. Abdelmelik escapó herido con un centenar de los suyos, y se refugió en el castillo de Roda. La noche suspendió la matanza. Al día siguiente los soldados de Almondhir atacaron la fortaleza sin que les detuvieran las breñas y escarpados riscos que la hacían al parecer inaccesible. Todo lo allanaron aquellos hombres frenéticos, si bien a costa también de no poca sangre: Abdelmelik, aunque herido, peleó todavía hasta recibir la muerte, y su cabeza fue corlada para presentaiia a Mohammed; muchos rebeldes se precipitaron de las rocas: Hafsún logró escapar a los montes de Arbe, aconsejó a sus secuaces que se sometiesen al vencedor para conjurar su justa saña, y repartiendo sus tesoros entre los que le habían sido más fieles, desapareció, dicen, en aquellas fragosidades. La victoria de Almondhir intimidó toda la comarca, y apresuráronse a ofrecerle su obediencia las ciudades de Lérida, Fraga, Ainsa, y todas aquellas tierras (866). Almondhir victorioso se volvió a Córdoba, donde fue obsequiado con fiestas públicas.

En este año, que fue el de 866, falleció el rey Ordoño en Oviedo, muy sentido de sus súbditos, así por su piedad y virtudes, como por haber engrandecido el reino y héchole respetar de los musulmanes, con los cuales tuvo otros reencuentros en que salió victorioso, y cuyos pormenores y circunstancias no especifican las crónicas. Ordoño había reedificado muchas ciudades destruidas

más de un siglo hacía, y entre ellas Tuy, Astorga, León y Amaya, y levantado multitud de fortalezas al Sur de las montañas que servían como de ceñidor al reino, y acrecido éste en una tercera parte de territorio. Reinó Ordoño poco más de diez y seis años, y fue sepultado en el panteón destinado a los reyes de Asturias[537].

537 El Albeldense le da el bello nombre de padre del pueblo. Con él acabó su crónica el obispo Sebastián de Salamanca, y empieza la suya el obispo Sampiro de Astorga.

CAPÍTULO XII.
ALMONDHIR Y ABDALLAH EN CÓRDOBA; ALFONSO III. EN ASTURIAS.
De 866 a 912.

Proclamación de Alfonso III., el Magno.—Breve usurpación del conde Fruela. Su castigo.—Primeros triunfos de Alfonso sobre los árabes.—Casa con una hija de García de Navarra.—Consecuencias de este enlace para los navarros.—Conjuración de los cuatro hermanos de Alfonso.—Brillantes victorias de este sobre los árabes: en Lusitania; en Zamora.—Calamidades en el imperio musulmán.—El rebelde Hafsún y su hijo.—Batalla de Aybar, en que perece García de Navarra.—Condes de Castilla y Álava.—Fundación de Burgos.—Tratado de paz entre Mohammed de Córdoba y Alfonso de Asturias.—Conspiraciones en Asturias descubiertas y castigadas.—Misteriosa muerte de Mohammed.—Breve reinado de Almondhir.—Famosa rebelión de Ben Hafsún.—Emirato de Abdallah.—Complicación de guerras y sediciones.—Campañas felices de Abdallah.—Renueva la paz con Alfonso de Asturias.—Sus consecuencias para uno y otro monarca.—Conjúrense contra Alfonso la reina y todos sus hijos.—Magnánima abdicación de Alfonso.—Repartición de su reino.—Primer rey de León.—Origen y principio del reino de Navarra.—Origen y principio del condado independiente de Barcelona.

Catorce años solamente tenía Alfonso, el hijo de Ordoño, cuando su padre le asoció ya al gobierno del reino. Diez y ocho años cumplía cuando en mayo de 866 entró a reinar solo bajo el nombre de Alfonso III., confirmando los prelados y próceres la voluntad de su padre[538]. Parecía haberse contaminado el reino de Asturias con el ejemplo del de los árabes, pues nunca faltaba ya o algún magnate o algún pariente del rey electo que le disputara la posesión del trono. Esto hizo con el tercer Alfonso el conde Fruela de Galicia, que puesto a la cabeza de un ejército marchó atrevidamente sobre Asturias, y hallando desapercibidos a los nobles y al rey penetró en Oviedo y se apoderó del palacio y de la corona, teniendo el joven Alfonso que huir a los confines de Castilla y Álava, como en otro tiempo y por igual motivo había tenido que hacerlo Alfonso II. De brevísima duración fue su ausencia, porque volviendo pronto en sí los nobles asturianos, irritados contra el usurpador, asesinaron una noche a Fruela en su palacio, llamaron a Alfonso, y volvió el joven príncipe a tomar posesión del trono que le pertenecía con gran contentamiento del reino.

Si en esto se asemejó el principio de su reinado al de su abuelo Ramiro, parecióse al de su padre Ordoño en haber tenido que hacer el primer ensayo de sus armas en reprimir una insurrección de los alaveses, siempre inquietos y mal avenidos con la dominación de los reyes de Asturias. La presencia y resolución del joven monarca, que voló a apagar aquel incendio, desconcertó a los sublevados, que asustados o arrepentidos, le prometieron obediencia y fidelidad, y el autor de la sedición, el conde Eilon, prisionero y cargado de cadenas fue llevado por Alfonso a Oviedo y encerrado allí en un calabozo, donde acabó sus días[539].

538 Mariana, en su empeño de hacer desde el principio hereditaria la corona de Asturias contra todos los datos históricos, no podía dejar de decir que pertenecía de derecho a Alfonso, por ser el mayor de los hermanos. El trono de la restauración no era más hereditario que el de los godos: lo que hacían los monarcas era asociarse en vida aquel de sus hijos que querían les sucediese para allanar así el camino a la elección, y el clero y la nobleza solían condescender con la voluntad del padre cuando no había un motivo poderoso para excluir al hijo. Así tácitamente y por consentimiento se fue haciendo el trono hereditario, como lo iremos viendo.—En cuanto a las variantes que se notan en la cronología del tercer Alfonso entre las crónicas de Albelda, de Sampiro y del Silense, parécenos que las concierta cumplidamente el erudito Risco en la España Sagrada, tom. 37, cap. 25, a quien seguimos.

539 Sampiro, Chron. p. 838.—La tradición vascongada supone que apenas regresó Alfonso a Oviedo los habitantes de Vizcaya, provincia entonces comprendida en Álava, se rebelaron contra Alfonso, y congregados so el árbol de Guernica nombraron por su señor o jaona a uno de sus compatriotas llamado Zuría: que Alfonso despachó a Odoario a sofocar esta nueva insurrección, y que habiendo encontrado a los sediciosos en la aldea de Padura, no muy lejos del sitio donde más adelante se edificó Bilbao, se empeñó un sangriento combate, en que las tropas reales quedaron completamente derrotadas y muerto su jefe: que en memoria de tan señalado suceso el lugar de Padura tomó el nombre de Arrigorriaga, que en la lengua del país significa piedras bermejas, aludiendo a la mucha sangre de que quedó teñido: que Alfonso ocupado en otras guerras no pudo o no cuidó de vengar esta derrota, y que de aquí data la independencia del señorío de Vizcaya, suponiendo a los señores de la tierra descendientes y sucesores de Zuría. Mas como todas estas relaciones no se apoyan en documento alguno histórico de que tengamos noticia, nos contentamos con indicarlas sin admitirlas.—Sobre esto y sobre los demás precedentes en que pretenden los vizcaínos apoyar la antigüedad de su señorío, trató de propósito el erudito Llorente, Noticia de las Provincias Vascongadas, tom. I. cap.

El gobierno de Álava fue confiado al conde Vigila o Vela Jiménez (867).

Aunque de pocos años Alfonso, y teniendo por rival a un príncipe tan avezado a los combates, tan valeroso y resuelto como Mohammed de Córdoba, estaba destinado a dar un gran impulso a la restauración española y a merecer el renombre de Magno que se le aplicó y con que le conoce la posteridad. Una escuadra musulmana a las órdenes de Walid ben Abdelhamid se había dirigido a Galicia. Al abordar a la desembocadura del Miño desencadenóse una borrasca de cuyas resultas se perdieron o estrellaron casi todos los buques, pudiendo apenas el almirante Walid regresar por tierra a Córdoba, no sin riesgo de caer en manos de los cristianos. Alentado el rey de Oviedo con este desastre, atrevióse a pasar el Duero y tomó a Salamanca y Coria. Verdad es que no pudo conservarlas, porque los walíes de la frontera se entraron a su vez por el territorio cristiano; pero en cambio, habiéndose internado más de lo que la prudencia aconsejara, se vieron de improviso acometidos y envueltos en terreno donde no podía maniobrar la caballería, y una terrible matanza fue el castigo de su temeridad. Los árabes no disimularon su consternación (868), y Alfonso se retiró tranquilo y triunfante a su capital.

Fueron los árabes, capitaneados por el príncipe Almondhir, a probar mejor fortuna por la parte de Afranc y montes Albaskenses. Tampoco fueron felices en esta expedición. Almondhir intentó, pero no pudo tomar a Pamplona, defendida por García, hijo del otro García el yerno de Muza. Levantó, pues, el sitio, y dirigió sus huestes sobre Zaragoza, resuelto a castigar al viejo Muza que aún se mantenía allí. Prolongóse el sitio por todo el año, hasta que habiendo ocurrido la muerte de Muza, no sin sospechas de haber sido ahogado en su misma cama, se rindió la ciudad (870).

Pero el espíritu de rebelión estaba como encarnado ya en el corazón de los musulmanes españoles, y a pesar de la muerte trágica de Muza, y de la rendición de Zaragoza, otra sublevación estalló en la siempre inquieta Toledo. Dirigíala Abdallah, nieto del mismo Muza, e hijo de aquel Lupo que había vivido en Asturias en compañía del rey Ordoño. Era hombre de ánimo y de experiencia, y los cristianos fomentaban aquella rebelión. Acudió Mohammed en persona como en tiempo de Lupo, y limitóse como entonces a sitiar la ciudad. Cuando Abdallah conoció que no podía resistir a las numerosas tropas del emir, salió con pretexto de reconocer el campo enemigo, y despachó luego comisionados aconsejando a los toledanos que se sometiesen a Mohammed. Poco faltó para que la plebe indignada despedazase a los enviados de Abdallah; con dificultad pudieron contenerla los hombres más prudentes y de más influjo; al fin, aunque de mala gana, vinieron a capitulación y se estipuló la entrega de la Ciudad a condición de que se echaría un velo sobre lo pasado. Muchos generales aconsejaban al emir que hiciese demoler las murallas y torres de un pueblo en que se abrigaba gente tan indómita y díscola, y que sería un perpetuo foco de revolución; pero los hijos de Mohammed fueron de contrario parecer y prevaleció su dictamen.[540]

Realizóse en este tiempo un suceso que había de ejercer grande influjo en la posición respectiva de los cristianos entre sí y en sus relaciones con los musulmanes. Los vascones navarros que desde la derrota del ejército de Luis el Benigno en 824 en Roncesvalles habían sacudido la tutela forzosa en que querían tenerlos los monarcas francos, se habían sostenido en una situación no bien definible, ni enteramente sujetos a los reyes de Asturias, ni del todo independientes, aliándose a las veces con los sarracenos para libertarse del dominio, ya de los cristianos de Aquitania, ya de los de Asturias, y gobernábanse por caudillos propios, condes o príncipes, que ejercían entre ellos una especie de autoridad real. Los monarcas asturianos solían domeñarlos de tiempo en tiempo, pero manteníase siempre viva una rivalidad funesta para los dos pueblos, y funesta también para la causa del Cristianismo. Ejercía esta especie de soberanía en aquel tiempo aquel García gobernador de Pamplona y de Navarra, hijo del otro García Íñigo, acaso el conocido con el sobrenombre de Arista. Viendo Alfonso III. la dificultad de someter a García, y deseoso de robustecer el poderío delos

9.—Todo esto acogió con su acostumbrada sinceridad el P. Mariana, y además supone un señor de Vizcaya nombrado Zenón, descendiente de Eudon, duque de Aquitania, de que no nos habla escritor alguno de aquellos tiempos.

540 Conde, cap. 54.

cristianos, hizo con él una alianza política, que quiso afianzar con los lazos de familia, y pidió y obtuvo como prenda de seguridad la mano de su hija Jimena. De este modo esperaba reunir todas las fuerzas cristianas de España contra el común enemigo. De cuyo principio nace que los caudillos, condes o soberanos del Pirineo, comenzaran a obrar como reyes, considerando como separados de la corona de Asturias los territorios de Pamplona y Navarra, que hasta entonces se habían mirado como anexos, agregados o dependientes.[541]

Hacia esta época se refiere la conjuración que al decir del cronista Sampiro tramaron contra el trono y la vida de Alfonso sus cuatro hermanos o parientes, Fruela, Nuño, Veremundo y Odoario; conjuración que castigó el monarca haciendo sacar a todos cuatro los ojos, horrible pena que las bárbaras leyes de aquel tiempo autorizaban; añadiendo el obispo cronista la circunstancia difícilmente creíble, de que Veremundo o Bermudo, ciego como estaba, logró fugarse de la prisión de Oviedo, y refugiándose en Astorga se mantuvo independiente en esta ciudad por espacio de siete años, aliado con los sarracenos.[542]

Si fueron estas disensiones domésticas las que animaron al príncipe Almondhir a penetrar en los estados de Alfonso, engañáronle sus esperanzas, pues pronto las márgenes del pequeño río Cea que riega los campos de Sahagún quedaron enrojecidas con la sangre de los más bravos caballeros muslimes de Córdoba y de Sevilla, de Mérida y de Toledo (873). Limitáronse con esto los árabes por algunos años a guardar sus fronteras, si bien no pasaba día, dicen sus crónicas, en que no hubiese vivas escaramuzas entre los guerreros de uno y otro pueblo. Y hubiérales sido muy ventajoso mantenerse en aquel estado de defensiva, puesto que habiendo tenido Almondhir la temeridad de penetrar más adelante en Galicia, país (dice su historiador biógrafo) el más salvaje y el más aguerrido de los pueblos cristianos, no sólo le rechazó Alfonso hasta sus dominios, sino que invadiéndolos a su vez, tomó el castillo de Deza y la ciudad de Atienza, arrojó a los musulmanes de Coimbra, de Porto, de Auca, de Viseo y de Lamego, empujándolos hasta los límites meridionales de la Lusitania, y poblando de cristianos aquellas ciudades (876). En una de estas expediciones fue hecho prisionero el ilustre Abuhalid, primer ministro de Mohammed, que rescató su libertad a precio de mil sueldos de oro, teniendo que dejar en rehenes hasta su pago a un hijo, dos hermanos y un sobrino[543]. Tampoco fue más dichoso Alinondhir en el ataque de Zamora. Alfonso había fortificado y agrandado esta pequeña ciudad del Duero. La importancia que con esto había tomado movió al príncipe musulmán a ponerle sitio en 879. Apurada tenía ya la ciudad cuando supo que el rey de Asturias venía en su socorro con numeroso ejército. Y como durante el sitio se hubiera eclipsado una noche totalmente la luna, tomáronlo los supersticiosos musulmanes por mal agüero, y cuando salieron al encuentro de Alfonso, y Almondhir los ordenó en batalla para la pelea, negábanse todos a combatir, y costó gran trabajo y esfuerzo al príncipe Ommiada y a sus caudillos hacer entrar en orden a los atemorizados muslimes.

Vinieron por último a las manos los dos ejércitos en los campos de Polvararia, orillas del Orbigo, no lejos de Zamora. También aquellos campos como los de Sahagún quedaron tintos de sangre agarena: quince mil mahometanos degollaron allí los soldados de Alfonso, y a excitación y por consejo de Abuhalid, el que había estado antes prisionero, se ajustó una tregua de tres años entre cristianos y musulmanes. Entonces fue cuando Alfonso sometió también a Astorga, y obligó a su hermano Bermudo el ciego a huir de la ciudad y buscar un asilo entre los árabes sus aliados.[544]

Al terminar aquel armisticio (831) ocurrió en el Mediodía y Occidente de España un suceso, que aunque ajeno a las guerras, influyó de tal modo en los supersticiosos espíritus de los musulmanes que los sumió en el mayor abatimiento. Un escritor arábigo lo refiere en términos tan sencillamente enérgicos, que no haremos sino copiar sus mismas palabras. «En el año 267 (dice), día jueves, 22 de la luna de Xaval (25 de mayo de 881), tembló la tierra con tan espantoso ruido y

541 Sampiro, Chron. c. I.—Rózase esto con el oscuro y cuestionado origen del reino de Navarra, de que volveremos a hablar luego.
542 Id. l. c.
543 Cron. Albeld. n. 61 y 62.—Conde, cap. 55.
544 Conde, cap 55—Albeldens, n. 62 y 63.—Sampir. Cron. n. 3.

estremecimiento, que cayeron muchos alcázares y magníficos edificios, y otros quedaron muy quebrantados; se hundieron montes, se abrieron peñascos, y la tierra se hundió y tragó pueblos y alturas; el mar se retiró de las costas, y desaparecieron islas y escollos. Las gentes abandonaban los pueblos y huían a los campos , las aves salían de sus nidos, y las fieras espantadas dejaban sus grutas y madrigueras con general turbación y trastorno: nunca los hombres vieron ni oyeron cosa semejante: se arruinaron muchos pueblos de la costa meridional y occidental de España. Todas estas cosas influyeron tanto en los ánimos de los hombres, y en especial en la ignorante multitud, que no pudo Almondhir persuadirles que eran cosas naturales, aunque poco frecuentes, que no tenían, influjo ni relación con las obras de los hombres ni con sus empresas, sino por su ignorancia y vanos temores, que lo mismo temblaba la tierra para los muslimes que para los cristianos, para las fieras que apara las inocentes criaturas.»

No se habían recobrado los árabes del espanto que les causara tan terrible terremoto, cuando una tormenta de otro género se desgajó sobre ellos de los riscos de Afranc, y montes de Albortat, de las breñas de Aragón y de Navarra. Aquel Hafsún , el antiguo capitán de bandoleros, el gran revolucionario de Roda y Aínsa, el que engañó a Mohammed y degolló traidoramente a su nieto Zeid ben Cassim y a sus tropas en los campos de Alcañiz, y a quien vimos después desaparecer solo en las fragosidades de las montañas de Arbe, reaparece al frente de innumerables huestes, y descolgándose de los bosques que le sirvieron de guarida, recorre todo el país hasta el Ebro: los walíes de Huesca y Zaragoza intentan detener en Tudela el curso de este torrente, y son arrollados por la impetuosa muchedumbre. El rey de Navarra, García Íñiguez , con sus cristianos marcha ahora incorporado con el intrépido Hafsun. Mohammed lo sabe y se pone en movimiento con su caballería: reúnensele todos los mejores caudillos árabes, cada cual con las tropas de su mando; sus dos hijos Almondhir y Abu-Zeid, padre este último del desgraciado Zeid ben Cassim, Ebn Abdelruf y Enb Rustan, son los que guian el grande ejército que marcha contra los confederados. Temiendo estos venir a batalla con tan formidable hueste, se retiran precipitadamente a sus montañas; pero en esta ocasión, dice arrogantemente un escritor árabe, «las montañas eran para los muslimes iguales a las llanuras.» Un día, a primera hora de la mañana, encuentran a los enemigos tan cerca, que les fue imposible a estos dejar de aceptar el combate. Era en un lugar llamado Larumbe en el valle de Aybar (Eibar llaman otros), de donde tomó el nombre la batalla. Peleóse bravamente de una parte y otra; más declaróse el triunfo por los árabes, y los campos quedaron regados con sangre cristiana. El rey García Íñiguez murió en la pelea, y Hafsún quedó mortalmente herido, de cuyas resultas murió, como veremos después. Gran triunfo fue el de Aybar para los musulmanes. Almondhir permaneció en la frontera hasta el fin del año 882, y Mohammed regresó a Córdoba, donde fue recibido como acostumbraban serlo los triunfadores.

Entretanto, cumplido el plazo de la tregua, distraído Mohammed por la parte de Navarra, y no pudiendo las armas de Alfonso permanecer ociosas, éntrase el rey de Asturias por tierras enemigas, pasa el Guadiana a diez millas de Mérida, avanza hasta las ramificaciones de Sierra-Morena, encuentra allí un cuerpo sarraceno, le derrota, mata algunos millares de enemigos, y regresa victorioso a sus montañas. Por primera vez desde el tiempo de la conquista hollaron plantas cristianas aquellas cordilleras: ningún príncipe se había atrevido a llevar tan adentro sus estandartes.

La derrota de Aybar, aunque terrible, no escarmentó todavía a los parciales de Hafsún. Y aunque el famoso caudillo sucumbió a los pocos meses de resultas de sus graves heridas, quedábale un hijo, heredero de los odios de su padre y de su tribu. Quedaban también los hijos de Muza el renegado, Ismael y Fortún , que aún retenían a Zaragoza y Tudela; todos enemigos de Mohammed. Por otra parte aquel Abdallah, hijo de Lupo, antiguo gobernador de Toledo, celoso de las relaciones que había entre el rey de Asturias y los hermanos Ismael y Fortún, se desprendió de la alianza de aquel y buscó la del emir de Córdoba, que con este arrimo se creyó bastante fuerte para acometer las posesiones de Alfonso en Álava y Rioja. Pero inútilmente atacó el castillo de Celorico, que defendió briosamente el conde do Álava Vela Jiménez. Tampoco pudo rendir a Pancorbo, que

defendía el conde de Castilla Diego Rodríguez, por sobrenombre Porcellos, y solo pudo tomar a Castrojeriz, que el conde Nuño había abandonado por no hallarse en estado de defensa.

Corrióse luego Almondhir hacia la comarca de León, y entró en Sublancia, abandonada por sus moradores. Pero la espada de Alfonso el Magno le amenazaba ya de cerca, y no creyéndose seguro el príncipe Ommiada ni aún al abrigo de aquellos muros, retiróse a los estados de su padre, batiendo de paso a Cea y Coyanza, destruyendo el monasterio de Sahagún , y dejando en la frontera a Abul-Walid , que negoció con Alfonso dos cosas, primeramente el rescate de su familia que aún estaba en poder del monarca cristiano y que éste generosamente le restituyó, después una paz entre el emir y el rey de Asturias. Para acordar las bases de esta paz fue enviado por el monarca cristiano a Córdoba un sacerdote de Toledo llamado Dulcidio. Estipulóse muy solemnemente y después de muy madura deliberación en 883 el tratado entre los dos príncipes, entrando en las condiciones una cláusula que revela bien el espíritu de aquella época, a saber, que los cuerpos de los santos mártires de Córdoba Eulogio y Leocricia habían de ser trasladados a Oviedo, lo cual se verificó con gran pompa y solemnidad. La paz pareció haberse hecho con sinceridad por parte de ambos soberanos, puesto que no se quebrantó ni el reinado de Mohammed ni en los de sus dos hijos y sucesores. El uno de ellos, el ya célebre guerrero Almondhir, fue declarado aquel mismo año alhadi o futuro sucesor de su padre y reconocido por todos los grandes dignatarios del imperio, según costumbre[545].

Desde este tiempo quedaron incorporadas al reino de Asturias, Zamora, Toro, Simancas, y otras poblaciones del Pisuerga y del Duero que se iban ya haciendo importantes. Se aseguró al rey de Oviedo la posesión del condado de Álava, cuyas fronteras solían invadir los árabes frecuentemente, y para más asegurarlas encomendó Alfonso al conde Diego Rodríguez la fundación del castillo y ciudad que con el nombre de Burgos había de adquirir más adelante tanta celebridad histórica[546]. Nada descuidaba el grande Alfonso, y preparándose en la paz para la guerra como previsor y prudente monarca, hizo construir en Asturias una línea de castillos o palacios fortificados, ya en el litoral, como el de Gauzon que aún conserva hoy su nombre, fabricado sobre altas peñas a la orilla del mar cerca de Gijón, ya en el interior, como los de Gordon, Alba, Luna, Arbolio, Boides y Contrueces, que todos llegaron a tener importancia histórica (884).

Mas al tiempo que en tan útiles obras se ocupaba, fraguábanse contra él en su mismo reino conspiraciones inmerecidas e injustificables. La de Hano, magnate de Galicia, que intentaba asesinarle, fue oportunamente descubierta, condenado el autor a la horrible pena de ceguera, y confiscados sus bienes y adjudicados a la iglesia de Santiago. Al año siguiente (885) levantóse otro rebelde nombrado Hermenegildo: su muerte no impidió a su esposa Hiberia, mujer resuelta y varonil, continuar al frente de los sublevados, que recibieron también el condigno castigo, y sus haciendas fueron igualmente a acrecer las rentas de la basílica compostelana. Y no tuvieron por fortuna otro éxito algunas conjuras que adelante se formaron, si se exceptúa la de sus propios hijos que a su tiempo habremos de referir. Necesitamos ahora volver al imperio árabe.

Abdallah ben Lopia había vencido a sus dos tíos Ismael y Fortún, retenía prisionero a uno de ellos, y había llegado a formarse un estado en el Ebro superior. Mas como en su desvanecimiento hubiese negado la obediencia al emir, hallóse con dos poderosos soberanos por enemigos, el de Córdoba y el de Asturias, que no le dejaban reposar. Viose, pues forzado, a solicitar con humillación las mismas amistades de que antes orgullosa y deslealmente se apartara. Pedíasela con importunidad a Alfonso de Asturias, negábasela éste con justo tesón, y cuando el monje de Albelda acabó su crónica en 883 la terminó con estas palabras: «El susodicho Abdallah no cesa de enviar legados pidiendo a nuestro rey paz y gracia al mismo tiempo; pero todavía Dios sabe lo que será.» Infiérese no obstante que al fin la otorgaría el rey , puesto que no vuelve a hablarse de guerra entre los dos.

En este mismo año ofrecióse otra prueba de lo inextinguibles que eran los odios y las venganzas entre los musulmanes. Un hijo del rebelde Hafsún, llamado Caleb, sediento de vengar la muerte de su padre, descendió de las montañas de Jaca al frente de numerosos parciales, y por

545 Albeld. n-76.-Risco, Esp. Sagr. Tom 37.-Conde, cap.57.
546 Chron.Burg.—Florez, Esp. Sagr. tom. 22.—Annal Complut.

espacio de tres años hizo por toda la izquierda del Ebro una guerra viva a las tropas del emir, derrotándolas en más de una ocasión, y llegando a hacerse dueño de todo el país oriental comprendido entre Zaragoza y la Marca franco-hispana, donde le daban el título de rey. Así las cosas, ocurrió en Córdoba la muerte del emir Mohammed, que las crónicas musulmanas refieren de un modo esencialmente oriental. «Los más grandes acaecimientos (dicen) como los más leves, el hundimiento de una montaña como el movimiento y vida de una hoja de sauce, todo procede de la divina voluntad, y está escrito en la tabla de los eternos hados cómo y cuándo el soberano Señor lo quiere: así fue que el rey Mohammed, hallándose sin dolencia alguna y recreándose en los huertos de su alcázar con sus vazzires y familiares, le dijo Haxen ben Abdelaziz, walí de Jaén: *¡Cuán feliz condición la de los reyes! ¡para ellos solos es deliciosa la vida! para los demás hombres carece el mundo de atractivos: ¡qué jardines tan amenos! ¡qué magníficos alcázares! ¡y en ellos cuántas delicias y recreos! Pero la muerte tira la cuerda limitada por la mano del hado, y todo lo trastorna, y el poderoso príncipe acaba como el rústico labriego*.» Mohammed le respondió: *La senda de la vida de los reyes está en apariencia llena de aromáticas flores, pero en realidad son rosas con agudas espinas; la muerte de las criaturas es obra de Dios, y principio de bienes inefables para los buenos: sin ella yo no sería ahora rey de España.* Retiróse el rey a su estancia, y se reclinó a descansar, y le asaltó el eterno sueño de la muerte, que roba las delicias del mundo y ataja y corta los cuidados y vanas esperanzas humanas. Esto fue al anochecer del domingo 29 de la luna de Safar, año 273 (886 de J. C.) a los sesenta y cinco años de su edad, y treinta y cuatro y once meses de su reinado: tuvo en diferentes mujeres cien hijos, y le sobrevivieron treinta y tres: fue de buenas costumbres, amigo de los sabios, honraba a los alimes, hafitzes o tradicionistas, etc.»[547]

Sucedióle su hijo segundo, el infatigable guerrero Almondhir, reconocido tres años hacía sucesor del imperio. Mientras el nuevo emir acudió de Almería, donde se hallaba cuando murió su padre a tomar posesión del trono, el rebelde Caleb ben Hafsún se apoderaba de Zaragoza y Huesca, y juntando hasta diez mil caballos y contando con la protección de los cristianos de Toledo, marchó sobre esta ciudad, entró en ella, hízose proclamar rey, y tomó y guarneció los castillos de la ribera del Tajo. Así el hijo del antiguo artesano de Ronda y del capitán de bandidos de Extremadura se veía dueño y señor, con título de rey, de la mayor parte de la España oriental y central, desafiando el poder de la corte de Córdoba. A esta novedad congregó Almondhir todas las banderas de Andalucía y de Mérida, y envió delante a su primer ministro Haxem con un cuerpo de caballería escogida. Propúsole el astuto Ben Hafsún entregarle la ciudad y retirarse al oriente de España, con tal que le facilitase las acémilas y carros necesarios para trasportar sus enfermos, aprestos y provisiones , pues de otro modo no podría hacerlo sin causar extorsiones a los pueblos, añadiendo que había venido engañado por los cristianos de Toledo y por los malos muslimes.

Parecióle bien a Haxem, y con deseo de evitar una guerra sangrienta y de éxito dudoso, lo avisó al emir inclinándole a aceptar la proposición. «*Miraos mucho*, le contestó Almondhir, *en fiaros de las ofertas del astuto zorro de Ben Hafsún.*» Hablaba Almondhir como hombre escarmentado, pues no podía olvidar la tragedia de los campos de Alcañiz, en que la flor de los muslimes valencianos había sido víctima de la falsía de Hafsún. No bastó esta prevencion a desengañar a Haxem: la proposición fue aceptada, y las acémilas enviadas a Toledo con una parte de sus soldados. Diose principio a cargar en ellas los enfermos y provisiones, y salió Ben Hafsún con algunas de sus tropas de Toledo. El ministro del emir diose por posesionado de la ciudad, licenció sus banderas, dejó una corta guarnición en Toledo, y se volvió a Córdoba. Pero Ben Hafsún, digno hijo de su padre, y heredero de su doblez y de su perfidia como de su odio a los Ommiadas de Córdoba, cargó entonces de improviso sobre los conductores de las acémilas, los degolló a todos sin dejar uno solo con vida, y volviendo a Toledo, donde había dejado oculta una parte de sus tropas, de acuerdo con los parciales de aquella ciudad, ejecutó lo mismo con los soldados de Haxem, aseguró los fuertes del Tajo, y quedó campeando en todo el país.

547 Conde, cap. 57.

Cuando la nueva de esta catástrofe llegó a Córdoba, bramó de cólera Almondhir, y haciendo prender a Haxem, y llevado que fue a su presencia, «*tú fuiste*, le dijo, *quien me aconsejó, tú el que ayudaste a la perfidia del rebelde, tú morirás hoy mismo, para que aprendan otros en ti a ser más cautos y avisados.*» Y sin tener en cuenta sus buenos y largos servicios, le mandó decapitar en el acto en el patio mismo del alcázar; y no satisfecho todavía , hizo encerrar en una torre y confiscar sus bienes a sus dos hijos Omar y Ahmed , walíes de Jaén y de Úbeda. Profundo sentimiento causó aquella muerte a todos los caballeros y jefes muslimes, porque era Haxem por sus altas prendas querido de todos[548].

Hecho esto, reunió de nuevo sus banderas, y partió él mismo a Toledo con su guardia, llevando consigo a su hermano Abdallah, el más esforzado, dicen, y el más sabio de todos los hijos de Mohammed. A él encomendó el sitio de Toledo, y él se dedicó a la persecución de los rebeldes y sus auxiliares con un cuerpo volante de caballería escogida. Mas de un año pasó sosteniendo diarias escaramuzas y reencuentros con partidas rebeldes, en que logró algunas parciales ventajas. Un día, recorriendo el país con algunas compañías de sus más bravos caballeros, descubrieron en las cercanías de Huete numerosas tropas enemigas. Almondhir, dejándose llevar de su natural ardor, y sin reparar ni en el número ni en la ventajosa posición de los contrarios, los acometió con su acostumbrado arrojo, y aún los hizo al pronto cejar. Mas luego repuestos circundaron por todas partes a los caballeros andaluces, que envueltos en una nube de lanzas perecieron todos, incluso el mismo Almondhir, que cayó acribillado de heridas. Así acabó el valeroso Almondhir Abu Alhakem en el segundo año de su reinado. Fue su muerte en fin de la luna de Safar, año 275 (888), y reinó dos años menos unos días. Era Almondhir valeroso guerrero, sereno en las batallas, en extremo frugal: en sus vestidos, armas y mantenimiento no se diferenciaba de otros caudillos inferiores, y su tienda solo se distinguía por la bandera de las de otros walíes.

Abdallah su hermano partió inmediatamente para Córdoba. Encontró ya el mejuar reunido para deliberar sobre la elección de emir. Entró Abdallah en el consejo; a su presencia levantáronse todos, y unánimemente le proclamaron emir de España sin restricciones ni reservas: nuevo testimonio de la libertad electiva que conservaban los árabes, puesto que Almondhir había dejado hijos, aunque jóvenes. Inauguró Abdallah su gobierno mandando restituir la libertad y la hacienda a Omar y Ahmed, y llevando más adelante su generosidad, repuso a Omar en el cargo de walí de Jaén, y nombró a Ahmed capitán de su guardia. Tan noble comportamiento le granjeó el afecto y los aplausos del pueblo, pero disgustó a los príncipes de su familia, y muy particularmente a su hijo Mohammed, walí de Sevilla, resentido de Omar y Ahmed por cosas de amoríos y galanteos juveniles. Preparábase Abdallah a partir a Toledo para proseguir la guerra contra el pertinaz Ben Hafsún, cuando recibió aviso de haberse levantado ya en Sevilla su hijo Mohammed, en unión con sus dos tíos, hermanos del emir, Alkacim y Alasbag, apoyados por los alcaides de Lucena, de Estepa, de Archidona, de Ronda y de todos los de la provincia de Granada. El nuevo emir, sin mostrarse por eso turbado, encargó a su hijo Abderrahman que negociase por prudentes medios la sumisión de su hermano y de sus tíos, y él se encaminó a Toledo considerando siempre como el enemigo más temible al hijo de Hafsún. Comienza aquí una madeja de guerras y sediciones en todos los ángulos del imperio hispano-muslímico, una complicación tal de escisiones y luchas entre las diferentes razas y tribus y entre los príncipes de una misma familia , que el mediodía y centro de España semejan un horno en que hierven las rivalidades, los odios, los celos, los elementos todos que anuncian el fraccionamiento a que está llamado el imperio árabe antes de su destrucción.

No había llegado Abdallah a dar vista a Toledo, cuando le fueron noticiadas dos nuevas insurrecciones, en Lisboa la una, en Mérida la otra. Para sofocar la primera envió con una flota equipada en Andalucía al vazzir Abu Otman. A reprimir la segunda marchó él en persona con cuarenta mil hombres. El rebelde cadí de Mérida Suleiman ben Anís se echó a los pies del emir, y puso su cabeza sobre la tierra, dice la crónica. Abdallah le otorgó perdón en gracia de su talento y juventud, y en consideración a los servicios de su padre. Seguidamente volvió a Toledo, donde se

548 Conde, cap. 58.

empeñó en una serie de parciales combates con el sagaz ben Hafsún. Entretanto las gestiones amistosas de Abderrahman con su hermano y tíos habían sido de todo punto infructuosas. Mohammed ni siquiera se dignaba contestar a las atentas cartas de su hermano. Antes bien había atizado el fuego por los distritos de Granada y Jaén, y los walíes puestos por el emir, reducidos a sus fortalezas, se veían aislados en medio de la general conflagracion. Ben Hafsún no se descuidaba en añadir leña al fuego, y enviaba al valiente Obeidalah ben Omiad a impulsar y organizar las masas rebeldes que infestaban aquella tierra. Hasta las tribus semi-nómadas de los oscuros valles de la Alpujarra abandonaban sus rústicas guaridas para engrosar las filas de unos u otros combatientes. No quedó quien labrára los campos, ni se pensaba sino en pelear. No había rincón de Andalucía en que no ardiera la guerra civil.

Necesitábase todo el corazón de Abdallah, necesitábase un ánimo tan levantado y firme como el suyo para no abatirse ante tal estado de cosas. Hasta en la capital misma fermentaba el espíritu de sedición, temíase un golpe de mano de Mohammed, y por consejo de Abderrahman tuvo que acudir su padre con preferencia a preservar la capital, sin que otra noticia satisfactoria en medio de tantos disgustos recibiera que la de haber vencido Abu Otman al rebelde walí de Lisboa y a sus secuaces, de cuyo triunfo recibió el parte oficial que acostumbraban a enviar los árabes, a saber, las cabezas cortadas de los sublevados. En cambio el agente de Ben Hafsún, Obeidalah, se había unido con Suar, que mandaba siete mil rebeldes, y con Aben Suquela, que tenía a sueldo seis mil hombres, árabes y cristianos. El caudillo imperial Abdel Gafir había sido derrotado, cautivado él y sus mejores oficiales, y encerrados en las fortalezas de Granada. Con esto se extendieron los rebeldes por todo el país, ocupando a Jaén, Huesear, Baza, Guadix, Archidona y toda la tierra de Elvira hasta Calatrava, apoyados en una imponente línea de fortificaciones (889).

Desesperado salió ya Abdallah de Córdoba con la caballería de su guardia, jurando, dice el historiador de los Ommiadas, no volver hasta exterminar aquellas taifas de bandidos. Con esta resolución se entró por tierra de Jaén, y avanzó hasta la Vega de Granada (890). Saliéronle al encuentro Suar y Aben Suquela apoyados en Sierra Elvira: brava y recia fue la pelea; doce mil rebeldes perecieron, entre ellos el caudillo Aben Suquela: Suar cayó herido del caballo, cogiéronle unos soldados del emir, y presentáronle a Abdallah, que en el momento le hizo decapitar[549]. No se desanimaron los rebeldes con tan rudo golpe; pero tuvieron el mal tacto de elegir por caudillo a Zaide, hermano del poeta guerrero Suleiman, guerrero y poeta él también, que más arrojado que prudente cometió la temeridad de salir de Granada, cruzar la Vega y provocar a las tropas del emir en los campos de Loja, precisamente donde podía maniobrar la caballería real: de modo que fueron pronto lastimosamente alanceados sus peones y regados con su sangre aquellos hermosos campos. El mismo Zaide, después de haber hundido su lanza en muchos pechos enemigos, tuvo al fin que rendirse. Abdallah , faltando a su natural generosidad, ordenó con la crueldad de la desesperación que un verdugo le abrasase los ojos con un hierro candente, y después de tres días de agudísimos dolores y tormentos mandó que le cortaran la cabeza. Por resultado de esta campaña las tropas del emir ocuparon a Jaén, y recobraron a Granada, Elvira y muchos de los torreones alzados en las llanuras del Darro y del Genil[550].

Los restos de las destrozadas huestes se retiraron a la Alpujarra, donde aclamaron por jefe a un ilustre persa, señor de Medina Alhama de Almería[551], llamado Mohammed ben Abdeha ben Abdelathif, conocido en las historias granadinas por Azomor; el cual, más cauto que sus

---

549 El poeta Suleiman que seguía a los rebeldes y había celebra do los anteriores triunfos de Suar, dedicó a su muerte estos sentidos versos:

De Suar se quebró la espada—en esa de Sierra Elvira,
La espada que a las hermosas—de tristes lutos vestií,
La que de mortales ansias—daba copas repetidas,
Y de una misma brindaba—a gente noble y baldía

Conde, cap. 62.

550 Ben Alabar, Ben Hayan, in Casiri, tom. II.—Conde, c. 61 y sig.

551 Alhama, baños: Medina Alhama, ciudad de los baños.

antecesores, se limitó a guarnecer castillos, y a hacer desde las inaccesibles sierras de Granada, Antequera y Ronda la guerra de montaña tan propia para cansar y fatigar al enemigo. Así fue que Abdallah hubo de retirarse a Córdoba para no gastar en una guerra sin brillo las fuerzas que necesitaba para empresas más urgentes.

Si próspera y feliz había sido la campaña de Elvira y de Jaén, no lo fue menos la de su hijo Abderrahman en Sevilla. En pocos días quitó a su hermano esta ciudad y la de Carmona, y continuando su persecución , y habiéndose empeñado a poca distancia de la primera una batalla en que pelearon de una y otra parte todos los más nobles y principales caballeros de Andalucía, cayeron en poder de Abderrahman prisioneros y heridos su hermano Mohammed y su tío Alkasim. A ambos los hizo curar con esmero: a ambos los encerró en una torre de Sevilla, donde Alkasim vivió como olvidado, y donde Mohammed murió en 895, no sin sospechas de que su muerte hubiese sido más violenta que natural. Lo cierto es que la voz popular designó a este infortunado príncipe con el dictado de El Mactul, que quiere decir el asesinado; y un niño que dejó de cuatro años llamado Abderrahman fue conocido siempre con el nombre de «el hijo de Mactul», o el hijo del asesinado. Este tierno huérfano había de ser después el más ilustre de la esclarecida estirpe de los Ommiadas.

Con esta felicidad se iba desembarazando Abdallah de aquel enjambre de rebeliones, no restándole al parecer más enemigos musulmanes que Ben Hafsun y Azomor. Pero mil enconados odios quedaron por consecuencia de tan complicadas guerras y encontrados intereses. Retábanse entre sí los walíes y caudillos rivales, y se asesinaban en las calles mismas: así por personales resentimientos veía el emir perecer no pocos de sus más bravos y útiles servidores. Otra calamidad vino por aquel tiempo a aumentar la turbación en que se hallaba el imperio muslímico. Padecióse en el año 285 de la Hégira (897 de J. C.) tal esterilidad y carestía, y siguióse un hambre tan terrible, que al decir de las historias musulmanas, «los pobres se comían unos a otros; y la mortandad de la peste fue tal que se enterraban muchos en una misma sepultura, sin lavar los cadáveres y sin las oraciones prescritas por la religión, y no había ya quien abriera sepulcros.[552]

Por fortuna de Abdallah , mientras devoraba sus dominios la llama de tantas guerras civiles, el rey Alfonso de Asturias observaba religiosamente la tregua y armisticio concertado en 883 con su padre Mohammed, y le dejó desembarazado para desenvolverse de tan complicadas sediciones y de tantos enemigos domésticos. Lejos de turbarse después esta buena inteligencia entre el príncipe musulmán y el cristiano, un suceso vino luego a estrecharla más, y dio ocasión al Ommiada para mostrar que sabía corresponder a la religiosidad con que Alfonso había cumplido lo pactado, en unas circunstancias en que hubiera podido convertir las discordias intestinas del imperio sarraceno en provecho propio, y quizá derribar el combatido trono de los Beni-Omeyas.

Había en el partido de Caleb ben Hafsún un general ilustre, de la misma familia, dicen, de los Ommiadas, llamado Ahmed ben Moavia, por sobrenombre Abul-Kasim, que sin duda por algún resentimiento contra los suyos se había pasado al bando rebelde. Este Abul-Kasim, a quien Ben Hafsún tenía confiado el mando de las fronteras cristianas, fanático y orgulloso hasta el punto de apellidarse profeta, quiso señalarse por alguna empresa ruidosa, y reclutando cuanta gente pudo en toda la España oriental y en tierras de Algarbe y Toledo, con muchos berberíes de África que trajo a sueldo, llegó a reunir un ejército de sesenta mil hombres, el mayor que había acaudillado nunca ningún jefe rebelde. Este hombre presuntuoso tuvo la arrogancia de escribir al rey de Asturias intimándole, que o se hiciese musulmán o vasallo suyo, o se preparase a sufrir una muerte ignominiosa. Con estos pensamientos se entró el arrogante musulmán por tierras de Zamora, talando y pillando indistintamente poblaciones muslímicas y cristianas.

---

552 Conde, cap. 63.—La frecuencia con que las historias arábigas nos hablan de años de esterilidad, de sequía, de hambres y pestes, de mortandades y estragos, nos permiten sospechar que haya en ello algo de hipérbole, pues de otro modo apenas se concibe cómo entre tan continuadas guerras y tan repetidas plagas no se despobló muchas veces el imperio, y principalmente la Andalucía.

Los cristianos que, en paz entonces con el emir de Córdoba, tenían mal guardadas las fronteras, refugiáronse a Zamora, desde donde pidieron auxilio a sus correligionarios. No tardó Alfonso en aparecer en los campos de Zamora con un ejército no menos considerable que el de su atrevido competidor. Tan pronto como se encontraron empeñóse un combate general que se sostuvo con igual encarnizamiento por espacio de cuatro días. Arrollaron al fin los cristianos a los infieles, y el orgulloso Ahmed encontró la muerte en lugar de la gloria que ambicionaba: huyeron con esto desordenadamente los suyos, haciendo en ellos los cristianos gran carnicería, en la que cayó también envuelto Abderrahman ben Moavia, walí de Tortosa y hermano de Ahmed. «Cortaron los cristianos, dice la crónica musulmana, muchas cabezas, y las clavaron en las almenas y puertas de Zamora:» costumbre que sin duda tomaron de ellos. Llamóse aquella célebre batalla el día de Zamora (901 de J. C.).[553]

Motivo fue este triunfo de Alfonso para que se renovara y se estrechára más la alianza entre el emir de Córdoba y el rey de Oviedo; que a ambos soberanos aprovechaba y convenía mantenerse amigos para mejor resistir al inquieto, activo y formidable Ben Hafsún, a quien miraban uno y otro como el más temible y peligroso vecino. Alentado Alfonso con la reciente victoria y con el nuevo pacto, marchó al año siguiente sobre Toledo, como quien se consideraba bastante fuerte para atacar al hijo de Hafsun en el corazón mismo de sus dominios; más habiéndole ofrecido los toledanos gran suma de dinero porque se alejára, y conociendo por otra parte las dificultades que le oponía la fuerte posición de la ciudad, volvióse a Asturias, tomando de paso algunos castillos, y contento con el fruto de su expedición y con la gloria de haber sido el primer monarca cristiano que se había atrevido a acercar sus banderas a los muros de la antigua corte de los godos (902).

Por el contrario la conducta de Abdallah con el rey cristiano excitó de tal modo la murmuración y el descontento de los austeros y fanáticos sectarios de Mahoma, que en algunas ciudades de Andalucía llegaron los imanes y katibes de las mezquitas a omitir su nombre en la chotba u oración pública, como si fuese un musulmán excomulgado, y en Sevilla propasáronse a aclamar el nombre del Califa de Oriente. Su mismo hermano Alcasim, acaso libertado de la prisión por los disidentes, predicaba abiertamente que no debía pagarse el azaque o diezmo a un mal creyente que le empleaba en combatir a los mismos musulmanes. Procedió Abdallah en esta ocasión con enérgica entereza; hizo prender a Alcasim que al poco tiempo murió envenenado en la prisión, y desterró de Sevilla a algunos alimes turbulentos, con lo que logró restablecer por entonces la tranquilidad (903).

No estaba en tanto Caleb ben Hafsún ni dormido ni ocioso. Desde Bailén, donde se hallaba de incógnito, expiaba las discordias y bandos que agitaban la corte misma del emir; contaba en ella con parciales poderosos, y tan audaz como mañero y astuto halló medio de introducirse en Córdoba disfrazado. No pecaba Ben Hafsun de humilde en sus pensamientos, y acaso lisonjeaba al hijo del antiguo bandido la idea de ser cabeza de una nueva dinastía que reemplazara en el trono imperial a los Beni-Omeyas. Una casualidad dio al traste con todos sus altivos proyectos. Entre las numerosas sátiras y escritos picantes que se habían publicado contra el emir había llamado la atención una en que se le daba el apodo de El Himar, el ignorante, el asno. Súpose que era de aquel cadí revolucionario de Mérida, Suleiman ben Albaga, que por haberse postrado a los pies de Abdallah había obtenido su perdón. Llevado ahora a su presencia, «¡Por Dios, amigo Suleiman, le dijo el emir, que mis beneficios han caído en bien ingrato terreno! A fe que no merecía de ti estos vituperios, o sean alabanzas, que para mí lo mismo valían siendo tuyas; y pues tan poco te aprovechó en otro tiempo mi benignidad y mansedumbre, ahora debería darte a gustar el rigor de mi justo enojo; pero no, quiero que vivas, y cuando te lo mande me has de repetir tus versos; y para que veas que los estimo en mucho, has de pagar por cada uno mil doblas, y si más hubieras cargado al asno, mayor y de más precio seria la paga.»[554] Abochornado Suleiman, y «puesta la cara, dice la

553 Sampir. Chron. n. 14.—Roder. Tolet. De reb. in Hisp. gest.—Conde, cap. 64.

554 Conde, cap. 65.—Romey traduce: «prepárate a recibir de mi tesoro mil piezas de oro por cada verso»; tomando por paga del emir lo que según el texto arábigo era multa al poeta.

historia, a los pies del emir», le pidió perdón, otorgósele Abdallah, y agradecido el delincuente poeta le descubrió la conspiración, y le reveló la estancia de Ben Hafsún en Córdoba; más éste, sabedor del arresto de Suleiman, huyó otra vez disfrazado de mendigo, y pidiendo de puerta en puerta, según después se supo, pudo llegará su ciudad de Toledo (905).

Perseguido allí y acosado por el vazzir Abu Otman , viose reducido a no poder salir en tres años de la ciudad. Quiso después encargarse de la guerra de Toledo el hijo del emir, el valiente Abderrahman, llamado ya Almudhaffar, que acababa de pacificar las provincias del Mediodía. Abu Otman fue nombrado capitán de los slavos, que formaban la guardia asalariada del emir, y con tal vigor y energía emprendió Almudhaffar la guerra contra Ben Hafsún , que no era osado el orgulloso rebelde a desamparar los muros de Toledo (909). La paz se había ido restableciendo, gracias a la vigorosa actividad del emir y su hijo, en el resto de la España musulmana, antes tan agitada y revuelta.

Proseguía la amistad y buena inteligencia entre el emir de Córdoba y el rey cristiano de Asturias. Dedicado se hallaba el grande Alfonso al fomento de la religión y al gobierno interior de su estado, y cuando parecía que debería reposar tranquilo entre los suyos sobre los laureles de sus anteriores victorias, un acto de horrible deslealtad de parte de su propia familia vino a acibarar los últimos días de su existencia y de su glorioso reinado. Tenía Alfonso de su esposa Jimena cinco hijos adultos, a saber, García, Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro; casado el mayor, García, con la hija de un conde de Castilla llamado Nuño Fernández, residentes los dos entonces en Zamora. Ambicioso García, y alentado e instigado por su suegro Nuño, tramó una conspiración encaminada a arrancar la corona de las sienes de su propio padre. Oportunamente pareció haberla conjurado Alfonso, haciendo prender a su hijo en Zamora y trasladarle cargado de cadenas al castillo de Gauzon en Asturias. Así hubiera sido, a no haber entrado en esta conspiración indefinible todos sus hijos, y lo que es más incomprensible aún, su misma esposa, sin que la historia nos haya revelado las causas de este extraño concierto de toda una familia contra un padre, contra un esposo, contra un monarca, de quien no sabemos qué pudo haber hecho[555] para concitar contra sí ingratitud tan universal (908).

Es lo cierto que todos sus hijos, su esposa, su yerno, todos se alzaron en armas contra él, y libertando de su prisión a García, y apoderándose de los castillos de Alva, de Luna, de Gordon, de Arbolio y de Contrueces, de toda aquella línea de fortificaciones que Alfonso había levantado para proteger las Asturias contra los ataques de los sarracenos, viose el reino cristiano arder por espacio de dos años en una funesta y lamentable guerra civil. Alfonso, siempre grande en medio de sus amarguras, conociendo las calamidades que de prolongar aquella lucha doméstica lloverían sobre todos sus súbditos, y deseando evitar el derramamiento de una sangre que no podía dejar de serle querida, convocó a toda su familia y a los grandes del reino en el palacio fortificado de Boides, y a presencia de todos y con su asentimiento renunció a una corona que con tanta gloria y por tan largos años había llevado (909), y abdicó solemnemente en favor de sus hijos.[556]

Repartiéronse, amistosamente al parecer, los tres hermanos mayores los dominios de su padre. Tomó García para sí las tierras de León, que desde entonces comenzó a ser la capital del reino de este nombre. Tocáronle a Ordoño la Galicia y la parte de Lusitania que poseían los cristianos. Obtuvo Fruela el señorío de Asturias. Gonzalo, que era eclesiástico, se quedó de arcediano de Oviedo; y Ramiro, a quien acaso por su corta edad no se adjudicaron estados, llegó a usar más adelante como dictado de honor el título de rey[557]. Reservó para sí Alfonso únicamente la ciudad de Zamora, a la cual miraba con predilección por haberla él reedificado y por haber sido teatro de uno de sus más gloriosos triunfos. Pero antes de fijarse en ella quiso visitar el sepulcro del apóstol Santiago, cuya iglesia había reconstruido y dotado; y como de regreso de este piadoso viaje hallase en Astorga a su hijo García, pidióle el destronado monarca, siempre magnánimo, le permitiese

555 Conténtase el arzobispo don Rodrigo con decirnos que la reina amaba poco a su marido.
556 Sampir. Chron. n. 45.—Roder. Tolet. De Reb. Hisp. 1. IV.—Risco, Esp. Sagr. tom. 37.
557 Consta así de una donación hecha por el mismo Ramiro I la catedral de Oviedo en 926.

pelear, una vez siquiera antes de morir, con los enemigos de Cristo. Otorgóselo García, y emprendió Alfonso su última campaña contra los moros de Ben Hafsún el de Toledo, que desde los fuertes del Tajo no cesaban de inquietar las fronteras cristianas. Con el ardor de un joven se entró todavía Alfonso por las tierras de los musulmanes; y después de haber talado sus campos, incendiado poblaciones y hecho no pocos cautivos, volvió triunfante a Zamora, donde enfermó al poco tiempo, y falleció el 19 de diciembre de 910 , a los 44 años de su advenimiento al trono[558].

Había ido entretanto creciendo en Córdoba el joven Abderrahman, el hijo de Mohammed el Asesinado, nieto de Abdallah y sobrino de Almudhaffar, siendo por su gentileza, amabilidad y talento la delicia del pueblo, el querido de los walíes y vazzires, el protegido de Abu Otman, y el predilecto de su abuelo, si bien no se atrevía Abdallah a manifestar ostensiblemente todo el cariño que le tenía por no dar celos a su propio hijo Almudhaffar. Coo razón se había captado tan universal cariño el tierno príncipe , que a la edad de ocho años sabía de memoria el Corán y recitaba todas las sunnas o historias tradicionales, que aún no tenía doce cumplidos y ya manejaba un corcél con gracia y soltura, tiraba el arco, blandía la lanza , y hablaba de estratagemas de guerra como un capitán consumado. Tan raras prendas y tan precoz talento anunciaban que había de, ser el más ilustre entre los ilustres Ommiadas- Los trabajos, las inquietudes y disgustos, más aún que la edad, tenían a su abuelo Abdallah desmejorado y enmagrecido. La muerte de su madre le afectó hondamente, y le sumió en una profunda melancolía; íbale consumiendo una fiebre lenta, y sintiendo cercano el fin de sus días, congregó a los walíes y vazzires y les declaró su voluntad de que le sucediera en el imperio Abderrahmanben Mohammed su nieto. Reconociéronle todos con gusto, incluso su tío Almudhaffar, que lejos de darse por resentido de su postergación se constituyó en protector generoso y en servidor leal de su sobrino. Cumplióse el plazo de los días de Abdallah, y falleció a principio de la luna de Rabie primera del año 300 de la Hégira (noviembre de 912), dejando once hijos y catorce hijas. Príncipe de gran corazón fue Ahdallah , bondadoso en lo general y benigno ; si bien la exasperación de tantas rebeliones le hizo cometer algunos actos de crueldad, que sin duda le causaron remordimientos. Tuvo habilidad para vencer enemigos, pero le faltó maña para hacerse amigos, y sus alianzas con el rey cristiano y sus preferencias a los sirios sobre los árabes fueron causa de malquistarle con estos y de enajenarse a los fervientes y fanáticos muslimes.

¿Y qué había sido de los cristianos de la Vasconia y de la Marca franco-hispana, de esos dos estados que se estaban formando a uno y otro extremo de la cadena del Pirineo?

Después de la desgraciada batalla de Aybar en que pereció el conde de Pamplona, o si se quiere rey de Navarra García Garcés *(García Garseanus)*, con cuya hija había casado Alfonso III. de Asturias, aparece gobernando a los navarros el hijo de García y descendiente de los condes de Bigorra Sancho Garcés, temible enemigo con quien tuvo que contar el rebelde y poderoso moro Ben Hafsûn en la parte del Ebro superior a que se extendían sus dominios. Mientras este formidable rival de los Ommiadas había sostenido su sediciosa bandera en el Mediodía y Centro de España, peleando alternativamente con el emir de Córdoba y con el monarca de Asturias, Sancho Garcés de Navarra había hecho una guerra viva a los musulmanes del nordeste, ganándoles muchas poblaciones, tomando muchas fortalezas, y extendiendo sus conquistas desde Nájera hasta Tudela y Aínsa, y hasta las tierras a que comenzaba a darse el nombre de Aragón. Dueño de estos territorios, sobre los cuales ejercía un mando independiente, tomó en 905 el dictado de rey de Navarra, sino por primera vez, por lo menos más abiertamente que ninguno de sus predecesores[559]. Es lo cierto que

558 Seguimos en esto la crónica del obispo Sampiro. Sobre la variedad que se nota en los historiadores acerca del año de la muerte de Alfonso el Magno, que algunos han querido prolongar hasta el 934, puede verse a Risco, Esp. Sagr. tom. 37. pag. 113.

559 In era DCCCCXCIII (dice la crónica Albeldense) surrexit in Pampilona Rex nomine Sancio Garseanis. Hasta ahora ninguna crónica que sepamos había hecho mención tan expresa del titulo de rey con aplicación a los gobernadores pamploneses.—No es posible que haya un punto histórico en que más disientan los autores que el origen, y principio del reino de Navarra. No extrañamos que al llegar a este periodo digan casi unánimemente los modernos historiadores: «El origen del reino Pirenáico está cubierto de oscuridad y de tinieblas.» «Nada se presenta en los anales de nuestra nación más oscuro y enmarañado que el origen del reino de Navarra, y no sólo ha contribuido a

desde esta época y con este rey comenzó el reino de Navarra a adquirir extensión, importancia y celebridad, y verémosle desde ahora ir creciendo y robusteciéndose hasta ser uno de los que contribuyeron más a la grande obra de la restauración española.

Cuéntase de este Sancho, que hallándose del otro lado del Pirineo en ocasión que los moros de Zaragoza hicieron una tentativa sobre Pamplona, y estando los montes cubiertos de nieve, proveyó a sus soldados de abarcas de cuero para que pudiesen trepar mejor por aquellas nevadas sierras (de que le quedó el nombre de Sancho Abarca, a semejanza del que de su calzado tomó el emperador Calígula), y cayendo precipitadamente sobre los enemigos, los sorprendió causándoles una horrible matanza, de que se salvaron pocos; y que seguidamente y sin descanso atacó y tomó el castillo de Monjardin (de donde algunos historiadores le nombran también Sancho el de Monjardin), llevando

---

esta confusión la falta de documentos históricos, sino muy especialmente la rivalidad de los escritores aragoneses y navarros: he estudiado detenidamente las relaciones de los mismos, y no he podido sacar otra cosa que confusión y contrariedad en las ideas.» (Tapia y Morón, en sus Historias de la Civilización de España). Así, poco más o menos, se explican todos. Repetimos que no es de extrañar esta perplejidad y embarazo al tratarse de un reino sobre cuyo principio hay entre los autores la discordancia nada menos que del año 716. en que le suponen unos, hasta el 905, en que le fijan otros, aparte de las fechas que otros señalan en el intermedio de estos 189 años. También nosotros, como el escritor citado, hemos intentado penetrar en este laberinto, y procurado examinar los fundamentos en que apoyan sus diferentes opiniones los autores que más de propósito han tratado este punto, tales como Moret, Blancas, Garivay, Morales, Sandoval, Yepes, Briz, Elizondo, Zurita, Risco, Mariana, Mondéjar, Traggia, Yanguas y otros de los que pasan por más autorizados, sin que nos haya sido posible recoger otro fruto que oscuridad y contradicciones; contradicciones tales, que no vemos medio de concertar ni avenir unos con otros. Y no se limita sólo la divergencia en cuanto a la época en que pudo el reino de Navarra tener principio, sino también en cuanto a las cronologías de los antiguos reyes que cada cual supone. Pueden servir de muestra las siguientes:

Según Garivay.
García I. Jiménez.
García II. Íñiguez.
Fortuño I. Garcés.
Sancho I. Garcés.
Jimeno I. Íñiguez.
Iñigo I. Jiménez, Arista.
García III. Íñiguez.
Fortuño II. Garcés.
Sancho II. Garcés, etc.

Según Moret.
García I. Jiménez.
Íñigo I. Garcés, Arista.
Fortuño I. Garcés.
Jimeno Íñiguez.
Íñigo II. Jiménez.
García II. Jiménez.
García III. Jiménez.
Fortuño II. Garcés.
Sancho II. Garcés, etc.

Según Traggia.
Íñigo I. Arista.
García I. Íñiguez.
Fortuño I. Garcés.
Sancho I. Garcés.
García II. Jiménez.
Íñigo II. Garcés.
García III. Íñiguez.
Fortuño II. Garcés.
Sancho II. Garcés.
Jimeno II. Garcés, etc.

Según Masdeu.
García Sánchez Íñiguez, I.
Sancho Garcés, Abarca, II.

luego sus armas (908) por tierras musulmanas, hasta la confluencia de los ríos Ebro y Aragón, y casi sin soltar la espada de la mano pasó otra vez el Ebro, y corrióse hasta Nájera, Vecaria y Calahorra, donde lo dejaremos, porque sus posteriores hechos se enlazan ya más con los de los reinos de León y de Córdoba en época a que no alcanza todavía la narración que nos hemos propuesto comprender en este capítulo.

También en la Marca Hispana habían ocurrido novedades importantes. Había Carlos el Calvo dividido el condado de Barcelona separando la Septimania de la Gothalania o Cataluña, cada una bajo el gobierno de un conde. Obtuvo después de Udalrico el condado de Barcelona Wifredo llamado el de Arria, que le gobernó con una especie de independencia moral, y sucedióle al poco tiempo un godo-franco de la Septimania nombrado Salomón. Asesináronle los catalanes en 874, que deseando ya tener condes propios e independientes nombraron a uno que había nacido en su país, llamado Wifredo el Velloso, a quien muchos suponen hijo del otro Wifredo, emparentado con la estirpe real Carlovingia de Francia (874).

Fuese que Carlos el Calvo remitiera a Wifredo en compensación de algún servicio el feudo en que hasta entonces habían estado los condes de Barcelona, o que él conquistara su independencia con la punta de la espada y con la ayuda de los catalanes, es fuera de duda que con Wifredo el Velloso dio principio aquella serie de condes soberanos o independientes de Barcelona, que habían de elevar a tan alto punto de grandeza aquel nuevo estado cristiano de la España oriental, uno de los más importantes de la gran confederación monárquica española. Supone la tradición haberle concedido el emperador Carlos por armas las cuatro barras coloradas en campo de oro, marcadas en su escudo con los cuatro dedos de la mano ensangrentada de la herida que recibió peleando en favor del emperador contra los normandos. Sea lo que quiera de estas contestadas tradiciones, es lo cierto que Wifredo, primer conde independiente de Barcelona, con la sola ayuda de los catalanes arrojó a los sarracenos de todo el antiguo condado de Ausona (Vich), de las faldas del Monserrat, y de una gran parte del campo de Tarragona; y que tan piadoso como guerrero, fundó en el valle alto del Ter los dos célebres monasterios de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll.

A los catorce años de gobierno independiente murió Wifredo el Velloso, dejando el triple condado de Barcelona, Ausona y Gerona, a título ya de herencia, a su hijo Wifredo II. o Borrell I., que con ambos nombres le designan los documentos (898): *Wifredi, qui vocabulum fuit Borrello.* Continuó Borrell la obra de su padre hasta 912, en que pereció en la flor de su edad, no dejando sino una hija llamada Rikildis, y pasando por lo tanto la herencia del condado, según la costumbre de los

---

García Sánchez, el Temblón, III, etc.

Para hablar de los fundamentos en que cada cual apoya su genealogia, dando cada uno por apócrifos los documentos en que los otros fundan su sistema, necesitaríamos hacer una disertación aún más difusa que la de Traggia inserta en el tomo IV. de las Memorias de la Academia, la cual confesamos que a pesar de la asombrosa erudición que el autor ha vertido en ella no ha podido satisfacernos, ni despejar para nosotros el confuso caos en que los expresados autores han logrado envolver este punto, y hemos estado para exclamar al leerla: non nostrum est tantas componere lites. Por eso en nuestra historia nos hemos concretado a consignar lo que acerca de este reino hemos hallado en el Continuador del Biclarense que escribía en 724, en el Pacense que acabó su crónica en 754, en Sebastián de Salamanca, en el de Albelda, en Vigila y Sampiro, en San Eulogio de Córdoba que hizo un viaje a Navarra a mediados del siglo IX., en los biógrafos de Carlomagno y Luis el Pío, en las historias francas y en las arábigas de aquel tiempo, que son para nosotros las fuentes más auténticas. Parécenos hasta cierto punto digna de elogio la sinceridad con que un moderno historiador de las cosas de Navarra, el señor Yanguas, archivero de aquel antiguo reino, exclama al ver el calor con que se sostiene esta controversia: «Porque a la verdad (dice) «¿qué nos importa que los primeros reyes de Navarra se llamasen «Sanchos, Íñigos o Aznares? ¿Qué significan esas eternas disputas queriendo atribuirse cada uno la gloriosa casualidad de haber dado reyes a un país que jamás quiso ser dominado sino de sí mismo? ¿No tiene también algo de puerilidad la disputa entre aragoneses y navarros, sobre si el primer rey fue proclamado en Sobrarbe o en Amescoa? ¿Acaso entonces las montañas de Jaca y de Navarra dejaban de ser una misma nación? No había aragoneses ni navarros, todos eran vascones, todos participaban igualmente de las virtudes y de los vicios de los montañeses y de sus glorias, y los moros no les daban otro dictado que el de cristianos de los montes de Afranc.» (Prólogo a la *Historia del reino de Navarra*: 1832).

francos por que se regían los condes de Barcelona , y que no admitía la sucesión de las hembras, a su hermano Suniario o Sunyer.[560]

He aquí lo que hasta la época que nos propusimos recorrer en el presente capítulo había acontecido en todos los ángulos de España.

560 Bofarull. condes de Barcelona, tom. I.—Comienza a servirnos de guía en lo relativo a la cronología y genealogía de estos condes la obra que con el titulo de Los Condes de Barcelona vindicados ha publicado el investigador laborioso y erudito don Próspero de Bofarull, archivero general de la antigua corona de Aragón, con cuya amistad nos honramos, y a cuya inteligencia y amabilidad debimos durante nuestra estancia en aquel archivo la satisfacción de revisar multitud de preciosos documentos históricos, que sin su atinada dirección difícilmente, hubiéramos podido examinar. La posición del señor Bofarull, por tan largos años al frente de aquel riquísimo depósito de antigüedades, unido a su laboriosidad e inteligencia, le ha permitido hacer un bien inmenso a la historia de Cataluña y de consiguiente de España, aclarando, rectificando y fijando la cronología de aquellos condes soberanos, incierta, oscura o equivocada hasta ahora, no sólo en nuestras historias generales, sino también en las que pasaban por las principales fuentes históricas de aquel principado, tales como la Historia del Languedoc, la Marca Hispana del arzobispo Pedro de Marca, la colección de documentos de Ballucio, los manuscritos de Ripoll, las crónicas de Pujades, Diago, Feliú, etc. La gran copia de datos auténticos y originales con que el señor Bofarull ha enriquecido su obra le dan una autoridad indisputable, si bien no puede menos de adolecer de falta de amenidad, achaque natural y consiguiente a toda obra documental.

CAPÍTULO XIII.
FISONOMÍA SOCIAL DE AMBOS PUEBLOS EN ESTE PERÍODO.
Siglo IX.

I. Extensión material de los tres estados cristianos a la muerte de Alfonso III.—Observación importante sobre las turbulencias que señalaron estos reinados; en Asturias, en Cataluña, y en los imperios árabe y franco-germano.—Extrañas relaciones entre unos y otros pueblos.—Examinase el móvil y principio que las dictaba.—Espíritu religioso del pueblo.—Conducta de los monarcas. Su política.—Respeto de los árabes a Alfonso el Magno.—Nobleza de los árabes: perfidia y doblez de la raza berberisca.—Estado de las letras en esta época.—II. Qué leyes regían en cada uno de los estados.—Asturias: legislación goda.—Condado de Barcelona: leyes góticas: leyes francas.—Navarra: fuero de Sobrarbe.—Qué era.—Diversos juicios sobre este código.—Opinión del autor.—Otras observaciones sobre el gobierno de los estados cristianos.—III. De la lengua que en este tiempo se hablaría en España.—Principio de la formación de un nuevo idioma.—Qué elementos entraron en él.—Origen del castellano.—Idem del lemosín.

I. Cerca de otro siglo ha trascurrido desde Alfonso II. el Casto hasta Alfonso III. el Magno, desde Abderrahman II. hasta la proclamación de Abderrahman III.: y en este período la situación material y moral de ambos pueblos ha sufrido modificaciones sensibles. La España cristiana ha crecido, el imperio musulmán ha menguado: los confines de la una han avanzado, los límites del otro han retrocedido. Un hijo del rey de Asturias se atreve ya a establecer su corte en León; ya no se necesitan riscos que constituyan un valladar al pequeño reino de Asturias; basta ya el Duero, que corre por país llano, para servir de frontera al que ha sido reino de Asturias y comienza a serlo de León. Aquel otro país del Pirineo, la Vasconia Navarra, que tanto ha pugnado por recobrar su apetecida libertad, ha logrado sacudir la triple dependencia que alternativamente pesaba sobre ella o la amenazaba, la de los francos, la de los árabes y la de los asturianos. Roncesvalles la ha libertado de la primera; Pamplona de la segunda; un matrimonio, una mujer, Jimena, ha recabado de un rey de Asturias una especie de fíat a la independencia en que de hecho se habían constituido ya los navarros; y ya la Navarra es otro reino cristiano aparte, con monarcas y leyes propias. Aquella Marca Hispana que al Oriente de la Península fundaron los emperadores francos, ha redimido el feudo de la Francia y se ha erigido también en estado español independiente. El condado de Barcelona se ha hecho otro reino cristiano; que si sus condes siguen usando este modesto título, el nombre será signo de su modestia, no de que falten al estado las condiciones de monarquía, al modo que se cuentan por emperadores y califas de Córdoba los que hasta ahora han conservado el sencillo título de emires.

Vio, pues, el siglo IX constituido dentro de los naturales lindes de la Península tres estados cristianos, independientes entre sí, que han ido arrancando al imperio musulmán los territorios comprendidos, de una parte desde el mar Cantábrico hasta el Duero, de otra desde el Pirineo hasta el Ebro. Y a estas adquisiciones de las armas cristianas se agregan las usurpaciones que la rebelión ha hecho al imperio muslímico, dominando un rebelde mahometano desde el Ebro hasta el Tajo, desde más allá de Zaragoza hasta más acá de Toledo. Gran desmembración, que no han bastado a impedir ni la actividad, ni la política, ni los talentos militares de los emires.

Han imperado en este período en Asturias Ramiro, Ordoño y Alfonso el Magno; en Córdoba Abderrahman II., Mohammed, Almondhir y Abdallah; en Navarra los dos Garcías y Sancho; en Barcelona, después de los siete condes francos, los españoles Wifredo y Borrell; en Francia Luis el Pío, y sus hijos Carlos, Lotario y Pepino.

No hemos visto que ningún historiador haya reparado en la semejanza y analogía de los elementos y contrariedades con que tuvo que luchar cada uno de los soberanos o jefes de estos estados, o de tan diferentes procedencias, o de tan distintas religiones; y sin embargo, creemos que esta observación nos revelará en gran parte la índole, la tendencia, el genio, los rasgos comunes de la fisonomía de cada pueblo en estos siglos: sediciones y revueltas en los países por cada uno dominados: rebeliones de súbditos, conspiraciones de magnates, conjuras y tramas de príncipes, de hermanos, de hijos de cada soberano reinante: ¡qué asimilación de circunstancias!

Ramiro no ha empuñado el cetro, cuando se ve suplantado por el conde Nepociano, y tiene que castigar después las conspiraciones de Aldroito y de Piniolo. Ordoño, antes que contra los enemigos de la fe. tiene que ensayar sus armas contra sus propios súbditos de la Vasconia alavesa rebeldes a su autoridad. El reinado de Alfonso III. se inaugura con la rebelión de un conde como el de Ramiro, y antes que contra los sarracenos tiene que marchar contra los alaveses como Ordoño. Multiplícanse y se suceden en tiempo de aquel gran monarca las conjuraciones. Ya son los magnates Hanno y Hermenegildo, ya son los hermanos del príncipe, ya son sus propios hijos y esposa, que le ponen en el caso de desprenderse de un cetro que con tanta gloria y por tantos años había manejado.

¿Qué acontecía en el imperio musulmán? Abderrahman II., como Alhakem su padre, y como Hixem su abuelo, tiene que pelear contra sus propios parientes que le disputan el trono antes que con los cristianos sus naturales enemigos. Los Suleiman y los Abdallah, los Mohammed y los Aben-Mafot, son para los emires de Córdoba lo que los Nepocianos, los Aldroitos, los Piniolos, para los monarcas de Asturias. Los walíes del Ebro y del Pirineo se rebelan contra Abderrahman y Mohammed, como los condes de Galicia y de Álava contra Ramiro y Alfonso. En el reinado de Abdallah se suceden una tras otra la conjuraciones como en el de Alfonso el Magno. Los Hafsun, los Muza, los Lupos, los Suar y Aben Suquela son para el emir Abdallah lo que los Fruelas, ios Hannos, los Hermenegildos y los Witizas para el rey Alfonso. Si contra Alfonso se alzaron sus hermanos y sus hijos en Oviedo y Zamora, contra Abdallah se rebelaron dos hermanos y un hijo en Sevilla: Mohammed, Alkasim y Alasbag nos recuerdan a García, Fruela y Ordoño.

¿Reinaba más armonía entre los cristianos de la Marca Hispana? Bera, primer conde godo-franco de Barcelona, es acusado de traidor por otro godo, y condenado a muerte. Bernhard, después de haber sido combatido por un conde del palacio imperial, muere asesinado por el mismo Carlos el Calvo, su emperador, y probablemente su padre. Aledran es hecho prisionero por Guillermo, y Guillermo a su vez muere a manos de los parciales de Aledran. Supónese al conde Salomón autor del asesinato de Wifredo el de Arria, y Salomón a su turno perece a manos de los catalanes, que proclaman a Wifredo el Velloso.

¿Había más concordia entre los sucesores de Carlomagno y Luis el Pío, entre estos príncipes, entre quienes se distribuyó el imperio del nuevo César de Occidente? Por favorecer Luis a su hijo menor Carlos el Calvo desmembra la herencia de Lotario: los obispos no escrupulizan de alentar la sedición de el hijo contra el padre, y Pepino y Luis sus hermanos se ligan con el hermano mayor contra el padre de los tres, como Fruela y Ordoño se ligaron en Asturias con su hermano mayor García contra su padre común Alfonso el Magno. Los leudes destronan a Luis en el Campo del Perjurio, como los nobles habían destronado en Oviedo a Alfonso el Casto, y condenado Luis en un concilio a penitencia canónica por el resto de sus días, viste públicamente el cilicio y el saco gris de la penitencia en la Abadía de Saint-Medard, como Alfonso el Casto en el monasterio Abelianense, aunque luego recobra el trono como Alfonso II. ¿Hay necesidad de recordar el destronamiento de Carlos el Calvo por su hermano Luis el Germánico, y las perpetuas guerras domésticas en que anduvo siempre envuelto el débil nieto de Carlomagno?

A vista de este cuadro, de esta fisonomía que presentan el imperio franco-germano, la España Oriental y Septentrional, los reinos y estados cristianos, el imperio árabe-hispano de Mediodía y Occidente , ¿no podremos designar este espíritu de sedición, de discordia y de rebeldía, como uno de los caracteres del genio de la época, y en este germen de insubordinación y de ruda independencia entrever ya en lontananza el gran fraccionamiento y descomposición a que ha de venir la España cristiana , y más todavía la España sarracena?

Este mismo espíritu producía las transacciones más extrañas y las alianzas más injustificables entre gentes de distintas y aún opuestas creencias y principios. ¿Era ya la fe, era el principio religioso el solo que motivaba los pactos o las rupturas entre los dos pueblos contendientes, y el que aflojaba o estrechaba los vínculos sociales? ¿O prevalecían ya el interés y la política sobre el principio religioso? Es lo cierto que hemos visto pelear no solo ya cristianos con musulmanes, sino cristianos con cristianos y agarenos con agarenos: y lo que es más, al tiempo que los guerreros del

cristianismo se hostilizan entre sí, negocian tratos de alianza y amistad con los sectarios de Mahoma, y pelean juntos y unidos por una misma causa, que parece no puede ser la del Evangelio; y mientras los seguidores del Profeta se despedazan entre sí, se ligan en confederaciones solemnes con los monarcas o condes cristianos, y sus huestes combaten unidas y mezcladas por una causa que parece no puede ser tampoco el triunfo del Corán. Si antes vimos al moro Balhul acaudillando guerrilleros cristianos en el Pirineo Oriental contra su propio emir, vemos luego a Caleb ben Hafsun al frente de los montañeses cristianos de Jaca desprenderse de aquellos riscos para batir las huestes del soberano Ommiada. Si antes los cristianos de la Vasconia imploraban la ayuda de los emires cordobeses contra los reyes cristianos de Aquitania, después García de Navarra se enlaza con la hija de Muza el renegado, y combate contra el monarca cristiano de Asturias.

Podríamos atribuir estos y otros semejantes ejemplos o a personales resentimientos y ambiciones, o a individuales deslealtades, que nunca faltan en todo pueblo y en toda causa por popular y nacional que sea, o a odios de localidad, de tribu o de familia, si no viésemos tales alianzas y tratos erigidos como en sistema entre los más poderosos soberanos de unos y otros estados y de opuestas y enemigas creencias; si no viésemos a los condes de la Gothia, a los caudillos o reyes de la Vasconia, a los emperadores cristianos de Occidente, aliarse, no ya sólo con la corte del imperio mahometano, sino con cualquier caudillo musulmán que no tuviese más representación que la de un intrépido capitán de bandidos; si no viésemos o los mismos monarcas de Asturias, los legítimos representantes de la causa cristiana, al mismo Alfonso el Magno, el piadoso, el devoto, que fundaba basílicas y convocaba concilios, hacer alianzas ofensivas y defensivas, y observarlas con religiosa escrupulosidad con Abdallah, último soberano del imperio muslímico el siglo IX.

¿Deberemos sospechar por eso que el sentimiento religioso de ambos pueblos no se conservaba ya tan puro como en los primeros tiempos de la conquista y de la restauración? Creemos que no hay necesidad de suponer que se hubiera ido enfriando o evaporando el ardor religioso para explicar las causas de unas negociaciones y conciertos, que en verdad se habrían tenido por irrealizables en el principio de una lucha, que parecía haber abierto una sima infranqueable entre los dos pueblos. Creemos, y es más natural que así fuese, que obraban así los más por ambición, por rivalidades de localidad y de orígen, por enconos y venganzas, por amor a la independencia individual, y por pasiones humanas comunes a musulmanes y a cristianos. Aconsejabaselo a los monarcas la necesidad o la conveniencia política, a la cual no escrupulizaban en sacrificar una parte de la antipatía religiosa a trueque de libertarse de un vecino temible o de quedar desembarazados para atender a un competidor peligroso. Pero el pueblo, que no alcanzaba las miras políticas de sus soberanos, estaba pronto a murmurar de unos convenios de que se figuraba no podían salir sino muy lastimadas sus creencias. Así los árabes andaluces y los moros de Toledo criticaban a Abdallah de mal creyente porque negociaba paces y alianzas con Alfonso el infiel, y los unos omitían su nombre en la oración pública, y los otros excitaban a la rebelión contra el ismaelita excomulgado. Así los cristianos de Asturias, aún cuando nuestras crónicas explícitamente no lo expresen, debían llevar muy a enojo la larga paz de Alfonso con los soberanos infieles de Córdoba, pues no se comprende de otro modo el grande apoyo que encontraron en el reino sus rebeldes hijos, siendo como era Alfonso un monarca tan esclarecido y de tan grandes prendas, y que a tan alto punto de esplendor había sabido ensalzar la monarquía.

El primero que contó el milagro de la batalla de Clavijo se mostró más conocedor del espíritu del pueblo que de su historia. Porque tal era la fe y el entusiasmo religioso de los soldados españoles de aquel tiempo, que si les hubieran dicho que peleaba por ellos el apóstol Santiago en persona hubieran jurado verle, como los soldados de Constantino juraban haber visto la misteriosa cruz; y con el mismo ardor que combatieron las legiones del emperador romano en los campos del Tíber hubieran lidiado las huestes de Ramiro en el collado de Clavijo, confiados en que el esclarecido capitán los sacaría triunfantes cualquiera que fuese el número de los infieles. Y este

espíritu fue el que les dio, no ya la victoria fabulosa de Clavijo con Ramiro, sino el triunfo verdadero de Albelda con Ordoño, casi en el mismo sitio en que se supuso la primera.

Gran monarca fue este Ordoño. «Príncipe, decía su epitafio de Oviedo, de quien siempre hablará la fama, y cuyo semejante no verán quizá los siglos futuros.» Sin poder convenir nosotros con el autor del honroso epitafio, y más cuando hemos visto sucederle un Alfonso III., no ya semejante, sino muy superior a Ordoño, debiéronle engrandecimiento la religión y el reino. Administrador celoso y acertado, mereció el título más honroso de los reyes, el de padre de los pueblos. Fue, dicen, de irreprensibles costumbres, y esto más que la fortuna y el valor en las batallas nos hace mirar con gusto su alabanza en el sarcófago de Oviedo.

¿Pero era Alfonso III. menos piadoso y menos devoto que sus antecesores porque celebrase tratos de paz y viviese a veces en buena inteligencia con los emires del imperio mahometano? ¿Lo sería porque enviara sus hijos a instruirse en las ciencias naturales en las escuelas arábigas de Zaragoza de acuerdo y aún bajo la protección del walí Ismael? Alfonso, bastante ilustrado para no confundir la educación profana con la religiosa, y bastante discreto para distinguir las necesidades del guerrero de los deberes del creyente , no cedió a ninguno de sus predecesores en actos de piedad cristiana. Bajo su reinado, y merced a sus generosas donaciones, prosperan el culto, la riqueza y la magnificencia de los templos. La iglesia compostelana, erigida de pobre y tosco material por Alfonso el Casto, se trasforma en templo suntuoso de sólidos sillares por la mano liberal de Alfonso el Magno. La de Oviedo, que había hecho catedral Alfonso II., es elevada a metropolitana por el tercer Alfonso, y asigna rentas de que puedan vivir a los obispos de las ciudades ocupadas por los infieles, que se hal)ian ido congregando en Oviedo. Propúsose exceder al rey Casto en esplendidez y largueza, y al modo que aquel enriqueció el templo del Salvador con la famosa cruz de los Angeles, éste no satisfecho con haber hecho el presente de una hermosísima cruz de oro a la iglesia de Santiago, regala a la de Oviedo otra cruz aún más preciosa, forrada en planchas de oro, con labores de esmalte, y tachonada de riquísimas piedras, casi con las mismas inscripciones que se leían en la del segundo Alfonso, como si en los actos más piadosos no pudiera dejar de entreverse el orgullo humano. El alma o parte interior de esta segunda cruz es de roble. ¿Qué misterio encierra este leño? Encierra un recuerdo el más propio para excitar al mismo tiempo el entusiasmo religioso y el patriotismo de los asturianos. Es la misma cruz de Pelayo, es aquella cruz rústica que el primer libertador de España tenía en Covadonga, y con la cual se presentó en el glorioso combate. Es *la cruz de la Victoria*, que así la llama el pueblo, porque con ella venció su héroe.

¿Cuál sería el móvil principal que impulsara a Alfonso a consagrar este don, que Ambrosio de Morales, teniéndole a la vista, llamó la más rica joya de España? ¿Sería todo piedad, mezclaríase algo de rivalidad humana, o sería acaso un pensamiento político? Todo pudo aunarse en unos tiempos en que si la devoción y la piedad eran verdaderas virtudes en los príncipes, tenían que ser también su política, como el medio de captarse las voluntades de unos pueblos para quienes era todo la fe[561].

Al expirar el año 883 y comenzar el 884, presenciaron los españoles, cristianos y musulmanes, un espectáculo interesante, cuadro dramático y tierno, que representa y dibuja a los ojos del hombre pensador, mejor que los documentos históricos, la índole de la época y la situación respectiva en que se habían colocado ya los dos pueblos. Un embajador cristiano se había presentado en la corte mahometana de Córdoba, enviado por el rey de Asturias. Este embajador era un ministro del altar, era un presbítero, Dulcidio de Toledo. ¿Cómo así se ha atrevido ya un sacerdote de Cristo a presentarse, solo, desarmado, indefenso, en la capital del imperio Ommiada, allí donde está el sucesor de Mahoma, el terrible Mohammed, gran perseguidor que ha sido de los cristianos? Es que este Mohammed ha solicitado una tregua, ha propuesto una alianza al rey cristiano Alfonso el temido, y ese sacerdote ha llevado de Alfonso la misión de ajustar las condiciones de la paz. Entre estas condiciones había entrado una muy propia del espíritu de aquel

561 En el tomo 37 de la España Sagrada pueden verse las escrituras de otras donaciones hechas a diferentes iglesias y monasterios por Alfonso el Magno.

tiempo, la de que los cuerpos de los santos mártires Eulogio y Leocricia que los mozárabes de Córdoba guardaban fuesen trasladados a Oviedo. Accedió a todo el emir, y las reliquias de dos santos, conducidas por un sacerdote, cruzaron pacíficamente desde el Mediodía de España hasta su extremidad septentrional por en medio de pueblos mahometanos, sin que nadie se atreviese a inquietar ni los sagrados restos ni al ministro de paz que los conducía. Una solemne festividad religiosa anunciaba el 9 de enero en la corte del reino cristiano la llegada del precioso tesoro. Es extraño que la imaginación poética de los orientales no augurara de esta primera humillación del islamismo que pudiera un día el templo del Salvador de Oviedo donde iban las reliquias, acabar de abatir la gran mezquita de la ciudad de donde salían.

¡Sublime testimonio del gran respeto que debía inspirar ya a los infieles el solo nombre de Alfonso el cristiano! ¿Y cómo no habían de respetar al vencedor de Abdel Walid, al triunfador de Orbigo, de Polvoraria, de Sahagún y de Zamora, al que les había arrancado a Ueza y Atienza, a Salamanca y Coria, al que los había arrojado de Coimbra, de Porto, de Auca, de Lamego y de Viseo, al que se había atrevido a llevar las lanzas cristianas hasta tocar con ellas los viejos torreones de la antigua corte de Recaredo y de Wamba? ¡Príncipe magnánimo, que después de abdicar un cetro que empuñara con gloria por espacio de 45 años, tuvo la heroica humildad de pedir permiso al mismo a quien acababa de hacer monarca para combatir a los infieles, y que, anciano y destronado, acreditó que para ser grande y vencedor no necesitaba ni de juventud ni de cetro, y ejecutada su postrera hazaña bajó tan satisfecho al sepulcro como había descendido resignado del trono!

Por lo menos entre los monarcas de Asturias y los emires de Córdoba hemos visto guardarse los pactos con cierta nobleza y dignidad correspondiente a dos grandes poderes. La sangre árabe mostrábase por lo común menos indigna de mezclarse con la sangre española. Perfidia y doblez era lo que acreditaban casi siempre los caudillos berberiscos. Estos africanos no sólo no escrupulizaban de faltar abiertamente a las promesas y convenios, sino que empleaban los artificios más aleves para engañar así a cristianos como a musulmanes, así a enemigos como a favorecedores. Zaid, Hassam, Amrú, hacen gala de rebelarse primero contra su soberano para burlar después a Carlomagno y Luis. Mohammed ben Abdelgebir, el revolucionario de Mérida, infiel a Abderrahman, concluye con ser traidor a Alfonso el Casto, a quien había debido asilo y hospitalidad. Hafsúm, el famoso jefe de bandidos de Trujillo, gran revolvedor en el Pirineo y en el Ebro, después de protestar sumisión, obediencia y lealtad a Mohammed , asesina traidoramente a su nieto Ben Cassim y a las tropas que el confiado emir le suministrára. Su hijo Caleb, heredero de su deslealtad, ejecuta en Toledo una felonía semejante a la de su padreen Alcañiz, abusando tan alevemente de la buena fe de Haxem, como su padre había abusado de la de Almondhir. Abdallah ben Lopia corresponde con ingratitud a Alfonso III. protector de su padre; abandónale sin motivo, para aliarse después y faltar alternativamente a sus dos tíos, al emperador musulmán y al monarca cristiano. La conducta de Muza el renegado con árabes y españoles, con extraños y con deudos, mostró lo que había que fiar en la fe morisca. parecía que estos africanos se habían propuesto renovar en España y resucitar la memoria de aquella fe púnica de los otros africanos sus mayores, los cartagineses.

En este período han comenzado a sonar en Álava, Castilla y Galicia, y como a anunciar su futura influencia los condes gobernadores de provincias y castillos. En Álava, Eilon y Vela Jiménez, rebelde y prisionero el uno, enviado a reemplazarle el otro: en Castilla Rodrigo, de desconocido linaje, Diego Rodríguez Porcellos su hijo, fundador de Burgos, Nuño Nuñez, gobernador de Castrojeriz, Nuño Fernández, suegro de García de León y conspirador con él: en Galicia Pedro, el que arrojó a los normandos, y Fruela, el que se levantó contra Alfonso III. Hasta ahora han sido gobernadores puestos por los monarcas; no tardarán en aspirar a ser independientes.

Época estéril todavía en letras, no dejaba de haber ya escuelas cristianas, tales como la estrechez de los tiempos las permitía. Abundaban los libros sagrados[562] y no faltaba algún obispo y algún monje que escribiera las crónicas de los sucesos; y si la que hemos citado tantas veces como

562 En el testamento o carta de dotación de Alfonso III. a la iglesia de Oviedo se lee haber entrado en el número de las dádivas muchísimos libros sagrados: libros etiam divinae pagina plurimos.

del obispo Sebastián de Salamanca no fue acaso del mismo rey Alfonso III., como muchos sostienen, y con cuyo nombre es también conocida, prueba por lo menos que se suponía a aquel monarca bastante aficionado a las letras para hacerla escribir, o con bastante capacidad para escribirla él mismo[563].

II. ¿Cómo y por qué leyes se regían estos tres estados cristianos independientes que se han formado en la Península? Distintos en origen y procedencia, distintos el carácter, las costumbres, las tendencias de cada localidad, distintos tenían que ser también los principios que sirvieran de base a su organización, y diversa la fisonomía social de Asturias, de Barcelona y de Navarra.

Las tradiciones y las leyes góticas seguían prevaleciendo en el más antiguo de los tres reinos, así en la corte como en la iglesia, así en el orden de sucesión al trono como en el sistema penal; y las dos asambleas de obispos que el tercer Alfonso congregó en Santiago y en Oviedo, para consagrar aquella iglesia reedificada por él, y para elevar esta a la clase y dignidad de metropolitana, ambas fueron como una reproducción de los concilios góticos, con la misma intervención que en aquellas antiguas congregaciones eclesiásticas tenían respectivamente los monarcas y los prelados[564].

Mixto de origen godo y franco el condado de Barcelona, tenían que reflejar en su constitución y en sus usos el genio y carácter de los dos pueblos de que procedía. Godos eran los que se habían refugiado en considerable número a aquel territorio; con el nombre de Gothia se señaló el vasto país de que formaba parte la Marca Hispana, y después el condado de Barcelona, y era natural que se considerara en derecho como vigente la legislación goda; por lo mismo no es maravilla que las leyes godas se citaran con la frecuencia que manifiestan los documentos insertos en el apéndice a la Marca Hispánica del arzobispo Pedro de Marca. ¿Pero cómo había de dejar de sentirse al propio tiempo, y aún con más fuerza, la influencia inmediata de la organización y de las costumbres francas, habiendo sido los monarcas francos los creadores de aquel estado? ¿Cómo no había de participar el condado de Barcelona, aún después de erigido en independiente, de la constitución, de la índole, de la legislación de la monarquía franca, de que era hijo, y de que había sido feudatario? De aquí la necesidad que más adelante se reconoció de corregir en parte la legislación goda y de suplir lo que a ella faltaba con los *Usages*, que a su tiempo daremos a conocer, como lo hicimos con el fuero de los visigodos.

Desde luego se observa en el condado de Barcelona el principio hereditario de la soberanía, con aquella especie de carácter patrimonial y de familia que le daban los reyes de la raza Carlovingia, tan diferente del principio cuasi electivo que seguía observándose en la monarquía de Asturias. Veíase el tinte, la fisonomía feudal que constituía la organización de las monarquías francas, y que arrancando de la corona se extendía a las últimas autoridades y funcionarios del estado, formando como una escala jerárquica de infeudaciones, de señoríos y de vasallaje, viniendo a ser la condición social del condado de Barcelona por causas de origen y de influencia casi idéntica a la de aquellas monarquías, como nos lo irá demostrando la historia[565].

563 Atribuyéronla al primero, Pelayo de Oviedo, Ocampo, Morales y Sandoval; al segundo, Pérez, Mariana, Pellicer, Mondéjar, Pagi y otros. Puede verse sobre esto el Apéndice VII. al tomo 13 de la España Sagrada de Flórez.

564 En el concilio de Oviedo dijo el rey a los padres, que los había convocado para elegir metropolitano, arreglar la disciplina eclesiástica, y reformar las costumbres que con la revuelta de los tiempos andaban algo estragadas. Determinóse en él entre otras cosas que se celebrasen sínodos dos veces cada año, y se concluyó mandando que se observasen los cánones de los de Toledo. Las actas se perdieron, y no hay razones bastante fuertes para asegurar que sean auténticas las que publicó Aguirre en el tom. 3.° de su colección. Véanse Risco, Esp. Sagr. tom. 37.—Ferreras, Sinopsis Hist.—Mariana se muestra bien poco versado en la historia cuando al hablar de este concilio dice: «No era lícito conforme a las leyes eclesiásticas convocar los obispos a concilio si no fuese con licencia del papa.» En harto fuertes términos le reprenden este error histórico sus dos ilustradores Mondéjar y Sabau. Nosotros lo remitiríamos a la historia de los ocho siglos de la iglesia que iban trascurridos.

565 El erudito catalán Masdeu se dejó sin duda arrastrar de un celo laudable, pero exagerado, de amor patrio, al sentar en términos absolutos que «Cataluña jamás recibió la legislación francesa.»—(Historia crítica de España, t. 13). Aserción extraña en quien da cuenta de los nombramientos de condes hechos por los reyes francos, y de los

Si oscuro, intrincado y nubloso hemos hallado el origen y principio del reino de Navarra, no rodea más claridad ni alumbra más copia de luz al origen, época y naturaleza del primer código de leyes que se supone hecho por los navarros, conocido con el nombre de Fuero de Sobrarbe. ¿Qué era, y dónde y cuándo nació el famoso Fuero de Sobrarbe? Compendiaremos lo que se cuenta de la historia de este código, que así se refiere al reino de Navarra como al de Aragón, que algunos suponen simultáneos, pretendiendo otros hacer aquel posterior a este, que es la eterna disputa que el afán de la antigüedad ha suscitado, y mantendrá si se quiere perpetuamente entre aragoneses y navarros, como si uno y otro país no abundaran de verdaderas glorias históricas, sin necesidad de encaramarse a buscarlas allá donde no pueden hacer sino darse tormento a sí propios y darsele al historiador.

Dícese que un ermitaño llamado Juan, con deseo de hacer vida retirada, construyó para sí una morada en el monte Uruel cerca de Jaca, donde levantó también una capilla con la advocación de San Juan Bautista. La fama de su santidad le atrajo otros cuatro compañeros que quisieron hacer la misma vida ascética y eremítica que él. Cuando murió el ermitaño Juan, acudió mucha gente de la comarca a hacerle las honras. Entre los concurrentes lo fueron trescientos nobles o caballeros, que algunos hacen subir a seiscientos, los cuales no iban, dicen otros, a hacer las exequias al ermitaño Juan de Atares, sino huyendo de los conquistadores moros. Allí reunidos, comenzaron a tratar de la manera de defender su país de los infieles y sacudir su pesada servidumbre, y entonces aclamaron por rey o caudillo, según unos a Iñigo Arista, según otros a García Jiménez, que suponen dio el señorío de Aragón al conde Aznar, padre de Galindo que le sucedió en el condado de aquella tierra. Bajo la conducta de aquel jefe ganaron una gloriosa batalla sobre un numeroso ejército de moros junto a la villa de Aínsa, que desde entonces fue como la capital del naciente reino de Sobrarbe. A la media legua de esta villa se encuentra una cruz puesta sobre una columna de piedra, imitando el tronco de un árbol, rodeada de otras columnitas de orden dórico, que sostienen una media naranja cubierta de pizarra, cerrado todo el monumento por una verja de hierro. Este, dicen, fue el sitio de aquella célebre victoria, y aquella cruz es el emblema de una cruz roja que se le apareció al afortunado caudillo sobre una encina durante la refriega, y de la cual viene el nombre de Sobrarbe, contracción de sobre-el-árbol, si bien otros le derivan de super-Arbem, sobre la sierra de Arbe. Todos los años el 11 de setiembre acuden los fieles en romería a aquella capilla, y para mantener viva la memoria de tan glorioso suceso algunos vecinos vestidos de moros hacen una especie de simulacro de la referida batalla. Ésta es una de las diferentes versiones con que se explica el nacimiento del reino de Sobrarbe a principios del siglo VIII.[566]

Añádese que al depositar aquellos montañeses el poder en manos de un caudillo le pusieron entre otras las condiciones siguientes: «que jurase mantenerlos en derecho y mejorar siempre sus fueros; que se obligase a partir la tierra y distribuir bienes y honores entre los naturales del país; que ningún rey pudiera juzgar, ni hacer guerra, paz o tregua, ni determinar negocios graves con príncipe alguno, sin acuerdo de doce ricos-omes, o de doce de los más ancianos y sabios de la tierra.» A esto poco más o menos se reducía el Fuero de Sobrarbe según Moret y Elizondo; el mismo en lo sustancial, pero distinto en los términos del que trae Blanca en sus comentarios de las cosas de

preceptos de Carlomagno, Luis el Piadoso y Carlos el Calvo, que en el nombre mismo de preceptos parece llevar envuelto carácter jurisdiccional. Pudiera ser admisible la aserción del docto crítico si se refiriera a época posterior.

Merece mencionarse, por la idea que da de las costumbres de la época el singular privilegio que Ludovico Pío concedió a la iglesia de San Justo y Pastor de Barcelona, fundada y dotada por él. Cuando algún caballero era desafiado, retado y retador debían ir a jurar la batalla en dicha iglesia. El día del combate antes de pasar al campo habían de entrar en el templo a prestar juramento, el acusador de ser cierta la acusación, y el acusado de ser falsa, de pelear con armas legales, etc—Pujades, chronica, part. II. lib. 40, cap. 44.

566 De aquí han pretendido muchos escritores aragoneses derivar la antigüedad del reino de Aragón, disputándosela al de Navarra, apoyándose en la vecindad de Bigorra, de donde creen haber venido Iñigo Arista, en que los caballeros que se hallaron a la elección de rey eran de sus montañas, y en haber elegido para su sepultura aquellos primeros reyes los monasterios de San Juan de la Peña y San Vitorián; sin embargo, los críticos modernos no dudan en rechazar por apócrifas las inscripciones sepulcrales de San Juan de la Peña, uno de los grandes fundamentos de toda esta historia.

Aragón, escrito en la propia forma y estilo que las famosas leyes de las Doce Tablas de los romanos[567]. Avanzan algunos escritores aragoneses a asegurar que en el *Fuero de Sobrarbe* se estableció ya la dignidad del Justicia, que tan célebre se hizo en la historia política y civil de aquel reino; y no lo dirían sin fundamento a ser ciertas las palabras del Fuero latino: *Judex quidam medius adesto, ad quem a rege provocare* etc.

En vista de esto, ¿será cierta la existencia del Fuero de Sobrarbe? El historiador Moret que trató de propósito esta materia después de haber consultado los archivos, y a cuyo buen juicio y espíritu investigador hacen justicia los mismos que difieren de sus opiniones, sienta como cosa incontestable que el Fuero de Sobrarbe no pudo redactarse hasta fines del siglo XI. en tiempo de don Sancho Ramírez[568]. El motivo, dice, de haberse puesto en forma por don Sancho Ramírez el Fuero de Sobrarbe fueron las grandes quejas que en su reinado se levantaron acerca del gobierno, leyes y forma de juzgar entre aragoneses, pamploneses y sobrarbinos. Así lo indica aquel rey en una escritura suya, según la cual pasó a arreglarlo todo con los magnates en San Juan de la Peña[569].

Niegan muchos modernos no sólo la existencia del Fuero sino hasta la del reino mismo de Sobrarbe, que ciertamente no hallamos mencionado en las crónicas que nos han servido de guía, al menos como existente en la época remota en que se supone[570].

El señor Yanguas, antiguo archivero de la diputación de Navarra, y de cuyos conocimientos en esta materia tenemos más de un testimonio en sus diferentes obras[571], dice así hablando del Fuero de Sobrarbe: «Si oscura es la materia que acabamos de explicar[572], no lo es menos la del origen del Fuero de Sobrarbe, y el tiempo en que se estableció: porque el Fuero primitivo no existe, y son muchos los códices que andan manuscritos, casi todos de diferente contexto, variados y adicionados... Yo sospecho que el Fuero original de Sobrarbe contenía muy pocos artículos, reducidos principalmente a la forma de levantar rey, su juramento, y las prerrogativas de la nobleza y del país de Sobrarbe a quien parece se concedió; de manera que podía titularse el *Fuero de los Infanzones*, como lo indica el artículo 137 del códice de Tudela que dice así: «Et establimos e damos por fuero a los infanzones de Sobrarbe etc.»[573] Y más adelante: «El título y prólogo de este Fuero de Sobrarbe tampoco dan ninguna luz acerca de la época de su establecimiento, porque están llenos de inconnexiones.» El de Tudela comienza diciendo: «En «el nombre de Jesucrist, que es e será nuestro salvamento, empezamos este libro, por siempre remembramiento, de los Fueros de Sobrarbe e de cristiandad exaltamiento.» «En medio de estas dificultades, dice después, sólo se puede asegurar que hubo un Fuero de Sobrarbe, pero nada de la época en que se estableció, del rey que intervino en su concesión, ni de sus leyes primitivas. Pudiera dudarse también si se le dio el

567 He aquí el texto latino: In pace et justicia regnum regito, nobisque foros meliores irroganto.—E Mauris vindicabunda dividuntur inter ricos-homines non modo, sed etiam inter milites et infantiones.—Peregrinus autem homo nihil inde capito.—Jura dicere regis nefas esto, nisi adhibito subditorum consilio.—Bellum agredi, pacem inire, inducias agere, remve aliquam magni momenti pertractare caveto rex, praeterquam seniorum annuente consilio.—Ne quid autem damni, detrimentive leges aut libertates patiantur, judex quidam medius adesto, ad quem a rege provocare, si aliquem laeserit, injuriasque arcere, siquas forsan reipublicae intulerit, jus fasque esto.

El que insertó Pellicer en castellano antiguo en sus Anales de España, copiado de un códice del Escorial, y compuesto de un prólogo y diez y seis leyes, ha sido calificado expresamente de apócrifo.

568 Investig. Histor. lib. II.

569 El original que vio Moret comenzaba así: Quoniam mezclabatur omnis terra mea per judicios malos super terras,et vineas, et villas, placuit mihi supradicto regi, et veni ad Sanctum Joannem, etc.—Tabula pinnat. Lig. 1. n. 20., lib. 4.

570 «En mi concepto, dice Moron, no existió jamás el reino de Sobrarbe figurado por los aragoneses, ni el fuero que suponen en el modo y forma con que describen su redacción. Hasta don Sancho el Mayor, es decir, basta el siglo XI., no hacen mérito los documentos históricos ni siquiera del territorio de Sobrarbe, ni aparece la monarquía de Aragón hasta que don Sancho el Mayor de Navarra dio este reino, pequeño a la sazón, a don Sancho Ramírez.» «Y en el siglo XIII., añade, no se sabía siquiera lo que era el Fuero de Sobrarbe.» Hist. dela Civilización de España, tom. IV.

571 En su Diccionario de Antigüedades del reino de Navarra, Diccionario de los Fueros, Apuntes para la sucesión a la corona de Navarra, y su Historia compendiada del mismo reino.

572 Hablaba del Fuero general de Navarra.

573 Diccion, de Antigüed. Tomo1. art. Fuero general.

nombre de Fuero de Sobrarbe por haberlo concedido a ese país, o por haberse formado en él; pero parece más cierto lo primero, si se examina con reflexión el artículo 137 ya copiado: *et establimos e damos por fuero a los infanzones de Sobrarbe*: lo cual indica que dicho Fuero era relativo únicamente a la nobleza, esto es, a los hombres libres: pero también se mezclaron en ese código leyes y costumbres antiguas, y se adicionaron otras sucesivamente... Puede asegurarse finalmente, que hubo ciertos pactos sociales y jurados entre los monarcas y los pueblos de Navarra, Sobrarbe y Aragón, cuyos naturales, unidos desde el principio de la guerra contra los africanos, por costumbres, simpatías y necesidades que les eran comunes, caminaron también acordes en sus instituciones civiles, hasta que la división de las monarquías, las nuevas conquistas de Aragón, y las relaciones de Navarra con Francia, les hizo contraer respectivamente otros hábitos, y alejarse con el tiempo de los primitivos.»[574]

La Academia de la Historia (dice el académico Tapia), que registró tantos autores y documentos originales para ilustrar la primera época del reino pirenaico, da por sentado que en la elección de Iñigo Arista se hicieron pactos fundamentales. Natural era, pues, prosigue, que se escribiesen para preservarlos del olvido; y esto se haría en latín, que era la lengua usada para los instrumentos públicos[575].

Sentados estos precedentes, y omitiendo otros que no harían sino complicar esta reseña de las diversas opiniones sobre la existencia, carácter y origen del Fuero de Sobrarbe, nosotros creemos que los vascones del Pirineo y montañeses de Jaca, viéndose acometidos por los moros, y con noticia de la resistencia que a los mismos opusieron los cristianos de Asturias, se unieron y aliaron más estrechamente de lo que antes estaban, y reconociendo la necesidad de elegir un caudillo que los gobernara en la paz y en la guerra, y obrando conforme a su espíritu de independencia y a sus costumbres, impusieron a este caudillo, bien se llamara García Jiménez, bien Iñigo Arista, bien García Íñiguez, o bien Sancho Garcés, ciertos pactos y condiciones que creyeron necesarias para conservar sus libertades, y para que el gobierno que se iban a dar no degenerara en un despotismo como el de los últimos monarcas godos cuya memoria tuvieron acaso presente. No creemos que para esto fuese necesario un grado de ilustración como el que algunos modernos parece exigir para la redacción de aquellos fueros; bastaba para dictarlos el sentimiento de libertad y de independencia que era como innato a aquellos rústicos montañeses.

Tenemos, pues, por cierta la existencia de un pacto entre los pueblos aragoneses y navarros, todos vascones en aquel tiempo, y sus primeros reyes, cuyo pacto se llamaría entonces o después Fuero de Sobrarbe. Y así como convenimos en que aquellos primeros reyes, más que verdaderos monarcas serían unos caudillos militares, a quienes unos pueblos también guerreros confiaban el ejercicio de un poder mixto de legislativo, judicial y militar, así también convendremos en que aquellos fueros o no se escribieron en el principio, supliendo el juramento a la escritura, o si se consignaron por escrito, perdiéronse en aquella época de turbulencias y de guerras, quedando acaso mejor conservados en la memoria tradicional que en las diferentes copias que de ellos nos han dado diversos autores, las cuales opinamos con el juicioso Yanguas han sido variadas y adicionadas, no existiendo ya el primitivo fuero.

El estar basados sobre el Fuero de Sobrarbe así el general de Navarra, como los demás cuadernos legales que con el nombre de Fueros otorgaron después los reyes don Sancho Ramírez y don Alonso el Batatallador a las ciudades de Jaca y Tudela, y el haber sido el fundamento y principio de las tan famosas y celebradas libertades de Aragón que tan merecido renombre gozan en la historia, al propio tiempo que nos persuade no haber podido ser el llamado Fuero de Sobrarbe una mera invención o un hecho imaginado, nos da una alta idea del espíritu de independencia y libertad que abrigaban en sus corazones los rústicos montañeses del Pirineo, espíritu que unido a su denuedo y bizarría en los combates y al celo religioso que los animaba, contribuyó tanto a enfrenar el orgullo sarraceno, influyó tan poderosamente en la reconquista de España, y sirvió de nuevo cimiento a las

574 Ibid. pap. 578.
575 Tapia. Historia de la Civilización española, tom. I. cap. 6.

libertades españolas, como en el discurso de la historia tendremos más de una ocasión de ver comprobado[576].

Tales eran en general los respectivos principios que servían de base al gobierno de cada uno de los tres estados cristianos de la Península; gobierno imperfecto todavía, como de estados nacientes, pues si bien el de Asturias contaba ya dos siglos de existencia, la rudeza de los tiempos y la necesidad continua del pelear hacían que monarcas y súbditos atendieran más o a la propia defensa o a la conquista y material engrandecimiento de territorio que a la organización política y civil del estado, que al estudio de las letras, al fomento de la industria y de las artes, y a los medios de regularizar una administración.

III. ¿Qué lengua se hablaría en estos primeros siglos de la reconquista en las diversas comarcas y estados cristianos de España? Que el idioma se alteró y modificó con la gran revolución social que sufrió España, con la conquista de los árabes y la caída del imperio godo, es incuestionable. Fuera es de duda también que el latín, ya algo adulterado en la dominación goda aún entre las clases ilustradas y los hombres de letras, y más viciado y corrompido en el uso vulgar de las masas iliteratas e incultas, apareció desde los primeros tiempos de la restauración no sólo alterado en su sintaxis, en sus casos y declinaciones, sino salpicado también de palabras nuevas y extrañas, que revelaban el nacimiento y formación de un nuevo lenguaje en el pueblo, cuyo lenguaje trascendía a los documentos oficiales, a las escrituras públicas y a los instrumentos solemnes. No hay sino ver los que de esta clase y de aquellos tiempos insertan en sus obras Yepes, Sandoval, Aguirre, Flórez, y otros coleccionistas de escrituras, de donaciones y privilegios de los primeros siglos de la restauración[577].

¿Pero qué elementos entraban en la confección de este nuevo idioma, de que había de resultar andando el tiempo la rica y armoniosa lengua castellana? Creemos que los eruditos Aldrete, Pellicer, Poza, Mayans y Ciscar, Larramendi, Escolano, Sarmiento, Marina y otros ilustres españoles que han tratado de propósito esta materia hubieran podido andar más acordes en sus opiniones y sistemas, si algunos no se hubieran dejado llevar del apasionamiento hacia lo que se llaman glorias de cada país; flaqueza de que no suelen eximirse los escritores de más ilustración y criterio[578]. No nos empeñaremos ahora nosotros en apurar la parte respectiva que en la formación del nuevo idioma que lentamente se elaboraba pudo caber a cada uno de los elementos que entraron en su composición: ni es de nuestro propósito, ni nos prometeríamos que de nuestro examen saliera una opinión menos sujeta a controversia que las de los autores citados. Cúmplenos sólo como historiadores considerar las circunstancias de tiempo y de lugar en que comenzó a obrarse esta fusión de idiomas y la situación relativa en que cada pueblo entonces se hallaba, para deducir cuáles

576 Escriben además algunos autores, que cuando Iñigo Arista aceptó los fueros añadió: que si por un evento llegaba en lo futuro a lastimar en lo más mínimo los fueros del reino o la libertad del país en ellos contenida, pudiesen elegir otro rey, cual ellos por mejor tuviesen, «o infiel o cristiano;» más que en lo de poder elegir rey infiel, no lo admitieron por cosa deshonesta.Zurita, Anal. Tom. 1. cap. 5.

577 En la de fundación del monasterio de Obona en 780 se encuentran las palabras: vacas, tocino, mula, río, peña, y otras completamente extrañas al latín, y que hoy forman parte del diccionario castellano. En la de donación de Alfonso el Católico a la iglesia de Covadonga se lee: «Propterea damus vobis Abbati Adulpho et monachis duas campanas de ferro, et duas cruces... tres casullas de syrgo, et tres pallias, et quinque capas... viginti equos, et totidEm equas, triginta porcos, etc. En otra de Ordoño I. se encuentra verano, iberno, ganado, carnicerías, y otras del lenguaje usual moderno, como caballo, desfigurándose cada vez más el degenerado latín con la mezcla de estas voces castellanas al paso que avanzan los tiempos.

578 Desconsuela ver la divergencia que en este punto se nota entre nuestros filólogos. Mientras Larramendi hace la lengua euskara o vascongada una de las más influyentes en la adulteración del latín y en la formación del castellano, Mayans y Ciscar la coloca en el último lugar de las que entraron en su composición. «Los etimologistas, dice el escritor valenciano, hallarán en el territorio español más etimologias en la lengua latina que en la árabe, más en la arábiga que en la griega, más en la griega que en la hebrea, más en la hebrea que en la céltica, más en la céltica que en la gótica, más en la gótica que en la púnica, y más en la púnica que en la vizcaína o vascuence.» Orígenes de la lengua castellana, tom. II. p. 67.

de ellos pudieron ejercer más influjo en la construcción de aquella nueva e imperfecta gramática , de que después había de resultar una de las más variadas y armoniosas lenguas vulgares.

Reunidos al abrigo de unos riscos los restos del imperio godo-hispano, apiñados allí y en inmediato contacto emigrados e indígenas, obispos, clérigos, monjes, nobles y pueblo de diferentes comarcas de España, así habitantes del interior como moradores de aquellas montañas que más habían resistido la influencia civilizadora de los pueblos dominadores; los unos con el influjo que les daba su mayor saber, los otros con el ascendiente del número; viviendo todos en íntimo trato y comunicación; hablando el clero y los hombres más ilustrados el latín heredado de los romanos, más o menos alterado o puro, degenerado en las masas, y adulterado y confundido en los dialectos usuales de estas con vocablos del primitivo idioma que siempre conservan los pueblos, y con los que en más o menos copia dejan y trasmiten a cada país las dominaciones que pasan, al modo de las arenas o del limo que los ríos desbordados van depositando en las comarcas que riegan: todos estos elementos, allí donde la necesidad, el peligro y el interés estrechaban tanto a los hombres, debieron entrar en la refundición del idioma que comenzó a obrarse. Por lo mismo no tenemos dificultad en convenir en que al latín, raíz principal y elemento dominante siempre, se agregarían voces célticas, euskaras, fenicias, púnicas, griegas y hebreas, y que alterando su sintaxis, y modificándole en sus casos, desinencias o inflexiones, dieran nacimiento a la lengua mixta, que perfeccionada y enriquecida había de ser la que después hablaran los españoles.

Siguiéronse luego las guerras con los árabes; las continuas y recíprocas irrupciones; las conquistas y reconquistas, las treguas y alianzas. Comarcas enteras eran dominadas frecuente y alternativamente por españoles y sarracenos; árabes resentidos emigraban a territorio cristiano, cristianos había en países de continuo ocupados por los árabes; ejércitos árabes y españoles peleaban juntos; cautivos musulmanes eran educados por los cristianos y los hacían sacerdotes, como los *clérigos sacricantores* de Alfonso el Casto; sacerdotes cristianos eran hechos cautivos por los sarracenos, y con sus predicaciones convertían después a los muslimes como San Víctor[579]; renegados de una y otra religión que se pasaban a los dominios contrarios; capitulaciones, cartas, embajadas , y por último enlaces matrimoniales entre súbditos y aún entre príncipes de ambos pueblos. Todas estas relaciones no podían menos de producir mezcla en los idiomas, y no extrañamos que Marina señale la lengua arábiga como una de las que se inocularon más en la que hoy se habla en Castilla[580]; ni que Escalígero dijera que eran tantas las voces arábigas que se encontraban en España, que podía hacerse de ellas un lexicón completo[581]. Y aunque no carezca de razón un crítico moderno cuando dice, «que entrando en el examen de la afinidad de las lenguas por el significado de ciertos vocablos y por el análisis, se entra en un laberinto y se prueban los mayores absurdos», tales pueden ser las afinidades, y tan numerosas las voces y de tan clara procedencia, que no pueda ponerse en duda su origen, y no hay sino abrir el vocabulario español para hallar multitud de palabras cuya raíz, sabor y sonido arábigo es imposible desconocer.

Mientras así se formaba la lengua en el Norte de España, los cristianos del Mediodía de tal manera llegaron a arabizarse, que al decir del ilustre cordobés Pablo Álvaro[582], a mediados del siglo IX. apenas se encontraba en aquella tierra quien supiese escribir bien una carta en latín, habiendo por el contrario muchísimos que hacían elegantes y muy correctos y limados versos en árabe. Y esto hubiera acontecido de todos modos con el trascurso de los tiempos, aún cuando el emir Hixem no hubiera prohibido, como prohibió, que se enseñase el latín en las escuelas de los cristianos, y ordenado el uso del árabe para todas las transacciones sociales.

---

579 Flórez, Esp. Sagr. tom. 28: Apéndice III.—El mismo Flórez, y Berganza en sus Antigüedades traen documentos de fundaciones religiosas, en los cuales se leen, entre los nombres de los firmantes, no pocos de presbiteros o clérigos, o con muy poca alteración, o completamente árabes, como Meliki presbiter, Maeruanus presbiter, Alaytrac presbiter, Ayub diaconus, Mohamudi diaconus, etc.

580 Memoria sobre el origen y progresos de la lengua, y especialmente del romance castellano, inserta en el tomo IV. de las de la Academia de la Historia.

581 Joseph. Escalig. Epístolae: epist. 228 ad Isaacum Fontanum.

582 En su Indiculus luminosus. lib. 1, cap. 14.

Entretanto en el Oriente de España, en la Cataluña o condado de Barcelona, formábase también otra lengua, nacida, como la castellana, del latín corrompido y modificado con los idiomas y dialectos de los pueblos de raza germánica que se establecieron en el Mediodía de la Francia, con quienes en tan inmediatas y tan largas relaciones estuvieron aquellas regiones españolas. Este idioma, construido también sobre las ruinas del romano, fue el provenzal o lemosín, del que dijo nuestro historiador Gaspar Escolano: «La tercera lengua maestra de las de España es la lemosina, y más general que todas... por ser la que se hablaba en Provenza, y toda la Guiayna, y la Francia Gótica, y la que agora se habla en el Principado de Cataluña, reino de Valencia, Islas de Mallorca, Minorca, etc.»[583] Y hablábase en efecto el lemosín en la larga zona comprendida desde las fronteras de Valencia y parte de Aragón, Cataluña, la Guyena, Languedoc, Provenza, y la Italia Septentrional hasta los Alpes: era la lengua de los célebres *trovadores provenzales*.[584]

No insistimos ahora más sobre este punto, porque la historia y los documentos nos irán mostrando cómo el idioma, siguiendo la misma marcha que la nación, se fue formando como ella sobre los fragmentos incoherentes y dispersos arrancados a anteriores dominaciones, que unidos con el tiempo habían de constituir una nación y una lengua propia, abundante y rica.

583 Hist. de Valencia, part. I.

584 «Tal vez, añade un moderno escritor francés que suele hablar con acierto de las cosas de España, tal vez en Cataluña y Aragón tomó origen el uso de la lengua provenzal, porque los catalanes en su famosa Proclamación católica recuerdan al rey de España, como uno de sus principales méritos, que los primeros padres de la poesía vulgar fueron los catalanes...» Viardot, Hist. de los Arábes de España, part. II., cap. 2.

CAPÍTULO XIV.
ABDERRAHMAN III. EN CÓRDOBA. DESDE GARCÍA HASTA ORDOÑO III. EN LEÓN.
De 912 a 950.

Toma Abderrahman el titulo de *Califa* y de *Emir Almumenim*.—Dedicase a pacificar la España musulmana.—Vence a Caleb ben Hafsün.—Persigue y somete a los rebeldes de Sierra Elvira.—Breve reinado de García, primer rey de León.—Elección de Ordoño II.—Recobra Abderrahman a Zaragoza.—Muerte del famoso revolucionario ben Hafsún.—Triunfo de Ordoño II. sobre los árabes en San Esteban de Gormaz.—Derrota de los reyes de León y Navarra en Valdejunquera: resultados de esta batalla.—Llega Ordoño II. hasta una jornada de Córdoba.—Prende y ejecuta a cuatro condes de Castilla.—Muerte de Ordoño II.—Efímero reinado de Fruela II.—Jueces de Castilla: Lain Calvo y Nuño Rasura.—Alfonso IV. de León.—Gloriosos triunfos de Abderrahman.—Apodérase de Toledo.—Ramiro II. de León.—Encierra en un calabozo a su hermano Alfonso y a sus tres primos, y hace sacarles los ojos.—Su primera campaña contra los sarracenos: toma y destruye a Madrid.—El conde Fernán González.—Célebres batallas de Simancas y Zamora: triunfos de Ramiro II.—Tregua con Abderrahman.—Prisión y libertad de Fernán González.—Muerte de Ramiro II. y elevación de Ordoño III.

Llegamos a uno de los reinados más brillantes de la dominación árabe en España; pero también comienza a complicarse la historia de esta nación, abriéndose nuevos teatros a los sucesos.

Reinaba García en León, gobernaban sus dos hermanos Ordoño y Fruela la Galicia y Asturias, como condes o señores, o si se quiere con el título honorarios de reyes; a Borrell I. había sucedido Sunyer en el condado de Barcelona[585]; y en Navarra seguía reinando Sancho García o Garcés, cuando subió al trono de los Beny-Omeyas el nieto de Abdallah, el hijo de Mohammed *el Asesinado*, el joven y aventajado príncipe que estaba siendo el encanto y las delicias de la corte de Córdoba, el más hermoso de los muslimes, el de color sonrosado y ojos azules, el amable, el gentil, el erudito y prudente Abderrahman, de quien anunciamos había de ser la gloria y el orgullo de los Ommiadas, de quien dijo Ahmed Almakari, «que Dios le había dado la mano blanca de Moisés, aquella mano poderosa que hace brotar agua de las peñas, que hiende las olas del mar, la mano que domina, cuando Dios lo quiere, los elementos y la naturaleza entera, y con la que llevó el estandarte del islamismo más lejos que ninguno de sus predecesores.» Todos los pueblos y todos los partidos recibieron con júbilo la proclamación de aquel joven de 22 años, a quien conocían ya por su discreción y sus virtudes. Los partidarios de Abdallah veían en él al predilecto de su abuelo; los muzlitas no recelaban de un príncipe cuyo padre había sido sacrificado por su propia causa; y hasta los cristianos andaluces, después de las persecuciones sufridas, miraban con afición al primer soberano musulmán por cuyas venas corría sangre cristiana, porque «la madre que le parió (dice la crónica árabe) se llamaba María, hija de padres cristianos.»[586]

Fue el primer emir de Córdoba que tomó el título de Califa a imitación de los de Bagdad, abusivamente dado por nuestros historiadores a los que le habían precedido. Y deseando honrarle los pueblos le dieron también otros como el de Imam, de *Al-Nassir Ledin Allah* (amparador de la ley de Dios), y de *Emir Almumenin* (príncipe de los fieles), de que los cristianos hicieron por corrupción *Miramamolín*. Fue el primero también que hizo grabar su nombre y sus títulos en las monedas, que hasta entonces no se habían diferenciado de las de los califas de Oriente sino en la indicación del año y lugar en que se acuñaban. En las de Abderrahman se leía de un lado esta frase sacramental: *No hay más Dios que Dios, único y sin compañero*: circundada de una orla que

---

585 Y no Miron, como suponen casi todas nuestras historias, inclusas las de Cataluña, hasta que en la obra antes citada del archivero Bofarull se fijó la verdadera cronologia de los condes. Es estraño que habiéndose publicado esta obra en 1836, y habiendo dado a luz tres años después el diligente Carlos Romey el tomo III. de su Historia de España, haya incurrido en el mismo error cronológico, haciendo a Miron sucesor de Wifredo el Velloso, cuando mediaron entre los dos Borrell I., Sunyer o Suniario, y Borrell II. Acaso no conocería aún los Condes de Barcelona vindicados.

586 Conde, cap. 68.—Según un Mss. del Escorial a que se refiere Morales, Abderrahman III. era nieto de Abdallah y de Iñiga, hija de García Íñiguez el de Navarra, la cual fue cautivada en la batalla de Aybar en que murió su padre. Mohammed, hijo de esta cristiana, se casó también con otra, llamada María, de quien nació Abderrahman.

contenía estas palabras: *En el nombre de Dios, este dirhem* (o dinar) *ha sido acuñado en Andalucía* en tal año. De otro lado: *Imam Alnasir Ledin Allah Abd-el-Rahman Emir Almumenin*; y por último, la leyenda siguiente: *Mahoma es el apóstol de Dios: Dios le envió para dirigir el mundo, para anunciar la verdadera religión, y hacerla prevalecer sobre todas las demás, a despecho de los adoradores de muchos dioses.* La naturaleza de los caractéres arábigos y el carecer sus monedas de busto permitían tan largas inscripciones. A partir de este reinado muchas de ellas llevaban también el nombre del hagib o primer ministro, lo cual no dejó en lo sucesivo de influir en las prerrogativas de estos primeros funcionarios.

Dedicóse antes de todo Abderrahman a pacificar la España muslímica, y dirigiendo sus miras hacia los hijos del rebelde Hafsún que seguían apoderados de Toledo, de algunas ciudades del Mediodía, y de gran parte del Este de España, hizo un llamamiento general a todos los buenos muslimes, los cuales acudieron en tanto número a la voz del nuevo califa , que para que las familias no quedaran sin apoyo y los campos sin cultivo, fue menester limitar las huestes, quedando reducidas a cuarenta mil hombres, distribuidos en ciento veinte y ocho banderas. Al frente de este ejército se encaminó Abderrahman hacia Toledo. Sometiéronsele pronto las fortalezas de la comarca, y no atreviéndose Caleb ben Hafsún a sostener la campaña , salió en busca de refuerzos a la España Oriental, dejando encomendada la defensa de Toledo a su hijo Giafar. Siguióle allí el califa: su tío el valeroso Almudhaflar, bien conocido ya de los rebeldes, guiaba la vanguardia y se encargó de dirigir el combate. Pronto se encontraron con los enemigos en una espaciosa llanura a propósito para los horrores de una batalla campal, entre Toledo y las montañas de Cuenca. Previas algunas ligeras escaramuzas entre las avanzadas de uno y otro ejército, empeñáronse en la lid ambas huestes en medio de espantosos alaridos y al ruido de las trompetas y añafiles[587]. Algún tiempo estuvo incierta la victoria. Al fin la numerosa caballería de Abderrahman desordenó las filas contrarias, y siete mil cadáveres enemigos quedaron cubriendo el campo del combate; el triunfo costó al califa tres mil hombres: Ben Hafsún se retiró a Cuenca con fuerzas respetables todavía. Era la primera batalla en que se encontraba el joven Abderrahman, y se estremeció de ver tanta sangre muslimica derramada; los heridos de uno y otro partido le merecieron igual solicitud, y mandó que se curara a todos con esmero (913).

La continuación de aquella guerra quedó al cuidado del entendido y leal Almudhaflar, y el califa se volvió a Córdoba acompañado de los principales jeques de las tribus andaluzas y de los jefes de su guardia particular. Poco tiempo permaneció en la corte del imperio. Había entrado en su ánimo antes que todo sosegar las turbulencias intestinas y calmar los enconos de los partidos, y con este objeto se dirigió a las sierras de Jaén y Elvira, donde se abrigaban rebeldes que no cesaban de inquietar el reino. Cuál seria la política, la prudencia, la dulzura, y la confianza que inspiraba el joven califa, demuéstranlo los resultados. Los más poderosos y altivos guerrilleros de aquellos montes no solo le rindieron las armas, sino que pidieron emplearlas en su servicio y ayudarlo a acabar la guerra civil. Tales fueron el ya célebre Azomor, señor de Alhama, y el famoso Obeidalah, señor de Cazlona y jefe de los sediciosos de Huéscar y de Segura. El generoso Abderrahman no sólo los recibió con benevolencia, sino que nombró al primero alcaide de Alhama, y al segundo walí de Jaén. Valióle esta conducta la sumisión de más de doscientos alcaides de poblaciones fuertes, que tremolaron en sus almenas el pendón real con gran contento del país. Después de lo cual regresó Abderrahman a Córdoba , y fue recibido del pueblo-con inexplicable regocijo (915).

¿Qué era entretanto de los reyes de León? Las crónicas musulmanas no hablan de guerras con los monarcas cristianos en los primeros años de Abderrahman, ni los mencionan siquiera. Pero suplen este vacío las crónicas cristianas. Por ellas sabemos que el primer rey de León, García, hizo el primer año de su reinado (910), una expedición contra los moros de Hafsún, en que habiendo talado y quemado a Talavera, volvió con gran botín y cautivos, entre ellos el caudillo Ayola, que por descuido de los conductores logró fugarse[588]. Que dotó, según costumbre, varias iglesias y

587 Al nafil: una de las muchas palabras árabes que quedaron en nuestro idioma.
588 Sampir. Chron. n. 17.

monasterios, entre ellos el de San Isidoro de Dueñas , y que murió en Zamora después de un reinado de poco más de tres años (desde diciembre de 910 a enero de 914). A su muerte, reunidos los grandes de palacio y los obispos del reino para el nombramiento de sucesor, con arreglo a la antigua costumbre de los godos, fue electo rey de León su hermano Ordoño, que gobernaba la Galicia, y que ya en más de una ocasión había aterrado a los musulmanes con sus arrojadas excursiones hasta el Guadiana. Así volvieron a reunirse bajo un cetro León y Galicia, momentáneamente separadas[589].

Ocupábase Abderrahman, después de los triunfos de Jaén y Elvira, en embellecer y agrandar los palacios, mezquitas, fuentes, y otros edificios de Córdoba y de otras ciudades de Andalucía, cuando recibió cartas de su tío Almudhaffar noticiándole sus ventajas contra los rebeldes de Ben Hafsún, a quienes de tal manera había acosado que ni se atrevían ya a entrar en las poblaciones, ni se tenían por seguros sino en las fragosidades más ásperas de las montañas; añadiendo que para acabar de exterminarlos era menester reunir toda la gente de armas de la tierra de Tadmir, y perseguirlos sin tregua ni descanso, y sin consideraciones de una humanidad mal entendida. Penetrado el califa de las razones de su tío, escribió sobre la marcha a los gobernadores de Valencia y Murcia , para que al apuntar la primavera tuviesen toda su gente aparejada y pronta para entrar en campaña: él mismo partió con su caballería a la provincia que conservaba el nombre de Tadmir: recibiéronle con entusiasmo en Murcia, Lorca y Orihuela, visitó las ciudades de la costa, Elche, Denia y Játiva, detúvose unos días en Valencia, y de allí por Murviedro, Nules y Tortosa siguió por la orilla del Ebro hasta Alcañiz, donde se presentaron a hacerle sumisión multitud de jefes que habían sido del partido de Ben Hafsún.

Dirigióse seguidamente a Zaragoza, ciudad de muchos años ocupada por aquel rebelde, y donde por lo mismo contaba con numerosos parciales. Pero la fama de Abderrahman y de sus virtudes era ya grande; casi todos los habitantes se declararon por él, en términos que acordaron abrirle las puertas sin condiciones y sin otra fianza que su generosidad. No debió pesarles de ello, porque el califa recibió a todos con su bondad acostumbrada, publicó un indulto para todos los partidarios de Ben Hafsún que se hallasen en la ciudad o se le sometiesen en un plazo dado, a excepción del caudillo rebelde y sus hijos, de quienes exigía una sumisión especial y con garantías que le asegurasen, y al día siguiente entró en Zaragoza, dando un día de júbilo a sus moradores. Gran prestigio ganó Abderrahman con la recuperación de una plaza tan importante como Zaragoza, y tanto tiempo hacía desmembrada del imperio. Estas victorias alcanzadas sin efusión de sangre, prueban lo que puede un príncipe a quien antes que el aparato bélico y el esplendor de las armas ha precedido la fama de sus bondades y el brillo de sus virtudes.

Hallándose el califa en Zaragoza, cuya deliciosa campiña mostró agradarle mucho, presentáronsele dos enviados de Ben Hafsún proponiéndole tratos de paz. El rey, dice la crónica árabe, los recibió sin aparato ni ostentación en su campo a orillas del Ebro. El más anciano de los dos, que era alcaide de Fraga, le expuso en muy atentos términos que los deseos de Ben Hafsún eran de vivir en paz con él; que sentía como el que más la sangre que se derramaba en los combates, y que por lo mismo, si le reconocía la tranquila posesión de la España Oriental para sí y sus sucesores, él mismo le ayudaría a defender las fronteras de aquella parte; en cuyo caso y en prueba de su lealtad le entregaría inmediatamente las ciudades de Toledo y Huesca, y los fuertes que tenía en su poder. Oyó Abderrahman el extraño mensaje y respondió: «por un exceso de paciencia he sufrido que un rebelde se atreva a proponer tratos de paz al príncipe de los creyentes con aire de soberano: agradeced a vuestra calidad de parlamentarios el que no os haga empalar; volved y decid a vuestro jefe, que si en el término de un mes no viene a rendirme homenaje, pasado este plazo no le admitiré ni con ninguna condición ni en ningún tiempo.» Volviéronse, pues, los dos mensajeros, poco satisfechos del éxito de su misión, y Abderrahman, arreglado lo necesario al gobierno de Zaragoza, y dejando otra vez a su tío Almudhaffar el cuidado de la guerra, regresó de nuevo a Córdoba[590].

589 Samp. ibid.—Silens. Chron. p. 295.—Sandoval, Cinco Obispos —Morales, lib. 15.—Flórez, t. 14.
590 Conde, cap. 71.

Las aclamaciones con que le recibió el pueblo de Córdoba turbáronse con la noticia que llegó de una nueva sublevación en las sierras de Ronda y de Alpujarra. ¿Quién movía ahora a estos montañeses, cuando sus principales caudillos se habían sometido al califa? Un imprudente recaudador de las rentas del azaque había vuelto a encender el fuego ya apagado. La dureza que empleaba en la exacción, las demasías de los soldados que le acompañaban y que se entraban por las casas de los contribuyentes a arrancarles a la fuerza los impuestos, exacerbó los ánimos de aquellos montañeses, que acometieron a las tropas y mataron la mayor parte de ellas. Una vez de nuevo rebelados, volvieron a nombrar por su caudillo al alcaide de Alhama Azomor, el más prudente y humano de todos, y de quien habían sido tratados con dulzura. Azomor, aunque acababa de someterse al califa y de ser favorecido por él, no tuvo el suficiente carácter para resistir a las exigencias de sus antiguos secuaces y al entusiasmo y empeño con que le proclamaban otra vez. Por debilidad, pues, más que por su deseo, faltó al califa, y tornó a convertirse en caudillo de rebeldes. Indignado de tal conducta Abderrahman, acudió apresuradamente a sujetar a tan indócil gente, y su diligencia fue tal que apenas tuvieron tiempo los sublevados para internarse en las sinuosidades de sus breñas. Apoderóse el califa de muchos fuertes, mas como considerase que no era ocupación digna de un jefe del imperio la guerra de bandidos, trasladóse a Jaén y desde allí a Córdoba.

Parecía destino de Abderrahman encontrarse, cada vez que entraba en la corte, con alguna importante nueva; esta vez era próspera y grata. Un despacho de su tío Almudhaflar le informaba de la muerte del obstinado Caleb ben Hafsún, acaecida en un castillo de las inmediaciones de Huesca (en mayo de 919). Abderrahman dio gracias a Dios por la desaparición de tan terrible enemigo. Quedaban, no obstante, todavía sus dos hijos, Suleiman y Giafar, herederos del valor y del espíritu revolucionario y terco de su abuelo y de su padre, que así se trasmitían y perpetuaban de generación en generación entre los sarracenos los odios de familia y de tribu.

Mientras el califa y sus huestes se hallaban ocupados en sujetar los rebeldes de su mismo imperio, el rey de León Ordoño II. que ya antes de serlo había dado pruebas de su belicoso ardor a los musulmanes, mostraba al tercer Abderrahman que había empuñado el cetro de León un monarca por cuyas venas corría la sangre de Alfonso el Magno. Después de haber devastado el territorio de Mérida, y puesto a los meridanos mismos en la necesidad de comprarle una paz humillante a fuerza de dádivas (918), corrióse a la tierra de Castilla conocida ya con el nombre de Campos de los Godos. Otra acometida que hizo a Talavera, algo reparada ya por los moros de la destrucción de su hermano García, hizo que Abderrahman pensara en atajar los progresos del atrevido cristiano, y juntando grueso ejército, penetró con él hasta San Esteban de Gormaz. En mal hora avanzaron hasta allí los musulmanes; el valiente Ordoño los atacó de improviso, y ganó sobre ellos tan brillante victoria, que al decir del obispo Sampiro, *delevit eos usque ad mingentem ad parietem*, y según el Monje de Silos, desde San Esteban hasta Atienza quedaron montes, collados, bosques y campos tan sembrados de cadáveres sarracenos, que sobrevivieron pocos que pudieran llevar al califa la nueva de tan fatal derrota (919): que grande debió ser aunque se suponga la aserción de los cronistas algo exagerada[591]. Decímoslo, porque no debieron quedar los musulmanes tan completamente deshechos, cuando al poco tiempo se los vio vengar en Mindonia el desastre de San Esteban de Gormaz, haciendo en las tropas de Ordoño considerable matanza.

Pero otro suceso, de más compromiso aún, sobrevino al año siguiente, no ya solo al rey de León, sino al de León y al de Navarra juntos. El ilustre Sancho García (Abarca), que después de haber dilatado maravillosamente los términos de su reciente reino había encomendado la dirección del estado a su hijo García, y retirádose él al monasterio de Leire, veía su provincia invadida cada día y sin cesar hostigada por el valeroso Almudhaífar que guerreaba por la parte de Zaragoza. La noticia de una más numerosa irrupción de musulmanes debió despertar su antiguo ardor bélico , y hubo de dejar el claustro para acudir al socorro de su hijo: ello es que nos presentan las crónicas a uno y otro príncipe pugnando por rechazar el torrente invasor: y como se sintiesen todavía débiles

591 Silens. p. 297.—Sin embargo no tenemos otra guía para estos sucesos que las cronicas cristianas, pues los historiadores árabes guardan aquí un profundo, y como si fuese estudiado silencio.

para resistirle, reclamó García el auxilio del monarca de León. No vaciló el leonés en responder al llamamiento del navarro, y púsose en marcha para darle ayuda. Acompañábanle dos prelados, Hermogio de Tuy y Dulcidio de Salamanca[592], llevados de aquella afición a las lides y al estruendo de las armas que tenía entonces contaminados a sacerdotes y obispos. Invitó Ordoño a varios condes de Castilla a que se le incorporaran y ayudaran en esta empresa, más ellos, o abiertamente se negaron, o por lo menos no respondieron a la excitación, y Ordoño prosiguió con sus leoneses hasta juntarse con Sancho y García, y verificada que fue la unión marcharon en busca del enemigo que hallaron acampado entre Estella y Pamplona, o más bien entre Muez e Irujo en un valle que por estar cubierto de juncos se llamó Val-de-Junquera (921).

Allí se dio la batalla de este nombre, tan fatal para los tres reyes cristianos. Disputada fue la victoria, pero declaróse por los agarenos, los cuales, entre otros muchos cautivos, llevaron a Córdoba los dos ilustres prelados. Dulcidio pudo al fin obtener su rescate: Hermogio para poder volver a su diócesis tuvo que dejar en rehenes a su sobrino Pelayo, niño de diez años, que encerrado en un calabozo alcanzó después la palma del martirio, y cuya desventurada y lastimosa historia más adelante referiremos. Derrota fue la de Valdejunquera que hubiera podido ser mucho más desastrosa para los cristianos, y muy señaladamente para el rey de Navarra, si en lugar de seguirle las huellas no hubieran tomado los moros con extrañeza general el camino de Francia por los ásperos y rudos senderos de las montañas de Jaca, sin que sepamos qué objeto pudo moverlos a tan aventurada expedición. Sabemos sí que algunos llegaron por la Gascuña hasta Tolosa, donde acaso se contentaron con la curiosidad de visitar rápidamente, o con la vanidad de poder contar que habían visitado los países donde habían llegado las armas de sus mayores. De todos modos al regreso tuvieron ocasión de reconocer su imprudencia, porque rehechos Sancho y García, los esperaron en los terribles desfiladeros del Roncal, donde vengaron la derrota de Valdejunquera, por más que Murphy parezca o negarlo o ignorarlo.[593]

Tampoco hablan las historias árabes de lo que hizo el rey de León durante la expedición del ejército musulmán allende el Pirineo. Parece estudiado olvido el que sobre estos reinados padecieron los escritores mahometanos. Mas no por eso hemos de dejar de mencionar nosotros la atrevida incursión de Ordoño II. por las tierras muslímicas, asegurando el cronista Sampiro que llevó su arrojo hasta ponerse a una jornada de Córdoba[594]. De vuelta de esta arriesgada correría y hallándose en Zamora tuvo el sentimiento de perder su primera esposa Elvira[595], a quien amaba mucho, y de quien tenía cuatro hijos y una hija, Alfonso, Sancho, Ramiro, García, y Jimena: sentimiento que no le impidió contraer segundas nupcias con una señora llamada Aragonta, gallega también como Elvira , y a la cual repudió luego[596], pasando a tomar otra tercera mujer de la sangre real de Pamplona, Sancha, hija de García[597].

No podía olvidar el monarca leonés el desaire y agravio que le hicieron los condes de Castilla en haberse negado a acompañarle y auxiliarle en la guerra de Navarra; y como a su falta atribuyese en gran parte el desastre de Valdejunqura, determinó castigar con todo rigor a los que tanto habían ofendido su autoridad. El resentimiento parecía fundado: el castigo no le aplaudiremos nosotros si fue del modo que Sampiro refiere. Cuatro eran los condes que principalmente se habían atraído el

592 El mismo a quien, siendo presbítero de Toledo, envió Alfonso el Magno a Córdoba a estipular con Abdallah las condiciones de la paz.

593 Abarca y Moret en sus historias.—Murphy, c. 3.

594 Chron. n. 18.

595Sampiro la llama Nuña. El arzobispo don Rodrigo la supone dos nombres, cosa muy común en aquel tiempo.—Flórez, Reinas Católicas, tom. I. pag. 79.

596 Este acto del repudio, que algunos escritores censuran agriamente en Ordoño, y que otros omiten como quien huye de lastimar su reputación, era muy frecuente en aquellos tiempos, y de ello encontraremos en lo de adelante ejemplos muy repetidos. En Navarra, al decir de Yanguas (Hist. de Navar. pag 43;, los nobles podían divorciare libremente según fuero, y los plebeyos pagando un buey de multa. El obispo de Pamplona Pedro de Paris aconsejó a Sancho el Sabio que no permitiese semejante abuso, y el rey con acuerdo de los ricos-hombres mandó que los matrimonios hechos con capellán y sortija no pudieran deshacerse.

597 Flórez, Reinas Católicas, tom. I.

enojo del rey, y los más poderosos de aquella época; Nuño Fernández (el suegro de su hermano y predecesor don García), Abolmondar el Blanco (en cuyo nombre no puede desconocerse la procedencia árabe), su hijo Diego, y Fernando Ansúrez. Sabedor Ordoño de que todos cuatro se hallaban reunidos en Burgos, los invitó a una conferencia en un pueblecito de la provincia llamado Tejares sobre las márgenes del Carrión. Acudieron allí sin desconfianza los desprevenidos condes; y tan luego como los tuvo en su poder hízolos conducir, cargados, de cadenas, a las cárceles de León: después de lo cual ya no se supo más sino que todos habían sido condenados a muerte. De desear sería que se descubriera, si llegó a formarse, el proceso de estos desgraciados.

Dos solas ciudades de Navarra se levantaron por la causa de los condes, Nájera y Viguera (entonces Vecaria o Vicaría). Nuevamente solicitó el navarro el auxilio del leonés para el recobro de las dos fuertes ciudades rebeladas, y nuevamente acudió Ordoño en persona al frente de su ejército, y obrando en combinación con García, no tardó en poner a su amigo y aliado en posesión de aquellas dos importantes plazas. En esta expedición, última que hizo el rey Ordoño (923), fue cuando obtuvo la mano de la princesa Sancha[598], viviendo aún la repudiada Aragonta.

Poco tiempo pudo gozar de los halagos de su nueva esposa. Regresado que hubo con ella a sus estados, sorprendióle la muerte en el camino de Zamora a León (enero de 924) a los nueve años y once meses de reinado. Fue el primer monarca que se enterró en la suntuosa catedral de León, que él mismo había hecho erigir desde 916 en el sitio donde estaban los palacios reales[599].

Aunque Ordoño II. dejaba los cuatro hijos varones que hemos nombrado, a ninguno de ellos le fue dada la corona. Los magnates y prelados colocaron en el trono de León a su hermano Fruela, que gobernaba las Asturias dándose el título de rey, verificándose así que todos tres hijos de Alfonso el Magno fueron sucesivamente reyes de León, con perjuicio de los hijos del segundo: bien para la unidad española, porque de esta manera volvieron a unirse en el tercero de estos príncipes León, Galicia y Asturias, divididas a la muerte de su padre. No sabemos qué pudo mover a los grandes a dar esta preferencia a Fruela II., cuyo corto reinado de catorce meses solo ha suministrado a la historia dos actos de insigne crueldad e injusticia cometidos con dos hijos de un caballero leonés nombrado Olmundo, condenando a muerte al uno, y desterrando del reino al otro, que lo era Fronimio, obispo de la ciudad, sin razón ni causa que se sepa, como acaso no los sospechara cómplices en las anticipadas pretensiones de Alfonso, hijo de Ordoño II., al trono que ocupaba su tío. De todos modos no debió aparecer justificado el motivo, puesto que el hecho le concitó la odiosidad de sus súbditos, y a castigo providencial de aquella arbitrariedad tiránica atribuyeron la temprana muerte del rey (925), y la inmunda lepra de que sucumbió. Algunas fundaciones y donaciones piadosas y un camino público hecho en Asturias, todo antes de ser rey de León, fueron los únicos recuerdos que dejó este monarca[600].

En el mismo año que se coronó rey de León Fruela II., falleció el ilustre rey de Navarra Sancho García Abarca, dejando por sucesor del reino a su hijo García Sánchez llamado el Temblón[601].

Refiérese también a este tiempo la creación de un famoso tribunal en Castilla; creación que aunque descansa en el testimonio del arzobispo don Rodrigo, escritor muy posterior a la época de los sucesos, alcanzó gran celebridad histórica, y ha sido después objeto de graves cuestiones entre los críticos. Hablamos de la institución de los *Jueces de Castilla*. Refiérese que indignados los castellanos de las arbitrariedades de los monarcas leoneses, y no siéndoles fácil levantarse en armas contra su autoridad, acordaron proveer por sí mismos a su gobierno, a cuyo fin eligieron de entre los nobles dos magistrados, uno civil y otro militar, con nombre de *Jueces*, título que les recordaba su misión de hacer justicia, no el derecho de autoridad sobre los pueblos, ni menos el de oprimir su libertad. Que para este honroso cargo nombraron a Laín Calvo y a Nuño Nuñez Rasura, yerno aquel

598 Sanctiva la llama Mariana.

599 En su sepulcro se leen dos largos epitafios latinos, que son como un compendio de su historia.

600 Sampir.Chron. n.20.—Risco, Esp. Sagr. tom. 37.

601 Porque temblaba, dicen, y se agitaba siempre al entrar en batalla, no de miedo, añaden, sino por natural ardor e impaciencia de vencer al enemigo.

de este, aquel para los negocios de la guerra, por ser varón de grande ánimo y esfuerzo, a este para los asuntos civiles, por su mucha instrucción y prudencia. Que estos magistrados juzgaban por el Fuero Juzgo de los visigodos, y que bajo esta forma semi-republicana se rigió la Castilla hasta que se erigió en condado independiente. Por último, que de estos dos primeros jueces trajeron su procedencia y fueron oriundos los ilustres Fernán González y Rodrigo Díaz de Vivar, que sucesivamente se hicieron después tan célebres en los fastos españoles[602].

Del mismo modo que Fruela II. había sido antepuesto en la dignidad real a los hijos de su hermano Ordoño. así a su fallecimiento se vieron a su vez postergados los hijos de Fruela eligiendo los grandes al mayor de los de Ordoño, Alfonso, que ciñó la corona con el nombre de Alfonso IV.[603]: prueba grande de la libertad electiva que seguían ejerciendo los prelados y nobles del reino. De carácter pacífico y devoto Alfonso IV., aunque débil y voluble, comenzó su reinado con un acto de justa reparación, llamando del destierro y reponiendo en su silla al obispo Fronimio relegado por su tío Fruela (927). En el mismo año hizo una expedición a Simancas, donde erigió silla episcopal. Pero inclinado Alfonso a las prácticas y ejercicios de devoción, y más dado a ellas que a los cuidados del gobierno, resolvió en el quinto año de su reinado abdicar el cetro para retirarse al claustro, y llamando a su hermano Ramiro que se hallaba en el Bierzo (entre León y Galicia), con acuerdo de los grandes y demás electores reunidos en Zamora, hizo en él cesión formal de la corona de León (11 de octubre de 930), ejecutado lo cual se retiró al monasterio de Sahagún sobre el río Cea, donde tomó el hábito de monje.

Dejemos reposar en su claustro al monje ex-rey, mientras damos cuenta de cómo marchaban las cosas del imperio musulmán bajo la vigorosa conducta del emir Almumenin Abderrahman III.

Los moros rebeldes de Sierra Elvira habían vuelto a lograr algunas ventajas sobre las tropas imperiales, y su primer caudillo Ázomor se había apoderado otra vez de Jaén. Otra vez también tuvo que acudir Abderrahman en persona a apagar el nuevo incendio. Al aproximarse a Jaén huyeron los sediciosos a sus guajaras y riscos, y Azomor fue a buscar su último asilo en Alhama, ciudad fuerte por su natural posición , guarnecida además con gigantescas torres, provista de almacenes y rebosando de agua sus algibes. Pero allí le siguió Abderrahman, resuelto a no alzar reales hasta ver a sus pies la cabeza del pérfido Azomor. Rudos y obstinados fueron los ataques, y obstinada y ruda la defensa de los sitiados. Desesperaba al califa la dilación de un sitio en que veía comprometida su honra. Al fin aplicado un combustible a una parte enmaderada del muro, que calcinando la obra sólida produjo su desplomo y abrió una ancha brecha, por encima de aquellos ardientes escombros penetraron arrojadamente en la ciudad los soldados del rey. Muchos defensores murieron peleando: todo lo que se halló con vida en la población, sin distinción de edades ni sexos, fue pasado a cuchillo: reconocióse entre los moribundos a Azomor acribillado de heridas y horriblemente desfigurado. Abderrahman en cumplimiento de su promesa mandó decapitarle, y su cabeza fue el parte triunfal que se envió a Córdoba.

De Alhama pasó el califa a Granada, cuya pintoresca situación, bordados ya de jardines los amenos valles del Darro y del Genil, agradóle mucho y se detuvo allí algún tiempo. Allí bajaron a prestarle sumisión los rebeldes de las sierras, que privados de su jefe se vieron en la necesidad de reconocer al califa, quedando así extinguidas unas facciones que por espacio de medio siglo habían tenido en continuo desasosiego la Andalucía y ensangrentado muchas veces sus campos.

---

602 Emitiremos más adelante nuestro juicio sobre esta institución, qué admitió sin vacilar Mariana, que niegan sus comentadores, y sobre la que escribió Masdeu una de las ilustraciones de su Historia Critica.—Diremos, no obstante, que en la provincia de Burgos, a trece leguas de la capital, partido judicial de Villarcayo, existe un pueblo llamado Visjueces; en el pórtico de su iglesia se ven dos estatuas de piedra, que dicen representar los dos primeros jueces de Castilla, sentados en actitud de administrar justicia, por ser este el pueblo donde supone la tradición tenían su residencia y tribunal los dichos jueces, y de aquí el nombre de Visjueces, corrupción del antiguo Vijudico. Al pie de las estatuas se leen las siguientes inscripciones:

I.aino Calvo fortissimo Civi Gladio, Galeaeque civitatis.

Nuño Rasure Civi sapientissimo civitalis Clipeo.

603 Los hijos de Fruela, habidos de su primera esposa Nunilona Jimena, eran tres, Alfonso, Ordoño y Ramiro, y otro tenido fuera de matrimonio nombrado Azenar. Su segunda mujer se llamaba Urraca. Flórez, Reinas Católicas, tom. I.

Terminada esta guerra, volvió el califa su atención hacia Toledo, que en poder de Giafar, el hijo de Ben Hafsún, estaba siendo largos años hacía padron de afrenta para los soberanos Beni-Omeyas. Esta vez se propuso Abderrahman a todo trance recobrarla para el imperio. Por espacio de dos años hizo que sus caudillos se ocuparan exclusivamente en talar la tierra no dejando en pie ni mieses ni frutos de ningún género. Apurada ya de recursos la ciudad, convocó el califa todas las banderas musulmanas, y él mismo con sus cordobeses estableció su campo al norte de la plaza , el solo punto por donde no la ciñe el Tajo. Destruidos los antiguos edificios que había entre el campo y la ciudad y que servían de avanzados baluartes a los sitiados, de tal manera se apretó el cerco , que convencido Giafar de la imposibilidad de sostenerse trató con los principales toledanos sobre el mejor modo de salir do tan difícil trance. Una mañana al romper el alba y cuando todo reposaba todavía en el campamento árabe, salió Giafar con dos mil jinetes, cada uno de los cuales llevaba otro soldado a la grupa o asido a la cincha del caballo, y abriéndose impetuosamente paso a través del campo enemigo, cuando las tropas reales se apercibieron de este inopinado movimiento apenas pudieron ya hacer algunos prisioneros. El califa prohibió que se persiguiera a los fugitivos, suponiendo que le seria entregada la ciudad, y así fue. Aquel mismo día salieron comisionados a ofrecerle obediencia, aprovechando, decían , el primer momento en que se veían libres de sus opresores. Este había sido el plan concertado entre los toledanos y Giafar. Abderrahman aceptó benévolamente su ofrecimiento, dándoles seguridad de sus vidas y bienes; y entró el tercer Abderrahman en Toledo por la puerta Bisagra en el año 315 de la Hégira(927), después de cercado cincuenta años de estar la ciudad emancipada del dominio ommiada[604].

El gran recurso de los moros rebeldes cuando se veían vencidos era buscar apoyo en los cristianos. Así lo había hecho Caleb Ben Hafsun acogiéndose a Sancho Abarca el de Pamplona poco antes de su muerte, y así lo hizo ahora su hijo Giafar, prefiriendo hacerse vasallo del rey de León, que lo era Alfonso IV., a someterse al califa de Córdoba. A tal extremo llegaba la enemiga y el encono de los bandos y parcialidades que dividían a los mahometanos. Gran partido hubiera podido sacar de esta sumisión otro que hubiera sido menos irresoluto y débil que el cuarto Alfonso.

Dejamos a este príncipe en 930 haciendo la vida de monje en el monasterio de Sahagún. Al año siguiente su hermano Ramiro II., más animoso y resuelto que él, se hallaba en Zamora preparando una expedición contra los moros, cuando llegó el inopinado aviso de que Alfonso, tan voluble en el claustro como en el trono, había dejado la morada religiosa y trasladádose a la corte de León, cambiada otra vez la cogulla monacal por las vestiduras reales. Ramiro, de genio vivo y belicoso, y de temperamento irascible y fuerte, a la noticia de esta novedad mandó tocar clarines y blandir lanzas, y con el ejército que tenía preparado contra los sarracenos tomó apresuradamente el camino de León, y sin permitir un momento de descanso a sus tropas llegó a la ciudad, que asedió y estrechó hasta rendirla; apoderóse de Alfonso, y le encerró en un calabozo con grillos a los pies[605].

Acaso la noticia de esta prisión hizo pensar a los tres hijos de Fruela II., Alfonso, Ordoño y Ramiro, que se hallaban en Asturias, en aprovecharse de las discordias de sus primos para algún proyecto personal , y más cuando no habrian olvidado que eran los hijos del tercer monarca leonés. Ello es que Ramiro II. pasó a Asturias a invitación de los nobles asturianos, invitacion que hubo de parecerle sospechosa, puesto que fue bien prevenido y escoltado. Si había designios contra él, no solo supo frustrarlos, sino que apoderándose de los tres hijos de Fruela los hizo conducir a León, y encerrándolos en la misma prisión en que tenía a Alfonso, en un mismo día ordenó que a todos cuatro les fuesen sacados los ojos con arreglo a la cruel legislación goda. Añádese que más adelante los mandó trasladar al monasterio de Ruiforco, donde fueron tratados hasta la muerte con más humanidad y blandura. Alfonso el Ciego, el ex-monje, vivió todavía más de dos años. Había tenido de su mujer Iñiga un hijo, a quien veremos figurar después bajo el nombre de *Ordoño el Malo*.[606]

---

604 Conde, cap. 72 y 73.
605 Samp. Chron. n. 21.
606 Samp. Chron. 1. c.

Tan luego como Ramiro II. Se vio, aunque por tan crueles medios, afirmado en el trono, no permitiéndole su belicoso genio tener ociosas las armas, y no olvidando que aquel mismo ejército que le había servido para reducir y castigar a su hermano y primos le había reunido anteriormente para combatir a los sarracenos, celebró un consejo o asamblea de los magnates del reino para acordar hacia qué parte de los dominios musulmanes convendría llevar las banderas cristianas. Determinóse dirigirse hacia el Este, y el ejército leonés acaudillado por Ramiro franqueó la sierra de Guadarrama, que era la marca fronteriza de moros y cristianos por la parte de Castilla, y se puso sobre Magerit[607], desmanteló sus murallas, pasó a cuchillo su guarnición y habitantes, ejecutó lo mismo en Talayera, y sin que pudiese darle alcance el walí deToledo se retiró a su capital cargado de despojos (932).

El conde Fernán González que gobernaba a Castilla avisó luego a Ramiro del peligro en que ponía sus tierras el movimiento de las tropas musulmanas, ansiosas de vengar los desastres de Madrid y Talavera, y conjurábale que acudiera en su socorro. Hízolo así el leonés, y avanzando hacia Osma, e incorporadas las tropas del monarca y del conde, encontraron a las de Almudhaffar acampadas cerca de aquella ciudad. Empeñóse allí un recio combate, y «el Señor por su divina clemencia (dice la crónica cristiana) dio a Ramiro la victoria; muchos enemigos mató, multitud grande de cautivos llevó consigo, y regresó a sus dominios gozoso de triunfo tan brillante[608]. Y, sin embargo, atribuyéronse los árabes la victoria, según en sus historias se lee; y cuando Almudhaffar a su regreso por Talavera, cuyos demolidos muros hizo reparar, entró en Córdoba, fue recibido en medio de aclamaciones: cosa muy común en las guerras, aplicarse el triunfo de una misma batalla unos y otros contendientes (933).

Estos primeros hechos de armas de Ramiro II. no fueron sino los preliminares de otros más brillantes y ruidosos, que habían de mostrar a los mahometanos que si ellos tenían un Abderrahman III. y un Almudhaffar, guerreros insignes, los cristianos tenían un Ramiro II. y un Fernán González que sabían medir con ellos su poderío y su brazo y les harían probar el alcance y temple de sus armas. Hubo, no obstante, de mediar alguna tregua entre los sucesos referidos y los que ocurrieron después. Para la inteligencia de estos necesitamos exponer la situación en que se encontraba el imperio muslímico español y sus relaciones con los mahometanos de África.

De mal grado sujetos siempre los musulmanes africanos a los califas de Damasco y de Bagdad, habían logrado los descendientes de Edris sacudir el yugo de los Abassidas de Oriente y fundar en Fez el imperio independiente de los Edrisitas. Otra dinastía rival de esta, la de los Aglabitas, había alzado también el pendón de la independencia y erigido otro imperio en la parte central del Magreb, estableciendo la corte de su nuevo estado primero en Cairwan, después en Túnez. Los Aglabitas habían extendido su dominación a la Sicilia y la Calabria y llevado sus devastadoras excursiones a todo el litoral de Italia. A principios del siglo X. levantóse en África otro nuevo profeta, Obeidallah Abu Mohammed, que se nombraba Al Mahadi (el conductor), y se decía, como Edris, descendiente de Alí y de Fatima la hija de Mahoma. Este impostor acertó a fanatizar las poblaciones africanas que en gran número se le adhirieron y reconocieron por jefe, y en poco tiempo fundó otro nuevo imperio en el Magreb central, fijando su corte en una ciudad nueva que de su nombre denominó Almahadia. Arrojados por él los Aglabitas de Cairwan y de Sicilia, sujetos también a su obediencia los Edrisitas del Magreb, pronto la naciente monarquía de el Mahadi o de los Fatimitas se encontró más extensa, pujante y poderosa que la de los mismos califas de Córdoba y de Bagdad. El octavo soberano edrisita de Fez, Yahia, se Yeia cercado en su capital por el Mahadi,

607 Es la primera vez que suena en la historia el nombre de esta población que andando los siglos había de ser la capital de España. El cronista Asturicense la nombra Magerit: el Monje de Silos y Lucas de Tuy Magerita; don Rodrigo de Toledo Majoritum: es la misma que el Nubiense llama Maghlit, y de la que dijo más expresamente la crónica de Cardeña: «Regnó don Ramiro XX annos, e cercó a Madrid e prísola e lidió muchas veces con los moros e fue aventurado contra ellos.» Debía ser ya Madrid entonces plaza fuerte y de alguna importancia, como situada cerca del cordón fronterizo de los castillos cristianos y como un fuerte avanzado para proteger a Toledo. Samp. n. 22.—Chron. Silens.—Id. Tudens.—Roder Tolet. lib. V.—El Edris. Clima IV.

608 Samp. Chron. n. 23.

y solo a costa de oro y de su independencia pudo comprar una seguridad momentánea. A poco tiempo se apoderó de la ciudad el emir de Mequinez, y le obligó a salvarse con la fuga. El depuesto Ben Edris invocó el auxilio del califa de Córdoba Abderrahman III, el cual, ya acordándose de la antigua amistad de los Edrisitas y los Ommiadas, ya por el interes de atajar los progresos de los Fatimitas que podían ser peligrosos para la misma España, ya también porque viese ocasión de extender sus dominios por la costa de África, envió en socorro del destronado rey de Fez un ejército y una escuadra.

No es nuestro propósito referir las vicisitudes de las terribles guerras de Almagreb que empaparon de sangre los campos africanos, sino indicar solamente que estas expediciones lejanas gastaban al califa de Córdoba las fuerzas que le hubiera sido más conveniente emplear contra los cristianos españoles. Cierto que por un pacto con el último heredero de la estirpe de los Edris llegó Abderrahman III. a gobernar a Fez por medio de uno de sus walíes, mientras el príncipe protegido se había venido a residir en la Península; pero además de haberle costado muchas pérdidas y no poca sangre de los suyos, debió convencerse de que en país como el de Almagreb era más fácil hacer conquistas que conservarlas, por más que el engrandecimiento momentáneo de sus dominios pudiera lisonjear su amor propio. En esto tenía empleada una gran parte de su ejército cuando ocurrieron en España los sucesos que vamos a referir.

Ramiro de León había empezado a inquietar de nuevo a los musulmanes por la parte de Lusitania y Extremadura, y un poderoso walí nombrado Omeya ben Ishak Abu Yahia[609], resentido con el califa por haber condenado a muerte a un hermano suyo, pasóse al rey de León arrastrando consigo muchos valientes musulmanes de la frontera, y entregándole los castillos que dependian de su gobierno (937). Sabido por Almudhaffar, hizo con sus cordobeses una correría hacia el Duero como para neutralizar el mal efecto de aquella defección, pero volvióse por Molida a Córdoba, sin otro resultado que el de una algara común. Esto mismo le movió a concertar con el califa y con el diván una expedición seria para castigar al propio tiempo las atrevidas incursiones de Ramiro el cristiano y la deslealtad escandalosa de Abu Yahia.

Proclamóse entonces la guerra santa: a la voz del califa toda la España musulmana se puso en movimiento: Almudhaffar conducía la caballería de los Algarbes; Abderrahmau salió de Córdoba con su guardia y la flor de los caballeros andaluces, con gran cortejo de jeques y llevando en su compañía todo el diván: los caminos, dicen sus crónicas, estaban cubiertos de gente y aparatos de guerra: el punto de reunión eran los campos de Salamanca. A orillas del Tormes se formó un vasto campamento (fines de 938), en que figuraban todas las tribus muslímicas de España en número de cien mil guerreros. Pasada revista general y tomadas todas las disposiciones, púsose el ejército en marcha en la primavera de 939, y pasando sin resistencia el Duero, talando campos y quemando poblaciones, y haciendo (dice su crónica) los estragos de las tempestades, llegó la muchedumbre sarracena a la vista de Zamora, «fuerte a maravilla, circundada de siete muros de robusta y antigua fábrica, obra de los pasados reyes, con dobles fosos anchos y profundos llenos de agua, y defendida por los más valientes cristianos.» Comenzó el sitio: los cercados hacían salidas que los mismos enemigos llaman impetuosas, si bien rechazadas por los tiradores árabes que a la menor señal salían de sus tiendas armados de arco y de lanza, y montados en ligerísimos corceles.

En esto supo Abderrahman que Ramiro le iba al encuentro con gran golpe de gente cristiana, y con esta noticia, dejando veinte mil hombres en el cerco de Zamora al cargo del walí de Valencia y de Abdallah ben Gamri, pusiéronse en marcha el califa y Almudhaffar el Duero arriba en busca del ejército leonés. Encontráronse ambas huestes cerca de Simancas hacia la confluencia del Pisuerga y del Duero. Los escritores árabes y cristianos refieren todos que al día siguiente hubo un espantoso eclipse de sol que en medio del día cubrió la tierra de una amarillez oscura, que llenó de terror a aquellos guerreros que no habían visto en su vida cosa semejante[610]. Inútil es decir cuánto

609 Sampiro dice que era el de Zaragoza, el árabe Masudi supone que lo era de Santarén

610 El eclipse fue cierto, y le mencionan no sólo las historias arábigas, sino también Sampiro, los Anales de Saint-Gall, Luitprand, los Monjes de San Mauro en su Cronología de los eclipses, y otros muchos autores. La Crónica Burgense

consternaría este fenómeno a los supersticiosos cristianos, y a los más supersticiosos musulmanes. Dos días pasaron sin que unos ni otros hicieran movimiento alguno. Al tercero comenzó el ruido de los añafiles y trompetas y los alaridos de ambas huestes a anunciar el combate. Dejemos a los autores árabes que nos cuenten ellos mismos esta memorable batalla.

«Bajaba el inmenso gentío de los cristianos muy apiñado en sus escuadrones, y con enemigo ánimo se acometieron ambas huestes y se trabaron con atroz matanza. Por todas partes se veía igual furor y constancia: el príncipe Almudhaffar recorría todos los puestos animando a los muslimes, blandiendo su robusta lanza, y revolviendo su feroz caballo entraba y salía en los más espesos escuadrones enemigos, haciendo cosas hazañosísimas. *Sostenían los cristianos el encuentro de la caballería muslímica con admirable esfuerzo, y su rey Radmir con sus caballos armados de hierro rompía y atropellaba cuanto se le ponía delante*: el rebelde Aben Ishac (Abu Yahia, el que acompañaba a Ramiro), con sus valientes caballeros andaba también cubierto de crujientes armas, derramando la sangre de los muslimes como el más feroz de sus enemigos: cedían el campo los muslimes al valor de esta aguerrida gente; pero el rey Abderrahman viendo desordenadas muchas banderas del ala derecha, y que toda la hueste cedía el campo a los enemigos, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al costado del ejército de los infieles, y rechazados con valor por apiñados escuadrones de lanceros, todo el ímpetu de la caballería logró penetrar en ellos, y se volvió de aquel lado toda la fuerza del ejército enemigo: por todas partes se renovó la batalla con el mayor ardimiento. Aben Ahmed separó su gente, y peleando en los primeros contra los más valientes enemigos, fue derribado del tercer caballo con un fiero golpe de hacha y expiró al punto: también murió al lado de este caudillo, y a la vista del rey Abderrahman, el cadí de Valencia Gehaf ben Yeman, y el esforzado caudillo de Córdoba Ibrahim ben David, que se distinguió en este día con extrañas proezas, y cayó lleno de heridas. Ya la victoria se declaraba a favor de los muslimes, y los cristianos se retiraban peleando, cuando la venida del encubridor tiempo de la noche puso treguas a tantos horrores. Quedaron los muslimes sobre el campo mismo de batalla, que estaba regado de humana sangre y cubierto de cadáveres y de heridos moribundos, que expiraban hollados entre los pies de la caballería: allí pasaron la noche, y descansaban los vivos tendidos y mezclados sobre los muertos, esperando con impaciencia y temor la luz del día para acabar aquella sangrienta e inhumana contienda.»

Hemos preferido de intento la relación de un escritor árabe, porque en ella se revela bien a las claras la horrorosa derrota que en aquella célebre lid sufrieron los suyos: la verdad se le escapa de la pluma refiriendo la muerte de sus mejores caudillos y describiendo las irresistibles acometidas de los cristianos, sin atreverse ni siquiera a indicar la pérdida que estos tuviesen.

Confiesan también los árabes, que si Ramiro no acabó al día siguiente con todo el poder de Abderrahman fue porque el moro Abu Yahia, arrepentido ya sin duda de haber contribuido a derramar tanta sangre ismaelita, halló medio de disuadir al rey de León de continuar la pelea, so pretexto de tenerle preparada una emboscada los árabes, y con otras razones y engaños: lo cierto es que «desistió, dicen sus cronistas, alejándose de aquellos estragados campos, lo cual libró a los muslines de manos de Radmir.» Dirigióse entonces otra vez el escarmentado ejército sarraceno a Zamora, donde, como dijimos, habían quedado veinte mil hombres sitiando la ciudad. Oigamos también la relación que hace el escritor arábigo de la no menos famosa batalla conocida con el nombre de batalla del *Foso de Zamora.*

«Diéronse, dice, recios combates a sus torreados muros, *y los cercados se defendían con bárbaro valor.* No se adelantaba ni ganaba un paso sino a costa de sangre de los esforzados muslimes: la presencia del rey Abderrahman y del príncipe Almudhaffar excitaba el ánimo de los combatientes, y lograron aportillar y derribar dos muros , entraron numerosas compañías de muslimes, y hallaron dilatado espacio, y en medio una ancha y profunda fosa llena de agua, y los cristianos con desesperado ánimo defendían aquella fosa. Fue una espesa nube y horrible torbellino

---

dice que salieron llamas del mar e incendiaron muchas ciudades y villas, y entre ellas un barrio de Zamora, Carrión, Castrojeriz, cien casas en Burgos, Briviesca, la Calzada, Pancorbo y otras muchas. Chron. Burg. ad kalend. julii.

de tiros y saetas, la matanza fue atroz, *y los esforzados castellanos caían muertos en el lugar que ocupaban.* Los valientes muslimes perdieron en aquella pelea algunos millares que alcanzaron este día las copiosas recompensas y premios de su algihed: entraron muchas banderas de la gente de Algarbe y Toledo, *y arrojando al foso los cadáveres de sus hermanos muslimes, estos les sirvieron de puentes,* y los cristianos no pudieron resistir el ímpetu de tantas espadas sedientas de sangre, y allí murieron como buenos. Las sangre de estos y la de los muslimes enturbió y enrojeció las aguas del foso, y parecía un lago de sangre... Ésta fue la célebre batalla de Alhandic, o del foso de Zamora, *tan sangrienta para los vencedores como para los vencidos...*»

Hasta aquí la relación del cronista musulmán, de la cual harto claramente se desprende que si los mahometanos llegaron a plantar sus estandartes en los muros de Zamora, no lo hicieron sino a costa de una mortandad desastrosamente horrible, que el cronista Sampiro hace subir a ochenta mil muertos; número que convendremos podrá ser exagerado, como acaso los árabes le disminuirían también por su parte al fijar el de cuarenta o cincuenta mil, pero que de todos modos hace equivaler a una gran derrota la que ellos proclaman como victoria insigne, y en la cual hasta el mismo califa, según Sampiro, fue retirado del campo del combate malamente herido. Fue la famosa batalla del foso de Zamora el 5 de agosto de 939, víspera de los santos Justo y Pastor, catorce días después de la de Simancas[611].

Poco tiempo fueron los árabes dueños de Zamora; contados días se enseñorearon de la ciudad, porque Ramiro revolvió inmediatamente sobre ella, y recobróla, e hizo pagar bien caro a los soldados del califa su efímero triunfo, si triunfo había sido. Allí hizo prisionero al dos veces desleal Abu Yahia. ¿Cómo se encontraba ahora en Zamora este caudillo sarraceno que había peleado en las filas de Ramiro en la batalla de Simancas? Falto de fe este moro, como lo eran generalmente los de su nación, después de haber sido traidor a Abderrahman no paró hasta serlo a su vez al rey Ramiro. Abandonó, pues, las banderas de Cristo el que antes había desertado de las de Mahoma. Recibiólo el Miramamolín, acaso más por política que por benevolencia, pues le importaba mucho privar a Ramiro de tan temible auxiliar. Preso ahora por el monarca leonés, cuando acaso iba a recibir el merecido de su felonía , con la suerte que a las veces tienen los malvados logró fugarse y volvió a obtener entre los muslimes las funciones de walí que antes había ejercido.

Dos meses más tarde, y retirado ya a Córdoba el califa, envió Ramiro su ejército hacia el Tormes a repoblar varias ciudades y pueblos o desiertos o arruinados, entre los cuales lo fueron Salamanca, Ledesma, Ranos, Peñaranda y varios otros lugares y castillos[612]. Pero el conde de Castilla Fernán González, que debía traer ya en su ánimo el proyecto de emanciparse del rey de León, celoso de que el leonés erigiera por sí solo poblaciones que pertenecían al territorio de Castilla, levantóse contra Ramiro en unión con Diego Núñez o Muñoz, a quien suponen su yerno, conde también o gobernador de alguna comarca. No se descuidó Ramiro en conjurar esta tormenta , y haciendo a los dos prisioneros (940), los trasportó , al castillo de León al uno y al de Gordon al otro. Allí permanecieron algún tiempo, hasta que hecho juramento de lealtad al rey y de renunciar para siempre a todas sus pretensiones, no sólo les dio libertad, sino que llevó su confianza en Fernán González, cuyo mérito y valor por otra parte conocía, al extremo de concertar el matrimonio de su hijo primogénito Ordoño con la hija de González llamada Urraca[613].

---

611 Nuestros historiadores suelen confundir las dos batallas, acaso por mala interpretacion del breve y sumario texto de Sampiro: pero en las historias árabes se señalan bien explícitamente las dos.

612 La mala inteligencia de una palabra de Sampiro dio ocasión a muchos historiadores españoles para suponer que en esta expedición del Tormes había tenido que pelear Ramiro con un general moro llamado Azeipha, con quien dicen se alió Fernán González. Es el caso que Sampiro dijo: Deinde post duos menses azeipham adripam Turmi ire disposuit. Y siendo azeipha una palabra árabe (de al saiffah) que significa ejército o reunión de gente armada, tomáronlo ellos por el nombre propio de un caudillo sarraceno, y de aquí la batalla que era menester se siguiese, y las desavenencias entre Ramiro y Fernán González a instigación del moro Azeipha, y todo el edificio que sobre este falso cimiento se levantó.

613 Sampir. n. 23.—Monach. Silens.—Lucas Tud.—Roder. Tolet.

No bien escarmentados todavía los árabes, intentaron al año siguiente (941) otra invasión por la frontera cristiana del Duero. Mas sorprendidos los infieles cerca de San Esteban de Gormaz entre el río y unos altos cerros y tajadas peñas, no les quedaba otra alternativa que perecer o triunfar. El Coraixi que los mandaba era uno de aquellos musulmanes que reunían la cualidad de poetas a la de guerreros; para alentar pues a sus soldados en trance tan comprometido les recitó unos célebres versos que nos han conservado sus historiadores[614]. Según ellos surtió su efecto la enérgica excitación del caudillo poeta, las aguas del Duero se enturbiaron con sangre cristiana, y se apoderaron de la fortaleza de *Sanestefan* con gran mortandad de sus defensores.

Desde esta batalla no se habla de otras relaciones entre árabes y leoneses hasta una tregua ajustada en 944, que el escritor arábigo refiere en los siguientes términos: «El rey Radmir de Galicia envió sus mandatarios al rey Abderrahman para concertar ciertas avenencias de paz en sus fronteras; y Abderrahman los recibió muy bien, y otorgaron sus treguas que ofrecieron guardar por conveniencia de ambos pueblos, y envió el rey Abderrahman a su vazzir Ahmed ben Said con los mandaderos de Galicia para saludar en su nombre al rey Radmir, y fue el vazzir a Medina Leionis (León)... se ajustaron treguas por cinco años y fueron muy bien guardadas.»[615]

Tales fueron las consecuencias de la famosa batalla de Simancas, la mayor que se había dado entre cristianos y musulmanes desde el desastre de Guadalete.

Invirtiéronse los años que duró la tregua en fundar y repoblar ciudades y villas en Castilla y León, hasta que habiendo aquella expirado (949), y no bien avenido con la ociosidad el genio activo y belicoso de Ramiro, repasó el Duero con sus leoneses, y dirigiéndose a la siempre combatida Talavera maltrató sus muros, obligó a los moros a aceptar un combato en que les mató doce mil hombres, les hizo siete mil prisioneros, y se volvió victorioso a su corte de León[616]. Ésta fue su última campaña. Habiendo en el otoño del mismo año hecho un viaje de León a Oviedo, regresó atacado de una grave enfermedad, de la cual sucumbió el 5 de enero de 950, víspera de la Epifanía, después de haber recibido la confesión y el hábito penitencial ante la presencia de varios obispos y abades y hecho cesión de la corona en su hijo Ordoño, tercero de este nombre, casado con la hija del conde Fernán González. Enterrósele en el monasterio de San Salvador de León, fundado por él para su hija Elvira; que en los pocos períodos de paz que en un reinado de cerca de veinte años disfrutó Ramiro II. hizo lo que acostumbraban a hacer los monarcas de aquel tiempo, fundar y dotar monasterios y dedicarse a arreglar las cosas de la iglesia.[617]

---

614 Conde los traduce así:

De un lado nos cerca Duero,—del otro peña tajada,
La salida está en vencer,—y en el valor la esperanza;
La sangre de los infieles—enturbie del Duero el agua.

615 Conde, cap. 82.

616 Sarap. Chron. n. 24.—Los árabes lo cuentan de otro modo, y se atribuyen la victoria como de costumbre.

617 Dispútase mucho todavía sobre si Ramiro II. tuvo una sola, o dos o más mujeres. Sampiro dice expresamente que casó con Teresa Florentina, hija de Sancho Abarca de Navarra. Morales menciona escrituras en que aparece el nombre de Urraca, Sandoval cita otras en que se nombra a Jimena. El maestro Flórez en sus Reinas Católicas intenta resolver la cuestión del modo que generalmente acostumbra, esforzándose en probar que fue una sola con los nombres de Urraca Teresa. Con frecuencia vemos suscitarse estas dudas sobre el número y nombres de las mujeres de los reyes de Asturias, León y Castilla, bien nazca de que en aquellos tiempos pusieran a las reinas varios nombres, bien de los muchos yerros que en punto a nombres propios cometían los copiantes de manuscritos, bien de que se confundieran los de las mujeres legitimas con los de las amigas de los reyes (que así las llama por decoro el erudito Flórez), o bien de que no se diera a la averiguación de este asunto la mayor importancia, hasta que el mencionado Flórez dedicó a este exclusivo objeto su utilísima obra de las Reinas Católicas, que por lo común nos sirve de guía sobre este particular en nuestra historia.

CAPÍTULO XV.
ABDERRAHMAN III. EN CÓRDOBA.
DESDE ORDOÑO III. HASTA SANCHO I. EN LEÓN.
De 950 a 961.

Grandeza y esplendidez de la corte de Abderrahman III.—Descripción del maravilloso palacio de Zahara.—Embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneta.—Otras embajadas de príncipes extranjeros al soberano de Córdoba.—Grave disgusto de familia. Suplicio de su hijo Abdallah.—Muerte de Almudhaffar.—Ordoño III. de León.—Conspiran contra él su hermano Sancho y el conde Fernán González. Frustra su empresa, y repudia a su mujer Urraca.—Muerte de Ordoño III. y elevación de Sancho el Gordo.—Sancho es destronado.—Refugiase a Pamplona.—Pasa a Córdoba a curarse de su extremada obesidad.—Su amistad con Abderrahman.—Repónele el califa en el trono de León.—Fuga y desgraciado término de Ordoño el Malo.—Guerras y engrandecimiento de Abderrahman en África.—Conquista de Túnez.—Riquísimo y espléndido regalo de Ahmed.—Célebre embajada.—Otón el Grande de Alemania.—El monje Juan de Gorza.— Sobre el martirio de San Pelayo.—Últimos momentos de Abderrahman III.—Su corte. Ciencias, letras, artes. Poetisas de su alcázar.—Dicho célebre de Abderrahman III.

A cinco millas río abajo de Córdoba había un ameno y apacible sitio, donde Abderrahman, convidado por su frescura y frondosidad, solía pasar las temporadas de primavera y otoño. Allí hizo construir edificios magníficos y bellos jardines, pasión predilecta de los árabes. En medio levantó un soberbio alcázar , que se propuso decorar y enriquecer con todo lo más suntuoso y que más pudiera halagar los caprichos de la imaginación humana. Tan galante como espléndido el califa, dedicóle a su esclava favorita, la más hermosa y linda de su harem, llamada *Zahara*, que significa Flor, y de cuyo nombre llamó a la nueva ciudad Medina Zahara, ciudad de las flores[618].

Para la construcción de este palacio trabajaron, dicen sus historias, diez mil hombres, mil quinientos mulos y cuatrocientos camellos. Entraban cada día seis mil piedras labradas, sin contar las de mampostería. Hiciéronsele quince mil puertas, y sustentábanle cuatro mil trescientas columnas de mármoles preciosos. Empleábanse en su servicio interior trece mil setecientos cincuenta esclavos varones, y seis mil trescientas cuarenta mujeres. Los pavimentos y paredes eran también de mármol, los techos pintados de oro y azul, las vigas y artesonados de cedro con relieves de un trabajo exquisito. En los salones había elegantes fuentes que derramaban sus aguas en tazas y conchas de mármoles de colores. En la llamada del Califa había una de jaspe con un cisne de oro de maravillosa labor, trabajado en Constantinopla, y sobre la fuente del cisne pendía del techo una magnifica perla que había regalado a Abderrahman el emperador griego León VI. Contiguo al alcázar estaba el generalife[619], con multitud de árboles frutales, bosquecillos de laureles, arrayanes y mirtos, estanques y lagos en que se pintaban las frondosas copas de los árboles y las arreboladas nubes del cielo. En medio de los jardines, y sobre un cerro que los dominaba, se veía el pabellón del califa, sostenido por columnas de mármol blanco con capiteles dorados, en el cual descansaba cuando volvía de caza. Las puertas eran de ébano y marfíl. Cuentan que en el centro de este pabellón había una gran concha de pórfido con un surtidor de azogue vivo, que fluía y refluía como si fuese de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor fantástico. Los baños de los jardines eran igualmente de mármol, hermosos y cómodos; las alcatifas, cortinas y velos tejidos de oro y seda, con figuras de flores y animales que parecían vivos y naturales a los que los miraban. En suma, dice el escritor árabe de quien tomamos esta descripción, dentro y fuera del alcázar estaban como compendiadas todas las riquezas y delicias del mundo que puede gozar un príncipe poderoso. Con razón, pues, exclama en su estilo otro escritor arábigo[620], «que solo el Dios del cielo podría llevar cuenta de los grandes tesoros que en esta posesión consumió el califa Abderrahman.»

618 Otros escriben Azzahra.—Aún quedó entre nosotros el nombre de azahar, aplicado a la flor del naranjo y del limonero, que es una de las más aromáticas y agradables.

619 Genat al Aryf, jardín de recreo, sitio de placer. El que con este nombre se conserva todavía en Granada al oriente de la Alhambra puede dar idea del gusto de estos jardines, en que se mezclaba lo agreste con lo bello, y en que competían la naturaleza y el arte.

620 Ahmed Álmakarí, Hist. de las Dinastias mahom. en España.

Espléndido y fastuoso en todo, hizo construir en Medina Zahara una mezquita que en preciosidad y elegancia, ya que no en grandeza, aventajaba a la de Córdoba. Edificó también una *zeka* o casa de moneda , y otros muchos edificios, y cuarteles para el alojamiento de su guardia, que se componia de doce mil hombres, cuatro mil eslavos de a pie, cuatro mil africanos zenetas de caballería, y otros cuatro mil caballeros andaluces; los jefes y capitanes de esta guardia habían de ser o de la propia familia real, o jeques principales de Andalucía. En sus cacerías y expediciones, además de la guardia militar que le acompañaba llevaba siempre consigo un número de esclavos y esclavas, y hacia también que le acompañasen algunos vazzires, alcatibes, sabios, poetas y astrónomos, porque Abderrahman no daba un paso en que no desplegase una ostentación y una pompa verdaderamente orientales. ¿Pero qué se hizo esa ciudad de delicias, ese depósito de todo lo más magnífico y bello que la imaginación de un árabe pudo inventar? ¿Qué fue de Medina Zahara? Ni un solo vestigio ha quedado de esta ciudad de maravillas; todo ha desaparecido, y tuviéramosla por una ciudad fantástica, y las descripciones que de ella hacen sus historias se nos antojaran fabulosas, si no nos certificaran de su existencia las muchas monedas en ella acuñadas que se han conservado y aún subsisten. Edificóse Medina Zahara por los años 324 y 325 (936 y 937 de nuestra era).

Así vivía el califa Abderrahman III. el tiempo que le dejaban libre las guerras de que en el capítulo anterior hemos hablado. La tregua celebrada en 944 con el rey Ramiro de León, le permitió poderse dedicar más tranquilamente a los placeres del campo y al trato y comunicación con los eruditos y sabios de su corte, que eran entonces muchos, y de los cuales andaba constantemente acompañado. La fama del esplendor y brillo de la corte de Córdoba y de las guerras de Abderrahman en África y España había llegado a los reinos extranjeros y a los países más apartados. En 949 recibió el esclarecido príncipe Ommiada una embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneta, hijo de León VI., el que le había regalado la famosa perla del alcázar de Zahara, solicitando la renovación de las antiguas relaciones de amistad y alianza que habían existido entre sus mayores contra los califas de Bagdad. La carta del emperador venia escrita en pergamino con caracteres de oro y azul; esta carta contenía otra en fondo azul y letras de plata, en que se expresaban los regalos que ofrecerían al príncipe musulmán los enviados del monarca bizantino. La primera estaba escrita de mano del mismo emperador, de quien dicen que era un excelente calígrafo. Cerrábala un sello de oro, de peso de cuatro mitcales, en cuyo anverso se representaba el rostro de Cristo, y en el reverso los bustos de Constantino y de su hijo Romano. Esta carta iba dentro de una cajita de plata elegantemente cincelada, sobre la cual en un cuadro de oro se veía el retrato de Constantino pintado sobre el cristal. Otra segunda caja de forma de un carcaj, forrada de tela tejida de oro y plata, servía de cubierta a la primera. La carta comenzaba así: «Constantino y Romano, adoradores del Mesías, ambos emperadores y soberanos de Roma, al grande, al glorioso, al noble Abderrahman, Califa reinante de los árabes de España, prolongue Dios su vida, etc.»

El recibimiento no podía menos de corresponder, y aún era de esperar que excediese en magnificencia y brillo a la embajada. Desde que Abderrahman supo que venían los embajadores había enviado a la frontera a Yahia ben Mohammed con un escogido cortejo para recibirlos, y cuando se aproximaron a la corte, las mejores tropas con los jefes más distinguidos salieron a darles escolta. Alojáronse en el placio Meruan, y allí estuvieron sin comunicarse con nadie hasta el día de la recepción solemne, que fue el 11 de la luna de rabie primera (7 de setiembre de 949). Aquel día las tropas de la guardia se pusieron de gran gala; el pórtico, vestíbulo y escalera del alcázar se adornaron con ricas colgaduras. El califa estaba sentado en su trono con sus hijos a la derecha, sus tíos a la izquierda, y sus ministros a un lado y otro en el orden de su respectiva jerarquía; los hijos de los vazzires, con los funcionarios subalternos, vestidos con ricos trajes, ocupaban el fondo del salón, cuando comparecieron los embajadores, e hicieron presentación al califa de la carta de Constantino. Abderrahman para hacerles los honores mandó a los poetas y literatos de su corte que celebrasen la grandeza del islam y del califato, dando gracias a Dios por la protección manifiesta

que había dispensado a su santa religión humillando a sus enemigos. Cuentan con este motivo una curiosa anécdota, en que no sabemos si habrá tenido alguna parte la imaginación hiperbólica de los escritores orientales.

Dicen que turbados oradores y poetas con el brillo y majestad que presentaba aquella asamblea, bajaron los ojos y apenas pudieron tartamudear las primeras frases de sus discursos. Mohammed ben Abdilbar, encargado por Alhakem, hijo mayor del califa, de pronunciar una oración, al tiempo de comenzar a hablar se sintió indispuesto y no pudo proseguir. Hallábase de huésped del califa un afamado sabio y poeta, llamado Abu Ali al Kaly, el cual fue con este motivo invitado a hablar; pero ni él ni nadie pudieron pronunciar sino algunas palabras. Presentóse entonces un joven, a quien nadie tenía por poeta, y sin haberse preparado pronunció un largo discurso, que más bien, dicen, fue un largo poema, con tal facilidad, elegancia y facundia, que dejó atónita la asamblea, y aquel hombre hasta entonces ignorado y oscuro fue mirado ya como un genio superior. Llamábase Almondhir ben Said, y tan satisfecho quedó el califa de las disposiciones de aquel joven, que le confirió de pronto una de las primeras dignidades de la mezquita de Zahara, y después le hizo Cadí de los cadíes de la grande aljama de Córdoba, en cuyo empleo murió con gran reputación de predicador, poeta y escritor moralista.

Los embajadores después de haber visitado y admirado las maravillas de Córdoba despidiéronse del califa, el cual dispuso que los acompañara uno de sus vazzires hasta Constantinopla, con encargo de saludar al emperador, de llevarle algunos presentes, que consistieron en hermosos caballos andaluces, con jaeces y armas, y de mantener allí y estrechar los lazos de amistad que ya unían a los dos príncipes.

Habíase extendido la fama de Abderrahman y de su grandeza por toda Europa, y embajadores de otros monarcas extranjeros vinieron entonces a la capital de los musulmanes de Occidente. Cuéntanse entre ellos los del rey de los Esclavones, los de Hugo, rey de Italia y de Provenza , y los de la reina viuda de Carlos el Simple, y madre de Luis de Ultramar, a quienes acompañaron enviados de Suniario conde de Barcelona, los cuales todos volvieron maravillados de la esplendidez de la corte del califa. Hallábase, pues, Abderrahman III. en el apogeo de su poder y de su gloria, cuando vino a acibarar sus satisfacciones un suceso de familia de que ahora daremos cuenta, no por serlo de familia, sino por el influjo que tuvo en la suerte del estado.

Tenía Abderrahman dos hijos, Alhakem y Abdallah, ambos de brillantes prendas, de talento distinguido, y celebrados ambos por su vasta erudición. Abdallah era poeta, astrónomo, filósofo y jurisperito, y había escrito una historia de los Abassidas. Gozaba de gran popularidad; pero Abderrahman amaba con predilección a Alhakem; habíale educado con esmero, y proporcionádole los maestros y profesores de más reputación y saber: entre otros había hecho venir a costa de oro al que en Oriente tenía más celebridad por su ciencia y erudición, y éste era el que instruía y acompañaba constantemente al príncipe, con el cual vivía en el palacio de Zahara: llamábase Abu Aly al Kaly, y era el mismo a quien hemos nombrado en la solemne recepción de la embajada de Constantinopla. Digno Alhakem por su instrucción, por su bondad, y hasta por su carácter amable de ocupar el trono de los Ommiadas, había sido declarado por su padre walí alahdi, o príncipe heredero, ante el cuerpo reunido de los walíes, vazzires, alcatibes y demás altos funcionarios del estado, según costumbre.

Pero Abdallah tenía a su lado un consejero ambicioso , Ahmed ben Mohammed conocido por Ben Abdilbar, a quien también hemos nombrado en la audiencia de los embajadores griegos, que queriendo explotar para sí la popularidad de Abdallah, comenzó por adularle diciendo que todo el pueblo estaba resentido de la preferencia que su padre había dado a su hermano; que conocía la superioridad de las prendas y de los merecimientos de Abdallah, y que por lo tanto estaba muy dispuesto a hacer una aclamación popular en su favor, y a obligar al califa a revocar la declaración hecha, para lo cual solo se necesitaba que diese su consentimiento: que en esto su padre no haría sino seguir el noble ejemplo del primer Abderrahman, el fundador dela dinastía de los Omeyas, que no había vacilado en dar la preferencia a su hijo Hixem sobre sus dos hermanos mayores Suleiman

y Abdallah atendiendo a la superioridad de sus talentos, que era el mismo caso en que él se hallaba con Alhakem su hermano. En fin, tales razones le dijo el ambicioso consejero, y tan fácil y segura le representó la empresa, que el buen Abdallah , no exento de la flaqueza común a todos los hombres, y más común a los príncipes, de creer todo lo que les lisonjea, dejóse deslumbrar hasta el punto, no sólo ya de acceder a que hiciese el pueblo la demostración ofrecida, sino a fomentarla por su parte hablando al efecto y tratando de ganar a los walíes y caudillos y a los hombres de más valer. Así fascina y pierde muchas veces a los mejores y más virtuosos príncipes la lisonja y la instigación de un consejero interesado y ambicioso. Eralo en gran manera Abdilbar bajo un exterior modesto y humilde; pero menos prudente y cauto que intrigante, confió el secreto de la conjuración a uno con quien equivocadamente se atrevió a contar, y éste lo denunció todo al califa, designando el día en que estaba dispuesta y acordada la revolución, que era el de la pascua de las Víctimas, una de las cuatro pascuas que celebraban los musulmanes de España.

Consultó el califa sobre tan grave negocio con su tío Almudhaflar, y para averiguar la verdad que pudiera haber en la delación acordaron despachar uno de los vazzires de palacio con la misión de sorprender a media noche el de Meruan en que habitaba Abdallah. Hízolo así el vazzir, y habiendo hallado al príncipe acompañado de Abdilbar y de otro caballero conocido con el nombre del Señor de la Rosa (Sahed al Ward), los prendió a todos tres por sospechosos y los condujo al palacio de Medina Zahara, donde fueron encerrados separadamente y sin comunicación. Cuando Abdallah fue presentado a su padre, le preguntó éste: «¿Te tienes por ofendido por que no reinas?» Abdallah dio sólo lágrimas por respuesta. Interrogado después por dos vazzires del consejo de Estado declaró cuanto había, por instigación de quién obraba, y que todo era obra de las sugestiones de Abdilbar, que aspiraba a ser cadí de los cadíes de todas las mezquitas de España, pero que el Señor de la Rosa era inocente y no tenía complicidad alguna en la conspiración. Ni la franqueza, ni el arrepentimiento, ni el llanto le sirvieron al infeliz Abdallah; Abderrahman obró menos como padre que como inexorable juez, y el ilustrado príncipe fue sentenciado a muerte el día de la pascua de las Víctimas, el señalado para estallar la conspiración. El pérfido Abdilbar se suicidó en la cárcel la noche de la víspera en que había de ser ejecutado[621].

Dícese que Alhakem pidió a su padre el perdón de su hermano, y que Abderrahman le respondió: «Bien están de tu parte la intercesión y los ruegos, y si yo fuese un hombre privado y pudiera escuchar sólo los impulsos y sentimientos del corazón, desde luego accedería a tus súplicas; pero como imán y califa que soy, tengo un deber de justicia que cumplir y dar ejemplo de ella a mis pueblos mientras viva: yo debo imitar al gran califa Oman ben Alchitab: así, pues, ni tus lágrimas, ni mi desconsuelo y el de toda nuestra casa pueden librar a mi desgraciado hijo de la pena debida a su crimen.» El infeliz Abdallah también intercedió con su padre pidiéndole por el Señor de la Rosa: «Señor, le dijo, que no padezca un inocente por mi culpa.» Estas fueron las últimas palabras del desgraciado príncipe. Aquella misma noche recibió la muerte en su propia habitación, y al siguiente día fue enterrado en el cementerio de la Ruzafa, acompañando sus restos mortales sus mismos hermanos y toda la nobleza de Córdoba. Severidad admirable de un padre, y lastimoso y sensible sacrificio el de un hijo de tan grandes prendas (950).

«Como las desgracias no vienen solas, añade aquí el historiador arábigo, poco después falleció el príncipe Almudhaffar, tío del rey, con grande sentimiento de éste que le amaba como a padre.» Y bien pudo sentirlo, porque en él perdió el mejor y más acreditado y temible guerrero del imperio, y sobre todo un príncipe que había sido para él el tipo de la lealtad, de la nobleza y de la generosidad.

Era esto en ocasión que Ordoño III. acababa de suceder a su padre Ramiro en el trono de León. Príncipe hábil, valeroso y discreto el tercer Ordoño, hubiera podido dar al reino días de ventura si desde el principio no se hubiera levantado contra él su hermano Sancho, llamado después el Gordo, gobernador de Burgos. Tuvo Sancho maña para arrastrar a su partido no solo a su tío García de Navarra, sino también a Fernán González, suegro del de León, que así correspondió álos

621 Abu Omar ben Afif, en su Historia que perfeccionó Ben Hayan. Conde, cap. 83.

deberes de deudo y al juramento de fidelidad prestado a Ramiro en la prisión. De acuerdo el ingrato conde con el desnaturalizado Sancho, entráronse cada uno con su ejército por tierras de León para caer simultáneamente sobre la capital. Pero engañáronse en sus cálculos, porque prevenido Ordoño, hallaron los pasos tan cerrados, tan fortificadas las plazas, y tan apercibidas y bien distribuidas las tropas reales, que convencidos de las insuperables dificultades de su empresa tuvieron que desistir y retirarse vergonzosamente a sus casas (952).

Todo el golpe de esta campaña vino a descargar sobre la reina; porque irritado Ordoño de la infidelidad de su suegro, repudió a su hija, buscando en la infecundidad de Urraca motivo o pretexto para la anulación del matrimonio, pasando después a contraer segundas nupcias con Elvira, hija del conde de Asturias Gonzalo, de quien tuvo a Bermudo que llegó a reinar más adelante.

No bien frustrada la tentativa de Sancho, un nuevo movimiento estalló en Galicia que llenó de amargura el corazón todavía lacerado de Ordoño: pero acudiendo prontamente con un ejército respetable logró fácilmente sujetar a los turbulentos, sin que nadie osara más rebelarse contra el legítimo monarca; el cual viéndose allí con fuerzas imponentes no quiso volver a León sin señalarse con alguna empresa contra los mahometanos. Entróse, pues, por tierras de Lusitania, avanzó hasta la embocadura del Tajo, tomó y saqueó a Lisboa, y regresó a León victorioso con multitud de despojos y cautivos. Invasión tan atrevida exasperó a los musulmanes, y a su vez penetraron en Castilla, talando también y saqueando pueblos desde San Esteban de Gormaz hasta las puertas de Burgos. La política o la necesidad había obligado al conde Fernán González a volverse a poner al servicio del rey de León, y castellanos y leoneses marcharon ya juntos contra los moros, persiguiéndolos hasta el Duero, y forzándolos a dejar en su poder tiendas, prisioneros y caballos (954). Los historiadores arábigos traducen, no obstante, esta campaña como gloriosa a sus banderas, suponiendo haber arrojado a los cristianos de Setmánica (Simancas) y de otras fortalezas del Duero, llevando sus algaras hasta los montes con gran matanza de infieles y gran presa de despojos, cautivos y ganados. Que así se confunde y oscurece la verdad histórica por el empeño de interpretar cada historiador los sucesos de una misma campaña en favor de las armas de su nación.

Disponíase Ordoño III. a pelear otra vez en persona contra los sarracenos al año siguiente, cuando la muerte vino a atajar sus pensamientos en lo mejor de sus días. Falleció, pues, Ordoño en Zamora (agosto de 955) después de un corto reinado de poco más de cinco años y medio. Su cuerpo fue trasportado a León y sepultado en la iglesia de San Salvador al lado del de su padre Ramiro[622].

Con esto quedó abierto el camino del trono a su hermano Sancho que tan ansiosamente había mostrado codiciarle. Reinó pues Sancho I., y reinó el primer año con sosiego y tranquilidad. Pero al siguiente (956) «dispuso el Dios de las venganzas, dice no sin oportunidad un escritor moderno, que sufriese los mismos trabajos que él había hecho padecer a su hermano, y por los mismos caminos y con resultas todavía más pesadas.» Y así fue, que el conde Fernán González, que parecía ser el instrumento escogido por la Providencia o para castigar los vicios o para poner a prueba las virtudes de todos los reyes de León; este mismo conde que años antes había sido el alma de las pretensiones de Sancho contra su hermano Ordoño III. concertóse ahora con otro Ordoño, hijo de Alfonso (el monje de Sahagún) para destronar al que antes había favorecido. Fernán González había casado a su hija Urraca, la repudiada de Ordoño III., con este otro Ordoño, y entraba en sus intereses colocar otra vez a su hija en el trono de León. Esta vez fue el conde de Castilla más afortunado: logró cohechar las tropas del rey, faltóle a Sancho el apoyo de la fuerza material, y se vio precisado a huir de León y buscar un asilo en Pamplona al lado de García su tío, dejando el trono a merced de otro Ordoño, cuarto de su nombre.

No negó el navarro al destronado sobrino la hospitalidad debida al infortunio, más no se atrevió o no pudo suministrarle socorros positivos con que pudiese recobrar el perdido trono. Aconsejóle, sí, que pasara a Córdoba a ponerse en manos de los médicos árabes para que le curaran aquella excesiva obesidad a que debió el sobrenombre de Sancho el Gordo o Sancho el Craso, con que es conocido en la historia: grosura tal, que le inhabilitaba, dicen , para el manejo de las armas,

622 Samp. Chron.

para montar a caballo y para todo ejercicio militar, que en unos tiempos en que tan necesaria era la actividad personal a los reyes equivalía a imposibilitarle para el gobierno del reino. Decidióse Sancho a hacer el viaje, despachó García embajadores al califa cordobés, hizo que acompañaran a su sobrino varios personajes de su corte, entre los cuales afirman algunos haber ido la reina madre, Teuda, abuela de Sancho. Aunque el objeto ostensible de este viaje era la curación del obeso monarca, llevaba además el fin político de interesar al califa en su favor por si llegaba la oportunidad de poder reclamar sus derechos al trono: que ya los reyes de León y de Navarra no eran aquellos primitivos caudillos de groseros y rudos montañeses, sino príncipes que sabían manejarse con una astucia que hoy llamaríamos diplomacia.

Fue Sancho recibido en Córdoba con aquella cortesanía que distinguía a los árabes, y Abderrahman lo hizo alojar en su mismo palacio, dándole sus propios médicos para que le asistiesen y tratasen. Plácenos ver a dos príncipes de enemigas religiones y pueblos, al uno arrojarse confiadamente en brazos del otro buscando en él y en sus sabios el remedio a sus males, al otro hospedándole en su propio alcázar y haciendo servir a su bienestar la ciencia de sus doctores, siendo tan admirable la generosa correspondencia del sarraceno como la noble confianza del cristiano. Tuvo Sancho la fortuna y los médicos cordobeses el acierto de corregir su extremada obesidad, y hasta de volverle toda la agilidad y soltura de la juventud[623]. Mas para esto hubo de hacer larga residencia en Córdoba, y en este intervalo se instruía en la lengua de los árabes y en sus costumbres, captábase mañosamente la gracia del califa y del diván mismo, ayudábale también el rey de Navarra con sus manejos, y cuando al cabo de tres años de permanencia trató ya seriamente de los medios de recuperar el usurpado trono encontró tan propicios a Abderrahman y sus principales jeques, que llegaron a poner a su disposición un ejército musulmán. Las crónicas no expresan las condiciones del tratado que debió ajustarse entre el destronado huésped y el poderoso Miramamolín, pero los resultados inducen a creer que fueron harto generosas por parte del califa y nada humillantes para el rey depuesto.

Vio, pues, España por primera vez con asombro ponerse en marcha un ejército agareno conducido por un príncipe cristiano. Emprendió este en derechura el camino de León (959). Ordoño IV. llamado el Intruso, y a quien por sus violencias y exacciones apellidaban también el Malo, no tuvo valor para esperar las huestes sarracenas, y de noche y a la escapada se refugió a Asturias, donde esperaba con ayuda de algunos parciales mantenerse contra su rival. Continuó Sancho majestuosamente su marcha de ciudad en ciudad, aclamándole las más como libertador, sujetando con las armas a las que le resistían, que eran las menos, porque el escaso partido que tenía Ordoño el Malo acabó de perderle con su cobarde fuga, y apenas había quien se atreviera a defender su causa. Así llegó Sancho a León, donde le esperaban numerosos parciales, y ganada la capital sometióse luego todo el reino de sus mayores.

Ordoño, no considerándose ya seguro en Asturias, pasó con su familia a Burgos; pero allí donde pensaba encontrar más favor y apoyo, ni siquiera encontró un asilo. El conde Fernán González su suegro, único que hubiera podido protegerle, había salido a defender las tierras de Castilla acometidas por el rey de Navarra, y él y su hijo fueron hechos prisioneros por García en el pueblo de Cirueña (960), y de allí enviados a Pamplona[624]. Los burgaleses, sin dolerse siquiera del infortunio, y sin mostrarse conmovidos de la suerte de un monarca abandonado y prófugo, apoderáronse de su mujer Urraca y de sus dos hijos, y a él le hicieron salir de la ciudad, no quedándole otro recurso que pasarse a los dominios de los moros de Aragón, entre los cuales vivió algún tiempo haciendo una vida harto desgraciada y miserable, y allí murió ignorado y oscuro, sin que se sepa siquiera el lugar en que acabó su existencia infortunada[625]. Tal fue el desastroso fin de

623 Crassitudinem ejus abstulerunt a ventre ejus, et ad pristinam levitatis astutiam reductus, etc. Samp. Cron. 1. c.

624 Moret, Investigaciones, lib. II, cap. 10.—Annal. Compostel. ad ann. 960. Según estos Anales, cuando García vio afianzado ya a su sobrino en el trono de León, sacó de la prisión al conde y le envió libre a Castilla.

625 Samp. Chron. n. 26.

Ordoño, cuarto de este nombre, llamado *el Intruso*, y más conocido en las historias por *Ordoño el Malo*.

De este modo Abderrahman, de enemigo que había sido de los cristianos, vino en cierto modo a hacerse mediador de sus diferencias, y con haber logrado colocar y asegurar en el trono a su protegido se halló en paz con toda la España. Sancho por su parte, viéndose tranquilo poseedor del reino, pensó en tomar estado, y se enlazó en matrimonio con doña Teresa (961), hija del conde de Monzón Ansur Fernández, de quien tuvo a Ramiro, que más adelante veremos reinar también.

Aún se prolongó por algunos años el reinado de Sancho. Pero las circunstancia de haber ocurrido este mismo año la muerte del califa Abderrahman III., personaje interesante y colosal del siglo X., nos mueve a dejar por ahora al repuesto rey de León para dar cuenta do lo que entretanto había acaecido en la corte y dominios de los musulmanes españoles bajo el más esclarecido de sus príncipes.

Habíase hecho el califa español dueño de una gran porción de la Mauritania, si bien teniendo que desplegar un rigor y una severidad inflexibles para con las tribus bereberes, que siempre turbulentas, inconstantes siempre, sin fe ni palabra, haciendo causa tan pronto con los Fatimitas, tan pronto con los Edrises, apenas pasaba año en que no fatigasen con alguna revolución al califa cordobés. Bien se necesitaba el rigor de Abderrahman para tener a raya a aquellos díscolos y volubles africanos.

Un hecho privado, y pudiera decirse casual, vino a proporcionar a Abderrahman la conquista de las principales y más opulentas ciudades de la costa de África. Apoderadas sus escuadras de Túnez, sacaron de allí riquezas inmensas, así en oro y pedrería, como en telas y vestidos de todo género, y como en armas, caballos y esclavos; tanto, que después de deducido el quinto para el califa, y después de hacer una distribución abundante a los generales, capitanes y soldados, hasta el punto de quedar satisfechos andaluces y zenetas, aún le restó al hahgib una suma cuantiosísima. Recibióle Abderrahman con alegría grande, hízole muchos honores, y lo señaló una renta anual de cien mil doblas de oro.

Pero por grande que fuera el premio que del califa recibiese Ahmed ben Said, aún fue mucho mayor y más espléndido el regalo que éste hizo al emir Almumenin de la parte que le tocó de los despojos de aquella expedición. Consistió este célebre regalo, según lo refiere Aben Chalican, en los objetos siguientes: cuatrocientas libras de oro puro de Tibar, valor de cuatrocientos mil zequíes en plata en barras, cuatrocientas libras de madera de linaloe, quinientas onzas de ámbar, trescientas onzas de alcanfor precioso, treinta piezas de tela de oro y seda, ciento y diez pieles de martas finas de Korasan, cuarenta y ocho cubiertas o caparazones de oro y seda para caballos, tejidas en Bagdad, cuatro mil libras de seda en madejas, treinta alfombras de Persia, ochocientas armaduras de hierro bruñido para caballos de guerra, mil escudos, cien mil flechas, quince caballos árabes de raza con ricos jaeces recamados de oro, cien caballos de África y de España bien enjaezados, veinte acémilas con sillones y cubiertas largas, cuarenta esclavos jóvenes, y veinte lindas esclavas, todas con vestidos preciosos, y una casida o composición larga de elegantes versos en elogio del rey, obra del mismo Ahmed ben Said[626]. Todo aparece grande y suntuoso en el reinado del tercer Abderrahman.

No pudiendo ya sufrir Maad ben Ismail, cuarto califa Fatimita, el engrandecimiento del imán de Córdoba en África, envió a su caudillo Gehwar el Rumi con veinte mil caballos de Ketama y Zanhaga, y muchos más de otras tribus, con orden de que ocupara los estados de Almagreb. El walí de Abderrahman de Córdoba reunió también sus cabilas de zenetas y mazamudas, y saliéronse al encuentro ambas huestes. Gehwar ofreció grandes premios al que quitara la vida al walí del califa español, y en efecto logró el placer, que placer era éste siempre para todo sarraceno, de enviar su cabeza a Maad ben Ismail, el cual la hizo pasear clavada en una lanza por las calles de Cairwan. A

---

626 Conde, en el cap. 84,supone este famoso regalo de Ahmed ben Said como hecho de vuelta de su anterior incursión en Galicia. A no dudar se distrajo en esto el ilustrado orientalista español, pues si aún traídas estas riquezas de la opulenta ciudad de Túnez, no puede menos de sospecharse algo de exageración en el relato, ¿cómo pudo haberlas recogido en las pobres poblaciones cristianas, donde eran además desconocidos la mayor parte de estos objetos?

esta victoria siguieron otras, y a principios del año 960 se atrevió ya el vencedor Fatimita a poner cerco a la ciudad de Fez, principal asiento del poder del califa español en África. Combatióla día y noche sin descanso, y al cabo de trece días la tomó por asalto con gran mortandad de andaluces y zenetas que se defendieron hasta morir: la ciudad fue saqueada, cautivado su gobernador, y demolidos sus muros y las torres de sus puertas. En pocos meses se apoderó el valiente Fatimita de todas las ciudades de Almagreb, a excepción de Ceuta, de Tánger y Tlencen que defendían las tropas de Abderrahman. El cautivo walí de Fez con otros quince caballeros, juntamente con el gobernador prisionero de Sigilmesa, fueron llevados encadenados y desnudos en lomos de camellos; y cubiertas sus cabezas con andrajos de lana y cuernos entrelazados, paseáronlos así por las calles y plazas de Cairwan y de Mahedia, y encerráronlos después en calabozos donde todos perecieron.

Vivamente alarmado Abderrahman con estas noticias, recibidas en ocasión que acababa de perder a su primer ministro Ahmed ben Said, y cuando todavía lloraba las muertes de su hijo Abdallah y de su tío Almudhaffar, en el mal humor que todos estos disgustos le produjeron juró vengar los ultrajes recibidos en Almagreb, y con los arranques de una melancólica desesperación mandó hacer prontos y numerosos aprestos de gente y naves y que pasaran a África a volver por el honor de los Omeyas de Córdoba. Embarcáronse con presteza y diligencia tropas de a pie y de a caballo, y unidas con las que guarnecían a Ceuta, Tánger y Tlencen, pelearon con tanto valor y con tan próspera fortuna, que en pocos meses recobraron las ciudades y fortalezas perdidas, y tomaron por asalto a Fez, quedando así dueños de todo el país desde Fez hasta el Océano. En todos los alminbares y mezquitas de Almagreb fue proclamado emir Almumenin el poderoso califa de Córdoba Abderrahman Anasir Ledinala con general contentamiento y aplauso de los pueblos y cabilas zenetas[627].

Así iban las cosas de Abderrahman en sus últimos años por parte de las armas y de la conquista. Había pacificado la España árabe aniquilando todas las facciones intestinas que la infestaban; el rey cristiano de León era hechura suya; vivía en amistad con el de Navarra; enviados del conde de Barcelona habían venido a su corte; príncipes y monarcas italianos, franceses, esclavones y griegos habían solicitado su amistad y enviádole embajadores que volvían haciendo lenguas de su grandeza; las naves de Egipto y de Túnez habían caído en su poder, y en África acababan de triunfar sus armas , y en todas las mezquitas resonaba su nombre como el de un salvador. Réstanos dar cuenta de otra embajada que recibió de otro príncipe contemporáneo, de Otón I., rey de la Germania, emperador de Alemania después, llamado el Grande: embajada notable y curiosa, llena de lances dramáticos, que nos revelarán el espíritu religioso y político de los hombres de ambas creencias muslímica y cristiana en aquella época, y el genio y carácter de Abderrahman.

El califa de Córdoba había tenido que enviar un mensaje al gran jefe de la *Alamanya* que ellos decian. La carta misiva de Abderrahman contenía varias frases de aquellas que tan familiares eran a los muslimes y que nunca faltaban en sus documentos oficiales, esto es, elogios de su religión, de la protección que Dios dispensaba a los mahometanos contra los infieles, de las excelencias del islamismo sobre el Evangelio y la Cruz, y otras semejantes. Pareciéronle a Otón estas expresiones otras tantas injurias que se hacían al Dios de los cristianos, y retuvo mucho tiempo a los enviados del califa, como quien temía con su respuesta ocasionar una ruptura. Pero era menester tomar una resolución, y la resolución fue despachar una embajada a Córdoba, menos al parecer para tratar negocios políticos que para responder a la parte injuriosa de la carta de Abderrahman en que se vulneraba la religión cristiana. El sabio Bruno, arzobispo de Colonia y hermano de Otón, se encargó de redactar la respuesta; respuesta en que prodigaba algunos más denuestos a Mahoma y al Corán que los que de la carta del califa se hubieran podido sacar contra Cristo. Necesitábase para llevar esta carta una persona de resolución y arrojo, que no temiera arrostrar la cólera del califa. Un monje de la célebre Abadía de Gorza se ofreció espontáneamente a ello, acaso con la esperanza del

627 Cartas de Abd el Halim.—Conde, part. II. cap. 86.

martirio: llamábase este monje Juan, y se le dio por adjunto a otro monje de la misma Abadía nombrado Garamanno. Partieron, pues, los dos mensajeros camino de España, y llegaron a Córdoba donde hallaron una acogida benévola de parte del monarca musulmán; el cual les destinó una casa distante dos millas de su palacio, los hizo tratar con un lujo verdaderamente regio, pero en aquella especie de cautividad dorada los tuvo más y más tiempo sin que pudieran dar cuenta de su misión.

Preguntaron ya los buenos monjes en qué consistía que tanto se tardara en admitirlos a la presencia del rey, a lo cual les fue respondido que pues los enviados del califa habían sido detenidos tres años por su monarca, ellos lo serian tres veces más, es decir, nueve años. La verdad era que habiéndose traslucido que la carta del rey Otón contenía frases injuriosas a Mahoma y su religión, y prescribiendo expresamente el Corán que el que tal hiciese o autorizase fuese irremisiblemente condenado a muerte, quería el califa evitar este extremo dando largas y moratorias hasta ver si se hallaba medio hábil de salir de aquel compromiso. Ni el califa quería faltar a la ley, ni hubiera podido aunque quisiera, porque noticiosos los principales musulmanes de Córdoba del contenido de la carta, y recelando que el califa quisiera ser indulgente con los portadores de ella, presentáronse un día tumultuariamente en palacio, exigiendo la observancia de la ley del Corán, y costó no poco trabajo a Abderrahman sosegar aquel movimiento hijo del celo religioso. Deseando el califa conciliarlo todo del mejor modo posible, envió a decir al monje Juan, que desde luego le recibiría, siempre que no presentase las cartas del rey de Germania: el comisionado de Abderrahman se esforzó inútilmente en hacer ver al monje cristiano los inconvenientes y peligros que esto podía traer: el monje se mostró obstinado e inflexible; pero más prudente el califa quiso todavía darle tiempo para que lo pensara mejor, a cuyo efecto mandó que se le dejara solo y entregado a sus meditaciones, sin más compañía que la del otro monje su adjunto.

Al cabo de algunos meses pasó de orden del califa el obispo mozárabe de Córdoba a la habitación del monje Juan, con el solo objeto de persuadirle a que desistiera de presentar las ya ruidosas cartas, haciéndole ver que de insistir en su empeño, además de seguirse una colisión entre los dos pueblos, se vería el califa obligado a usar con él personalmente de una severidad que no podría evitar. Pero si duro había estado el monje embajador con el que le había hablado primeramente, estuvo aún más en esta entrevista con el obispo mozárabe, reprendiéndole a él mismo por la sumisión con que vivían él y su iglesia a un príncipe mahometano, y concluyendo con decir que nada en el mundo le haría cejar de su resolución. Comunicada a Abderrahman esta respuesta, todavía quiso evitar un conflicto, y discurrir algún medio de ablandar el duro temple de alma del monje cristiano, que le causaba no poca admiración. Trascurrieron algunas semanas más, y nuevos enviados pasaron a tantear las disposiciones del monje de Gorza, al cual hallaron inmutable en su propósito. Entonces el califa determinó ensayar si por el terror conseguía lo que no había podido recabar por la prudencia y la blandura; y conociendo que la amenaza de un castigo personal no bastaría a doblegar a un hombre de tanto corazón y de ánimo tan firme, hízole entender, que si persistía en su temeridad, decretaría una persecución contra todos los cristianos de sus dominios, y que él solo por su obstinación sería responsable de todas las víctimas y de todas las desgracias que se siguieran. Ni esto bastó a hacer desistir al inexorable monje, parapetándose en que su deber era ejecutar las órdenes de su monarca, sucediese lo que quisiera.

Ya eran los cristianos mozárabes los más interesados en buscar una solución a tan difícil y delicado negocio. Hablaron, pues, con el monje Juan, y se acordó proponer al califa que se enviase nueva embajada al rey Otón informándole de los embarazos en que se hallaban, y pidiéndole nuevas instrucciones para ver el medio de salir de ellos. A todo accedió Abderrahman, y como no se encontrara quien se prestase a desempeñar tan delicada misión, publicó un edicto prometiendo un favor especial al que se ofreciese a pasar a Germania, y todo género de presentes para cuando volviese a Córdoba.

Había en el palacio de Abderrahman un lego llamado Recemundo o Raimundo, empleado en la secretaría del califa por su instrucción en las lenguas latina y arábiga. Viendo Recemundo una ocasión de prosperar y acaso de elevarse a un alto puesto, y asegurado por Juan de que sería bien

recibido, aceptó la embajada con una sola condición, la de obtener el obispado de Illiberis que se hallaba vacante. No tuvo dificultad el califa en acceder a ello, y de simple lego que era se encontró de repente Recemundo convertido en prelado de una de las primeras iglesias de Andalucía[628]. Consagrado obispo, y recibidas sus instrucciones como embajador, partió de Córdoba y al cabo de algunas semanas llegó a la abadía de Gorza, donde fue recibido con mucho agasajo, y aún le acompañaron después a Francfort, donde Otón tenía entonces su corte. Presentado Recemundo al emperador, fácilmente consiguió lo que deseaba. Otón despachó un nuevo enviado a Córdoba acompañando a Recemundo con un escrito en que autorizaba a Juan a suprimir o no presentar la carta primera , causa de todos aquellos debates, y a negociar en cambio un tratado de paz y amistad que pusiese fin a las incursiones de los bandidos sarracenos que infestaban el imperio de Otón. Recemundo y Dudon (que era el nombre del otro mensajero) llegaron a Córdoba a principios de junio de 959.

Presentóse inmediatamente el nuevo enviado en el palacio del califa pidiendo audiencia. «No consiento, contestó Abderrahman, en ver a nadie sin que venga antes ese monje testarudo que tanto tiempo me las ha estado apostando. Los otros se podrán presentar después.» Y envió una comisión a Juan mandándole comparecer a su presencia. Poco faltó para que otra vez burlara al califa aquel monje singular. Cuando los vazzires fueron a comunicarle la orden le encontraron despeinado y con barbas, con su túnica de sayal tosca y no nada limpia. Expusiéronle los vazzires que para poder presentarse al califa era menester que se hiciera rasurar la barba y peinar el cabello, así como ponerse otro vestido más decoroso, pues el califa no acostumbraba a recibir a nadie en traje desaliñado. El monje contestó sin turbarse que aquel era el hábito de su orden, y que no tenía otro. Dijéronselo así a Abderrahman, quien se apresuró a mandarle diez libras de plata, cantidad que consideró sobrada para que pudiera hacerse un traje cual correspondia. Juan aceptó la suma, y dio las gracias al califa por su atención y generosidad, pero la distribuyó entera a los pobres, y volvió a repetir que no se presentaría sino con su ropaje ordinario. «Pues bien, exclamó ya Abderrahman al anunciarle esta última resolución, que venga como él quiera, aunque sea envuelto en un saco si así le parece, y decidle que no dejaré por eso de recibirle bien.» Era menester tanta paciencia y bondad del califa para tanta obstinación y terquedad del monje.

Fijóse, pues, el día para su recepción, y Abderrahman hizo desplegar la más suntuosa pompa y aparato para hacer los honores al ya célebre benedictino. En toda la carrera desde la casa del humilde monje hasta el palacio del poderoso califa estaban escalonadas las tropas de infantería y caballería de la guardia, los unos con sus picas apoyadas en tierra, los otros blandiendo dardos y venablos y ejecutando una especie de simulacro de combate, los otros oprimiendo con sus largas espuelas los ijares de sus caballos, y haciéndolos retozar y caracolear de mil maneras. Unos grupos de moros, probablemente dervises, especie de monjes de la religión musulmana, que solían asistir a todas las ceremonias públicas, iban dando saltos y haciendo ridículas contorsiones, ataviados también de un modo extravagante y raro. Al-aproximarse el monje cristiano al real alcázar salieron a su encuentro los principales dignatarios del califa. El atrio estaba cubierto de vistosas y ricas alfombras. El monje Juan fue introducido al fin por medio de dos filas de magníficos sillones a la presencia del príncipe de los muslimes, que sentado sobre blandos y suntuosos cojines con las piernas cruzadas a estilo oriental aguardaba al embajador en un salón cubierto de riquísimos tapices y lelas de seda.

Cuando el monje lorenés estuvo ya cerca del califa español, diole éste a besar la palma de su mano, honor que dispensaba muy rara vez a los más elevados personajes, nacionales o extranjeros; y le hizo seña de que se sentara en un sillón que a su lado preparado le tenía. Un intervalo de silencio se siguió a esta ceremonia. Rompióle el califa exponiendo las causas que habían retardado aquella audiencia, contestó Juan de Gorza, y en seguida hizo entrega de los presentes del rey Otón; y como luego hiciera ademán de retirarse, «oh, no, exclamó el califa, no lo consentiré sin obtener

628 Viose en efecto en la iglesia mozárabe el ejemplar doblemente extraño de un lego elevado a la dignidad episcopal sin pasar por los grados intermedios, y de un prelado católico nombrado por un emperador mahometano.

antes palabra de que nos habremos de ver muchas veces, y de que nos habremos de tratar para conocernos mejor.» Prometióselo así Juan de Gorza, y salió complacido y satisfecho de haber hallado en el príncipe musulmán un hombre que estaba lejos de merecer el epíteto de bárbaro que entonces aplicaban los cristianos a todos los ismaelitas.

Las entrevistas y conferencias se repitieron conforme habían convenido: en ellas se informó el califa de las fuerzas y poder del rey Otón, del número de sus tropas, de su sistema de guerra y de gobierno, y de otras circunstancias: y después de haber hablado y cuestionado diferentes puntos, y quedada mutuamente aficionados el emir y el monje, partió éste a dar cuenta al emperador del éxito de sus negociaciones, con lo cual quedaron amigos el emperador germano y el príncipe musulmán. Tal fue el resultado de la célebre embajada de Juan de Gorza, que pudo haber sido trágico para éste y de muy desagradables consecuencias para los dos pueblos sin la extremada prudencia de Abderrahman.[629]

Por desgracia no había sido siempre este príncipe tan tolerante con los cristianos. O era desigual su carácter, o había mudado con la edad. Porque diametralmente opuesta había sido su conducta con el cristiano español Pelayo, aquel joven sobrino del obispo Hermogio de Tuy que recordará el lector haber sido dado en rehenes a Abderrahman para rescatar a su tío hecho prisionero en la batalla de Valdejunquera. Era, dicen, Pelayo tan hermoso como discreto, y hacía ya tres años que estaba cautivo en Córdoba, cuando informado el califa de sus prendas quiso verle y atraerle a su religión. «Joven, le dijo, yo te elevaré a los más altos honores de mi imperio, si renegando de Cristo quieres reconocer a nuestro Profeta como el profeta verdadero. Yo te colmaré de riquezas, te llenaré de plata y oro, te daré ricos vestidos y alhajas preciosas. Tu escogerás de entre los esclavos de mi casa los que más te agraden para tu servicio. Te regalaré caballos para tu uso, palacios para tu habitación y recreo, y tendrás todas las delicias y comodidades que aquí se gozan. Sacaré de sus prisiones a quien tú quieras, y si tienes gusto en que vengan tus parientes a vivir en este país, les daré los más altos empleos y dignidades.»

A estos y otros seductores halagos resistió con entereza y constancia el joven Pelayo, que contaba entonces trece años de edad. Los escritores cristianos añaden que el califa se propasó a hacer al joven demostraciones y caricias de otro género, que hubieran sido más criminales que las primeras, con lo cual enfurecido y colérico Pelayo se arrojó intrépidamente a Abderrahman, y le hirió en el rostro y le mesó la barba, desahogándose en las expresiones más fuertes contra el califa y contra su falsa religión. El desenlace de este drama fue el martirio del joven atleta, cuyo cuerpo mandó Abderrahman atenacear, y que después fuese arrojado al Guadalquivir: horrible muerte, que sin embargo sufrió el joven cristiano con una resignación que parecía increíble en su corta edad. Fue el martirio de San Pelayo a 25 de junio de 925. Crueldad tan desusada en Abderrahman, y empeño tan grande en la conversión de un niño que apenas rayaba en la adolescencia, nos induce a sospechar que se mezclaba en ello otro interés que el de la religión, y que no carecen de fundamento las pretensiones de otro género que le atribuyen los escritores cristianos[630].

Esta mancha, la más negra pero no la sola que afeó el reinado del tercer Abderrahman, y que tanto contrasta con otros actos de generosidad y de tolerancia de su vida, no nos impide reconocer que en lo general fue un reinado el suyo lleno de esplendidez y grandeza. Protector decidido de las letras y de los sabios, las ciencias y las artes tomaron bajo su influjo un desarrollo maravilloso. La historia, la geografía, la medicina, la poesía, la gramática, las ciencias naturales, la música, la arquitectura, porción de otros ramos y conocimientos literarios y artísticos, todo prosperó de un modo admirable; fácilmente pudiéramos presentar un largo catálogo de literatos eminentes y de artistas distinguidos, que hicieron,célebre en la historia de las letras el reinado del tercer Abderrahman, contando a él mismo entre los poetas y entre los hombres de erudición no común.

629 Suministran estas noticias las Actas de los Santos de los monjes benedictinos, en Mabillon, y las de la Vida de San Juan de Gorza; porque este monje se cuenta en el catalogo de los santos.

630 Raquel, Vida y pasión de San Pelayo mártir. Ambrosio de Morales refiere largamente este martirio, que cantó en versos latinos la monja alemana Roswita, y que se hizo célebre por los poemas y dramas que sobre él se compusieron en la segunda mitad del siglo X.

Habíase propuesto que la capital del imperio árabe-hispano fuese el centro de la religión, la madre de los sabios, y la lumbrera de Andalucía. A este fin no perdonaba gasto ni medio para traer a Córdoba los profesores más ilustres y las obras más afamadas de todos los pueblos musulmanes: a aquellos los colmaba de honores, y estas las compraba a precio de oro. Sus mismos hijos eran historiadores y filósofos, y el palacio de Merúan, punto de reunión de todos los literatos, era más bien que el palacio de un príncipe un liceo o academia perpetua en que se cultivaban todos los ramos del saber que en aquella época se conocían; multitud de obras arábigas de aquel tiempo llenan todavía los estantes de las bibliotecas.

Hasta las mujeres de que se acompañaba eran literatas o artistas. «Los últimos meses de su vida, dice uno de sus historiadores, los pasó en Medina de Zallara entretenido con la buena conversación de sus amigos, y en oír cantar los elegantes conceptos de Mozna, su esclava secretaria; de Aixa, doncella cordobesa, que cuenta Ebn Hayan que era la más honesta, bella y erudita de su siglo; de Safía, hija de Abdallah el Rayi, así mismo en extremo linda y docta poetisa, y con las gracias y agudezas de su esclava Noiratedia: con ellas pasaba las horas de las sombras apacibles en los bosquecillos, que ofrecían mezclados racimos de uvas, naranjas y dátiles.»

Además de los soberbios palacios y jardines de Zahara que hemos descrito en otro lugar, y que la mano destructora del tiempo, ayudada de la no menos destructora del hombre, ha hecho desaparecer, le debió la España la fundación del arsenal de Tortosa (944), la construcción de un canal de riego y de un magnífico abrevadero en Écija (en 949), la de un bello mihrab o adoratorio en la mezquita principal de Tarragona, multitud de otras mezquitas, baños, fuentes y hospitales, y el patio principal de la grande aljama de Córdoba (en 958), llamado hoy patio de los Naranjos, plantado entonces no solo de naranjeros, sino de palmeras, de jazmines, de bosquecillos de bojes, de mirtos y de rosales, por entre los cuales serpenteaban arroyuelos de puras y cristalinas aguas.

Llególe por fin a Abderrahman su última hora, y como dice uno de sus cronistas, «la mano irresistible del ángel de la muerte le trasladó de sus alcázares de Medina Zahara a las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles día 2 de la luna de Ramazan, del año 350 (961), a los setenta y dos años de su edad, y cincuenta años, seis meses y tres días de su reinado, que ninguno de su familia reinó más largo tiempo: loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso.»

Cuenta Ahmed Almakari, que entre los papeles que se hallaron después de su muerte se encontró uno escrito por él que decía así: «He reinado 50 años, y mi reino ha sido siempre o pacífico o victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los príncipes más poderosos de la tierra, he tenido cuanto parece pudiera desear, poder, riquezas, honores y placeres. Pero he contado escrupulosamente los días que he gustado de una felicidad sin amargura, y sólo he hallado catorce en mi larga vida.» Otros dicen que hizo esta célebre confesión al filósofo poeta Suleiman ben Abdelgafir en un momento de melancolía. Uno y otro pudo ser muy bien. Así murió Abderrahman III. en el apogeo de su poder y de su gloria.

CAPÍTULO XVI.
ALHAKEM II. EN CORDOBA.
DESDE SANCHO I. HASTA RAMIRO III. EN LEÓN.
De 961 a 976.

Solemne proclamación de Alhakem II.—Brillantes cualidades de este príncipe. Protege las letras y los sabios. Riquísima biblioteca de Merúan.—Sus campañas en Castilla.—Ajuste de paz con Sancho I. de León.—Traslación del cuerpo del joven mártir San Pelayo a León.—Rebelión de algunos condes de Galicia.—Muere Sancho alevosamente envenenado.—Escena dramática y ruidosa entre dos obispos de Compostela.—Ramiro III. de León.—Situación de los demás reinos de España.—Condado de Barcelona. Suniario: Borrel II.: Miron.—Navarra. Muerte de García el Temblón, y principio de Sancho el Mayor.—Castilla. Muerte de Fernán González.—Juicio crítico sobre este célebre conde, y sobre el origen y principio de la independencia y soberanía de Castilla.—Imperio árabe. Guerras de África y su resultado.—Extinción del imperio edrisita.—Cultura de la corte de Córdoba.—Las mujeres literatas.—Asambleas de hombres doctos y eruditos.—Estadística de la riqueza y población de Córdoba.—Estado de la agricultura y ganadería entre los árabes.—Sentida muerte del ilustre Alhakem II.—Anuncio de cambio en la situación de los pueblos de España.

Aquel Abderrahman que decía no haber gustado en los cincuenta años de su reinado sino catorce días de felicidad, pudo haber contado por el decimoquinto el día de su muerte, pues felicidad es para un monarca en los últimos momentos de su vida saber que va a sucederle un hijo que perpetuará la gloria de su nombre.

Al siguiente día de la muerte de Abderrahman III. (16 de noviembre de 961), veíase en el patio exterior del alcázar de Zahara los andaluces y zenetas de la guardia vestidos de gran lujo y cubiertos de brillantes armaduras: seguían dos hileras de esclavos negros con trajes blancos y con hachas de armas al hombro; otras dos filas de guardias eslavos, teniendo en una mano su espada desnuda y en la otra su ancho escudo, circundaban un gran salón: los vazzires, cadíes y catibes en trages blancos, color de luto entre los árabes; los capitanes de la guardia, todos los altos dignatarios del imperio daban frente a un trono erigido en el centro del dorado salón, en que se veía sentado un hombre, que si no tenía el majestuoso continente de Abderrahman, era de un exterior agradable y de una presencia noble: era Alhakem, que rodeado de sus hermanos y primos recibía el juramento de obediencia y fidelidad de su pueblo, y a quien los astrólogos y poetas anunciaban en elegantes versos la continuación del venturoso reinado de su padre. Tenía Alhakem II. de cuarenta y siete a cuarenta y ocho años.

Uno de los primeros actos del nuevo califa fue nombrar su hagib o primer ministro a Ghiafar el Sekleby, hombre poderoso y guerrero acreditado. El día de su nombramiento regaló al califa cien mamelucos europeos, armados de espadas, venablos y escudos, montados en ligerísimos caballos, y uniformados a la india; trescientas veinte cotas de malla, cerca de quinientos cascos, indios unos y europeos otros, trescientos venablos o lanzas arrojadizas, diez cotas de malla de plata sobredorada, cien cuernos de búfalos que servían como de trompetas, y otros efectos preciosos y raros.

Formado Alhakem II. desde sus más tiernos años en el estudio y cultivo delas letras, de las cuales había hecho su placer y su pasión dominante, cuando llegó al poder recibieron las ciencias un impulso cual todavía no habían alcanzado jamás. No había en parte alguna profesor de mérito, ni obra rara, que no hiciese venir a Córdoba a costa de oro, para lo cual tenía comisionados especiales en todas las ciudades principales de África, de Egipto, de Siria, de Persia, de todos los países en que pudieran salir producciones literarias. Así llegó a reunir en el palacio Merúan la biblioteca más numerosa y escogida de aquellos tiempos. Componíase de cuatrocientos mil volúmenes, clasificados por ciencias y materias. El índice o catálogo de obras, según Ebn Hayan, formaba cuarenta y cuatro volúmenes, y además hizo emprender otro en que a los títulos de las obras se añadía los nombres de los autores con su genealogía y su biografía completa. La mayor parte de este trabajo era obra del mismo Alhakem, porque este ilustrado príncipe no era solamente bibliógrafo, no solo sabia el objeto y materia de cada obra de su biblioteca, sino que era también biógrafo, historiador y genealogista, y él mismo había escrito las genealogías de los árabes de todas las tribus

que habían pasado a España. La biblioteca de Merúan además de abundante y rica era también vistosa , porque casi todos los libros estaban lujosamente encuadernados con dibujos y arabescos de los más vivos colores, a cuyo fin había hecho venir y reunido en su palacio los encuadernadores más acreditados, así como los más hábiles copiantes. Ayudábale en sus trabajos bibliográficos su secretario particular Galib ben Mohammed, por sobrenombre Abu Abdelsalem, de quien dice El Razis que de orden del califa hizo el empadronamiento general de todos los pueblos de España. El escribió por sí mismo al célebre autor de aquel tiempo Abulfaragi, rogándole que le enviase una copia de su libro titulado *el Agani*, colección muy preciosa de canciones, y para gastos de la copia le envió letra franca y mil escudos de oro. Abulfaragi le mandó la copia, y además una historia genealógica de los Ommiadas muy completa y circunstanciada, y una casida muy elegante de versos en elogio de los príncipes de esta dinastía.

Como después de hecho califa no pudiera dedicarse a su ocupación favorita del estudio sino los ratos que le dejaban libres los negocios del estado, y como por otra parte tuviese que habitar en el palacio de Zahara, encargó la administración de la Biblioteca Meruana a su hermano Abdelaziz, y el cuidado de las academias y de los sabios a otro hermano llamado Almondhir. Él pasaba la mayor parte del tiempo en Medina Zahara, gozando de las delicias de aquel sitio con más tranquilidad que su padre, comúnmente en la compañía de su favorito Mohammed ben Yussuf de Guadalajara, que escribió para el rey la Historia de España y de África, y otras historias de ciudades particulares. Tenía también en mucho aprecio al poeta Mohammed ben Yahye, llamado el Calafate, uno de los más floridos ingenios de Andalucía, y al persa Sapor, que a instancias suyas había venido a Córdoba; por ser uno de los hombres más doctos de su país, Alhakem le había hecho camarero suyo. Y como apenas sería posible suponer a un príncipe árabe sin alguna linda esclava que amenizara aquellos vergeles, cítase como su favorita a la bella *Redhiya* (que quiere decir la *Apacible*], a quien él llamaba la *Estrella feliz*.

Vivió Alhakem los dos primeros años de su reinado enteramente consagrado a la administración interior del imperio, sin que por parte del rey Sancho de León se turbaran las relaciones amistosas en que había vivido con su padre. Sólo el conde Fernán González de Castilla, libre ya de la prisión en que le había tenido el rey de Navarra, molestaba con correrías y cabalgadas los dominios musulmanes de las márgenes del Duero, tomando a los moros las mieses o los frutos ya recogidos, los ganados y todo cuanto pillaba, de tal manera que no dejaba momento de reposo a los enemigos, y hacíales a estos insoportable vivir en país tan de continuo acometido. Para poner un término a este estado de cosas, viose precisado Alhakem a publicar el algihed o guerra santa contra los cristianos de Castilla, y para dirigir mejor y más de cerca así los preparativos de la expedición como las operaciones se trasladó en persona a Toledo (963). Entonces fue cuando mandó publicar a los caudillos de todas las banderas como orden del día aquella célebre proclama que nos recuerda la de Abu Bekr, primer sucesor de Mahoma, en los campos de la Meca al tiempo de partir a la conquista de la Siria.

«Soldados, les decía Alhakem, *deber es de todo buen musulmán ir a la guerra contra los enemigos de nuestra ley. Los enemigos serán requeridos de abrazar el islam, salvo el caso en que como ahora sean ellos los que comiencen la invasión... Si los enemigos de la ley no fuesen dos veces más en número que los muslimes, el musulmán que volviese la espalda a la pelea es infame y peca contra la ley y contra el honor. En las invasiones de un país, no matéis las mujeres, ni los niños, ni los débiles ancianos, ni los monjes de vida retirada, a menos que ellos os hagan mal... El seguro que diere un caudillo sea observado y cumplido por todos. El botín, deducido el quinto que nos pertenece, será distribuido sobre el campo de batalla, dos partes para el de a caballo, y una para el de a pie... Si un muslim reconoce entre los despojos algo que le pertenezca, jure ante los cadíes de la hueste que es suyo, y se le dará si lo reclamase antes de hacerse la partición, y si después de hecha, se le dará su justo precio. Los jefes están facultados para premiar a los que sirvan en la hueste, aunque no sean gente de pelea ni de nuestra creencia... No vengan a la guerra ni a mantener frontera los que teniendo padre y madre no traigan licencia de ambos, sino en casos*

de súbita necesidad, que entonces el primer deber del musulmán es acudir a la defensa del país, y obedecer al llamamiento de los walíes.»[631]

Arengadas las tropas y reunidas las banderas de todas las provincias, quiso Alhakem manifestar a los pueblos que no solo era sabio y prudente sino que también sabía ser guerrero, aunque era la primera vez que empuñaba las armas, pues su vida anterior había sido toda consagrada al estudio de las letras. He aquí como refiere la crónica musulmana esta expedición de Alhakem: «Entró, dice, con numerosa hueste en tierra de cristianos, y puso cerco al fuerte de Santistefan (San Esteban de Gormaz): vinieron los cristianos con innumerable gentío al socorro[632] y peleó contra ellos, y Dios le ayudó, y venció con atroz matanza: entró por fuerza de espada la fortaleza, y degolló a sus defensores, y mandó arrasar sus muros: ocupó Setmanca, Cauca, Uxama y Clunia (Simancas, Coca, Osma y Coruña del Conde), y las destruyó: fue sobre Medina Zamora, y cercó a los cristianos en ella, y les dio muchos combates, y al fin la entró por fuerza, y pocos de sus defensores lograron librarse del furor de las espadas de los muslimes: se detuvo en aquella ciudad con toda su hueste, destruyendo sus muros. Con muchos cautivos y despojos se tornó vencedor a Córdoba, y entró en ella con aclamaciones de triunfo; y se apellidó Almostansir Billah (el qué implora el auxilio de Dios).»

Las crónicas cristianas confirman el resultado de esta expedición de Alhakem, tan fatal para las armas de Castilla. Sólo añaden que el conde castellano Vela, que de resultas de un choque con Fernán González, de cuyo engrandecimiento recelaba, había sido expulsado de Castilla, con propósito de vengarse venía ahora o acompañando o guiando el ejército musulmán, y del cual dicen que se ensangrentó en la pelea contra los cristianos como el más cruel de los enemigos. Acaso a la ayuda y dirección de este tránsfuga debieron los árabes tan rápido y completo triunfo[633].

A la primavera del año siguiente (964) el secretario de Alhakem, Galeb, literato a un tiempo y guerrero como lo eran muchos musulmanes, volvió a hacer de orden del califa nueva irrupción en el país castellano, donde tuvo algunos reencuentros ventajosos. Después de lo cual y en combinación con el walí de Zaragoza Attagibi revolvió contra el rey García el Temblón de Navarra, que dicen había infringido las condiciones de un tratado hecho con Alhakem. Así el rey de Pamplona como el conde de Castilla se refugiaron a Coria. Las huestes musulmanas talaron el país y se retiraron. Tan felices expediciones persuadieron a Alhakem de la superioridad de sus armas, y no hubo ya parte de la España cristiana donde no dirigiera sus ejércitos en el otoño de 964 y principios del siguiente. Y si por un lado se atrevieron los musulmanes, conducidos por Attagibi, a penetrar hasta cerca de Barcelona, y a devastar y pillar el territorio de aquel condado, por otro Ebn Hixem y Galeb reunidos se apoderaron de Calahorra en Navarra, cuya ciudad reedificó y fortificó el califa haciendo de ella el baluarte avanzado del islamismo sobre el Ebro superior.

Victorias tan repetidas movieron al rey. de León y a los señores de Castilla a enviar mensajeros a Córdaba que entablasen con el califa negociaciones de paz. Alhakem, que como hombre dado con apasionamiento al estudio, gustaba naturalmente más de la paz que del estruendo y ruido de las armas, recibió con complacencia las proposiciones de los cristianos y accedió a ellas fácilmente; y después de haber agasajado a los mensajeros en el palacio de Zahara según la noble costumbre de su padre, cuando se despidieron para regresar a su país envió en su compañía a un vazzir de su consejo con despachos para el rey de León, encargado también de presentarle en su nombre dos hermosos caballos árabes ricamente enjaezados, dos preciosas espadas de las fábricas de Toledo y de Córdoba, y dos halcones de los más generosos y altaneros, dice la crónica.[634]

631 Casi todas estas máximas se encuentran a la letra en el Corán.

632 No debió ser lan innumerable, puesto que en esta guerra no se sabe que tomara parte el rey de León, y el conde de Castilla solo no podía acaudillar tantas tropas que ni por hipérbole se pudieran decir innumerables, y menos comparadas con el grande ejército musulmán.

633 Roder. Tolet. de Reb. Hispan. lib.V.—Lucas Tudens. Chron.—Comienzan a hacerse frecuentes estos casos de pasarse alternativamente cristianos y musulmanes a las banderas enemigas.

634 Conde, cap. 89.

Casi al mismo tiempo recibió Alhakem emisarios de los condes de Barcelona y de otras plazas de la España oriental, solicitando renovase con ellos la alianza en que habían vivido con su padre. Dice Almakari que la demanda de los enviados de Cataluña iba acompañada de un magnífico presente, compuesto de veinte jóvenes eslavos eunucos, diez corazas eslavas, doscientas espadas del Frandjat, veinte quintales de martas cebellinas, y cinco quintales de estaño. El califa ajustó con ellos un tratado de paz, en que se estipuló que habían de destruir ciertas fortalezas de la frontera oriental que incomodaban a los musulmanes, y que habían de impedir a los cristianos de dichas fronteras el que despojasen y cautivasen como acostumbraban siempre que tenían ocasión a los muslimes de las comarcas aledañas.[635]

Alentado Sancho de León con el buen éxito de la primera embajada, y a instancias de su mujer Teresa y de su hermana Elvira, religiosa esta última en el monasterio de San Salvador de aquella ciudad, se atrevió a enviar al califa cordobés una nueva misión, no ya de carácter político, sino de naturaleza puramente religiosa; a saber, la de que permitiese trasladar a León el cuerpo del joven mártir San Pelayo, que los cristianos cordobeses habían tenido cuidado de recoger del Guadalquivir. Acompañó esta vez a los legados del rey el obispo Velasco de León (966). Algunas dificultades parece que halló al principio el prelado cristiano, mas al fin condescendió también el generoso y amable califa con su demanda, y el cuerpo del mártir Pelayo entró en León al año siguiente con gran contento de todos los cristianos, y muy principalmente de las dos princesas a quienes se debía la adquisición de la preciosa reliquia. El cuerpo fue llevado en procesión solemne a la iglesia de un monasterio erigido por el rey, cuyo monasterio se nombró de San Pelayo[636].

No pudo Sancho participar de esta solemnidad religiosa. Asuntos graves le habían llamado a Galicia mientras sus enviados negociaban en Córdoba la entrega de los restos mortales del santo mártir. Varios grandes, o condes o duques, se habían alzado en rebeldía contra el rey de León: entre ellos eran los principales Rodrigo Velázquez y Gonzalo Sánchez, este último pariente del obispo de Compostela Sisnando, por cuya instigación se cree que obraba. Este prelado, más inclinado a manejar la espada del guerrero que el báculo del apóstol, hijo de un conde ilustre de Galicia de quien acababa de heredar cuantiosos bienes, había solicitado y conseguido del rey Sancho el permiso para fortificar a Compostela so pretexto de poner el templo del Santo Apóstol al abrigo de las incursiones de los Normandos que de nuevo se habían dejado asomar por la costa de Galicia. En efecto él circunvaló su ciudad y palacio episcopal de murallas, torres y fosos al modo de una plaza fuerte, pero sacrificando para ello a los fieles de su iglesia, a quienes trataba como a esclavos. En vano el rey, a cuya noticia llegaron las tiranías del obispo, le reconvino repetidamente por sus excesos: el prelado continuaba en sus violencias sin que le movieran las reales amonestaciones. Confiaba en la protección de sus parientes, y en poder con su ayuda resistir al rey, el cual creyó llegado el caso de pasar a Galicia con algún golpe de gente. El obispo compostelano, a pesar de sus fortificaciones y sus bravatas no tuvo ánimo para resistir al rey, y le abrió las puertas de la ciudad. Sancho depuso al rebelde prelado de su silla, añadiendo algunos que le encerró en un castillo, y

635 Cuentan los árabes un suceso ocurrido en este tiempo que nos da idea de cómo se habían ido adulterando las costumbres de los mahometanos españoles. Dicen que por abuso y licencia introducida por los de Irak y otros extranjeros, se había hecho tan común el uso del vino, que no solo el pueblo sino los alfaquíes mismos lo bebían con escandalosa libertad en las bodas y festines, pero que informado de ello Alhakem, religioso y abstinente como era, juntó sus alimes y alfaquíes y les preguntó en qué podía fundarse el uso que se hacía no ya solamente del ghamar y el sahiba (vino tinto y blanco de uva), sino también del de dátiles, de higos y otras bebidas embriagantes. Respondiéronle que desde el reinado de Moliammed se había hecho recibida y común opinión que estando los muslimes de España en continua guerra con los enemigos del islam podían usar del vino, porque esta bebida alienta el ánimo de los soldados para las batallas, y que así en todas las fronteras se permitía su uso para tener más valor y esfuerzo en las lides. Reprobó, añaden, el califa estas opiniones, y mandó arrancar las viñas en toda España, dejando sólo la tercera parte de las vides para aprovechar el fruto de la uva en su sazón, en pasas y en arrope, y otras diferentes composiciones saludables y lícitas, hechas de mosto espesado.—Conde, cap. 90.

636 Samp. Chron. n. 27.-Annal. Compost., p. 348.

puso en su lugar a Rosendo, obispo que era de Mondoñedo y varón respetado por sus grandes virtudes[637].

Quedábale a Sancho todavía un enemigo poderoso, el conde Gonzalo Sánchez que gobernaba a Lamego, Viseo y Coimbra. El monarca leonés no dudó en dirigirse en su busca, pero apenas había pasado el Miño encontróse con los enviados del sublevado conde que venían a ofrecerle en su nombre reconocimiento y homenaje y a pedirle le concediera tener una entrevista con él. Todo lo otorgó el rey fácilmente; pero el paso del conde encerraba un proyecto pérfido y ocultaba una intención indigna de un pecho castellano. La entrevista se verificó: el conde, mostrándose agradecido, quiso festejar al monarca, y en un banquete que le dio le hizo servir una fruta emponzoñada que el monarca comió sin recelo. Apenas la había gustado comenzó a sentir sus efectos mortíferos: con gestos y palabras entrecortadas pudo sólo hacer entender su deseo de ser llevado a León. Tratóse de ejecutar su voluntad, pero al tercer día de camino expiró en el monasterio de Castrelo de Miño (967). Su cuerpo fue trasportado a León, y sepultado en la iglesia de San Salvador junto al de su hermano Ordoño[638].

Así acabó Sancho el Gordo a los doce años y un mes de haber empuñado por primera vez el cetro de León, dejando de su mujer Teresa Jimena un hijo llamado Ramiro, de edad de solos cinco años.

Dos novedades notables ocurrieron en León a la muerte de Sancho el Gordo: fue la primera haber colocado la corona en las tiernas sienes del niño Ramiro, habiendo sido hasta entonces la infancia causa frecuente o pretexto especioso para no sentar en el trono de sus padres a tantos hijos de reyes: la segunda fue haber puesto al tierno monarca, que tomó el nombre de Ramiro III., bajo la tutela de su madre y de su tía Elvira, religiosa esta en el monasterio de San Salvador, viéndose por primera vez una monja constituida en corregente y gobernadora de un reino.

Un suceso no menos extraño, pero de muy distinto linaje, se verificaba entonces en Galicia. Reposaba tranquilamente en su lecho la noche de la Natividad del Señor el venerable prelado de Compostela Rosendo (967), cuando un ruido que sintió en su dormitorio le hizo dispertar despavorido y sobresaltado: un personaje armado de espada y de coraza levantaba con la punta del acero el lienzo que le cubría; seguidamente vio amenazado su pecho con la punta de aquella misma espada. ¡Cuál sería la sorpresa del virtuoso obispo al reconocer a su antecesor Sisnando, el prelado depuesto por Sancho, que habiendo después de la muerte del rey recobrado la libertad con ayuda de sus parientes se presentaba a reclamar la silla episcopal de aquella manera y por aquel medio! A semejante insinuación el sobrecogido prelado mostróse dispuesto a ceder su báculo, mas no sin tener valor para recordar al obispo guerrero aquellas palabras de Cristo: «el que maneja el acero, por el acero perecerá.» Y despojándose de sus vestiduras episcopales se retiró resignado al monasterio de San Juan de Cabero edificado por él, pasando después al de Celanova fundado también por él mismo, donde vivió santa y tranquilamente por espacio de diez años hasta el fin de sus días.[639]

En cuanto a Sisnando, cumplióse en él la sentencia de la noche de Navidad. Habiendo los normandos y frisones acometido de nuevo la Galicia con una flota de cien velas al mando de su rey Gunderedo (968), y derramádose por la comarca de Compostela, talando, devastando y cautivando hombres y mujeres según su costumbre, armóse loca y arrebatadamente el guerrero obispo Sisnando de todas armas, y con su gente salió furioso en busca de los invasores: hallólos cerca de Fornelos, los acometió, pero pagó su temeridad cayendo atravesado de una saeta; con lo que huyeron los suyos quedando los normandos dueños del campo[640]. Alentados con este triunfo internáronse esta vez aquellos piratas hasta los montes de Cebrero, saqueando, incendiando y degollando sin piedad; hasta que al regresar hacia la costa con objeto de embarcar el fruto de sus depredaciones viéronse

637 Samp. ibid.—Chron. Iriens., n. 9.
638 Samp. ibid.—Chron. Iriens., n. 10.
639 Chron. Iriens. n. 11.—Vit. S. Rudesindi, apud Flórez, tom. 48.
640 Samp. Chron. n. 28.

arrollados por un ejército gallego capitaneado por el conde Gonzalo Sánchez (el mismo que había propinado el veneno a Sancho el Gordo), que arremetiendo con ímpetu y bravura hizo un espantoso degüello en aquella gente advenediza, quedando entre los muertos el mismo Gunderedo. Quemadas fueron en seguida sus naves, y de este modo desapareció en Galicia aquella hueste de atrevidos aventureros que tan afortunados habían sido en Francia y en Bretaña[641]. Era el tercer año del reinado de Ramiro (969).

Desembarazados de este episodio, volvamos la vista hacia la situación de los demás estados de España al tiempo que comenzaba a reinar en León Ramiro III.

Habíamos dejado en 912 establecido en Barcelona al conde Sunyer o Suniario, hermano de Borrell I., e hijo segundo de Wifredo el Velloso. Lo mismo que los reyes de León y de Navarra, había dividido Suniario su tiempo entre la devoción y la guerra, fundando y dotando monasterios y peleando con los musulmanes fronterizos. La suerte de las batallas le privó de su hijo primogénito Ermengaudo o Armengol, a quien amaba tiernamente y a quien había dado alguna participación en el gobierno, y titulaba conde de Ampurias. Asoció entonces el apesadumbrado conde en el mando al mayor que quedaba de sus hijos nombrado Borrell, en cuyas prendas cifraba también grandes esperanzas, y en quien por último vino a descargar todo el peso del gobierno, retirándose él a un monasterio, donde vistió el hábito religioso, y donde falleció en 15 de octubre de 953. Quedó, pues, Borrell II. de conde soberano de Barcelona (954), rigiendo solo el estado hasta 956, en que entró su hermano menor Miron a compartir con él el solio, acaso porque así fuese la voluntad testamentaria de su padre. Mas como sobreviniese a Miron una muerte anticipada (31 de octubre de 966), quedó otra vez Borrel II. solo para contrarrestar las tormentas que no habían de tardar en amenazar a Cataluña como a los demás estados cristianos españoles. Promovió entretanto el segundo Borrell las fundaciones religiosas, y agregó a su corona el condado de Urgel por muerte sin sucesión de otro Borrell primo suyo, titulándose duque y príncipe de la Marca Hispana, aún cuando los demás condados no viniesen vinculados al de Barcelona, pero al cual iban de esta manera incorporándose[642]. Éste era el conde soberano de Barcelona al advenimiento de Ramiro III. al trono de León.

En Navarra acabó en 970 su vida y reinado García Sánchez el Temblón, sucediéndole su hijo Sancho García II., llamado Sancho el Mayor, de no más edad acaso que Ramiro el de León, y cuyo larguísimo reinado, el más dilatado que se había conocido, pues le hacen durar cerca de sesenta y cinco años, fue también uno de los que ejercieron más influjo en la suerte futura de España. Y como si estuvieran los estados cristianos destinados a sufrir en este tiempo una renovación general en el personal de sus príncipes, acaeció en el propio año en Burgos (970), la muerte del célebre conde de Castilla Fernán González, que tantas inquietudes había causado a los reyes de León, que tantas batallas, ya prósperas, ya adversas, había sostenido contra los musulmanes, uno delos más activos y briosos adalides de aquella edad, y el fundador de la independencia de Castilla. Enterrósele en el monasterio de Arlanza reedificado por él, y le sucedió en la soberanía de Castilla su hijo García Fernández.[643]

---

641 Chron. Iriens.—Id. Samp.—Annal. e Hist. Compostel.

642 Documentos del Archivo de la antigua corona de Aragón, citados largamente por Bofarull en los Condes vindicados. Recordamos al lector la rectificación de la Cronología de los condes de Barcelona hecha por Bofarull, distinta de la que hallará en todas las historias generales de España y particulares de Cataluña anteriores a sus investigaciones.

643 La biografía de este famoso personaje ha sido adicionada con tan maravillosas hazañas y extrañas aventuras por los historiadores y romanceros de los siglos XIII. al XVI. que vino a ser manantial fecundo e inagotable de asuntos dramáticos para los poetas. Y aunque estamos persuadidos de que los únicos hechos señalados y auténticos del insigne conde castellano que constan de las verdaderas fuentes históricas son los que dejamos consignados, basta la popularidad que aquellas han adquirido para que no dejemos de hacer una rápida y sucinta reseña de ellas, siquiera porque esta misma celebridad es ya histórica, y para que el lector pueda también juzgar por sí mismo si tales proezas deben pertenecer a la historia o al romance.

La fama, dicen, de Fernán González volaba ya por el mundo desde su mocedad. Una de las hazañas que empezaron a darle prez y a hacer resonar su nombre fue el desafío con el rey de Pamplona Sancho Abarca. Fernán o

Sólo Alhakem II. continuaba en Córdoba en paz con los cristianos y entregado a las reformas interiores del reino y a los placeres literarios, más de su gusto que las guerras y el choque de las armas. Lejos de aprovecharse de la propicia coyuntura que le ofrecía la tierna edad de los reyes de León y de Navarra, respondía a los que le instigaban a la guerra, entre ellos algunos tránsfugas castellanos, con aquellas palabras del Profeta: «Guardad fielmente vuestros pactos, y Dios os lo tomará en cuenta.»

Las nuevas recibidas de África vinieron a turbar al sabio califa en sus pacíficos goces. La ambición de los Fatimitas había vuelto a inquietar el Magreb sometido por Abderrahraan III. En 968 Moez ben Ismail había enviado un ejército a las órdenes de Balkin ben Zeir para castigar las tribus zenetas que se habían negado a reconocer su imperio. El edrisita Alhassan que gobernaba el Magreb

---

Fernando se había entrado con un ejército por los estados del rey de Navarra a tomar con la punta de su lanza la satisfacción que no había querido dar a sus embajadores. Encontráronse los dos ejércitos y se embistieron con igual ímpetu y coraje; pero como en mucho tiempo ninguno de ellos venciese ni fuese vencido, impacientes entrambos generales se retaron como buenos caballeros para decidir la contienda personalmente y cuerpo a cuerpo. El combate fue tan reñido y fuerte que ambos a un tiempo cayeron heridos, con la diferencia que Sancho Abarca exhaló allí el último aliento, y el valeroso conde de Castilla no sólo volvió a levantarse sino que se sintió con fuerzas para pelear seguidamente con el conde de Tolosa que salió a vengar al difunto rey de Navarra, e hízolo con tal brío que de un bote de lanza lo derribó también al suelo sin vida, y echó luego del campo a los enemigos permitiéndoles sólo por gracia y generosidad que se llevasen los cadáveres de los dos príncipes. Mas los que inventaron esta proeza no tuvieron presente, que habiendo muerto Sancho Abarca hacia los años 924 ó 26, en que suponen la exaltación de Nuño Rasura, a quien hacen abuelo de Fernán González, o este era un niño cuando mató al rey de Navarra o acaso no había nacido todavía.

En cuanto a batallas y victorias contra los moros atribúyenle tantas que no se dan vagar unas a otras, y tan maravillosas que no hay términos como poderlas ponderar. Con cien caballos y quinientos infantes derrotó el día de San Quirce un numerosísimo ejército de infieles, en memoria do lo cual edificó una iglesia a aquel santo en el lugar del combate. El día de la batalla de Simancas, a consecuencia de un voto que hicieron el rey de León y el conde Fernando a sus respectivos santuarios de Santiago y Sau Millán de ofrecer un donativo anual y perpetuo a las dos iglesias si les concedían la victoria, además del eclipse de sol que privó a los hombres de luz por más de una hora, aparecieron en el aire estrellas ambulantes y cometas de figura espantosa, abrasándose las tierras en viva llama, y se vio pelear en la vanguardia del ejército cristiano sobre caballos blancos dos personajes celestiales, que unos decían eran dos ángeles y otros conocieron ser Santiago y San Millán, el primero en defensa de los leoneses y gallegos y el segundo de los castellanos, y que por eso León y Castilla se repartieron el trabajo y las victorias, ganando don Ramiro la primera en Simancas y Fernán González la segunda después en Alhóndiga. A esta siguieron otras muchas en diferentes puntos, casi todas con intervenciones misteriosas, y no podía dejar de adjudicársele la derrota de aquel supuesto general moro Azeypha, que ni fue moro ni cristiano, ni general ni hombre.

Pero las dos más famosas batallas fueron las dos que dicen dio al valeroso y célebre Almanzor a fines del reinado de Ordoño III. y principios del de Sancho, es decir, sobre unos veinte y tres años antes que Almanzor comenzara a darse a conocer como regente del califa Hixem. Acompañaron a estas batallas lances dramáticos y aventuras novelescas, prodigios y milagros patentes. Almanzor había acudido con un ejército de ochenta mil hombres; las fuerzas de Fernán González eran infinitamente inferiores en número; pero éste no era un inconveniente para el intrépido conde, que resueltamente marchó con sus escasas tropas a la villa de Lara, por donde los infieles tenían que pasar. Mientras llegaban, quiso divertirse en perseguir un jabalí, que aventado del monte se metió en una ermita en que vivían retirados tres santos varones, Pelayo, Arsanio y Silvano. Al encontrarse el conde con una capilla y un altar parecióle más oportuno hacer oración que perseguir la fiera, y puesto de rodillas oró a Dios muy fervorosamente por la felicidad de sus armas. Allí pasó toda la noche, ya orando, ya departiendo con el buen Pelayo, quien le anunció de parte de Dios que ganaría la batalla, pero que antes sucedería una catástrofe impensada y fatal. No nos dicen que fue entretanto del jabalí, aunque es de suponer que se volvería al monte.

En efecto, el día dela batalla un caballero llamado Pedro González, que tenía fama de valiente, quiso adelantarse con su caballo, y de repente se abrió la tierra y los tragó, sin que jamás volviesen a parecer ni caballo ni caballero. Quedó con esto el ejército helado de asombro y hubiera querido retroceder si el conde a voz en grito no hubiera avisado que aquella precisamente era la señal de la victoria que le había dado el ermitaño, con lo que realentado el ejército acometió con tal ímpetu que en poco tiempo desbarató y destrozó aquel enjambre de mahometanos. Y como más adelante volviesen otra vez los sarracenos con duplicadas fuerzas, siendo limitadísimas las del conde, no tuvo reparo en atacar a los infieles, seguro de la victoria, porque así se lo había ofrecido el mismo ermitaño, que ya difunto se le apareció entre suenos la noche que precedió a la pelea. Duró, no obstante, tres días el combate, hasta que el apóstol Santiago vino a dar visible ayuda a los cristianos, y entonces se cansaron de matar moros por espacio de dos días sembrando de cadáveres toda la tierra. En reconocimiento de tan señalada protección de Dios y de sus

a nombre de los califas de Córdoba abandonó deslealmente la causa de su soberano, y se unió a los fatimitas que hacían proclamar en las ciudades y mezquitas africanas el nombre de Moez. No sirvió una victoria que Ghiafar, general de Alhakem, alcanzó en 972 contra los fatimitas. La guerra prosiguió viva, y habiendo hecho traición a Ghiafar los jefes zenetas, tuvo que retirarse a Andalucía, donde el califa recompensó sus servicios con el titulo de hagib. Asustado Alhakem con el rápido engrandecimiento de sus rivales de África, envió al walí Mohammed ben Alcasim con numerosas huestes al Magreb, pero batido por las cabilas berberiscas del traidor Alhassan, pereció en un sangriento combate el caudillo andaluz, y los restos de su destrozado ejército se refugiaron a Tánger y Ceuta, las solas ciudades que quedaban al soberano cordobés. Aún no desalentado éste, despachó a Galib con nuevas fuerzas , diciéndole: «No volverás aquí sino muerto o vencedor: el fin es vencer;

santos, reedificó el antiguo monasterio de San Pedro de Arlanza, objeto predilecto de su especial devoción hasta el último día de su vida.

A esta serie de gloriosas hazañas añaden una cadena de aventuras amorosas. Diremos algunas de ellas. Fue el caso que la reina viuda de Navarra doña Teresa, deseando vengar la muerte que el conde había dado a su padre don Sancho Abarca, discurrió inducirle con palabras dulces y engañosas a que se casase con su hermana doña Sancha, pero con la torcida intención de que esto sirviese solamente como de anzuelo para llevársele a Pamplona, y allí hacerle prender de acuerdo con el rey don García. Marchó, pues, el Conde a Pamplona con la alegría y satisfacción de quien va a enlazar su mano con la de una princesa ilustre. Pero el placer de novio se convirtió muy pronto en amargura de prisionero, viéndose encarcelado sin atinar el delito ni la causa. La reina, sin embargo, no logró por esta vez su objeto, porque la princesa, a quien sin duda pareció bien el Conde y en su virtud apetecía ya que las fingidas bodas pasasen a veras, ingenióse para sacarle de la cárcel, y escapándose con él llegaron felizmente a Burgos, donde efectuaron su matrimonio.

Indignado el rey de Navarra con la fuga del conde, y más todavía con la de su hermana, salió inmediatamente con sus tropas para Castilla, resuelto a volverle a prender muerto o vivo, como pudiese. Pero no pudo de ninguno de los modos, antes fue él el que quedó preso del conde, quien le retuvo más de un año, hasta que las lágrimas de doña Sancha y los ruegos de los demás príncipes aplacaron el ánimo del héroe castellano. No desistió de su proyecto de venganza la reina viuda. Persuadio, pues, al rey don Sancho de León a que con pretexto de celebrar cortes generales llamase al conde y le hiciese prender. Así se verificó, cayendo el bueno de Fernán González en este segundo lazo, que por lo visto era el conde más valiente y hazañoso que cauteloso y precavido. Mas sabedora de su nueva prisión la ya condesa doña Sancha, que debía ser señora no poco varonil y resuelta, púsose luego en viaje con pretexto de ir a visitar el cuerpo del apóstol Santiago. A su tránsito por León obtuvo la gracia de pasar con su marido en la cárcel toda una noche, y al amanecer puso al conde sus vestidos, con los cuales salió disfrazado sin que la guardia se apercibiese de ello, quedando doña Sancha en la cárcel vestida con los del conde. Cuando le pareció que éste se hallaría ya en lugar seguro, escribió al rey una carta diciendo: «Señor, aquí me tenéis en la cárcel en lugar del conde mi marido, con quien yo he trocado mi libertad. Si os hice injuria en tomaros un preso, lo recompenso enteramente con mi persona entregándome prisionera en su lugar, para que me consideréis culpable de sus mismos delitos, si es que los tuviese, y carguéis sobre mi todo el peso del castigo que él hubiere merecido. Dos cosas solas os suplico que consideréis; que yo soy hermana de vuestra madre y mujer del prisionero a quien he libertado. Si os ensangrentáis contra mi, os bañareis las manos en vuestra misma sangre, y si castigáis mi único delito, castigaréis la piedad de una mujer para con su marido, etc.

Sintió mucho el rey al principio el engaño, pero después aplacado su enojo con la razón alabó el valor de su tía, y mandó que la llevesen a su marido con grande.

Pero aún es más peregrina la manera como logró el insigne Fernán González hacerse conde soberano e independiente de Castilla, al decir de los mismos historiadores. Cuentan que el rey don Sancho de León se enamoró de un hermoso caballo y de un halcón de singular habilidad que el conde tenía, y como no quisiese admitirlos en concepto de regalo por más que e1 conde se empeñara en ello, los adquirió a un precio considerable, conviniéndose en que de no pagarlos el día que se designó, por cada día que pasara se duplicaría el precio. No los pagó el rey no sabemos por qué: y al cabo de siete años, resentido Fernán González de los malos tratamientos que de Sancho había recibido, reclamó la paga de su caballo y de su halcón, pero se halló que la suma en este tiempo había subido tanto que no había en el tesoro real dinero con que satisfacerla; y en su virtud se concertaron los dos en que el conde en recompensa de la deuda quedaría desde entonces soberano independiente de Castilla sin reconocer ningún género de vasallaje a los reyes de León. Por más que la anécdota no carezca de cierto gusto romancesco, tal es su carácter de conseja que hasta los historiadores menos críticos y menos escrupulosos miran ya como cargo de conciencia el admitirla.

El prurito de formar líneas genealógicas, el empeño de hacer a Fernán González descendiente directo e inmediato de los jueces de Castilla, y el error de suponer hereditario el condado de Castilla en un tiempo en que todavía no lo era, ha suscitado cuestiones cronológicas de dificilísima solución, si posible acaso, dado que se admitan aquellos

así no seas avaro ni mezquino en premiar a los valientes.» El califa y su caudillo sabían bien el poder que tenía el oro para con aquellos interesados y venales africanos. Las instrucciones fueron ejecutadas; el cebo se derramó copiosa y diestramente, y las codiciosas tribus se dejaron ablandar en tal manera, que en una sola noche se vio Alhassan abandonado de todas sus tropas, a excepción de algunos caballeros que le ayudaron a refugiarse en la inaccesible Peña de las Águilas, donde había dejado su harem y sus tesoros.

Rodeó Galib la roca con toda su hueste, y cortando el agua a los sitiados viose Alhassan reducido a tal extremidad, que hubo de someterse a la avenencia que le propuso Galib, asegurándole su vida, su libertad y sus tesoros, a condición de venir a España a hacer por sí mismo su sumisión a Alhakem (973). Con esto se posesionaron las tropas andaluzas de la Peña de las Águilas; redujo

---

principios. Lo que más averiguadamente consta es que esta parte de España nombrada antiguamente Bardulia, que desde las conquistas de los primeros Alfonsos comenzó a llamarse Castilla por los muchos castillos que para la defensa de sus estados fueron levantando aquellos príncipes, comenzó también entonces a ser regida por condes o gobernadores a estilo de los godos, pero dependientes de los reyes de Asturias y León. El primer conde de quien se tenga noticia cierta fue un Rodrigo, sin duda de origen godo a juzgar por su nombre, pero de familia desconocida. Este Rodrigo fue el poblador de Amaya, (villa a nueve leguas de Burgos), la cual hubo de hacer como la capital del condado, mientras duró su gobierno, como parece indicarlo aquel antiguo refrán:

Harto era Castilla pequeño rincón.
Cuando Amaya era la cabeza y Fitero el mojón.

Hijo de este Rodrigo fue Diego Rodríguez Porcellos, el fundador y poblador de Burgos (884), destinada a ser el núcleo y la verdadera capital del condado. Prosiguieron los condes gobernadores, no en línea genealógica ni con titulo hereditario, sino como autoridades amovibles puestas por los reyes; y a veces no mencionan uno solo las historias, sino varios que regían a un tiempo diferentes comarcas o fortalezas do Castilla, acaso subordinados a uno principal, como en lo antiguo lo estaban los condes al duque de la provincia. Citanse entre estos Nuño Fernández, Nuño Núñez, Gonzalo Telliz, Rodrigo Fernández, Gonzalo Fernández, y Fernán González, que aparecen como pobladores, Nuño Núñez de Roa, Gonzalo Téllez de Osma, Gonzalo Fernández de Oca, Coruña del Conde y San Esteban de Gormaz, Fernán González de Sepúlveda. Todos estos condes y algunos otros cuyos nombres se suelen encontrar en las escrituras gobernaban temporalmente y sin orden de sucesión los países o ciudades que se les encomendaban.

Muy pronto mostraron así los condes como los pueblos de Castilla tendencias a emanciparse de los reyes de Asturias y León. Pruébalo la temprana rebelión de Nuño Fernández contra Alfonso III. su suegro, el duro castigo que Ordoño II. hizo en los cuatro condes desobedientes. la elección que se supone de los dos jueces, y que probablemente entonces no tuvo más objeto que proveerse a si mismos de magistrados que les administraran justicia mejor que solían hacerlo los monarcas leoneses, hasta que vino el ilustre Fernán González, hijo de Gonzalo Fernández, que con su esfuerzo, valor y destreza supo conquistar poco a poco la independencia de Castilla.

Vemos desde luego a Fernán González eclipsar con su nombre a otros cualesquiera condes subalternos que en Castilla hubiese; dependiendo todavía del belicoso rey de León Ramiro II. hacer un papel importante en los más graves sucesos de la época, pelear por su cuenta con los musulmanes y vencerlos muchas veces; aún preso en las cárceles de León después de frustrada su primera tentativa de independencia, merecer tal consideración y respeto al monarca, que para obtener su juramento de fidelidad hubo de pactar el enlace de su hijo primogénito con hija del conde: vémosle más adelante todavía, o por política o por fuerza, al servicio de Ordoño III.: mas luego aparece (siempre rivalizando su poder con el de los reyes), entronizando a Ordoño IV., casado con su hija la repudiada del III., y lanzando del trono a Sancho el Craso, su aliado anteriormente; y por último conducirse en sus luchas con los reyes de León y Navarra con tal actividad, sagacidad y política, que llega a sacudir definitivamente la dependencia de León, y a quedar como un soberano absoluto entre ambos reinos, siendo de esta manera el fundador del condado independiente de Castilla, nueva soberanía que en menos de un siglo había de convertirse en el mayor y más preponderante de los reinos cristianos de la península, hasta absorver en sí con el tiempo todas las demás monarquías de España.

Casado Fernán González con Sancha, hija del rey Sancho Abarca do Navarra, había tenido de ella varios hijos, de los cuales por muerte de los primogénitos le sucedió en el condado García Fernández, tomando ya esta soberanía el carácter de hereditaria.

Tal fue el principio de la independencia de Castilla, cuyo ilustre fundador fue harto esclarecido por sus hazañas verdaderas, sin necesitar para serlo de las que posteriormente hayan podido ser inventadas por romanceros o historiadores.

En un monumento erigido en la ciudad de Burgos, que lleva el nombre de Arco de Fernán González, levantado, dicen, sobre el solar de la casa que habitó el insigne conde, se lee una inscripción latina, que viene a decir: A Fernán González, libertador de Castilla, el más excelente general de su tiempo, padre de grandes rey es; a su ciudadano, en

seguidamente Galib todos los pueblos y fortalezas de Almagreb, puso en Fez un walí de su confianza, y asegurado aquel imperio para el califa en solo un año de campaña, embarcóse en Ceuta para Algeciras (974), llevando consigo al último descendiente de los Edris. Admirable fue la galantería y la generosidad de Alhakem con aquel ilustre prisionero a pesar de su pérfida conducta. Viendo ya en él solamente a un enemigo vencido que venia a ponerse en sus manos, y queriendo al propio tiempo honrar al general vencedor, él mismo con su hijo Abdelaziz y los principales jeques de Córdoba salió a recibirlos a cierta distancia de la ciudad. Cuando se avistaron, apeóse Alhassan y se postró a sus pies. Pero el califa le alargó su mano, y haciéndole que volviese a montar y le acompañáse a caballo, entró Alhakem en Córdoba llevando a un lado a Alhassan y a otro a Galib, recibiendo las aclamaciones de la agolpada muchedumbre. No contento con esto el generoso califa, mandó hospedar en el palacio Mogueiz a Alhassan y su familia, señalando rentas de príncipe al que había sido tan ingrato y desleal enemigo. Cuentan que gastaba con él y con los demás africanos, que eran unos setecientos, lo que bastaría para vivir siete mil; con lo cual muchos de ellos se establecieron en Córdoba y quedaron al servicio de Alhakem.

Pero pronto se cansó Alhassam de aquella dorada prisión, y pidió al califa permiso para volverse con su familia a África. Otorgósele Alhakem aunque con disgusto, y a condición de que hubiera de residir en el África Oriental, donde su presencia era menos peligrosa. Embarcóse, pues, el africano con su familia y sus tesoros en Almería para Túnez (976). Mas desde allí partió a Egipto, donde puesto bajo la protección del califa Moez por cuya causa había peleado en África, siempre ingrato y pérfido, escribía cartas insultantes a Alhakem, que las recibía con desdeñoso silencio[644]. «Así se extinguió, dice un escritor erudito, la última huella del imperio de Edris, cuyo postrer vástago vivía de las limosnas de un califa y de la clemencia de otro.»

Desembarazado de la guerra de África, pudo Alhakem dedicarse ya exclusivamente a sus ocupaciones favoritas, la administración del estado y el fomento de las letras y de las artes. Por complacer a su mujer predilecta Sobeiha hizo celebrar con gran magnificencia el reconocimiento y proclamación como futuro sucesor de su hijo Hixem, aunque muy niño. Con este motivo se leyeron en la solemne asamblea de la jura elegantes composiciones en verso de los mejores ingenios de España. Los escritores árabes se complacen, como siempre, en enumerar las obras que se presentaban, el premio que cada una obtenía, juntamente con los nombres y una reseña biográfica de sus autores. Por el número de estos se comprende bien los progresos que la amena erudición había hecho entre los árabes de España, y la estimación grande que gozaban los literatos en el reinado del segundo Alhakem.

Si en tiempo de su padre Abderrahman se había extendido hasta las mujeres la ilustración, el alcázar de Alhakem era como un plantel de literatas que hubieran podido ser el ornamento de la buena sociedad en los mejores siglos. Radhiya, la *Estrella Feliz* que llamaba Abderrahman III., había pasado del padre al hijo; era poetisa e historiadora, y aún después de la muerte de este príncipe hizo un viaje a Oriente donde se captó la admiración de todos los sabios. Lobna, versada en la gramática y poesía, en la aritmética y en otros ramos del saber humano, prudente además y celebrada por la agudeza de sus pensamientos, era de quien se valía el califa para escribir sus asuntos reservados : Ayxa, de quien dice Ebn Hayan que no había en España quien la aventajara en

el solar de su misma casa, para eterna memoria de la gloria de su nombre y de su ciudad. Otra mucho más pomposa se leía en el monasterio de San Pedro de Arlanza, cerca del altar mayor en un sepulcro de mármol sostenido por leones.

Estos nombres patronímicos o apellidos de Castilla, terminados en ez, como Rodriguez, González, Fernández, Núñez, etc., vienen de la costumbre de añadir al nombre de los hijos el bautismal de los padres. Y como en los documentos públicos se los nombraba en latín: Nunnius Roderici, Rodericus Ferdinandi, Ferdinandus Gundisalvi, suprimiendo el filius, suplíase en castellano con aquella terminación, que equivale en español al fitz de los ingleses, al ivitch de los rusos, al ebn de los árabes, etc.

Sobre Fernán González y los condes de Castilla pueden verse y cotejarse los documentos recogidos en Sandoval, Yepes, Argaiz, Sota, Berganza, Salazar de Mendoza. Coronel, Flórez en el tom. 26 de la España Sagrada, y otros varios.

644 Conde, part. II. cap. 91 y 92.

elocuencia y discreción, ni en belleza y buenas costumbres: Cádiga, que cantaba con dulcísima voz los versos que ella misma componía: Maryem, que enseñaba en Sevilla literatura con gran celebridad a las doncellas de las familias principales, y de cuya escuela salieron muchas alumnas que hacían las delicias de los palacios de los príncipes y grandes señores; y otras que los escritores árabes enumeran con muy justo y fundado placer.

El ejemplo del califa no era perdido para los walíes y vazzires de las provincias, que en sus respectivos gobiernos no perdían ocasión de fomentar las ciencias y de proteger y premiar a los doctos. Habíase hecho ya gusto de la época el dedicarse a la cultura del espíritu. La historia nos ha conservado la descripción de cómo solían invertir el tiempo los literatos en sus reuniones amistosas. Ahmed ben Said, docto y rico alfaquí de Toledo, tenía costumbre de reunir en su casa todos los años, en los meses de noviembre, diciembre y enero, hasta cuarenta amigos aficionados a la bella literatura, así de la ciudad como de Calatrava y otras poblaciones. Reuníanse en un salón, cuyo pavimento estaba cubierto de alfombras de lana y seda, con almohadones de lo mismo, y cubiertas las paredes de tapices y paños labrados: en medio de la gran sala había un grueso cañón cilíndrico lleno de lumbre, especie de estufa alrededor de la cual se sentaban. Comenzaba la sesión o conferencia por la lectura de algún capítulo o sección del Corán, o bien por algunos versos, que luego comentaban, y seguían después otras lecturas, sobre las cuales cada uno emitía sus ideas. De tiempo en tiempo se suspendía la conferencia, y entraban los esclavos con perfumes para quemar y con agua de rosas para sus abluciones. Después hacia el medio día les servían una mesa sencilla pero abundante. Ningún habitante de Toledo, aunque los había muy ricos, era tan generoso y espléndido como Ahmed ben Said, llegando a tanto su amor a las letras que solía pensionar y tener en su casa muchos jóvenes que buscaban su instrucción. Habiéndole hecho el califa prefecto de los juzgados de Toledo, un cadi de la misma ciudad, envidioso de su popularidad y fama, asesinó en su casa a aquel hombre inapreciable y singular.

Inútil es decir que Alhakem buscaba los más doctos profesores de Oriente y Occidente para que dirigiesen la educación del príncipe su hijo: y supondríase, si las historias no nos lo dijeran, que tenía colocados a todos los hombres literatos y doctos en los más honoríficos y eminentes puestos del estado.

Al empadronamiento o matrícula general que mandó hacer de todos los pueblos del imperio debemos las siguientes curiosas noticias estadísticas de la población y riqueza que alcanzaba entonces la España musulmana. Había, dicen, seis ciudades grandes, capitales de capitanías, otras ochenta de mucha población, trescientas de tercera clase, y las aldeas, lugares, torres y alquerías eran innumerables. Suponen algunos que sólo en las tierras que riega el Guadalquivir había doce mil: que en Córdoba se contaban doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas, y novecientos baños para el pueblo. Las rentas del estado subían anualmente a doce millones de mitcales de oro, sin contar las del azaque que se pagaban en frutos. Explotábanse muchas minas de oro, de plata y otros metales por cuenta del rey, y otras por particulares en sus posesiones. Eran celebradas las de Jaén, Bulche y Aroche, y las de los montes del Tajo en el Algarbe de España. Había dos de rubíes a la parte de Beja y Málaga. Se pescaban corales en la costa de Andalucía, y perlas en la de Tarragona. La agricultura prosperó también grandemente al abrigo de la larga paz que supo mantener Alhakem: se construyeron canales de riego en las vegas de Granada, de Murcia, de Valencia y Aragón: se hicieron albuheras o pantanos con el propio objeto, y se aclimataron multitud de plantas acomodadas a la calidad de cada terreno. En suma, dice el autor árabe que nos suministra estas noticias, este buen rey convirtió las espadas y lanzas en azadas y rejas de arado, y trasformó los belicosos e inquietos muslimes en pacíficos labradores y pastores. Los hombres más distinguidos se preciaban de cultivar sus huertos y jardines con sus propias manos; los cadíes y alfaquíes se holgaban bajo la apacible sombra de sus parrales, y todos iban al campo dejando las ciudades, unos en la florida primavera, otros en el otoño y las vendimias. Envidiable estado y admirable prosperidad el de la España árabe de aquel tiempo, que casi nos hace sospechar si habrá alguna exageración de parte de sus escritores nacionales, si bien no

desconocemos cuán grande y feliz puede hacer a un estado un príncipe ilustrado y virtuoso que tiene la fortuna de suceder a otro príncipe no menos grande, filósofo e ilustrado.

Muchos pueblos, continúa el mismo historiador, se entregaron a la ganadería, y trashumaban de unas provincias a otras procurando a sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones, en lo cual seguían la inclinación y manera de vivir de los antiguos árabes que de este modo pastoreaban sus ganados, buscando en la *mesaifa* o estación de verano las alturas frescas hacia el Norte u Oriente, y volviendo al fin de la estación para la *mesta* o invernadero hacia los campos abrigados del Mediodía o Poniente. Llamábanse estos árabes *moedinos*, vagantes o trashumantes[645].

Largo fuera enumerar todas las obras así literarias como artísticas, industriales y de ornato y comodidad pública que se debieron al ilustre Alhakem. La famosa biblioteca del palacio Merúan dicen que se aumentó hasta seiscientos mil volúmenes[646]; cifra asombrosa para aquellos tiempos, cuando hoy mismo con el auxilio del gran multiplicador, la imprenta, y con los progresos admirables de la mecánica son pocas todavía las bibliotecas que reúnen tan considerable depósito de libros. Siendo la poesía como innata a los árabes y una de las bases de su educación, no podía Alhakem dejar de ser poeta, y lo era por educación y por genio[647].

Dicen que solía dar a su hijo Hixem los consejos siguientes: *«No hagas sin necesidad la guerra: mantén la paz para tu ventura y la de tus pueblos: no desenvaines tu espada sino contra los malvados: ¿qué placer hay en invadir y destruir poblaciones, arruinar estados y llevar el estrago y la muerte hasta los confines de la tierra? Conserva en paz y en justicia los pueblos, y no te deslumbren las falsas máximas de la vanidad: sea tu justicia un lago siempre claro y puro, modera tus ojos, pon freno al ímpetu de tus deseos, confía en Dios, y llegarás al aplazado término de tus días.»* ¡Coincidencia singular! Estas máximas son casi las mismas que inculcó Hixem I. a su hijo Alhakem I. Ahora es Alhakem II. el que las recomienda a su hijo Hixem II. Perdidos fueron los consejos de ambos padres, y distantes estuvieron de observarlos los dos hijos.

Pasaron los días del esclarecido Alhakem II., dice su cronista arábigo, como pasan los agradables sueños que no dejan sino imperfectos recuerdos de sus ilusiones. Trasladóse a las mansiones eternas de la otra vida, «donde hallaría, como todos los hombres, aquellas moradas que labró antes de su muerte con sus buenas o malas obras: falleció en Medina Zahara a 2 de safar del año 366 (976), a los 63 años de su edad, y a los 15 años, 5 meses y 3 días de su reinado: fue enterrado en su sepulcro del cementerio de la Ruzafa.»[648]

Con la muerte de Alhakem II., último califa de los Beny-Omeyas que mereciera el renombre de ilustre, variará completamente la situación de todos los pueblos de España, musulmanes y cristianos. Se levantará un genio extraordinario y colosal, que amenazará acabar de nuevo con la independencia y la nacionalidad española, extinguir en este suelo la fe del Crucificado, llevar hasta

---

645 Es fácil, añade Conde, que de estos moedinos, alterado el nombre, haya procedido el de nuestros ganados merinos. Y de aquí, no sin verosimilitud, opinan muchos que ha podido traer su origen la institución conocida en España con el nombre de Mesta, que tenía un objeto semejante y ha durado hasta nuestros días.

646 Ebn Alabar, in Casiri.

647 Bella y notable es la composición que dedicó a la sultana favorita Sobehya cuando partió para la campaña de San Esteban de Gormaz.

De tus ojos y los míos—en la triste despedida
De lágrimas los raudales—inundaban tus mejillas:
liquidas perlas llorabas,—rojos zafiros vertías,
Juntos en tu lindo cuello—precioso collar hacían:
Extrañó amor al partir—cómo no perdí la vida:
Mi corazón se arrancaba,—el alma salir quería:
Ojos en llanto anegados,—aquellas lágrimas mías
Si del corazón salieron,—en su propia sangre tintas,
Este corazón de fuego—¿cómo no se deshacía?
Loco de amor preguntaba,—¿dónde estás, bien de mi vida?
Y estaba en mi corazón,—y con su encanto vivía...

648 Conde, cap. 94.

el último confín de España el pendón del Profeta y frustrar la obra laboriosa de cerca de tres siglos. Examinaremos en otro volumen esta época fecunda en graves sucesos.

CAPÍTULO XVII.
ESTADO MATERIAL Y MORAL DE LA. ESPAÑA ÁRABE Y CRISTIANA.
De 910 a 970.

I. Reinos cristianos.—Progreso de la obra de la restauración.—Lo que se debió a cada monarca.—Débil reinado de García de León.—Vigor y arrojo de Ordoño II.—Tendencia de los castellanos hacia la emancipación.—Obispos guerreros de aquel tiempo.—Piedad religiosa y moralidad de los reyes.—Jueces de Castilla.—Sistema de sucesión al trono.—Breves reinados de Fruela II. y de Alfonso IV.—Ramiro II. y Fernán González.—Lo que influyó cada uno en la suerte de la España cristiana.—Ordoño III.: Sancho el Gordo y Ordoño el Malo.—Manejo de cada uno de estos príncipes: extraña suerte que tuvieron.—Castilla: Fernán González: cuándo y cómo alcanzó su independencia.—II. Imperio árabe. Equivocado juicio de nuestros historiadores sobro su ilustración en esta época.—Grandeza y magnanimidad de Abderrahman III.: generosidad y abnegación de Almudhaffar.—Magnificencia y esplendidez del Califa: prosperidad del imperio.—Alhakem II.— Cultura de los árabes en este tiempo.—Protección a las letras: progreso intelectual: cómo se desarrollo y a quién fue debido.—Observación sobre las historias arábigas.

I. En la obra laboriosa y lenta de la restauración española, cada periodo que recorremos, cada respiro que tomamos para descansar de la fatigosa narración de los lances, alternativas y vicisitudes de una lucha viva y perenne, nos proporciona la satisfacción de regocijarnos con la aparición de algún nuevo estado cristiano, fruto del valor y constancia de los guerreros españoles, y testimonio de la marcha progresiva de España hacia su regeneración. En el primero vimos el origen y acrecimiento, la infancia y juventud de la monarquía Asturiana: en el segundo anunciamos el doble nacimiento del reino de Navarra y del condado de Barcelona: ahora hemos visto irse formando otro estado cristiano independiente, la soberanía de Castilla, con el modesto título de condado también. La reconquista avanza de los extremos al centro.

Merced a la grandeza del tercer Alfonso de Asturias, Navarra se emancipa de derecho, y el primogénito de Alfonso el Magno puede fijar ya el trono y la corte de la monarquía madre en León: paso sólido, firme y avanzado de la reconquista. ¡Así hubiera heredado el hijo las grandes virtudes del padre, como heredó el primer rey de León las ricas adquisiciones del último monarca de Asturias! Pero el hijo que conspiró siendo príncipe contra el que era padre afectuoso y monarca magnánimo, ni heredó las prendas paternales, ni gozó sino por muy breve plazo de la herencia real. A castigo de su crimen lo atribuyen nuestras antiguas crónicas; propio juicio de quienes escribían con espíritu tan religioso.

Vinole bien al reino su muerte, porque sobre haberse reincorporado Galicia a León con la sucesión de Ordoño II., acreditó pronto este príncipe que el cetro leonés había pasado a manos más robustas que las de García su hermano. Los campos de Alange, de Mérida, de Talavera, de San Esteban de Gormaz resonaron con los gritos de victoria de los cristianos. Sin embargo, la batalla de Valdejunquera demostró a Ordoño que no se desafiaba todavía impunemente el poder de los agarenos, y eso que pelearon unidos el monarca navarro y el leonés. Mas ni a Sancho de Navarra escarmentó aquel terrible descalabro, ni acobardó a Ordoño de León. Todavía el navarro tuvo aliento para esperar a los musulmanes en una angostura del Pirineo y vengar su anterior desastre, y todavía Ordoño tuvo el arrojo de penetrar hasta una jornada de Córdoba, como quien avanzaba a intimar al príncipe de los creyentes: «Apresúrate a sofocar las discordias de tu reino, porque te esperan las armas cristianas ansiosas de abatir el pendón del Islam.» Y cuenta que imperaba en Córdoba Abderrahman III. el Grande, y que mandaba los ejércitos mahometanos su tío el valeroso y entendido Almudhaffar.

La prisión y ejecución sangrienta de los cuatro condes castellanos ha dado ocasión a nuestros escritores para zaherir o aplaudir, según sus opuestos juicios, la severa conducta del monarca leonés. Los unos cargan todo el peso de la culpabilidad sobre los desobedientes condes para justificar el suplicio impuesto por el rey de León: los otros intentan eximir de culpa a aquellos magnates para hacer caer sobre el monarca toda la odiosidad del duro y cruel castigo. Nosotros, sin pretender eximir a los castellanos condes de la debida responsabilidad por la desobediencia a un monarca de quien eran súbditos todavía, y por cuya falta de concurrencia pudo acaso perderse la

batalla de Valdejunquera, tampoco hallamos medio hábil de poder justificar el capcioso llamamiento que Ordoño les hizo, ni menos la informalidad del proceso (si fue tal como Sampiro lo cuenta) para la imposición de la mayor de todas las penas, lo cual se nos representa como una imitación de las sumarias y arbitrarias ejecuciones de Alhakem I. y de los despóticos emires de los primeros tiempos de la conquista, menos indisculpables en estos que en un monarca cristiano. Lo que descubrimos en este hecho es la tendencia de los condes o gobernadores de Castilla a emanciparse de la obediencia a los reyes de León; tendencia que mal reprimida por el excesivo rigor y crueldad de Ordoño, había de estallar no tardando en rompimiento abierto y en manifiesta excisión. Así, mientras por un lado vemos con gusto estrecharse entre las monarquías de León y Navarra las relaciones incoadas por Alfonso III. y pelear ya juntos sus reyes, por otro empieza a vislumbrarse el cisma que habrá de romper la unidad de la monarquía leonesa.

Lo que acerca de los prelados y sacerdotes de esta época dijimos en nuestro discurso preliminar[649], a saber, que solían ceñir sobre el ropaje santo del apóstol la espada y el escudo del soldado, viose cumplido en el combate de Valdejunquera Los musulmanes no debían maravillarse de esto, puesto que sus alimes y alcatibes peleaban también, y porque estaban acostumbrados a ver batallar los obispos cristianos desde el metropolitano Oppas. Pero no dejaría de causarles extrañeza ver que uno de los obispos prisioneros era el prelado de Salamanca Dulcidio, aquel mismo Dulcidio que siendo simple presbítero de Toledo se había presentado en Córdoba indefenso y desarmado como apóstol de paz, encargado de una negociación pacifica entre el califa Mohammed y el rey Alfonso III. La Providencia parecía haber permitido la prisión de aquellos dos venerables pastores, como para enseñarles que mejor estuvieran en sus iglesias dando el pasto espiritual a los fieles de su grey, que acompañando belicosas huestes en los campos de batalla. Pocos años después, olvidado de este saludable aviso otro prelado, Sisnando de Compostela, aquel turbulento obispo que fue a reclamar del virtuoso Rosendo la cesión de la silla episcopal con la punta de la espada, se ajusta los arreos del guerrero y sale a campaña, y la saeta de un normando le avisa a costa de la vida que no es el oficio de guerreador el que compete al ministro de un Dios de paz. Tales eran sin embargo las costumbres de aquel tiempo: y si los medios de defender la fe no eran los más apostólicos, el celo religioso que los impulsaba no puede dejar de reconocerse altamente plausible, y veremos por largos siglos a los ministros del altar creerse obligados a blandir la lanza en defensa de la religión, y al pueblo mirar a los sacerdotes de Cristo como legítimos capitanes de los ejércitos de la fe. ¿Y cómo no habían de considerarlos así, cuando se persuadían de que los apóstoles y los santos descendían del cielo a capitanearlos en persona y a esgrimir con propia mano el acero contra los enemigos de la cristiandad?

Piadosísimo llaman todas nuestras historias a Ordoño II.; y así era natural que calificaran al que erigió y dotó la catedral de Santa María de León, al que cedía para templo episcopal sus propios palacios, y al que se desprendía de sus propias alhajas de oro y plata para colocarlas con su misma mano en los nuevos altares. El palacio en que habitaban los reyes de León era un magnífico edificio abovedado que los romanos tuvieron destinado para baños termales. He aquí la historia religiosa de España. Al principio era un monje el que desbrozaba un terreno inculto para erigir sobre él una pobre ermita, que después un monarca piadoso convertía en catedral. Avanza la conquista, y ya los monarcas cristianos pasan a habitar los edificios que antiguos dominadores gentiles habían hecho para su recreo; estos monarcas ceden después su propia morada para hacerla morada del Señor: las joyas de la corona van a adornar los altares de los santos: lugares y villas del dominio real se transfieren al de la iglesia por donación espontánea del rey, que quita y pone obispos. y demarca los límites de cada diócesis. De modo, que siendo los reyes los que nombraban y deponían obispos, los que fundaban y dotaban iglesias y monasterios, los que mandaban los ejércitos en persona, y los que administraban por sí mismos la justicia, venían a reasumir por la fuerza de las circunstancias las funciones pontificales, militares, políticas y civiles, del modo que por la organización de su código las ejercían los califas en su imperio. Pero la organización política de los estados cristianos no es

649 Tom. I. pág 82.

invariable; ella se perfeccionará y se irán deslindando los poderes: la de los musulmanes es inmutable, y durarán los vicios radicales de su constitución tanto como dure la obcecación de los hombres en la creencia de su falso símbolo[650].

Aquel Ordoño tan belicoso, aquel monarca tan inexorable y tan severo en sus castigos, terminó su gloriosa carrera militar pagando un tributo a la debilidad humana, enamorándose en su postrera expedición de la hija del rey de Navarra su aliado, que hizo su tercera mujer viviendo todavía la segunda aunque repudiada. La facilidad con que iremos viendo a los reyes cristianos repudiar una mujer legítima, divorciarse, casarse con otra en vida de la primera, sin que ni el pueblo mostrara escandalizarse ni los obispos dieran señales de oponerse, prueba el ensanche de las costumbres de aquel tiempo en esta parte de la moral.

Fruela II. que sucede a sus dos hermanos no hace sino desterrar a un obispo y condenar a muerte a un hermano del prelado sin causa conocida. La lepra de que murió el rey dio ocasión a que el pueblo atribuyera su pronta y asquerosa muerte a castigo del cielo por aquella doble injusticia: juicio tal vez más religioso que exacto, pero que prueba cómo condenaba el pueblo de aquel tiempo las injusticias, y que imposibilitado de pedir cuentas al soberano que las cometiera, volvía naturalmente los ojos al cielo, y le consolaba la fe de que había allí un rey de reyes que no dejaba impunes las injusticias de las potestades de la tierra. ¿Extrañaremos que este mismo instinto de moralidad social los condujera a buscar también en sí mismos el remedio posible a sus males? En vista del duro comportamiento de Ordoño y de Fruela con los condes, obispos y magnates, no nos maravilla que los castellanos, más apartados del centro de acción de los monarcas leoneses, e inclinados ya a la independencia, trataran de proveerse de jueces propios que les administraran justicia con más imparcialidad, o por lo menos con más formalidad en los procesos que la que aquellos reyes habían usado; principio del ejercicio, aunque imperfecto, de la soberanía, mientras no contaran con la fuerza para llevarla a complemento. Mientras la historia no haga evidente la no existencia de los jueces de Castilla, la verosimilitud está en apoyo de la tradición y de los recuerdos históricos en que también se funda.

Aunque Fruela II. dejaba al morir tres hijos, ninguno de ellos ciñe la corona: los grandes y prelados llaman a sucederle al hijo de Ordoño II. con el nombre de Alfonso IV. ¿Cómo los hijos de Ordoño no habían sucedido antes a su padre? ¿Y cómo no suceden ahora a Fruela los suyos? ¿Qué sistema de sucesión a la corona se guardaba entre los reyes de León? Los hechos nos lo dicen: el mismo de los reyes de Asturias, el mismo del tiempo de los godos, y lo que es más, casi el mismo que el de los árabes: sucesión generalmente consentida en la familia, libertad electiva en las personas: las exclusiones de Alfonso el Casto en el siglo IX. en Asturias, se ven reproducidas con Ordoño y Fruela en León en el siglo X.

Y sólo un alarde de libertad electiva pudo mover a los magnates leoneses a poner la corona en las sienes de Alfonso IV., príncipe a quien sentaba mejor la cogulla de monje que la diadema de rey, y más aficionado al claustro y al coro que a los campos de batalla y a los ejercicios militares. Sin embargo, la salida de Alfonso IV. del claustro de Sahagún para vestir otra vez las insignias reales de que se había despojado nos presenta un ejémplo práctico de lo que suelen ser las abdicaciones de los reyes, aún aquellas que parecen más espontáneas.

Nos horroriza el recuerdo del terrible castigo impuesto por Ramiro II. a su hermano Alfonso y a los tres príncipes sus primo hermanos, y duélenos considerar que no ha bastado el trascurso de siglos para hacer desaparecer la horrible pena de ceguera heredada de la legislación visigoda, antes la vemos aplicada con frecuencia y con dureza espantosa por nuestros monarcas a los príncipes de su propia sangre y a sus deudos más inmediatos. Siglos bien rudos eran estos todavía.

---

650 La catedral de León que edificó Ordoño II. en 946 no es, como muchos creen, la misma que hoy por su grandeza y suntuosidad arrebata la admiración de las gentes. Destruida aquella por Almanzor, el magnifico templo que hoy existe fue comenzado en tiempo del prelado don Manrique, hijo del conde don Pedro de Lara.Véase Risco, Esp. Sagr.: t. 34 y 35.

Mas si como cruel nos estremece Ramiro II., como guerrero nos admira y asombra; y asombraríanos más, si a su lado no viéramos al mismo tiempo al brioso Fernán González, a ese adalid castellano, que con su solo esfuerzo supo ganar para sí una monarquía sin cetro y un trono sin corona. El ruido de los triunfos del monarca leonés y del conde castellano penetra en los salones del soberbio palacio de Zahara, y avisa a su ilustre huésped, el Gran Miramamolín que decían los cristianos, el más esclarecido y poderoso de los Beni-Omeyas, Abderrahman III., la necesidad de abandonar aquella mansión de deleites y de empuñar la cimitarra si quiere volver por el honor humillado del Corán. Publica entonces el alghied, y acampa a las márgenes del Tormes el más numeroso ejército musulmán que jamás se congregó contra los cristianos. Mahoma y Abu Bekr no hubieran vacilado en encomendarle la conquista del mundo, porque menos numeroso era el que había subyugado la Persia, el Egipto y el África, y una sexta parte había bastado para posesionarse de España dos siglos hacía. Conducíanle Abderrahman el Magnánimo y el veterano Almudhaffar su tío, vencedores de Jaén, de Sierra Elvira, de Alhama, de Valdejunquera, de Zaragoza y de Toledo. ¿Cómo no habían de creerse invencibles?

Al revés que en Guadalete, donde los soldados de Cristo eran los más, los del Profeta los menos, en el Duero los guerreros del cristianismo eran infinitamente menos en número que los combatientes del Islam. Y sin embargo, el Corán y el Evangelio van a disputarse otra vez el triunfo en los campos de Simancas como en los campos de Jerez. No importa la desigualdad del número a los cristianos: con las contrariedades de dos siglos se ha enardecido su ardor bélico, y son los vencedores de Osma y de Madrid. Antes de cruzarse las armas se eclipsa el sol, como si esquivase alumbrar el sangriento espectáculo que se preparaba: este fenómeno natural difunde el asombro en los dos campos, y todos sacan consecuencias fatídicas temiendo tener contra sí la ira y el enojo del cielo, porque todos son supersticiosos, cristianos y musulmanes. Dase al fin la pelea, y la clara luz del sol de otro día, más resplandeciente ya de lo que entonces los mahometanos hubieran querido, enseñó a los cristianos con admiración suya el prodigioso número de infieles que en el campo había dejado tendidos el filo de sus espadas. La larga tregua que después hubo de ajustarse entre Ramiro II. y Abderrahman III. prueba más que las relaciones de batallas la pujanza que había alcanzado ya la monarquía leonesa.

Aprovechó el califa esta paz para atender a la guerra de África y para dotar al imperio de escuelas, de palacios y mezquitas: aprovechóla el rey de León para fundar monasterios y dotar iglesias o reedificarlas. Esta era la marcha de las dos religiones y de los dos pueblos.

Ramiro II. se despidió de los moros con otra batalla, de su hijo Ordoño trasfiriéndole el cetro, y del mundo vistiendo el hábito de la penitencia.

Con Ordoño III., aunque sin culpa suya, comienzan a romperse los lazos que unían a los diferentes jefes de los cristianos, y se conjuran contra el nuevo monarca su hermano, su suegro y su tío. Comprendemos que a Sancho le punzara la ambición del reinar; que la política de Fernán González fuera debilitar la monarquía leonesa para labrar la independencia castellana: pero no alcanzamos lo que pudo impulsar a García de Navarra a romper la buena armonía en que su padre había vivido con tres reyes de León consecutivos. Ordoño en un arranque de indignación por la deslealtad de Fernán González su suegro se divorcia de la reina: único ejemplar que sepamos de una princesa que ha subido al trono en premio de un juramento de fidelidad de su padre, y que desciende de él en castigo de haber quebrantado su padre aquel mismo juramento; como si más que reina fuese una prenda pretoria depositada en garantía de un contrato.

Ocupa al fin Sancho por muerte de su hermano Ordoño III. el trono que anticipadamente había intentado asaltar, y el conde Fernán González de Castilla tuerce repentinamente el giro de su política, y de auxiliar que ha sido de Sancho pretendiente se muda en enemigo armado de Sancho rey; y es que quiere sentar en el trono a Urraca su hija, la repudiada de Ordoño III., que ha pasado a ser esposa del que va a ser Ordoño IV., todo por negociaciones de su padre Fernán González, que parecía especular en tronos con su hija. Es difícil bosquejar bien el complicado cuadro de sucesos que produjo la conducta incierta del voluble, o si se quiere, del político conde. Merced a ella,

Sancho el Gordo, siendo ya rey legítimo, viose destronado por el mismo que había querido hacerle rey intruso, y forzado a buscar un asilo al amparo de su tío García de Navarra.

Para que todo sea irregular y anómalo en esta época confusa y revuelta, Sancho el Gordo, destronado por los suyos, pasa de Pamplona a Córdoba a curarse de su inmoderada obesidad, y encuentra en la corte del califa médicos musulmanes que le restituyan su agilidad primitiva y un emperador mahometano que le ayude a recuperar su trono. Y el rey cristiano, depuesto por un príncipe, un conde y un ejército cristiano, es restablecido por un sucesor de Mahoma y por soldados del Profeta. Cristianos y musulmanes sacrifican otra vez el principio religioso o a la ambición o a la política. No podía prosperar mucho la causa de la fe cuando los cetros se conquistaban al abrigo de los estandartes infieles.

Ordoño el intruso huye cobardemente a Asturias, de donde le arrojan las armas victoriosas de Sancho: busca un refugio en Burgos, y los burgaleses le arrebatan su esposa y sus hijos y le envían donde su buena o mala ventura le valiera; y Ordoño el Malo, rey sin trono, marido sin esposa, padre sin hijos, lanzado de León, arrojado de Oviedo, expulsado de Burgos, acaba sus días desastrosamente entre los moros, sin dejar otra cosa que la memoria de algunas tiranías que ejerció siendo rey, y el sobrenombre de Malo que le ha conservado la posteridad. A pesar de haber reinado más de tres años, ni siquiera ha obtenido un lugar en la cronología.

Parecía que Sancho debería haber perdido prestigio en el pueblo cristiano y devoto por haber debido la recuperación del trono a los auxilios de un mahometano. Pero Sancho obtiene del califa el permiso de trasladar el cuerpo del santo mártir Pelayo a León, y el pueblo leonés entretenido con la solemne procesión de las santas reliquias olvida que tiene un rey por la gracia de Dios y del vicario de Mahoma.

La traición y el veneno pusieron fin a los días de Sancho, y el rey cristiano que había debido su salud a médicos musulmanes en la corte mahometana, perece emponzoñado en su propio reino por un conde cristiano súbdito suyo. La nobleza y la generosidad de los árabes correspondían entonces a la grandeza y a las virtudes de sus califas: el imperio árabe estaba en su época de engrandecimiento. Las costumbres de los cristianos se resentían de las pasiones de sus príncipes y de sus magnates: el reino cristiano iba a entrar en un período de decadencia. Todo guardaba armonía.

Descúbrese en la conducta de Fernán González que no se olvidaba nunca del fin a que lo encaminaba todo. De genio altivo y ánimo arrogante, conocedor de su propio valer, sabiendo lo que podía esperar de su corazón y de su brazo, amante de la independencia y al frente de un país que pugnaba por adquirirla, fijóse en el pensamiento de emancipar a Castilla de los reyes de León, y de fundar en ella una soberanía. Achaque suele ser de los escritores apasionarse de los personajes eminentes que nacieron en el mismo suelo que ellos y le ilustraron con hazañosos hechos y heroicas acciones, viendo solamente en ellos lo grande del héroe, nada de lo flaco del hombre. No nos cegará a nosotros aquella circunstancia para dejar de reconocer que si grande fue el fin, justificado el propósito, admirable la perseverancia, mucha la destreza, asombrosa la actividad e indisputable el denuedo y el brío con que el conde castellano llevó a complemento su obra, no aparecen a nuestros ojos tan plausibles todos los medios que empleó para realizarla. En su manejo con los monarcas de León Ramiro II., Ordoño III., Sancho I. y Ordoño el Malo, así como con el rey García de Navarra, auxiliando y contrariando alternativamente a unos y a otros, o trabajando sucesivamente para entronizar o destronar a unos mismos, o jurando fidelidad y quebrantándola, creemos que es menester vengan muy en su auxilio las necesidades o conveniencias de la política para neutralizar los juicios que pudiera inspirar la moral severa. Notamos no obstante con orgullo, entre otras nobles cualidades del conde Fernán González, la de no haberse aliado nunca con los sarracenos ni transigido jamás con los enemigos de su patria y de su fe: cualidad que desearíamos poder sacar a salvo en más de un monarca cristiano y en más de un celebrado campeón español de los que en la galería histórica irán apareciendo. que nuestros cronistas e historiadores apenas usan otro dictado que el de bárbaros para nombrar a nuestros dominadores árabes. Las creencias religiosas como las

opiniones políticas suelen de tal manera cegar la razón de los hombres, que no les permiten ver en sus adversarios ni cualidad buena ni acción digna de alabanza. Puede disculparse este apasionamiento en los que fueron actores o testigos presenciales de aquella lucha sangrienta, e injustamente por los extraños provocada. Nosotros, hombres de otro siglo, tan sinceramente religiosos como nuestros mayores, pero no perturbada nuestra razón ni enardecida con escenas que por fortuna no presenciamos, debemos juzgar con más imparcialidad a los hombres de aquel tiempo, fuesen adversarios o amigos. Por lo mismo que estamos más tranquilos, tenemos obligación de ser más desapasionados.

Traigan también apasionados escritores la independencia de Castilla de tan antiguo como quieran. Nosotros, ciñéndonos a los datos históricos, no podemos anticiparla a la mitad del siglo X., y a la época en que vemos al ilustre conde obrar ya de su cuenta y sin sujeción a los reyes de León, antes bien lanzando de aquel trono al monarca reconocido, y colocando en su lugar, siquiera fuese sin derecho, a un deudo suyo. No señalaremos el día preciso en que Castilla pudo decirse independiente, porque no hubo día de solemne proclamación, ni leemos en parte alguna que se alzaran en determinado día pendones en las plazas públicas gritando: «¡Castilla por el conde Fernán González! » Castilla y su conde fueron ganando la independencia lentamente y de hecho al compás y en la escala a que los esfuerzos de Fernán González iban alcanzando, y entre oscilaciones, alternativas y contrariedades, a la manera de aquel que después de luchar con las vicisitudes de una enfermedad penosa llega a encontrarse en buen estado de salud sin que pueda señalar el momento preciso en que la recobró.

Vamos ahora al imperio árabe.

II. Nos es tanto más necesario bosquejar la fisonomía del imperio musulmán en esta época, cuánto que nuestros cronistas e historiadores apenas usan otro dictado que el de bárbaros para nombrar a nuestros dominadores árabes. Las creencias religiosas como las opiniones políticas suelen de tal manera cegar la razón de los hombres, que no les permiten ver en sus adversarios ni cualidad buena ni acción digna de alabanza. Puede disculparse este apasionamiento en los que fueron actores o testigos presenciales de aquella lucha sangrienta, e injustamente por los extraños provocada. Nosotros, hombres de otro siglo, tan sinceramente religiosos como nuestros mayores, pero no perturbada nuestra razón ni enardecida con escenas que por fortuna no presenciamos, debemos juzgar con más imparcialidad a los hombres de aquel tiempo, fuesen adversarios o amigos. Por lo mismo que estamos más tranquilos, tenemos obligación de ser más desapasionados.

Príncipes muy esclarecidos había dado ya la ilustre estirpe de los Beni-Omeyas al imperio árabe-hispano en el siglo y medio trascurrido desde su fundación en 756 hasta la muerte de Abdallah en 911. Siete emires, o sean califas, habían ocupado en este espacio el trono muslímico de Córdoba, y a pesar de los excesos y lunares de algunos de ellos, pocas dinastías reinantes pudieran presentar una serie de soberanos de tan altas dotes como lo fueron la mayor parte de los Ommiadas. Desde el primer Abderrahman, figura histórica bella y esbelta como la célebre palma que plantó en Córdoba por su mano, grande y colosal como la soberbia mezquita que comenzó, pocos dejaron de señalarse o por su ingenio o por sus hechos de armas hasta Abderrahman III., en que comienza el período en este nuestro capítulo comprendido.

Acontecíale a Abderrahman III. de Córdoba lo que a Alfonso III. de Asturias. A ambos los habían precedido dos ilustres príncipes de su mismo nombre cuya gloria y fama era muy difícil igualar, cuanto más exceder. Pero los grandes hombres y los grandes ingenios nunca hallan agostado el campo de la gloria, porque le fecundizan ellos mismos. Y así como el tercer Alfonso supo elevarse sobre los dos predecesores de su nombre, así el tercer Abderrahman halló todavía cosecha abundante de laureles que sus antecesores no habían recogido.

Todo fue grande en la exaltación de Abderrahman III. al califato, y todo hacía a los musulmanes augurar bien de su elevación. El viejo Abdallah dio una gran prueba de previsión y de tacto en proclamar sucesor del imperio a un nieto sin padre, vástago tierno cuyos frutos solo en

lontananza era dado prever, con preferencia a un hijo reputado ya de guerrero insigne, y con quien había compartido los cuidados del gobierno. Grandeza de ánimo y abnegación admirable fue necesaria en Almudhaffar para verse pospuesto por su padre a un joven sobrino, hijo de un hermano rebelde, y no .solo no darse por sentido, sino constituirse de entonces para siempre en el más decidido sostenedor y en el más firme y constante auxiliar del proclamado. Y sobremanera relevante debía ser el mérito precoz del nieto del califa para ser recibido por el pueblo musulmán con tan unánime y universal aplauso. Cuando un imperio cuenta en la familia de sus príncipes hombres de la previsión y tacto exquisito de un Abdallah, de las aventajadas prendas de un Abderrahman y de la generosidad y prudencia de un Almudhaffar, aquel pueblo está en el camino seguro de engrandecimiento. Tal aconteció al imperio árabe-hispano.

Sin unidad y sin tranquilidad interior es imposible que prospere un pueblo, y Abderrahman y Almudhaffar se dedican a acabar con las añejas y envejecidas rebeliones que le traían desgarrado. Ambos rivalizan en energía: en el Mediodía el uno, en el Oriente el otro, a la presencia del prudente y simpático Abderrahman, al brillo de la espada del intrépido y fogoso Almudhaffar tiemblan y huyen los insurrectos, las fortalezas enarbolan el pabellón del legítimo califa, y ni en los riscos de la Alpujarra ni en las crestas del Pirineo logran hallar abrigo seguro los rebeldes. Zaragoza, de tanto tiempo en poder de los sediciosos; Toledo, segregada del imperio más de medio siglo hacía; Toledo con sus altos muros tenidos por inexpugnables, todas abren sus puertas al emir Almumenim, y el imperio árabe-español recobra la unidad rota hacía cerca de doscientos años.

Mayor gloria para los cristianos, mayor lauro para Ramiro y Fernán González que han sabido humillar en más de una lid los estandartes muslímicos conducidos por guerreros como Abderrahman y Almudhaffar en el apogeo de su poder. Y de estar en el punto culminante de su poder daban testimonio los alminbares de las aljamas de Almagreb que resonaban con el nombre de Abderrahman Alnasir Ledin Allah, jefe de los creyentes del imperio africano: dábanle las embajadas de los emperadores de Bizancio y de Alemania, de multitud de soberanos de Europa; dábanle las escuadras del califa que cruzaban los mares de Levante, y dábale el sultán de Egipto que experimentó bien a su costa el poderío y pujanza del soberano cordobés.

Si el sobrenombre de magnánimo con que los cristianos mismos apellidaban al tercer Abderrahman no indicara bastante cuál había sido su conducta con ellos después de hecha la paz, publicaralo la hospitalidad generosa otorgada a Sancho el Craso, y su reposición, si acaso no del todo desinteresada, por lo menos con todas las apariencias de tal, en el trono leonés. ¿Hubiera sido imposible que Abderrahman se enseñoreara en todo o en parte del reino de León, si tal entonces hubiera intentado, a vueltas de las discordias que en aquella sazón ardían entre castellanos y leoneses? Pero fuese política, o compasión al infortunio, o simpatía personal, o cumplimiento fiel de algún pacto hecho con su favorecido, u otra causa que la historia no ha querido revelarnos todavía, concedámosle el mérito y a los cristianos la suerte de haberse contentado con el título honroso de protector, sin pretensiones ni reclamaciones de indemnización material.

Unía Abderrahman a la magnanimidad la pasión a la magnificencia. Consignada la dejó en aquella maravilla de los monumentos árabes, en el palacio esplendoroso de Zahara, prodigioso conjunto de grandiosidad y de belleza, morada de delicias y de encantos, que más que otra alguna parece representar los que una imaginación fantástica acertó a reunir en las Mil y una noches: con la diferencia que si estos fueron inventados para dar recreo y deleite con su lectura, los de Medina Zahara fueron una realidad según los testimonios históricos certifican. Los mármoles y jaspes, los artesonados y jardines de Zahara podrían ser obra de una loca prodigalidad; imposible asociar a ella la idea de la barbarie, con que nuestros cronistas solían regalar en cada página a sus autores.

Cuando la providencia quiere permitir el engrandecimiento de un imperio, alarga prodigiosamente los reinados de los monarcas más ilustres. Mas de cincuenta años duró el de. Abderrahman III.

El de Alhakem II. su hijo fue el reinado de las letras y de la civilización, como el de su padre había sido el de la grandeza y la explendidez. Nombre de bellos recuerdos debió ser para los árabes

este de Alhakem II. ¿Y dejaremos nosotros mismos de recordar con admiración las eminentes dotes de este esclarecido Ommiada porque fuese musulmán y no cristiano? Esto equivaldría a pretender negar el mérito de los Augustos, de los Trajanos, de los Adrianos y de los Marco-Aurelios, porque estos ilustres emperadores no hubiesen sido cristianos y sí gentiles. A la paz de Octavio en la España romana sustituyó la paz deAlhakem en la España árabe, pero no sin que Alhakem, como Octavio César, diera antes pruebas de que si deseaba la paz no era porque no supiese guerrear y vencer, sino porque amaba más las musas que las lides, los libros que los alfanjes, los verdes laureles de las academias que los laureles ensangrentados de las batallas, y nadie con más gusto que Alhakem II. hubiera mandado cerrar el templo de Jano, si los hijos de Mahoma hubieran conocido las divinidades y las costumbres romanas.

Viose, pues, al cabo de mil años reproducido en España bajo nueva forma el siglo de Augusto: con la diferencia que si en el de Augusto los talentos habían tenido además un Mecenas, en el de Alhakem cada walí y cada jeque aspiraba a ser un Mecenas protector de los sabios y amparador de los buenos ingenios. A los Sénecas, los Lucanos y los Marciales reemplazaron los Abu Walid, los Ahmmed ben Ferag y los Yahia beu Hudheil, y las églogas y las odas reaparecían con el nombre de cásidas, como las célebres tituladas de las Flores y de los Huertos. La corte habíase convertido en una vasta academia; era Córdoba como la Atenas del siglo X., y la liberalidad, largueza y munificencia con que se premiaba las obras del ingenio era tal que para creerla necesitamos verla por tantos y tan contestes testimonios confirmada. Pero compréndese bien a costa de cuántos sacrificios, de cuánta solicitud y de cuántos dispendios hubo de adquirirse aquella asombrosa colección de 400 ó 600 mil volúmenes manuscritos que constituían la biblioteca del palacio de Meruan.

Hay que advertir, no obstante, que ni este riquísimo depósito de las producciones de la inteligencia, ni la civilización que en aquel tiempo llegaron a alcanzar los árabes, fue obra de solo Alhakem II. ni de solo su reinado. La preparación venia de atrás, y era una semilla que había ido desarrollándose y creciendo. Desde que Abderrahman I. fundó el califato español, propúsose la dinastía de los Beni-Omeyas aventajar así en civilización como en material grandeza el imperio de sus implacables enemigos los Abassidas de Damasco y de Bagdad. El primer Abderrahman había buscado ya las mayores celebridades literarias para encomendarles la educación de sus hijos, los cuales asistian a los certámenes académicos, a las audiencias de los cadíes y a las sesiones del diván. El fundador del imperio muslímico de Occidente erigió ya multitud de madrisas o escuelas, premiaba los doctos, y hasta nosotros han llegado los elegantes versos que él mismo escribió con su pluma. Su hijo Hixem siguió las huellas de su padre y fomentó y propagó la enseñanza. Alhakem I., aunque sanguinario y cruel, era docto y le dieron el sobrenombre de el Sabio. Abderrahman II. oía y examinaba las producciones literarias de sus hijos Ibam y Othman. Del III. hemos visto cómo llevaba a su corte los sabios de todas las partes del mundo y los colocaba en los cargos y puestos más eminentes del estado, cómo iba siempre rodeado de un séquito numeroso de astrónomos, médicos, filósofos y poetas distinguidos, y debíale Alhakem II. su esmerada educación literaria. Este califa, ilustradísimo ya y aficionado a las letras, alcanzó un período dichoso de paz; y como el germen de la civilización existía, desarrollóse al amparo de su protección, al modo que las plantas crecen con lozanía cuando después de mucho cultivo y de copiosas lluvias aparece un sol claro, radiante y vivificador.

Una observación nos suministra la lectura de las historias arábigas. Ni un solo literato, ni un solo erudito deja de ser mencionado por sus historiadores. No se verá que omitan jamás los nombres de los doctos que florecieron en cada reinado, con sus respectivas biografías y la correspondiente reseña de sus obras. Cítase con frecuencia el fallecimiento de un profesor distinguido como el acontecimiento más notable de un año lunar. La narración de un combate empeñado entre dos ejércitos se interrumpe en lo más interesante para dar cuenta de que allí se encontraba, o de que llegó a la sazón, o de que murió a tal tiempo en cualquier punto que fuese tal poeta ilustre o tal astrónomo afamado. Conócese que estaba como encarnada en aquellas gentes la apreciación del

mérito literario, y así correspondía a un pueblo en que los califas eran eruditos, en que los príncipes eran bibliotecarios, y en que los guerreros soltaban el alfanje con que habían combatido para empuñar la pluma y transcribir con ella las escenas mismas en que acababan de ser actores en los campos de batalla.

Anticiparemos, sin embargo, aunque más adelante tendremos ocasión de hacerlo observar, que era ésta una ilustración más brillante que positiva, más superficial que sólida y más poética que filosófica, con cuya prevención ya no nos maravillaremos tanto cuando la veamos desaparecer.

Tal era el estado de los dos pueblos, musulmán y cristiano, cuando murió el ilustre Alhakem Almostansir Billah. Uno y otro van a sufrir grandes mudanzas y alteraciones en su situación física y moral.

CAPÍTULO XVIII.
ALMANZOR EN CÓRDOBA:
DE RAMIRO III. A ALFONSO V. EN LEÓN.
De 976 a 1002.

Situación de los tres reinos cristianos al advenimiento del califa Hixem II.—Memoria de Ramiro III. de León.—Pónesele bajo la tutela de dos religiosas.—Imprudencias y desórdenes del monarca en su mayor edad.—Irrita a los nobles y proclaman a Bermudo II. el Gotoso.—Almanzor primer ministro y regente del califato.—Imbecilidad del tierno califa.—Obra Almanzor como soberano del imperio.—Su nacimiento: sus altas prendas: su conducta.—Jura eterna guerra a los cristianos.—Sus dobles campañas anuales.—Sus triunfos.—Fuga de Bermudo II. a Asturias.—Toma Almanzor a León y la destruye.—Sus victorias en África.—Conquista a Barcelona.—Recóbrala el conde Borrell II.—Descripción de las fiestas nupciales del hijo de Almanzor—Los Siete Infantes de Lara.—Vence Almanzor y hace prisionero al conde García Fernández de Castilla: su muerte.—Destruye el gran templo de Santiago de Galicia.—Triunfos de los musulmanes españoles en África.—Muerte de Bermudo II. de León.—Alfonso V.— Calamitosa situación de la España cristiana.—Alianza de los soberanos de León, Castilla y Navarra para resistir a Almanzor.—Refuerzos que éste recibe de África.—Famosa batalla de Calatañazor.—Glorioso triunfo de los cristianos.—Almanzor es derrotado después de veinte y cinco años de victorias, y de cincuenta batallas felices.—Muere en Medinaceli.—Epitafios de su sepulcro.

Podemos anunciar que llegamos a uno de los períodos más importantes de la dominación sarracena en España. El nombre del personaje que va a la cabeza de este capítulo lo dice también bastante al que no sea del todo peregrino en nuestra historia de la edad media. En el hecho mismo de ponerle al frente, no siendo Almanzor califa, damos ya en entender suficientemente que no va a ser el califa, sino su primer ministro, el alma y el sostén del imperio musulmán y el gran competidor de los cristianos en la época que nos toca describir.

Por una rara y singular coincidencia, de los cinco estados independientes,que se han formado en nuestra Península, a saber, el imperio árabe, los reinos de León y de Navarra, y los condados de Barcelona y de Castilla, en los tres primeros y mayores reinan simultáneamente tres niños, Ramiro III. en León, Sancho Garcés el Mayor en Navarra, Hixem II. que ha sucedido a su padre Alhakem II. en Córdoba: acontecimiento nuevo para los tres reinos, de donde hasta ahora hemos visto excluidos los príncipes de menor edad. ¿Cuál de los tres tiernos soberanos prevalecerá sobre los otros? Naturalmente habrá de preponderar aquel que tenga la fortuna de ver depositadas las riendas del estado que él no pueda manejar en manos más robustas y vigorosas, el que vea encomendada la dirección del reino a persona de más talento y capacidad, la de la guerra a genio más activo y emprendedor.

Habíase confiado la tutela y educación del tierno monarca leonés y la regencia del reino a dos mujeres, a dos religiosas, que lo era ya su tía Elvira cuando subió Ramiro III. al trono, y entró también después en el claustro su madre Teresa, la viuda de Sancho I. Por fortuna a la natural flaqueza del sexo suplía la piedad y discreción de estas dos mujeres, en términos que no sólo marchaba en prosperidad el estado bajo su gobierno, sino que en una asamblea de obispos y magnates celebrada en León (974) se dieron gracias a Dios por los particulares beneficios que el reino disfrutaba bajo la acertada y prudente dirección de las dos piadosas princesas, y principalmente de Elvira, que era la que ejercía más manejo en los negocios públicos, hasta el punto de decir aquellos próceres, que si por el sexo era mujer, por sus distinguidos hechos merecía el nombre de varón[651]. En principios de virtud y en máximas de sana moral educaban las dos religiosas princesas a su real pupilo; ejercitábanse en piadosas obras y fundaciones; remediaban y corregían abusos, contándose entre sus medidas la supresión que de acuerdo con los obispos hicieron de la silla episcopal creada en Simancas por Ordoño II. contra los sagrados cánones que prohibían la existencia simultánea de dos cátedras episcopales en una misma diócesis. Prosperado hubiera el

651 Et quoniam scriptum est (dijeron aquellos ilustres varones) quia non est discretio apud Dominum diversorum sexutim virorum ac faeminarum, set qui recte credit et recte agit sine dubio vir nuncupatur, etc. Risco, Esp. Sag. tom. 34, pag. 283.

reino de León bajo el gobierno de tan virtuosas y discretas señoras, si por una parte el príncipe no hubiera, a medida que crecía en años, crecido también en aviesas inclinaciones, desviádose de los saludables consejos do su madre y tía, y dado rienda a sus pasiones juveniles y a los instintos de su natural soberbio y altivo; y si por otra parte el reino leonés hubiera podido conservar la paz que habían respetado Abderrahman III. y Alhakem II., y no se hubiera levantado en el imperio musulmán un genio inquietador y belicoso que había de poner en turbación y conflicto todos los estados cristianos.

Como si diera por perdido el tiempo que las directoras de su educación habían tenido enfrenadas sus malas tendencias y quisiera darse prisa a indemnizarse, así obró Ramiro III. tan pronto como salió de su menor edad. Con pretexto de que no debía tolerar que el reino continuara gobernado por mujeres y de querer manejar los negocios por sí mismo, emancipóse de sus dos prudentes ayas, contrajo matrimonio con una señora llamada Urraca Sancha, de no conocida familia y no señalada por lo prudente; y lo que fue peor, juntando Ramiro a los caprichos y desarreglos de su corta edad los ímpetus de un natural presuntuoso, despreciador de los grandes, no cumplidor de las palabras y desatento y acre en las respuestas, ni instruido ni veraz ni discreto[652], de tal manera disgustó y desabrió a los condes y próceres de Galicia, León y Castilla, ya de por sí poderosos y envalentonados, que los más se le hicieron enemigos, y los de Galicia abiertamente se le rebelaron proclamando a Bermudo, hijo de Ordoño III. y aún procediendo a consagrarle como rey en la iglesia de Santiago (980). Noticioso Ramiro de esta novedad salió con sus tropas en busca de su competidor: encontráronse ambas huestes en Portela de Arenas, donde se dio una batalla, en que murieron muchos de ambas partes, más sin que se decidiera en favor de ninguna la victoria. Retiróse Bermudo a Compostela, y Ramiro, que de suyo no era muy belicoso ni esforzado, volvióse también a León. La muerte que a los dos años sorprendió a Ramiro dejó a su rival desembarazado el camino del trono. Fue sepultado en San Miguel de Destriana, donde yacía su abuelo Ramiro II.[653]

Resonaba ya por este tiempo en toda España el nombre de Almanzor. ¿Quién era este famoso personaje que desde el principio se anunció tan terrible para los cristianos? Dirémoslo.

Al morir el ilustrado califa Alhakem II. había dejado (cosa extraña en aquella prolífica familia) un solo hijo de poco más de diez años, que a pesar de su corta edad fue sin oposición reconocido y jurado califa por los grandes del imperio bajo el nombre de Hixem II.: primer ejemplo de una minoría en los anales del califato andaluz, como lo había sido en los del reino de León la de Ramiro III. Hallábase a la sazón de hagib o primer ministro aquel Giafar que tanto se había distinguido en las guerras de África (976). Pero había entre los vazzires de la corte un hombre que por su talento, por su afabilidad y gentileza se había captado el favor y la confianza de la sultana Sobheya, la esposa favorita de Alhakem, la que había intervenido en todos los negocios del imperio durante los últimos diez años, y la sola mujer que había hecho un papel político en la historia de los Ommiadas. El hombre que así había merecido la predilección de la sultana viuda, y a quien esta había hecho sucesivamente su secretario íntimo y su mayordomo, se llamaba Mohamed ben Abdallah ben Abi Ahmer el Moaferi: había nacido en una aldea cerca de Algeciras; su padre había sido muy particularmente honrado por Abderrahman III., y su madre pertenecía a una de las más

652 Tal es el retrato que de este príncipe nos ha dejado el obispo Sampiro en el número 29 de su Crónica.

653 Suponen algunos haber vivido todavía Ramiro dos años, fundados en tres diplomas de este rey hallados en el monasterio de Sahagún que llevan la fecha de 984. Dada la autenticidad de estos documentos, resultaría haberse retirado a aquel monasterio después del reconocimiento de Bermudo como rey de León. Mas en cuanto a la duración de su reinado, parece no dejar lugar a duda los testimonios contestes de. Sampiro, del Silense, de Lucas de Tuy y de Rodrigo de Toledo. Debemos, no obstante, advertir que así en este reinado como en el que le sigue, se nota tal discordancia de fechas entre los autores, que no hay medio fácil ni acaso posible de conciliarlos. El haber terminado Sampiro su luminosa crónica que tan ta luz nos ha dado hasta aquí, la falta de memorias de aquel tiempo de que ya un respetable historiador se queja muy fundadamente, y los errores introducidos por el cronista Pelayo de Oviedo, han podido ocasionar confusión tan sensible. Felizmente conviniendo casi todos en los hechos, han venido a aclarar mucho su cronología las historias arábigas ultimamente publicadas, que no pudieron ser conocidas de aquellos respetables escritores, y de ellas y de su cotejo con nuestras crónicas resultan bastante ilustrados los sucesos del último tercio del decimo siglo.

ilustres familias de España. Había venido al mundo en el mismo año de la famosa derrota de los musulmanes en Simancas, «como si Dios (añade un historiador crítico) hubiera querido señalar y como compensar aquel desastre do los muslimes con el nacimiento del que había de ser su vengador.»

Este hombre, que además del favor de la sultana viuda, gozaba por su valor y prudencia de la consideración y el respeto de los vazzires de palacio, de los jefes de la guardia y de los walíes de las provincias, fue nombrado por Sobheya primer ministro de su hijo sin quitar el título a Giafar, pero encomendando a su favorito la tutela de Hixem, y la regencia y dirección del imperio: ofendióse de ello Giafar, pero disimuló su resentimiento. Viose desde entonces el imperio árabe en una situación nueva. La política de Almanzor, y lo que es más extraño, la de la sultana madre, fue mantener al tierno califa en una ignorancia y como niñez perpetua para que ni conociera nunca su posición ni nunca pensara en emanciparse de la tutela en que se propusieron tenerle. Alejaron de su lado los maestros a quienes su padre tenía fiada su educación, y rodeáronle de jóvenes esclavos que le tuvieran entretenido con sus juegos en los jardines de Zahara. Ni Hixem pensaba en otra cosa que en divertirse, ni su madre y tutor le permitían hacer más que crecer entre juegos y deleites, siempre encerrado en su alcázar, sin comunicar con nadie sino con los muchachuelos de su edad; pues si en ciertos días se daba entrada en palacio a los vazzires, hacíaseles retirar en cuanto le saludaban, como suponiéndole en cierto estado de imbecilidad intelectual. De modo que el niño Hixem era, más bien que califa, un preso incomunicado, y sólo por las monedas y oraciones se sabía que había un califa llamado Hixem; pero el verdadero califa de hecho era Almanzor, que obraba en todo como si fuese el legítimo soberano, los decretos se publicaban en su nombre, que se esculpía también en las monedas, y se oraba por él en las mezquitas al propio tiempo que por el califa.

Aunque su elevación había sido del gusto de la mayoría de los vazzires y walíes del imperio, no faltaron algunos que se mostraran hostiles, y uno de los primeros cuidados del regente soberano fue irse deshaciendo de sus enemigos y rivales, castigando directamente a unos, e indisponiendo mañosamente a los otros entre sí haciendo que se destruyeran mutuamente. Al mismo tiempo ganaba a los poderosos con honores, a los soldados con larguezas, a los sabios colocándolos en altos puestos, siguiendo en esto el sistema y la política de Alhakem. Si alguna medida odiosa se veía precisado a tomar, como la disminución de la guardia eslava devota de los Ommiadas, tenía el ardid de hacer recaer su odiosidad sobre su compañero Giafar, desprestigiándole con los Meruanes mismos. Y mientras meditaba como acabar de perder sin estrépito a Giafar, tuvo la astucia de comprometer a su hijo en la guerra de África, negándole los auxilios que le pedía, y dando lugar a que cayera prisionero[654]. Así llegó a adquirir un grado de poder irresistible; poder que había de ser bien fatal a los cristianos, porque a la manera que Aníbal había jurado sobre los altares de los dioses odio eterno e implacable a Roma, así Almanzor había jurado por el nombre del Profeta acabar con los cristianos españoles y no descansar hasta conseguir el exterminio de su raza.

---

654 El erudito orientalista Dozy, en sus Investigaciones sobre la Historia política y literaria de España en la edad media, hace el siguiente retrato de Almanzor, de quien ciertamente no se muestra apasionado: «Un solo hombre llegó no solo a hacer impotente al califa su señor, sino también a derribar los nobles de entonces, ya que no la nobleza. Este hombre que no retrocedía ante ninguna infamia, ante ningún crimen, ante ningún asesinato, con tal de arribar al objeto de su ambición; este hombre, profundo político y el más grande general de su tiempo, ídolo del ejercito y del pueblo, a quien la fortuna favorecía en todas las ocasiones; este hombre era el terrible primer ministro, el hagib de Hixem II., era Almanzor. Trabajando únicamente por afianzar su propio poder, se contentó con asesinar sucesivamente los jefes poderosos y ambiciosos de la raza noble que le hacían sombra, pero no trató de destruir la aristocracia misma. Lejos de confiscar los bienes y tierras que ésta poseía, era por el contrario el amigo de aquellos patricios que no le inspiraban temor (pag. 2 y 3).»

Cuenta más adelante (pág. 208), cómo dos poderosos jefes de los eunucos eslavos concibieron y trataron de realizar el proyecto de proclamar por sucesor de Alhakem II. a su hermano Al-Mogirah, en lugar de su hijo Hixem, aunque a condición de que aquel hubiera de declarar a su vez sucesor del trono a su sobrino. Comunicaron el proyecto al ministro Giafar, el cual fingió aprobarlo, pero habiéndolo revelado con el fin de tomar medidas para conjurar la conspiración a varios de sus amigos, y entre ellos a Mohammed ben Abi Amer (después Almanzor), éste se encargó de asesinar a Al-Mogirah, «y estranguló al joven príncipe que aún no sabía la muerte de su hermano.» De este y otros semejantes hechos, que cita también Almakari, no dice nada Conde.

Con este designio hizo paces con los africanos, y celebró con el fatimita Balkim, que tenía sitiada a Ceuta, un tratado de amistad, por el que el emir africano se obligó a enviar anualmente al regente de España cierto número de soldados y caballos berberiscos; lo cual dio ocasión a que algunos murmuraran de que teniendo enemigos declarados en África se mostrase tan dispuesto a inquietar a los cristianos de Galicia y de Afranc, que años hacía estaban siendo fieles cumplidores de los tratos de paz hechos con Alhakem. Almanzor supo acallar todas estas murmuraciones, y cuando hubo recibido los primeros refuerzos de África, emprendió sus primeras excursiones por los territorios cristianos (977), dirigiéndose primeramente a la España oriental; dadas allí las convenientes órdenes para las sucesivas campañas a los walíes de aquellas fronteras, torció hacia las del Duero, y con las huestes de Mérida y de Lusitania hizo una incursión exploratoria en Galicia, taló campiñas, saqueó pueblos y ganados, hizo cautivos, y se volvió impunemente a Córdoba satisfecho del éxito de sus primeras algaras[655].

Y sin embargo, no eran estas correrías sino el preludio y como el ensayo de otras más serias y terribles expediciones que meditaba. Desembarazado de los rivales que podía temer, a excepción de Giafar, casi el único que quedaba; dueño de la confianza de Sobheya; reducido a la nulidad el califa Hixem; contando con los socorros de África, y obrando ya en fin con la autoridad de un soberano, pudo dar principio a la realización de sus proyectos y de su plan de campaña, que consistía, como después se vio, en hacer por lo menos dos irrupciones anuales en tierras cristianas, invadiendo alternativamente ya el Norte, ya el Oriente, con la velocidad del rayo, y dejándose caer repentinamente allí donde menos le podían esperar. Tocó a León y Galicia sufrir el ímpetu de la primera irrupción (978). En manos aquel reino de un monarca niño y de dos piadosas mujeres, no preparado por otra parte a la guerra, y acostumbrado a la paz en que Alhakem le había dejado vivir, poca resistencia podía oponer al intrépido guerrero musulmán, el cual volvió a Córdoba llevando consigo porción de jóvenes cautivos de uno y otro sexo, siendo recibido con grandes demostraciones de entusiasmo. Entonces fue cuando, al decir de varios autores, se dio a Mohammed el título de Almanzor (*Al Mansur)*, el Victorioso, el Defensor ayudado de Dios.

O muy desinteresado o muy político Almanzor, no recogía para sí otro fruto de estas expediciones que la gloria de haber vencido: el botín distribuíalo todo entre los soldados, sin reservar más que el quinto que tocaba por la ley al califa, y la *estafa* o derecho de escoger que se dejaba a los caudillos. Hombre de memoria y retentiva, conocía a todos sus soldados, y conservaba los nombres de los que se señalaban y distinguían: hábil en el arte de ganarse sus voluntades, inspeccionaba personalmente los ranchos de todas las banderas, restableció la costumbre de dar banquetes a las tropas después de cada triunfo, y convidaba a su propia mesa a los que se habían distinguido en el campo de batalla. ¡Y ay del que se atreviera a murmurar de su liberalidad para con los soldados! En la expedición que con arreglo a su sistema hizo en la primavera de 979 a las provincias fronterizas de la España oriental, fue tan pródigo en la remuneración de las huestes que le siguieron, que hubo de quejarse el hagib Giafar de lo poco que del quinto del botín, llamado el lote de Dios, había ingresado en el tesoro. Súpolo Almanzor, y sirvióle de buen pretexto para desembarazarse del único competidor que le quedaba, redújole a prisión, confiscóle todos sus bienes a nombre del califa, y le despojó de todos sus honores y empleos. Cuatro años más tarde corrió la voz de que Giafar había muerto de consunción y de melancolía. Historiadores hay que suponen haber tenido más parte en su muerte la voluntad de Almanzor que ninguna enfermedad.

Pero tan espléndido como era con los soldados, tanto era de severo y rígido en la disciplina. Dice Almakari, que cuando les pasaba revista, no sólo los hombres estaban en las filas inmóviles y

655 En este mismo año se acabó en Écija el acueducto que había mandado hacer la sultana madre, y en él se puso la inscripción siguiente:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso, mandó edificar esta acequia la señora, engrandézcala Dios, madre del Príncipe de los creyentes el favorecido de Dios, Hixem, hijo de Alhakem, prolongue Dios su permanencia, esperando por ella copiosas y grandes recompensas de Dios: y se acabó con la ayuda y socorro de Dios por mano de su artifice y prefecto cadí de los pueblos de la cora (comarca) de Écija y Carmona y dependencias de su gobierno, Ahmed ben Abdallah ben Muza, en la luna de Rebie postrera del año 367.»

como clavados, sino que apenas se oía un caballo relinchar. Cuenta que habiendo visto un día relumbrar una espada al extremo de una línea faltando a la uniformidad del movimiento, hizo llevar a su presencia al culpable, el cual interrogado sobre su falta, dio una excusa que no pareció suficiente a Almanzor, y en el acto le mandó decapitar, y que su cabeza fuera paseada por delante de todas las filas para escarmiento de los demás. Al propio tiempo era clemente con los vencidos y no permitía ni hacer daño ni cometer violencias con la gente pacífica y desarmada. Su política con los cristianos, a quienes por otro lado deseaba exterminar, la confiesan nuestros mismos cronistas. «Lo que sirvió mucho a Almanzor, dice el monje de Silos, fue su liberalidad y sus larguezas, por cuyo medio supo atraerse gran número de soldados cristianos: de tal manera hacía justicia, que según hemos oído de boca de nuestro mismo padre, cuando en sus cuarteles de invierno se levantaba alguna sedición, para apagar el tumulto ordenaba primero el suplicio de un bárbaro que el de un cristiano».[656]

Este hombre singular, cada vez que volvía del campo de batalla, hacía que al entrar en su tienda le sacudiesen con mucho cuidado el polvo que habían recogido sus vestidos, y lo iba guardando en una caja hecha al efecto, la cual constituía uno de los muebles más indispensables y de más estima de su equipaje, con ánimo de que a su muerte cubriesen en la sepultura su cuerpo con aquel polvo, sin duda por aquello de la Sura o capítulo IX. del Corán: «Aquel cuyos pies se cubran de polvo en el camino de Dios, el Señor le preservará del fuego.»

Tal era el nuevo enemigo que de repente se había levantado contra los cristianos. Con esto llegó a entusiasmar de tal suerte a los musulmanes, que todos a porfía pedían alistarse en sus banderas, y no eran los menos entusiastas los africanos berberiscos, a quienes daba una especie de preferencia, y de quienes llegó a hacer el núcleo y la fuerza principal de su ejército. Supónese que en una revista general que pasó en Córdoba contó hasta doscientos mil jinetes y seiscientos mil infantes: cifra prodigiosa que no puede entenderse fuese toda de tropas regimentadas, sino de todos los hombres dispuestos a tomar las armas en los casos necesarios. Tenía, sí, un grande ejército activo y permanente que le acompañaba en todas las expediciones, el cual se engrosaba además con la gente de la frontera por donde hacía cada invasión. Aunque sus irrupciones eran inciertas, acometiendo indistinta e inopinadamente ya un punto ya otro, invadía con más frecuencia la Castilla y la Galicia que la España oriental. Llevaba siempre consigo a su hijo el joven Abdelmelik para acostumbrarle a los ejercicios y a las fatigas de la guerra. El lector comprenderá lo difícil que debía ser para los escritores de aquellos tiempos dar cuenta de todas las campañas de este hombre esencialmente guerrero, que sin contar más que las dos expediciones anuales que infaliblemente realizó, resulta haber hecho en veinte y seis años de gobierno cincuenta y dos invasiones por lo menos en tierras cristianas. Las principales de ellas, sin embargo, han quedado consignadas, ya en nuestras historias, ya en las crónicas árabes.

Las de los primeros años no podían menos de ser felices para el ministro regente, descuidados los cristianos, desavenidos entre sí, y ocupando el trono de León un rey joven, de poco atinada conducta, y no muy querido del pueblo. Debió, no obstante, el peligro mismo y la necesidad obligarlos a apercibirse y fortalecerse cuando las mismas crónicas muslímicas nos hablan de una campaña en el año 370 de la Hégira[657], en que habiéndose encontrado frente a frente los dos ejércitos cristiano y sarraceno, ocurrieron circunstancias dignas de especial mención.

Hallábase Almanzor, dicen, a la vista de una poderosa hueste de cristianos de Galicia y Castilla en el año 370; trababan los campeadores de ambos ejércitos frecuentes escaramuzas más o menos sangrientas y porfiadas. En esta ocasión preguntó Almanzor al esforzado caudillo Mushafa: *«¿Cuántos valientes caballeros crees tú que vienen en nuestra hueste?—Tú bien lo sabes,* le respondió Mushafa.—*¿Te parece que serán mil caballeros?* volvió a preguntar Almanzor.—*No tantos.—¿Serán quinientos?—No tantos.—¿Serán ciento, o siquiera cincuenta?—No confio sino en tres;* respondió el caudillo.» A este tiempo salió del campo cristiano un caballero bien armado y

---

656 Mon. Silens. Chron. n. 70.

657 Este año árabe comprendió desde el 16 de julio de 980 al 5 de julio de 981 del año cristiano.

montado, y avanzando hacia los muslimes, *«¿Hay,* gritó, *algún musulmán que quiera pelear conmigo? »* Presentóse en efecto un árabe, peleó el cristiano con él y le mató. *«¿Hay otro que venga contra mí?»* volvió a gritar el cristiano. Salió otro musulmán, comenzó el combate, y el cristiano le mató en menos tiempo que al primero. *«¿Hay todavía,* volvió a exclamar el cristiano, *algún otro, o dos o tres juntos, que quieran batirse conmigo?»* Presentóse otro arrogante musulmán, y a las pocas vueltas, dice su misma crónica, le derribó el cristiano de un bote de lanza. Aplaudían los cristianos con algazara y estrépito, desesperaba el despecho y la indignación a los muslimes, y el cristiano volvió a su campo, y al cabo de breves momentos viósele reaparecer en otro caballo no menos hermoso que el primero, cubierto con una gran piel de tigre, cuyas manos pendian anudadas a los pechos del caballo, y cuyas uñas parecían de oro. *Que no salga nadie contra él,* exclamó Almanzor. Y llamando a Mushafa le dijo: *«¿No has visto lo que ha hecho este cristiano todo el día? —Lo he visto por mis ojos,* respondió Mushafa, *y en ello no hay engaño, y por Dios que el infiel es muy buen caballero, y que nuestros muslimes están acobardados.—Mejor dirías afrentados,* repuso Almanzor.

En esto el esforzado campeón con su feroz caballo y su preciosa cubierta de piel se adelantó y dijo: *¿No hay quien salga contra mí?—Ya veo, Mushafa,* exclamó Almanzor, *ser cierto lo que me decías, que apenas tengo tres valientes caballeros en toda la hueste: si tú no sales, irá mi hijo, y si no iré yo, que no puedo sufrir ya tanta afrenta.—Pues verás,* replicó Mushafa, *qué pronto tienes a tus pies su cabeza, y la erizada y preciosa piel que cubre su caballo.—Así lo espero,* dijo Almanzor, *y desde ahora te la cedo para que con ella entres orgulloso en el combate.»* Salió Mushafa contra el cristiano y éste le preguntó: *¿Quién eres tú y a qué clase perteneces entre los nobles muslimes?* Mushafa blandiendo la lanza le respondió: *Ésta es mi nobleza, esta es mi prosapia.* Pelearon, pues, ambos adalides con igual brío y esfuerzo, hiriéndose de rudos botes de lanza, revolviendo sus caballos, parando los golpes, y entrando y saliendo el uno contra el otro con admirable gallardía. Pero el cristiano estaba ya cansado, y Mushafa, joven y ágil, acertó a revolver su corcel con más presteza, y dando una mortal lanzada a su valiente competidor logró derribarle del caballo: saltó Mushafa del suyo, y le cortó la cabeza y despojó al caballo de la hermosa piel, y corriendo con uno y otro despojo a Almanzor, fue recibido de éste con un abrazo, e hizo proclamar su nombre en todas las banderas del ejército. Dada después la señal del combate, empeñáronse ambas huestes en sangrienta batalla, que vinieron a interrumpir las sombras de la noche. Al día siguiente los cristianos no se atrevieron a volver a la pelea, y se retiraron al asomar el día. Almanzor volvió triunfante a Córdoba[658].

Las dos irrupciones del año siguiente (de julio de 981 a junio de 982) fueron también sobre Castilla, que los árabes seguían nombrando Galicia. El fruto de la primera fue la toma de Zamora, con otras cien fortalezas y poblaciones, cuyas murallas hizo abatir. Los cautivos de ambos sexos, los ganados y despojos que Almanzor cogió en esta campaña fueron tantos, que al decir de sus historiadores faltaban carros y acémilas en que llevarlos, y cada soldado tuvo ocasión de saciar bien su codicia. Dicen que Almanzor entró en Córdoba precedido de más de nueve mil cautivos que iban en cuerdas de a cincuenta hombres, y que el walí de Toledo Abdala ben Abdelaziz llevó a aquella ciudad cuatro mil, después de haber hecho cortar en el camino igual número de cabezas cristianas, si bien esta última circunstancia no la dan por tan segura, o al menos aparentan tener para ellos mismos el carácter de rumor. No fue tan feliz el incansable enemigo de los cristianos en la expedición del otoño de aquel mismo año. Sin oposición ni resistencia había pasado el Duero el ejército musulmán y llegado a las frondosas márgenes del Esla, pero no sin que los cristianos los siguiesen y observasen desde las alturas. Allí, creyéndose seguros los sarracenos, dejaron sus caballos forrajear libremente y que paciesen la yerba que entre espesas alamedas viciosa crecía, y entregáronse ellos también descuidadamente al solaz en aquellas frescuras. Los cristianos que los atalayaban aprovecharon tan buena ocasión y cayeron impetuosamente sobre ellos esparciendo con

658 Conde, cap. 97. ¡Lástima grande que no nos haya sido trasmitido el nombre de aquel valeroso castellano, digno de figurar entre los héroes de los tiempos homéricos!

sus gritos de guerra el terror y el espanto en el campo enemigo. Los más valientes corrieron a las armas y quisieron prepararse a la defensa, pero la multitud despavorida huyendo sin dirección y sin concierto, atrepellando los de la primera a los de la segunda hueste de las dos en que estaban divididos los árabes, dio ocasión a que las espadas de los cristianos se cebaran en la sangre de sus confiados enemigos. En este estado, bramando de despecho Almanzor, arroja al suelo su dorado turbante, y llama a voz en grito por sus nombres a los más esforzados caudillos: estos al ver la cabeza de Almanzor desnuda y sus desesperados ademanes, se agrupan en derredor suyo, y tanto supo enardecerlos con sus enérgicas palabras y con el ejemplo de su desesperado arrojo, que revolviendo sobre los cristianos los persiguieron hasta encerrarlos en León (Medina Leyonis), y hubieran acaso penetrado en la ciudad, si una borrasca repentina de nieve y granizo no los hubiera obligado a suspender la marcha y a pensar en retirarse por temor a la cruda estación del invierno que se anunciaba[659].

¿Cómo era posible que Almanzor en su orgullo pudiera olvidar ni dejar sin venganza el descalabro del Esla? Desde entonces su pensamiento, su idea dominante fue la de destruir la corte de los cristianos. Preparóse a ello como para una grande empresa haciendo construir en Córdoba ingenios y máquinas de batir sobre el modelo de las romanas; que eran los muros de León altos y gruesos, flanqueados de elevadas torres y defendidos por puertas de bronce y de hierro. Provisto ya de maquinaria, y congregadas las huestes de Andalucía, de Mérida y de Toledo, y lo que era más sensible, acompañado de algunos condes tránsfugas cristianos[660], partió al año siguiente a las fronteras de León y Castilla resuelto a tomar a toda costa la ciudad. Reinaba ya en ella Bermudo II. llamado el Gotoso, por la enfermedad de gota que padecía. Si antes había hecho el hijo de Ordoño III. algún concierto con Almanzor, debió conocer ahora que no iba el guerrero musulmán dispuesto a respetar antiguas relaciones. Así hubo de persuadírselo el nuevo monarca leonés cuando se resolvió a abandonar su apetecida capital y a refugiarse a Oviedo, llevando consigo las alhajas de las iglesias, las reliquias de los santos, y los restos mortales de los reyes sus mayores: triste y melancólica procesión, que recordaba los días angustiosos de la pérdida de España.[661]

Con todo eso no fue ni pronta ni fácil la toma de la ciudad, cuya defensa había quedado encomendada al valeroso conde de Galicia Guillermo González. Eran ya los bellos días de la primavera de 984 cuando Almanzor, estrechado el cerco, hizo jugar incesantemente todas las máquinas contra los muros y puertas de León. Por espacio de algunos días fingió el caudillo mahometano atacar por la parte de Oeste para simular el verdadero ataque que había dispuesto por el Sur. Ya logró derruir una parte de la muralla, y las ferradas puertas comenzaban a bambolear. El conde Guillermo, enfermo y postrado, quebrantadas sus fuerzas con las largas fatigas, avisado por los suyos del aprieto en que se veían, hízose ajustar su armadura y conducir en silla de manos desde el lecho en que yacía a la parte más amenazada del muro y donde el peligro era mayor. Desde allí alentaba a los bravos leoneses a que defendieran con brío su ciudad, sus haciendas, sus vidas y las de sus hijos y mujeres. A sus enérgicas exhortaciones se debió la resistencia heroica de los últimos tres días. Irritado Almanzor con la obstinación de aquellos valientes, ante cuyas espadas caían diezmados en las brechas los soldados musulmanes, fue el primero que penetró dentro de la ciudad con la bandera en una mano y el alfanje en otra: siguiéronle multitud de sarracenos: el intrépido, el brioso, el imperturbable Guillermo pereció en su puesto al golpe de la cimitarra de Almanzor. Vino la noche, y pasáronla todavía los alárabes sobre las armas sin atreverse a penetrar en el corazón de

659 Monach. Silens. Chron. n. 71.—Conde, cap. 97.—Como este suceso acaeciese el año en que dejó de reinar en León Ramiro III., y en que fue entronizado Bermudo II., no se sabe con certeza en cuál de los dos reinados ocurriese, y dúdase más porque ninguna crónica árabe ni cristiana nombra a ninguno de los dos reyes, infiriéndose que ni uno ni otro se hallaron presentes al combate. Si hemos de creer una indicación del Cronicón Iriense (n. 42), Almanzor obraba acaso de acuerdo con Bermudo, a quien este parece había hecho ofrecimientos porque le ayudara a posesionarse del reino de León.

660 Pelagii Ovetens. Chron. p. 468.

661 Rex autem Veremundus (dice Lucas de Tuy) podagrica aegritudine nimium gravatus, cum non posset barbaro obviare, se recepit Ovetum.

la ciudad. A la primera hora de la mañana siguiente comenzó el saqueo y el degüello general, de que no se libraron ni ancianos, ni mujeres, ni niños: jamás en dos siglos y medio de guerras desde que había dado principio la restauración había sufrido ningún pueblo cristiano tragedia igual[662]. Las bronceadas puertas fueron derribadas, y los macizos muros en gran parte arrasados por orden de Almanzor.

Astorga, la segunda ciudad de aquel reino, fue también tomada, no sin porfiada resistencia. «Pero sus defensores, añade el historiador árabe, trabajaron en vano, pues Dios destruyó sus fuertes muros y gruesos torreones.» No pasó por entonces más adelante aquel genio de la guerra; rápido en sus conquistas y constante en su sistema de expediciones, logrado su principal objeto volvióse a Córdoba, si bien destruyendo al paso a Exlonza, Sahagún, Simancas y algunas otras poblaciones[663]. Terrible en verdad había sido esta campaña para los cristianos. Era la primera vez desde Alfonso el Católico que el estandarte de Mahoma ondeaba en la capital de la primitiva monarquía. Quedaban por allí reducidos sus límites a los que tuvo en los primeros tiempos de la reconquista.

Hombre político era Almanzor al mismo tiempo que guerrero. En el tiempo que después de sus expediciones descansaba en Córdoba, su casa era una especie de academia a que asistían los poetas y sabios, a los cuales todos trataba con la mayor benevolencia y consideración, y sus obras las premiaba con tanta liberalidad como hubieran podido hacerlo los dos últimos califas. El estableció una especie de universidad o escuela normal para la enseñanza superior, en que solo entraban los hombres ya ilustres por su erudición o por las obras de un mérito especial y relevante, y él mismo solía concurrir a las aulas y tomar asiento entre los alumnos, sin permitir que se interrumpieran las lecciones ni a su entrada ni a su salida, y muchas veces premiaba por sí mismo a los discípulos sobresalientes. Extraña amalgama esta que vemos en los árabes, tan dispuestos para pelear en los campos de batalla como para discutir en las academias, tan aptos para las letras como para la milicia, para la pluma como para la espada.

Entretanto el imbécil califa Hixem, aunque mozo ya de diez y ocho años, continuaba bellamente aprisionado en su palacio de Zahara y sus deliciosos jardines, sin que nadie pudiese verle sin licencia de su madre y del ministro soberano. Y cuando en las pascuas y otras fiestas solemnes asistía por ceremonia a la mezquita, no salía de su maksura hasta que todo el pueblo se hubiese retirado, y entonces volvía, o por mejor decir, le volvían a su alcázar rodeado de su guardia y de su corte sin que apenas pudiese ser visto del pueblo.[664]

En el mismo año de la toma de León ocurrieron en África novedades grandes para los muslimes españoles. Aquel Alhassam, a quien vimos en 975 embarcarse en Almería para Túnez y Egipto, aquel prisionero africano tan generosamente recibido y tan espléndidamente agasajado por el califa Alhakem II., prosiguiendo en su carrera de ingratitudes reapareció ahora en Túnez, y ayudado de Balkim, al frente de tres mil caballos y algunos cabilas berberiscos, recorrió el Magreb y se hizo proclamar en muchas ciudades. Almanzor no podía ver con serenidad este movimiento del ingrato Edrisita, e inmediatamente encomendó la guerra de África a su hermano Abu Alhakem Omar ben Abdallah. Pero la expedición de Omar del otro lado del estrecho no fue tan feliz como lo habían sido las de su hermano en la Península. El ejército andaluz fue deshecho en una sangrienta batalla, y el emir edrisita obligó al hermano de Almanzor a refugiarse en Ceuta, donde le tuvo estrechamente bloqueado. No era posible que el orgullo de Almanzor sufriera humillación semejante: y así envió seguidamente a África a su mismo hijo Abdelmelik, joven que al lado de su

662 Luc. Tudens. Chron. p.89.—Conde, cap. 97.

663 No sabemos con qué fundamento pudo decir Mariana que tomó también los castillos de Alva, Luna, Gordon y otros que resguardaban a Asturias, contra los testimonios de Lucas de Tuy y de Pelayo de Oviedo: este último dice expresamente: Asturias, Gallaeciam et Berizum non intravit, Lunam, Alvam, Gordonem non intravit.

664 Llamábase maksura la tribuna de los califas un poco elevada sobre el pavimento en la parte principal de la mezquita. La colocación del pueblo era la siguiente: los jóvenes se ponían detrás, de los ancianos, las mujeres detrás de los hombres y separadas de ellos: éstos no se movían hasta que no hubiesen salido todas las mujeres. Las doncellas no iban a las mezquitas en que no tuviesen un lugar apartado,y siempre asistían muy tapadas con sus velos. Conde, cap. 98.

padre había sabido ganarse en pocos años una reputación militar aventajada. Tal era ya la influencia de su nombre, que a la noticia de su arribo a Ceuta dándose Alhassam por perdido le despachó mensajeros solicitando un arreglo, y ofreciéndose a pasar él mismo a Córdoba a ponerse a la merced del califa Hixem, siempre que se le diera seguro para él y su familia. Otorgóselo Abdelmelik, y en su virtud volvió a embarcarse para España el tantas veces rebelde y tantas veces sometido Alhassam. Equivocóse esta vez en sus cálculos: creería sin duda encontrar otro califa tan generoso como Alhakem, y lo que encontró fue un comisionado de Almanzor encargado de cortarle la cabeza en el camino, como así lo ejecutó, enviándola a Córdoba en testimonio del cumplimiento de su comisión. Así terminó su carrera de deslealtades el temerario Alhassam, y con él acabó en Magreb la dinastía de los Edrisitas que había comenzado con la proclamación de Edris ben Abdallah en el año arábigo de 172, y concluyó con la muerte de Alhassam ben Eenuz en el de 375, habiendo de este modo durado 202 años y 5 meses lunares. El hijo de Almanzor tomó con este motivo el título que tanto le lisonjeaba de Almudhaffar, o vencedor feliz.

No impidieron estas guerras ni interrumpieron las expediciones periódicas de Almanzor a tierras cristianas. En el otoño del propio año de 984 volvió a acabar de arruinar el reino de León, y entonces fue sin duda cuando tomó a Gormaz y Coyanza, hoy Valencia de Don Juan. A la primavera siguiente (que las primaveras y otoños eran siempre las estaciones que elegía para sus rápidas y afortunadas irrupciones), la tempestad periódica fue a descargar a la región oriental. Tocóle esta vez a Cataluña. Salió, pues, Almanzor de Córdoba con lo más escogido de su caballería. Detúvose en Murcia aguardando las naves y tropas que habían de acudir de Algarbe a proteger sus operaciones militares en Cataluña. Los árabes describen con placer el suntuosísimo hospedaje que se hizo a Almanzor y a los suyos en los veinte y tres días que permanecieron en Tadmir. Alojábase el regente en casa del gobernador de la provincia Ahmed ben Alchatíb: los manjares más raros y exquisitos, las frutas más delicadas se presentaban diariamente a su mesa: los aromas más estimados de Oriente se derramaban con prodigalidad, y todas las mañanas aparecía lleno de agua de rosas el baño de Almanzor y de sus principales vazzires. A todas sus tropas se dieron cómodos alojamientos, y todos dormían en camas ricamente cubiertas con telas de seda y oro. Cuando Almanzor al tiempo de partir pidió la cuenta de los gastos, dijéronle que todo se había hecho a expensas del gobernador Ahmed. «En verdad, exclamó, que este hombre no sabe tratar gentes de guerra, que no deben tener más arreo que las armas, ni más descanso que el pelear, y me guardaré bien de enviar otra vez por aquí mis tropas: más por Alá que un hombre tan generoso y espléndido no debe ser un contribuyente común, y yo le relevo de todo impuesto por toda su vida.»[665]

Tomó desde allí Almanzor el camino de Barcelona, mientras las naves hacían su derrotero por la costa hasta la capital del condado. El conde Borrell II., a quien los árabes daban el título de rey de Afranc[666], salió con numerosas tropas a hacer frente a las del caudillo sarraceno; ¿pero quién podía resistir al ímpetu de los aguerridos y victoriosos soldados de Almanzor? Los cristianos de las montañas fueron arrollados, y buscaron su salvación dentro de los muros de Barcelona; los musulmanes cercaron la ciudad con ardor y resolución: Borrell se fugó una noche como en otro tiempo el walí Zeid, sólo que aquel lo hizo por mar, y más afortunado que el moro, a favor de las tinieblas pasó sin ser visto por en medio de los bajeles algarbes: a los dos días la ciudad se rindió por capitulación, y Almanzor se encontró dueño de las capitales de dos estados cristianos, León y Barcelona[667]. En seguida se volvió a Córdoba por el interior de España. Tal era el sistema de Almanzor, invadir, conquistar, volverse, y prepararse para otra invasión (985).

Faltaba el otoño de aquel año, y no podía dejar de aprovecharle el incansable sarraceno. Las sierras y montañas de Navarra fueron el campo de sus triunfales correrías; Sancho Garcés el Mayor

665 Ebn Hayan, Hist. de los Alameries.—Abu Bekr Abmed ben Said, en Conde, cap. 98.

666 Es muy extraño que el juicioso Roseew-Saint-Hilaire diga al hablar de esta expedición: «Esta ciudad (Barcelona), mandada por un conde Borrell, feudatario de los reyes francos...» Pues no debía ignorar este ilustrado autor que el feudo de los reyes francos había concluido con Wifredo el Velloso, y que hacia más de un siglo que el condado de Barcelona constituía un estado independiente. En el mismo error incurre Romey, si mal no los hemos comprendido.

667 Gesta Comit. Barcinon. c. 7—Los dos Chronicones de Barcelona.—Conde, cap. 98.

probó a su turno cuán impetuosas eran las acometidas del guerrero musulmán, el cual después de haber devastado el país de Nájera, volvióse a invernar a Córdoba cargado de despojos.

Su llegada a la corte muslímica coincidió con la de su hijo Abdelmelik, el triunfador de África, que había ido a celebrar sus bodas con su sobrina la joven Habiba. La descripción que hacen los árabes de estas famosas bodas y de las fiestas y regocijos con que se celebraron, nos informan de sus costumbres en estas ceremonias solemnes, si bien las del hijo de Almanzor se hicieron con una pompa desacostumbrada. El ministro absoluto convidó a las fiestas hasta a los cristianos: distribuyó a su guardia armas y vestuarios lujosos: dio abundantes limosnas a los pobres de los hospicios, dotó un gran número de doncellas menesterosas, y prodigó regalos a los poetas que con mejores versos cantaron el mérito y las virtudes de los dos esposos. La novia fue paseada en triunfo por las calles principales, acompañada de todas las jóvenes amigas de la familia, precedidas del cadí y de los testigos, y seguidas de los principales jeques y caballeros de la ciudad. Doncellas armadas de bastoncitos de marfil con puño de oro guardaban el pabellón de la novia: el novio acompañado de gran séquito de nobles mancebos de su familia, armados de espadas doradas, había de conquistar el pabellón de la novia, defendido en su entrada por la guardia de sus doncellas. Los jardines estaban espléndidamente iluminados: en los bosquecillos de naranjos y arrayanes, en derredor de las fuentes, en los lagos y estanques, en todas partes ondeaban vistosas banderolas, y coros de músicos acompañaban las lindas canciones en que se presagiaba la felicidad de los dos esposos: el pabellón de la desposada fue asaltado y conquistado por el novio después de un simulacro de combate entre los mancebos y las doncellas: toda la noche duraron las músicas y los conciertos, y la fiesta se repitió al día siguiente[668].

668 Conde, cap. 99.—En este tiempo colocan también algunos de nuestros historiadores otras fiestas nupciales celebradas en Burgos, con poca menos solemnidad, pero de bien más trágicos resultados que las de Córdoba. Eran las del famoso castellano Ruy Velázquez, señor de Villaren, con doña Lambra, natural de Bribiesca, señora también de una gran parte de la Bureba, y prima del conde de Castilla Garci Fernández. Terrible e inolvidable memoria dejaron estas bodas en España por la sangrienta catástrofe a que dieron ocasión, al decir de estos autores. Hablamos de la célebre aventura de los Siete Infantes de Lara.

Eran estos siete hermanos hijos de Gonzalos Gustios y de Sancha Velázquez hermana de Ruiy, y nietos de Gustios González, hermano de Nuño Rasura, y por consecuencia oriundos de los jueces y condes de Castilla. Su padre, dicen, les había construído un soberbio palacio repartido en siete salas, de donde se llamó el pueblo Salas de los Infantes. Había convidado Ruy Velázquez a sus bodas a sus siete sobrinos, que en aquel día fueron armados caballeros por el conde don García. Ocurrió en la fiesta nupcial un lance desagradable entre Alvar Sánchez, pariente de los novios, y Gonzalo, el menor de los siete infantes, que uno de los romances compuestos por Sepúlveda describe así:

Un primo de doña Lambra,
que Alvar Sánchez es llamado,
vio que caballero alguno
no alcanzaba en el tablado.
…...............................
Ninguno dio miente a ello,
que están las tablas jugando:
sólo Gonzalo González,
el menor de los hermanos,
que a furto de todos ellos
cabalgaba en un caballo.
…................................
Alvar Sánchez con pesar
al infante ha denostado.
Él respondió a sus palabras,
a las manos han llegado.
Gran ferida dio el infantería
a Alvar Sánchez su contrario.
….......................................
Doña Lambra que lo vido
grandes voces está dando,
feríase en el su rostro

Mas ni las bodas de su hijo, ni los sucesos de África en que figuraba ahora la familia de los Zeiríes que había de fundar una nueva dinastía en Almagreb, nada estorbaba a Almanzor para continuar sus campañas periódicas. Otra vez en 986 volvió sobre Castilla, y tomó sin resistencia notable a Sepúlveda y Zamora[669]. Pero el rumor de un serio movimiento hacia los valles del Pirineo oriental obligó a Almanzor a volver sus pasos hacia Cataluña. No era infundado el rumor. Muchedumbre de cristianos habían bajado de aquellas altas montañas, llenos de fe y de resolución: mandábalos el conde Borrell. En vano se apresuró el caudillo musulmán a evitar un golpe de aquella gente; cuando llegó ya estaba dado; Borrell había recobrado a Barcelona, ocupada un año hacía por los agarenos: Almanzor no pudo hacer sino vencer en algunos reencuentros a los cristianos: a pesar del terror que inspiraba su nombre Barcelona quedó y continuó en poder de los

---

con las manos arañando...

En su despecho la buena de doña Lambra mandó a un criado que arrojase al rostro de Gonzalo un chombro empapado en sangre, que era la mayor afrenta que podía hacerse a un caballero castellano. Éste vengó el ultraje matando al osado sirviente en el regazo mismo de doña Lambra a que se había guarecido. La señora pidió venganza a su esposo en los términos que expresa otro romance:

Matáronme un cocinero
so faldas de mi brial:
si de esto no me vengades.
yo mora me iré a tornar.

Ruy Velázquez, deseoso de complacerla, juró vengarse no sólo de Gonzalo sino de todos sus hermanos, y hasta de su padre. Al efecto envió primeramente a Córdoba a Gonzalo Gustios con pretexto de que cobrase ciertos dineros que el rey bárbaro (dice el P. Mariana) había prometido, pero haciéndole portador de una carta semejante a la de Urias en que encargaba al rey moro que tan pronto como llegara le hiciese quitar la vida. No lo hizo así el moro, o por humanidad, o por respeto a las canas de hombre tan principal y venerable, antes le puso en una prisión tan poco rigurosa, que la hermana del rey moro le solía hacer frecuentes visitas, aficionándose tanto al prisionero cristiano que de tales visitas vino a resultar con el tiempo el que dicha señora diera al mundo un Mudarra González, fruto de sus amores, que después vino a ser el fundador del linaje nobilísimo de los Manriques de Lara. Tal gracia debió hallarla princesa mora en las canas del venerable castellano.

Meditando entretanto Ruy Velázquez cómo vengarse de los siete hermanos, logró ganar a los moros de la frontera y en combinación con estos les armó una celada en los campos de Araviana a la falda del Moncayo, en que descuidados los de Lara y no pudiendo sospechar la traición fueron todos asesinados en unión con su ayo Nuño Salido, aunque no sin que peleasen como buenos y derramaran mucha sangre de enemigos. Ruy Velázquez envió a Córdoba a Gonzalo Gustios el horrible presente de las cabezas de sus siete hijos, que reconoció el desgraciado padre a pesar de lo magulladas y desfiguradas que llegaron. Movido a compasión el rey de Córdoba dio libertad a Gonzalo, y le dejó ir a Castilla, sin que nos digan qué fue después de este infortunado padre. Lo que nos dicen es que cuando el niño Mudarra, fruto de sus amores de prisión, llegó a los catorce años, a persuasión de su madre pasó a Castilla, y ayudado de los amigos de su familia vengó la muerte de sus hermanos matando a Ruy Velázquez, y haciendo que doña Lambra muriese apedreada y quemada; acción por la cual no solo mereció que el conde de Castilla le hiciese aquel mismo día bautizar y le armase caballero, sino que su misma madrastra doña Sancha le adoptase por hijo y heredero del señorío de su padre. Esta adopción se hizo al decir de nuestras historias con una ceremonia bien singular. Dicen que la doña Sancha metió al mancebo por la manga de una muy ancha camisa (que bien ancha era menester que fuese por delgado que supongamos al recién cristianado moro), le sacó la cabeza por el cuello, le dio paz en el rostro, y con esto quedo recibido por hijo. De aquí viene, añade el P. Mariana con admirable candidez, el adagio vulgar: «entra por la manga y sale por el cabezón.»

Tal es la famosa historia, anécdota o aventura de los Siete Infantes de Lara, tan celebrada por poetas y romanceros, sacada de la Crónica general, desechada como fabulosa por muchos críticos, admitida por otros como cierta en su fondo, pero desestimando las circunstancias o ridículas o inverosímiles, y adoptada con todos sus episodios por el P. Mariana. Sus editores de la grande edición de Valencia le ponen la siguiente nota: «Nuestros escritores más estimables tienen por aventuras caballerescas la desgraciada muerte de los Infantes de Lara, los amores de don Gonzalo Gustios con la infanta de Córdoba, la adopción de Mudarra González, hijo de estos hurtos amorosos, y que este héroe imaginario haya sido tronco nobilísimo del linaje de los Manriques. Sería detenernos demasiado hacer demostración de tal fábula, y mucho más producir los argumentos con que se desvanece, que pueden ver los lectores en los capítulos 41 y 42 del lib. II. de la Historia de la Casa de Lara del erudito Salazar; aunque por respeto a la antigüedad no se atreve este excelente genealogista a negar el suceso de los Siete Infantes de Lara. Don Juan de Perreras trató también separadamente de este asunto en el t. XVI. cap. 14, pag. 99 de su Hist. de Esp. (equivocan la página de Ferreras, pues es la 118).»

De novela la califica también el señor Sabau en sus ilustraciones a Mariana. Pero el ilustrado don Angel

catalanes, y el regente de la España muslímica tuvo que contentarse esta vez con llevar a Córdoba algunos despojos de su correría.[670]

Con más fortuna al año siguiente el hombre de las dos campañas anuales invadió la Galicia, llegó cerca de Santiago, tomó a Coimbra, que dejó al fin abandonada, y regresó a Córdoba por Talavera y Toledo. Diríase que antes se habían cansado los autores de escribir que Almanzor de ejecutar sus sistematizadas irrupciones, pues ni los anales cristianos ni los árabes nos dan noticias ciertas de las campañas que debió emprender en los siguientes años, acaso porque no fuesen de particular importancia, si se exceptúa la que hizo en 989, en que destruyó y desmanteló las ciudades fronterizas de Castilla, Osma, Alcoba y Atienza, que por su posición habían sufrido ya cien veces todos los rigores de la guerra, y habían sido a cada paso tomadas, perdidas y reconquistadas por cristianos y musulmanes[671].

En tanto no faltaron disgustos de otro género ni al conde García Fernández de Castilla ni al rey Bermudo de León, comenzando a dar al primero graves pesadumbres su hijo Sancho queriendo sucederle antes de tiempo (990), y rebelándose contra el segundo algunos condes de Galicia; sucesos que aunque por entonces no pasaron adelante hubieran favorecido mucho a Almanzor para

---

Saavedra, duque de Rivas, en la nota tercera a la página 188 del tomo II. de su Moro Expósito nos hace conocer el siguiente documento, que existe (dice) en el archivo del duque de Frías, actual poseedor de los estados de Salas, el cual puede dar diferente solución a la cuestión de autenticidad de esta tradición ruidosa.

«En 12 de diciembre de 1579 se hizo una informacion de oficio por el gobernador de la villa de Salas, con asistencia de los señores don Pedro de Tovar y doña María de Recalde su mujer, marqueses de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano de número de ella, de la cual resulta, que pues allí había en la iglesia mayor de Santa María, en la pared de la capilla del lado del Evangelio las cabezas de los Siete Infantes de la Hoz de Lara, y la de Gustios su padre, y la de Mudarra González su hijo bastardo, que por haber tantos años que estaban allí, y ser los letreros antiquísimos dudaban algunas personas si era verdad; mandase abrir las pinturas de ellas, y armas con que estaba cubierta dicha pared, para saber lo que había dentro y enterarse de la verdad. Y dicho gobernador poniéndolo en ejecución, mandó a un oficial que quitase una tabla pintada, que estaba inclusa en la dicha pared, la cual tiene siete cabezas de pintura antigua, al parecer de más de cien años, y encima de ellas hay siete letreros cuyos nombres dicen: Diego González, Martín González, Suero González, don Fernán González, Ruy González, Gustios González, Gonzalo González. Y al cabo de ellas, un poco más abajo, está otra cabeza, que dice el letrero que está sobre ella Nuño Salido. Y de la otra parte de arriba de las cabezas está un castillo dorado, y encima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arriba: el letrero del uno dice Gonzalo Gustios, y el del otro Madarra González, los cuales tienen cada uno en la mano medio anillo y le están juntando. Y quitada la dicha tabla, pareció en la pared otra pintura muy antiquísima, con los mismos nombres que la primera, excepto que el nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la primera tabla dice Nuño Salido, y en el más antiguo Nuño Sabido. Y visto que dichas pinturas estaban sobre piedra, y que no había ningún oficial de cantería que rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el día 16 de dicho mes y año de 1579 mandó el propio gobernador a Pedro Saler, cantero, que tentase la dicha pared para saber si estaba hueca: y dando golpes con un martillo donde estaban las armas (que es un castillo dorado), sonó hueco. Y quitando la pintura que estaba sobre la dicha piedra, se halló otra piedra de cerca de media vara de largo y una tercia de alto, que se meneaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes muchos vecinos de la villa, la quitó, y dentro había un hueco grande a manera de capilla, en la cual estaba un arca, clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la pusieron junto a las gradas del altar, donde se desclavó, y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano, sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las dichas cabezas, algo deshechas, desmolidas y desconyuntadas del largo tiempo, aunque las quijadas y cascos están de manera que claramente se conoció ser cabezas antiguas, que estaban en la dicha arca, Y vistas por mucha parte de los vecinos de aquella villa, y otros, el dicho gobernador mandó al oficial tornase a clavar el arca, y él lo verificó con cinco o seis clavos en la cubierta, dejando dentro las dichas cabezas, y volviendo a poner el arca en la capilla y lugar donde antes estaba.»

En vista de este documento parece no poder dudarse del trágico fin de los siete hermanos de tara: los demás episodios han podido ser inventados por los novelistas y romanceros.

669 Era MXXIV. prendiderunt Sedpublica (Annal. Complut.). In Era MXXIV. prendiderunt Zamoram (Ann. Tolet.).

670 Gesta Comit. Barcin. InMarca, p. 542.—Según la tradición y las crónicas catalanas, en esta ocasión el conde Borrell II. ofreció privilegio militar o de nobleza hereditaria a cuantos se presentasen con armas y caballo en las montañas de Manresa, y de aquí, nació la clase llamada Homens de Paradge, esto es, hidalgos, hombres de Parage o casa Solariega.

En este tiempo acaeció en Francia la memorable revolución que hizo pasar la corona de la familia de los Carlovingios a la de los Capetos, de la dinastía de Carlomagno a la de Hugo el Grande. Hugo Capeto, hijo de el Grande, fue consagrado en Reims el 3 de julio de 987.

671 Chron. Couimbric—Annal. Compl. y Toled.—Conde, cap. 99.

sus acometidas y ulteriores designios, si él no hubiera tenido por este tiempo otro mayor disgusto de la misma índole. Y vamos a referir un hecho que ninguno de nuestros historiadores ha mencionado hasta ahora.

Abatidos por Almanzor los más poderosos nobles del imperio, el único que quedaba, Abderrahman ben Motarrif, walí de Zaragoza, temía que no había de tardar en llegarle su turno, y quiso probar si podía a su vez deshacerse del regente. Hallábase en Zaragoza el hijo menor de Almanzor llamado Abdallah, resentido de su padre por la preferencia que daba a sus dos hermanos. Proyectaron, pues, Abderrahman y Abdallah una revolución con el designio de alzarse el uno con la soberanía de Zaragoza y de todo Aragón, el otro con la de Córdoba y el resto de España. Contaban ya con algunos generales y vazzires. Súpulo Almanzor, y llamó a Córdoba a su hijo, a quien comenzó a tratar con mucha atención y dulzura. En cuanto al de Zaragoza, supo Almanzor con su acostumbrada astucia ganar a sus tropas en una expedición en que aquel le acompañaba, y que ellas mismas le acusaran de haberse apropiado el sueldo de los soldados. Con este motivo le quitó el gobierno de Zaragoza, pero con mucha política nombró para reemplazarle al hijo mismo de Abderrahman. Preso este y procesado por malversador, hízole Almanzor decapitar en su presencia. Faltábale atraerse a su propio hijo Abdallah, y lo intentó a fuerza de halagos y de amabilidad, más todos sus esfuerzos se estrellaron ante el carácter obstinado y el genio sombrío de Abdallah, que en otra expedición contra Castilla se pasó secretamente al conde García Fernández, prometiéndole ayudarle contra su padre. Informado de ello Almanzor reclamó enérgicamente al conde castellano la entrega de su hijo. Negóse García a la intimación, y permaneció Abdallah por espacio de un año al lado del conde de Castilla. Mas en el otoño de 990, perdidas por García las ciudades fronterizas arriba mencionadas, y recelando él mismo de las pretensiones de su propio hijo Sancho, debió convenirle desenojar a Almanzor y accedió a entregarle el reclamado Abdallah, y enviósele con buena escolta de castellanos. De orden de Almanzor salió el esclavo Sad a recibirle al camino, el cual en el momento de encontrarle besó la mano a Abdallah, y no dejó de alimentarle la esperanza de que hallaría indulgencia en su padre. Mas al llegar a las márgenes del Duero, intimáronle los soldados de Sad que se dispusiera a morir: el pérfido esclavo que les había dado esta orden se había quedado algunos pasos detrás: Abdallah se apeó con resignación, y entregó sin inmutarse su cuello a la cuchilla del verdugo. Así pereció el ambicioso y obstinado hijo de Almanzor a la edad de veinte y tres años[672].

Llegó así el año 992, en que falleció el conde de Barcelona Borrell II., sucediéndole su hijo Raimundo o Ramón Borrell III., y dejando el condado de Urgel a otro hijo nombrado Armengando o Armengol. Los historiadores árabes se detienen en referirnos los sucesos que a este tiempo en África acaecían, los cuales ocupaban no poco a Almanzor, y preparaban en el Magreb la elevación de una nueva dinastía bajo la astuta política de Zeiri ben Atiya, pero cuyos pormenores nos dispensamos de referir por no pertenecer directamente a nuestra España. Repetimos que por nada dejaba Almanzor sus dobles expediciones anuales. Muchas parece haber sido consideradas por los escritores de aquel tiempo como acaecimientos comunes, pues apenas dan cuenta de ellas: otras les merecían más atención por sus resultados, tal como la que en 994 ejecutó sobre Castilla, y en que tomó a Ávila, Coruña del Conde y San Esteban de Gormaz, y la que en 995 hizo a la España Oriental con tan asombrosa rapidez, que antes llegó él a Cataluña que supiesen los cristianos su salida de Córdoba.

Tantos desastres sufridos en los estados cristianos por las repetidas y rápidas invasiones del infatigable, enérgico y valeroso Almanzor, movieron al conde García Fernández de Castilla, uno de los que más habían tenido que luchar contra las huestes del intrépido agareno, a llamar en su auxilio al rey don Sancho de Navarra, para ver de resistir aunados a tan formidable poder. Así fue que en su expedición de 995 encontró ya Almanzor juntas las tropas castellanas y navarras entre Alcocer y Langa. Mas aún no habían acabado de reunirse ni de prepararse al combate, cuando ya se vieron

672 Este hecho, que refiere Ebn Ahdari en su al-Baijano'l-mogrib, nos le ha dado a conocer el orientalista Dozy en sus Investigaciones sobre la historia de la edad media de España, tom. I. págin, 19 a 24.

atacadas por la caballería sarracena: sostúvose no obstante la lid por todo el día con igual arrojo y denuedo por ambas partes, y cuando la noche separó a los dos ejércitos combatientes unos y otros contaban con que al siguiente día se renovaría la pelea con más furor.

Cuenta Abulfeda (que también eran no poco dados a consejas los árabes de aquel tiempo), que la noche a que nos referimos, uno de los literatos que solían ir en el ejército según costumbre de los musulmanes, llamado Said ben Alhassan Abulola, presentó a Almanzor un ciervo atado por el cuello, a cuyo ciervo puso por nombre García, y que en unos versos que llevaba le pronosticó que al día siguiente el rey de los cristianos, García (que así llamaban ellos al conde), sería llevado al campo muslímico atado como el ciervo de su nombre. Aceptó Almanzor el ciervo y los versos con regocijo, y pasó una parte de la noche con sus caudillos preparando lo conveniente para la batalla, a fin de que se cumpliese el vaticinio del poeta[673].

A la hora del alba comenzaron ya a sonar por el campo muslímico los añafiles y trompetas; y la terrible algazara, y las nubes de flechas y los torbellinos de polvo anunciaban haberse empeñado la pelea: a poco tiempo los caudillos de la vanguardia sarracena comenzaron a cejar: los cristianos se precipitaron como torrentes impetuosos de las cuestas y cerros con espantosa gritería; a su llegada, parecía desordenarse el centro del ejercito musulmán y como prepararse a huir en confusión... los cristianos se internan más y más... ¡desgraciados! cayeron en el lazo que les tendiera Almanzor: aquella retirada y aquel desorden eran un ardid combinado, y pronto se vieron envueltos por las dos alas y por la retaguardia de la caballería enemiga; y por más que sus generales y caballeros pelearon con denuedo y ardor, abatida la tropa cristiana con tan imprevisto ataque, diose a huir con el mayor aturdimiento siendo acuchillada por los jinetes árabes. Y aún no fue este el resultado más funesto de la batalla; el agüero poético se había cumplido; entre los caballeros castellanos que habían sido hechos prisioneros se encontró el valeroso y desgraciado conde García, tan gravemente herido, que aunque Almanzor encomendó su curación a los mejores médicos musulmanes, sucumbió el digno hijo de Fernán González a los cinco días. Fue esta memorable y funesta batalla, según los datos que tenemos por más exactos, el 25 de mayo de 995, y la muerte de García el 30 del propio mes[674]. El cadáver del conde fue trasportado a Córdoba, y depositado provisionalmente a ruegos de los cristianos en la iglesia llamada de los Tres Santos: los árabes añaden que Almanzor le hizo poner en un cofre labrado, lleno de perfumes y cubierto con telas de escarlata y oro, para enviarlo a los cristianos, y que habiendo estos solicitado su rescate a precio de riquísimos presentes, Almanzor, sin admitir los regalos, le hizo conducir hasta la frontera con una escolta de honor. Tan caballerosamente solía conducirse el héroe musulmán[675].

Pero esto no le obstaba para proseguir sus acostumbradas expediciones, y en el mismo año de la muerte de García Fernández ejecutó otra a tierras de León, en que también obtuvo ventajas, de cuyas resultas el rey don Bermudo (*Bermond* que ellos decían), envió embajadores y cartas a Almanzor solicitando avenencias y paz. Acompañó de regreso a los enviados cristianos uno de los vazzires, Ayub ben Ahmer, encargado por Almanzor de tratar con Bermudo. No debió el vazzir corresponder muy cumplidamente o a los deseos o a las instrucciones del ministro cordobés, pues al regresar a Córdoba de vuelta de su misión hízole encarcelar, y no le restituyó la libertad mientras él vivió.

O no fueron notables las invasiones que hiciera en 996, o al menos no nos informan de ellas los documentos que conocemos. En cambio en el 997, después de una incursión en tierras de Álava en la estación lluviosa de febrero, cuyo botín se distribuyó por completo entre las tropas sin

673 Abulfeda, tom. II. pág. 533.—Conde, cap. 100.

674 Annal. Compost. p. 319.— Annal. Burg. p. 308. Et ductus fuit ad Cordobam, et inde adductus ad Caradignam.

675 Era el conde García Fernández suegro de Bermudo el Gotoso, cuya segunda mujer llamada Elvira, fue hija del conde y de Ava su esposa, hija de Enrique, emperador de Alemania; tuvo además García a Urraca, que entró religiosa en el monasterio de Covarrubias, y a Sancho que lo sucedió en el condado.

Omitimos por fabulosos los amores romancescos del conde García Fernández con Argentina y Sancha, y las demás aventuras novelescas y absurdas que nos cuenta Mariana, evidenciadas ya de tales, como tales desechadas por Morales, Yepes, Berganza, Mondéjar y otros respetables autores.

deducirse el quinto para el califa en consideración a haberse emprendido en medio de un temporal de fríos y lluvias, verificóse la gran gazúa a Santiago de Galicia *(Schant Yakub)*, la más célebre, si se exceptúa acaso la de León, y la cuadragésima octava de sus irrupciones periódicas, según Murphy.[676] El conde de Galicia Rodrigo Velázquez, uno de los que antes habían conspirado contra el rey de León, por haber este depuesto de la silla compostelana a su hijo el turbulento obispo Pelayo y reemplazádole con un virtuoso y venerable monje, parece que puesto a la cabeza de los nobles descontentos, si no provocó, por lo menos auxilió esta entrada del guerrero mahometano. Es lo cierto que habiendo partido Almanzor de Córdoba y encaminádose por Coria y Ciudad Rodrigo, incorporáronsele, dicen, los condes gallegos en los campos de Argañin, y juntos marcharon sobre Santiago. Almakari que nos da el itinerario que llevó Almanzor, refiere minuciosamente las dificultades que tuvo que vencer el ejército espedicionario para pasar ciertos ríos y atravesar ciertas montañas. El 10 de agosto se hallaba el formidable caudillo del Profeta sobre la Jerusalén de los españoles. Desierta encontró la ciudad. Sus murallas y edificios fueron arruinados, el soberbio santuario derruido, saqueadas las riquezas de la suntuosa basílica; sólo se detuvo el guerrero musulmán ante el sepulcro del santo y venerado Apóstol; sentado sobre él halló un venerable monje que le guardaba: el religioso permaneció inalterable, y Almanzor, como por un misterioso y secreto impulso, se contuvo ante la actitud del monje y respetó el depósito sagrado.

Destruida la grande y piadosa obra de los Alfonsos, de los Ordoños y de los Ramiros, avanzó Almanzor con su hueste hacia la Coruña y Betanzos, recorriendo países, dicen sus crónicas, «nunca hollados por planta musulmana», hasta que llegando a terreno en que ni los caballos podían andar, ordenó su retirada. Al llegar otra vez a Ciudad Rodrigo colmó de presentes a los condes auxiliares y los envió a sus tierras. Añade el arzobispo don Rodrigo, y lo confirma Almakari, que hizo trasportar a Córdoba en hombros de cautivos cristianos las campanas pequeñas de la catedral de Santiago, que mandó colgar para que sirviesen de lámparas en la gran mezquita, donde permanecieron largo tiempo[677]. Entró, pues, Almanzor en Córdoba precedido de cuatro mil cautivos, mancebos y doncellas, y de multitud de carros cargados de oro y plata y de objetos preciosos recogidos en esta terrible campaña. Al decir de nuestros historiadores estuvo lejos de ser tan feliz su regreso. Cuentan que Dios en castigo del ultraje hecho a su santo templo de Santiago envió al ejército muslímico una epidemia de que morían a centenares y aún a miles. Pero el Tudense, que no menciona aquella disentería, dice que el rey Bermudo destacó por las montañas de Galicia ágiles peatones, que ayudados por el Santo Apóstol, perseguían desde los riscos a los moros y los cazaban como alimañas[678] lo cual es muy verosímil atendida la topografía de aquel país y sus gargantas y desfiladeros.

Dedicóse el rey Bermudo II. después del desastre de Santiago a restaurar el santo templo con la magnificencia posible, y a reparar las maltratadas fortalezas, ciudades y monasterios de sus dominios, para lo cual pudo aprovechar el reposo que al fin de sus días parece quiso dejarle Almanzor, pues no se sabe que en los dos años que aún mediaron hasta la muerte de aquel monarca, volviera a molestar el territorio leonés el formidable guerrero musulmán. Habíasele agravado a Bermudo la gota en términos de no permitirle cabalgar, y tenía que ser conducido en hombros humanos. Al fin sucumbió de aquella enfermedad penosa después de un reinado no menos penoso de diez y siete años, en uno de los últimos meses del año 999, en un pequeño pueblo del Bierzo nombrado Villabuena: su cuerpo fue trasladado después al monasterio de Carracedo, y de allí años adelante a la catedral de León, donde se conserva su epitafio y el de su segunda mujer Elvira[679].

---

676 Conde pone esta expedición tres años antes. Seguimos al monje de Silos, a Pelayo de Oviedo, y a Almakari.

677 Campanas minores in signum victoriae secum tulit et in Mezquita Cordubensi pro lampadibus collocavit, quae longo tempore ibi fuerunt. Roder. Tolet. de Reb. Hisp. 1. V. c. 16.

678 More pecudum trucidabant. Luc. Tud. Chron p. 88.

679 El obispo cronista Pelayo de Oviedo se empeñó en afear la memoria de este rey, con una animosidad que sienta mal a un historiador y desdice de su carácter de prelado. Comienza por llamarle indiscreto y tirano en todo (indiscretus et tyrannus per omnia): atribuye a castigo de sus pecados las calamidades que sufrió el reino, y hasta la circunstancia-de haber repudiado su primera mujer y casádose con otra en vida de aquella, acción tan común en aquellos tiempos

Debido fue sin duda el extraño reposo de que gozaron en estos últimos años León y Castilla a las graves turbulencias que de nuevo se suscitaron en África, y a cuya guerra si bien no concurrió Almanzor en persona, dedicó toda su atención y esfuerzos. El emir Zeiri ben Atiya, no pudiendo disimular más el enojo contra Almanzor que hasta entonces había encubierto con el velo de una amistad aparente, se resolvió ya a suprimir en la chotba u oración pública el nombre del regente de España, conservando solo el del califa Hixem. Deshecho y destrozado por el caudillo fatimita el primer ejército que envió Almanzor, fue preciso que acudiera su hijo Abdelmelik que ya había ganado en África el título de Almudhaffar o vencedor afortunado. Con su ida mudó la guerra de aspecto. En una refriega recibió el emir Zeiri tres heridas en la garganta, causadas por el yatagan del negro Salem, y en otro combate que duró desde la mañana hasta la noche, sucumbió en el campo de batalla. El valeroso hijo de Almanzor se posesionó de Fez, donde gobernó seis meses con justicia y con prudencia, y el territorio de Magreb quedó de nuevo sometido a la influencia de Almanzor. Tan lisonjeras nuevas fueron solemnizadas en Córdoba dando libertad a mil ochocientos cautivos cristianos de ambos sexos, haciendo grandes distribuciones de limosnas a los pobres, y pagando a los necesitados todas sus deudas.

La prosperidad de las armas andaluzas al otro lado del mar hubo de ser fatal a los cristianos de la Península; porque desembarazado Almanzor de aquel cuidado, volvió a sus acostumbradas expediciones. Dos mencionan las historias arábigas en el año 1000, al Oriente la una, al Norte la otra, que dieron por resultado la destrucción de algunas poblaciones y la devastación de algunas comarcas, que los naturales mismos solían abandonar e incendiar a la aproximación de los enemigos. Trascurrió el año 1001 sin notable ocurrencia, como si hubiera sido necesario este reposo para preparar el gran suceso que iban a presenciar los dos pueblos.

Había sucedido en el reino de León a Bermudo II. el Gotoso, su hijo Alfonso V., niño de cinco años como Ramiro III. cuando entró a reinar, y al cual se puso bajo la tutela del conde de Galicia Menendo González, y de su mujer doña Mayor. Dirigíale al mismo tiempo su tío materno el conde de Castilla, Sancho Garcés, el hijo y sucesor de García Fernández. Reinaba en Pamplona otro Sancho Garcés el Mayor, nombrado Cuatro-Manos por su intrepidez y fortaleza, y estaba casado con una hija del de Castilla, llamada Sancha[680]. Todos estos soberanos vieron en el año 1002 un

---

como hemos observado, la califica él de nefas nefandissimum. Pero el monje de Silos, que muy justamente es tenido por escritor más verídico, desapasionado y juicioso, nos pinta a Bermudo como un príncipe prudente, amante de la clemencia y dado a las obras de piedad y devoción. Cierto que su reinado fue calamitoso y desgraciadísimo: ¿pero qué pudiera haber hecho Bermudo contra un enemigo del talento y del temple de un Almanzor? A pesar de todo y en medio de tan azarosas circunstancias no se olvidó de dotar al país de algunas instituciones útiles. Restableció las leyes del ilustre Wamba, y mandó observar los antiguos cánones; no los cánones pontificios, como arbitrariamente interpreta Mariana y le hacen ver sus anotadores, sino los de la antigua iglesia gótica.

En su afán de ennegrecer la fama del monarca le atribuyó el cronista crímenes que no cometió, y milagros a los obispos que tuvo necesidad de castigar, y aún los aplica a obispos que se sabe no existieron. No fatigaremos a nuestros lectores con el relato de estas invenciones que acreditaron a Pelayo de poco escrupuloso y aún de falsificador de la historia, de cuyo concepto goza entre los mejores críticos.

Con respecto a las mujeres de Bermudo II., de las exquisitas investigaciones del erudito Flórez resulta en efecto haber tenido dos legítimas, o por lo menos veladas ambas in facie aeclesiae: la primera llamada Velasquita, de quien tuvo a Cristina, que casada después con el infante don Ordoño, dio origen a la familia de los condes de Carrión: la segunda Elvira, hija, como hemos dicho, del conde de Castilla García Fernández, de la cual tuvo también varias hijas y un hijo varón, que fue el que le sucedió en el trono con el nombre de Alfonso V. Es también indudable que se casó con Elvira viviendo Velasquita, a quien había repudiado, no sabemos por qué causa, pero que fue reconocida como legitima: y este monarca nos suministra otro ejemplo de la facilidad y ningún escrúpulo con que los reyes católicos de aquellos tiempos se divorciaban y contraían nuevos matrimonios viviendo su primera esposa. Tuvo además sucesión Bermudo de otras dos mujeres que se cree fueron hermanas, a quienes el sabio Flórez llama según su costumbre amigas, y los demás cronistas nombran con menos rebozo concubinas. Noticias son todas estas que dan luz no escasa sobre las costumbres y la moralidad de aquellos tiempos en esta materia.

680 El rey Sancho de Navarra era llamado en este tiempo rey de los Pirineos y de Tolosa, en razón a que su poder se extendía a aquella región de la Galia, nombrada antiguamente la Segunda Aquitania, ya por su parentesco con los condes de aquellas tierras, ya porque estos prefiriesen reconocer una especie de soberanía en el monarca navarro a someterse a la nueva dinastía de los Capetos. Háblase también de un conde Guillermo Sánchez, cuñado de Sancho el

movimiento universal e imponente por parte de los sarracenos en el mediodía y centro de la España muslímica. Los walíes de Santarén, de Badajoz y de Mérida, allegaban toda la gente de armas de sus respectivos territorios. Numerosas huestes berberiscas habían desembarcado en Algeciras y en Ocsonoba; eran refuerzos que Moez, hijo y sucesor del difunto Zeiri, se había comprometido a enviar a Almanzor para la gran gazúa que meditaba contra los cristianos. Las banderas de África, de Andalucía y de Lusitania se congregaban en Toledo. ¿Qué significan estos solemnes preparativos? Es que Almanzor ha resuelto dar el último golpe a Castilla, a esa Castilla cuya obstinada resistencia le es ya fatigosa, y quiere agregarla definitivamente al imperio musulmán. Terrible es la tormenta que amenaza a los castellanos. Pero su mismo estruendo los despierta, y en vez de amilanarse se preparan a conjurarla. Convidó Sancho de Castilla a los dos soberanos sus parientes a formar una liga para resistir de consuno al formidable ejército musulmán. La necesidad de la unión fue reconocida, cesaron las antiguas disensiones, pactóse la alianza, y se organizó la cruzada contra los infieles. El punto de reunión del ejército cristiano combinado eran los campos situados por bajo de Soria, hacia las fuentes del Duero no lejos de las ruinas de la antigua Numancia. Conducía las banderas de León, Asturias y Galicia el conde Menendo a nombre de Alfonso V., niño entonces de ocho años; mandaban las de Navarra y Castilla sus respectivos soberanos.

Los musulmanes, divididos en dos cuerpos, compuesto el uno de españoles, el otro de africanos, dirigiéronse el Duero arriba, y hallaron a los cristianos acampados en Calatañazor (*Kalat-al-Nosor*, altura del buitre, o montaña del águila). Cuando los exploradores árabes (dice su crónica) descubrieron el campo de los infieles tan extendido, se asombraron de su muchedumbre y avisaron al hagib Almanzor, el cual salió en persona a hacer un reconocimiento y a dar sus disposiciones para la batalla. Hubo ya aquel día algunas escaramuzas que interrumpió la noche. En la corta tregua que ésta les dio, añade el escritor arábigo, no gozaron los caudillos muslimes la dulzura del sueño: inquietos y vacilantes entre el temor y la esperanza, miraban las estrellas y a la parte del cielo por donde había de asomar el día. Al divisar el primer albor que tanto suele alegrar a los hombres, los tímidos sintieron como anublarse su espíritu, y el toque de añafiles y trompetas estremeció a los más animosos. Almanzor hizo su oración del alba: ocuparon los caudillos sus puestos, y se reunieron las banderas. Moviéronse también los cristianos y salieron con sus haces bien ordenadas: el clamoreo de los musulmanes se confundió con el grito de guerra de los cristianos: las trompetas y atambores, el estruendo de las armas y el relincho de los caballos hacían retumbar los vecinos montes y parecía hundirse el cielo.

Empeñóse la lid con furor igual por ambas partes. Los cristianos con sus caballos cubiertos de hierro peleaban como hambrientos lobos (es la expresión del escritor arábigo), y sus caudillos alentaban a sus guerreros por todas partes. Almanzor revolvía acá y allá su fogoso corcel que semejaba a un sangriento leopardo: metíase con su caballería andaluza por entre los escuadrones de Castilla, e irritábale la resistencia que encontraba «y el bárbaro valor de los infieles.» Sus caudillos peleaban también con un arrojo que nosotros a nuestra vez podríamos llamar bárbaro. Con las nubes de polvo que se levantaban se oscureció el sol antes de su hora, y la noche extendió antes de tiempo su ennegrecido manto. Separáronse con esto los guerreadores sin que ninguno hubiese cejado un palmo de terreno: la tierra quedó empapada en sangre humana: la victoria no se sabía por quién.

Había Almanzor recibido muchas heridas. Retirado por la noche a su tienda, y observando cuan pocos caudillos se le presentaban, según costumbre después de un combate, «*¿Cómo no vienen mis valientes?* preguntó:—*Señor, le respondieron, algunos se hallan muy mal heridos, los demás han muerto en el campo.*» Entonces se penetró del estrago que había sufrido su ejército, y antes de romper el día ordenó la retirada y repasó el Duero marchando en orden de batalla por si le perseguían los cristianos. Sintióse en el camino Almanzor abatido y desalentado: recrudeciéronsele y se le enconaron con la agitación las heridas de tal modo, que no pudiendo sostenerse a caballo, se

---

Mayor, que era duque de la Vasconia francesa. Todos estos parece que suministraron tropas al navarro para la batalla de que vamos a hablar, y así se explica el número considerable de cristianos que llegaron a reunirse. Hist. des Cont. de Tolose, Rodolp. Glaber, Bouquet, Briz, Martínez y Sandobal, cit. porRomey, tom. IV. c. 47.

hizo conducir en una silla y en hombros de sus soldados por espacio de catorce leguas hasta cerca de *Medina Selim* (Medinaceli). Allí le encontró su hijo Abdelmelik (a quien no sabemos cómo no llevó a la batalla) enviado por el califa para adquirir nuevas de su padre. A tiempo llegó solamente para recoger su postrer aliento, pues allí mismo y en sus brazos expiró el héroe musulmán a los tres días por andar de la luna de Ramazan, año 392 de la Hégira (9 de agosto de 1002), y a la edad de 63 años[681].

Sus restos mortales fueron sepultados en Medinaceli, cubriéndolos con aquel polvo que, como dijimos, se había ido depositando en una caja del que sus vestidos recogían en los combates. Cumplióse la ley del Corán que decía: «Enterrad a los mártires según los coge la muerte, con sus vestidos, sus heridas y su sangre. No los lavéis, porque sus heridas en el día del juicio despedirán el aroma del almizcle.» Su hijo Abdelmelik Almudhaffar que tomó el mando del ejército, le hizo también los honores fúnebres, y sobre su sepulcro se inscribieron sentidos versos[682].

Así acabó el famoso Mohammed ben Abdallah ben Abi Ahmer, conocido por Almanzor, después de veinte y cinco años de continuados triunfos, y que hasta su muerte se había creído invencible. Lloráronle los soldados con amargura: *«¡Perdimos, exclamaban, nuestro caudillo, nuestro defensor, nuestro padre!»* Con luto y aflicción universal se recibió en Córdoba la nueva de su muerte, y en mucho tiempo ni la ciudad ni el imperio se consolaron; o por mejor decir, no pudieron consolarse nunca, porque la muerte del grande hombre había de llevar tras sí la muerte del imperio. Dice nuestro cronista el Tudense, que luego que murió Almanzor se dejó ver a las márgenes del Guadalquivir un hombre en traje de pastor, que andaba gritando, unas veces en árabe y otras en castellano; *«En Calatañazor Almanzor perdió el tambor.»* Y que cuando se acercaban a preguntarle se ponía a llorar y desaparecía a repetir las mismas palabras en otra parte. «Creemos, añade el piadoso cronista, que aquel hombre era el diablo en persona, que gritaba y se desesperaba por la gran catástrofe que habían sufrido los moros.»

---

681 Muchos de nuestros historiadores, y entre ellos Mariana, anticipan con manifiesta equivocación tres años esta memorable batalla, y por consecuencia de este error hacen asistir a ella a Bermudo el Gotoso. Bien que no es posible formar idea por Mariana ni de los hechos de Almanzor ni de los sucesos de los reinos cristianos de aquel tiempo. Encontrámosle lleno de inexactitudes y de aventuras fabulosas y hasta absurdas. Sentimos tener que censurar a tan respetable escritor, pero no podemos prescindir de nuestro deber histórico.

682 Conde copia la traducción que de uno de sus epitafios hizo su amigo don Leandro Fernández de Moratin y es como sigue:

No existe ya, pero quedó en el orbe
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás, admirado, conocerle
Cual si le vieras hoy presente y vivo:
Tal fue, que nunca en sucesión eterna
Darán los siglos adalid segundo,
Que así, venciendo en guerras, el imperio
Del pueblo de Ismael acrezca y guarde.

CAPÍTULO XIX.
CAÍDA Y DISOLUCIÓN DEL CALIFATO.
De 1002 a 1031.

Justos temores y alarmas de los musulmanes.—Gobierno de Abdelmelik, hijo y sucesor de Almanzor, como primer ministro del califa Hixem.—Sus campañas contra los cristianos: su muerte.—Gobierno de Abderrahman, segundo hijo de Almanzor.—Infundado orgullo de este hagib: su desmedida ambición: hácese nombrar sucesor del califa.—Terrible castigo de su loca presunción.—Ministerio de Mohammed el Ommiada y del eslavo Wahda.—Encierran al califa Hixem en una prisión y publican que ha muerto.—Mohammed se proclama califa.—Le destrona Suleiman con auxilio del conde Sancho de Castilla.—Gran batalla y triunfo de los castellanos en Gebal Quintos.—Recobra Mohammed el trono con ayuda de los cristianos catalanes.—Saca Wahda al califa Hixem de la prisión, y le enseña al pueblo que le creía muerto.—Entusiasmo en Córdoba: alboroto: Mohammed muere decapitado, y su cabeza es paseada por las calles de la ciudad.—Apodérase Suleiman otra vez del trono, y desaparece misteriosamente y para siempre el califa Hixem.—Muere Suleiman asesinado por Alí el Edrisita, que a su vez se proclama califa.—Precipitase la disolución del imperio: partidos, guerras, destronamientos, usurpaciones, crímenes.—Últimos califas: Alí, Abderrahman IV., Alkasim, Yahia, Abderrahman V., Mohammed III., Yahia, segunda vez, Hixem III.—Acaba definitivamente el imperio ommiada.

Muy fundado era en verdad el desaliento y la aflicción y pesadumbre que produjo en toda la España muslímica la nueva de la derrota de Calatañazor. Penetraba bien el instinto público que todo aquel esplendor y grandeza, toda aquella extensión, pujanza y unidad que había adquirido el califato bajo la enérgica y sabia dirección del ministro regente, había de desplomarse y venir a tierra con la muerte de aquel hombro privilegiado, que con tanta intrepidez como fortuna, con tanta maña como arrojo, y con tanta política como vigor, había elevado el imperio musulmán a la mayor altura de poder que alcanzó jamas, y reducido al pueblo cristiano casi a tanta estrechez como en los tiempos de Muza y de Tarik. Que si los defensores de la cruz no se vieron en tan escaso territorio encerrados como en los días de Pelayo, halláronse al cabo de cerca de tres siglos de esfuerzos casi en la situación que tuvieron en tiempo del primer Alfonso, y apenas fuera de la cadena del Pirineo podían contar con una fortaleza segura y con un palmo de terreno al abrigo de las incursiones del gran batallador. Temían los musulmanes, derribada la robusta columna de su imperio, por la suerte de la dinastía Ommiada, con un califa siempre en estado de pueril imbecilidad, y sin esperanza de sucesión. Temían también no menos justamente lo que a los príncipes y guerreros cristianos, antes tan abatidos, habría de alentar aquel solemne triunfo.

Brindaba ciertamente ocasión propicia a los cristianos el resultado glorioso de la batalla, y más que todo el desconcierto y descomposición a que por consecuencia de ella vino el imperio musulmán, no solo para haberse recobrado de sus anteriores pérdidas, sino para haber reducido a la impotencia a los sarracenos, si los nuestros hubieran continuado unidos, y en lugar de aprovecharse de las disensiones de los infieles no se hubieran ellos consumido también en intestinas discordias y rivalidades. Achaque antiguo de los españoles era esta falta de unión y de concierto, y causa perenne de sus desdichas y de la prolongada dominación de los pueblos invasores.

El rey Alfonso V. de León, niño de ocho años, continuaba bajo la tutela de su madre doña Elvira y de los condes de Galicia Menendo González y su esposa, que educaban al rey y gobernaban el reino con recomendable prudencia. El hijo de Almanzor, Abdelmelik Almudhaffar, que había ido a Córdoba con las destrozadas huestes del ejército sarraceno, fue nombrado por la sultana Sobheya (que sobrevivió un corto tiempo a Almanzor) hagib o primer ministro del califa Hixem, el cual proseguía en su dorado alcázar, entregado a sus juegos infantiles, contento con llevar el nombre de califa y sin tomar parte alguna en los negocios del imperio. Heredero Abdelmelik de la autoridad y de algunas de las grandes cualidades de su padre, pero no de su fortuna, quiso proseguir también su sistema de guerra con los cristianos, y asegurado por la parte de África en cuyo emirato confirmó a Moez ben Zeiri, comenzó sus incursiones periódicas por el lado de Cataluña, y alcanzó una victoria cerca de Lérida (1003). En el otoño de aquel mismo año, después de un corto descanso en Córdoba, pasó con grande ejército a tierras de León, y al decir de los historiadores árabes, venció en un

encuentro a los leoneses, se apoderó otra vez de la capital, y destruyó lo que había quedado en pie en la ocupación de su padre: relación que está en manifiesta discordancia con la que de esta expedición nos cuenta el arzobispo don Rodrigo, el cual dice expresamente que Abdelmelik en esta tentativa fue puesto en vergonzosa fuga por los cristianos[683].

Continuó el hijo de Almanzor sus incursiones periódicas, ni notables por su brillo ni fecundas en resultados, hasta el 1005 en que otorgó a los cristianos una tregua, que equivalió para ellos a una paz. Debieron mover a los leoneses a solicitar esta transacción algunas desavenencias ocurridas con el conde de Castilla, y apoyó y esforzó su instancia el walí de Toledo Abdallah ben Abdelaziz, uno de los más antiguos y fieles caudillos de Almanzor. Motivaba este interés del walí toledano en favor del monarca leonés lo siguiente. Entre las cautivas cristianas que Abdallah tenía en su poder se hallaba una hermosa doncella, hacia la cual concibió el walí una pasión vehemente. Supo que aquella linda joven era hermana del rey de León y pidiósela en matrimonio. Accedió Alfonso a darle su hermana como medio y condición de alcanzar la paz de Abdelmelik. Celebráronse las paces, y también las bodas muy contra la voluntad de Teresa, que así se llamaba la princesa cristiana. Cuenta la crónica que la noche de las bodas le dijo a su mal tolerado esposo: «Guárdate de tocarme, porque eres un príncipe pagano: y si lo hicieres, el ángel del Señor te herirá de muerte.» Ríose de ello el musulmán, y desatendió su intimación. Mas no tardó en arrepentirse de ello, porque a poco tiempo se cumplió el fatal vaticinio, y como el walli sintiese acabársele la vida, llamó a sus consejeros y sirvientes, mandó que devolviesen a su hermano la joven desposada, tan bella cautiva como infausta esposa, y que fuese conducida a León, acompañando el mensaje con ricos dones de oro y plata, joyas y vestidos preciosos. Abdallah falleció al poco tiempo: Teresa profesó de religiosa en un convento, y en este estado murió en Oviedo en el año 1039.[684]

Muerto Abdallah, y espirado que hubo también el plazo de la tregua, invadió de nuevo Abdelmelik las tierras de Castilla (1007), desmanteló a Ávila, Gormaz, Osma y otras fortalezas que los cristianos habían ido reparando: avanzó por Salamanca a Galicia y Lusitania, y regresó a Córdoba, donde solo se detuvo a preparar la campaña de la primavera siguiente. Emprendió esta hacia el interior de Galicia (1008), «al frente, dicen las crónicas árabes, de cuatro mil jinetes escogidos, armados de corazas resplandecientes como estrellas, cubiertos sus caballos con caparazones de seda de dobles forros: seguía la caballería andaluza y africana, gente aguerrida que se había distinguido en las más peligrosas ocasiones.... Acometieron a los cristianos, y aunque eran los héroes de su tiempo, que todos habían entrado en muchas batallas y eran gente avezada a los horrores de las peleas, los atrepellaron y rompieron sus almafallas, y se volvieron sobre ellos como dragones, y se pusieron en desordenada fuga, dejando el campo regado de sangre. Siguió Abdelmelik el alcance con su caballería, y reparados los cristianos en unos recuestos y pasos difíciles, se renovó la cruel batalla. Los infieles (continúa su crónica) pelearon como rabiosos tigres, y allí los muslimes padecieron mucho. A favor de la oscuridad que sobrevino se retiraron los cristianos a sus ásperos montes, y los musulmanes viendo la horrible pérdida que habían sufrido se volvieron a las fronteras, y de allí por Toledo a Córdoba.» Esta fue la última campaña de Abdelmelik. A poco tiempo le acometió una grave enfermedad, de que sucumbió en Córdoba en el mes de Safar de 399 (octubre de1008) con gran sentimiento de los buenos muslimes, y no sin sospechas de que hubiese sido envenenado.

Había muerto ya la sultana madre; su hijo el califa Hixem continuaba vegetando en su alcázar entre juegos y placeres, y restaba otro hijo de Almanzor, llamado Abderrahman, tan parecido a su padre en el cuerpo y la fisonomía, como desemejante en las cualidades del corazón y del entendimiento. Sin aptitud para los negocios graves ni disposición para gobernar, dado al vino y a

683 «Venció, dicen los escritores árabes de Conde, a los cristianos cerca de León, y se apoderó de la ciudad, y arrasó sus muros hasta el suelo, que ya antes su padre los había destruido hasta la mitad.» Cap. 103.—«Habiendo congregado, dice el arzobispo don Rodrigo, un grande ejército sobre León, fue vergonzosamente ahuyentado, y se retiró ignominiosamente... a cristianis turpiter effugatus, turpiter estreversus.» Hist. Arab. c. 32.—Estas contradicciones son frecuentes, y no es ya fácil apurar de parte de quién está la verdad.

684 Pelag. Ovet. Chron. n. 3.

las mujeres, acostumbrado a pasar su vida entre juegos y festines, y aficionado a los ejercicios de caballería en que lucía su bella figura, fue no obstante nombrado hagib del califa como su padre y su hermano, por los eslavos y eunucos del palacio, conocidos con el nombre de Alaineríes, que eran los que disponían de la voluntad del imbécil Hixem y de las primeras dignidades del imperio. Tan lleno de ambición como escaso de mérito el nuevo ministro, no se contentó con tomar el pomposo título de Al Nasir Ledin Allah como Abderrahman III. el Grande, lo cual revelaba bastante su presunción desmedida, sino que so pretexto de la falta de sucesión de Hixem, aunque todavía se hallaba en edad de poder tenerla, pretendió y obtuvo del mentecato califa que le declarara walí al hadí o sucesor del imperio. Paso tan arrojado y pretencioso, a que no se había atrevido ni aún el mismo Almanzor, y que no dejó de traspirar aunque dado en secreto, no podía menos de indignar a los ilustres miembros de la familia Ommiada, que se consideraban, y con razón, con más derechos y más títulos a la herencia del califato en el supuesto de morir Hixem II. sin sucesión, y que si habían soportado el yugo de Almanzor, había sido solo por las relevantes prendas e indisputable mérito del ministro regente.

Distinguíase entre ellos el joven Mohammed, biznieto de Abderrahman III., hombre de resolución y de brío, el cual, dispuesto a atajar las orgullosas pretensiones de Abderrahman, pasó a las fronteras, habló, excitó y logró reunir en torno suyo a los muchos adictos a la familia de los Meruanes, y congregada una respetable hueste marchó a su cabeza derechamente sobre Córdoba. Informado de esta marcha Abderrahman, salió con la caballería africana y la guardia del califa a hacer frente a su competidor; pero este, hurtándole la vuelta por medio de una hábil maniobra, penetró atrevidamente en la capital, apoderóse del resto de la guardia y de la persona del califa, y cuando el hijo de Almanzor revolvió sobre Córdoba, ardiendo en ira y en despecho, y confiado en el favor popular con que contaba por respetos a la memoria de su padre, halló la plaza de palacio ocupada por las tropas de Mohammed: empeñóse allí un rudo y sangriento combate: el populacho en que confiaba Abderrahman, no solo se hizo sordo a sus órdenes, sino que se puso de parte de Mohammed; faltóle hasta la guardia africana, y cuando desesperado intentó retirarse, cayó acribillado de heridas en poder de los enemigos: poco tiempo tardó en verse clavada en un palo la cabeza del usurpador cortada de orden de Mohammed (1009). Así acabó el segundo hijo del grande Almanzor: sus bienes fueron confiscados, y el pueblo, versatil en sus afecciones, desahogó su furor destruyendo el magnífico palacio de Azahara que Almanzor había construido para sí[685].

Comenzó el nuevo ministro por alejar del lado del califa todas las hechuras de sus antecesores y por rodearle de personas de su partido y confianza. Pero aguijóle pronto la impaciencia de reinar: al efecto hizo difundir primeramente la voz de que el califa había sido atacado de una enfermedad grave: el poco interés que el pueblo mostró por la salud de un soberano a quien no conocía y que nada significaba, inspiró a Mohammed el pensamiento de atentar a su vida, pero el eslavo Wahda a quien confió su designio, antiguo camarero de Hixem, y a quien por lo tanto conservaba un resto de cariño, pudo disuadirle de la idea de derramar sin necesidad una sangre inocente, y le sugirió la de encerrarle en una estrecha prisión y publicar su muerte, lo cual era igual para sus fines.

Accedió a ello Mohammed, y el califa fue sigilosamente encerrado. Para dar más aire de verdad a la proyectada farsa, se discurrió y ejecutó lo siguiente. Había en Córdoba un cristiano por su desgracia y fatalidad muy parecido en edad, en estatura y en fisonomía al hijo de Alhakem y de Sobheya. Este infeliz fue de noche sorprendido y ahogado; y habiendo colocado su cadáver en el lecho mismo de Hixem, publicóse que el califa había sucumbido de su enfermedad. Creyólo el pueblo: hiciéronse solemnes y pomposas exequias al supuesto calijja, y congregados los walíes y vazzires, fue declarado sucesor del califato el hagib Mohammed, de la ilustre dinastía de los Beni-Omeyas[686], el cual tomó el título de Mahady Billah (el pacificador por la gracia de Dios).

No justificaron en verdad los sucesos la adopción de tan bello título. Habiendo determinado expulsar de Córdoba la guardia africana, aborrecida del pueblo y de ninguna confianza para él,

685 Conde, cap. 104.—Almakari, en Murphy, cap. 3.—Roder. Tolet. Hist. Arab. c. 31.

686 Roder. Tolet. Hist. Arab. 1. c.—Conde, ubi supra.

insurreccionóse ésta a la voz de sus jefes; los formidables zenetas y los rudos berberiscos atacaron bruscamente el real alcázar, y costó una lucha mortífera de dos días el arrojarlos de la ciudad: la cabeza de su primer caudillo que cayó en la retirada herido y prisionero, fue arrojada por encima del muro al campo africano. Un primo suyo, nombrado Suleiman ben Alhakem, a quien aclamaron por jefe, juró vengar tamaña afrenta, y partiendo para las fronteras de Castilla, invocó la ayuda y protección del conde Sancho García, ofreciéndole la posesión de varias fortalezas si le prestaba su auxilio contra el usurpador Mohammed. Acogió el conde castellano la proposición, y un ejército cristiano unido a los berberiscos de Suleiman, se encaminó hacia Córdoba. Salióle al encuentro Mohammed con sus andaluces, y hallándose ambas huestes en Gebal Quintos, trabóse una tremenda batalla (conocida en la historia árabe por la batalla de Kantisch), en que las lanzas castellanas de Sancho se cebaron horriblemente en la sangre de los andaluces de Mohammed: veinte mil árabes quedaron en el campo (7 de noviembre de 1009), y Mohammed, el Pacificador por la gracia de Dios, tuvo que refugiarse en Toledo al abrigo de su hijo Obeidallah, walí de aquella ciudad. Suleiman, victorioso, merced a los robustos brazos castellanos, no se atrevió a entrar en Córdoba receloso del mal espíritu del pueblo contra las razas africanas. Un mes tardó en resolverse a entrar. Entonces se hizo proclamar califa con el sobrenombre de Almostain Billah (el protegido de Dios).

Con justa desconfianza estaba Suleiman en Córdoba. Sus africanos eran aborrecidos de las razas árabes que predominaban en el Mediodía de España. Estallaban continuas conjuraciones que tenía que ahogar con sangre, y en una ocasión se vio precisado a cortar la cabeza a un pariente suyo que intentaba suplantarle en el mando, y a cincuenta cómplices más. Sin embargo de ser africano, no carecía Suleiman de elevados sentimientos. Habiéndole descubierto el eslavo Wahda que el califa Hixem vivía y atrevídose a proponerle que le repusiera en el poder; *«Wahda*, le respondió sin enojarse, *yo lo desearía mucho, pero no es ocasión de entregarnos a manos tan débiles; su tiempo le vendrá.»* Y como le hubiese asonsejado alguno que permitiese a sus soldados hacer una matanza de los cristianos que le habían favorecido, a fin de que nunca pudiesen ayudar a otro: *«Jamás,* contestó Suleiman con energía, *jamás consentiré semejante maldad; han venido bajo mi fe, y cumpliré mis juramentos.»* Pero temiendo algún desmán por parte de los suyos, dio licencia a los cristianos, y los invitó a que regresaran a sus tierras colmándolos de riquezas y preciosos dones[687], lo cual ejecutaron ellos de muy buen grado.

Pero Suleiman había enseñado a su competidor Mohammed a quién había de recurrir para ganar victorias; y a la manera que aquel había acudido al conde Sancho de Castilla, éste desde Toledo solicitó el auxilio de los condes de Afranc, Bermond y Armengudi (Ramón Borrell, conde de Barcelona, y su hermano Armengol, que lo era de Urgel), los cuales mediante tratos y convenios le asistieron con una hueste de nueve mil cristianos. que Mohammed incorporó a treinta mil musulmanes de las provincias de Valencia, Murcia y Toledo. A la cabeza delos catalanes venían los dos valerosos condes Ramón y Armengol, y en las primeras filas ondeaban las banderas de los obispos de Barcelona, Gerona y Vich, que personalmente quisieron compartir con sus compatricios los peligros de aquella guerra. Por primera vez los estandartes de Cataluña reflejaron en las aguas del Guadalquivir. Los ejércitos de los dos rivales mahometanos, Suleiman y Mohammed se hallaron frente a frente en los campos llamados de Akbatalbacar (la colina de los Bueyes). Lanzáronse impetuosamente los berberiscos sobre las huestes aún no bien ordenadas de el Mahady, y hubieran sucumbido si las lanzas catalanas no hubieran inclinado la victoria en favor de Mohammed, y regado los campos con sangre africana. El triunfo fue tan señalado, que el año 400 de los árabes (el 1010 de los cristianos), en cuyo estío se dio este famoso combate, quedó señalado en la historia arábiga con el nombre de el año de los Francos, que así llamaban ellos a los catalanes. Pero tan insigne triunfo fue comprado con noble y preciosa sangre cristiana. Allí pereció el brioso conde Armengol de Urgel; allí sucumbieron los tres venerables prelados, a quienes tal vez un excesivo

687 Roder. Hist. Arab. c. 32 et 33.—Conde, cap. 105.

celo religioso hizo preferir al ejercicio pacífico de su ministerio la vida inquieta y peligrosa de la campaña[688].

Quedáronle abiertas las puertas de Córdoba a Mobammed; y Suleiman, que debió echar muy de menos el socorro de los castellanos, retiróse hacia Algeciras con intento de reclamar auxilios de África, después de haber saqueado sus soldados el espléndido palacio de Zahara, llevádose las joyas y suntuosas colgaduras, las lámparas de oro y plata del alcázar y de la mezquita, y destruido con bárbara y salvaje mano una gran parte de los libros de su magnífica biblioteca; que así comenzó la deliciosa mansión del magnífico Abderrahman a ser destruida por los vándalos africanos. Salió Mohammed de Córdoba en persecución de los fugitivos y dioles alcance en los campos del Guadiaro. Pero alumbróle en este encuentro infausta estrella: arremetieron su hueste los berberiscos con impetuosa furia, y hubo de retirarse a Córdoba en desorden. Dedicóse a fortificar la ciudad, pero bullían ya, así en la capital como en toda la España muslímica, las parcialidades y los bandos. El eslavo Wahda que tenía guardado al califa servíase del secreto de su depósito como de un talismán para conservar su influencia y dársela a los eslavos sus compatricios, que de este modo dominaban a Mohammed. Hubiera este querido conservar los auxiliares catalanes, pero siniestros rumores que corrieron acerca de atentados que contra ellos se proyectaban, movieron al conde Ramón Borrell a volverse a Barcelona A pesar de las protestas del califa. Invocó Mohammed el apoyo de los walíes de Mérida y de Zaragoza y de los alcaides de la frontera, y escusáronse todos bajo diferentes pretextos; y era que cada cual no pensaba ya sino en apropiarse algún despojo de un imperio que veían desmoronarse. Inquietábanle los africanos con incesantes algaras; a las calamidades de la guerra civil se agregaron las de una epidemia: faltaban en Córdoba las provisiones; todo el que podía abandonaba la ciudad y sus mismas tropas se le desertaban para ir a incorporarse a los africanos. La situación de Mohammed era desesperada y no sabía qué partido tomar.

Tomóle por él el astuto Wahda. De improviso y de su propia cuenta sacó de la prisión al desventurado califa Hixem a quien todos creían muerto, y le presentó al pueblo en la maksura o tribuna de la grande aljama. Entusiasmado el pueblo con tan inesperada novedad, se agolpó a la mezquita, y saludó con aclamaciones de júbilo al resucitado califa (junio de 1012), no viendo ya en él al príncipe imbécil sino al legítimo soberano de una dinastía a quien amaba entrañablemente. Asustado Mohammed con los gritos de alegría que oía resonar por todas partes, ocultóse en una de las piezas más apartadas de su alcázar: descubrióle un eslavo y le presentó al califa, que con una energía desacostumbrada: *«Ahora probarás,* le dijo, *el fruto amargo de tu desmesurada ambición.»* Y en el acto le hizo cortar la cabeza, que un vazzir paseó a caballo en la punta de su lanza por toda la ciudad: su cuerpo fue desgarrado y hecho piezas en la plaza pública, y la cabeza enviada al campo de Suleiman como para que sirviese de lección y de escarmiento al caudillo africano. Mas el uso que de ella hizo Suleiman fue embalsamarla y hacerla conducir con diez mil mitcales de oro al walí de Toledo Obeidallah, el hijo de Mohammed, que se preparaba a vengar a su padre, con el mensaje siguiente: *«Ahí va la cabeza de tu padre Mohammed: así recompensa el emir Hixem a los que le sirven y le restituyen el imperio: guárdate de caer en manos de este ingrato y cruel tirano: si buscas seguridad y venganza, Suleiman será tu compañero.»*

La carta y el presente surtieron el efecto que se apetecía. Obeidallah, antes rival y enemigo de Suleiman, se unió a él para combatir juntos al verdugo de su padre, y con este fin había salido ya de Toledo. Súpolo el eslavo Wahda y partió de Córdoba con un cuerpo escogido de caballería en dirección de aquella ciudad. Conocedor de la importancia y del valor del auxilio de los cristianos, le solicitó del conde Sancho de Castilla haciéndole ventajosas proposiciones. Pero habíasele anticipado ya Suleiman, y Sancho le contestó: *«Seis fortalezas me ofrece ya Suleiman; si Wanda me promete por lo menos otras tantas, preferiré emplear mis armas en favor del califa Hixem.»*

688 Roder. Tolet. Ibid .—Conde cap. 106.—Según algunos, el conde Armengol no murió en esta batalla, sino en la de Guadiaro, y según otros después de haber salido de Córdoba a consecuencia acaso de las heridas recibidas en ella. Conde se contradice en dos páginas no muy distantes. De todos modos es cierto que murió en esta expedición.

Duélenos ver a un soberano de Castilla adjudicar su poderosa espada y disponer de los brazos castellanos en favor del mejor postor de entre los competidores musulmanes, pero así era por desgracia.[689] Wahda hizo su puja, y Sancho se decidió por él, y con ayuda de los cristianos se apoderó fácilmente de Toledo. Volvió el joven Obeidallab contra el enemigo, pero batido en Maqueda por musulmanes y cristianos, desbaratada su hueste y hecho prisionero él y sus principales oficiales fue enviado a Córdoba, donde el califa Hixem, convertido después de su resurrección de imbécil y mentecato en déspota terrible, como si realmente hubiera renacido con otra naturaleza, hízole dar una muerte tan cruel como la de su padre, y su cuerpo decapitado y mutilado fue arrojado al río (1013). Dejó Wahda el gobierno de Toledo al poderoso y noble jeque Abu Ismail Dilnúm, y después de haber entregado a los cristianos algunas de las fortalezas contratadas y despedídolos con grandes dádivas y promesas[690], tomó la vuelta de Córdoba. Premióle largamente el califa Hixem, y dio a sus eslavos y alameríes a título de perpetuidad las alcaidías y tenencias de Murcia, Cartagena, Alicante, Almería, Denia, Játiva y otras; costumbre y manera de premiar imprudentemente introducida por Almanzor, y principio y fundamento de los reinos independientes que no habían de tardar en nacer[691].

689 El arzobispo don Rodrigo, Hist. Arab. c. 37.

690 De las siete fortalezas prometidas sólo se mencionan como entregadas cuatro, San Esteban, Coruña del Conde, Osma y Gormaz, «y algunas otras casas en Extremadura.» Chron. Burgens. Annal. Complut. y Compostel.

691 La relación de los sucesos de estas guerras, que hemos tomado de los autores árabes de Conde y de los historiadores latinos españoles, difiere en muchos incidentes de la que hace el señor Dozy con arreglo a otras historias arábigas que él ha consultado (Recherches sur l'Histoire, etc. T. I. desde la pág. 238 hasta la 268).

El autor de esta obra, titulada: Recherches sur l'Histoire politique et litteraire de l'Espagne pendant le moyen age, comenzada a publicar en Leyden en 1849, se muestra en ella profundamente versado en la historia de la dominación de los árabes en España y gran conocedor de los autores arábigos, cuyas palabras textuales cita, copia y coteja con frecuencia en sus propios caracteres, al mismo tiempo que manifiesta no serle extraño lo que en otras lenguas se ha escrito antigua y modernamente así en España como en otros países, por lo menos en lo relativo al oscuro periodo que se propone examinar. Escudriñador e investigador minucioso, pero critico severo, duro, inexorable, confesamos que no han podido menos de introducir en nuestro ánimo zozobra, confusión y desconfianza las atrevidas proposiciones que con aire de infalible magisterio sienta en el brevísimo prólogo en forma de epistola de su obra y en el discurso de toda ella. El señor Dozy con un rigor desapiadado parece haberse propuesto dar al traste con todas las ilusiones de los que creíamos que después de las publicaciones de Casiri, de Conde, de Gayangos y de otros orientalistas nacionales y extranjeros, podíamos ya saber algo de la historia de los árabes españoles. El señor Dozy tiene la crueldad de decirnos que no sabemos nada, porque estos escritores no lo sabían ellos mismos. Copiaremos algunas palabras de su prólogo.

De Casiri dice, que «sus extractos dejan mucho que desear en punto a exactitud; que no estaba suficientemente familiarizado con la materia que intentaba esclarecer, y que por otra parte no se distingue por un juicio sólido y claro.»—Es, sin embargo, a quien trata con más compasión y con menos dureza.—«Conde (dice) trabajó sobre documentos árabes sin conocer mucho más de esta lengua que los caracteres en que se escribe; pero supliendo con una imaginación en extremo fecunda la falta de los conocimientos más elementales, con una impudencia sin ejemplo ha forjado fechas a centenares, inventado millares de hechos, haciendo siempre alarde de quien pretende traducir fielmente textos árabes... Los historiadores modernos, sin sospechar que eran unos simples engañados por un falsario, han copiado muy cándidamente todas estas mentiras: algunos han dejado atrás a su mismo maestro combinando sus invenciones con los autores latinos y españoles a quienes de esta manera calumniaban...» «En resumen (dice más adelante), si contamos sólo el libro de Conde, considerado siempre como el más importante y el más completo sobre la historia de la España árabe, el público de hoy, y hablo aquí de los literatos no orientalistas, no tiene más medios para instruirse en esta historia que los que tenía el público para quien escribió Morales en el siglo XVI. Es peor todavía: los que han leído y estudiado a Conde, se hallan en la necesidad de hacer todo lo posible para salir de este abominable camino en que se los ha extraviado, de olvidar todo lo que habían aprendido... Porque se deberá considerar de hoy más el libro de Conde como si no existiera (comme non avenu)... etc.»

Con muy poca más piedad trata al señor Gayangos, de quien dice desde luego que «su libro no ha reemplazado al de Conde.» Y nos sería fácil citar muchísimas páginas en que hace una crítica acre y amarga de su traducción de Almakari. ya suponiendo que no ha entendido bien el original, ya notando omisiones esenciales o adiciones que dice haber hecho el traductor de su cuenta, ya haciendo indicaciones no muy embozadas que parece tienden a demostrar que de parte de este ilustrado traductor ha habido algo más que descuido o mala inteligencia. No se podrá en verdad argüir al señor Dozxi de indulgente en sus juicios.

De todo ello deduce, que «la historia de España en su edad media hay que rehacerla.» «Yo creo, añade, que se hará bien en abandonar la senda hasta ahora seguida. En lugar de hacer historia será mejor estudiar y publicar desde

La situación de Córdoba y de toda Andalucía estaba bien lejos de ser lisonjera. Quejábanse amargamente los nobles de la preferencia que Hixem y su ministro daban a los eslavos y alameríes. Criticábanlos ágriamente por el suplicio de Obeidallah, que al fin había sido hecho prisionero peleando contra cristianos. Ardía la capital en discordias y partidos, y Suleiman que con sus correrías no dejaba un momento de reposo al país y estaba informado del descontento de la población, traspuso a Sierra Morena, visitó y escribió a los walíes de Calatrava, Guadalajara, Medinaceli y Zaragoza, ofreciéndoles la posesión hereditaria de sus gobiernos y reconocerlos como soberanos feudatarios sin otra carga que un ligero tributo, si le ayudaban a libertar a Córdoba del tirano protector de los eslavos. Aceptaron ellos la proposición y le asistieron con su personas y sus banderas. Aproximóse con este refuerzo Suleiman a Córdoba, desolada simultáneamente por la peste, la miseria y los partidos. Huian otra vez las gentes de la ciudad, acosadas por la penuria. Desde Medina Zahara, donde Suleiman sentó sus reales, mantenía inteligencias con algunos nobles cordobeses por medio de los tránsfugas que iban a su campo. En tal conflicto el ministro Wahda creyó oportuno escribir a los walíes edrisitas de Ceuta y Tánger pidiéndoles ayuda y haciéndoles grandes ofrecimientos, más luego mudó de parecer y guardó las cartas. No faltó quien le denunciara al califa como uno de los que se correspondían secretamente con Suleiman. Fuese verdad o calumnia, viose el ministro Wahda preso por aquel mismo califa a quien él mismo había tenido tanto tiempo aprisionado; hízosele capítulo de acusación de aquellas cartas que se hallaron en su poder, escritas, según muchos piensan, con acuerdo del califa y que nada revelaban menos que la inteligencia que se le suponía con Suleiman, y a pesar de todo, aquel Hixem que al cabo le era deudor de la vida y del trono, sin consideración de ningún género condenó a muerte a su antiguo servidor; que parecía haberse propuesto aquel malhadado califa desquitarse en pocos días a fuerza de crueldad inflexible de la torpe flaqueza de tantos años. Fue el desgraciado Wahda reemplazado por el walí de Almería Hairan, eslavo también, hombre distinguido por su valor y generosidad, por su benignidad y prudencia, y «el más a propósito para salvar a Hixem si su fortuna no hubiese llegado ya al último plazo.[692]

luego los textos.»

Véase si decíamos con razón que el señor Dozy con sus palabras y su obra había introducido en nuestro ánimo confusión y desconfianza, por lo mismo que su erudición y los inmensos recursos literarios de que parece dispone no pueden menos de dar valor y peso a sus juicios. Dejamos, no obstante, a los orientalistas españoles y extranjeros (y en ellos comprendemos a todos los que hasta ahora han escrito de la historia de la España árabe) el cuidado de contestar a los gravísimos cargos que contra ellos envuelven sus dogmáticas y absolutas aserciones, y de demostrar (como esperamos y nos alegraremos de que lo hagan) que ni ellos han sido o tan ignorantes o tan falsarios, ni los que nos hemos valido de sus obras hemos sido tan cándidos y tan simples, ni acaso el señor Dozv sea tan infalible como él en sus arrogantes asertos supone.

Nosotros mismos, que no nos preciamos de orientalistas, lo haremos ver fácilmente. Pongamos un solo ejemplo. En la relación misma de los hechos, en que tanto corrige a nuestros autores y que le hacen exclamar: «¡Así la pobre España no tendrá jamás una Historia! (pág. 256)» cuenta el crítico holandés que después de la batalla de Akbatalbacar, Suleiman que se había retirado hacia Zahara, «en una noche abandonó aquella mansión con sus berberiscos, y se retiró sobre Xátiva (pág. 245).» ¿Sabe bien el señor Dozy dónde está Xátiva? Pues está a nueve leguas de Valencia, y a más de setenta u ochenta de Córdoba y de donde estuvo Zahara, regular distancia para retirarse en una noche. Por lo menos los españoles no tenemos noticia de otra Xátiva que la Saetabis de los romanos, la Xátiva de los árabes, San Felipe de Játiva hoy. Añade Dozy que Mohammed entró en Córdoba acompañado de los catalanes; que los berberiscos dejaron a Xátiva y avanzaron hasta Algeciras; que salió Mobammed de Córdoba en su busca, y se encontraron los dos ejércitos cerca del Guadiaro en las cercanías de Algeciras, donde se dio la segunda batalla: todo en el espacio de cinco días que mediaron de uno a otro combato (del 45 al 24 de junio), en cuyo tiempo, si Suleiman y sus berberiscos anduvieron de Zahara a Xátiva y de Xátiva a Algeciras, tuvieron que andar cosa de ciento sesenta leguas por lo menos. El señor Dozy enmienda (en la nota primera de dicha página) al arzobispo don Rodrigo que en lugar de Xativa nombra Citana, y a Conde que la nombra Citawa. No conocemos hoy esta ciudad, pero tenemos esto por menos malo que hacer a Suleiman y a sus africanos ir donde ni podían ni debían ir, y andar lo que ni podían ni debían andar. Y no debe ser otra Xátiva que la que nosotros conocemos, puesto que el mismo Dozy, hablando del principado de Almeria, nos dice, que «comprendía al N. E. las ciudades de Murcia, Orihuela y Xátiva (pág. 65).» De todos modos agradeceríamos al sabio orientalista holandés que con su infalibilidad nos disipara esta dificultad histórico-geográfica que nos ha ocurrido.

692 Conde, cap. 108.—Roder. Tolet c. 38.

Apretaba ya Suleiman el cerco de Córdoba, y Hairan se propuso cumplir con los deberes de hombre pundonoroso y de fiel hagib. Pero de poco le sirvieron ni sus nobles propósitos ni sus heroicos esfuerzos, que no es posible, dice oportunamente el escritor arábigo, defender una ciudad que no quiere ser guardada, y en vano es sacrificarse por un pueblo que desea ser conquistado. Mientras él a la cabeza de sus eslavos rechazaba vigorosamente los enemigos que atacaban una puerta, el populacho arrollaba la guardia de la ciudad que defendía otra, y la franqueaba a los africanos. Merced a la cooperación de los de dentro, penetró Suleiman en la plaza: el combate fue horrible; inundáronse las calles de noble sangre árabe, porque los andaluces de pura raza árabe defendieron el alcázar del califa hasta no quedar uno con aliento, y entre cadáveres nobles cayó herido el generoso Hairan que los había alentado a todos y fue tenido y contado por muerto. Apoderáronse al fin los africanos del alcázar y de todos los fuertes; por espacio de tres días fue entregada la ciudad a un horroroso saqueo: muchos nobles jeques y cadíes, muchos sabios y hombres de letras fueron pasados al filo de los rudos alfanjes africanos (1013). El valeroso Hairan era el que, tenido por muerto, respiraba todavía: a favor de la oscuridad de la noche y de la confusión del saqueo, había podido refugiarse en casa de un pobre y honrado vecino, donde sin ser conocido se hizo la primera cura de sus heridas. Vivía Hairan, y le veremos todavía hacer un importante papel en la historia. Dueño Suleiman del alcázar y del califa, suplicáronle y le pidieron por la vida de este algunos de sus honrados servidores: «lo que hizo de él se ignora, dice la crónica árabe, pues nunca más pareció ni vivo ni muerto, ni dejó sucesión sino de calamidades y discordias civiles.» Así desapareció definitivamente el califa Hixem II., tan misteriosa y oscuramente como había vivido.[693]

Remuneró Suleiman a los walíes y caudillos sus auxiliares, reconociéndoles, conforme a lo ofrecido, la soberanía independiente de sus provincias, aunque con la condición de asistirle en las guerras, especie de feudo que ya casi ninguno se prestó a cumplir, y cuya medida apresuró más y más el fraccionamiento y subdivisión de pequeños principados en que vino pronto a caer el imperio. Al paso que protegía a sus africanos, perseguía y ahuyentaba a los alameríes y eslavos[694]. El eslavo Hairan, último ministro del califa, curado ya de sus heridas, logró escaparse de Córdoba y ganar a Almería, ciudad de su antiguo waliato. El walí puesto por Suleiman quiso impedirle la entrada, y aún se sostuvo en su alcázar por espacio de veinte días, al cabo de los cuales, indignado contra él el pueblo, le arrojó por una ventana al mar con sus hijos. De Almería pasó Hairan a África, donde consiguió persuadir a Ali ben Hamud, walí de Ceuta, y a su hermano Alkasim, que lo era de Algeciras, que le ayudasen a lanzar de Córdoba al usurpador Suleiman y a reponer al legítimo soberano Hixem, a quien suponía vivo y encarcelado por Suleiman. Sirviéronle mucho al efecto las cartas cogidas al desgraciado Wahda, en las cuales el califa Ommiada ofrecía a Alí nombrarle su sucesor y heredero. Alentáronse con esto los hermanos Ben Hamud, y desembarcó Alí en Málaga con sus huestes de Ceuta y Tánger. Uniéronsele los alameríes, y diósele el mando general del ejército. Apoderado de Málaga, marchaba el ejército aliado hacia Córdoba cuando salió Suleiman a su encuentro. Viose este obligado muy contra su voluntad a aceptar un combate general, en el cual llevó la peor parte y tuvo que tocar retirada. Cúpole peor suerte todavía en otro encuentro con los confederados cerca de Sevilla. Abandonáronle las mismas tropas andaluzas pasándose a los africanos: abandonábale ya del todo la fortuna: él y su hermano heridos perdieron sus caballos y cayeron prisioneros. Entraron al día siguiente los vencedores en Sevilla sin resistencia, y avanzando a Córdoba, tampoco hallaron oposición, que no quiso estorbarles la entrada el padre de Suleiman que gobernaba la ciudad, sabedor de la desgracia de sus dos hijos y temeroso de mayores males.

693 Conde, ibid.

694 Aún no hemos explicado lo que estos eran. Los árabes compraban a los judíos gran número de esclavos germanos o eslavos, de los cuales unos eran eunucos y se servían de ellos en los harems, otros constituían parte de la guardia de los califas, y solían distinguirse en las batallas: todos llevaban el nombre genérico de eslavos, y habían abrazado el islamismo: los príncipes los manumitían por servicios particulares, y muchos se habían hecho ricos propietarios, y llegaron a formar un partido poderoso opuesto al de los africanos berberiscos.

Valióle poco, en verdad, al anciano aquella conducta; porque el feroz Alí, haciendo que le fuesen presentados el padre y sus dos hijos Suleiman y Abderrahman, estos ya casi exánimes de resultas de sus heridas: *«¿Qué habéis hecho de Hixem,* les preguntó, *y dónde le tenéis?—Nada sabemos de él,* respondió el anciano.—*Vos le habéis muerto,* replicó Alí.—*No, por Dios,* contestó el viejo Alhakem, *ni le hemos muerto, ni sabemos si vive ni dónde está.»* Entonces sacando Alí su espada: *«Yo ofrezco,* dijo, *estas cabezas a la venganza de Hixem y cumplo su encargo.»* Alzó Suleiman los ojos y le dijo: *«Hiéreme a mí solo, Alí, que éstos no tienen culpa.»* Pero Alí, desatendiendo su ruego, los descabezó a todos tres con ferocidad horrible con propia mano. Diéronse luego a buscar a Hixem por todas las estancias y hasta por los subterráneos de palacio, y por todas las casas de la ciudad, y no habiéndole encontrado por ninguna parte, se anunció públicamente su muerte en la ciudad, muerte en que ya no quería creer el pueblo, dando esto ocasión al vulgo por espacio de algunos años para mil fábulas y consejas (1016).

Proclamado califa Alí ben Hamud el Edrisita, tomó los títulos de Motuakil Billah (el que confia en Dios), y de Nassir Ledin Allah (el defensor de la ley de Dios). Pero dábanle mucha inquietud los alameríes, y el mismo Hairan le inspiraba recelos, por lo que, temeroso de su influjo, le envió a su gobierno de Almería. Había escrito Alí a los walíes de las provincias reclamando su fidelidad y obediencia como a sucesor legítimo del califato designado por el mismo Hixem; pero los de Sevilla, Toledo, Mérida y Zaragoza ni aún siquiera se dignaron contestar a sus cartas. Formóse por el contrario una federación entre los walíes emancipados, al parecer y de público con el intento de colocar en el trono a algún príncipe Ommiada, de secreto tal vez con el principal designio de asegurar la independencia de sus gobiernos. Proclamóse, pues, a Abderrahman ben Mohammed, llamado Almortadi, de la ilustre estirpe de los BeniOmeyas, hombre virtuoso y rico, de ánimo esforzado y muy querido de todos, al cual se dio el nombre de Abderrahman IV. Casi todos los walíes de la España Oriental y muchos alcaides del Mediodía, do quiera que dominaban los alameríes, se agruparon con gusto en derredor de aquella bandera. Mas en su misma corte y dentro de su propio alcázar tenía Alí ben Hamud desafectos que espiaban ocasión de deshacerse de él. Un día, cuando él se preparaba a salir de Córdoba, como ya lo habían verificado sus tropas y acémilas, para combatir a Abderrahman que se sostenía en tierra de Jaén, quiso tomar antes un baño, del cual no salió, porque le ahogaron en él los mismos eslavos que le servían, tal vez ganados por los alameríes de la capital (1017). Divulgóse su muerte como un accidente y natural desgracia, y así lo creyeron sus guardas y familiares.

Nada aprovechó este acaecimiento a Abderrahman Almortadi, porque el partido africano, bastante fuerte todavía en Córdoba, proclamó al walí de Algeciras Alkasim, hermano del ahogado. Condújose Alkasim con una crueldad que hizo olvidar la de su antecesor, y con pretexto de descubrir y castigar a los perpetradores de la muerte de su hermano, a unos daba tormento, a otros hacía perecer en suplicios, y los alameríes y las familias más nobles de Córdoba se vieron oprimidas o proscriptas, y no había quien no temiera su venganza. Pero alzóse pronto contra él un terrible enemigo, su propio sobrino Yahia, hijo de su hermano Ali, que se hallaba en Ceuta, el cual pretendiendo que le pertenecía el trono de Córdoba, desembarcó en España al frente de sus salvajes tribus, y trayendo consigo una hueste auxiliar compuesta de los feroces negros del desierto de Sús, raza belicosa y bárbara que nunca había pisado el suelo español. Cuando Alkasim partió de Córdoba a su encuentro, ya su sobrino se había apoderado de Málaga: diéronse los dos competidores algunas batallas sangrientas, más temeroso Alkasim de que sus discordias redundasen en provecho de Abderrahman el Ommiada que se mantenía en las Alpujarras, propuso a Yahia un concierto, por el cual se convino en compartir entre sí el imperio. Tocóle a Yahia la ciudad de Córdoba, y encargóse Alkasim de proseguir la guerra contra Almortadi con la gente de Sevilla, Algeciras y Málaga que reservó para sí. Mas habiendo tenido este último la imprudente confianza de pasar a Ceuta con objeto de dar solemne sepultura a los restos mortales de su hermano, Yahia, con insigne mala fe, se hizo proclamar en su ausencia soberano único del imperio muslímico español. Favorecióle mucho la general odiosidad que había contra Alkasim, no solo para que aquel fatigado pueblo no se opusiese

a la usurpación, sino para que los jeques y vazzires se alegraran del cambio y le juraran gustosamente fidelidad y apoyo (1021).

Súpolo Alkasim en Málaga de regreso de su expedición funeral, y con toda su gente marchó resueltamente sobre Córdoba decidido a vengar la alevosía de su sobrino. Faltóle a Yahia el valor cuando más le había menester, y a pesar de contar con el arrojo de sus negros, y con más partido, o siquiera con menos antipatías en el pueblo que Alkasim, no se atrevió a esperarle, y abandonando la ciudad, no paró hasta Algeciras. Sin resistencia entró segunda vez Alkasim en Córdoba, si bien la soledad, el silencio, la tristeza que notó a su entrada le significaron bastante el disgusto con que era recibido, y que él aumentó con sus nuevas crueldades y sañudas ejecuciones. El aborrecimiento llegó a punto que no podía ya dejar de producir un conflicto. Una noche se tocó a rebato, y el pueblo, de antemano y secretamente armado, acometió furiosamente el alcázar, que a pesar de su impetuosa arremetida no pudo tomar, porque la guardia le defendió con bizarría. El populacho, sin embargo, no se separó de allí, y por espacio de cincuenta días tuvo estrechamente asediado al califa y sus guardias. Faltos ya de provisiones, determinaron hacer una salida vigorosa: muchos perecieron clavados en las lanzas populares: el mismo Alkasim hubiera sido despedazado sin la generosidad de algunos caballeros que le conocieron y escudaron, y le sacaron de la ciudad, y aún le dieron escolta hasta Jerez.

Cansada la población del yugo africano, hubiera recibido con los brazos abiertos al Ommiada Abderrahman Almortadi, si a tal sazón no hubiera llegado la noticia de su muerte. ¿Cómo fue la muerte de este esclarecido príncipe, y qué había sido de sus aliados, y cómo no prosperó más su partido a través de las disidencias entre los caudillos y califas africanos? He aquí como lo cuenta Ebn Khaldun en su capítulo sobre los príncipes de Granada. Veían Hairan y Almondhir (walí de Almería el uno y de Zaragoza el otro, principales fomentadores de la insurrección y del partido de Abderrahman) que Almortadi no era el califa que ellos se habían propuesto buscar. Cuidábanse ellos en el fondo muy poco de los derechos de los Omeyas, y si combatían por un príncipe de aquella familia, era con la esperanza de reinar ellos bajo un señor débil e impotente que hubieran impuesto como soberano legítimo a los berberiscos. Pero Almortadi, que era de natural altivo y fiero, no quiso acomodarse a semejante papel ni contentarse con una sombra de soberanía. Lejos de obrar según las miras y fines de Hairan y Almondhir, fue bastante imprudente para hacérselos enemigos. Un día les había prohibido entrar en su casa. *«A la verdad, se dijeron ellos entre sí, este hombre se conduce de bien distinta manera ahora que manda un numeroso ejército que antes. Indudablemente es un engañador de quien no se puede fiar.»* Para vengarse de Almortadi, que había favorecido a costa de ellos a los jefes de las tropas de Valencia y Játiva, escribieron a Zawi[695], excitándole a que atacase a Almortadi en su marcha a Córdoba, prometiéndole que abandonarían al califa cuando la lid estuviera empeñada. La batalla duró muchos días; eu uno de ellos las huestes de Almondhir y de Hairan, según su promesa, volvieron la espalda al enemigo, quedando Abderrahman solo con los verdaderos partidarios de su familia y con algunos cristianos auxiliares que llevaba. Fueron estos pronto puestos en fuga por los berberiseos, que hicieron horrible matanza en sus contrarios, y se apoderaron de sus riquezas y de las magníficas tiendas de sus príncipes y de sus generales.

«Esta derrota, dice Ebn Hayan, fue tan terrible, que hizo olvidar todas las demás: desde entonces jamás el partido andaluz pudo reunir ya un ejército, y él mismo confesó su decaimiento y su impotencia.» Expiaron, pues, Hairan y Almondhir con la ruina de su propio partido su infame traición contra Almortadi. Este desventurado príncipe logró no obstante poder escapar de los berberiscos, y ya había llegado a Guadix cuando unos espías enviados por Hairan le descubrieron y asesinaron. Su cabeza fue enviada a Almería, donde Almondhir y Hairan se hallaban entonces[696].

695 Zawi ben Zeiri era el walí de Granada, que, como berberisco se había mantenido fiel a Alkasim, y fue el que principalmente sostuvo la guerra con Abderrahman.

696 Dozy, Recherches etc. tomo 1. pág. 40. y sig.—Conde, cuyo relato difiere del de Ibn Khaldun,cuenta que «en lo más recio de la pelea, cuando la victoria se de claraba por los alameríes, una fatal saeta flechada por la mano del destino enemigo de los Omeyas, hirió tan gravemente al rey Abderrahman, que expiró en la misma hora que al rey Abderrahman le anunciaron que sus tropas y aliados seguían victoriosos a sus enemigos (cap. 113).» Dozy supone

Gran desconsuelo causó esta novedad a los alameríes de Córdoba y a todos los parciales de los Omeyas, que temían verse de nuevo envueltos en los horrores de la guerra civil de que un momento se lisonjearon haberse libertado. Pero conociendo que no debían perder el tiempo en lamentos estériles, apresuráronse a proclamar califa a Abderrahman ben Hixem, hermano de Mohammed el biznieto de Abderrahman III. Diéronle el título de Abderrahman V., y el sobrenombre de Almostadir Billah (el que confía en el amparo de Dios). Joven de veinte y tres años, bella y agradable figura, ingenio claro, erudito y elocuente, y de costumbres severas, parecía Abderrahman V. el más a propósito para reparar los males del imperio, si los males del imperio no hubieran sido ya irreparables. Todos ambicionaban ya el trono, y su mismo primo Mohammed ben Abderrahman fue el que más sintió verse postergado y juró destronarle o sucumbir en la demanda. Sobre no poder contar ya ningún califa con la sumisión de los walíes de las provincias, perdióle a Abderrahman su propia severidad y su celo por la reforma de los abusos. Quiso enfrenar la licencia de la guardia africana andaluza y eslava, y suprimir algunos privilegios odiosos que se habían arrogado, y como no faltara quien instigase a los descontentos, a quienes tales medidas ofendían, burlábanse de él diciendo que era más cortado para superior de un convento de monjes que para soberano de un imperio. Mohammed era el que principalmente fomentaba estas malas disposiciones. El resentimiento estalló en rebelión abierta, y una mañana antes de levantarse el califa, se vio asaltado por una muchedumbre tumultuosa, que comenzó por asesinar los eslavos que guardaban la puerta de su departamento. Despertó Abderrahman al ruido, y empuñando su alfanje, se defendió valerosamente un buen espacio hasta que sucumbió a los repetidos golpes de los asesinos, que con bárbara ferocidad hicieron su cuerpo pedazos, y se derramaron tumultuariamente por la ciudad proclamando a desaforados gritos a Mohammed en medio de la sorpresa y espanto de una población intimidada.

Dueño Mohammed del apetecido y ensangrentado trono, siguió el sistema opuesto al de su antecesor. Propúsose conquistar la afección de la guardia africana a quien debía su elevación, a fuerza de prodigalidades y larguezas. Otorgóle nuevos privilegios, daba a los soldados espléndidos banquetes, agasajábalos de mil maneras, y creyéndose con esto afianzado y seguro entregóse a una vida de placeres, entre músicas, versos, juegos y festines en el palacio y jardines de Zahara que hizo reparar. Los walíes y alcaides que le veían tan distraído y apartado de los negocios públicos y de gobierno obraban como señores independientes y disponían por sí de las rentas de las provincias, y como éstas dejaron de ingresar en el tesoro y los dispendios del califa consumían tan apresuradamente los escasos recursos que quedaban, agotáronse estos pronto, y sólo a fuerza de gabelas y vejaciones empleadas por los recaudadores públicos podían los pueblos de Andalucía subvenir a las liberalidades de su pródigo soberano. Pero era a costa de la miseria y de la opresión del pueblo, cuyas quejas y lamentos eran necesarios y naturales. Cuando todo se apuró, y llegó a faltar no solo para las acostumbradas larguezas sino hasta para las atenciones indispensables, murmurábanle ya simultáneamente la guardia y el pueblo, este por lo que había dado de más, aquella por lo que dejaba de percibir. Pueblo y guardia al fin se sublevaron; comenzó la multitud amotinada por pedir la destitucion de algunos vazzires y las cabezas de otros, y concluyó por reclamar a gritos la del califa y sus ministros. Merced a la lealtad de algunos jinetes de la guardia africana que pudieron librarle del furor popular, logró Mohammed salir de Zahara con su familia y refugiarse en la fortaleza de Uclés, cuyo alcaide le franqueó generosamente la entrada. Pero allí le alcanzó el odio de sus perseguidores, y en aquel hospitalario asilo murió a poco tiempo envenenado, después de un corto reinado de año y medio (1025). Córdoba suspiraba ya por un soberano capaz de poner término a la feroz anarquía que la desgarraba. Poseía entonces el emirato de Málaga y extendía su gobierno a Algeciras, Ceuta y Tánger aquel Yabia ben Ali el Edrisita, que ya había

---

este acaecimiento en 1018. Conde en 1023. Esta última fecha concierta mejor con los sucesos anteriores y posteriores, según hasta ahora los conocemos. Según Conde, no pudo Hairan tener parte en el asesinato del califa Ommiada, puesto que refiere haber sido decapitado por Alí en una invasión que éste hizo en Almeria. Dozy le hace morir después de muerte natural. ¡Notables discordancias!

obtenido algún tiempo el califato, y gozaba fama de gobernar con moderación y con justicia. A invitación de sus parciales pasó Yahia a Córdoba, donde fue recibido con demostraciones públicas de alegría. Su primer cuidado fue escribir a los walíes ordenándoles que pasaran a la capital a jurarle obediencia, pero éstos no estuvieron con él más deferentes que con sus antecesores: los unos o se excusaron o se hicieron sordos, los otros le desobedecieron abiertamente y aún se atrevieron a tratarle de intruso y usurpador. De este número fue el de Sevilla Mohammed ben Abed, llamado Abu al-Kasim, conocido ya por su rivalidad con Yahia. Quiso este castigar ejemplarmente su desobediencia, y salió a combatirle con la caballería de Córdoba, dando orden a los alcaides de Málaga, de Arcos, de Jerez y de Medina Sidonia para que se le incorporasen. Noticioso de ello el de Sevilla dispuso una emboscada y por medio de una hábil estratagema logró envolver el ejército del califa, que fue completamente desbaratado: el mismo Yahia recibió en la refriega una lanzada que le clavó a la silla de su caballo: su cabeza fue enviada a Sevilla en señal de triunfo, y las reliquias del destrozado ejército cordobés se retiraron en el más triste abatimiento (1026).

Así acabó Yahia ben Alí, último califa edrisita, que en dos veces que ocupó el trono no llegó a reinar año y medio. Mohammed ¡cosa extraña! se volvió a Sevilla sin aspirar al califato.

Hubieron de proceder a nueva elección los cordobeses, y a propuesta e influjo del vazzir Gehwar recayó el nombramiento de califa en Hixem ben Mohammed, otro biznieto del grande Abderrahman, y hermano de aquel desgraciado Abderrahman IV. Almortadi. Hallábase el elegido retirado en la fortaleza de Albonte (acaso Alpuente) en compañía de su alcaide, cuando le fue anunciada la nueva de su proclamación. Modesto, desinteresado y prudente Hixem, contestó a los enviados del diván que daba las gracias al pueblo de Córdoba por la honra que le hacía y el afecto que le mostraba, pero que no podía resolverse a echar sobre sus hombros el grave peso del gobierno ni a dejar la vida quieta y pacífica de su retiro. Pasáronse algunos meses antes que pudieran vencer su repugnancia al trono, y cuando hostigado por las instancias de los principales alameríes se resolvió a aceptarle, difirió cuanto pudo su entrada en Córdoba so pretexto de organizar un ejército en las fronteras, encomendando entretanto el gobierno de la capital al vazzir Gehwar a quien nombró su hagib. Habían los cristianos, a través de las discordias que también los consumían entre sí, aprovechádose algo, aunque mucho más hubieran podido hacerlo, de las que destrozaban a los musulmanes, y ensanchado considerablemente los límites de sus fronteras. Guerreó, pues, Hixem III. con ellos por espacio de tres años con fortuna varia, y principalmente por la parte de Calatrava y de Toledo. Fomentó mucho la institución de los zahbits, especie de monjes guerreros, y como la milicia sagrada de los musulmanes, que se consagraban voluntariamente al ejercicio de las armas y a defender constantemente las fronteras contra los almogávares cristianos; origen, a lo que muchos creen, de las órdenes militares cristianas.

Pero si algo ganaba el califa sosteniendo el honor de las armas muslímicas en las fronteras, perdía más por otra parte el imperio con su apartamiento de la capital, aflojándose, o más propiamente desatándose ya los escasos vínculos que le unían, ya tomando ocasión de su misma ausencia los sediciosos para fomentar en la capital hablillas y disturbios, ya declarándose los walíes en completa independencia y obrando como reyes absolutos. De todo le dio aviso su fiel hagib Gehwar, instándole a que con la mayor presteza y diligencia pasase a Córdoba. Hízólo así Hixem (1029), y su presencia, su afabilidad, su pru-. dente y generoso comportamiento no dejó de calmar los ánimos de los más revoltosos e inquietos, y de captarse las voluntades de la mayoría de la población, visitando las escuelas, colegios y hospicios, y socorriendo a los huérfanos, desvalidos y enfermos. Mas cuando quiso persuadir a los walíes con amistosas cartas y prudentes razones la necesidad de la unión y cooperación común para recuperar lo que las discordias habían hecho perder al imperio, no obtuvo ya sino o negativas o indiferencia, y no hubo manera de recabar de ellos las contribuciones y subsidios. Convencido de la ineficacia de los medios blandos y suaves, apeló a los fuertes y violentos, y encomendó a sus más fieles caudillos la reducción de los walíes desobedientes. ¡Inútiles y tardíos esfuerzos! Algunos de los disidentes eran momentáneamente sometidos, pero la unidad del imperio ya virtualmente disuelta acabó de disolverse en lo material.

El africano Zawi ben Zeiri se hacía proclamar rey de Granada y de Málaga: los de Denia y Almería, los de Zaragoza, Badajoz, Mérida y Toledo, declaráronse independientes de hecho y de derecho; a las mismas márgenes del Guadalquivir se le rebelaban los de Carmona, Sevilla y Medina Sidonia; y el mismo Abdelaziz a quien había dado el gobierno de Huelva se alzaba con el señorío de aquel país. Apenas le quedaba sino la capital, y ésta no tardó en enajenársele.

Supieron que el califa en última necesidad había hecho pactos y transacciones con los rebeldes, y aquella población, aquella raza degenerada, que, como el mismo Hixem decía, ni sabia ya mandar ni sabía obedecer, le criticó de débil y de cobarde, le culpó de la mala suerte de la guerra y de las calamidades del reino, y se produjo en términos y demostraciones amenazadoras contra el califa. Aconsejábale Gehwar que abandonara la ciudad: él, que no había merecido la desafección del pueblo, no creía tampoco en su ingratitud, hasta que llegó el caso de pedir la amotinada multitud a gritos por las calles la deposición del califa y su destierro. Avisóselo el mismo Gehwar, y entonces Hixem con resignación filosófica exclamó sin alterarse: «Gracias sean dadas a Dios que así lo quiere.» Y aquel príncipe que con repugnancia había aceptado un trono jamás ambicionado, salió sin pesar de Córdoba acompañado de su familia y de algunos principales caballeros y literatos que quisieron correr la misma suerte que su soberano. Retiróse éste primeramente a Hisn Aby-Sherif (1031), mas perseguido allí por los cordobeses buscó un asilo cerca de Lérida, donde acabó tranquilamente sus días en 1037. «En él, dice el historiador arábigo, feneció la dinastía de los Omeyas en España, que principió en Abderrahman ben Moawia año 138, y acabó en este Hixem al-Motadi año 422 (de 756 a 1031). Así pasó el estado y la fortuna de ellos, añade, como si no hubiese sido. Feliz quien bien obró, y loado sea siempre aquel cuyo imperio jamás acabará[697].»

697 Conde, cap. 117.

CAPÍTULO XX.
REINOS CRISTIANOS:
DESDE ALFONSO V. DE LEÓN HASTA FERNANDO I. DE CASTILLA
De 1002 a 1037.

Falta de unión entre los monarcas cristianos.—Conducta de Alfonso V.—Repuebla a León.—Sus desavenencias con Sancho de Castilla.—Célebre concilio de León de 4020.—Sus principales cánones o decretos.—Constituye el llamado Fuero de León.—Muerte de Alfonso V.—Fueros de Castilla otorgados por el conde don Sancho.—Fueros en el condado de Barcelona.—Borrell II. y Berenguer Ramón I.—Fuero de Nájera por el rey Sancho el Mayor de Navarra. García II. de Castilla y Bermudo III. de León.—Muere el conde García asesinado en León por la familia de los Velas.—Apodérase el rey de Navarra del condado de Castilla.—Horrible castigo de los Velas.—Conquista una parte del reino de León.—Discordias entre el leonés y el navarro.—Vienen a acomodamiento y se pacta reconocer a Fernando por rey de Castilla.—El navarro se apodera de Astorga y se erige en rey de León.—Muerte de Sancho el Grande de Navarra, y famosa distribución de reinos que hizo entre sus hijos.—Guerra entre Ramiro de Aragón y García de Navarra.—Guerra entre Bermudo III. de León y Fernando I. de Castilla.—Muere Bermudo.—Extínguese la línea masculina de los reyes de León.—Hácese reconocer por rey de León Fernando de Castilla.—Reunión de las coronas de León y Castilla en Fernando I.

Decíamos en el anterior capítulo que el resultado de la batalla de Calatañazor y la descomposición a que por consecuencia de ella vino el imperio musulmán, brindaba ocasión propicia a los cristianos no solo para recobrarse de sus pasadas pérdidas, sino para haber reducido a la impotencia a los sarracenos, si los nuestros hubieran continuado unidos y sabido convertir en provecho propio el desconcierto a que aquellos vinieron y las disensiones que los destrozaban. Añadiremos ahora, que si después de la muerte de Almanzor (1002) y durante los seis años del gobierno de su hijo Abdelmelik pudieron todavía los estandartes que triunfaron en la cuesta de las Aguilas detenerse ante un resto de pujanza que conservaba el imperio mahometano bajo la dirección de aquel belicoso caudillo, muerto este (1008), ni hallamos la razón ni podemos justificar la conducta de los príncipes cristianos en no haber proseguido de concierto la guerra contra los enemigos de la fe. Pronto olvidaron que una sola vez que se habían unido habían triunfado del gran capitán de los agarenos en el apogeo de su poder: y como si hubiera pasado para ellos todo peligro, volvieron al sistema fatal de aislamiento y renacieron antiguas rivalidades.

Seguían, es verdad, venciendo las armas cristianas en Gebal Quintos y en Akbatalbacar, allí mandadas por el conde Sancho de Castilla, aquí por los condes Ramón Borrell de Barcelona y Armengol de Urgel. Pero vencían, el uno.para dar el trono de Córdoba a Suleiman el Berberisco, el otro para entronizar a Mohammed el Ominiada. Eran solicitados como auxiliares, y aparecían como mercenarios pudiendo haber obrado como señores. Contentábanse con la cesión de algunas fortalezas y ciudades en pago de un servicio los que hubieran podido ganarlas por conquista, y las espadas que hubieran debido emplearse contra los enemigos de la fe eran arrojadas en la balanza muslímica para inclinarla con su peso alternativamente ya en favor de uno, ya en favor de otro de los aspirantes al trono musulmán. Algo los disculpa el haberse propuesto, como creemos, debilitar de aquella manera las fuerzas de los mahometanos y contribuir a fomentar sus escisiones.

Sin embargo, no fue por estos solos medios, ni fue solamente el material ensanche de territorio lo que ganaron los reinos cristianos durante la disolución del imperio Ommiada. Reparáronse y se repusieron de las pérdidas y desastres causados por Almanzor, y lo que fue más importante todavía, dieron grandes y avanzados pasos hacia su reorganización religiosa, política y civil. Alfonso V. de León, ya en su menor edad bajo la tutela y dirección del conde Menendo de Galicia y su esposa, y de su madre doña Elvira[698], ya después de haber alcanzado la mayoría y

698 Usándose ya en los siglos que históricamente recorremos los antenombres de Don y Doña aplicados a los reyes y reinas y a otras personas ilustres, los emplearemos nosotros también, aunque no en todos los casos ni para todos los nombres, siguiendo en esto la costumbre generalmente recibida.

Con respecto a los Alfonsos o Alonsos, que de ambas maneras se encuentran nombrados en nuestros autores aquellos monarcas, hemos preferido usar constante mente el de Alfonso, ya por ser una contracción de Ildephonsus,

enlazádose en matrimonio con la hija de los condes sus ayos llamada Elvira también (1008), en ambas épocas con recomendable piedad, o inspirada o propia, se ocupó en reparar y fundar iglesias y monasterios, o en dotarlos de rentas y hacerles ricas donaciones. Llenos están el cartulario y tumbo de León y todos los pergaminos de aquel tiempo de privilegios de este género otorgados por el joven y piadoso monarca[699].

Mas no fueron solos monasterios e iglesias los que fundó, reedificó o restauró el hijo del segundo Bermudo. La capital misma de su reino, la ciudad de León desde las deplorables irrupciones de Almanzor y de Abdelmelik había quedado asolada, casi yerma, reducida, como dijo Ambrosio de Morales, a un cadáver de población. Alfonso V. se consagró con ahínco y afán a levantarla de sus ruinas, emprendió enérgicamente obras de reparación y construcción, dictó oportunas medidas para atraer nuevos pobladores, y no perdonó medio para hacerla recobrar en lo posible su grandeza y esplendor primitivo. Aún conserva Alfonso V. el título de reploblador de León. *Qui populavit Legionem post destructionem Almanzor,* dice todavía su epitafio: *et fecit ecclesiam hanc de luto et hiere.* Hasta a los muertos los hizo contribuir a dar vida a aquella población exánime, haciendo trasladar a la iglesia de San Juan los restos mortales de todos los reyes que se hallaban sepultados en diferentes iglesias del reino, entre ellos el cuerpo de su padre que hizo conducir desde el Bierzo.

Las desavenencias entre el rey de León y su tío el conde Sancho de Castilla debieron comenzar de 1012 en adelante, puesto que aquel año se ve al rey don Alfonso hablar del conde con el afecto de deudo[700], y en 1017 le trata de inicuo, de desleal, de enemigo que no piensa ni de día ni de noche sino en hacerle daño[701]. Acaso fue la causa de estas excisiones la protección que el castellano solía dar a los criminales que del reino de León pasaban a sus dominios, de cuyo comportamiento se vengó el leonés despojándole de algunas posesiones que aquel tenía en su reino y transfiriéndolas a sus leales servidores. Agregóse a esto que aquella familia de los Velas, enemiga de los condes de Castilla desde Fernán González, y que expulsada por este y unida a los sarracenos los había concitado a hostilizar la Castilla y dirigídolos a veces en sus invasiones, viendo mal paradas las cosas de los musulmanes habíase acogido otra vez a Castilla, donde los recibió el conde don Sancho. Mas como los Velas diesen muestras de volver a sus antiguas infidencias, los arrojó ignominiosamente el conde de sus estados. Entonces el de León no solo los admitió benévolamente en su reino, sino que les señaló en los valles limítrofes de León y Asturias tierras y posesiones con que pudiesen vivir con arreglo a su distinguida clase[702], lo cual produjo gran resentimiento en el conde castellano, y estas disidencias duraron hasta su muerte.

No estorbaron al monarca leonés estas discordias ni le sirvieron de embarazo para congregar una de las más importantes asambleas que en la época de la restauración se celebraron en España, y de las que más influjo ejercieron en su reorganización política y civil. Hablamos del concilio de León del año 1020[703]; asamblea político-religiosa, que nos recuerda las famosas de Toledo del tiempo de los godos, y la primera de los siglos de la reconquista en que se hizo un código o pequeño cuerpo de leyes escritas que nos hayan sido conservadas después del Fuero Juzgo. Abrióse el día 1.º de agosto[704], en presencia del rey y de su esposa doña Elvira, en la iglesia de Santa María, con

---

ya porque los árabes nunca omitían el sonido de la f o ph, fuese que los nombráran Alfúns, Anfus o Adefuns, ya porque los mismos monarcas en sus instrumentos públicos se decían siempre: «Ego Adephonsus Dei gratia, etc.»

699 Pueden verse los muchos que recogió el P. Risco en el tom. XXXVI. de la España Sagrada.

700 Et etiam tius et adjutor meus Sanctius comes. Esp. Sagr. tom. 36 ap. IX.

701 Infidelissimo et adversario nostro Sanctioni, qui die nocteque malum perpetrabat apud nos. Cartular. de León, fol. 488.—Esp. Sagr. tom. 36 ap. XII.

702 Estos Velas eran tres, según testimonios auténticos, Bermudo, Nebuciano o Nepociano y Rodrigo; no Rodrigo, Iñigo y Diego, según el arzobispo don Rodrigo a quien siguió Mariana, ni menos Diego y Silvestre, según Lucas de Tuy, que nombra solo estos dos. En escrituras del archivo de León aparecen las firmas de los tres primeramente nombrados.

703 Mariana con manifiesto error le supone celebrado en Oviedo.

704 Ya no se duda de esta fecha, con la cual concuerdan todos los códices, y que por una mala inteligencia apareció equivocada en la colección de Aguirre. t. III., pág. 180.

asistencia de todos los prelados, abades y próceres del reino. «En la Era MLVIII. (dice), el 1.º de agosto a presencia del rey don Alfonso y de la reina Elvira su mujer, nos hemos congregado en la misma sede de Santa María todos los pontífices, abades y grandes del reino de España, y por mandado del mismo rey hemos ordenado los decretos siguientes, que habrán de ser firmemente observados en los tiempos futuros.»[705] Hiciéronse en él cincuenta y ocho decretos o cánones, de los cuales los siete primeros versan sobre asuntos eclesiásticos, previniéndose en el 7.º que se trate primero de las cosas de la iglesia, después lo perteneciente al rey, y en último lugar la causa de los pueblos *(causa populorum)*. Los otros hasta el 20 son verdaderas leyes políticas y civiles para el gobierno de todo el reino, y los demás son como ordenanzas municipales de la ciudad misma de León y su distrito: el 20.º tiene por especial objeto la repoblación de la ciudad, «despoblada (dice) por los sarracenos en los días de mi padre el rey Bermudo.»

Son notables, entre otras disposiciones de este célebre concilio, las siguientes: «Mandamos (dice el canon 13), que el hombre de *benefactoría* vaya libre con todos sus bienes y heredades a donde quisiere.» El hombre o pueblo de *benefactoría*, de donde se derivó la palabra behetría, era el que tenía derecho o facultad de sujetarse al señor que más le acomodaba para que le amparase, defendiese e hiciese bien, con la libertad de mudar de señor a voluntad: «con quien bien me hiciere con aquel me iré.»[706]

«Los que han acostumbrado a ir al fosado con el rey, con los condes o con los merinos[707], vayan siempre según costumbre.» Ir al fosado era lo mismo que ir a campaña, a lo cual por las leyes godas estaban obligados todos los propietarios, llevando a la guerra, además de su persona, la décima parte de sus esclavos. En las nuevas monarquías habían ido los nobles y ricos relajando esta obligación, y mirando como mera costumbre lo que había sido verdadera ley. En algunas partes se había conmutado el servicio personal en una contribución llamada *fonsadera*. El citado canon tenía por objeto conservar aquella ley o costumbre tan útil y necesaria para la defensa del estado.

Decretóse en el 18.º que en León y en todas las ciudades del reino hubiese jueces nombrados por el rey. Que también en este punto se había relajado la legislación visigoda, apropiándose los señores en muchos lugares este derecho de la soberanía.

En cuanto a los fueros particulares que por este concilio le fueron otorgados a la ciudad de León, habíalos también muy notables. «Ningún vecino de León, clérigo o lego, pagará rauso, fonsadera ni mañería.»[708] Concedíase por el 24.º a la ciudad de León el fuero de que si se cometía en ella algún homicidio, huyendo el reo de su casa y estando oculto nueve días, pudiera volver a ella seguro de la justicia y guardándose de sus enemigos o componiéndose con ellos, sin que el sayón le exigiera cosa alguna por su delito. Las causas y pleitos de todos los vecinos de León y de su término habían de decidirse precisamente en la capital, y en tiempo de guerra estaban todos obligados a guardar y reparar sus muros, gozando el privilegio de no pagar portazgo de lo que allí vendiesen (can. 28). Todo vecino podía vender en su casa los frutos de su cosecha sin pena alguna (can. 33). Las panaderas que defraudaran el peso del pan, por la primera vez habían de ser azotadas, por la

---

705 Tenemos a la vista la copia del libro de testamentos de la iglesia de Oviedo, inserta por don Tomás Muñoz en el tomo. I. de su Colección de Fueros Municipales y Cartas-pueblas de los reinos de Castilla, León, etc., 1847.

706 Estas behetrías, tan célebres en el derecho de Castilla de la edad media, eran de diferentes clases según su extensión o limitación. A veces el señor o benefactor que se hubiera de elegir había de ser de determinado pueblo o localidad. A veces este derecho se extendía a todo un país o distrito, y en ocasiones no se prescribían limites, sino que el pueblo de behetría tenía facultad de elegir señor en cualquier punto de la Península de uno a otro extremo, que era la que se denominaba de mar a mar.

707 Los merinos (derivación de la voz latina majorinus), de que ya se halla mención en el Fuero de los visigodos, eran unos jueces mayores del rey, de los cuales el sayon era el ejecutor o ministro. «Merino es nome antiguo de España (dice la 1. 23, t. 9, p. 2, de la Recopilación), que quier tanto decir como home que ha mayoría para facer justicia sobre algún lugar señalado, así como villa o tierra, etc.»

708 Ya hemos explicado lo que era fonsadera. Rauso se llamaba la multa que debía pagarse por las heridas y contusiones. Mañería (manneria) era otra contribución por el derecho de testar los que morían sin hijos, del cual estaban privados los esclavos, colonos y demás personas de origen servil.

segunda pagarían cinco sueldos al merino del rey (can. 34). Ninguna panadera podía ser obligada a amasar el pan del rey, como no fuese esclava suya (can. 37).

Dos de los más apreciables privilegios concedidos por este concilio fueron los siguientes: «Ni merino ni sayón pueda entrar en el huerto o heredad de hombre alguno sin su permiso, ni extraer nada de él, sino fuese de siervo del rey (can 38).» «Mandamos que ni merino, ni sayón, ni dueño de solar, ni señor alguno entren en la casa de ningún vecino de León por *nenguna caloñia,* ni arranque las puertas de su casa (can 41).» Recaen estos privilegios ya sobre la mala costumbre que había, o mejor dicho, abuso, que con el nombre de *fuero de sayonia* se arrogaban los jueces y sus ministros de hacer pesquisas y visitas domiciliarias de oficio y sin queja de parte conocida, estafando a los pueblos a pretexto de costas judiciales, ya sobre la corruptela de entrar por fuerza en las casas para cobrar deudas, en cuyos casos, entre otras vejaciones, solían arrancar y llevarse las puertas: costumbres que con razón se denominaban en algunas escrituras *malos fueros*. Estas mismas gracias concedidas por el concilio demuestran lo oprimidos que antes de su concesión estaban los vecinos de la capital, y de aquí puede deducirse lo tiranizados que vivirían los moradores de las pequeñas poblaciones.

Concluye el concilio con una terrible comminación de anatema a los transgresores de aquella ley: «Si alguno de nuestra progenie o de otra cualquiera intentase quebrantar a sabiendas esta nuestra constitución, cortada la mano, el pie y el cuello, arrancados los ojos, sacadas y derramadas las entrañas[709], herido de lepra, juntamente con la espada de la excomunión, pague la pena de su delito en condenación eterna con el diablo y sus ángeles.»

Tales fueron las principales disposiciones del célebre concilio de León de 1020. Mantúvose este código en observancia por espacio de muchos siglos, y recibió el nombre de *Fuero de León.* Como principal título de gloria pregona, y con justicia, el epitafio de Alfonso V. el haber dotado el reino y la ciudad de buenos fueros *(et dedit ei bonos foros)*. Así se iba modificando, sin abolirse por eso ni dejar de regir el Fuero Juzgo, la jurisprudencia heredada de los visigodos, con arreglo a las nuevas condiciones en que se iba encontrando la sociedad española.

Continuó el rey don Alfonso en los años sucesivos promoviendo la devoción religiosa y dando de ella personal ejemplo, protegiendo a los buenos prelados como el docto Sampiro, aplicando frecuentemente a los monasterios e iglesias los bienes que confiscaba a los criminales, y recompensando los servicios de sus más leales súbditos a costa de los que intentaban rebelarse contra su autoridad. Llegóse así el año 1026, en que con motivo de la guerra que hacía por las fronteras cristianas el último califa Ommiada Hixem III., a semejanza del postrer esfuerzo de un moribundo, pasó el monarca leonés el Duero, y prosiguiendo hacia el Sur fue a poner sitio a Viseo en la Lusitania. La plaza estaba ya casi a punto de rendirse, cuando un día, hostigado el rey por el calor, excesivo para aquella estación (5 de mayo de 1027), púsose a hacer un reconocimiento a caballo alrededor del muro, sin coraza y sin otro abrigo ni defensa que una delgada camisa de lino: en esto que una flecha lanzada de lo alto de una torre por mano de un musulmán, vino a clavársele en el cuerpo, y cayendo del caballo sucumbió a muy poco tiempo de la herida. Así murió Alfonso V. de León el de los buenos fueros, a los 33 años de su edad y 28 de reinado, dejando dos hijos jóvenes, Bermudo y Sancha, que ambos heredaron el reino como veremos después.[710]

Sancho de Castilla por su parte tampoco se había contentado con dilatar las fronteras de sus dominios, ya recobrando con la espada muchas plazas perdidas en los calamitosos tiempos de Almanzor, ya recibiendo, como antes hemos enunciado, fortalezas y ciudades a cambio y premio del auxilio que a solicitud de los califas o caudillos sarracenos solía prestarles. Ganó también Sancho, aún antes que el monarca leonés, fama y renombre de generoso y de justiciero, al propio tiempo que de político y de organizador, por la largueza con que otorgó a los pobladores de las ciudades fronterizas exenciones, franquicias y derechos apreciables, que recibieron y conservan el

709 «E con nas entrañas fuera e esparcidas por la tierra...» Copia de la traducción de este código que existía en el monasterio de Benevivere.

710 Pelag. Ovet. Chron n. 5.—Mon. Silens. Chron. n. 73.—Luc. Tud. p. 89 etc.

nombre de fueros: nueva forma que comenzó a recibir la jurisprudencia española, origen noble de las libertades municipales de Castilla, y justa y merecida recompensa con que los príncipes cristianos o remuneraban a los defensores de una ciudad que se sostenía heróicamente contra los rudos e incesantes ataques del enemigo, o alentaban a los moradores de un pueblo que había de servir de centinela o vanguardia avanzada de la cristiandad, expuesta siempre a las incursiones e invasiones de los musulmanes; pequeñas cartas otorgadas, y preciosas aunque diminutas y parciales constituciones, especie de contrato mutuo entre los soberanos y los pueblos, que más de un siglo antes que en otro país alguno de Europa sirvieron de fundamento a una legislación que todavía encarecen las sociedades modernas.

Precedió, hemos dicho, el conde Sancho de Castilla al rey Alfonso V. de León en la concesión de estos fueros y cartas-pueblas. Nos ha quedado escrito el que en 1012 concedió a Nave de Albura a la margen izquierda del Ebro[711]. Las referencias de otros soberanos posteriores al confirmar los que muchos pueblos habían obtenido del conde don Sancho, nos certifican de la liberalidad con que otorgó esta clase de derechos a las poblaciones de sus dominios el que tuvo la gloria de pasar a la posteridad con el honroso sobrenombre de *Sancho el de los Buenos Fueros.* La exención de tributos y el no hacer la guerra sin estipendio, como hasta entonces habían acostumbrado, fue uno de los más notables fueros que concedió este célebre conde de Castilla. *«Heredado e enseñoreado el nuestro señor conde don Sancho del condado de Castiella... fizo por ley e fuero que todo home que quisiese partir con él a la guerra a vengar la muerte de su padre en pelea, que a todos facía libres, que no pechasen el feudo o tributo que fasta allí pagaban, e que no fuesen de allí adelante a la guerra sin soldada.»*[712] «Dio mejor nobleza a los nobles, dice el arzobispo don Rodrigo, y templó en los plebeyos la dureza de la servidumbre.»[713]

El que precedió a su coetáneo Alfonso V. de León en la concesión de fueros, si bien los del conde castellano no formaban todavía un cuerpo de derecho escrito como los del monarca leonés[714], precedióle también en la muerte, en 1021[715], dejando por sucesor del condado a García su hijo, muy joven aún; pues que había nacido en el mismo año que su padre hizo la expedición a Córdoba en calidad de aliado y auxiliar de Suleiman.

Mientras así obraban los soberanos de León y de Castilla durante la disolución del imperio muslímico cordobés, el conde Ramón Borrell de Barcelona, no menos celoso de la prosperidad y engrandecimiento de su estado que los castellanos y leoneses, después de su expedición a Córdoba como auxiliar de Mohammed, y de regreso de las batallas de Akbatalbacar y del Guadiaro, redobló sus ataques contra las fronteras musulmanas, en unión con los prelados, abades, vizcondes, caballeros y todos los hombres de armas, conquistando fortalezas y castillos hacia el Ebro y el Segre, y proveyéndolos de alcaides y gobernadores de probado valor. Así descendió el noble conde al sepulcro (25 de febrero de 1018), dejando por sucesor del trono condal a su hijo Berenguer Ramón, joven de tierna edad, bajo la tutela de su madre la condesa doña Ermesindis, que en las ausencias de su esposo había quedado siempre gobernando el condado, y de saber dirigir los negocios públicos con fortaleza, discreción y buen consejo había dado multiplicadas pruebas. Mas esta misma intervención en el gobierno del estado a que se acostumbró en vida del conde su esposo, las excesivas facultades con que este quiso dejarla favorecida en su testamento, y la corta edad e

711 Llorente, Memorias de las Provincias Vascongadas, part. III.—Memorias de la Academia de la Historia, tom. III., pag. 308.—Colección de Fueros y Cartas-pueblas, tom. I. pág. 58.

712 Documento antiguo inserto por el M. Berganza en sus Antigüedades de España, tom. II.

713 Nobiles nobilitate potiore donavit, et in minoribus servitutis duritiam temperavit. De Reb. Hisp. lib. V.

714 No insistimos ahora más sobre las concesiones forales del conde Sancho de Castilla, puesto que tendremos ocasión de hablar de la legislación foral de España, y entonces demostraremos también que los fueros y cartas-pueblas fueron en España más antiguos de lo que generalmente se cree.

715 Omitimos por infundado y fabuloso el cuento del envenenamiento de su madre y los amores de esta que refiere el P. Mariana, con aquello de haberse aficionado a ella cierto moro principal, «hombre muy dado a deshonestidades y membrudo.» El mismo Mariana, tan poco escrupuloso en prohijar esta clase de consejas, añade después de haberla referido: «es verdad que para dar este cuento por cierto no hallo fundamentos bastantes.» Mariana llama doña Oña a la madre de Sancho, siendo su verdadero nombre doña Aba.

inexperiencia de su hijo, despertaron en la condesa viuda tan desmedida ambición de mando, que el joven Berenguer Ramón I. tuvo que luchar después constantemente contra las exageradas pretensiones de su madre, origináronse disturbios graves en la familia, acaso las catástrofes sangrientas que luego sobrevinieron tuvieron en estas discordias su principio y causa, y el hijo tuvo por fin que pactar con la madre sobre el imperio como se pudiera pactar entre dos rivales y extraños poderes.

A pesar de estas flaquezas y de no haber sido el conde Berenguer Ramón un príncipe guerrero, debióle el condado el haber hecho sentir la fuerza blanda de la ley y haber comenzado a dar asiento y forma al imperio heredado de sus mayores. «Por esto, dice un moderno historiador de Cataluña, la historia debiera trocar por el de *Justo* el sobrenombre de *Curvo* con que designa a Berenguer Ramón I.; y a Barcelona le cumple añadirle el de *Liberal*, ya que a él debieron en 1025 los moradores de este condado la primera confirmación histórica de todas sus franquicias y de la libertad de sus propiedades.»[716] Ya el conde Borrell II. en 986 en su carta de población de Cardona había dado a esta ciudad privilegios y derechos apreciables[717], y estas y otras exenciones eran las que confirmaba el desgraciado hijo de Ramón y de Ermesindis. Así iban los soberanos de la España cristiana casi simultáneamente y como por un sentimiento unánime fundando una nueva jurisprudencia y despojándose de sus atribuciones para compartirlas con los pueblos que con tan heroico y constante esfuerzo sostenían sus tronos al mismo tiempo que la causa de la cristiandad.

No de otra manera obraba por su parte Sancho el Mayor de Navarra. Aunque otro monumento no hubiera quedado de este gran príncipe que el insigne y celebrado fuero de Nájera, hubiera bastado para darle renombre.[718] De esta manera, y por una coincidencia singular, mientras el imperio mahometano de Córdoba caminaba apresuradamente hacia su disolución, los reinos o estados cristianos de León, de Castilla, de Barcelona y de Navarra, sin dejar de progresar en lo material, aunque no tanto como hubieran podido si hubieran obrado de concierto contra el enemigo común, se reorganizaban y reconstituían interiormente sobre la base de una nueva modificación, que sin destruir la antigua (pues ya hemos dicho que el código de los visigodos no dejó por eso de considerarse como la jurisprudencia general), daba nueva fisonomía a la constitución civil de los estados, suplía a aquel en las necesidades y condiciones de nuevo creadas en las nacientes monarquías, y ampliándose cada día había de ser la base y principio de la legislación foral que tanta celebridad goza en la historia de la edad media de España.

La muerte de Sancho de Castilla y la de Alfonso V. de León, ocurridas la primera en 1021, la segunda en 1027, dieron ocasión a enlaces de familia entre los príncipes y princesas de las dinastías reinantes, los cuales produjeron relaciones y sucesiones que cambiaron esencialmente la condición de los estados cristianos en que estaba la España dividida y complicaciones de largos y duraderos resultados.

Era, como hemos dicho, conde de Castilla el joven GarcíaII. hijo de Sancho, cuando sucedió en el trono de León a Alfonso V. su hijo Bermudo, tercero de su nombre, joven también de diez y siete a diez y ocho años, pero esclarecido en saber, aunque pequeño en edad, como le califica un antiguo escritor[719]. Uno de los primeros actos del nuevo monarca leonés fue unirse en matrimonio con la hermana del conde castellano (1028) llamada Gimena Teresa, en algunos documentos también Urraca. Otra hermana del conde de Castilla, doña Mayor de nombre, y mayor también en

716 El juicioso y malogrado señor Piferrer, Recuerdos y Bellezas de España, tomo de Cataluña, página 95.

717 Copiada por Villanueva en el tomo 8.º de su Viaje literario a las iglesias de España, ap. XXX.—Colección de Fueros y Cartas-pueblas, tom. I. pag. 51—Léese en esta carta, entre otras cosas, lo siguiente: Et si vobis major necessitas fuerit, omnes vos imperábitis, per vestram bonam voluntatem, sicut videritis quod modo opus est vobis, ut vos defendatis contra inimicis vestris (sic).

718 Los doctores Asso y Manuel atribuyeron este famoso fuero, sin duda por equivocación de nombres, a los condes de Castilla don Sancho y don García su hijo. Sempere y Guarinos le supone otorgado por el rey Alfonso VI. de León, que lo que hizo en 1076 fue confirmarle. Las palabras de este mismo monarca nos descubren su origen: Isti sunt fueros quae habuerunt in Naxera in diebus Sanctii regís et Garciani regis.—Véase Marina, Ensayo Historico-crítico sobre la antigua legislación de Castilla, n. 405.

719 In aetate parvus, in scientia clarus. Anon, de Sahagún.

edad, estaba casada con don Sancho el de Navarra. De forma que los tres soberanos de León, Navarra y Castilla, estaban emparentados en igual grado de afinidad.

Para estrechar más todavía estos lazos entre las familias reinantes, los condes de Burgos celebraron consejo y acordaron enviar un mensaje a Bermudo III. de León solicitando diese en matrimonio su única hermana Sancha al conde García, y que con tal motivo consintiese en que dicho conde tomara el título de rey de Castilla. Acogió el leonés con beneplácito la embajada de los caballeros burgaleses, y les prometió acceder a los dos extremos de su demanda. Partió, no obstante, Bermudo a Oviedo, cuya iglesia parece había hecho voto de visitar, dejando en León a la reina su esposa y a su hermana. Satisfechos del resultado de su misión los nobles castellanos regresaron a Burgos, e instaron al conde García a que pasase por León a Oviedo y concertase con Bermudo todo lo concerniente a su matrimonio y al título real. Hízolo así García, partiendo de Burgos en los primeros días de mayo de 1029, con la flor de la nobleza castellana. Llegado que hubieron a León, pasó inmediatamente García a visitar a la reina su hermana y a la hermana del rey, Sancha su prometida. Pensaba detenerse en León solo los días precisos para el descanso y para cumplir con los deberes de la galantería y de la urbanidad. ¡Cuán ajeno estaba de sospechar la catástrofe que le esperaba allí!

Sabedores los Velas de la llegada de García a León, aquellos Velas a quienes el conde Sancho había arrojado de Castilla y Alfonso V. había acogido en su reino y dádoles posesiones en las montañas de Asturias, aquellos eternos enemigos de la familia de Fernán González, que vieron una ocasión de vengar antiguos y personales agravios, aprovechándose de la ausencia del rey Bermudo, levantaron un buen golpe de gente de sus parciales, y marchando a su cabeza y caminando toda una noche sin descanso, sorprendieron al rayar el alba del otro día la ciudad de León. Habíase dirigido el conde castellano, sin duda con objeto de cumplir alguna devoción, al templo de San Juan Bautista. A la puerta misma del templo se vio de improviso asaltado por los conjurados, que sin respeto a la santidad del lugar consumaron su horrible proyecto, y la cabeza del joven conde de Castilla cayó a los pies de los que habían sido súbditos de sus mayores, en los momentos en que le sonreía el más halagüeño porvenir. Por una coincidencia que hace resaltar el horror del crimen, Rodrigo Velaz que en los días de reconciliación con el conde don Sancho había tenido en la pila bautismal al niño García, fue el que descargó ahora con mano impía el golpe mortal sobre su ahijado. Varios caballeros castellanos y leoneses que acudieron a defender al joven conde cayeron también al golpe de los afilados aceros de la gente de los Velas. Mas viendo estos amotinarse el pueblo para vengar la muerte de García, abandonaron la ciudad y se retiraron al castillo de Monzón. Fue este lamentable suceso el 13 de mayo de 1029. La princesa Sancha, dice la crónica, derramó abundante llanto sobre el cadáver de su prometido esposo, y le hizo enterrar con los debidos honores cerca del de Alfonso su padre en la iglesia misma de San Juan Bautista[720].

Con la muerte de García acababa la línea masculina de la ilustre prosapia de Fernán González, su tercer abuelo, y sólo restaban dos princesas, casadas ambas, la menor con Bermudo III. de León, la mayor con Sancho el Grande de Navarra. Así el importante condado de Castilla venía a quedar expuesto a las pretensiones, o del más ambicioso de los dos monarcas, o del más fuerte, o del que se creyera con más derecho a él. Reuníanse todas estas cualidades en don Sancho el Mayor de Navarra, que no tardó en hacerlas valer para alzarse con la soberanía de Castilla, ni tardó tampoco en presentarse con poderoso ejército, apoderándose del país como de una herencia de que venía a posesionarse. Pero al propio tiempo los asesinos de García vieron caer sobre sí un vengador terrible, de aquellos de que a las veces se vale la Providencia para la expiación de los grandes crímenes.

Dijimos que los Velas se habían refugiado al castillo de Monzón. Estaba esta fortaleza situada en una colina a orillas del río Carrión, en tierra de Campos, a dos leguas de Palencia, en la villa que hoy conserva su nombre. Allí los fue a buscar el viejo rey de Navarra; púsoles apretado cerco, tomó al fin el castillo por asalto, degolló a todos sus defensores, excepto a los tres hijos de Vela, a los

720 Luc. Tud. Chron.—Púsosele en el panteón de San Isidoro, antes San Juan, el siguiento sencillo epitafio: H. R. Dominus Garcia, qui venit in Legionem ut acciperet regnum, et interfectos est a filiis Vele comitis.

cuales reservaba otro género de muerte Los hijos de Vela, los asesinos de García, fueron quemados vivos por orden del nuevo soberano de Castilla. Después de lo cual el heredero y vengador del malogrado conde pasó a Burgos, y se hizo reconocer por los grandes y caballeros castellanos como conde o duque soberano de un país que tan digna y valerosamente había sabido hasta entonces conservar su independencia desde los tiempos de Fernán González, cerca de un siglo había[721].

Así don Sancho de Navarra se encontraba el más poderoso de los monarcas cristianos. Pero esto era poco para satisfacer sus ambiciosas miras, que la facilidad con que se apoderara de Castilla no hizo sino despertar. La proximidad al reino de León, la corta edad del príncipe que ocupaba aquel trono, la fuerza de que entonces disponía, todo le excitaba a proseguir en la carrera de conquista que tan próspera se le presentaba. Erale, no obstante, necesario otro pretexto para llevar sus armas al territorio leonés, sobre el cual carecía absolutamente de derechos que alegar. Un suceso vino a proporcionarle el motivo u ocasión que deseaba para romper con el rey de León. He aquí como lo refieren las crónicas.

Cazaba un día el viejo monarca navarro con sus monteros en uno de los bosques de la comarca de Palencia. Un jabalí herido y acosado por los alanos se internó en lo más fragoso de la selva: el rey que le perseguía con el ardor e interés de entusiasmado cazador le vio entrar en una gruta, y no vaciló en entrar también en pos de la fiera con resolución de acabarla de matar: más al levantar el brazo para arrojarla el venablo le sintió embargado e inmóvil. Entonces reparó en un altar que en el subterráneo había con la imagen de San Antolín[722] y conociendo que la repentina parálisis del brazo podría ser un castigo de su desacato pidió al santo perdón y le ofreció edificarle allí un templo, con lo que el brazo recobró su acción. Y habiéndole informado a don Sancho de que aquel era el solar de la antiquísima Palencia, que el tiempo y las guerras habían arruinado y convertido en bosque de jarales, determinó reedificar la ciudad y en ella el prometido templo a San Antolín, encomendando este cuidado al obispo Ponce de Oviedo, de quien no sabemos cómo estuviese en tan íntimas relaciones con el monarca navarro siendo súbdito del de León. Sea lo que quiera de esta anécdota, que se encuentra referida en uno de los privilegios del rey don Sancho, debiósele a este rey la reedificación de la ciudad y templo, y hállase hoy aquella santa gruta en medio del cuerpo principal de la catedral, dedicada al santo mártir Antolín, siendo objeto de gran veneración para los fieles palentinos, de los cuales no hay quien ignore la aventura del rey don Sancho y del jabalí, origen tradicional de la fundación del venerado santuario.

Opúsose el monarca leonés a la reedificación de Palencia comenzada por el navarro, alegando pertenecer aquel territorio a sus dominios y no a los de Castilla; sostenía lo contrario el de Navarra, y la discordia produjo un rompimiento entre los dos príncipes, que era sin duda lo que Sancho apetecía, y más en aquellos momentos en que el rey de León se hallaba en Galicia con objeto de sofocar dos pequeñas sediciones que en aquel país se habían movido. Escogió, pues, el activo y experimentado Sancho ocasión tan oportuna para invadir resueltamente los estados de su nuevo enemigo, y fuele fácil posesionarse del territorio comprendido entre el Pisuerga y el Cea. Franqueó seguidamente este río, y avanzó hasta los llanos de León. Mas allí encontró ya a los leoneses alzados en defensa de su reino y de su rey. Éste por su parte acudió también con su ejército de Galicia, y ya los dos monarcas estaban para venir a las manos, cuando los obispos de uno y otro reino se presentaron como mediadores, haciendo ver a ambos monarcas lo funestas que eran tales disensiones para la causa común del cristianismo. Y éranlo en verdad tanto, qué en aquella sazón acababa de caer el último califa de los Omeyas, arrastrando tras sí la disolución del imperio musulmán; oportunísima ocasión para arruinar del todo el quebrantado poderío de los muslimes, si los cristianos no se hallaran con tales discordias distraídos. Lograron al fin las razones de los prelados traer a los dos monarcas a un acomodamiento (luego veremos si de buena fe por ambas partes), estableciéndose por bases de la paz el casamiento de Sancha, la hermana del rey de León antes prometida al malogrado García de Castilla, con el príncipe Fernando, hijo segundo del rey de

721 Roder. Tolet. De Reb. Hisp, c.—Escalona, Hist. de Sahagún, Apend.—Morales, Coron. 1. XVII.
722 No de San Antonino, como le nombra Ferreras, ni de San Antonio, como le llama equivocadamente Romey.

Navarra (1032), que éste tomaría el título de rey de Castilla, y que Bermudo daría en dote a su hermana el país que Sancho al principio de la campaña había conquistado entre el Pisuerga y el Cea, quedando de esta manera cercenado el reino de León. Celebráronse las bodas con la más suntuosa solemnidad, y Fernando quedó instalado rey de Castilla[723].

Parecía que con esto debería haber quedado satisfecha la ambición del anciano rey de Navarra, si a la ambición de los conquistadores se pudiera poner límites. Pero apenas habían gozado un año de paz los leoneses, cuando volvió el navarro, sin pretexto que nos sea conocido, a llevar sus armas al territorio de León; se apoderó de Astorga[724], y procedió a gobernar como dueño y señor el reino de León, las Asturias y el Bierzo hasta las fronteras de Galicia[725], donde se había acogido Bermudo. De esta manera se halló Sancho el Grande de Navarra, merced a su ambición y a su energía, dueño de un vasto imperio que se extendía desde más allá de los Pirineos hasta los términos de Galicia, y si él no tomó ya el título de emperador, aplicáronsele después por lo menos[726].

Pero duróle ya poco el goce de tan vasto poder, porque se cumplió el plazo que estaba señalado a la vida del conquistador. Y bien fuese que recibiera muerte violenta yendo a visitar las reliquias y el templo de Oviedo, según la Crónica general; bien fuese natural su muerte, como parecen indicarlo los dos prelados cronistas de Toledo y de Tuy, no le cogió aquella desprevenido, puesto que sintiendo aproximarse su fin tuvo tiempo para hacer entre sus hijos aquella célebre distribución de reinos que tantas discordias había de producir y tanto había de alterar la respectiva condición de los estados cristianos. Dejó, pues, Sancho a su hijo mayor García el reino de Navarra; a Fernando el antiguo condado de Castilla, juntamente con las tierras conquistadas al reino de León entre los ríos Pisuerga y Cea; a Ramiro, habido fuera de matrimonio, le señaló el territorio que hasta entonces había formado el condado de Aragón, y por último a Gonzalo, otro de sus hijos, el señorío de Sobrarbe y Ribagorza.

Tal fue la famosa partición de reinos que don Sancho el Mayor de Navarra hizo entre sus hijos poco tiempo antes de su muerte, acaecida en febrero de 1035, después de un reinado de cerca de 65 años; duración prodigiosa, y la más larga que se hubiese hasta entonces visto.[727]

En este mismo año (26 de mayo de 1035), murió también el conde de Barcelona Berenguer Ramón I. el *Curvo*, cuando solo contaba treinta años de edad, si bien el cielo le había dotado de larga sucesión en dos mujeres que había tenido, doña Sancha de Gascuña y doña Guisla de Ampurias, sucediéndole en la soberanía condal de Barcelona el primogénito del primer matrimonio Ramón Berenguer, llamado el Viejo, aunque joven, por la razón que diremos después.

No conocemos bastante para poder apreciarlas debidamente, ni las razones especiales que moverían a Sancho de Navarra, ni la intención y el fin que pudo llevar en distribuir de la manera que lo hizo entre sus hijos la rica herencia que les legó, ni los motivos personales que le impulsaran a dejar favorecidos a unos más que a otros en aquella desigual partija. Infiérese de las escatimadas y oscuras explicaciones de los escritores de aquel tiempo que influyeron no poco en ella secretos y afecciones nacidas de la vida doméstica de aquel gran monarca. De todos modos, cualquiera que hubiese sido la partición, una vez rota la obra laboriosa de la unidad, una vez distribuido como patrimonio de familia el grande imperio que Sancho había sabido concentrar en una sola corona con los esfuerzos de su vigoroso brazo, hubiera sido difícil poner freno a la ambición, a la codicia y a la

723 Roder. Tolet. De Reb. Hisp.—Luc. Tud. Chron.

724 Presit Sancius rex Astorga. Ann. Complut.

725 Privilegio del rey don Fernando I. del ano 1059.—Risco, España Sagr. tom. XXXVI. Apend. —Escol. Hist. de Sahagún, Apend.—Tal vez en este tiempo se acabó la iglesia de Palencia, cuya consagración alcanzó a ver, y entonces hizo acaso también abrir el nuevo camino desde Francia a Santiago de Galicia, por Navarra, Briviesca, Amaya, Carrión, León, Astorga y Lugo, para los peregrinos que antes iban rodeando por las montañas de Álava y Asturias. Yerra Mariana cuando atribuye esta obra al conde Sancho de Castilla.

726 El epitafio que se puso a la reina su mujer decía así: Hic requiescit famula Dei Domna Mayor Regina, uxor Sancii imperatoris.

727 Mon. Silens. Chron.-Annal. Complut. p. 343.—Chron. Burg. pág. 308.

envidia que muy pronto se desarrolló entre los hermanos coherederos, y evitar las sangrientas guerras civiles que entre ellos nacieron apenas enfrió el hielo de la muerte el cadáver de su padre.

Ramiro el Bastardo[728], a quien tocó el pequeño reino de Aragón, fue el primero que, descontento de su lote tomó las armas contra su hermano García de Navarra, que de orden y acaso con alguna misión de su padre se hallaba a la sazón en Roma. Mas no contando Ramiro con bastantes fuerzas propias para despojar a su hermano, llamó en su ayuda a los régulos musulmanes de Zaragoza, Huesca y Tudela, con cuyo refuerzo penetró hasta Tafalla y puso sus tiendas alrededor de esta ciudad. Pero García, que con noticia de la muerte de su padre, regresaba a sus estados, informado del movimiento y proyectos de Ramiro, reunió apresuradamente un ejército de pamploneses, y con la celeridad del rayo cayó sobre el campamento de Tafalla, arrolló las desapercibidas huestes, huyeron despavoridos los que quedaron con vida, y el mismo rey de Aragón, que acaso reposaba descuidado, para no caer en manos de García hubo de montar descalzo y casi desnudo en un caballo desjaezado y sin más bridas que un tosco ronzal al cuello, y así huyó hasta ganar las montañas de su reino, quedando los navarros dueños de las tiendas y despojos de cristianos y musulmanes. Debe creerse que no tardaron en ajustarse paces entre los dos hermanos, pues se vio luego a don Ramiro en posesión tranquila de su reino[729].

Por su parte Bermudo de León, tan luego como supo la muerte de Sancho, se preparó a recobrar sus antiguos dominios. Ayudábale el buen espíritu de sus pueblos, y fácilmente se reinstaló en León y recuperó las tierras del oeste del Cea. Como quien ostentaba hallarse otra vez en la plenitud de sus derechos, expidió carta de privilegio para la reedificación de la ciudad y templo de Palencia, anulando la que había dado don Sancho, como emanada de un poder ilegítimo. Y como en su propósito de recuperar todo lo que obligado por la fuerza y la necesidad había cedido al nuevo rey de Castilla avanzase sobre las modernas fronteras de los dos reinos, don Fernando, viéndose atacado por fuerzas superiores a las suyas, acudió en demanda de auxilio a su hermano don García el de Navarra. No tardó este en presentarse con un ejército en Burgos. Reunidas las fuerzas de ambos reyes castellano y navarro, marcharon al encuentro del leonés. Halláronle con su gente en el valle de Tamarón, ribera del río Carrión, y empeñóse una sangrienta batalla, en que de un lado y otro se peleó con igual arrojo y esfuerzo. El rey don Bermudo se mostró uno de los más intrépidos y de los primeros en arrostrar los peligros: fiado en su juventud, en su valor, y en la ligereza de su caballo, llamado *Pelagiolus*, se precipitó lanza en ristre en lo más cerrado y espeso de las filas enemigas buscando y desafiando a Fernando. Su ciega intrepidez le perdió. Fernando y García resistieron firmemente el choque de su rival; tropezóse Bermudo con las puntas de sus lanzas, y cayó mortalmente herido del caballo. Siete de sus compañeros de armas perecieron a su lado. El combate duró todavía algunos instantes, pero la noticia de la muerte de Bermudo se difundió entre los leoneses, y se pronunciaron en dispersión y retirada hacia León (1037). Así pereció el joven rey don Bermudo III.[730], concluyendo en él la línea varonil de los reyes de León, pues un solo hijo que había tenido sobrevivió unos pocos días no más a su nacimiento. El monje de Silos al dar cuenta de la muerte de aquel malogrado monarca, se muestra embargado y como agobiado de dolor. Todos los historiadores elogian las virtudes de este príncipe. Joven, sin los vicios de la juventud, se ocupó en reformar las costumbres, era el consuelo de los pobres, fue justo y benéfico, y con leyes y castigos oportunos llegó a corregir en gran parte el desenfreno y la licencia que se habían introducido y propagado en el reino.

728 Pretenden algunos hacer a Ramiro hijo legítimo. Creemos que se equivoca el señor Cuadrado cuando dice (Recuerdos y Bellezas de España, tomo de Aragón, nota a la pag. 23): «La opinión de que Ramiro era bastardo no tiene apoyo alguno en las crónicas antiguas.» En el Ordo numerum Regum Pampilonensium se lee: *Sanctius rex ex ancilla quadam nobilissima et pulcherrima, que fuit de Aybari, genuit Ranimirum... Deinde accepit uxorem legitimam reginam... filiam comitis Sanzio de Castella.* El monje de Silos (Chron. n. 75) dice expresamente que le tuvo de una concubina: *Dedit Ramiro, quem ex concubina habuerat...*

729 Rod. Tolet. 1. VI.—Mon. Sil. n. 76.—Luc. Tud. p. 91.

730 Mon. Sil. n.79.—Luc. Tud. ubi sup.—Sandoval, Historia del rey don Fernando el Magno.

Después de la batalla de Tamarón, conociendo Fernando lo que le importaba la actividad para consumar su obra, prosiguió con su ejército victorioso hasta los muros de León. Cerráronle los leoneses las puertas; pero reflexionando luego sobre la dificultad de resistir al castellano, considerando por otra parte que no había más heredero del trono de León que doña Sancha su mujer, y que no les convenía atraerse la enemistad del que un día u otro había de ser su soberano, acordaron abrirle las puertas, y entró don Fernando en León con banderas desplegadas, y entre las aclamaciones de su ejército y alguna parte, aunque pequeña, del pueblo. Hízose, pues, ungir y coronar rey de León en la iglesia catedral de Santa María por su obispo Servando a 22 de junio de 1037.

De este modo vinieron a reunirse las coronas de Castilla y de León, que ambas habían recaído en hembras; la primera en doña Mayor, hija del conde de Castilla y mujer de don Sancho de Navarra, y la segunda en doña Sancha, hermana del rey de León don Bermudo III. y mujer de don Fernando: «Accidente y cosa (dice el padre Mariana hablando de haber recaído las dos coronas en hembras), que todos suelen aborrecer asaz, pero diversas veces antes de este tiempo vista y usada en el reino de León: si dañosa, si saludable, no es de este lugar disputallo ni determinallo. A la verdad muchas naciones del mundo fuera de España nunca la recibieron ni aprobaron de todo punto.»

De esta manera se extinguió la línea masculina de aquella ilustre estirpe de reyes de Asturias y León que se remontaba hasta Pelayo y se enlazaba con las dinastías de los antiguos monarcas godos. La reunión de las dos coronas de León y de Castilla, si bien costó sangre muy preciosa, encerraba en germen la futura unidad de las monarquías cristianas de España. Por desgracia esta obra de la perseverancia española tardará todavía en llevarse a feliz término: sufrirá todavía interrupciones sensibles y contrariedades penosas, pero los cimientos de tan apetecida unión quedaban echados.

CAPÍTULO XXI
FRACCIONAMIENTO DEL CALIFATO.
GUERRAS ENTRE LOS MUSULMANES.
De 1031 a 1080.

Causas de la disolución del imperio ommiada.—Reinos independientes que se formaron.—Córdoba, Toledo, Badajoz, Zaragoza, Almería, Valencia, Málaga, Granada, Sevilla, etc.—Familias y dinastías.—Alameríes, Tadjibitas. Beni-Huditas, Beni-Al Afthas, Edrisitas, Zeiritas, Abeditas, etc.—Sabio y benéfico gobierno de Gehwar en Córdoba.—República aristocrática.—Orden interior.—Armamento de vecinos honrados.—Seguridad pública.—Ambición del de Sevilla.—Sus guerras con los de Carmona, Málaga, Granada y Toledo.—El rey de Sevilla se apodera por traición de Córdoba.—Fin del reino cordobés.—Revolución en Zaragoza.—Extínguese allí la dinastía de los Tadjibi, y la reemplaza la de los Beni-Hud.—Independencia y sucesión de los reyes de Almería.—Justo y pacifico gobierno de Al Motacim.—Prendas brillantes de este príncipe.—Reyes de Valencia. Alzase con este estado el de Toledo.—Los Beni-Al Afthas de Badajoz.—Engrandecimiento de Al Motadhi el de Sevilla.—Su muerte.—Cualidades de su hijo y sucesor Al Motamid.—Su rivalidad con el de Almería.—Necesidad de estas noticias para el conocimiento de la historia de la España cristiana.

Dos términos puede tener un imperio que se descompone y desquicia, combatido por las ambiciones, destrozado por las discordias, devorado por la anarquía, y corroído y gangrenado por la desmoralización y por la relajación de todos los vínculos sociales. Este imperio, o es absorbido por otro que se aprovecha de su desorden, de su debilidad y flaqueza, o se fracciona y divide en tantas porciones y estados cuantos son los caudillos que se consideran bastantes fuertes para hacerse señores independientes de un territorio y defenderle de los ataques de sus vecinos. No aconteció lo primero al imperio de los Ommiadas de España, merced a la falta de acuerdo entre los príncipes cristianos, los Alfonsos, los Sanchos, los Bermudos y los Borrells, a algunos de los cuales los mahometanos mismos habían enseñado por dos veces el camino de su capital. Malogróse aquella ocasión, y España tuvo que llorarlo por siglos enteros. Sucedió, pues, lo segundo, esto es, el fraccionamiento del imperio musulmán en multitud de pequeños reinos independientes, como pedazos arrancados de un manto imperial.

Acostumbrados los walíes de las provincias a ver sucederse rápidamente dinastías y soberanos, fuertes por la flaqueza misma del gobierno central, halagados y solicitados por califas débiles que necesitaban de su apoyo para conservar un poder disputado, hechos a recibir por premio de un servicio prerrogativas que los hacían semi-soberanos en sus distritos respectivos, de que fue el primero a dar ejemplo el grande Almanzor con sus eslavos y alameríes (que no comprendemos como se escaparon sus funestas consecuencias al talento de aquel grande hombre), fuéronse emancipando de la autoridad suprema, de forma que a la caída del último califa no tuvieron que hacer sino cambiar los nombres de alcaides y walíes en los de emires o reyes. Eran entre estos los más poderosos los de Toledo, Zaragoza, Sevilla, Málaga, Granada y Badajoz, y por la parte de Oriente, los de Almería, Murcia, Valencia, Albarracín, Denia y las Baleares; aparte de otra multitud de pequeños soberanos, de los cuales habíalos que poseían solo un reducido cantón, una sola ciudad o fortaleza. Cada cual en su escala tenía su corte, sus vasallos y su ejército, levantaba y cobraba impuestos, muchos acuñaron moneda con su nombre, y alguno tomó el pomposo título de Emir Almumenin.

No es fácil determinar la época precisa en que cada uno de estos reinos comenzó a ser o a llamarse independiente; pues si bien desde el año 1009 empezaron algunos walíes a negar con diferentes pretextos y escusas su obediencia a los califas o a rebelarse de hecho contra ellos, o bien reconocían después a otros que les sucediesen y fueran más de su partido, o bien aquellas mismas excusas y pretextos demuestran que aún no se atrevían a emanciparse abiertamente del gobierno central. Otros a quienes los califas dejaban en una dependencia puramente feudal, iban arrogándose poco a poco los demás derechos y constituyéndose en señores absolutos, relevándose del feudo siempre que la debilidad de los califas lo permitía. De modo que desde la muerte del segundo hijo de Almanzor hasta la extinción del califato en el tercer Hixem, puede decirse que fueron

fermentando y desarrollándose estas pequeñas soberanías, hasta que al nombramiento de Gehwar en Córdoba en 1 031 se vio que era excusado contar ya con los walíes, y que cada cual gobernaba su comarca con autoridad propia y se apellidaba rey.

Compréndese bien que entre tantos régulos o caudillos, pertenecientes a distintas familias o dinastías, todos más o menos ambiciosos, obrando todos con independencia, dispuestos a sostener la posesión de su territorio, con opuestos intereses, sin respeto a un poder superior que los refrenara, la condición natural e inevitable de esta situación había de ser la guerra. La España mahometana había de ser teatro de complicadas luchas, de alianzas y rompimientos infinitos de los musulmanes entre sí y con los príncipes cristianos, de variados incidentes, en que se viera a soberanos y pueblos desplegar todo género de afectos y pasiones, nobles y generosas, miserables y flacas, a que ayudaban las costumbres a la vez bárbaras y caballerescas de las diferentes razas y familias que formaban aquellos reinos. Embarazo grande para el historiador, que por largo tiempo ha de tener que ligar los descosidos retazos de cerca de cuarenta estados, entre cristianos y musulmanes, que a este tiempo se encuentran formados en el territorio de nuestra Península. Dejamos, no obstante, a los historiadores de la dominación sarracena en España el cargo de referir los sucesos especiales de algunas de estas pequeñas soberanías que pasaron sin ejercer grande influjo, tal vez sin que llegara a sentirse su influencia en la condición social de los dos grandes pueblos, y nos concretaremos a hablar de las principales dinastías y de aquellos hechos que tuvieron alguna importancia en la historia general de la Península.

Hemos nombrado ya los más poderosos emiratos que se formaron en la España musulmana a la caída del imperio Ommiada. Casi toda la parte oriental y mucha de la meridional quedaba en poder de los Alameríes y de los Tadjibitas (llamados así estos últimos de la tribu de que eran originarios), familias unidas por la sangre y por las alianzas. En Zaragoza dominaba el bravo Almondhir el Tadjibi, a quien hemos visto figurar en las guerras de los últimos califas de Córdoba, y que por su valor y sus hazañas era apellidado con el título de Almanzor. Almondhir se había apoderado de Huesca, cuyo gobierno tenía su primo Mohammed ben Ahmed, el cual tuvo que refugiarse al lado del rey de Valencia Abdelaziz, nieto de Almanzor. Acogió Abdelaziz con tanta benevolencia a su ilustre y desgraciado huésped, que dio en matrimonio sus dos hermanas a los dos hijos de Mohammed. Pereció este en el mar queriendo pasar a Oriente. Sucedió a Almondhir en el reino de Zaragoza su hijo Yahia, que reinó diez y seis años, y acabó con él la dinastía de los Beni-Hixem, apoderándose de Zaragoza Suleiman ben Hud, aquel walí de Lérida que había dado generoso asilo al postrer califa Ommiada Hixem III. Con Suleiman reemplazó en Zaragoza a la familia de los Tadjibitas la de los Beni-Hud. Era Yahia rey de Zaragoza cuando el primer rey de Aragón don Ramiro invocó el auxilio de los musulmanes aragoneses para hacer la guerra a su hermano don García de Navarra[731].

En Almería sucedió a Hairan el Alamerí, muerto en 1028, su hermano Zohair, el cual guerreó con Badis el de Baeza, y murió en batalla en Alpuente en 1038 después de un reinado de diez años. Abdelaziz el de Valencia intentó apoderarse de Almería después de la muerte de Zobair, pero Mogueiz el de Denia atacó entre tanto a Valencia, y queriendo Abdelaziz hacer la paz con él salió de Almería dejando el gobierno de la ciudad a su hermano Abul Ahwaz Man, que después se declaró independiente, y le reconocieron entre otras ciudades, Lorca, Baeza y Jaén.

Murcia pertenecía a los estados del dominio de Zohair, pero después de la muerte de este príncipe pasó con su territorio a Abdelaziz el de Valencia[732]. En Castellón, Tortosa y fronteras de Cataluña dominaban también los Tadjibitas y Alameríes. Otro tanto acontecía en Mérida y casi todo el Portugal. Mandaba allí Abdallah ben Al Afthas, y los Afthasidas eran también adictos a los

731 Aquí nos separamos en muchos puntos de la narración de Conde, y tomamos del señor Dozy aquellas noticias en que nos parece rectifica con más justicia y fundamentos a Conde, al arzobispo don Rodrigo, y a los que han seguido a estos autores. En la pág. 53 y siguientes del tom. I. de sus Investigaciones sobre la historia de la edad media de España pueden verse los errores que nota en Conde acerca de esta dinastía de los Tadjibitas.

732 Es muy oscura la historia de Murcia en esta época. Gayangos confiesa que es casi imposible decidir en esta materia no pudiendo consultarse los manuscritos de que se valieron Conde y Casiri. Dozy se propone aclararla.

Alameríes a quienes debían su reino. Alameri era igualmente Sapor o Sabur que se había alzado con el gobierno independiente de Badajoz, hasta que se apoderó de esta ciudad y reino el mismo Abdallah ben Al Afthas. Y en Toledo dominaba Ismail Dilnúm, cuya familia dio a este reino cuatro emires o reyes.

Por el contrario, en Málaga y Algeciras reinaban los Edrisitas, o sea la familia de los Ben Ali y Ben Hamud, de aquellos emires de África que obtuvieron en los últimos tiempos el califato de Córdoba, y cuyo señorío se extendía por las vertientes meridionales de las Alpujarras, teniendo su principal fuerza y apoyo en África. El país de Granada y Elvira era regido por un sobrino de Zawi el Zeiri, aquel que tanto había favorecido a los califas africanos contra los Ommiadas durante las guerras del imperio, y que continuaba tan adicto como su tío al partido y familia de los Hamuditas. Por último, el reino de Sevilla se hallaba en manos del poderoso Mohammed Ebn Abed, que había bastado él solo para derribar al califa Yahia ben Ali, y acaso el más terrible de los que aspiraban a recoger la herencia de los Ommiadas.

Tal era el estado de la España muslímica cuando a consecuencia de la retirada del último califa Ommiada fue proclamado emir de Córdoba por los jeques, vazzires y cadíes reunidos el honrado Gehwar ben Mohammed, hombre de relevantes dotes personales, de ilustres ascendientes, ajeno a todos los partidos, respetado por todos los bandos y muy querido de todos. Gehwar, modelo de desinterés y de modestia en medio de tantas ambiciones desmedidas, creó para el gobierno del estado un diván o consejo compuesto de los principales jefes de las tribus, especie de asamblea aristocrática a la cual invistió del supremo poder, reservando para sí solamente la presidencia. El diván era el que deliberaba sobre todos los negocios graves del estado, y si alguno se dirigía a él en particular con alguna queja o demanda, acostumbraba a responder: *«Yo no puedo resolver por mí en este asunto: eso pertenece al consejo, y yo no soy más que uno de sus individuos.»* Moderación desusada en tales tiempos, y con cuya política, a la vez que rehuía la responsabilidad de exigencias peligrosas se captaba las voluntades así de los hombres influyentes como del pueblo. Todo correspondía en él a esta prudente y modesta conducta. Costó mucho trabajo hacerle habitar los regios alcázares, y cuando ya se determinó a ello, arregló el servicio de palacio bajo el pie económico de una casa particular, reduciendo gastos y suprimiendo gran número de sirvientes, y fuera de la material suntuosidad del alcázar parecía más bien la vivienda de un súbdito honesto que la morada del jefe del estado.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el gobierno de este ilustre musulmán. Una de sus primeras medidas fue la abolición de los delatores, que vivían como en otro tiempo los de Roma de las calumnias y litigios que ellos mismos inventaban o fomentaban. Estableció procuradores asalariados como los jueces y especie de fiscales encargados de las acusaciones públicas. Creó proveedores, alcaldes de los mercados, almoxarifes o recaudadores de los impuestos, que cada año tenían que dar cuenta de su administración al diván. Formó un cuerpo de inspectores de seguridad pública y de vazzires encargados de vigilar la ciudad de día y de noche. Cerrábanse las puertas y las tiendas a determinada hora. Hizo dar armas a los vecinos más honrados y acomodados, los cuales por turno rondaban las calles, y concluido su servicio entregaban las armas a los que habían de reemplazarlos, dándoles cuenta de lo que habían observado. Para prevenir los excesos y crímenes que solían cometerse de noche y que los malhechores no pudieran evadir el castigo fugándose de un cuartel a otro, hizo construir barreras o verjas de hierro al extremo de cada calle. Con tan esmerada policía logró restablecer la tranquilidad y seguridad pública después de tantos desórdenes, y con las medidas para el abastecimiento de la ciudad llegó a hacerse Córdoba el granero de España y el gran mercado a que concurrían gentes de todas las provincias.

Bajo un gobierno tan prudente y paternal, y bajo una administración tan económica y acertada parece que hubieran debido los walíes agruparse en derredor del único hombre que se mostraba capaz de volver la vida al desmoronado imperio. Así lo intentó el mismo Gehvvar escribiéndoles y exhortándolos a que le prestaran obediencia como a jefe superior del estado: pero fueron ya inútiles los esfuerzos y las buenas intenciones de Gehwar; llegaban tarde, y el mal no tenía remedio.

Despreciaron la excitación unos, y recibiéronla otros con indiferencia fría y desconsoladora. Disimuló no obstante el prudente Gehwar, y aún volvió a escribirles aplaudiendo su celo por el bien y la seguridad de las provincias que les estaban encomendadas, pero rogándoles no olvidasen que la unión y la concordia eran la base de la prosperidad de los imperios.

Dirigíanse tan buenos consejos a quienes no tenían voluntad de oírlos. Estaban demasiado vivas las rivalidades y las ambiciones, y la guerra era inevitable. Fue el primero a romperla el poderoso emir de Sevilla, Mohammed Ebn Abed, acometiendo al sahib de Carmona, cuya familia deseaba exterminar. Bloqueado estrechamente el de Carmona, pudo no obstante fugarse, y corrió a implorar el auxilio de los de Málaga y Granada, Edris ben Ali y Habus ben Zeiri, los cuales le facilitaron tropas y recursos con el designio de atajar los ambiciosos proyectos del de Sevilla. Este por su parte envió contra los aliados a su hijo Ismail con un cuerpo de ejército. En un encuentro que tuvieron sucumbió peleando Ismail, y los soldados de Málaga enviaron su cabeza en testimonio de su triunfo a su rey Edris (1034). Este funesto golpe y el temor de que Gehwar pudiese ligarse contra él con aquellos mismos emires movieron al de Sevilla a discurrir un medio que le diese a él prestigio y visos de justificación a sus pretensiones. AI efecto inventó la especie más original y peregrina. Publicó que el califa Hixem II. el Ommiada, había reaparecido otra vez en Calatrava, que aquel infortunado califa le había pedido su amparo, que el le había dado asilo en su alcázar y prometídole reponerle en el califato. Hízolo anunciar oficialmente y escribió a los principales jeques y walíes de España y África interesándolos en favor del segunda o tercera vez resucitado califa. Por extravagante y absurda que fuese la ficción, era tal el respeto y cariño que los pueblos de Andalucía conservaban al ilustre nombre de los Beni-Omeyas, que aunque todos los hombres de razón oyeron con desdén tan inverosímil fábula, no faltó quien por credulidad o por política la prohijase, y llegó a rezarse la chotba en las mezquitas y a batirse moneda en la zeka de Sevilla a nombre de Hixem II. (1036).

Pero entretanto el ejército aliado de Málaga, Granada y Carmona corrió las tierras de Sevilla, llevó sus algaras hasta las puertas de la ciudad, y llegó a entrar en el arrabal de Triana. Logró al fin rechazarlos.el general de la caballería sevillana, Ayub ben Ahmer, y los aliados, culpándose mutuamente del mal éxito de la expedición, se separaron desavenidos y se volvió cada cual a su país. Ayub se recompensó a sí mismo alzándose con la soberanía de Huelva y de Gezirah Saltis, cuyo gobierno tenía, al modo que su hermano Ahmed ejercía un señorío absoluto en Niebla. A este precio se salvó Sevilla.

Así las cosas, falleció el rey de Málaga Edris ben Ali (1039), sucediéndole con general aprobación su hijo Yahia ben Edris, conocido por Hassan. Mas llegado que hubo la noticia de la muerte de Edris a Ceuta, el eslavo Nahjah que tenía aquel gobierno, vino de allí con el proyecto de coronar en Málaga al joven Hassan ben Yahia, a quien él había educado, y a cuya sombra se prometia dominar a un tiempo en Málaga y Ceuta. Siguióse una guerra en que el eslavo llegó a poner en aprieto grande al de Málaga, y en la mayor extremidad, hasta encerrarle en su propio palacio como en una prisión. Dios sabe en qué hubieran parado sus proyectos a no haber acudido en socorro del de Málaga su pariente Mohanimed ben Kassin el de Algeciras. Murió por último el ambicioso Nahjah en una celada que el de Algeciras supo prepararle, y desalentadas sus tropas, las unas se retiraron a África, las otras se quedaron al servicio del mismo Ben Kassin el de Algeciras, el emir de Málaga fue repuesto, y volvieron las cosas a su estado anterior.

Tales discordias, tales facciones y guerras a la vecindad misma de Córdoba, convencieron al buen Gehwar, con harta pesadumbre suya, de que sus generosos planes de unión y de paz eran irrealizables, e inútiles de todo punto sus nobles gestiones. Entonces se resolvió a ir sometiendo por la fuerza a los más vecinos y menos poderosos de los rebeldes. Envió, pues, un general con un cuerpo de caballería escogida a ocupar la comarca de Alsahllah que tenía Hudhail como si fuese suya propia. Pero imploró este jeque el auxilio de Ismail ben Dilnúm el de Toledo, y una hueste toledana penetró fácilmente en el territorio ocupado por los de Gehwar y repuso a Hudhail, a quien el país por otra parte amaba por sus buenas prendas y por la dulzura con que le gobernaba. A pesar

de no ser venturosos los sucesos de la guerra de Gehwar contra el señor de Alsahllah y el de Toledo, amábanle los cordobeses con justo entusiasmo por su bondad y su acrisolada justicia, y bendecíanle por la tranquilidad y la abundancia interior de que gozaban a la benéfica sombra de su sabia administración y gobierno: llamábanle el padre del pueblo y el defensor del estado, y no había sacrificio a que por él no se prestaran gozosos. En tan feliz estado vivieron hasta que acaeció su muerte en el año de la Hégira 435 (1044). Acompañaron su pompa funeral con llanto y sollozos todos los vecinos de Córdoba; y hasta las retiradas doncellas, dice el escritor arábigo, fueron detrás de su féretro derramando preciosas lágrimas. Sucedióle su hijo Mohammed Abul Walid, tan prudente y virtuoso como su padre, pero de salud enfermiza y quebrantada. Amigo de la paz, más de lo que convenía en tan revueltos tiempos, entabló negociaciones de avenencia con el rey de Toledo y el señor de Alsahllah, más habiéndole estos contestado con altiva aspereza, continuó a pesar suyo la guerra por las comarcas fronterizas no con gran resultado.

Entre tanto el de Sevilla creyó ya oportuno dar otro giro a la fábula de la aparición de Hixem, y publicó que había muerto, dejándole escritas unas cartas en que le declaraba su heredero y vengador de sus enemigos. No faltaron todavía imaginaciones que se dejaran seducir por la nueva conseja, y especialmente los alameríes y la gente sencilla del pueblo a quienes el inextinguible apego a la dinastía de los Omeyas predisponía a creer todo lo que se les contara favorable a aquella esclarecida familia. Logró, pues, con esto que se le mantuvieran fieles los que se le habían adherido cuando comenzó a pregonar la primera parte de la fábula. Mas un suceso fatídico vino a su vez a turbar la imaginación supersticiosa del emir. Su hijo Abed estaba casado con una hermana de Mogueiz el rey de Denia, y de este matrimonio nació en 1041 un niño de quien auguraron los astrólogos que al fin de sus días y cuando su fortuna se hallase en el plenilunio de la prosperidad se eclipsaria totalmente. Al oír Ebn Abed que su nieto estaba sometido a las adversidades de un fatalismo irresistible, devoróle la pesadumbre de saber lo poco duradera que habría de ser su dinastía. Consumióle una enfermedad de melancolía, y al poco tiempo la muerte, dice la crónica, le trasladó de los alcázares de Sevilla a los del Paraíso (1042).

Sucedióle su hijo Abed llamado Al Motadhi, príncipe de buen personal y de agudo ingenio, pero cruel y por demás voluptuoso. Dícese de él que en tiempo de su padre entretenía en su harem hasta setenta lindas esclavas compradas a precio de oro en diferentes países, y que dueño del trono aumentó el número hasta ochocientas. Al propio tiempo hacia servir a sus cortesanos bebidas dulces en tazas guarnecidas de oro y pedrería formadas de cráneos de los principales personajes cuyas cabezas habían derribado el alfanje de su padre y el suyo, entre los cuales se contaba el del califa Yahia ben Alí. Este hombre feroz y disoluto era además censurado de impío, porque en los veinte y cinco castillos de sus dominios solo hizo una mezquita y un púlpito, y en las comidas y bebidas no era tampoco más guardador de la ley del Corán. Hizo Al Motadhi de nuevo la guerra a los emires de Málaga, Granada y Carmona, y logrando ganar a su partido a Mohammed el de Algeciras, éste, aunque primo de Edris II. el de Málaga, a la cabeza de sus negros mercenarios acometió la capital del Edrisita y se apoderó de su trono. Sublevóse en favor de su legítimo rey el pueblo de Málaga, los negros del de Algeciras o capitularon o se fugaron descolgándose por el muro, y abandonado Mohammed se rindió a discreción. Edris tuvo la generosidad de perdonarle la vida contentándose con desterrarle a Larache. Perdióle aquella misma clemencia, porque Mohammed, nunca arrepentido, siguió desde el destierro el hilo de sus tramas, volvió sobre Málaga, conmovió el pueblo, y destronó a Edris, que murió ya viejo en una prisión.

El de Toledo, que veía sus campiñas taladas por las tropas del de Córdoba, escribió a su yerno Abdelmelik, hijo del rey de Valencia Abdelaziz, y al walí de Cuenca Abu Ahmer para que levantasen gente y le acudiesen con ella. Para quedar más desembarazado hizo treguas con los cristianos de Castilla y Galicia. Hecho esto, entróse con poderosa hueste por las tierras del de Córdoba, tomóle muchas fortalezas, y convencido Ben Gehwar de que no podía resistir solo a tan terrible adversario solicitó por su parte la alianza y ayuda de Al Motadhi el de Sevilla y de Mohammed ben Al Afthas el de Algarbe. En uno y otro halló la proposición benévola acogida, y por

medio de sus respectivos vazzires reunidos en Sevilla, después de una madura discusión a que asistieron los arrayaces o régulos de otros pequeños estados, se estipuló una triple alianza entre los de Sevilla, Córdoba y Algarbe para el mantenimiento y recíproca defensa de la integridad de sus dominios contra los enemigos exteriores, pero sin mezclarse en los asuntos de gobierno interior del estado de cada uno. Sin embargo, no quedaron los de Córdoba y el Algarbe muy satisfechos de los términos del convenio, en el cual salia aventajado el de Sevilla; pero disimularon por entonces porque le necesitaban (1051).

En conformidad a lo pactado auxilió el de Sevilla a Ben Gehwar el de Córdoba con un cuerpo de quinientos jinetes mandados por Ben Omar de Oksonoba, y otro semejante socorro le envió el de Badajoz. Los señores de Huelva, Niebla y Santa María de los Algarbes, desazonados contra el de Sevilla por no haber querido reconocerlos independientes, se ofrecieron a pasar sin su orden al servicio del cordobés; sabido lo cual por Ben Abed el Sevillano, despachó contra ellos a su hijo Mohammed, que sucesivamente se fue apoderando de los estados y dominios de todos aquellos aspirantes a soberanos. Carmona, aquella ciudad tan codiciada por los Abed, viose también en la triste necesidad de rendírsele, y aunque otra vez pudo su sahib escaparse de noche e interesar de nuevo en su favor a su antiguo aliado el de Málaga, no alcanzó otra cosa que poder fortalecerse en Écija, única ciudad que le quedaba de su pequeña soberanía.

No intimidó la triple alianza a Ismail Dilnúm el de Toledo: sus huestes continuaron devastando las campiñas de Córdoba, y por último en un sangriento combate que duró un día entero deshicieron el ejército confederado cerca del río Algodor, así llamado por los muchos ardides y estratagemas que usaron en aquella lid los caudillos de ambas huestes. Golpe fue aquel que difundió la consternación en Córdoba, e hizo despertar al príncipe Abdelmelik, hijo de Ben Gehwar, hasta entonces distraído en juegos y deleites con los jóvenes de su edad. Avivóle el temor del peligro, y corrió a Sevilla a implorar con urgencia mayor socorro de Abed Al Motadhi. Pero este astuto y artificioso emir entretúvole con obsequios, cumplimientos y lisonjas, y despidióle por último con muchos ofrecimientos y con el escaso auxilio de doscientos caballos. Cuando Abdelmelik llegó a las cercanías de Córdoba, halló ya la ciudad estrechamente cercada por los toledanos. Cortadas las comunicaciones, apretada la plaza, enfermo el rey y consternado el pueblo, ofreciéronse premios a quien se atreviera a llevar cartas al príncipe Abdelmelik y al rey de Sevilla, que eran ya su única esperanza. No faltó quien tuviera arrojo para atravesar el campo enemigo, y poner las cartas en manos de los dos personajes. El rey de Sevilla creyó llegada la ocasión oportuna para sus secretos proyectos, y diose prisa a enviar a su hijo Mohammed y al caudillo Aben Omar con toda la fuerza que pudo reunir de a pie y de a caballo, y con instrucciones de lo que deberían hacer. Qué instrucciones fuesen estas, nos lo van a demostrar pronto los hechos. Grande fue la actividad que desplegaron los jefes sevillanos y muy bien meditadas las disposiciones que tomaron para el combate. Realizóse éste, y la caballería valenciana auxiliar del de Toledo huyó ante la impetuosa acometida de las lanzas sevillanas y cordobesas. El desorden de aquella desconcertó a los de Toledo, y todos se retiraron despavoridos. Los caballeros de Córdoba no quisieron presenciar inactivos el triunfo de sus favorecedores, y salieron también de la ciudad en alcance de los fugitivos.

Aquí comenzó el caudillo Aben Omar de Sevilla a cumplir las instrucciones de su señor. Mientras las tropas vencedoras corrían dando caza a los que huían, y en tanto que los de Córdoba habían salido a recoger los despojos del campo enemigo, Aben Omar, sin que nadie pudiese sospechar de sus intenciones, entróse con su hueste en Córdoba, ocupó las puertas y los fuertes, se apoderó del alcázar, y el desgraciado y enfermo Abul Walid Ben Gehwar se encontró custodiado, preso en su propio palacio por una guardia que se había convertido de auxiliar en señora. Afectóle de tal manera tan inesperada maldad y traición, que la enfermedad se le agravó rápidamente, y a los pocos días le condujo al sepulcro. Cuando el príncipe Abdelmelik volvió del alcance y supo la alevosía de los sevillanos que le esperaban ya como enemigos a las puertas de la ciudad para impedirle la entrada, ardiendo en ira vacilaba sobre el partido que debería tomar, pero sacóle de la

incertidumbre la misma caballería sevillana que le rodeó intimándole la rendición. Determinóse el desesperado príncipe a morir matando, y peleó con heroica bravura, despreciando las ocasiones que tuvo para huir, hasta que herido de muchas lanzadas cayó prisionero. Encerráronle los nuevos poseedores de Córdoba en una torre, donde le acabó la pesadumbre más que las heridas, y murió maldiciendo a su falso amigo Abed Al Motadhi el de Sevilla, pidiendo al Dios de las venganzas que diese igual suerte al príncipe su hijo, y oyendo entre los sollozos de la muerte las aclamaciones con que era recibido en Córdoba el rey de Sevilla, el cual a fuerza de mercedes y de fiestas y espectáculos de fieras[733], con que halagó y entretuvo a los cordobeses, procuró hacerles olvidar la memoria del sabio y benéfico gobierno de los Gehwar, cuya dinastía quedó extinguida juntamente con el reino de Córdoba (1060).

Así acabó la grandeza y la independencia de aquella ciudad insigne, que por más de tres siglos había sido la metrópoli del imperio ismaelita, «la madre de los sabios, la antorcha de la fe y la lumbrera de Andalucía», la corte de los ilustres y poderosos califas, el centro y emporio del comercio, del lujo, de la riqueza y de las artes, y la envidia del Oriente. ¡El rey de Sevilla pudo vanagloriarse del medio que empleó para alzarse con el más precioso resto del imperio y del califato!

Mientras tales sucesos acontecían en el Mediodía y centro de la España musulmana después de la caída del imperio Ommiada, en la parte oriental ocurrían otros de no menor importancia, y cuyo conocimiento nos es indispensable para la inteligencia de la historia misma de los reinos cristianos, con la cual está íntimamente unido[734]. Al emir de Zaragoza Almondhir el Tadjibi, cuyos hechos hemos contado en otro capítulo, sucedió en 1023 su hijo Yahia, que reinó diez y seis años, y fue el que auxilió a Ramiro I. de Aragón, aunque con poca fortuna.[735] Yahia murió en una revolución que acaeció en Zaragoza en 1039, asesinado por su primo Abdallah ben Hacam, probablemente sobornado por Suleiman ben Hud el de Lérida, que fue el que se alzó con el reino, puesto que el asesino le reconoció por su soberano. Amotinóse el pueblo de Zaragoza contra Abdallah, que tuvo que retirarse al fuerte castillo de Rota'1-Yeud, llevando consigo todos los teroros de la familia real. El populacho saqueó el palacio arrancando hasta los mármoles, y hubiérale destruido completamente si no hubiera acudido a toda prisa Suleiman, el cual restableció el orden y quedó desde esta época reinando en Zaragoza, reemplazando así a la dinastía de los Tadjibi la de los Beni-Hud.

Otro de los más poderosos, y acaso el más bello de todos los principados que se fundaron sobre las ruinas del imperio fue el de Almería. Después de la muerte de Zohair el sucesor de Hairan, cuyos hechos hemos también referido, quiso apoderarse de Almería Abdelaziz el de Valencia, nieto de Almanzor, pero estorbóselo Mogueiz el de Denia acometiendo a Valencia mientras aquel se hallaba en Almería. Con objeto de hacer la paz con Mogueiz, salió Abdelaziz de esta ciudad dejando

733 Es la primera vez, observa un erudito escritor moderno, que hallamos mencionados en las memorias arábigas los combates de fieras a estilo de los romanos.

734 Para los hechos hasta aquí referidos en el presente capítulo hemos consultado a Conde (part. III. desde el.cap. 1 hasta el 5). «Sobre las guerras civiles que siguieron a la caída del califato de Córdoba, dice el ilustrado Romey (tom. V. cap. 22 nota), las mejores noticias, aunque recogidas con poco tino v criterio, se hallan en Conde. Nosotros le hemos seguido en muchas cosas, sin dejar por eso de consultar el corto número de textos o fuentes que están a nuestro alcance, tales como Casiri, Al Makari, Ebn Abd el Halim, etc.» Otro tanto hemos hecho nosotros. Mas respecto a los emiratos y dinastías de Zaragoza, Valencia y Almería, etc., a no dudar padeció Conde muchas equivocaciones, y seguimos generalmente a Dozy que le rectifica, según al principio apuntamos. «Reina, dice Saint-Hilaire (tom. III. pág 273, nota), en la sucesión de los emires de Zaragoza una confusión enmarañada... Conde, Rodrigo de Toledo y Casiri se contradicen a cual más sobre este punto.» Sobre los emires de Almería, punto no menos intrincado, dice Lafuente Alcántara (Hist. de Granada, tom. II. p. 104 nota 2): «La historia de esta dinastía debe ocupar a los ingenios valencianos y aragoneses.» Es lo que se ha propuesto esclarecer Dozy en el tom. I. de sus Investigaciones. Tócanos, pues, ser el primer español que, guiado por este sabio orientalista, aclare los oscuros sucesos de aquellos países en el período que nos ocupa.

735 La familia de los Tadjibitas o de los Beni-Hixem había reemplazado en Zaragoza a los Beni-Lope, de quienes en nuestra historia hemos hablado. Había sido su jefe Abderrahman el Tadjibi. El primer Tadjibita que vino a España fue Almirah, según Iba Alabar.

por gobernador de ella a su cuñado Abul Ahwaz Man (1040). Declaróse Man independiente, y reconociéronle la mayor parte de las ciudades de aquel reino, que abrazaba territorios de Murcia, de Granada y de Jaén. Poco tiempo reinó Man, pues murió en 1041, y le sucedió su hijo Mohammcd, de edad de catorce años, durante cuya minoría gobernó el estado su tío Abu Olbah el Zomadih. Sublevóse contra el nuevo príncipe el gobernador de Lorca, y aunque acudió contra él el regente, no le fue posible reducirle a la obediencia. El regente murió a los tres años, y Mohammed comenzó de diez y siete a regir por sí mismo el reino (1044), y a ejemplo de Abed el de Sevilla que había tomado el nombre de Al Motadhi, este tomó el de Al Motacim con que es conocido en la historia.

La corta edad de este príncipe tentó a sus vecinos a hacerse señores de las plazas situadas a alguna distancia de la capital, y como en realidad Al Motacim no se distinguiera por lo belicoso, lográronlo aquellos sin dificultad grande hasta reducirle al recinto de la ciudad y de la comarca que la circunda, y aún así no carecía de importancia, porque la sola ciudad equivalía a un reino. Todos los escritores árabes ponderan su grandeza en aquella época. Contábanse en ella, dicen, cuatro mil telares de las más preciosas telas, había multitud de fábricas de utensilios de hierro, de cobre y de cristal, era el puerto más concurrido de España, buques de Siria, de Egipto, de Génova y Pisa se surtían en él de todo género de mercancías, y contenía cerca de mil hospederías y casas de baños.

Mas si Al Motacim no era ni gran capitán ni profundo político (dice el autor de quien tomamos estas noticias); si el historiador no puede consagrarle páginas brillantes, la justicia obliga a poner en su cabeza la bella corona debida a un príncipe que merecía ser llamado el bienhechor de sus súbditos. No envidiaba a los que poseían más vastos dominios que los suyos; contentábase con lo que tenía: enemigo de verter sangre, cuando la necesidad le forzaba a rechazar los ataques de sus ambiciosos vecinos, hacía la guerra contra su voluntad: honraba la religión y los sacerdotes, y ciertos días de la semana reunía en una sala de su palacio los faquíes y cortesanos, los cuales conferenciaban allí y discutían sobre los comentarios del Corán y sobre las tradiciones relativas al Profeta. Era justo, bondadoso, y se complacía en perdonar las injurias[736]. Ciertamente, prosigue este autor, si un príncipe tan noble, tan generoso, tan justo, tan amante de la paz, hubiera reinado en otra época y en un país más extenso, su nombre hubiera sido inscrito entre los de los reyes que no deben su gloria a los arroyos de sangre vertida por ensanchar algunas leguas los límites de su reino, sino a los beneficios que han derramado sobre sus súbditos y a su amor por la justicia. El carácter de Ál Motacim era bien diferente del de los demás príncipes que gobernaban entonces la España, y su protección a las letras atrajo a Almería un considerable número de los más distinguidos ingenios de la época. Consagrado a hacer la felicidad pacífica de sus gobernados, ningún acontecimiento político de importancia caracterizó su largo reinado, que duró hasta junio de 1091.

Habiendo muerto en 1061 Abdelaziz el de Valencia, sucedióle su hijo Abdelmelik Alinudhaffar bajo la tutela de su pariente Al Mamun el de Toledo, que había sucedido a Ismail Dilnúm, el cual nombró su representante en Valencia a Abu Abdallah Ebn Abdelaziz, perteneciente a una familia plebeya de Córdoba y cuyo hijo había de sentarse en el trono de Valencia. Cuando en 1064 fue esta ciudad sitiada y atacada por Fernando de Castilla, según en su lugar diremos, Abdelmelik pudo salvarse por la fuga. Al Mamun el de Toledo dejó apresuradamente su capital y

736 Cuéntase de él la siguiente curiosa anécdota. Después de haber colmado de favores al famoso poeta de Badajoz Abul Walid al-Nihli, éste desde Sevilla cometió la ingratitud de insertar en un ditirambo compuesto en honor de aquel rey, el siguiente verso: Ebn Abed ha destruido los berberiscos; Ebn Man (que era el de Almería), ha exterminado los pollos de las aldeas. Pasado algún tiempo volvió el poeta a Almería, olvidado ya de la amarga sátira que había escrito contra Al Motacim. Convidóle este príncipe un día a comer, y no le presentó otra cosa que pollos de distintas maneras aderezados. «Pero, señor, exclamó admirado el poeta, ¿no hay en Almería otros manjares que pollos?—Otros tenemos, respondió Al Motacim, pero he querido haceros ver que os engañasteis cuando dijisteis que Ebn Man había exterminado los pollos de las aldeas.» Quiso el poeta, abochornado, disculparse, pero el príncipe: «Tranquilizaos, le dijo; un hombre de vuestra profesión no gana su vida sino obrando como vos: el solo que merece mi cólera es el que os oyó recitar este verso, y sufrió que ultrajaseis a un igual suyo.» Para más tranquilizarle le hizo el príncipe nuevas dádivas, pero el poeta que no conocía bien toda la bondad de su carácter, no se atrevió a permanecer en Almeria, y dirigió a Al Motacim otros versos llenos de arrepentimiento: el príncipe prosiguió dispensándole mercedes.

pasó a Cuenca para estar más cerca de Abdelmelik. Pero fuese que no quisiera fiar la defensa de aquella ciudad a un príncipe tan débil como Abdelmelik contra un monarca tan valeroso y diestro como el cristiano, o fuese solo ambición, Al Mamun despojó a su deudo del trono y le tomó para sí (1065). Alzado el sitio de Valencia por los cristianos, volvióse Al Mamun a Toledo dejando encomendado el gobierno de aquella ciudad a Abu Bekr, hijo de Ebn Abdelaziz que había muerto. Este Abu Bekr se proclamó más adelante soberano independiente de Valencia, y era el que poseía aquel reino cuando Alfonso VI. se puso sobre aquella ciudad.[737]

A Mohammed ben Afthas el de Badajoz, llamado Almudhaffar, sucedió en 1068 su hijo Yahia, nombrado Almanzor como su abuelo; que este honroso sobrenombre se hizo común entre los emires o reyes de estos pequeños estados, y aplicábanselе con frecuencia desde que le llevó con tanta gloria el gran ministro y regente del califa Hixem. Mas como hubiese quedado de gobernador de Evora su hermano Omar Al Motawakil, estallaron pronto desavenencias entre los dos hermanos, de que nos tocará hablar en la historia de la España cristiana, viniendo por último a reinar en Badajoz Al Motawakil, el postrero de la dinastía Afthasida (1081).

Continuaba Al Motadhi el de Sevilla engrandeciendo sus estados a costa de los de Málaga y Granada y de los señores de otras pequeñas comarcas vecinas. Ayudábale en sus expediciones de conquista su hijo Mohammed, aquel sobre quien había recaído el horóscopo fatal, y como ya entonces comenzara a sonar la fama de los Almorávides de África, no dudaba Al Motadhi que aquellas gentes serían las que habían de eclipsar la estrella de su dinastía según el pronóstico de los astrólogos, lo cual no dejaba de llenar su corazón de amargura y zozobra en medio de sus triunfos. Nuevas revoluciones estallaron en Málaga, y el viejo rey Edris ben Yahia fue fácilmente desposeído por su sobrino Mohammed ben Alcasim el de Algeciras, que continuó la guerra contra los BeniAbed de Sevilla. Murió Habus el de Granada, y su hijo Badis ben Habus, enérgico, noble y brioso como su padre, guerreó también valerosamente contra el sevillano, y supo mantener la integridad de su territorio. Llególe también su hora al terrible y ambicioso Abed Al Motadhi de Sevilla (1069). Aquel hombre codicioso, falso, disipado y cruel, que por tan pérfidos medios se había apoderado de Córdoba, tenía el sentimiento de la familia, y le mató la pesadumbre de haber perdido a su hija querida Thairah, joven de maravillosa y singular hermosura. Empeñóse en que el cortejo fúnebre había de pasar por delante de su palacio, y aunque la fiebre le tenía postrado en cama, no pudo contenerse y se levantó y asomó a una ventana para presenciar la ceremonia funeral: causóle el espectáculo sensación tan viva y profunda que hubo que retirarle casi exánime, y a los dos días siguió a su hija a la tumba.

Sucedióle su hijo Abul Casim, el del horóscopo fatídico, que entre otros títulos tomó el de Al Motamid Billah (el fortalecido ante Dios). Valeroso, magnífico y liberal, dulce y humano en la victoria, literato y protector de los hombres de letras, en lo cual rivalizaba con Al Motacim el de Almería, pero ambicioso también, político y astuto, supo el nuevo monarca ganarse el afecto de sus súbditos, y restituyó a sus hogares A todos los que la crueldad de su padre tenía desterrados. Criticábanle, no obstante, como a aquel, porque también bebia vino y lo permitía beber a sus tropas para animarlas a los combates, y además gustaba de la sociedad de los judíos y de los cristianos. Veremos más adelante las relaciones que con estos últimos sostuvo, y la intervención que en ellas le tocó ejercer a su hija Zaida. Habíale recomendado su padre en el lecho de muerte que se guardara mucho de los Lamtunas o Almorabitinos, (los que después conoceremos bajo el nombre de Almorávides), y que cuidara de asegurar bien y guardar las llaves de España, Gibraltar y Algeciras, y sobre todo que trabajara por reunir y concentrar en su sola mano el fraccionado imperio de España, que le pertenecía como señor de la imperial Córdoba[738].

Tal era en general la situación de los pequeños estados musulmanes formados sobre los escombros del desmoronado imperio de los Ommiadas. Importábanos conocer las principales

737 Ésta es la relación que hace Dozy en sus Investigaciones (t. I. p. 808 y sig.) enteramente diversa de la de Conde (part. III. c. 5.)

738 Conde, part. III. c. 5.

divisiones en que quedó partida la España musulmana, las familias y dinastías que en cada región prevalecieron, las escisiones y guerras que tuvieron entre sí, y el poder de cada uno de aquellos príncipes, no solo por lo que respecta a la historia muslímico-española, sino para comprender lo mejor posible la de la España cristiana en este oscuro y complicadísimo período.

CAPÍTULO XXII.
FERNANDO I. DE CASTILLA Y DE LEÓN.
De 1037 a 1065.

Cómo se captó Fernando el afecto de los leoneses.—En qué empleó los primeros años de su reinado.—Medidas de gobierno interior.—Concilio de Coyanza en 4050.—Sus principales cánones.—Confirmación de los fueros de Castilla y León.—Guerra con su hermano García de Navarra.—Batalla de Atapuerca, en que muere García.—Noble conducta de Fernando antes y después de esta guerra.—Primeras campañas de Fernando contra los sarracenos.—Conquistas de Viseo, Lamego y Coimbra.—Sus campañas en el centro de la península.—Sitio de Alcalá de Henares.—Humilde súplica del rey musulmán de Toledo.—Campaña contra el rey mahometano de Sevilla.—Humillación de Ebn Abed.—Historia de la traslación del cuerpo de San Isidoro de Sevilla a León.—Testamento de Fernando. Distribución de reinos.—Campaña y sitio de Valencia.—Sorpresa de Paterna.—Enfermedad de Fernando.—Se retira a León.—Religiosa y ejemplar muerte de este gran monarca.

Dejamos en el capítulo XX. a Fernando, primero de este nombre, hijo de Sancho el Grande de Navarra, posesionado de las dos coronas de Castilla y de León, heredada esta última por su esposa la princesa doña Sancha, por haberse extinguido en Bermudo III. su hermano, la línea masculina de Alfonso el Católico, y adquirida la primera por extinción también de la línea varonil de los condes de Castilla y por herencia de otra princesa castellana, esposa de su padre Sancho, viniendo a ser de este modo dos hembras el lazo que unió las familias de Navarra, Castilla y León, la base y principio de la unidad de la monarquía española, cuyo complemento, no obstante, habrá de diferirse todavía siglos enteros.

Quedaba con esto don Fernando el más poderoso de los reyes cristianos de España. Y si bien al principio le miraban muchos leoneses con alguna desafección, nacida del natural sentimiento de faltarles la antigua y gloriosa dinastía de sus reyes propios y de considerarle de algún modo como extranjero para ellos, dedicóse este prudente monarca, después de conquistada la ciudad, a conquistar los corazones de sus nuevos súbditos, ya gobernando con dulzura y con justicia, ya confirmándoles los buenos fueros que les había otorgado Alfonso V., ya añadiendo otros conformes a sus costumbres, ya también halagándolos con anteponer en algunos diplomas el título de rey de León al de Castilla, aunque posterior aquel a éste respecto a su persona. A pesar de esto, avezados algunos magnates y poderosos a revolucionarse fácilmente contra sus reyes y señores, no dejaron de darle algunas inquietudes; hay quien señala entre aquellos al conde Laín Fernández: pero la prudencia y vigor del nuevo monarca redujeron tales conatos a inútiles tentativas, y el orden y la subordinacion se conservaron en ambos reinos.

Consagróse, pues, Fernando en los primeros años de su reinado a moralizar las costumbres, a restaurar las antiguas leyes góticas, a organizar su antiguo y nuevo estado y a cuidar del orden y la disciplina de la iglesia[739]. Si la historia no nos ha trasmitido las particulares medidas que dictó para estos objetos, hallámoslas como compendiadas en el concilio de Coyanza (hoy Valencia de Don Juan), diócesis de Oviedo, celebrado por este monarca en unión con la reina Sancha en 1050, y con asistencia de todos los obispos, abades y próceres o magnates del reino, *ad restaurationem nostræ christianitatis:* asamblea a la vez religiosa y política como las de Toledo del tiempo de los godos, y en que se ordenaron trece cánones o decretos, algunos de ellos importantísimos para la historia, relativos unos a negocios eclesiásticos, otros al orden político y civil[740]. Notaremos las principales disposiciones de este concilio.

739 Muchos historiadores, y entre ellos Mariana, suponen a este monarca desde los primeros años en guerra con los infieles. Esto no se conforma ni con las historias árabes ni con las crónicas cristianas más antiguas.

740 Los obispos que asistieron fueron los siguientes: Froilán de Oviedo, Diego de Astorga, Cipriano de León, Siro de Palencia, Gómez de Huesca, Gómez de Calahorra, Juan de Pamplona, Pedro de Lugo y Cresconio de Compostela. No sabemos cómo pudo encontrarse aquí el de Pamplona. Habíalos también de ciudades ocupadas todavía por los árabes. El de Huesca, nombrado en el acta Visocensis, acaso por Oscensis, fue probablemente el que Ferreras tomó por de Viseo, deduciendo de aquí que el concilio de Coyanza había sido posterior a la conquista de esta ciudad por Fernando, que es error manifiesto.

Mándase en el primer decreto [*título* que se dice en el acta), que cada obispo desempeñe convenientemente su ministerio con sus clérigos en su respectiva diócesis.

Ordénase en el segundo que todos los abades y abadesas, monjes y monjas se rijan por la regla de San Benito; y que todos con sus monasterios estén sujetos a los obispos.

El tercero sujeta a todas las iglesias y clérigos a la jurisdicción episcopal, quitando a los legos toda potestad o autoridad sobre ellas. Prescribe el servicio personal, de libros y ornamentos que han de tener las iglesias y los altares: da reglas para el sacrificio de la misa; designa cómo han de vestirse los clérigos, mándales llevar siempre la corona abierta y la barba rapada, les prohibe el uso de armas de guerra, y tener en su casa otra mujer que no sea madre, hermana, tía o madrastra.

Preceptúa el quinto a los sacerdotes que no vayan a las bodas a comer sino a echar su bendición; que los clérigos y legos convidados a comer a las casas mortuorias no coman el pan del difunto sino haciendo alguna obra buena por su alma, y dando participación a los pobres.

En el sexto, después de aconsejar a los cristianos que asistan a las vísperas los sábados por la tarde y a la misa los domingos, se manda que no anden por los caminos como no sea para enterrar los muertos, visitar los enfermos, o por orden del rey, o para resistir alguna invasión sarracena; y que los cristianos no cohabiten con judíos ni coman con ellos. El noveno exceptúa a los bienes de las iglesias de la ley trienal de la prescrición, y el duodécimo devuelve a los templos el derecho de asilo en conformidad a la ley gótica.

Versan los séptimo, octavo y decimotercero sobre negocios de gobierno político y civil. Estos dos últimos son de especial importancia histórica. «Ordenamos, dice el octavo, que en León y sus términos, en Galicia, en Asturias y en Portugal se juzgue con arreglo a lo establecido por el rey Alfonso para los homicidios, robos y todas las demás caloñas. En Castilla adminístrese la justicia de la misma manera que en los días de nuestro abuelo el duque Sancho.»—«Mandamos, dice el decimotercero, que todos, grandes y pequeños, no solo respeten la justicia del rey, sino que sean fieles y rectos como en los tiempos del señor rey Alfonso y se rijan de la misma manera que entonces: pero los castellanos en Castilla sean para el rey como lo fueron para el duque Sancho. El rey por por su parte los gobierne como el mencionado conde Sancho. Y confirmo todos aquellos fueros que a los moradores de León otorgó el rey Alfonso, padre de la reina Sancha mi esposa. El que ésta nuestra constitución quebrantare, rey, conde, vizconde, merino o sayón, eclesiástico o seglar, sea excomulgado, etc.»[741]

Por lo decretado en esta asamblea, aparte de lo perteneciente a la disciplina eclesiástica, se ve cómo el monarca garantía y confirmaba a cada uno de los dos estados reunidos el uso y ejercicio de sus respectivos privilegios y fueros, dando al propio tiempo testimonio del respeto que le merecían así los pueblos como los reyes sus antecesores. Pasó, pues, Fernando el primer período de su reinado en afianzar la pacificación interior de sus reinos, en sofocar las tendencias de los magnates a la rebelión, en dictar reformas para el clero, en establecer las bases de la legislación, renovando la de los visigodos y agregando a ella la que las nuevas necesidades de sus pueblos exigían, y en cuidar además con la solicitud de padre y con el esmero de rey de la educación de sus hijos. Eran estos, Urraca, a quien había tenido tres años antes de su advenimiento al trono de León; Sancho, que nació en el mismo año de su coronación; Elvira (en latín Geloira), Alfonso y García. A cada uno de estos hijos procuraba darle la educación más adecuada a su edad y a su sexo, con arreglo a las costumbres de la época y a lo que el estado de la ilustración entonces permitía; a las hijas haciéndolas instruir en las labores propias de mujeres y en los ejercicios de religión y de piedad, y a los varones amaestrándolos en el manejo de armas y caballos y en los deberes a que pudieran ser llamados algún día.

Fatalidad fue de Fernando, como lo había sido de los Alfonsos y de los Ordoños, y lo era para España, tener que desnudar el acero antes contra sus propios deudos y hermanos que contra los enemigos naturales de su patria y de su fe. Por desdicha fue así, y esta desdicha perseguirá todavía por mucho tiempo a esta nación tan heroica como desventurada. La partición de reinos hecha por

---

741 Aguirre, Collect. Max. Concil.

Sancho el Grande de Navarra, sin duda con mejor intención y fe que con prudencia y tino, y que muy pronto había comenzado a dar amargos frutos con las funestas disidencias entre los hermanos coherederos de Aragón y de Navarra, prodújolos aún más amargos, si bien algo más tarde entre, los de Navarra y Castilla. Tiempo hacía que estaba viendo en secreto con envidiosos ojos el rey García de Navarra una tan bella porción como la de los dos reinos unidos de Castilla y León en manos de su hermano Fernando. Aunque parecía distraído de este pensamiento, ocupado como se hallaba en unión con su esposa Estefanía en embellecer con grandes edificios y suntuosos templos la ciudad de Nájera, que habían hecho corte y residencia real, no por eso habían dejado de devorarle la ambición y los celos, pasiones de que tan difícilmente se suelen desnudar los príncipes, hasta que un suceso vino a ponerle en ocasión de revelar designios que había tenido encubiertos y en tentación de cometer un acto de insidiosa perfidia.

Habiendo enfermado este monarca, creyóse Fernando en el deber fraternal de pasar a visitarle a Nájera (1053). Mas no bien hubo llegado, sugirió su presencia a García tentaciones siniestras contra su hermano, y aún hubo de proceder a dar órdenes para la ejecución de su mal pensamiento. Con todo, no debieron ser tan reservadas que de ellas no se apercibiese el castellano, lo cual le movió a dejar apresuradamente aquella mansión y volverse a sus dominios con la fortuna de haber prevenido y frustrado oportunamente todo criminal intento contra su persona. Hizo la casualidad que a poco tiempo enfermara a su vez Fernando; y García, ya restablecido, quiso volverle la visita, como el medio más propio para disipar cualesquiera sospechas que sobre él hubiera podido concebir su hermano. Grandes pruebas o gran convencimiento debía tener Fernando de las desleales intenciones de García, cuando procedió a ponerle en prisión y a encerrarle en el castillo de Cea[742]. Mas habiendo logrado el navarro evadirse de la prisión sobornando a la guardia encargada de su custodia, y ponerse en cobro en sus estados, rebosando de indignación y de despecho ya no pensó en más que en hacer guerra abierta a su hermano. Comenzó por devastar a mano armada las tierras fronterizas del de Castilla, el cual por su parte reunió grande ejército con el fía de castigar, o por lo menos de reprimir semejantes agresiones. Todavía, sin embargo, quiso emplear los medios de la persuasión para ver de evitar un formal rompimiento, y despachó a García personas respetables y prudentes que le recordaran la sangre común que por las venas de ambos corría, que le hicieran ver cuánto importaba el mantenimiento de la paz entre hermanos, que cada cual podía vivir tranquilo y feliz en los dominios que su padre les había señalado, y que meditara por último que en el caso de obstinarse no era posible que sus tropas, inferiores en número como eran, pudiesen resistir a la muchedumbre de las que Castilla tenía dispuestas contra él. Desoyó el navarro en su ciega cólera tan justas y racionales proposiciones, y en lugar devenirse a buenas como la razón y la conveniencia le dictaban, cometió el atentado de hacer prender los legados, si bien mudó luego de propósito, y poniéndolos en libertad: *«Andad, les dijo con arrogancia, id ahora a buscar a vuestro señor, que cuando yo venza a este, os volveré a traer prisioneros como ovejas de un rebaño.»*

Fiaba García en el valor de sus navarros, fiaba en los aliados musulmanes que había logrado atraer a su partido, y fiaba en que él mismo era tan hábil general como soldado valeroso. Con esta confianza rompió con su ejército por tierra de Burgos en busca de su hermano, y estableció su campamento en Atapuerca, a cuatro leguas de aquella ciudad, y a la vista de las huestes castellanas que acampaban en aquel valle. Todavía Fernando, más, a lo que es de creer, por generosidad y nobleza de sentimientos que por temor, renovó a su hermano las proposiciones de paz, y aún envió a su campo a dos venerables varones, San Ignacio, abad de Oña, y Santo Domingo de Silos, a intento de ver si con sus santas palabras hacían desistir de su temerario empeño al obstinado García. Inútiles fueron también los piadosos esfuerzos de tan virtuosos prelados. El malhadado rey de Navarra corría desbocado a su perdición como aquellos hombres a quienes parece arrastrar a su

742 No Ceya, como escriben Mariana, Romey y otros. Ceya está en Navarra, cerca de Pamplona. El redactor de la parte histórica del Diccionario de Madoz ha aplicado con más acierto este suceso a la villa nombrada Cea, en la provincia de León, pero ha cometido al mismo tiempo dos graves equivocaciones, la una en suponer acaecido este hecho en 1040, habiendo sido en 1053, y la otra en llamar al rey prisionero Sancho García, siendo García Sánchez.

ruina un destino fatal. Frustradas todas las tentativas de avenencia por parte del monarca castellano, la batalla se hizo inevitable, y la batalla se dio.

Al primer albor de la mañana (1 de setiembre de 1054), entre la confusa gritería de ambas huestes mezcláronse los peleadores y se cruzaron con furor las espadas. En el calor de la pelea viose a un anciano y venerable navarro arrojarse lanza en ristre, sin casco y sin coraza, en lo más cerrado de las filas enemigas, como quien busca desesperado la muerte, que recibió con la imperturbabilidad de quien la deseaba. Era el ayo del rey don García, el que le había educado en su niñez, que después de haberle exhortado con enérgicas razones a que desistiese de aquella guerra, viendo la ineficacia de sus consejos, no quiso sobrevivir a la pérdida de su patria y a la muerte de su señor que preveía, y se anticipó a morir como bueno. Una cohorte de caballeros leoneses, antiguos allegados al rey Bermudo, y particularmente adictos a la causa de su hermana la reina doña Sancha, de los que se habían hallado en la batalla de Tamarón, se abrieron paso con sus lanzas a través de los dos ejércitos, y llegando a donde se hallaba don García rodeado de un grupo de valientes navarros, se precipitaron sobre ellos y los arrollaron, derribando de su caballo al rey, que cayó al suelo acribillado de heridas. Quedáronle al temerario monarca tan solamente algunos momentos de vida, que aprovechó para confesarse con el abad de Oña, uno de los dos santos prelados cuya misión de paz no había querido escuchar antes el acalorado rey.[743]

Tal fue el fruto que de su tenacidad sacó el monarca navarro García Sánchez, conocido por el de Nájera, en los campos de Atapuerca, que la tradición designa todavía hoy con el nombre de campos de la Matanza. Muerto García, gritaron victoria los castellanos, y desalentáronse y huyeron los navarros y sus auxiliares. Fernando ordenó que se persiguiera a los fugitivos cristianos de modo que se les diera tiempo para salvar sus vidas: los sarracenos auxiliares quiso que fuesen tratados con todo el rigor de las leyes de la guerra, y los que no fueron acuchillados quedaron cautivos. Hizo Fernando recoger y trasportar el cadáver de su hermano a Nájera, y enterróle en la iglesia de Santa María, edificada y dotada por él[744]. Pudo Fernando después de esta victoria haberse hecho acaso sin gran dificultad dueño del reino de Navarra: moderado anduvo en haberse contentado con Nájera y con los pueblos de la derecha del Ebro: de todo lo demás puso él mismo en posesión a su sobrino Sancho, el primogénito de su desventurado hermano García.

Desembarazado de esta guerra, y deseando ya medir sus armas con los infieles, regresado que hubo el victorioso castellano a sus antiguos dominios, preparó sus huestes para la campaña que emprendió la primavera siguiente (1055), pasando el Duero y el Tormes, y penetrando en las provincias de la Lusitania ocupadas por los musulmanes[745]. Apoderóse desde luego por asalto de la fortaleza de Sena (hoy Cea) en la provincia de Beira. Desde allí continuó haciendo devastadoras correrías y tomando poblaciones, sin darse ni dejar más descanso que el que el rigor de las estaciones le obligaba a hacer, y que empleaba en atender a los negocios interiores de su reino. Atrevióse ya en 1057 a poner sitio a Viseo, ante cuyos muros una flecha fatal había dado treinta años hacía una muerte prematura a su suegro Alfonso V. de León. Terrible fue la resistencia que le opusieron los sitiados. Aquellos ballesteros musulmanes eran tan diestros y certeros, que a más de no errar un golpe de saeta arrojábanlas con violencia tal, que no había casco ni coraza tan dura que no la traspasaran, lo cual obligó a los sitiadores a armarse de triples corazas y de escudos forrados

743 Hemos tomado la relación de estos sucesos principalmente del monje de Silos, Chron n. 82 y 83, con la cual concuerda Lucas de Tuy. Al decir del Silense, Fernando de Castilla había manifestado a aquellos caballeros su deseo de que le entregaran vivo más bien que muerto a su hermano; pero ellos y la reina deseaban vengar con sangre la que él había hecho verter a Bermudo en los campos de Tamarón. El arzobispo don Rodrigo lo cuenta con algunas variantes. Nos merece en esto más fe el Silense, por ser escritor contemporáneo.

744 Tuvo el rey García Sánchez ocho hijos, cuatro varones y cuatro hembras; Sancho, Ramiro, Fernando y Raimundo, y Urraca, Ermesinda, Jimena y Mayor. La reina doña Estefania sobrevivió tres años y medio a su esposo.

745 Mortuo fratre, dice el monje de Silos, jam securus de patria reliquum tempus in expugnandos barbaros... agere decrevit. Esto unido a lo que antes había dicho este cronista, que «pasó diez y seis años sin salir de los límites de su reino ni emprender nada contra extrañas gentes», demuestra que los historiadores españoles, Mariana, Sandoval, Ferreras y otros han puesto indebidamente las campañas de Fernando en Portugal antes que la guerra con su hermano García.

de madera. Habíase provisto también Fernando de cuerpos de honderos. Merced a estos medios y al arrojo de los castellanos la plaza fue entrada a viva fuerza, y sus habitantes y defensores o pasados a cuchillo o hechos cautivos. Entre estos últimos se hallaba todavía el que disparó el mortífero venablo que puso fin a la preciosa vida de Alfonso V. Dicen que el rey, después de sacarle los ojos, le hizo cortar ambas manos y un pie; venganza que querríamos no ver ejecutada por un príncipe cristiano, pero que en aquellos y aún en muy posteriores tiempos se consideraba y aplaudía como un rasgo de celo religioso y de piadosa y justa severidad[746]. A la toma de Viseo siguió algunos meses después la de Lamego, ciudad situada cerca del Duero, y tenida por casi inexpugnable en razón a sus elevados muros. Nada arredró a los castellanos y leoneses, y abierta brecha en aquellas altísimas murallas, posesionáronse dela ciudad matando y cautivando según costumbre. Lo mejor de los despojos fue de orden del piadoso monarca destinado al servicio de las iglesias y «de los pobres de Cristo,» según la expresión de la crónica[747].

Alentado Fernando con estos triunfos, concibió el proyecto de apoderarse de Coimbra. Era Coimbra la ciudad más importante y como la capital de todas aquellas posesiones musulmanas. Para prepararse a tan gloriosa empresa como cumplido y fervoroso cristiano pasó el rey de Castilla a visitar el sepulcro del santo apóstol Santiago, a quien dirigió por espacio de tres días y tres noches humildes y fervientes oraciones implorando por su intercesión el auxilio divino en favor de las armas españolas. Hecho esto, volvió a poner sitio a Coimbra (enero de 1058), lleno de esperanza y de fe. No le fue, sin embargo, la toma de la ciudad tan fácil como acaso se habría imaginado. Costóle siete meses de asedio, al cabo de los cuales el hambre y la penuria, a lo que se cree, obligaron a los sitiados a pedir capitulación (24 de julio), que el monarca cristiano les otorgó, fijándose en los dos días siguientes las condiciones, reducidas a que los habitantes entregarían la plaza al monarca cristiano, saliendo ellos con sus mujeres y sus hijos y el dinero necesario para su viaje. Fueron, no obstante, más de cinco mil sarracenos entregados al vencedor en calidad de cautivos, y el domingo 26 de julio hizo su entrada solemne en Coimbra, acompañado de la reina doña Sancha, de los obispos de Compostela, Lugo, Viseo y Mondoñedo, y de otros principales personajes.[748]

Dueño Fernando de Coimbra, encomendó el gobierno de la ciudad y su comarca a un tal Sisnando, que en su juventud había sido hecho prisionero en Portugal por Ebn Abed rey de Sevilla; en cuya ciudad había llegado por su mérito y sus luces a obtener de tal modo el favor del emir, que además de haberle confiado éste importantes cargos, vino a hacerle su más íntimo consejero. Habíase puesto después Sisnando en relaciones con el rey de Castilla y de León, y como Sisnando conocía bien la religión, las costumbres-y la lengua de los árabes, parecióle al rey a propósito para gobernar así a los cristianos como a los musulmanes que quedaron en la jurisdicción y distrito de Coimbra, donde les permitió seguir viviendo bajo ciertas condiciones. Sisnando gobernó sabiamente aquel territorio, haciéndose respetar igualmente de mahometanos y cristianos, bajo el título que adoptó de alvasir, españolizando el vazzir de los árabes. Bajo la administración de este singular personaje fue agrandada y embellecida Coimbra con magníficos monumentos.

Fernando volvió a dar gracias al apóstol Santiago por el feliz éxito de su empresa, y regresando a León celebró una asamblea de magnates para deliberar, al modo que lo hizo en otro tiempo Ramiro II., a qué punto de los dominios mahometanos convenía llevar la guerra. Tomado el

746 Mon. Sil. Chron. n.85y 86.

747 Id. n. 87.—Chron. Conim bric. pág. 337.—Flórez, Esp. Sa grada, tom. 44.—Ribeiro . Dissert. Chronolog. e crit. Sobre a hist. de Portugal, t. IV.

748 Chron.Complut. p. 316.—Mon. Silens. h. 89.—Flórez, Esp. Sagr. Tom. 44, p. 90 y siguientes. Otros difieren la conquista de Coimbra hasta el año 1064.-Los anotadores de Mariana en la edición de Valencia dicen: «Las antiguas crónicas cuentan que en la mezquita mayor de Coimbra después de su purificación fue armado caballero Rodrigo Díaz de Vivar llamado el Cid, por el rey Fernando, y describen el ceremonial de esta función. Lo cierto es que en la escritura de Lorbaon confirma el Cid, siendo esta la primera memoria verídica que de él se encuentra (tom. III., pag. 280 nota).» La escritura que se cita es de una gratificación que hizo el rey a los monjes de Lorbaon por el socorro de víveres que le suministraron para el sitio de Coimbra, que publicó en castellano Sandoval en los Cinco Reyes, p. 12.

competente acuerdo, salió el ejército cristiano a campaña la primavera siguiente (1059), y tomó a San Esteban de Gormaz, tan disputada dos siglos hacía por musulmanes y cristianos, a Vadoregio, Aguilar y Berlanga. Prosiguió hacia Medinaceli, destruyó castillos y poblaciones, derribó las cabañas o aduares que los sarracenos tenían para proteger y guardar los ganados, demolió la línea de atalayas que de trecho en trecho habían construido, pasó la frontera de Cantabria (1060), y revolviendo otra vez hacia el reino de Toledo, traspuso a Somosierra, taló los campos de Uceda y Talamanca, recogiendo rebaños, cautivando hombres, mujeres y niños, llevando la devastación por todas partes, y no dando reposo ni a los musulmanes ni a sus soldados. Guadalajara, Alcolea, Madrid, todas las poblaciones musulmanas situadas en los valles o a las márgenes del Henares, del Jarama y del Manzanares, fueron teatro de las terribles correrías del monarca y ejército castellano, que por último puso estrecho cerco a la importante ciudad de Ál-Kalaa-en-Nahr (altura o fortaleza del río), de que le vino el nombre que hoy tiene de Alcalá de Henares.

Había ya el rey de Castilla desmantelado a hierro y fuego los edificios exteriores, ya el ariete había desmoronado una parte de sus muros, cuando en tal aprieto despacharon los sitiados una embajada al rey de Toledo, que lo era entonces Al Mamun, suplicándole los libertase por cualquier medio del rudo enemigo que en tan apretado trance los tenía, y que lo hiciese pronto si no quería que a la pérdida de Alcalá siguiese la de todo el reino de Toledo. Hecho cargo Al Mamun del peligro, y escuchando los consejos de los más prudentes, reunió una inmensa cantidad de oro y plata acuñada, telas y vestidos riquísimos, y habiendo obtenido un salvoconducto del monarca cristiano, pasó muy cortesmente en persona al campo del rey, y admitido a su presencia le rogó que aceptase aquellos presentes y que levantara mano en la devastación de las fronteras de su reino. Aún hizo más el musulmán toledano. Para mover al rey de Castilla a que dejase más pronto en paz sus dominios le dijo que él y sus estados quedaban desde aquel momento bajo la protección y amparo del monarca leonés. Fernando, si bien no confiaba mucho en las palabras del sarraceno, como que de todos modos por ser llegada la estación fría pensaba regresar a sus dominios, aceptó el presente y la oferta, y volvió cargado de botín a Tierra de Campos, como en otro tiempo Alfonso III. se había retirado cargado de riquezas de debajo de los muros de Toledo[749].

Aprovechó Fernando aquel período de reposo dedicándole a las mejoras interiores de su reino: restauró a Zamora, arruinada como León en los calamitosos tiempos de Almanzor, y en esta última ciudad reconstruyó de cal y canto la iglesia de San Juan Bautista, ya reedificada de tierra cuarenta años antes por Alfonso V. que había hecho colocar en ella los cuerpos de los reyes sus predecesores. Fernando, a ruegos de la reina Sancha, que tenía especial devoción a este templo, destinóle también para panteón suyo y de su familia, y dispuso que fuesen trasladadas a él las cenizas de su padre Sancho el Mayor y de su cuñado Bermudo. Terminadas estas obras, y deseando el piadoso monarca aumentar la devoción del pueblo a aquel privilegiado santuario, determinó enriquecerle con las reliquias de los santos que existían en las ciudades dominadas por los infieles. Y como no esperase adquirirlas de otro modo que por la fuerza de las armas, juntó Fernando poderoso ejército, y encaminóse con él por la Extremadura y Lusitania y entróse por tierra de Andalucía esparciendo la devastación y el terror. Intimidado Ebn Abed el de Sevilla de quien eran los estados invadidos, y a quien hemos visto en guerra casi incesante con los de Málaga y Granada, salió al encuentro del castellano llevando consigo ricos presentes, que ofreció al monarca cristiano rogándole los aceptase y que dejara de hostilizar sus tierras y súbditos. Consultó Fernando con los prelados y principales caudillos la respuesta que debería dar, y como estos le aconsejasen que usara de mansedumbre hasta con los enemigos de la fe, aceptó el ofrecimiento del musulmán, mas no sin exigirle otro tributo de bien diferente índole, el que permitiera trasladar el cuerpo de la santa virgen y mártir Justa que desde la persecución de Diocleciano yacía en aquella ciudad. Accedió gustoso Ebn Abed a la

749 Este ofrecimiento de Al Mamun, que el monje de Silos expresa en estos términos: se et regnum suum suae potestati conmissum dedit, y que parecía constituirle en vasallo o tributario del rey de Castilla, ha sido sin duda el que dio ocasión a algunos escritores a suponer que Al Mamun había obrado como aliado de Fernando en las campañas sucesivas.

demanda, satisfecho de haber conjurado a tan poca costa la tempestad que le amenazaba, y hechas las paces tornóse Fernando con su victorioso ejército a León (1062).

Desde allí despachó a Sevilla una solemne embajada, compuesta del obispo de León Alvito, de Ordoño de Astorga, del conde Munio o Nuño, y de otros dos nobles personajes llamados Gonzalo y Fernando, con buena escolta, para que llevasen a ejecución lo pactado con Ebn Abed. Presentáronse estos ilustres comisionados al rey musulmán, el cual les dijo que en efecto se acordaba de lo ofrecido, pero que era el caso que el cuerpo de la mártir Justa no se encontraba. Vanas fueron también las diligencias y pesquisas que por hallarle hicieron los enviados cristianos, lo que les dio no poco desconsuelo. Cuentan que en tal aflicción el obispo Alvito exhortó a sus compañeros a que por tres días consecutivos de ayuno y oraciones procurasen mover a Dios a que no hiciese inútil su piadoso viaje, revelándoles dónde se ocultaba el sagrado tesoro que iban buscando. Parecióles bien el pensamiento, y practicáronlo así los enviados del rey. La crónica añade que las tres noches se le apareció en sueños al venerable Alvito un hombre con una respetable cabellera blanca, ceñida su frente con la mitra episcopal, que con gran majestad y dulzura le dijo: «Sé que el intento con que tú y tus compañeros habéis venido es el de llevar el cuerpo de la bienaventurada mártir Justa. Mas ten por cierto que la voluntad de Dios es que las reliquias de la santa queden aquí para consuelo y amparo de esta ciudad. Sin embargo, no quiere la bondad divina que os volváis con las manos vacías a vuestra patria, pues desde ahora os concede mi propio cuerpo; tomadle pues, y llevadle a la corte de León.» Preguntó entonces Alvito a aquel venerable prelado quién era, y él respondió: «Yo soy el doctor de las Españas, Isidoro, que fui en otro tiempo obispo de esta ciudad.» Y dicho esto, desapareció el santo anciano con toda la majestad y claridad que traía. Dicen también que en la segunda aparición señaló el santo obispo el lugar donde estaba su sepulcro hiriendo la tierra tres reces con el báculo que llevaba, y que en confirmación de ser verdad cuanto decía pronosticó a Alvito que hallado el sepulcro y sacadas las reliquias, le atacaría una enfermedad, la cual a los pocos días le enviaría a participar con él de la corona de la gloria.[750]

Todo, dice la crónica, se verificó tal como el venerable prelado godo lo había revelado al de León. La caja de enebro en que reposaban los restos de San Isidoro fue hallada en el sitio por él indicado, llenando de suavísima fragancia a todos los circunstantes como si hubiera caído sobre ellos un blando rocío de bálsamo; el obispo Alvito murió a los siete días en Sevilla, después de recibir los santos sacramentos y de haber encomendado la traslación del santo Cuerpo a sus compañeros. Obtenida, pues, la venia del soberano musulmán, fueron las sagradas reliquias del Santo Isidoro, junto con el cuerpo del obispo Alvito, trasladadas a León, donde el rey Fernando les tenía ya preparado un recibimiento solemne y pomposo, y aún él mismo con la reina y sus hijos, seguido del clero y el pueblo salió de la ciudad en procesión a recibir los sagrados cuerpos. El de San Isidoro fue depositado en la iglesia de San Juan Bautista, que desde aquel día tomó el nombre y advocación de aquel santo, y el del obispo Alvito lo fue en la de Santa María de Regla. El día de la ceremonia el rey agasajó con un banquete a todo el clero leonés, en el cual para dar un testimonio público de humildad y de devoción, él mismo, la reina y los príncipes sus hijos sirvieron a los convidados a la mesa, haciendo los oficios no solo de domésticos o criados, sino los reservados a los esclavos de ambos sexos que se cogían en la guerra. Acaeció el ruidoso suceso que acabamos de referir en diciembre de 1063[751].

Con motivo de la ceremonia de la traslación de las reliquias de la lumbrera de la iglesia goda San Isidoro, habían acudido a León los principales personajes de ambos reinos, y aprovechando esta

750 El monje do Silos, que fue el primero que nos trasmitió la historia de este glorioso y extraño suceso, interrumpe varias veces su narración para decir: «Hablo cosas prodigiosas, pero contadas por los mismos que intervinieron en ellas: stupenda loquor, ab his tamen qui interfuere prolata.» «Cuento, exclama otra vez, cosas maravillosas, pero que recuerdo haber oído a los mismos que las presenciaron: mira loquor, ab his tamen, qui interfuere, me reminiscor audisse.» Véase también Risco en la Vida de San Alvito.

751 Pueden verse las Actas de esta traslación publicadas por el maestro Flórez.—Mariana, que además de sus muchos errores históricos en esta época, confunde y trueca a cada paso lastimosamente la cronología, pone el suceso de la traslación del cuerpo de San Isidoro antes del concilio de Coyanza celebrado en 1050.

ocasión el piadoso rey don Fernando, y sintiéndose ya en edad avanzada, reunió una asamblea más política que religiosa, a fin de repartir el reino entre sus hijos, para que a su muerte pudieran vivir con tranquilidad y en buena armonía. En esta distribución, en que tal vez se propuso imitar a su padre, no considerando bien los males y excisiones que aquella había ocasionado entre los hermanos, adjudicó a Alfonso, que aunque no era el mayor era a quien amaba con preferencia, todo el reino de León con los Campos Góticos o Tierra de Campos; a Sancho, que era el primogénito, le dio el reino de Castilla; hizo rey de Galicia a García, el más joven de todos; a Urraca, su hija mayor, le confirió en dominio absoluto la ciudad de Zamora, y a Elvira la de Toro, ambas sobre el Duero, con todos los monasterios de su reino para que pudiesen vivir en el celibato hasta concluir sus días.[752]

Decoró el piadoso monarca con lujo y esplendidez la iglesia ya dicha de San Isidoro; pasábase en ella muchas horas en oración, y solía mezclar su voz con las de los sacerdotes que cantaban las alabanzas divinas. Cuando iba al monasterio de Sahagún asistía con los monjes al coro, y más de una vez tomó humildemente asiento con ellos a la hora de la refección, participando como si fuese otro monje de la vianda preparada para la comunidad[753]. Su mano liberal estaba siempre abierta para socorrer a sacerdotes y clérigos, a las vírgenes consagradas a Dios, y en general a todos los pobres cristianos menesterosos.

Réstanos hablar de la última campaña contra los infieles con que este gran monarca terminó su glorioso reinado. Era, por el cotejo de las historias árabes y españolas, el año 1064, cuando penetró Fernando con su ejército en la antigua provincia Celtibérica, infundiendo nuevamente el terror en los sarracenos, talando campiñas, saqueando lugares, incendiando y destruyendo cuanto encontraba fuera de las ciudades amuralladas, llegando en su excursión delante de la ciudad de Valencia. Gobernaba este reino el débil Abdelmelik Almudhaffar, hijo de Abdelaziz, o por mejor decir, le gobernaba en su nombre su pariente Al Mamun el de Toledo. Sitiáronla los castellanos y leoneses. Un día fingieron estos levantar el sitio como quienes se retiraban convencidos de su impotencia para conquistar la ciudad. Cayeron los valencianos en el lazo, y haciendo una salida, vestidos con sus trajes de gala como si fuesen a divertirse con el ejército cristiano, dieron en la emboscada que Fernando astutamente les había preparado cerca de Paterna, y acometidos de improviso por los cristianos, gran número de ellos fueron acuchillados, siendo bastante afortunado su rey Abdelmelik para salvarse por la fuga[754]. Volvió Fernando después de este triunfo a estrechar el cerco de Valencia, y estaba a punto ya de tomarla, cuando hizo la mala suerte que le acometiera una enfermedad que le obligó a retirarse otra vez a León, donde no mucho antes había hecho que fuese trasladado el cuerpo del mártir San Vicente, hermano de las santas Sabina y Cristeta que se hallaban en Ávila.

Llegó, pues, Fernando a León un sábado, 24 de diciembre de 1065. A pesar de su quebrantadísima salud su primera visita fue al templo de San Isidoro, donde arrodillado ante los sepulcros de los santos mártires hizo fervorosa oración a Dios por su alma. De allí pasó al palacio a reposar algunas horas. A la media noche se hizo conducir otra vez a la iglesia, donde asistió a la misa solemne de la natividad del Señor, y después de haber comulgado hubo que llevarle en brazos

752 Mon. Sil. Chron. n. 403.—Pelag. Ovet. Chron.

753 Cuenta el Silense que en uno de estos días, habiendo bendecido el abad en las ánforas el vino que se había de servir a la mesa, según costumbre, hizo presentar al rey una copa de aquel vino. El rey la dejó caer por descuido, y como era de cristal se rompió en mil piezas. Entonces llamó a uno de sus pajes, y le mandó llevar la copa de oro en que él bebía ordinariamente, y poniendola sobre la mesa la regaló a los padres en reemplazo de la que había roto.

754 De esta sorpresa de Paterna, de que no hablan nuestras crónicas nos ha dado noticia el árabe Ibn-Bassan, escritor contemporáneo, MS. de Gotha, citado por Dozy.—A la nueva de este desastre fue cuando acudió Al Mamun el de Toledo a Cuenca a proteger a su pariente Abdelmelik, y considerándole poco hábil para defender la ciudad contra tan poderoso enemigo como Fernando, le depuso y encerró en la fortaleza de Cuenca, alzándose con su reino luego que levantó el sitio Fernando, según en el anterior capítulo expusimos. Así pues, según Ibn-Bassán, el escritor más inmediato a los sucesos que se conoce, Al Mamun no fue a Valencia como aliado de Fernando, que es lo que se había creído hasta ahora, sino como protector de Abdelmelik, aunque la ambición le convirtió pronto de auxiliar en usurpador de su reino.—Almakari habla también de la batalla de Paterna, que indica igualmente Ebn Hayan.

a su lecho. A la mañana siguiente, al apuntar el día, presintiendo cercano su fin, convocó a los obispos, abades y religiosos de la corte para que fortificasen su espíritu en aquel trance supremo, y todavía otra vez se hizo trasportar al templo en compañía de aquellos venerables varones, revestido de todas las insignias reales. Allí arrodillado ante el altar de San Juan, alzando los ojos al cielo, pronunció con voz clara y serena estas memorables palabras: *«Vuestro es el poder, Señor, vuestro es el reino, vos sois sobre todos los reyes, y todos los imperios del cielo y de la tierra están sujetos a vos. Yo os devuelvo, pues, el que de vos he recibido, y que he conservado todo el tiempo que ha sido vuestra divina voluntad. Ruegoos, Señor, os dignéis sacar mi alma de los abismos de este mundo y recibirla en vuestro seno.»* Y dicho esto, se desnudó del manto real, se despojó de la corona de piedras preciosas que ceñía su frente, y recibiendo el oleo santo de mano de los obispos, trocó el manto por el cilicio y la diadema por la ceniza, y prosternado y con lágrimas imploró, la misericordia del Señor, a quien entregó su alma a la hora sexta del tercer día de pascua, fiesta de San Juan Evangelista. Tal fue y tan ejemplar y envidiable la muerte del primer rey de Castilla y de León, a los 28 años y medio de haber ceñido la segunda corona, cerca de 31 de haber llevado la primera. Fue enterrado en el panteón de la iglesia de San Isidoro que él había hecho construir[755].

Bajo el cetro vigoroso de Fernando I. adquirieron gran preponderancia los reinos cristianos de Castilla y de León, y su reinado preparó la gloria de los siguientes. Con justicia, pues, es llamado Fernando el Magno el que fue uno de los príncipes más gloriosos que cuenta la España[756].

---

755 Mon., Sil., Chron. n.106. —Yepes, Coron. de la orden de San Benito.—Sandoval, Cinco Reyes.—Flórez, Esp. Sagr., y muchos otros.—La reina doña Sancha, señora no menos piadosa, prudente y amable que su marido, le sobrevivió solo dos años, y fue enterrada también en la misma iglesia de San Isidoro al lado de su esclarecido esposo, como se ve por los epitafios grabados en sus tumbas.—Anales Complut., Compostel. v Toledanos.

756 Hemos omitido el inverosímil e infundado suceso que cuenta la Crónica general y adoptó de lleno Mariana (1. IX., c. 5.), de la reclamación que en tiempo de este rey hicieron el papa y el emperador de Alemania para que Castilla se reconociera feudataria de aquel imperio, de las cortes que para deliberar sobre este extraño negocio, dice, reunió el rey Fernando, del razonamiento que en ellas hizo el Cid, de la resolución que a consecuencia de su discurso se tomó, del ejército de diez mil hombres que al mando de Rodrigo de Vivar pasó a Francia, de la embajada que aquel recibió en Tolosa, del asiento que allí se hizo para libertar a España del pretendido feudo, etc. por estar ya reconocido y probado de fabuloso todo este conjunto de bellas invenciones por los mejores críticos. Ferreras dijo ya: «Esta pretensión no es más que cuento, porque yo no he hallado, ni en los escritores germánicos, ni en otros de aquella edad rastro de tal in tento, etc,» Los ilustradores de la edición de Valencia dijeron también hablando de lo mismo: «Pero nuestros historiadores más atinados han desechado como fingida toda esta narración.» Y el doctor Sabau y Blanco dice con su acostumbrado desenfado sobre este capitulo de Mariana: «Todo este cuento es tomado de la Crónica general de España, que no tiene fundamento en ningún autor que merezca fe. Ninguno de los escritores de este tiempo hace mención de semejante suceso; y así debe despreciarse toda esta narración de Mariana como fabulosa.»

CAPÍTULO XXIII. LOS HIJOS DE FERNANDO EL MAGNO, SANCHO, ALFONSO Y GARCÍA.

De 1065 a 1085.

Juicio de la distribución de reinos que hizo Fernando I. de Castilla en sus tres hijos.—Guerra de Sancho de Castilla con sus primos Sancho de Aragón y Sancho de Navarra y su resultado.—Despoja Sancho de Castilla a sus dos hermanos Alfonso y García de los reinos de León y Galicia.—Aventuras de Alfonso VI. de León.—Su prisión: toma el hábito religioso en Sahagún: se refugia a Toledo, y vive en amistad con el rey musulmán.—Quita Sancho la ciudad de Toro a su hermana Elvira.—Sitia en Zamora a su hermana Urraca.—Muere Sancho en el cerco de Zamora.—Traición de Bellido Dolfos.—El Cid.—Es proclamado Alfonso rey de Castilla, de León y de Galicia.—Juramento que le tomó el Cid en Burgos.—Alianza de Alfonso VI con Al Mamun el de Toledo.—Toman juntos a Córdoba y Sevilla.—Piérdense otra vez estas dos ciudades.—Muerte de Al Mamun.—Resuelve Alfonso la conquista de Toledo.—Alianza con el de Sevilla.—Ofrece este su hija Zaida al monarca leonés y la acepta.—Ríndese Toledo al rey de Castilla.—Capitulación.—Entrada de Alfonso en Toledo.—Concilio.—Primer arzobispo de Toledo.—Conviértese la mezquita mayor en basílica cristiana.—Cambio en la situación de los dos pueblos cristiano y musulmán.

El ejemplo vivo y reciente de lo funesta que había sido la partición de reinos hecha por Sancho el Mayor de Navarra, ejemplo cuyas consecuencias fatales había experimentado en sí mismo su hijo Fernando, no sirvió a este de escarmiento, e incurrió, como hemos visto, en el propio error de su padre, rompiendo la unidad apenas establecida, y subdividiendo las dos coronas de Castilla y León, unidas momentáneamente en sus sienes, entre sus tres hijos Sancho, Alfonso y García, en los términos que en el anterior capítulo dejamos expresados. Creyó sin duda Fernando, y tal debió ser su propósito y buen deseo como acontecería a su padre, dejar de aquella manera más contentos a sus hijos, prevenir los efectos de la envidia y de la ambición entre ellos, y acaso se persuadió también de que distribuido el reino en pequeños estados, cada soberano podría regir con más facilidad el suyo y sostenerle con más energía contra los sarracenos o dilatar cada cual con más fuerza de acción sus respectivas fronteras. Si tal pensamiento tuvo, pudo más en él el buen deseo que la lección práctica de la experiencia, y mostróse poco conocedor del corazón humano. Faltaba por otra parte todavía el conocimiento y fijación de la sabia ley de la primogenitura para la sucesión al trono. Lo cierto es que la partición de reinos de Fernando encerraba, como vamos a ver, el germen de guerras tan mortíferas entre sus hijos como las que antes había ocasionado la distribución de su padre Sancho de Navarra.

Bien lo previeron algunos nobles leoneses, y entre ellos principalmente el prudente y experimentado Arias Gonzalo, los cuales habían intentado persuadir al rey que revocase aquella división. No escuchó el monarca el consejo, y en conformidad a su determinación el mismo día de su muerte fueron proclamados Sancho rey de Castilla, Alfonso de León, y García de Galicia y Portugal. Aunque descontento y quejoso Sancho, ya porque viese más favorecido en la partija a su hermano Alfonso, ya porque como primogénito se creyera con derecho a toda la herencia de su padre, no hubo todavía rompimiento entre los hermanos, ni se turbó su aparente concordia en algún tiempo, acaso porque supo mantenerlos en respeto su madre doña Sancha, señora de gran juicio y prudencia: por lo menos estuvo reprimida su envidia y no se manifestó en abierta hostilidad hasta que murió la reina madre en 1067.

Mas no estuvo entre tanto ocioso el genio turbulento y activo de Sancho. Llamóle su ambición hacia otra parte, y esto contribuyó también a que dejara algún tiempo en paz a sus hermanos. Reinaban en aquel tiempo en Aragón y Navarra otros dos Sanchos, primo-hermanos del de Castilla; el de Aragón hijo de su tío don Ramiro, y el de Navarra hijo de su tío don García[757]: reinando de este modo simultáneamente tres Sanchos en Aragón, Navarra y Castilla; coincidencia que ha podido dar lugar a confusión y equivocaciones históricas, y sobre lo cual repetimos lo que acerca de la

757 A su tiempo rectificaremos a Mariana, Romey y otros historiadores, que difieren la muerte de Ramiro I. de Aragón hasta el año de 1067, y le hacen reinar al mismo tiempo que Sancho de Castilla, habiendo muerto aquel en 1063. Notaremos también entonces la grave equivocación en que incurrió el juicioso y docto Zurita en este punto.

identidad de nombres dijimos en el primer volumen de nuestra obra[758]. En tanto que el de Castilla encontraba ocasión para arrancar a sus hermanos la herencia de su padre, ensayóse en otra empresa, que fue la de querer privar a su primo el de Navarra de la parte que Fernando mismo le había reconocido. Pero el navarro y el aragonés, conocedores sin duda del genio codicioso del de Castilla, habíanse confederado ya para impedir todo atentado que contra sus dominios intentase, y cuando aquel pasó el Ebro encontráronle los dos aliados en la llanura en que se fundó más adelante la ciudad de Viana, llamada, dice un moderno historiador navarro[759], el *Campo de la verdad*, «porque de muy antiguo estaba destinado para los combates de los nobles en desafío, que creían encontrar la verdad y la razón en la fuerza o en la destreza de las armas.» Diose allí una batalla entre los tres Sanchos, en la cual el de Castilla quedó vencido, teniendo que escapar precipitadamente en un caballo desenjaezado, como en los campos de Tafalla había acontecido treinta años antes a Ramiro de Aragón. Fuele preciso al castellano repasar el Ebro, y regresar a sus estados, lo cual proporcionó al de Navarra el poder recuperar las plazas de la Rioja, perdidas por su padre y ganadas por Fernando a consecuencia de la victoria de este en Atapuerca.[760]

No pudo el rey de Castilla tomar satisfacción y venganza de sus dos primos como hubiera deseado, porque la muerte de su madre (1067) vino a allanarle el único obstáculo que parecía haber estado comprimiendo los ímpetus de su ambición y estorbádole atentar abiertamente contra la herencia que sus dos hermanos habían recibido de su padre común. Vio, pues, llegado el caso de aspirar a lo que más codiciaba, y rota toda consideración y miramiento, acometió primeramente a Alfonso, que era el que más cerca tenía, y sin dar tiempo a que el leonés recibiese los auxilios que había solicitado de sus primos los de Aragón y Navarra para contener al turbulento castellano[761], diole un combate que el de León se vio en necesidad de aceptar en Plantaca o Plantada (después Llantada), a orillas del Pisuerga, en que pelearon los dos hermanos como dos encarnizados enemigos (1068). La victoria quedó por los castellanos, y Alfonso vencido tuvo que retirarse a León.[762]

Fuese que Alfonso (el VI. de su nombre) contentara por entonces a Sancho cediéndole alguna parte de las fronteras de su reino o condescendiendo con alguna de sus exigencias, o que Sancho, debilitado en los campos de Viana, no se considerara en aquella sazón bastante fuerte para internarse en los dominios leoneses teniendo enemigos a la espalda, no se vuelve a hablar de nueva lucha entre los dos hermanos hasta tres años más adelante (1071), que reaparecen combatiendo otra vez en Golpejar a las márgenes del Carrión, aún más sangrientamente que en Llantada. Hay quien dice haber concertado antes y convenídose en que aquel que venciese quedaría con el señorío de ambos reinos. La fortuna favoreció esta vez a los leoneses, y los castellanos volvieron la espalda dejando abandonadas sus tiendas. Condújose Alfonso con laudable aunque perniciosa generosidad, prohibiendo a sus soldados la persecución de los enemigos, a fin de que no se vertiese más sangre cristiana, y porque, si fue cierta la estipulación que se supone, se creería ya señor de Castilla. Perdióle aquella misma generosidad. Porque uno de los guerreros castellanos reanimó al monarca vencido diciéndole: «Aún es tiempo, señor, de recobrar lo perdido, porque los leoneses reposan confiados en nuestras tiendas; caigamos sobre ellos al despuntar el alba, y nuestro triunfo es seguro.» El caballero que así hablaba era Rodrigo Díaz, conocido y célebre después bajo el nombre de el *Cid Campeador*, que ya entonces tenía entre los suyos fama de gran capitán, aunque es la primera vez que le hallamos mencionado como tal en las antiguas historias[763].

Aceptó Sancho el consejo de Rodrigo, y sin tener en cuenta, si no un compromiso pactado, por lo menos la noble conducta que con él había usado Alfonso, cayó con su ejército al rayar la aurora sobre los descuidados y dormidos leoneses, de los cuales muchos sin despertar fueron

758 Tom. I. pág. 376.
759 Yanguas, Hist. Compend. de Navarra, pág. 69.
760 Moret, Annal, de Nav. lib. 14.
761 «Y perseguir (añade el culto Mariana) aquella bestia fiera y salvaje.»
762 Annal. Complut. p. 313.
763 Lucas de Tuy, p. 97 y 90.—El arzobispo don Rodrigo, 1. VI, c. 16.

degollados, los demás huyeron despavoridos, y Alfonso buscó un asilo en la iglesia de Santa María de Carrión, de cuyo sagrado recinto fue arrancado y conducido desde allí al castillo de Burgos (julio de 1071). Pasó Sancho con su ejército victorioso a la capital del reino leonés, de la cual se posesionó ya fácilmente. Amaba con predilección doña Urraca a su hermano don Alfonso, y a instigación y por consejo suyo rogó el conde Pedro Ansúrez a don Sancho sacase de la prisión a su hermano, a lo cual accedió el de Castilla a condición y bajo la promesa de que Alfonso tomaría el hábito monacal en el monasterio de Sahagún. Resignóse el destronado monarca a cubrir con la cogulla aquella cabeza que acababa de llevar una corona, él y sus favorecedores con la esperanza de que el tiempo trocaría las cosas y el variable viento de la fortuna daría otro rumbo a su suerte. Así sucedió. Por arte y maña de los mismos que habían negociado su entrada en el claustro no tardó Alfonso en salir de él a favor de un disfraz, y tomando el camino de Toledo acogióse al amparo de. rey Al Mamun, que no sólo le recibió con benevolencia, sino que le trató como a un hijo, según la expresión del arzobispo cronista. Diole el rey musulmán morada cerca de su mismo palacio, proporcionábale todo lo que podía hacerle amena y agradable la vida, y hasta le señaló una casa de recreo fuera de muros donde pudiese vivir apartado del tumulto de la ciudad, y entretenido con sus cristianos.

Acompañábanle allí tres nobles hermanos, Pedro, Gonzalo y Fernando Ansúrez, servidores fieles suyos y de su hermana Urraca, que con tierna solicitud le había procurado esta buena compañía. Con estos y otros cristianos no menos leales vivía Alfonso en su deliciosa alquería, en la más estrecha amistad con el monarca sarraceno. Un día habiendo salido Alfonso a caza por aquellos bosques, llegó hasta un sitio llamado Brivea, hoy Brihuega, fortaleza entonces de poca importancia, pero cuya situación agradó mucho al desterrado castellano. Pidiósela a Al Mamun, y este se la concedió sin dificultad. Allí estableció Alfonso una especie de colonia de cristianos sometidos a su autoridad. Así pasó el destronado rey de León cerca de un año, ya auxiliando con sus cristianos al rey de Toledo en sus guerras con otros musulmanes, ya entreteniendo los periodos de paz en ejercicios de montería, a que se prestaba grandemente aquel sitio.¡

Cuenta el arzobispo don Rodrigo, que habiendo bajado un día Al Mamun al jardín del castillo de Brihuega a solazarse un rato, y habiéndose puesto a conferenciar con los árabes de su corte sentados en círculo, sobre el medio como se podría tomar una plaza tan fuerte como la de Toledo, Alfonso se había recostado al pie de un árbol, y aparecía profundamente dormido: creyéndolo así los árabes, continuaron departiendo entre si en alta voz y con toda confianza. Preguntóles Al Mamun si creían posible que una ciudad como aquella pudiera nunca ser conquistada por los cristianos. «Sólo habría un medio, contestó uno de los interlocutores, que sería talar por espacio de siete años sus campiñas, de suerte que llegaran a faltar absolutamente los víveres.» No fue perdida la respuesta, dice el historiador cristiano, para Alfonso que no dormía, y guardada la tuvo en su memoria; como queriendo atribuir a esta revelación la conquista que años adelante hizo de Toledo este mismo Alfonso. Nosotros, concediendo el hecho, creemos que Alfonso no necesitaba de estas revelaciones, teniendo como tuvo tiempo sobrado para conocer la ciudad y calcular todos los medios que pudieran facilitarle su grande empresa, si por caso pensó en ella entonces.[764]

Mientras esto pasaba en Toledo, Sancho, ufano con la victoria, y no satisfecho con el reino de León, había continuado su marcha a Galicia, resuelto a deponer también de aquel reino a García, su hermano menor. García tenía exasperados los pueblos con inmoderados tributos, y disgustados a los principales gallegos con el ascendiente que dispensaba a uno de sus sirvientes o domésticos llamado Vernula, a cuyas delaciones daba siempre oídos con una credulidad ciega. Muchas veces los nobles que habían sido el blanco de sus calumnias habían rogado al príncipe que alejase de sí tan indigno favorito. El rey se había empeñado en sostenerle, y haciéndose ya insoportables a los grandes las

764 La estancia de Alfonso en Toledo se ha exornado con anécdotas y cuentos inverosímiles, como aquello de haberle echado plomo derretido en una mano para probar si estaba realmente dormido, de que diz le quedó el sobrenombre de el de la mano horadada; lo de habérsele encrespado el cabello en términos de no podérsele allanar, y otras puerilidades absurdas que el buen sentido nos dispensa de refutar seriamente.

vejaciones que les causaba, asesinaron un día al delator a la presencia y casi en los brazos mismos del rey. La cólera de García no reconoció límites ni freno desde entonces, y degeneró en una especie de demencia o de manía de persecución contra todos sus súbditos de cualquiera edad o sexo que fuesen. Así cuando se presentó Sancho en Galicia, fuele fácil la sumisión de los gallegos, harto indignados ya contra la loca dominación de su hermano. Solos trescientos soldados seguían a García, con los cuales, conociendo la imposibilidad de resistir a la hueste castellana, acudió en demanda de auxilio a los sarracenos de Portugal, ofreciéndoles que si le ayudaban a hacer la guerra les daría en vasallaje no sólo su reino, sino también el de su hermano. Contestáronle los musulmanes con palabras de alto desprecio. *«¿Con que no has podido, le dijeron, defender tu estado siendo rey, y ahora que le has perdido nos ofreces dos reinos?»* Tuvo no obstante el desairado y desatentado García la temeridad de seguir recorriendo el país con su pequeña cohorte, hasta que llegando a la campiña de Santaren[765], encontróse con su hermano Sancho, donde vinieron a las manos. Acuchillada y deshecha la gente de García y él prisionero, quedó Sancho dueño y señor de todo el reino de Galicia (1071). Fue el prisionero destinado al castillo de Luna, de donde luego le soltó Sancho sobre homenaje que le hizo de ser siempre vasallo suyo, y refugióse a Sevilla[766].

Parece que debería .haber quedado satisfecha la ambición de Sancho con verse señor de los tres reinos de Castilla, León y Galicia. Mas como su codicia fuese insaciable, tan pronto como regresó a León, volvió sus ojos hacia los pequeños dominios independientes de sus dos hermanas Urraca y Elvira; y so pretexto de que se interesaban demasiado en favor de Alfonso, llevó contra ellas un ejército considerable. Elvira no le opuso resistencia en Toro. Pero Urraca, contando con el pueblo de Zamora y con la lealtad de algunos nobles caballeros, entre ellos el prudente y valeroso Arias Gonzalo, a quien encomendó la defensa de la ciudad, se dispuso a soportar con ánimo varonil todos los azares y rigores del sitio. Estrechóle Sancho cuanto pudo; los ataques y los asaltos se renovaban cada día con más ímpetu y coraje, más todos se estrellaban en el valor y decisión de los valientes zamoranos, acaudillados por el brioso y entendido Arias Gonzalo. Ya los sitiados iban sintiendo algunos efectos de tan prolongado sitio, cuando salió de la ciudad un hombre llamado Bellido Dolfos, que dirigiéndose a don Sancho, y fingiendo acaso quererle informar del estado de la plaza, logró que el rey, dando entera fe a sus palabras, saliese solo con él a reconocer el muro, con cuya ocasión, cogiendo a Sancho desprevenido, le atravesó a traición con su lanza, y corrió a refugiarse a la ciudad. Rodrigo Díaz, el Cid, que hacía parte del ejército de Sancho, sabedor de la acción de Bellido, lanzóse como un rayo en persecución del traidor, a quien se abrió una de las puertas a punto que faltaba ya poco para alcanzarle la lanza de aquel insigne guerrero: lo que hizo sospechar a los castellanos que Bellido contaba en la ciudad con participantes y favorecedores de la traición[767].

Con la muerte de Sancho difundióse en el campo la consternación. Los leoneses y gallegos, como que servían de mala voluntad en sus banderas, abandonáronlas incontinenti y se desbandaron. Los castellanos, como más obligados, permanecieron firmes en su puesto; y colocando después en un féretro el cadáver del rey, le trasportaron con lúgubre aparato al monasterio de Oña, donde le dieron sepultura y le hicieron las correspondientes exequias. Algunos añaden que los de Zamora salieron de la ciudad en persecución de los fugitivos, y que los castellanos, correspondiendo a su fidelidad proverbial, se fueron defendiendo vigorosamente en la retirada, siendo celosos guardadores de los inanimados restos de su señor hasta depositarlos en la tumba.

Acaeció la muerte de Sancho II. de Castilla el 6 de octubre de 1072. Su mujer, la reina Alberta, no le dio sucesión. Había reinado seis años, nueve meses y diez días en Castilla: en León

765 Las palabras del arzobispo don Rodrigo nos descubren la etimología de Santaren. In loco qui Santa-Hirenea dicitur.

766 Fragmento de una crónica manuscrita del Escorial que cita Berganza.—Chron. Compost. e Iriense, publicados por Flórez, Esp. Sagr., tom. 20 y 23.

767 Luc. Tud. Chron. p. 98 y sig.— Chron. Lusit. p. 405.—Id. Burg. p. 309.—Annal. Compost., p. 349.—Id. Tolet. era MCX.—La embajada del Cid con quince caballeros a la infanta dona Urraca, y el desafio de Diego Ordoñez de Lara con los tres hijos de Arias Gonzalo, con que Mariana y otros autores han amenizado el célebre cerco de Zamora, no tienen fundamento en ninguna crónica antigua, y deben ser contados en el numero de los romances.

un año, dos meses y veinte y dos días, contando desde la batalla de Golpejar. Mereció por su valor el dictado de Sancho el Fuerte. Era de arrogante y bella apostura, y en el epitafio de Oña se le compara en la figura y belleza a Paris, en la, bravura bélica a Héctor[768].

Reunidos los castellanos en Burgos, sin rey y sin persona de familia real en quien pudiese recaer el cetro, acordaron de común consentimiento elegir por su rey y señor a Alfonso, a condición solamente de que hubiera de jurar no haber tenido participación alguna en la muerte alevosa de Sancho. Tomada la resolución, despacharon legados a Toledo que informasen secretamente al rey Alfonso de su elección. Por su parte doña Urraca, de acuerdo con la nobleza de León y Zamora, envióle también secretos nuncios, recomendándoles mucho que procuraran no llegase la nueva a oídos del rey Al Mamun, temerosa de que tal vez retuviera a Alfonso, o le impusiera condiciones humillantes a trueque de la libertad que le diera. Con corta diferencia de tiempo llegaron los mensajeros de Zamora y de Burgos. Encontráronse unos y otros antes de entrar en Toledo con el conde Pedro Ansúrez (Peranzules), que todos los días acostumbraba a pasear a caballo fuera de la ciudad, al parecer por vía de distracción y de recreo, y en realidad por si tropezaba con quien le llevase noticias de su patria. Comunicó el conde la alegre nueva al rey Alfonso, y conferenciaron los dos sobre si convendría o no informar a Al Mamun de lo que pasaba, recelando peligros de hacerle la revelación, y temiéndolos no menos de guardar el secreto si por acaso lo sabía por otro conducto el musulmán.

En tal perplexidad exclamó de repente Alfonso: *«No, no debo ocultar nada a quien tan generosa y noblemente se ha portado conmigo, tratándome como a un hijo.»* Y presentándose con la franqueza propia de un noble castellano, informó por sí mismo al musulmán de cuanto acababan de noticiarle los enviados de su hermana y de los castellanos. Todo lo sabía ya Al Mamun; y correspondiendo a la confianza de su ilustre huésped, y llevando hasta el fin la generosidad con que desde el principio le había tratado: *«¡Gracias doy a Dios,* exclamó lleno de alegría, *que te ha inspirado tal pensamiento! Él ha querido librarme a mí de cometer una infamia, y a ti de un peligro cierto: si hubieras intentado fugarte de aquí sin mi conocimiento y voluntad, no hubieras podido salvarte de la prisión o la muerte, porque ya había hecho vigilar todas las salidas de la ciudad, con orden a mis guardias de que aseguraran tu persona. Ahora ve, y toma posesión de tu reino; y si algo necesitas, oro, plata, caballos, armas, u otros recursos, de todo te podrás servir, pues todo te será inmediatamente facilitado.»* Rasgo digno de todo encarecimiento, y cuyo relato nos pareciera apasionada exageración si nos le hubiesen trasmitido escritores árabes, y no historiadores cristianos nada sospechosos de parcialidad en favor de aquellos infieles.[769]

Semejante conducta afianzó y estrechó más y más las amistosas relaciones entre Alfonso y Al Mamun. Pidióle éste al de Castilla que renovase el juramento de respetar su reino, y de ayudarle en caso necesario contra los árabes sus vecinos; igual juramento le demandó para su hijo mayor. Hízolo así Alfonso, obligándose para con él en los propios términos Al Mamun y su hijo. Otro hijo menor del de Toledo no fue comprendido en este compromiso, sin que sepamos la razón de ello, pero cuya circunstancia conviene no olvidar para lo de adelante. Con esto se dispuso Alfonso a tomar el camino de Zamora. Colmóle Al Mamun de obsequios y presentes, y con solemne y regia pompa le acompañó hasta la altura de una colina, donde se hicieron el cristiano y el musulmán una tierna despedida: prosiguió el primero con sus caballeros castellanos hasta Zamora, donde ya su cuidadosa hermana lo tenía todo aparejado y dispuesto para su proclamación. Desde allí partiéronse a Burgos a recibir el juramento de los castellanos. Ya hemos dicho el que estos por su parte habían acordado exigir al rey para prestarle su reconocimiento. Dura en verdad era la condición, y no poco violento para un rey haber de humillarse a prestar un juramento de su inocencia e.inculpabilidad en la muerte do su hermano. Así es que no había caballero que osara exigirsele, y un silencio mudo e imponente reinaba en la iglesia de Santa Gadea. Hubo uno al fin que se atrevió a pedírsele, y levantando su robusta voz, *«¿Juráis, Alfonso,* le dijo, *no haber tenido participación ni aún remota*

768 Sanctius forma Paris et ferox Hector in armis.
769 Roder. Tolet. de Reb. in Hisp. Gest.—Luc. Tud. Chron. ubi sup.

en la muerte de vuestro hermano Sancho rey de Castilla?—Lo juro, respondió Alfonso.» Aquel arrogante castellano era Rodrigo Díaz, el Cid[770]. Desde entonces, por mucho que Alfonso lo disimulara, quedóle en su ánimo cierto desabrimiento y enojo hacia el Cid. Oído el juramento victorearon todos al monarca, y acabada la ceremonia se alzaron los pendones de Castilla por Alfonso rey de Castilla, de Galicia y de León (1073).

Creyó su hermano García, el destronado rey de Galicia, ocasión oportuna aquella para salir de su destierro de Sevilla y presentarse a Alfonso, en quien esperaba sin duda hallar más benignidad que en Sancho. Engañóse por su mal el desventurado príncipe, porque Alfonso, conociendo acaso su condición desasosegada, su incapacidad para gobernar, las pretensiones que pudiera suscitar un día, y que tal vez no tuviese del todo cabal su juicio, prendióle de nuevo, e hízole encerrar otra vez en el castillo de Luna para no más salir de él, pues allí acabó sus días al cabo de diez y siete años de rigorosa prisión.[771]

No tardó Alfonso VI. de León y de Castilla en acreditar a Al Mamun el de Toledo que la generosa hospitalidad, las atenciones, agasajos y finezas que le había dispensado cuando era un príncipe destronado y prófugo, no habían sido hechas a un corazón desagradecido: al contrario, deparósele pronto ocasión de mostrarle que, soberano de un estado poderoso, sabía cumplir con los deberes que la gratitud por una parte, los recientes pactos por otra le imponían. Presentóle esta ocasión la guerra que el rey de Sevilla y de Córdoba Ebn Abed AlMotamid había movido al de Toledo, invadiéndole sus posesiones. Asustóse, no obstante, Al Mamun cuando observó el movimiento en que se pusieron las tropas castellanas, recelando de su objeto, hasta que Alfonso le tranquilizó manifestándole que, cumplidor fiel del juramento con que se había empeñado a auxiliarle en las guerras que los príncipes musulmanes pudieran moverle, como auxiliar y amigo suyo iba, no como enemigo y contrario. Causó no poco alborozo esta manifestación a Al Mamun, y dando las gracias a Alfonso, entráronse unidos por las tierras de Córdoba, llevando en pos de sí la devastación y el incendio, «como una terrible tempestad de truenos y relámpagos, dice un escritor árabe, que espantaba y destruía las provincias en pocas horas.» Apoderáronse los toledanos de Córdoba, donde en una sangrienta refriega que hubo en los patios mismos del alcázar real fue herido y expiró de sus resultas el hijo de Ebn Abed que se hallaba en la flor de su edad, *«¡Venganza de Dios, que es terrible vengador!»* gritaban los toledanos paseando por las calles la cabeza del joven príncipe clavada en la punta de una lanza. Pasaron desde allí a Sevilla, que tampoco pudo defender Ebn Abed, divididas como estaban sus fuerzas para atender a otra guerra en tierras de Jaén, Málaga y Algeciras (1075). Seis meses estuvo Sevilla en poder de Al Mamun, hasta que repuesto

---

770 Luc. Tud., Chron. p.99.—Algunos historiadores cuentan que se repitió hasta tres veces la formula del juramento, aunque las crónicas antiguas no hablan más que de una. El obispo don Fr. Prudencio de Sandoval en los Cinco Reyes, trae lo siguiente acerca del juramento de Alfonso VI. en Burgos. «En un tablado alto para que todo el pueblo lo viese, se puso el rey, y llegó Rodrigo Díaz a tomarle el juramento, abrió un misal puesto sobre un altar y el rey puso sobre él las manos, y Rodrigo dijo así: «Rey don Alfonso, ¿vos venis a jurar por la muerte del rey don Sancho vuestro hermano, que si lo matastes o fuistes en aconsejarlo decid que sí, y si no muráis tal muerte cual murió el rey vuestro hermano, y villanos os maten, que no sean hidalgos, y venga de otra tierra, que no sea castellano? El rey y los caballeros respondían Amén. Segunda vez volvió Rodrigo y dijo: ¿Vos venís a jurar por la muerte del rey mi señor, que vos no lo matastes ni fuistes en aconsejarlo? Respondió el rey y los caballeros: Amén. Si no muráis tal muerte cual murió mi señor; villanos os maten, no sea hidalgo, ni sea de Castilla, si no que venga de fuera, que no sea del reino de León; y él respondió Amón, y mudósele el color. Tercera vez volvió Rodrigo Díaz a decir estas mesmas palabras al rey, el cual y los caballeros dijeron Amén. Pero va no pudo el rey sufrirse, enojado con Rodrigo Díaz, porque tanto le apretaba, y díjole: Varón Rodrigo Díaz,¿por qué me ahíncas tanto que hoy me haces jurar, y mañana me besarás la mano? Respondió el Cid: Como me ficiéredes algo, que en otras tierras sueldo dan a los hijosdalgo, y así faréis vos a mi si me quisiéredes por vuestro vasallo: mucho le pesó al rey de esta libertad que Rodrigo Díaz le dijo, y jamás desde este día estuvo de veras en su gracia. Que los reyes ni superiores no quieren súbditos tan libres.»

771 Murió García en 1090, a consecuencia de una evacuación de sangre que se empeñó en hacerse, según el obispo Pelayo de Oviedo, autor contemporáneo, (Chron. n. 40). Et ille in illa captatione voluit minuere se sanguine, et postquam sanguinem minuit decidit in lecto, et mortuus est, et sepultus est in Legione: Mariana le hace morir en 1084.

Ebn Abed la cercó con todas sus fuerzas; enfermó Al Mamun, privado del auxilio de los castellanos que habían regresado hacia sus dominios, agravada la enfermedad del de Toledo, y habiendo por último sucumbido de ella (1076), por más que sus caudillos quisieron tener oculta su muerte para que las tropas no se desalentaran, ya no les fue posible defender la ciudad, y recobróla Ebn Abed, que seguidamente marchó a Córdoba, y arrojó de allí a los toledanos y alanceó al gobernador Hariz puesto por Al Mamun[772].

Al morir Al Mamun en Sevilla, había dejado su hijo Hixem Al Kadir bajo la tutela y protección, entre otras personas, del rey de Castilla su amigo, «de cuya lealtad y amor estaba muy seguro.» Pero debió aquel príncipe reinar muy breve tiempo, desposeído, según algunos escritores, por los mismos toledanos en un alboroto que contra él movieron, acusándole de ser más amigo de los cristianos que de los musulmanes, y poniendo en su lugar a su hermano menor Yahia Al Kadir Billah, en quien concurrían opuestas circunstancias[773]. Pero pronto debieron arrepentirse los toledanos de su obra, porque era Yahia hombre cruel, despótico, vicioso y desatentado. Abubekr ben Abdelaziz, el gobernador de Valencia puesto por Al Mamun, negó su reconocimiento a la autoridad de un soberano que no vivía sino entre eunucos y mujeres. Los toledanos, oprimidos con todo género de vejaciones, llegaron a decirle un día: *«O tratas mejor a tu pueblo, o buscamos otro que nos defienda y ampare.»* Mas no por eso abandonó Yahia ni su vida de disipación ni sus despóticos instintos. Entonces los vecinos de Toledo enviaron un mensaje al rey Alfonso de Castilla, invocando su poderosa protección, e invitándole a que pusiera cerco a la ciudad, que aunque reputada por inexpugnable, confiaban en que ellos mismos tendrían ocasión de facilitarle la entrada: resolución extrema, pero no extraña en quienes se veían tan oprimidos y ajados que en expresión del arzobispo cronista preferían la muerte a la vida. Por otra parte Al Motamid el de Sevilla, perpetuo enemigo y rival de los ben Dilnûm de Toledo, provocó también a Alfonso a que rompiera la alianza que le había unido a aquellos emires, y aceptara la suya que le ofrecía. Negoció, pues, Aben Omar en su nombre un tratado secreto con Alfonso que los escritores musulmanes con apasionada indignación

772 Conde, parte III. c. 7.

773 Sobremanera embrollados y confusos hallamos los sucesos de este periodo en las historias arábigas y españolas. Prescindiendo de que Conde pone la muerte de Al Mamun en 1074. Dozy con arreglo a sus autores árabes en 1075, Romey (que se separa en esto de Conde, a quien comúnmente sigue) en 1077, y otros a quienes nosotros seguimos en 1076, aparte de este hecho, que no pasa de una discordancia de fechas, encontrámosla mayor todavía en cuanto al sucesor de Al Mamun. Dozy dice que fue su nieto Al Kadir (tom. I. de sus Investigaciones, p. 344). Conde, que fue su hijo Yahia Al Kadir (part. III., cap. 7). El arzobispo don Rodrigo, que con tanta exactitud nos ha informado de la vida de Alfonso en Toledo; hace a Yahia hijo segundo de Al Mamun, y supone que otro hermano reinó antes que él, pues habla de si seguía o no las huellas de su padre y hermano: qui a viis fratris et patris minus aberrans etc. Y es el mismo que dijo antes no haber sido comprendido en el pacto de Alfonso y Al Mamun: erat autem minor filius de cujus foedere nihil dixerunt nec Aldefonsus fuit ei in aliquo obligatus. Creemos, pues, que hubo un hijo mayor de Al Mamun que sucedió a éste y precedió a Yahia. De él dice solamente Romey que le destituyó el pueblo revolucionariamente, pero ignoramos de donde lo ha tomado: parece que quiso decirlo, pues al referirlo hace una llamada a nota (pag. 210 del tomo V. de su Historia; más la nota se le olvidó. Por otra parte, de un pasaje de una crónica árabe traducida por Gayangos parece resultar que a consecuencia de un alboroto que se movió de noche en Toledo pidió Al Kadir a Alfonso un ejército cristiano que le ayudara a contener sus súbditos: que Alfonso le exigió por ello tan gran suma de dinero, que no pudiéndola pagar el musulmán reunió a los principales vecinos y les intimó que de no facilitarsela entregaría a Alfonso sus hijos y parientes en rehenes: que entonces los toledanos acudieron a Al Motawakil el de Badajoz, con cuya noticia el rey de Toledo abandonó la ciudad de noche y huyó a Huete, cuyo gobernador no quiso darle asilo: que Al Motawakil entró en Toledo, y no quedó a Al Kadir otro recurso que implorar de nuevo el auxilio de Alfonso, el cual le exigió en recompensa todas las contribuciones de Toledo v además dos fortalezas; que Al Kadir aceptó las condiciones, Alfonso sitióla ciudad, Al Motawakil huyó, la ciudad se rindió, y Al Kadir fue repuesto en el trono. Nos es imposible conciliar esta narración con todas las demás noticias que tenemos acerca de la conquista de Toledo por Alfonso.

Conde, que es entre los nuestros el que más de intento y más difusamente trató de las cosas de los árabes, está tan confuso en lo relativo a este siglo, que es dificilísimo seguirle, y poco menos difícil entenderle. Ya nos contentaríamos con que no nos ocurrieran en lo sucesivo otras dificultades y de otro género que las que ligeramente apuntamos. Nuestra relación, no obstante, irá basada en lo que del cotejo de unos y otros resulte para nosotros más averiguado. Por lo mismo deseamos tanto como el señor Dozy que haya quien nos aclare este oscuro y complicado periodo de la historia de la edad media de España.

califican de alianza vergonzosa, pero que al sevillano le convenía mucho, así por abatir al de Toledo, como por quedar él desembarazado para extender sus dominios por Jaén y Baeza, y por Lorca y Murcia. No desaprovechó el monarca cristiano tan tentadoras invitaciones, y como que no le ligaba compromiso ni pacto con Yahia, no habiendo sido éste comprendido en el juramento hecho entre Alfonso y Al Mamun, quedó resuelta en el ánimo del rey de Castilla la empresa de conquistar a Toledo, y comenzó a hacer gente y levantar banderas, y a juntar armas, vituallas y todo género de bastimentos de guerra (1078).

Hechos todos los aprestos, franqueó Alfonso con sus huestes las montañas que dividen las dos Castillas, talando campos, incendiando y destruyendo poblaciones, haciendo incursiones rápidas e inesperadas, no dejando a los musulmanes, en expresión de uno de sus historiadores, ni tiempo para alabar a Dios ni para cumplir con sus obligaciones religiosas. Contaba, no obstante, el toledano, aunque aborrecido de sus súbditos, con muchos medios de defensa, la ciudad era fuerte por naturaleza y por el arte, y ni podía ni se proponía Alfonso conquistarla desde luego, sino irla privando de mantenimientos y recursos hasta reducirla a la extremidad. Repitiéronse los siguientes años estas correrías devastadoras, sin que bastara a impedirlas el emir de Badajoz Yahia Almanzor ben Alafthas, que se presentaba como protector y auxiliar del de Toledo, pero que se iba a la mano en lo de medir sus fuerzas con las huestes castellanas. El rey de Zaragoza Al Moktadir ben Hud, que en 1076 había despojado de sus estados al de Denia, y era uno de los más poderosos emires de España, se preparaba en 1081 a acudir en socorro del toledano, pero la parca, dice la crónica muslímica, le atajó sus gloriosos pasos, y su muerte fue un suceso feliz para Alfonso. Hizo éste en 1082 otra entrada por las montañas de Ávila, fortificó a Escalona y se apoderó de Talavera. Interesado el de Sevilla en estrechar la amistad y alianza con el monarca cristiano, a favor de la cual se había apoderado de Marcia en 1078, ofrecióle en premio de ella por medio de su astuto negociador Aben Omar su misma hija la hermosa Zaida con cierto número de ciudades por vía de dote si la aceptaba en matrimonio, proposición que admitió Alfonso, aunque casado entonces en segundas nupcias con Constanza de Borgoña. Prometía además el de Sevilla invadir por su lado el territorio de Toledo, y entregar al de Castilla en cumplimiento de aquel trato las conquistas que hiciese al Nordeste de Sierra Morena. En su virtud la bella Zaida pasó a poder de Alfonso *quasi pro uxore*, que es la expresión del obispo cronista de Tuy. Escándalo grande fue éste para los muslimes, que acusaban a Ebn Abed y a su favorito de sacrificar los intereses del islamismo y el decoro de su propia familia a una alianza bochornosa, y hacíanle fatídicos presagios. Pero el sevillano cumplió su promesa, tomando a Huete, Ocaña, Mora, Alarcos, y otras importantes poblaciones de aquella comarca que vinieron a formar la dote de su hija.

En la campaña siguiente (1083) se apoderó Alfonso de todo el país comprendido entre Talavera y Madrid. Al fin, después de tantas y tan devastadoras correrías, llegó ya el caso de poner el cerco a la ciudad fuerte, al baluarte principal del islamismo en España. Está Toledo situada sobre una elevada roca, o más bien sobre una eminencia cercada de barrancos y peñas escarpadas, por cuyas sinuosidades corre el Tajo bañando casi todo el recinto de la ciudad, excepto por la parte de Septentrión en que deja una entrada de subida agria y difícil, formando una especie de península. Defendíanla gruesas murallas además de sus naturales fortificaciones. Sus calles estrechas y tortuosas contribuían también a dificultar su entrada aún en el caso de una sorpresa. Por eso desde una época que se pierde en la oscuridad de los tiempos había sido Toledo una ciudad importante. Lo fue ya mucho bajo la dominación de los godos, y estaba desde la entrada de Tarik bajo el dominio de los sarracenos, que habían hecho de ella un centro del lujo y de las artes, que casi podía competir con Córdoba en sus mejores tiempos.

Tal era la ciudad que se propuso conquistar Alfonso. Para cerrarla por todas partes, cortar todos los pasos e impedir la entrada de vituallas y socorros, fuele preciso emplear mucha gente y ocupar también toda la vega que se extiende a la falda del monte sobre que está asentada la ciudad. Levantáronse torres, y se jugaron máquinas e ingenios. Pero la principal arma de guerra era la privación de todo género de mantenimientos para los sitiados. El rey Yahia, que no se atrevía a

habérselas en persona con enemigo tan poderoso, pidió auxilio al de Badajoz, que lo era entonces Al Motawakil, el último de los Afthasidas, el cual envió en efecto en su socorro al wali de Mérida su hijo. Pero el refuerzo llegó tarde; Alfadal ben Omar no pudo ponerse en combinación con los sitiados, y tuvo que retirarse apresuradamente a Mérida, derrotado por las tropas de Alfonso. Los árabes dicen que el cadí Abu Walid el Bedji profetizó en esta ocasión la ruina del islamismo en Andalucía: los cristianos cuentan que San Isidoro se apareció en sueños al obispo de León y le profetizó la pronta conquista de Toledo. Así los escritores de cada religión citan sus profecías.

Últimamente perdida por parte de los de la ciudad toda esperanza de socorro y apurados por el hambre, la mayoría de los habitantes en unión con los judíos y con los cristianos mozárabes, expusieron al rey, algo tumultuariamente, la necesidad de que entrara en negociaciones con Alfonso. Diferentes veces salieron comisionados a tratar de paz, llegando en una de ellas a ofrecer el de Toledo que se haría vasallo y tributario del de León, a condición de que levantara el sitio. Mantúvose firme Alfonso en no admitir ni escuchar otra proposición que la de entregarle la ciudad. Por fin la necesidad obligó a unos y la conveniencia a otros a celebrar el pacto de entrega bajo las bases y condiciones siguientes: Que las puertas de la ciudad, el alcázar, los puentes, y la huerta llamada del Rey serían entregadas a Alfonso; que el rey musulmán podría ir libre a Valencia; que los árabes quedarían en libertad de acompañar a su rey, llevando consigo sus haciendas y menaje; que el rey don Alfonso le ayudaría a cobrar la ciudad y reino de Valencia; que a los que permaneciesen en la ciudad les serian respetadas sus propiedades; que la mezquita mayor quedaría en su poder para seguir teniendo en ella su culto; que no se les impondrían más tributos que los que antes pagaban a sus reyes; y que se les conservarían sus jueces propios o cadíes para que les administrasen justicia conforme a las leyes de su nación. Prestáronse por una y otra parte los juramentos de cumplir este tratado, de que se hicieron cuatro ejemplares en árabe y en latín, y que firmaron ambos reyes con los principales funcionarios eclesiásticos, militares y civiles de uno y otro.

En su virtud entró Alfonso triunfante en la ciudad de Toledo el día 25 de mayo de 1085, día de San Urbano; y el rey Yahia Al Kadir con sus principales oficiales salió para Valencia llevando consigo sus más preciosos tesoros. Así volvió la gran ciudad de Toledo a poder de los reyes cristianos después de trescientos setenta y cuatro años cumplidos que estaba bajo el dominio sarraceno, desde que se apoderó de ella el berberisco Tarik ben Zeyad hasta su reconquista por Alfonso VI. El rey cristiano fijó por algún tiempo sus reales fuera de la población, hasta que bien seguro del favor popular y de que no tenía nada que temer de la población musulmana, que era mucha, ocupó el alcázar con toda su corte y desde entonces volvió a ser Toledo la capital del imperio cristiano como en tiempo de los godos[774].

Ayudaron al rey de Castilla en esta gloriosa conquista tropas auxiliares de Aragón, y hasta aventureros y caballeros principales de Francia, que espontáneamente acudieron a tomar parte en una empresa cuya fama se extendía por toda la cristiandad, y veremos más adelante cómo algunos de ellos fueron señaladamente protegidos en España y se enlazaron con las princesas reales de Castilla, y fueron después troncos de dos familias de reyes. Hallábanse con Alfonso y entraron con él en Toledo la reina doña Constanza, sus hermanas doña Urraca y doña Elvira, los más distinguidos condes y caballeros de la nobleza castellana y leonesa, entre ellos el ilustre Rodrigo Díaz, el *strennus miles* de las antiguas crónicas, que al decir de algunos historiadores, fue el primero que con su pendón entró en la ciudad, y a quien el rey dio, aunque poco tiempo, su gobierno[775]. Aseguró con esto don Alfonso todo lo que hay desde Atienza y Medinaceli hasta Toledo, y desde esta ciudad hasta Plasencia, Coria y Ciudad Rodrigo, cuyas principales poblaciones hasta veinte y seis enumera con sus nombres el arzobispo cronista[776].

---

774 Rod. Tolet. lib. VI.—Conde, cap. 8.—Luc. Tud. p. 100.—Chron. Lusit. p. 405.— Tumbo negro de Santiago.—Becerro de Sahagún, fol. 50.

775 Sandoval, Cinco Reyes, p. 227 ed. de 1792.

776 De Reb. Hisp. lib. VI., c. 23.

Recobrada Toledo al cristianismo, y deseando Alfonso volverle su antigua grandeza religiosa, congregó en concilio los obispos y próceres del reino, en el cual se restauró la antigua silla metropolitana y se eligió para ella al abad de Sahagún Bernardo, de nación francés, monje de Cluny que había sido en su patria, y protegido por la reina Constanza, francesa también (1086); varón de buen ingenio y que gozaba de aventajada reputación por su doctrina y sus costumbres, pero más celoso por la religión que discreto y prudente a lo que se vio luego. El rey, dotada la iglesia con gran número de villas y aldeas, de huertas, molinos y campos para la sustentación de su culto y de sus ministros, habíase partido para León, donde le llamaban atenciones urgentes. Entre tanto el nuevo arzobispo, o por hacer mérito de su celo, o porque en realidad considerase afrentoso para los cristianos el que los infieles siguieran poseyendo el mejor templo de la recién conquistada ciudad, una noche de acuerdo con la reina Constanza y acompañado de operarios y gente armada hizo derribar las puertas, despojar y purgar el templo de todo lo que pertenecía al culto muslímico, poner altares a estilo cristiano, y colocar en la torre una campana que mandó tañer para convocar al pueblo a los oficios divinos. Indignó tanto como era natural a los musulmanes ver tan pronto y de tal manera violada una de las condiciones de la capitulación, por la cual se había estipulado dejarles el uso de aquel templo, y como aún constituían la mayoría de la población estuvo a punto de moverse un alboroto que hubiera puesto nuevamente en riesgo la ciudad. Contúvolos por fortuna la esperanza de que el rey anularía lo hecho por el arrebatado arzobispo.

Irritó en efecto tanto a Alfonso la noticia de aquella acción, que desde Sahagún, donde se hallaba, partió con la mayor velocidad a Toledo, resuelto a escarmentar al arzobispo y a la reina misma como quebrantadores del solemne pacto celebrado por él con los árabes. Los principales vecinos de Toledo, sabedores del enojo del rey, saliéronle al encuentro en procesión y cubiertos de luto. Los mismos musulmanes, calculando ya más tranquilos las graves consecuencias que habrían de experimentar de llevarse adelante el rigoroso castigo con que el rey amenazaba, salieron también a recibirle, y uniendo sus súplicas a las de los cristianos, arrodillados todos intercedieron con lágrimas y razones en favor del arzobispo y de la reina. Costóles trabajo ablandar el ánimo irritado de Alfonso, pero al fin hubo de ceder a tantos ruegos, y otorgado el perdón hizo su entrada en Toledo, donde con tal motivo se trocó en día de regocijo y gozo el que se temía que fuese de luto y llanto. Desde entonces la que había sido por largos siglos mezquita de mahometanos quedó de nuevo convertida en basílica cristiana para no dejar de serlo jamás, y se ordenó que en memoria de tan señalado beneficio se celebrara cada año el 24 de enero solemne festividad religiosa en nombre de Nuestra Señora de la Paz.

Con la conquista de Toledo variará sensiblemente la posición de los dos pueblos beligerantes. Privado de aquel fuerte apoyo el uno, contando el otro con un nuevo y avanzado baluarte, el pueblo musulmán irá ya en declinación, el pueblo cristiano tomará una actitud imponente y vigorosa. La España cristiana sufrirá también desde esta época modificaciones esenciales, no sólo en lo material, sino también en lo moral, en lo religioso y en lo político. Desde la conquista de Toledo comenzará una nueva era para la monarquía castellana: por eso la consideramos como una de las líneas que marcan los límites del primer período de los tres en que hemos dividido la historia de la edad media de España. Antes, sin embargo, de bosquejar el cuadro que presentaba el estado social de la Península en el siglo que comprende la narración de los sucesos que llevamos referidos en este volumen, veamos lo que hasta esta fecha había acontecido en los demás reinos cristianos.

CAPÍTULO XXIV.
ARAGON.—NAVARRA.—CATALUÑA.
RAMIRO.—LOS SANCHOS.—RAMÓN BERENGUER.
De 1035 a 1085.

Ramiro I. de Aragón.—Estrechos límites de su reino.—Frustrada tentativa contra su hermano García de Navarra.—Hereda lo de Sobrarbe y Ribagorza por muerte de su hermano Gonzalo.—Toma algunas plazas a los sarracenos.—Concilio de San Juan de la Peña.—Idem de Jaca.—Testamento de Ramiro I.—Errores en que nuestros historiadores han incurrido acerca de su muerte, y cuéntase como fue ésta.—Sancho Ramírez.—Conquista a Barbastro.—Relaciones entre los tres Sanchos, de Aragón, Navarra y Castilla.—El cardenal legado del papa, Hugo Cándido.—Cuándo se abolió en Aragón el rito gótico y se introdujo el romano.—Negociaciones con Roma.—Muere asesinado Sancho Garcés de Navarra, y se unen Navarra y Aragón en Sancho Ramírez.—Campañas de Sancho Ramírez con los árabes.—Condado de Barcelona.—Ramón Berenguer I. el Viejo.— Resultados de su prudente y sabio gobierno.—Ensancha los limites de su estado.—Reforma eclesiástica: concilio de Gerona.—Cortes de Barcelona: famosas leyes llamadas *Usages*.—Auxilia al rey musulmán de Sevilla.—Extensión que en su tiempo adquiere el condado de uno y otro lado del Pirineo.—Muere asesinada su esposa la condesa Almodis.—Aflicción del conde y su muerte.—Heredan el condado pro indiviso sus hijos.—Hace asesinar Berenguer a su hermano Ramón, llamado Cabeza de Estopa.—Queda con la tutela de su sobrino y con el gobierno del Estado.—Causas por que se suspende esta narración.

En nuestro prólogo advertimos ya que en las épocas en que estuvo fraccionada en muchos estados independientes nuestra Península contaríamos separadamente los sucesos peculiares de cada reino o estado, siempre que las relaciones de unos con otros no estuviesen tan íntimamente enlazadas que hicieran indispensable la simultaneidad de la narración. Solo así nos parece que puede darse la claridad posible a la complicadísima historia de nuestro país, en la cual, más que en otra alguna que conozcamos, es tan fácil caer en confusión como difícil guardar la trabazón y unidad necesarias a la historia de un gran pueblo.

Diminuto y reducido era el territorio comprendido en el reino de Aragón, así llamado del río de este nombre, que en la parte central de los Pirineos entre los valles del Roncal y de Gistain constituía el estado que en la distribución de reinos hecha por Sancho el Mayor de Navarra señaló a su hijo primogénito Ramiro. Apenas, según varios historiadores de aquel reino, abarcaba entonces una comarca como de veinte y cuatro leguas de largo sobre la mitad de ancho poco más o menos. Nadie podía imaginar en aquella sazón que tan estrecho recinto se había de convertir andando el tiempo en estado vasto y poderoso, y que había de ser uno de los reinos más extensos y respetables no sólo de España sino de Europa. Que Ramiro intentó muy desde el principio ensancharle a costa de los estados de su hermano García de Navarra, dijímoslo ya en el capítulo XXII de este libro. Pero sorprendido y vencido en Tafalla, hubo de agradecer el poder regresar fugitivo a guarecerse en las montañas de su estrecho y exiguo estado. Así permaneció hasta 1038, en que su, hermano Gonzalo, señor de Sobrarbe y Ribagorza, fue asesinado a traición en el puente de Monclús por su vasallo Ramonet de Gascuña, al volver un día de caza. Entonces los de Sobrarbe y Ribagorza, viéndose sin señor, eligieron por rey a Ramiro, con lo que comenzaron a recibir los primeros ensanches los límites de su reino.

Había casado Ramiro en 1036 con Gisberga, hija de Bernardo Roger, conde de Bigorra, a la cual mudó el nombre en el de Ermesinda. Tuvo de ella cuatro hijos, a saber, Sancho que le sucedió en el reino; García, que fue obispo de Jaca; Teresa y Sancha que casaron con los condes de Provenza y Tolosa. Hijo natural de Ramiro fue también otro Sancho, a quien dio el señorío de Aybar, Javierre y Latre, con título de conde, y el de Ribagorza. Murió la reina Ermesinda en 1 de setiembre de 1049, y fue enterrada en el monasterio de San Juan de la Peña.

Notase gran falta de documentos y noticias respecto a los primeros años del reinado de Ramiro. Los escritores aragoneses suponen haber extendido su dominación al condado de Pallárs, y afirman haber conquistado de los moros a Benabarre, lanzádolos de todos los términos de Ribagorza, y aún hecho tributarios a los emires de Lérida, Zaragoza y Huesca, en lo cual no están de acuerdo las crónicas arábigas. Más conocidos son sus hechos religiosos. Dos concilios se

celebraron en el reinado de Ramiro I., en San Juan de la Peña el uno, en Jaca el otro. En el primero, que ha llegado mutilado a nosotros, se hizo un canon notable por lo singular: «Decretamos e instituimos, dijeron los padres, que los obispos de Aragón sean nombrados y elegidos de los monjes de este monasterio»[777] testimonio inequívoco de la influencia y ascendiente que aquellos monjes ejercían. Pero más importante y célebre fue el de Jaca, congregado en 1063. Asistieron a él y le confirmaron, el rey don Ramiro, los dos Sanchos sus hijos, el legítimo y el bastardo, nueve obispos[778], tres abades, un conde y todos los próceres de la corte del rey. Era por lo tanto un concilio mixto, como la mayor parte de los de aquel tiempo. Después de tratar de la reforma de las costumbres y disciplina eclesiástica estragadas por las guerras y por el comercio con los infieles, se restauró en Jaca la antigua silla episcopal de Huesca, declarando que cuando esta ciudad se recobrara del poder de los mahometanos, la de Jaca le fuese súbdita y una misma cosa con ella «y la obedeciese como hija a su matriz.» Asignó el rey a esta diócesis a título de perpetuidad diferentes tierras y monasterios con sus dependencias.

Mas la deliberación trascendental que se tomó en este concilio, fue la donación que Ramiro y su hijo Sancho hicieron a Dios y a San Pedro (al bienaventurado pescador, *beato piscatori*) «de todo el diezmo de sus derechos, del oro, plata, trigo, vino y demás cosas que de grado o por fuerza les pagaban así cristianos como sarracenos, de todas las villas y castillos, así en las montañas como en los llanos... de todos los tributos que al presente o de futuro percibieran o pudieran percibir con la ayuda de Dios.» «Y donamos, añadieron, a dicha iglesia y obispo, la tercera parte del diezmo de lo que recibimos de Zaragoza y de Tudela.» «Y yo Sancho, hijo del precitado rey, encendido en amor divino, concedo a Dios y a San Pedro (*beato clavigero*) la casa que tengo en Jaca con todas sus pertenencias.» Tal era la devoción y piedad del primer Ramiro de Aragón, a quien por lo mismo no extrañamos que el papa Gregorio VII. llamara más adelante cristianísimo príncipe. Ofrece este concilio la notable singularidad de haber sido también confirmado por todos los moradores de Jaca, hombres y mujeres (*cuncti habitatores aragonensis patriae, tam viri quam faemince*) que unánimemente exclamaron: «*Demos gracias al Cristo celestial, y a nuestro benignísimo y serenísimo príncipe Ramiro...* etc.»[779]

Dos años antes de este concilio, hallándose el rey enfermo en San Juan de la Peña (1061), hizo su testamento, que se conserva y cita como pieza auténtica, en el cual, después de declarar sucesor de todas sus tierras y señoríos a su hijo Sancho, «hijo de Ermesinda, cuyo nombre bautismal fue Gisberga,» cede al otro Sancho, el ilegítimo, Aybar, Javierre y Latre con las villas de su pertenencia para que las posea en feudo por su hermano Sancho como si fuese por él. Mas «si, lo que Dios no permita, hiciese la infamia de separarse de su obediencia, o de querer levantarse contra los reyes de Pamplona, que sea echado de estas tierras y del señorío que le dejo, y que estas tierras y este señorío vengan a poder de mi hijo Sancho, hijo mío y de Ermesinda.» Curiosas son algunas de las cláusulas que siguen, así por la idea que dan de las costumbres, como de la modificación que estaba sufriendo la lengua en aquel tiempo[780]. «Pero mis armas, que pertenecen a barones y

---

777 Hoc vero est riostra institutionis decretum: ut episcopi aragonenses ex monachis pracaenobii habeantur et eligantur. Collect. Max. Conc. Hisp. t. III.—Según Flórez (Esp. Sagr. t. III), este concilio debió celebrarse en 1062. Supónenle algunos celebrado en 1034: error manifiesto, puesto que asistió a él el rey don Ramiro, que no empezó a reinar hasta 1035. Por consecuencia todo lo que se le podría anticipar sería a este año.

778 Los de Aux, Urgel, Bigorra, Olorón, Calahorra, Leytora, Aragón, (Jaca), Zaragoza y Roda. Los nombres de estas diócesis dan idea de la circunscripción de los límites que alcanzaba entonces el reino, si bien algunos de estos prelados estaban todavía in partibus infidelium, como el de Zaragoza.

779 Aguirre, Collect. Conc. Hisp.

780 He aquí algunos trozos de latín castellanizado de este documento: De meas autem armas qui ad varones et caballeros pertinent, sellas de argento et frenos et brumias, et espatas, et adarcas, et gelmos, et tertinias, et esutorios, et sporas, et cavallos, et mulas, et equas, et vaccas, et oves, dimitto ad Sanctium meum filium, etc.., et vassos de auro et de argento, et de girea, et cristalo, et macano, et meos vestitos, et acitaras, et collectras, et almuaellas, et servitium de mea mensa, totum vadat, etc... Et illos vassos quos Sanctius filius meus comparaverit, et redemerit, peso per peso de plata, aut de cazeni, illos prendat... et in Castellos de fronteras de Mauros qui sunt pro facere, etc. —Publicado por Briz Martínez, en la Historia de San Juan de la Peña, pág. 438.

caballeros, sillas, frenos de plata, espadas, escudos, adargas, cascos, cinturones y espuelas, los caballos, mulas, yeguas, vacas y ovejas, las doy a mi hijo Sancho, al mismo a quien dejo aquella mi tierra, para que lo posea todo; a excepción de mis vacas y ovejas que estuvieren en Santa Cruz y en San Cipriano, que las dejo por mi ánima, mitad a San Juan y mitad a Santa Cruz. En cuanto a mi mobiliario, oro, plata, vasos de estos metales, de alabastro, de cristal y de macano, mis vestidos y servicio de mesa, vaya todo con mi cuerpo a San Juan, y quede allí en manos de los señores de aquel monasterio; y lo que de este mobiliario quisiere comprar o redimir mi hijo Sancho, cómprelo o redímalo, y lo que no quisiere comprar, véndase allí a quien más diere; y aquellos vasos que mi hijo Sancho comprare o redimiere, sea peso por peso de plata. Y el precio de lo que mi hijo comprare o redimiere, y el precio de todo lo demás que fuere vendido, quede la mitad por mi ánima a San Juan, donde he de reposar, y la otra mitad distribúyase a voluntad de mis maestros, al arbitrio del abad de San Juan y del obispo que fuere de aquella tierra, y del señor Sancho Galíndez y el señor Lope Garcés y el señor Fortuño Sanz y de otros mis grandes barones, por la salud de mi ánima partase entre los diversos monasterios del reino, y en construir puentes, redimir cautivos, levantar fortalezas o terminar las que están construidas en fronteras de los moros para provecho y utilidad de los cristianos, etc.»

Cuentan la mayor parte de nuestros historiadores, inclusos los particulares de Aragón, que teniendo Ramiro I. puesto cerco al castillo de Graus, el Grado según otros, para arrancarle del poder de los sarracenos, fue contra él con poderoso ejército, y como aliado del rey moro de Zaragoza su sobrino el rey Sancho el Fuerte de Castilla, y que acometido y envuelto por todas partes el de Aragón pereció allí con muchos de los suyos. Mas como Sancho de Castilla no comenzara a reinar hasta 1065, en que murió su padre Fernando el Magno, los escritores que le suponen en guerra con Ramiro I de Aragón han tenido que recurrir a prolongar la vida de este monarca hasta 1067 habiendo muerto en 1063, añadiendo así un error cronológico para poder sostener una inexactitud histórica[781]. Siendo para nosotros cosa averiguada la muerte de Ramiro en 1063[782], resulta no haber sido posible la ida del rey Sancho de Castilla contra él cuando tenía asediado el castillo de Graus, ni otra guerra alguna entre los dos monarcas. ¿Cómo fue pues la muerte de Ramiro I?

Un historiador arábigo[783], casi contemporáneo y que vivía en Zaragoza, nos informa de este suceso de una manera que hasta ahora no conocíamos. «Cuando Al Moktadir Billah (dice), dejó a Zaragoza para ir con su hueste al encuentro del tirano Radmil (Ramiro), el príncipe de los cristianos, habiendo reunido los dos reyes el mayor ejército posible, diéronse vista musulmanes e infieles; cada uno de los dos ejércitos estableció su campo y se colocó en orden de batalla. El combate duró una gran parte del día; pero los musulmanes salieron derrotados. Consternóse Al Moktadir; la lucha había sido tan encarnizada que los musulmanes se dispersaron acá y allá. Entonces Al Moktadir llamó a cierto musulmán que aventajaba a todos los demás guerreros en conocimientos militares, el cual se llamaba Sadadáh.—¿Qué pensáis vos de este día? le preguntó Al Moktadir.—Desagraciado ha sido, le respondió Sadadáh; pero aún me queda un recurso.» Y dicho esto se marchó. Llevaba este tal el traje de los cristianos y hablaba muy bien su lengua porque vivía a su vecindad y se mezclaba con ellos muchas veces. Penetró pues en el ejército de los infieles, y se acercó al tirano Radmil. Encontróle armado de pies a cabeza, con la visera calada de suerte que no se le veía más que los ojos. Sadadáh le acechó esperando una ocasión de poderle aherir.

---

781 El erudito Romey ha incurrido en este punto en la misma equivocacion de Mariana. Ambos, con otros muchos que nos dispensamos de citar, difieren la muerte de Ramiro hasta 1067, para dar lugar a la guerra con Sancho. El docto Zurita (Anales de Aragón, lib. I. cap. 18) cae en una contradicción todavía mayor. Conviniendo en que la muerte de Ra miro acaeció en-1063, cuenta sin embargo la guerra de éste con Sancho de Castilla que no reinó hasta 1065, y la ida de Sancho al castillo de Graus cercado por Ramiro.

782 Anal. Toledan. Primeros: «Murió el rey don Ramiro en Grados, era MCI.»—Epitafio de San Juan de la Peña.—Blancas, Comentarios.—Id. Inscripciones de los reyes-de Aragón.—Moret, Annal. de Navarra, 1.1.—Id. Investigac. historic, pág. 494.—Cron. de Ripoll, citada por Villanueva, Viage literario, pág. 245.—España Sagr. t. III. p. 593. —Id. tomo XLIV. Fragm. histor. p. 327.

783 Al Tortóschi, en su Sirádjo'l-moluc, cit. por Dozy en sus Jnvest. p. 435.

Presentósele ésta, lanzóse sobre Ramiro y le hirió en el ojo con su lanza. Ramiro cayó boca abajo en tierra. Entonces Sadadáh comenzó a gritar en romance: «El sultán ha sido muerto, ¡oh cristianos! Difundida por el ejército la noticia de la muerte de Ramiro, dispersáronse los cristianos y huyeron precipitadamente. Tal fue, por la permisión del Todopoderoso, la causa de la victoria de los musulmanes.»

Si así fue como lo cuenta el historiador arábigo, aquel Sadadáh fue el Bellido Dolfos de los sarracenos. Sin embargo el rumor de la muerte de Ramiro había sido falso: el rey estaba herido sólamente; pero murió de sus resultas el 8 del siguiente mayo[784], dejando por sucesor a su hijo Sancho el legítimo, que ya durante la enfermedad de su padre había gobernado el reino, y a quien llamaremos Sancho Ramírez, para distinguirle de los otros dos Sanchos que reinaron en su tiempo en Navarra y en Castilla[785].

Joven de diez y ocho años Sancho Ramírez; pero príncipe de grande ánimo y esfuerzo, prosiguió guerreando contra los árabes ansioso de vengar la muerte de su padre, y ensanchó los términos de sus dominios mucho más de lo que eran cuando él los heredara. Una de las empresas que en los primeros años de su reinado dieron más fama al joven príncipe fue la conquista de Barbastro, que hizo en unión con el conde de Armengol de Urgel su suegro, si bien costó la vida a este ilustre vástago de la noble familia de los Armengoles de Urgel que tantos laureles ganaron en las guerras con los musulmanes (1065). Abrió aquella conquista a Sancho Ramírez el camino para otras no menos importantes en las regiones fértiles y abundosas de la tierra llana, en que hasta entonces habían vivido los sarracenos con toda seguridad y regalo. Así no le hubiera distraído del que debía ser su principal objeto como el de todos los monarcas cristianos de aquella época la ambición de Sancho de Castilla, que obligó a los dos Sanchos de Navarra y Aragón a confederarse entre sí, y que produjo la guerra y batalla de Viana (1066), con todas las demás consecuencias de que dimos ya cuenta en el anterior capítulo tratando de la historia de Castilla.

Un negocio eclesiástico, de grave interés por las proporciones que llegó a tomar y por el grande influjo que con el tiempo ejerció en la condición religiosa y política de toda España, vino a ocupar al rey Sancho Ramírez de Aragón en medio de las atenciones de la guerra. Era el tiempo en que los papas y la corte de Roma aspiraban a extender su influjo y dominación y a someter a él todos los imperios y príncipes cristianos, de cuyo sistema, y de su justicia o injusticia, conveniencia o inconveniencia no juzgaremos ahora. España era el país en que menos intervención había ejercido la Santa Sede aún en los negocios eclesiásticos, y mucho menos en los temporales. A ella, pues, dirigieron sus miras los romanos pontífices. Ocupaba a este tiempo la silla de San Pedro el papa

---

784 En San Juan de la Peña, donde fue enterrado.

785 Dice Mariana en cap. 7. del libro IX. De la Historia, hablando de este rey: «Del papa Gregorio VII. Que gobernó la iglesia por estos tiempos, se halla una bula en que alaba al rey don Ramiro, y dice fue el primero de los reyes de España que dio de mano a la superstición de Toledo (que así llamaba él al Breviario y Misal de los godos), la cual superstición tenía con una persusaión muy necia deslumbrados los entendimientos y que con la luz de las ceremonias romanas dio un muy grande lustre a España. A la verdad este prícipefue muy devoto de la Sede Apostólica, en tanto grado que estableció por ley perpetua para él y sus descendientes que fuesen siempre tributarios al sumo pontífice: grande resolución y muestra de piedad.»

No es posible decir más errores en menos palabras. 1.º El papa Gregorio VII. no gobernaba entonces la iglesia, ni ocupó la silla pontificia hasta diez años después de la muerte de Ramiro. 2.º La bula a que se refiere no se halla en los registros de sus cartas. 3.º El rey don Ramiro I. de Aragón no dio de mano al Breviario gótico, ni este se abolió en Aragón basta 1071, ocho años después de haber muerto Ramiro. 4.º El rito gótico no era una superstición que con persuasión muy necia tuviese deslumbrados los entendimientos, sino un rito nacional muy venerado y muy legítimo, reconocido como tal no sólo por la iglesia española, sino por concilios y pontífices. 5.º Ramiro I. de Aragón no hizo su reino perpetuamente tributario de Roma. 6.º Si lo hubiera hecho, habría sido muestra do gran piedad, pero no una grande resolución, sino una resolución muy perjudicial a España, y no autorizada por ninguna de las leyes del reino.

Todo esto recae después de haber hecho Mariana vivir a Ramiro hasta 1067, habiendo muerto en 1063, y de haberle hecho morir en guerra con su sobrino Sancho de Castilla cuyo reinado no alcanzó. Pone el concilio de Jaca de 1063 en 1060, y hace posterior a este en dos años el de San Juan de la Peña. No hallamos pues en Mariana verdad ni exactitud en nada de lo que cuenta de don Ramiro. ¿Tendremos necesidad de hacer la misma advertencia en otras épocas y reinados?

Alejandro II., el cual en el año segundo del reinado de Sancho Ramírez (1064) envió a Aragón al cardenal legado Hugo Cándido, con la comisión de impetrar del rey la abolición del rito y breviario gótico o mozárabe que hasta entonces había usado constantemente la iglesia española, reemplazándole con el breviario y ritual romano. Este paso del pontífice debió lisonjear mucho al monarca aragonés, el cual recibió al legado en su corte con grandes honras acompañado de sus hermanos, Sancho el conde, y García obispo de Jaca, y de varios ricos-hombres y caballeros principales del reino. Acaso los asuntos de la guerra impidieron al rey arreglar por entonces la negociación apostólica relativa a la sustitución del rezo por favorables que fuesen para ello sus disposiciones. O más bien se diferiría por la reclamación que en favor del oficio gótico hicieron Castilla y Navarra, de donde pasaron tres prelados al concilio de Mantua de 1007 a representar ante el papa y el sínodo la legitimidad y santidad del rito mozárabe, logrando que uno y otro le reconocieran y aprobaran como tal. A pesar de todo, fue tal el empeño que en aquel negocio mostró Alejandro II., que habiendo vuelto el legado Hugo Cándido a Aragón, quedó abrogado el rito gótico en aquel reino y reemplazado por el romano (marzo de 1071), comenzando a usarse éste en el monasterio de San Juan de la Peña; primera brecha que se abrió en España a la preponderancia de la corte pontificia, preponderancia que había de ir acreciendo, y que monarcas y pueblos inútilmente se habían de esforzar después por atajar[786].

Deferente y respetuoso el monarca aragonés a la silla pontificia, puso bajo su protección todos los monasterios de su señorío, y con el cardenal Hugo Cándido envió a Roma al abad del de San Juan de la Peña, Aquilino, suplicando al papa recibiese bajo su amparo aquel monasterio que sus predecesores habían fundado y dotado con cuantiosas rentas. A su paso por Barcelona lograron estos dos enviados que el conde Ramón Berenguer decretase la abolición del rito mozárabe en sus estados y su reemplazo por el romano, al modo de lo que acababa de ejecutarse en Aragón, contribuyendo a ello la condesa doña Almodis, de nación francesa, acostumbrada en su patria a las ceremonias de aquella liturgia[787]. Fácil le fue a don Sancho Ramírez alcanzar del papa Alejandro II. las bulas que impetraba. Pero llevaba muy a mal su hermano García, el obispo de Jaca, la exención de los monasterios y de las iglesias que se iban fundando y dotando en los lugares que se ganaban a los moros: exponía al rey que eso era derogar la jurisdicción ordinaria, y procedía contra todos los que pretendían la exención. Inquietos traía a los monjes y al rey la conducta del celoso prelado. Envió Sancho con este motivo nuevo embajador a Roma, y Gregorio VII., que había sucedido en 1078 en la silla de San Pedro a Alejandro II. confirmó las exenciones otorgadas por este. Por último, merced a la solicitud y buena maña del abad Galindo concedió el sumo pontífice al rey la facultad de distribuir y anexar las rentas de las iglesias los monasterios y capillas que en adelante se fundasen en su reino o se conquistasen delos infieles(1074). dio esto ocasión a un hecho que nos demostrará las ideas que en aquel tiempo dominaban.

El rey había hecho aplicación de algunas de aquellas rentas a los gastos y atenciones de la guerra que sostenía contra los enemigos de la fe. A pesar de lo sagrado del objeto, «teníase por grave, dice un historiador de Aragón, lo que el rey hacía»; él mismo entró en escrúpulos; y pareciéndole que con aquello ofendería a Dios y acaso movía escándalo en el pueblo, hallándose con la corte en Roda hizo a presencia del obispo de aquella diócesis penitencia pública en el templo, y pidió perdón y satisfacción a Dios, por haber echado mano de las décimas y primicias de las iglesias, mandando desde luego restituir a la de Roda lo que él decía haberle usurpado[788].

Un acontecimiento imprevisto vino a poner un nuevo cetro en manos de Sancho Ramírez de Aragón. El 4 de junio de 1076 hallándose entretenido en el ejercicio de la caza su primo Sancho Garcés de Navarra en los bosques de Peñalén, fue alevosamente sorprendido por su hermano Ramón y precipitado por él y sus amigos de lo alto de una elevada roca, de lo cual le quedó en la

786 Sobre la verdadera época de la introducción del oficio y rezo romano en Aragón, puede verse la luminosa disertación del erudito maestro Flórez, en el tom. 1II. de la Esp. Sagrada.

787 Diago, Hist. de los condes de Barcelona.—Sandoval, Cinco obispos.—Flórez, en la citada disertación. Esp. Sagr. tom. III.

788 Zurita, Anal. lib. I. cap. 35.

historia el nombre de Sancho el Despeñado y de Sancho el de Peñalén. Engañóse el fratricida si cometió el asesinato con intención de arrebatar a su hermano la corona, porque los navarros viéndose sin rey y no creyendo digno del trono a quien por tan criminales medios pretendía usurparle, eligieron de común acuerdo al de Aragón, que así se encontró soberano de una nueva y poderosa monarquía. Marchó el aragonés a Pamplona a posesionarse del reino que tan inopinadamente le había venido, pero al propio tiempo Alfonso VI. de Castilla que se consideraba con derecho a la sucesión de aquel estado dirigióse también con ejército a Navarra, y se apoderó de la Rioja, de Calahorra y de otras plazas limítrofes de Navarra y Castilla. Un hijo de Sancho el Despeñado, llamado Ramiro, huyó por temor al asesino de su padre y se refugió en Valencia, donde permaneció mucho tiempo y casó con una hija del Cid. Ramón el fratricida, expulsado por los navarros, se acogió a Zaragoza, donde fue bien recibido por el rey musulmán, que le dio casa y haciendas con que pudiese vivir con el decoro correspondiente a su clase de príncipe[789].

No trató por entonces el aragonés de disputar a su primo el de Castilla la posesión de las plazas de Rioja de que se había apoderado. Urgíale más pelear contra los infieles, y con este intento pasó a Ribagorza, donde sitió el fuerte castillo de Muñones y le tomó por asalto después de derrotar en sangrienta lid al emir de Huesca que a defenderle había acudido. En 1078 se atrevió a pasar a la vista de Zaragoza, taló sus campos, siguió las corrientes del Ebro y construyó la fortaleza de Castellar, desde la cual tenía en respeto toda aquella comarca mahometana. En los años siguientes obligó al rey de Zaragoza a comprar la paz con un tributo anual, tomó varias fortalezas, se posesionó por asalto del castillo de Graus, lugar que tan funesto había sido a su padre, fortificó a Ayerbe, conquistó a Piedra Tajada, y por último en 1086 ganó a Monzón, que con título de rey dio a su hijo don Pedro, que ya lo era de Sobrarbey Ribagorza.[790]

Tal era el estado de las cosas en Aragón y Navarra cuando Toledo fue conquistada por las armas de Castilla. Veamos lo que entretanto y en el mismo período había acontecido en el condado de Barcelona.

De once a doce años de edad contaba solamente Ramón Berenguer I. cuando en conformidad al testamento de su padre Berenguer Ramón I. *el Curvo*, subió al trono condal de Barcelona en 26 de mayo de 1035[791]. Veremos no obstante la justicia con que se aplicó al conde niño el sobrenombre de el Viejo, por el tino, madurez y prudencia que supo desplegar en el gobierno del estado. Eranle tanto más necesarias estas prendas y virtudes cuanto que tuvo que luchar muy desde el principio contra las pretensiones de su abuela la condesa Ermesindis, cuya ambición y afán de dominar habían dado ya harto que hacer a su hijo, el padre del actual conde. No porque ella tuviese la tutela y administración del condado durante la menor edad de su nieto, como han consignado graves autores, sino porque no queriendo renunciar a la desapoderada sed de influencia y de mando, movió tales desavenencias, rencores y disturbios en la familia, que llegaron a hacer ligas y confederaciones muy enconadas unos con otros, y aunque su joven nieto la contrariaba con la entereza de un hombre de edad madura, no por eso dejó de llenar de amargura sus días: que son temibles las intrigas y manejos de una mujer ambiciosa de influjo y dada por intervenir en los negocios de gobierno. Llegó su venganza hasta el punto de pedir y alcanzar del jefe de la iglesia una excomunión contra el conde su nieto, comprendiendo en ella a su segunda esposa Almodis y al obispo de Narbona Wifredo. En cuanto a sus pretensiones, no renunció a ellas hasta los últimos años de su larga vida, en que arrepentida tal vez de sus injusticias, y de cierto cansada de luchar en vano con la firmeza del conde, vino a pactos con él, como había hecho con Berenguer Ramón su hijo, y añadiendo una prueba de interesada y desdorosa codicia a las que había dado de ambición, vendióle sus pretendidos derechos a los condados de Gerona, Barcelona, Manresa y Vich por el miserable precio de 100.000 sueldos barceloneses, o sean 1,000 onzas de oro, confesando ella misma en las

789 Annal. Compost. p. 320.—Moret, Anal, de Navarra, lib. XIII.—Id. Invest. lib. III.— Zurita, Anal. lib. I. cap. 23.
790 Zurita, Anal. cap. 27 y 29.
791 De extrañar es en verdad el error del cronista Pujades, que da a este príncipe 39 años cuando heredó el condado. Véase a Bofarull, Condes de Barcelona, tomo II. p. 3.

escrituras su usurpación, obligándose a ser fiel a sus nietos y comprometiéndose a impetrar del papa el alzamiento de la excomunión que a su instancia había contra ellos fulminado[792].

Unido en matrimonio con la princesa Isabel, hija del conde de Bitiers, Bernardo Trencavelo, tuvo de ella tres hijos, Berenguer, Arnaldo y Pedro Ramón, de los cuales solo vivió el último para desgracia de su padre y del estado, como veremos después. En los once años que duró esta unión, de 1039 hasta 1050 en que murió la condesa, tuvieron no pocas contestaciones y diferencias grandes con varios otros condes y obispos, transacciones, convenios, alianzas, cesiones mutuas de poblaciones y fortalezas, que demuestran cómo los nobles catalanes esquivaban ya y rehuían la sujeción a la autoridad central, y cómo el prudente conde supo renovar los feudos y hacer que los principales barones le rindieran homenaje y le juraran lealtad y ayuda en las guerras contra los sarracenos. Dedicóse a éstas más principalmente después de la muerte de la condesa Isabel su primera esposa, y la fortuna le favoreció lo bastante para obligar a varios régulos musulmanes a rendirle parias. El de Zaragoza fue uno de los que probaron más la fortaleza y el brío de los cristianos catalanes. De gran auxilio sirvió para esto al de Barcelona el célebre pacto que hizo con el intrépido y valeroso Armengol de Urgel, por el cual se obligó este a serle amigo fiel y a ayudarle sin fraude ni engaño en todas sus expediciones contra los infieles, si bien reservando Armengol para sí la tercera parte de lo que conquistasen, dándole el de Barcelona en feudo el castillo de Cubells, con 100 onzas de oro barcelonesas y 350 mancusos de oro anuales (1058). En virtud de este pacto, que nos recuerda el que en otro tiempo hicieron los dos hermanos Ramón Borrell de Barcelona y el otro Armengol de Urgel para atajar aunados las invasiones de Almanzor, rompieron los dos aliados la guerra por el valle de Noguera Ribagorzana, tomaron varias fortalezas a los musulmanes, y se ensancharon los límites del condado barcelonés por la parte de Lérida, de Tortosa y de Tarragona, estableciendo el conde alcaides de frontera en los castillos y fuertes avanzados hasta darse la mano por algunos puntos con el reino de Aragón. El ardimiento bélico del de Urgel y la circunstancia de haber dado su hija Felicia en matrimonio al rey Sancho Ramírez de Aragón moviéronle a ofrecer su brazo a este monarca para ayudarle en el sitio de Barbastro, y en esta gloriosa empresa le arrebató la muerte (1065), de lo cual le quedó en la historia el sobrenombre de Armengol el de Barbastro.

No era el conde don Ramón Berenguer I. hombre que por atender a las empresas militares desatendiera los negocios religiosos y políticos del estado. Por el contrario, más todavía que de guerrero supo ganar perdurable fama de piadoso, de legislador, de reformador de las costumbres públicas. Además de haberle debido Barcelona la nueva fábrica de la catedral y otras piadosas fundaciones, quiso poner remedio a las costumbres relajadas y un tanto rudas de los eclesiásticos, que más se cuidaban de armaduras y caballos y de ejercicios de guerra y de montería que de los deberes de su sagrado ministerio. A este propósito congregó en 1068 con aprobación del papa Alejandro II. un concilio en Gerona, que presidió el legado Hugo Cándido de vuelta de su primer viaje a Roma. Los catorce cánones de este concilio nos revelan cuáles eran los abusos y excesos que predominaban y que se creyó más urgente corregir. Se condenó la simonía, se aseguró la dotación del clero secular, se excomulgó a los que no se apartasen de los matrimonios incestuosos y a los maridos que rehusasen reunirse con sus mujeres legítimas, se prohibió a los clérigos el matrimonio y el concubinato, el uso de las armas, el ejercicio de la caza y los juegos de azar, pero no se abolió en este concilio el oficio gótico, como muchos han creído, sino tres años después, y de la manera que más arriba hemos enunciado ya[793].

No contento con esto el celoso conde, y aspirando al glorioso título de legislador, convocó en aquel mismo año[794] y congregó en Barcelona y en su mismo palacio a los condes, vizcondes y barones principales de Cataluña, y de acuerdo y conformidad con la condesa doña Almodis, su

792 Pujades. Feliu. Carbonell, Masdeu, Ballucio, Bofarull y otros,—Archivo de la corona de Aragón, Colección de los documentos sin fecha de Ramón Berenguer I. números 173 y 204.

793 Actas del concilio de Gerona.—Véase Flórez, Esp. Sagr. tomo III.—La Canal, continuación de la misma, tom. XLIII.

794 Otros suponen que en 1070. La opinión más común y seguida es que fue en 1068.

segunda o tercera esposa[795], manifestó a aquella ilustre asamblea la necesidad de reformar la legislación catalana. Había regido hasta entonces el célebre *Fuero Juzgo* de los godos; pero muchas de sus leyes se habían alterado o caído en desuso con el trascurso de los tiempos, eran otras inaplicables a las circunstancias de entonces, y los usos y costumbres de los nuevos pueblos habían introducido y arraigado costumbres que habían ido adquiriendo fuerza de ley. Era pues necesario suprimir unas, acomodar otras a las nuevas condiciones sociales, y autorizar con la sanción lo que la experiencia había aconsejado como conveniente. Era menester en una palabra variar la constitución civil y social del pueblo, y esto fue lo que hizo el conde don Ramón Berenguer el Viejo con su esposa doña Almodis y con el auxilio de sus barones y magnates en las cortes de Barcelona de 1068, compilando el famoso código de los *Usages de Cataluña*, sabia compilación que los ilustrados monjes de San Mauro llamaron la compilación sistemática e íntegra de usos más antigua y auténtica que se conoce[796]. Obra fue ésta la más honrosa del conde Ramón Berenguer I., y una de las más brillantes páginas de la historia del pueblo catalán. Debemos advertir que aquella asamblea de Barcelona no fue un concilio, como equivocadamente han querido decir Baronio, Mariana y otros autores, ni la presidió el cardenal Hugo Cándido, ni asistió a ella un solo obispo, sino un verdadero congreso político, unas cortes en que no se trató una sola materia eclesiástica. Y lo que es más, no se abolieron tampoco en ellas las leyes góticas, como muchos también han pretendido, sino que se mantuvieron en observancia en la parte no reformada o reemplazada por los *Usages* hasta mucho después de incorporado el condado de Barcelona con el reino de Aragón[797].

La fama de la grandeza y poderío de Ramón Berenguer había llegado a los árabes del Mediodía de España, y cuando Ebn Abed el de Sevilla se puso sobre Murcia, su negociador y caudillo Ebn Omar, el mismo que había agenciado la amistad y alianza de Alfonso VI. de Castilla, pasó también a Barcelona a solicitar auxilios del conde, que obtuvo a precio de diez mil doblas de oro, prometiendo otras tantas tan pronto como la hueste auxiliar catalana llegase a Murcia. El hijo del rey de Sevilla había de ser entregado en rehenes al conde de Barcelona, y este envió con igual condición un primo suyo al emir sevillano. Pisaron, pues, las tropas catalanas los campos de Murcia; púsose el hijo del emir en manos del conde barcelonés, más como no viese cumplidos por parte del rey musulmán otros artículos del convenio, apoderóse la sospecha y la desconfianza del ejército catalán y de su jefe, siguiéronse conflictos y choques en el campo, y Ramón Berenguer tomó sin soltar sus rehenes la vuelta de Cataluña. Retenido permaneció en su poder el hijo de Ebn Abed Al Motamid, hasta que su ministro Aben Omar volvió a pasar a Barcelona, no ya con solo la suma estipulada, sino con treinta mil doblas de oro, efectuándose entonces el canje del primo del barcelonés y del hijo del sevillano[798].

Si prudente, activo y mañoso fue el conde Ramón Berenguer I. para restablecer la quebrantada unidad condal y dilatar las fronteras de su estado de este lado de los Pirineos, no lo fue menos para aumentar y asegurar las posesiones que de la otra parte de los montes le pertenecían por derecho de herencia de su abuela Ermesinda. Astucia, energía y diligencia necesitó, y ésta fue una de sus mayores glorias, para conseguir que fuesen renunciando a sus respectivas pretensiones los jefes de aquellas casas poderosas; y merced a su habilidad y destreza viose por los años 1070 a 1071 dueño de los pingües estados de Carcasona, Tolosa, Narbona, Cominges, Conflent y otros de aquella parte del Rosellón. De modo que llegó este célebre conde a concentrar en una sola mano un

795 Hay vehementes indicios y aún algunos datos para creer que después de la muerte de la condesa doña Isabel y en los tres años que mediaron hasta que el conde contrajo nuevo matrimonio con doña Almodis, hija de los condes de la Marca en el Limosin, estuvo don Ramón Berenguer el Viejo casado con doña Blanca, de desconocida familia, a quien sin duda repudió por los nuevos amores con doña Aimodis, repudiada a su vez por Poncio, conde de Tolosa. Créese que este hecho fue el que dio ocasión a la abuela doña Ermesinda para alcanzar del papa la excomunión de que hemos hablado contra sus nietos.

796 L'Art de vérifier les dates, citado por Capmany, Memorias de Barcelona, tom. II.—Vives, Usages y otros derechos de Cataluña, tom. I.

797 Flórez, Esp. Sagr. Tom. III. Id. tom. XXIX.—Masdeu, Hist. Crist. tom. XIII.-Bofarull, tom. II.—Vives, Usag. tom. I.—Balucio, Marca Hispan, lib. IV.

798 Conde, part. III. cap. VI.

vastísimo territorio que de uno y otro lado de los Pirineos comprendía los condados de Barcelona, Gerona, Vich, Manresa, Carcasona, el Panadés, y las comarcas que caían en los condados de Tolosa, de Foix, de Narbona, de Minerva y de otras regiones transpirenaicas.

Pero reservado estaba a tan gran príncipe ver acibarados los postreros años de su gloriosa carrera con un gravísimo disgusto doméstico, el mayor de todos los que había experimentado. Entre su esposa la condesa Almodis y el hijo único que le había quedado de la princesa Isabel, llamado Pedro Ramón, estallaron discordias que turbaron lastimosamente la paz de la familia. Acaso el entenado sospechaba que la madrastra por amor a sus hijos propios instigara al padre para que le privase de lo que le pertenecía por derecho de primogenitura. Fuese esta u otra la causa, el encono y las malas pasiones del hijo de Isabel le cegaron y arrastraron al extremo de ensangrentar sus manos en la prudentísima esposa de su padre, y a mediados de noviembre de 1071 cometió el horrible crimen de asesinar a su madrastra la condesa Almodis. Golpe fue este que apenó tan hondamente al desgraciado padre y esposo, que aquel corazón que los contratiempos no habían podido nunca consternar, dio entrada al pesar y al abatimiento, a términos de ir consumiendo poco a poco aquella vida preciosa hasta llevarle a la tumba. Falleció, pues, el ilustre conde don Ramón Berenguer el Viejo, el guerrero, el legislador, el justo, coronado de gloria y de laureles, pero lleno de amargura, el 27 de mayo de 1076, después de un reinado de 41 años. La historia sigue denominándole con el título de el Viejo, no por su edad, sino por el consejo y prudencia que mostró desde su juventud[799].

Era el año en que a consecuencia de la muerte alevosa dada a otro príncipe, Sancho Garcés el de Peñalén, se habían unido las dos coronas de Navarra y de Aragón en la persona de Sancho Ramírez. Así, al propio tiempo que estos dos reinos parecía marchar hacia la unidad, Ramón Berenguer el de Barcelona, llevado del amor de padre como Sancho el Mayor de Navarra y Fernando el Magno de Castilla, había incurrido en el mismo deplorable error que ellos, dejando el estado pro indiviso a sus dos hijos y de la condesa Almodis, los dos hermanos gemelos Ramón Berenguer II. y Berenguer Ramón II. parecía fatalidad de los grandes príncipes, cuanto mayores eran desconocer más las pasiones de la naturaleza humana. Tenían demasiado cerca los nuevos condes el incentivo de la ambición para que pudiera dejar de tentar al uno o al otro. Una sola corona para dos cabezas, por más que el padre dejara dispuesto para evitar discordias que partiesen entre sí las rentas y las gozasen por igual, fácilmente se había de convertir en manzana de discordia, y así aconteció. Ramón Berenguer, el primer nacido, llamado Cabeza de Estopa *(Cap d'estopes)* por su blonda cabellera, era de tan gentil presencia como de índole apacible y amante de las virtudes pacíficas: Berenguer Ramón, el menor, era belicoso, activo, impetuoso y descontentadizo.

No tardó este último en mostrar por quién había de romperse la difícil armonía y concordia tan necesarias para el bien de sus comunes pueblos, exigiendo al mayor palabra pública y testimoniada de que se efectuaría la partición de las tierras. Antojósele luego poco segura aquella palabra, y más adelante, en 1079, ya exigió su cumplimiento, proponiendo además que, pues el gobierno debía partirse en lo posible, cada uno de ellos morase medio año en el palacio condal, el uno desde ocho días antes de Pentecostés hasta ocho antes de Navidad, y el otro el resto del año, y que cada cual esperase su turno y retuviese como en garantía el castillo del puerto. A todo iba accediendo el bondadoso y cándido Ramón Berenguer *Cap de Estopa*, y nada bastaba a satisfacer al exigente y descontentadizo hermano Berenguer Ramón. Al año siguiente (1080) los hallamos celebrando otro contrato, que descubre a las claras el rencor y malquerencia del hermano menor, pues entre otras condiciones arrancó a su hermano la de entregarle en rehenes diez de sus mejores prohombres[800]. Tanta condescendencia y tanta mansedumbre de parte de don Ramón Berenguer no hicieron sino precipitar su ruina. Dos años después de este último convenio, el 6 de diciembre de

799 Los cuerpos de los ilustres condes don Ramón Berenguer I. y doña Almodis se conservan en la catedral de Barcelona, en dos urnas de madera cubiertas de terciopelo carmesí, colocadas en el lienzo de pared interior que media desde la puerta de la sacristía que da salida al claustro, a unos quince palmos de elevación del pavimento.—El matador de su madrastra, Pedro Ramón, parece que desterrado de su país natal, fue condenado por el pontífice y colegio de cardenales a una ruda penitencia que duró veinte y cuatro años.

800 Archivo de la corona de Aragón, colección de don Ramón Berenguer II n. 48.

1082, en un bosque solitario que había camino de Gerona entre San Celoni y Hostalrich se encontró el cadáver de un hombre que se conocía haber muerto a manos de asesinos. Era él, el buen Berenguer Cap de Estopa, asesinado por gentes de su hermano Berenguer Ramón. El desgraciado acababa de ser padre de un niño que un mes hacía le había dado su esposa Mahalta, la hija del valiente capitán normando Roberto Guiscard.[801]

Espanto, indignación y horror causó en toda Cataluña la nueva del horrible crimen. Sin embargo nadie se atrevía a tomar sobre sí la defensa y tutela de la desventurada viuda y del ilustre huérfano, llamado también Ramón Berenguer como su padre. Atrevióse el primero el vizconde de Cardona Ramón Folch (1083) a declararse vengador del *Fratricida*. Siguieron más adelante su ejemplo (1084) los Moncadas y otros barones y allegados de la casa condal, juntos con el conde y condesa de Cerdaña y el obispo de Vich. «Mas ¿qué podía, exclama con razón un juicioso historiador catalán, una junta celebrada a escondidas y a la sombra del misterio por unos pocos servidores contra la habilidad y pujanza de Berenguer Ramón?» Por otra parte el testamento del último conde favorecía al que sobreviviese de los dos hermanos coherederos, y ya por respeto a esta clausula, ya por temor al carácter y pujanza de Berenguer Ramón, hubieron los conjurados de tener por prudente diferir para mejor ocasión sus planes de venganza, y consentir en que se sometiese la tutela del niño y el gobierno de lo que a este le tocaba en herencia a su tío Berenguer, el asesino de su padre, de la cual se le invistió en 6 de junio de 1085, si bien limitándola al plazo de once años, y hasta que el niño Ramón alcanzase a los quince el derecho de reinar y de calzar las espuelas de caballero, símbolo del mando.

Dejemos pues al conde Berenguer Ramón II. *el Fratricida*, gobernando el condado de Barcelona por sí y a nombre de su sobrino; época que fue en Cataluña fecundo principio de grandes e importantes sucesos: y puesto que hemos trazado el cuadro de lo que aconteció en los tres reinos de Aragón, Navarra y Barcelona hasta la memorable conquista de Toledo, que inauguró una nueva era para Castilla, cuya marcha y vicisitudes hemos adoptado por norma para las divisiones de nuestros períodos históricos, hagamos aquí alto, y examinemos con arreglo a nuestro sistema las modificaciones que en su vida material y moral ha ido recibiendo cada estado de la España, así cristiana como muslímica, en el período que comprenden los capítulos de este volumen.

---

801 El maestro Diago ha querido salir a la defensa del conde Fratricida (que con este infamante nombre se le conoció después): de seguro no se hubiera constituido en defensor de tan mala causa si hubiera examinado bien los documentos del archivo de Barcelona, y principalmente si hubiese visto la sentencia que los jueces de corte pronunciaron en Lérida en 1157 sobre este hecho.

CAPÍTULO XXV.
RESUMEN CRÍTICO DE LOS SUCESOS DE ESTE SIGLO.
De 976 a 1085.

Expónense las causas de los sucesos de este periodo.—Cotéjase la situación de la España cristiana y de la España árabe a la aparición de Almanzor.—Retrato moral de este personaje.—Lo que ocasionó su ruina.—Crisis en el imperio musulmán.—Mudanza en la condición de los dos pueblos.—Comparaciones.—Por qué los príncipes cristianos no aprovecharon el desconcierto del imperio árabe.—Desavenencias, excisiones, guerra entre las familias reinantes españolas.—Juicio del carácter y conducta de cada monarca, y fisonomía de cada reinado.—Paralelo entre el comportamiento de un rey árabe, de un rey de Castilla y del Cid Campeador con Alfonso VI.—Disidencias entre los príncipes cristianos de Aragón, Navarra y Cataluña.—Importante y melancólica observación que nos sugieren estos sucesos.—Por qué iba adelantando la reconquista en medio de tantas contrariedades.—Causas de la decadencia y disolución del imperio ommiada.

En los 109 años que han trascurrido desde la elevación de Almanzor, el enemigo formidable de los cristianos, hasta la conquista de Toledo por Alfonso VI. de León y de Castilla, ha variado completamente la situación respectiva de los dos pueblos, el cristiano y el musulmán. Los poderosos y soberbios son ahora los abatidos y flacos. Los que eran débiles y pobres se presentan ya pujantes y orgullosos. Parecía que no faltaba sino inscribir definitivamente la palabra «triunfo» sobre el pendón del islam, y sin embargo resplandece la cruz sobre la cúpula de la grande aljama de Toledo convertida en basílica cristiana. El grande imperio mahometano de Córdoba que amenazaba absorber hasta el último rincón de la España independiente ha caído desplomado; extinguióse la ilustre estirpe de los esclarecidos Beni-Omeyas,y los reyezuelos que sobre las ruinas del grande imperio han levantado sus pequeños tronos, los unos han sido derrocados por los monarcas cristianos, los otros han caído a impulsos del huracán de la discordia civil, los otros son tributarios de los soberanos de Castilla, de Aragón o de Barcelona. ¿Cómo y por qué causas se ha obrado esta mudanza en la condición de los dos pueblos?

Después que la traición y el veneno pusieron fin a los días de Sancho el Gordo, la monarquía madre de Asturias y León viene a caer en manos de un niño de cinco años[802], y de dos mujeres[803]. ¿Qué se podía esperar de la suerte de este pobre reino, fiado a manos tan débiles, precisamente cuando en el imperio musulmán ha sucedido a Abderrahman III. el Grande su hijo Alhakem II. el Sabio? Por fortuna de los cristianos Alhakem los deja vivir en paz, porque ama más los libros que las armas y gusta más de letras que de conquistas: y por fortuna suya también la monja Elvira que gobierna el reino, acredita con su prudencia y discreción que bajo la toca de la virgen hay una cabeza que pudiera ceñir dignamente la diadema real. Pero aquel niño crece, y creciendo en cuerpo y en años crece también en aviesas inclinaciones, sacude el freno de la dirección y del buen consejo de sus prudentes tutoras, corre desbocado por el camino de los vicios, irrita con su desacordada conducta, con su altivez y ásperos tratamientos a los magnates de su reino, levántanse los nobles, se alza un pretendiente al trono, coronanle sus parciales y le ungen con el oleo santo, se hacen armas por una y otra parte, se pelea, y la discordia, y el desconcierto y el desorden reinan en la pobre monarquía leonesa.

¿Y cuándo acontece todo esto? Cuando en el pueblo enemigo, cuando en el grande imperio musulmán aparece un genio belicoso, emprendedor y resuelto, figura histórica colosal, gigante que desde su aparición asombra; y a quien sin embargo se le ve siempre creciendo; político profundo, ministro sabio, guerrero insigne, el Alejandro, el Aníbal, el César de los musulmanes españoles. Excusado es que nombremos a este famoso personaje con su verdadero nombre: porque ¿quién conoce a Mohamed ben Abdallah ben Abi Ahmer el Moaferi? Mas si le apellidamos con el título que le valieron sus hazañas, si le nombramos Almanzor, no hay ni quien le desconozca ni quien le pronuncie sin asombro y sin respeto.

802 Ramiro III.

803 Teresa y Elvira, madre y tía del rey.

Cuando un pueblo tiene la desgracia de ver sucederse una serie de príncipes, o débiles y flacos, o desatentados y viciosos; cuando además este pueblo se ve destrozado por las ambiciones y las discordias; cuando al propio tiempo en el pueblo enemigo se levanta un genio de las dimensiones de Almanzor, ¿quién no teme, y quién no augura la ruina pronta e inmediata de aquel imperio? Emprende Almanzor aquel sistema propio suyo de las dos irrupciones y campañas anuales. Incierto como un cometa errante, terrible como el trueno, rápido como el rayo, no se sabe nunca dónde irá a descargar el siniestro influjo de este astro de muerte, si al Norte, si al Este, si al Oeste de la España cristiana. Todo lo recorre el valeroso musulmán, y allí se deja caer como una lluvia de fuego donde menos se le espera. Los cristianos pelean con valor, pero ¿quién resiste a la impetuosidad del mahometano? Cada estación señala un triunfo para el guerrero árabe, y sus victorias se cuentan por el número de sus campañas. Zamora, la Numancia de aquellos tiempos; León, la corte de los monarcas cristianos; Barcelona, la ciudad de Luis el Pío y de los Wifredos; Pamplona, la plaza envidiada de Carlomagno; Compostela, la Jerusalén de los españoles; San Esteban de Gormaz, una de las llaves de Castilla, todo cae al golpe de las cimitarras sarracenas, todo cede al ímpetu del alfanje manejado por el brazo irresistible de Almanzor. Bermudo el Gotoso de Dfeon se refugia a los riscos de Asturias con las reliquias de los santos y las alhajas de los templos como en tiempo de Rodrigo el Godo. Borrell huye de Barcelona como Bermudo de León. Las campanas de la basílica del santo apóstol son llevadas a la corte musulmana para servir de lámparas en el gran templo de Mahoma. El conde García de Castilla es conducido y atado como un ciervo a los pies de Almanzor; y mientras su hijo Abdelmelik gana en África el título de Almudhafifar (guerrero afortunado), los cristianos de España se ven reducidos a la cuna de su independencia como en tiempo de la conquista.

Una ilustre religiosa de León, la célebre abadesa Flora, cautivada con otras compañeras en la catástrofe de aquella ciudad, nos dejó consignados en patéticos lamentos los estragos de aquellos días de tribulación. «Los pecados de los cristianos, dice, atrajeron la gente sarracena de la estirpe de los ismaelitas sobre toda la región occidental, para devorar la tierra, pasar a todos al filo de sus aceros, o llevar cautivos a los que quedaran con vida. Nuestra constante acechadora la antigua serpiente les dio la victoria: destruyeron las ciudades, desmantelaron sus muros y lo conculcaron todo: los pueblos quedaron convertidos en solares, las cabezas de los hombres cayeron tronchadas por el alfanje enemigo, y no hubo ciudad, aldea ni castillo que se librara de la universal devastación.»

¿Será que haya sonado la última hora para el pueblo fiel? ¿Habrá entrado en los decretos eternos que sean perdidos para los cristianos los sacrificios de cerca de tres siglos? No; el que rige la marcha de la humanidad y tiene en su mano los destinos de las naciones, volverá los ojos hacia su pueblo: pasará la tormenta, se calmará el huracán, caerá el coloso del Mediodía, el Nembrot de los muslimes. La Providencia envía un soplo de inspiración a los monarcas cristianos, y los que estaban sumidos en el abatimiento se sienten de repente fortalecidos, y los que hasta entonces habían sido víctimas de sus propias rivalidades se unen instantáneamente para hacer un vigoroso y desesperado esfuerzo en defensa de su fe y de su libertad. Líganse como instintivamente los soberanos de León, de Castilla y de Navarra, atrévense a desafiar al hombre de las cincuenta victorias, y se da la memorable batalla de Calatañazor. La Providencia que suele hacer visible su omnipotente mano en las ocasiones solemnes, mostró allí que no abandonaba a los que confiados en ella no se dejan abatir por los infortunios. En el camino de Medinaceli se ven cuatro guerreros musulmanes conduciendo en hombros un personaje moribundo entre las desordenadas filas de un ejército consternado. Este personaje exhala entre acerbos dolores su último suspiro... Conducido a Medinaceli, una lápida sepulcral guarda sus restos inanimados. Era Almanzor, el grande, el guerrero, el victorioso. *«¡Almanzor ha muerto!* exclaman los soldados de Mahoma con acento dolorido: *¡cayó la columna del imperio!»* El pueblo cristiano entona himnos de regocijo, y Córdoba viste de luto después de la batalla de Calatañazor, como Roma después de la batalla de Cannas. El imperio musulmán que llegó al apogeo de su engrandecimiento bajo un califa niño, comenzará a decrecer bajo un rey

cristiano niño también, porque niño es Alfonso V. de León como Hixem II. de Córdoba, que Dios quiso colocar al pueblo cristiano en circunstancias análogas a las del pueblo infiel para sus sabios fines.

Difícilmente presentará la historia de ningún pueblo entre sus grandes hombres el tipo de un personaje como Almanzor. Que fuese gran ministro, hábil regente, político profundo, administrador diestro, batallador insigne y el mayor general de su siglo, nos causaría admiración pero no asombro: que no so arredrara ante ningún obstáculo, ni cejara ante ningún crimen, ni reparara en la calidad de los medios para llegar a los fines de su ambición: que fuera deshaciéndose por reprobados caminos de todos los que creyera podían servirle de estorbo para afianzar su omnipotencia, cualidades son en que por desgracia se le han asemejado muchos de los que la historia decora con el título de héroes. Pero Almanzor es acaso el único valido que colocado por el favor en la cumbre del poder haya ejercido por espacio de veinte y cinco años una soberanía absoluta, una omnipotencia ilimitada, sin excitar la murmuración ni la odiosidad del pueblo, siempre propenso a aborrecer a los privados. Almanzor, ministro, tutor y arbitro de un califa imbécil, dueño del favor de la sultana madre, sin rivales que temer porque ha cuidado de anonadarlos o extinguirlos, emplea su omnipotente privanza en dar ensanche, engrandecimiento y gloria al imperio. Soberano de hecho, querido del pueblo y adorado de los soldados, reducido a perpetua nulidad el que de derecho ceñía la corona, Almanzor no aspira a usurpar un título cuyas atribuciones ejercía; rara moderación atendida la condición humana que así suele ambicionar los títulos como las cosas. Y el pueblo, que gustaba de ver respetado el principio de sucesión en su amada familia de los Beni-Omeyas, parecía al propio tiempo agradecer, en vez de sentir, que su califa viviese aislado y encerrado como un imbécil, a trueque de ver prosperar el imperio bajo el poder omnímodo de tan gran ministro.

El califa Hixem vegetando entre pueriles placeres en el alcázar de Zahara represéntanos al débil emperador Honorio cobijado en el palacio de Rávena en vísperas de desmoronarse el imperio romano; con la diferencia que Estilicón, aunque ministro hábil y guerrero valeroso, no poseía ni el talento ni las altas prendas ni al ánimo elevado de Almanzor.

¿Era en realidad imbécil el califa Hixem, o fue plan combinado de Almanzor y de la sultana Sobehya mantener embotadas sus facultades intelectuales? Si no lo era, ¿cómo la sultana madre consentía que su hijo desempeñase un papel tan degradante y abyecto? ¿Qué clase de relaciones mediaban entre la sultana y el ministro-regente? ¿Eran solo políticas, o se mezclarían afecciones de otra índole? Esto es lo que no vemos declarado por ningún escritor musulmán, como si se hubiesen propuesto encubrir con el velo del silencio hasta la menor flaqueza, si la había, que pudiera empañar la gloria del grande hombre a quien tanto debía el imperio.

Contrastes singulares presenta la vida de Almanzor. Como guerrero, hace su campaña periódica, vence, conquista, destruye, se vuelve a Córdoba, licencia su ejército, y ya no es Almanzor el guerrero, el conquistador, el victorioso: es Mohammedel hagib, el primer ministro y regente del imperio, el administrador celoso, el justo distribuidor de los cargos públicos, el amigo de los pobres, el fundador de escuelas, el académico, el protector de las ciencias y de los sabios, el amparador y premiador de los talentos[804]. El gran perseguidor de los cristianos y el destructor de sus ciudades celebra las victorias de su hijo en África dando libertad a dos mil esclavos cristianos, pagando a los pobres sus deudas y distribuyendo entre los necesitados abundantes limosnas, y festeja y solemniza las bodas de ese mismo hijo haciendo donativos a los hospicios y madrissas, y dotando doncellas huérfanas. Grande debió ser este personaje cuando los mismos escritores cristianos reconocieron su mérito y no pudieron negar las altas prendas de su más terrible enemigo. Por primera y única vez que sepamos en los fastos del mundo, se vio al jefe de un estado compartir las estaciones entre las letras y las armas, y esta fue una de las causas de su perdición. Era ciertamente bello poder decir

804 Si es cierto lo que cuenta Dozy (Investigaciones, tom. I. pagina 4.), que para captarse el amor del pueblo hizo quemar los libros de filosofia y de astronomía que halló en la gran biblioteca formada por Alhakem II., no acertamos a conciliar esta conducta con el grande amor a las letras y con las ocupaciones académicas de que nos dan noticia los más de los historiadores.

cada invierno y cada estío en Córdoba: *«salí, vencí, conquisté y he vuelto»*; y después de cada campaña consagrarse a los negocios pacíficos del estado. Pero no advertía, y esto parece incomprensible en tan gran capitán, que con tales períodos, y no deteniéndose a consolidar sus adquisiciones, daba lugar o los infatigables cristianos a que se repusieran de sus pérdidas, y a que mientras él se enseñoreaba de Barcelona, los cristianos de Asturias recobraran en su ausencia las ciudades de Galicia o de León, y en la primavera que Almanzor invadía de nuevo la Castilla, Borrell recuperára a Barcelona; y así les dio tiempo para rehacerse y confederarse, hasta recoger en Calatañazor el castigo de su orgullo y el fruto amargo de su errado sistema.

Cuando se desenlaza y resuelve una gran crisis, todo por lo común se trastrueca y cambia. La muerte de Almanzor fue también la crisis de muerte para el imperio ommiada. Era una bóveda que se sostenía en los hombros de un Atlante: faltó el apoyo, y tenía que desplomarse el edificio. De los dos hijos de Almanzor, el uno, Abdelmelik, fue como el último resplandor de una luz que se apagaba. El otro, Abderrahman, fue un insensato que quiso parodiar la grandeza de su padre, y lo que hizo fue presentar un triste ejemplo de lo pronto que suele degenerar una raza. Fiose en que llevaba en su fisonomía la imagen y el recuerdo de su padre, y no advirtiendo que le faltaba su corazón, su entendimiento, su alma, atrevióse a más de lo que su padre se había atrevido. En el castigo que sufrió llevó la penitencia de su desacordada ambición y necio orgullo. Cuando el pueblo cordobés paseaba la cabeza del hijo de Almanzor clavada en un palo, no pensaba en que aquel desfigurado rostro se había parecido al de su padre; tenía solo presente que al padre había debido el imperio engrandecimiento y gloria, y el hijo había sido un presuntuoso miserable. Desde entonces comienza la guerra entre los pretendientes a un trono, como en otra parte dijimos, ni vacante en realidad, ni en realidad ocupado. Los aspirantes solicitan el auxilio de las armas cristianas, y Sancho de Castilla coloca en el trono muslímico a Suleiman, como antes Sancho de León había sido repuesto en el trono cristiano por Abderrahman el Grande. Los papeles se han trocado. Y es que antes el imperio musulmán se hallaba en el período de crecimiento, ahora está en el de decadencia.

¿Por qué los príncipes cristianos no llevaron esta decadencia a completa ruina, aprovechando el desconcierto de los musulmanes? Porque después de la unión momentánea que les dio el triunfo de Calatañazor volvieron a su sistema habitual de aislamiento, herencia fatal del antiguo genio ibero-celta, y como patrimonio inamisible de los españoles. Castellanos y catalanes contentáronse con poner su brazo y su espada a sueldo de solicitadores sarracenos, y con debilitar si se quiere al enemigo en vez de aniquilarle. Triunfaban las huestes cristianas en Gebal Quintos y en Acbatalbakar; ¿para qué? para recibir a precio de su auxilio algunas plazas fronterizas, y sentar en el trono de Córdoba a un enemigo de su fe. Verdad es que se ocuparon en este tiempo los soberanos de la España cristiana en una tarea honrosa, la de dar leyes, libertades y preciosos derechos a sus pueblos. Nacieron entonces los Fueros de Castilla, de León, de Navarra y de Barcelona, y no negaremos a los Sanchos, a los Alfonsos y a los Borrelles y Berengueres el merecimiento que por ello ganaron. Lisonjero es poder decir que nacieron las libertades de los municipios en España antes que en otra nación alguna. Gloria es no pequeña de nuestro pueblo. Pero prefiriéramos haberla obtenido un poco más tarde, porque hubiera convenido más que aquellos buenos príncipes hubieran diferido algo más los fueros y consagrádose a anticipar algo más la reconquista.

La desunión y la rivalidad, plantas indestructibles en el suelo de España, y causas perpetuas de sus males, vinieron también a entorpecer y diferir la grande obra de la restauración. Alfonso V. de León y Sancho de Castilla, antes aliados y amigos, deudos antes y ahora, se llaman de público enemigos y duran sus desavenencias hasta la muerte de Sancho. García su hijo que le sucede va a León a recibir por esposa a la hermana de Bermudo III., y en vez de arras nupciales encuentra puñales de asesinos. El mismo Vela que le había tenido en la pila cuando recibió el agua bautismal fue el que le dio el bautismo de sangre. La linea varonil de la noble estirpe de Fernán González quedó extinguida a manos de una familia castellana que ganó una funesta celebridad por sus deslealtades, y su extinción produjo alteraciones y mudanzas sin cuento en todos los estados cristianos de España.

Sancho el Mayor de Navarra fue un gran rey, pero grandemente ambicioso. Pudo haberse presentado en Castilla como heredero, y se presento como conquistador. No contento con haber dado la soberanía de Castilla con título de rey a su hijo Fernando, no satisfecho con haberle casado con la hermana de Bermudo de León, y con los derechos eventuales a esta corona, no tiene paciencia el viejo monarca navarro para esperar a estas eventualidades, calcula sobre su vitalidad, y como si temiese que el joven monarca leonés pudiera tener más hijos que días pudiese él vivir, busca un protesto para romper la paz, le invade sus estados y se titula rey de León. ¡Cuán otra hubiera sido la suerte de los reinos cristianos si Sancho el Grande de Navarra hubiera empleado su brazo y sus armas contra los sarracenos en vez de emplearlas contra los príncipes sus propios deudos y correligionarios! Un acto de justicia, de justicia terrible, hizo Sancho en Castilla, quemando vivos a los Velas, los asesinos del conde García, cuya muerte le valió tan grande herencia. A veces un mismo hombre es al propio tiempo perpetrador de injusticias y castigador de crímenes, al modo de aquellas plantas cuyo jugo es a las veces mortífero veneno, a las veces medicina salvadora.

Muere el gran monarca navarro, a quien es lástima que tengamos que llamar usurpador, y Bermudo III. de León recobra fácilmente su corte y parte de sus estados: ¿para qué? para malograrse joven en la batalla de Tamarón, no al golpe de las cimitarras agarenas, sino atravesado por la lanza del esposo de su hermana; y Fernando debe a la muerte dada al hermano de su esposa el ceñirse las dos coronas de León y de Castilla. ¡Triste y lamentable felicidad? Este primer paso hacia la unidad nacional es producto de una guerra fratricida; y la ilustre estirpe de los reyes de Asturias y de León, de los sucesores de los Ordoños y Ramiros, de Alfonso el Grande, del Casto, del Católico, de Pelayo, de Wamba y de Recaredo, esta esclarecida dinastía godo-hispana que no han podido acabar en más de tres siglos de lucha todas las fuerzas, todo el poder de los agarenos, se extingue con Bermudo en su línea varonil, como la de los condes de Castilla, en lid sangrienta con príncipes cristianos, con príncipes españoles, con deudos, con hermanos suyos. ¡Deplorable fatalidad de España!

¡Y si al fin hubieran terminado con esto las funestas discordias! Pero el espíritu de ambición, de envidia y de rivalidad estaba como encarnado en las familias de nuestros príncipes, y la famosa distribución de reinos de Sancho el Mayor de Navarra, bien que la supongamos hecha con la mejor fe, no hizo sino desarrollar aquel germen de división y de muerte. No bien había descendido a la huesa aquel padre de reyes, cuando ya dos de sus hijos, Ramiro y García, de Aragón y de Navarra, habían blandido sus lanzas para combatirse y despojarse mutuamente. Ramiro había llevado en su ayuda gente infiel y extranjera contra un hermano, español y cristiano como él. Aquel mismo García que en la batalla de Tamarón había lidiado en favor de su hermano Fernando de Castilla contra el cuñado de éste, Bermudo de León, conspira más adelante contra Fernando, le arma asechanzas, le tiende lazos, en que al fin vino a caer el mismo que los tendia: incidit in foveam quam fecit. Por último le mueve una guerra imprudente y obstinada, lleva consigo auxiliares sarracenos para pelear contra su hermano, como antes los llevó contra él su hermano Ramiro, y se da el combate en que recibe García el castigo de su temeraria provocación. Fernando de Castilla que había visto en Tamarón caer a sus pies al hermano de su esposa, ve en Atapuerca sucumbir el hijo de su mismo padre. ¡Tristes victorias las de Fernando! La una cubre de luto a León, la otra a Navarra: en cada una perece un hermano. ¿Necesitaremos ya investigar las causas por que no progresaba como debía la reconquista?

Y sin embargo no es Fernando el culpable; ambas veces ha sido provocado: Fernando es un príncipe generoso: tiene a sus pies la corona de Navarra y no la recoge; le dice a su sobrino Sancho: *«cíñetela tú, que harto severa lección has recibido con la muerte de tu temerario padre.»* Fernando sabe a quiénes ha de mirar como a verdaderos enemigos de su patria, y tan pronto como las turbulencias intestinas se lo permiten sale a combatir los musulmanes, Toma a Cea, Viseo, Lamego y Coimbra, y después de conducirse como guerrero intrépido comienza a obrar como gran político. Pruébalo un hecho importantísimo, en que no han parado la consideración nuestros historiadores.

Dueño Fernando, por la capitulación de Coimbra, de todo el territorio comprendido entre el Mondego y el Duero, deja a los moros que habitaban aquel distrito vivir en él tranquilos, regidos por sus propias leyes, aunque sujetos al monarca cristiano y pagándole un tributo. Llamáronse mudéjares, como se llamaban mozárabes los cristianos que vivían con iguales condiciones en territorios dominados por los árabes. Gran novedad en la historia de ambos pueblos, y principio de tolerancia por primera vez practicado después de tres siglos de lucha.

Igual conducta observa después con los reyes de Toledo y de Sevilla. Cuando lleva el teatro de la guerra al primero de estos reinos, destruye, desmantela, demuele, tala, incendia y cautiva. Es el capitán brioso que subyuga a fuerza de armas el país enemigo, es el guerrero que vence y aterra. Mas cuando los moradores de Alcalá invocan en su apurada situación el socorro de Al Mamun, cuando el rey mahometano se presenta en el campo del victorioso monarca de Castilla y le ofrece tributo y le presenta cuantiosos dones a trueque de que no hostilice más sus pueblos, entonces Fernando obra ya como gran político, y comprendiendo cuan útil podrá serle la alianza del musulmán y contento con verle humillado, ostenta una porosidad que deja obligado y reconocido al de Toledo. Cuando invade los estados del de Sevilla, las huestes castellanas llevan en pos de sí la devastación, el incendio, el exterminio. Entonces Femando es el conquistador terrible. Mas cuando el rey Ebn Abed sale a encontrarle ofreciéndole dádivas y presentes, y se resigna a darle parias y accede a entregarle los cuerpos de dos santas mártires que los cristianos le reclaman, entonces Fernando vuelve a ser el vencedor generoso y el monarca político: y sepáranse ambos reyes satisfechos, el de Sevilla con haber conjurado a costa de una humillación la tormenta que amenazaba a su trono y sus dominios, el de Castilla con la superioridad moral que parecía entrar en su sistema con preferencia a las adquisiciones materiales, y que le valió el título de par de emperador que le dan algunas crónicas cristianas.

Por resultado de aquel concierto vio por segunda vez la España mahometana, humillada y silenciosa, la conducción pacífica de las reliquias de un santo desde Sevilla a León, como en tiempo del tercer Alfonso había visto conducir las del mártir Pelayo desde Córdoba a Oviedo. Aquello pudo atribuirse a la condescendencia de un califa, cumplidor exacto de una condición de paz, pero jefe de un grande imperio que no podía temer la guerra si se hubiera turbado la procesión religiosa: esto era ya una concesión que la necesidad arrancaba a un príncipe mahometano para salvar su imperio: porque ¡ay de él, si las cenizas del santo obispo Isidoro no hubieran llegado indemnes a la capital del reino cristiano! La traslación de aquellas reliquias dio ocasión a Fernando para acreditar a sus súbditos que el vencedor de Bermudo de León y de García de Navarra, que el conquistador de Viseo y de Coimbra, que el humillador de los reyes de Toledo y de Sevilla, que el reformador del clero en Coyanza, era el príncipe religioso que reedificaba templos, que los dotaba con esplendidez y los enriquecia con los cuerpos de santos ilustres traídos de las más populosas ciudades musulmanas. Hace más: Fernando da un banquete al clero, y el príncipe coronado de victorias, el rey de Castilla, de León y de Galicia, depone espontáneamente su grandeza, y sirve a la mesa a los convidados, apareciendo más grande cuanto más se humilla, y avasallando más los corazones cuanto más parece querer nivelarse con el postrero de sus vasallos.

Se ve pues bajo Fernando 1. el Magno al reino unido de Castilla y de León alcanzar una importancia, una solidez y una superioridad cual no había tenido nunca todavía. Y eso que la muerte robó a España y a la cristiandad tan insigne príncipe cuando amenazaba hacer tremolar el estandarte de la cruz sobre los adarves de Valencia, piadoso y devoto en todo el discurso de su gloriosa vida, modelo de unción, de virtud y de humildad religiosa en el acto de dejar el cetro para despedirse de este mundo, no sabemos cómo la iglesia no decoró al primer Fernando de Castilla y de León con el título con que honra a sus más esclarecidos hijos, y que muy merecidamente aplicó más adelante al tercer monarca de su nombre.

Que fue funesta la distribución de reinos que hizo Fernando a ejemplo de la partición de su padre, lo dijimos ya. ¿Pero le haremos por ello un cargo tan severo como el que algunos modernos críticos pretenden hacerle? Acaso no fue solo un exceso de amor paternal el que le movió a obrar de

aquel modo: tal vez conociendo Fernando la tendencia de cada conde y de cada magnate a la independencia, creyó que la mejor manera de reprimir aquel espíritu de insubordinación y de precaver una desmembración semejante a la del imperio árabe, era dejar a cada uno de sus hijos una monarquía más limitada y que pudiera más fácilmente vigilar. ¿Quién sabe si se propuso, designando a cada hermano una porción casi igual de territorio, contentar a todos, y prevenir aquellas rivalidades y envidias que estallaron después? No lo estañaríamos, aunque los sucesos acreditaron lo errado del cálculo. Lo que no comprendemos es cómo a Fernando se le ocultó el genio ambicioso y díscolo de su hijo Sancho, y cómo no conoció la falta de capacidad y de virtud para gobernar de su hijo García. ¿Pero se hubieran acallado las ambiciones y evitado las discordias si hubiera caído toda la herencia en uno solo? Confesemos que en aquellos tiempos era una desgracia para el país el que un monarca muriese dejando muchos hijos. Recordemos las conspiraciones de familia que mortificaron a los reyes de Asturias, las conjuraciones de hermanos que perturbaron el sosiego de los monarcas de León: volvamos la vista a Navarra y Cataluña, y veremos los mismos odios de hermanos y las mismas catástrofes. Si las guerras que sobrevinieron se hubieran circunscrito a los tres hijos de Fernando, podríamos creer que el germen de las disidencias había estado todo en las partijas que aquel hizo de su reino. Mas cuando vemos a Sancho de Castilla, no bien cubierta la hoya en que reposaban las cenizas de su padre, en guerra ya con sus primos, los Sanchos de Navarra y Aragón; cuando le vemos, después de dejarse arrastrar de la codicia hasta llevar las lanzas castellanas contra dos débiles mujeres, ir a inquietar en sus limitadas posesiones de Toro y de Zamora a sus dos hermanas Elvira y Urraca, ¿cómo no hemos de atribuir estos males, más que a culpa del padre, al natural turbulento, codicioso, avieso y desnaturalizado del hijo?

Este despojador de reinos, azote de su familia, que había desenvainado su espada contra dos primos y cuatro hermanos, cuando ya no le faltaba sino una hermana a quien despojar, se estrelló ante la constancia de una mujer fuerte, y en el cerco de Zamora halló el condigno castigo de su desmesurada codicia. El venablo de un traidor puso fin a sus días al pie do los muros de la única ciudad que le restaba para redondear el despojo de toda su familia, sin que le valiera estar mandando un poderoso ejército ni tener a su lado al tipo del valor y de la intrepidez, Rodrigo el Campeador. No pretenderemos indagar por qué la Providencia se vale a veces de los criminales como instrumentos para castigar a los que se desvían de la senda de la humanidad y de la justicia; pero es lo cierto que suele emplearlos para sus altos fines. ¿Tuvo Urraca alguna participación en el trágico término do su hermano? Así lo expresaba uno de los epitafios que se dedicaron a la memoria de Sancho el Bravo[805]. Nosotros no hallamos bastante justificada tan grave inculpación, pero tampoco nos atreveríamos a salir garantes de su inocencia, ni estrenaríamos no hallarla pura, atendido su justo resentimiento y lo mal parados que en aquel siglo andaban los afectos de la sangre.

La muerte de Sancho el Bravo valió a su hermano Alfonso tres coronas por una que aquel le había arrancado. Las vicisitudes dramáticas de Alfonso VI. son como el trasunto de la fisonomía de su época. Rey de León, inquietado por un hermano codicioso, vencedor y vencido en las márgenes del Carrión y del Pisuerga, despojado del trono, acogido a un templo, preso en un castillo de Burgos, monje en Sahagún, fugado del claustro, prófugo en Toledo, agasajado por un rey musulmán, brindado en su destierro por leoneses, gallegos y castellanos con las coronas de los tres reinos, aliado y auxiliar de un rey mahometano (el de Toledo) para destronar a otro rey mahometano (el de Sevilla), en amistad después y en alianza con el de Sevilla para destronar al de Toledo: favorecido y obsequiado del padre (Al Mamun), y derrocando del trono al hijo (Yahia), dueño y señor de la antigua corte de los godos donde antes había recibido hospitalidad de un árabe, Alfonso VI. representa y compendia en este primer período de su dramática historia la vida, las costumbres, el manejo, las condiciones de existencia de hombres y pueblos en aquella época turbulenta y crítica.

---

805 En uno de los ángulos de su sepulcro en Oña se leía el epitafio siguiente: Rex iste occisus fuit, proditore consilio soruris suae Urracae apud Numantiam civitatem per manum Belliti Adolphis magni traditoris.

¡Qué contraste tan desconsolador forma la noble y generosa conducta de Al Mamun el de Toledo con la de Sancho de Castilla para con Alfonso! El uno arranca el cetro a su hermano, el otro, siendo un infiel, acoge y trata al príncipe destronado como a uo hijo; el hermano encierra al hermano en un castillo, el mahometano le da palacios y jardines para su recreo: cuando por la muerte de Sancho quedó vacante el triple trono do Castilla, León y Galicia, Al Mamun tenía en su poder al único príncipe llamado a ocuparle, y sin embargo en vez de retenerle, en vez de aprovechar para sí aquella horfandad de los reinos cristianos para acometer cualquiera de ellos, ayuda a Alfonso con todo género de medios para que vaya a ceñir sus sienes con las coronas que le esperan; en cambio de tanta protección solo le pide su amistad. Este proceder de Al Mamua, que nos recuerda el de Abderrahman el Grande con Sancho el Gordo, revela los instintos generosos de aquella noble raza árabe que se iba a extinguir en España, al propio tiempo que la tolerancia que había ya entre árabes y españoles, que aparte de la religión llegaban a rivalizar en hidalguía. Alfonso VI. como monarca español y cristiano hizo un bien inmenso a España y a la cristiandad con la conquista de Toledo: como amigo jurado de Al Mamun parece que deberían haber alcanzado al hijo las consideraciones de que era deudor al padre: aquel hijo no obstante no había sido comprendido en el asiento de alianza, los toledanos mismos reclamaron ser libertados de su opresión por el monarca de Castilla, y Alfonso pudo, sin romper juramento, hacer aquel servicio inmensurable al cristianismo y a la libertad española, y redimir al propio tiempo a los musulmanes que le invocaban.

El célebre juramento tomado a Alfonso en el templo de Santa Gadea de Burgos patentiza toda la arrogancia de la nobleza castellana. Sin embargo sólo se encontró un caballero que se atreviera a tomársele, Rodrigo Díaz: se ha ensalzado a coro este hecho del Cid como un rasgo de heroico valor cívico; lo fue, y con ello dio el Campeador un testimonio de la grandeza de su alma; pero también fue un rasgo de audacia insigne el humillar a un monarca haciéndole que jurase por tres veces no haber tenido participación en la muerte de su hermano: audacia que el Cid, menos acaso que otro caballero alguno, hubiera debido permitirse: porque Alfonso pudo haberle demandado a su vez: *«¿Y juráis vos, Rodrigo, no haber tenido parte en la alevosía de Carrión, en aquella funesta noche en que mi hermano Sancho, por consejo vuestro, después de vencido pagó mi generosidad degollando a mis soldados desapercibidos, haciéndome prisionero y apoderándose de mi trono? ¿Juráis vos estar inocente de aquella negra ingratitud que costó tanta noble sangre leonesa, y que me hizo cambiar mi trono por una prisión, mi corte por un claustro, y mi libertad por el destierro de que vengo ahora?»* No sabemos que hubiera podido contestar el Cid, si de esta manera se hubiera visto apostrofado por el mismo a quien tan arrogantemente juramentaba. No lo hizo Alfonso, contentándose con guardar secreto enojo a Rodrigo Díaz, enojo que hallamos fundado, si bien sentimos que le llevara, como en otra parte hemos dicho[806] más allá de lo que reclamaba el interés de la causa cristiana, y de lo que a él mismo le convenía para no ser tachado de rencoroso.

Mientras tan lastimosas y mortales excisiones agitaban los tronos y los pueblos de Castilla y de León, ¿reinaba más armonía entre los príncipes soberanos de Aragón, de Navarra y de Cataluña? Mencionado, hemos ya las guerras entre los hermanos Ramiro de Aragón y García de Navarra: entre este y su hermano Fernando de Castilla, y entre los tres Sanchos de Castilla, Navarra y Aragón. ¿A qué se debió la unión de estas dos últimas coronas en las sienes del aragonés? a un fratricidio: a la muerte alevosa del navarro por su hermano Ramón en Peñalén, como la unión de las coronas de León y Castilla en Fernando se había debido a la muerte de Bermudo peleando con el esposo de su hermana en Jamaron. ¡Triste fatalidad de nuestra España! Aquel suceso, sin embargo, nos suministra una observación importantísima. El trono de Navarra pasa de repente de hereditario a electivo. Al menos los navarros prescinden del derecho de los hijos del último monarca: huye el uno por temor, y desechan al otro por tirano y fratricida, y entregan de libre y espontánea voluntad el reino a un príncipe, que aunque de la dinastía de sus reyes, era considerado ya como extraño, que tal

806 Discursó preliminar.

debía ser para ellos Sancho Ramírez de Aragón. Esto ejercicio de la soberanía en los casos extraordinarios le hallamos lo mismo en los pueblos cristianos que en los musulmanes.

En el condado de Barcelona el gran príncipe Ramón Berenguer el Viejo, el autor de los famosos Usages, trabajando siempre por someter a los díscolos condes, víctima do discordias domésticas, herido de excomunión por arte y manejo de una abuela intrigante y codiciosa, sufre la amargura de ver a un hijo ambicioso y desnaturalizado teñir sus manos en la sangre de la esposa de su padre, y baja al sepulcro prematuramente agobiado de pena y de dolor. También el príncipe catalán, como los de Castilla, Aragón y Navarra, hizo alianzas con los árabes; y los campos de Murcia se vieron inundados de huestes catalanas y andaluzas, cristianas y muslímicas, mezcladas y confundidas en defensa de una misma causa y en contra de otros cristianos y de otros infieles, como en otros tiempos se habían reunido en los campos de Acbatalbabakar y del Guadiaro.

Una fatalidad tan lamentable como indefinible parecía presidir a los testamentos de los príncipes cristianos españoles. Apenas se concentraba en una mano una vasta extensión de territorio a fuerza de apagar interiores disturbios y de vencer enemigos exteriores, volvían las disposiciones testamentarias de los príncipes a legar a sus hijos y a sus reinos una herencia de discordias y una semilla do ambiciones, de envidias, de turbulencias y de crímenes. Ramón Berenguer el Viejo de Barcelona, siguiendo el camino opuesto al de Sancho el Mayor de Navarra y de Fernando el Magno de Castilla, dejó en su testamento el germen de resultados igualmente desastrosos. Desconociendo como aquellos la índole de sus hijos y las ventajas de la unidad en el gobierno de un estado, y como si la soberanía consintiese participaciones y su sola voluntad bastase a enmendar la naturaleza humana y a despojarla de las pasiones de la ambición y de la envidia, quiso ceñir con una sola corona las sienes de sus dos hijos, lo que equivalía a legarles una manzana de discordia y un incentivo perenne de desavenencias. Desarrolláronse pronto por parte del más descontentadizo y díscolo, del más codicioso y avaro, y el genio maléfico de la envidia arrastró a Berenguer Ramón II. al extremo de teñir su mano en la inocente sangre del apacible Ramón Berenguer *Cap de Estopes*, y de darle una muerte alevosa. Otro fratricidio.

Concluiremos este cuadro con una observación bien triste, pero exacta por desgracia. Los príncipes que han regido los diferentes estados de la España cristiana en el período que examinamos, todos a su vez han peleado entre sí, y casi todos cuando han blandido sus lanzas contra los soberanos de sus mismas creencias y de su misma sangre han llevado consigo auxiliares musulmanes, o comprados a sueldo, o ligados con ellos en amistosas alianzas. De ellos los siete han muerto, o en guerra con sus parientes, o asesinados por sus propios hermanos. García de Castilla bajo las alevosas espadas de los Velas: Bermudo III. de León y García Sánchez de Navarra combatiendo contra su hermano Fernando de Castilla: Sancho de Castilla sitiando en Zamora a su hermana Urraca: García de Galicia en una prisión en que le encerraron sucesivamente sus dos hermanos Sancho y Alfonso: Sancho Garcés de Navarra traidoramente asesinado por su hermano Ramón en Peñalén: Ramón Berenguer II. de Barcelona bajo el puñal fratricida de Berenguer Ramou.

A vista de tan aflictivo cuadro de miserias y de crímenes, que hacían interminable la obra gloriosa de la restauración española, nuestro corazón se llenaría de horror y desesperaría del triunfo de la buena causa, si no se elevara a otra más alta esfera, allá donde hay un ser superior que lleva majestuosamente las naciones y los pueblos a su destino al través de todas las miserias de la humanidad. A pesar de tantas rivalidades y malquerencias de familia, a pesar de tantas discordias interiores y tantas alianzas con los mahometanos, conservábase siempre vivo el sentimiento de la independencia y el principio religioso como el instinto de la propia conservación. Y ála manera que en otro tiempo aunque se aliaran los españoles alternativamente con cartagineses y romanos se mantenía un fondo de espíritu nacional y un deseo innato de arrojar a romanos y cartagineses del suelo español, del mismo modo ahora subsistía, a vueltas de las flaquezas y aberraciones que hemos lamentado, el espíritu religioso y nacional, que puesto en acción por algunos grandes príncipes como Sancho el Mayor de Navarra, Fernando el Magno de Castilla, Sancho Ramírez de Aragón,

Ramón Berenguer el Viejo de Barcelona, hacía que fuese marchando siempre la obra de la reconquista. Debióse a esta causa el que aquellas contrariedades no impidieran el acrecimiento y ensanche que recibieron las fronteras cristianas en León y Castilla, en Navarra, Aragón y Cataluña, desde la recuperación de León hasta la conquista de Toledo, el acaecimiento más importante y glorioso de la España cristiana desde el levantamiento y triunfo de Pelayo.

¿Cómo no aprovecharon los árabes aquellas discordias de los cristianos para consumar su conquista? Porque ellos estaban a su vez más divididos que los españoles. Por fortuna suya los cristianos se consumían en escisiones domésticas cuando más útil les hubiera sido la unión. Por fortuna de los españoles los sarracenos en las ocasiones más críticas se enflaquecían y destrozaban entre sí y dejaban a los cristianos en paz. Iguales miserias en ambos pueblos. De aquí haber durado la lucha cerca de ochocientos años.

El imperio árabe en su decadencia corrió la suerte de los imperios destinados a fenecer, no por conquista, sino por una de esas enfermedades interiores lentas y penosas, que del mismo modo que a los individuos van consumiendo los cuerpos sociales y corroyéndolos hasta producir una completa disolución. Era ya un fenómeno que con una cabeza tan flaca como la de Hixem II. se hubiera robustecido en vez de enflaquecerse el cuerpo del imperio; pero este fenómeno era debido a las altas y privilegiadas prendas de Almanzor, y los fenómenos no se repiten cada día. Muerto el hombre prodigioso, la marcha del estado siguió su natural orden y curso. Faltaba la cabeza y todos querían serlo. Despertáronse las ambiciones que la superioridad de un solo hombre había tenido reprimidas, y comenzó aquella cadena de convulsiones violentas, de sacudimientos, de crímenes, de confusión y de anarquía, que acompañan siempre al desmoronamiento de un estado. Todos los imperios que perecen por disolución se asemejan en el período que precede a su muerte. Conjuraciones, turbulencias, guerras de razas, relajación de los vínculos de la sangre, extinción de los afectos de familia, regicidios, hermanos que asesinan a hermanos, hijos que siegan la garganta del padre, temiendo no sucederle si se prolonga unos días más su existencia, caudillos feroces que capitaneando turbas tan feroces como ellos conquistan un trono por el puñal y la espada para descender de él por la espada y el puñal, soldados que quitan y ponen emperadores, pueblos que pasean hoy con regocijo la cabeza ensangrentada del que proclamaron ayer con entusiasmo, soberanos de un día, casi a la vez sacrificadores y sacrificados, grandes crímenes y grandes criminales, horribles y trágicos dramas, entre los cuales se deja ver de período en período alguna virtud heroica y sublime, como el fulgor de una estrella en noche tempestuosa y oscura. Habiendo visto los excesos que acompañaron la agonía del imperio romano, no nos sorprenden los que señalaron la caída del imperio ommiada: con la diferencia que la ruina de este fue más rápida, porque debido su engrandecimiento a las prendas personales de sus califas, faltando estos tenía que deplomarse casi de repente el edificio.

Además del elemento de disolución que en su seno encerraba el imperio con tantas razas y tribus rivales y enemigas que ansiaban y espiaban la ocasión de destruirse, Almanzor en medio de su gran talento cometió errores que ayudaron no poco a la explosión de estos odios y rivalidades, ya con la protección que dispensó a las huestes africanas que llegaron a constituir la mayoría del ejército musulmán, ya con la influencia que dio a la raza eslava, a aquellos extranjeros que de la clase de esclavos de otros esclavos subieron a la de príncipes y emperadores. Abrió también Almanzor ancha brecha a la unidad del imperio con los gobiernos perpetuos que por premio de momentáneos servicios confirió a los alcaides y walíes. Este paso cuyas consecuencias no se conocieron durante su vigorosa administración, fue un ejemplo funesto para el porvenir, para cuando el imperio cayese en manos más débiles que las suyas. Los califas que siguieron a Hixem, así como los aspirantes al califato, todos a imitación de Almanzor para ganar el apoyo de los walíes apelaban al recurso de halagarlos, invistiéndolos con aquella especie de soberanía feudal; y ellos, harto propensos ya a la independencia, o se emancipaban abiertamente del gobierno central, o les negaban los subsidios de sus provincias y se hacían sordos a sus excitaciones y llamamientos; la impunidad en que los débiles califas dejaban a los walíes desobedientes alentaba a otros a seguir su

ejemplo, y Córdoba, la metrópoli del imperio muslímico de Occidente, que se dilataba por casi toda España y por inmensos territorios africanos, llegó a encontrarse completamente aislada, constituido cada walí en soberano independiente del distrito de su mando. De aquí la multitud de régulos y pequeños monarcas que se alzaron sobre las ruinas del califato, y de que hemos dado cuenta en nuestra historia, y cuyas guerras entre sí y con los cristianos hemos referido.

Expuestas las causas principales de los acontecimientos, veamos la fisonomía política y social que presentaban los diferentes estados de la España cristiana en este período.

CAPÍTULO XXVI
GOBIERNO, LEYES, COSTUMBRES DE LA ESPAÑA CRISTIANA EN ESTE PERIODO.

I. Los reyes.—Atribuciones de la Corona.—Cómo se desprendían de algunos derechos.—Conservaban el alto y supremo dominio.—Funcionarios del rey.—Sistema de sucesión.—Impuestos.—II. Mudanza en la legislación.—Jurisprudencia foral.—Examen del fuero y concilio de León.—Los siervos: cómo se fue modificando y suavizando la servidumbre.—Behetrías: qué eran: sus diferentes especies.—Milicia.—Jueces.—Diversas clases de señoríos.—Si hubo feudalismo en Castilla.—Fueros de Sepúlveda, Nájera, Jaca, Logroño y Toledo.—Sistema feudal en Cataluña.—Los *Usages*.—III. Gran mudanza en el rito eclesiástico.—Historia de la abolición del misal gótico-mozárabe e introducción de la liturgia romana.—Empeño delos papas y del rey.—Resistencia del clero y del pueblo.—Pretensiones del papa Gregorio VII.—Carácter de este pontífice.—Monjes de Cluny.—Comienza a sentirse la influencia y predominio de Roma en España.—IV. Estado intelectual de la sociedad cristiana.—Ignorancia y desmoralización general del clero en toda Europa en esta época.—El clero español era el menos ignorante y el menos corrompido. V. Costumbres públicas.—Espíritu caballeresco.—El duelo como lance de honor y como prueba vulgar.—Otras pruebas vulgares.—Respeto al juramento.—Formalidades de los matrimonios.—Fiestas populares.

I. Al paso que en lo material avanzaba la reconquista por los esfuerzos parciales de los príncipes y de los pueblos, progresaba también, aunque lenta y gradualmente, la organización política, religiosa y civil de cada sociedad o de cada estado, no de un modo uniforme, sino con arreglo a las circunstancias de localidad, a las tendencias y costumbres y al origen y procedencia de cada reino, que es lo que constituyó la diferencia de fisonomía que distinguió los diversos estados en que entonces se dividió la España, diferencia que subsistió por muchos siglos, y que a pesar del trascurso de los tiempos no ha acabado de borrarse todavía. dio no obstante la organización social de la España cristiana pasos avanzados en el período que nos ocupa.

Continuaban los reyes ejerciendo la autoridad suprema en la plenitud de su poder, aún sin aquel consejo áulico de que se rodeaban los monarcas godos; si bien la necesidad por una parte, el espíritu religioso por otra, los hacían desprenderse diariamente de una parte de aquel poder y de aquella autoridad con las donaciones de territorios, rentas, derechos y jurisdicciones que hacían a iglesias o monasterios, a obispos o particulares, bien como actos de piedad y devoción, bien como remuneración y recompensa de servicios prestados al monarca, con lo que iba debilitándose el poder de estos y robusteciéndose el del clero y la nobleza. Seguían no obstante los reyes considerándose y obrando como dueños y supremos señores de los territorios que se ganaban a los infieles, proveían a las iglesias, nombraban y trasladaban obispos, mandaban los ejércitos y administraban la justicia. Representaban su autoridad en las provincias o distritos los con des, y ejercían en los pueblos a su nombre las funciones judiciales los merinos (majorini), que tenían bajo su dependencia los ejecutores o ministros inferiores nombrados sayones[807].

La costumbre y el consentimiento habían ido haciendo mirar como hereditaria la corona; sin embargo, ni había todavía una ley de sucesión al trono, ni menos estaba establecido el principio de la primogenitura. Sancho el Mayor de Navarra y Fernando el Magno de Castilla dispusieron de sus reinos como de un patrimonio de familia, y en la adjudicación de las partijas a sus hijos atendieron más al cariño que al orden del nacimiento. Los prelados y magnates se amoldaban en esto a la voluntad de los monarcas, y la falta de una ley fija de sucesión produjo las discordias en las familias reinantes, y las turbaciones en los reinos, que tanto hemos lamentado. Pero ningún príncipe se

807 Concilio de León de 1020.—El señor Morón, en su Historia de la civilización de España (tomo III: p. 296), sienta con grande equivocación que el nombre de Merino apareció por primera vez el año 1090 en una escritura de donación hecha por Alfonso VI. a la iglesia de Palencia. Error notable en un historiador, que no podía ignorar cuántas veces se nombraban dichos funcionarios en el mencionado concilio o sean Cortes, como autoridad existente y ya conocida. Según Salazar de Mendoza (Dignidades de Castilla, libro I.). la memoria más antigua que se halla de este oficio es en el reinado de Bermudo II. Los había mayores y subalternos. El Merino se empezó a llamar alguacil mayor antes de Enrique II. (Santayana. Magistrados y Tribunales de España, lib. III. cap. 2.). De Merino se denominaron las merindades, que se distinguían en antiguas y modernas. El condeFernan González dividió las siete merindades de Burgos, Valdivieso, Tovalina, Manzanedo, Valdeporro, LosayMontija, (Berganza, hb. III, cap. 14.)

sentaba en el trono sin la aprobación y el reconocimiento de los obispos y próceres, y cuando la aplicación del principio hereditario era peligrosa, apelaban los pueblos a la elección, como aconteció en Navarra después de la muerte de Sancho el de Peñalén. Alfonso VI. de Castilla subió la segunda vez al trono por la voluntad de los castellanos. Las hembras en Castilla y León no estaban excluidas de la sucesión al trono como en Cataluña; y había caído en desuso la ley de los godos que condenaba a reclusión a las viudas de los reyes; por el contrario, solían ser tutoras de sus hijos y regentes del reino como la madre de Ramiro III.

No hubo en los primeros siglos un sistema general de impuestos. Las rentas reales se componían de los dominios particulares del rey, del quinto de los despojos ganados en la guerra, uso que los cristianos tomaron de los árabes, de las prestaciones señoriales, que consistían en servicios personales de trabajo, en frutos, que alguna vez eran el diezmo, y en las multas y penas pecuniarias, que eran el arbitrio de más consideración, atendido el sistema de redimir las penas y sentencias judiciales por dinero, a lo cual se agregó después del siglo X. los tributos conocidos con los nombres de moneda forera, de rauso, yantar, fonsadera, martiniega, etc., que en otro lugar hemos mencionado y explicado.[808]

II. La legislación sufre en este tiempo una modificación esencial. El célebre código de leyes heredado de los visigodos, el Fuero Juzgo, único cuerpo legal que había regido, aunque imperfectamente, en la España de la restauración, no podía ya ser aplicado en todas sus partes a un pueblo cuyas condiciones de existencia habían variado tanto. Las circunstancias eran otras, otras las costumbres, distinta la posición social, y era menester atemperar a ellas las leyes, era necesario no abolir las antiguas, sino suplir a las que no podían tener conveniente aplicación con otras más análogas y conformes a lo que exigían las nuevas necesidades de los pueblos y de los individuos. Nacieron, pues, los *Fueros* de León y de Castilla, de Navarra, Aragón y Cataluña, y gloria eterna será de los Alfonsos, de los Sanchos, de los Fernandos y de los Berengueres de España, haber precedido en más de un siglo a todos los príncipes de Europa en dotar a sus pueblos de derechos, franquicias y libertades comunales, tanto más meritorio en ellos cuanto que las continuas y desastrosas luchas domesticas y exteriores en que andaban envueltos no les impidieron fijar su atención en la organización interior de sus estados.

El concilio de León de 1020, asamblea político-religiosa, testimonio insigne del encadenamiento y enlace de las épocas y de las sociedades, porque revela la herencia que la España de la restauración había recibido de la España gótica, causó una verdadera revolución social en el país, introdujo un nuevo orden de cosas en lo civil y en lo político, y mejoró notablemente la condición de los hombres de aquella sociedad. Un ligero examen de sus leyes (que nuestra cualidad de historiador general no nos permite hacerle más detenido) nos dará una idea clara del estado de aquella sociedad y del mejoramiento que recibió[809].

«Nadie, dice el canon 7.», compre heredad del siervo de la iglesia, o del rey, o de cualquiera hombre, y el que la comprare, pierda la heredad y el precio.» Este decreto expresa las tres clases de siervos que había. Los del rey eran los más considerados y tenían otros siervos bajo su dependencia. Los siervos de la iglesia eran los destinados al servicio de los templos y al cultivo de las heredades del clero: los de particulares eran todos los demás que estaban bajo el dominio de los nobles o de los simplemente ingenuos, y se destinaban a los oficios mecánicos y serviles y a las labores del campo. La servidumbre se había trasmitido de generación en generación, y los descendientes de siervos eran los que constituían las *familias de creación,* Poco a poco había ido modificándose esta servidumbre, y los siervos fueron convirtiéndose lenta y sucesivamente en solariegos, y estos en

808 Cap. 20 de este libro.

809 Nos fijamos en el concilio y fuero de León, no porque fuese el más antiguo fuero que se conoce, como dice Marina (Ensayo Histórico Crít. lib. IV. n. 6), puesto que hubo antes que él otros fueros de localidad, como los de Castrojeriz y Melgar de Laso, los de Palenzuela, Sepúlveda, etc., sino por ser el documento solemne escrito, en que se contienen ordenanzas y leves civiles y criminales encaminadas a establecer sólidamente las municipalidades y comunes de un reino, y afianzar en ellas un gobierno acomodado a las circunstancias de los pueblos.

vasallos. Contribuyeron al mejoramiento progresivo de la condición de esta clase, por una parte las ideas civilizadoras del cristianismo, por otra el interés personal de los señores, que convencidos de que el cultivo de sus tierras prosperaba más con el trabajo de personas libres que con el de esclavos, los elevaban a la clase de solariegos, y por otra la necesidad de repoblar las villas y ciudades fronterizas de los moros para que sirviesen de valladar contra las invasiones enemigas. Los siervos que acudían a poblarlas obtenían su libertad, y adquirían tierras que labrar y derechos vecinales. Los particulares, temerosos de que sus siervos se acogieran a las nuevas poblaciones y los abandonaran, se apresuraban a dulcificar su condición, dándoles solares para sí y para sus hijos, imponiéndoles sólo un tributo más o menos grande. Esto había sido un verdadero progreso social. Nada prueba mejor nuestro principio del mejoramiento progresivo de la humanidad, que ver cómo ha ido pasando la clase de esclavos a la de siervos, la de estos a la de solariegos, después a la de vasallos, en cuya marcha se podía haber augurado en aquella misma edad que todos los hombres habían de ser libres con el tiempo.[810]

En el canon 9.° de dicho concilio se habla ya de *behetrías*, cuya palabra nos conduce a distinguir las cuatro especies de señoríos que en este tiempo había en León y Castilla, a saber: el *Realengo*, en que los vasallos no reconocían otro señor que el rey: el *Abadengo*, que era una porción del señorío y jurisdicción real, de que los reyes se desprendían a favor de algunas iglesias, monasterios o prelados: el *Solariego*, que tenían los señores sobre los colonos que habitaban en sus solares y labraban sus tierras, pagando una renta o censo, que se llamaba *infurcion*: y el de *Behetría*, el más favorable de todos a los vasallos, por la gran preeminencia de mudar de señor a su voluntad y dejarle cuando querían[811].

Fue una institución hija de la necesidad y de las circunstancias en que se hallaban los pueblos o individuos en los primeros siglos de la reconquista. Los débiles y pobres necesitaban del apoyo de los poderosos y ricos, y buscaban su protección y se sometían a una especie de vasallaje mediante algunas pequeñas prestaciones en señal de reconocimiento, obligándose por su parte los señores a protegerlos y amparados, pero quedando aquellos en libertad de dejarlos y de mudar de señor tan pronto como cesasen de ser protegidos con sus bienes, personas o familias. Todos han seguido la definición que de las behetrías y sus diferencias hace el canciller Pedro López de Ayala en su *Chrónica del Rey Don Pedro* cuando dice: «Debedes «saber que Villas e Lugares ay en Castilla, que son llamados behetrías de mar a mar, que quiere decir que los moradores, e vecinos en los tales lugares pueden tomar señor a quien sirvan, e acojan en ellos, quienes ellos querrán, y de cualquier linaje que sea, e por esto son llamados behetrías de mar a mar, que quiere decir, como que toman señor, si quieren de Sevilla, si quieren de Vizcaya, o de otra parte. E los lugares de las behetrías son unos que toman señor cierto, de cierto linaje, y de parientes suyos entre sí, e otras behetrías ay que non han naturaleza con linages, que serán naturales de ellos, e estas tales toman señor de linages, qual se pagan, e dicen que todas estas behetrías pueden tomar y mudar señor siete veces al día, y esto se entiende cuantas aveces les placerá, y entendieren que los agravia el que los tiene...»[812]

Necesitábase para la constitución de las behetrías el beneplácito del rey en virtud del superior dominio que tenía sobre todos los pueblos de la corona, y su organización y condiciones variaban notablemente en cada pueblo según los pactos que se estipulaban entre los señores y los vasallos, fuesen pueblos o personas. De aquí los tributos y prestaciones llamadas devisa, naturaleza, servicio

---

810 Sobre el origen, clases y diferencias de solariegos y vasallos, puede verse a Ambrosio de Morales, a Berganza en sus Antigüedades, Asso y Manuel en las notas al Fuero Viejo de Castilla, Pidal en las adiciones al mismo, Muñoz en las Notas a los Fueros latinos de León, etc.

811 La palabra behetria no es derivada del griego, como dice Mariana (lib. XVI. cap. 47), sino de benefactoria, que se corrompió después en bienfetria, y más adelante en behetría, que significaba que los pueblos escogían señores para bienehechores o benefactores suyos.

812 Equivocóse gravemente el P. Sota (Chron. de los Príncipes de Asturias, lib III.) al decir que los solares de los infanzones comenzaron a llamarse behetrias por la libertad que tenían los señores de elegir un juez que entendiese en los pleitos de sus vasallos.

personal, etc. y los diferentes medios por que se adquiría el derecho de behetría. Subsistieron estas hasta los tiempos de don Juan II., que con sabia política trastornó su constitución primitiva[813].

Prescribíase en el cánon o decreto 1.º del concilio y fuero que examinamos la obligación de ir al *fosado* (a la guerra) con el rey, con los condes y los merinos, según costumbre. Supone este capítulo una fuerza pública, una milicia armada que tenía que acudir al llamamiento del rey, ya fuesen moradores de los pueblos de realengo, ya de los de señorío, que a costa de esta obligación solían concederse y adquirirse los derechos señoriales. Pero aquella milicia no era una milicia regimentada y a sueldo. Cuando el rey proyectaba una conquista o una irrupción, convocaba los nobles, los obispos, y el pueblo, y cada señor y a veces cada obispo que ejercía derechos dominicales, acudían con su respectiva gente y sus banderas, igualmente que los vasallos de los pueblos de realengo. Ninguno había disfrutado de sueldo de campaña hasta el fuero que hemos mencionado del conde don Sancho de Castilla: hasta ese tiempo los jefes de las tropas así congregadas subsistían de lo que llevaba cada cual, y más principalmente de lo que tomaban al enemigo. Terminada la campaña, volvíanse los soldados a sus hogares, y las plazas recuperadas o conquistadas pertenecían al rey, que solía darlas a los condes o señores en premio de sus servicios, con el cargo de fortificarlas y defenderlas, y concediendo privilegios a los soldados, vasallos o siervos que quisieren establecerse en ellas y repoblarlas, origen de los señoríos y de las cartas de población.

Establécense en dicho concilio jueces nombrados por el rey para que juzgen «las causas de todo el pueblo»[814], y se concede a los concejos o ayuntamientos atribuciones administrativas, y algunas veces también judiciales[815]. Se decreta la abolición del odioso y terrible fuero de sayonía[816]; preciosa garantía otorgada a los individuos y a los pueblos contra las arbitrariedades de los delegados del poder, y progreso relativamente grande en la civilización, pero se confirmaban las absurdas pruebas vulgares por juramento, por agua caliente, por pesquisa y por duelo o combate personal[817], triste testimonio de la ignorancia y grosería y del atraso intelectual en que estaba todavía nuestra España, y del carácter supersticioso de una época, en que aún se creía que velando Dios sobre la inocencia y el crimen no podía permitir la impunidad del reo ni la condenación del inocente, y suponíase que Dios había de hacer en cada caso un milagro suspendiendo el efecto de las causas naturales. Sin embargo esta manera tan ineficaz y tan absurda de justificar e investigar la verdad en los juicios, heredada de los pueblos del Norte, era comúnmente usada en toda Europa.

A pesar de las diferentes especies de señoríos que hemos apuntado como existentes en Castilla en la época que examinamos, y que parecía tener cierto tinte de feudalidad, estuvo lejos de aclimatarse en esta parte de España el sistema feudal que regía en otros estados de Europa. Ni la nobleza leonesa y castellana alcanzó aquí la independencia y el poder que obtuvo en Alemania, Francia e Inglaterra, ni se conoció aquí la rigorosa organización jerárquica del feudalismo, ni los condes y señores de Castilla tuvieron el derecho de batir moneda, ni el tribunal de los pares, ni las ayudas pecuniarias, ni otros que constituían el sistema de infeudación. A pesar de los derechos dominicales y jurisdiccionales que los reyes de León y Castilla otorgaban a los próceres y nobles y a los obispos y abades, a pesar de que unos y otros tenían sus vasallos especiales, nunca los monarcas se desprendieron de la suprema autoridad sobre todos sus súbditos, de cualquier jerarquía que fuesen, convocaban y presidían las cortes o concilios, administrábase en su nombre la justicia, conservaron el derecho inalterable de apoderarse en caso necesario de los castillos y fortalezas de los señores, y todos tenían obligación de asistirles a la guerra. Las circunstancias especiales de este

---

813 Los que deseen más noticias sobre esta materia, pueden consultar las leyes del tit. VIII. libro I. del Fuero Viejo de Castilla, con las Notas de los doctores Asso y Manuel, las del tit. III. lib. VI. de la Nueva Recopilacion, las Memorias del fiscal don Antonio Robles Vives, el tratado que dejó es- crito don Rafael deFlorancs sobro esta materia, y otros muchos documentos que sería largo enumerar.

814 Can. 18.

815 Can. 35, 45 y 47.

816 Can. 11.

817 Can. 40.

país le colocaron en un caso excepcional al en que se encontraban en lo general los demás estados y naciones de Europa[818]. La guerra continua con los árabes obligaba a los cristianos españoles a reunirse a una sola cabeza, a agruparse en derredor de un poder central, para dar más unidad a las operaciones militares, y los señores tampoco podían vivir mucho tiempo encastillados como los barones feudales, ni el desarrollo del régimen municipal les permitía arrogarse la independencia y la soberanía que en otros países;. y si los condes y nobles de Castilla se insubordinaban muchas veces contra sus monarcas, ni aquel desorden era habitual y permanente, ni aquella resistencia al poder monárquico era legal; era el resultado del estado todavía incierto de la sociedad, y de que faltaban aún al poder supremo medios para asegurarse contra las agresiones de los genios turbulentos y contra la desobediencia individual. No hubo pues en España verdaderos feudos sino en el condado de Barcelona, donde introdujeron los francos, fundadores de aquel estado, sus leyes, usos y costumbres; pues aunque en Aragón existió una especie de feudo con el nombre de honor, los magnates de aquel reino y del de Navarra no eran tampoco aquellos señores feudales que hacían la guerra a los monarcas como iguales suyos, y que ejercían en sus estados una autoridad sin límites, como pequeños soberanos con su corte, sus tribunales, sus casas de moneda y su gobierno privativo.

Ya dijimos que aunque el Fuero de León había sido el más solemne por la forma con que se otorgó y el primero que se escribió y cuyas leyes se dieron para que rigieran todo el reino, existían antes y desde el siglo X. otros fueros en Castilla otorgados por sus condes soberanos, y principalmente por don Sancho, llamado *el de los buenos fueros*, que confirmó el primer rey de Castilla y de León Fernando el Magno en el concilio de Coyanza de 1050. Goza entre ellos de justa nombradía el de Sepúlveda, de grande estima en la edad media por las franquicias y libertades que dispensaba a sus pobladores, y cuya legislación, aunque diminuta, se extendió a otros muchos pueblos. Redújole por primera vez a escritura en 1076 el rey don Alfonso VI., confirmando los primitivos usos y costumbres autorizados por los antiguos condes. «Yo Alfonso rey, dijo, y mi esposa Inés confirmamos a Sepúlveda su fuero, que tuvo en tiempo de mi abuelo, y en tiempo de los condes Fernán González y García Fernández y del conde don Sancho, de sus términos, etc.[819]

Un mismo espíritu animaba en este siglo a los soberanos de León y de Castilla, de Aragón y de Navarra. El fuero concedido a Nájera por Sancho el Mayor, el otorgado a Jaca por Sancho Ramírez, no fueron ni menos amplios ni menos célebres que el de Sepúlveda; y Alfonso VI. de León y de Castilla confirmó los de sus antecesores, extendió la legislación foral a muchos pueblos, y los dio de nuevo a Toledo, Logroño, Miranda de Ebro, y otras poblaciones que fuera largo enumerar. Semejábanse todos, a pesar de su variedad aparente, en los puntos principales, reducidos a mejorar la condición civil de las personas y de los pueblos, a disminuir los derechos dominicales, y a amplificar las franquicias y libertades del estado general. Era la nación que se constituía en lo político y en lo civil por esfuerzos parciales, del mismo modo que se constituía en lo material. Convendremos con el erudito Marina en que todos estos cuadernos de leyes no formaban un cuerpo de derecho general y compacto. Sin embargo, esta jurisprudencia foral contenía un sistema de leyes políticas, civiles y administrativas, local por una parte, pues que muchas de estas cartas se daban a

---

818 El ilustrado Robertson en su excelente y erudita Introducción a la Historia del reinado de Carlos V,. o no tuvo presente o padeció el descuido de no distinguir esta situación excepcional de la monarquía castellana en lo relativo al feudalismo: omisión indisculpable en quien tenía que tratar del estado politico y civil de España anterior al gran reinado cuya historia se proponía escribir.—Monsieur Guizot, en su Historia de la civilización europea, describe los caracteres del feudalismo y enumera las atribuciones de los poseedores de feudos, y ninguna de ellas es aplicable a los señores de León y Castilla.—Véase también a Mondéjar, en las Memorias históricas del rey don Alfonso el Sabio. Marina, Ensayo hist. crit. núm. 63. «El único señorío feudal, dice Tapia (Historia de la civilización española, tom. I. pág. 60), conocido en los reinos de Castilla y León, según el testimonio de los historiadores españoles, fue el de Portugal, que con titulo de condado dio el rey don Alfonso VI. a don Enrique de Besanzon, casado con su hija natural doña Teresa, para sí y sus sucesores.»

819 Marina, en su Ensayo Histórico crit. números107 a 112, rectifica varios errores en que acerca de este célebre fuero incurrieron los doctores Asso y Manuel en su Introduccion a las Instituciones del derecho de Castilla, don Rafael Floranes en la suya a la copia del Fuero de Sepúlveda y otros, y da noticia del que existe en el archivo de aquella villa, discurriendo acerca de su autenticidad.

ciudades y villas particulares, y general por otra, atendida la poca variedad en las exenciones, y el espíritu igualmente popular y democrático que dominaba en todas, en cuyo sentido llegaban a constituir los fueros un sistema general de legislación que venia a reducirse a tres principales puntos: régimen municipal, disminución de prestaciones señoriales, y concesión de franquicias y garantías al estado llano, para alentarle a poblar y defender del enemigo las ciudades fronterizas, ponerle a cubierto de las violencias de los magnates y establecer más inmediatas relaciones entre los pueblos y el rey[820]. Lo que la autoridad real perdía por una parte renunciando derechos y prerrogativas y concediendo inmunidades y privilegios locales, ganábalo por otra en prestigio con los pueblos, que recibían agradecidos aquellos beneficios, neutralizaban así los monarcas el poderío peligroso de la nobleza, creando un nuevo poder en el estado, y estimulaban a la población y conservación de las fronteras con el aliciente de las franquicias que concedían a sus moradores y defensores. De esta manera la concesión de fueros era en los reyes simultáneamente una conveniencia y una necesidad, y redundaba en recíproca ventaja de los pueblos y de la corona.

Grandemente progresó también la constitución de Cataluña en el siglo XI. con la promulgacion de los *Usages*. Pero diferente este estado de los demás de España así por su

820 Daremos una muestra de las franquicias de los principales fueros. 1.° Del de Sepúlveda. Ninguna persona podía prendar a otra por deuda, ni en Sepúlveda ni en sus aldeas, sin decreto judicial, bajo la pena de sesenta sueldos y el duplo de las prendas: si el señor o gobernador de Sepúlveda injuriaba a algún vecino, debía acusarle al concejo y obligarle a dar satisfacción al agraviado: el alcalde, merino y arcipreste debían ser precisamente naturales de aquella villa: el juez debía ser elegido anualmente de sus collaciones o parroquias: eximióse a los vecinos del tributo de mañería, y al fonsado del rey solo debían ir los caballeros, como no fuera estando cercado o para batalla campal: cuando el rey iba a la villa, no se había de forzar a ningún vecino a dar alojamiento a su comitiva: todo el que quisiera mudar de señor podía hacerlo, sin perder su casa ni heredad, como el señor nuevo no fuera enemigo del rey, etc.—2.º Del de Nájera. El pueblo de Nájera no estaba obligado a ir al fonsado sino una vez al año y para batalla campal: ni el infanzón ni el villano debían dar al rey el quinto de lo que ganaran en la guerra, como era costumbre general en otras partes: se eximió a los vecinos del yantar, o sea obligación del suministro de víveres al rey, como no fuera pagándolos por su justo precio: los delincuentes no podían ser presos dando fiadores: los reos de cualquier delito, menos de hurto, refugiados en la casa de algún vecino de Nájera, no podían ser extraídos por fuerza, bajo la pena de doscientos cincuenta sueldos siendo de noble, y de ciento siendo de villano: quien pusiese una querella ante los alcaldes, y no la concluyera dentro de un año y día, perdía su derecho: los vecinos de Nájera no debían dar escusadera ni otro pecho más que el de trabajar el alfoz (término de la jurisdicción) o pago de su castillo: su concejo debía nombrar todos los años dos sayones: todos los vecinos podían comprar las tierras, viñas y heredades que quisiesen, sin las restricciones y malos fueros que había en otras partes, y construir todo género de artefactos y vender libremente sus fincas, etc.—3.º Del de Logroño. Se concedieron franquicias a todos los que quisiesen establecerse en Logroño, fuesen españoles, franceses o de cualquier otra nación: se prohibió a los gobernadores hacerles violencia ni injusticia: ni el merino ni el sayón podían entrar en las casas a sacar prendas por fuerza ni tomarles cosa alguna contra su voluntad: se los eximió de las pruebas de hierro y agua caliente, de batalla y pesquisa: el señor o gobernador de la villa no había de nombrar para merino, alcalde o sayón sino a naturales de ella: se concedió a los vecinos libertad de comprar y vender heredades, uso libre de aguas, pastos, leña, de ocupar y labrar las tierras baldías, etc.—4.o Del de Jaca. Se le quitaron los malos fueros que antes tenía, y se elevó la villa a la categoría de ciudad: todo vecino podía edificar casas con la comodidad que más gustase; comprar y vender libremente, prohibiéndoles donar ni vender los honores a la iglesia ni a los nobles: no se les obligaba a la fonsadera sino por tres días, y esto para batalla campal o estando el rey cercado por los enemigos: ninguno podía ser preso dando fianzas: se tasaron las penas delos homicidios y heridas como en otros fueros, etc.—Pueden verse más pormenores sobre estos fueros en Sempere y Guarinos, Hist, del Derecho español, tom. I. cap. 10, y en Marina. Ensayo Histórico Critico ya citado.—Merece por último especial mención el Fuero de Toledo, por la especialísima situación en que se halló aquella ciudad cuando fue conquistada. Componían su vecindario cinco clases de moradores: 1.º los mozárabes: 2.º los castellanos, así llamados porque constituían el mayor número de los que habían contribuido a la conquista: 3.º los francos o extranjeros que atraídos de su riqueza fijaron en ella su domicilio: 4.º los árabes y moros, y 5.º los judíos, a quienes se permitió vivir en su ley. A cada una de estas clases concedió Alfonso VI. privilegios y fueros muy apreciables, y el gobierno municipal de Toledo sirvió después de modelo para otras ciudades y villas. Es notable la disposición de que todos los pleitos se decidieran por un alcalde, asociado de diez personas de las mejores y más nobles, con arreglo a las leyes del Fuero Juzgo. A los labradores, pagando al rey un diezmo de sus frutos, no se les había de exigir otra contribución, ni servicio de jornales forzados, fonsadera etc., concediéndoles además que cualquiera de ellos que quisiese cabalgar pudiera hacerlo y entrar en las costumbres de los caballeros. Sempere y Guarinos, ubi sup. cap. II. Marina, Ensayo y Teoría de las Cortes, Ortiz de Zúñiga, Anales de Sevilla, y Mem, para la vida de San Fernando.

procedencia como por su organización y sus costumbres, su división en condados demostraba ya el carácter feudal que había recibido. La nobleza catalana, organizada jerárquicamente como la francesa, y dividida en condes (o potestades según los Usages), vizcondes, barones, varvesores, y simples caballeros, tenía una jurisdicción privilegiada para sus causas, administrando justicia por sí o por sus bailes: existían para ellos los juicios de los pares; los barones eran juzgados en su corte por los barones, los caballeros de un escudo por caballeros de un escudo, y así los demás. Y aunque los derechos del príncipe fueron en Cataluña mayores que en otros países feudales, los de cada señor sobre sus vasallos, plebeyos o payeses, eran absolutos, y algunos hasta inmorales y repugnantes, como el de servirse de los hijos e hjjas de los payeses contra su voluntad, y el de tomar para sí con las desposadas las primicias de los derechos del matrimonio. El vasallo no podía repartir el feudo entre sus hijos, sin permiso del señor. El payés que recibiese daño en su cuerpo, honor o haber, debía reclamar al señor y estar del todo a su justicia. Aquel mismo orden jerárquico constituía a unos mismos a la vez en vasallos de los que ocupaban una jerarquía más alta y en señores de los que tenían debajo de sí. No podía, pues, existir en Cataluña un poder público central como en Castilla, y si los condes de Barcelona conservaron su superioridad fue por lo extenso de sus dominios, y porque solían concentrar en sí diferentes condados. Tuvo, pues, el condado de Barcelona todos los caracteres de la organización feudal que en su fundación y origen le había sido comunicada y trasmitida, si bien no adquirió desde el principio sino con el trascurso del tiempo su completo desarrollo.

Tales fueron en resumen las alteraciones y novedades que sufrió cada uno de los estados cristianos de España en el periodo que abarca nuestro examen, relativamente a su organización política y civil, y a la respectiva posición social de los reyes para con el pueblo, de este para con los monarcas y los nobles, y de todos entre sí.

III. Una novedad importantísima, un suceso de consecuencias inmensas para el porvenir de nuestra nación en el orden moral se realizó en el último tercio del siglo XI en España, innovación cuyo influjo se experimenta todavía después del trascurso de cerca de nueve siglos. Hablamos de la abolición del oficio gótico o breviario mozárabe, y su reemplazo por la liturgia romana a instancia y gestión de los romanos pontífices, y de la intervención que desde esta época comenzaron a ejercer los papas, no ya sólo en los asuntos pertenecientes al gobierno de la iglesia española, sino también en lo tocante al poder temporal de sus príncipes y soberanos. Jamás monarca alguno español (y había habido desde Recaredo hasta Fernando el Magno de Castilla multitud de piadosísimos y cristianísimos reyes) había sometido y subordinado su autoridad al poder pontificio: contaba ya el cristianismo cerca de once siglos de existencia, y la iglesia española, sin dejar de reconocer la suprema y universal jurisdicción espiritual de los sucesores de San Pedro sobre todos los fieles de la cristiandad, habíase gobernado a sí misma,.bajo la protección de sus católicos monarcas, con una independencia en que no la aventajó otra alguna de las naciones cristianas, como en ninguna brilló tan gran número de sabios, virtuosos y esclarecidos obispos, y ninguna acaso suministró tan largo y glorioso catálogo de insignes mártires y de varones santos. Una lucha heroica en que se hallaba empeñada hacía ya cerca de cuatro siglos para sostener la pureza de su fe, y a la cual se debió sin duda que el pendón de Mahoma no llegara a tremolar en la cúpula del Vaticano, había acreditado a la faz del mundo que España era la nación esencialmente católica y religiosa. ¿Cómo, pues, se introdujo en su culto esa gran novedad que hemos anunciado contra la voluntad del pueblo y de la iglesia española? Explicarémoslo con la .severa imparcialidad de historiadores.

Venia de muy atrás, y principalmente desde la coronación del emperador Carlomagno por el papa León III., el pensamiento de ensanchar los límites de la autoridad pontificia, y algunos papas habían aspirado ya a someter el poder temporal de los príncipes al dominio del jefe de la iglesia y a subordinar y sujetar las coronas a la tiara y los cetros de los imperios de la tierra a las llaves de los sucesores de San Pedro. Las pretensiones de los papas Zacarías, Gregorio II. y Nicolás I. habían producido ya vehementes y acaloradas cuestiones, choques peligrosos y serios conflictos en los

imperios. Mas en el estado de barbarie, de ignorancia y de corrupción y desorganización social en que generalmente llegó a encontrarse la Europa en los primeros siglos de la edad media, a vista de las calamidades y desgracias que afligían la humanidad, de las rudas y feroces pasiones que agitaban hombres y pueblos en aquellos infortunados siglos, volvíanse naturalmente los ojos como en busca de remedio hacia la única institución que por su antigüedad, por su especial y sagrado origen, y por su universal influencia parecía reunir en sí las condiciones propias para moralizar la sociedad y dar unidad al mundo, a saber, a la institución del pontificado. Cundió pues la idea de que el mundo no podía ser reformado sino por la iglesia que estaba a su cabeza. Mas, desmoralizada también la iglesia[821], oponíanse los obispos y el clero a las reformas; la medida de prescribirles la observancia del celibato halló una resistencia desesperada, si bien el pueblo cansado de presenciar la incontinencia, el lujo y la disipación de los sacerdotes, se puso en este punto del lado y a favor de los pontífices reformadores[822]. Comenzó por otra parte la lucha entre los papas y los jefes de los imperios, sosteniendo estos y disputándoles aquellos el poder temporal: deponíanse unos a otros, valíanse de todo género y linaje de armas y de medios, guerreaban en persona, sufrían las alternativas y vicisitudes de la vida de las armas, y los pueblos padecían turbaciones y conmociones violentas. Sin embargo, en medio de la lucha más viva y continuada con los monarcas y con los obispos, la iglesia romana fue ensanchando su autoridad en progresión ascendente preparándose el camino para la dominación universal a que aspiraba, y a la cual favorecía el espíritu religioso de la época, y la circunstancia de que los pontífices a vueltas de su sistema de invasión temporal llevaban el noble y laudable objeto de conservar la pureza del dogma y de oponer a la anarquía en que se agitaba, la sociedad la unidad de un poder central venerable, sagrado y de prestigio, como era la Santa Sede.

En esta solemne lucha del jefe de la iglesia con los poderes temporales, en esta guerra de conquista de la tiara sobre las coronas, en que el influjo de aquella llegó a hacerse sentir en la mayor parte de los estados europeos, natural era que aspirara a extenderse también a nuestra España, que era la que se había conservado más independiente. El campo que se escogió para infiltrar este influjo en España fue la pretensión de abolir el rito y misal gótico o mozárabe tan justamente venerado de los españoles, como que era su culto nacional, inalterablemente conservado desde los primeros tiempos de la iglesia gótica, y de reemplazarle con el oficio romano que se observaba en Italia, en Francia y en otras iglesias de Europa. Esta fue la misión especial que en nombre del papa Alejandro II. trajo a Aragón en 1064 el cardenal legado Hugo Cándido cerca del rey don Sancho Ramírez. Las negociaciones llevaron los trámites que en otro lugar dejamos referidos[823]. Mas a

---

821 El mismo Gregorio VII. Decía: «Apenas descubro algunos sacerdotes que hayan llegado por las vías canónicas al episcopado, que vivan como cumple a su clase, que gobiernen su rebaño con espíritu de caridad, no con el despótico orgullo de los poderosos de la tierra. Entre los príncipes seculares no encuentro ninguno que prefiera la gloria de Dios a la suya propia, la justicia al interés. Peores son que judíos y gentiles los romanos, los lombardos, los normandos, entre quienes vivo.» (Epist. II. 49).—Pero a su vez la corte romana era acusada de sordida codicia. El monje Raoul Glaber, que atribuía al papa el derecho de dar el imperio de Italia a quien le pareciese, censuraba acremente la corrupción de la corte pontificia. (Colección de historiadores originales de Guizot, to- mo VI. pág. 205). Y cuando el conde Foulques, célebre por sus maldades y robos, logró a fuerza de oro que el papa Juan enviase un cardenal para la consagración de su iglesia, a que se oponía el virtuoso arzobispo de Tours, decía el citado monje: «Los prelados de las Galias reconocieron que esta orden sacrílega no había podido ser dictada sino por una ciega codicia, y que las rapiñas del uno recogidas por la avaricia del otro acababan de manchar la iglesia romana con este nuevo escándalo», etc. (ib. p. 240. a 213). Fuertes son las expresiones del monje, pero los escritores más religiosos las citan como prueba de que todo en aquel tiempo había llegado a contaminarse. En parte no extrañamos este lenguaje cuando al hablar de Juan XIX. que ocupó la silla romana en 1024, dicen los juiciosos monjes de San Mauro, «que compró la tiara a precio de oro.» Puede verse a César Cantú. Hist. Univ. Epoc. X. cap. 47. Morón, Hist. de la Civiliz. de Esp. tom. IV. lecc. 32.

822 Un escritor de aquellos siglos de tinieblas pinta con las siguientes ingeniosas palabras la vida de los eclesiásticos de su tiempo: «Potius dediti gulae quam glossae: potius colligunt libras quam legunt libros: libentius intuentur Martham quam Marcum: malunt legere in Salmone quam in Salomone: Alan, de Art. praedicat. apud Le Baeuf. Dissert. t. II. Cit. por Robertson, Hist . de Carl. V. tom. I. not. X.

823 En el cap. 24 de este libro.

pesar de haber sido aprobado el rito gótico español en Roma en 923[824], a pesar de haber sido de nuevo reconocido y aprobado como legítimo y católico en el concilio de Mantua de 1067[825], el papa redobló su empeño, y las nuevas gestiones del cardenal legado lograron al fin recabar del rey de Aragón en 1071 que decretase en su reino la abolición del rito mozárabe y su reemplazo por el romano, y lo mismo obtuvieron en el propio año del conde Ramón Berenguer de Barcelona, allí con mayor facilidad, por las razones que en nuestra historia ya expusimos.

Conservábase sin embargo el rito gótico-mozárabe en los reinos de León, Castilla y Navarra, no obstante algunas tentativas de Roma y de los monjes cluniacenses. Pero en 1073 subió al solio pontificio un hombre de alma apasionada, de temperamento fuerte, de genio activo, severo, inflexible y osado. El más ardiente defensor del sistema de dominación omnímoda y universal, era también el más a propósito para realizarle sin cejar ante ninguna consideración, ante ninguna contrariedad ni obstáculo, y desde luego alzó su voz tremenda como para atemorizar a los príncipes y soberanos de los pueblos. Pero al propio tiempo austero y rígido en sus costumbres, era inexorable contra los vicios y desórdenes del clero, e infatigable en el afán de reformar y corregir sus costumbres y mejorar la relajada disciplina de la iglesia. Este personaje colosal, a quien Bayle ha comparado con los Alejandros y Césares, por el principio de que las conquistas de la iglesia no exigen ni menos talento ni menos corazón que las conquistas de los imperios, era el monje cluniacense Hildebrando, que subió al pontificado con el nombre de Gregorio VII. y que por su influjo puede decirse que había sido el verdadero pontífice bajo Alejandro II. En su gran proyecto de regenerar la sociedad con ayuda del cristianismo, y no creyendo poder realizar sus designios sin que la cátedra de San Pedro se sobrepusiera en lo temporal como en lo espiritual a los tronos de los reyes, proclamó ya atrevida y desembozadamente el principio de la soberanía universal del pontificado. Volúmenes enteros han escrito, así los panegiristas como los detractores de este célebre papa, para calificar sus pensamientos; nosotros dejaremos al mismo Gregorio VII. exponer sus propias ideas.

«La iglesia debe ser libre o llegar a serlo por medio de su jefe, por el sol de la fe, el papa. Este ocupa el lugar de Dios, cuyo reino gobierna sobre la tierra... Conviene, pues, que éste arranque a los ministros del altar de los lazos con que el poder temporal los tiene encadenados... Hállase el mundo alumbrado por dos luminares, el sol, que es el mayor, y la luna más pequeña. La autoridad apostólica se asemeja al sol, el poder real a la luna. Como la luna no alumbra sino por influjo del sol, así los emperadores, los reyes, los príncipes no subsisten sino por el papa, porque este emana de Dios... Emanando el papa de Dios, todo le está subordinado: ante su tribunal deben ser llevados todos los asuntos espirituales y temporales... La iglesia romana como «madre manda a todas las iglesias y a todos los miembros que les pertenecen, y tales son los emperadores, reyes, príncipes», etc.[826]

Todas sus cartas están llenas de estas máximas. Con arreglo a ellas quiso someter a su autoridad a todos los príncipes de la tierra, constituir a la Santa Sede arbitra de los destinos del universo, y considerar el mundo como una gran monarquía cuya cabeza era el romano pontífice. Así apenas hubo príncipe a quien no disputara la soberanía ni reino que no pretendiera pertenecerle: él sostenía que la Sajonia había sido dada a San Pedro por Carlomagno: él invocaba un diploma de este emperador, que decía poseer en sus archivos, para exigir tributos de la Francia: él amenazaba a los soberanos de Cerdeña con dar su isla a los conquistadores que se la pidiesen, si persistían en negarle el denario de San Pedro: él escribió a los dos reyes que se disputaban la Hungría intimándoles que se sometieran uno y otro al juicio y decisión de la Santa Sede: él alegaba derechos sobre la Dalmacia, y habiendo el heredero del trono de Rusia ido a Roma a visitar los sepulcros de los santos apóstoles, le hizo recibir la corona de sus manos como un don de la iglesia romana; y sabidas son las guerras, los disturbios, las conmociones y los escándalos que produjeron sus

824 Flórez. Esp. Sagr. tom. III. número 117.
825 Con cuyo objeto pasaron a Mantua y asistieron a dicho concilio algunos obispos españoles. Id. ib. n. 134.
826 Epist. de San Greg. VII.

contestaciones y disputas con Enrique IV. de Alemania, a quien excomulgó y depuso relajando a sus súbditos el juramento de fidelidad y aboliendo el derecho de investidura[827]. No menos aspiró al señorío en propiedad de toda España, alegando que pertenecía a la silla apostólica antes de haber sido delos sarracenos, y diciendo que preferida verla en poder de estos mejor que en el de cristianos que no rindieran el debido homenaje a la Santa Sede.

En su carta *a los príncipes de España* les decía: «Creo no ignoraréis que desde lo antiguo era el reino de España propio del patrimonio de San Pedro, y aunque le tengan ocupado los paganos, como no faltó el derecho, pertenece al mismo dueño. Por tanto el conde Ebolo de Roceyo, cuya fama no ignoraréis, va a conquistar esa tierra en nombre de San Pedro, bajo las condiciones que hemos estipulado. Y si alguno de vosotros emprendiese lo mismo, observará el trato igual de pagar a San Pedro el derecho de lo adquirido; y no de otra manera.»[828]

Jamás se habían visto tan audaces pretensiones ni tanta actividad y perseverancia, unidas a un celo y a una severidad de costumbres, que hacen perdonar a Gregorio VII., dice un escritor contemporáneo, las innovaciones peligrosas que alentó con su ejemplo, y que se extendieron y perpetuaron después con poco provecho para la iglesia y con grave daño para los estados.

Como la pretensión del señorío y dominio temporal, lejos de hallar eco, fue rechazada en España, quiso que el reino le estuviese por lo menos moralmente supeditado. El medio escogido para llegar a este fin era la adopción del rito romano, y tan pronto como Gregorio VII. ocupó la silla pontificia escribió al rey Sancho Ramírez de Aragón (1074) tributándole muchos elogios y llamándole rey piadosísimo y cristianísimo porque había abrogado en sus dominios el oficio mozárabe[829], y en el propio año escribió a Alfonso VI. de León y de Castilla para que practicase lo mismo en sus estados[830], sin omitir por eso otras gestiones ni dejar de enviar legacías, que hasta entonces en Castilla solo habían producido disturbios. Pero Alfonso VI., príncipe a quien por otra parte tanto debió la España, tenía la cualidad de ser adicto a todo lo que fuese francés; y el que tan afecto se mostraba a los monjes de Cluny, a cuya orden había pertenecido el papa Gregorio, el que casó consecutivamente con dos princesas de Francia, el que dio después sus dos hijas en matrimonio a dos condes franceses, el que nombró primer prelado de Toledo a un francés y monje cluniacense y trajo de Francia monjes de Cluny para sentarlos en las primeras sillas episcopales de Castilla, no podía dejar de estar dispuesto a admitir el rito romano, que se denominaba también rito galicano o rito francés. En 1077 manifestó ya a las claras su voluntad de suprimir la liturgia mozárabe o toledana, mas como hallase una tenaz y obstinada resistencia en el clero y en el pueblo a dejar su antiguo rito nacional, remitióse la decisión a la prueba del duelo. Pelearon, pues, dos campeones, el uno en defensa del oficio romano, el otro en favor del rito mozárabe. Venció este a su adversario: la historia nos ha conservado el nombre de este adalid de la causa del clero y del pueblo: era un castellano viejo llamado Juan Ruiz de Matanzas[831].

---

827 Este derecho de Investidura consistía en que el emperador debía consentir en la elección de los prelados, quienes le juraban fidelidad y recibían de él por medio del báculo y el anillo los señoríos y derechos reales. El derecho de investidura, que tantas luchas produjo entre los emperadores de Alemania y los papas, duró hasta el concordato de Calixto II. En 1122, por el cual el emperador resignó toda pretensión de investir a los obispos del báculo y el anillo, y reconoció la libertad de las elecciones.

828 Sobre esta carta que copia el maestro Flórez en el tom. XXV. de la España Sagrada, pág. 132. dice aquel erudito y religioso escritor: «¿Dónde están las constituciones, por donde se dice haber sido entregado el reino de España al derecho y propiedad de la iglesia romana...? ¿Qué emperador cristiano, qué rey, hereje o católico, hizo cesión de su dominio?» Extiéndese en probar con solidísimas razones lo infundado y absurdo del pretendido derecho, y manifiesta luego que el mismo San Gregorio «habiendo llegado a reconocer el mal informe en que le interesó la fraudulencia, no volvió a tocar semejante propuesta en las diversas cartas que escribió a España después de 1077, siendo así que sobrevivió ocho años, cuya desistencia debe atribuirse al desengaño del mal informe, etc.» Pag. 142. —El conde de Ebolo Roceyo era hermano de la reina de Aragón Felicia, mujer de Sancho Ramírez.

829 Epist. 63 del lib. I. de San Gregorio.

830 Epist. 64 de id.

831 Chron. Burg. Era 1115.— Anal. Compostel.—Chron.Malleacens.—Flórez, Esp. Sagr. t. III. p. 173.

No sirvió este solemne triunfo. Empeñado el rey, siempre obsecuente a los deseos del papa, en que se adoptara el oficio romano, consiguió al fin en 1078, con ayuda del cardenal Ricardo que a petición suya le envió el pontífice, que se comenzara a introducir aquel rito en Castilla[832]. Creyóse, no obstante, necesario (que tal era la repugnancia y mala voluntad con que era admitido el nuevo rezo) celebrar un concilio en Burgos, que presidió el mismo cardenal Ricardo, legado del papa, en que se decretó ya solemnemente (1085) la abolición del rito mozárabe tan querido y venerado de los españoles[833]. Todavía no bastó esto a vencer el disgusto con que era mirada en el reino esta innovación. Cuando se trató de establecerla en Toledo renováronse las disidencias entre el pueblo y el monarca. Éste no desistía, y aquel se obstinaba en no querer desprenderse de un rito que había tenido la gloria de conservar por siglos enteros en medio de la dominación musulmana. Temíanse grandes disturbios, y se apeló a pedir al cielo nueva sentencia. Convínose en que se echasen al fuego los dos misales, y en que prevaleciera el que no se quemara y saliera ileso de las llamas. También triunfó en esta prueba el breviario toledano, saliendo sin lesión de la hoguera[834]. En vano se regocijaron el pueblo y clero con el doble triunfo de su causa en las dos pruebas del duelo y el fuego, decisivas en aquella edad. Contra la voluntad de los españoles, y a riesgo de que se alterara la tranquilidad de sus reinos, mandó el rey que se desterrara de las iglesias de Castilla el venerado oficio gótico y que se recibiera el romano. El papa había triunfado; el predominio de Roma quedaba establecido en España; la cuestión de los dos ritos fue la que le abrió la puerta. Desde Gregorio VII. los legados del papa presiden nuestros concilios: el primer arzobispo de Toledo después de la conquista se nombra a gusto de Roma, y el pontífice designa un extranjero, un francés, un monje de Cluny[835]: los legados que enviaba eran también cluniacenses y franceses: el rey adicto al papa y a los monjes de Cluny, francesa la reina, franceses los condes y obispos a quienes los monarcas favorecieron más, todo cooperaba a arraigar en España la influencia pontificia, la influencia francesa y la influencia cluniacense, que venían a ser una misma, y todo cooperó al cambio radical que sufrió en este tiempo la iglesia española, y con ella el estado social de la monarquía, cuyos resultados y consecuencias habremos de ver después[836].

IV. El estado intelectual de la sociedad cristiana en este siglo no podía ser todavía muy aventajado. Reducida la España desde el siglo VIII. hasta el XI. a la triste condición de un país conquistado, abrumada por enemigos poderosos, ahogados como en un diluvio los restos de la cultura goda, teniendo que reconquistarse palmo a palmo, en lucha incesante y perpetua con los dominadores, y casi siempre además trabajada con guerras civiles, precisados todos los españoles, inclusos clérigos, monjes y obispos, a enristrar la lanza y embrazar el escudo para dar al país la existencia material, sin la cual es imposible la vida civil, ¿qué literatura, qué artes, qué comercio, qué industria, qué escuelas, qué civilización podía tener la pobre España, ni qué cultura podía haber en una sociedad puramente guerrera? Gracias si del retirado fondo de algún claustro, o como de debajo de la bóveda de alguna catedral, salía un cronicón descarnado y seco, escrito en mal latín, o alguna leyenda piadosa, con que se entretenía y fomentaba el espíritu religioso en aquellos malhadados tiempos. Apenas siquiera en las crónicas y documentos de aquella época, calamitosa por una parte y gloriosa por otra, se encuentra noticia de las escuelas, que no dudamos había ya en algunas iglesias y monasterios. Pero concentrado el escaso saber de aquellos siglos en los obispos y sacerdotes, encontrándose apenas entre los legos quien supiese extender y menos redactar una

---

832 Era 1116 entró la ley romana en España. Memorias antiguas de Cardeña.—Flórez, ibid. n. 175.

833 Flórez, ubi sup. n. 186.—Mariana pone muy equivocadamente este concilio en 1076, cuando ni siquiera había venido a España el legado pontificio que le presidió.

834 Roder. Tolet.—Véase Flórez, ubi sup. n 201.

835 «No te importe, decía el papa al rey Alfonso, que sea extranjero y de humilde sangre, con tal que sea idóneo para el gobierno de la iglesia.» Aguirre, Collect. Max. Coucil. tom. III. p. 257.

836 Es singular coincidencia que la liturgia romana se introdujera en España en tiempo de tres príncipes casados todos con francesas; Sancho de Aragón con Felicia, Ramón Berenguer de Barcelona con Almodis, y Alfonso de Castilla con Inés primero y con Constanza después, todas francesas.

escritura, los clérigos tenían que hacer oficios de notarios, y, sin embargo, el clero hizo un señalado servicio a la España y aún a Europa, conservando en medio de su escasa instrucción los últimos restos del saber humano.

En este estado vino el siglo XI., al cual por las razones ya indicadas y por otras que iremos exponiendo, miramos como el siglo divisorio, como el eslabón que une la antigua rudeza con el renacimiento de un estado social más culto, o por lo menos más apartado de la ignorancia que había señalado a los anteriores. Porque con las conquistas materiales, con la posesión ya más pacífica y segura de grandes poblaciones y de territorios extensos y fértiles, con el mayor trato y comunicación con los árabes, y con la nueva organización de la sociedad que obraron la legislación foral y los concilios, aquella nación antes tan pobre y atrasada no podía menos de entrar con la reunión de todos estos elementos en una carrera de adelantos progresivos, aunque más lentos de lo que fuera de apetecer. Así es excusado buscar todavía en el siglo XI. ni obras científicas, ni esmerados artefactos, ni edificios suntuosos. En nuestra visita al archivo general de la Corona de Aragón hemos encontrado un documento que prueba bien el atraso literario de aquel país en el siglo que examinamos. Es una escritura, en que consta que Giliberto obispo de Barcelona y los canónigos de Santa Cruz, por la gran falta y necesidad que tenían de libros, compraron en las calendas de diciembre del año 14 de Enrique[837] a Raimundo Seniofredo dos libros de gramática por precio de un casal sito en el Call de Barcelona, y una pieza de tierra sita en Mogoria, y firmaron la escritura de contrato cuatro obispos y varios eclesiásticos de dignidad, con el juez de Ausona[838]. Todos estos requisitos y formalidades se emplearon para la adquisición de dos libros de gramática.

¿Pero era sólo en España donde se padecía esta escasez de elementos de instrucción? General era y acaso mayor en otros países de Europa a pesar de hallarse en circunstancias menos desfavorables que el nuestro. Un ejemplar de las Homilías de Haimon obispo de Halberstad, costó a la condesa de Anjou doscientos carneros, cinco cuarteras de trigo y otras tantas de centeno y de mijo[839]. Cuando se regalaba algún libro a alguna iglesia o monasterio, el donador le ofrecía en persona delante del altar por el remedio de su alma[840]. Motivábalo en gran parte la falta de materiales en que escribir. Escribíase sólo en pergamino, y era muy común tener que borrar un libro de Tito Livio o de Tácito para reemplazarle con la vida de un santo o con las oraciones de un misal. Remedióse mucho este mal en el siglo XI. con la invención del papel debida a los árabes, que favoreció extraordinariamente el estudio de las ciencias con la multiplicación de los manuscritos.

Así no es maravilla que el clero español fuese poco ilustrado: y a pesar de todo éralo más que el de otras partes. Lamentábase Alfredo el Grande de que desde el río Humber hasta el Támesis no se encontrase un sacerdote que entendiese la liturgia en su idioma natural, o que fuese capaz de traducir el más fácil trozo de latín. Entre las preguntas que los cánones prescribían hacer a los que aspiraban a ser ordenados, era una si sabían leer el evangelio y las epístolas, y si a lo menos literalmente podían exponer su sentido; y muchos eclesiásticos constituidos en dignidad no pudieron firmar los cánones de los concilios a que asistían como miembros[841]. General era la ignorancia entre los legos de más alta jerarquía: y en esa Francia, después tan ilustrada, se cita, ya en el siglo XIV., el ejemplo del gran condestable Duguesclin, uno de los más ilustres personajes de su época, que no sabía leer ni escribir[842]. La irrupción de la milicia de Cluny en España, de esa milicia que producía los varones más doctos de su tiempo, fue favorable bajo el aspecto literario al clero español, si bien parecía llevar en ello la doble mira de monopolizar las letras en el clero y de

837 Que corresponde al 1044.— En Cataluña siguieron por muchísimo tiempo rigiéndose en su sistema cronológico por los reinados de los reyes de Francia, en lugar de la era que regía en el resto de España.

838 Pergamino, n. 15 del 8.º conde de Barcelona don Ramón Berenguer I.

839 Hist. lit. de France par des relig, benedict. tom. 7, p. 3.

840 Murat. vol. 3. p. 836.

841 Nouveau Traité de Diplomat. vol. 2.

842 Sainte-Pelaye, Mem. sur l'anc. Chev. Puede verse sobre este asunto toda la nota X del discurso prelim. de Robertson a la Hist. de Carlos V.

convertir la España en una nación puramente teocrática, pues a muy poco vemos al obispo Diego Gelmírez en un concilio de Santiago prohibir que los clérigos enseñasen a los legos[843].

En cuanto a la grosería y corrupción de costumbres, no negaremos que fuese lamentable la de una gran parte de nuestro clero, a juzgar por las medidas que para corregirla se tomaron en los concilios de Coyanza, Jaca, Gerona y otros de este siglo. Duélenos leer en la Historia Compostelana que los canónigos de la iglesia de Santiago «vivían como animales, y se presentaban en coro sin cortarse jamás las barbas, con capas rotas y cada una de su color, habiendo tal desorden, que mientras unos canónigos comían con la mayor esplendidez otros se morían de hambre.» ¿Pero eran más cultos o menos corrompidos los eclesiásticos del resto de Europa? Desconsuela leer los escritos de Baronio y de Pedro Damiano, y los cuadros de desmoralización que en ellos nos presentan. Ralher, arzobispo de Verona, que habiendo congregado un concilio halló que muchos de los asistentes ni aún sabían el Credo, declamaba enérgicamente contra el clero de Italia, que «excitaba con el vino y los alimentos sus apetitos libidinosos.» El bienaventurado Andrés, abad de Vallombrosa, exclamaba: «El ministerio eclesiástico estaba seducido por tantos errores, que apenas se hallaba un sacerdote en su iglesia: corriendo los eclesiásticos por aquellas comarcas con gavilanes y perros, perdían su tiempo en la caza; unos tenían tabernas, otros eran usureros: todos pasaban escandalosamente su vida con meretrices: todos estaban gangrenados de simonía hasta tal extremo, que ninguna categoría, ningún puesto desde el más ínfimo hasta el más elevado podía ser obtenido, si no se compraba del mismo modo que se compra el ganado. Los pastores, a quienes hubiera correspondido poner remedio a esta corrupción, eran hambrientos lobos.»[844] «Tienen hambre de oro, exclama Pedro Damiano hablando de los prelados...»[845] Pero no recargaremos más este cuadro, y solo diremos con un erudito escritor de nuestros días: «Tanta depravación atestiguan las crónicas, las invectivas de los hombres honrados y de los concilios, que en esto mismo se ve una prueba más de la institución divina de la iglesia, pues si hubiera sido una institución humana, de cierto hubiera sucumbido.»[846]

Infiérese de todo, que el clero español en este siglo, en medio del estado de perturbación en que se hallaba la España, y a pesar de sus desarreglos parciales, era el menos corrompido y acaso el menos ignorante de Europa.

V. Difícil es siempre reducir a un cuadro las costumbres públicas que retratan o constituyen la fisonomía de un pueblo y de un período, y más de una época de que quedan tan escasos documentos. Indicaremos no obstante algunas de ellas.

El espíritu caballeresco toma gran desarrollo en este siglo. Aunque mezclados muchos hechos con las fábulas introducidas por los romances; aunque contemos entre las invenciones el reto del príncipe don Ramiro de Navarra a todos sus hermanos por defender el honor de su madre acusada de adulterio; el de don Diego Ordoñez de Lara a don Arias Gonzalo y a sus hijos y a todos los zamoranos, y como dice la crónica general, «a los grandes como a los pequeños, e al vivo, e al que es por nascer, así como al que es nascido, e a las aguas que bebieren, e a los paños que vestieren, e aún a las piedras del muro»; el del Cid con el caballero aragonés Martín Gómez por la posesión de Calahorra, y otros semejantes que se le atribuyen y de que está llena la historia romancesca de este siglo, encuéntranse en él tipos, rasgos y acciones caballerescas en abundancia, así en Castilla como en Aragón y Cataluña y en todos los estados cristianos. El caballero castellano que retó solemnemente a los moros del ejército de Almanzor, Gonzalo de Lara el vengador de sus hermanos, el conde Armengol de Urgel, el mismo Cid, que aún despojado de los arreos con que le revistiera después la fábula, se presentaba ya como el genio y tipo de la caballería, daban ya a esta época aquel tinte que había de distinguir el carácter español en los siglos sucesivos de la edad media.

843 Aguirre, Collect. max. concil. tom. III.
844 Ap. Puricelli de San Arialdo.II.
845 Op. XXXI. c. 69.
846 César Cantú, Hist. Univ. época X.

De que no era el combate personal usado tan solamente como lance de honor, sino también como prueba jurídica, hemos presentado ya hartos testimonios. Vese no obstante en el siglo XI. comenzar la lucha entre una costumbre generalizada y el convencimiento de su monstruosidad. Pues por una parte la cuestión de los oficios gótico y romano se remite de público a la prueba del duelo, y el antiguo fuero de Sahagún prescribe la lid para que los acusados de homicidio oculto pudiesen justificarse con esta prueba: por otra don Alfonso VI. liberta al clero de Astorga de esta prueba judicial como de un mal fuero; el de Sepúlveda exime a sus habitantes de la prueba de batalla, y en el de Jaca se manda que no estén obligados al duelo sino de consentimiento de las partes, y precediendo para los desafíos con personas de fuera el consentimiento de la ciudad. Así nuestros monarcas, si no quisieron o no pudieron desterrar de la sociedad este abuso monstruoso, procuraron por lo menos contenerle, sujetando los duelos, lides, *rieptos* y desafíos a un prolijo formulario, estableciendo leyes oportunas para precaver la frecuencia y evitar el furor y crueldad con que antes se practicaban.

Otro tanto decimos de las demás pruebas llamadas vulgares, tales como la *caldaria*, o del agua hirviendo, y la del fuego o hierro encendido. Horroriza leer el difuso ceremonial de este género de pruebas en el antiguo libro de fueros de San Juan de la Peña.

«El agua, dice, debe ser fervient... et sea tanta en la caldera que él pueda cobrir al que ha de sacar las gleras de la muineca de la mano fata la yuntura del cobdo; pues que hobiere sacado las gleras el acusado, átenle la mano con un paino de lino que sean las dos partes del cobdo. Et sea atado en la mano con que sacó las gleras en IX días, et seyeillenle la mano en el nudo de la cuerda con que está atado con seello sabido, en manera que no se suelte fata que los fieles lo suelten. A cabo de IX días los fieles cátenle la mano, et si le fallairen quemadura peche la pérdida con las calonias. Et es a saber que en el fuego con el que se ha de calentar el agoa en que meten las gleras, deben haber de los ramos que son benedichos en el día de Ramos en la eglesia.»[847] «Muger que a sabiendas fijo abortare, decía el Fuero de Plasencia, quémenla viva si manifiesto fore, si non sálvese por fierro.» «Causa ciertamente admiración, dice con justicia a este propósito uno de nuestros más sabios jurisconsultos, cómo nuestros mayores pudieron consentir que los intereses, fortuna, honor y vida de los hombres pendiese de cosas tan casuales y tan inconexas con la inocencia y con el crimen como las pruebas llamadas comúnmente vulgares.» Ya hemos dicho las causas, y por fortuna también se iba conociendo la monstruosidad y poniendo el remedio.

Conócese que el juramento era muy sagrado y respetado en aquel tiempo, y el perjurio uno de los delitos que se miraba con más horror. Imponíase entre otras penas a los testigos falsos la de destruir sus casas hasta los cimientos, y la espiritual y terrible de la excomunión[848]. Y si las leyes son el reflejo de las costumbres generales de un pueblo, las-noticias que de la legislación conciliar y foral hemos apuntado no dejan de dar luz sobre el estado social y moral de la España de aquel siglo. Podemos no obstante añadir, que si es cierto, como no duda afirmarlo el cronista don Pelayo de Oviedo, que en los últimos años de Alfonso VI. de Castilla podía una mujer cruzar sola de un extremo a otro de España con el oro en la mano sin temor de ser robada, inquietada ni ofendida, no había sido inoportuno el derecho penal ni infructuosa su aplicación, al menos en cuanto a la seguridad de las personas y de las propiedades, moralización prodigiosa en una época en que el continuo guerrear parecía debería traerlo todo en turbación y desorden.

La alta idea que se tenía del matrimonio hacía que se mirara un día de boda como de júbilo para el pueblo, y las leyes mismas establecían severas penas contra los perturbadores de la pública alegría, y principalmente contra los que en tales días injuriasen a los desposados. Los juegos con que se festejaban solían ser ya las danzas, las justas y torneos[849]. Y entre las formalidades de los

847 Al fol. 83. De traher gleras de la caldera.

848 Can. 19. del Concil. de León.

849 El P. Fr. Luis de Ariz en su historia de Ávila, describe las fiestas que en 1107 hubo en aquella ciudad con motivo de las bodas de Blasco Muñoz con Sancha Díaz, y dice que hubo en ellas corridas de toros, torneos y bofardeos, añadiendo que la infanta doña Urraca danzó con el gallardo moro Fermín Hiaya a la usanza de la moreria, y los demás cada cual con sus moras. Suceso que manifiesta lo admitida que estaba ya esta clase de fiestas populares, la

matrimonios, figuraba siempre la trasmisión de arras, ceremonia que hallamos solemnemente practicada en los contratos matrimoniales de Sancho el Mayor de Navarra, de Rodrigo Díaz el Cid, de Ansur Gómez y de otros caballeros castellanos, navarros y catalanes.

No damos más extensión a esta ligera reseña del estado social de la España cristiana, así por la escasez de los documentos de este tiempo, como porque la variación misma, que más adelante con más copia de datos iremos notando, nos habrá de informar mejor de lo que existía, por la mudanza de lo que en lo eclesiástico, en lo político, en lo civil y en lo moral experimentaron los reinos cristianos desde los fueros, desde la alteración del rito, y desde la conquista de Toledo.

mezcla de árabes y cristianos en los regocijos públicos, y la modificación que en esta parte habían ido sufriendo las costumbres, que debió contribuir mucho el ejemplo del enlace de Alfonso VI. con la mora Zaida, la hija de Ebn Abed de Sevilla.

APÉNDICES

I. CORRESPONDENCIA DE LOS NOMBRES ANTIGUOS Y MODERNOS DE VARIAS COMARCAS Y POBLACIONES DE ESPAÑA[850].

A.

Arévacos: pueblos situados en lo más occidental de la Celtiberia a que pertenecían. Confinaban por el Norte con los cántabros y vascones, de quien los separaba la cordillera de los montes Idúbeda; por el Oriente con otros pueblos de la Celtiberia; por el Mediodía con los carpetanos, y por el Poniente con los vacceos.

Astures: comprendían la actual provincia de Asturias y cuanto hay desde sus puertos hasta el Duero, que según Plinio los separaba de los vetones. Por Oriente llegaban hasta Peñamillera y Llanes, y de allí bajaba una línea a encontrarse con el Duero, comprendiendo cuanto había a la derecha del Esla, que era su confín con los vacceos. Por Poniente servia de límite la misma cordillera que hoy separa de Galicia las provincias de León y Zamora, y por lo que hoy es Asturias llegaban hasta Castropol.

Ausetanos: pueblos de Cataluña denominados así por Ausa su capital; su territorio estaba a la falda del Pirineo y confinaba con los iacetanos y castellanos por el Mediodía; con los indigetes por el Oriente; y por Norte y Poniente con el Pirineo, los cerretanos y los vascones.

Autrigones: confinaban por Poniente con los cántabros; por el Norte llegaban hasta la costa del mar Cantábrico e inmediaciones de Bermeo; por Oriente hasta el país de los carintios que ocupaban la parte Oriental del señorío de Vizcaya, y la Occidental de la provincia de Álava, y el de los berones que vivían en la Rioja. Por Mediodía confinaban con los cántabros coniscos.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Abdera o Abdara	Adra	Almería
Abobriga o Aobriga	Bayona de Galicia	Pontevedra
Abila	Ávila	Ávila
Abula	Albacete	Albacete
Abula u Obila	Ávila de los Caballeros	Ávila
Acci, Colonia Gemella Julia	Guadix el Viejo	Granada
Acige o Urium	Ríotinto	Huelva
Acinipo o Acinippo	Fregenal	Badajoz
Acontia	Tordesillas	Valladolid
Acra Leuca	Peñíscola	Castellón de la Plana
Adellum	Castalla	Alicante
Æbula, Ebura u Obila	Talavera la Vieja	Toledo
Age	Ager	Lérida
Agiria	Daroca	Zaragoza
Agla minor	Luque	Córdoba

850Para este índice, además de haber examinado los antiguos geógrafos o historiadores, hemos consultado y cotejado los trabaios especiales de la Academia de la Historia, de Cean Bermúdez, de Estefanía, de Cortés (don Miguel), las noticias histórico-geográficas de la España antigua del Diccionario de Madoz, y otros muchos autores que han tratado de propósito la materia. Hubiéramos podido poner un larguísimo catálogo de nombres, pero hemos querido limitarnos a los mas importantes en la historia, y a los que resultan más averiguados por el cotejo de unos y otros, o probados por los modernos descubrimientos arqueológicos. A pesar de haber omitido los más dudosos u oscuros, reconocemos no ser todavía infalible la correspondencia de los que aquí ponemos.

Alantones	Atondo	Navarra
Alavona o Allabona	Alagón	Zaragoza
Alba o Virago	Abla	Almería
Albónica	Calamocha	Teruel
Albucela	Toro	Zamora
Aleo	Aledo	Murcia
Alice	Alocaz	Sevilla
Anabis	Tarrega	Lérida
Anatorgis o Mons terrens	Iztanoraf	Jaén.
Andelus.	Andion o Andelon.	Navarra.
Andologense.	Andosilla.	Navarra.
Angellas o Augellas.	Iznajar.	Córdoba.
Anticaria o Antikaria.	Antequera.	Málaga.
Antistania.	Villafranca de Panadés.	Barcelona.
Apiarum.	Alpera.	Albacete.
Aquæ o Argilla.	Archena.	Murcia.
Aquæ Bilbilitanorum.	Alhama.	Zaragoza.
Aquis Origenis.	Baños de Bandí.	Orense.
Arabi.	Araya.	Álava.
Araceli.	Huarte Araquil.	Navarra.
Aracillum.	Aradillos.	Santander.
Arbacala o Arbucala.	Arévalo.	Ávila.
Arci, Colonia Arcense	Arcos de la Frontera.	Cádiz.
Argenomescum.	Argomeda.	Burgos.
Argetiolum.	Las Médulas.	León.
Arriaca.	Guadalajara.	Guadalajara.
Arsa.	Azuaga.	Badajoz.
Arsacia.	Cea.	León.
Antigi Juliensis.	Alhama.	Granada.
Arva.	Alcolea del Rio.	Sevilla.
Arucci vetus.	Aroche.	Huelva.
Arunci o Aurigia.	Morón de la Frontera.	Sevilla.
Asidonia o Asila.	Medinasidonia.	Cádiz.
Aspis o Jaspis.	Ape.	Alicante.
Asso.	Isso.	Albacete.
Astigi.	Ecija.	Sevilla.
Asturica.	Astorga.	León.
Ategua.	Teba la vieja.	Sevilla.
Attacum.	Ateca.	Zaragoza.
Attagenis.	Ariza.	Zaragoza.
Attubi, Cliritas Julia y Ucubi colonia.	Espejo.	Córdoba.
Auca.	Villafranca de Montes de Oca.	Burgos.
Augustobriga.	Villar de Pedroso.	Cáceres.
Aureliana.	Orellana.	Badajoz.
Auria Auregense o Aquæ Calidae.	Orense.	Orense.
Ausa, Asona, Vicus aquarius.	Vich.	Barcelona.
Axati.	Lora del Rio.	Sevilla.

B.

Bargusios: se creen que hacían parte de los ilergetes, y por consiguiente estaban hacia Lérida.

Bastitania: región de la provincia Cartaginense, que se llamaba así por la ciudad de Basti su capital. Sus límites por la parte que mira a la Bética eran los mismos que esta provincia tenia con la Cartaginense; por Mediodia llegaban hasta el Mediterráneo, aunque su territorio en este punto era bien limitado por no tener en él más población que Urci; por Occidente subían desde Baza por las faldas de la sierra de Segura, hasta cerca del río Júcar, pasando entre Alcaraz y Chinchilla; y por el Oriente los formaba una línea tirada desde el sitio que hay entre Vera y Cartagena por Orihuela y Villena, hasta el mismo río la parte Occidental de Játiva.

Berones: confinaban por Norte con los caristios y vardulos, por Poniente con los autrigones y por alguna parte también con los cántabros coniscos; por Mediodía con la Celtiberia y sus pueblos pelendones, belos y arevacos, de quienes los separaba la cordillera de los montes Idúbeda; y por Oriente con los vascones al Occidente de la ciudad de Calahorra.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Baccia.	Baeza.	Jaén.
Bæcula Baetica.	Bailén.	Jaén.
Bætis civitas.	Sevilla.	Sevilla.
Bætullo o Bætullona.	Badalona.	Barcelona.
Baniana.	Baena.	Córdoba.
Barcino, Colonia Favencia Julia.	Barcelona.	Barcelona.
Bargiacis.	Torquemada.	Palencia.
Bastilippo.	Viso del Alcor.	Sevilla.
Basti.	Baza.	Granada.
Beatia, Becula o Biacia.	Baeza.	Jaén.
Belia, municipio.	Belchite.	Zaragoza.
Bercicalia	Casarrubios del Monte	Toledo
Bergidum Flavium	Castro de la Ventosa	León
Berguisia	Balaguer	Lérida
Bilbilis, municipio	Calatayud	Zaragoza
Birovesca	Bribiesca	Burgos
Blanda, municipio	Blanes	Gerona
Bletisa	Ledesma	Salamanca
Brigantium y Flavia Lambris	Betanzos	Coruña
Britonia o Britonium	Bretoña (Santa María de)	Lugo
Bergitanum, Municipium burgitanense	Bejijar	Jaén
Burtina o Bortine	Almudévar	Huesca
Burum	Burón	León

C.

Caristios: confinaban por Norte con el Océano cantábrico; por Poniente con los autrigones; por Mediodía con los berones, y por Oriente con los bárdulos. Compendian dentro de sí la parte Oriental del señorío de Vizcaya, la Occidental de Guipúzcoa basta el río Deva, y en la provincia de Álava las hermandades de Aramayona, Villareal, Campezu, Marquinez y el condado de Treviño.

Carpetanos: confinaban por el Norte con los vacceos y arevacos, por Oriente con los celtíberos y olcades, por Mediodía con los oretanos, y por Poniente con los vetones, y acaso también con los lusitanos.

Celtíberos: confinaban por Oriente con los edetanos y con los lobetanos en las inmediaciones de Albarracín y Cuenca; por Norte con los vacones en las faldas septentrionales del Moncayo; con los berones en la cordillera de los montes Idúbedas, que separan las provincias de Logroño y Soria, y por Mediodía llegaban hasta cerca del Tajo, de manera que ocupaban una parte no pequeña del reino de Aragón y las provincias de Soria, Guadalaj ira y algunos pueblos de Cuenca.

Cerretanos: situados a las faldas del Pirineo entre los idigetes y los ilergetes.

Coniscos: empezaban hacia la parte de los montes de Oca, y seguían hacia el nacimiento del Ebro por entre los murosgos y autrigones.

Contestanos: sus limites principiaban en la costa entre Vera y Cartagena, y seguían hasta el pueblo y río llamado Suero, comprendiendo dentro de ellos Cartagena, y las ciudades de illici, Xátiva y Denia.

Cosetanos: ocupaban todo el territorio que media entre Tortosa y Tarragona, ambas inclusive.

Cuneos: así se llamaban los que habitaban hacia el cabo de Santa María entre el Guadiana y el promontorio Sacro.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Calsia, Melisa.	Barajas (castillo).	Ciudad Real
Cœpionis turris.	Chipiona	Cádiz
Cæsaraugusta y Salduba colonia.	Zaragoza	Zaragoza
Calagurris Julia Nasica.	Calahorra	Logroño
Calagurris Fibularia.	Loharre	Huesca
Callet Astigitana.	Alcalá la Real.	Jaén
Calpe y Heraclea.	Gibraltar	
Calpe.	Calpe	Alicante
Calpurniana.	Cañete de las Torres.	Córdoba
Campus Manium.	Campomanes	Badajoz
Canama, Municipiúm Canamense.	Villanueva del Rio.	Sevilla
Cappagum, o Cipia.	Chiclana.	Cádiz
Cara, Carense.	Santa Cara.	Guipúzcoa
Carbona.	Carmona	Sevilla
Carica.	Calera (La)	Badajoz
Carmonia, municipium.	Carmona	Sevilla
Carthago nova, Colonia victrix Julia	Cartagena	Murcia
Cartima o Certima, municipium.	Cártama	Málaga
Cascantum.	Cascante	Navarra
Caspe.	Caspe	Zaragoza
Castra Cæcilia.	Cáceres.	Cáceres
Castra gemina.	Marchena	Sevilla
Castra Julia.	Trujillo	Cáceres
Castra Viniana, Julia regia.	Baena	Córdoba
Castrum Altum.	Segura de la Sierra	Jaén.

Castrum Bilibium.	Haro	Logroño.
Castrum Octaviani.	San Cucufat del Vallés.	Barcelona.
Castrum Sijerici.	Castrojeriz.	Burgos.
Castrum Vergium.	Berga	Barcelona.
Castulo, Castulon, municipium.	Ruinas de Cazlona.	Jaén.
Catina, municipium.	Cieza	Murcia.
Cauca.	Coca	Segovia.
Cavidum.	Torrox	Málaga
Cauria, Caurium.	Coria	Cáceres
Cella.	Celda o Cella.	Teruel.
Cellirium.	Ceclavin	Cáceres.
Celsa, Celsona o Setelsis.	Solsona	Lérida.
Celti, Celsita, municipium Celsilanum.	Peñaflor.	Sevilla.
Centronero.	Cintruénigo	Navarra
Certima Celtiberia.	Alconchel	Badajoz
Cetada.	Hita	Guadalajara.
Charisemi.	Cabo de Gata.	Alicante
Cilniana, Silvia, Silpa.	Estepona la Vieja.	Málaga.
Circense.	Chinchón	Madrid.
Clunia, Colonia.	Coruña del Conde.	Burgos.
Cojaca o Coyanza.	Valencia de don Juan.	León.
Coimbra y Gemela.	Jumilla.	Murcia.
Colenda.	Calanda	Teruel.
Complutum.	Alcalá de Henares.	Madrid.
Concana.	Santillana del Mar.	Santander
Confloenta o Segontia Lacta.	Sepúlveda	Segovia.
Consabrum o Consaburum.	Consuegra	Toledo.
Contesta.	Concentaina	Alicante.
Contrasta.	Valencia de Alcántara.	Cáceres.
Contrebia o Contebria.	Trillo	Guadalajara.
Corduba, colonia patricia.	Córdoba	Córdoba.
Cortense.	Cortes.	Navarra.
Corticala.	Cortegana.	Huelva.
Cortona.	Odon	Teruel
Cotina.	Zalamea la Real.	Huelva.
Cotinusa.	Cádiz.	Cádiz.

D.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Damania	Mediana	Zaragoza
Darbace	Arévalo	Ávila
Deobriga y Ambracia	Plasencia	Cáceres
Deobrigula	Osorno	Palencia
Dertosa, Colonia o Julia Augusta	Tortosa	Tarragona
Dessobriga	Villasandino	Burgos
Dianium Artemisium y Hemeroscopium	Denia	Alicante

E.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Ebellino.	Ayerbe	Huesca
Ebura o Ebura Cercalis.	Alcalá la Real	Jaén
Ebura Carpetana.	Talavera de la Reina	Toledo
Edela y Lauro.	Liria	Valencia
Egabro, Ægabro o Igabro, municipium.	Cabra	Córdoba
Egara, municipium.	Tarrasa	Cataluña
Eldana.	Dueñas	Palencia
Eliocroca o Elicrota, municipium.	Lorca	Murcia
Elisana o Erisana.	Lucena	Córdoba
Emerita Augusta, colonia.	Mérida	Badajoz
Emporiæ o Emporium Catulon o Castelon, Colonia.	Castillo de San Martín de Ampurias	Gerona
Engora o Egosa.	Camprodón	Gerona
Epora. Ipora, Aipora.	Montoro	Córdoba
Ercavica o Ergavica.	Cabeza del Griego	Badajoz
Ergavia.	Milagro	Navarra
Evellinum.	Ayerbe	Huesca
Exi o Hexi, Firmun Julium, municipio.	Almuñécar	Granada

F.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Ficaris y Juncaria	Figueras	Gerona
Flaviobriga y Portus Amacum	Bermeo o Portugalete	Vizcaya
Flavionavia	Navia	Oviedo
Flavium Brigantium y Portus Brigantinus	La Coruña	Coruña
Flavium Vivertanum, municipium	Xarandilla	Cáceres
Fontes Tamarico	Velilla de Guardo	Palencia
Fontiente	Onteniente	Valencia
Fortunates	San Nicolás del Puerto	Sevilla
Forum Babilorum	Medeiros (Santa María de)	Orense
Forum Egurrorum	Rioseco	Santander
Furnacis	Hornachos	Badajoz

G.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Gades Augusta, Urbs Julia Gaditana, Gadir, Cottinusa, Tartesso, Oppidum civium Romanorum municipium	Cádiz	Cádiz
Gallica Flavia	Fraga	Huesca
Gallicolis	Luna	Zaragoza
Gebala	Estella	Navarra

Gerunda	Gerona	Gerona
Gigio	Gijón	Oviedo
Graccurris o Illurci municipium	Agreda	Soria
Guesoria	San Feliú de Guixols	Gerona

H.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Hellenes o Duos Pontes	Pontevedra	Pontevedra
Heraclea	Sacti-Petri	Cádiz
Hermandici Emania	Cazalla de la Sierra	Sevilla
Hibera Julia o Iberia, Ilercavonia, municipium	Amposta	Tarragona
Henipa	Alcalá de Guadaira	Sevilla
Hippo nova	Montefrío	Granada
Hispali, colonia Julia Romulea o Romulensis.	Sevilla.	Sevilla.
Honosca, Onosca, Etosca o Idera.	Villajoyosa.	Alicante.

I.

Ilergetes: confinaban con los vascones y ocupaban todo el territorio que hay desde el Pirineo hacia Huesca, y bajando hasta Fraga y Lérida, de suerte que el río Segre era su límite con los lacetanos desde Urgel al campo de Balaguer.

Ilercitanos: estipendiarios del convento cartaginense. Corresponden a Lorca en Murcia, y según otros a Lorquin en la misma provincia.

Indigetes: extendiase la región de los indigetes desde los manantiales del río Fluvia llamado Cambroca o Sambroca, toda su orilla izquierda hasta su embocadura, y desde aquí toda la costa hasta el Pirineo. Hoy se llama esta región el Ampurdán, nombre que le ha quedado de la antigua Emporium.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Iacca.	Jaca.	Huesca.
Iberi o Ibri.	Ibros.	Jaén.
Idanusa, Uranza, Iranzu.	Irún.	Guipúzcoa.
Ilarcuris.	Illescas.	Toledo.
Ileosca o Erosta.	Aitona.	Lérida.
Ilerda, municipio.	Lérida.	Lérida.
Ilici, Illici, Elice, colonia inmune.	Elche.	Alicante.
Ilipa, Municipium ilipense.	Alcalá del Rio.	Sevilla.
Ilipa, Julipa, municipio.	Zalamea de la Serena.	Badajoz.
Ilipallia.	Cantillana.	Sevilla.
Illiturgis y Caræ	Cariñena.	Zaragoza.
Illiberi.	Elvira.	Granada.
Ilumberi.	Lumbier.	Navarra.
Ilunum.	Hellín.	Albacete.
Ilurcum, Ilurcon o Ilurgi.	Pinos Puente o Illora la Vieja.	Granada.
Incibilis o Incibile.	Chelva.	Valencia.

Interamnium Flavium.	Bembibre.	León.
Intercatia Vacceorum.	Villagarcía.	Valladolid.

L.

Lacetanos: región mediterránea de la provincia Tarraconense llamada por Tolomeo Jaccetania. Tocaba al Poniente con los ilergetes, y al Oriente con los laietanos; según lo cual les pertenecía el territorio que baja de Solsona entre Manresa y Cervera.

Laietanos: región de la provincia Tarraconense, dentro de la cual se hallaba Barcelona, Eluso, Betulon y Rubrícata.

Lusones: pueblos que hacían parte de la Celtiberia y que vivían al Oriente de las fuentes del Tajo.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Laudulemium	Grazalema	Cádiz
Lacobriga	Lagunilla	Logroño
Laconimurgi, Constantia Julia	Constantina	Sevilla
Lacurris	Alarcos	Ciudad Real
Lalia	Berrocal	Salamanca
Laminium	Fuenllana	Ciudad Real
Lastigi	Zahara	Cádiz
Laurona y Edeta	Liria	Valencia
Lebunca.	Auca. (San Pedro de)	Coruña.
Legio VII, Gemina, Pia, Felix.	León.	León.
Leuciana.	Herrera del Duque.	Badajoz.
Libisosa, Libizosa, y Fonum Augustanum, colonia.	Lezuza.	Albacete.
Limia , Forum Limicum.	La Limia.	Orense.
Litabrum o Britablum.	Buitrago.	Madrid.
Lucia.	Viniegra.	Logroño.
Luciferi Fanium y Junonis ara.	San Lúcar de Barrameda.	Cádiz.
Lucus asturum.	Santa María de Lugo.	Oviedo.
Lucus Augusti, colonia.	Lugo.	Lugo.
Luparia.	Lupion.	Granada.

M.

Murgobos: su territorio correspondía hacia el Norte de Burgos, donde se halla Sisamón. Confinaban por Norte con los cántabros, por Poniente y Mediodía con los vacceos; y por Oriente con los autrigones.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Mugonis Portus.	Mahón.	Baleares.
Malaca, municipium.	Málaga.	Málaga.
Malliaca.	Mellanzos.	León.
Manlia o Malia.	Mallén.	Zaragoza.
Mariana.	Granátula.	Ciudad-Real.
Menoba, Mænaca y Zeles.	Velez Málaga.	Málaga.

Menterrosa.	Mazarambroz.	Toledo.
Mentesa, Mentisa, Bastia.	La Guardia.	Jaén.
Mergablum o Mercablum.	Conil.	Cádiz.
Metala Asturum.	Puente de Domingo Flórez.	León.
Metellum, Metellinum Cæcilia Metallinum, castra Vicelliana.	Medellin.	Badajoz.
Metercosa.	Montemayor.	Córdoba.
Minii Ostium.	La Guardia.	Jaén.
Mirobriga, municipium.	Capilla.	Badajoz.
Mirobriga.	Ciudad Rodrigo.	Salamanca.
Moneta	Malamoneda	Toledo
Morus o Morum	Velez Rubio	Almería
Munda Bætica	Montilla	Córdoba
Munigna, municipium muniguense	Mulva	Sevilla
Murella Bugaris, o Bucaris municipium	Morella	Castellón de la Plana
Murus	Quesada	Jaén
Muscaria	Sádaba	Zaragoza

N.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Nebrissa Venera.	Lebrija.	Sevilla.
Nertóbriga o Nergobriga.	Ricla.	Zaragoza.
Noela o Novium.	Noya.	Barcelona.
Norba Cæsarea, Lancia, Colonia Cæsariana.	Alcántara.	Cáceres.
Nuditanum o Unditanum.	Alcaudete.	Jaén.
Numantia.	Garray.	Soria.

O.

Olcades: se extendían desde las sierras de Alcaraz hasta las de Albarracín y Teruel, abrazando la tierra de Chinchilla y la parte Oriental de la provincia de Cuenca, y parte también del reino de Murcia.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Oba, Obba, Olba y Abba	Gimena de la Frontera	Cádiz
Obula, Urbs victrix municipium	Porcuna	Jaén
Obulcula, Obucula, Obocula	La Moncloa	Sevilla
Ocelloduri	Zamora	Zamora
Ocilis u Occile	Medinacelli	Soria
Octodurum	Toro	Zamora
Ortogessa	Mequinenza	Zaragoza
Ocurris	Ubrique	Cádiz
Olba o Cæsarobriga	La Oliva	Cáceres
Olon y Olunt.	Gibraleón	Huelva
Onova y Onuba.	Huelva	Huelva
Ontonia.	Mondoñedo	Lugo
Orcelis.	Orihuela	Alicante

Orcia u Orgia.	Alcaraz	Albacete
Oronda.	Onda	Castellón de la Plana
Osca, Urbs victrix colonia.	Huesca	Huesca
Osca u Oscar.	Huéscar	Granada
Osiutias u Osciunades.	Pedroches	Córdoba
Ostippo, Astapa.	Estepa	Sevilla

P.

Pelendones: pueblos de la Celtiberia, situados a la falda meridional de los montes Idúbedas. Confinaban por Norte con los berones; por Poniente y parte de Mediodía con los arevacos; y por los otros puntos los cercaban los demás pueblos de la Celtiberia.

Pesicos: pueblos de la costa de Asturias entre los ríos Navia y Nalón.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Palfuriana o Palsuriana.	Vendrell	Tarragona
Palus Estrephaca y Olintigi.	Palos	Huelva
Pax Augusta y Beturia.	Badajoz	Badajoz
Perceiana.	Medina de las Torres.	Badajoz
Pesicum.	Pergos o Pezos.	Coruña
Pintia.	Valladolid	Valladolid
Planesia.	Benidorm	Alicante
Pompeiopolis o Pompelon.	Pamplona	Navarra
Portus Magnus.	Almería	Almería
Portus Menesthei y Portus Gaditanus.	Puerto de Santa María	Cádiz
Portus Victoriæ.	Santoña	Santander
Præsamarci.	Santiago	Coruña
Præsidium.	Castro de Caldelas.	Orense.

R.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Randa, municipium	Roa	Burgos
Regiana	Rena	Badajoz
Regina	San Pedro de Villacorza	Badajoz
Rhodope	Rosas	Gerona
Roberchum	Robledo de Sobre-Castro	León
Rubras	Cabezas Rubias	Huelva
Ruradum	Rus	Jaén

S.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Sabora.	Cañete la Real.	Málaga
Sætabi Augustanorum municipium.	San Felipe de Xátiva	Valencia
Sætabicula.	Alcira	Valencia
Saguntum, municipium.	Murviedro	Valencia

Salambina o Selambina.	Salobreña	Granada
Salana.	Malagon	Ciudad Real
Salana Colonia.	Casas de San Pedro	Badajoz
Salduba.	Las Bóvedas	Granada
Salientes.	Caldelas	Pontevedra
Salmantica, Elmantica, Helmantica.	Salamanca	Salamanca
Saltici o Saltiga.	Chinchilla	Albacete
Saltos.	San Sebastian.	Guipúzcoa
Sebendunum.	Besalú	Gerona
Segestica, Segesta.	Iniesta	Cuenca
Segisa.	Cehejin	Murcia
Segobriga Celtiberica.	Cabeza del Griego	Badajoz
Segobrica Edetanorum.	Segorbe	Castellón de la Plana
Segontia o Seguntia.	Villavieja	Guadalajara
Segontia o Sagantia.	Epila	Zaragoza
Septimanca.	Simancas	Valladolid
Seria y Fama Julia.	Feria	Badajoz
Sessera, Secenas.	San Celoni.	Barcelona

T.

Tartesios: eran los inmediatos al Betis, especialmente por la parte que se acerca al mar. Después se extendió su nombre a los inmediatos al Estrecho y aún a los de la isla de Cádiz.

Turdetanos: pueblos de la Bética que ocupaban cuanto hay desde el Guadiana hasta el medio del Estrecho, a excepción de un corto espacio en que habitaban los célticos. Había también turdetanos en la Lusitania, y abrazaban lo que hay desde el Guadiana hasta el cabo de San Vicente.

Túrdulos: pueblos cuyo primer origen fue en la Lusitania. Después se fueron extendiendo hacia Mérida, y pasaron el Guadiana fijándose en la parte Oriental de la Bética.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Tamega.	Monterey	Oviedo
Tarraco, Colonia victrix.	Tarragona	Tarragona
Tarraga.	Larraga	Navarra
Teresa Fortunalis.	Guadalcanal	Sevilla
Termida.	Sacedón	Guadalajara
Theaso.	Talarn	Lérida
Theba.	Teba	Sevilla
Toletum.	Toledo	Toledo
Tosiria y Osaría.	Torre don Jimeno.	Jaén
Travasosonense Sigitanorum municipium.	Ayllo	Segovia
Tritium.	Rodilla	Burgos
Tritium Tublicum o Tuboricum.	Motrico	Guipúzcoa
Tucci, civitas Martis, Colonia Gemella Augusta.	Martos.	Jaén
Tucci vetus.	Monturque.	Córdoba
Tude oTyde.	Tuy.	Pontevedra

Tulonium.	Alegría.	Álava
Turaniana.	Nijar.	Almería
Turbula.	Villena.	Alicante
Turia, Tintania, Turupia.	Teruel.	Teruel
Turiaso, municipium.	Tarazona.	Zaragoza
Tutela.	Tudela.	Navarra

U.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Ucia.	Castilleja de la Cuesta	Sevilla
Ucubi y Succubo, municipium.	Cubillos	Valladolid
Udura.	Cardona	Barcelona
Ulia o Ulla Fidentia.	Mpntemayor	Córdoba
Urbiaca.	Puente de Torres	Albacete
Urbicua.	Arbeca	Lérida
Urcao y Urgabo municipium albense.	Arjona	Jaén
Urci.	San Juan de las Águilas	Murcia
Urgia, Ugia y Castrum Julium.	Las Cabezas de San Juan	Sevilla
Utica y Utia.	Marmolejo	Jaén
Uniculum o Unicula.	Utrera	Sevilla
Uxama, Argela, Oxama.	Osma	Soria

V.

Vacceos: confinaban por el Norte con los cántabros; por Poniente con los astures y vetones; por Mediodía con los carpetanos, y por Oriente con los arevacos y murbogos. Su territorio comprendía las provincias de Valladolid, Palencia, Segovia y mucha parte de Burgos y algunas de León y Zamora.

Vardulos: confinaban por Oriente con los vascones; por Mediodía con los verones, por Poniente con los caristios, y por el Norte con el Océano cantábrico.

Vetones: confinaban por Oriente con los vacceos y carpetanos; por el Norte con el Duero que los separaba de los astures augustanos; por Occidente con los lusitanos y por Mediodía llegaban hasta el Tajo.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Valentía y Hanosca Colonia.	Valencia del Cid.	Valencia
Valeria, Castrum Altom.	Valera de Arriba.	Cuenca
Valvæ augustæ.	Torquemada	Palencia
Varcile municipium.	Arganda	Madrid
Vellica, Bellica o Belgia.	Aguilar de Campoo.	Valladolid
Vergellium Julii Genitoris.	Ginés	Sevilla
Vergi.	Berja	Almería
Virgilia o Vergelia.	Cabrilla	Guadalajara
Vercelia.	Benasque	Huesca
Vesci Faventia.	Archidona	Málaga
Vialata.	La Calzada.	Oviedo

Vicus Cuminarius.	Santa Cruz de la Zarza.	Toledo
Vicus Spacorum.	Vigo.	Pontevedra
Visontium.	Vinuesa	Soria
Voluce,	Calatañazor	Soria.

Z.

Nombres antiguos	*Nombres modernos*	*Provincia actual a que pertenecen*
Zoela	Avilés	Oviedo

II. ESPAÑA PRIMITIVA.-MONUMENTO EGIPCIO

Poseemos copia exacta y auténtica de un monumenlo interesante, acaso el más antiguo de que hasta ahora se tenga noticia en España, y también el más recientemente descubierto, puesto que se ha hecho su adquisición en este mismo año en que escribimos.

Las seis láminas a que nos referimos representan cuatro fragmentos de las planchas de mármol que cubrían un sepulcro de carácter egipcio primitivo, hallado en la cantera del puerto de Tarragona en ocasión de trabajar los presidiarios de aquella antiquísima ciudad en el desmonte del terreno que cubría la roca. El descubrimiento y conservación de estos preciosos fragmentos, recogidos de entre otros muchos que aquellos operarios habían inutilizado ya, es debido a la inteligencia y solicitud del señor don Buenaventura Hernández, el mismo que ha tenido la bondad de dirigirnos las referidas copias que tenemos a la vista, y a quien gustosamente pagamos un tributo público de nuestro reconocimiento.

La primera lámina representa un buey o toro negro, imperfecta y toscamente dibujado, en cuyo cuerpo se ven tres figuras humanas, una de ellas con cabeza más parecida a la de papagayo o halcón que a la de hombre, las otras dos con tocas egipcias, y todas con vestidos de colores llenos de jeroglíficos; la orla del mármol la forman dibujos, incorrectísimos también, de estrellas, animales, y otras figuras cuya significaciones difícil comprender.

La segunda es una momia egipcia; cubre su cabeza una larga toca, y su cuerpo un ropaje que contiene varios jeroglíficos, entre ellos una cabeza humana y debajo un búho. A su lado se ven un ave, dos estrellas, un dragón alado, que parece pasar por un triángulo, y debajo un león sentado. La orla es semejante a la de la lámina anterior, a la cual se conoce estaba unida.

La tercera representa un cocodrilo sentado sobre los pies traseros y como apoyado en una base cubierta de figuras, entre las cuales se distinguen una caña de trigo, una culebra y los signos de Piscis y de Acuario. El cocodrilo sostiene en una mano un pez, y en otra una ánfora derramando agua. Hay en esta lámina otras figuras de hombres y mujeres con ánforas, culebras y manojos de espigas. Debajo otras tripulando unas barcas, algunas de ellas en actitud de herir con un arpón uno de los peces que aparecen nadando.

En la cuarta, que es el reverso de la tercera se ve un gran combate entre blancos y negros, los blancos con tocas y trajes egipcios. Los negros son en todas partes vencidos y sacrificados: tres de ellos yacen en el suelo degollados, y tres egipcios marchan a compás paseando en triunfo sus cabezas clavadas en las puntas de sus picas, Un egipcio monta en un camello, y en otro cree ver el autor del descubrimiento a Hércules con jabalina en la mano derecha, rodela en la izquierda, cubierto con la piel de león, y en actitud de herir a uno de los negros que se defiende con una maza.

En la quinta se ven tres cabezas de mujeres con tocas, cuerpos y pechos desnudos, pero formando desde la cintura abajo un solo cuerpo cubierto con un estrecho ropaje en que hay varios jeroglíficos. Las mujeres llevan en sus manos espigas e instrumentos de labranza. De uno de sus pechos salen tres chorros de leche que fecundizan un terreno, en el cual han nacido arbustos y un árbol con fruta de forma esférica. De otro pecho salen dos chorros que caen sobre un dragón con tres largos cuellos como de serpientes, cuyo dragón parece es herido con una lanza arponada, como si fuese el que guardaba el jardín de las Hespérides, el de las manzanas de oro que robó Hércules.

En la sexta, reverso de la quinta, se observa una figura como la del dios Pan, con cola y cuernos de macho cabrío y cuerpo velludo, sentado sobre una piedra tocando un instrumento músico con muchos tubos, a cuyo compás baila una cabra. A la izquierda de este grupo hay un hombre vestido como de pámpanos, en actitud de vendimiar un emparrado, de cuyo fruto tiene a su lado un canastillo lleno, como si quisiese ser Baco, el que enseñó el cultivo de la vid.

Todos los dibujos son incorrectísimos y muy toscos, y están testificando la infancia del arte.

El descubrimiento de este monumento importante, y la circunstancia de existir bajo las ruinas de un antiguo edificio romano, en cuyo intermedio se había formado una capa de cuatro pies de terreno aluvión, hace discurrir al señor Hernández sobre la posibilidad de que los egipcios hubiesen sido los primitivos pobladores de España con anterioridad a los celtíberos. Después de expresar que

en su concepto el verdadero libro de la historia de un pueblo son sus ruinas, sin cuyo estudio crítico no se hará sino divagar sin adelantar un paso (en cuya utilidad convenimos con él, pero en cuya lentitud y dificultades inmensas habrá de convenir con nosotros), nos dice: «¿Será tal vez posible, que este sencillo y frágil monumento bien examinado sea el punto de apoyo en que descanse el colosal edificio de nuestra primitiva historia, creando una nueva era? ¿Nos declararán sus jeroglíficos lo que buscamos por tantos siglos con tanta avidez? ¿Querrán representarnos sus incorrectas figuras pasajes mitológicos que tengan relación con nuestra historia primitiva, y venga como instrumento coetáneo a probar lo que no ha dudado la crítica moderna en zaherir?¿Será cierto que Pan o Spahan vino a España, y Baco le visitó enseñándole el cultivo de la vid? ¿Indicarán los fragmentos núm. 3 y 4 a la guerra de Hércules egipcio con los tres Geriones, y al robo de las manzanas en el jardín de las Hespérides, que no se ha dudado de calificar de fabuloso? Cuando nada de esto pruebe, a lo menos nos demostrará que no es dudosa la venida y permanencia en España y en esta ciudad, de una colonia egipcia, y que las toscas e incultas murallas ciclópeas son anteriores a la venida de este pueblo que estaba ya en el primer grado de civilización; y he aquí encontrada la clave que nos evidencia quienes fueron los maestros de nuestros celtíberos o primitivos pobladores, que llevaron las artes a un grado sorprendente de esplendor, como dejaron consignado en las medallas que conservamos, y en el grande y hermoso trozo de muralla celtíbera que se conserva intacta en esta ciudad, que ha pasado desapercibida hasta el día.»

Nosotros no negaremos al ilustrado autor del descubrimiento la posibilidad de que alguna colonia egipcia arribara y se asentara en el país que se llamó después Tarraconense desde tan remotos tiempos como calcula. Confesamos también que el monumento puede ser de suma utilidad histórica, y que merece ser examinado con detención por los sabios de las academias de historia o arqueología nacionales y extranjeras, y cotejado con los de la misma o análoga índole que acaso en otros puntos existan. Sin embargo, por nuestra parte no hemos podido considerarle como fundamento suficiente para variar nuestro sistema histórico en cuanto a la población primitiva de España, por lo menos mientras los sabios anticuarios y las corporaciones científicas no nos suministren más copia de datos y de investigaciones que vengan en apoyo de aquel juicio. ¿No pudo ser también el sarcófago descubierto obra de alguna poderosa familia egipcia, que antes o después de la invasión de los fenicios se estableciera en aquella parte del litoral del Mediterráneo, como punto a propósito para el tráfico mercantil, y que quisiera dejar grabados en sus sepulcros los símbolos de su teogonía, sin que por eso sus dioses o sus héroes hubiesen venido a España, ni tenido en ella los egipcios colonias de dominación? Estos y otros discursos más o menos verosímiles nos ocurrirían, si tratásemos de hacer sobre el mencionado monumento una disertación arqueológica, lo cual acaso excede a nuestros conocimientos, y de todos modos no creemos corresponda ahora a nuestro propósito.

Contentémonos con cooperar a que se conozca un descubrimiento que puede ser interesante, y con oscilar a los cuerpos científicos a que dediquen su atención a estudiar y descifrar esas ruinas venerables que desde el fondo de las entrañas de la tierra pueden arrojar tanta luz sobre nuestra historia.

En cuanto a las láminas con que el señor Hernández nos ha favorecido, tal vez algún día podamos hacerlas conocer del público. Poseemos las de otros curiosísimos monumentos que dejaron los antiguos pueblos que nos han dominado. Contamos con una regular colección de dibujos de trajes antiguos, sacados de lápidas coetáneas, de códices de las iglesias y archivos, de escudos, sellos y otros monumentos originales. Hemos adquirido igualmente hasta el día a costa de investigación y solicitud, de 500 a 600 autógrafos o facsímiles de personajes importantes de nuestra historia. Y muchas veces nos ha venido al pensamiento, y no hemos renunciado todavía a la idea (que tal vez podamos realizar) de adicionar nuestra obra, cuando la tengamos concluida, con todas o algunas de estas curiosidades artistico-literarias.

III. ESPAÑA GODA. CONCILIOS.

Catálogo de los que se celebraron durante la dominación visigoda[851].

Año		Lugar	Reinado	Asistentes y confirmantes.
1	516	Tarragona	Teodorico, regente	40 obispos
2	517	Gerona	Idem.	7 idem.
3	527	2º de Toledo	Amalarico	8 idem.
4	540	1º de Barcelona		8 idem.
5	546	Lérida	Teodorico, rey	8 idem.
6	Id.	Valencia	Idem	6 idem.
7	561	1º de Braga	Ariamiro	8 idem.
8	572	2º de idem	Miro	12 idem.
9	589	3º de Toledo	Recaredo	62 idem.
10	Id.	Narbona	Idem	7 idem.
11	590	1º de Sevilla	Idem	
12	592	2º de Zaragoza	Idem	14 idem.
13	599	2º de Barcelona	Idem	
14	615	Egara	Sisebuto	14 idem.
15	619	2º de Sevilla	Idem	9 idem.
16	633	4º de Toledo	Sisenando	66 idem.
17	636	5º de idem.	Chintila	24 idem.
18	638	6º de idem.	Idem	48 idem.
19	646	7º de idem.	Chinvasvinto	30 idem.
20	653	8º de idem.	Recesvinto	52 ob. 11 vic. 11 ab. 1 arc. 1 pri. 17 pal.
21	655	9º de idem.	Idem	16 ob. 1 vic. 8 ab. 4 pal.
22	656	10º de idem.	Idem	20 ob. 5 vic.
23	666	Mérida	Idem	12 obispos
24	675	11º de Toledo.	Wamba	17 ob. 8 vic. 3 ab.
25	Id.	3º de Braga	Idem	8 obispos
26	681	12º de Toledo.	Ervigio	35 ob. 3 vic. 4 ab. 15 pal.
27	683	13º de idem.	Idem	48 ob. 26 vic. 9 ab. 26 pal.
28	684	14º de idem.	Idem	17 ob. 10 vic. 6 ab.
29	688	15º de idem.	Egica	61 ob. 5 vic. 11 ab. 17 próceres
30	691	3º de Zaragoza	Idem	
31	693	16º de Toledo	Idem	61 ob. 3 vic. 5 ab. 16 condes pal.
32	694	17º de idem.	Idem	61 obispos
33	700 ó 701	18º de idem.	Witiza[852]	

ob: obispos

851 Habíanse celebrado ya antes, durante el imperio romano, en uno de los primeros años del siglo IV (acaso el 303) el concilio de Iliberis, a que asistieron 49 obispos, a saber: los de Acci, Córdoba, Sevilla, Tucci, Ipagro, Castulo, Mentesa, Illiberi, Urci, Mérida, Zaragoza, León, Toledo, Fiblaria, Ossonoba, Ebora, Eliocroca, Basti y Málaga: en 380 el 4° de Zaragoza, a que asistieron 42 obispos: en 490 el 4.° de Toledo, con asistencia de 49 prelados, y uno en Braga en 411, al que concurrieron 40 obispos, en los momentos en que los alanos, suevos y vándalos, se estaban apoderando del país.

852 Para la formación de este catálogo hemos tenido presentes y cotejado las colecciones y cronologías de San Isidoro, de Pérez, de Aguirre, de Loaysa, de Ulloa, de Flórez, Verganza y otros.

Respecto de algunos no consta el número de prelados que concurrieron.

No hemos incluido algún otro concilio que suele citar tal cual coleccionista, o por dudoso, o por no haber tenido un carácter bien determinado de tal, o por haber desaparecido completamente sus actas, y no hallarse en ningún autor razón o vestigio de ellas. De las principales disposiciones do casi todos los concilios de este catálogo hemos dado cuenta en nuestra historia.

vic: vicarios
ab: abades
arc: arcipreste
pri: primicerios
pal: nobles palatinos

IV. CRONOLOGÍA DE LOS REYES GODOS DE ESPAÑA.

Año en que empezaron	Nombres	Año en que concluyeron
414	Ataúlfo.	417
417	Sigerico.	417
417	Walia.	420
420	Teodoredo.	451
451	Torismundo, hijo.	453
453	Teodorico, hermano.	466
466	Eurico, hermano.	484
484	Alarico, hijo.	507
507	Gesalico, bastardo.	511
511	Amalarico, hijo.	531
532	Teudis, general.	548
548	Teudisclo, general.	549
549	Agila.	554
554	Athanagildo, conde.	567
571	Liuva, conde.	572
572	Leovigildo, hermano.	586
586	Recaredo, hijo.	601
601	Liuva II.	603
603	Witerico.	610
610	Gundemaro.	612
612	Sisebuto.	621
621	Recaredo II, hijo.	621
621	Suintila, general.	631
631	Sisenando, conde.	636
636	Chintila.	640
640	Tulga, hijo.	642
642	Chindasvinto.	649
649	Recesvinlo, hijo,	672
672	Wamba.	680
680	Ervigio.	701
701	Witíza, hijo.	709
709	Rodrigo.	711

REYES SUEVOS DE GALICIA.

409	Hermenerico.	441
441	Recbila, hijo.	448
448	Recciario, hijo.	456
456	Maldras.	460
460	Reraismundo.	

INTERREGNO O PERÍODO DE REYES DESCONOCIDOS.

550	Cariarico.	
558	Teodomiro o Ariamiro.	569
569	Miro.	583
583	Eborico, hijo.	584
	Andeca.	

V. IMPERIO MAHOMETANO

EMIRES O GOBERNADORES DE ESPAÑA POR LOS CALIFAS DE DAMASCO.

Desde el principio de la conquista, hasta el establecimiento del califato independiente de Córdoba.

Tarik ben Zayad el Sadfi.
Muza ben Nosseirel Bekri.
Abdelaziz ben Muza.
Ayub ben Habib el Labmi.
Alaur (el Horr) ben Abderrahman el Tzakeli.
Abderrahman el Gafeki: 1.ª vez.
Alzama ben Malek el Chulani.
Ambiza ben Sohira el Kelebi.
Yahia ben Salema.
Hodeifa ben Alhaus.
Otman ben Abu Meza el Chcmi.
Alhaitam ben Obeid el Kenani.
Abderrahman ben Abdallah el Gafeki: 2.ª vez.
Abdelmelek ben Kotan el Fehri: 1.ª vez.
Ocbahben Alhegag el Seheli.
Abdelmelek ben Kotan: 2.ª vez.
Baleg ben Bassir el Caisi. ,
Thaalaba ben Salema el Ameli.
Abulkatar Hussam ben Dhirar el Kelebi
Thucba ben Salema el Hezami.
Yussuf ben Abderrahman el Fehri.

CALIFAS OMMIADAS DE DAMASCO

Moavia ben Abi Sofian.
Yezin ben Moavia.
Moavia ben Yezid.
Meruan ben Hakem.
Abdelmelek ben Meruan.

DOMINARON EN ESPAÑA

Walid ben Aldelmelek.
Suleiman ben Abdelmelek.
Omar ben Abdelaziz.
Yezid ben Abdelmelek.
Walid ben Yezid.
Yezid ben Walid.
Ibrahim ben Walid.
Meruan ben Mohammed.

CALIFAS DE CÓRDOBA

Año en que empezaron	*Nombres*	*Año en que concluyeron*
755	Abderrahman I. ben Moawiah.	788
788	Hixem I.	796
796	Alhakem I.	822
822	Abderrahman II.	852
852	Mohammed I.	886
886	Almondhir	888
888	Abdallah.	912
912	Abderrahman III.	961
961	Alhakem II.	976
976	Hixem II.	1016
1016	Ali ben Hamud el Edrisita.	1017
1017	Alkasim	1023
	Abderrahman IV.	1023
	Abderrahman V.	1023
	Mohammed III.	1025
	Yahia ben Ali	1026
	Hixem III.	1031

VI. MONARQUÍA CRISTIANA.

REYES DE ASTURIAS

718	Pelayo.	737
737	Favila, su hijo	739
739	Alfonso I.	756
756	Fruela I., su hijo.	768
768	Aurelio.	774
774	Silo.	883
783	Mauregato.	789
789	Bermudo.	791
791	Alfonso II.	842
842	Ramiro I.	850
850	Ordoño I., hijo.	866
866	Alfonso III.	909
909	García	914
914	Ordoño II.	924
924	Fruela II.	925
925	Alfonso IV.	930
930	Ramiro II.	950
950	Ordoño III.	955
955	Sancho I.	967
967	Ramiro III.	

CONDES DE CASTILLA.

	Fernán González.	970
970	García Fernández.	995
995	Sancho Garcés.	1021
1021	García II.	1029

REYES DE LEÓN.

	Ramiro III.	982
982	Bermudo II.	999
999	Alfonso V.	1027
1027	Bermudo III.	1037
1037	Doña Sancha.	

REYES DE CASTILLA Y DE LEÓN.

	Fernando I.	1063
1065	Sancho II.	1071
1073	Alfonso VI.	1109

CONDES FRANCOS DE BARCELONA.

822	Rera.	
	Bernhard 1.ª vez.	
	Berenguer.	
	Bernhard 2.ª vez.	
	Udalrico.	
	Wifredo el de Arria.	
	Salomón.	874

CONDES INDEPENDIENTES.

874	Wifredo el Velloso.	898
898	Wifredo II. o Borrell I.	912
912	Suniario o Sunyer.	953
953	Borrell II.	
	Miron.	

CONDES DE BARCELONA.

	Borrell II.	992
992	Ramón Borrel III.	1018
1018	Berenguer Ramón I.	1035
1035	Ramón Berenguer I.	1076
1076	Ramón Berenguer II.	1081
	Berenguer Ramón II.	1096

REYES DE NAVARRA.

	García Garcés.	
905	Sancho García Abarca.	925
925	García Sánchez el Temblón.	970
970	Sancho García II. o Sancho el Mayor.	1035
1035	García Sánchez II.	1054
1054	Sancho III. Garcés.	1076
1076	Sancho IV. Ramírez. (Unión con Aragón).	

REYES DE ARAGÓN.

1035	Ramiro I.	1063
1063	Sancho Ramírez.	